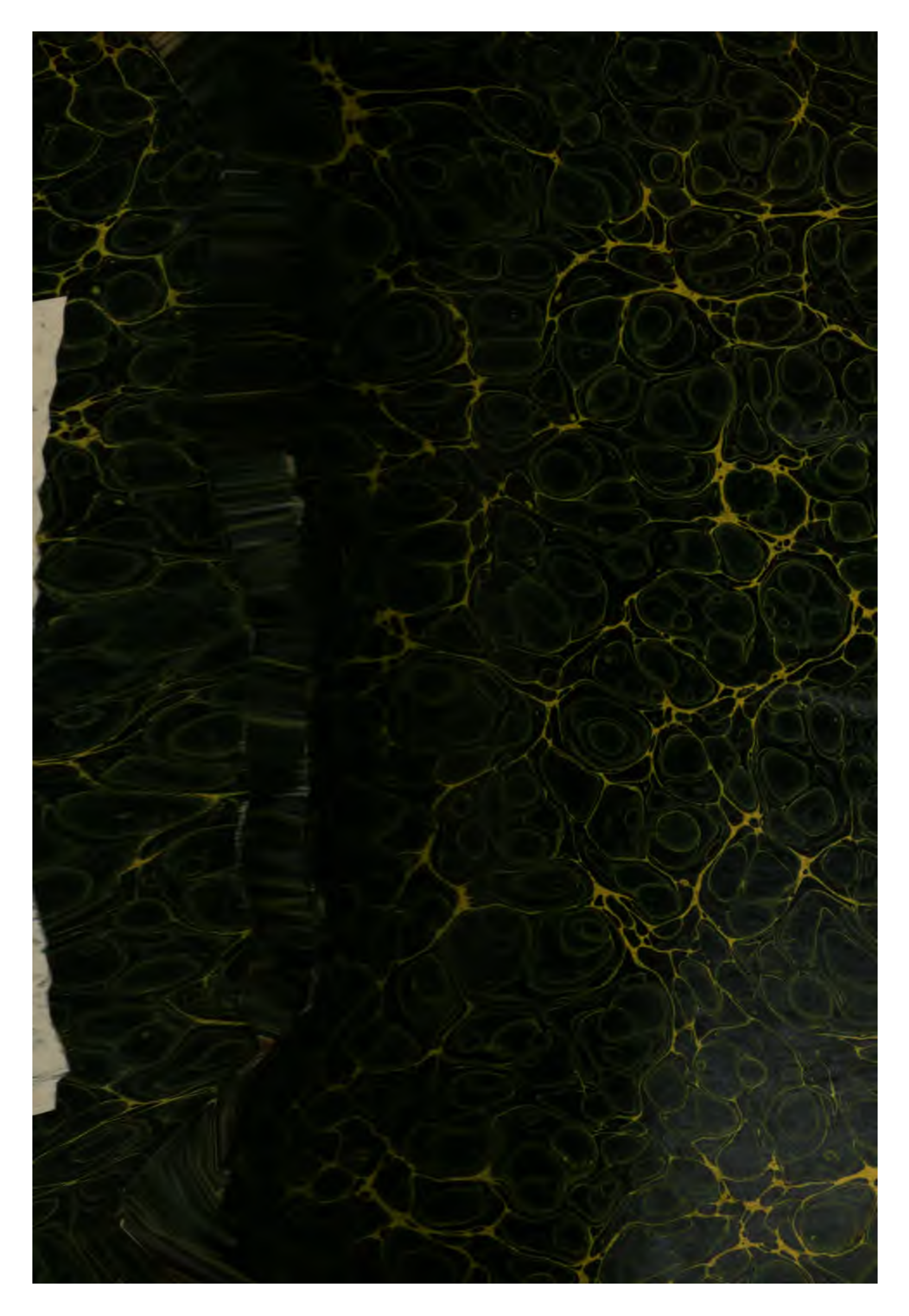

TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA



# OBRAS ESCOGIDAS

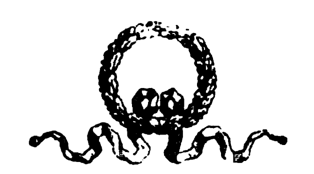
DE

# DON ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

---

EDICION HECHA EN OBSEQUIO DEL AUTOR.

1.º



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
IMPRESOR DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1866


LIBRARY OF THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
1 5 JUL. 1927
OF OXFORD



# PRÓLOGO.

Aquel aventurero italiano, justamente célebre por sus hazañas y triste fin, aquel valentísimo capitan de los catalanes y aragoneses, que en el siglo XIV fueron terror del pujante poderío del Turco y del imperio que dejó establecido en Oriente el fundador de Constantinopla, ocupaba desde principios del siglo actual la atencion del mejor poeta lírico nuestro, deseoso de poner en la escena española tan gallarda figura. Una tragedia, que habia de titularse *Roger de Flor*, tenia planteada menudamente, y en bosquejo todo su diálogo, D. Manuel José Quintana, que de ella, y del propósito de no acabarla, dió cuenta en un prólogo á la edicion de sus *Poesías*, hecha en la Imprenta Nacional el año de 1821. Muchos despues, D. Patricio de la Escosura leyó á varios amigos, compuesta por él, una tragedia del mismo protagonista, la cual todavía no ha sido representada. Ya por este tiempo habia D. Antonio García Gutierrez principiado á escribir un drama de *Roger de Flor*, obra que interrumpida, y no abandonada, la devoraron las llamas de un incendio en Sevilla, por los años de 1855. Parecia que enojada Melpómene con la sombra del impetuoso caudillo, se obstinaba en dejarle fuera del teatro. La pérdida del manuscrito, cabal ó incompleto, no hubiera sido quizá muy de sentir para D. Ventura de la Vega, que á los pocos dias de haber acabado su drama histórico *D. Fernando el de Antequera*, como le hubiese involuntariamente extraviado un amigo la copia hecha en limpio, y no conservara el autor los borradores primeros, escribió nuevamente el drama, recordándolo poco á poco desde la primera á la última escena. Con memoria ménos feliz D. Antonio García Gutierrez, que habia principiado el azaroso *Roger* muchos años ántes de su destruccion por el fuego, no pudo aprovechar del todo el primer pensamiento; mas fijándose en otro, comenzó y acabó en término breve un nuevo poema dramático, en el cual ocupaba tambien distinguido lugar aquel notabilísimo personaje; y con el título de *Venganza catalana* fué representado en Madrid por los actores del teatro del Príncipe, en la noche del 4 de Febrero de 1864, alcanzando un éxito de los más señalados y merecidos que se han visto en la escena española: cincuenta y seis representaciones, de gran concurrencia y continuos y fervorosos aplausos, fueron necesarias para satisfacer la curiosidad y el gusto del ilustrado público matritense. A los ocho dias del estreno, en la noche del 12 del propio mes, un gran número de escritores y artistas, de editores y toda clase de personas, apasionados amantes del genio, se reunió en un salon del teatro del Príncipe, y en medio del más ardoroso entusiasmo, nombraron una Comision, que en nombre de todos ofreciera al Sr. García Gutierrez un testimonio inequívoco de

admiracion y estima, no sólo por el alto mérito de su última obra, sino tambien por el de otras suyas, legítima gloria del Teatro Español.

La Comision se compuso de los individuos siguientes:

CATALINA (D. Manuel),
CASTELAR (D. Emilio),
DACARRETE (D. Angel María),
EGUÍLAZ (D. Luis),
ESCOBAR (D. Ignacio Telesforo),
HARTZENBUSCH (D. Juan Eugenio),
LA ROSA GONZALEZ (D. Juan de),
LOPEZ DE AYALA (D. Adelardo),
MÁRTOS (D. Cristino),
VILLALBA (D. Federico).

La Comision, despues de algunas conferencias, renunciando á lo más brillante y difícil, y ateniéndose á lo más hacedero, sintiendo no poder recobrar y ofrecer al SEÑOR D. ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ la propiedad de ciertas obras por él enajenadas, entendió que una edicion compuesta de las que nuestro autor habia dado á luz con mayor aplauso del público, y eran más estimadas en la lectura, sería el mejor testimonio de aprecio que pudiera ofrecérsele. Designadas, no atendiendo mucho á la opinion del autor, cuya modestia rebajaba el número de sus escritos recomendables á un número inadmisible, se trató de obtener el necesario permiso para incluir en la coleccion algunas de que eran legítimos dueños tres editores. El Sr. D. Alonso Gullon se adelantó, sin aguardar que le fuera pedido, á ofrecer su beneplácito para la reimpresion de la comedia titulada *Afectos de ódio y amor* y la zarzuela *La espada de Bernardo*. El Sr. D. Manuel Pedro Delgado nos autorizó igualmente para reimprimir por una vez los dramas *El Trovador*, *El Paje*, *El Rey monje*, *Juan Dándolo*, *Samuel*, *El Encubierto de Valencia* y *Simon Bocanegra*. El Sr. D. José García de Solís permitió en iguales términos la reimpresion del drama *El Tesorero del Rey*.

La edicion habia de ser costeada por suscritores de todas las clases del Estado. Formó la Comision una lista de las personas que deseaba figurasen primero, y principiaba por estas ocho:

SS. MM. LA REINA Y EL REY,
Los EXCMOS. SRES. DUQUES DE MEDINACELI,
Los EXCMOS. SRES. DUQUES DE FERNAN-NUÑEZ,
Los EXCMOS. SRES. MARQUESES DE SALAMANCA.

Recibida nuestra invitacion con la mayor benevolencia por SS. MM. y por los Excelentísimos Sres. Duques de Medinaceli y de Fernan-Nuñez, que se suscribieron por una cantidad crecida; el Excmo. Sr. Marqués de Salamanca manifestó á la Comision que se encargaba de la edicion por completo. No hubo, pues, necesidad de continuar las invitaciones particulares ni de principiar la del público.

La Comision habia deseado y creido que se pudiese hacer la edicion gratuitamente en las prensas de la Imprenta Nacional, para que así el Estado fuese otro de los principales suscritores á esta publicacion, en todos conceptos distinguida. Lo quiso tambien así más de un Ministro de la Corona; pero disposiciones vigentes respetables, y la bizarría del Señor Marqués de Salamanca, lo impidieron y lo excusaron.

No podian los Comisionados renunciar á la idea de contar con el público para esta edicion en alguna manera: una se les ofreció desde luégo, sumamente sencilla. En vez de una edicion de anchas márgenes y caracteres gruesos, que necesitara cuatro ó cinco tomos para las obras escogidas de GARCÍA GUTIERREZ; en vez de una edicion de lujo, que por ser muy costosa, no fuera vendida, creyó la Comision conveniente incluir en

un solo volúmen las obras que se proponia reimprimir, para obtener con el moderado precio del libro, que pudiesen comprarlo todos los que hubieran querido contribuir á que se imprimiese. Va hecha por eso la presente edicion en tamaño grande, letra menuda, pero legible, y en dos columnas; y tambien para asemejarla algun tanto á la forma en que sale la *Biblioteca de Autores Españoles*, á fin de que los suscritores á ella puedan adicionarla con este tomo, que no dejará de ser considerado como de aquella publicacion, aunque no lo dé por tal el editor de ella, ni lo demos nosotros. El retrato del Sr. D. Antonio García Gutierrez, único adorno que lleva el libro, ha sido grabado por el bien conocido profesor D. Pedro Hortigosa.

La impresion se ha llevado con lentitud por várias causas, una de ellas la de haberse encargado el repaso de pruebas al individuo de la Comision, que por su edad y por la flaqueza de su vista era ya el ménos competente para el encargo.

Miéntras el tomo se imprimia, los teatros del Príncipe y de la Zarzuela estrenaron dos obras del Sr. García Gutierrez, de las más notables cada cual en su línea: *Juan Lorenzo* y *El Capitan negrero*. La Comision ha creido que en una coleccion de obras escogidas de nuestro autor no debia omitirse ni una ni otra: las ha incluido, pues, en la que ofrece al público, formando con ellas un apéndice á este volúmen.

Aquí podria la Comision dar fin á este prólogo, si no temiese que los amantes de la bella literatura, y sobre todo los admiradores del Sr. García Gutierrez, habian de echar ménos algunos párrafos en que dijésemos algo del autor y sus obras, ó de materia al ménos que estuviese con ellas relacionada. Aprovecharemos la mayor parte del artículo publicado en *La Soberanía Nacional*, el dia 30 de Abril del año que corre; le agregaremos algo de propia cosecha, y pondremos al fin una nota bibliográfica de las obras de nuestro amigo, segun la hemos podido formar, no poseyendo ejemplares ni áun noticia de todas ellas, y mucho ménos de las ediciones furtivas ó hechas en país extranjero.

Se lee en el citado periódico:

La nacion que ve brillar en su seno literatos como D. Antonio García Gutierrez, nada tiene que envidiar á las demas naciones del orbe.

Hijo de un pobre y honrado artesano, vino al mundo en Chiclana, el año 1812, para ser ya en 1836 honra de su patria.

Sus padres, á pesar de los pocos recursos con que contaban, determinaron que estudiase medicina, y en efecto, cursó en Cádiz uno ó dos años.

Mal se avenian los principios de la ciencia médica con la imaginacion atrevida, original y ardiente que habia de producir *El Trovador*, andando el tiempo.

Jóven aún, sin experiencia, sin proteccion, sin dinero, abandonó su carrera y el templado ambiente y el sereno cielo de nuestras costas meridionales, bañadas por el Océano, para lanzarse atrevido en el laberinto de la Córte, donde combaten mil encontradas pasiones, y donde no vive ménos expuesto el desgraciado á quien sobrecoge el airado viento de una mala fortuna.

Poco tiempo despues de tomada su resolucion, ya era conocido en algunos círculos como poeta, escribia versos en algunos periódicos literarios, y entraba con cortísimo sueldo en la redaccion de *La Revista Española*.

Luchando con su mala suerte, que él, por otra parte, no hacia grandes esfuerzos para mejorar; pero luchando al fin, puesto que cada dia era preciso discurrir la manera de vivir el siguiente, comenzó sus estudios en el idioma frances, haciendo várias traducciones, que tuvieron regular éxito.

Era aquel tiempo el de la furia del romanticismo, y García Gutierrez, siguiendo el curso de la aficion popular, escribió un drama romántico. Despues de inútiles, largos y desesperados esfuerzos para que se pusiese en escena, y casi perdida la esperanza, se alistó de voluntario.

Sin duda no tuvo presente, al dar este paso, los inconvenientes y males que al soldado aquejan, y en aquella época sobre todo, en que el ejército español estaba tan distante de ser lo que hoy es en cuanto á equipo, alimentos y buena organizacion.

En tanto que se adiestraba nuestro voluntario en el depósito de Leganés, su drama, conocido de autores y poetas en Madrid, tuvo la suerte de ser elegido por el actor D. Antonio Guzmán para su beneficio.

García Gutierrez abandonó entónces á Leganés, y la noche del 1.° de Marzo de 1836 salia á recibir los aplausos frenéticos de un público entusiasmado, entre D. Cárlos Latorre y doña Concepcion Rodriguez.

Desde esa noche García Gutierrez y el drama caballeresco *El Trovador* forman parte de las glorias literarias de España.

El éxito de *El Trovador* fué inmenso: el entusiasmo rayó en locura. Acaso no haya ejemplo de otro igual en la historia de los teatros (1).

Tornóse risueña la fortuna hácia García Gutierrez, y un torrente de dramas y comedias brotó entónces de su pluma. Picado por algunos reveses, escribió el *Simon Bocanegra*. Si no hubiese alcanzado celebridad como autor de *El Trovador*, hubiera bastado el *Simon Bocanegra* para dársela.

Resentido por ciertas injusticias, se embarcó para América, donde gozaba gran prestigio, en Enero de 1844.

Allí recogió laureles y distinciones sin cuento: escribió várias obras con extraordinario aplauso, ya originales, como *La mujer valerosa*, ya arregladas del frances, como *La gracia de Dios*.

Por último, en 1850 volvió á España, poniendo en escena con buen éxito *Afectos de ódio y amor* y *Los millonarios*.

En 1855..... pasó á Lóndres de Comisario interventor de la deuda de España: allí estuvo hasta 1858, en que volvió, dimitiendo su cargo.

Dos años despues, el público de Madrid se agolpaba á las puertas del teatro del Príncipe, donde por una porcion de noches consecutivas estuvo llamando gran concurrencia su último drama *Un duelo á muerte*, obra maestra de arte, poblada de bellezas, y que durante sus muchas representaciones no nos cansamos de aplaudir.

A consecuencia, tal vez, del éxito de *Un duelo á muerte* y de la vacante que dejó D. Antonio Gil y Zárate, fué nombrado García Gutierrez Académico de la Real Española.

Ultimamente ha refundido *El Trovador* y escrito *La bondad sin experiencia*, *Venganza catalana* y *Juan Lorenzo*.

El género de zarzuela debe tambien á la pluma de García Gutierrez buena coleccion de obras de mérito. Las últimas han sido la titulada *Dos coronas*, que á fines de 1861 gozó gran boga en el Circo, y *El Capitan negrero*, muy aplaudido en la Zarzuela.

Diremos, para terminar, que acaso García Gutierrez sea de los poquísimos hombres que no tienen enemigos. Su bondad y franqueza le granjean pronto el afecto de cuantos le tratan; la noble sencillez de su alma, su instruccion y su claro talento, la admiracion de cuantos le estudian.

En estos ligeros apuntes se trasluce de la vida del hombre cuanto basta para explicar la del escritor. Parecido el racional á la planta, su existencia se modifica por

(1) D. Antonio Ferrer del Rio refiere de este modo el acontecimiento en su *Galería de la literatura española* (Madrid, 1846):

Anochecia el 1.° de Marzo de 1836, y ninguna de las localidades del teatro del Príncipe se hallaba vacía; preguntábanse unos á otros quién era el autor del *drama caballeresco* anunciado, y nadie le conocia. Alzado el telon, se advertia un movimiento de curiosidad en todos los concurrentes, despues una atencion profunda, á las pocas escenas ya daban señales aprobatorias, al final del primer acto aplaudian todos. Crecia su interes en los actos sucesivos, se duplicaba su admiracion al ver lo bien conducido del argumento, la novedad de sus giros, lo inesperado de sus situaciones, la lozanía de sus versos: ninguna escena se tuvo por prolija, no disonó una sola frase, no se perdió un solo concepto. Al caer el telon, alcanzaba el drama los honores por otros conquistados; pero al frenético batir de palmas seguia un espectáculo nuevo, una distincion no otorgada hasta entónces en nuestra escena: el público pedia la salida del autor á las tablas, y con tanto afan, que no hubo quien se moviera de su asiento hasta conseguirlo. Don Cárlos Latorre y doña Concepcion Rodriguez sacaban de la mano á García Gutierrez, notablemente afectado, viéndose objeto de tan distinguido homenaje. Su situacion era tan desvalida, que para salir delante del público con decencia, le prestó un amigo (D. Ventura de la Vega) su levita de miliciano, endosándosela de prisa entre bastidores. Al dia siguiente no se hablaba en Madrid de otra cosa que del *drama caballeresco*: desde muy temprano asediaban el despacho de billetes ayudas de cámara y revendedores: los padres de familia más metódicos prometian á sus hijos llevarlos al teatro, como si se tratara de una comedia de magia: la primera edicion del *Trovador* se vendia en dos semanas: se oian de boca en boca sus fáciles versos: se repetia su representacion muchas noches: al autor se le concedia por la empresa un beneficio: caia á sus piés una corona: Mendizabal ponia en sus manos la licencia absoluta. Ebrio de ventura García Gutierrez, corrió á Cádiz á hacer partícipes de ella á sus padres: allí pasó todo el verano: á su vuelta dió al teatro *El Paje*, superior al *Trovador* como drama, aunque no de tan agradable conjunto; sin embargo, no le fué adversa la fortuna.

el suelo en que vive, por la atmósfera que le rodea. En su primera juventud García Gutierrez no recorrió senderos de flores, ni aspiró las deliciosas auras de la ventura: nacido poeta, y viviendo en la region de los tristes, la primera expresion genuina de su genio poético no pudo ser dulcemente risueña.—El espectáculo de las miserias humanas produce en el escritor dramático efectos distintos, segun el carácter de la persona: simpatiza con ellas uno, las escarnece otro: cuando éste las hostiga, no acierta sino á lamentarlas aquel: es que viene el uno á verter la risa en la escena cómica, y el otro á sobrecoger los ánimos con los graves conflictos del poema serio. García Gutierrez, á los veinte años, creyó equivocadamente sentirse con la propension (maligna quizá tanto como justa) de mofarse de las flaquezas humanas, y escribió dos comedias (1), que no fueron admitidas en el teatro, suerte casi comun á los primeros ensayos de todo escritor. García Gutierrez, ademas, no podia entónces producir la comedia: ¿qué debió escribir? No hemos visto áun de su pluma tragedia alguna. ¿Qué era la comedia en España, y qué la tragedia, cuando García Gutierrez imaginó la primera obra dramática, verdaderamente suya, la cual no salió con la designacion de tragedia, ni con la de comedia tampoco? *Drama* la llamó: ¿es el drama, bien ó mal denominado así, género verdaderamente dramático? Tres cuestiones se nos ofrecen, de las cuales la última debe, razonablemente discurriendo, ser examinada la primera.

*Drama*, segun escribió muchos años há D. Leandro Fernandez de Moratin, en unas notas á su *Comedia nueva*, que todavía no han visto la pública luz, y segun lo que habian ya y han escrito despues diferentes autores, no es (propiamente hablando) una rama de la poesía escénica, sino la generalidad, el tronco de esta misma poesía; no es una especie, sino el género mismo, comprensivo de subgéneros ó divisiones diferentes. Una serie de diálogos, producidos por el trato y choque de personas entre quienes ocurren lances diversos, ligados todos con una accion interesante, cuyo principio, progreso y fin ocupan la escena por espacio de ménos de una ó por algunas horas, constituye un drama. Así el *Edipo* de Sófocles y la *Raquel* de Huerta, que llevan la calificacion de *tragedia*, son dramas; *Los Hermanos*, comedia que Terencio tomó del griego, y *El sí de las Niñas*, obra de D. Leandro Fernandez de Moratin, comprendida en la misma clase, son dramas tambien; drama el paso de *Las aceitunas*, el entremes de *El Soldadillo*, el sainete de *Los zapatos*, la mogiganga de *La Muerte*, la ópera *Saul* (2), la zarzuela *El Licenciado Farfulla* y la tonadilla de *El trípili*; dramas todos los autos sacramentales y las loas que los precedian: toda fábula escénica, grave ó festiva, en prosa ó en verso, de poca ó de mucha duracion, es un drama en la acepcion mas legítima de la voz, pero no en la más usada. Críticos y preceptistas habia, que solamente reconocian dos especies de drama: comedia y tragedia; destinada la una á ridiculizar personajes viciosos, imaginarios y verosímiles; reservada la otra para mover piedad y terror con las desgracias verdaderas de emperadores y reyes, príncipes y caudillos. Personas de ménos elevado coturno profanarian el santuario de la adusta Melpómene; para el que no fuese, cuando ménos, vizconde, faltaba lugar en la escena trágica; desdichas de gente menuda no merecian compasion en el teatro. Distingamos: la merecian y se les otorgaba en la comedia; en la tragedia no; porque ahuyentaba de sí calamidades caseras, dolores comunes, lágrimas de pobre: usurpaba, pues, la comedia el terreno de la tragedia, provocando lícitas represalias. Hubo autores, por eso, que con el título de *dramas* dieron al teatro composiciones que tenian por objeto conflictos y desventuras domésticas de familias pertenecientes á la clase mediana, ya verdaderas, ya fingidas: obras de este género fueron tambien llamadas

(1) Segun afirma D. Antonio Ferrer del Rio en la *Galería de la literatura española* fueron *Peor es urgallo* y *El Caballero de industria*.

(2) Ópera es, y por eso lleva el nombre de *melo-drama* (drama músico) *sacro*. Lo escribió D. Francisco Sanchez Barbero, teniendo presente el *Saul* de Alfieri.

*tragedias urbanas* y *comedias sentimentales*, ó *lloronas* por mote. Don Gaspar Melchor de Jovellanos llamó simplemente *comedia* á su *Delincuente honrado*, que es uno de estos dramas ó tragedias humildes: el ensanche, pues, del dominio cómico se autorizaba con el ejemplo de una persona de las más respetables de España por más de un concepto. Y no era extraño que esto sucediese en el siglo XVIII, cuando en los dos anteriores casi habia sido uso general español aplicar el nombre de *comedia* á toda composicion teatral en tres actos, fuese el argumento cual fuera. La creacion del mundo y la vida y muerte del Anticristo, Noé, Abraham, Progne y Filomena, David, Escipion, Heródes, Cleopatra, Pilátos, Don Pedro, Cárlos V, Santa Teresa y gran número de bienaventurados habian dado asunto á comedias, lo mismo que salteadores célebres y personajes altamente ridículos de pura invencion, como los protagonistas de *El castigo de la miseria* y el segundo *Dómine Lúcas* (1): comedia en España, en los siglos XVI y XVII, significaba indistintamente comedia y tragedia, extendiéndose á más de lo que por sí alcanzaba cada uno de ambos poemas, porque abrazaba las situaciones todas de la vida del hombre, sus diferencias todas y jerarquías. A la verdad, la mezcla de éstas en una obra escénica databa ya de más arriba. Plauto formó con dos dioses, un rey, una reina y un esclavo, el enredo del *Anfitrion*, fábula que calificó de *tragicomedia*, nombre nada impropio, bien que no haya hecho fortuna; Aristófanes ántes habia introducido en su comedia *Las ranas*, y en *Pluto* dioses tambien con hombres; la mezcla ademas de los grandes con los pequeños, del bien y del mal, de la risa y el llanto, así para los unos como para los otros, habíanla hecho desde la cuna de la humanidad las leyes inevitables y siempre justas de la Providencia. Y si las obras de arte necesitan verdad para producir belleza, no deberá el artista dramático separar lo que Dios juntó; y si nuestro mejor poeta cómico moderno pudo introducir situaciones trágicas, con aplauso de todos, en la primera y en la última de sus admirables comedias; si gran parte del tercer acto en *El sí de las Niñas* es trágica, sin que sean príncipes los actores; si la Isabel de *El Viejo y la Niña* engaña por fuerza y despide para siempre á su amante amado, como Junia al suyo en el *Británico* de Racine, no deberá el autor escénico reparar en si rebaja ó no la tragedia agregándole el elemento cómico, supuesto que no han reparado los clásicos más escrupulosos en subir la comedia hasta hombrearla con la tragedia. Es decir, que entre una y otra, mal que les pese á los rigoristas, hay y hubo siempre y habrá un género ó subgénero de composicion dramática, mixto de tragedia y comedia, tan artístico como el que más, porque puede ser tanto ó más verdadero. A este linaje de poema se llamó *drama* desde el principio casi del siglo pasado, para significar que abrazaba elementos de todo lo que es dramático, de todo drama. En él caben la orgullosa coquetería de *El desden con el desden*, como el terrible escarmiento providencial de *El Condenado por desconfiado*, las pasiones y las ridiculeces, monarcas y bandidos, capitanes y labradores, el frenesí de Orlando, los celos del Tetrarca, el amor de *Macías*. Así pensaba ya el malogrado autor del drama de este título, que principió á restaurar en nuestro teatro la comedia antigua con tendencias modernas; así el ilustre Duque de Rivas, autor de el *Don Álvaro*, composicion más poética y valiente que *Macías*, y cuyo éxito fué reñido: aportillado por estos dos eminentes ingenios el viejo muro de las preocupaciones, *El Trovador* de GARCÍA GUTIERREZ entró pujante y vencedor, y se apoderó de la fortaleza; el género mixto, el drama español moderno, resurreccion casi del que reinó durante el siglo XVII, quedó universalmente reconocido.

Tenía que ser así. En el espacio de más de un siglo, desde la adolescencia de Lope hasta mucho despues de la muerte de Calderon, hasta la de D. Francisco Bánces Candamo, hasta la de D. Antonio Zamora y la de D. José Cañizares, el teatro español habia vivido gloriosamente su lozana juventud, su robusta edad varonil, su vejez larga y venerable. De él

(1) *El* primer *Dómine Lúcas*, la comedia que escribió Lope con este título, no es de figuron, como la de Cañizares.

habian aprendido las naciones más cultas: Corneille y Molière se habian inspirado en Guillen de Castro y Lope de Vega, Calderon, Fray Gabriel Tellez y Moreto. Centenares, millaradas de obras dramáticas habian ofrecido á los ojos del pueblo español todas las combinaciones trágicas y cómicas posibles, en diálogo elegante y enérgico, en ritmo variado y sonoro, en estilo á veces impropio y oscuro, brillante á costa de la verdad, con mal gusto á menudo, con mucho ingenio siempre, con bellezas inmarcesibles. La estirpe régia de Austria en tanto habia hecho lugar á otra, venida de afuera tambien; y con ella habian penetrado en España nuevas ideas en literatura, como en todo: los ídolos de nuestra escena vieron regateárseles el incienso en las aras que no les pudieron echar al suelo, y su largo dominio fué sujeto á pesquisas irreverentes, á residencia desagradecida. Reciamente vocingleó una crítica advenediza, orgullosa y absurda, que entre tantos miles de comedias no teníamos una buena, y que, respecto de la tragedia, Dios no habia concedido á los españoles facultades para escribirla. A esto condujo el rigor de la doctrina francesa dramática, mal aplicada á la española. Segun aquella, la accion de la fábula no habia de durar más de un dia ni salir de un sitio; la de nuestras comedias comprendia semanas ó meses ó años, y vagaba, si era preciso, por las cuatro partes descubiertas del globo: aquella separaba los géneros; ésta los mezclaba, como en la vida real acontece; se usaba allí de un solo metro en toda la obra, y aquí la versificacion era multiforme. Hecho un paralelo, decoradas unas pocas reglas, cualquier estudiantillo sabía más que todos nuestros antiguos dramáticos, y burlábase de ellos. No se cayó en la cuenta de que una accion puede ser muy dramática, y no caber en cuatro paredes y veinticuatro horas; que una princesa, como la Diana de Moreto (1), puede ser personaje cómico, y un pobre oficial, como el que se ofreció á la muerte en lugar de su padre, ser personaje trágico; en fin, que toda clase de versos, en siendo buenos, convienen al poema teatral, pues el endecasílabo, el más noble de nuestro idioma, que se reservaba para la tragedia, servia para los entremeses. Los dramáticos españoles nuevos, colocados entre la invasion del gusto frances y las postreras agonías de la comedia antigua, volvieron á otra parte los ojos á buscar escuela; y avergonzándose de Lope y Calderon, de Tirso y de Rojas, de Alarcon y Moreto, de Solis y Velez de Guevara, tradujeron á Corneille y Apóstolo Zeno, á Molière y á Metastasio, á Racine y Goldoni, á Boissy y á Napoli-Signorelli; pero en general; ¡cómo los tradujeron! Para trasladar una obra escénica de una lengua en otra no basta saber medianamente la del original: parto él de un poeta, necesita el padre adoptivo pertenecer á la misma raza; si no, se tornará en padrastro de la infeliz extranjera, neciamente robada al país nativo. La numerosa tribu dramática del siglo XVII no dejó en España sucesion legítima, y en vano se pretendia suplir con versiones la falta de ingenios originales. Variando iban las costumbres de los españoles de dia en dia; se iba su lenguaje viciando con traducciones bárbaras del frances, que de continuo salian á luz; y debian, por consecuencia, irse enranciando las comedias antiguas; no obstante, el público, más español que nuestros críticos, no dejaba de verlas, todavía las entendia, siempre las admiraba, siempre notaba diferencia entre los versos de *García del Castañar* y los de *La Moscovita sensible*, entre *Las Vivanderas ilustres* y *La vida es sueño*. La ingratitud llevó al fin su merecido, el error su escarmiento, la impotencia su desengaño: de todas las versiones de obras dramáticas hechas desde el principio al fin del pasado siglo en España, ya no se representa ninguna. Pero ¿qué originales de entónces aparecen aún en nuestros teatros? La lista no es larga: *El Viejo y la Niña* y *La comedia nueva*, de D. Leandro Fernandez de Moratin; *Numancia destruida* (2), de D. Ignacio Lopez de Ayala, y algo de D. Ramon de la Cruz: dos comedias, una tragedia y algun sainete. Pues más léjos están de nosotros, más viejas, y con mucho, son, y áun ocupan victoriosamente las tablas, *La Moza de cántaro* y *El desden con el desden*,

(1) En *El desden con el desden*.
(2) Refundida por D. Antonio Saviñon.

*García del Castañar* y *La Villana de Vallecas*, *La Dama duende*, *Marta la piadosa* y *El Alcalde de Zalamea*. Se me opondrá que algunas de estas composiciones, y otras muchas de nuestros antiguos poetas, que todavía se sostienen en el teatro, no se hacen ya como fueron escritas, sino con supresiones y aditamentos considerables; *refundidas*, en fin, como inexactamente se dice, porque en verdad las alteraciones introducidas en ellas no son tales, que resulte el original *fundido de nuevo*. Sí; pero siempre habia algo allí, que merecia conservacion y estudio; y esto nos confirma en la opinion que tenemos de que el rumbo que llevó en el siglo pasado la poesía española escénica fué mal dirigido. Enhorabuena que se estudiara y admirase á los buenos dramáticos extranjeros, como á los griegos y á los latinos; enhorabuena que se censurase á los nuestros con justicia y decoro: nunca se debió desdeñar, y mucho ménos desconocer, lo excelente de casa; nunca se debió proscribir una libertad favorable al ingenio.

Don Nicolas Fernandez de Moratin, padre de D. Leandro, escribió una tragedia titulada *Hormesinda*, no indigna de él; D. Nicolas amaba de todo corazon á su patria, y extendió en admirables quintillas una composicion descriptiva, que nos parece lo más nacional que se escribió en España en el siglo pasado: si D. Nicolas Moratin, escogido el argumento de *Hormesinda*, y aunque se hubiese empeñado en imitar á Pedro Corneille por una parte y á Virgilio por otra, hubiera tenido presente á Calderon en su comedia, tan irregular como grandiosa, de *Nuestra Señora del Sagrario*, de creer es que hubiera hecho, no una tragedia clásica, pobre de accion, que fundada en una calumnia y un error increibles, desapareció pronto de la escena, sino una composicion de género mixto, una comedia heroica, un drama cualquiera con más movimiento, con más situaciones, con más verosimilitud, con versos, en fin, como los de la *Fiesta de toros*, que la hubiesen hecho inmortal en la escena: quien formaba tan hermosas quintillas, no debió extender su tragedia en metro de silva, desgraciadamente sembrado de consonantes revueltos con asonantes, que dan á la versificacion un aspecto desigual y desaliñado. Vale mucho más *Hormesinda* que *La Petimetra*, comedia escrita con todo el rigor del arte por D. Nicolas, que no era poeta cómico; pero el diálogo de *La Petimetra*, todo en octosílabos, con alguna variedad en la rima, deja sospechar qué hubiera hecho el autor si hubiese escrito su *Hormesinda* y su *Guzmán el Bueno* á semejanza de las grandes obras de nuestros antiguos dramáticos en la traza y el verso, no empeñándose en obtener una regularidad que dió á *La Petimetra* á costa de la verosimilitud, y que ni áun así pudo conseguir en *Guzmán el Bueno*.

No podia compararse con D. Nicolas Moratin D. Cándido María Trigueros, autor de *Los Menestrales* y otras comedias infelices, de nadie conocidas hoy; pero conocia y admiraba á Lope, y leyó con aprecio y gusto su tragedia, sumamente rara, *La Estrella de Sevilla*, composicion de las mejor imaginadas y peor escritas del Ingenio Fénix, y seguramente de aquellas

> Que en horas veinticuatro
> Pasaron de las Musas al teatro.

Cogió D. Cándido Trigueros la pluma, y quitando y poniendo en la obra de Lope, á fin de reducirla al patron de la tragedia clásica mucho más que debiera, devolvió al teatro una obra antigua de valor altísimo, completamente olvidada, en la cual gran número de versos buenos, aplaudidos como de Lope, son de D. Cándido. Ántes habia hecho una imitacion del *Tartuffe*, con el título de *Juan de Buen Alma*: de los versos de ella, ninguno ha pasado á la posteridad.

> Quien á buen árbol se arri-,
> Buena sombra le cobi-:

Muy buena compañía era la de Molière; mas para escribir versos buenos en castellano,

áun era mejor la de Lope: lastimosamente desconocieron esta verdad trivial muchos escritores del siglo pasado.

Un ejemplo más, descendiendo otro poco. Entre los dramáticos de ruin estofa que Moratin, el hijo, ridiculizó en *La comedia nueva*, se ha contado, no con grave injusticia, á D. Vicente Rodriguez de Arellano, traductor en prosa y en verso de diferentes obras francesas é italianas, que si le dieron algun provecho, no ciertamente mucha honra. ¿Qué español no habrá visto representar la comedia de Lope titulada *Lo cierto por lo dudoso?* Es quizá la más popular de aquel grande ingenio. Pues bien, la obra que se representaba y leia con este título ántes que apareciese reimpresa en el tomo XXIV de la *Biblioteca de Autores Españoles*, no era la de Lope segun la escribió, sino segun la recompuso para la escena D. Vicente Rodriguez de Arellano. De él á Lope la distancia es inmensurable; y con todo, cotejando la obra original con la refundida, no sólo se hallan supresiones bien hechas, que esto no es difícil, sino sustituciones muy oportunas. Arellano, dirigido por Lope, habla y versifica bastante bien; cuando traduce del frances, no sabe castellano: la Musa española, que recompensaba noblemente á los que le prestaban el debido culto, se vengaba de sus detractores.

Fué Molière el ídolo de D. Leandro Fernandez de Moratin, quien habia estudiado á fondo nuestro antiguo teatro, como se ve por el *Discurso histórico* que trabajó sobre sus *Orígenes*: la comedia más clásica de Moratin, aquella que no tiene situaciones trágicas como *El Viejo y la Niña* y *El sí de las Niñas*, aquella en que se introducen dos hermanos de opuesta índole, como los de Menandro en *Adelphi*, ó los de Molière en *La escuela de los Maridos*, la *Mogigata*, en fin, contiene un carácter y personas y situaciones que muestran conocia D. Leandro bien y tuvo presentes á *Marta la piadosa* y á las damas y al figuron de *Guárdate del agua mansa*. Á grandes y á chicos en la república de las letras aprovechaba el estudio del teatro nacional injuriado.

Un traductor apareció á principios del siglo actual, que, sin ser aventajado poeta, supo siquiera comprender cuánto realce daba al diálogo escénico la vária y rica versificacion de nuestros antiguos poetas. Don Félix Enciso Castrillon trasladó á nuestra escena en variedad de metros *El Distraido* de Regnard, *La Metromanía* de Piron, *El Reconciliador* de Demoustier, y áun hizo una imitacion ó reduccion de la *Dorotea*, de Lope: apreció nuestro público y aplaudió la renovacion de unas formas, dulces siempre á su buen oido. Quizá de él aprendió D. Manuel Eduardo de Gorostiza, verdadero poeta dramático, discípulo y sucesor de Moratin; pues apartándose de su maestro, el cual habia preferido el romance á las consonancias en las tres comedias que versificó, introdujo con felicidad la rima perfecta en *Don Dieguito*, *Indulgencia para todos* y *Las costumbres de antaño*, originales de su pluma festiva, y en *El Jugador*, que imitó de Regnard. Practicaron lo mismo D. Francisco Javier de Búrgos y D. Joaquin José de Mora en *Los tres iguales* y en *La Aparicion y el Marido*, comedia original aquella, imitacion ésta de *El Tambor nocturno*, de Néricault Destouches; y despues D. Francisco Flores Arenas en *Coquetismo y presuncion*, muy linda comedia. Por último, el Sr. D. Manuel Breton de los Herreros, el rey de la escena española en la edad presente, no satisfecho de los triunfos obtenidos con su primera produccion *A la vejez viruelas*, escrita en prosa, de *Los dos Sobrinos* y *Á Madrid me vuelvo*, versificadas en romance con arreglo á la doctrina moratiniana, escribió en gallardísimas redondillas y quintillas, en silva y décimas, y en romances difíciles, su cuarta comedia, titulada *Marcela*, cuyo éxito superó con mucho á los de las tres anteriores: creyó toda España que oia nuevamente en las tablas, casi al fin de dos siglos, á Tirso y Moreto. Preciso era conocer y confesar siquiera que la versificacion del teatro español antiguo no era caprichosa, sino conveniente; no anti-artística, sino esencialmente bella; no engendro del error, sino hija legítima de nuestro gusto, y expresion propia de nuestra poesía escénica. Ahora bien, la buena acogida que esa forma habia hallado siempre que en las obras nuevas aparecia, pudo anunciar de qué modo se recibiria otra forma que se echaba ménos en nuestro teatro desde que fueron proscritas las libertades del antiguo.

Si el objeto del poema dramático es retratar costumbres y pasiones humanas, ya para producir honesto deleite, ya para insinuar de camino provechosas lecciones, claro es que todas las jerarquías de la sociedad han de ser admitidas en el teatro, porque en todas hay pasiones y vicios, merecedores de escarmiento, y motivo y ocasion de enseñanza. Vierte lágrimas Alejandro, temeroso de que su padre no le deje tierra que adquirir por conquista: hé aquí una ambicion que se puede sacar á la escena, como tambien la de un mercader con escasa parroquia, envidioso de la de su vecino: conviene, pues, que haya comedia humilde y alta, de estado llano y de más arriba. El rey de reyes, Agamemnon, sacrificado por su esposa y el adúltero Egisto, muertos luégo á manos de Oréstes, hijo del rey difunto, son sin duda personajes altamente trágicos; pero no dejaria tambien de serlo cualquier buen hombre, como D. Francisco del Castillo, asesinado por un deudo ingrato, con ayuda de una esposa infiel, á quienes llevara luego la justicia al garrote: ménos raro es esto que aquello, más ejemplar y más provechoso el castigo. Necesitamos, pues, más y ménos que la tragedia; se necesita el drama, ya que no se ha querido la tragicomedia. Prevenidos con estas consideraciones, demos una ojeada al teatro español cuando empuñó por primera vez el cetro en su mano infantil S. M. Isabel II.

Uno de nuestros escritores príncipes, autor de una *Poética* y de várias composiciones dramáticas, el Excmo. Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa, que con sujecion á las reglas del teatro clásico frances habia escrito dos comedias, *¡Lo que puede un empleo!* y *La Niña en casa y la Madre en la máscara*, y tambien *La Viuda de Padilla*, *Moraima* y *Edipo*, tragedia estimable la primera, notabilísima la última, se hallaba en París por los años de 1826 y siguientes, y hubo de asistir á la grande revolucion que se obraba en la escena francesa: escritores de primer órden, ingenios valentísimos habian protestado contra la inflexibilidad de las reglas clásicas, y con la calificacion de *dramas* escribian fábulas escénicas, en las cuales ambos elementos cómico y trágico iban unidos á la manera que en nuestras comedias antiguas. El clásico escritor, modificando sus principios con los de Víctor Hugo y demas innovadores franceses, llegó á componer allí dos dramas, *Aben Humeya* el uno, *La Conjuracion de Venecia* el otro. *Aben Humeya*, escrito primeramente en frances, fué representado con mediano éxito en París; á *La Conjuracion*, española de nacimiento, cupo más envidiable suerte. Con el advenimiento de la niña D.ª Isabel II al sólio paterno, habia cambiado todo en España: los principios liberales, rechazados y perseguidos ántes, fueron acogidos por el Gobierno de la Regente D.ª María Cristina de Borbon, que nombró á Martinez de la Rosa ministro. A pocos dias de la publicacion del Estatuto Real convocando Córtes, con una victoria popular en las regiones del poder, con una guerra civil en las provincias del Norte, fué representada *La Conjuracion de Venecia* en Madrid y aplaudida con entusiasmo (1). La obra era verdaderamente digna de aprecio, las circunstancias para su representacion, favorabilísimas. El público simpatizó con los conspiradores, creyendo ver en el tribunal que los condenaba un juzgado nuestro de pavorosa celebridad. Escrito en prosa el drama, casi pareció un melodrama (2) frances, pero mejor escrito y harto más verosímil y noble que los que frecuentemente aparecian traducidos en nuestra escena; sólo se echó de ménos el feliz desenlace de los melodramas franceses, el cual hubiera sido muy agradable al público, declarado en favor de unas víctimas que recordaban otras. La cuestion política dejó poco lugar á la literaria: el primer drama que del género llamado mucho ántes *romántico* fué estrenado en Madrid, pasó como obra de género conocido. Hay que agradecer al Sr. Martinez de la Rosa

(1) 23 de Abril de 1834.

(2) Esta voz, que propiamente significa *drama músico*, y se aplicaba muy bien á las obras francesas que lo llevaban (las cuales en efecto se representaban con ciertos acompañamientos de orquesta á la salida de cada actor) en España, donde se representaban sin música, venía á significar drama de grande espectáculo, ó *comedia de teatro*, como ántes decian.

haber sido el primero que desde una alta posicion literaria se dignó escribir en aquella forma, tratada generalmente por los preceptistas ó con desden ó con menosprecio.

D. Mariano José de Larra, excelente ingenio, sin rival en la crítica, se habia dado á conocer de un modo brillante con la comedia en cinco actos en prosa, intitulada *No más mostrador* (1), cuyo asunto habia tomado de una pieza en un acto, de Eugenio Scribe (*Les adieux au comptoir*), dilatando la accion con un enredo cómico, que aprovechó de otra comedia, tambien francesa, titulada *Le portrait de Michel Cervantès*: era, pues, *No más mostrador* obra (digámoslo así) de tres ingenios, en la cual habia mucho del de Larra: no de otro modo habia Terencio escrito várias comedias que llevan su nombre, formando una con dos del teatro griego. Tradujo Larra otras; y fijando por una parte la vista en el drama de Alejandro Dumas, *Enrique Tercero y su Córte*, y por otra en las comedias del teatro antiguo español, escritas sobre las desventuras de *Los Amantes de Teruel* y *Macías*, trazó y escribió un drama con este nombre, en variedad de metros, el primero que se vió de esta clase en España en el nuevo género revolucionario, género que para nosotros era tan viejo como la comedia de Lope titulada *Porfiar hasta morir*, que tiene el mismo protagonista. El *Macías* de Larra, bien conducido, interesante, más arreglado á las unidades que *La Conjuracion de Venecia*, y bastante bien versificado, fué recibido sin extrañeza alguna y con grandes aplausos (2). El segundo paso de la revolucion romántica en la escena española no tuvo tropiezo.

Antes de esto vivian en París, como D. Francisco Martinez de la Rosa, fugitivos de España por temor al absolutismo de Fernando VII, D. Angel Saavedra Remirez, que heredó luego el Ducado de Rivas, y D. Antonio Alcalá Galiano. Concibieron los dos amigos la idea de escribir un drama de asunto español en el gusto reciente, que se pudiera representar en algun teatro de los de París, y escogieron una fábula que ofrecia algun punto de semejanza con la novela de Mr. Merimée intitulada *Las ánimas del purgatorio*. El Sr. Galiano, si no lo hemos entendido mal, escribió en frances parte del drama; pero abandonándolo más adelante, lo escribió el Duque de Rivas en castellano, parte en prosa y parte en verso, como Shakespeare algunas de sus obras, ó como se ve en la *fisedia* del Conde Alejandro Pepoli, titulada *Ladislao*.—*D. Álvaro ó la fuerza del sino* (que así intituló el nuevo Duque á su obra nacida en Francia) entraba de lleno en todas las condiciones del poema romántico: vária, atrevida, extensa y áun dilatada, comprendia cuadros de la escena cómica, situaciones eminentemente patéticas, excitaba el júbilo y el terror, producia lágrimas dulces, la inquietud fogosa de un vivo interes, el hielo del espanto. Representada en 1835 (3), dejó asombrados, aterrados, atónitos á los espectadores; en su favor á muchos, en contra no pocos; para los principales trozos de versificacion, sobre todo para unas décimas que hay en la tercera jornada, no hubo ni pudo haber más que generales aplausos. El tercer drama romántico representado en Madrid, que reproducia por completo las libertades de la comedia antigua, con alguna más, no triunfó sin resistencia vigorosa, despues debilitada, y por último desvanecida.

Entónces invadieron en tropel nuestra escena los dramas franceses. *Lucrecia Borgia* y *Ángelo*, obras de Víctor Hugo; *Marino Faliero* y *Los Hijos de Eduardo*, producciones de Casimiro Delavigne; *Ricardo Darlington* y *Teresa*, de Alejando Dumas, sucedieron á *La fuerza del sino* en poco más de un año, en cuyo tiempo se estrenó tambien el *Alfredo*, original de D. Joaquin Francisco Pacheco, y el *Aben Humeya*, uno y otro en prosa, los dos poco benignamente oidos. En cuanto á las versiones, la de *Los Hijos de Eduardo* alcanzó el éxito más duradero: hecha en versos magníficos por el Sr. Breton, se acercaba más á los dramas heroico-trágicos de nuestros antiguos poetas.

(1) Estrenada en 27 de Abril de 1831.
(2) En 24 de Setiembre de 1834.
(3) 22 de Marzo.

Veia por este tiempo ya García Gutierrez allá en su mente un jóven colocado en esfera humilde y superior á ella, frenéticamente enamorado de una doncella principal, que le preferia á un conde; y el conde, juez del preferido rival, que habia levantado un motin, le condenaba á muerte: queríale salvar su amante á costa de su mano y su vida, y no lo alcanzaba; y en dos calabozos contiguos morian los dos, envenenada ella por sí misma, y él degollado, y de pena y terror la mujer que le habia criado con nombre de hijo. Trágica hubiera sido esta serie de lances, á provenir de un hecho real: en ella figuraba un conde, personaje ya de Melpómene; pero no eran históricos, no habian existido aquellos desventurados amores; y para las desgracias de pura invencion no habia tragedia, segun algunos: la forma dramática grave rechazaba el asunto ideado por García Gutierrez. De tres muertes, acompañadas de algunas desgracias más, claro es que no se podia formar una comedia, género destinado á castigar el vicio, ridiculizándolo: no cabia en la comedia tampoco aquella combinacion lamentable. Larra habia introducido en un drama una pareja amante que moria en la escena por un suicidio y por un pérfido asesinato; pero aquella pareja era histórica: todavía el drama de Fígaro no servia de precedente exacto para el que imaginaba García Gutierrez; no sería de recibo en la escena, no se deberia escribir, no deberia representarse, no mereceria ser escuchado. Mas apareció en el teatro del Príncipe *La fuerza del sino*, cuyos personajes eran tan imaginarios como los del *Trovador*, ideado ya; y lo emprendió animoso García Gutierrez, escribiendo en prosa, á imitacion del Duque de Rivas, aquellas escenas que ménos poesía necesitaban; y hubo actores que estudiaran el drama con fe y lo representaran con celo; y al cabo de treinta años, todavía resuena por todos los teatros de las Españas el eco de los clamorosos aplausos con que fué recibido. Al fin de una centuria, la comedia antigua española, calumniada y escarnecida, proscrita del teatro por la intolerante crítica afrancesada, conquistaba otra vez sus derechos y ocupaba su trono, auxiliada, sostenida, defendida, preconizada y adoptada por los franceses, cumpliendo su adagio de que á la corta ó á la larga siempre la razon se sale con la suya (1). Así consideramos nosotros el éxito de *El Trovador*, así el sistema con que escribió sus principales obras García Gutierrez, sin pretender por esto que el drama excluya de la escena los otros géneros, ni áun que se le otorgue la preferencia: todos son igualmente admisibles, con tal que produzcan bellezas inofensivas ó reunan la moralidad al deleite.

Siguieron al *Trovador* otros dramas de diferentes plumas, compuestos en el mismo género, y las libertades de éste se extendieron á los demas: todos le deben algo, y á ninguno ha traido perjuicio. Desde 1836 hasta hoy se han escrito en España para el teatro composiciones clásicas, ménos clásicas, y románticas: el liberal sistema nuevo no persigue, no destierra, no excomulga al antiguo; se lo agrega, se lo anexiona, lo hace parte de sí; pero le deja libre en sus manifestaciones; contento de serlo, concede á los demas lo que para sí necesita; *hanc veniam petimus damusque vicissim*: sistema, literaria y moralmente, mejor que el del siglo pasado. Hay autores que se han ejercitado en los dos: prueba de que hay asuntos dramáticos para los cuales el uno basta, y otros que hacen preciso el de más ensanche. Con el uno el siglo pasado produjo poco, y lo mismo el presente, hasta la emancipacion literaria; lo que se ha escrito para nuestra escena desde 1836 acá es en número más y en calidad tan bueno como lo mejor desde Cañizares (2). La gran novedad escénica del siglo pasado fué la tragedia: á las de Cienfuegos y á la *Raquel*, que no se re-

(1) Esto se entiende sin desconocer que primero debemos á los críticos alemanes la rehabilitacion de nuestro antiguo teatro; pero el movimiento reparador vino á España por conducto de los franceses.

(2) Véase una lista de autores que han escrito alguna ó algunas obras originales, ó parte de alguna, para nuestros teatros desde 1836. Faltan muchos, amén de los que han publicado anónimos sus escritos; creemos que hay en ella algunos seudónimos; pero al fin comprende más de quinientos nombres: inútilmente se buscaria número igual en la escena española del siglo pasado. Respecto á la calidad de las obras, no diremos que se compare *La Marcela* con *La Fulgencia*, ni *El pelo de la dehesa* con *Un montañés sabe bien donde le aprieta el zapato*, ni el *Cristóbal Colon* de Comella con la *Isabel la Católica* del Sr. Rubí;

presentan ya, y se representaron poco en su tiempo; á la *Numancia*, *Pelayo* y *Edipo*, muy bien podemos oponer la *Virginia* de D. Manuel Tamayo, *La muerte de César* de D. Ventura de la Vega, las tragedias ó dramas trágicos de la Sra. D.ª Gertrúdis Gomez de Avellaneda, D. José Zorrilla, D. José María Diaz, D. Joaquin José Cervino y algunas otras composiciones. ¿Nos citan, en el género de comedia con mantilla y basquiña, los nombres de Moratin el hijo, de Iriarte, Forner, Gorostiza, Martinez de la Rosa y Búrgos? Les opondremos las obras de los Sres. Breton, Gil y Zárate, Vega, Flores y Arenas, Rubí, Sanz, Ariza, Suarez Bravo, Tamayo, Lopez de Ayala, Eguílaz, Larra (D. Luis Mariano), Cisneros,

pero aunque la comparacion se haga entre el *Guzmán* de D. Enrique Ramos, ó el de Moratin el padre, con el de D. Antonio Gil, entre *La Condesa de Castilla* que escribió Cienfuegos y el *Sancho García* de D. José Zorrilla, los autores modernos salen ganando.

Adame y Muñoz (D. Serafin).
Afan de Rivera (D. Antonio).
Aguilar (D. Juan).
Aguirre y del Rio (D. Luis).
Aguirre y Laviaguerre (don Elías).
Alaminos Sanchez (D. Manuel).
Alarcon (D. Pedro Antonio de).
Alba (D. Juan de).
Albuerne (D. José María).
Alcalde Valladares (D. Antonio).
Alcaráz (D. Emilio).
Alfaro (D. Agustin).
Alfaro (D. Timoteo).
Almendros (D. Antonio).
Alonso y Eguílaz (D. Juan).
Altadill (D. Antonio).
Altimira (D. Francisco).
Álvarez Jimenez (D. Emilio).
Álvarez Montequin (D. Saturio).
Álvarez Robles (D. Mariano).
Alverá Delgrás (D. Antonio).
Amado Larrosa (D. Gregorio).
Andilla (Excmo. Sr. D. Francisco Garcésde Marcilla, Baron de).
Anduaga y Espinosa (D. Baltasar).
Andueza (D. José María de).
Aparici y Valparda (D. José).
Apezteguía (D. Angel María).
Arcos y Perez (D. José).
Arderius (D. Francisco).
Arellano (D. Cárlos).
Arenas (D. Juan José).
Argüelles y Vallejos (D. Antonio).
Arias y Escobar (D. Evelio).
Ariza (D. Juan de).
Arnao (D. Antonio).
Arraez de Lledó (D.ª Dolores).
Asensio de Alcántara (D. Joaquin).
Aspa (D. Vicente Gregorio).
Asquerino (D. Eduardo).
Asquerino (D. Eusebio).
Añon (Excmo. Sr. Marqués de), hoy Duque de Rivas.
Auset (D. Antonio).
Avecilla (D. Pablo).
Ayguals de Izco (D. Wenceslao).
Ayllon (D. Amalio).
Ayllon (D. Juan Antonio).
Ayllon y Altolaguirre (D. Miguel).
Azcona (D. Agustin).

Badía y Lobo (D. Eusebio).
Balader (D. Joaquin).
Balaguer (D. Victor).
Barbier (D. José).
Bárcia (D. Roque).
Barrantes (D. Vicente).
Barreneche (D. Manuel).
Barrera y Landa (D. Ramon).
Barrera y Sanchez (D. Ramon).
Barreras (D. Antonio).
Barrios (D. Cándido).
Barroso (D. Antonio).
Becquer (D. Juan Guillermo).
Béjar (D. Manuel).
Beladiez (D. Andrés María).
Belza (D. Juan).
Benavides (D. José).
Benítez y Torres (D. Fulgencio).
Bènot (D. Eduardo).
Bermejo (D. Ildefonso Antonio).
Bernat Baldoví (D. José).
Berzosa (D. Antonio).
Berzosa (D. Roberto).
Bibiloni y Corro (D. Miguel).
Blanc (D. Luis).
Blanco (D. Segundo).
Blasco (D. Eusebio).
Blasco (D. Rafael).
Boldun y Conde (D. Calixto).
Boix (D. Vicente).
Bonilla (D. José María).
Borá (D. Juan).
Borao (D. Jerónimo).
Bordonada (D. Calixto).
Botella y Andrés (D. Francisco).
Bravo (D. Emilio).
Bremon (D. Leopoldo María).
Breton de los Herreros (don Manuel).
Brusola (D. Vicente).
Búrgos (D. Francisco Javier de).
Búrgos (D. Vicente).
Busquets (D. Marcial).
Bustillo (D. Eduardo).
Bustillo (D. José).
Cabello (D. Juan Manuel).
Cabezas (D. Pedro Alcántara).
Cabrera (D. Antonio Benigno de).
Caltañazor (D. Ricardo).
Calvacho (D. Cárlos).
Calvo Asensio (D. Pedro).
Calvo y Rodriguez (D. Carmelo).
Calle (D. Antonio).
Calle (D. Pelegrin).
Cámara (D. Sixto).
Cambronero (D.ª Manuela María).
Campoamor (D. Ramon).
Camprodon (D. Francisco).
Cansinos (D. Manuel).
Cañete (D. Manuel).
Capdepon (D. Mariano).
Capo (D. Antonio).
Carbonero y Sol (D. Leon).
Carderera (D. Vicente).
Carpegna (D. Ramon Eloy de).
Carrafa (D. Alfonso).
Carralon de Larrua (D. Antonio).
Carrasco (D. Alberto).
Carrasco de Molina (D. Felipe).
Carrascosa y Rivelles (D. Manuel).
Carreras y Gonzalez (D. Mariano).
Carrillo de Albornoz (D. Maximino).
Carrion (D. Antonio).
Castellanos (D. Basilio Sebastian).
Castilla (D. Ignacio).
Castillo (D. Pelayo).
Castillo (D. Rafael del).
Castro (D. Adolfo de).
Catalina (D. Juan).
Caula (D. Remigio Armando).
Caunedo (D. Nicolás Castor de).
Cazurro (D. Mariano Zacarías).
Cerro del Pozo (D. Juan).
Cervino (D. Joaquin José).
Céspedes (D. Darío).
Cisneros (D. Enrique de).
Cobos (D. Francisco Javier).
Coll (D. Gaspar Fernando).
Corada (D. Telesforo).
Corona Bustamante (D. Francisco).
Coronado (D.ª Carolina).
Corrales (D. N.).
Corradi (D. Fernando).
Cortada (D. Juan).
Cortés (D. Eduardo).
Cortés (D. Manuel).
Cortijo (D. Antonio).
Corzo y Barrera (D. Antonio).
Crooke (D. Ramon).
Coupigny (D. Juan de).
Cuendias (D. Manuel de).
Cueto (D. Leopoldo Augusto de).

Dacarrete (D. Angel María).
Damato (D. Francisco).
Danvila (D. Francisco).
D'Araujo (D. José).
Delgado (D. Justo Tomás).
Delgado (D. Manuel Pedro).
Delgado Lara (D. Manuel).
Diana (D. Manuel Juan).
Diaz (D. José María).
Diaz (D. Juan Francisco).
Diaz de la Cruz (D. Luis).
Diaz de Valderrama (D. José).
Diez Canseco (D. Vicente).
Dimas (D. Joaquin).
Dot y Michans (D. Juan).
Dugour (D. José Desiré).

Echarte (D. Rafael).
Echegaray (D. Miguel).
Echepare y Aldabe (D. Félix).
Edo (D. Enrique).
Eguílaz (D. Luis de).
Elices (D. N.).
Elizaga (D. José de).
Enriquez (D. Ignacio).
Entrala (D. Francisco de Paula).
Escamilla (D. Pedro).
Escalante (D. Eduardo).
Escosura (D. Patricio de la).
Espina (D. Pedro).
Espronceda (D. José de).
Estéban Collantes (D. Saturnino).
Estellés (D. Salvador).
Estorch y Ligués (D. Joaquin).
Estrella (D. Gabriel).

Serra, Coupigny, Escrich, Marco, García Santistéban y las de cuantos han escrito comedias estimables del mismo ó semejante género hasta la del Sr. D. Luis San Juan, estrenada últimamente. A los sainetes de D. Ramon de la Cruz y D. Juan del Castillo, podremos oponer las piezas en un acto de los mismos Sres. Breton y Rubí, Villergas, Diana, Cazurro, Sanz Perez y Serra, con otras fábulas cortas equivalentes. De zarzuela no hablemos: pocas se veian en el siglo pasado; hubo, sí, un diluvio de tonadillas desvergonzadas, y sin embargo insípidas; pero casi nada que se pareciese á las zarzuelas de los Sres. Vega, GARCÍA GUTIERREZ, Ayala, Azcona, Olona, Camprodon, Serra, Picon, Pina, Frontaura, etc.,

Fabraquer (Excmo. Sr. D. José Muñoz Maldonado, Conde de).
Fernandez (D. Gabriel).
Fernandez (D. José María).
Fernandez (D. Mariano).
Fernandez Aveño (D. Teodomiro).
Fernandez Cuesta (D. Nemesio).
Fernandez de Mobellan (D. Sebastian).
Fernandez-Guerra y Orbe (don Aureliano).
Fernandez-Guerra y Orbe (don Luis).
Fernandez Jimenez (D. José).
Fernandez Larripa (D.ª Catalina).
Fernandez San Roman (D. Federico).
Fernandez Travanco (D. José).
Fernandez y Gonzalez (D. Manuel).
Fernel (D. Francisco Alejandro).
Ferreiro y Peralta (D. José).
Ferrer del Rio (D. Antonio).
Ferrer Fernandez (D. José Antonio).
Figueroa (D. José Lorenzo).
Flores Arenas (D. Francisco).
Fonollosa (D. Justo).
Fontan (D. Joaquin).
Foxá (D. Francisco Javier de).
Foz (D. Braulio).
Franquelo (D. Ramon).
Frontaura (D. Cárlos).
Fuente-Quinto (Excmo. Sr. don Javier de Valdelomar y Pineda, Baron de).
Fuentes (D. Juan Jacobo).
Fuentes (D. Rafael Luis).

Gago y Gomez (D. José María).
Galardi (D. Francisco).
Galvez (D. Angel).
Galvez Amandi (D. Rafael).
Gallego (D. Jerónimo).
García (D. Adolfo).
García (D. José María).
García Carrasco (D. Federico).
García Cuevas (D. Francisco).
García de Balmaseda (D.ª Joaquina).
García del Canto (D. Antonio).
García de Quevedo (D. José Heriberto).
García de Villalta (D. José).
García Doncel (D. Cárlos).
García Escobar (D. Ventura).
García Fernandez (D. Manuel).
García Gonzalez (D. Manuel).
García Gutierrez (D. Antonio).
García Jimenez (D. Mariano).
García Lobera (D. Ignacio).
García Luna (D. Luis).
García Muñoz (D. Manuel).
García Nogueras (D. Diego).
García Ontiveros (D. Ignacio).
García Pareño (D. Joaquin).
García Santistéban (D. Rafael).
García Tejero (D. Alfonso).
Gargallo (D. Fernando José).
Garrido (D. Fernando).
Garza (D. Mateo).
Gaspar (D. Enrique).
Gavilan y Escudero (D. Martin).
Gerona (Excmo. Sr. D. José de Castro y Orozco, Marqués de).
Gil Rubio (D. Matías).
Gil Sanchez (D. Víctor).
Gil y Baus (D. Isidoro).
Gil y Zárate (D. Antonio).
Gironella (D. Antonio).
Gisbert y Abad (D. José).
Gomez de Avellaneda (D.ª Gertrúdis).
Gomez de Bedoya (D. Fernando).
Gomez de Santa María (don Agustin).
Gomez Matute (D. Antonio María).
Gomez Sanchez (D. Francisco).
Gomez Trigo (D. Gaspar).
Góngora (D. José de).
Gonzalez (D. José).
Gonzalez (D. Leon).
Gonzalez (D. Manuel).
Gonzalez Aurioles (D. Miguel).
Gonzalez Bedmar (D. Enrique).
Gonzalez Bravo (D. Luis).
Gonzalez de Tejada (D. José).
Gonzalez Elipe (D. Francisco).
Gonzalez Ocampo (D. Primitivo).
Gonzalez Serrano (D. José).
Gonzalez y Reguera (D. Saturnino).
Gorostiza (D. Pedro).
Granés (D. Salvador María).
Gras y Ballvé (D. Pedro).
Grassi (D.ª Ángela).
Guerra (D. Fernando).
Guerrero (D. Teodoro).
Guijarro y Rico (D. José).
Gutierrez de Alba (D. José María).

Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Henales (D. Luis Federico).
Henao y Muñoz (D. Manuel).
Hernandez (D. Eduardo).
Hernandez (D. Enrique).
Hernandez de Alba (D. Rafael).
Hernandez Soldevilla (don Eduardo).
Hernandez y Guasco (D. Andrés).
Hernando Pizarro (D. Manuel).
Herran (D. Juan José).
Herrero y Arana (D. Leopoldo).
Huici (D. José María).
Horta (D. Jaime).
Hurtado (D. Antonio).

Iglesias (D. Pedro Antonio).
Infante (D. Eduardo).
Inza (D. Eduardo de).
Iribarne (D. Francisco).
Izaguirre (D. Francisco).
Iza y Zamácola (D. Antonio).

Jimenez Serrano (D. José).
Jouve (D. Faustino).
Jover (D. Nicasio Camilo).

Laballa (D. Jacinto).
La Bastida (Excmo. Sr. Marqués de).
La Coba Gomez (D. Juan de).
La-Cort (D. José María).
Lafuente (D. Romualdo).
Lalama (D. Vicente).
Larra (D. Luis Mariano de).
Larra (D. Mariano José de).
Larrea (D. José María de).
Larroca (D. Eugenio).
Lasala (D. Manuel).
Laserna (D. Gaspar).
Lasso de la Vega (D. Ángel).
Laudo (D. Joaquin).
Lazcano (D. Mariano Salvador).
Leon (D.ª Rogelia).
Leon y Dominguez (D. José María).
Lesen y Moreno (D. José).
Leiral y Montes (D. N.).
Lias Rey (D. Ramon).
Liern (D. Rafael María).
Lobo (D. Antonio).
Loma y Corradi (D. Luis de).
Lombía (D. Juan).
Lopez (D. Feliciano).
Lopez de Arcilla (D. Ricardo).
Lopez de Ayala (D. Adelardo).
Lopez García (D. Bernardo).
Lopez Navalon (D. Valentin).
Lopez Pelegrin (D. Eduardo).
Lopez Pelegrin (D. Santos).
Lopez Salgado (D. Cipriano).
Lopez y Ramirez (D. Baltasar).
Lopez y Ramirez de Arellano (D. Eladio).
Lopez Ytelo (D. Juan).
Lorente y Mora (D. Ramon).
Losada (D. Juan Miguel de).
Lou de Compañy (D. Ramon).
Lozano (D. Antonio).
Lozano (D.ª Enriqueta).
Lumbreras (D. Francisco).
Luque (D. José).
Llacayo (D. Augusto).
Lladró y Mallí (D. Ramon).
Llano y Persi (D. Manuel).
Llorens de Torres (D. Modesto).

Macía (D. Ángel).
Macía (D. Federico).
Macía (D. Pedro).
Madrazo (D. Francisco de Paula).
Madrazo (D. Pedro de).
Madrid Ballesteros (D. Eugenio).
Magan (D. Nicolás).
Magariños y Cervántes (D. Alejandro).
Mallí y Brignole (D. Antonio).
Manzano (D. Julian).
Manzano Oliver (D. Francisco).
Marco (D. José).
March y Labores (D. Luis).
Marin y Gutierrez (D. Antonio).
Marrosetes (D. Jaime).
Martin Redondo (D. Fernando).
Martin y Santiago (D. José).
Martinez (D. Bartolomé).
Martinez (D. Cipriano).
Martinez (D. Eduardo).
Martinez (D. José).
Martinez Brieva (D. Antonio).
Martinez Cuende (D. Eugenio).
Martinez de Lafuente (D.ª Angelina).
Martinez de la Rosa (D. Francisco).
Martinez de Latorre (D. Ramon).
Martinez de Pinillos (D. Joaquin).

**etc., etc. Quedan de ventaja á favor del segundo tercio de nuestro siglo todas las comedias-dramas, de personajes y asunto más elevado ú ménos, como *Finezas contra desvíos* y *Bandera negra*, *Dos validos* y *¿Quién es ella? Españoles sobre todo* y *La travesuras de Juana*;** quedan los dramas-comedias, como *Un monarca y su privado*, *Don Francisco de Quevedo* y *La Rica-hembra*; los heroicos, como *Isabel la Católica*, *La fuerza de voluntad*, *Las mocedades de Hernan Cortés*, *Las querellas del Rey Sabio*, *Rodrigo Diaz de Vivar*; quedan las obras, como *Carnioli* y *La culebra en el pecho*, pertenecientes al género llamado *realista*; quedan, en fin, los dramas-tragedias, como *Guzmán el Bueno*, *El Conde Don Julian*, *Sancho*

**Martinez de Rozas** (D. A. S.).
**Martinez Mora** (D. José).
**Martinez Navarro** (D. Cárlos).
**Martinez Pedrosa** (D. Fernando).
**Martinez Rives** (D. José).
**Martinez Villergas** (D. Juan).
**Martinez y Gonzalez** (D. Antonio).
**Martos Rubio** (D. N.).
**Mas** (D. Ramon).
**Mata** (D. Pedro).
**Mata y Oneca** (D. Serafin).
**Mayoli y Enderiz** (D. Alejandro).
**Mayor** (D. Celestino).
**Mayquez** (D. Rafael).
**Mayquez Fenoquio** (D. José).
**Maza** (D. Eduardo).
**Medel** (D. Ramon).
**Mendialdúa** (D. Francisco Manuel).
**Mejía** (D. Félix).
**Mencía Echevarría** (D. Antonio).
**Mendoza** (D. Antonio).
**Mendoza** (D. Luis de).
**Mendoza Jordan** (D. José).
**Merino** (D. Florencio).
**Mestre y Marzal** (D. José).
**Milá de la Rosa** (D. J. Nicasio).
**Milan y Navarrete** (D. Rafael).
**Milanés** (D. José Jacinto).
**Millan** (D. José Agustin).
**Miñota** (D. N.).
**Miró** (D. Clemente).
**Miró** (D. Cristóbal).
**Molina** (D. Blas).
**Molins** (Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, Marqués de).
**Montemar** (D. Francisco de Paula).
**Morales y Castro** (D. Ricardo).
**Morán** (D. Jerónimo).
**Mor de Fuentes** (D. José).
**Moreno** (D. Faustino).
**Moreno** (D. José María).
**Moreno** (D. Manuel).
**Moreno Gil** (D. Pantaleon).
**Moreno Gonzalez** (D. Manuel).
**Moreno Lopez** (D. Eugenio).
**Moreno y Godino** (D. Florencio).
**Morera** (D. Francisco Luis).
**Moscoso** (D. Ginés de).
**Mosquera** (D. Ricardo).
**Mozo de Rosales** (D. Emilio).
**Muntadas** (D. Juan Federico).
**Muñoz y Prolongo** (D. Rafael).

**Navarrete y Landa** (D. Ramon).
**Navarro** (D. Cecilio).
**Navarro** (D.ª Francisca).
**Navarro Villoslada** (D. Francisco).
**Nebot y Padilla** (D. Luis).
**Neira de Mosquera** (D. Antonio).
**Nieva** (D. Juan José de).
**Nodal** (D. Sinforoso).
**Nogués** (D. José María).
**Nombela** (D. Julio).
**Nuñez de Arce** (D. Gaspar).

**Ocio** (D. José Jesus de).
**Ochoa** (D. Eugenio de).
**Olavarría** (D. Eugenio de).
**Olavarría** (D. Patricio).
**Olona** (D. José).
**Olona** (D. Luis).
**Orgaz** (D. Francisco).
**Orihuela** (D. Andrés Avelino).
**Ortega** (D. Miguel J.).
**Ortiz** (D. José María).
**Ortiz de Pinedo** (D. Manuel).
**Ortiz Mayquez** (D. Juan).
**Ortiz y Tapia** (D. José).
**Ossorio** (D. Fernando).
**Ossorio y Bernard** (D. Manuel).

**Pablo Blanco** (D. José de).
**Pacheco** (D. Joaquin Francisco).
**Palacio** (D. Eduardo de).
**Palacio** (D. Manuel).
**Palacios y Toro** (D. Francisco de).
**Palanca y Roca** (D. Francisco).
**Palomino Guzmán** (D. Leopoldo).
**Palou y Coll** (D. Juan).
**Pardo de la Casta** (D. Pedro).
**Parra** (D. Justo de los Santos).
**Parreño** (D. Florencio Luis).
**Pastor** (D. Francisco Javier).
**Pastor** (D. Leandro Tomás).
**Pastor** (D. Luis María).
**Pastorfido** (D. Miguel).
**Peral** (D. Juan del).
**Perez de Guzmán** (D. Juan).
**Perez del Castillo** (D. José).
**Perez Duro** (D. Jacinto).
**Perez Echevarría** (D. Francisco).
**Perez Escrich** (D. Enrique).
**Perez Plo** (D. Joaquin).
**Perez Rioja** (D. Antonio).
**Perogordo** (D. Gregorio).
**Pers y Ricart** (D. José).
**Peyret y Bosque** (D. José).
**Picon** (D. José).
**Pina** (D. Mariano).
**Pina y Dominguez** (D. Mariano).
**Pino** (D. Pablo del).
**Pirala** (D. Antonio).
**Pizarroso** (D. Cárlos).
**Plaza** (D. Hipólito).
**Ponz** (D. Mariano).
**Poo** (D. José de).
**Povedano** (D. Angel).
**Pozo** (D. Fernando).
**Príncipe** (D. Miguel Agustin).
**Puente y Brañas** (D. Ricardo).
**Puerta Vizcaino** (D. Juan de la).
**Puga** (D. Graciliano).

**Rada y Delgado** (D. Juan de Dios de la).
**Ramirez** (D. Braulio Anton).
**Ramirez** (D. Javier de).
**Ramirez Arcas** (D. Antonio).
**Ramiro** (D. Antonio).
**Ramos** (D. Pedro Enrique).
**Recasens** (D. José María).
**Redondo** (D. Antonio).
**Regoyos** (D. Nicanor Roman de).
**Reguera Peñaranda** (D. José).
**Rétes** (D. Francisco Luis de).
**Ribot y Fontseré** (D. Antonio).
**Rico** (D. Manuel).
**Rico y Amat** (D. Juan).
**Riera y Busquet** (D. Juan).
**Rincon** (D. José María).
**Rinchan** (D. Alejandro).
**Rios** (D. José Amador de los).
**Rios Rosas** (D. Antonio).
**Rivas** (Excmo. Sr. D. Angel Saavedra, Duque de).
**Rivas Perez** (D. José).
**Rivera** (D. Luis).
**Rivera** (D. Ricardo).
**Robello Vasconi** (D. Francisco).
**Robert** (D. Roberto).
**Robles y Postigo** (D. José de).
**Roca** (D. Miguel Vicente).
**Rochano** (D. Francisco de P.).
**Rodriguez** (D. Santiago).
**Rodriguez Cao** (D. Jesus).
**Rodriguez Correa** (D. Ramon).
**Rodriguez Jordan** (D. Vicente).
**Rodriguez Lopez** (D. Antonio).
**Rodriguez Morán** (D. Victoriano).
**Rodriguez Rubí** (D. Tomás).
**Rodriguez Varo** (D. Vicente).
**Rojas** (D.ª Natividad de).
**Romero** (D. Antonio).
**Romero Larrañaga** (D. Gregorio).
**Romero Saavedra** (D. Antonio).
**Romero y Saavedra** (D. Cristóbal Pascual).
**Rosa Gonzalez** (D. Juan de la).
**Rosell** (D. Cayetano).
**Rota** (D. Javier de).
**Rubí** (D. Eugenio).
**Rubio y Gomez** (D. Antonio).
**Ruiz Aguilera** (D. Ventura).
**Ruiz Benitúa** (D. N.).
**Ruiz del Cerro** (D. Juan).
**Ruiz Navalon** (D. Ventura).
**Ruiz y Torrent** (D. Miguel).
**Rute** (D. N.).

**Sabando** (D. Julian Manuel de).
**Sabater** (D. Pedro).
**Sabater** (D. Sinesio).
**Sainz Pardo** (D. Vicente).
**Sala y Sauri** (D. Eduardo).
**Salas y Quiroga** (D. Jacinto).
**Salvatierra** (D. Enrique).
**San Clemente** (D. Salvador).
**Sanchez Albarrán** (D. José).
**Sanchez de Castilla** (D. Gabriel).
**Sanchez del Arco** (D. Francisco).
**Sanchez Fuentes** (D. Eugenio).
**Sanchez Garay** (D. Laureano).
**Sanchez y Perez** (D. Antonio).
**San Juan** (D. Luis).
**Sanson** (D. José Plácido).
**Sans y Rives** (D. Ramon).
**Santa Ana** (D. Manuel María de).
**Sanz** (D. Eulogio Florentino).
**Sanz Perez** (D. José).
**Sartorio** (D. Agustin).
**Sata** (D. Fernando).
**Scarlati** (D. Dionisio).
**Seco y Shelly** (D. Manuel).
**Segovia** (D. Antonio María).
**Segre y Monserrat** (D. Antonio).
**Segura** (D. Diego).
**Sélgas** (D. José).
**Serra** (D. Narciso).
**Sevillano** (D. Cipriano).
**Sierra** (D. Acisclo de).
**Sierra** (D. Blas).
**Silva** (D. Pablo Marcial de).
**Silveira y Vasconcellos** (D. Antonio).
**Silvela** (D. Manuel).

*García*, *Don Juan Tenorio*, *Las guerras civiles*, *El Hombre de estado*, *El alma del Rey García*, *La locura de amor*, *Felipe el Prudente*, y *Herir en la sombra*..... como *El Paje*, *El Rey Monje*, *Simon Bocanegra*, y otras obras de García Gutierrez. No se quiere decir que el clasicismo cortase los vuelos al ingenio español; solamente decimos que en el siglo pasado hubo reglas de sobra, y escasez de ingenios para el teatro; han venido en el nuestro, en abundancia y con variedad, y él los ha recibido. Sin competir con los del siglo XVII, lo cierto es que desde Candamo (1) á Fígaro, al Duque de Rivas y á García Gutierrez, las tradiciones y la gloria del teatro español se enlazan decorosamente: en medio hay un paréntesis, ilustrado con el nombre de Inarco Celenio, á quien el arte nada tiene que pedir; pero sí á cualquier otro que, sin poseerlo como él, no nos dé lo que abundaba tanto, lo que sobraba seguramente en el teatro antiguo español: poesía. Ésta ha enriquecido tambien los dramas románticos, y por ella pueden obtener indulgencia en sus extravíos, si es por otra parte verdad, como afirmó Quintana,

> Que si asiste al poeta el don divino
> De interesar y de animar la escena,
> Siempre se abre al aplauso ancho camino,
> Y el ceño de la crítica serena.

De la oposicion caprichosa á las reglas clásicas, no hay duda que se ha de pasar á una desmedida licencia, que será un abuso, y por tanto un mal; pero la emancipacion legítima, la libertad en sí, en el órden civil y en el literario, fué y es siempre un bien, el mayor de todos. Hoy, gracias á las conquistas de ayer, no se pide al autor dramático rígida cuenta de la escuela que sigue; como interese con lo bello y lo bueno, como agrade y al paso instruya, la manera se abandona á su buen criterio. Saben los preceptistas ya que las reglas fueron deducidas de los modelos; y pudiendo el ingenio del hombre todavía producir modelos diferentes de los conocidos, como ha producido tras el coche la locomotora, tras el correo la telegrafía eléctrica, no es prudente mandar al poeta de ahora que escriba lo mismo que se escribia dos mil años há; porque se puede ocurrir á un moderno alguna novedad provechosa, ó cuando ménos lícita, presentando un modelo nuevo, que dé ocasion á establecer cánones diferentes de los antiguos: en las exposiciones literarias de nuestros dias cualquier obra de arte se admite: las Musas tienen hoy para ensayos un cam-

Sobrado (D. Pedro Niceto de).
Soler de la Fuente (D. José Joaquin).
Solera (D. Temístocles).
Solferino (Excmo. Sr. D. Benito Llanza y Esquivel, Duque de).
Solon (D. Jaime).
Sota y Lastra (D. Pio de la).
Suarez Bravo (D. Ceferino).
Suricalday (D. Cayetano).

Tajueco y Gallardo (D. Emilio).
Talegon de Santiago (D. Félix).
Tamarit Ponce (D. Rafael).
Tamayo y Baus (D. Andrés).
Tamayo y Baus (D. Manuel).
Tamayo y Baus (D. Victorino).
Tapia (D. Eugenio de).
Tarrio y Bueno (D. Toribio).
Tejada y Alonso Martinez (don Rafael de).
Tió (D. Jaime).
Tirado (D. Fernando de).
Tirado (D. Francisco).
Tomeo y Benedicto (D. Joaquin.)
Torres Muñoz de Luna (D. Ramon).
Trigueros y Gonzalez (D. Mariano).

Ulloa (D. Elisardo).
Urrabieta (D. Mariano).
Urreiztieta (D. Martin).

Valcárcel (D. Manuel).
Valdés (D. Ramon Francisco).
Valladares Saavedra (D. Ramon de).
Valladares y Garriga (D. Luis).
Vargas Machuca (D. Francisco).
Vazquez de Villasante (D. José).
Vega (D. Francisco de la).
Vega (D. Ventura de la).
Velasco Ayllon (D. Ricardo).
Velazquez (D. Felipe).
Velilla y Rodriguez (D. José de).
Vera (Sr. D. Ramon de Castañeira, Vizconde de).
Vicens y Gil de Tejada (D. Benito).
Vicetto Perez (D. Benito).
Vico y Lopez (D. Antonio).
Vidal (D. Eduardo).
Vidal (D. Francisco de Sales).
Viedma (D. Juan Antonio).
Vila y Goyri (D. Francisco).
Vilella y Font (D. Sebastian).
Villa y del Valle (D. Juan de la).
Villalobos (D. Francisco de Paula).
Villalobos y Belmonte (D. Rafael).
Villanueva (D. José Joaquin).
Villar (D. Francisco del).
Villarias Ruiz (D. Domingo).
Villegas (D. J. S.).
Vinader (D. F.).
Virto (D. Ignacio).
Vivancos (D. José María).

Wrathny (D. Cárlos).

Yacosa y Leon (D. Manuel M.).
Yago (D. Pedro).

Zamacois (D. Niceto).
Zamora y Caballero (D. Eduardo).
Zappino (D. Benito María).
Zea (D. Francisco).
Zorrilla (D. José).
Zumel (D. Enrique).

(1) Escribió, con otros dos autores, una comedia titulada *El Español más amante y desgraciado Macías*.

po neutral. Si buscando verdad y belleza cómica el autor escénico, la encuentra en un palacio, de allí la puede trasladar sin temor á las tablas: muy acertadamente dijo el mayor práctico de la escena, Lope:

> Elíjase el asunto, y no se mire
> (Perdonen los preceptos) si es de reyes.

Si halla la comedia entre vecinos de condicion mediana y de ahí abajo, tampoco se le impedirá que la tome de ellos: donde quiera que esté, por derecho *primi occupantis* le pertenece. Si el personaje cómico siente, con razon y se queja y llora, libremente se le permite expresar su dolor: hombre es, y pudiéranos decir, con Terencio: *Humani nihil à me alienum puto*. Si el poeta ve juntos en la humilde cabaña (que sí podrá ver) al príncipe y al villano, nadie se ofenderá porque los conserve unidos en una poética fotografía; que, segun Cervántes, á cualquier lado de la mesa que el rico se siente, será cabecera del pobre: no está el Rey D. Alfonso mal en el Castañar, donde oye las simplezas de un rústico, ni el Rey D. Pedro en el taburete humilde que le otorga, como á escudero, el presuntuoso Rico-hombre que habia de prosternarse luégo á sus plantas, vencido. Si necesita el poeta dramático, para el desarrollo mejor de su fábula, más de un lugar, disponga de los bastidores á su gusto; si quiere más de una sola unidad de tiempo, sin dificultad le concederá el complaciente auditorio decenas y centenas, verificándose ahora muy seriamente lo que años há se dijo de burlas.

Estas concesiones no se arrancan de balde al público: para obtenerlas, ha sido menester ofrecerle obras en que las libertades pedidas apareciesen justificadas; el público y la prensa han hallado esa justificacion en las obras de García Gutierrez, donde las licencias de la osadía las paga el ingenio. Su invencion es rica, su elocucion áun más, sus tendencias generosas y nobles: caractéres pinta (los de las mujeres y los padres en particular) con el pincel suave de Lope; figuras ha trazado con los toques valientes de Shakespeare: el espíritu español de la época en que el autor se formó, aquel espíritu sediento de aire libre, enemigo de la opresion, defensor de los derechos del pueblo, asoma, transpira, centellea en sus obras por todas partes, desde *El Trovador* hasta *Juan Lorenzo*, en sus poemas grandes como en los menores. para encarecer la belleza de su poesía, la oportunidad y perfeccion de sus diálogos, la dulzura de sus fáciles versos, habria que emplear, ó frases que pudieran parecer hiperbólicas, ó comparaciones no exentas de peligro.

En la *Biblioteca de Autores Españoles* queda ya compilado en doce volúmenes lo mejor del teatro antiguo; quedan el de Jovellanos y el de los Moratines, que enlazan el siglo pasado con el presente; se halla tambien, en el tomo de D. Manuel José Quintana, su tragedia *Pelayo*, la mejor que ha tenido España hasta el año 1805, la única de sus dias que por lo levantado de los pensamientos, la belleza de la diccion y lo patriótico del asunto, se mantiene todavía íntegra en el teatro, y se mantendrá, olvidadas las muchas que se escribieron en España desde que el Marqués de San Juan tradujo al castellano el *Cinna*. Conviene ir formando colecciones de las demas obras escénicas de nuestro siglo, y una coleccion de éstas ofrecemos al público en el tomo que le presentamos. Recíbale con la benevolencia que ha dispensado á las obras de los Excelentísimos Sres. D. Manuel Breton de los Herreros y D. Ventura de la Vega, y quede á cargo de más delgada pluma, que por amiga no pueda ser sospechosa de apasionada, examinar detenidamente las altas cualidades que resplandecen en cada una de las obras teatrales, dramas, comedias y zarzuelas de D. Antonio García Gutierrez. Escritas estas páginas en país extranjero (1), con prisa y sin libros, exigiendo á una

(1) Las notas se han añadido en Madrid. La de los autores dramáticos ha sido formada con el auxilio de varios amigos que no citamos, para que no se les achaquen inexactitudes y omisiones de que otro debe responder.

memoria cansada lo que no puede ya dar de sí, forzoso ha sido ceñirse á meras generalidades en materia fácil y conocida.

El Presidente de la Comision, tiempo há mermada y casi dispersa, consigna aquí, segun desde las primeras juntas manifestaron todos sus individuos, la expresion del más profundo agradecimiento á los altos patronos de la edicion y á los dignos editores que la facilitaron.

*Biarritz, 12 de Agosto de 1866.*

---

# EL TROVADOR.

## DRAMA CABALLERESCO EN CINCO JORNADAS, EN PROSA Y VERSO.

Representado por primera vez, en el Teatro del Príncipe, el dia 1.° de Marzo de 1836.

### PERSONAS.

DON NUÑO DE ARTAL, *Conde de Luna.*
DON MANRIQUE.
DON GUILLEN DE SESÉ.
DON LOPE DE URREA.
DOÑA LEONOR DE SESÉ.
DOÑA JIMENA.
AZUCENA.
GUZMAN. } *Criados del Conde de Luna.*
JIMENO.
FERRANDO.
RUIZ, *criado de don Manrique.*
UN SOLDADO.
SOLDADOS.
SACERDOTES.
RELIGIOSAS.

*Aragon, Siglo* XV.

## JORNADA PRIMERA.

### EL DUELO.

Zaragoza : sala corta en el palacio de la Aljafería.

### ESCENA PRIMERA.

GUZMAN, JIMENO, FERRANDO, sentados.

JIMENO.

Nadie mejor que yo puede saber esa historia, como que hace muy cerca de cuarenta años que estoy al servicio de los Condes de Luna.

FERRANDO.

Siempre me lo han contado de diverso modo.

GUZMAN.

Y como se abultan tanto las cosas...

JIMENO.

Yo os lo contaré tal como ello pasó por los años de 1390. El Conde don Lope de Artal vivia regularmente en Zaragoza, como que siempre estaba al lado de su Alteza. Tenía dos niños: el uno, que es don Nuño, nuestro muy querido amo, y contaba entónces seis meses poco más ó ménos; y el mayor, que tendria dos años, llamado don Juan. Una noche entró en la casa del Conde una de esas vagamundas, una gitana con ribetes de bruja, y sin decir palabra se deslizó hácia la cámara donde dormia el mayorcito. Era ya bastante vieja...

FERRANDO.

¿Vieja y gitana? Bruja sin duda.

JIMENO.

Se sentó á su lado, y le estuvo mirando largo rato, sin apartar de él los ojos un instante; pero los criados la vieron, y la arrojaron á palos. Desde aquel dia empezó á enflaquecer el niño, á llorar continuamente; y por último, á los pocos dias cayó gravemente enfermo: la pícara de la bruja le habia hechizado.

GUZMAN.

¡Diantre!

JIMENO.

Y áun su aya aseguró que en el silencio de la noche habia oido várias veces que andaba álguien en su habitacion, y que una legion de brujas jugaban con el niño á la pelota, sacudiéndole furiosas contra la pared.

FERRANDO.

¡Qué horror! Yo me hubiera muerto de miedo.

JIMENO.

Todo esto alarmó al Conde, y tomó sus medidas para pillar á la gitana: cayó efectivamente en el garlito, y al otro dia fué quemada públicamente para escarmiento de viejas.

GUZMAN.

¡Cuánto me alegro! ¿Y el chico?

JIMENO.

Empezó á engordar inmediatamente.

FERRANDO.

Eso era natural.

JIMENO.

Y, á guiarse por mis consejos, hubiera sido tambien tostada la hija, la hija de la hechicera.

FERRANDO.

¡Pues por supuesto! Dime con quién andas...

JIMENO.

No quisieron entenderme, y bien pronto tuvieron lugar de arrepentirse.

GUZMAN.

¡Cómo!

JIMENO.

Desapareció el niño, que estaba ya tan rollizo que daba gusto verle; se le buscó por todas partes: y ¿sabeis lo que se encontró? Una hoguera

recien apagada en el sitio donde murió la hechicera, y el esqueleto achicharrado del niño.

FERRANDO.

¡Cáspita! Y ¿no la atenacearon?

JIMENO.

Buenas ganas teníamos todos de verla arder, por via de ensayo para el infierno; pero no pudimos atraparla: y sin embargo, si la viese ahora...

GUZMAN.

¿La conoceriais?

JIMENO.

A pesar de los años que han pasado, sin duda.

FERRANDO.

Pero tambien apostaria yo cien florines á que el alma de su madre está ardiendo ahora en las parrillas de Satanas.

GUZMAN.

Se entiende.

JIMENO.

Pues... mis dudas tengo yo en cuanto á eso.

GUZMAN.

¿Qué decis?

JIMENO.

Desde el suceso que acabo de contaros, no ha dejado de haber lances diabólicos... yo diria que el alma de la gitana tiene demasiado que hacer, para irse tan pronto al infierno.

FERRANDO.

¡Jum!... ¡jum!...

JIMENO.

¿He dicho algo?

FERRANDO.

Preguntádmelo á mí.

GUZMAN.

¿La habeis visto?

FERRANDO.

Más de una vez.

GUZMAN.

¿A la gitana?...

FERRANDO.

No, ¡qué disparate! no... al alma de la gitana: unas veces bajo la figura de un cuervo negro; de noche regularmente en buho. Últimamente, noches pasadas se trasformó en lechuza...

GUZMAN.

¡Cáspita!

JIMENO.

Adelante.

FERRANDO.

Y se entró en mi cuarto á sorberse el aceite de mi lámpara: yo empecé á rezar un *Padre nuestro* en voz baja... ni por ésas: apagó la luz y me empezó á mirar ¡con unos ojos tan relucientes! se me erizó el cabello: ¡tenía un no sé qué de diabólico y de infernal aquel espantoso animalejo! Ultimamente, empezó á revolotear por la alcoba... yo sentí en mi boca el frio beso de un labio inmundo, dí un grito de terror, exclamando: *¡Jesus!* y la bruja, espantada, lanzó un prolongado chillido, precipitándose furiosa por la ventana.

GUZMAN.

¡Me contais cosas estupendas! Y en pago del buen rato que me habeis hecho pasar, voy á contaros otras no ménos raras y curiosas; pero que tienen la ventaja de ser más recientes.

FERRANDO.

¡Cómo!

GUZMAN.

Se entiende que nada de esto debe traslucirse, porque es una cosa que sólo á mí, á mí particularmente se me ha confiado.

JIMENO.

Pero ¿de quién?...

GUZMAN.

De otro modo me mataria el Conde.

FERRANDO Y JIMENO.

¡El Conde!

GUZMAN.

Pero todo ello no es nada, nada, travesuras de la juventud. ¿No sabeis que está perdidamente enamorado de doña Leonor de Sesé?

JIMENO.

La hermana de don Guillen, de ese hidalgo orgulloso...

FERRANDO.

La más hermosa dama del servicio de la reina.

GUZMAN.

Seguro.

FERRANDO.

Y que está tan enamorada de aquel trovador, que en tiempos de antaño venía á quitarnos el sueño por la noche con su cántico sempiterno.

GUZMAN.

Y que viene todavía.

JIMENO.

¡Cómo! Pues ¿no dicen que está con el Conde de Urgel, que en mala hora naciera, ayudándole á conquistar la corona de Aragon?

GUZMAN.

Pues á pesar de eso...

FERRANDO.

¡Atreverse á galantear á una de las primeras damas de su Alteza! ¡Un hombre sin solar! digo, que sepamos.

JIMENO.

No negaréis, sin embargo, que es un caballero valiente y galan.

GUZMAN.

Sí, eso sí... pero en cuanto á lo demas... Y luégo, ¿quién es él? ¿dónde está el escudo de sus armas? Lo que me decia anoche el Conde: «Tal vez será algun noble pobreton, algun hidalgo de gotera.»

JIMENO.

Pero al cuento.

GUZMAN.

Al cuento. Ya sabeis que yo gozo de la confianza

del Conde. Anoche me dijo, estando los dos solos en su cuarto: «Escucha, Guzman, quiero que me acompañes: sólo á tí me atrevo á confiar mis designios, porque siempre me has sido fiel; esta noche ha de ser fatal para mí, ó he de llegar al colmo de la felicidad suprema.» «Sígueme», añadió; y atravesó con paso precipitado las galerías, instruyéndome en el camino de su proyecto.

JIMENO.

Y ¿qué?

GUZMAN.

Su intento era entrar en la habitacion de Leonor, para lo cual se habia proporcionado una llave.

JIMENO.

¡Cómo!... ¡en palacio!... Y ¿se atrevió al fin?...

GUZMAN.

Entró efectivamente; pero en el momento mismo, cuando lleno de amor y de esperanza, se le figuraba que iba á tocar la felicidad suprema, un preludio del laud del maldito trovador vino á sacarle de su delirio.

FERRANDO.

¡Del trovador!

GUZMAN.

Del mismo: estaba en el jardin. «Allí, dijo don Nuño con un acento terrible, allí estará tambien ella»; y bajó furioso la escalera. La noche era oscurísima; el importuno cantor, que nunca pulsó el laud á peor tiempo, se retiró creyendo sin duda que era mi amo algun curioso escudero: á poco rato bajó la virtuosa Leonor; y equivocando á mi señor con su amante, le condujo silenciosamente á lo más oculto del jardin. Bien pronto las atrevidas palabras del Conde la hicieron conocer con quién se las habia... la luna, hasta entónces prudentemente encubierta con una nube espesísima, hizo brillar un instante el acero del celoso cantor delante del pecho de mi amo: poco duró el combate; la espada del Conde cayó á los piés de su rival, y un momento despues ya no habia un alma en todo el jardin.

JIMENO.

Y ¿no os parece, como á mí, que el Conde hace muy mal en exponer así su vida? Y si llegan á saber sus Altezas semejantes locuras...

GUZMAN.

¡Calle!... parece que se ha levantado ya...

JIMENO.

Temprano, para lo que ha dormido.

FERRANDO.

Los enamorados... dicen que no duermen.

GUZMAN.

Vamos allá, no nos eche de ménos.

FERRANDO.

Y hoy, que estará de mala guisa...

JIMENO.

Sí, vamos.

—

Cámara de doña Leonor en el palacio.

## ESCENA II.

LEONOR. JIMENA. DON GUILLEN.

DON GUILLEN.

Mil quejas tengo que daros,
Si oirme, hermana, quereis.

LEONOR.

Hablar, don Guillen, podeis;
Que pronta estoy á escucharos.
Si á hablar del Conde venis,
Que será en vano os advierto,
Y me enojaré por cierto
Si en tal tema persistis.

DON GUILLEN.

Poco estimais, Leonor,
El brillo de vuestra cuna,
Menospreciando al de Luna
Por un simple trovador.
¿Qué visteis, hermana, en él,
Para así tratarle impía?
¿No supera en bizarría
Al más apuesto doncel?
A caballo, en el torneo,
¿No admirásteis su pujanza?
A los botes de su lanza...

LEONOR.

Que cayó de un bote creo.

DON GUILLEN.

En fin, mi palabra dí
De que suya habeis de ser,
Y cumplirla he menester.

LEONOR.

Y vos ¿disponeis de mí?

DON GUILLEN.

Ó soy ó no vuestro hermano.

LEONOR.

Nunca lo fuérais por Dios;
Que me dió mi madre en vos
En vez de amigo un tirano.

DON GUILLEN.

En fin, ya os dije mi intento:
Ved cómo se ha de cumplir...

LEONOR.

No lo espereis.

DON GUILLEN.

Ó vivir
Encerrada en un convento.

LEONOR.

Lo del convento más bien.

DON GUILLEN.

¿Eso tu audacia responde?

LEONOR.

Que nunca seré del Conde...
Nunca: ¿lo oís, don Guillen?

DON GUILLEN.

Yo haré que mi voluntad
Se cumpla, aunque os pese á vos.

LEONOR.

Idos, hermano, con Dios.

DON GUILLEN.

¡Leonor!... á Dios os quedad.

### ESCENA III.

LEONOR. JIMENA.

LEONOR.

¿Lo oiste? ¡Negra fortuna!
Ya ni esperanza ninguna,
Ningun consuelo me resta.

JIMENA.

Mas ¿por qué por el de Luna
Tanto empeño manifiesta?

LEONOR.

Esa soberbia ambicion,
Que le ciega y le devora,
Es ¡triste! mi perdicion.
Y ¡quiere que al que me adora
Arroje del corazon!
Yo al Conde no puedo amar;
Le detesto con el alma:
Él vino ¡ay Dios! á turbar
De mi corazon la calma,
Y mi dicha á emponzoñar.
¿Por qué perseguirme así?

JIMENA.

Desde anoche le aborrezco
Más y más.

LEONOR.

Yo que creí
Que era Manrique... ¡Ay de mí!
Todavía me estremezco.
Por él me aborréce ya.

JIMENA.

¿Don Manrique?

LEONOR.

Sí, Jimena.

JIMENA.

¿De vuestro amor dudará?

LEONOR.

Celoso del Conde está,
Y sin culpa me condena. (Llora.)

JIMENA.

¿Siempre llorando, mi amiga?
No cesas...

LEONOR.

Llorando, sí;
Yo para llorar nací;
Mi negra estrella enemiga,
Mi suerte lo quiere así.
Despreciada, aborrecida
Del que amante idolatré,
¿Qué es ya para mí la vida?
Y él creyó que envilecida
Vendiera á otro amor mi fe.
No, jamas... la pompa, el oro,
Guárdelos el Conde allá;
Ven, trovador, y mi lloro
Te dirá cómo te adoro,
Y mi angustia te dirá.
Mírame aquí prosternada;
Ven á calmar la inquietud
De esta mujer desdichada:
Tuyo es mi amor, mi virtud...
¿Me quieres más humillada?

JIMENA.

¿Qué haces, Leonor?

LEONOR.

Yo no sé...
Álguien viene.

JIMENA.

¡Él es, por Dios!
¡Y dudabas de su fe!

LEONOR.

¡Jimena!

JIMENA.

Te estorbaré...
Solos os dejo á los dos.

### ESCENA IV.

LEONOR. MANRIQUE, rebozado.

LEONOR.

¡Manrique! ¿eres tú?

MANRIQUE.

Yo, sí...
No tembleis.

LEONOR.

No tiemblo yo;
Mas si alguno entrar te vió...

MANRIQUE.

Nadie.

LEONOR.

¿Qué buscas aquí?
¿Qué buscas?... ¡ah! por piedad...

MANRIQUE.

¿Os pesa de mi venida?

LEONOR.

No, Manrique, por mi vida;
Me buscas á mí, ¿es verdad?
Sí, sí... yo apénas pudiera
Tanta ventura creer.
¿Lo ves? lloro de placer.

MANRIQUE.

¡Quién, perjura, te creyera!

LEONOR.

¿Perjura?

MANRIQUE.

Mil veces, sí...
Mas no pienses que insensato
Á obligar á un pecho ingrato,
Á implorarte vine aquí.
No vengo lleno de amor
Cual un tiempo...

LEONOR.

¡Desdichada!

MANRIQUE.

¿Temblais?

LEONOR.

No, no tengo nada...
Pero temo tu rigor.
¿Quién dijo, Manrique, quién,
Que yo olvidarte pudiera
Infiel, y tu amor vendiera,
Tu amor, que es sólo mi bien!
Mis lágrimas ¿no bastaron
Á arrancar de tu razon
Esa funesta ilusion?

MANRIQUE.

Harto tiempo me engañaron.
Demasiado te creí
Miéntras tierna me halagabas,
Y, pérfida, me engañabas.
¡Qué necio, qué necio fuí!
Pero no, no impunemente
Gozarás de tu traicion...
Yo partiré el corazon
De ese rival insolente.
¡Tus lágrimas! ¿Yo creer
Pudiera, Leonor, en ellas,
Cuando con tiernas querellas
A otro halagabas ayer?
¿No te vi yo mismo, di!

LEONOR.

Sí; pero juzgué engañada
Que eras tú: con voz pausada
Cantar una trova oí.
Era tu voz, tu laud,
Era el canto seductor
De un amante trovador
Lleno de tierna inquietud.
Turbada perdí mi calma,
Se estremeció el corazon,
Y una celeste ilusion
Me abrasó de amor el alma.
Me pareció que te via
En la oscuridad profunda,
Que á la luna moribunda
Tu penacho descubria.
Me figuré verte allí
Con melancólica frente,
Suspirando tristemente,
Tal vez, Manrique, por mí.
No me engañaba... un temblor
Me sobrecogió un instante...
Era sin duda mi amante,
Era ¡ay Dios! mi trovador.

MANRIQUE.

Si fuera verdad, mi vida
Y mil vidas que tuviera,
Angel hermoso, te diera.

LEONOR.

¿No te soy aborrecida?

MANRIQUE.

¿Tú, Leonor? Pues ¿por quién
Así en Zaragoza entrara?
¿Por quién la muerte arrostrara
Sino por tí, por mi bien?
¡Aborrecerte! ¿Quién pudo
Aborrecerte, Leonor?

LEONOR.

¿No dudas ya de mi amor,
Manrique?

MANRIQUE.

No, ya no dudo:
Ni así pudiera vivir.
Me amas, ¿es verdad? lo creo,
Porque creerte deseo
Para amarte y existir.
Porque la muerte me fuera
Más grata que tu desden.

LEONOR.

¡Trovador!

MANRIQUE.

No más: ya es bien
Que parta.

LEONOR.

¿No vuelvo á verte?

MANRIQUE.

Hoy no, muy tarde será.

LEONOR.

¿Tan pronto te marchas?

MANRIQUE.

Hoy:
Ya se sabe que aquí estoy;
Buscándome están quizá.

LEONOR.

Sí, vete.

MANRIQUE.

Muy pronto fiel
Me verás, Leonor, mi gloria,
Cuando el cielo dé victoria
A las armas del de Urgel.
Retírate... viene alguno.

LEONOR.

¡Es el Conde!

MANRIQUE.

Vete.

LEONOR.

¡Cielos!

MANRIQUE.
Mal os curásteis mis celos...
¿Qué busca aquí este importuno?

## ESCENA V.

MANRIQUE. DON NUÑO.

DON NUÑO.
¿Qué hombre es éste?

MANRIQUE.
Guárdeos Dios
Muchos años, el de Luna.

DON NUÑO.
(¡Pésia mi negra fortuna!)

MANRIQUE.
Caballero, hablo con vos.
Si porque encubierto estoy...

DON NUÑO.
Si decirme algo teneis,
Descubrid...

MANRIQUE.
¿Me conoceis? (Descubriéndose.)

DON NUÑO.
¡Vos, Manrique!

MANRIQUE.
El mismo soy.

DON NUÑO.
Cuando á la ley sois infiel
Y cuando proscripto estais,
¿Así en palacio os entrais,
Partidario del de Urgel?

MANRIQUE.
¿Debo temer por ventura,
Conde, de vos?

DON NUÑO.
Un traidor...

MANRIQUE.
Nunca; vuestro mismo honor
De vos mismo me asegura.
Siempre fuisteis caballero.

DON NUÑO.
¿Qué buscais, Manrique, aquí?

MANRIQUE.
Á vos, señor Conde.

DON NUÑO.
¿Á mí?
Para qué saber espero.

MANRIQUE.
¿No lo adivinais?

DON NUÑO.
Tal vez.

MANRIQUE.
Siempre enemigos los dos
Hemos sido.

DON NUÑO.
Sí, por Dios.

MANRIQUE.
Pensáislo con madurez.

DON NUÑO.
Pienso que atrevido y necio
Anduvísteis en retar
Á quien débeos contestar
Tan sólo con el desprecio.
¿Qué hay de comun en los dos?
Hablais al Conde de Luna,
Hidalgo de pobre cuna.

MANRIQUE.
Y bueno tal como vos.
En fin, ¿no admitis el duelo?

DON NUÑO.
Y ¿lo pudisteis pensar?
¿Yo hasta vos he de bajar?

MANRIQUE.
No me insulteis, vive el cielo;
Que si la espada desnudo,
La vil lengua os cortaré.

DON NUÑO.
¿Á mí, villano? No sé (Saca la espada.)
Cómo en castigarte dudo.
Mas tú lo quieres.

MANRIQUE.
Salgamos.

DON NUÑO.
Sacad el infame acero.

MANRIQUE.
Don Nuño, fuera os espero;
Cuidad que en palacio estamos.

DON NUÑO.
Cobarde, no escucho nada.

MANRIQUE.
Ved, Conde, que os engañais...
¿Vos... vos cobarde llamais
Al que es dueño de esta espada?

DON NUÑO.
La mia... Y ¡lo sufro! no...

MANRIQUE.
Á recobrarla venid.

DON NUÑO.
No; que no sois, advertid,
Caballero como yo.

MANRIQUE.
Tal vez os equivocais.
Y habladme con más espacio
Mientra estamos en palacio.
Os aguardo.

DON NUÑO.
¿Dónde vais?

MANRIQUE.
Al campo, don Nuño, voy,
Donde probaros espero
Que si vos sois caballero...
Caballero tambien soy.

DON NUÑO.
¿Os atreveis?...
MANRIQUE.
Sí, venid.
DON NUÑO.
Trovador, no me insulteis,
Si en algo el vivir teneis.
MANRIQUE.
Don Nuño, pronto, salid.

---

# JORNADA SEGUNDA.

## EL CONVENTO.

---

Cámara de don Nuño.

### ESCENA PRIMERA.

DON NUÑO. DON GUILLEN.

DON NUÑO.
¿Don Guillen?
DON GUILLEN.
Guárdeos el cielo.
DON NUÑO.
¿Qué hay de nuevo en la ciudad?
DON GUILLEN.
¡Qué! ¿áun no sabeis?...
DON NUÑO.
Asentad.
DON GUILLEN.
Todos lloran sin consuelo.
DON NUÑO.
¡Cómo!
DON GUILLEN.
La traicion impía,
Que en yermo á Aragon convierte,
Dió al Arzobispo la muerte.
DON NUÑO.
¿Qué decis? ¿á don García?
DON GUILLEN.
Ahora se acaba de hallar
Su cádaver junto al muro;
Que de la noche en lo oscuro
Le debieron de matar.
Murió como bueno y fiel...
DON NUÑO.
Siempre lo fué don García.
DON GUILLEN.
Porque osado combatia
La pretension del de Urgel.
DON NUÑO.
¡Infame y cobarde accion,
Que he de vengar, por quien soy!
DON GUILLEN.
Conde...
DON NUÑO.
Sabed que desde hoy
Soy Justicia de Aragon;
Y si mi poder alcanza
A los traidores, os juro
Por mi honor, como el sol puro,
Que han de sentir mi venganza.
DON GUILLEN.
Pero dejando esto á un lado
(Que importa más vuestra vida),
¿Cómo os va de aquella herida?
DON NUÑO.
Me siento muy mejorado.
DON GUILLEN.
Ya era tiempo.
DON NUÑO.
Un año hará
Que la recibí, por Cristo:
Muy cerca la muerte he visto;
Mas bueno me siento ya.
DON GUILLEN.
La suerte al fin del traidor
Os dió la venganza presto.
DON NUÑO.
No me hableis, Guillen, en esto;
Habladme de Leonor;
Que hace un año, más de un año,
Miéntras me duró mi herida,
Que no me hablais, por mi vida,
De vuestra hermana, y lo extraño.
DON GUILLEN.
¡Don Nuño!...
DON NUÑO.
Desque dejó
El servicio de su Alteza,
De contemplar su belleza,
Dura tambien me privó.
¿Consiente al fin en unir
Su suerte á la suerte mia?
¿Se muestra ménos impía?
DON GUILLEN.
Conde, ¿qué os puedo decir?
En vano fué amenazar,
Y nada alcanzó mi ruego;
Esposa de Dios va luégo
A postrarse ante su altar.
DON NUÑO.
¡Encerrarse en un convento!
¿Eso prefiere más bien?
DON GUILLEN.
En el de Jerusalen
Va á profesar al momento.
DON NUÑO.
¡Ingrata!
DON GUILLEN.
Cuando el rumor
Llegó, don Nuño, á su oido

De que habia sucumbido
En Velilla el trovador,
Desesperada, llorosa...

DON NUÑO.

Y ¿no hay medio, don Guillen?...

DON GUILLEN.

Ninguno; ni ya está bien...

DON NUÑO.

¿Decis que áun no es religiosa?

DON GUILLEN.

Pero lo será muy luégo.

DON NUÑO.

Iré yo á verla: ¡yo iré!
Si es fuerza, la rogaré...

DON GUILLEN.

Despreciará vuestro ruego.

DON NUÑO.

¿Tan en extremo enojada
Está?

DON GUILLEN.

¿No sabeis, señor,
Que no hay tirano mayor
Que la mujer, si es rogada?

DON NUÑO.

Pues bien, la arrebataré
A los piés del mismo altar.
Si ella no me quiere amar,
Yo á amarme la obligaré.

DON GUILLEN.

¡Conde!

DON NUÑO.

Sí, sí... loco estoy:
No os enojeis; ni he querido
Ofender...

DON GUILLEN.

Noble he nacido,
Y noble, don Nuño, soy.

DON NUÑO.

Basta; ya sé, don Guillen,
Que es ilustre vuestra cuna.

DON GUILLEN.

Y jamas mancha ninguna
La oscurecerá.

DON NUÑO.

Está bien:
Dejadme.

DON GUILLEN.

¿Quién más que yo
Este enlace estimaria?
Mas si amengua mi hidalguía,
No quiero tal dicha, no.

DON NUÑO.

Decis bien.

DON GUILLEN.

Si os ofendí...

DON NUÑO.

No; dejadme... fuera están
Mis criados; á Guzman
Que éntre diréis.

DON GUILLEN.

Lo haré así.

## ESCENA II.

DON NUÑO. Despues GUZMAN.

DON NUÑO.

Gracias á Dios se fué ya;
Que por cierto me aburria.
¡Qué vano con su hidalguía
El buen caballero está!
Si no me quiere servir,
Será diligencia vana:
Ó ha de ser mia su hermana,
Ó por ella he de morir.

GUZMAN.

¿Señor?

DON NUÑO.

Cierra esa puerta.

GUZMAN.

¿Qué teneis que mandarme?

DON NUÑO.

Siéntate.

GUZMAN.

¡En vuestra presencia, señor!

DON NUÑO.

Sí: quiero darte esta prueba más de mi aprecio. Voy á encargarte de una comision arriesgada... ¿te atreverás á hacer lo que te diga?

GUZMAN.

A todo estoy pronto.

DON NUÑO.

Piénsalo bien.

GUZMAN.

Aunque me costara la vida; podeis disponer de mí.

DON NUÑO.

Ya lo sé, Guzman; nunca has dejado de serme fiel.

GUZMAN.

Y lo seré siempre.

DON NUÑO.

Yo tambien sabré recompensarte. Bien conoces á doña Leonor de Sesé, y sabes lo que por ella he padecido.

GUZMAN.

Demasiado, señor.

DON NUÑO.

Y hoy la voy á perder para siempre, si no me ayuda tu arrojo. Yo debia haberla olvidado; pero mi corazon, y tal vez mi orgullo, se han resentido ya en extremo... me es imposible no amarla. Cuando murió Manrique en el ataque de Velilla, creí que resignándose con su suerte, se tendria por muy dichosa en dar la mano al Conde de Luna, en llevar un apellido noble y brillante: me

engañé... apénas podria creerlo; ha preferido encerrarse con su orgullo en un claustro. Hoy mismo debe profesar en el convento de Jerusalen.

GUZMAN.

¡Hoy mismo!

DON NUÑO.

Sí; yo no quiero que este acto se verifique.

GUZMAN.

¿Cómo estorbarlo?

DON NUÑO.

¿No me comprendes?

GUZMAN.

Mandad.

DON NUÑO.

Yo te prometo que nada te sucederá: el Rey acaba de hacerme Justicia Mayor de Aragon; de consiguiente contra tí no se hará justicia. El pueblo está consternado con la muerte violenta que han dado los rebeldes al Arzobispo; el Rey necesita de mí y de mis vasallos en estos momentos críticos; todo nos favorece.

GUZMAN.

Cierto.

DON NUÑO.

¿Cuál de mis criados te parece más á propósito para que vaya contigo?

GUZMAN.

Ferrando.

DON NUÑO.

Dile que te acompañe: yo tambien le recompensaré.

(Tocan á la puerta.)

GUZMAN.

¿Oís?

DON NUÑO.

Abre.

## ESCENA III.

LOS MISMOS. DON LOPE.

DON LOPE.

Su Alteza os manda llamar, Conde.

DON NUÑO.

¿Su Alteza?

DON LOPE.

Parece que está algo alborotada la ciudad con ciertas noticias que ha traido un corredor del ejército.

DON NUÑO.

Pues ¿qué hay?

DON LOPE.

Los rebeldes han entrado á saco á Castellar; y se suena tambien que algunos de ellos se han introducido en Zaragoza, y que esta noche ha de haber revuelta.

DON NUÑO.

Imposible.

DON LOPE.

La ciudad está casi desierta; todos se han consternado; pero lo más particular...

DON NUÑO.

Así podrás con más facilidad... (Aparte á Guzman.)

GUZMAN.

Voy.

DON NUÑO.

Escucha: supongo que no encontrarás resistencia; si la hallares, haz uso de la espada.

GUZMAN.

¿En la misma iglesia?

DON NUÑO.

En cualquier parte.

DON LOPE.

Verdad es que en un tiempo en que se matan arzobispos...

DON NUÑO.

Me has entendido... adios.

## ESCENA IV.

DON NUÑO. DON LOPE.

DON LOPE.

Como decia, lo que más me ha admirado de todo ello, y lo que á vos sin duda tambien os sorprenderá, es la voz que corre de que el que acaudillaba á los rebeldes en la entrada del castillo era un difunto.

DON NUÑO.

¡Don Lope!

DON LOPE.

¿No adivinais quién sea?

DON NUÑO.

Yo... no conozco fantasmas.

DON LOPE.

Pues bien le conociais, y le odiabais muy particularmente.

DON NUÑO.

¿Quién?...

DON LOPE.

El trovador.

DON NUÑO.

¿Manrique? ¿No se encontró su cadáver en el combate de Velilla?

DON LOPE.

Así se dijo, aunque ninguno le conocia por su persona.

DON NUÑO.

¿Si no era él!

DON LOPE.

No sería, ó como yo más bien creo...

DON NUÑO.

¿Qué?

DON LOPE.

Debe de haber en esto algo de arte del diablo.

DON NUÑO.

¡Silencio! ¿Os quereis burlar?

DON LOPE.

No, por mi vida.

DON NUÑO.

Y ¿está en el castillo?

DON LOPE.

No, en Zaragoza.

DON NUÑO.

¿Aquí?

DON LOPE.

Así lo ha dicho quien le vió á la madrugada cerca de la Puerta del Sol.

DON NUÑO.

Y él será tal vez el caudillo de la trama...

DON LOPE.

Él es á lo ménos el más osado, y por consiguiente, el más á propósito...

DON NUÑO.

¡Pluguiera á Dios que así fuese!

DON LOPE.

Nadie lo duda en la ciudad.

DON NUÑO.

¿Decíais que me llamaba su Alteza?

DON LOPE.

Seguramente.

DON NUÑO.

Adios, don Lope; esta noche los castigaremos si se atreven.

DON LOPE.

Yo lo espero...

## ESCENA V.

DON LOPE.

Pues no las tengo yo todas conmigo... y si los soldados son como el caudillo... ¡pardiez! ¡un ejército de fantasmas, una falange espiritual!

—

En el fondo del teatro se verá la reja del locutorio de un convento; tres puertas, una al lado de la reja que comunica con el interior del claustro, otra á la derecha que va á la iglesia, y la otra á la izquierda que figura ser la entrada de la calle.

## ESCENA VI.

Se dejan ver algunas religiosas en el locutorio; la puerta que está al lado de la reja se abre, y aparece LEONOR apoyada del brazo de JIMENA; las rodean algunos sacerdotes y religiosas.

LEONOR.

¡Jimena!

JIMENA.

Al fin abandonas
A tu amiga.

LEONOR.

Quiera el cielo
Hacerte á tí más feliz,
Tanto como yo deseo.

JIMENA.

¿Por qué obstinarte?

LEONOR.

Es preciso:
Ya no hay en el universo
Nada que me haga apreciar
Esta vida que aborrezco.
Aquí de Dios en las aras
No veré, amiga, á lo ménos
A esos tiranos impíos,
Que causa de mi mal fueron.

JIMENA.

¿Ni una esperanza?...

LEONOR.

Ninguna:
Él murió ya.

JIMENA.

Tal vez luégo
Se borrará de tu mente
Ese recuerdo funesto.
El mal, como la ventura,
Todo, pasa con el tiempo.

LEONOR.

Estoy resuelta; ya no hay
Felicidad, ni la quiero,
En el mundo para mí:
Sólo morir apetezco.
Acompáñame, Jimena.

JIMENA.

Estás temblando.

LEONOR.

Sí, tiemblo,
Porque á ofender voy á Dios
Con pérfido juramento.

JIMENA.

¿Qué dices!

LEONOR.

¡Ay! todavía
Delante de mí le tengo,
Y Dios, y el altar y el mundo
Olvido cuando le veo.
Y siempre viéndole estoy,
Amante, dichoso y tierno...
Mas no existe, es ilusion
Que imagina mi deseo.
Vamos.

JIMENA.

¡Leonor!

LEONOR.

Vamos pronto;
Le olvidaré, lo prometo.
Dios me ayudará... sostenme,
Que apénas tenerme puedo.

## ESCENA VII.

Queda la escena un momento sola: salen por la izquierda DON MANRIQUE con el rostro cubierto con la celada, y RUIZ.

RUIZ.

Este es el convento.

DON MANRIQUE.

Sí,
Rüiz; pero nada veo.
¿Si te engañaron?

RUIZ.
No creo...
DON MANRIQUE.
¿Estás cierto que era aquí?
RUIZ.
Señor, muy cierto.
DON MANRIQUE.
Sin duda
Tomó ya el velo.
RUIZ.
Quizá.
DON MANRIQUE.
Ya esposa de Dios será,
Ya el ara santa la escuda.
RUIZ.
Pero...
DON MANRIQUE.
Déjame, Rüiz;
Ya para mí no hay consuelo.
¿Por qué me dió vida el cielo,
Si ha de ser tan infeliz?
RUIZ.
Mas ¿qué causa pudo haber
Para que así consagrara
Tanta hermosura en el ara?
Mucho debió padecer.
DON MANRIQUE.
Nuevas falsas de mi muerte
En los campos de Velilla
Corrieron, cuando en Castilla
Estaba yo.
RUIZ.
De esa suerte...
DON MANRIQUE.
Persiguiéronla inhumanos
Que envidiaban nuestro amor,
Y ella busca al Redentor
Huyendo de sus tiranos.
Si supiera que áun existo
Para adorarla... no, no...
Ya olvidarte debo yo,
Esposa de Jesucristo.
RUIZ.
¿Qué haceis? Callad...
DON MANRIQUE.
Loco estoy...
Y ¿cómo no estarlo ¡ay cielo!
Si infelice mi consuelo
Pierdo y mis delicias hoy?
No los perderé: Rüiz,
Déjame.
RUIZ.
¿Qué vais á hacer?
DON MANRIQUE.
Pudiérala acaso ver...
Con esto fuera feliz.
RUIZ.
Aquí el locutorio está.
DON MANRIQUE.
Vete.
RUIZ.
Fuera estoy.

## ESCENA VIII.

DON MANRIQUE. Despues GUZMAN, FERRANDO.

DON MANRIQUE.
¿Qué haré?
Turbado estoy... ¿llamaré?
Tal vez orando estará.
Acaso en este momento
Llora cuitada por mí.
Nadie viene... por aquí...
Es la iglesia del convento.
FERRANDO.
Tarde llegamos, Guzman.
GUZMAN.
¿Quién es ese hombre?
FERRANDO.
No sé.
(Las religiosas cantarán dentro un responso: el canto no cesará hasta un momento despues de concluida la jornada.)
GUZMAN.
¿Oyes el canto?
FERRANDO.
Sí á fe.
GUZMAN.
En la ceremonia están.
DON MANRIQUE.
Qué escucho... ¡cielos! es ella...
(Mirando á la puerta de la iglesia.)
Allí está bañada en llanto,
Junto al altar sacrosanto,
Y con su dolor más bella.
GUZMAN.
¿No es ésa la iglesia?
FERRANDO.
Vamos.
DON MANRIQUE.
Ya se acercan hácia aquí.
FERRANDO.
Espérate.
GUZMAN.
¿Vienen?
FERRANDO.
Sí.
DON MANRIQUE.
No, que no me encuentre... huyamos.
(Quiere huir; pero deteniéndose de pronto, se apoya vacilando en la reja del locutorio. Leonor, Jimena y el séquito salen de la iglesia y se dirigen á la puerta del claustro; pero al pasar al lado de Manrique, éste alza la visera, y Leonor, reconociéndole, cae desmayada á sus piés. Las religiosas aparecen en el locutorio llevando velas encendidas.)
GUZMAN.
Esta es la ocasion... valor.

LEONOR.

¿Quién es aquel? mi deseo (Á Jimena.)
Me engaña... Sí, es él!

JIMENA.

¡Qué veo!

LEONOR.

¡Ah! ¡Manrique!...

GUZMAN Y FERRANDO.

¡El trovador! (Huyen.)

---

# JORNADA TERCERA.

## LA GITANA.

---

Interior de una cabaña: Azucena estará sentada cerca de una hoguera; Manrique á su lado de pié.

### ESCENA PRIMERA.

MANRIQUE. AZUCENA.

AZUCENA. (Canta.)

«Bramando está el pueblo indómito
De la hoguera en derredor;
Al ver ya cerca la víctima,
Gritos lanza de furor.
»Allí viene; el rostro pálido,
Sus miradas de terror,
Brillan de la llama trémula
Al siniestro resplandor.»

DON MANRIQUE.

¡Qué triste es esa cancion!

AZUCENA.

Tú no conoces esa historia, aunque nadie mejor que tú pudiera saberla.

DON MANRIQUE.

¿Yo?...

AZUCENA.

¡Te separaste tan niño de mi lado! ¡ingrato! abandonaste á tu madre por seguir á un desconocido...

DON MANRIQUE.

A don Diego de Haro, señor de Vizcaya.

AZUCENA.

Pero que no te amaba tanto como yo.

DON MANRIQUE.

Mi objeto era el de haceros feliz... las montañas de Vizcaya no podian suministrar á mi ambicion recursos para elevarme á la altura de mis ilusiones. Seguí á don Diego hasta Zaragoza porque se decidió á protegerme; y yo decia para mí: «Algun dia sacaré á mi madre de la miseria»; pero vos no lo habeis querido.

AZUCENA.

No, yo soy feliz: yo no ambiciono alcázares dorados; tengo bastante con mi libertad y con las montañas donde vivieron siempre nuestros padres.

DON MANRIQUE.

¡Siempre!

AZUCENA.

Pero, hijo mio, la pobreza tiene muchos inconvenientes, y tu familia los ha experimentado muy terribles.

DON MANRIQUE.

¿Mi familia?

AZUCENA.

Nada me has preguntado nunca acerca de ella.

DON MANRIQUE.

No me he atrevido... no sé por qué se me ha figurado que me habiais de contar alguna cosa horrible.

AZUCENA.

Tienes razon: ¡una cosa horrible!... Yo para recordarlo no podria ménos de estremecerme... ¿Ves esa hoguera? ¿sabes tú lo que significa esa hoguera? Yo no puedo mirarla sin que se me despegue la carne de los huesos, y no puedo apartarla de mí, porque el frio de la noche hiela todo mi cuerpo.

DON MANRIQUE.

Pero ¿por qué os habeis querido fijar en este sitio?

AZUCENA.

Porque este sitio tiene para mí recuerdos muy profundos... desde aquí se descubren los muros de Zaragoza... éste era, éste, el sitio donde murió.

DON MANRIQUE.

¿Quién, madre mia?

AZUCENA.

Es verdad, tú no lo sabes, y sin embargo era mi madre, mi pobre madre, que nunca habia hecho daño á nadie. Pero ¡dieron en decir que era bruja!...

DON MANRIQUE.

¿Vuestra madre!

AZUCENA.

Sí: la acusaron de haber hecho mal de ojo al hijo de un caballero, de un conde. No hubo compasion para ella, y la condenaron á ser quemada viva.

DON MANRIQUE.

¡Qué horror! ¡Bárbaros!... Y ¿lo consumaron?

AZUCENA.

En este mismo sitio, donde está esa hoguera.

DON MANRIQUE.

¡Gran Dios!

AZUCENA.

Yo la seguia de léjos, llorando mucho, como quien llora por una madre. Llevaba yo á mi hijo en los brazos, á tí; mi madre volvió tres veces la cabeza para mirarme y bendecirme. La última vez, cerca del suplicio... allí, me miró haciendo un gesto espantoso, y con una voz ahogada y ron-

ca, me gritó: «¡Véngame!» ¡Aquella palabra! no la puedo olvidar aquella palabra... se grabó en mi alma, en todos mis sentidos, y yo juré vengarla de una manera horrorosa.

DON MANRIQUE.

Sí, y la vengásteis... ¿es verdad? Tendria un placer en saberlo. Mil crímenes, mil muertes no eran bastantes.

AZUCENA.

Pocos dias despues tuve ocasion de conseguirlo. Yo no hacia otra cosa que rodear la casa del conde que habia sido causa de la muerte de aquella desgraciada... un dia logré introducirme en ella y le arrebaté el niño, y dos minutos despues ya estaba yo en este sitio, donde tenía preparada la hoguera.

DON MANRIQUE.

Y ¿tuvisteis valor?...

AZUCENA.

El inocente lloraba, y parecia querer implorar mi compasion... Tal vez me acariciaba... ¡Dios mio! yo no tuve valor... yo tambien era madre... (Llorando.)

DON MANRIQUE.

Y ¿en fin?...

AZUCENA.

Yo no habia olvidado, sin embargo, á la infeliz que me habia dado el sér; pero los lamentos de aquella infeliz criatura me desarmaban, me rasgaban el corazon. Esta lucha era superior á mis fuerzas, y bien pronto se apoderó de mí una convulsion violenta... yo oia confusamente los chillidos del niño y aquel grito que me decia: «¡Véngame!» Pero de repente, y como en un sueño, se me puso delante de los ojos aquel suplicio, los soldados con sus picas, mi madre desgreñada y pálida, que con paso trémulo caminaba despacio, muy despacio, hácia la muerte, y que volvia la cara para mirarme, para decirme: ¡Véngame! Un furor desesperado se apoderó de mí, y desatentada y frenética tendí las manos buscando una víctima; la encontré, la así con una fuerza convulsiva, y la precipité entre las llamas. Sus gritos horrorosos ya no sirvieron sino para sacarme de aquel enajenamiento mortal... abrí los ojos, los tendí á todas partes... la hoguera consumia una víctima, y el hijo del Conde estaba allí. (Señalando á la izquierda.)

DON MANRIQUE.

¡Desgraciada!

AZUCENA.

Habia quemado á mi hijo.

DON MANRIQUE.

¡Vuestro hijo! Pues ¿quién soy yo, quién?... Todo lo veo.

AZUCENA.

¿Te he dicho que habia quemado á mi hijo?... no... he querido burlarme de tu ambicion... tú eres mi hijo; el del Conde, sí, el del Conde era el que abrasaban las llamas... ¿no quieres tú que yo sea tu madre?

DON MANRIQUE.

Perdonad.

AZUCENA.

¡Ingrato! ¿No te he prodigado una ternura sin límites?

DON MANRIQUE.

Perdonad: merezco vuestras reconvenciones. Mil veces dentro en mi corazon, os lo confieso, he deseado que no fueseis mi madre, no porque no os quiera con toda mi alma, sino porque ambiciono un nombre, un nombre que me falta. Mil veces digo para mí: «Si yo fuese un Lanuza, un Urrea...»

AZUCENA.

Un Artal...

DON MANRIQUE.

No, un Artal no, es apellido que detesto; primero el hijo de un confeso. Pero á pesar de mi ambicion, os amo, madre mia; no... yo no quiero sino ser vuestro hijo. ¿Qué me importa un nombre? mi corazon es tan grande como el de un rey... ¿qué noble ha doblado nunca mi brazo?

AZUCENA.

Sí, sí; ¿á qué ambicionar más?

DON MANRIQUE.

Aún no viene. (Llegándose á la puerta.)

AZUCENA.

Pero sin embargo, estás muy triste... ¿te devora algun pesar secreto? ¿Sientes tú haber nacido de unos padres tan humildes? No temas, yo no diré á nadie que soy tu madre, me contentaré con decírmelo á mi propia, y vanagloriarme interiormente. ¿Estás contento?

## ESCENA II.

LOS MISMOS. RUIZ.

DON MANRIQUE.

Ahí está.

AZUCENA.

¿Esperabas á ese hombre?

DON MANRIQUE.

Sí, madre.

AZUCENA.

No temas, no me verá. (Se aparta á un lado.)

RUIZ.

¿Estais pronto?

DON MANRIQUE.

¿Eres tú, Ruiz?

RUIZ.

El mismo; todo está preparado.

DON MANRIQUE.

Marchemos.

## ESCENA III.

AZUCENA.

Se ha ido sin decirme nada, sin mirarme siquiera. ¡Ingrato! no parece sino que conoce mi

secreto... ¡ah! que no sepa nunca... Si yo le dijera: «Tú no eres mi hijo, tu familia lleva un nombre esclarecido, no me perteneces...» me despreciaria, y me dejaria abandonada en la vejez. Estuvo en poco que no se lo descubriera... ¡ah! no, no lo sabrá nunca... ¿Por qué le perdoné la vida, sino para que fuera mi hijo?

—

### ESCENA IV.

El teatro representa una celda: en el fondo á la izquierda habrá un reclinatorio, en el cual estará arrodillada LEONOR: se ve un crucifijo pendiente de la pared delante del reclinatorio.

LEONOR.

Ya el sacrificio que odié,
Mi labio trémulo y frio
Consumó: perdon, Dios mio,
Perdona si te ultrajé.
Llorar triste y suspirar
Sólo puedo; ¡ay, Señor! no...
Tuya no debo ser yo,
Rechazame de tu altar.
Los votos que allí te hiciera
Fueron votos de dolor,
Arrancados al temor
De una alma tierna y sincera.
Cuando en el ara fatal
Eterna fe te juraba,
Mi mente ¡ay Dios! se extasiaba
En la imágen de un mortal.
Imágen que vive en mí
Hermosa, pura y constante...
No, tu poder no es bastante
Á separarla de aquí.
Perdona, Dios de bondad,
Perdona, sé que te ofendo:
Vibra tu rayo tremendo
Y confunde mi impiedad.
Mas no puedo en mi inquietud
Arrancar del corazon
Esta violenta pasion,
Que es mayor que mi virtud.
Tiempos en que amor solia
Colmar piadoso mi afan,
¿Qué os hicisteis? ¿dónde están
Vuestra gloria y mi alegría?
¿De amor el suspiro tierno
Y aquel placer sin igual,
Tan breve para mi mal,
Aunque en mi memoria eterno?
Ya pasó... mi juventud
Los tiranos marchitaron,
Y á mi vida prepararon
Junto al ara el ataud.
Ilusiones engañosas,
Livianas como el placer,
No aumenteis mi padecer...
¡Sois por mi mal tan hermosas!

(Una voz, acompañada de un laud, canta las siguientes estrofas despues de un breve preludio; Leonor manifiesta entre tanto la mayor agitacion.)

«Camina á orillas del Ebro
Caballero lidiador,
Puesta en la cuja la lanza
Que mil contrarios venció.
*Despierta, Leonor,*
*Leonor.*»

«Buscando viene anhelante
A la prenda de su amor,
Á su pesar consagrada
En los altares de Dios.
*Despierta, Leonor,*
*Leonor.*»

LEONOR.

Sueños, dejadme gozar...
No hay duda... él es... ¡trovador!...
¿Será posible!... (Viendo entrar á don Manrique.)

DON MANRIQUE.

¡Leonor!

LEONOR.

¡Gran Dios! ya puedo espirar.

### ESCENA V.

DON MANRIQUE. LEONOR.

DON MANRIQUE.

Te encuentro al fin, Leonor.

LEONOR.

Huye: ¿qué has hecho?

DON MANRIQUE.

Vengo á salvarte, á quebrantar osado
Los grillos que te oprimen, á estrecharte
En mi seno, de amor enajenado.
¿Es verdad, Leonor? Dime si es cierto
Que te estrecho en mis brazos, que respiras
Para colmar, hermosa, mi esperanza,
Y que extasiada de placer me miras.

LEONOR.

¡Manrique!

DON MANRIQUE.

Sí, tu amante que te adora,
Más que nunca feliz.

LEONOR.

¡Calla!...

DON MANRIQUE.

No temas;
Todo en silencio está como el sepulcro.

LEONOR.

¡Ay! ¡ojalá que en él feliz durmiera
Ántes que delincuente profanara,
Torpe esposa de Dios, su santo velo!

DON MANRIQUE.

¡Su esposa tú!... jamas...

LEONOR.

Yo, desdichada,
Yo no ofendiera con mi llanto al cielo.

DON MANRIQUE.

No, Leonor: tus votos indiscretos
No complacen á Dios; ellos le ultrajan.
¿Por qué temes? huyamos; nadie puede
Separarme de tí... ¿tiemblas?... ¿vacilas?...

LEONOR.

¡Si, Manrique!... ¡Manrique!... ya no puede
Ser tuya esta infeliz; nunca... mi vida,
Aunque llena de horror y de amargura,
Ya consagrada está, y eternamente,
En las aras de un Dios omnipotente.
Peligroso mortal, no más te goces
Envenenando ufano mi existencia;
Demasiado sufrí, déjame al ménos
Que triste muera aquí con mi inocencia.

DON MANRIQUE.

¿Esto aguardaba yo! Cuando creia
Que más que nunca enamorada y tierna
Me esperabas ansiosa, ¡así te encuentro
Sorda á mi ruego, á mis halagos fria!
Y ¿tiemblas, di, de abandonar las aras
Donde tu puro afecto y tu hermosura
Sacrificaste á Dios?... ¡Pues qué!... ¿no fueras
Ántes conmigo que con Dios perjura!
Sí, en una noche...

LEONOR.

¡Por piedad!

DON MANRIQUE.

¿Te acuerdas?
En una noche plácida y tranquila...
¡Qué recuerdo, Leonor! nunca se aparta
De aquí, del corazon: la luna heria
Con moribunda luz tu frente hermosa,
Y de la noche el aura silenciosa
Nuestros suspiros tiernos confundia.
«Nadie cual yo te amó», mil y mil veces
Me dijiste falaz; «Nadie en el mundo
Como yo puede amar»; y yo, insensato,
Fiaba en tu promesa seductora,
Y feliz y extasiado en tu hermosura,
Con mi esperanza allí me halló la aurora.
¡Quimérica esperanza! ¿quién diria
Que la que tanto amor así juraba,
Juramento y amor olvidaria!

LEONOR.

Ten de mí compasion: si por tí tiemblo,
Por tí y por mi virtud, ¿no es harto triunfo!
Sí, yo te adoro aún; aquí en mi pecho,
Como un raudal de abrasadora llama
Que mi vida consume, eternos viven
Tus recuerdos de amor; aquí, y por siempre,
Por siempre aquí estarán; que en vano
Bañada en lloro, ante el altar postrada,
Mi pasion criminal lanzar del pecho.
No encones más mi endurecida llaga;
Si aún amas á Leonor, huye, te ruego,
Libértame de tí.

DON MANRIQUE.

¡Que huya, me dices!...
¡Yo, que sé que me amas!...

LEONOR.

No, no creas...
No puedo amarte yo... si te lo he dicho,
Si perjuro mi labio te engañaba,
¿Lo pudiste creer?... Yo lo decia;
Pero mi corazon... te idolatraba.

DON MANRIQUE.

¡Encanto celestial! tanta ventura
Puedo apénas creer.

LEONOR.

¿Me compadeces?...

DON MANRIQUE.

Ese llanto, Leonor, no me lo ocultes;
Deja que ansioso en mi delirio goce
Un momento de amor: injusto he sido,
Injusto para tí... vuelve tus ojos,
Y mírame risueña y sin enojos.
¿Es verdad que en el mundo no hay delicia
Para tí sin mi amor?

LEONOR.

¿Lo dudas?

DON MANRIQUE.

Vamos...
Pronto huyamos de aquí.

LEONOR.

¡Si ver pudieses
La lucha horrenda que mi pecho abriga!
¿Qué pretendes de mí? ¿que infame, impura,
Abandone el altar, y que te siga
Amante tierna, á mi deber perjura?
Mírame aquí á tus piés, aquí te imploro
Que del seno me arranques de la dicha;
Tus brazos son mi altar, seré tu esposa,
Y tu esclava seré; pronto, un momento,
Un momento pudiera descubrirnos,
Y te perdiera entónces.

DON MANRIQUE.

¡Angel mio!

LEONOR.

Huyamos, sí... ¿no ves allí en el claustro
Una sombra?... ¡gran Dios!

DON MANRIQUE.

No hay nadie, nadie...
Fantástica ilusion.

LEONOR.

Ven, no te alejes;
¡Tengo un miedo! no, no... te han visto... vete...
Pronto, vete por Dios... mira el abismo
Bajo mis piés abierto: no pretendas
Precipitarme en él.

DON MANRIQUE.

Leonor, respira,
Respira por piedad: yo te prometo
Respetar tu virtud y tu ternura.
No alienta. Sus sentidos trastornados...
Me abandonan sus brazos... no, yo siento
Su seno palpitar... Leonor, ya es tiempo
De huir de esta mansion; pero conmigo
Vendrás tambien. Mi amor, mis esperanzas,
Tú para mí eres todo, ángel hermoso.
¿No me juraste amarme eternamente
Por el Dios que gobierna el firmamento?
Ven á cumplirme, ven, tu juramento.

—

Calle corta: á la izquierda se ve la fachada de una iglesia.

## ESCENA IV.

RUIZ. Un momento despues, UN SOLDADO.

RUIZ.

¡Es mucho tardar! me temo que esta dilacion... ¡Oiga! ¿quién va?

SOLDADO.

¿Ruiz?

RUIZ.

El mismo. ¡Ah! ¿eres tú? ¿ha llegado la gente?

SOLDADO.

Ya está cerca del muro; pero la puerta está guardada.

RUIZ.

¡Cómo! ¿alguno nos ha vendido tal vez?

SOLDADO.

El Rey ha salido esta noche de la ciudad.

RUIZ.

Algo ha sabido.

SOLDADO.

Sin duda. ¿Con cuántos hombres podemos contar dentro de la ciudad?

RUIZ.

Apénas llegan á ciento.

SOLDADO.

Bastan para atacar la puerta, si nos ayudan los de fuera.

RUIZ.

Dices bien.

SOLDADO.

Vamos.

RUIZ.

(¿Y don Manrique?)

SOLDADO.

¿Temes?

RUIZ.

¡Yo!... no; pero queda mi señor todavía en el convento.

SOLDADO.

¡Diablo! ya... pero es cosa de un momento: un ataque imprevisto por la espalda y por el frente... despues ya no corre peligro.

RUIZ.

Vamos.

## ESCENA VII.

DON MANRIQUE. LEONOR.

DON MANRIQUE.

Alienta, en salvo estamos.

LEONOR.

¡Ay!

DON MANRIQUE.

Ya vuelve...

LEONOR.

¿Dónde estoy?

DON MANRIQUE.

En mis brazos, Leonor. (Se oye dentro ruido lejano de armas.)

LEONOR.

¿Qué rumor es ese?...

DON MANRIQUE.

¡Cielos!... tal vez...

LEONOR.

¡Adónde me llevas? Suéltame, por Dios... ¿no ves que te pierdes?

DON MANRIQUE.

¿Qué me importa, si no te pierdo á tí?

LEONOR.

Pero ¿qué significa ese ruido?

DON MANRIQUE.

No es nada, nada.

LEONOR.

Ese resplandor... esas luces que se divisan á lo léjos...

DON MANRIQUE.

Es verdad; pero no temas, estoy á tu lado...

LEONOR.

¿No oyes estruendo de armas?

DON MANRIQUE.

Sí, confusamente se percibe.

LEONOR.

¿Si vienen en nuestra busca?

DON MANRIQUE.

No puede ser.

LEONOR.

Pero esos hombres que se acercan... he distinguido los penachos.

DON MANRIQUE.

No temas.

LEONOR.

¿Qué van á hacer contigo? Huye, huye, por Dios.

DON MANRIQUE.

Si fueran mis soldados...

LEONOR.

Vete; se acercan... ¿no los ves? ¡es el Conde!

DON MANRIQUE.

¡Don Nuño! es verdad... ¡gran Dios! ¿y he de perderte? (Se oye tocar á rebato.)

LEONOR.

¿Escuchas?

DON MANRIQUE.

Sí, ésta es la señal.

DENTRO.

¡Traicion, traicion!

DON MANRIQUE.

Estamos libres. (Desenvainando la espada.)

DENTRO.

¡Traicion!

LEONOR.

¿Qué haces?

### ESCENA VIII.

En este momento salen por la izquierda DON NUÑO, DON GUILLEN, DON LOPE Y SOLDADOS con luces, y por la derecha RUIZ Y VARIOS SOLDADOS que se colocan al lado de DON MANRIQUE: éste defenderá á LEONOR, ocultándose entre los suyos y peleando con DON GUILLEN Y DON NUÑO: entre tanto no cesarán de tocar á rebato.

DON MANRIQUE.

¡Aquí, mis valientes!

DON NUÑO.

Él es.

DON GUILLEN.

¡Traidor!

LEONOR.

¡Piedad, piedad!

---

## JORNADA CUARTA.

### LA REVELACION.

---

El teatro representa un campamento con várias tiendas; algunos soldados se pasean por el fondo.

### ESCENA PRIMERA.

DON NUÑO. DON GUILLEN. JIMENO.

DON NUÑO.

Bien venido, don Guillen:
Ya cuidadoso esperaba
Vuestra vuelta. ¿Qué habeis visto?

DON GUILLEN.

Como mandasteis, al alba
Salí á explorar todo el campo,
Y me interné en la montaña.

DON NUÑO.

¿No encontrasteis los rebeldes?

DON GUILLEN.

Encerrados nos aguardan
En Castellar.

DON NUÑO.

¡Nos esperan?

DON GUILLEN.

A tanto llega su audacia.

DON NUÑO.

¿Sabeis si está don Manrique?

DON GUILLEN.

Don Manrique es quien los manda.

DON NUÑO.

Albricias, don Guillen; hoy
Recobraréis vuestra hermana.

DON GUILLEN.

No sabeis cuál lo deseo,
Por lavar la torpe mancha
Que esa pérfida ha estampado
En el blason de mis armas.
¡Allí con su seductor!...
No quiero pensarlo... ¡infamia
I audita! ¡y está allí...
Y yo no voy á arrancarla
Con el corazon villano
El torpe amor que la abrasa!

DON NUÑO.

Sosegaos.

DON GUILLEN.

No, no sosiega
El que así de su prosapia
Ve el blason envilecido...
Honrado nací en mi casa,
Y á la tumba de mis padres
Bajará mi honor sin mancha.

DON NUÑO.

Sin mancha, yo os lo prometo.

DON GUILLEN.

¡El traidor! ¡que se escapara
La noche que en Zaragoza
Entre el rumor de las armas
La arrancó del claustro!

DON NUÑO.

En vano
Perseguirle procuraba:
Se me ocultó entre los suyos...

DON GUILLEN.

Que bien pagaron su audacia.

DON NUÑO.

Que levanten esas tiendas,
Para ponernos en marcha
Al instante... ¡nos esperan!
¿Tiene mucha gente?

DON GUILLEN.

Basta
Para guardar el castillo
La que he visto... y bien armada.
Catalanes son los más,
Y toda gente lozana.

DON NUÑO.

No importa: de Zaragoza
Hoy nos llegaron cien lanzas
Y seiscientos ballesteros,
Que nos hacian gran falta.
No se escaparán, si Dios
Quiere ayudar nuestra causa.
¿Qué ruido es ése? (Se oye dentro rumor y algazara.)

**ESCENA II.**

LOS MISMOS. GUZMAN.

GUZMAN.
¿Señor?

DON NUÑO.
¿Qué motiva esa algazara?
¿Qué traeis?

GUZMAN.
Vuestros soldados,
Que por el campo rondaban,
Han preso á una bruja.

DON NUÑO.
¿Qué?

GUZMAN.
Sí, señor, á una gitana.

DON NUÑO.
¿Por qué motivo?

GUZMAN.
Sospechan,
Al ver que de huir trataba
Cuando la vieron, que venga
A espiar.

DON NUÑO.
Y ¿por qué arman
Ese alboroto? ¿qué es eso? (Mirando adentro.)

DON GUILLEN.
¿No veis cómo la maltratan?

DON NUÑO.
Traédmela, y que ninguno
Sea atrevido á tocarla.

**ESCENA III.**

Los MISMOS. AZUCENA, conducida por SOLDADOS y con las manos atadas.

AZUCENA.
Defendedme de estos hombres,
Que sin compasion me matan...
Defendedme.

DON NUÑO.
Nada temas;
Nadie te ofende.

AZUCENA.
¿Qué causa
He dado para que así
Me maltraten?

DON GUILLEN.
¡Desgraciada!

DON NUÑO.
¿Adónde ibas?

AZUCENA.
No sé...
Por el mundo: una gitana
Por todas partes camina,
Y todo el mundo es su casa.

DON NUÑO.
¿No estuviste en Aragon
Nunca?

AZUCENA.
Jamas.

JIMENO.
¡Esa cara!

DON NUÑO.
¿Vienes de Castilla?

AZUCENA.
No;
Vengo, señor, de Vizcaya;
Que la luz primera vi
En sus áridas montañas.
Por largo tiempo he vivido
En sus crestas elevadas,
Donde, pobre y miserable,
Por dichosa me juzgaba.
Un hijo solo tenía,
Y me dejó abandonada:
Voy por el mundo á buscarle;
Que no tengo otra esperanza.
Y ¡le quiero tanto! él es
El consuelo de mi alma,
Señor, y el único apoyo
De mi vejez desdichada.
¡Ay! Sí... Dejadme, por Dios,
Que á buscar á mi hijo vaya;
Y á esos hombres tan crueles,
Decid que mal no me hagan.

GUZMAN.
Me hace sospechar, don Nuño.

DON NUÑO.
Teme, mujer, si me engañas.

AZUCENA.
¿Quereis que os lo jure?

DON NUÑO.
No;
Mas ten cuenta que te habla
El Conde de Luna.

AZUCENA.
¡Vos! (Sobresaltada.)
¿Sois vos? (¡Gran Dios!)

JIMENO.
¡Esa cara!
Esa turbacion...

AZUCENA.
Dejadme...
Permitidme que me vaya...

JIMENO.
¿Irte?... Don Nuño, prendedla.

AZUCENA.
Por piedad, no... ¡Qué! ¿no bastan
Los golpes de esos impíos,
Que de dolor me traspasan?

DON NUÑO.
Que la suelten.

JIMENO.
No, don Nuño.
DON NUÑO.
Está loca.
JIMENO.
Esa gitana
Es la misma que á don Juan,
Vuestro hermano...
DON NUÑO.
¡Qué oigo!
AZUCENA.
¡Calla!
No se lo digas, cruel;
Que si lo sabe, me mata.
DON NUÑO.
Atadla bien.
AZUCENA.
Por favor;
Que esas cuerdas me quebrantan
Las manos... ¡Manrique! ¡hijo!
Ven á librarme...
DON GUILLEN.
¿Qué habla!
AZUCENA.
Ven; que llevan á morir
Á tu madre.
DON NUÑO.
¡Tú, inhumana,
Tú fuiste!
AZUCENA.
No me hagais mal,
Os lo pido arrodillada...
Tened compasion de mí.
DON NUÑO.
Llevadla de aquí... apartadla
De mi vista.
AZUCENA.
No fuí yo;
Ved, don Nuño, que os engañan.

### ESCENA IV.

Los MISMOS, ménos Azucena y soldados.

DON NUÑO.
Tomad, don Lope, cien hombres,
Y á Zaragoza llevadla:
Vos de ella me respondeis
Con vuestra cabeza.
DON GUILLEN.
¿Marcha
El campo?
DON NUÑO.
Sí, á Castellar.
¡Es hijo de una gitana!...
¿No lo oisteis, don Guillen,
Que á Manrique demandaba?
DON GUILLEN.
Sí, sí...
DON NUÑO.
Pronto á Castellar;
Que esta tardanza me mata...
Yo os prometo no dejar
Una piedra en sus murallas.

—

Habitacion de Leonor en la torre de Castellar, con dos puertas laterales.

### ESCENA V.

LEONOR. RUIZ.

RUIZ.
¿Que mandarme teneis?
LEONOR.
¿Y don Manrique?
RUIZ.
Aun reposando está.
(Leonor hace una seña, y se retira Ruiz.)
LEONOR.
Duerme tranquilo,
Miéntras rugiendo atroz sobre tu frente
Rueda la tempestad, miéntras llorosa
Tu amante criminal tiembla azorada.
¿Cuál es mi suerte? ¡Oh Dios! ¿Por qué tus aras
Ilusa abandoné? La paz dichosa,
Que allí bajo las bóvedas sombrías
Feliz gozaba tu perjura esposa...
¡Esposa yo de Dios? no puedo serlo;
Jamas, nunca lo fuí... tengo un amante
Que me adora sin fin, y yo le adoro,
Que no puedo olvidar solo un instante.
Ya con eternos vínculos el crímen
A su suerte me unió... nudo funesto,
Nudo de maldicion, que allá en su trono
Enojado maldice un Dios terrible.

### ESCENA VI.

LEONOR. DON MANRIQUE.

LEONOR.
¡Manrique! ¿eres tú?
DON MANRIQUE.
Sí, Leonor querida.
LEONOR.
¿Qué tienes?
DON MANRIQUE.
Yo no sé...
LEONOR.
¿Por qué temblando
Tu mano está? ¡qué sientes?
DON MANRIQUE.
Nada, nada.
LEONOR.
En vano me lo ocultas.
DON MANRIQUE.
Nada siento.
Estoy bueno... ¿Qué dices? ¿que temblaba

Mi mano?... no... ilusion... nunca he temblado.
¿Ves cómo estoy tranquilo?

LEONOR.

De otra suerte
Me mirabas ayer... tu calma fria
Es la horrorosa calma de la muerte.
Pero ¿qué causa, dime, tus pesares?

DON MANRIQUE.

¿Quieres que te lo diga?

LEONOR.

Sí lo quiero.

DON MANRIQUE.

Ningun temor real, nada que pueda
Hacerte á tí infeliz ni entristecerte,
Causa mi turbacion... Mi madre un dia
Me contó cierta historia, triste, horrible,
Que no puedes saber; y desde entónces
Como un espectro me persigue eterna
Una imágen atroz. No lo creyeras,
Y á contártelo yo, te estremecieras.

LEONOR.

Pero...

DON MANRIQUE.

No temas, no; tan sólo ha sido
Un sueño, una ilusion, pero horrorosa...
Un sudor frio áun por mi frente corre.
Soñaba yo que en silenciosa noche,
Cerca de la laguna que el pié besa
Del alto Castellar, contigo estaba.
Todo en calma yacia; algun gemido
Melancólico y triste
Sólo llegaba lúgubre á mi oido.
Trémulo como el viento en la laguna
Triste brillaba el resplandor siniestro
De amarillenta luna.
Sentado allí en su orilla y á tu lado
Pulsaba yo el laud, y en dulce trova
Tu belleza y mi amor tierno cantaba,
Y en triste melodía
El viento que en las aguas murmuraba
Mi canto y tus suspiros repetia.
Mas súbito azaroso, de las aguas
Entre el turbio vapor, cruzó luciente
Relámpago de luz, que hirió un instante
Con brillo melancólico tu frente.
Yo ví un espectro que en la opuesta orilla
Como ilusion fantástica vagaba
Con paso misterioso;
Y un quejido lanzando lastimoso,
Que el nocturno silencio interrumpia,
Ya triste nos miraba,
Ya con rostro infernal se sonreia.
De pronto el huracan cien y cien truenos
Retemblando sacude,
Y mil rayos cruzaron,
Y el suelo y las montañas
Á su estampido horrísono temblaron.
Y envuelta en humo la feroz fantasma
Huyó, los brazos hácia mí tendiendo.
«¡Véngame!» dijo, y se lanzó á las nubes;
«¡Véngame!» por los aires repitiendo.
Frio con el pavor, tendí mis brazos
Adonde estabas tú... tú ya no estabas;
Y sólo hallé á mi lado
Un esqueleto; y al tocarle osado
En polvo se deshizo, que violento
Llevóse al punto retronando el viento.
Yo desperté azorado; mi cabeza
Hecha estaba un volcan, turbios mis ojos;
Mas logro verte al fin, tierna, apacible,
Y tu sonrisa calma mis enojos.

LEONOR.

Y un sueño solamente
¿Te atemoriza así?

DON MANRIQUE.

No, ya no tiemblo,
Ya todo lo olvidé... mira, esta noche
Partiremos, al fin, de este castillo...
No quiero estar aquí.

LEONOR.

¿Temes acaso?...

DON MANRIQUE.

Tiemblo perderte: numerosa hueste
Del rey usurpador viene á sitiarnos,
Y este castillo es débil con extremo.
Nada temo por mí, mas por tí temo.

### ESCENA VII.

LOS MISMOS. RUIZ.

DON MANRIQUE.

¿Qué me vienes á anunciar?

RUIZ.

Señor, ya el Conde marchando
Con la gente de su bando
Se dirige á Castellar.
Todo lo lleva á cuchillo,
Y por los montes avanza,
Sin duda con la esperanza
De poner cerco al castillo.

DON MANRIQUE.

No osarán; que son traidores,
Y es cobarde la traicion.

RUIZ.

Estas las noticias son
Que traen nuestros corredores.
Demas, por lo que advirtieron,
Añaden que esta mañana
Han cogido una gitana,
Que venir hácia acá vieron.

DON MANRIQUE.

¿Una gitana?... y ¿quién era?

RUIZ.

¿Quién puede saberlo?... pues...

DON MANRIQUE.

¡Cielos!

RUIZ.

Vieja dicen que es,
Con sus puntas de hechicera.

DON MANRIQUE.

(Es ella... y ¿podré salvarla?...)
Avisa que á partir vamos...
Ármense todos. (Corramos
Á lo ménos á vengarla.)

LEONOR.

¿Qué dices?... partir...

DON MANRIQUE.

Sí, sí...
¿Qué te detienes?

RUIZ.

Señor...

DON MANRIQUE.

Pronto, ó teme mi furor.

LEONOR.

¿Y me dejarás aquí?

## ESCENA VIII.

DON MANRIQUE. LEONOR.

DON MANRIQUE.

Un secreto, Leonor...
Sé que vas á despreciarme.
Ya era tiempo... esa gitana,
Esa, Leonor, es mi madre.

LEONOR.

¡Tu madre!

DON MANRIQUE.

Llora, si quieres,
Maldíceme, porque infame
Uní tu orgullosa cuna
Con mi cuna miserable.
Pero déjame que vaya
A salvarla, si no es tarde.
Si ha muerto, la vengaré
De su asesino cobarde.

LEONOR.

¡Eso me faltaba!...

DON MANRIQUE.

Sí;
Yo no debia engañarte
Por más tiempo... vete, vete:
Soy un hombre despreciable.

LEONOR.

Nunca para mí.

DON MANRIQUE.

Eres noble;
Y yo, ¿quién soy? ya lo sabes.
Vete á encerrar con tu orgullo
Bajo el techo de tus padres.

LEONOR.

¡Con mi orgullo! tú te gozas,
Cruel, en atormentarme.
Ten piedad...

DON MANRIQUE.

Pero soy libre
Y fuerte para vengarme...
Y me vengaré... ¿lo dudas?

LEONOR.

Si necesitas mi sangre,
Aquí la tienes.

DON MANRIQUE.

¡Leonor!
¡Qué desgraciada en amarme
Has sido! ¿Por qué, infeliz,
Mis amores escuchaste?
Y ¿no me aborreces?

LEONOR.

No.

DON MANRIQUE.

¿Sabes que presa mi madre,
Espera tal vez la muerte?
¡Venganza infame y cobarde!
¿Qué espero yo?...

LEONOR.

Ven... no vayas...
Mira, el corazon me late,
Y fatídico me anuncia
Tu muerte.

DON MANRIQUE.

¡Llanto cobarde!
Por una madre morir,
Leonor, es muerte envidiable.
¿Quisieras tú que temblando
Viera derramar su sangre,
Ó si salvarla pudiera,
Por salvarla no lidiase?

LEONOR.

Pues bien, iré yo contigo;
Allí correré á abrazarte
Entre el horror y el estruendo
Del fratricida combate.
Yo opondré mi pecho al hierro
Que tu vida amenazare;
Sí, y á falta de otro muro,
Muro será mi cadáver.

DON MANRIQUE.

Ahora te conozco, ahora
Te quiero más.

LEONOR.

Si tú partes,
Iré contigo; la muerte
Á tu lado ha de encontrarme.

DON MANRIQUE.

Venir tú... no; en el castillo
Queda custodia bastante
Para tí... ¿Escuchas? adios. (Suena un clarin.)
El clarin llama al combate.

LEONOR.
Un momento...

DON MANRIQUE.
Ya no puedo
Detenerme ni un instante.

**ESCENA IX.**

LEONOR.

Manrique, espera... Partió
Sin escucharme... ¡inhumano!
¿Por qué con delirio insano
Mi corazon le adoró?
Y ¿es éste tu amor? ¡Ay! ven...
No burles así tu suerte;
Que allí te espera la muerte,
Y está en mis brazos tu bien.
Ya no escuchas el clamor
De aquella Leonor querida... (Vuelve á sonar el clarin.)
¡Gran Dios! protege su vida:
Te lo pido por tu amor.

---

# JORNADA QUINTA.

## EL SUPLICIO.

---

Inmediaciones de Zaragoza; á la izquierda vista de uno de los muros del palacio de la Aljafería, con una ventana cerrada con una fuerte reja.

**ESCENA PRIMERA.**

LEONOR. RUIZ.

RUIZ.
Ya estamos en Zaragoza
Y es bien entrada la noche:
Nadie conoceros puede.

LEONOR.
Rüiz, ¿no es ésta la torre
De la Aljafería?

RUIZ.
Sí.

LEONOR.
¿Están aquí las prisiones?

RUIZ.
Ahí se suelen custodiar
Los que á su rey son traidores.

LEONOR.
¿Trajiste lo que te dije?

RUIZ.
Aquí está (1): por un jarope
Que no vale seis cornados...

(1) Saca un pomo de plata, que entrega á Leonor.

LEONOR.
El precio nada te importe.
Toma esa cadena tú.

RUIZ.
Judío al fin...

LEONOR.
No te enojes.

RUIZ.
Diez maravedís de plata
Me llevó el Iscariote.

LEONOR.
Vete, Rüiz.

RUIZ.
¿Os quedais
Sola aquí? no, que me ahorquen
Primero...

LEONOR.
Quiero estar sola.

RUIZ.
Si os empeñais... buenas noches.

**ESCENA II.**

LEONOR.

Esa es la torre; allí está,
Y maldiciendo su suerte,
Espera triste la muerte,
Que no está léjos quizá.
¡Esas murallas sombrías,
Esas rejas y esas puertas,
Al féretro sólo abiertas,
Verán tus últimos dias!
¿Por qué tan ciega le amé?
¡Infeliz! ¿por qué, Dios mio,
Con amante desvarío
Mi vida le consagré?
Mi amor te perdió, mi amor...
Yo mi cariño maldigo;
Pero moriré contigo
Con veneno abrasador.
¡Si me quisiera escuchar
El Conde!... si yo lograra
Librarte así, ¿qué importara?...
Sí, voy tu vida á salvar.
A salvarte... no te asombre,
Si hoy olvido mi desden.

DENTRO UNA VOZ.
Hagan bien para hacer bien
Por el alma de este hombre.

LEONOR.
Ese lúgubre clamor...
O ¿tal vez lo escuché mal?
No, no... ¡ya la hora fatal
Ha llegado, trovador!
Manrique, partamos ya,
No perdamos un instante.

DENTRO.
¡Ay!

LEONOR.

Esa voz penetrante...
¡Si no fuera tiempo ya!

(Al querer partir, se oye tocar un laud; un momento despues canta dentro don Manrique.)

«Despacio viene la muerte,
Que está sorda á mi clamor:
Para quien morir desea,
Despacio viene, por Dios.
*¡Ay! adios, Leonor,*
*Leonor.*»

LEONOR.

Él es; ¡y desea morir,
Cuando su vida es mi vida!
¡Si así me viera afligida
Por él al cielo pedir!

DENTRO DON MANRIQUE.

«No llores si á saber llegas
Que me matan por traidor;
Que el amarte es mi delito,
Y en el amar no hay baldon.
*¡Ay! adios, Leonor,*
*Leonor.*»

LEONOR.

¿Que no llore yo! ¡cruel!
No sabe cuánto le quiero.
¡Que no llore, cuando muero
En mi juventud por él!
Si á esa reja te asomaras
Y á Leonor vieras aquí,
Tuvieras piedad de mí
Y de mi amor no dudaras.
Aquí te buscan mis ojos,
A la luz de las estrellas;
Y oigo á par de tus querellas
El rumor de los cerrojos,
Y oigo en tu labio mi nombre
Con mil suspiros tambien.

DENTRO LA VOZ.

Hagan bien para hacer bien
Por el alma de este hombre.

LEONOR.

No, no morirás; yo iré
A salvarte: del tirano
Feroz la sangrienta mano
Con mi llanto bañaré.
¿Temes? Leonor te responde
De su cariño y virtud.
Calma tu amante inquietud. (Apura el pomo.)
Ya no puedo ser del Conde.

—

Cámara del Conde de Luna; éste estará sentado cerca de una mesa, y don Guillen á su lado de pié.

### ESCENA III.

DON NUÑO. DON GUILLEN.

DON NUÑO.

¿Vísteis, don Guillen, al reo?

DON GUILLEN.

Dispuesto á morir está.

DON NUÑO.

¿Don Lope?...

DON GUILLEN.

Presto vendrá.

DON NUÑO.

Que al punto llegue deseo.
No quiero que se dilate
El suplicio ni un momento;
Cada instante es un tormento
Que mi impaciencia combate.

DON GUILLEN.

¿Le avisaré?

DON NUÑO.

No, esperad...
Tardar no puede en venir.
Para ayudarle á morir,
Á un religioso avisad.
Y despachaos con presteza.

DON GUILLEN.

¡El hijo de una gitana!

DON NUÑO.

Cierto, diligencia es vana.

DON GUILLEN.

Mas ¿no dais cuenta á su Alteza?

DON NUÑO.

¿Para qué? Ocupado está
En la guerra de Valencia.

DON GUILLEN.

Si no aprueba la sentencia...

DON NUÑO.

Yo sé que la aprobará.
Para aterrar la traicion
Puso en mi mano la ley:
Miéntras aquí no esté el Rey,
Yo soy el Rey de Aragon.
Mas... ¿vuestra hermana?

DON GUILLEN.

Yo mismo
Nada de su suerte sé;
Pero encontrarla sabré,
Aunque la oculte el abismo.
Entónces su torpe amor
Lavará con sangre impura.
Sólo así el honor se cura,
Y es muy sagrado el honor.

DON NUÑO.

No: tanto rigor no es bien
Emplear.

DON GUILLEN.
Mi ilustre cuna...

DON NUÑO.
Si algo apreciais al de Luna,
No la ofendais, don Guillen.

DON GUILLEN.
¿Teneis algo que mandar?

DON NUÑO.
Dejadme solo un instante.

### ESCENA IV.

DON NUÑO. Despues DON LOPE.

DON NUÑO.
Leonor, al fin en tu amante
Tu desden voy á vengar.
Al fin en su sangre impura
A saciar voy mi rencor:
Tambien yo puedo, Leonor,
Gozarme en tu desventura.
Fatal tu hermosura ha sido
Para mí; pero fatal
Tambien será á mi rival,
A ese rival tan querido.
Tú lo quisiste; por él
Mi ternura despreciaste...
¿Por qué, Leonor, no me amaste?
Yo no fuera tan cruel.
Angel hermoso de amor,
Yo como á un Dios te adoraba;
Y tus caricias gozaba
Un oscuro trovador.
Harto la suerte envidié
De un rival afortunado;
Harto tiempo despreciado
Su ventura contemplé.
¡Ah! perdonarle quisiera...
No soy tan perverso yo.
Pero es mi rival... no, no...
Es necesario que muera.

DON LOPE.
Vuestras órdenes, señor,
Se han cumplido; el reo espera
Su sentencia.

DON NUÑO.
Y bien: que muera,
Pues á su rey fué traidor.
¿A qué aguardais?

DON LOPE.
Si así os plugo...

DON NUÑO.
¿No fué perjuro á la ley
Y rebelde con su rey?
Pues bien, ¿qué espera el verdugo?
Esta noche ha de morir.

DON LOPE.
¿Esta noche? ¡pobre mozo!

DON NUÑO.
Junto al mismo calabozo.
¿Oís?

DON LOPE.
No hay más que decir.

DON NUÑO.
¿La bruja?...

DON LOPE.
Con él está
En su misma prision.

DON NUÑO.
Bien.

DON LOPE.
Pero ¿ha de morir?

DON NUÑO.
Tambien.

DON LOPE.
¿De qué muerte morirá?

DON NUÑO.
Como su madre, en la hoguera.

DON LOPE.
¿Por último confesó
Que á vuestro hermano mató!
¡Maldiga Dios la hechicera!

DON NUÑO.
Molesto, don Lope, estais...
Idos ya.

DON LOPE.
Si os incomodo...

DON NUÑO.
Quiero estar solo.

DON LOPE.
Con todo...
(¡Mal templado está!)

DON NUÑO.
¿No os vais?
(Hace don Lope que se va, y vuelve.)

DON LOPE.
Perdonad; se me olvidaba
Con la maldita hechicera.

DON NUÑO.
¡Don Lope!

DON LOPE.
Señor, ahí fuera
Una dama os aguardaba.

DON NUÑO.
Y ¿qué objeto aquí la trae?
¿Dice quién es?

DON LOPE.
Encubierta
Llegó, señor, á la puerta
Que al campo de Toro cae.

DON NUÑO.
Que éntre, pues: vos despejad.

DON LOPE.
El Conde, señora, espera.

DON NUÑO.
Vos os podeis quedar fuera,
Y hasta que os llame aguardad.

## ESCENA V.

DON NUÑO. LEONOR.

LEONOR.
¿Me conoceis? (Descubriéndose.)

DON NUÑO.
¡Desgraciada!
¿Qué buscais, Leonor, aquí?

LEONOR.
¿Me conoceis, Conde?

DON NUÑO.
Sí:
Por mi mal, desventurada,
Por mi mal te conocí.
¿A qué vinisteis, Leonor?

LEONOR.
Conde, ¿dudarlo quereis?

DON NUÑO.
¡Todavía el trovador!...

LEONOR.
Sé que todo lo podeis,
Y que peligra mi amor.
Duélaos, don Nuño, mi mal.

DON NUÑO.
¿A eso vinisteis, ingrata,
A implorar por un rival?
¿Por un rival! ¡insensata!
Mal conoceis al de Artal.
No: cuando en mis manos veo
La venganza apetecida,
Cuando su sangre deseo...
Imposible...

LEONOR.
No lo creo.

DON NUÑO.
Sí: creedlo, por mi vida.
Largo tiempo tambien yo
Aborrecido imploré
A quien mis ruegos no oyó,
Y de mi afan se burló;
No penseis que lo olvidé.

LEONOR.
¡Ah! Conde, Conde, piedad. (Arrodillándose.)

DON NUÑO.
Vos ¿la tuvisteis de mí?

LEONOR.
Por todo un Dios.

DON NUÑO.
Apartad.

LEONOR.
No; no me muevo de aquí.

DON NUÑO.
Pronto, Leonor, acabad.

LEONOR.
Bien sabeis cuanto le amé;
Mi pasion no se os esconde...

DON NUÑO.
¡Leonor!

LEONOR.
¿Qué he dicho? no sé,
No sé lo que he dicho, Conde:
¿Quereis?... le aborreceré.
¡Aborrecerle! ¡Dios mio!
Y áun amaros á vos, sí,
Amaros con desvarío
Os prometo... ¡amor impío,
Digno de vos y de mí!

DON NUÑO.
Es tarde, es tarde, Leonor.
Y ¿yo perdonar pudiera
A tu infame seductor,
Al hijo de una hechicera?

LEONOR.
¿No os apiada mi dolor?

DON NUÑO.
¡Apiadarme! más y más
Me irrita, Leonor, tu lloro,
Que por él vertiendo estás:
No lo negaré, áun te adoro;
Mas ¿perdonarle! jamas.
Esta noche, en el momento...
Nada de piedad.

LEONOR. (Con ternura.)
¡Cruel!
¡Cuando en amarte consiento!

DON NUÑO.
¿Qué me importa tu tormento,
Si es por él, sólo por él?

LEONOR.
Por él, don Nuño, es verdad;
Por él con loca impiedad
El altar he profanado.
Y ¡yo, insensata, le he amado
Con tan ciega liviandad!

DON NUÑO.
Un hombre oscuro...

LEONOR.
Sí, sí...
Nunca mereció mi amor.

DON NUÑO.
Un soldado, un trovador...

LEONOR.
Yo nunca os aborrecí.

DON NUÑO.
¿Qué quieres de mí, Leonor?
¿Por qué mi pasion enciendes,
Que ya entibiándose va?
Di que engañarme pretendes,
Dime que de un Dios dependes,
Y amarme no puedes ya.

LEONOR.

¿Qué importa, Conde? ¿no fuí
Mil y mil veces perjura?
¿Qué importa, si ya vendí
De un amante la ternura,
Que á Dios olvide por tí?

DON NUÑO.

¿Me lo juras?

LEONOR.

Partiremos
Léjos, léjos de Aragon,
Y felices viv'remos,
Y siempre nos amaremos
Con acendrada pasion.

DON NUÑO.

Leonor... ¡delicia inmortal!

LEONOR.

Y tú en premio á mi ternura...

DON NUÑO.

Cuanto quieras.

LEONOR.

¡Oh ventura!

DON NUÑO.

Corre, dile que el de Artal
Su libertad le asegura;
Pero que huya de Aragon;
Que no vuelva: ¿lo has oido?

LEONOR.

Sí, sí...

DON NUÑO.

Dile que atrevido
No persista en su traicion;
Que tu amor ponga en olvido.

LEONOR.

Sí... lo diré... (¡Dios eterno!
Tu nombre bendeciré.)

DON NUÑO.

Mirad que os observaré.

LEONOR.

(Ya no me aterra el infierno,
Pues que su vida salvé.)

—

## ESCENA VI.

Calabozo oscuro con una ventana con reja á la izquierda, y una puerta en el mismo lado; otra ventana alta en el fondo cerrada. Debajo de la ventana, y en un escaño, estará recostada AZUCENA: en el lado opuesto MANRIQUE, sentado.

DON MANRIQUE.

¿Dormís, madre mia?

AZUCENA.

No... bastante lo he deseado; pero el sueño huye de mis ojos.

DON MANRIQUE.

¿Teneis frio tal vez?

AZUCENA.

No... te he oido suspirar á menudo... ven aquí... ¿qué tienes? ¿por qué no me confias todos tus padecimientos? ¿por qué no los depositas en el seno de una madre? Por que yo soy tu madre, y te quiero como á mi vida.

DON MANRIQUE.

¡Mis padecimientos!

AZUCENA.

He orado por tí toda la noche; es lo único que puedo hacer ya.

DON MANRIQUE.

Descansad un momento.

AZUCENA.

Yo quisiera escaparme de aquí, porque me sofoca el aire que aquí respiro... porque van á matarme. Pero tú me defenderás, tú no consentirás que te roben á tu madre.

DON MANRIQUE.

¡Gran Dios!

AZUCENA.

Pero estoy afligiéndote, ¿es verdad?

DON MANRIQUE.

No; decid, decid lo que querais.

AZUCENA.

Tú no podrás socorrerme; vendrán muchos contra tí, y tus fuerzas se agotarán; pero no temas por mí: yo estoy libre de su furor.

DON MANRIQUE.

¿Vos?

AZUCENA.

Sí; los tiranos no mandan sobre el sepulcro, ni el verdugo puede martirizar una carne que no siente. Acércate... mira esta frente pálida; ¿no está pintada en ella la muerte?

DON MANRIQUE.

¿Qué decís!

AZUCENA.

Sí, desde esta mañana he sentido que me abandonaban las fuerzas, que mis miembros se torcian; un velo de sangre ha ofuscado más de una vez mis ojos, y un zumbido espantoso ha resonado continuamente en mis oidos... se me figuraba que oia el llamamiento á la eternidad... ¡la eternidad! y ya voy á salir de esta vida con el alma emponzoñada...

DON MANRIQUE.

Por favor...

AZUCENA.

Y van á matarme...

DON MANRIQUE.

¿A mataros? y ¿por qué? ¡porque sois mi madre! y ¡yo soy la causa de vuestra muerte! ¡madre mia, perdon!

AZUCENA.

No temas: ¿á qué llorar por mí? no, no tendrán el placer de tostarme como á mi madre: siento que mi vida se acaba por instantes; pero quisiera morir pronto. ¿No es verdad que se llenarán de rabia cuando vengan á buscar una víctima y encuentren un cadáver, ménos que un ca-

dáver... un esqueleto? ¡Ja... ja.... ja!... Quisiera yo verlo para gozarme en su desesperacion. Cuando vean mis ojos quebrados, cuando toquen mi mano seca y fria como el mármol...

DON MANRIQUE.

No me atormenteis, por piedad.

AZUCENA.

¿Oyes? ¿oyes ese ruido? mátame... pronto, para que no me lleven á la hoguera. ¿Sabes tú qué tormento es el fuego?

DON MANRIQUE.

Y ¿tendrán valor?...

AZUCENA.

Sí; lo tuvieron para mi madre: debe ser horroroso ese tormento... ¡la hoguera! no sé qué tiene de feroz esa palabra, que me hiela... ¡la hoguera! y siempre la tengo delante, y siempre con sus llamas que queman, que quitan la vida con desesperados tormentos.

DON MANRIQUE.

No más, no más.

AZUCENA.

Me acuerdo de cuando achicharraron á tu abuela; iba cubierta de harapos; sus cabellos, negros como las alas del cuervo, ocultaban casi enteramente su cara; yo, tendida en el suelo, arañando frenética mi rostro, habia apartado mis ojos de aquel espectáculo, que no podia soportar; pero mi madre me llamó, y yo corrí hasta los piés del cadalso... los verdugos me rechazaron con aspereza, no me dejaron darla siquiera un beso, y la metieron en el fuego... Todavía retiembla en mi oido el acento de aquel grito desesperado que le arrancó el dolor... debe ser horrible, precisamente horrible, ese suplicio: aquel grito desentonado expresaba todos los tormentos de su cuerpo; y los verdugos se reian de sus visajes, porque la llama habia quemado sus cabellos, y sus facciones contraidas, convulsas, y sus ojos desencajados, daban á su rostro una expresion infernal... Y esto ¡les hacia reir!...

DON MANRIQUE.

¿No podeis olvidar todo eso? ¿Por qué no procurais descansar?

AZUCENA.

Sí, eso queria; pero... ¿y la hoguera? ¿y si durmiendo me llevan á la hoguera?

DON MANRIQUE.

No, no vendrán.

AZUCENA.

¿Me lo prometes tú?

DON MANRIQUE.

Os lo ofrezco, madre mia: podeis reposar un momento.

AZUCENA.

Tengo mucha necesidad de dormir. ¡He estado despierta tanto tiempo! Dormiré, y luégo nos iremos: ¿qué razon hay para que no nos dejen ir? cuando sea de dia... pero aquí no se sabe cuándo es de dia... aunque sea de noche, á cualquiera hora: sí, porque quiero respirar; aquí me ahogo.

DON MANRIQUE.

(¡Qué tormento!)

AZUCENA.

Y correremos por la montaña, y tú cantarás: miéntras yo estaré durmiendo sin temor á esos verdugos, ni á ese suplicio de fuego.

DON MANRIQUE.

Descansad.

AZUCENA.

Voy... pero calla... calla... (Se queda dormida: un momento de silencio.)

DON MANRIQUE.

Duerme, duerme, madre mia,
Miéntras yo te guardo el sueño,
Y un porvenir más risueño
Durmiendo allá te sonria.
Al ménos, ¡ay! miéntras dura
Tu sueño, no acongojado
Veré tu rostro bañado
Con lágrimas de amargura.

## ESCENA VII.

DON MANRIQUE. LEONOR. AZUCENA.

LEONOR.

¡Manrique!

DON MANRIQUE.

¡No es ilusion!
¿Eres tú?

LEONOR.

Yo, sí... yo soy...
A tu lado al fin estoy
Para calmar tu afliccion.

DON MANRIQUE.

Sí, tú sola mi delirio
Puedes, hermosa, calmar:
Ven, Leonor, á consolar
Amorosa mi martirio.

LEONOR.

No pierdas tiempo, por Dios...

DON MANRIQUE.

Siéntate á mi lado, ven.
¿Debes tú morir tambien?
Muramos juntos los dos.

LEONOR.

No, que en libertad estás.

DON MANRIQUE.

¿En libertad!

LEONOR.

Sí, ya el Conde...

DON MANRIQUE.

¡Don Nuño, Leonor! Responde,
Responde... ¡cielo! ¿esto más?
¡Tú á implorar por mi perdon

Del tirano á los piés fuiste!...
Quizá tambien le vendiste
Mi amor y tu corazon.
No quiero la libertad,
A tanta costa comprada.

LEONOR.

Tu vida...

DON MANRIQUE.

¿Qué importa? nada...
Quítamela, por piedad;
Clava en mi pecho un puñal
Ántes que verte perjura,
Llena de amor y ternura
En los brazos de un rival.
¡La vida! ¿es algo la vida?
Un doble martirio, un yugo...
Llama, que venga el verdugo
Con el hacha enrojecida.

LEONOR.

¿Qué debí hacer? si supieras
Lo que he sufrido por tí,
No me insultaras así,
Y á más me compadecieras.
Pero huye, vete, por Dios,
Y bástete ya saber
Que suya no puedo ser.

DON MANRIQUE.

Pues bien, partamos los dos:
Mi madre tambien vendrá.

LEONOR.

Tú solamente.

DON MANRIQUE.

No, no.

LEONOR.

Pronto, vete.

DON MANRIQUE.

¡Solo yo!

LEONOR.

Que nos observan quizá.

DON MANRIQUE.

¿Qué importa? aquí moriré,
Morirémos, ¡madre mia!
Tú sola no fuiste impía
De un hijo tierno á la fe.

LEONOR.

¡Manrique!

DON MANRIQUE.

Ya no hay amor
En el mundo, no hay virtud.

LEONOR.

¿Qué te dice mi inquietud?

DON MANRIQUE.

Tarde conocí mi error.

LEONOR.

¡Si vieras cuál se estremece
Mi corazon! ¿Por qué, di,
Obstinarte? hazlo por mí,
Por lo que tu amor padece.
Sí, este momento quizá...
¿No ves cuál tiemblo? quisiera
Ocultarlo, si pudiera;
Pero no, no es tiempo ya.
Bien sé que voy tu afliccion
A aumentar; pero ya es hora
De que sepas cuál te adora
La que acusas sin razon.
Aborréceme, es mi suerte;
Maldíceme, si te agrada;
Mas toca mi frente, helada
Con el hielo de la muerte.
Tócala, y si hay en tu seno
Un resto de compasion,
Alivia mi corazon,
Que abrasa un voraz veneno.

DON MANRIQUE.

Un veneno... ¿y es verdad?
¡Y yo ingrato la ofendí
Cuando muriendo por mí!...
¡Un veneno!...

LEONOR.

Por piedad,
Ven aquí por compasion
A consolar mi agonía:
¿No sabes que te queria
Con todo mi corazon?

DON MANRIQUE.

Me matas.

LEONOR.

Manrique, aquí,
Aquí me siento abrasar.
¡Ay! ¡ay! quisiera llorar,
Y no hay lágrimas en mí.
¡Ay, juventud malograda,
Por tiranos perseguida!
¡Pérder tan pronto una vida,
Para amarte consagrada!

(Se ve brillar un momento el resplandor de una luz en la ventana de la izquierda.)

Mira, Manrique, esa luz...
Vienen á buscarte ya:
¡No te apartes, ven acá,
Por el que murió en la cruz.

DON MANRIQUE.

Que vengan... ya entregaré
Mi cuello sin resistir:
Lo quiero, anhelo morir...
Muy pronto te seguiré.

LEONOR.

¡Ay! acércate...

DON MANRIQUE.

¡Amor mio!...

LEONOR.

Me muero, me muero ya

Sin remedio; ¿dónde está
Tu mano?

DON MANRIQUE.

¡Qué horrible frio!

LEONOR.

Para siempre... ya...

DON MANRIQUE.

¡Leonor!

LEONOR.

¡Adios!... ¡adi... os!...
(Espira: un momento de pausa.)

DON MANRIQUE.

¡La he perdido!
¡Ese lúgubre gemido...
Es el último de amor!
Silencio, silencio; ya
Viene el verdugo por mí...
Allí está el cadalso, allí,
Y Leonor aquí está.
Corta es la distancia: vamos;
Que ya el suplicio me espera.
(Tropieza con la Azucena.)
¿Quién estaba aquí? ¿quién era?

AZUCENA.

¿Es hora de que partamos? (Entre sueños.)

DON MANRIQUE.

¿A morir? dispuesto estoy...
Mas no, esperad un instante:
A contemplar su semblante,
A adorarla otra vez voy.
Aquí está... dadme el laud;
En trova triste y llorosa,
En endecha lastimosa
Os cantaré su virtud.
Una corona de flores
Dadme tambien: en su frente
Será aureola luciente,
Será diadema de amores.
Dadme: veréisla brillar
En su frente hermosa y pura;
Mas llorad su desventura
Como á mí me veis llorar.
¡Qué funesto resplandor!
¿Tan pronto vienen por mí?
El verdugo es aquel... sí:
Tiene el rostro de traidor.

### ESCENA VIII.

Los de la escena anterior. DON NUÑO, DON GUILLEN, DON LOPE, Y SOLDADOS con luces.

DON NUÑO.

¿Leonor?

DON MANRIQUE.

¿Quién la llama? ¿por qué vienen
A apartarla de mí? la desdichada
Ya á nadie puede amar. ¡Si yo pudiera
Ocultarla á sus ojos!
(La cubre con su ferreruelo, que tendrá al lado.)

DON NUÑO.

¿Leonor?

DON MANRIQUE.

Calla...
No turbes el silencio de la muerte.

DON NUÑO.

¿Dónde está Leonor?

DON MANRIQUE.

¿Dónde? aquí estaba.
¿Venis á arrebatármela en la tumba?

DON NUÑO.

¿Ha muerto?

DON MANRIQUE.

Sí... ya ha muerto.
(Descubriendo el rostro pálido de Leonor.)

DON GUILLEN.

¡Quién... mi hermana!

DON MANRIQUE.

Ya no palpita el corazon; sus ojos
Ha cerrado la muerte despiadada.
Apartad esas luces; mi amargura
Piadosos respetad... no me acordaba... (A don Nuño.)
¡Sí, tú eres el verdugo! acaso buscas
Una víctima... ven... ya preparada
Para la muerte está.

DON NUÑO.

Llevadle al punto,
Llevadle, digo, y su cabeza caiga.
(Varios soldados rodean á don Manrique.)

DON MANRIQUE.

Muy pronto, sí...

DON NUÑO.

Marchad...

DON MANRIQUE.

¡Qué miro! Vamos...
(Reparando en Azucena.)
No le digais, por Dios, á la cuitada
Que va su hijo á morir... ¡madre infelice!
Hasta la tumba, adios... (Al salir.)

### ESCENA IX.

LOS MISMOS, ménos Manrique.

AZUCENA. (Incorporándose.)

¿Quién me llamaba?
Él era, él era: ¡ingrato! se ha marchado
Sin llevarme tambien.

DON NUÑO.

¡Desventurada!
Conoce al fin tu suerte.

AZUCENA.

¡El hijo mio!

DON NUÑO.

Ven á verle morir.

AZUCENA.

¿Qué dices? ¡Calla!
¡Morir! ¡morir!... no, madre, yo no puedo;
Perdóname, le quiero con el alma.
Esperad, esperad...

DON NUÑO.
Llevadla.

AZUCENA.
¡Conde!

DON NUÑO.
Que le mire espirar.

AZUCENA.
Una palabra,
Un secreto terrible; haz que suspendan
El suplicio un momento.

DON NUÑO.
No, llevadla.
(La toma por una mano, y la arrastra hasta la ventana.)
Ven, mujer infernal... goza en tu triunfo.
Mira el verdugo, y en su mano el hacha
Que va pronto á caer...
(Se oye un golpe, que figura ser el de la cuchilla.)

AZUCENA.
¡Ay! ¡esa sangre!

DON NUÑO.
Alumbrad á la víctima, alumbradla.

AZUCENA.
Sí, sí... luces... él es... ¡tu hermano, imbécil!

DON NUÑO.
¡Mi hermano! ¡maldicion!...
(La arroja al suelo empujándola con furor.)

AZUCENA.
Ya estás vengada.
(Con un gesto de amargura, y espira.)

---

# EL PAJE.

DRAMA EN CUATRO JORNADAS, EN PROSA Y VERSO.

**Representado por primera vez, en el Teatro del Principe, el dia 22 de Mayo de 1837.**

## PERSONAS.

| | | | |
|---|---|---|---|
| DON RODRIGO DE VARGAS. | BERMUDO. | | FARFAN. |
| DON MARTIN DE SANDOVAL, *Conde de Niebla.* | NUÑO. | | ANTUNEZ. |
| DOÑA BLANCA. | PERO-GOMEZ. | *Pescadores.* | FORTUN. |
| LEONOR. | BELTRAN. | | LA TIA MÓNICA. |
| FERRANDO, *paje de doña Blanca.* | GARCÉS. | | DONCELLAS DE DOÑA BLANCA. |
| | ORTIZ. | | |

*Las tres primeras jornadas pasan en Córdoba, y la cuarta en Sevilla. La accion empieza á 20 de Marzo de 1369.*

## JORNADA PRIMERA.

Una sala de la casa de don Martin: tres puertas, dos laterales y una en el fondo.

### ESCENA PRIMERA.

BERMUDO, FERRANDO.

FERRANDO.

No juego más, se acabó.

BERMUDO.

¿Por qué?

FERRANDO.

¿Por qué? ¿no lo veis?
Porque mil trampas me haceis,
Y no he de sufrirlas yo.

BERMUDO.

Vamos, venid.

FERRANDO.

No, no quiero;
Que ya perdí cuanto tuve:
No sé por qué me contuve,
Que no os arrojé el tablero.
Diez doblas me habeis ganado,
Diez doblas, todo mi haber;
Y más las siento perder
Con vos, que sois un menguado,
Un tramposo de por vida...
¡Maldígaos el cielo, amén!

BERMUDO.

Ferrando, cuidado...

FERRANDO.

¿Y bien?

BERMUDO.

Teneis la lengua atrevida,
Y eso en vuestra edad es mengua.

FERRANDO.

Y sabed, señor Bermudo,
Que este mi acero desnudo
Se atreve más que mi lengua.

BERMUDO.

Sosegaos, el pajecillo,
Y vuestras doblas tomad.

FERRANDO.

Niño soy de poca edad;
Mas no por eso me humillo.
Guardadlas.

BERMUDO.

No, por mi nombre,
Si hemos de reñir.

FERRANDO.

No riño;
Mas sabed que aunque soy niño,
Tengo el corazon de un hombre.

BERMUDO.

¿Alguno vos quiere mal
Y temeis desaguisado,
Que así andais tan avisado,
Puesto en el cinto el puñal?

FERRANDO.

De ninguno quejas tengo,
Bermudo, sino es de vos.

BERMUDO.

¿No habrá paz entre los dos?

FERRANDO.

No, jamas... os lo prevengo.

BERMUDO.

¿Quejas, Ferrando?

FERRANDO.

Pardiez,
Que en mirándoos no reposo:
Teneis el rostro alevoso,

Y áun el corazon tal vez.
Mas no penseis que por miedo
De un vejete estrafalario
Traigo en vez de escapulario
Duro puñal de Toledo.
De mi padre alhaja fué;
Y al dármele, me previno
Que estaba en él mi destino,
Misterio que no alcancé.
Y por eso siempre aquí
Conmigo va, y en buen hora
Dura espada cortadora
Quisiera ceñir así.

BERMUDO.

¿Eso quereis?

FERRANDO.

Eso quiero;
Por eso anhelando estoy.

BERMUDO.

¿Tan pronto?

FERRANDO.

Muy niño soy,
Y quiero ser caballero,
Aunque volaran mis años
Y como el humo se huyeran,
Y mis ilusiones fueran
Dolores y desengaños.
¡Si vierais cuál mis deseos
Más agitan, y mi afan,
Tanto bizarro galan
En las justas y torneos,
Donde puede su bravura
Doncel airoso ostentar,
Y á su dama coronar
Por reina de la hermosura!

BERMUDO.

Verter su sangre por ella,
Morir tal vez en la lid...

FERRANDO.

¿No amasteis nunca? decid.

BERMUDO.

Jamas lo quiso mi estrella.

FERRANDO.

¿No digo? sois raro en todo.
¿Las mujeres no amais vos?

BERMUDO.

Las aborrezco, por Dios.

FERRANDO.

Y ¿lo decis de ese modo?
Malandrin... torpe escudero...
Alza el guante.

(Arrojándole á la cara un guante.)

## ESCENA II.

Los MISMOS. LEONOR.

LEONOR.

¡Qué rumor!...

BERMUDO.

¡Ferrando!

FERRANDO.

¿Tienes valor?
Fuera del muro te espero.

LEONOR.

¿Qué es eso?

FERRANDO.

Nada... Insolente
Me habló ese viejo incapaz.

LEONOR.

¡Tiene brios el rapaz!

BERMUDO.

Él tiene la culpa.

FERRANDO.

Él miente.

LEONOR.

Ferrando, hablad con más seso:
¿Os atreveis?...

FERRANDO.

¿Por qué no?

BERMUDO.

Llamóme incapaz...

FERRANDO.

Sí, yo.

BERMUDO.

Y tambien imbécil.

FERRANDO.

Y eso.

LEONOR.

¡Eh! silencio... Idos, Bermudo;
Que yo acá le reñiré.

## ESCENA III.

LEONOR. FERRANDO.

FERRANDO.

Yo...

LEONOR.

¡Callais!

FERRANDO.

Me callaré;
Mas no siempre he de ser mudo;
Y ménos cuando así escucho
Á las mujeres ajar.

LEONOR.

¡Qué viejo tan singular!
¿Tú las defendiste?

FERRANDO.

Y mucho.
Por ellas no me acobarda
Mil y mil vidas perder.

LEONOR.

¡De véras!

FERRANDO.

Una mujer
Es el ángel de mi guarda;

Y el que las insulta así
Insulta mi amor en ella.

LEONOR.

¿Quiéresla mucho?

FERRANDO.

Es muy bella...
Más que tú.

LEONOR.

¿De véras?

FERRANDO.

Sí;
Pero no te enojarás.
Tú eres hechicera, hermosa;
Pero ¡ay! ella es una diosa,
Y tú, eres ángel no más.

LEONOR.

Y ¿es cruel?

FERRANDO.

La adoro en vano.

LEONOR.

¡Tan rapaz, y amais ya agora!

FERRANDO.

Nací en Sevilla, señora,
Y allí queremos temprano.

LEONOR.

¿Dónde la viste?

FERRANDO.

En Sevilla,
Que fué de su infancia cuna.

LEONOR.

Y ¿es noble?

FERRANDO.

Sin duda alguna,
No hay en su sangre mancilla.

LEONOR.

¿La dijisteis vuestro amor?

FERRANDO.

No, que temí sus enojos;
Pero mil veces mis ojos
La explicaron mi dolor.

LEONOR.

Entónces no es culpa de ella
Si vuestra pasion ignora:
Declarádsela.

FERRANDO.

¡Señora!

LEONOR.

Pues ¿qué temeis?

FERRANDO.

Ofendella.

LEONOR.

Ingrata fuera en verdad,
Ingrata y de pecho duro,
Ferrando, si amor tan puro
Pagara con crueldad.
Pero Blanca viene allí.

FERRANDO.

Di más bien que sale el dia.

## ESCENA IV.

DICHOS. DOÑA BLANCA.

DOÑA BLANCA.

¡Hermana!

FERRANDO.

¡Señora mia!

DOÑA BLANCA.

Ferrando, ¿estabas aquí?

FERRANDO.

Aquí aguardaba entre tanto
Que os veia.

LEONOR.

Estás llorosa.

DOÑA BLANCA.

¿Yo, Leonor?

FERRANDO.

Aun más hermosa
Os hace, señora, el llanto.
A pesar de esos enojos,
El ángel sois del amor.

DOÑA BLANCA.

¡Lisonjero!

FERRANDO.

Hasta el dolor
Es hermoso en vuestros ojos.

DOÑA BLANCA.

¿Tan triste me encuentras hoy?

FERRANDO.

Parecióme que advertia...
(Doña Blanca se sonrie.)
¡Ilusion!

DOÑA BLANCA.

Por vida mia,
Más que nunca alegre estoy.

FERRANDO.

Y más que nunca hechicera
Y bella.

DOÑA BLANCA.

¿Sí?

FERRANDO.

Celestial.

DOÑA BLANCA.

Hermosa fuí por mi mal;
Nunca tan hermosa fuera.

FERRANDO.

¿Por qué, si todos admiran
Vuestro donaire gentil,
Y mil amantes y mil
Os adoran y suspiran?
Donde vos, Blanca, os mostrais
Llena de encanto y pureza,
Eclipsais toda belleza,
Y en todas partes brillais,
Como el sol de mediodía,

Ufano con su hermosura,
Brilla en la atmósfera pura
De la bella Andalucía.
Esa risa seductora,
Ese mirar de consuelo...
¡Ay! tiene el alma de hielo
El hombre que no os adora.

DOÑA BLANCA.
Galan sois sobremanera.

LEONOR.
Y ya sé que tiene amor.

DOÑA BLANCA.
¿De véras?

FERRANDO.
¿Callais, Leonor?

LEONOR.
Él me lo dijo.

FERRANDO.
¡Parlera!
¡Oh! pues á fe que de hoy más
Ningun secreto os confie.

DOÑA BLANCA.
Y ella ¿amorosa sonrie
Á tu cariño?

FERRANDO.
Jamas.

LEONOR.
Tal vez, sin saberlo vos,
Dentro en su pecho suspira.

FERRANDO.
Antes airada me mira...
¡Amarme!... ¡pluguiera á Dios!

DOÑA BLANCA.
Si supieras... (A Leonor.)

LEONOR.
Pues ¿qué?... di.

DOÑA BLANCA.
Déjanos solas, Ferrando.

LEONOR.
No me engañé; estás llorando.

FERRANDO.
Llora, pero no por mí. (Al salir.)

## ESCENA V.

DOÑA BLANCA. LEONOR.

DOÑA BLANCA.
Quisiera á solas hablarte,
Leonor.

LEONOR.
¿Quién hay que lo impida?
Pero estás muy afligida.

DOÑA BLANCA.
Mucho tengo que contarte.

LEONOR.
Y bien...

DOÑA BLANCA.
Soy muy desdichada.

LEONOR.
¿Qué has visto que así te asombre?

DOÑA BLANCA.
Siguiéndome vino un hombre...
En hora salí menguada.

LEONOR.
¡Un hombre! ¿Eso solo ha sido?
Y ¿eso ha causado tu afan?
Hay tanto ocioso galan...

DOÑA BLANCA.
Leonor, no me has comprendido.

LEONOR.
¿Qué quieres decir?

DOÑA BLANCA.
¡Hermana!

LEONOR.
Pero ¿qué misterio?...

DOÑA BLANCA.
Sí:
Es él... Rodrigo.

LEONOR.
¡Él aquí!
Tal vez una ilusion vana...

DOÑA BLANCA.
No: Leonor, no es ilusion;
De Rodrigo era el semblante,
Suyo el mirar penetrante
Que turbó mi corazon.
¡Ay, amores desdichados,
Que nunca os pudo olvidar
Mi corazon, á pesar
De tantos años pasados!
Es él, y su amor le ciega
Tal vez: Leonor, por tu vida,
Háblale: yo soy perdida,
Si el Conde á saberlo llega.

LEONOR.
No temas.

DOÑA BLANCA.
Me matará.
Dile que parta de aquí,
Que no me pierda.

LEONOR.
Sí, sí...
Yo prometo que lo hará.

DOÑA BLANCA.
Esto, si quiere mi bien,
Solo de su amor exijo...
Pregúntale por el hijo
De mis entrañas tambien.

LEONOR.
Voy allá.

DOÑA BLANCA.
Dile al cuitado
Cómo mi suerte es cruel,

Cuánto mis ojos por él
En este tiempo han llorado.
Mas no: dile que extasiada
Doblé á otro amor la cerviz;
Que vivo alegre y feliz,
De su cariño olvidada:
Di que con pecho traidor
Mis promesas olvidé.
No le digas que lloré;
No, por tu vida, Leonor.

LEONOR.

¿No ves que, si tal le digo,
Más su pena irritaré?

DOÑA BLANCA.

Tienes razon: yo no sé
Lo que me pasa... ¡Rodrigo!
¡Rodrigo!

## ESCENA VI.

DICHAS. DON RODRIGO.

DON RODRIGO.

No temais; que ya insensato
Con inútiles quejas no pretendo
Recordaros mi amor.

DOÑA BLANCA.

¡Desventurada!
¿Qué habeis hecho! Salid.

DON RODRIGO.

No temais nada.
Yo, Blanca, vengo á hablaros; y es preciso
Que os hable sola á vos.

DOÑA BLANCA.

Es imposible.

DON RODRIGO.

¿No quereis escucharme? Alzad los ojos;
Ved que soy yo, Rodrigo.

DOÑA BLANCA.

Y ¿qué pretendes?
¿Qué quieres ya de mí? Yo ya no puedo
Escucharte.

DON RODRIGO.

Y ¿por qué?

DOÑA BLANCA.

¡Leonor querida!...
Por favor, un momento... si mi esposo
Viniese acaso... vigilante cuida.

## ESCENA VII.

DOÑA BLANCA. DON RODRIGO.

DOÑA BLANCA.

Pronto, pronto, por Dios; cada momento
Un siglo es para mí.

DON RODRIGO.

¡Blanca adorada!

DOÑA BLANCA.

Desgraciado, callad: ¿qué me ofrecisteis?
Yo no podré escucharos, si obstinado
En ese amor me hablais, que ya es un crímen.

(Don Rodrigo la toma una mano.)

Soltadme por favor.

DON RODRIGO.

¡Con cuánto anhelo
Este momento en ansiedad amarga
Largo tiempo esperé! Ya muchos años
Pasé léjos de tí; mas tu memoria
Aquí en mi corazon siempre llevaba
Como un sueño de amor, y era el consuelo,
El único placer que alimentaba
Esta existencia que maldijo el cielo.
Y tú, entre tanto, di, ¿no te acordaste
De Rodrigo tambien? No; que estrechada
En brazos de un rival, tal vez perjura
A su halago extasiada sonreias,
Sin que un recuerdo del amor pasado
Turbase tu placer.

DOÑA BLANCA.

¡Tú lo creias,
Rodrigo!

DON RODRIGO.

¿Es ilusion? ¡Tú lloras, Blanca!

DOÑA BLANCA.

¡Cuál me ultrajas, cruel!

DON RODRIGO.

No, no... perdona...
Perdona á un infeliz: rabiosos celos
Emponzoñan mi alma; ven, disipa
Con halagüeña risa mi tormento;
Mírame sin rigor solo un momento.
Habla, y de un triste la afliccion consuela.
Yo todo lo creeré como en un tiempo
Tus juramentos y tu amor creia;
Habla... que oiga tu voz... yo te prometo
Olvidar tu perjurio y tu falsía.

DOÑA BLANCA.

No es tiempo ya, Rodrigo; ya es en vano
Recordarme tu amor; y nada, nada,
Sino hacerme infeliz eternamente
Te puedes prometer; y tú, Rodrigo,
Tú no quieres mi mal... huye...

DON RODRIGO.

No temas:
Están mi brazo y mi valor contigo.
Que venga ese rival...

DOÑA BLANCA.

Vas á perderme.

DON RODRIGO.

Rival feliz que tus caricias oye,
Cual otro tiempo de ilusion divina
Las escuchaba yo... ¿por qué no llega?

DOÑA BLANCA.

No grites, por piedad.

DON RODRIGO.

Quiero en su pecho
Mi espada hundir y el corazon partirle...
El corazon que amó la que yo amaba,
Que en ardiente placer estremecido
Junto á tu pecho hermoso palpitaba.

DOÑA BLANCA.

¿Qué decis, don Rodrigo!

DON RODRIGO.

No me amaste.

DOÑA BLANCA.

Sin duda delirais... salid al punto.

DON RODRIGO.

¡Para siempre partir!

DOÑA BLANCA.

Es ya preciso.
Salid...

DON RODRIGO.

¿Vos lo quereis? A Dios, señora,
¡Á Dios eternamente! Y si á tu oido
Llega mi muerte, por mi muerte llora.
(Hace ademan de salir, y se detiene en la puerta del fondo.)
Y ¿nada, Blanca, nada me preguntas?
¿Nada quieres saber?

DOÑA BLANCA.

¿Dónde está, dónde?
¡Hijo del infortunio! Dime, dime...
¿Es más feliz que yo?

DON RODRIGO.

(¡Pluguiese al cielo!)

DOÑA BLANCA.

¿Vive?... ¿vive?

DON RODRIGO.

Tal vez.

DOÑA BLANCA.

¡Hijo del alma!
Haz que su madre entre sus brazos, tierna
Le estreche y le conozca.

DON RODRIGO.

Sí, muy pronto...

DOÑA BLANCA.

¡Un hijo! ¡Cuántas veces en mis sueños
Me figuraba verle, tan hermoso
Como es hermoso el sueño de una madre!
Háblame de tu amor, del hijo mio,
Y yo te escucharé... ¿Por qué, insensata,
Rehusaba escucharte? Yo te amo.

DON RODRIGO.

¡Blanca!

DOÑA BLANCA.

Venciste al fin.

DON RODRIGO.

¡Hermosa mia!

DOÑA BLANCA.

¡Cuánto en tu ausencia, en soledad amarga,
Lloré sin tregua desde el negro dia
En que perdí contigo mis amores!
Mira; ya de mi rostro la hermosura
Marchitaron el llanto y los dolores.

DON RODRIGO.

¡Desgraciada!

DOÑA BLANCA.

Mil veces, sí, Rodrigo...
Pero dime, por Dios: ¿por qué á tu lado
El hijo de mi amor no está contigo?
Él me consolará... tras luengos años,
Madre amorosa, enajenada, ardiente,
Yo aquí en mi seno apretaré su seno,
Madre amorosa besaré su frente.

DON RODRIGO.

Tal vez muy pronto...

DOÑA BLANCA.

Sí, mañana, hoy mismo...
Esta noche, ¿es verdad?

DON RODRIGO.

Es imposible.

DOÑA BLANCA.

¿Imposible? ¿qué has dicho!

DON RODRIGO.

Es un misterio
Su suerte para mí.

DOÑA BLANCA.

Rodrigo, acaba.

DON RODRIGO.

Aquella noche de recuerdo triste
En que dejé tu lado...

DOÑA BLANCA.

Aquella noche...

DON RODRIGO.

Le abandoné.

DOÑA BLANCA.

¡Gran Dios!

DON RODRIGO.

Era preciso.
Perseguido, acosado... tú lo sabes,
Me esperaba un cadalso.

DOÑA BLANCA.

¡Desdichada!

DON RODRIGO.

Un hombre oscuro recibió en sus brazos
Al inocente niño.

DOÑA BLANCA.

Y ese hombre...

DON RODRIGO.

Aun no le he vuelto á ver.

DOÑA BLANCA.

¡Mísera madre!
No hay esperanza ya.

DON RODRIGO.

Sí, Blanca; hoy mismo
Iré á Sevilla, indagaré su suerte,
Y tú tambien le buscarás conmigo.
¿No es cierto que vendrás?

### ESCENA VIII.

DICHOS LEONOR.

LEONOR.

Tu esposo llega.

DOÑA BLANCA.

Que no te encuentre: por favor, Rodrigo...

DON RODRIGO.

Nada temas.

LEONOR.

Hermana...

DOÑA BLANCA.

Sí...

LEONOR.

¡Imprudente!

(Se van por la puerta de la derecha.)

### ESCENA IX.

DON RODRIGO. Despues, DON MARTIN y BERMUDO.

DON RODRIGO.

No sé si refrenar podré mi furia,
Venturoso rival, que me has robado
La dicha toda de mi amor ardiente.

DON MARTIN.

¿En mi casa un forastero,
Decis?

DON RODRIGO.

Este es mi rival.

DON MARTIN.

Hablarle al instante quiero.

BERMUDO.

Miradle.

DON MARTIN.

¡Buen caballero!

DON RODRIGO.

¿Sois vos el de Sandoval?

DON MARTIN.

Nunca mi nombre oculté.
El mismo soy.

DON RODRIGO.

Vuestro hermano,
Que mi prisionero fué,
Me dió para vuesarcé
Estas cartas de su mano.

DON MARTIN.

¿Prisionero?

DON RODRIGO.

Así cruel
Lo quiso su desventura
En la vera de Montiel...
Es muy gallardo doncel
Y de extremada bravura.

DON MARTIN.

Díceme que agradecido
(Recorriendo rápidamente las cartas.)
Siempre de vos estará,
Don Rodrigo.

DON RODRIGO.

Sabeis ya...

DON MARTIN.

Vuestro nombre aquí he leido,
Que escrito en la carta está.
La batalla concluida,
Le librasteis del furor
De soldadesca atrevida,
Y debió á vuestro favor
En aquel trance la vida.
Mal caballero y menguado
Don Martin Sandoval fuera,
Si tanto favor, usado
Con mi hermano desgraciado,
Pagaros no pretendiera.
Aquí os habeis de hospedar;
Y esto, don Rodrigo, os ruego.

DON RODRIGO.

Imposible.

DON MARTIN.

No hay que hablar.

DON RODRIGO.

No os quisiera desairar;
Mas he de partir muy luégo.
Prontas las huestes están
Que á Carmona marcharán.
(Dirigiéndose á la puerta del fondo.)

DON MARTIN.

En ese caso no insisto.

BERMUDO.

(Jurara, por Jesucristo,
Que es el dichoso galan.)

DON MARTIN.

Permitidme...

DON RODRIGO.

No: ¿qué haceis?...
Yo os suplico que os quedeis.

DON MARTIN.

Buena ventura os dé Dios.

DON RODRIGO.

Guárdeos el cielo.

DON MARTIN.

Y á vos,
Que hacer bien así sabeis.

### ESCENA X.

DON MARTIN. BERMUDO.

BERMUDO.

Mal hiciera, si traidor
Vuestra bondad olvidara,
Y pérfido os ocultara
Lo que importa á vuestro honor.

DON MARTIN.

No os entiendo, por mi fe.

BERMUDO.

Que me entendais os prometo.

Años há que algun secreto
Muy terrible os revelé,
Que, magüer debió sin duda
Causaros negra ansiedad,
Mi sincera lealtad
De vuestro enojo me escuda.
Otra vez me permitid
Que en honra de mi señor...

DON MARTIN.

Seguid, el buen servidor,
Y ese secreto decid.

BERMUDO.

Vuestra esposa...

DON MARTIN.

Deteneos;
Que no suene en vuestra lengua:
Ya supe para mi mengua
Sus livianos devaneos.
Y ¡vive Dios, que á lograr
Prueba de ello más segura,
Su loca desenvoltura
No tardara en castigar!
Que no ha de llevar mi nombre
Mujer que su lustre humilla,
Y de su honor en mancilla
Fué del amor de otro hombre.

BERMUDO.

Una prueba os ha faltado.

DON MARTIN.

¿Teneisla?

BERMUDO.

Temo ofender...

DON MARTIN.

Seguid.

BERMUDO.

Acabo de ver
Al galan afortunado.

DON MARTIN.

¿Qué decis, Bermudo! ¿Dónde,
Cuándo?

BERMUDO.

Ahora mismo, y aquí.

DON MARTIN.

¿Don Rodrigo!

BERMUDO.

Él es.

DON MARTIN.

Y di,
¿Estaba ella aquí? Responde.

BERMUDO.

Tambien vuestra esposa estaba,
Y al saber vuestra venida...

DON MARTIN.

Huyó...

BERMUDO.

Y está allí escondida.

DON MARTIN.

¿No advertiste si lloraba?

BERMUDO.

Natural era, señor,
Al cabo de larga ausencia.

DON MARTIN.

Y ella esquivó mi presencia...

BERMUDO.

Para ocultar su dolor.

DON MARTIN.

Esta noche se verán...

BERMUDO.

No dudo podrán hacello,
Si les damos para ello
Medios, que en mi mano están. (Pausa.
¿Cuántos hombres llevaré?

DON MARTIN.

Pregunta es descomedida,
Que me ofende por mi vida.

BERMUDO.

¿Iréis solo?

DON MARTIN.

Solo iré.
Don Martin de Sandoval
Sabe cumplir su venganza
Con la espada ó con la lanza,
Mas nunca con el puñal.

---

# JORNADA SEGUNDA.

---

Una habitacion en la posada de don Rodrigo.

## ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO. LEONOR, que es introducida por FARFAN.

LEONOR.

¡Don Rodrigo!

DON RODRIGO.

¡Vos, Leonor,
En mi posada!

LEONOR.

Deseo
Hablaros solo.

DON RODRIGO.

Farfan...
(Hace una seña á Farfan, y éste se va.)
Ya nadie escucha... ¿qué es ello?

LEONOR.

Pidióme mi triste hermana
Con sollozos y lamentos
Que os buscase.

DON RODRIGO.

¿Ella lo dijo?
Y bien...

LEONOR.

Escuchad, os ruego.
En su casa esta mañana,

Su honor y vida exponiendo,
Osasteis entrar...

DON RODRIGO.

Leonor,
Es verdad, la amaba ciego.
Ella, la infiel, no me oia;
Me habló de su esposo...

LEONOR.

El cielo
Le trajo sin duda allí,
Y os vió.

DON RODRIGO.

Pronto vino.

LEONOR.

¿Y luégo?

DON RODRIGO.

Cartas le dí de un su hermano.

LEONOR.

Temimos que algun suceso
Terrible...

DON RODRIGO.

¡Blanca temia!...
Con razon temia, es cierto,
La esposa de Sandoval
Llorar difunto á su dueño.
Ella mi brazo contuvo;
Que, de otro modo, mi acero...

LEONOR.

¡Insensato!

DON RODRIGO.

Sí, insensato,
Que no atravesé su pecho.

LEONOR.

Compadecedla, Rodrigo;
Es desgraciada en extremo:
No aumenteis sus desventuras
Con vuestro ardor indiscreto.

DON RODRIGO.

¿Eso me decis!

LEONOR.

¿Qué puede
Esperar ya vuestro anhelo,
Que es culpable desvarío,
Sino un porvenir funesto?

DON RODRIGO.

¿Qué me importa el porvenir,
Si es hoy mi destino adverso?
Palpitando aquí se agitan
En convulsivos deseos
De un cariño no olvidado
Mil deliciosos recuerdos:
Y ¿qué hay en el porvenir?...
La muerte acaso, el infierno...
Dejadme en el paraíso,
Si no está el infierno léjos.

LEONOR.

Y ¿no pensais en los males
Que vuestro amor?...

DON RODRIGO.

Nada pienso,
Sino que amarme juró,
Y por su promesa vengo.
¿Lo ois?

LEONOR.

¡Desdichada hermana!
¡Cuántas desgracias preveo
La vais á causar!

DON RODRIGO.

Leonor,
En vano son vuestros ruegos;
Que está herido el corazon,
Y no hay á su mal remedio.

LEONOR.

Quedad con Dios.

DON RODRIGO.

Él os guarde.

LEONOR.

Y si obstinado y soberbio
Esperais que rompa Blanca
Lazos que anudara el cielo,
Sabed que ya, retraida
En su estrecho apartamiento,
No alimentará de hoy más
Vuestros culpables deseos.

DON RODRIGO.

¿Eso os dijo?

LEONOR.

Eso me dijo
Retraida en su aposento
La esposa de Sandoval,
Y esto á declararos vengo.
Á Dios quedad. (Vase.)

DON RODRIGO.

¡La perjura!
Yo la veré, lo prometo...
¡Yo la veré! No me arredran
Muros ni puertas de hierro.
Farfan, Farfan.

**ESCENA II.**

DON RODRIGO. FARFAN.

DON RODRIGO.

Esta noche vas á acometer conmigo una arriesgada empresa: cien alfonsís son tu recompensa, y otros ciento si hay que hacer uso de la espada.

FARFAN.

Moriré á vuestro lado.

DON RODRIGO.

Herirás sin reparo, pues nuestros enemigos son partidarios del rey don Pedro, y esto disculpará la muerte del que caiga. Me esperarás donde yo te diga, y acudirás al menor rumor: luégo te daré más instrucciones.

FARFAN.

¿Nada más?

DON RODRIGO.

Todo estará preparado para salir esta noche: ten prontas mis armas y enjaeza el caballo.

FARFAN.

Así lo haré.

DON RODRIGO.

Y cuida de avisarme al momento, si me busca alguno.

FARFAN.

Está bien.

### ESCENA III.

DON RODRIGO.

Si resiste á partir conmigo, si he esperado en vano quince años, alimentado por una esperanza que no ha de cumplirse, ¡oh! entónces habré vivido ya demasiado; me verá morir la infame que juró lo que no habia de cumplir. Tal vez rehuse separarse del hombre que la dió su mano, tal vez la halaguen el brillo de su nombre y sus riquezas... En ese caso... no, no... no pertenecerá más á ese hombre; y si para ello debo cometer un crímen, le cometeré... Un crímen que hará mi dicha: detras de él está la felicidad ó la muerte; pues bien, yo quiero lo uno ó lo otro. Y ¿qué es la muerte? Dejar de sentir y de llorar, recostar eternamente la cabeza sobre un pedazo de mármol ó sobre un puñado de tierra; sucumbir al peso del infortunio ó á la cuchilla del verdugo, todo es igual.

### ESCENA IV.

DON RODRIGO. FARFAN. Despues, BERMUDO.

FARFAN.

Un escudero pregunta por vos.

DON RODRIGO.

Que éntre al instante. (Se va Farfan.) Debe ser sin duda el que yo hablé esta mañana, de la servidumbre de don Martin.

BERMUDO.

(¡Era Leonor!... la he conocido cuando salia.) ¿Don Rodrigo de Vargas?

DON RODRIGO.

Bien vengais, buen escudero... sí, vos sois el mismo que me habló esta mañana.

BERMUDO.

El mismo soy.

DON RODRIGO.

¿Podré tener confianza en vos?

BERMUDO.

Si podeis.

DON RODRIGO.

Yo tengo oro...

BERMUDO.

Y yo vehementes deseos de serviros, y por eso os pedí que me escuchaseis en vuestra casa.

DON RODRIGO.

Por el misterio con que me hablaste he creido que deseabas serme útil, y por lo tanto accedí á tu ruego... Habla.

BERMUDO.

Os dije que habia estado muchos años al servicio de don Álvaro de Stúñiga, padre de doña Blanca.

DON RODRIGO.

¿Y bien?

BERMUDO.

No se me ocultó vuestro amor á la hija de mi dueño.

DON RODRIGO.

¿Lo sabías?

BERMUDO.

Nadie me lo dijo; pero yo lo adiviné.

DON RODRIGO.

¿No sabías nada más?

BERMUDO.

Nada más.

DON RODRIGO.

(Por fortuna tuya, porque hay secretos que cuestan la vida.)

BERMUDO.

Solo sí recuerdo que la noche de vuestra ausencia, y áun mucho tiempo ántes, anduvo muy retraida mi señora.

DON RODRIGO.

¿Qué quereis decir?

BERMUDO.

¡Oh! nada... (No fueron infundadas mis sospechas.)

DON RODRIGO.

(Este hombre...)

BERMUDO.

Cierto es tambien que la causa de vuestra partida fué la muerte dada á Gonzalo de Vazquez, mozo atrevido, y que lo era tanto más por ser sobrino de don Juan Alonso de Alburquerque, entónces favorito del ya muerto rey don Pedro. El padre de doña Blanca hubo gran contento de vuestra ausencia, porque deseaba casar á su hija con don Martin de Sandoval, como algunos años despues, á fuerza de ruegos y á la hora de su muerte, lo pudo al fin conseguir.

DON RODRIGO.

¡Oh! sí... la pérfida consintió.

BERMUDO.

No la culpeis... tienen mucho poder los ruegos de un padre cuando habla á su hija por la última vez.

DON RODRIGO.

Habia sospechado de tí, escudero; pero veo que eres muy fiel servidor. ¿Qué puedes hacer por mí y por tu señora?

BERMUDO.

Esta llave os dará franca entrada hasta su oratorio.

DON RODRIGO.

Toma, toma, buen viejo... esta cadena, todo

cuanto poseo es tuyo. ¡Esta llave me dará franca entrada hasta su oratorio!

BERMUDO.

Hay una puerta secreta que da á la orilla del rio; és la encontraréis abierta al toque de la oracion, que no se hará esperar mucho tiempo.

DON RODRIGO.

Me dais la vida... sí, la veré.

BERMUDO.

Audacia y buena ventura. (Vase.)

DON RODRIGO.

A Dios, buen escudero. Farfan, ya es la hora.

—

Habitacion de doña Blanca, con una puerta en el fondo; otra á la derecha que figura ser la de un oratorio, y otra á la izquierda, al lado de la cual habrá tambien una ventana que da vista al Guadalquivir.

## ESCENA V.

FERRANDO, apoyado en la ventana con un laud en la mano, canta; despues LEONOR por la puerta del fondo, quitándose el velo.

FERRANDO.

Donosa señora,
De un alma inocente,
Que tierna te adora,
Consuela el dolor.
Tristura me aqueja
Que quiero decilla:
De amor es la queja;
Que muero de amor.
Mil veces, hermosa,
Te dije mis penas
En trova llorosa
De triste cantar;
Mil veces mis ojos
Cubrió acerbo llanto;
Mil otras de hinojos
Te quise adorar.
Mas tú, rigurosa,
Ingrata escuchaste
La trova llorosa
Con fiero desden.
Tornaste los ojos
Al verme á tus plantas;
Causábate enojos
Mi llanto tambien.

LEONOR.

Bien cantado, pajecillo;
Bella es la trova, por Dios.

FERRANDO.

Es bella como la ingrata
Que la trova me inspiró.

LEONOR.

¿Lloras?

FERRANDO.

Leonor, tú no sabes
Cuál hieren el corazon
Los ojos de una mujer,
Cuando le hieren de amor.
Tú no sabes cómo el alma
Que una pasion abrigó
Padece en lenta agonía...
Tú no lo sabes, Leonor.

LEONOR.

No fué mi pecho de bronce;
Que en mi juventud veloz
Hay mil recuerdos hermosos
De una acendrada pasion.

FERRANDO.

¿Tambien amaste?

LEONOR.

Sí amé:
Doncel era como un sol,
Y en Nájera combatiendo
Por don Enrique murió.

FERRANDO.

Y tú, Leonor, le lloraste
Algun tiempo con dolor;
Luégo, tal vez te dijiste:
Téngale en su gloria Dios.

LEONOR.

¿Querias que eternamente
Gimiera en triste afliccion
Con lágrimas en los ojos,
Con el rostro sin color?

FERRANDO.

Y tal vez el insensato
Te amaba cual amo yo;
Acaso invocó tu nombre
Muriendo en la lid feroz;
Y su tumba solitaria
No te debe una oracion,
Ni una lágrima á tus ojos,
Ni á tu recuerdo una flor.

LEONOR.

¿Qué hicieras tú, si la hermosa
Que tanto amor te inspiró?...

FERRANDO.

¡Calla!

LEONOR.

¿Qué hicieras?

FERRANDO.

No sé:
Esa idea me da horror.—
¡Morir tan bella, tan pura!...
¡Ah! no me lo digas, no.

LEONOR.

Pero ¿qué hicieras?

FERRANDO.

Morir.

LEONOR.
¿Morir? ¡pensamiento atroz!

FERRANDO.
Mis amores son mi vida,
Y lo demas ilusion.

LEONOR.
Delirios son, pajecillo,
De tu juvenil ardor.

FERRANDO.
Guárdeme Dios mis delirios,
Y vuestra inconstancia á vos.

LEONOR.
Picado estás.

FERRANDO.
No lo niego.

LEONOR.
Voy á dejarte.

FERRANDO.
Id con Dios.

LEONOR.
Pronto vendrá doña Blanca;
Que va á sonar la oracion.

FERRANDO.
Bien... aquí me encontrará.

LEONOR.
¿Rezarás con ella?

FERRANDO.
No;
Que no es pura la plegaria
Cuando sufre el corazon.

LEONOR.
¡Ay pajecillo! hasta hereje
Os va volviendo ese amor.
(Se va por la puerta de la izquierda.)

### ESCENA VI.

FERRANDO.

¡Son delirios de mi mente!
¡Es delirio esta agonía
Que, cada vez más ardiente,
Me consume noche y dia,
Y va arrugando mi frente!
¡Es delirio el padecer,
Y soñar con un placer
Que apénas la mente alcanza!...
Tú eres de hielo, mujer,
Que vives sin esperanza.
Tu corazon no concibe
Este delirio de amar...
¿Por qué quieres avisar
Al que así soñando vive,
Si es más triste el despertar?
Empero... ¡cómo eran bellas
Mis ilusiones de niño,
Mis infantiles querellas!
La calma perdí con ellas
Y de una madre el cariño.
Nunca el cielo permitiera,
Para llorar y morir,
Blanca hermosa, que te viera,
Allá, del Guadalquivir
En la frondosa ribera.
Aquel dia en que Sevilla
Celebra en su catedral
Con lujosa maravilla
La Concepcion virginal
De la madre sin mancilla;
En aquel infausto dia
Yo te vi, yo, desdichado,
Junto al altar de María,
De muy rica orfebrería,
De mil perlas adornado:
Y sólo á tí, sin cesar,
Sólo á tí mi alma afanosa
Acertaba á contemplar,
Porque eras tú más hermosa
Que la Vírgen y el altar.
¡Madre tierna, madre mia,
Si vieras á tu Ferrando,
Al hijo de tu alegría
Llorando en la noche y dia,
Y no por tu amor llorando!
¡Si le oyeras maldecir
Esta vida que le diste,
Porque su anhelo es morir!...
Pero ¡ay! ¡la muerte es tan triste!...
Yo nací para vivir.

### ESCENA VII.

FERRANDO. DOÑA BLANCA por la puerta del fondo.

FERRANDO.
Ella se acerca ya... ¡cómo se agita
Mi corazon al resonar sus pasos!
Es ella.

DOÑA BLANCA.
¿Vos aquí! (¡Paje importuno!)

FERRANDO.
Aquí, señora, contemplaba inquieto
La calma triste de la escura noche,
Y a lo léjos la luz, entre las sombras
Perderse sin color.

DOÑA BLANCA.
No imaginaba
Encontraros aquí.

FERRANDO.
Triste es por cierto...
Me iré, si lo mandais.

DOÑA BLANCA.
Tal no decia...

FERRANDO.
¿Escuchásteis mi trova?

DOÑA BLANCA.

Sí: es muy tierna,
Y me has hecho llorar.

FERRANDO.

¡Llorar, señora!

DOÑA BLANCA.

Compadezco, Ferrando, tu fatiga.

FERRANDO.

Me teneis compasion... Dios os bendiga.

(Un momento de pausa: Blanca se acerca á la ventana.)

DOÑA BLANCA.

¡Qué oscura está la noche!

FERRANDO.

Más oscura
Que el hondo porvenir, negra, horrorosa,
Cual la noche fatal que me arrancara
Al seno de una madre cariñosa.

DOÑA BLANCA.

¡Siempre recuerdos tristes!

FERRANDO.

Sí: ¡recuerdos
Que me llegan á el alma, que me parten
De angustia el corazon! Tuve una madre,
Y una noche fatal, así sombría,
La perdí para siempre.

DOÑA BLANCA.

¿Esa memoria
Eternamente te persigue impía?

FERRANDO.

Si, me persigue como seco espectro
Acosa al criminal: ¡Madre del alma!
En mis brazos estaba, moribunda,
Tal vez pidiendo por mi bien al cielo;
Llorosa me besaba, y un suspiro
Hirió mi frente con vapor de hielo.
Un crucifijo, que alumbraba apénas
Trémula luz de antorcha funeraria,
Testigo fué de su temprana muerte,
Y oyó benigno su postrer plegaria.
Vos tambien, vos tambien sobre el sepulcro
De una madre llorásteis, y de flores
Coronásteis tambien su losa fria...
¿No es verdad, no es verdad, señora mia?

DOÑA BLANCA.

Dejadme por favor... ¡ay! demasiado
Sufre mi corazon ánsias de muerte.

(Se oye tocar la oracion.)

Dejadme sola... la oracion ya suena;
Y acaso pronto volverá mi esposo...

FERRANDO.

A Dios quedad; y el cielo bondadoso
Benigno alivie vuestra oculta pena.

## ESCENA VIII.

DOÑA BLANCA.

Ya no más le veré... su imágen sola
Presente siempre agitará mi alma
Con el hondo recuerdo misterioso
De aquel amor que aborrecer no puedo,
De aquel amor, para mi mal hermoso.
Y ¿qué puedo yo hacer? ¡No está en mi mano
Aborrecer ni amar!... ¡Haz que yo olvide
Una pasion frenética, que eterna
Mi corazon abrasa y le devora,
Dios de inmensa piedad! Ni es culpa mia.
Tú que me diste un corazon de fuego,
Tú que me hiciste débil, ¿por qué impío
Gozarte quieres en el llanto mio?

## ESCENA IX.

DOÑA BLANCA. DON RODRIGO, por la puerta de la izquierda.

DON RODRIGO.

¡Blanca!

DOÑA BLANCA.

¡Rodrigo! ¿tú aquí?...

DON RODRIGO.

Nada temas; nadie sabe...

DOÑA BLANCA.

¿Cómo has penetrado? di...

DON RODRIGO.

Con oro compré esa llave,
Que me condujo hasta tí.

DOÑA BLANCA.

Aléjate, por favor...
Si esposa infame y perjura
Escuché tu loco amor,
Sombra de mi desventura,
Ten piedad de mi dolor.

DON RODRIGO.

¡Piedad! Jamas la tuviste
Del hombre que te adoraba,
Y al que en tiempo ménos triste
Eterno amor ofreciste
Cuando á tus plantas lloraba.
De tí vengo á reclamar
Tu promesa mal cumplida,
Y en vano en medio un altar
Me pusiste, fementida:
Yo lo sabré derribar.

DOÑA BLANCA.

¡Oh! ¡desdichada de mí,
Si á saber mi esposo llega
Que has penetrado hasta aquí!
Rodrigo, el amor te ciega,
Y vas á perderme así.
Si ya sabes por mi mal
Que áun tu pasion no olvidé,
Y que si entregué mi fe
¡Desventurada! á un rival,
Con odio se la entregué.
Y él reia contemplando
Las lágrimas de su esposa,
Acaso en ellas gozando...

DON RODRIGO.

¡Tú no sabes cuán hermosa
Es una mujer llorando!
Él la dicha me robó...
Blanca, yo quiero su vida.

DOÑA BLANCA.

¿A eso viniste?

DON RODRIGO.

No, no...
Muéstrate tú arrepentida,
Y cruel no seré yo.
Tú eres mi gloria y mi bien...

DOÑA BLANCA.

¡Silencio!... ¡silencio!...

DON RODRIGO.

Ven
Á Sevilla la famosa.
¿Por qué resistes llorosa,
Si es fingido tu desden?

DOÑA BLANCA.

Basta.

DON RODRIGO.

¿No es cierto que allí
Hay recuerdos de ventura?
Porque allí te conocí
Hermosa, inocente y pura...
¿No lo has olvidado? di.

DOÑA BLANCA.

¿Piensas tú que en mi memoria
No viven siempre amorosos
Esos recuerdos hermosos
De aquella pasada gloria,
De aquellos sueños dichosos,
Cuando á tu lado y contenta,
Escuchándote extasiada,
Sonreia enamorada
Á la luna macilenta
De alguna noche callada?
Ensueños sin duda fueron,
Que no hermosa realidad,
Porque cual sombras huyeron,
Y en humo se deshicieron
Con mi pasada beldad.
Ora en soledad escura,
Con amargo torcedor
Recuerdos de mi ventura
Más irritan mi dolor...
¡Ay, malograda hermosura!

DON RODRIGO.

¿Y tu hijo?

DOÑA BLANCA.

¡Si viviera!

DON RODRIGO.

No lo dudes.

DOÑA BLANCA.

¡Hijo mio!
En hora naciste fiera...
Tal vez maldices impío
La madre que el sér te diera.
¡Cuántas veces retraida
En la noche solitaria,
Y en su memoria embebida,
Á Dios rogué por su vida
En dolorosa plegaria!
Y mi devota oracion
Tu memoria profanaba,
Y ardia mi corazon
Anegado en la ilusion
Que tu imágen le trazaba.

DON RODRIGO.

Y tanta guardada fe
Y tanta esperanza bella,
¿Se han de malograr?

DOÑA BLANCA.

No sé.

DON RODRIGO.

¡Acaba!...

DOÑA BLANCA.

Si era mi estrella,
Rodrigo... te seguiré.
¿Qué me importa, si maldita
Fué mi existencia fatal,
Que en esta frente marchita
Miren los hombres escrita
Una pasion criminal?
¿Qué puede importar el mundo
Á esta mujer sin ventura?
¿Sufre el mundo mi amargura?
¿Sufre este dolor profundo
Que me mata y me tortura?

DON RODRIGO.

Ven, ven...

DOÑA BLANCA.

Espera... Hácia allí
¿No oyes rumor?

DON RODRIGO.

Es verdad...
No temas, estoy aquí.

## ESCENA X.

En este momento se abre la puerta del fondo, y aparecen DON MARTIN y BERMUDO; al mismo tiempo sale FARFAN por la de la izquierda con la espada desnuda. DOÑA BLANCA se precipita á su oratorio, y DON RODRIGO acomete al Conde.

BERMUDO.

¡Vedlos!

DOÑA BLANCA.

¡Piedad!

DON MARTIN.

No hay piedad.

DON RODRIGO.

Pídela á Dios para tí.

# JORNADA TERCERA.

Cercanías de Córdoba, por la parte del puente de San Rafael.

## ESCENA PRIMERA.

PERO. BELTRAN. NUÑO.

BELTRAN.

Raras son por cierto vuestras aventuras, señor caballero, y no dudo que así serán verdaderas como vos las habeis contado.

PERO.

Y así Dios me valga, como vuesa merced tiene trazas de haber nacido en muy buena cuna, y sobre todo, de haber sido muy animoso y muy esforzado campeon.

BELTRAN.

Supongo que os habréis hallado en la batalla de Montiel, dada á 14 de Marzo del presente año, donde fué malamente vencido nuestro buen señor y rey...

NUÑO.

¿Ignorais que ya no es rey el vencido y muerto don Pedro, y que, por consiguiente, sólo es bueno y señor su vencedor don Enrique?

BELTRAN.

No temais que nadie nos oiga, como no sean las ranas de la orilla del rio, ó los murciélagos de la catedral que ahí delante teneis, y es la mejor perla de esta ciudad de Córdoba.

NUÑO.

Muy cierto es, amigos mios, que me hallé en la dicha batalla de Montiel, que en hora menguada presentó el mal aconsejado don Pedro, sin esperar el auxilio del Maestre de Calatrava, que con fuertes y muy lucidas compañías volaba en su socorro.

PERO.

Mala jornada fué, por vida mia.

NUÑO.

Bien es verdad que él se tuvo gran parte de la culpa, pues que á no haber sido tan avaro de sus riquezas, como pródigo de esperanzas, no le hubieran faltado muchos caballeros, que por esto le abandonaron. Así es que á su muerte se le han hallado por valor de treinta cuentos en joyas y paños, y en la torre del Oro y en el castillo de Almodóvar, por más de noventa cuentos en moneda, que el fratricida don Enrique ha tomado para pagar á los suyos, que en la mayor parte son soldados de la Picardía, y gente mal nacida y aventurera.

BELTRAN.

Pardiez, que es menester confesar que el don Enrique es un rey muy espléndido, y muy valedor de los que le sirven.

NUÑO.

Así es; pero es un bastardo: y ademas, yo nunca serviré á quien para conquistar una corona en Castilla busca el auxilio de extraños.

BELTRAN.

Dejemos esa cuestion, señor soldado, y vamos á lo que importa: vuesa merced nos ha dicho que pasa á Carmona, donde el Maestre de Calatrava custodia con su gente á los hijos de nuestro difunto rey don Pedro, y que necesita auxilios para su marcha... Nosotros somos dos pobres pescadores, con una madre anciana, y lo único que os podemos ofrecer es nuestra choza para que paseis la noche, y nuestras oraciones para que Dios os saque en bien de vuestra cristiana empresa.

NUÑO.

(Dios te confunda con tu choza y tus oraciones.) Yo os doy gracias, buena gente, por vuestro ofrecimiento; pero durmiendo en vuestra choza, temeria ser sorprendido por mis perseguidores; empero, si me prestáseis vuestra barca, pasaria en ella la noche metido dentro del rio, sin temor de que me hubiesen los que con tal encarnizamiento me buscan.

BELTRAN.

Esa á vuestra devocion está, y ahí la teneis atada á la orilla del rio.

PERO.

Y si no teneis otra cosa que mandarnos, os deseamos muy buena noche.

BELTRAN.

No espero yo que sea muy buena, si como decis, la habeis de pasar en medio del rio.

NUÑO.

Salud, buena gente.

## ESCENA II.

NUÑO.

Bien: así podré llegar á la otra orilla sin tener que atravesar el puente, donde hay muchos soldados que pudieran reconocer al jefe de bandidos. ¡Voto á... que es ésta una vida sobremanera aperreada y extremadamente peligrosa! Y estas pobres gentes que de muy buena fe me han creido... ¡Oh! ¡cuánto era yo más feliz cuando, como ellos, dormia tranquilo en la arena del rio ó sobre las tablas de mi pobre barca! Creo que viene gente.

## ESCENA III.

NUÑO. DON RODRIGO.

DON RODRIGO.

Ninguno... ninguno.

NUÑO.

Parece ser un caballero.

DON RODRIGO.

¿Quién va?

NUÑO.

Un pescador.

DON RODRIGO.

Te necesito esta noche... sígueme, y vamos á buscar tu embarcacion.

NUÑO.

¿Podré saber?...

DON RODRIGO.

Toma. (Dándole dinero.)

NUÑO.

No quiero saber más.

DON RODRIGO.

¿Tienes confianza en tu barca y en la destreza de tus brazos?

NUÑO.

¡Sí, pardiez! Mi barca es ligera como una garza, y mis brazos han manejado los remos muchos años en agua más brava, aunque en el mismo rio.

DON RODRIGO.

¿En Sevilla?

NUÑO.

Allí mismo.

DON RODRIGO.

¿Conocias á un pescador?... sí le conocerias.

NUÑO.

Tal vez.

DON RODRIGO.

Nuño...

NUÑO.

¿Sabíais mi nombre? (Echando mano á su daga y retirándose.)

DON RODRIGO.

¿Tú! ¿con qué eres tú! ¡Gracias, Dios mio!

NUÑO.

No os comprendo... creí que me habiais conocido.

DON RODRIGO.

No temas, buen Nuño... te acordarás de aquella noche, para mí tan terrible...

NUÑO.

Explicaos.

DON RODRIGO.

Escúchame. Quince años habrá, estando recostado una noche en la orilla del Guadalquivir, cerca de la ciudad de Sevilla, viste venir hácia tí un hombre embozado.

NUÑO.

Es verdad, un hombre embozado.

DON RODRIGO.

Te mandó que le siguieses, y tú le obedeciste.

NUÑO.

Así fué como lo habeis dicho: proseguid.

DON RODRIGO.

Entraste con él por la puerta de Jerez, y habiendo rodeado por várias calles, te hizo esperar en una de ellas; despues de un momento volvió á encontrarte y puso en tus manos una bolsa con cien maravedís de plata...

NUÑO.

Y un niño recien nacido.

DON RODRIGO.

Cabalmente.

NUÑO.

Yo os diré lo demas. «Toma ese niño, buen hombre», me dijisteis, «sírvele de padre, porque yo no puedo hacerlo ahora... madre no tiene, porque mi esposa acaba de espirar.»

DON RODRIGO.

Cierto.

NUÑO.

El niño me dió lástima, porque temblaba de frio y era hermoso como un sol: le cobijé con mi gaban, y le llevé á una buena dueña para que le criase... así pasaron dos años.

DON RODRIGO.

Y ¿qué hiciste del niño al cabo de ese tiempo?

NUÑO.

El dinero se habia agotado; yo no podia darle de comer, y le abandoné á su suerte.

DON RODRIGO.

¿Cómo?

NUÑO.

Le coloqué bonitamente al pié de la capilla de Nuestra Señora de la Concepcion, y no he vuelto á tener más noticias de él.

DON RODRIGO.

Nuño, es preciso que indagues su paradero: te volverás conmigo á Sevilla, y yo te prometo darte cuanto pueda lisonjear tu ambicion. Yo soy rico... ¡oh! búscame á mi hijo, y cuando vuelvas con él, te colmaré de oro.

NUÑO.

Desde hoy me teneis á vuestro servicio: os lo agradeceré, y Dios os lo premiará, porque me habréis arrancado de la senda del crímen.

DON RODRIGO.

¿Cómo?

NUÑO.

El dinero que me disteis al entregarme vuestro hijo, me hizo abandonar algun tiempo el oficio de pescador; cuando se concluyó aquel, ya no sabía trabajar, y me hice bandido... tres dias hace que mi partida fué deshecha por una compañía de soldados.

DON RODRIGO.

Pues bien, bandido, vas á ejercer por última vez tu profesion... vas á ayudarme á robar una mujer casada.

NUÑO.

Por esa clase de hurtos, señor caballero, no creo yo que me niegue San Pedro la entrada en el paraíso... guiad.

(Vanse por la derecha.)

—

Sala en casa de don Martin Sandoval: á la derecha del espectador una puerta que cubre un tapiz, otra á la izquierda abierta, y en el fondo otra cerrada.

## ESCENA IV.

FERRANDO. FORTUN.

FERRANDO.

¿Eso, Fortun, ha pasado?
¿Murió mi padre?

FORTUN.

El buen viejo
Al Hacedor dió su alma,
Que no dudo esté en el cielo.

FERRANDO.

¡Hay más penas para mí!

FORTUN.

Dióme esta carta, que pienso,
Segun le pude entender,
Que os interesa en extremo.

FERRANDO.

¡Murió mi padre tambien!...

FORTUN.

Y quedais jóven muy tierno
En este mar de la vida,
Sin apoyo y sin consuelo.
Nada os dejó vuestro padre.

FERRANDO.

Nunca me quiso.

FORTUN.

Yo creo
Que esa carta que me dió
Ha de encerrar gran misterio.

FERRANDO.

¿Lo dijo? (Abriéndola.)

FORTUN.

En ella declara
Vuestro orígen verdadero.

FERRANDO.

¡Qué dices! (Leyendo con rapidez para sí.)

FORTUN.

Palabras vagas
Le oí...

FERRANDO.

Mi orígen... ¿es cierto!
No... no es verdad... te engañaste.

FORTUN.

Él lo dijo.

FERRANDO.

Mientes.

FORTUN.

Miento...
Como querais.

FERRANDO.

Esta casa
No piseis más... idos luégo;
Si entrais en ella, yo os juro
Que no salgais sino muerto.

## ESCENA V.

FERRANDO.

¡Es verdad!... «La que creías
Ser tu madre...» ¡Santos cielos!
«Al pié de santa capilla
Te encontró, niño muy tierno;
Te adoptó por hijo...» ¡Cruel!
¡Ojalá en el frio suelo
Abandonado me hubieras!
¿Por qué me ocultabas esto?
¿Quisiste que alimentara
Atrevidos pensamientos
El corazon del bastardo,
Para disiparlos luégo?
Dejárasme allí morir,
Donde crueles, sin duelo,
Mis padres me abandonaron...
¡Mis padres!... y ¿quiénes fueron?
¿Seré yo bastardo!... Blanca,
No sepas nunca, á lo ménos,
Que yo no puedo decirte
El nombre de mis abuelos.

## ESCENA VI.

FERRANDO. LEONOR.

LEONOR.

¿Qué gritais, Ferrando?

FERRANDO.

Nada.
(Si ha oido... disimulemos.)

LEONOR.

No griteis así, por Dios.

FERRANDO.

No grito.

LEONOR.

Guardad silencio;
Que reposa don Martin... (Alzando el tapiz.)
¿No lo veis? está durmiendo.

FERRANDO.

¡El infeliz!...

LEONOR.

Por fortuna
No es la herida, ni por pienso,
Tan de cuidado...

FERRANDO.

Lo sé. (Distraido.)

LEONOR.

¿A que no sabeis de cierto
Cómo ocurrió el lance?

FERRANDO.

No...
Sé que murió el escudero.

LEONOR.

¿Habeis visto? Porque fuera
Partidario de don Pedro
El señor... no habia razon...

FERRANDO.

¿Por eso fué?

LEONOR.

Sí, por eso.
¡Buen susto pasó mi hermana!
Hasta su mismo aposento
Llegó don Martin, y allí
Le vino el hombre siguiendo...
Los hombres, quise decir;
Que fueron dos, segun creo:
Dos asesinos sin duda,
Ó soldados del rey nuevo,
Que como sabeis...

FERRANDO.

Sí, sí...
Dejadme. (Se deja caer en un sitial.)

LEONOR.

Estais de mal genio.
¿Vais á dormir? Haceis bien.
Así pudiera yo hacerlo;
Que, por la Vírgen...

**ESCENA VII.**

DICHOS. DOÑA BLANCA.

DOÑA BLANCA.

¡Leonor!
¿Y mi esposo?

LEONOR.

Está durmiendo.

DOÑA BLANCA.

¡Gracias á Dios, todos duermen!
Sucedió triste silencio
Al combate desastroso...
Yo sola dormir no puedo.
Acuéstate tú, Leonor.

LEONOR.

¡Dejarte sola!

DOÑA BLANCA.

A lo ménos,
Aquí sola lloraré;
Que éste es mi mejor consuelo.

LEONOR.

¿Y si tu esposo, irritado,
Dejase el sangriento lecho,
Y en tí castigar quisiera
Delirios de un hombre ciego?

DOÑA BLANCA.

No temas, vete á acostar...
Ya son las doce...

LEONOR.

Lo creo...
Debe ser tarde.

DOÑA BLANCA.

Tus ojos
Están cargados de sueño.

LEONOR.

¿Llamarás, si algo sucede?

DOÑA BLANCA.

Sí, Leonor, yo te lo ofrezco.

**ESCENA VIII.**

FERRANDO. DOÑA BLANCA.

DOÑA BLANCA.

Si es preciso morir, venga la muerte...
Tranquila, aquí la esperaré sin susto...
Pero él me lo ofreció, vendrá á salvarme
De la venganza de mi esposo airado.
(Reparando en el paje.)
¿Si temerá tal vez?... ¡El paje! Duerme...
¡Qué agitado es su sueño! (Acercándose á él.)

FERRANDO.

¡Vos, señora!...

DOÑA BLANCA.

¿No dormias, Ferrando?

FERRANDO.

Nunca duerme
Quien en contínuo padecer se agita
Con el alma doliente, envenenada,
Y en ella una pasion siempre enclavada.

DOÑA BLANCA.

¿Tambien padeces, inocente niño!
¡Pronto fuiste infeliz! No te anticipes
Dolores que la edad, muy mal tu grado,
Consigo te traerá.

FERRANDO.

Ya no hay tormentos
Que no sufra mi pecho lastimado.
Pasó ya un tiempo en que la mente mia
De una beldad el hechicero halago,
Con placer melancólico veia,
Sin poderlo gozar; dichoso, empero,
Mi corazon ardiente palpitaba,
Porque un vago placer le alimentaba.
¡Cuántas veces entónces desvelado,
Ó en sueños apacibles, la veía,
Fantástica vision siempre á mi lado!
Y era ella misma, con su tez de nieve,
Con su sonrisa que de amor abrasa..

DOÑA BLANCA.

¡Pronto fuiste infeliz!

FERRANDO.

¡Tus ojos vierten
Llanto de compasion!... ¡Dichoso el hombre
Que del llanto de un ángel es la causa!
Dime, dime, señora: ¿tú de amores
Lloraste alguna vez? ¡Ay! ¡cuán terrible
Es amar en silencio, alimentarse

De lágrimas ardientes, ver la vida
Entre amargos ensueños deslizarse!

DOÑA BLANCA.

¡Hijo mio!

FERRANDO.

Sí, sí... dame ese nombre...
¡Nombre consolador y á par hermoso!
Repítelo otra vez, y un beso ardiente,
Un beso maternal clava en mi frente.

DOÑA BLANCA.

¿Estás contento? (Besándole.)

FERRANDO.

No; que el labio tuyo
Helado lo sentí sobre una hoguera.
Mi frente es un volcan, mis venas arden
En fuego abrasador, irresistible...
Y ¡tú ries, cruel, cuando me abraso!

DOÑA BLANCA.

¡Ferrando! ¡qué delirio!...

FERRANDO.

Sí; delirio,
Que el alma emponzoñada alimentaba,
Y mi sér y mi vida devoraba.
Tú eres mi bien, mi gloria, mi tesoro;
Tú eres el dulce encanto de mi vida,
Y mi tormento á par... sí... ¡yo te adoro!

DOÑA BLANCA.

¡Insensato! ¡insensato!

FERRANDO.

¿Tú no sabes
Que mucho tiempo devoré á mis solas
Tormentos infernales, que mi alma
En convulsivo frenesí penaba?
¿No viste nunca en mis dolientes ojos
Acerbo llanto que mi rostro ajaba?
Era amor, tanto amor, que ya en mi pecho
No podia caber, y al fin estalla
En suspiros y lágrimas deshecho.
¡Ten de mí compasion!

DOÑA BLANCA.

¡Oh! si lo hiciera,
Tu insensata pasion maldecirias.
¡Hay un voto sagrado
Que me liga á otro amor, desventurado!

FERRANDO.

Otro amor, es verdad, un juramento
Que pronunció tu labio en los altares
Y que bendijo Dios desde su asiento,
Y que maldigo yo.

DOÑA BLANCA.

¡Calla, infelice!
¿Sabes tú, por ventura, cuántos males
Te trajera mi amor? ¡Ah! no pretendas
Con doble pena emponzoñar tu herida,
Ya que te hirió el dolor por triste suerte...
Tu amor es ilusion de encanto y vida,
Y es veneno mi amor que da la muerte.

FERRANDO.

¡Venga esa muerte por piedad!
(Se oyen fuera tres palmadas.)

DOÑA BLANCA.

¡Silencio!
Silencio, por favor.

FERRANDO.

¡Blanca!

DOÑA BLANCA.

(Es la seña...)
¡Silencio!... (¡Huir, y abandonar al triste
En su lecho mortal! ¡Él, inhumano,
Que fiera muerte me dará mañana,
Y mañana tal vez con hierro impío
El pecho romperá del amor mio!)

FERRANDO.

¡Oh! ¿no me ois, señora!

DOÑA BLANCA.

(Si la muerte...
Si otra mano...) ¡Ferrando, pide al cielo
Que en mi loco furor te compadezca!

FERRANDO.

¡Sí, Blanca, compasion!

DOÑA BLANCA.

(Niño inocente,
Nunca sea yo la que inhumana estampe
Mancha de crímen en tu pura frente.)
(Repiten la seña.)
Ya lo oí, ya lo oí...

FERRANDO.

Señora...

DON MARTIN.

¡Blanca!

DOÑA BLANCA.

¡Esa voz!

FERRANDO.

Es la voz de vuestro esposo,
Que os llama de su lecho.

DON MARTIN.

¡Blanca!...

DOÑA BLANCA.

(Y ¡siempre
Me habrá de perseguir! Jamas, Rodrigo,
Miéntras pueda su voz gritarme... Blanca,
Jamas su esposa partirá contigo.)
(Un momento de silencio.)

FERRANDO.

¿No vais?

DOÑA BLANCA.

Ferrando, me llama
El inhumano á su lecho:
No sabe que ya mi pecho
Por ajeno amor se inflama.

FERRANDO.

¿Qué decís!

DOÑA BLANCA.

Atormentado
Largo tiempo el corazon,

Combates de una pasion
Vanamente ha contrastado.
Por la noche y en mis sueños,
Para mi mal seductores,
Crecieron dulces amores
Y delirios halagüeños.

FERRANDO.

¡Amais! y ¿á quién?

DOÑA BLANCA.

Por favor...
¿Tú me pides que lo diga?

FERRANDO.

Sí, sí, Blanca, y Dios maldiga
Al que goza de tu amor.

DOÑA BLANCA.

¡Tú te maldices?

FERRANDO.

¡A mí!
¿Te burlas?

DOÑA BLANCA.

¿Ves cómo lloro?

DON MARTIN.

¡Blanca!

DOÑA BLANCA.

¿Lo escuchas? Te adoro
Y me separan de tí.
¿Por qué no acalla la muerte
Ese grito aterrador?

FERRANDO.

¡Tú me amas!

DOÑA BLANCA.

¿Tienes valor?
Está en tu mano mi suerte.

FERRANDO.

Vida y alma tuyas son.

DOÑA BLANCA.

No es tu vida lo que quiero...
¿Qué digo? Clava ese acero,
(Sacando el puñal del paje y poniéndolo en su mano.)
Clávalo en mi corazon.

FERRANDO.

¡Tú morir!

DOÑA BLANCA.

¡No, no, que es él,
Él morir debe, inhumano!
El acero está en tu mano,
Y en ese lecho...

FERRANDO.

¡Cruel!
Yo... jamas.

DOÑA BLANCA.

Y ¡he de perderte!
No me amaste, no es verdad.

FERRANDO.

¡Qué triste felicidad,
Si está en manos de la muerte!

DOÑA BLANCA.

Pues bien, olvídame.

FERRANDO.

No...

DOÑA BLANCA.

Tal vez llorarás ya tarde
Esa dicha, que cobarde
Tu brazo no conquistó.

FERRANDO.

¡Un crímen! ¡Piedad, piedad!...

DOÑA BLANCA.

¡Delirio! Piedad de tí...

FERRANDO.

¡Blanca!

DOÑA BLANCA.

Su muerte.

FERRANDO.

Sí... sí...
Llórale en la eternidad.

DOÑA BLANCA.

No te apiade su gemido.

FERRANDO.

Júrame amor.

DOÑA BLANCA.

Siempre amor.

FERRANDO.

Perdóname tú, Señor;
Que el ángel malo ha vencido.
(Se precipita por la puerta de la derecha.)

DOÑA BLANCA.

Corre, insensato rapaz,
Corre y maldice tu suerte.
(Momento de silencio.)

DON MARTIN.

¡Ay! (Dentro.)

DOÑA BLANCA.

Es la voz de la muerte.
¡Don Martin, dormid en paz!

## ESCENA IX.

En este momento se oye rumor en la puerta del fondo, entrando despues por ella DON RODRIGO; DOÑA BLANCA corre á su encuentro para ocultarle al PAJE, que pálido y azorado se presenta en la puerta de la derecha; la del fondo se cierra detras de los dos amantes, y FERRANDO, que se arroja sobre ellos, clava en una de las hojas de la puerta su puñal.

DOÑA BLANCA.

¡Silencio! ¿Quién puede ser?

DON RODRIGO.

¿Es tiempo ya?

DOÑA BLANCA.

Ya te sigo.

FERRANDO.

¡Un hombre! ¡Un hombre!...

DOÑA BLANCA.

¡Rodrigo!

FERRANDO.

¡Maldita seas, mujer!

## JORNADA CUARTA.

Sala grande de un meson, en Sevilla.

### ESCENA PRIMERA.

ORTIZ y ANTUNEZ en un extremo del teatro, NUÑO en el opuesto, y LA TIA MÓNICA arreglando algunos muebles.

MÓNICA.

Y ¿qué ha traido el señor Antunez de la gran ciudad de Córdoba?

ANTUNEZ.

Poco y bueno: excelente vino de Toro para regalo de los pobres religiosos de San Francisco, que así tienen ellos la salud; unos cuantos almudes de garbanzos de Castilla para el puchero del señor Dean, que está gordo como un potentado de Italia; y un mancebillo hermoso como un ángel, pero triste y dolorido como una Magdalena.

MÓNICA.

Ya le he visto, señor Antunez, y ciertamente es lindo el mozalvete: desde que vinisteis no se le ha vuelto á ver... se encerró en su cuarto, que me ha pagado muy bien, y así Dios me tenga en su gracia como...

ORTIZ.

¡Vaya, vaya! déjenos la buena Mónica, que ya nos va á ensartar toda la letanía.

MÓNICA.

Quiero hablar, señor Ortiz, que ésta es la comidilla de mi oficio, y como dijo el otro, quien no pregunta no sabe, y...

ANTUNEZ.

Espero, señora Mónica, que me trataréis bien al mancebito, y yo os aseguro que no os pesará, porque es dadivoso como un rey, y agradecido sobremanera.

MÓNICA.

Vaya, señor Antunez, dígame si de mi casa ha salido nunca nadie disgustado; porque ahí están todos, que pueden decir si mi genio no es el de un ángel, aunque es mala comparacion.

ORTIZ.

Y ¿qué nuevas traeis que merezcan atencion?

ANTUNEZ.

Muy tristes, porque á mi salida acababa de acontecer un suceso trágico, que habia puesto en consternacion á todos los habitantes de Córdoba.

MÓNICA.

A ver.

ANTUNEZ.

La noche ántes, habia sido asesinado en su lecho el buen Conde de Niebla, don Martin de Sandoval, que en aquella ciudad residia hace algunos años.

ORTIZ.

Y ¿quién le mató?

ANTUNEZ.

Nada se sabe.

NUÑO.

Yo os lo diré: fué el paje de doña Blanca, su esposa.

MÓNICA.

¡Miren el bueno del paje!

ANTUNEZ.

Y ¿cómo se supo?...

NUÑO.

Un pescador, que en su barca condujo á doña Blanca hasta Cantillana, quedó encargado de volver á la casa y arrojar al rio el cadáver de don Martin; el pescador encontró clavado en una puerta un puñal ensangrentado que habia pertenecido al paje, cuyo puñal no debió nunca perder, porque era la única señal que le podia hacer conocer á sus padres...

FERRANDO.

(¡Gran Dios!) (Entreabriendo la puerta de su habitacion.)

MÓNICA.

Veo que su merced está muy enterado...

NUÑO.

Sí lo estoy, como que si encontrara al pajecillo, no habia de ser más poderoso que yo el mismo Arzobispo.

MÓNICA.

¿Cómo!

NUÑO.

Sólo haciéndoselo conocer á su padre, que es un caballero muy noble y rico.

FERRANDO.

(¡Oh! es noble mi padre.)

MÓNICA.

Cierto que la historia es espantosa...

ANTUNEZ.

Vaya viendo la señora Mónica cómo nos apareja habitacion para mí y el camarada; que ya va á cerrar la noche, y á esa hora acostumbro yo cerrar los ojos.

MÓNICA.

Vayan á cenar; que la cama estará á punto muy en breve. (Vase.)

ANTUNEZ Y ORTIZ.

Buenas noches, señor forastero.

NUÑO.

Á Dios, buena gente.

### ESCENA II.

NUÑO. FERRANDO.

NUÑO.

Ese mancebillo, que dicen haber venido de Córdoba, sin duda debe ser el mismo... aquí está.

FERRANDO.

Señor forastero, he oido cuanto hablabais.

NUÑO.

¿Estabais ahí?

FERRANDO.

Oculto detras de esa puerta.

NUÑO.

Os interesaba mucho sin duda lo que yo acabo de contar.

FERRANDO.

¡Oh! mucho.

NUÑO.

¿Sois el paje de doña Blanca?

FERRANDO.

¿Conoceis á mi padre?

NUÑO.

Sí.

FERRANDO.

Habeis dicho que es un caballero noble.

NUÑO.

Y rico.

FERRANDO.

¿Y mi madre?

NUÑO.

Esa, en la gloria está.

FERRANDO.

¡Dios mio!... el nombre de mi padre...

NUÑO.

Don Rodrigo de Vargas.

FERRANDO.

Don Rodrigo...

NUÑO.

El amante de doña Blanca.

FERRANDO.

¡Ah! ¿Con que era él?... (Mi rival.) ¿Iremos á buscar á mi padre?

NUÑO.

Al instante: su casa está inmediata.

FERRANDO.

Pero decidme qué pruebas teneis para que os crea...

NUÑO.

Este puñal.

FERRANDO.

¡El mio!

NUÑO.

Con él os abandoné yo al pié de la capilla...

FERRANDO.

Sí, ya lo sé... iréis á buscar á mi padre... le diréis que aquí le espero; no, no, en el puente de Triana.

NUÑO.

Es muy léjos.

FERRANDO.

Sin embargo.

NUÑO.

Y ¿no quereis venir?

FERRANDO.

No, estará con él doña Blanca.

NUÑO.

Él os irá á buscar al momento.

FERRANDO.

(¡Y ella quedará sola!)

NUÑO.

¡Á Dios!

FERRANDO.

En el puente de Triana... ¡ah! volvedme ese puñal...

NUÑO.

¿Para qué?

FERRANDO.

Le necesito.

NUÑO.

Tomadle.

FERRANDO.

(Bien: ahora nada falta á mi felicidad.)

—

Decoracion corta de calle: á la puerta de una casa, que se figura ser la de don Rodrigo de Vargas, estarán sentados Farfan y Garcés.

## ESCENA III.

FARFAN. GARCÉS.

FARFAN.

Esta es la vida, Garcés:
Uno muere, otro se casa,
Unos lloran y otros rien...
¡Triste condicion humana!

GARCÉS.

Filósofo estás.

FARFAN.

Sí estoy,
Garcés, y la cosa es clara...
Estar oyendo allá adentro
De ese festin la algazara,
Donde alegres todos rien
Y todos beben y cantan,
Y aguardar aquí á la puerta
Como el mendigo que aguarda
Los despojos del festin...
¿No es situacion bien amarga?

(Sale Nuño por la izquierda y entra en la casa.)

GARCÉS.

Dios quiso... ¿Quién va?

FARFAN.

Dejadle
Entrar.

GARCÉS.

No habló una palabra.
¿Quién es?

FARFAN.

Un descamisado
Que goza la confianza
De mi señor, que yo solo
En un tiempo disfrutaba.

GARCÉS.

Injusticia.

FARFAN.

Sí por cierto...

GARCÉS.

Otra vez vuelve.

FARFAN.
¿Quién?
GARCÉS.
¡Calla!

## ESCENA IV.

Los mismos. DON RODRIGO. NUÑO.

DON RODRIGO.
¿Qué! ¿no quiere entrar?
NUÑO.
Se obstina
En eso.
DON RODRIGO.
Pero ¿qué causa?...
NUÑO.
Grave causa, don Rodrigo:
Ama á vuestra esposa.
DON RODRIGO.
¡Basta!
¡Desventurado! ¿no sabe
Que es su madre la que ama?
NUÑO.
¿No dijisteis!...
DON RODRIGO.
Te engañé...
Temí que á saber llegara
Alguno el hondo secreto,
Comprometiendo su fama.
NUÑO.
¡Doña Blanca!
DON RODRIGO.
Y él me espera...
NUÑO.
En el puente de Triana.
DON RODRIGO.
Vamos.
NUÑO.
(¡Qué horrible secreto
Aun por penetrar te falta!)
(Se van por la izquierda.)

## ESCENA V.

FARFAN. GARCÉS. Poco despues, FERRANDO.

FARFAN.
¿Qué dices de esto, Garcés?
GARCÉS.
Farfan, yo no digo nada,
Sino que salió el señor...
FARFAN.
¿Dónde irán?
GARCÉS.
Es cosa extraña,
En noche de boda...
FARFAN.
Y ¿viste
Como en secreto se hablaban?
FERRANDO.
Se alejan... Era mi padre,
Él era... ¡padre del alma!
Pensé no tener valor.
GARCÉS.
Alguien viene.
FERRANDO.
Esta es la casa.—
Guárdeos Dios, el escudero:
Si alguna vez en el alma
La compasion abrigásteis,
Dadme esta noche posada.
Vedme que muero de frio;
Así la Vírgen sin mancha
En mejor vida os lo premie...
Dadme esta noche posada.
FARFAN.
En mala sazon llegásteis:
Orden me dió doña Blanca,
Mi señora, de que sólo
Los convidados entraran.
FERRANDO.
¡Válgame Dios, escudero!
Hijo soy de la desgracia.
GARCÉS.
Farfan, me da pena.
FARFAN.
Cierto...
Es tan niño...
GARCÉS.
En otra casa
Hallaréis acaso...
FERRANDO.
No;
Ya corrí muchas muy altas,
Con lágrimas en los ojos,
Con el dolor en el alma.—
Váyase de aquí, me han dicho;
El rapazuelo se vaya,
O á palos le arrojaré
De la puerta de mi casa.—
Tienen el pecho de bronce.
Pero de súplicas basta;
Que á mendigar no nací,
Y fué noble mi prosapia.
FARFAN.
¡Hola!
FERRANDO.
Aquí sobre estas piedras,
Más que vuestros pechos blandas,
Pasaré la noche.
GARCÉS.
Mira,
Yo no puedo más.
FARFAN.
Ya...
(Se oye música dentro.)
GARCÉS.
Calla.

FERRANDO.
¿Qué es eso?
GARCÉS.
Músicos son;
Que hay boda.
FERRANDO.
Y decidme, ¿cantan?...
GARCÉS.
Diez voces hay, por lo ménos,
Diez, entre gordas y flacas.
FARFAN.
¡Silencio! ¡silencio!...
(Cantan dentro los músicos.)
«Linda desposada,
»De rostro gracioso,
»De amor sonrojada,
»Risueña de amor,
»Recibe en su lecho
»Esposo que adora,
»Latiéndole el pecho
»De gozo y temor.»
FERRANDO.
Todos
Son felices.
FARFAN.
¡Extremada
Cancion!
GARCÉS.
Y bien merecida;
Que es hermosa doña Blanca.
FERRANDO.
Ellos cantan, y yo aquí,
Lágrimas vertiendo amargas,
Lleno de envidia contemplo
Su bulliciosa algazara.
De la noche el duro hielo
Mi tierno cuerpo traspasa,
Miéntras allí todos rien...
¡Morir, miéntras ellos cantan!
GARCÉS.
Dejémosle entrar, Farfan.
FARFAN.
Me temo...
GARCÉS.
No sabrán nada.
FARFAN.
Pues bien, dejémosle entrar;
Que está la noche que pasma.
FERRANDO.
Y nunca, nunca es perdido
Hacer un bien... Dios lo paga.
GARCÉS.
Y entremos tambien nosotros,
Si te parece.
FARFAN.
Me agrada.
Entremos pues.
FERRANDO.
(Ya, á lo ménos,
No moriré sin venganza.)

Dormitorio de doña Blanca: en el fondo, hácia la derecha, el lecho nupcial, adornado elegantemente al gusto de la época. Al mismo lado, más hácia el proscenio, una imágen de la Virgen de los Dolores, delante de la cual alumbrará pendiente del techo una lámpara de plata. Se oye cantar otra vez.

## ESCENA VI.

«Ardiente de amores,
»Su aliento es fragante,
»Muy más que las flores
»Que adornan su sien.
»Hermosos sus ojos
»Ostentan en vano
»Fingidos enojos,
»Fingido desden.»

## ESCENA VII.

FERRANDO entra y se dirige silenciosamente al lecho, levanta una cortina, y al verle vacío vuelve á dejarla caer.

Aun no vino... Sólo advierto
Del canto el clamor incierto
Que en torpe festin retumba,
Y está su lecho desierto,
Desierto como una tumba.
Allá en depravada orgía
Gózate, Blanca, en buen hora,
Sin pensar en mi agonía,
Sin que una lágrima fria
Nuble tu risa traidora.
¡Cuánta ilusion de placer
Agita agora tu pecho!...
Mucho te engañas, mujer,
Si de mi madre en el lecho
Te pensaste adormecer;
Que no hay placer sin virtud...
Tú mi corazon llenaste
De dolorosa inquietud;
Tú, tirana, me engañaste...
Ven: allí está tu ataud.
No habrá sueños seductores;
Que de tu lecho de amores
Guarda la entrada el dolor...
Yo te aconsejo que llores
Por tus culpas al Señor.
Llora; que no impunemente
Se destroza sin piedad
Un corazon inocente,
Que lleno de amor ardiente,
Te entregó su libertad.
¡Insensato, que te amé
Con delirante pasion!
¡Insensato, que lloré
Pidiéndote compasion,
Cuando desprecio alcancé!
¿No eras mi gloria y mi encanto?

¿Cansábate ya mi llanto,
Que le secaste en mis ojos,
Ó era culpa amarte tanto,
Para así causarte enojos?
¡Cómo me heriste, cruel,
En lo más hondo del alma!
¡Mal haya quien ama fiel,
Y por momentos de hiel
Trueca la vida y la calma!
(Mirando á la puerta.)
Venganza mia, tu intento
Muy pronto á cumplirse va.
Viene allí... ¡qué hermosa está!...
Belleza que en un momento
La muerte marchitará.
(Se esconde tras del lecho.)

### ESCENA VIII.

FERRANDO. DOÑA BLANCA, engalanada y con flores en la cabeza, pero pálida y pensativa. ALGUNAS DONCELLAS la siguen, tambien vestidas con ostentacion.

DOÑA BLANCA.
¡Ah! pude al fin sustraerme
Á ese bullicio infernal.

DONCELLA 1.ª
¿Tan pronto, señora mia,
Del festin os retirais?

DOÑA BLANCA.
Cánsame tanta algazara,
Y allí mi esposo no está;
Que despareció, y me temo
Algun suceso fatal.
(¡Bien estais, desdichas mias!
¿Siempre, aumentando mi afan,
De negros presentimientos
Os habeis de alimentar?)

DONCELLA 1.ª
Triste estais; mas no es extraño,
Señora; que en noche tal,
Cuando se esperan amores,
Es muy triste el esperar.

DOÑA BLANCA.
Mi esposo...

DONCELLA 2.ª
No temais nada;
Que al momento volverá.

DONCELLA 1.ª (A la 2.ª aparte.)
¿Has visto?

DONCELLA 2.ª
Ciertas mujeres
No saben disimular.

DONCELLA 1.ª
Ganas tiene de ser dueña.

DONCELLA 2.ª
Dueña es ella mucho há.

DONCELLA 1.ª
¿Cómo?

DONCELLA 2.ª
Diz que fué la esposa
de don Martin Sandoval.

DOÑA BLANCA.
¿Quién nombra aquí á don Martin?

DONCELLA 1.ª
Recio hablaste y por demas.

DONCELLA 2.ª
Aquí Isabel nos contaba
Del Conde el triste finar;
Que dicen le hirió un mancebo,
Aunque muy jóven, audaz.

DOÑA BLANCA.
Silencio, silencio digo.

DONCELLA 2.ª
No fué mi intento...

DOÑA BLANCA.
Callad...
Para nada os necesito:
Idos todas á acostar.
Esa puerta cerraréis.
Inés, tal vez tardará
Mi esposo: quitad la llave,
Y á él sólo se la entregad.

### ESCENA IX.

DOÑA BLANCA. FERRANDO.

DOÑA BLANCA.
¡Sola me deja y de temores llena,
Y huye de mí cuando le espero ansiosa!...
Sola, y no viene á consolar mi pena,
Y el seno esquiva de la amante esposa.
¡Oh! tal vez me aborrece... del delito
La marca infame señaló mi frente,
Cual la marca infernal con que al precito
Señala el vengador Omnipotente.
(Queda un momento con la cabeza inclinada sobre el pecho; al volverla á levantar, lanza un grito viendo delante de sí á Ferrando.)
¡Ah! ¿vos aquí!

FERRANDO.
¿Temblais?

DOÑA BLANCA.
¡Aquí... Dios mio!

FERRANDO.
Teneis razon para temblar.

DOÑA BLANCA.
¡Ferrando!
¿Qué buscais, infeliz?

FERRANDO.
Busco la muerte.

DOÑA BLANCA.

Idos; idos, por Dios: ved que mi esposo
Muy pronto ha de volver.

FERRANDO.

¡Oh! yo os prometo
Que aquí no me hallará.

DOÑA BLANCA.

Sí, yo os lo pido
De rodillas, temblando...

FERRANDO.

¡Te comprendo!
¡Temes que sepa tu maldad, traidora,
Y cuánto encierra de infernal veneno
El corazon de la mujer que adora!

DOÑA BLANCA.

¿Hay más desdichas!

FERRANDO.

No, ya se acabaron;
Que no hay desdichas en la tumba.

DOÑA BLANCA.

¡Cielo!
¿Qué decis?

FERRANDO.

A los males de la vida,
¿Cuál más durable y bienhechor consuelo?
Tú, Criador del mundo, tú á los hombres
En tu mente suprema condenaste
Á dormir en la noche de la tumba,
En sueño eterno, funeral, profundo...
¡Bendito seas, Criador del mundo!

DOÑA BLANCA.

¡Me amenazais... me amenazais, Ferrando!...

FERRANDO.

¡Cuán bella estás con ostentosas galas!
¡Hermosa como un sol! Tú no esperaste
Que en llanto y luto se trocaran luégo.

DOÑA BLANCA.

Salid de aquí, Ferrando.

FERRANDO.

(Saca un pomo.) ¡Sin venganza!
Mirad... es para vos... así la muerte
Sin dolor llegará...

DOÑA BLANCA.

¡Nunca!

FERRANDO.

Pensadlo...
Que ésta mi suerte es ya, y es vuestra suerte.

DOÑA BLANCA.

Jamas.

FERRANDO.

Miradme; que en mi edad florida,
(Bebiendo del pomo.)
Sin miedo alguno el tósigo derramo
En este corazon lleno de vida.
Ahora decidme si estaré resuelto,
Ya sin amor, sin esperanza alguna...

DOÑA BLANCA.

¿Qué quieres tú de mí?

FERRANDO.

Ya no te pido
Ni amor, ni compasion; crímenes sólo:
Esto busco...

DOÑA BLANCA.

¡Infeliz!

FERRANDO.

Tú me enseñaste
La senda horrible que al delito guia...
¿No pensaste jamas que en esa senda
Mi brazo matador te encontraria?

DOÑA BLANCA.

Callad, callad, Ferrando; que mi pecho
Destrozais sin piedad.

FERRANDO.

Y tú, inhumana,
¿Qué hiciste tú de mí, de mi inocencia?

DOÑA BLANCA.

¡Ah! que es triste la muerte cuando viene
Á acibarar ensueños deliciosos,
Cuando la mente con delirio vaga
En esperanzas de placer y amores...

FERRANDO.

¡Triste es morir en ataud de flores!
¿Por qué fuiste cruel con quien te amaba,
Con quien su vida por tu bien daria?
¿Por qué fuiste cruel?

DOÑA BLANCA.

Dejadme, os ruego.

FERRANDO.

¡Dejarte!

DOÑA BLANCA.

¡Por favor!

FERRANDO.

No, ya eres mia.
El crímen nos unió: pronto al sepulcro
Bajaremos así; ya en vano imploras.

DOÑA BLANCA.

¡Ferrando, por piedad, Ferrando!...

FERRANDO.

¿Lloras?
Tambien lloraba yo, sin que en tu alma
Mis lágrimas de amor piedad hallasen.
(Se oye cantar otra vez dentro.)

«Linda desposada,
»De rostro gracioso,
»De amor sonrojada,
»Risueña de amor,
»Recibe en su lecho
»Esposo que adora,
»Latiéndole el pecho
»De gozo y temor.»

¿Oyes, Blanca, el festin?

DOÑA BLANCA.

¿Por qué no callan?

FERRANDO.

El canto es de una orgía, que celebra
Nuestras bodas de muerte.

DOÑA BLANCA.

¡Canto horrible!

FERRANDO.

Acabemos, señora... (Dándola el pomo.)

DOÑA BLANCA.

Yo... no puedo...
(Dejándole caer: Ferrando saca el puñal.)
¿Qué haceis?... Ese puñal...

FERRANDO.

¡Puñal impío!
Señora... ¿no es verdad?

DOÑA BLANCA.

¿No os compadece
Mi llanto? A vuestros piés lo estoy vertiendo.

FERRANDO.

Preparaos á morir.

DOÑA BLANCA.

¡Perder mi alma!

FERRANDO.

Vos perdísteis la mia.

DOÑA BLANCA.

Esto tan sólo...

FERRANDO.

Rezad aquí... la Vírgen dolorosa
Vuestra oracion escuchará piadosa.

DOÑA BLANCA. (Arrodillada delante de la Vírgen.)

Madre del Verbo encarnado,
Que al mundo diste salud
Y ventura;
Tú que venciste al pecado
Por tu celeste virtud,
¡Vírgen pura!
A tí con alma contrita
Llega humilde pecadora,
Madre de amor:
Óyela tú, que bendita
Ruegas por nós bienhechora
Al Redentor.
Consuelo del afligido,
Que en este mundo de llanto
Lanzó el cielo,
No desoigas mi gemido...
Dame en desconsuelo tanto
Tu consuelo.
No me desampares, no,
Y tu bondad no permita
Que sucumba.
El infierno sonrió,
Y al alma de Dios maldita
Abrió la tumba.
Si quien sus pecados llora
Merece tu compasion,
Aquí está
Una mujer que te implora...
Recíbela en tu mansion.—
Herid ya.
(A Ferrando, que deja caer el puñal.)

FERRANDO.

No, Blanca, no te heriré...
Vive en los brazos dichosa
Del que te llama su esposa,
Y á quien odiar no podré.

DOÑA BLANCA.

¿Es verdad!

FERRANDO.

Y ¡yo he podido
Causar cruel tus enojos,
Y en llanto bañar tus ojos!...
¡Delirios! perdon te pido.

DOÑA BLANCA.

¡Ah!

FERRANDO.

Vive para el placer...
Mi brazo herirte no pudo;
Que es tu hermosura un escudo,
Y tu seno de mujer.

DOÑA BLANCA.

¡Ferrando!

FERRANDO.

Tú vivirás,
Hermosa como tirana,
En otros brazos ufana,
Y acaso me olvidarás.

DOÑA BLANCA.

Y ¿tú, tú?...

FERRANDO.

Yo moriré
Con mi amor y mi despecho.
¿Ves, Blanca, ves ese lecho?
Lecho de mi madre fué.

DOÑA BLANCA.

¡Paje! ¿De tu madre!

FERRANDO.

Sí,
Y es tu esposo buen testigo;
Que es mi padre don Rodrigo.

DOÑA BLANCA.

¡Tu padre!

FERRANDO.

¿Qué tienes! di.

DOÑA BLANCA.

¿Don Rodrigo, no dijiste?

FERRANDO.

Una mujer en Sevilla
Me halló al pié de una capilla...

DOÑA BLANCA.

¡Cruel! ¿por qué no me heriste?

FERRANDO.

¿Qué dices?

DOÑA BLANCA.

¿No te da horror
Pensar en tu madre impía?

FERRANDO.
Callad, callad... ¡Madre mia!
Murió... Callad, por favor.

DOÑA BLANCA.
Vive esa desventurada.

FERRANDO.
¡Miserable!... no lo creo...
¿Que vive decis, y os veo
Con mi padre desposada!

DOÑA BLANCA.
¡Hijo mio!

FERRANDO.
Y ¿es verdad!
¡Dicha es, madre, el conocerte,
Cuando me espera la muerte
Y una horrible eternidad!

DOÑA BLANCA.
¡Morir tú!

FERRANDO.
¡No lo sabías?

DOÑA BLANCA.
Tu rostro pálido...

FERRANDO.
Sí...
Ya há tiempo que lo sentí
Aquí en las entrañas mias.

DOÑA BLANCA.
¡Desfalleces! (Sosteniéndolo en sus brazos.)

DON RODRIGO. (Dentro.)
Abrid ya.

DOÑA BLANCA.
Tu padre... ¿lo escuchas?

FERRANDO.
Yo...
No le veré... madre... no...
Antes la muerte... vendrá...
(Reclina la cabeza en el seno de doña Blanca, y espira.)

## ESCENA X.

DICHOS. DON RODRIGO.

DOÑA BLANCA.
¡Rodrigo!

DON RODRIGO.
¡Mujer impura!—
¡Hijo del alma! (Arrodillándose delante de él.)

DOÑA BLANCA.
Por mí...

DON RODRIGO.
¡Qué horror!

DOÑA BLANCA.
Yo la causa fuí...
Yo marchité su hermosura.

DON RODRIGO.
¡Muerto!...

DOÑA BLANCA.
¡Ay Dios!

DON RODRIGO.
Dia de horror
Fué el dia en que yo te amé,
Si guardabas á mi fe
Sepulcros en vez de amor.

DOÑA BLANCA.
Yo fuí... yo...

DON RODRIGO.
Quédate á Dios...

DOÑA BLANCA.
¡Madre desdichada y triste!

DON RODRIGO.
Tú una maldicion pusiste
Y una tumba entre los dos.

# EL REY MONJE.

## DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

Representado por primera vez, en el Teatro del Principe, el dia 18 de Diciembre de 1837.

## PERSONAS.

DON RAMIRO.
DON FERRIZ MAZA DE LIZANA.
ALFONSO. } *Hijos de don Ferriz.*
ISABEL. }
ALDONZA, *Dueña.*
DON PEDRO DE ATARES.
GARCÍA DE VIDAURE.
DON FERNANDO DE LUNA.
ORDAZ.
EL ABAD DE SAN PEDRO EL VIEJO, *de la ciudad de Huesca.*
DON LOPE.
ORTIZ.
BELTRAN.
BUSTOS.
GONZALO.
GOMEZ.
MENDO.
FORTUN.
FRAY PEDRO.
UN CRIADO DEL REY.
PUEBLO.
SOLDADOS.
CONJURADOS.

---

*Aragon, siglo* XII.

---

# ACTO PRIMERO.

## LA CITA.

---

El teatro representa una gran plaza en la villa de Monzon. Grupos de gente del pueblo: en uno de ellos Bustos, Gonzalo y Gomez, que sale por la derecha al levantarse el telon.

### ESCENA PRIMERA.

BUSTOS. GONZALO. GOMEZ.

TODOS.

¡Viva el rey Alfonso!

GOMEZ.

¡Viva!
Y la reina de Aragon
Doña Urraca, su mujer,
Que es hermosa como un sol.

BUSTOS.

¿Viste á la Reina?

GOMEZ.

La vi;
Que está en la iglesia mayor,
Florida como un Abril:
Así la bendiga Dios.

BUSTOS.

Yo logré entrar... pero ¿qué!
El gentío me arrojó
A la calle... y á Dios gracias,
Que no me ahogué de calor.

GOMEZ.

Yo me interné, codeando
Detras de un noble infanzon,
Que abrió calle con sus pajes
Para que pasara yo.
Subido en una columna
Estuve... ¡qué confusion!
¡Qué pompa! jamas la iglesia
Tan de gala se vistió.
La Reina postrada estaba
De hinojos con gran fervor,
Bajos los ojos al suelo
Y en santa contemplacion.
Bellas tambien son las damas;
Mas como la Reina, no;
Que es su cara la de un ángel,
Y de un ángel su candor.
El Rey está más galan
Que el más apuesto infanzon,
Y síguenle muchos nobles,
Ricos fidalgos de pró.
Entre todos por su gala
Brillan el Conde Armengol,
Y el buen don Lope de Lopez,
De Calatayud señor.
Mesnaderos y donceles,
Como corteses que son,
Vistieron todos de verde,
Que es de la Reina el color.

BUSTOS.

¡Bien celebraron las bodas!
Bendiga el cielo su union.

GONZALO.

Gran lujo nuestra nobleza
Ha mostrado.

BUSTOS.

¡Sí, por Dios!
Son nuestros reyes.

GONZALO.

¡Callad!

BUSTOS.

¡Esa vana ostentacion
Cuesta al mísero pechero
Tanta fatiga y sudor!

GOMEZ.

Y ¿qué quiere remediarle,
Si ya pechero nació?
Cosas son de la fortuna.

BUSTOS.

Cosas de los hombres son.
Mil veces, considerando
Tanto orgulloso señor,
He pensado...

GOMEZ.

Y ¿no ha pensado
Que el verdugo?...

BUSTOS.

Pardiez, no;
Mas pensaré en el verdugo.

GOMEZ.

No será tan hablador.

## ESCENA II.

DICHOS. MENDO.

BUSTOS.

¿Salen ya? (A Mendo.)

MENDO.

¡Qué han de salir!
Aun en la iglesia los dejo,
Y ya no pude sufrir...
Si aguardais, os aconsejo
Que os marcheis.

BUSTOS.

¿No han de venir?

MENDO.

Ahora están en el sermon,
Y luégo se marchan todos.

BUSTOS.

¡Qué! ¿No duermen en Monzon?
Pues tiene el Rey buenos modos
De agradecer la funcion.

MENDO.

Nunca agradecen los reyes,
Y en vano es agasajallos:
Servirlos y festejallos,
Para los reyes, son leyes
Y obligacion de vasallos.

(Se ve atravesar por el fondo á don Ferriz de Lizana.)

Ahora va el viejo Lizana...
Miradle... triste la faz
Y la cabellera cana,
Aun su frente ostenta vana
Los laureles de Alcoraz.

GONZALO.

¿Quién es?

MENDO.

Ese viejo un dia
Por su valor y osadía
Hizo á los moros temblar,
Y en premio á su bizarría
Dióle el Rey á Castellar.

GOMEZ.

Dicen que tambien le dió
Junto á Monzon un castillo,
Que de los moros ganó.

MENDO.

Y ¡es señor de horca y cuchillo!

BUSTOS.

¡Cáspita!

MENDO.

¿Temes?

BUSTOS.

¿Pues no?
¡Desventurada la grey,
Que sufre el infame yugo
De tanto pequeño rey,
Cuyo capricho es su ley,
Y su justicia el verdugo!

GOMEZ.

¡Chit!... ¡Buena la vais á hacer!

BUSTOS.

Nadie escucha.

MENDO.

¿Por ventura
A su hija lograsteis ver?
Jamas he visto en mujer
Tan celestial hermosura.

GOMEZ.

Mas dicen que es recatada,
Y modesta como hermosa.

BUSTOS.

Siempre la he visto tapada,
Y de una dueña celosa
De contínuo acompañada.

MENDO.

Y un hijo tiene tambien.

GOMEZ.

Caballero de gran pró,
Que á la conquista voló
De la gran Jerusalen,
Donde cautivo quedó.

BUSTOS.

Esa noticia quizá
Causa el dolor que le abate.

GOMEZ.

Mucho le quiso.

BUSTOS.

Mas ya
Mandó un crecido rescate,
Con que libre tornará.

GONZALO.

Veréis si van á salir
Los reyes, y no logramos
Verlos, si aquí nos estamos.

BUSTOS.
Sí, sí; que se pueden ir.
Vamos á la iglesia.

TODOS.
Vamos.

## ESCENA III.

DON RAMIRO. ORTIZ.

ORTIZ.
¡Gran funcion, por vida mia!

DON RAMIRO.
Sí, Ortiz, funcion extremada.

ORTIZ.
¡Qué! ¿No puede curar nada,
Señor, tu melancolía?

DON RAMIRO.
¿Curar mis penas, Ortiz?
¡Gran Dios! ¡si posible fuera!...

ORTIZ.
¿Qué tienes?

DON RAMIRO.
Me desespera
Ver tanta gente feliz.
Contemplarme tan temprano
Esclavo de injusta ley,
¡Miéntras coronado rey
Celebra bodas mi hermano!
¡Verme en su Córte orgullosa
Abatido y despreciado,
Porque en mi celda encerrado
Pasé mi edad más hermosa!
¡Esos nobles!... Bien lo ves;
A la Córte nunca voy,
Magüer que en Monzon estoy...
Y vivo más libre.

ORTIZ.
¡Pues!...

DON RAMIRO.
Harto tiempo he sido esclavo
De la celda y del abad.

ORTIZ.
Dices bien, la libertad...

DON RAMIRO.
Gozar del mundo...

ORTIZ.
Lo alabo.

DON RAMIRO.
Injusto mi padre fué,
Cuando sin ley ni cariño
Me abandonó tierno niño,
Donde á Dios me consagré.
¡Oh! ¡mi padre!...

ORTIZ.
Algun misterio...

DON RAMIRO.
De aqueso nada sé yo;
Sólo sé que me arrojó
A ese oscuro monasterio;
Sólo sé que no nací
Para ser monje y rezar;
Que he sentido palpitar
Un corazon que hay aquí.
¡Menguada mi vida ha sido
En aquel claustro, por cierto!
Para el mundo estaba muerto,
Y ahora juzgo que he nacido.
¡Qué bello es el mundo, Ortiz,
Con sus galas ostentosas,
Con sus mujeres hermosas!...

ORTIZ.
Con la hija de don Ferriz.

DON RAMIRO.
¡Loco estoy!

ORTIZ.
Pronto cegaste.

DON RAMIRO.
No vi hermosura mayor
Ni tan sencillo candor
En otra mujer.

ORTIZ.
¿La hablaste?

DON RAMIRO.
Benigna escuchó mi queja,
Y no en vano la rogué:
Toda la noche pasé
Velando bajo su reja.

ORTIZ.
Y ¿ella tambien?

DON RAMIRO.
Tambien ella
Hasta la aurora veló.

ORTIZ.
Y al fin, ¿qué te contestó?

DON RAMIRO.
Díjome que era doncella...

ORTIZ.
Te habló de padre y hermano...

DON RAMIRO.
De uno y otro.

ORTIZ.
¡Bien está!
Mañana te exigirá
De esposo, palabra y mano.

DON RAMIRO.
¡Vive el cielo, que á no ser,
Por mi desdicha terrible,
El casamiento imposible,
La tomara por mujer!

ORTIZ.
Sea tu manceba.

DON RAMIRO.
No creo
Que así mi pasion admita;

Que lleva en su frente escrita
La virtud con el deseo.

ORTIZ.

No te cause eso inquietud
Miéntras no se muestre impía;
Que no admiten compañía
El deseo y la virtud.
Si no... olvídala.

DON RAMIRO.

Tampoco...
Fuera olvidarla locura.
No he de perder su hermosura;
Que fuera tenerla en poco.
Y no es un vano capricho,
Es una ardiente pasion.

ORTIZ.

Pues no hay más, en conclusion,
Que engañarla.

DON RAMIRO.

Bien has dicho.

ORTIZ.

Fe de esposo...

DON RAMIRO.

Eso no es nuevo.

ORTIZ.

Y para que no se asombre,
Callas tu estado y tu nombre.

DON RAMIRO.

Bien me aconsejas: lo aprueba.
Iré á la iglesia por vella.

ORTIZ.

Allí viene una tapada,
De una dueña acompañada.

DON RAMIRO.

¡Par diez! jurara que es ella.

ORTIZ.

¿Dueña y doncella en un punto
Ganaste, dichoso amante!

DON RAMIRO.

Díla á la dueña un diamante...

ORTIZ.

Entónces, nada pregunto.

DON RAMIRO.

Mostróse blanda.

ORTIZ.

Sí creo...
Puedes contar con la dueña.

## ESCENA IV.

DICHOS. ALDONZA. ISABEL.

DON RAMIRO.

Ellas son: hizo una seña...
No me engañó mi deseo. (Se acerca á Isabel.)
Doncella de negros ojos,
Que, donde quier que mirais,
Corazones arrastrais,
De vuestro orgullo despojos,
¿Dónde vais, señora mia,
Tan apuesta y tan velada?

ISABEL.

¡Apartad!

ALDONZA.

¿Qué es eso?

ISABEL.

Nada.

ALDONZA.

Ese doncel ¿qué queria?

ISABEL.

Díjome cosas de amores.

ALDONZA.

¿Eso os dijo? ¡Vírgen santa!

ISABEL.

¿Que hable de amor os espanta
Un galan como unas flores?

ALDONZA.

¿Ya te ha gustado el amante?
Muy pronto te enamoró.

ISABEL.

¿No he de contestarle?

ALDONZA.

No...
¡Líbreme Dios!...

ISABEL.

¡Un instante!

DON RAMIRO.

Permitidlo, y Dios os dé
Por ello buena ventura.

ALDONZA.

¿En la calle? ¡qué locura!

ISABEL.

Mirad que me enojaré.

ALDONZA.

Yo, por mí, nada me importa;
Pero por Dios, no me atrevo.

DON RAMIRO.

Pues...

ALDONZA.

Esto para mí es nuevo...

ORTIZ.

(¡Bruja infame!)

ALDONZA.

¡Estoy absorta!
Mas si la intencion es casta,
Como Dios manda y enseña...

ORTIZ.

(Colmillos tiene la dueña.)

DON RAMIRO.

¿Dudarlo podeis?

ALDONZA.

Bien... basta:
Hablad pues. (Se retira á un lado.)

DON RAMIRO.

¡Ángel de luz!...

ORTIZ.

(¡Maldita vieja hechicera!)

ALDONZA.

Y si el viejo nos cogiera...
¡Por la señal de la cruz!

ORTIZ.

(¡Que no te viera yo arder!)

ALDONZA.

¡De enemigos libranós!...
¡Buena me esperaba! ¡ay Dios!
Si aquí nos llegara á ver.

DON RAMIRO.

Ya pudísteis, prenda hermosa,
Mi pasion adivinar.

ISABEL.

Decid si lo sé apreciar;
Que entenderlo es fácil cosa.

DON RAMIRO.

Que lo aprecieis no dudaba.

ISABEL.

¿Orgulloso? Bien está.

DON RAMIRO.

¿Heme engañado?

ISABEL.

Si ya
Lo sabeis...

DON RAMIRO.

¡No me engañaba!

ISABEL.

Acabad.

(Don Ramiro la toma una mano.)

ORTIZ.

(¡Espera un poco!)

DON RAMIRO.

Decidlo, decidlo pues...
Postrado aquí á vuestros piés,
Lo he de escuchar.

ISABEL.

¿Estais loco?

ORTIZ.

(¡Bueno!)

ISABEL.

¡En la calle! Soltad...
Mirad que á mi dueña llamo.

DON RAMIRO.

Dime, Isabel: «yo te amo.»

ISABEL.

Bien, lo diré... ¡si es verdad!
No me teneis compasion,
Cuando llorando me veis;
Cuando oprimido teneis
Mi inocente corazon.

DON RAMIRO.

¡Lágrimas!

ISABEL.

¡Oh! y ¡cuán en breve
Amé desenvuelta y loca,
Siendo mi pecho de roca
Y mi condicion de nieve!

DON RAMIRO.

¿Quién es más que yo dichoso!

ALDONZA.

¿No acabais? Si así nos ven...

ISABEL.

Sí, basta ya.

DON RAMIRO.

¡Cómo el bien
Es liviano y presuroso!
Veros muy pronto quería.

ISABEL.

Esta noche esperaré
En la reja.

DON RAMIRO.

Allí estaré
Apénas espire el dia.

ALDONZA.

¡El viejo!

ISABEL.

¿Mi padre!

ALDONZA.

Sí.

ISABEL.

Idos, por Dios.

DON RAMIRO.

Sí... me voy...

(Se aparta con Ortiz al fondo del teatro.)

¡Ay Ortiz! ¡qué feliz soy!
¡Me ama tanto!

ORTIZ.

Ya lo oí.

## ESCENA V.

DICHOS. DON FERRIZ.

DON FERRIZ.

Isabel, tarde viniste;
Ahora la funcion acaba...

ISABEL.

Culpa es de Aldonza.

ALDONZA.

Eso es...
Yo soy siempre la culpada.
No es sino suya, señor.

DON FERRIZ.

Y ¿agora salis de casa?

ISABEL.

En este momento.

ALDONZA.

Sí...
Ahora salimos.

DON FERRIZ.

¡Ya es tanta
La soledad en que vives,
De todo placer privada!
Eso es por demas... perdiste

Ver á la Reina y sus damas,
Que dan envidia á las flores
Por su hermosura y su gala.
No viste al Rey... mil galanes
Caballeros le acompañan,
Cubiertos de plumas y oro...

ALDONZA.

Ya lo veis... por vuestra causa
Hemos perdido... estaria
Sin duda muy bueno. ¡Vaya!
Y decidme de la Reina...
¿Es hermosa?

DON FERRIZ.

Doña Urraca
Es la humana perfeccion.

ALDONZA.

¿Y de virtud?...

DON FERRIZ.

Una santa.

ALDONZA.

¡Quién la hubiera visto!

DON FERRIZ.

Ahora
De salir del pueblo acaba.

ALDONZA.

¿Salen de Monzon?

DON FERRIZ.

A Huesca
A abrir las Córtes se marchan.

ISABEL.

Entónces nos volveremos.

DON FERRIZ.

Triste estás.

ISABEL.

No tengo nada...
Al contrario.

DON FERRIZ.

Pues ¿por qué
Tan pronto volver á casa?

ISABEL.

Gústame, padre, estar sola.

ALDONZA.

(Recursos de enamorada.)

DON FERRIZ.

Vamos, pues así lo quieres.
(¡Qué virtud!... ¡es una santa!)
Seré yo tu caballero.

ORTIZ.

El padre las acompaña.

(Se acercan Ortiz y don Ramiro á Aldonza, que se ha quedado detras, y al paso la hablan.)

DON RAMIRO.

Tengo que hablaros.

ALDONZA.

Despues:
Antes que anochezca. ¡Gracias!

(Don Ramiro la da un bolsillo.)

## ESCENA VI.

DON RAMIRO. ORTIZ.

DON RAMIRO.

Noche, apresura tu vuelo,
Y al dia oscurece ya;
Que donde Isabel está,
Sobran las luces del cielo.
No tardes, noche, á mi anhelo...

ORTIZ.

Señor...

DON RAMIRO.

¡Verdad! loco estoy...
Pero ¡tan dichoso soy!...

ORTIZ.

¡Extremada es su hermosura!

DON RAMIRO.

Apénas creo mi ventura,
Y todo ventura es hoy.
¿Qué fué mi vida hasta aquí!...
Pasó ignorada y perdida,
Y en negra celda escondida
Años hermosos viví...
Años hermosos, que así
En un desierto pasaron,
Y lentos se resbalaron
Sin esperanzas ni amor,
Pidiendo siempre al Señor
Por los demas que gozaron.
Para otros era el vivir...
¿Por qué tan contraria suerte?
Y era para mí la muerte
El más bello porvenir.
Ya no quiero más sufrir
En esa negra clausura,
Ni más en mi vida oscura
Ajenas culpas llorar;
Que la vida es para amar
Tanta divina hermosura.

## ESCENA VII.

DICHOS. UN CRIADO DEL REY.

DON RAMIRO.

¿Qué es eso?

CRIADO.

Una órden del Rey.

DON RAMIRO.

(¡Órdenes! ¡siempre mandar!)
Al Rey podeis contestar
Que su mandato es mi ley.

(Vase el criado.)

ORTIZ.

¿Qué es ello?

DON RAMIRO. (Lee.)

«Es mi voluntad
»Que, por nuestro bien comun,

»Os vais, Ramiro, á Sahagun,
»De su monasterio abad.»
Mal escogió la ocasion.
¿Hay hombre más infeliz?
¡Abad de Sahagun, Ortiz,
Amando con tal pasion!

ORTIZ.

Y ¿vas?

DON RAMIRO.

¡Oh! sin duda alguna.

ORTIZ.

¡Por cierto que es trance fuerte!

DON RAMIRO.

¡Ay, Ortiz! ¡tal es mi suerte,
Conmigo siempre importuna!
¡Isabel!

ORTIZ.

¿No la verás?

DON RAMIRO.

Ella esta noche me espera,
Enamorada, hechicera...

ORTIZ.

Y ¿tal dicha perderás?

DON RAMIRO.

¡Oh! necio fuera y cobarde.

ORTIZ.

¿Irás?

DON RAMIRO.

Es mi único bien.

ORTIZ.

Y ¿al monasterio?...

DON RAMIRO.

Tambien...
Al monasterio, más tarde.

## ACTO SEGUNDO.

### PARTE PRIMERA.

### LA ESCALA.

Calle, y en el fondo una casa con puerta y un balcon sobre ella, donde están asomadas Isabel y Aldonza. Es de noche.

#### ESCENA PRIMERA.

ISABEL. ALDONZA.

ALDONZA.

Sí vendrá, no lo dudeis;
Que es muy cumplido galan;
Y á que cierre más la noche
Sin duda esperando está.

ISABEL.

Temo que venga mi padre.

ALDONZA.

¿Vuestro padre? Sí en verdad;
Que si estas cosas supiera...

ISABEL.

Nos mataba.

ALDONZA.

¡Barrabas!
Buen genio tiene el vejete;
Mas por eso no temais;
Que en esto de engañar padres
Soy discreta por demas.

ISABEL.

Y ¿qué me dices, Aldonza,
De ese mi nuevo galan?
¿Qué me dices?

ALDONZA.

Que os aguarda
Completa felicidad.
Caballero más cumplido,
Y tan discreto ademas...

ISABEL.

Y noble sin duda.

ALDONZA.

¡Oh! sí...
Noble sin duda será.
No es de plebeyo linaje
Su altivo, airoso ademan:
Yo apostaria mis tocas
Que es de reyes su solar.

ISABEL.

No tanto, mi dueña.

ALDONZA.

Sí;
Que es señor muy principal.

ISABEL.

Y ¡tan amable!...

ALDONZA.

Eso mucho:
Mucho le debes amar.

ISABEL.

Tú me pierdes.

ALDONZA.

¿Por qué así?

ISABEL.

Mucho le encareces, ¡ay!
A quien en amor de fuego
Por él delirando está.

ALDONZA.

Bien lo merece...

ISABEL.

¡Oh! ¡cuál tarda!

ALDONZA.

Bien lo merece en verdad;
Que á ser yo doncella hermosa,
Y en más atrasada edad...

ISABEL.

¿Quién no le amara en el mundo?

ALDONZA.
¿No veis dos bultos?

ISABEL.
¿Serán?...

ALDONZA.
Ellos son : yo me retiro.
Sin miedo podeis hablar;
Que yo, por si viene el padre...

ISABEL.
Vete, sí.

ALDONZA.
(¡Pobre rapaz!)

## ESCENA II.

ISABEL, en el balcon. DON RAMIRO y ORTIZ, por la izquierda.

DON RAMIRO.
Cuida tú si viene gente,
No interrumpan...

ORTIZ.
Lo haré así.

DON RAMIRO.
Si no me engaño, está allí.

ORTIZ.
Ya te esperará impaciente.

DON RAMIRO.
¡Cuidado!...

ORTIZ.
No temais nada.

DON RAMIRO.
No venga algun importuno;
Y si se obstinase alguno...

ORTIZ.
Si se obstina, una estocada.

DON RAMIRO.
Buen argumento.

ORTIZ.
Allí estoy;
No os pierdo de vista.

DON RAMIRO.
Adios.

ISABEL.
Uno se acerca.

DON RAMIRO.
¿Sois vos?

ISABEL.
¿Quién es?

DON RAMIRO.
¿Isabel?

ISABEL.
Yo soy.

DON RAMIRO.
Mucho he tardado.

ISABEL.
¡Sí á fe!
Un amante siempre tarda
Para la que ansiosa aguarda,
Y há ya tiempo que esperé.

DON RAMIRO.
Perdonadme : causa ha sido...

ISABEL.
Algun otro amor.

DON RAMIRO.
¡Señora!
¿Quejas y celos agora!

ISABEL.
Muy mal lo habeis entendido.

DON RAMIRO.
Rigurosa estais.

ISABEL.
Sí estoy;
Que me teneis enojada.
Idos pues.

DON RAMIRO.
No os falté en nada;
Mas si lo quereis, me voy.

ISABEL.
Esperad.

DON RAMIRO.
¡Señora mia!
¿Me habeis llamado?

ISABEL.
Os llamé,
No me acuerdo para qué.

DON RAMIRO.
¿Por qué fingiros impía?
Si me amais, ¿por qué sin duelo
Con dureza me tratais?

ISABEL.
¿Por qué? porque no me amais,
Y sois un hombre de hielo.
Pronto os marchabais.

DON RAMIRO.
Creí
Daros en ello placer.

ISABEL.
¿No sabeis que á una mujer
No se la obedece así?

DON RAMIRO.
Sois discreta, y yo os adoro
Por discreta y por hermosa.

ISABEL.
¿No hallasteis en mí otra cosa,
Otro más rico tesoro?

DON RAMIRO.
¡Isabel!

ISABEL.
Un corazon
Que sabe amar con locura,
Más vale que esa hermosura,
Y más que esa discrecion.

DON RAMIRO.
¿Quién es más que yo dichoso!

¡Isabel! ¡si yo estuviera
A tu lado! ¡si pudiera
Llamarme en breve tu esposo!...

ISABEL.

Fácil es, si vuestra cuna
A mi noble cuna iguala,
Aunque tanto brío y gala
No es de plebeya fortuna.
Pedidme á mi padre.

DON RAMIRO.

Sí...
Os pediré.

ISABEL.

Y no os asombre
Que os pregunte vuestro nombre.

DON RAMIRO.

Imposible.

ISABEL.

¿Cómo así!

DON RAMIRO.

Sabréislo; pero no agora.

ISABEL.

¿Pues cómo?

DON RAMIRO.

Un misterio es;
Pero soy aragones,
Y noble tambien, señora.

ISABEL.

Eso bien creo.

DON RAMIRO.

Ademas
De noble, honrado nací,
Y las promesas que dí,
No las quebranté jamas.

ISABEL.

Fuera negra ingratitud
Desvanecer mi esperanza.

DON RAMIRO.

¡Qué!... ¿tan poca confianza!...

ISABEL.

Amor es todo inquietud.
¡Temo porque os quiero bien!

DON RAMIRO.

¿Temeis, Isabel, por eso?

ISABEL.

Soy celosa, os lo confieso;
Pero sé querer tambien.

DON RAMIRO.

¡Feliz yo que tal ventura
Consigo! ¡yo, desdichado,
Por la suerte condenado
A morir en noche oscura!

ISABEL.

¡Oh! silencio...

DON RAMIRO.

Y ¡verme así
Dispertar á un bello dia,
Tras de la noche sombría
Que soñando padecí!
Ya no hay lágrimas ni hay hiel,
Y mi ventura es cumplida...
Tú eres el sol de mi vida;
Tú eres mi gloria, Isabel.

ISABEL.

No hableis así...

DON RAMIRO.

Perdonad.

ISABEL.

Y si alguno nos oyera...

DON RAMIRO.

No... ninguno.

ISABEL.

Mas pudiera
Venir mi padre... acabad.

DON RAMIRO.

¿Os veré luégo?

ISABEL.

Mañana.
Adios.

DON RAMIRO.

¿Qué! ¿tan pronto os vais!
¿Ya, mi sol, os eclipsais?

ISABEL.

Preciso.

DON RAMIRO.

¡Suerte inhumana!

ISABEL.

¡Adios!

DON RAMIRO.

¡Adios!

(Vase Isabel.)

### ESCENA III.

DON RAMIRO. Luégo, ORTIZ.

DON RAMIRO.

¡Cuán hermosa
Y cuán tierna!... ¡Suerte horrible,
Que haces mi dicha imposible,
Y mi existencia enojosa!
No es mi culpa, ni es delito
Si, por tu insano rigor,
De esa desdichada flor
El tierno cáliz marchito.
Ortiz...

ORTIZ.

¿Se acabó?

DON RAMIRO.

La dueña
Áun no ha salido, y quizá
Arrepentida estará.

ORTIZ.

Por Dios...

DON RAMIRO.

Hagamos la seña.
¿Trajiste la escala?

ORTIZ.

Aquí
Ya la tengo preparada.
¿Qué es la seña?

DON RAMIRO.

Una palmada.
(Ortiz da una palmada, y entreabren el balcon.)
¿No se asoma nadie?

ORTIZ.

Sí.

ALDONZA. (Al balcon.)

¡Silencio!

DON RAMIRO.

¿Aun no es ocasion?

ALDONZA.

Vuestro intento no adivino...
¿Está la escala? (Echando un cordon.)

DON RAMIRO.

Ya vino.

ALDONZA.

Atadla en ese cordon.
(Don Ramiro ata la escala. Aldonza la sube, y la sujeta al balcon.)

DON RAMIRO.

Atadla bien...

ALDONZA.

Bien está.

DON RAMIRO.

Que fuera trance infeliz... (Sube.)
Cuenta con el viejo, Ortiz.

ORTIZ.

Yo os juro que no entrará.

## ESCENA IV.

ORTIZ. Luégo, DON FERRIZ.

ORTIZ.

¡Bueno! si viene y se empeña
En entrar... ¡lance sería!
Y... casi me alegraría
Por esa maldita dueña.
Mucho lo temo... y no sé
Lo que he de hacer en tal caso...
Alguien viene... Tenga el paso,
(Sale don Ferriz.)
Y hágase atras vuesarcé.
¿Lo habeis oido?

DON FERRIZ.

¡Un maton
A mi puerta!

ORTIZ.

(¡Mala peste!
El padre sin duda es éste,
Y viene á mala ocasion.)

DON FERRIZ.

Haceos á un lado, el hidalgo,
Si sois hidalgo.

ORTIZ.

Sí soy.

DON FERRIZ.

Idos luégo.

ORTIZ.

No me voy,
Si he de mereceros algo.

DON FERRIZ.

¿No puedo entrar en mi casa?

ORTIZ.

Si gustais, por ahora no;
Que estoy guardándola yo,
Y entre tanto nadie pasa.

DON FERRIZ.

Ved que me voy enojando.

ORTIZ.

Haceis bien: yo tal haria.

DON FERRIZ.

¿Os burlais? por vida mia,
Que he de mataros.

ORTIZ.

Y ¿cuándo?

DON FERRIZ.

No os burleis de un viejo noble,
(Se acerca á Ortiz, empuñando.)
Y aprovechad el consejo.

ORTIZ.

Haceos atras, el buen viejo,
Ú os rebano de un mandoble.

DON FERRIZ.

Yo os castigaré. (Saca la espada.)

ORTIZ.

¡Pues ya!

DON FERRIZ.

¡Villano!

ORTIZ.

Su edad le valga;
Mas no me iré hasta que salga
El hombre que dentro está.

DON FERRIZ.

¡Un hombre en mi casa, un hombre!

ORTIZ.

Noble y bizarro doncel...
Quiere á la hermosa Isabel:
¿Qué hay en esto que os asombre?

DON FERRIZ.

Te estás burlando, villano,
De mí porque viejo soy...
Defiéndete ya.

ORTIZ.

Ya voy.
(Riñen.)
Dejadlo... os tiembla la mano.

DON FERRIZ.

De furor... y de vejez.
(Cesan.)

ORTIZ.
¿Os dais por vencido?

DON FERRIZ.
No...
Mi rabia no se rindió.
(Vuelven á reñir.)

ORTIZ.
¡Esforzado sois, par diez!

ALDONZA. (Dentro.)
¡Una pendencia! Haz que salga
Al punto, niña, Isabel.

ORTIZ.
Me heriste, viejo cruel.
¡La Madre de Dios me valga!

DON FERRIZ.
Allá te dé su perdon,
Como su castigo aquí.
Entremos pronto. (Abre la puerta y entra.)

ORTIZ.
¡Ay de mí!...
¡Que me muero! Confesion...
(Espira.—El teatro queda un momento en silencio.)

## ESCENA V.

ALDONZA. ISABEL y DON RAMIRO, en el balcon.

DON RAMIRO.
¿Por qué tan pronto?

ALDONZA.
Escapad;
Que pienso que vino el viejo.

DON RAMIRO.
Isabel, pronto te dejo.

ISABEL.
Pero es fuerza.

ALDONZA.
Despachad.
(Don Ramiro baja por la escala.)
La que me espera no es mala.

ISABEL.
¡Si le vió, perdida soy!

ALDONZA.
¿Estais abajo?

DON RAMIRO.
Sí estoy.

ALDONZA.
Entónces, suelto la escala.
(Entran, despues de soltar la escala.)

## ESCENA VI.

DON RAMIRO.

¿Qué habrán oido, que así
Asustarlas ha podido?
¿Ortiz? ¿Ortiz? ¡Se ha dormido!
(Dándole con el pié.)
¡Buena guarda puse en ti!
¡Oh! yo le haré que dispierte.
(Saca la espada y le da con ella.)
¡Ortiz! ¡Ortiz!... ¡está frio!... (Tocándole.)
¡Un cadáver!—¡Amor mio,
Cerca estabas de la muerte!

---

# PARTE SEGUNDA.

## MUERTA PARA EL MUNDO.

Habitacion de Isabel: en el fondo hay una puerta que cubre un tapiz, y otras dos laterales. Es todavía de noche: sobre una mesa hay una lámpara encendida. Isabel, pálida y descompuesta, está sentada, apoyando su brazo sobre la mesa.

## ESCENA PRIMERA.

ISABEL.

¡Toda la noche he rezado!
Mas no pudo la oracion
Aliviar mi corazon,
Con extremo fatigado.
Y nada me dijo, nada;
Pero enojado y severo
Vi que requirió el acero
Con mano convulsa, airada.
¿Dónde está Aldonza? me deja
Sola aquí con mi dolor...
Le cansará mi clamor,
Y por no sufrir, se aleja.
¡Tiene razon! demasiado
De su cariño abusé;
Que por mí cómplice fué
De mi amor desventurado.
Aquí sola... sola estoy... (Se levanta.)
Apénas pueden mis piés
Sostenerme... ¡Ay Dios! ¿quién es?
(Sobresaltada.)

## ESCENA II.

ISABEL. ALDONZA.

ALDONZA.
No tengais miedo; yo soy.

ISABEL.
¿Áun no ha salido?

ALDONZA.
Encerrado
En su habitacion está.

ISABEL.
Si le vió, me matará:
No te apartes de mi lado.

ALDONZA.
Y yo ¡insensata de mí!
Porque fuí blanda á tu ruego...

ISABEL.
¿Quién creyera que tan ciego
Se atreviese á entrar aquí!
No me amaba.

ALDONZA.
Yo tal digo;
Que fué licencia extremada.

ISABEL.
¡Y me deja abandonada
Donde sufra mi castigo!

ALDONZA.
Fué accion infame y ruin...

ISABEL.
¡Aldonza! ¡perdida soy!

ALDONZA.
¡Qué! ¿rezais?

ISABEL.
Rezando estoy;
Que ya ha llegado mi fin.

ALDONZA.
No, no será tan cruel.

ISABEL.
¿Verdad que es horrible cosa
Morir tan jóven y hermosa,
Morir amando!...

ALDONZA.
¡Isabel!
Tú vas á hacerme llorar.

ISABEL.
Llora, de llorar es dia.

ALDONZA.
Isabel, la culpa es mia;
Que no te supe guardar.
En extremo confiada
A tus ruegos accedí,
Porque nunca presumí
Ser de tal modo engañada.
Y ¿quién hubiera creido
Tanta liviandad!

ISABEL.
¡Callad!
No fué loca liviandad;
Una pasion... eso ha sido:
Pasion que no comprendeis,
Volcánica, irresistible,
Y que apagar no es posible.
¿Entendeis, dueña, entendeis?

ALDONZA.
¡Me asustas!

ISABEL.
¡Liviana yo!
¡Fué mi amor un desvarío!...
¡Tienes razon! Padre mio,
No tengo disculpa, no.
Ven á herir mi pecho.

ALDONZA.
¡Calla!

ISABEL.
Ven al punto.

ALDONZA.
¿Con quién hablo?

ISABEL.
¡Padre!

ALDONZA.
Eso es tentar al diablo.
¡Si viene y así nos halla!...

ISABEL.
¡Pobre viejo! yo insulté
Con mi cariño culpable
Esa frente venerable,
Cubierta de honrada fe.

ALDONZA.
¡No te abandones así!

ISABEL.
¡Pobre viejo! ¡Cuál me amaba!
Sin duda que no esperaba
Tanta ingratitud de mí.
Esperarlo no debia.

ALDONZA.
Empero...

ISABEL.
¡Me amaba tanto!
Siempre conmigo su llanto
Y sus caricias partia.

ALDONZA.
¡Isabel!

ISABEL.
¡Caricias vanas!
Quien debió ser tu consuelo,
Esa ha causado tu duelo,
Esa ha escupido en tus canas.

ALDONZA.
Ved que va á venir.

ISABEL.
¿Y bien?

ALDONZA.
Idos de aquí; os lo aconsejo,
Y... no lloreis: ¡vaya! el viejo
Ha sido mozo tambien.
Escuchará la razon,
Se hará cargo en cierto modo,
Y luégo... Dios sobre todo;
Que no es tan bravo el leon.

ISABEL.
Nada temo.

ALDONZA.
Pues yo sí.
Y por si acaso... (Hace que se va.)

### ESCENA III.

DICHAS. DON FERRIZ.

DON FERRIZ.
Esperad. (Á Aldonza.)
Vos, Isabel, despejad.
(Se va Isabel por la izquierda.)
Tengo que hablaros.

ALDONZA.
¿Á mí?

DON FERRIZ.
Á vos, Aldonza, á vos.

ALDONZA.
Decid. (¡Qué gesto!)

DON FERRIZ.
Estrecha cuenta á demandaros vine...

ALDONZA.
¡Qué me decis señor! ¿En qué he faltado?...

DON FERRIZ.
Estrecha cuenta de mi honor manchado.

ALDONZA.
No os comprendo... no sé...

DON FERRIZ.
¿No sabeis nada?
¿Por qué esa turbacion?

ALDONZA.
Yo...

DON FERRIZ.
Ciertamente.

ALDONZA.
Vuestra pregunta, acaso, inesperada...

DON FERRIZ.
No, no... ¡vuestro delito! Vos, la dueña,
Mal guardadora del tesoro mio,
¿Pensásteis por ventura que á la afrenta
Mi viejo corazon estaba frio?
¡Mal hicísteis, la torpe encubridora!

ALDONZA.
¡Señor, señor!...

DON FERRIZ.
Hay crímenes horribles
Y castigos horribles.

ALDONZA.
¡Oh! yo os juro
Que nada supe, que engañada he sido,
Como lo fuísteis vos.

DON FERRIZ.
¿Cierto? Y decidme,
¿De dónde esta sortija os ha venido?
¿De dónde este bolsillo, bruja torpe?
Vendísteis por el oro la hija mia,
Pusísteis su virtud á infame precio,
Como pudierais á vil mercadería.

ALDONZA.
¿En dónde habeis hallado?...

DON FERRIZ.
En vuestras arcas.
¡Rica sortija, á la verdad! su dueño
Debe sin duda ser de alto linaje,
Y vos bien lo sabréis.

ALDONZA.
Así lo indican
Su bizarro ademan y apuesto traje.

DON FERRIZ.
Ya confesasteis pues.

ALDONZA.
Pero yo nunca
Para tanto y tan ciego desvarío
Pude permiso dar.

DON FERRIZ.
Y ¿por qué entónces
Ocultado me habeis con pecho duro,
Perversa dueña, su cariño impuro?
Y ¿quién abrió la puerta al ciego amante?...
Que no le abrió Isabel.

ALDONZA.
¿Pensais?...

DON FERRIZ.
Sí, pienso
Que es de grande valor este diamante.
Mi hija no pudo ser.

ALDONZA.
Perdon al ménos...

DON FERRIZ.
Haceis bien en llorar.

ALDONZA.
Perdon os pido.
No fuí yo tan culpable. ¡Y es sin duda
Horrible mi castigo!

DON FERRIZ.
Sí: ¡espantoso!

ALDONZA.
¡Que no merezco que de mí se duelan!

DON FERRIZ.
Llorad, llorad: las lágrimas consuelan.

ALDONZA.
¡Viejo feroz! ¡que áun insultais mi llanto!
¡Que no teneis piedad!

DON FERRIZ.
Ninguna.

ALDONZA.
Al ménos,
No me mateis.

DON FERRIZ.
Pensábais en la muerte...
Pensábais bien: es ésa vuestra suerte.

ALDONZA.
Miradlo bien, señor: vos sois humano,
Y caber no ha podido tal idea
En vuestro corazon noble y cristiano.
Y es grato perdonar, y Dios aprecia
Más que el castigo, perdonar las culpas.

DON FERRIZ.
Ea, del suelo alzad; que estais ya necia.
Alzad.

ALDONZA.

Es cierto que vendí alevosa
La virtud de Isabel... ya no os lo niego.
Yo fuí la que al doncel enamorado
Llevó á la estancia de la incauta vírgen.
No fué suya la culpa, toda es mia;
Pero piedad de mí.

DON FERRIZ.

Ya lo sabía.
Es imposible que en su seno puro
Cupiese tal maldad.

ALDONZA.

¡Oh! yo os lo juro.

DON FERRIZ.

Y ¡tú, perversa dueña, no tuviste
Piedad de su inocencia! ¡Hija del alma,
Que de trama infernal víctima fuiste!
¿Yo compasion de tí!

ALDONZA.

Dejadme, os ruego,
Mi delito expiar arrepentida.
¡Oh! permitid que en silencioso claustro
Sobre la dura piedra arrodillada,
Vertiendo sin cesar llanto de sangre,
Mi culpa deje al espirar lavada.
Ya para vos, esposa del Eterno,
No viviré de hoy más.

DON FERRIZ.

Y Dios te oiria,
Y piadoso tu súplica acogiendo,
Acaso tu maldad perdonaria.
No: muere sin rezar, desesperada,
Blasfemando de Dios, porque el infierno
Te reciba, inconfesa pecadora,
De su mansion en el suplicio eterno.

ALDONZA.

¡Por piedad, por piedad!

DON FERRIZ.

¡Fortun!

**ESCENA IV.**

DICHOS. FORTUN, á la puerta.

ALDONZA.

¡Tan pronto!

DON FERRIZ.

Mis órdenes cumplid.

ALDONZA.

Perdon: ¡ay triste!

FORTUN.

Vamos, la dueña.

ALDONZA.

No.

FORTUN.

Será por fuerza;
Que la habré de arrastrar, si se resiste.

ALDONZA.

¿Que he de morir!

FORTUN.

Á mi señor le plugo.

ALDONZA.

Rogadle vos por mí.

FORTUN.

¿Dónde habeis visto
Que ruegue por la víctima el verdugo?

ALDONZA.

¿Sois mi verdugo vos?

FORTUN.

No me haga dengues,
Y déjese matar como es debido.

DON FERRIZ.

¿No acabais?

FORTUN.

¡Sí, par diez! Venga la bruja.

ALDONZA.

¡Madre del Salvador! piedad te pido.

**ESCENA V.**

DON FERRIZ.

¡Muere en expiacion, tú que has cubierto
Mi decrépita frente de amargura!
No te oiga Dios, ni tu tormento crea,
Y el premio á tu maldad eterno sea.
¡Isabel! ¡Isabel! ¡hija adorada,
Lozana flor, para tu mal nacida,
Y por aleves manos deshojada!
Ya la luz de mis ojos me ha faltado,
Que era la luz de tus hermosos ojos,
Y ya no mirarán al viejo padre
Sino cubiertos de dolor y enojos.
Tú, justicia eternal, lo permitiste.
¡Isabel! ¡Isabel!

**ESCENA VI.**

DON FERRIZ. ISABEL, por la izquierda.

ISABEL.

¡Padre!

DON FERRIZ.

¡Dios mio!
Dadme valor: el sacrificio es triste.

ISABEL.

¡Padre!

DON FERRIZ.

Acércate, hija mia;
Ven aquí.

ISABEL.

(Me hace temblar.)

DON FERRIZ.

¿Lloras? ¿qué negro pesar
Turbó, Isabel, tu alegría?
Tú que de un padre amoroso
Eres el único bien...
¿Quién pudo ofenderte, quién,
Que está tu rostro lloroso?
¡Hermosa como tu madre!
¿Por qué lloras?

ISABEL.

(¡Ay de mí!)

DON FERRIZ.

¿No hay una sonrisa, di,
Ni un beso para tu padre?

ISABEL.

(¡Qué tormento!)

DON FERRIZ.

¿No es verdad
Que en tu alma cándida, hermosa,
Nunca ofender pudo cosa
Mi cansada ancianidad?

ISABEL.

¡Señor!...

DON FERRIZ.

Yo jamas de tí
Tal pensé : ¡qué desvarío!
¿No respondes?

ISABEL.

¡Padre mio!...
¿Por qué atormentarme así?

DON FERRIZ.

¡Yo atormentarte, Isabel,
Cuando eres tú mis delicias!
¿Por qué?

ISABEL.

¡Con vuestras caricias
Estais, mi padre, cruel!

DON FERRIZ.

¿Qué dices?

ISABEL.

No soy yo aquella
Que hija vuestra se llamó:
Ya la Isabel no soy yo,
Inocente como bella.
¡Piedad! ¡soy tan infeliz!

DON FERRIZ.

¿No lo soy yo?

ISABEL.

¡Padre amado!

DON FERRIZ.

¡Cuál me has hecho desgraciado
Con tu funesto desliz!
Pueda yo del seductor,
Que así te dejó marchita,
Beber la sangre maldita
Para aplacar mi furor.
¡Su nombre! En vano blasona;
Nada importa si un rey es;
Que haré polvo con mis piés
Su cabeza y su corona.

ISABEL.

Perdon, perdon: soy culpable,
Grandes mis delirios son;
Pero... tened compasion
De esta mujer miserable.
Amé, desenvuelta, á un hombre...

DON FERRIZ.

¿Le amaste?

ISABEL.

Fuera su esclava.

DON FERRIZ.

¡Su nombre!

ISABEL.

Me lo ocultaba;
Nunca me dijo su nombre.

DON FERRIZ.

¿Que te ha engañado no ves,
Por más aumentar mi agravio!

ISABEL.

Sólo supe de su labio
Que es noble y aragones.

DON FERRIZ.

¡Infame! tú me robaste
Todo el bien que yo tenia...
Hollaste la vejez fria,
Y la blanca flor pisaste.

ISABEL.

¡Ah señor!...

DON FERRIZ.

¡Es tan cruel
La vida así deshonrada!
¡Tener la frente manchada
Con una marca de hiel!
Porque livianos antojos
La mujer quiso abrigar,
No es lícito al hombre alzar
Ante los hombres sus ojos.
¡Vergüenza! éste el fruto ha sido
De mis desvelos.

ISABEL.

Señor...

DON FERRIZ.

Maldiga el cielo tu amor.

ISABEL.

Mil veces perdon os pido.

DON FERRIZ.

No basta.

ISABEL.

¿Quereis mi muerte?
Heridme, si la quereis.

DON FERRIZ.

¡Herirte yo!

ISABEL.

¿No podeis?...
(Le saca la daga, y don Ferriz la detiene.)
Mi brazo será más fuerte.

DON FERRIZ.

No, no. (¡Paternal cariño!)

ISABEL.

¿Llorais, mi padre?

DON FERRIZ.

Tal vez...
Lágrimas en la vejez,
Que son lágrimas de niño.
¡Oh! me ha irritado este llanto.

ISABEL.

Heridme.

DON FERRIZ.

No puedo á él.
Morir es fuerza, Isabel;
Pero, Isabel... ¡te amo tanto!

ISABEL.

Si es fuerza, para que vos
Podais alzar vuestra frente,
Muera yo: mi alma inocente
Reciba en su seno Dios.

DON FERRIZ.

¡Empero, si un medio hubiera!
Herirte es horrible cosa.
¡Tú, tan pura, tan hermosa,
Con esa frente hechicera!

ISABEL.

¡Maldiga Dios mi hermosura,
Que fué causa de afligirte!

DON FERRIZ.

Isabel, no puedo herirte,
Es muy grande mi ternura.
Oye: manchado mi honor,
Sólo curarse debia
Con tu sangre, que es la mia,
Con tu vida, que es mi amor.
Tu padre ya moribundo
No quiere verte morir...
¿No puedes para él vivir,
Aunque mueras para el mundo?

ISABEL.

Y ¿cómo?

DON FERRIZ.

Porque se borre
Ese recuerdo, de hoy más
Para siempre vivirás
Encerrada en una torre.
Mañana saldrá de aquí,
De mis deudos cortejado,
Triste féretro enlutado...
Para el mundo, estás allí.

ISABEL.

¡Padre!

DON FERRIZ.

Mas no temas, no,
Que extrañen su peso leve...
Reposa en su espacio breve
Dueña que mal te guardó.

ISABEL.

¡Mi dueña!

DON FERRIZ.

¡Premio debido
Á quien, guardando un tesoro,
Más rico que vida y oro,
Puso su precio en olvido!
¡Justo premio á la que impía,
Cuando debió defendella,
Vendió la hermosa doncella,
Que era la esperanza mia!

ISABEL.

¡Me vendieron!

DON FERRIZ.

Este fué
(Mostrándola el bolsillo y la sortija.)
El precio del deshonor.

ISABEL.

¡Fuí vendida!... ¡yo!... ¡qué horror!....
¡Yo que tan ciega le amé!
Cuando el corazon sin calma
Por él se agitaba sólo,
¿Por qué recurrir al dolo
Para arrebatarme el alma?

DON FERRIZ.

Isabel, ¿á qué ese llanto?

ISABEL.

Padre... dejadme llorar.
Sólo una vez supe amar;
Pero esa vez... ¡amé tanto!

DON FERRIZ.

¡Infeliz!
(Llaman á la puerta de la derecha.)

ISABEL.

¿No oísteis?

DON FERRIZ.

Sí.
¿Quién es?

DON LOPE. (Dentro.)

Un hombre desea
Hablaros.

DON FERRIZ.

Que no te vea.
(Isabel se dirige á la puerta del fondo; pero don Ferriz la hace entrar por la izquierda.)
No, no, Isabel... por allí. (Don Ferriz abre.)

## ESCENA VII.

DON FERRIZ. DON LOPE.

DON FERRIZ.

¡Lope! ¡vienes azorado!
¿Por qué motivo?...

DON LOPE.

Á la puerta,
Que vos dejasteis abierta,
Seis hombres se han presentado.
Uno preguntó por vos,
Desenfadado en extremo.

DON FERRIZ.

Que éntre al punto.

DON LOPE.

Yo me temo...

DON FERRIZ.

¿Teneis miedo? ¡Vive Dios!

DON LOPE.

Ya se entraron : ella es gente
Que no gasta cortesía. (Mirando desde la puerta.)
Mirad bien...

DON FERRIZ.

Por vida mia,
Que estais, Lope, impertinente.

DON LOPE.

Solo os dejo. (Vase.)

DON FERRIZ.

Que éntre pues,
Y no le hagais esperar.
Veamos qué viene á buscar
Con tono tan descortes.

### ESCENA VIII.

DON FERRIZ. DON RAMIRO y CINCO HOMBRES EMBOZADOS.

DON RAMIRO.

¿Don Ferriz?

DON FERRIZ.

¿Quién me llamó?

DON RAMIRO.

¿Conoceisme?

DON FERRIZ.

¿Á vos?

DON RAMIRO.

Á mí.

DON FERRIZ.

Presumo que nunca os vi.

DON RAMIRO.

Lo mismo presumo yo.
¿Sabeis á qué es mi venida?

DON FERRIZ.

Lo ignoro. (Sin duda es él.)

DON RAMIRO.

Vine aquí por Isabel;
Por Isabel, ó tu vida.
¿Lo oíste, viejo menguado?

DON FERRIZ.

¡Á aqueso venis agora!

DON RAMIRO.

Porque la infeliz me adora,
La habrás acaso enojado.

DON FERRIZ.

¡Infame! ¡y osais mirarme
Con tal descaro insolente!
¡Habeis manchado mi frente,
Y ahora venis á insultarme!

DON RAMIRO.

Acortemos el hablar;
Que es ya tu charla prolija.
(Á una seña de don Ramiro, los embozados se apoderan de don Ferriz.)
Tu hija me has de dar, tu hija,
Ó puedes por tí rezar.

DON FERRIZ.

¿Darla? no... llevadla vos,
Pues que lo quereis así.

DON RAMIRO.

Mas ¿dónde está? ¿dónde?...

DON FERRIZ.

Allí.
(Señalando á la puerta del fondo.)
(Don Ramiro se dirige á la puerta del fondo, haciendo á los embozados una seña para que le sigan : éstos dejan libre á don Ferriz, que entra por la izquierda, cerrando tras sí la puerta. Al alzar don Ramiro el tapiz que oculta la del fondo, se deja ver por ella un ataud alumbrado con cuatro bachas.)

DON RAMIRO.

¡Viejo!... confúndate Dios.

---

# ACTO TERCERO.

## EL OBISPO DE RODA.

---

Una sala en el palacio episcopal de Roda, sencillamente amueblada. En el fondo una puerta, por la que se deja ver una dilatada galería. Á la derecha una imágen de la Vírgen de los Dolores.

### ESCENA PRIMERA.

DON RAMIRO, escribiendo en una mesa, donde habrá algunos libros.

¡Cansado estoy! ya era tiempo...
Pronto vino la mañana, (Soltando la pluma.)
Y áun no he cerrado mis ojos,
Porque sufriendo está el alma.
Así mi vida se agota,
Y lentas mis horas pasan
Entre inútiles recuerdos,
Sin placer, sin esperanzas.
Recuerdos de hermosos dias
Que en mi mente se resbalan,
Y mis sueños acarician,
Llenos de luz argentada.
Ilusiones son mis dichas,
Pasajeras y livianas,
Y está lleno el corazon
De realidades amargas.
¡Un ataud! ¡noche horrible!
Un ataud la guardaba,
Y en él para siempre está
Mi ventura sepultada.
Me amó y murió... ¡flor hermosa,
Marchita en edad temprana;
Que arrebató el huracan
Tu corona perfumada!
Mi amor la ponzoña fué
Que tu vida envenenara.
Tú, que naciste dichosa
Bajo el techo de tu casa,

Tú, que eras blanca paloma,
Pura, angelical, sin mancha,
Tú por mi amor has perdido
Esa vida aventurada.
¡Amor nacido en mal hora,
Y que áun me atormenta el alma,
Donde tu imágen está
Eternamente enclavada!
¿Y esa sangre... y esa sangre
Que derramé?... no hay borrarla;
Que es sordo el remordimiento
Á la voz de mi plegaria.
Quédate allá en tu sepulcro,
Do en eterna paz descansas,
Y no atormentes mi vida,
Aterradora fantasma.

(Queda sumergido en profunda meditacion.)

### ESCENA II.

DON RAMIRO. EL ABAD DE SAN PEDRO EL VIEJO. FRAY PEDRO, monje de la misma órden.

ABAD.

¡Temprano se ha levantado!
Vedle allí... su vida pasa
En la oracion y el silicio,
Ó comentando las sacras
Escrituras.

FRAY PEDRO.

¡Ejemplar
Es su vida!

ABAD.

Áun no repara
Que estamos aquí... tal es
Su abyeccion.

DON RAMIRO.

¡Ah! ¿quién hablaba?
¿Sois vos, Abad?

ABAD.

Vine á veros,
Porque una noticia vaga,
Que interesaros pudiera...

DON RAMIRO.

Decid.

ABAD.

Llegó esta mañana
De Huesca un hombre, que oyó
Lúgubre són de campanas.

DON RAMIRO.

¿Y qué?

ABAD.

Preguntó al instante
De tanto duelo la causa,
Y dijéronle...

DON RAMIRO.

Acabad.

ABAD.

Que era el Rey á quien lloraban:

DON RAMIRO.

¡El Rey mi hermano!

ABAD.

Y ha muerto
Sin sucesion. Doña Urraca
Partió á Castilla, y al trono...

DON RAMIRO.

Nuevas traeis bien amargas.

ABAD.

No hay más sucesor que vos.

DON RAMIRO.

¡Alfonso! mucho le amaba.

ABAD. (Ap. á fray Pedro.)

¿Veis?

FRAY PEDRO.

(La ambicion no le inquieta.)

DON RAMIRO.

(¡La corona abandonada,
Huérfano el trono! ¡Hace tiempo
Que con el trono soñaba!)

ABAD.

¿Qué decis?

DON RAMIRO.

Yo nada digo,
Sino que esa nueva infausta
Me ha llenado de amargura...
Diré hoy misa por su alma.
Decidla tambien, Abad,
Y vos, fray Pedro.

FRAY PEDRO. (Al Abad.)

(¡Qué santa
Conformidad!)

DON RAMIRO.

Luégo iré
Á la catedral sin falta,
Y allí os veré... Dios os guarde.

ABAD.

Él os conserve en su gracia.

### ESCENA III.

DON RAMIRO.

¡Hay una corona, sí,
Que de alto poder blasona,
Y puede ser para mí!
Yo me acuerdo que entreví
En el mundo esa corona.
Yo me acuerdo que soñaba,
Cuando del mundo cruel
El ancho escalon pisaba,
Que una corona adornaba
Mi frente y la de Isabel.
Para ella sola, para ella
Sólo la anhelé sin duda;
Mas ya que no puedo hacella
Feliz, ¿qué importa á mi estrella
Esa corona viuda?

¿Qué me importa? Bien pudiera...
¡Yo, que desgraciado fuí
Por el mundo en tal manera!
Dejar al mundo quisiera
Algun recuerdo de mí.
Mas no... ¡locura, locura!
Yo, que consagrado estoy
Á esta horrible vida oscura,
Yo, ¡desdichado! ¡yo soy
Quien tales cosas procura!
Sólo el pensarlo me aterra...
Reyes, que en palacios de oro
Mandais la muerte y la guerra,
Que sembrais espanto y lloro
Yermando, impíos, la tierra,
¿No es cierto que vuestra frente
Acaso mancha el rocío
De sangre humana, inocente?
¿Que es vuestro sueño sombrío,
Y vuestro velar doliente?
¿Qué importa que vuestra vida
Se resbale hácia su fin
Altanera y engreida
Entre esa gloria mentida
Y los bríndis del festin?
Reyes de la tierra impía,
No envidia mi corazon
Vuestra mundana alegría,
Miéntras piadosa María
Oiga mi humilde oracion.
Que ya abjuré mis errores
En que viví torpe y ciego,
Y los vivos resplandores
De esa corona de fuego
Son mis encantos mejores.
(Se oye tocar un clarin. Don Ramiro se levanta agitado.)
Mundano placer me irrita,
Mundana gloria me llama...
Dime tú, Madre bendita,
¿Por qué mi pecho se agita,
Por qué mi frente se inflama?
Santa Vírgen dolorosa,
Tu pura frente amorosa
Ciñe con brillo luciente
Dorada corona hermosa...
Y ¡no hay ninguna en mi frente!
Una corona brillante
Y un alcázar opulento,
Y hollar con mis piés triunfante
Á un pueblo que alegre cante
Con su esclavitud contento...
Y ver á mis piés postrados
Ricos y fuertes varones,
Y arrastrar tras mis pendones
Ejércitos de soldados,
Que dén guerra á las naciones...

### ESCENA IV.

DON RAMIRO. EL ABAD.

ABAD.
Aquí están.

DON RAMIRO.
¿Quién es?

ABAD.
Señor...

DON RAMIRO.
¿Qué nuevas?

ABAD.
Ahora llegaron,
Entre confuso rumor,
Cien nobles que demandaron
De hablaros el alto honor.

DON RAMIRO.
Que entren pues.

ABAD.
Á sospechar
Llegué de aquesta venida
Que rey os quieren nombrar.

DON RAMIRO.
¡Rey yo!

ABAD.
Si quereis que impida...

DON RAMIRO.
No, no... dejadlos entrar.

### ESCENA V.

LOS MISMOS. En el fondo de la galería aparecen porcion de nobles, uno de los cuales trae un azafate cubierto con un paño ricamente bordado. DON FERRIZ DE LIZANA. DON LOPE. DON PEDRO DE ATARES. DON FERNANDO DE LUNA. ORDAZ. GARCÍA DE VIDAURE y OTROS.

DON LOPE.
Seguidme.

TODOS.
Él es.

DON RAMIRO.
Mas ¿qué es esto?

DON LOPE.
La nobleza de Aragon
Es la que veis, que ya en Huesca
Por su rey os aclamó.
Vuestro hermano don Alfonso,
Nuestro monarca y señor,
Pagó el tributo á la muerte
Sin dejarnos sucesion.
El trono está abandonado
Al ciego embate feroz
De ambiciosos que codician
Su refulgente esplendor.
Mas nadie ocuparle debe,
Don Ramiro, sino vos,

Y por eso la nobleza
Por su rey os aclamó.
Navarra alzó á don García,
Y con extraño furor
Huestes en el campo apresta,
Que fuertes y bravas son.
Rey, llevadnos á la lid
Contra el torpe usurpador,
Y defended la corona
Que arrebataros pensó.

DON RAMIRO.

¡Navarra por don García
Alzó rebelde el pendon!
¡Dió su corona á otras sienes
En tanto que vivo yo!
Buscaremos al navarro
En sus montes, ¡vive Dios!
Si medir su poder quieren
Con mis bravos de Aragon.
¡Rebeldes! ¡oh!... mas ¿qué digo?
Yo, que un pobre monje soy,
De esa vanidad mundana
Desprecio el falso esplendor.
Aquí vivo demandando
Con fervorosa oracion
El perdon de mis delitos...
Y la clemencia de Dios.

DON PEDRO.

Sed nuestro rey, don Ramiro.

DON RAMIRO.

No me ciega esa ambicion.

TODOS.

Sed nuestro rey.

DON RAMIRO.

Dios lo sabe
Que no lo codicio, no.
Empero, si al arrancarme,
De mi tranquila mansion,
Más que á gozar de ese trono,
Á sufrir y lidiar voy,
Pronto me teneis... así
Tal vez lo ordena el Señor:
Vuestro rey seré...

TODOS.

¡Que viva!

ABAD.

(¡Qué santa resignacion!)

DON PEDRO.

Y nosotros os juramos
Obediencia desde hoy;
Mas recordad que ese trono
Vuestra nobleza os le dió.
Vos tambien, rey don Ramiro,
Juradnos que de Aragon
Las leyes y privilegios
Guardaréis primero vos.
Así, la corona os damos,
Y si no lo jurais, no,
Y quitárosla podemos
Como á perjuro y traidor.

DON RAMIRO.

(¡Oh! ¡qué molesto discurso!)
Os juro en nombre de Dios
Que en respetar esas leyes
El primero he de ser yo.

DON PEDRO.

Dadme á besar vuestra mano
Como monarca y señor.

(Se van acercando algunos á besar la mano á don Ramiro. El caballero que trae el azafate le descubre, y en él se ven el cetro y la corona.)

DON RAMIRO.

(Así, nobleza orgullosa;
La frente humilla feroz:
Así, mis plantas besando,
Postrada te quiero yo.)

(Don Ferriz llega á besar la mano á don Ramiro.)

DON FERRIZ.

¡Señor!...

DON RAMIRO.

Alzad, noble anciano:
No permitiré...

DON FERRIZ.

¡Gran Dios!

DON RAMIRO.

¡Don Ferriz!

DON PEDRO.

Besad la mano
Del rey don Ramiro.

DON FERRIZ.

No.

TODOS.

¿Qué decis!

DON FERRIZ.

Que no es mi rey
Quien fe no tiene ni honor,
Y mal un trono guardara
Quien mal el honor guardó.

DON RAMIRO.

¡Don Ferriz!

DON FERRIZ.

Alzad los ojos
Y miradme sin rubor...
Sin rubor, como yo os miro,
Porque honrado y noble soy.

DON RAMIRO. (Á media voz.)

Callad... callad...

DON FERRIZ.

No temais
Que yo mi propio baldon
Publique... ¡En un ataud
Por siempre oculto quedó!

DON RAMIRO.

Es verdad....

ABAD.

(Yo no comprendo.)

DON RAMIRO.
Vámonos de aquí.
ABAD.
Señor...
DON RAMIRO.
Debe estar loco ese viejo.
ABAD.
Eso he presumido yo.
DON RAMIRO.
Vamos á Huesca.
DON FERRIZ.
¡Estoy loco!
DON RAMIRO.
Y, como tal, mi perdon...
DON PEDRO.
¡Le perdonais! no, que sea
Castigado cual traidor.
DON FERRIZ.
¡Don Pedro!
VARIOS CABALLEROS.
¿Traidor? ¡que muera!
DON RAMIRO.
Ya le he perdonado yo...
Vamos.
ABAD.
Así en la clemencia
Son los reyes como Dios.

## ESCENA VI.

DON FERRIZ. ORDAZ. DON FERNANDO y OTROS.

DON FERRIZ.
¿No seguis al Rey? ¿por qué?
Dejadme solo, señores;
Que os han de llamar traidores,
Como llamarme escuché.
Seguidle... besad la mano
De ese tirano sin ley,
Que ciegos alzaron rey,
Y ha de oprimiros tirano.
ORDAZ.
Lizana... ¡tambien ayer
Vos le aclamasteis, por Dios!
DON FERRIZ.
No comprendeis esto vos,
Ni nadie lo ha de entender.
ORDAZ.
Tus deudos somos: si pudo,
De alguna ofensa capaz,
Hollar tus canas...
DON FERRIZ.
Ordaz,
De tu nobleza no dudo.
Pero permite que el labio
Calle mi afrenta y mi duelo...
Deja que remita al cielo
La venganza de mi agravio.
ORDAZ.
No, no...
DON FERRIZ.
Con necia esperanza
Al hijo mio esperé;
Que á su brazo confié
De mi ultraje la venganza.
Pero el tiempo pasa, y ya
Se inclina mi frente al suelo,
Sin que me quede el consuelo
De que á su padre verá.
¡Ya no!... que ha muerto tal vez
De la guerra entre el horror...
¡Hijo, de su padre honor,
Y amparo de mi vejez!
DON FERNANDO.
No así os aflijais, Lizana,
Todos vengarte juramos.
DON FERRIZ.
¿Lo jurais?
TODOS.
Sí, sí...
DON FERRIZ.
¡Pues vamos!
¿A qué esperar á mañana?
ORDAZ.
Fuera indiscrecion.
DON FERRIZ.
¿Por qué?
Ahora, para luégo es tarde;
Y si tú temes cobarde,
Déjame... yo le heriré.
ORDAZ.
Viejo Lizana, por viejo
Ya no os respondió mi espada...
DON FERRIZ.
¡Ordaz!
ORDAZ.
No... no os digo nada;
Pero escuchad mi consejo.
Á dos leguas de Monzon
Teneis, Lizana, un castillo
Con ancho foso y rastrillo
Y muros que fuertes son.
Por algun tiempo esperad
En él, y allí nos veremos...
Vosotros... (Á los demas.)
TODOS.
Todos iremos.
DON FERRIZ.
¿Cuál es tu intento?...
ORDAZ.
Escuchad.
Vasallos al rey leales
Defenderán su persona;
Que halla siempre una corona
Servidores y parciales.

Deudos y amigos reunamos
Que resistan su poder;
Esto, Lizana, ha de ser...

DON FERRIZ.
Sea pues.

ORDAZ.
Al Rey sigamos.
Que no noten...

DON FERRIZ.
Partid pues.

DON FERNANDO.
Y no temas, noble anciano:
La cabeza del tirano
Verás muy pronto á tus piés.

ORDAZ.
¡Silencio! La comitiva
Sale ya.

DON FERRIZ.
¡Mísera grey!

DON PEDRO. (Sale.)
Señores, que marcha el Rey.

ORDAZ.
¡Viva don Ramiro!

TODOS.
¡Viva!
(Se van todos por el fondo.)

# ACTO CUARTO.

## PARTE PRIMERA.

## UNA ORGÍA.

—

Un salon de un castillo. En el fondo una puerta, otra á la izquierda, y á la derecha una ventana. En medio del teatro hay una mesa grande, cubierta con los restos de una cena, y luces amortiguadas. Algunos de los actores que se hallan en la escena al levantarse el telon, manifiestan embriaguez.

### ESCENA PRIMERA

DON FERNANDO. ORDAZ. GARCÍA DE VIDAURE. DON RUY JIMENEZ DE LUNA y otros. DON FERRIZ está en la puerta de la izquierda.

DON FERRIZ.
Pues como os iba diciendo, (A don Fernando.)
Para si alguno lo ignora,
Decidles que con la aurora
Hemos de partir.

DON FERNANDO.
Lo entiendo.

DON FERRIZ.
Que bien provistos estén,
Y reunan sus soldados.

DON FERNANDO.
Todos están preparados,
Y advertidos por mí.

DON FERRIZ.
Bien.
(Se va por la izquierda.)

ORDAZ.
¿Qué dice el viejo?

DON FERNANDO.
Me advierte
Que esteis prevenidos.

ORDAZ.
¡Ya! (Bostezando.)

DON FERNANDO.
¿Tienes sueño? ¡Voto va!...

GARCÍA.
¡Te estás durmiendo!

ORDAZ.
De suerte
Que, como nada he dormido,
Y yo bebo de tal modo...

GARCÍA.
Dijeras que estás beodo,
Y es negocio concluido.

ORDAZ.
No digo tal...

GARCÍA.
¡Calla, calla!

ORDAZ.
Y por Dios...

DON FERNANDO.
Vamos, ¿qué es esto?
¡Vos airado y descompuesto!

GARCÍA.
Veremos en la batalla.

ORDAZ.
Si gustais, ¿á qué esperar
Para probar allí el brio?
Aquí ha de ser, señor mio.

DON FERNANDO.
¡Qué! ¿no te quieres callar?
¡Cara de zorro!

ORDAZ.
¿Tambien
Pretende el necio hidalguillo
Morir dentro del castillo? (Empuña.)

DON FERNANDO.
Prueba á levantarte.
(Quiere levantarse Ordaz, y vuelve á caer en su silla.)

TODOS.
¡Bien!

ORDAZ.
¡Voto á Crispo!...

DON FERNANDO.
Calle el necio.

ORDAZ.
Si mi paciencia provoca,

Que le he de cerrar la boca,
Porque no me hable tan recio.

### ESCENA II.

Los MISMOS. ALFONSO Y BELTRAN, con los ojos vendados: entran por la izquierda, acompañados de algunos soldados, que inmediatamente se retiran.

BELTRAN.
¿Llegamos ya?

ALFONSO.
Sí.

BELTRAN.
Bien puedo
Quitarme la venda entónces.

DON FERNANDO.
Sí podeis.

ALFONSO.
Enhorabuena. (Se quita la venda.)

DON FERNANDO.
¿Sois de los nuestros?

ALFONSO.
Soy noble.

DON FERNANDO.
Y por lo tanto...

ALFONSO.
Enemigo
Del rey don Ramiro el Monje.

DON FERNANDO.
¿Fiel?

ALFONSO.
Mis hechos os dirán
Si á mi oferta corresponden.

DON FERNANDO.
Vuestro amigo...

ALFONSO.
Es otro yo.

DON FERNANDO.
Eso basta.

ORDAZ. (A García.)
¿Le conoces?

GARCÍA.
No.

ORDAZ.
Ni yo: será sin duda
Algun hidalgüelo pobre,
Que quiere medrar... ¡Amigo! (A Alfonso.)
Habeis llegado á los postres,
Y lo siento, porque...

ALFONSO.
Gracias.

DON FERNANDO.
Ordaz, callad por san Jorge.

ORDAZ.
No callo.

FERNANDO.
Sois pertinaz,
Y vais á hacer que me enoje.

ORDAZ.
Como gusteis. Dadme acá (A Alfonso.)
La mano, gallardo jóven:
Quiero ser muy vuestro amigo;
Que me ha agradado su porte.

DON FERNANDO.
No hagais caso.

ALFONSO.
Esta es mi mano...

ORDAZ.
Los cumplimientos acorte;
Que eso me basta... Brindemos
Por nuestra amistad conformes.

ALFONSO.
Perdonad.

ORDAZ.
¿No sois acaso
Aficionado? (¡Pobre hombre!)
Como áun sois mozo...

ALFONSO.
Tal vez...

ORDAZ.
A mí me agrada el desórden,
Y el vino de las orgías,
Y las báquicas canciones.
Nada hay más bello que oir
Ese bullicio discorde,
Ese rumor infernal
De las copas y las voces.
O bien, si á ciegas camino
En medio de oscura noche,
Me agrada ver á lo léjos
Gótica opulenta torre,
Rojas luces exhalando,
Que en el pálido horizonte
Tal vez del cielo parecen
Fantásticos resplandores.
Y allí hay un festin, allí
Pasan las horas veloces
Entre la risa y el vino
Y entre lúbricos amores.
Mi divisa es disfrutar;
Que para esto nació el hombre:
Mañana... será otro dia...
Tal vez mañana me ahorquen.

GARCÍA.
¿Qué dices?

ORDAZ.
No es muy difícil;
Que á los que conspiran...

GARCÍA.
¿Oyes?
Tienes razon: por si acaso,
Bebed y cantad, señores.

DON FERNANDO.
Callad, ya basta de canto.

ORDAZ.
Y ¿qué hemos de hacer entónces?

DON FERNANDO.
Dormir: bien lo necesita
Ese pellejo de aloque.

ORDAZ.
¿Me insultais?

DON FERNANDO.
Yo no os insulto.

ORDAZ.
Métase en lo que le importe,
Ó ¡voto á brios!...

DON FERNANDO.
¡Eh! callad,
Y Dios os dé mala noche.
Caballeros, que me sigan
Unos pocos.

ALFONSO.
Si dispone
De los dos...

DON FERNANDO.
Ahora no; al alba
Ya oiréis del clarin el toque.

## ESCENA III.

ALFONSO. BELTRAN. ORDAZ. GARCÍA. Estos dos últimos se han dormido en sus sillas. Un momento de silencio.

ALFONSO.
¿Duermen ya?

BELTRAN.
Duermen.

ALFONSO.
¿Sabeis
Dónde estamos?

BELTRAN.
No por cierto.

ALFONSO.
Ni yo.

BELTRAN.
Con ojos vendados
Á este lugar me trujeron.

ALFONSO.
Y á mí tambien.

BELTRAN.
Mas no debe
La ciudad estar muy léjos.

ALFONSO.
Á dos horas de Monzon,
Calculo.

BELTRAN.
Y ¿cómo daremos
Aviso al Rey?

ALFONSO.
Eso es
Difícil.

BELTRAN.
Tambien lo creo.

ALFONSO.
Esperad... una ventana
(Se dirige á la derecha, y abre la ventana.)
Hay aquí.

BELTRAN.
Pues bien, saltemos.

ALFONSO.
Id solo vos.

BELTRAN.
¿No venis?

ALFONSO.
No, Beltran, yo aquí me quedo.
Tal vez despues acontezca
Algun suceso...

BELTRAN.
Lo entiendo.
Atemos estas dos bandas,
Porque está léjos el suelo,
Y armad una flecha... así;
Que allí un centinela veo.

ALFONSO.
Despachad.
(Baja Beltran.)

DENTRO.
¿Quién va?

BELTRAN.
Tiradle.
(Alfonso dispara.)

DENTRO.
¡Ay!

BELTRAN.
¡Buen ojo!

ALFONSO.
Cayó muerto.

BELTRAN.
Es asunto concluido. (Desde abajo.)

## ESCENA IV.

ALFONSO.

Libre está, gracias al cielo.
Ya no tardará en saber
El Rey... ¡Cómo duermen! ¡bueno!
¡El despertar será horrible,
Cuanto es apacible el sueño!
(Pausa.)
Ya estoy al fin en mi patria...
Ausente por largo tiempo,
Léjos de ella suspiré
En mazmorras y desiertos.
Ni áun vi á mi padre; lidiando
Contra el feroz agareno
Al lado del Rey, su vida
Salvé de inminente riesgo.
Preciado de mi valor,
Honores me ha dado y premios
Sin saber quién soy... mi orígen
Siempre le tuve encubierto.
Ahora me mandó tuviese
En cuenta á los descontentos,

Y áun no pude ir á estrechar
Á mi padre... ¡pobre viejo!
¡Cuánto por mí habrá llorado!
Y acaso me juzga muerto...
Pronto me verá... De gozo
Siento estremecerse el pecho.

### ESCENA V.

ALFONSO. La puerta del fondo se abre, y aparece en ella ISABEL, vestida de blanco, con una luz en la mano. Se adelanta á la escena, pálida, y manifestando en sus miradas y ademanes un completo delirio.

ALFONSO.

¡Ilusion! ¿no es Isabel?...
Ella es sin duda, ó su sombra.
¡Isabel!

ISABEL.

¡Ay! ¿quién me nombra?

ALFONSO.

¡Hermana! ¡hermana!

ISABEL.

No es él.
(Mirándole con ojos estúpidos.)
¡Hay tantos hombres aquí!
(Coloca la luz sobre la mesa.)
Quizá será aquel.
(Se dirige á Ordaz y le toca la frente y las manos.)

ALFONSO.

¡Dios mio!
No me conoció.

ISABEL.

¡Está frio!
Muerto tal vez... ¡ay de mí!

ALFONSO.

¡Ah! su extraña aparicion
En este lugar me pasma.

ORDAZ.

¡*Vade retro*, la fantasma!
(Pasándose las manos por los ojos.)
¡Uf! ¡qué horrorosa vision!

ISABEL.

Dios de amor, ¡no es él tampoco!

ALFONSO.

¿Á quién busca! ¡Desdichada!

ORDAZ.

¿Si es un alma condenada!...
¡Centinela!

ALFONSO.

Calla, loco.

ORDAZ.

Pero no le han de valer
Sus mañas... ¿han visto tal!
Alma en pena, tal por cual,
Váyase, ó tendrá que ver.
(Se queda otra vez dormido.)

ISABEL.

¡Ninguno! ¡eterna afliccion!
¿Goza ya, Dios inefable,
De la vida perdurable
En tu celeste mansion?
¿No existe ya para mí?
¿No he de hallarle en esta vida,
Donde le busco afligida,
Donde le amé y le perdí?
¡Oh! que entónces fuera yo,
Solitaria en este mundo,
El recuerdo moribundo
De una dicha que pasó.

ALFONSO.

¡Es un delirio! No sé
Lo que me pasa...

ISABEL.

Ven, corre...
De esta misteriosa torre,
Por tu vida, sacamé.
Aquí han pasado mis dias
En lágrimas y querellas,
Y en recordar horas bellas
He pasado horas impías.
Siéntate... ¿quieres saber
Cuánto he sido desgraciada?
¿Por qué vive aquí encerrada
Esta infelice mujer?

ALFONSO.

Sí... dímelo.

ISABEL.

Pües escucha,
Y guárdalo en tu memoria,
Porque es horrible mi historia,
Y mi desventura es mucha.
En años más tiernos
Dichosa viví...
Aquella era vida,
Y aquesto es morir.
Mi edad era hermosa,
La edad del Abril,
Y entónces reia
Tranquila y feliz.
Tranquila; mas luégo
Por mi mal oí
De un doncel las quejas,
Que era un serafin.
Apuesto y bizarro,
De talle gentil,
Con ojos de amores
Y blando reir,
Sus quejas me hirieron,
Y le amé por fin...
Lloraba, y yo nunca
De diamante fuí.
Al yugo de amores
Rendí la cerviz,
Y blanda á su halago,
Feliz sonreí.
Mas ¡ay! desde entónces

Sin calma, infeliz,
En prision estrecha
Me consumo aquí.
Mi tez se marchita,
Mi tez de jazmin,
Y lloran mis ojos,
Ajándose así.

ALFONSO.

¡Dios justo!

ISABEL.

¡Silencio!
Ya vienen... ¿no oís?

(Se levanta y se dirige al fondo.)

ALFONSO.

¡Hermana! (La detiene, tomándola una mano.)

ISABEL.

¡Soltadme!...
Rumor suena allí.

ALFONSO.

Espera.

ISABEL.

Es mi tumba,

(Abre la puerta del fondo, y entra por ella, cerrando tras sí la puerta de golpe.)

Que se vuelve á abrir.

## ESCENA VI.

ALFONSO.

Isabel... ¡Si estoy soñando?
Óyeme, Isabel... hermana...

ISABEL. (Dentro.)

Sacadme de aquí.

ALFONSO.

Sí, sí... (Empuja la puerta.)
Está por dentro cerrada.
Y ¿quién es el atrevido
Que en esta torre te guarda?
¡Y mi padre!... ¡qué sospechas!
Y habrán hollado sus canas.
Echaré al suelo la puerta;
Que, por Dios, que he de librarla,
Aunque del mundo el poder
Y el infierno la guardara.

## ESCENA VII.

ALFONSO. DON FERRIZ.

ALFONSO.

¡Padre! ¡padre! ¿vos aquí?

DON FERRIZ.

¡Hijo, mi sola esperanza,
Mi único apoyo! en buen hora
Te trajo Dios á tu casa.

ALFONSO.

¿Qué decis!

DON FERRIZ.

Tú que mi nombre
Has heredado sin mancha,
Tú que le conservas puro,
Ven á cumplir mi venganza.

ALFONSO.

Venganza... ¿de quién?

DON FERRIZ.

Tu padre,
Es tu padre quien te habla,
Con el corazon herido
Y la frente deshonrada.

ALFONSO.

¡Padre!

DON FERRIZ.

Lo veo... tus ojos
Con ciego furor se inflaman.

ALFONSO.

¡Acabad pronto!

DON FERRIZ.

¡Hijo mio!

ALFONSO.

¿Vos deshonrado!

DON FERRIZ.

Tu hermana...

ALFONSO.

Ea, acabad, ¡vive Dios!
Que mi paciencia se acaba.
Mi hermana...

DON FERRIZ.

Un vil seductor
Mancilló su virtud casta.

ALFONSO.

Y ¿no ha muerto?

DON FERRIZ.

Ya mi brazo
Sostiene apénas la espada.

ALFONSO.

¡Vive aún? decid su nombre.

DON FERRIZ.

Es de muy noble prosapia.

ALFONSO.

¡Oh! tengo sed de su sangre:
Sea quien fuere.

DON FERRIZ.

¿Y si llevara
Una corona en su frente?
¿Si por dicha?...

ALFONSO.

Entiendo, basta.

DON FERRIZ.

¿Temes?

ALFONSO.

¡Me dais compasion!
¿Yo temer á quien me agravia!

Me agrada tal enemigo
Con la frente coronada.

DON FERRIZ.

¿Le herirás?

ALFONSO.

Sí, le heriré,
Aunque piedad me implorara
Por mi madre y por su gloria...
Aunque indefenso, á mis plantas,
Compasion me demandase,
Indefenso le matara.

DON FERRIZ.

¡Bendígate Dios, Alfonso,
Que mis pesares halagas!
Por san Juan, que tienes brios...
¡Bien hayas, hijo del alma!

UNA VOZ. (Dentro.)

¡Alerta!

ALFONSO.

¡Gran Dios!...

DON FERRIZ.

¿Qué tienes,
Alfonso?

ALFONSO.

Ya me olvidaba.
Huid, huid, ó por Dios,
Que os perdeis.

DON FERRIZ.

Pero ¿qué causa?...

ALFONSO.

El Rey ya sabe que aquí
Descontentos se juntaban,
Y á mí me mandó explorar...

DON FERRIZ.

¡Á eso viniste á tu casa!

ALFONSO.

¿Esta torre?...

DON FERRIZ.

El rey Alfonso,
En premio de mis hazañas...

ALFONSO.

¡Oh! ¡desdichado de mí!
Huid, señor.

DENTRO.

Á las armas.

DON FERRIZ.

No es tiempo.

DENTRO.

¡Traicion! ¡traicion!

(Algunos de los conjurados salen y toman sus armas precipitadamente.)

ALFONSO.

¡Señor!

DON FERRIZ.

¡Hijo!

ALFONSO.

Esta ventana...

(Aparecen en la ventana soldados con luces.)

Yo os defiendo. (Saca la espada.)

VOCES.

¡Arriba! ¡arriba!

UNO.

Si resisten, todos caigan.

### ESCENA VIII.

LOS MISMOS. Despues ISABEL. Multitud de soldados entran por la ventana y puerta de la izquierda, desarmando á los conjurados y rodeándolos, como tambien á DON FERRIZ.

DON FERRIZ.

No es oportuna ocasion:
Guarda, hijo Alfonso, tu espada.
Así, ni salvas mi vida,
Ni das á tu honor venganza.

(Van á salir de la escena, y aparece Isabel en la puerta del fondo. Al ver que se llevan á don Ferriz, se lanza á los soldados, y Alfonso la detiene.)

ISABEL.

¡Padre mio! Libertadle...
Se le llevan...

ALFONSO.

¡Desgraciada!

UN SOLDADO.

¡Buena pesca!

(Dos soldados van á apoderarse de Isabel; pero Alfonso se interpone y los rechaza con la espada.)

OTRO.

Sí, por vida...

ALFONSO.

Silencio y atras, canalla.

---

## PARTE SEGUNDA.

## LA CAMPANA DE HUESCA.

—

El teatro representa una gran plaza en la ciudad de Huesca, en cuyo fondo se ve la fachada principal del palacio de don Ramiro.

### ESCENA PRIMERA.

DON FERNANDO DE LUNA. ALFONSO DE LIZANA y gente del pueblo, formando diferentes grupos.

ALFONSO.

¿Qué haceis aquí?

DON FERNANDO.

Lo que vos.

ALFONSO.

Y ¿no temeis que os conozcan?

DON FERNANDO.

Y bien...

ALFONSO.

Vuestra vida acaso...

DON FERNANDO.

Nada la vida me importa.
Todos en prision oscura
Están... y si no se logra
Salvarlos hoy, ya mañana...

ALFONSO.

Pediré al Rey que me oiga.
Yo la vida le salvé...

DON FERNANDO.

Don Ramiro no perdona.

ALFONSO.

Será preciso...

DON FERNANDO.

Agitar
Esas masas tumultuosas,
A esos nobles que le temen,
Y á ese pueblo que le odia.

ALFONSO.

¿Esperais?...

DON FERNANDO.

Venid y oiréis.
(Se acercan á un grupo.)

UNO.

Dices bien, y el que soporta
Tan infame esclavitud...

OTRO.

No hableis alto; que no os oigan.
(Se acercan don Fernando y Alfonso á otro grupo.)

UNO.

Ese maldecido monje,
Que á reinar vino en mal hora...

DON FERNANDO.

¿Lo oís?

ALFONSO.

Sí...

DON FERNANDO.

Necios seremos,
Si esta ocasion se malogra.

ALFONSO.

Los soldados...

DON FERNANDO.

No hay soldados
Contra un pueblo.

ALFONSO.

Bien... ¿y ahora?

DON FERNANDO.

Por las calles encendamos
El fuego de la discordia,
Y haced que todos armados
Hácia aquí en tumulto corran.
No hay más medio... á la cabeza
De la multitud furiosa,
A ese tirano arranquemos
La vida con la corona.

ALFONSO.

Sí, la corona y la vida,
Aunque con mi sangre toda
Tenga que comprarla.

DON FERNANDO.

¡Adios!
Valor...

ALFONSO.

¡Oh! nada me asombra.

DON FERNANDO.

Y venganza.

ALFONSO.

Sí, Fernando,
Pero venganza horrorosa.

## ESCENA II.

LOS DEL PUEBLO.

UNO.

¿No has reparado? (A otro.)

OTRO.

Parece
Que escuchaban.

OTRO.

¿Y qué importa?
No siempre hemos de callar;
Y si esos nobles se enojan...

OTRO.

Pienso al contrario, que oian
Con mucho gusto...

UNO.

En buen hora:
En ese caso...

OTRO.

¿Sabeis
Que en todo el pueblo se nota
El disgusto que le causa
Del monje Rey la persona?
He visto algunos con armas...
(Entran en la escena algunos del pueblo armados.)
Mirad... ¿no veis esas olas,
Que en tumulto y erizadas
De hierro vienen agora?

OTRO.

Funcion tenemos.

OTRO.

Yo voy,
Señores, por mi tizona... (Se va.)

ARMADO 1.°

Por vida, que tarda el Monje.

OTRO.

¿Qué pensais hacer?

ARMADO 1.°

Es cosa
En que no he pensado aún.

ARMADO 2.°

Si con intencion traidora,

Para más gravar al pueblo,
Reunió las Córtes...

ARMADO 1.°

No importa.
Si eso hiciere, si insultase
Al pueblo que ya le odia,
Hemos de entrar en palacio...

TODOS.

Eso, eso...

## ESCENA III.

DICHOS. ALFONSO.

UNO.

Que hay quien oiga.

ARMADO 1.°

Ese es nuestro, no temais.
Acercaos...

ALFONSO.

¿Es gente toda?...

ARMADO 1.°

A vuestro servicio.

ALFONSO.

Bien.
Todo el pueblo está en zozobra,
Y todos armados vuelan
Á unírsenos.

UNO.

Si se logra...

ALFONSO.

Entramos en el palacio...
Allí el oro se amontona,
Que el sudor de vuestras frentes
Para un tirano atesora:
Y ese oro vuestro será,
Y vuestra será la gloria
De haber salvado á Aragon
De esclavitud afrentosa.

TODOS.

Sí.

ALFONSO.

Romperemos las puertas,
Sin que ninguno se oponga;
Que nadie habrá que se atreva,
De vuestro valor en contra.
Si amigos tiene y soldados
Que defiendan su persona,
En nuestras manos hay hierro,
Que contra un tirano sobra.
Veréis desaparecer
A vuestra amenaza sola
Esos nobles y esas huestes
Cobardes, porque se compran.
Valor; que la recompensa
La tendréis en la victoria,
Y partiréis sus riquezas
Y el oro de su corona.

TODOS.

Bien, bien.

ALFONSO.

No perdais de vista
El palacio, y por ahora,
Hasta que dentro esté el Rey,
Disimular nos importa.

(Vase por la izquierda.)

## ESCENA IV.

Se dividen otra vez en grupos que discurren por la plaza, guardando un profundo silencio. Poco despues salen EL REY, DON PEDRO DE ATARES, DON LOPE y otros varios caballeros. Delante del Rey vienen los reyes de armas, que abren paso por medio del pueblo.

DON RAMIRO.

Sí, don Pedro; tiempo es ya
De que sientan mi rigor...

DON PEDRO.

Miráos en ello, señor.

DON RAMIRO.

No, no; decidido está.
Conspiran con odio fiero,
Y ni áun su rencor me ocultan...
Y todos, todos me insultan,
El noble como el pechero.
Pues bien, conozcan que soy
Cruel, porque me obligaron,
Y esos que así me insultaron
Besen mis piés desde hoy.

DON PEDRO.

Mas ¿no pensais?...

DON RAMIRO.

Nada pienso.

DON PEDRO.

¿Su sangre verteréis vos?...

DON RAMIRO.

Porque justiciero es Dios,
Le dan los hombres incienso.
Mirad... el pueblo aprendió
De esa orgullosa nobleza
A erguir tambien la cabeza,
Y no he de sufrirlo, no.
Harto, por mi mal, piadoso
Con esos rebeldes fuí...
Harto tiempo ya sufrí,
Y es fuerza ser riguroso.
Esto mi deber exige,
Y mi decoro tambien.
¿Lo habeis oido?

DON PEDRO.

Está bien.

DON RAMIRO.

Y ¿habeis hecho lo que os dije?
Sentirlo habréis como note

Alguna omision.

DON PEDRO.

(¡Qué afan!)
Ya preparados están
El verdugo y sacerdote.

DON RAMIRO.

¡Eso he mandado!

DON PEDRO.

Así os plugo,
Y así lo he dispuesto ya.

DON RAMIRO.

Bien... pero ¿pensais que habrá
Bastante con un verdugo?

DON PEDRO.

(¡Santa Bárbara!) Advertid...

DON RAMIRO.

Uno habeis llevado vos;
Mas necesito otros dos.

DON PEDRO.

Voy á buscarlos. (Hace que se va, y vuelve.)
¡Oid!

DON RAMIRO.

Pronto... ¡si el tiempo malgasta!...

DON PEDRO.

¿Quereis que traiga quizás
Algun sacerdote más?

DON RAMIRO.

No; de sacerdotes, basta.

(Se va don Pedro por la derecha. Don Ramiro se dirige á los grupos.)

Alejáos; nadie sea osado,
Junto al templo de la ley,
A insultar...

(Murmullos en los grupos.)

DON LOPE.

La esclava grey
Orgullo ostenta sobrado.

DON RAMIRO.

Callad; que ya temblarán:
Seguidme.

DON LOPE.

Mas ¡sin castigo
Dejaréis?...

DON RAMIRO.

Venid conmigo;
Que esperándonos están.

## ESCENA V.

LOS DEL PUEBLO. Despues ALFONSO. DON FERNANDO.

UNO.

Ya veis que no se atrevió.

OTRO.

¿Cómo atreverse?... ¡par diez!
De nuestro enojo tal vez,
Vil y cobarde tembló.

UNO.

Dicen que quiere fundir
Una campana famosa
De luenga voz espantosa,
Que toda España ha de oir.

OTRO.

¡Pobre monje! está ya loco,
Y dar en tal devaneo...

OTRO.

No es sino tonto.

OTRO.

Yo creo
Que tiene de todo un poco.

DON FERNANDO.

Somos por demas sufridos:
Desde que el trono ocupó,
Ni una batalla se dió
Que no fuésemos vencidos.

UNO.

Nunca le debió ocupar,
Si era cobarde y negado.

ALFONSO.

Que era igual creyó el menguado
El reñir con el rezar.

(Un capitan sale con algunos soldados del palacio, y atraviesa por medio de los corrillos.)

CAPITAN.

¡Silencio!

UNO.

¡Calle!... ¡por Dios,
Que es buena!

CAPITAN.

No metan bulla...
Atras.

UNO.

¡Muera el rey Cogulla!

(Se esconde entre los demas.)

CAPITAN.

Palo en ése, ¡voto á brios!

SOLDADOS.

Se escurrió.

CAPITAN.

Si álguien se mueve...

ALFONSO.

Pues cuenta, seor Capitan;
Que si os propasais...

CAPITAN.

¿Qué harán?

DON FERNANDO.

Veremos el que se atreve.

UNO.

Bien dicho.

CAPITAN.

Atras, y otra vez...

ALFONSO.

Cuidad que si mucho hablais...

CAPITAN.

¿Vos la defensa tomais
De esa canalla soez!

TODOS.

¡Muera!

CAPITAN.

Cobardes, llegad.

(Va á arremeterse, cuando don Pedro, seguido de dos verdugos, atraviesa la multitud. Los del pueblo retroceden espantados, y abren paso á los tres, que entran pausadamente en el palacio.)

UNO.

Silencio, silencio...

OTRO.

Pues
¿Qué te ha espantado?

UNO.

¿No ves?...

ALFONSO.

¡Fernando! ¡mirad, mirad!...

DON FERNANDO.

Salvarle es fuerza.

ALFONSO.

Sí, luégo.
Seguidme, y venza el valor,
Y ese palacio de horror
Llevemos á sangre y fuego.
¡No os atreveis!... ¡vacilais!...

DON FERNANDO.

Volemos...

ALFONSO.

Sí, luégo es tarde...
El Monje tiembla cobarde,
Y nos teme... ¿á qué esperais?

(Murmullos.—En el balcon del palacio aparece un pregonero, que lee lo siguiente:)

«Esta es la justicia que manda hacer el rey don Ramiro II de Aragon y Navarra en la persona de don Ordaz, y es que sea degollado como traidor á su patria y á su rey.»

UNO.

Es horrible.

OTRO.

¡El Monje es éste,
Que sabe sólo rezar!

UNO.

Silencio y no murmurar...
Si nos oyen...

OTRO.

¡Mala peste!

ALFONSO.

¡Todos tiemblan! ¡Padre mio!...
Y ¿pensais que sea capaz?... (A don Fernando.)

DON FERNANDO.

¿No oisteis?... ya don Ordaz...

(Se oyen las campanas, que doblan.)

ALFONSO.

Ha muerto ya... ¡monstruo impío!

(Vuelve á asomarse el pregonero, y lee:)

«Esta es la justicia que manda hacer el rey don Ramiro II de Aragon y Navarra en la persona de García de Vidaure, y es que sea degollado como traidor á su patria y á su rey.»

## ESCENA VI.

DON RAMIRO, precedido de LOS REYES DE ARMAS y seguido de los caballeros, sale del palacio. El pueblo se va retirando de los reyes de armas, que amenazan á los que no se apartan con prontitud.

DON RAMIRO.

Que nadie se acerque á mí...
¿Qué dice ese pueblo ahora,
Que con altivez traidora
Osó amenazarme así?
Ya lo llegasteis á ver:
Esto seré desde hoy...
Haceos atras; ya no soy
El que insultabais ayer.
Una campana ofrecí
Hacer: lo cumplí, señores;
De cabezas de traidores
Fundiéndola están allí.
Ya no es el rey que perdona,
Del pueblo sujeto al yugo;
Que de hoy más, habrá un verdugo
Que vele por mi corona.
Atras, canalla sin ley;
Que ya mi venganza truena...

(Doblan las campanas.)

Atras; que el Rey os lo ordena.

REYES DE ARMAS.

¡Fuera el pueblo!

TODOS. (Ménos Alfonso y don Fernando.)

¡Viva el Rey!

(Se van marchando todos los del pueblo.)

DON RAMIRO.

¡Pronto, por Dios, has mudado
De condicion, pueblo mio!
¡Me aclamas, monarca impío,
Y blando, me has insultado!
Doblas la frente cobarde,
Victoreando á la muerte...
Tarde llegué á conocerte;
Mas para tu mal, no es tarde.
Pronto se apagó tu encono:
¡Ah! puedo al fin respirar;
Que el Rey que te hace temblar
Temblaba ayer en su trono.
Sufrir es ya tu deber,
Pues que tan ciego anduviste,
Pueblo, que no conociste
Mi flaqueza y tu poder.

Por eso crecen tus penas,
Por eso se hunden tus leyes,
Por eso cantan los reyes
Al rumor de tus cadenas.
Con miedo tus ojos ven
Esta corona brillante,
Y un soplo tuyo es bastante
A arrancarla de mi sien.
Cuando te alzas tiemblo yo,
Y tu temor es mi imperio;
Pero este fatal misterio
No lo sepas, pueblo, no.

UNA VOZ. (Dentro.)

¡Piedad, don Ramiro!

EL PREGONERO.

«Esta es la justicia que manda hacer el Rey en la persona de don Ferriz Maza de Lizana...»

ALFONSO.

¡Oís!

PREGONERO.

«Por traidor á su patria y rey.»

ALFONSO.

¿Esto para más dolor!...

(Empuña; pero don Fernando le detiene, y los reyes de armas le amenazan.)

Mi padre no fué traidor...
Como un villano mentís.

### ESCENA VII.

DICHOS. ISABEL, desgreñada y pálida: al salir á la escena, la detiene Alfonso, de modo que sólo él y don Fernando puedan verla, de los que están en la escena.

ISABEL.

¡Piedad! mi padre... ¡piedad!...

(Doblan otra vez las campanas.)

ALFONSO.

Calla, infeliz; ya no existe.

DON RAMIRO.

¡Esa voz!... ¡recuerdo triste!...
¿Si es voz de la eternidad!

(El Rey con los suyos se va por la derecha. Isabel ha caido de rodillas á los piés de su hermano, y don Fernando permanece inmóvil cerca de ellos. Cae el telon.)

---

# ACTO QUINTO.

## LA CONFESION.

---

Una capilla en el monasterio de San Pedro el Viejo de la ciudad de Huesca. En el fondo un altar, y á la derecha un confesonario. Dos puertas, una á la izquierda y otra en el lado opuesto, pero cerca del fondo.

### ESCENA PRIMERA.

EL ABAD. UN RELIGIOSO.

ABAD.

¿Eso pasa? ¿Fray Ramiro
Ninguna esperanza da?

RELIGIOSO.

Ninguna, padre; creciendo
Va por instantes su mal.

ABAD.

Bien lo temí... siempre vive
Sumido en hondo pesar,
Que su vida lacerada
Mortifica más y más.
Y la vigilia, el silicio...

RELIGIOSO.

Siempre en oracion está,
Y más que en su celda, pasa
Su vida junto al altar.

ABAD.

Es un santo.

RELIGIOSO.

Mas se niega
Con obstinacion fatal
Á poner á sus dolencias
Algun remedio.

ABAD.

Serán
Sus dolencias muy más graves
Que las del cuerpo quizá.
Su melancólico rostro
Y su siniestro mirar
Revelan dentro del alma
Alguna pena fatal.
Más de una vez, en sus ojos
Busqué con inquieto afan
Algun oculto misterio,
Y triste le vi llorar.
¡Le compadezco! Tal vez,
Como es de carne mortal,
Delitos llora, y procura
Sus delitos olvidar.
Acosado sobre el trono
De horrible pena voraz,
Del mundo huyó, y aquí vino
Su dolor á sepultar.
Rey fué, y los reyes un dia
Estrecha cuenta darán
De sus acciones: acaso...

RELIGIOSO.

Vedle allí, que viene ya.

ABAD.

Dejadnos solos.

(Sale don Ramiro, y se dirige hácia el altar.)

RELIGIOSO.

¿No os dije?
Ya se dirigió al altar.

### ESCENA II.

DON RAMIRO. EL ABAD.

ABAD.

¡Hermano!

DON RAMIRO.

¡Vos! ¿Sois vos?

ABAD.

Nunca os hubiera
Interrumpido así; pero es forzoso
Que hablemos.

DON RAMIRO.

¿Es forzoso!

ABAD.

Vuestros males
Crecen, y acaso de la eterna vida
Pisais, Ramiro, el escalon primero.

DON RAMIRO.

¡Dios lo quiera!

ABAD.

¿Por qué?

DON RAMIRO.

La vida es bella
Para el que goza y rie sin dolores,
Sin este padecer negro y eterno...
Para el que sufre como yo, la vida
Es un preludio horrible del infierno.

ABAD.

¡Hermano!

DON RAMIRO.

Y la oracion, el llanto acerbo
Á conmover á Dios áun no bastaron,
Y mil sombras horribles noche y dia
Á los piés del altar me amedrentaron.
Ya perdí mi esperanza; Dios no quiere
Que en tranquila vejez llore mis culpas...
¿Qué ha de llorar el que sufriendo muere?

ABAD.

Callad... ¡me horrorizais!... ¿así del cielo
Desconfiasteis!...

DON RAMIRO.

Sí, porque ya es tarde
Para esperar.

ABAD.

Agradecer debierais
Esos males, que Dios, para probaros,
Os envió tal vez.

DON RAMIRO.

Es tarde, os digo,
Y no teneis en esto que cansaros.
¿Por qué quiso el Señor así probarme
Con males que á mis fuerzas excedian,
Y vida y fuerzas agotar habian?

ABAD.

Es del Señor la voluntad suprema,
Y murmurar no debe, que es un crímen.
El justo sufre, el pecador blasfema.

DON RAMIRO.

¿Blasfemia! ¿es ése el infernal consuelo
Del que, á sufrir sin tregua condenado,
Por la piedad de Dios vino á este suelo!
Y otros felices al nacer al mundo
Huellan tal vez entapizada senda
De jardines, de risas y de amores...
Y yo, desde la cuna moribundo,
Hallé una senda triste, oscura, estrecha,
Y espinas y dolor en vez de flores.
Allá muy léjos, como luz del cielo,
Una hermosa ilusion encantadora
Soñando vislumbré, y esa luz bella
Me reveló que el mundo era apacible...
¡Un mundo de placer!... para mí entónces
Era un cáos tenebroso, incomprensible.

ABAD.

Lleno de engaños, sí, que al hombre halagan;
Pero corrompen su salud eterna
Con mentirosos sueños que embrïagan.

DON RAMIRO.

Si esa vida es un sueño, si es un sueño
Ese mundano amor que al alma inspira,
¡Qué bello es el soñar, aunque es mentira!

ABAD.

¡Ramiro! ¿qué decis?

DON RAMIRO.

¡Sombra inocente!
Tú, que por mí sufriste sin ventura,
Sacrificada á mi fatal delirio!...

ABAD.

Hermano...

DON RAMIRO.

¡Por mi amor llevó al sepulcro
La ensangrentada palma del martirio!

ABAD.

¡Cosas extrañas me decis!

DON RAMIRO.

Es cierto...
Horribles en verdad.

ABAD.

Murió...

DON RAMIRO.

Sí, padre:
Ella murió; mas su asesino ha muerto.

ABAD.

Bien haceis en rezar: tantos delitos
Bastan apénas á borrar las preces,
Y el llanto y el silicio... solo os dejo.

DON RAMIRO.

¡La gloria al ménos de la eterna vida
No me niegue el Señor!

ABAD.

Mucha es su gracia,
Y nunca al hombre en su miseria olvida.

## ESCENA III.

DON RAMIRO.

No puede olvidarme, no:
Injusto fuera y cruel
Cuando el triste sér me dió,
Si á este mundo me arrojó
Para condenarme en él.
Y ¿quién sabe!... ¡Negra idea
Como un abismo profundo,
Que en vano mi afan desea

Penetrar!... acaso el mundo
La mansion postrera sea.
La vida es sueño ilusorio
Que á instantes huyendo va,
Y ¿quién sabe si será
Un infierno transitorio,
Que á otro infierno paso da!
¿Quién sabe si nuestra vida,
Horriblemente agitada,
Una gloria es sin medida,
Á otra vida comparada
Más triste, y que áun no es venida!
¡Qué digo! yo desvarío;
Yo de un justo Dios blasfemo
Con negro sarcasmo impío;
Y ni su justicia temo,
Ni temo su poderío.
Perdon, perdon... yo nací

(Va hácia el altar y se arrodilla.)

Con tan desdichada suerte,
Y tantas penas sufrí...
Ya no me aterra la muerte;
Pero tu justicia sí.

(Queda sumergido en profunda meditacion, con la frente inclinada sobre el altar.)

## ESCENA IV.

DON RAMIRO. ISABEL: ésta viene cubierta con un largo velo negro. Se dirige al altar.

ISABEL.

¡Padre!

DON RAMIRO.

¿Quién sois vos?

ISABEL.

Yo soy
Una mujer desdichada,
Que os demanda atribulada
Confesion.

DON RAMIRO.

Al punto voy
Á buscaros, la enlutada.

ISABEL.

Halle yo al ménos perdon,

(Acercándose al confesonario.)

Y luégo al instante muera.
¡Dios vea mi contricion,
Y, en premio á tanta afliccion,
Su gracia otorgarme quiera!
Este santo religioso
Va á horrorizarse sin duda;
Que en el claustro silencioso
Contra ese mundo engañoso
Su propia humildad le escuda.

(Arrodillándose junto al confesonario.)

DON RAMIRO.

¡Hija! ya os escucho; hablad...

(Se levanta, y va á sentarse en el confesonario.)

Decid vuestras culpas.

ISABEL.

Sí,
Oidme por caridad;
Que si es grande mi maldad,
Harto desdichada fuí.
Porque el hombre del dolor
Hirió mi frente amarilla
Con un suspiro de amor,
Y me cubrió de mancilla
Con su aliento corruptor.

(Pausa.)

Nací dichosa y en hidalga cuna,
Y hermosas envidiaron mi beldad;
Querida de mis padres cual ninguna,
Crecí feliz en mi primera edad.
Lisonjeras caricias amorosas
Me trajo con su ardor mi juventud;
Yo las oí... ¡caricias engañosas,
Que llenaron mi pecho de inquietud!
Yo las oí, cuitada, sin recelo;
Y desde entónces, desde entónces fué
Cuando, agitada en eternal desvelo,
Horas sin cuento de dolor pasé.
Pequé, y mis ojos sin cesar lloraron;
Pero lloraron el perdido amor,
Y en la noche mis sueños resbalaron
Llenos de su recuerdo encantador.
Mas tanto padecer y tanto lloro
No pudieron su imágen destruir,
Y peno y sufro, y mi pesar devoro,
Y hasta hallarle otra vez, temo morir.

DON RAMIRO.

¡Así pasan por la vida
Una tras otra ilusion,
Que con belleza mentida
Dispiertan del corazon
La esperanza adormecida!
Y palpitando y ardiente
Se arrastra el afan del hombre
Tras de un fantasma luciente,
Tras de una cosa sin nombre,
Sueño tal vez de su mente.
El alma luégo cansada,
Y en negras sombras perdida,
Vuelve á vagar en la nada,
Al mirar desvanecida
Su bella ilusion dorada:
Y esto, mujer, es vivir...
Esperar siempre ó gemir
En sueño triste ó risueño,
Y tener miedo al morir,
Aunque éste es el fin del sueño.

ISABEL.

Pequé; pero insensata amé el pecado;
Que no supe á su halago resistir,
Y en ardiente placer embriagado

Sentí en mi pecho el corazon latir.
Y dia y noche en veladora cuita,
De santo altar arrodillada al pié,
Á aquella Madre del Señor, bendita,
Por el ingrato sin cesar rogué.
Yo, que he llenado de amargura y duelo
De un triste padre la infeliz vejez,
Yo, que le abrí la tumba, ¡santo cielo!
No maldije mi amor sola una vez.
Piedad de mí, que desdichada he sido:
Merezca al ménos mi dolor piedad;
¡Acaso mi destino se ha cumplido,
Y llega la terrible eternidad!

DON RAMIRO.

Enlutada misteriosa,
Ya escuché tu confesion;
Y cual tú no hubiera cosa,
Si eres, mujer, tan hermosa
Como lo es tu corazon.
¿De qué he de absolverte yo,
Blanca azucena inocente,
Porque infame pié te holló?
Alza del suelo la frente;
Que á Dios no ofendiste, no.
¡Tú viniste á derramar,
Angel puro, en el altar
Las lágrimas del pecado!
Yo tambien, mujer, he amado...
¡Es tan hermoso el amar!
¡Pecado! dale otro nombre:
Esa es la vida, es la luz...
El mismo Dios, no te asombre,
Murió, por su amor al hombre,
Enclavado en una cruz.

ISABEL.

El mio fué un devaneo,
Que mil desdichas causó...
Que mi frente marchitó:
Miradla. (Quitándose el velo.)

DON RAMIRO.

¡Gran Dios! ¡qué veo!

ISABEL.

¿Lástima mi cuita os dió?

DON RAMIRO.

¿Quién eres tú, que tan bella,
Y enamorada y llorosa,
Eres imágen de aquella
Que murió por ser piadosa
De mi amor á la querella?

ISABEL.

¡Yo!

DON RAMIRO.

¡Dolorosa, sincera,
Y cual ella celestial!...
Déjame entrever siquiera
Una sonrisa hechicera
En tu labio virginal.
Dime, dime si palpita
En tu pecho el corazon;
Dime si mi amor le agita,
Ó si eres alma bendita
Que vienes por mi oracion.

ISABEL.

¡Padre! no os comprendo.

DON RAMIRO.

¡Mira!
(Echándose atras la capucha.)

ISABEL.

¡Tú! ¡Ramiro!

DON RAMIRO.

¡Es Isabel!
¡Y era tu muerte mentira...
¡Y vives!... (¡Viejo cruel!
¡Dios te castigue en su ira!)

ISABEL.

¡Al fin te encuentro!

DON RAMIRO.

¡En qué hora!
Cuando la muerte quizá
Su guadaña destructora
Alzando sobre mí está...

ISABEL.

¡Morir, y morir ahora!

DON RAMIRO.

Dias há que lentamente
Se va apagando mi vida...
Ahora mismo aquí en mi frente
Me abrasa una fiebre ardiente...
Y acaso mi hora es cumplida.

ISABEL.

¡No, es imposible!

DON RAMIRO.

¡Imposible!
¡Adios! adios...

ISABEL.

¿Por qué así
Me abandonas?... ¿por qué? di.

DON RAMIRO.

¡Isabel!... la hora terrible
Se ha acercado para mí.
¡Y yo te escucho, y olvido
Que en este horrible momento
Al alto cielo ofendido
No consagro un pensamiento,
En contemplarte embebido!
(Yendo hácia la puerta de la derecha.)
Déjame que huya tu lado,
Y déjame á Dios rogar,
Por mis culpas enojado...
Hay entre los dos un mar,
De negra sangre manchado.

ISABEL.

No importa... triste mujer,
Harto sola padecí.

DON RAMIRO.
Déjame.

ISABEL.
No, me has de ver.

DON RAMIRO.
¡Ay!

ISABEL.
Si me amabas ayer,
Ten hoy compasion de mí.
Yo tu suspiro postrero
Llorosa recibiré...

DON RAMIRO.
Vete ya... vete... yo muero...
(Entra por la derecha.)

ISABEL.
Deja que llore primero
De tu negra tumba al pié.
(Se va por la misma puerta.)

## ESCENA V.

ALFONSO. DON FERNANDO. Entran por la izquierda embozados.

DON FERNANDO.
¿No dirás?...

ALFONSO.
La iglesia es ésta
De San Pedro el Viejo.

DON FERNANDO.
Sí;
Mas ¿cuál es tu intento? di.

ALFONSO.
La esperanza que me resta
En el mundo, ¿no está aquí?

DON FERNANDO.
No te entiendo.

ALFONSO.
Por mi vida,
Que es muy fácil de entender.

DON FERNANDO.
¡Alfonso! ¿puedo saber?...

ALFONSO.
Nunca mi dolor olvida
Al padre que me dió el ser.

DON FERNANDO.
¡Es posible!

ALFONSO.
Aquí el impío,
Arrastrándose en el suelo,
Pretende con torpe anhelo
Burlar el enojo mio
Y la justicia del cielo.

DON FERNANDO.
Pero aquí...

ALFONSO.
Ya está cansada
Mi esperanza.

DON FERNANDO.
¡Tú deliras!

ALFONSO.
No, mi promesa es sagrada,
Y nada en el mundo, nada,
Le ha de librar de mis iras.
Por largo tiempo esperé
De esta iglesia en el umbral...
Fuerza traspasarle fué.

DON FERNANDO.
Mas ¿cómo harás?...

ALFONSO.
No lo sé:
Espada traigo y puñal.

DON FERNANDO.
Mas él no querrá tal vez
Admitir el reto.

ALFONSO.
No.

DON FERNANDO.
La religion...

ALFONSO.
¡Sí, par diez!
¿No era monje cuando holló
De mi padre la vejez?
Espérame aquí.

DON FERNANDO.
No quiero
Tampoco dejarte así.
Contigo iré; mas primero...

ALFONSO.
No escucho nada: el acero
Hable y no más. ¿Vienes?

DON FERNANDO.
Sí.

## ESCENA VI.

LOS MISMOS. ISABEL. Esta sale al entrar aquellos por la derecha.

ISABEL.
¡Qué miro!

ALFONSO.
¡Cielos! ¡mi hermana!
¿Qué buscas aquí, Isabel? (Sacando un puñal.)

DON FERNANDO.
¡Alfonso! (Deteniéndole.)

ALFONSO.
¡Mujer liviana!
Tu ciega pasion insana
Te trajo á morir con él.

DON FERNANDO.
Tened la mano.

ALFONSO.
Será
Ya demasiado sufrir.
¿Dónde tu cómplice está?...
¡Vienes á verle morir!

ISABEL.

No, Alfonso; le he visto ya.
Esgrime el acero impío...

ALFONSO.

¿Qué has dicho, Isabel!... ¿es cierto!

ISABEL.

Castiga mi desvarío...
Sepulta ese hierro frio
En el corazon de un muerto.
Yo misma espirar le vi.
Alfonso... hiéreme ahora.

ALFONSO.

El cielo lo quiere así... (Envaina el puñal.)

ISABEL.

¡Hiéreme!

ALFONSO.

No, vive y llora.

## ESCENA VII.

DICHOS. EL ABAD y ALGUNOS RELIGIOSOS que entran en la iglesia.

UN RELIGIOSO.

Morir hemos todos.

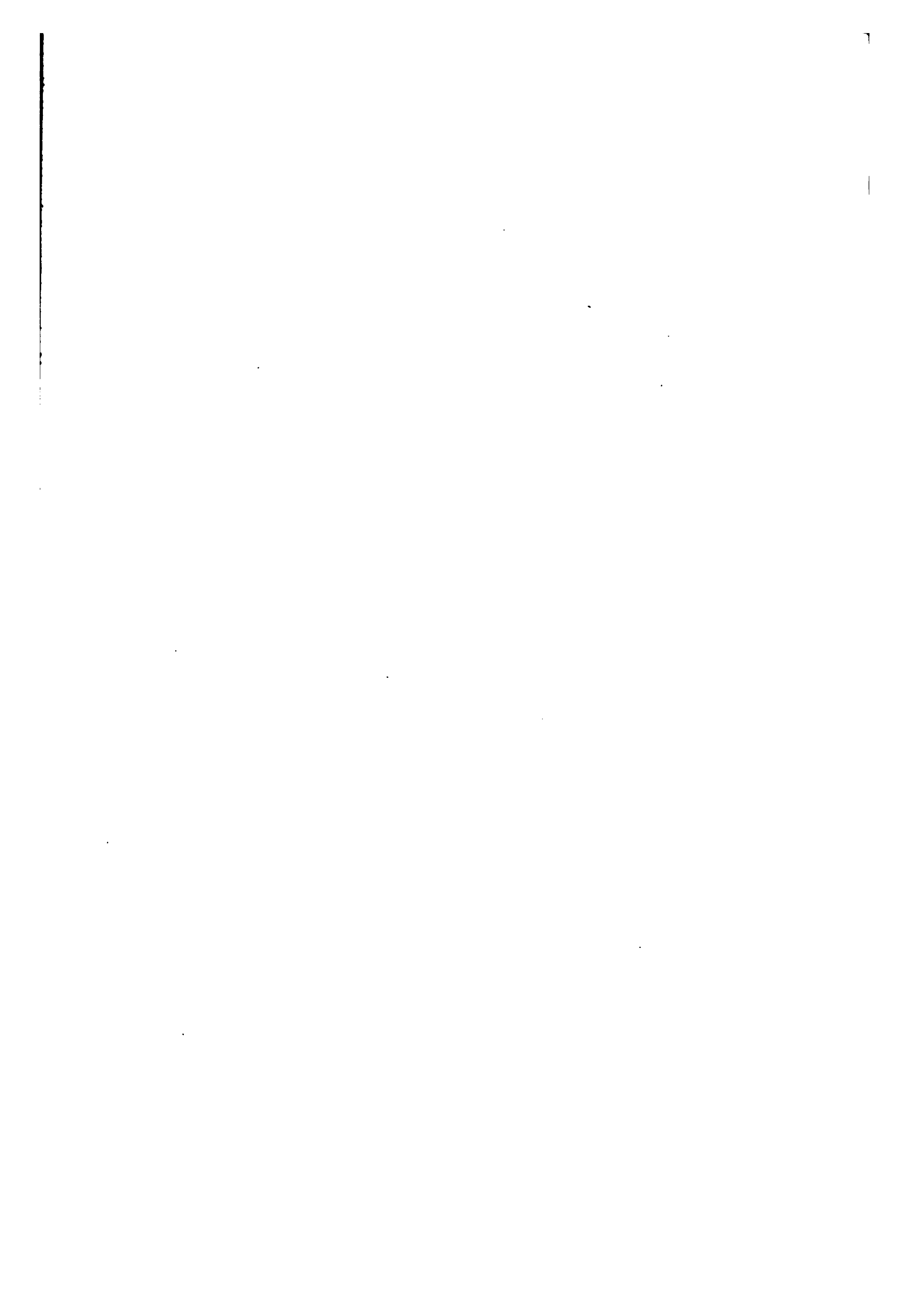
ABAD.

Sí.
Morir del hombre es la suerte,
Y su fin está prescrito
Por la mano del Dios fuerte.

(Los religiosos se postran delante del altar, y murmuran en voz baja alguna oracion.)

ALFONSO.

¡Padre! á su mano remito
La venganza de tu muerte.



# JUAN DANDOLO.

## DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

### POR DON JOSÉ ZORRILLA Y DON ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

**Representado por primera vez, en el Teatro del Príncipe, el dia 24 de Julio de 1839.**

## PERSONAS.

JUAN DANDOLO. (*Bernardo Carobello.*)
MARIANA, *su hermana.*
JACOBO DAGOLINO.
PEDRO.
GASPAR, *gondolero.*
MAFFEI.
ISAAC BENJAMIN.
DAMAS Y CABALLEROS.

*La accion pasa en Venecia á fines del siglo* XV.

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

PEDRO, á la puerta de la casa de Bernardo. MARIANA, en el balcon.

PEDRO.
¿Decis que esta noche?

MARIANA.
Sí;
Esto solo le responde.

PEDRO.
Mas no me habeis dicho dónde
Os ha de ver.

MARIANA.
¿Dónde? Aquí.

PEDRO.
¿A esta puerta?

MARIANA.
Sí; mas cuida
No noten á tu señor;
Que en ello estriba mi honor,
Y acaso tambien su vida.

PEDRO.
No temais.

MARIANA.
Adios. (Se entra.)

PEDRO.
Por más
Que diga mi amo, no sé
De tanta cándida fe
Lo que ha de alcanzar jamas.
Estos misterios de amor,
Que han de ser fatales creo,
Y trascienden á himeneo,
Que no hay desdicha mayor.
Y ¡ha de hacer esta mujer
Que caiga en tal desvarío!...
Ya no sois, pobre amo mio,
El que de ántes soliais ser.
En otro tiempo era cosa
Harto notable, á fe mia,
Encontraros más de un dia
En los brazos de una hermosa.
Corrió un mes, y esta beldad
Os está en su amor prendiendo:
Máteme Dios, si comprendo
Tan rara fidelidad.

### ESCENA II.

GASPAR. BERNARDO.

(Salen por el fondo á la izquierda del espectador.)

BERNARDO.
Ya hemos llegado: bien puedes
Volverte: toma.

GASPAR.
¿Qué haceis,
Monseñor?

BERNARDO.
¿Pues qué?...

GASPAR.
¿No veis?
¡Oro!

BERNARDO.
¿Y bien?

GASPAR.
¡Tantas mercedes!

BERNARDO.
¡Oh! ¿por qué me hablas así?
¡Monseñor!

GASPAR.
No dije nada.

BERNARDO.
¿No soy ya tu camarada
Y tu hermano de armas? di.

GASPAR.
¡Camarada! sí, bien dices;

Esos tiempos no olvidé,
Que no sé si llamaré
Más tristes ó más felices.

BERNARDO.

¡Qué guerras!

GASPAR.

¡Qué mortandad!

BERNARDO.

Venecia, no como ahora,
Del mar la reina y señora
Se llamaba con verdad.
Sus nobles no envilecian
Su existencia en los placeres,
Ni como blandas mujeres
Telas de seda vestian,
Ni en molicie regalada
Hicieron del vicio alarde,
Ni por el puñal cobarde
Trocaron la dura espada.
Entónces no era el honor,
Como agora, inútil nombre,
Y era virtud en el hombre
Esa virtud del valor.
Del campo la piedra dura
Era en las lides su lecho,
Y no temblaba su pecho
Bajo la férrea armadura.
Ahora ya prefieren viles
La esclavitud á la guerra,
Arrastrándose en la tierra
Como míseros reptiles.

GASPAR.

Es verdad; mas ¿cómo así,
Mudando conversacion,
De tan pobre condicion,
Tan rico te hiciste? di.
Tú eras soldado, valiente,
Es verdad, pero no más
Que un soldado; y rico estás,
Si ya tu porte no miente.
Las artes están fatales,
Y tu oficio de espadero,
Que no te produzca infiero.

BERNARDO.

Sí, por Dios; se hacen puñales.

GASPAR.

Pudiera ser... sin embargo,
Todo eso, Bernardo, es humo...

BERNARDO.

¡Eh!

GASPAR.

Y acertarlo presumo.

BERNARDO.

¿Sabrás quizá?...

GASPAR.

Me hago cargo,
Aunque de cierto lo ignoro:
Quizá el secreto se encierra
En hacer de pobre tierra
Florines de plata ú oro.
Secreto es ése que diz
Que más de un sabio encontró,
Y aqueso presumo yo
Que pudo hacerte feliz.

BERNARDO.

¡Bah! no es eso. Es más sencillo
Mi secreto.

GASPAR.

¿No haces oro?
Pues te hallaste algun tesoro
Al levantar un ladrillo.
Eso á menudo lo ves.

BERNARDO.

Tampoco es eso, Gaspar.
No lo puedes acertar.

GASPAR.

Pues ¿qué! ¿tan difícil es?

BERNARDO.

No puedes, si yo no hablo,
El móvil de mi fortuna
Conocer.

GASPAR.

Sin duda alguna
Vendiste tu alma al diablo;
Y si es así, bien querria,
Tal mi suerte es de cruel,
Hacer amistad con él
Para venderle la mia.

BERNARDO. (Sonriéndose.)

¿Cierto?

GASPAR.

Al mismo Belcebú,
Como riquezas me diera,
Y feliz tambien me hiciera,
Cual sin duda lo eres tú.

BERNARDO.

¡Feliz!... no lo soy, pardiez:
Con todo mi corazon
Cambiara mi situacion
Por tu paz y tu honradez.

GASPAR.

Tú tambien eres honrado,
Ó al ménos siempre lo fuiste.

BERNARDO.

Cuando tú me conociste...
Pero ese tiempo ha pasado.

GASPAR.

¿Es cierto?

BERNARDO.

Sí, por mi mal.

GASPAR.

Mi estado entónces prefiero.
¿Eres tal vez carcelero,
Ó esbirro del tribunal?

BERNARDO.
No te canses; soy... (Al oido.)

GASPAR. (Alejándose.)
¡Gran Dios!

BERNARDO.
¿Qué haces, amigo?

GASPAR.
Me voy.
No puede haber desde hoy
Amistad entre los dos.

BERNARDO.
Es cierto, sí; vete ya:
Mi aliento puede mancharte.

GASPAR.
El cielo quiera arrancarte
De aquesa senda.

BERNARDO.
¡Ojalá!

## ESCENA III.

BERNARDO, solo.

Razon tiene; mas no veo
Otro remedio en mi suerte
Que el remedio de la muerte...
¡Dios sabe que la deseo!
¡Dios lo sabe! que por tí
Virtud y honor olvidé,
Pobre Mariana; y yo sé
Que no lo hiciera por mí.
De otro modo, sin ventura,
En lenta, amarga agonía,
Otra vez marchitaria
La miseria tu hermosura.
Tú sufrias, en verdad,
Yo no sé si resignada;
Mas devorabas callada
Tus lágrimas de orfandad.
¡Oh! no: que sufra yo solo
Aunque Venecia me llame
Con el nombre torpe, infame,
Del terrible Juan Dandolo. (Entra en su casa.)

## ESCENA IV.

JACOBO. PEDRO.

JACOBO.
¿Eso Mariana te dijo?

PEDRO.
Eso.

JACOBO.
¿Que viniera?

PEDRO.
Sí;
Pero áun no es hora.

JACOBO.
La noche
Poco tardará en venir.
Entre tanto esperaremos...

PEDRO.
¿En dónde, señor?

JACOBO.
Aquí.

PEDRO.
¿Y si os viesen?

JACOBO.
¿Quién?

PEDRO.
Alguno:
Llegómelo á prevenir...

JACOBO.
No me verán.

PEDRO.
Cuando espera
Un caballero gentil
En una esquina arrimado,
Queriendo el rostro encubrir,
No hay duda, señor, ninguna
Que quien le detiene allí
Son los ojos hechiceros
De un humano serafin.

JACOBO.
Nadie puede conocerme.

PEDRO.
Como gusteis; yo por mí...

JACOBO.
Entre tanto de otro asunto
Tengo que hablarte.

PEDRO.
Decid.

JACOBO.
Esta mañana he salido
Del juego sin un cequí.

PEDRO.
Todos los dias á casa
De esa manera venis.
¿Á qué es la nueva?

JACOBO.
Mi padre
Se ha llegado á resistir
Á franquearme sus arcas.

PEDRO.
Hace bien.

JACOBO.
Ya no hay ardid,
No hay medio ya de arrancarle
Un miserable florin.

PEDRO.
Harto os ha dado.

JACOBO.
Es preciso,
Sin embargo, recurrir
Á algun medio.

PEDRO.
Ya lo veo.

JACOBO.
Para ello he pensado en tí.

PEDRO.
¿Os burlais?

JACOBO.
¿No lo adivinas?

PEDRO.
Al punto, si lo decis.

JACOBO.
Vete á buscar en Rialto
Al buen Isaac Benjamin,
Un prestamista usurero,
Y haz luégo que venga aquí.

PEDRO.
¿Empeñais vuestra palabra,
Ó vuestra firma?

JACOBO.
¿Á qué fin
Me lo preguntas?

PEDRO.
Porque
Es tan miserable y vil
La condicion de esos perros,
Que no darán un cequí
Por la palabra y la firma
De un hidalgo tan gentil;
Mas si teneis por ventura
Alguna alhaja rüin,
Que valga el doble á lo ménos
Que la suma que pedis...

JACOBO.
Imposible.

PEDRO.
Y aunque guarde
Larga madeja sutil
De perfumados cabellos...

JACOBO.
¿Te atreves eso á decir?

PEDRO.
El hebreo, que como hombre
De talento baladí,
Su precio ignora, y no sabe
Que bañada de jazmin
En otro tiempo besaba
Con voluptuoso bullir
El peregrino contorno
De algun cuello de marfil,
La dejará en vuestras manos,
Reservando para sí
Los diamantes que la guardan,
Y el oro que es tierra vil.

JACOBO.
Y ¿no hay otro medio?

PEDRO.
Yo
No lo alcanzo.

JACOBO.
Con que al fin
Será preciso... ¿y si ella
Lo llegase á presumir?

PEDRO.
No es fácil.

JACOBO.
En hora buena.
Ve en busca de Benjamin,
Y aquí os espero... mil doblas
Le pedirás.

PEDRO.
Lo haré así.

## ESCENA V.

JACOBO.

No lo sabrá... la fortuna
No siempre ha de ser contraria;
Y las manos de un judío,
Aunque profanen, no manchan.
Presto volverá á las mias,
Para que de ellas no salga
Esta prenda de tu amor,
Que un rico tesoro guarda.
Estos hermosos cabellos
Que blando perfume exhalan,
Y mil veces resbalaron
Sobre tu desnuda espalda,
Tornarán, yo te lo ofrezco,
Porque consuelan mis ansias
Cuando ausente de tus ojos
Dolientes mis horas pasan.
(Un hombre embozado pasa silenciosamente por el fondo y llega á la casa de Bernardo.)
¿Qué es esto! un hombre, que oculta
En el embozo la cara,
Paró á su puerta: sospechas...
¿Quién puede ser? ahora llama.
(La puerta se abre, y el embozado entra como recatándose.)
¡Le abren! el diablo me lleve
Si aquesto no tiene trazas
De amorosa cita... ¡Cielos!
¡Infiel ella! ¡Mariana!
No es posible; mas lo cierto
Es que entró, que le aguardaban...
¡Oh! yo tambien entraré:
Así veré si me engaña.
(Va á llamar y se detiene.)
¡Ah! que los celos me ciegan...
¿No puede entrar en su casa
Hermano, padre ó marido?...
Pero dudarlo no basta.

## ESCENA VI.

JACOBO. PEDRO. ISAAC BENJAMIN.

PEDRO.
Isaac Benjamin.

JACOBO.
Bien vengas,
Judío.

ISAAC.

Que os guarde Dios.
Hame dicho este criado
Que con mucha precision
Necesitabais mil doblas
Sobre alhajas de valor.
La cantidad es inmensa;
Mas si permitierais vos
Que viese la prenda...

JACOBO.

Es justo.
Mírala.

ISAAC.

¡Dios de Jacob!
Bien lo merece, hay diamantes
Claros como el mismo sol.
Poco á la verdad mil doblas
Para tal alhaja son;
Y si quereis...

JACOBO.

No, me basta.

PEDRO.

¿Sacais el cabello?

JACOBO.

No:
Así para rescatarlo
Será el conato mayor.

ISAAC.

Tomad y contad.

## ESCENA VII.

Miéntras Jacobo cuenta el dinero, salen de la casa BERNARDO y EL EMBOZADO.

BERNARDO.

Ya sé...
Conozco mi obligacion,
Y quedaréis satisfecho.

PEDRO. (Á Jacobo.)

Dos hombres salieron.

JACOBO.

¡Dos!
Mira y disimula.

BERNARDO.

Pero
Os advierto, Monseñor,
Que si á todo me convengo,
Al precio que decis, no.

(El embozado le da un bolsillo.)

Fuí soldado, y en mi pecho
Late un noble corazon,
Y os juro que no me agrada
Herir con golpe traidor.
Un hebreo no es de cierto
Un enemigo feroz,
Y en este caso...

(El embozado vuelve á darle dinero.)

Ya veo
Que me entendeis. ¿Os vais? ¡oh!
Áun me resta por haceros
La postrera reflexion.
Si he de extraer los papeles
Que consigo lleva, estoy
Pagado como asesino,
Pero no como ladron.

(Vuelve á darle dinero el embozado.)

PEDRO.

Si nos ven...

JACOBO.

Disimulemos:
Cabal está.

PEDRO.

Alzad la voz,
No noten que recelamos.

JACOBO.

Isaac Benjamin, adios.

(Al pronunciar Jacobo estas palabras, el embozado llama la atencion de Bernardo, mostrándole con la mano al judío. Bernardo hace un movimiento de cabeza, indicando que lo ha comprendido. El embozado se va.)

ISAAC.

Adios, noble jóven.

BERNARDO.

¡Vaya,
Que casualidad mayor!...

(Se va Isaac, y Bernardo le sigue.)

JACOBO.

¿Quiénes pueden ser?

PEDRO.

Su hermano
Es el uno de los dos
Sin duda.

JACOBO.

¿Cómo has sabido?...

PEDRO.

Hace un instante, mas no
Todo lo que yo quisiera.

JACOBO.

Pero en fin...

PEDRO.

Supe que son
De pobre orígen... él vive
Á costa de su sudor,
Que es un armero.

JACOBO.

Imposible.

PEDRO.

Yo no alcanzo esa razon;
Sin embargo, para luégo
Lo preguntaré mejor.

JACOBO.

Pienso que baja.

PEDRO.

Cuidado
Con revelarla que vos
Indagais...

JACOBO.

Ni una palabra;
No te alejes.

PEDRO.

Cerca estoy.

## ESCENA VIII.

JACOBO. MARIANA.

JACOBO.

Te veo al fin... ya creia
Que no vinieses.

MARIANA.

¿Por qué?
¿Es tan tarde?

JACOBO.

Sí, á fe mia;
Que sin tu luz no vivia
Todo el tiempo que esperé.
La impaciencia es un dolor,
Si nace de tal amor
Como éste que el alma abriga,
Que da tormento y fatiga,
Sólo porque da temor.

MARIANA. (Con melancolía.)

Jacobo, ¿tanto me amais?

JACOBO.

¿Eso preguntais, señora!

MARIANA.

(¡Gran Dios!)

JACOBO.

¿Acaso dudais?...

MARIANA.

Dudar, dudara en buen hora.

JACOBO.

¿Eso decis, y llorais?
¡Mal haya quien de esos ojos
Causa los duros enojos!
¿Quién, señora, te ofendió?

MARIANA.

Nadie, sino quien buscó
Placeres, y encontró abrojos.
Yo misma soy de mi mal
La causa, que loca, insana,
Alimenté criminal
Una pasion inhumana,
Que habrá de serme fatal.
Y al fin, es llegado el dia
Temido, aunque no esperado.
Llegar por fuerza debia,
Y nuestro amor descuidado
Eterno el placer creia.

JACOBO.

Habla: ¿qué puede en el mundo
Nuestro afecto contrastar?
¿De qué nace ese pesar,
Que con dolor tan profundo
Miro en tus ojos brotar?
¿Celoso, adusto y sombrío
Tiraniza tu albedrío
De algun marido el rigor?
Dilo, y el enojo mio...

MARIANA.

Es más honesto mi amor.

JACOBO.

Perdona, si te ofendí;
Que nunca supe quién eres,
Por más que lo pretendí:
Siempre sois todas así
Misteriosas las mujeres.

MARIANA.

Sí, misteriosa, es verdad;
Pero ¡es un secreto horrible!...
Niña en mi mejor edad,
Sobre mí pesa terrible,
Funesta fatalidad.

JACOBO.

Dila pues.

MARIANA.

Nunca.

JACOBO.

¿Por qué?

MARIANA.

Es imposible.

JACOBO.

Y no más
Que esa razon... ¡oh! ya sé
Por qué otra razon no das...

MARIANA.

No lo sabes.

JACOBO.

Sí, sí á fe.
¿Quién lo duda? arrepentida
De amarme, en otra pasion
Acaso el alma engreida...

MARIANA.

¿Eso piensas?

JACOBO.

¡Fementida!
¡Nunca esperé tal traicion!

MARIANA.

¡Calla! ¿no te amo? si fuera
Eso que dices verdad,
Ni estas lágrimas vertiera,
Ni en mi doliente ansiedad
Por tí mi vida expusiera.

JACOBO.

¡Tu vida!

MARIANA.

¿Sabes que el cielo
Puso un muro entre los dos?

JACOBO.

No lo sé; pero recelo
Que estais gozando, por Dios,
En doblar mi desconsuelo.

¿Quién hay que pueda romper
Tales, tan sagrados lazos?
Sutilezas de mujer,
Que dan al alma placer
Para romperla en pedazos.
Gozais en vender amores
A precio de un corazon,
Y con halagos traidores
Guardais entre blancas flores
El veneno y la traicion.

MARIANA.

¡Jacobo!

JACOBO.

¡Bajando estás
Los ojos avergonzada!

MARIANA.

¿Esto, ¡Dios mio! esto más!

JACOBO.

Mariana... adios...

MARIANA.

¡Desdichada!

JACOBO.

¡Para siempre adios!

MARIANA.

¿Te vas?

JACOBO.

Tú lo quieres.

MARIANA.

Mas dudando
De mi amor... dudar así...
¿No ves lo que estoy penando?

JACOBO.

Decidme pues... ¿hasta cuándo
Quereis burlaros de mí?
Ya sé, señora, ya sé
Que sois llorando funesta,
Y ésa mi desdicha fué;
Que el alma, la vida y fe
Aquese llanto me cuesta.

MARIANA.

Oid... la suerte importuna
No, como á vos, me halagó,
Y es tan oscura mi cuna,
Que no habrá mujer ninguna
Tan humilde como yo.
Y aunque es verdad que os adoro,
Y que este amor es mi vida,
Jacobo, tampoco ignoro
Que profano mi decoro,
Viviendo en él engreida.
Porque con tanta aficion,
No siendo mi suerte igual,
Aunque igual mi corazon,
Ser tu esposa fuera un mal,
Y ser tu amante un baldon.

JACOBO.

¿Quién eres pues?

MARIANA.

Ahora bien.
Dudes de mi afecto ó no,
Júzgueslo amor ó desden,
Vete en buen hora... tambien,
Tambien á sufrir voy yo.

JACOBO.

Espera.

MARIANA.

No, no es posible
Aquí ya permanecer.

JACOBO.

Tanta perfidia ¿es creible!

MARIANA.

Vete, Jacobo: es terrible
El amor de esta mujer.

JACOBO.

Has de oirme.

MARIANA.

Presto, acaba...

JACOBO.

¿Piensas tú que mi pasion
Blasones en tí buscaba,
Ni otra cosa demandaba
Que ternura y compasion?
¿Qué importan nobleza y oro,
Cuando hay amor y virtud,
Y ese tan rico tesoro
Que en tí frenético adoro,
De hermosura y juventud?
Habla... y si puede bastar
Mi mano á satisfacerte,
Únanos luégo el altar,
Si no es que quieres gozar
En mi desdicha y mi muerte.

MARIANA.

¿Juras al Dios soberano,
Que es de tu oferta testigo,
Darme de esposo la mano?

JACOBO.

Déme severo castigo,
Si juro su nombre en vano.

MARIANA.

Espera...

JACOBO.

¿Viene álguien?

MARIANA.

Sí.
¿Ves un bulto?

JACOBO.

¿Quién será?

MARIANA.

Tal vez mi hermano. ¡Ay de mí!
Que se acerca: vete ya.

JACOBO.

Observaré desde allí.

## ESCENA IX.

BERNARDO. MARIANA.

BERNARDO.

¡Mariana!

MARIANA.

¡Tú tan presto!...

BERNARDO.

¿Te sorprendes?
¿No me esperabas? di.

MARIANA.

No.

BERNARDO.

Y entre tanto
Acaso el tiempo en que mi vuelta esperas,
No será como de ántes sin encanto.

MARIANA.

No comprendo, Bernardo.

BERNARDO.

Por ventura,
¿No me he explicado bien?

MARIANA.

Cierto...

BERNARDO.

¿En qué pasás
Las horas tristes de la noche oscura?

MARIANA.

¿En qué, si no en rezar?

BERNARDO.

Bien lo comprendo,
Y por esa razon, á tales horas,
Buscando más sublime santuario
Y más sublime altar, habeis salido
Del humilde oratorio solitario...
Mas no á citas de amor.

MARIANA.

Tales sospechas...

BERNARDO.

Sospechas... ¡Oh! tomad.

MARIANA.

¡Cielos! ¡qué veo!

BERNARDO.

Joya es tuya, Mariana.

MARIANA.

Y ¿cómo pudo
A tus manos venir?

BERNARDO.

No sé; mas mira,
Mírala bien, hermana: es una prenda
De tiernísimo amor; mira que guarda
De tu cariño despreciada ofrenda.

MARIANA.

Yo...

BERNARDO.

¿No son éstos, di, los rizos bellos
Que engalanaron tu nevada frente?
¿No es ésta la color de tus cabellos?

MARIANA.

¡Bernardo!...

BERNARDO.

Y esta joya, que tu hermano,
Prenda de su querer te dió en un dia,
Prenda es de liviandad, de amor insano,
Que hoy atestigua la deshonra mia.

MARIANA.

¡Deshonra! no es verdad: pura y sin mancha
Fué mi pasion, Bernardo: este cariño,
Que inundó el alma de inefable encanto,
Es virginal, como el amor de un niño.

BERNARDO.

¿Quién lo duda? ¿Es verdad que no pagara
Con igual expresion tan tierno afecto,
Quien tu inocencia y tu candor burlara?
¿En qué mano presumes que esa joya
Por desgracia encontré?

MARIANA.

Dime... no acierto
Tanta infamia á creer.

BERNARDO.

¡Oh! el desdichado
No más me infamará.

MARIANA.

¿Quién es?

BERNARDO.

Ha muerto.

MARIANA.

¡Ah! ¡por mi culpa!

BERNARDO.

No; morir debia.
No le mató tu amor ni mi venganza...
Fué su desdicha y la desdicha mia.

MARIANA.

¿Qué has hecho!

BERNARDO.

¿No lo sabes? ¿no sospechas
A qué grado de infamia y desventura
Tu hermano se arrastró, ni á cuánto grado
Por tí, por tu cariño, la memoria
De un padre y de una madre ha deshonrado?

MARIANA.

No lo digas, por Dios.

BERNARDO.

Esto te asusta;
Y sin embargo, hermana, en el delito
Siendo conmigo igual, eres injusta.
Ambos su tumba sin pudor manchamos;
Ambos escarnecimos su memoria...
Ambos tambien es fuerza que muramos.

MARIANA.

¿Es un crímen amar?

BERNARDO.

¿Y si el infame
Burlase tu candor?

MARIANA.

No, no es creible.

BERNARDO.

Mas si fuese capaz...

MARIANA.

¿No eres mi hermano?
Dejarle sin castigo era imposible.

BERNARDO.

Esto debe acabar: harto, Mariana,
Celoso de tu honor y tu inocencia,
Espié tus quiméricos amores...
Tu soberbia ambicion y tu imprudencia
Han colmado mi vida de dolores.
Sí, en esas noches para mí sombrías,
Y hermosas para tí, cuando amorosa
Á tus placeres ciega te entregabas,
Y sin pudor, en hora silenciosa
Citas de amor á tus galanes dabas;
Presa yo en tanto de infernal martirio,
Como el tigre tus pasos acechaba,
Espiando el momento del delirio.
Andrea Foscarini, el noble jóven,
Más que noble galan, de su señora
Á la cita acudió... su pobre madre
Su triste fin desconsolada llora.

MARIANA.

¡Tú fuiste!...

BERNARDO.

Aquel Filipo Trevisano,
Opulento señor, turbó de nuevo
Tu corazon, haciendo que olvidases
El triste fin del mísero mancebo.
Tambien era una noche bien oscura,
Bien oscura por Dios, cuando acudia
Á la cita fatal... combate horrible
Fué aquel, porque su brazo era valiente,
Y era afrontarle á la verdad terrible.
Pero conmigo la razon luchaba...
Cayó...

MARIANA.

Filipo... ¡tú... tú le mataste...
¡Tú mataste á los dos!... lo sospechaba.
¡Oh! ¿con que á mí tan sólo en este mundo
Me es vedado el amar?...

BERNARDO.

Mal lo comprendes.
¿Por qué, ambiciosa y ciega, al amor torpe
De esos nobles sin fe sólo te enciendes?
¿Sabes que hay una ley, una barrera
Que á los hombres separa? ésa es la cuna,
Y es el oro tambien: ¿cuál es, Mariana,
Cuál es tu nacimiento y tu fortuna?
Mas si la valla quebrantando alguno,
Su altivo orígen olvidar parece,
Máscara es ésa que engañoso toma,
Milano es, que desciende de su altura
Por devorar la tímida paloma.
Mas no temas jamas, miéntras yo viva,
Que la valla quebranten: si el milano
En derredor de tí su vuelo tiende,
Á su pesar conozca que la garra
Del águila altanera te defiende.

MARIANA.

Sí: dices bien, á tanto desvarío
Es fuerza renunciar.

BERNARDO.

Pero, esta noche,
¿No esperas, di, al galan?

MARIANA.

Bernardo, entremos:
Ya más no le he de ver.

BERNARDO.

Yo lo aseguro.

MARIANA.

Ven.

BERNARDO.

Yo le espero aquí.

MARIANA.

¿Qué dices? calla...
Ya no vendrá esta noche, te lo juro.

BERNARDO.

Entra, yo aquí me quedo.

MARIANA.

No.

BERNARDO.

Si temes
Mi indignacion, aparta, porque airado
No sea que en tí misma ensaye el golpe
Que ha de herir al amante desdichado.

MARIANA.

¡Oh! no me apartaré.

BERNARDO. (Sacando el puñal.)

Pues bien...

MARIANA. (Huye, dando un grito.)

¡Dios mio!

## ESCENA X.

JACOBO. BERNARDO. MARIANA.

JACOBO.

Yo te defiendo.

MARIANA.

¡Ay, huye!

BERNARDO.

¡Miserable!

JACOBO.

Venid...

MARIANA.

Huye, Jacobo...

BERNARDO.

Estamos solos...
Desnudad vuestra espada... ved que arde
Lleno el pecho de saña.

JACOBO.

Es imposible...
Con vos no he de reñir.

BERNARDO.

¡Tambien cobarde!

JACOBO.

Cobarde, no.

BERNARDO.

Pues bien, aunque no lidies,
Te mataré, villano.

JACOBO.

Bueno fuera,
Á no estorbarlo yo.

BERNARDO.

Pronto veremos
Cómo lo evitarás.

JACOBO.

De esta manera. (Vase.)

# ACTO SEGUNDO.

## ESCENA PRIMERA.

JACOBO. MARIANA.

JACOBO.

¿Recelar puedes de mí,
Que te salvo de un tirano?

MARIANA.

Jacobo, al fin es mi hermano.

JACOBO.

No obrara un verdugo así.
Pero está bien: tu escondite
Á acertar no ha de valer,
Por más que todo el poder
Del infierno solicite.
Y áun si cupiera en tu amor
Un pequeño sacrificio...

MARIANA.

Ya va por el precipicio
Por lo ménos el honor,
Y prenda le creo, á fe,
Si no buena, suficiente.

JACOBO.

Perdona, anduve imprudente.

MARIANA.

Y otra ademas te daré.
Si en ganar este aposento
Temerosa consentí,
En que me guardes aquí
Enamorada consiento.

JACOBO.

¡Oh! y en él te defendiera
Del mundo entero, á fe mia,
Porque eres mi luz, mi dia...

MARIANA.

¡Quién el porvenir supiera!
Acaso en la confusion
De estrepitosos placeres
Has de abrir á cien mujeres
Las puertas del corazon.

JACOBO.

Mariana, ó no te conoces,
Ó te ha mentido tu espejo:
Pídele, por Dios, consejo;
Que ha de desmentirte á voces.

MARIANA.

Muchos lo mismo me han dicho,
Creyéndome más liviana;
Pero al fin de una semana
Tuvieron otro capricho.
Si tú como ellos un dia...
Aparta, sueño importuno.

JACOBO.

¡Oh! nunca te amó ninguno
Con tan ciega idolatría.
Hasta el birrete ducal,
Que el mismo Dux me ofreciera,
Sin tí, amor mio, creyera
Que me sentaba muy mal.

MARIANA.

Dime, Jacobo, si sientes
Lo que diciéndome estás;
Mas tal vez mañana vas
Á confesarme que mientes.
Cuando sin vida tu padre,
Libre y poderoso seas,
Y placer que no poseas,
No encuentres, como te cuadre;
Cuando Jacobo en tutela
Sea el Conde Dagolino,
¿No celará su destino
De quien ahora no le cela?

JACOBO.

Destino no habrá mayor
Que adorarte, y en verdad
Que he de hacer con vanidad
Ostentacion de tu amor.
Todos al pasar corriendo,
Y en derredor agolpados,
Curiosos ó embelesados,
«¡Cuán hermosa!» irán diciendo.
Envidia de las mujeres,
Ídolo de los galanes,
Tú causarás sus afanes,
Y amargarás sus placeres.
Acecharán despechadas,
Cuándo de tu casa sales,
Las plazas y los canales
Dejándote avergonzadas.
¡Oh! ¡por Dios, que es gran placer
El orgullo en la hermosura!

MARIANA.

Rebélase á tal pintura
Cuanto tengo de mujer;
Porque... lo has adivinado,
Sí, todas somos lo mismo:
Orgullo, amor, egoismo,
Guarda el corazon cerrado.

¡Oh! y frenéticas de amor,
Hay momentos en que diéramos
Cuanto amor hallar pudiéramos,
Por un chal, por una flor.
Mas... (Pensativa.)

JACOBO.

¿En qué piensas, mi vida,
Que, con secretos enojos,
Se agolpa el llanto á tus ojos?

MARIANA.

¡Si esa pasion fué fingida!
Si pasado un mes, un año,
Fastidiado al fin de mí...
Dímelo, Jacobo, aquí;
Me matara un desengaño.

JACOBO.

¿Qué dices, Mariana?

MARIANA.

Mira,
Tal vez en este momento
En mil locuras consiento;
Mas mi amor me las inspira.
Yo puedo por no perderte,
Mirando á tu vanidad,
Mostrarme por la ciudad,
Satisfecha con quererte.
Aquí tus propios amigos,
Más que su necio murmullo,
Harto le pese á mi orgullo,
Serán de tu amor testigos.
Si lo quieres, por tu dama,
Por tu sierva pasaré:
Todo, sí, lo arrostraré;
Que nada pesa á quien ama.
Mas si tras tanta pasion,
Tras tanto envilecimiento,
Traidor otro pensamiento
Te asaltara el corazon;
Si un dia tal vez, villano
Como á esclava me despides,
Entónces ¡oh! no te olvides
De que he tenido un hermano.

JACOBO.

(Aparte. Altiva es la muchachuela,
Y juro á Dios que me place:
De viento castillos hace;
Mas ardimiento revela.)
Estás de sueños, Mariana,
Y de quimeras hablando:
¿Por qué siempre recelando
Estar hoy para mañana?

MARIANA.

Con ese temor no puedo,
Jacobo: celosa soy;
Siempre tras tu sombra voy;
Mas de perderla con miedo.
Mozo, audaz, enamorado,
Hoy todo el amor lo vence;
Mas temo que te avergüence,
Rico y noble, lo pasado.

JACOBO.

Avergonzarme, y ¿de qué?
¿De adorarte, vida mia,
Cuando altares te alzaria
Para prendas de mi fe?

MARIANA.

Mas deliramos, por Dios.
¿Y mi hermano?

JACOBO.

No dará
Donde el escondite está,
Si lo queremos los dos.

MARIANA.

Él descubre cuanto pasa,
Jacobo, en toda Venecia.

JACOBO.

En poco su vida aprecia,
Si acierta con esta casa.

MARIANA.

Es valiente.

JACOBO.

Y noble soy.

MARIANA.

Es celoso.

JACOBO.

Y soy amante.

MARIANA.

Él te seguirá constante.

JACOBO.

Yo tras él constante voy:
Y aparta todo recelo;
Que pues yo te guardo aquí,
No tendrán rastro de tí
Ni las estrellas del cielo.

MARIANA.

Mas fuera lance cruel
Que por guardarme demas,
Celándote de él, quizás
Dieras más pronto con él.

## ESCENA II.

JACOBO, solo.

Me siento cada vez más hechizado,
Más orgulloso cada vez me siento;
Y cuanto más me arriesgo enamorado,
Más crecen imposibles á mi intento.
Jorge, Maffei y Tiépolo decian:
«Nada conseguirás de esa altanera»;
Y de un empeño tan tenaz reian,
Y ha reido á su vez Venecia entera.
¡Oh! la verán de mi pasion vencida;
Avergonzados la verán, lo juro...
¿Mas dónde? en esta cámara escondida,
En este negro calabozo oscuro.

Héme aquí vencedor, á quien condenan
A esconder con vergüenza su victoria,
Pues que opuestas razones hoy me ordenan
Callar á un tiempo y pregonar mi gloria.
Pedro. (Llamando.)

## ESCENA III.

JACOBO. PEDRO.

PEDRO.
Señor...

JACOBO.
¿Has oido?

PEDRO.
Alguna cosa entendí,
Y por cierto que no ví
Galan más comprometido.

JACOBO.
Me ama.

PEDRO.
Con el alma toda.

JACOBO.
Y en todo consentirá.

PEDRO.
Eso, el tiempo lo dirá,
Y todo el mundo en la boda.

JACOBO.
¡Qué estás de boda diciendo!

PEDRO.
¡Cómo pues! ¿no os casaréis?

JACOBO.
No.

PEDRO.
Pues vos os lo veréis;
Que yo por mí no lo entiendo.

JACOBO.
Basta de chanzas por hoy,
Y un buen consejo me da.

PEDRO.
Yo, señor, no alcanzo ya
Otro alguno, por quien soy.

JACOBO.
¿Eso respondes, por Dios!
¿Acaso, bribon, no fuiste
Quien robarla propusiste?

PEDRO.
¿Por qué lo aceptasteis vos?
Dijisteis que era tan bella,
Que era tan irresistible,
Que dabais por imposible
Vivir un punto sin ella.
Dijisteis que por su amor
Dariais el paraíso...
Y juzgué que era preciso
Dárosla al cabo, señor.
No hallo de qué os irriteis,
Porque os serví, causa alguna.
Dijisteis: «Es mi fortuna.»
En la mano la teneis.

JACOBO.
Eso... siempre se habla así...
Pero se entiende de modo...

PEDRO.
Es que yo lo entiendo todo
Como me lo hablan á mí.

JACOBO.
Ponte, Pedro, en la razon,
Y hablemos claro: testigos
Quiero á todos mis amigos
Hacer de mi posicion.
Todos me dieron enojos
Con mi amante vanidad,
Y ahora me importa en verdad
Pasársela por los ojos.

PEDRO.
Pues casaros no quereis,
Por imposible lo tengo.

JACOBO.
En lo difícil convengo.

PEDRO.
Vale más que lo dejeis.

JACOBO.
¿Dejarlo? por vida mia,
Que estás de sobra importuno:
Pecador, ¿hubiera alguno,
Que á tal se resolveria?
¿Dejarlo, cuando ya está
Toda Venecia en acecho,
Y si no dan con lo hecho,
Van á los alcances ya?
Me apedrearan en Rialto,
Y á fe que lo mereciera;
Que al ménos confesar era
Que vivo de aliento falto.

PEDRO.
Si tan decidido estais,
Yo sé en ello lo mejor:
Dad desde hoy á vuestro amor
Cuanto escándalo podais.

JACOBO.
¿Eso propones?

PEDRO.
Sois noble,
Esperais grandes riquezas,
Y á empezar vuestras grandezas
Teneis un derecho doble.
Si fuerais un gondolero,
Un soldado, ya se ve,
Contra ello clamara á fe
El Dux y el estado entero.
Pero en vos no será nada,
Yo sé que os lo aplaudirán:
A lo más, lo más, dirán
Que es una calaverada;

Y teneis tantas á cuenta,
Que poco importa una más.

JACOBO.

No me ha importado jamas
Por una ni por sesenta.
Mas fuera necia locura,
Sin extrema precaucion,
Dar tamaña ostentacion
A tan audaz aventura.
Pero, áun con suerte leal,
Sería ese intento vano:
Ese maldito de hermano
¿No tiene en los sesos sal?

PEDRO.

Con oro...

JACOBO.

Será altanero;
Y si en honra no ha nacido,
¿Qué villano no ha creido
Que fué siempre caballero?

PEDRO.

Si vano el oro desprecia,
Con acero se le paga.

JACOBO.

¡Vil! ¿te atreves!...

PEDRO.

¡Oh! ¡si hay plaga
De acreedores en Venecia!
En no pudiendo cobrar,
El que primero se atreve,
Ó el deudor mata al que debe,
Ó el otro al que ha de pagar.

JACOBO.

Y ¿tal, villano, propones
A Jacobo Dagolino!

PEDRO.

Cada cual va á su camino,
Y hay quien le anda á tropezones.
Consejo me habeis pedido,
Y os he dado mi consejo:
A voluntad os lo dejo,
Y nada habemos perdido.
Quisisteis pronto llegar,
Y por el atajo eché;
Si torpe el camino erré,
Áun se puede remediar.

JACOBO.

Hacer de una muchachada
Un lance tan criminal...
Nunca, Pedro, pensé tal.

PEDRO.

Perdonad...

JACOBO.

Va perdonada.

PEDRO.

Pero cosa tan mezquina
Hallar un acreedor es,
Que se encuentra á dos por tres
A vuelta de cada esquina.

JACOBO.

¿Áun piensas, infáme, en ello?

PEDRO.

Luégo, anda tanto maton,
Tanto hidalgo valenton,
Que riñe por un cabello...
Y en fin, no es, señor, mi intento
Dudar un punto de vos;
Mas, aquí para los dos,
Me da este asunto tormento.
Tengo un no sé qué...

JACOBO.

Despacha:
¿Tienes miedo?

PEDRO.

Acaso, acaso...
Y me temo algun mal paso
Al fin con esa muchacha.

JACOBO.

Acaba y no me atormentes:
¿Qué temes, di, qué recelas?

PEDRO.

Todas esas muchachuelas
Son tan ligeras de mientes,
Que si á sospechar llegara
Que es vuestro amor, amor puro,
Solo amor...

JACOBO.

¿No estás seguro
Tal vez de que lo arreglara?
¡Oh! nada hay ya que temer:
Presa en mis lazos cayó,
Y el medio poseo yo
De guardar á una mujer.

PEDRO.

No confieis demasiado;
Que tal vez la confianza
A muchos con la esperanza
En las manos ha dejado.
Sin darla qué sospechar,
No podeis, en mi opinion,
Cerrar la puerta y balcon,
Prohibiéndola mirar.
Y una seña á una ventana,
A media noche un gemido,
Un guante, un papel caido,
Puede perderos mañana.

JACOBO.

Si llegase á tal extremo,
Mi espada ¿no va conmigo?

PEDRO.

Todo el cielo me es testigo
De que por vos nada temo.
Mas cosa que desatina
Tener acreedores es,

Y es fácil, á dos por tres,
Hallar uno en cada esquina.
Y bueno es pensar en ello,
Cuando anda tanto maton,
Tanto hidalgo valenton,
Que riñe por un cabello.

JACOBO.

No vas del todo sin tino,
Y algo pesan tus razones.

PEDRO.

Si es mejor dar tropezones
Que no dar con el camino.
Porque si el maldito hermano
Quisiera reñir con vos,
Sé muy bien que entre los dos
Lo arreglarais mano á mano.
Pero eso de consentir
En ponerse de vigía
Toda una noche y un dia
Para no veros venir;
Eso de andar destacado,
Buscando siempre un objeto,
Y no dar con un sujeto,
Y volver desatinado,
Corriendo de ceca en meca,
Para venir á parar
En que acaban de sacar
Un cadáver del Giudecca,
Yo, señor, siento temello;
Mas lo temo y me aniquilo...
(Tengo la vida en un hilo
Miéntras Bernardo ande en ello.)

JACOBO.

Mas otro medio ¿no ocurre?
Una enfermedad, un viaje,
La variacion de paraje,
La necesidad... discurre.

PEDRO.

Pues, señor, no doy con él:
Miéntras que viva el hermano,
Cuanto se haga será en vano.

JACOBO.

¡Tambien es lance cruel!

PEDRO.

No paseis por ello pena;
Lo haremos entre los dos,
Y yo arreglaré con Dios
Nuestra cuenta mala ó buena.
Yo buscaré á Juan Dandolo,
Y por corta cantidad,
Esta noche en la ciudad
Hallará á Bernardo solo.
Juan sabe hacer su papel;
Beberán juntos quizas;
Y unas palabras no más
Tendrá en la calle con él.

JACOBO.

Y ¿yo he de pagar!...

PEDRO.

No, no:
Vos me haceis adivinar
Dónde oro quereis dejar,
Y de allí os lo quito yo.
Y con esto, de contado,
Vos nada teneis que hacer,
Y yo habré de responder
Á más, de haberos robado.

JACOBO.

¡Imposible!

PEDRO.

Pues mirad
Que temo por vuestra vida;
Al demonio está vendida:
Tened de ella caridad.
Y á más, ¿qué adelantaréis
Con tenerla aquí encerrada,
Cuando nadie creerá nada,
Por mucho que lo conteis?

JACOBO.

Pero al ménos, si eso fuera,
Por ejemplo, en desafio...

PEDRO.

Si así es mejor, no porfio:
Que sea de esa manera.
Mirad por ese balcon: (Va á una ventana.)
¿Veis en aquel esquinazo
Un embozado, que un brazo
Posa en el guarda-canton?

JACOBO.

Le veo.

PEDRO.

¿Le conoceis?

JACOBO.

No por cierto.

PEDRO.

Es Juan Dandolo:
Parece puesto allí sólo
Para que vos le llameis.
Vuestra bolsa os he cogido;
(Coge de una mesa la bolsa.)
De un salto en la calle estoy:
Llamo, pide, cuento, doy,
Y negocio concluido. (Vase de repente.)

JACOBO.

Tente, Pedro... y ¡vive Dios,
Que al cabo razon le sobra!
Él se atribuye la obra,
Él responda por los dos.

## ESCENA IV.

JACOBO, y vuelve PEDRO.

PEDRO.

Aquí le tenemos.

JACOBO.

No verle me importa.

PEDRO.

Pues bien, retiraos.

JACOBO.

¡Con tiento, por Dios!

PEDRO.

Será, lo prometo, conferencia corta.
Llevaos adentro la niña con vos.
Cuidado que astuta la trampa sospeche.

JACOBO.

De mí te confia.

PEDRO.

Podeisla contar
Un cuento bien largo, que el tiempo aproveche.
Si no, dadla celos, y hacedla rabiar.

## ESCENA V.

PEDRO. BERNARDO, con máscara y distinto traje del que usó en el acto anterior.

BERNARDO.

(En vela he pasado la noche y el dia:
¡Ay de ellos, si necios la guardan aquí!)

PEDRO.

Entra.

BERNARDO.

¿Qué me quieres?

PEDRO.

De grande cuantía
Á darte un encargo, te llamo.

BERNARDO.

Pues di.

PEDRO.

La máscara deja; sepamos quién eres.

BERNARDO.

Si cumplo contigo, no importa quién soy.

PEDRO.

¿Que arriesgue un secreto á tu máscara quieres?

BERNARDO.

Mi rostro es muy feo, mi nombre te doy.
Yo soy Juan Dandolo, mi cifra es aquesta;
Más señas no tengo que aqueste puñal:
Ve pues, si te basta, y el oro me apresta:
Si es grande el empeño, será el premio igual.

PEDRO.

Empeño... no hay mucho; la muerte de un hombre
Se quiere en secreto.

BERNARDO.

¿Es noble?

PEDRO.

Tal vez...

BERNARDO.

¿Del pueblo?

PEDRO.

Artesano.

BERNARDO.

Veamos su nombre.

PEDRO.

Veamos si aceptas.

BERNARDO.

Me sobra altivez.
Si es pobre y plebeyo me niego del todo;
Que indigno es por ello gran suma exigir,
Y es mengua miserias ganar de ese modo.

PEDRO.

Pecó.

BERNARDO.

Que se enmiende, dejadle vivir.

PEDRO.

Á un noble ha ofendido, que muera le cuadra.
Ve si has de matarle.

BERNARDO.

Cobarde es, á fe.

PEDRO.

¿Cobarde?

BERNARDO.

¿No sabes, á un perro que ladra,
Con qué se castiga?

PEDRO.

¿Con qué?

BERNARDO.

Con el pié.

PEDRO.

Es perro que muerde.

BERNARDO.

¿Valiente?

PEDRO.

Y de bríos.

BERNARDO.

Pues ve si le nombras.

PEDRO.

Si aceptas me dí.

BERNARDO.

Ya estás importuno, los bravos son mios:
Huelgo en que resistan.

PEDRO.

¿Qué dices?

BERNARDO.

Que sí.

PEDRO.

¿Lo juras? ¿Palabra me empeñas?

BERNARDO.

La empeño.

PEDRO.

Si dudas sabiendo...

BERNARDO.

Jamas dudé yo.

PEDRO.

Pues toma. (Le alarga un bolsillo.)

BERNARDO.

Que excuse, dirás á su dueño.

PEDRO.

Son doblas y en oro.

BERNARDO.

Despues, ahora no.

PEDRO.

Bizarro eres.

BERNARDO.

Ya lo ves.

PEDRO.
En tal caso, ¿está acabado
El negocio?

BERNARDO.
De contado;
Mas dime el hombre quién es.

PEDRO.
Pues tu palabra te aprieta,
Quitarás la luz del cielo
Á Bernardo Caravello,
Espadero en la Piazzetta.

BERNARDO. (Aparte.)
Aquí estaba, no mentí;
Mis celos fueron leales :
Mas no son tantos los males,
Cuando me tienen aquí.
¡Vive Dios!

PEDRO.
¿Dudando estás?

BERNARDO.
No; pero en verdad que siento
Que me cueste un juramento,
Un Caravello no más.

PEDRO.
¿Luego le conoces bien?

BERNARDO.
Como á mí mismo, y me pesa.

PEDRO.
Pues ve que nos interesa
Que presto muerte le dén.

BERNARDO.
Se la darán.

PEDRO.
Por si acaso,
Y pues que su nombre sabes,
Calcula ántes que le acabes
La dificultad del caso,
Y aprecia tu intrepidez.

BERNARDO.
Casi de balde lo hiciera;
Que he pensado en que muriera
Ese hombre, más de una vez.

PEDRO.
Cien doblones. (Mostrando la bolsa.)

BERNARDO.
Hartos son,
Y áun temo no merecellos.

PEDRO.
¿Dónde?...

BERNARDO.
Aquí, vendré por ellos
Cuando traiga la razon. (Con intencion.)

PEDRO.
Con que...

BERNARDO.
Pronto morirá.

PEDRO.
¿Cuándo?

BERNARDO.
Ántes de media hora;
Que sé que en acecho ahora
Á pocos pasos está.

PEDRO.
Doble el premio será así,
Y no temas ser muy cruel.

BERNARDO.
Pronto doblarán por él...
(Como no doblen por tí.) (Vase.)

## ESCENA VI.

PEDRO, luégo JACOBO.

PEDRO.
Estamos al cabo, la cosa está hecha,
Podremos al ménos seguros vivir.
¡Qué diablo! la cuenta será un poco estrecha;
Que cuanto más tiempo, más hay que añadir.

JACOBO.
¿Está concluido?

PEDRO.
Sin duda, es asunto
Que notas no admite ni en contra ni en pro.

JACOBO.
¿Con que el pobre mozo?...

PEDRO.
Contadle difunto.

JACOBO.
Por valiente pasa.

PEDRO.
Decid que pasó.
Ya con Caravello su ódio es antiguo,
Y en pagar su muerte le hicimos merced:
En sitio le tiene seguro y contiguo.

JACOBO.
¿Lidiarán acaso?

PEDRO.
Lo harán de una vez.

JACOBO.
¿Le diste las doblas?

PEDRO.
Tomarlas no quiso,
Y os pide disculpa.

JACOBO.
¿De balde lo hará?
No quiero esa cuenta; pagarle es preciso;
Su causa y la mia tal vez mezclará;
Y yo con un bravo que mata en la sombra
No pienso hacer nunca mi causa comun.

PEDRO.
Es hombre de garbo; valiente se nombra.

JACOBO.
Es vil asesino, cobarde...

PEDRO.
Segun.
Él tiene su fama, su pueblo y su gente;
Y hay quien sus hazañas le canta tambien.

JACOBO.

Jamas un infame podrá ser valiente,
Y á mí me interesa que el oro le dén.

PEDRO.

Dijo que en cumpliendo por ello vendria.

JACOBO.

Díselo, y que nunca le vuelva á ver yo.

PEDRO.

Si no por su infamia, ¿de vos qué sería?

JACOBO.

Yo hallara algun medio.

PEDRO.

Pudiera que no.
En fin, como quiera, seguros estamos;
No esteis por tan poco cabizbajo así:
Ya os dije denántes que si ambos pecamos,
Yo llevo las cuentas por vos y por mí.

JACOBO.

¡Bellaco!...

PEDRO.

Y al cabo, señor, es lo cierto
Que en ello ganamos á medias los dos:
Yo, hablando de véras, en miedo del muerto,
Y vos por mis cuentas el miedo de Dios.

JACOBO.

Ya basta. Apostado le aguarda en la calle:
No vuelva, y Mariana le acierte á encontrar.

PEDRO. (Inclinándose con aire socarron é hipócrita.)

¿Qué más á este siervo teneis que mandalle?

JACOBO. (Con severidad.)

Que de él en tu vida me vuelvas á hablar.

## ESCENA VII.

JACOBO.

Acaso el menguado, mejor merecia,
Por hombre á lo ménos, como hombre morir...
Mas es cuento largo; la culpa no es mia:
Bien muerto está el muerto, dejadle dormir.
Ya ahora no es tiempo de duda ó temores:
¿Qué importan los medios si llegan al fin?
Desde hoy en el mundo no habrá más que flores:
Ábreme, pues, mundo, tu libre jardin.
¡Ven, crédula hermosa; que el mundo te espera,
La gloria te aguarda, de un dia quizás!...
Mas breve y liviana, por último es gloria,
Y al ménos un dia dichosa serás.
Por ese momento de triunfo mundano
La vida vendiera y el alma tambie...
Mi casa es muy noble, mi padre ya anciano...
Gran cosa es mi nombre, llevándole bien.
Que me abra Rialto sus arcas de hierro,
Que sacie mi orgullo, mi ciega ambicion,
Y luégo, aunque doble la usura por yerro,
Y en prendas me pida mi propio blason.

## ESCENA VIII.

JACOBO. MARIANA.

MARIANA.

¿Tan solo, Jacobo, aquí,
Y tan cabizbajo estás!
¿En qué pensabas?

JACOBO.

En tí.

MARIANA.

¡Si siempre hicieras así!

JACOBO.

Y ¿qué pudiera hacer más?
Esclavo de tu hermosura,
Ni un punto del pensamiento
Puedo borrar tu pintura:
No pienso un solo momento
Más que en tu propia ventura.

MARIANA.

Y ¿en qué pensabas ahora
Por mi ventura, mi amor?

JACOBO.

En que está cerca la hora
De que puedas quien te adora
Nombrar do quier sin rubor.

MARIANA.

¡Oh! loca me has de volver:
Tú me engañas.

JACOBO.

No en verdad.

MARIANA.

¿Con que pronto?

JACOBO.

Podrá ser.

MARIANA.

Áun no lo acierto á creer;
No me engañes, por piedad.
Ve que te amo en tal manera,
Que consentida ya de ello,
Si me faltaras, muriera;
Que siento la vida entera
Suspendida en un cabello.

JACOBO.

¡Engañarte! no por cierto.
Y ¿á qué tan raro capricho?

MARIANA.

Si estoy soñando no acierto;
El cielo, sí, me has abierto,
Jacobo, con lo que has dicho.
Repítemelo otra vez.

JACOBO.

Y otras ciento, si lo quieres:
Vas á ser en tu altivez
De toda Venecia prez
Y rabia de sus mujeres.
En lo noble y poderoso

Pocos se igualan á mí;
A tí, ninguna en lo hermoso:
Tú bella y yo generoso,
¿Quién no ha de envidiarnos? di.
Mi amor dirá á mi riqueza:
«Dadla plumas, dadla chales,
Cuanto quepa en su grandeza»;
Y por ver tanta belleza
Se poblarán los canales.
Cuando en mi góndola real
Grite á mis esclavos—¡Sús!
¡Y al agua!—habrá en el canal
Quien te haga vénia ducal
Como á la esposa del Dux.

MARIANA.

Calla: sin aliento estoy
De placer, calla por Dios.

JACOBO.

Y tanto á aprestarte voy,
Que no ha de haber, por quien soy,
Quien goce más que los dos.

MARIANA.

¡Soy, Jacobo, tan feliz!
Tan...

JACOBO.

Silencio: pasos siento;
Y ve que el menor desliz,
Nuestra fortuna, infeliz
Puede hacer en un momento.
(Va á la puerta.)
(¡Una máscara! Sin duda...)
Mariana, déjame solo.
De ese aposento te escuda,
Y estáte allí sorda y muda.
(¿Si habrá cumplido Dandolo?)

MARIANA.

¿Tardarás?

JACOBO.

No: asuntos son
De casa, en que estoy tratando.

MARIANA.

¡No me olvides!

JACOBO.

Esperando
Me queda.

MARIANA.

Y desde el salon
Puedo esperar escuchando.

## ESCENA IX.

JACOBO. BERNARDO.

JACOBO. (Aparte.)

¡Él es!

BERNARDO.

(Ayudadme, cielos,
A sujetar mi impaciencia.)

JACOBO.

(El cielo la dé prudencia,
Y no despierte sus celos.)

BERNARDO.

Guárdeos Dios.

JACOBO.

¿Qué me quereis?

BERNARDO.

Vuestro encargo concluí.

JACOBO.

¿Conmigo hablais?

BERNARDO.

Con vos, sí.

JACOBO.

¿Acaso me conoceis?

BERNARDO.

Disimular es en vano.
¿No me habeis buscado vos?

JACOBO.

¿Yo buscaros? no, por Dios.

BERNARDO.

(Hiere y esconde la mano.)
Sabed, pues...

JACOBO.

Más bajo hablad.

BERNARDO.

(Aquí está.) Digo que soy...

JACOBO.

Más bajo. (Temblando estoy.)

BERNARDO.

Soy...

JACOBO.

Bien, comprendo, tomad.
(Dándole la bolsa.

BERNARDO.

(Sin duda nos puede oir.)

JACOBO.

Es negocio concluido. (Despidiéndole.)

BERNARDO.

(Pues á buscarla he venido,
Sin ella no he de salir.)
(Alto.) Ya pueden desde este punto
Darle...

JACOBO.

Más bajo, por Dios.

BERNARDO.

¿Le habeis muerto acaso vos,
Ó temeis aún al difunto?

JACOBO.

Idos.

BERNARDO.

(Parece que aprieta.)
Me voy, y perded recelo;
Que Bernardo Caravello
Queda muerto en la Piazzetta.

**ESCENA X.**

DICHOS. MARIANA.

MARIANA.
¡Santo Dios! ¡muerto mi hermano!

JACOBO.
Sal pronto, impostor, de aquí.

MARIANA. (Con rabia.)
¿Quién mató á mi hermano? di.

JACOBO. (Metiendo mano.)
Sal pronto, ó...

BERNARDO.
Tente, villano.
(Quitándose la máscara.)

MARIANA.
¡Ay de mí!

JACOBO.
¿Qué es esto, cielo!

BERNARDO.
¿No lo adivinas tú solo?
Es que viene Juan Dandolo
A vengar á Caravello.

JACOBO.
Pues bien, quien quiera que seas,
Uno ú otro, vivo ó muerto,
Que digas al fin te advierto
De una vez lo que deseas.

BERNARDO.
De una vez te lo diré.
Quiero tu vida ó mi honor:
Mira tú lo que es mejor;
Que sin ambos no me iré.

JACOBO.
Ve tú lo que bien te está,
Y consulta tu ambicion.

BERNARDO.
Corazon por corazon
Y honor por honor me va.
Eso te doy á elegir,
Y no hay mucho que dudar;
Con ella te has de casar,
Ó conmigo has de morir.

JACOBO.
Y ¿sabes?...

BERNARDO.
Todo lo sé,
Que como el Dux eres noble,
Riqueza posees al doble,
No hay quien te compita, á fe.
Mas sé, aunque es herencia corta,
Que tengo honra y tengo hermana;
Y pues la tengo villana,
Tenerla honrada me importa.

JACOBO.
Pues mira cómo ha de ser.

BERNARDO.
Todo lo tengo pensado:
Darásme un papel firmado,
Tomándola por mujer.

JACOBO.
¿Y mi padre?

BERNARDO.
Morirá;
Que está viejo.

JACOBO.
Mas primero...

BERNARDO.
Pues no tiene otro heredero,
Despues de muerto será.

JACOBO.
(¡No puedo con mi altivez,
Por Dios, en trance tan duro!)

BERNARDO.
Ve que mi paciencia apuro.

JACOBO.
Acabemos de una vez.
No me he de casar con ella,
Sólo por ser condicion.

BERNARDO.
Pues venga tu corazon.

MARIANA.
¡Hermano!

BERNARDO.
Los labios sella.

JACOBO.
Ven, pues, á beber la hiel,
Que guarda con tu sentencia.

BERNARDO.
Es vana tu resistencia;
Que vienen muchos por él.
A una voz, por la ventana
Suben cuatro como yo.

JACOBO.
¡Villano!

BERNARDO.
Villano ó no,
Tu corazon, ó mi hermana.

JACOBO.
Bien está, dame el papel,
Y dicta su contenido.
(En la trampa me ha cogido;
Mas si yo le cojo, ¡ay de él!)

BERNARDO. (Dictando.)
Seis meses despues de muerto
Tu padre, será la boda.

JACOBO.
¡Gran pena!

BERNARDO.
No es esa toda.
La condicion falta.

JACOBO.
Es cierto.

BERNARDO.
Y si, esa tregua vencida,
No has salido de tu empeño,

Escribe que me haces dueño
De tu honor y de tu vida.

JACOBO.

(Y hasta entónces, mentecato,
¿Quién te ha dicho que tu hermana
No habrá muerto, y será vana
La condicion y el contrato?
¡Oh! ¡me he de burlar de tí!)

BERNARDO.

Firma y cierra ese papel.
Yo me quedaré con él.

JACOBO. (Con ironía.)

¿Está bien?

BERNARDO.

Bien está así.

JACOBO.

Y ahora, en más seguridad,
Pues que al fin me casaré,
Casa y nombre la pondré
Con decoro en la ciudad.

BERNARDO.

No lo pienses.

JACOBO.

¿Cómo no?

BERNARDO.

Guarda tu nombre y tu oro;
Que desde hoy, con más decoro,
Sabré guardártela yo.

# ACTO TERCERO.

Fin de una cena en el palacio Dagolino. — Algunos de los convidados en trajes de máscara, como venidos desde el baile á la mesa.— En el fondo, á lo léjos, el salon del baile. —Música y tumulto.

## ESCENA PRIMERA.

DON RAMIRO. JACOBO. MAFFEI. PEDRO (en pié), y SEIS CONVIDADOS. ANINA, ROSA, INES y OTRAS DOS DAMAS.

JACOBO.

¡Ja! ¡ja! Don Ramiro, ¿ya os ata la lengua
Mi *lácrima?*

MAFFEI.

¡Bravo!

UNO.

Las copas tomad.
Dejemos á España; que á fiestas es mengua
Llamarla al tumulto de nuestra ciudad.

OTRO.

Dejemos á España: no vale su gente
Más que para sangre verter en la lid.

OTRO.

Decid, don Ramiro: y el noble valiente,
Despues de un combate, ¿no brinda en Madrid?

OTRO.

¿Qué vale que tengan Jerez en España?

OTRO.

Mejor estuvieran sus viñas aquí.

MAFFEI.

¿No se hacen botellas?

DON RAMIRO.

Y ¿aquesto os extraña?
Se templan espadas y lanzas allí.

UNO.

Lo dicho: no hablando de sangre y de guerras,
No hay más en las fiestas de España que hablar.

DON RAMIRO.

Con sangre regamos allá nuestras tierras,
Y así hasta el labriego se apresta á lidiar.

ROSA.

Mas hay, segun dicen, jardines floridos.

INES.

Y sotos pomposos.

ANINA.

Y dicen tambien
Que al són voluptuoso de blandos sonidos
Alegres comparsas de danzas se ven.

DON RAMIRO.

Houris no se encuentran acaso tan bellas,
Cual éstas que agora cercándome están;
Mas yo os aseguro, señoras, que entre ellas
Las hay que os causaran un punto de afan.
No hay blondos cabellos, teces de azucenas
Con ojos que roban al cielo su azul;
Mas hay serafines con teces morenas,
Por quien bota buques al agua Stambul.
Brindemos á España, país de placeres,
Do ponen los moros su gloria y su Eden.

JACOBO.

Brindemos; mas luégo por nuestras mujeres
Es fuerza que España nos brinde tambien.

DON RAMIRO.

Sin duda: no quita cortés á valiente,
Y es noble Venecia, pomposa ciudad.

JACOBO.

¡Á España, señores, á su ínclita gente!

(Brindan.)

DON RAMIRO.

Lácrima y Venecia, que dan libertad.

UNO. (Á Ines.)

Ines, ¿no brindasteis?

OTRO.

¿Acaso te dieron
Enojos las bellas del suelo español?
No temas, hermosa; yo sé que no vieron,
Cual la de tus ojos, la luz de su sol.

JACOBO.

Pedro, ¿de qué cuba sacaste ese vino,
Que no bebe el Conde?

PEDRO.

De la honda, señor.

JACOBO.
Pues rompe su copa, y en vaso argentino
Escánciale Chipre, que lo halla mejor.

UNO. (Á Rosa.)
¿En qué piensas, Rosa?

ROSA.
En tí.

EL MISMO.
Por mi vida,
Que poco en tu mente posar me creí.
Y ¿á quién debo, dime, tan dulce guarida?

ROSA.
Tu voz, ¿en quién deja pensar sino en tí?

EL MISMO.
Y ¿quién de una copa, tomando su tono,
Á oidos pequeños arregla la voz?
Apróntame Chipre, verás cómo entono
Y hago gorgoritos como un ruiseñor.

JACOBO.
Anina, levanta la copa.

ANINA.
Brindemos.

JACOBO.
Al viento más suave que sopla en el mar.

ANINA.
El bríndis extraño.

JACOBO.
¡Pues qué! ¿no sabemos
Que Giácomo vuelve?

UNO.
Pues es un azar.
¿Y el jóven Guarini?

OTRO.
Son ambos valientes.

OTRO.
El uno á lo ménos.

JACOBO.
Y el otro.

ANINA.
Mas yo...

EL PRIMERO.
Guarini es bizarro.

OTRO.
Son algo parientes.

OTRO.
Sí; por una deuda que el padre dejó.

UNO.
Brindemos primero.

OTRO.
Brindemos.

TODOS.
Brindemos.

JACOBO.
La historia vendrá de la deuda despues.

UNO.
Al viento más manso.

OTRO.
Los vasos crucemos.

ANINA.
Mas ved, caballeros...

JACOBO. (Á Ines.)
Las copas, Ines.
(Bríndis.)

UNO.
Ahora, la historia.

ANINA.
Mirad bien, señores...

OTRO.
Anina, en nosotros secreto estará.

TODOS.
La historia.

UNO.
No hay cosa como unos amores,
Tras de quien el diablo por último da.
Mas ved...

EL QUE HA DE CONTAR.
Dos palabras.

TODOS.
La historia... la historia.

UNO.
Anina, si al cabo se habrá de saber...

JACOBO.
Cuanto ántes se sepa, más pronto memoria
No quedará de ello.

OTRO.
Por fin ha de ser.

UNO.
Vogaba en el Lido ligera una tarde
La góndola Diana de Giácomo; en pos,
Haciendo en seguirla quimérico alarde,
La iban á lo léjos la pista otras dos.
Giácomo volaba por esos canales,
Cada vez vogaba su góndola más.
No tuvo regata dos remos iguales;
Que siempre las otras llevaba detras.
Ya casi tocaba la arena olvidada
Del puente que presta al palacio ducal
Camino á la cárcel... paróse cruzada
La Diana en el medio del largo canal.
Ya sólo alumbraba crepúsculo vago,
Y sólo confuso se oia el rumor
Del ancho canal que desagua en el lago,
Y al léjos del puerto discorde el clamor.
Las góndolas iban cercando á la Diana,
Cuando ésta tocando la orilla, posó
En tierra una dama que huyendo liviana,
Á un hombre en la playa por guarda dejó.
Y en vano tras ella á par se lanzaron
Dos nobles que guardan las góndolas dos;
La espada en la orilla de Giácomo hallaron,
Y en la misma noche cenaron con Dios.

TODOS.
¡Giácomo!

UNO.
¿Y la dama?

EL QUE CUENTA.

Silencio; la historia
Á tanto no llega.

OTRO.

Anina, ¿qué tal?

JACOBO.

Señores, ya basta : brindad en memoria
De ese que valiente venció en el canal.

UNO.

Á Giácomo brindo.

OTRO.

Dios quiera que el viento
Le traiga cuanto ántes con oro y con bien.

JACOBO.

Escáncianos, Pedro, licor de Sorrento,
Que ofusque á Ramiro de España el Eden.

(Brindan : don Ramiro y otros convidados se levantan.)

¿Os vais, caballeros?

DON RAMIRO.

Y el baile ¿no espera?

JACOBO.

Lo habia olvidado.

OTRO. (De los que se van.)

Y vos ¿no venis?

JACOBO.

Desaire á este lácrima hacer no quisiera.

VARIOS.

¡Justo!

DON RAMIRO.

Confesaos con él.

JACOBO.

Bien decis.

(Vanse todos, ménos Jacobo y Maffei.)

## ESCENA II.

### MAFFEI. JACOBO.

JACOBO.

¿Ahí te quedas?

MAFFEI.

Ya lo ves.

JACOBO.

¿No bailas?

MAFFEI.

Co·a es por hoy
Imposible, porque estoy
No muy seguro en mis piés.

JACOBO.

No te sirve eso de excusa;
Que no hay uno ¡vive el cielo!
Que no tropiece en un pelo. (Se sienta.)

MAFFEI. (Bebe.)

¡Es fuego este Siracusa!
¡Qué! ¿no te vas?

JACOBO.

¡No, pardiez!
Luégo iremos al salon.

MAFFEI.

Así me harás la razon. (Bebe.)
Plomo hirviendo es tu Jerez,
Que convierte la alegría
En báquico frenesí.
¡Lácrima, esclavo! (Bebe.) Esto sí;
Esto es néctar y ambrosía.

JACOBO.

Alegre estás.

MAFFEI.

¿Por qué no?
Y tú desalmado y triste...
Sin duda que no bebiste.

JACOBO.

Te equivocas... ¿Triste yo!

MAFFEI.

Mal hicieras... ¡Oh! el gozar,
Esta es la vida, y reir,
Olvidados de morir,
Y olvidados de pensar.
Y aunque mueran en su Abril
Mis ilusiones livianas,
Y jamas cubran las canas
Esta frente juvenil.
Sí, porque quiero llevar
Al fondo del ataud
Mi risueña juventud,
Sin padecer ni temblar.
Llegue en buen hora mi fin;
Mas sucumba como fuerte,
Y que me encuentre la muerte
A las puertas del festin.

JACOBO.

Tienes razon: yo comprendo
Así la felicidad.

MAFFEI.

De amores es nuestra edad,
Y el amor crece bebiendo.
Brindemos.

JACOBO.

Como te cuadre...
Vino.

MAFFEI.

A mí.

JACOBO.

Pues vaya.

MAFFEI.

¡Vaya!
A que tanta gloria haya
Cual tuvo deudas tu padre.

JACOBO.

Respeta al que ya murió.

MAFFEI.

Y ¿qué dice tanto hebreo
Que con ardiente deseo
Su fin tal vez esperó?

JACOBO.

Mi fin esperando están.

MAFFEI.
¿No pagas deudas?

JACOBO.
No pago.

MAFFEI.
Da esperanzas.

JACOBO.
Eso hago.

MAFFEI.
¿No hay oro?

JACOBO.
Si ellos lo dan.

MAFFEI.
Y ¿apuran mucho?

JACOBO.
Sí, á fe,
Y aunque mi nombre me escuda...

MAFFEI.
¿Quieres pagarlos?

JACOBO.
Sin duda.

MAFFEI.
Y ¿qué te falta?

JACOBO.
Con qué.

MAFFEI.
Yo sé un medio.

JACOBO.
¿Un medio? ¿cuál?

MAFFEI.
Yo tambien á veces debo...

JACOBO.
Adelante... eso no es nuevo;
Mas la paga...

MAFFEI.
Esa es fatal.
Supon que el hebreo apura...
Le pides luégo el contrato
En que firmaste insensato
Con el préstamo la usura.
De la intencion peregrina
Nada sospecha el hebreo:
Vuela en alas del deseo,
Y al dar la vuelta á una esquina...

JACOBO.
Calla.

MAFFEI.
Y así halló su fin,
Por ser mi acreedor tan sólo,
A manos de Juan Dandolo
El buen Isaac Benjamin.

JACOBO.
¿Tú fuiste?...

MAFFEI.
¿Qué?

JACOBO.
¿Sabes, di,
Todo el mal que así me has hecho?
El golpe que hirió su pecho,
Tambien me ha alcanzado á mí.

MAFFEI.
¿De véras?... ¡lance gentil!

JACOBO.
Dandolo tiene una hermana.

MAFFEI.
¿Hermosa?

JACOBO.
No es tan lozana
La flor del pintado Abril.

MAFFEI.
Está demas la poesía,
Y prefiero el canto llano.

JACOBO.
Por largo tiempo el hermano
Ignoró la pasion mia.
Una noche bien fatal,
Por tu invencion peregrina,
Halló Isaac en una esquina
De Juan Dandolo el puñal.
Una prenda de mi amor,
Cuando le hirió el hierro impío,
Llevaba el triste judío...
¡Vieras allí su furor!
Buscóme, en fin, con deseo
De matarme...

MAFFEI.
El lance es triste;
Mas tú no lo consentiste,
A juzgar por lo que veo.

JACOBO.
Robéle la hermana.

MAFFEI.
¡Bravo!
Esas son cuentas más claras.
Siempre pensé te portaras
Como quien eres, al cabo.

JACOBO.
Pero él, que do quier me espía,
Cuando más estoy tranquilo,
Pronto descubre el asilo
Donde oculta la tenía.

MAFFEI.
Y ¿en fin?

JACOBO.
Hízome jurar
Que muerto que el viejo fuera,
Su deshonra redimiera
Con mi mano en el altar.

MAFFEI.
Pero Dandolo murió,
Y aunque viviera, no creo
Que en tan ciego devaneo
Cayeras.

JACOBO.
Nunca, eso no.

MAFFEI.

La danza empieza otra vez...
Y de esa promesa insana
¿Áun no ha venido su hermana
A reclamar?...

JACOBO.

No, pardiez.

MAFFEI.

¿Piensas que vendrá?

JACOBO.

Lo espero.

MAFFEI.

Y ¿qué harás?

JACOBO.

Áun no lo sé.
Diréla que ya olvidé
Hasta si he jurado.

MAFFEI.

Pero...

(Vanse hablando: el teatro queda solo un instante.)

## ESCENA III.

MARIANA, en traje de máscara.

No está... cuidadosa
La sala crucé,
Buscándole en vano
Cien veces y cien.
Estoy fatigada...
Aquí esperaré;
Que apénas ya pueden
Tenerme mis piés.

(Se deja caer en una silla.)

La noche está oscura:
Horror, lobreguez
Del cielo encapotan
El ancho dosel.
Silencio de muerte
Se nota do quier,
Canales y plazas
Durmiendo á la vez.
La brisa no sopla;
Que duerme tambien...
La noche es de cierto
Terrible y cruel.
¿Si en vano este tiempo
Llorando aguardé
Con ciega esperanza
De loca altivez!
¿Si tantos delirios
Y tanto amor fiel
Habrán de hallar sólo
Desprecio y desden!
Entónces, amores,
Piedad de mujer,
Yo dentro del pecho
Guardaros sabré.
Amor, si á mis plantas
Rendir no le ves,
La miel de tus flores
Conviértase en hiel.
¡Ay, que si insensatos
Burlaron mi fe,
De cierto la noche
Terrible ha de ser!

(Pausa.)

¡Oh, breves instantes
De plácido bien,
Que fuisteis un tiempo
Mi vida y mi ser!
Amantes delirios,
Tornad otra vez,
Y al alma agitada
Su dicha volved.
Mas ¡ay! que la noche
Es horrible... aquel
Fué un tiempo de gloria,
Que no ha de volver.
Me abraso... ¡cuál late
Violenta mi sien!...
Mas... ¡cielos! ¿me engaño?
Jacobo... sí, es él.

## ESCENA IV.

MARIANA. JACOBO.

JACOBO.

¡Oh, talle celestial!

MARIANA.

Me ha visto.

JACOBO.

¿Qué haces
Aquí tan sola en apartada estancia?
¿Cánsate el són de báquicos clamores,
Ó acaso esperas misteriosa cita
Del mortal que rebosa en tus amores?

MARIANA.

Lo has acertado... es eso.

JACOBO.

¿Sí? perdona...
Cedo el puesto al galan.

MARIANA.

No... te esperaba.

JACOBO.

¿Conócesme?

MARIANA.

De cierto.

JACOBO.

¿Soy yo acaso
Ese mortal feliz?

MARIANA.

¡Quién sabe!

JACOBO.

Acaba.

MARIANA.

¡Tú eres, Jacobo!

JACOBO.

Entónces, ¿por qué ocultas
Tras ese rostro inmóvil tus facciones?
(Quiere quitarle la máscara.)

MARIANA.

¿Qué haceis, Conde? soltad.

JACOBO.

Si eres hermosa,
Cual lo presumo de tus ojos bellos,
De esa garganta tersa que engalanan
En lúbricas madejas tus cabellos,
¿Por qué ocultas el rostro, mi señora?

MARIANA.

Hermosa me creyeron algun dia,
Luz me llamaron de brillante aurora...
Yo no sé si lo fuí... mas lo creia.

JACOBO.

Mas ¿no sabré quién eres?

MARIANA.

Sí por cierto;
Mas temo...

JACOBO.

¿Qué?

MARIANA.

Que acaso has de enojarte,
Si ya en tu corazon dulces recuerdos
De un desdichado amor no tienen parte.

JACOBO.

¡Recuerdos de un amor!

MARIANA.

¡Ya no te agrada!
Ya la inquietud á tu semblante asoma,
Y es ménos halagüeña tu mirada.
¿Es posible que aún no me conoces!

JACOBO.

No por cierto.

MARIANA.

¡Oh! que sí; que ya en el rostro
Te está el despecho desmintiendo á voces.

JACOBO.

¡Mariana!

MARIANA.

Al fin recuerdas...

JACOBO.

¿Cómo quieres
Que olvidara un instante tus memorias,
Que las memorias son de mis placeres?

MARIANA.

¡Ah! ¡me amas todavía!

JACOBO.

Eso no he dicho,
Ni eso quise decir. En su corriente
Los dias á las cosas arrastraron,
Borrando así del alma indiferente
La ilusion de los tiempos que pasaron.
Este mundo, Mariana, es otro mundo;
El hombre que ahora ves es ya otro hombre,
Que salvar debe de contacto inmundo
El esplendor de su orgulloso nombre.

MARIANA.

¿Qué dices!

JACOBO.

La verdad; lo que tú misma
Debiste conocer en otros dias:
Esa ciega pasion, alimentada
De una esperanza inútil, es ya fuerza
Que sucumba al destino subyugada,
Y que al poder de la razon se tuerza.

MARIANA.

Piénsalo bien, Jacobo: no es ya tiempo
De volvernos atras, ni yo he venido
De una esperanza inútil halagada.

JACOBO.

Habla.

MARIANA.

¿Olvidaste ya que un juramento
Para siempre nos liga?

JACOBO.

No, Mariana:
Ni tú sin duda olvidarás tampoco
Que con violencia entónces me obligaron
Á que tuviera mi nobleza en poco.
Cierto es que perjuré, que esa promesa
Que tu imprudencia á recordar se atreve,
Más que por mi conciencia, fué dictada
De un asesino por el hierro aleve.
Suyo el perjurio fué, suyo es el dolo.
Demándale ese infame juramento
Al cobarde puñal de Juan Dandolo.

MARIANA.

Acabemos, Jacobo: tú ¿no sabes
Que si á tus plantas mi soberbia humillo,
Es por piedad á tí?

JACOBO.

¿Piedad, señora!

MARIANA.

¡Me debes tanto amor!

JACOBO.

Eso sí creo:
De placer y de amor habla en buen hora;
Olvida lo demas: el leon regio
Al carnívoro tigre no se enlaza,
Ni es posible enlazar en torpe nudo
Tu raza innoble con mi noble raza.

MARIANA.

Ten compasion de tí... por vez postrera
Responde: ¿has olvidado que ofreciste,
Muerto tu padre, recibir mi mano?

JACOBO.

Que lo ofrecí á Dandolo, ya lo viste.

MARIANA.

Tu padre ya murió.

JACOBO.

Tambien tu hermano.

MARIANA.

Si no fuese verdad...

JACOBO.

Lo sé de cierto:
En Florencia, por mano del verdugo,
En pago de sus crímenes ha muerto.

MARIANA.

¡Oh! pero áun vive su infeliz hermana;
Piénsalo bien, y que vengarse puede,
Y que si soy mujer, soy veneciana.
¡Ay, si olvidando amores y promesas,
Descuidado y tranquilo te adormeces!...
¡Mísero tú, que de leon blasonas,
Si del tigre la cólera embraveces!

JACOBO.

Ya estais, señora, por demas cansada:
Recordando esos locos devaneos,
Teneis en mucho lo que tengo en nada.

MARIANA.

Me insultais ¡noble Conde! porque débil
Y humillada me veis, vil y cobarde;
Burlais mi pena y despreciais mi ruego,
De tan negra maldad haciendo alarde.
¿Mi engañada pasion teneis en nada?
¿No temeis que del suelo se levante
La dignidad de la mujer hollada?

JACOBO.

Basta ya; que es inútil la amenaza,
Y es inútil el ruego, ya os lo dije.
Nada puede Jacobo Dagolino,
El noble Conde de opulenta cuna,
Á la hermana deber de un asesino.

MARIANA.

Sí, el honor.

JACOBO.

No hay honor entre los tuyos,
Ni cabe mancha donde no hay pureza.

MARIANA.

Tienes razon, Jacobo, ni tampoco
Cabe piedad do la venganza empieza.

(Ábre la puerta, y aparece en ella Bernardo con máscara.)

## ESCENA V.

JACOBO. MARIANA. BERNARDO.

BERNARDO.

Guárdeos Dios.

JACOBO.

Muy bien venido.

BERNARDO.

¿Conoceisme?

JACOBO.

¿Un antifaz
Usais por rostro?

BERNARDO.

Es disfraz
Que para entrar me ha servido.

JACOBO.

No es difícil de acertar:
Baile de máscaras doy.

BERNARDO.

Por eso con ella estoy.

JACOBO.

Idos, os ruego, á bailar.

BERNARDO.

No vine á bailar aquí.

JACOBO.

¿Venis á hacer oracion?
No es, creo, iglesia el salon.

BERNARDO.

Es capilla para mí.

JACOBO.

Pesado estais por demas:
Vengais por lo que viniereis,
Decidme lo que quisiereis.
¿Os deben algo?

BERNARDO.

Quizás.

JACOBO.

¿De quién reclamais?

BERNARDO.

De vos.

JACOBO.

¿Es acaso alguna venta
No cobrada?

BERNARDO.

Es una cuenta
Incompleta entre los dos.

JACOBO.

Hablad con mi mayordomo.

BERNARDO.

Sólo con vos ha de ser.

JACOBO.

Mañana podeis volver.

BERNARDO.

¿Mañana? es muy tarde.

JACOBO.

¿Cómo!
¿Así osais en mi palacio
Levantaros hasta mí!
¡Salid al punto de aquí,
Ó vive Dios!...

BERNARDO.

Más á espacio.
Una deuda habeis conmigo:
Y es fuerza que la pagueis.

JACOBO.

Mañana la cobraréis.

BERNARDO.

Al punto ha de ser, os digo.

JACOBO.

Pues bien, á cuenta tomad,

(Alarga una bolsa.)

Y volveréis por el resto.

BERNARDO.

No, señor Conde, no es esto:
Esos papeles mirad. (Muéstralos.)

JACOBO.

Eso es ya distinto asunto;
Mas... mal negocio teneis.
Más os valdrá que dejeis
En su descanso al difunto.

BERNARDO.

Harto esa mujer os dijo:
Mirad lo que contestais,
Y ruégoos que no seais
En la respuesta prolijo.

JACOBO.

¡Hola! señor valenton,
¡Acreedor por poderes,
Y abogando por mujeres,
Venis? ¡daisme compasion!

BERNARDO.

Mejor, Conde, os estará
La compasion de los dos,
Porque os juro que de vos
Tambien compasion me da.

JACOBO.

Mal forjais tan torpe dolo:
Si yo ese papel firmé,
Con quien en él me obligué,
No es más que con Juan Dandolo.

BERNARDO.

Sólo quien reclama es él;
Y pues deber confesais,
Ved la respuesta que dais;
Que os pregunta ese papel.

JACOBO.

Vuestra impostura es bien vana:
En un cadalso espiró
Dandolo, y ya no soy yo
Quien se casa con su hermana.

BERNARDO.

Es decir que si viviera,
Lo hicierais tal vez de miedo.

JACOBO.

(Conmigo mismo no puedo.)

BERNARDO.

¡Nunca tan vil os creyera!

JACOBO.

¿Sabeis á quién hablais?

BERNARDO.

Sí.

JACOBO.

Pues teneos, ¡vive Dios!

BERNARDO.

Teneos, mal Conde, vos,
Que os veis delante de mí.

JACOBO.

¿Yo á vos! ¡necio! ¿os olvidais
Que á una voz, á una señal,
Puedo echaros un dogal
Al cuello!

BERNARDO.

¡Mucho fiais!

JACOBO.

Si áun fuérais Dandolo mismo,
¿No veis que por esa puerta
Teneis á mi voz abierta
La eternidad y el abismo?

(Mariana cierra á estas palabras la puerta del fondo.)

MARIANA.

¡Corto, cerrándola yo,
El paso á la eternidad!

JACOBO.

¡Traidores!

BERNARDO. (Descúbrese.)

Conde, mirad.

JACOBO.

¡Cielos!

BERNARDO.

¿Os casais, ó no?

JACOBO.

¡Oh! ¡no alcanzo á comprender
Si estoy, santo Dios, despierto!
Pues Juan Dandolo ¿no ha muerto?

BERNARDO.

Vedlo vos.

JACOBO.

No puede ser.

BERNARDO.

¿No me esperabas aquí?
¿Creiste en tu orgullo loco
Que me importaba tan poco
Mi honra y mi vergüenza á mí?
Porque tal vez no se oia
Su formidable rugido,
Creiste al leon dormido;
Mas el leon no dormia.
Tendido en la sombra espesa,
Puso á su cólera barras;
Mas al aguzar las garras,
No perdió nunca la presa.
Porque un impostor villano
Mi nombre acaso tomó,
Fuera ¡el necio! se creyó
Del alcance de mi mano.
De tí mal pagado, á fe,
Nuevas de mi muerte dí:
De la tumba no salí,
Porque en ella nunca entré.
Te engañaste, vive el cielo,
Creyendo tan torpe dolo,
Porque si era Juan Dandolo,
Soy Bernardo Caravello.
Ve, pues, lo que has de elegir,
Y lo que has de contestar:

Mañana te has de casar,
Ó esta noche has de morir.

JACOBO.

Mal esa audacia te está,
Cuando en mi poder te tengo.

BERNARDO.

Por una respuesta vengo:
Ve, pues, quién me la dará.

JACOBO.

Respuesta sí te daré,
Y escúchame cómo empieza:
Esta noche tu cabeza
Al verdugo entregaré.
¡Hola!

(Va hácia una puerta excusada; Bernardo se le interpone.)

BERNARDO.

Tente, mentecato:
¿No ves que tu voz sofoca
El són del baile que toca
En el salon inmediato?
Por la vez postrera, Conde,
Que una respuesta me dés.

JACOBO.

Sal, ó mueres á mis piés.

BERNARDO.

¿Te casas ó no? responde.

JACOBO.

No.

BERNARDO.

Pues como noble lucha,
Ó como traidor te mato.

(Riñen.—Golpes dentro.)

JACOBO.

Allí tu sentencia escucha.

BERNARDO.

Con mi justicia me bato,
Y es mi confianza mucha.

JACOBO.

La puerta derribarán.

BERNARDO.

Será tarde.

JACOBO.

Muy temprano
Para tí.

(Mariana, que ha permanecido inmoble durante esta escena, como resuelta de una vez á dejar su lugar á su vengador, viendo que su hermano lleva la peor parte, exclama.)

MARIANA.

Piensa ¡oh hermano
En mis seis meses de afan!

JACOBO.

Más ira tienes que brío:
Pierdes tierra.

BERNARDO.

No lo sé.

JACOBO.

De un balcon te colgaré,
Si queda el campo por mio.

MARIANA.

¡Dios te dé, hermano, valor!

JACOBO.

Es inútil esperanza.

MARIANA. (Con despecho.)

Y quedarnos sin venganza
Es quedarnos sin honor.

(A estas palabras Bernardo, recobrando lo perdido, desarma y hiere en una mano á Jacobo.)

BERNARDO.

No le perderás, á fe.

MARIANA.

¡Santo Dios! ¡gracias te doy!

JACOBO.

Fuera de combate estoy:
¿Más quieres?

BERNARDO.

Sí.

JACOBO.

Pues di qué.

BERNARDO.

Que mueras me importa sólo.

JACOBO.

¡Indefenso! ¡vive el cielo!

BERNARDO.

Es que siendo Caravello,
Soy á un tiempo Juan Dandolo.
Como Bernardo, cumplí
Lidiando hasta desarmarte:
Falta á Dandolo su parte;
Que hay dos personas en mí.

JACOBO.

(Todo el infierno en el pecho
Me revienta y me le abrasa.
¡Tener en mi propia casa
Sobre mí mismo derecho!)
Ven, dime, infernal mujer,
¿No basta que un Dagolino,
Dando á tu suerte camino?...

MARIANA.

Jacobo, no puede ser.
Has ahogado mi esperanza,
Me has hollado en mi dolor,
Y... ahora no vale tu amor
Lo que vale mi venganza.

JACOBO.

Pues bien, no es tan tarde aún:
Cuanto me pedis concedo;
¡Ah! un dia... y áun hacer puedo
Nuestra fortuna comun.

MARIANA.

No: te amé como á mi Dios,
Vine á postrarme ante tí,
Tú me escupistes así,
Y no hay medio entre los dos.

JACOBO.

Mas luégo...

BERNARDO.

Es vano decir.

JACOBO.

Cuerpo á cuerpo...

BERNARDO.

Es delirar.

JACOBO.

Con oro...

BERNARDO.

Arrójalo al mar.

JACOBO.

Te salvara...

BERNARDO.

Has de morir.

JACOBO.

Mañana...

BERNARDO.

¡Quimera vana!
Nada hay aquí que te asombre:
Hoy pronunciarás mi nombre,
Y á mí me ahorcarán mañana.
Muere. (Vase á él.)

MARIANA.

No puedo ya más:
De tanta crueldad me espanto.

JACOBO.

¡Traidores!

MARIANA.

¡Le amaba tanto!
¡Bernardo, Bernardo!

BERNARDO.

¡Atras!
Tu honor á volverte voy,
Y ¿áun vacilas!

MARIANA.

Tiemblo, á fe.

(En el punto en que Bernardo, vuelto á su hermana, la dirige la anterior reconvencion, Jacobo, abriendo la puertecilla falsa, entra en un gabinete contiguo. Bernardo, clavando el contrato en el puñal, le sigue diciendo:)

BERNARDO.

Aqueste el contrato fué,
Y le cumplo.

JACOBO. (Dentro.)

¡Muerto soy!

## ESCENA ÚLTIMA.

Ábrense por fin las puertas del fondo, y entran todos los que se suponen en el salon del baile, los que no hallando en la escena más que á Mariana, dicen asombrados:

TODOS.

¡Cielos! ¡y Jacobo?

BERNARDO. (Saliendo del gabinete.)

Aquí.
Una palabra empeñó:
Si él perjuro no cumplió,
Yo por mi parte cumplí.

(Algunos se dirigen al gabinete. Otros se quedan en la escena.)

PEDRO.

¡Qué veo!

MAFFEI.

¡A vengarse sólo
Salió de la tumba helada!

BERNARDO. (A Mariana.)

Conmigo ven, desdichada.

MUCHOS.

¡Tente!

BERNARDO.

Paso á Juan Dandolo.

# SAMUEL.

## DRAMA EN CUATRO ACTOS, EN PROSA Y VERSO.

Impreso en Madrid, año de 1839.

## PERSONAS.

DON ENRIQUE DE VARGAS.
SAMUEL.
ESTER.
ISAAC.
ALFONSO.
REBECA.
MÚSICOS.
CRIADOS DE DON ENRIQUE.

*En los actos 1.°, 2.° y 3.° pasa la accion en la ciudad de Sevilla, y en el 4.° en Écija.—Año* 1278.

## ACTO PRIMERO.

Una calle oscura y estrecha en Sevilla, inmediata al Guadalquivir. A la derecha una casa con dos balcones, y al lado opuesto otra con una ventana sobre la puerta. Al levantarse el telon, aparecen en la escena Enrique y Alfonso, embozados, y algunos músicos.

### ESCENA PRIMERA.

DON ENRIQUE, ALFONSO Y MÚSICOS en la calle; en el balcon que está situado más hácia el proscenio, ESTER, escondida detras de las celosías, de modo que pueda verla el espectador.

ALFONSO.

¿Cantarán más?

DON ENRIQUE.

Sí.

ALFONSO.

¿No temes que el viejo se despierte?

DON ENRIQUE.

Eso pretendo: que vele y que rabie, ya que ella ni áun quiere escucharnos.

ALFONSO.

¿Quién sabe?

DON ENRIQUE.

¡Oh! de seguro.

ALFONSO.

Pues yo juraria... (Observando el balcon donde está Ester.)

DON ENRIQUE.

¿Qué?

ALFONSO.

Que veo allí un bulto.

(Ester cierra.)

DON ENRIQUE.

¡Voto va, que dices verdad!... pero han cerrado las celosías.

ALFONSO.

¿Ves cómo te escuchaba?

DON ENRIQUE.

Acaso no es ella.

ALFONSO.

¿A quién otro habian de desvelar tus cuidados?

DON ENRIQUE.

Pues sea lo que sea, han de volver á cantar.

UN MÚSICO.

¿Qué quereis?

DON ENRIQUE.

Una cancion dulce y lastimosa, que ablande ese corazon de pedernal. Ea, vaya; tiernos os quiero más que nunca... poned la voz más suave y plañidera que podais.

(Cantan.)

«Niña de los ojos garzos,
»Que en triste prision guardada,
»Vives del mundo alejada,
»Vives sin gloria ni amor,
»Abre el pecho á mis suspiros,
»Y oye piadosa mi queja;
»Que lloro al pié de tu reja
»Desdenes de tu rigor.»

ESTER.

¡Oh! ¡cómo es dulce y sentida
(Entreabre las celosías.)
Esa amorosa cancion!
Diera yo toda mi vida
Por ser en tu ley nacida;
Que me agrada tu aficion.

(Cantan los músicos.)

«¡Tú, la gallarda y apuesta,
»De las bellas envidiada,
»Y en Sevilla celebrada,
»De sus hermosas blason!
»¿Por qué bajo techo umbrío
»Consumes tal donosura,
»O áun no sientes por ventura
»Palpitar tu corazon?»

ESTER.

Sí siento, mancebo, sí;
Bien tus suspiros oí,
Que me han robado mi calma:
Bien por mirarte perdí
¡Cuitada! la paz del alma.

UN MÚSICO.

¡Vive Dios que si esta cancion no la enternece y

desvela, es la más taimada bellaca que Sevilla encierra!

DON ENRIQUE.

Silencio, que abren.

SAMUEL, al 2.° balcon.

¿Paréceles bien, mancebos, que es hora ésta de cantar? Váyanse de ahí; que están incomodando á los que duermen.

DON ENRIQUE.

Digo que teneis mucha razon; pero no me voy.

SAMUEL.

Habré de mandároslo de otra manera, tal que os pese.

DON ENRIQUE.

Como gusteis, seor guapo.

ALFONSO.

Por vida mia, que se enoja vuesa merced sin motivo. Si hija alguna tiene, descanse; que por ella no es.

DON ENRIQUE.

Y ¿por qué das satisfacciones á ese mentecato?

SAMUEL.

Si así es, quedad con Dios, mancebos. (Cierra.)

DON ENRIQUE.

Bien le has despachado.

ALFONSO.

Ahora fuera bueno separar de aquí esta gente.

DON ENRIQUE.

Sí, sí... Dejadme solo.

## ESCENA II.

DON ENRIQUE. ESTER.

DON ENRIQUE.

Dejadme aquí con mi pena;
Que á solas mejor suspira
Quien, preso en dura cadena,
Por unos ojos delira,
Y el corazon enajena.

ESTER.

Allí está... ¡pobre mancebo!
Tú lamentas mi rigor;
Y yo, que en tus ojos bebo
Tanto martirio de amor,
A quejarme no me atrevo.
Tú lloras al ménos..., yo,
Con mis dolores luchando,
Si sufro, sufro callando...
Acaso no sabes, no,
Qué horrible es callar amando.

DON ENRIQUE.

Y esta pasion es locura,
Que me combate insensata
Entre placer y amargura...
Si me halaga tu hermosura,
¿Por qué tu rigor me mata?

ESTER.

Nunca en mi pecho sentí
Tanto y tan grave dolor...
Nunca pensara ¡ay de mí!
En mis ensueños de amor
Que amor lastimara así.
Triste siempre y desvelada,
Muero, con loco deseo
Eternamente abrasada...
Viéndote, sufro agitada,
Y sufro si no te veo.
¿Qué hiciste, di, por qué encanto
Tanto me prendaste, y tanto,
Que lloro con amargura,
Y es mi placer este llanto?...
¿Me hechizaste por ventura?

DON ENRIQUE.

Rosa cercada de abrojos,
Si apacibles son tus ojos
Como tu cielo andaluz,
¿Por qué miran con enojos
Al que se abrasa en su luz?

## ESCENA III.

DON ENRIQUE. ALFONSO.

ALFONSO.

Ya partieron los músicos, y me parece que es hora de que nos marchemos tambien.

DON ENRIQUE.

¿Tan pronto?

ALFONSO.

Ya empieza á amanecer.

DON ENRIQUE.

¿Ya! es imposible.

ALFONSO.

Mira.

DON ENRIQUE.

Breve me ha parecido la noche.

ALFONSO.

Eso no lo dudo, sin embargo de que no ha sido muy deliciosa que digamos. A la verdad que no te conozco: ¡pasar así las horas enteras diciendo ternezas á quien acaso duerme sin cuidarse de tus desvelos!...

DON ENRIQUE.

Calla, Alfonso... así pasaria tambien el dia, si no temiese excitar sospechas en su marido.

ALFONSO.

Sí, vámonos de aquí.

DON ENRIQUE.

Yo te prometo, sin embargo, que esta noche será la última que pasemos al sereno.

ALFONSO.

Quiéralo Dios.

DON ENRIQUE.

Y aunque me cueste la vida... mira, tengo un proyecto, por medio del cual he de conseguir mis deseos.

ALFONSO.

Veamos.

DON ENRIQUE.

Ya te lo diré... acaso para llevarle á cabo tendré necesidad de dinero.

ALFONSO.

Malo.

DON ENRIQUE.

Doscientas doblas...

ALFONSO.

Ya voy viendo que el proyecto es difícil, si no imposible.

DON ENRIQUE.

Mi padre...

ALFONSO.

Ha conocido que le escamoteábamos el arca, y ya la cierra con cien llaves.

DON ENRIQUE.

Me ocurre una idea.

ALFONSO.

Dila.

DON ENRIQUE.

Si ese perro hebreo que aquí vive quisiera prestarme esa cantidad...

ALFONSO.

¿Samuel?

DON ENRIQUE.

¿Quién mejor?

ALFONSO.

Sí; pero ¡como le debeis ya tantas!

DON ENRIQUE.

Verdad es... sin embargo, si yo le hiciese creer que mi padre estaba á punto de espirar...

ALFONSO.

¡El pobre viejo!

DON ENRIQUE.

Y que iba á heredarle mañana...

ALFONSO.

De ese modo, acaso lo creeria; y si le ofrecieseis una respetable ganancia...

DON ENRIQUE.

Eso tentaria al judío más sagaz. Vamos, es cosa hecha; pero entre tanto que no viene, alejémonos de aquí.

ALFONSO.

Vamos.

## ESCENA IV.

SAMUEL. Sale de su casa y se dirige á la del lado opuesto: da algunos golpes á la puerta, y por la ventana se asoma ISAAC. Habrá empezado á amanecer.

ISAAC.

¿Sois vos?

SAMUEL.

Sí, baja.

ISAAC.

¡Tan temprano! (Abriendo la puerta.)

SAMUEL.

No he cerrado los ojos esta noche.

ISAAC.

Tampoco me han dejado á mí dormir tranquilo.

SAMUEL.

¡Ah! con que ¿habrás oido?...

ISAAC.

Sí, y con bastante claridad.

SAMUEL.

Y ¿no has podido averiguar quién sea la mujer á quien se dirigen esos galanteos? ¿Has oido algun nombre, alguna palabra?...

ISAAC.

Nada.

SAMUEL.

Dímelo por tu vida.

ISAAC.

¡Cuando os digo que nada! ¿pensais que os habia de ocultar cosa alguna que interesase á vuestra honra?

SAMUEL.

Harias muy mal. Pero yo creo que esos mancebos no habrán venido á turbar la felicidad de un pobre viejo... ¿no hay mil otras mujeres en el barrio?

ISAAC.

Yo he pensado lo mismo que vos, y creo tambien que á ser su objeto ménos casto que el amor de alguna doncella, andarian más cuerdos y no tan atrevidos.

SAMUEL.

Yo no sé por qué, sin embargo, no sé por qué me combate una sospecha terrible. Muchas veces de noche he oido esa misma cancion, siempre delante de mis balcones, y nunca en otra parte. Cuando la tarde declina, he visto repetidas veces una barca que cruza el rio, y dos hombres en ella, misteriosamente embozados; despues, estos mismos hombres sin duda, pasean la calle con músicas y festejos... ¿sería imposible que se dirigiesen á mi esposa?

ISAAC.

Pero eso no es más que una sospecha.

SAMUEL.

Una sospecha, que me hace andar desvelado y cuidadoso.

ISAAC.

Ademas, vuestra esposa, aunque niña...

SAMUEL.

Ese es mi mal... una niña, que es imposible que pueda amarme.

ISAAC.

Que sabe sin embargo lo que debe á su esposo y á sí misma.

SAMUEL.

¿Y si le amase?

ISAAC.

Imposible.

SAMUEL.

¿Y si le amase?

ISAAC.

¿No habria mil medios de hacerla olvidar su aficion?

SAMUEL.

Uno por lo ménos...

ISAAC.

Desechad esa idea.

SAMUEL.

Mira : ¿no podias tú espiar á esos hombres?

ISAAC.

No es difícil.

SAMUEL.

Y si vieses que mis temores eran fundados, ¿me prometes decírmelo?

ISAAC.

Os lo prometo.

SAMUEL.

Bien, Isaac.

ISAAC.

Pero entre tanto...

SAMUEL.

No volveremos á hablar en ese punto.

ISAAC.

Bien, pues hablemos de otro. ¿Qué manía ha sido ésta de venir á estableceros en Sevilla? Cuatro meses hace, ó poco más, que hemos llegado, y ya podréis ver si hemos ganado mucho con el cambio. ¡Oh! ¡Granada! ¡cuánto más prosperaba allí vuestro comercio!...

SAMUEL.

Á pesar de eso...

ISAAC.

Hasta ahora nada os he dicho, respetando vuestro silencio; pero ¡cuando advierto que aquí no hacemos más que perder tiempo y dinero!...

SAMUEL.

En Granada gozábamos tambien de más tranquilidad.

ISAAC.

Eso ademas : si fuese cierto que esos galanes festejaban á vuestra mujer...

SAMUEL.

Me haces pensar en ello, Isaac.

ISAAC.

¿En qué?

SAMUEL.

Nos volveremos á Granada.

ISAAC.

¿Cuándo?

SAMUEL.

Muy pronto. (Despues de un momento de pausa.) Nuestra venida á Sevilla tenía dos objetos, uno sobremanera poderoso. Más de treinta años habrá, cuando el Rey don Fernando puso sitio á esta ciudad, temeroso de que los cristianos la pusiesen á saco á su entrada, determiné ocultar una gran parte de mis riquezas en un lugar seguro y apartado. Una noche, en efecto, empecé á levantar yo mismo el pavimento de mi estancia por no comunicar á nadie mi secreto, cuando noté con sorpresa que el suelo temblaba debajo de mis piés. Óyeme atento. Á pocos minutos se desplomó un pedazo del terreno, y me encontré de pronto, como arrebatado por algun espíritu, en una sima profunda (1) y á oscuras, porque mi linterna se habia apagado. De esta suerte pasé el resto de la noche abismado en mil extrañas conjeturas, y respirando una atmósfera de hielo, hasta que el dia puso fin á mi inquietud. Entónces noté una escalera estrecha y tortuosa, á cuyo extremo habia una puerta : ésta daba á mi habitacion... juzga cuál sería mi sorpresa al encontrar esta puerta tan hábilmente disimulada, que yo mismo no habia sospechado su existencia. Á nadie comuniqué mi secreto, y despues de ocultar en el subterráneo cuanto tenía de más precioso, volví á cerrar la entrada.

ISAAC.

Y ¿habeis al fin recuperado vuestras riquezas?

SAMUEL.

No; pero estoy á punto de conseguirlo.

ISAAC.

Pero esa casa...

SAMUEL.

Es la que habita ahora don Pedro de Vargas, el padre de ese hidalgo tan galan, á quien presté hace dos meses doscientas doblas bajo su palabra.

ISAAC.

Por cierto que hicisteis muy mal. Y en fin...

SAMUEL.

La proximidad de nuestras casas me habia hecho sospechar que pudiesen comunicarse por esta ignorada mina, cuyo fin no habia yo podido encontrar, y en efecto esta noche...

ISAAC.

La habeis hallado.

SAMUEL.

Sí.

ISAAC.

Y ¿habeis penetrado en ella?

SAMUEL.

Iba á hacerlo, cuando el ruido de esa serenata me hizo abandonar mi proyecto, por ver si descubria quiénes fuesen los enamorados, y á qué mujer festejaban.

ISAAC.

Y conseguido ese objeto, ¿es el otro tan poderoso que sea bastante á deteneros aquí mucho tiempo?

SAMUEL.

Poderoso, sí, pero difícil, y por eso no nos detendrá. Yo daria sin embargo todo ese tesoro que ahora busco, por conseguirlo.

ISAAC.

¿Tan interesante es?

SAMUEL.

Mucho, Isaac. Tú creias sin duda que sólo mi ambicion por las riquezas me habia traido á Sevi-

(1) Fué descubierto este subterráneo, que corre por una gran parte de Sevilla, en 1248, cincuenta años despues de la conquista de esta ciudad.

lla. ¡Sevilla! este pueblo es de mal agüero para mí: aquí murieron en flor mis ilusiones, mis esperanzas más hermosas. (Enternecido.)

ISAAC.

¿Os acordais?...

SAMUEL.

Siempre, Isaac, siempre.

ISAAC.

Más de treinta años han trascurrido...

SAMUEL.

Pero su memoria profunda refresca en mí todos los dias aquella herida.

ISAAC.

Y en fin...

SAMUEL.

Vanamente he procurado indagar el nombre del que tan villanamente asesinó aquellas dos prendas de mi alma.

ISAAC.

¿Pretenderiais acaso?...

SAMUEL.

Sí, vengarme.

ISAAC.

¡Es posible!

SAMUEL.

¿Piensas tú que, porque el rencor permanezca veinte años adormecido, si es un rencor tan agudo, tan penetrante como este mio, piensas que pueda morir sin que le satisfaga una venganza? Y ¡es fuerza que renuncie sin embargo á este consuelo! El matador de mi esposa y de mi hijo reirá tranquilo; y yo... yo moriré con el pesar de no haber vengado su muerte. Cuantas veces he venido á Sevilla para esto, otras tantas he tenido que renunciar á mis proyectos... indagaciones, escrupulosas pesquisas, el oro derramado á manos llenas, todo ha sido inútil; y ahora que con este objeto pensé establecerme aquí, esos dos hombres... ¡Sevilla! ¡Sevilla! ¡ni paz, ni venganza! Partiremos muy pronto.

ISAAC.

Eso, Samuel; pero tranquilizaos.

SAMUEL.

Sí, ya estoy más tranquilo. Tú eres fiel, y cuidarás de tu infeliz señor. Tú velarás por su honra, y yo... yo te juro que tambien velaré, y si por desgracia descubriese... ¡oh!

ISAAC.

Me habeis ofrecido no volver á hablar en ese punto.

SAMUEL.

Tienes razon: no hablaremos más de eso.

ISAAC.

Alguien se acerca.

## ESCENA V.

SAMUEL. ISAAC. DON ENRIQUE y ALFONSO, que entran.

DON ENRIQUE.

¿Samuel?

SAMUEL.

Que os guarde Dios.

DON ENRIQUE.

Dos palabras aquí aparte.

SAMUEL.

¿Por qué no?

DON ENRIQUE.

Traigo un asunto,
Que es reservado.

SAMUEL.

No obstante...

DON ENRIQUE.

Pues bien, necesito al punto
Doscientas doblas. Ya sabes
Mi puntualidad.

SAMUEL.

Sí sé...

DON ENRIQUE.

Puedes entónces fiarme.

SAMUEL.

Prenda.

DON ENRIQUE.

Mi palabra.

SAMUEL.

Es poco.

DON ENRIQUE.

¿Mi palabra no es bastante?

SAMUEL.

Perdonad.

DON ENRIQUE.

Mi firma.

SAMUEL.

Es poco.

DON ENRIQUE.

¡Perverso usurero!... (Empuña.)

ALFONSO.

¿Qué haces!

SAMUEL.

¡Don Enrique!

DON ENRIQUE.

¡Vive Dios! (Conteniéndose.)
¿Posible es que así me trates,
Samuel?

SAMUEL.

Sí; todos me deben,
Y vos el primero.

DON ENRIQUE.

¡Calle!
Yo...

SAMUEL.

Por vuestra firma di,
Habrá dos meses cabales...

DON ENRIQUE.

¡Qué! ¿te acuerdas?...

SAMUEL.

Y áun no sé
Cuándo pensais en pagarme.

DON ENRIQUE.

Pronto.

SAMUEL.

Si al fin os morís,
Que al cabo la vida es frágil,
Y vos, que sois pendenciero...

DON ENRIQUE.

¡Pobre Samuel! Y ¿no sabes
Que voy á heredar mañana!

SAMUEL.

¿Es de véras?

DON ENRIQUE.

Dios mediante,
Mañana.

SAMUEL.

Si fuera cierto...

DON ENRIQUE.

Pregúntaselo á mi padre.

SAMUEL.

¿Le heredais en vida?

DON ENRIQUE.

No;
Pero es ya viejo, y sus males...

SAMUEL.

Vuestro padre...

DON ENRIQUE.

El pobre viejo
Se muere, y no hay quien le salve.

SAMUEL.

Y ¿no podeis aguardar
A mañana?

DON ENRIQUE.

No; que es tarde
Para entónces: necesito
Ese dinero al instante.
¡Doscientas doblas!... despues,
Las arcas al punto se abren,
Y los ojos de Samuel
Alegres brillan... ¿qué haces?

SAMUEL.

Pienso que...

DON ENRIQUE.

Vamos, despacha.

SAMUEL.

Firmad la deuda.

DON ENRIQUE.

Al instante.

## ESCENA VI.

DICHOS, ménos SAMUEL.

ALFONSO.

Al fin se ablandó.

DON ENRIQUE.

¡Judío
De Barrabás! pues ¡es fácil
De engañar! ¡Tiene á sus doblas
Un amor tan entrañable!

ALFONSO.

Reniego yo de su raza.

DON ENRIQUE.

Yo, no tanto; no lo extrañes...
De aquella hermosa judía,
Que tiene el rostro de un ángel,
Y aquel mirar hechicero,
Y aquel hechicero talle,
¿Cómo renegar?

ALFONSO.

¿Tan ciego
Te tiene? Tú, que inconstante,
De esos delirios de amor
Tantas veces te burlaste,
Tú, que en eternos festines
Y en nocturnas bacanales
La vida pasas riendo,
¿La libertad entregaste?

DON ENRIQUE.

¡Es tan bella!

ALFONSO.

Una judía.

DON ENRIQUE.

Y casada.

ALFONSO.

¡Bravo lance
Has echado, por mi vida!
Y si el marido lo sabe...
Que estos malditos hebreos
Son celosos como nadie.

DON ENRIQUE.

Pienso robarla esta noche.

ALFONSO.

¿Deliras?

DON ENRIQUE.

Si acompañarme
Quieres...

ALFONSO.

¿Robarla!

DON ENRIQUE.

¡Qué! ¿temes?

ALFONSO.

Por mí, para luégo es tarde,
Aunque te expones, Enrique.

DON ENRIQUE.

Iré yo solo... ¡qué diantre!

ALFONSO.

No pienses que te abandone,
Porque quiera aconsejarte:
Dime tú si en el peligro
Me viste nunca cobarde.
Y ¿conoces al marido?

DON ENRIQUE.

No... nunca le ví! no obstante,
Sé que es viejo y muy celoso,
Que la guarda hasta del aire.
No vuelve Samuel.

ALFONSO.

Aun no.

DON ENRIQUE.

Ese cara de vinagre (Reparando en Isaac.)
Estaba escuchando...

ISAAC.

Sí,
Doncel, y así Dios me salve
Como son esos proyectos
Indignos de vuestra sangre.

DON ENRIQUE.

Calla... ¡si fueras capaz
De venderme, miserable!

ISAAC.

No os irriteis; sólo os digo
Que con amor semejante,
Lograréis sólo afrentar
Vuestro orgulloso linaje.

DON ENRIQUE.

No, sino insultar tu raza
Maldecida, abominable...
¡Silencio! si una palabra
Pronuncias, eres cadáver.
Mañana di lo que quieras...

ISAAC.

(No lo has de lograr, infame.)

## ESCENA VII.

DICHOS. SAMUEL, que trae en un saco el dinero.

DON ENRIQUE.

¿Viniste ya, perro hebreo?

SAMUEL.

Vuestro dinero aquí está.

DON ENRIQUE.

Nada falta... ya he firmado...
Cuando acabe de espirar,
Se abrirán las arcas: llenas
De joyas y de oro están.

SAMUEL.

Y ¿me pagaréis?

DON ENRIQUE.

Al punto.

SAMUEL.

¿Mañana, decis?

DON ENRIQUE.

Cabal.

SAMUEL.

Muy bien.

DON ENRIQUE.

Adios, buen hebreo...
Cuidado con no faltar.

SAMUEL.

Adios, señor.

## ESCENA VIII.

SAMUEL. ISAAC.

ISAAC.

¡Los perversos!

SAMUEL.

¿Qué murmuras, buen Isaac?

ISAAC.

Hablaban esos mancebos
De un proyecto...

SAMUEL.

¿Sí?

ISAAC.

¡Infernal!
Yo los escuché... á una hebrea
Hermosa van á robar.

SAMUEL.

¡Una judía!

ISAAC.

Casada...
Y con un viejo.

SAMUEL.

¿Eso más?
¡Infames!

ISAAC.

Aun por la calle
Van los dos: fácil será
Alcanzarlos.

SAMUEL.

Corre... corre...
Que no los pierdas, Isaac.

ISAAC.

No temais: vuelven la esquina...
¡Maldicion!...

SAMUEL.

No, no... allí van.

## ESCENA IX.

SAMUEL.

Si por desdicha... ¡imposible!...
¡Imposible! ¡negro afan,
Que labras así mi vida
Con fiera saña mortal!
Siempre soñando que vienen
A robarme tu beldad,
Porque eres hermosa y jóven...

Porque yo soy viejo ya.
No puede ser ella, no...
Nunca... esos hombres quizás
Ni áun han fijado sus ojos
En tu rostro celestial.
Sin embargo, bien pudiera;
Y en ese caso... por más
Que quiero, olvidar no puedo
A ese atrevido galan.
Cerremos aquí... yo vuelo...

(Va á salir y se detiene.)

¡Mas mi tesoro aquí está...
Isaac se fué: dejar solo,
Expuesto á cualquier azar!...
Mas tambien ella está sola,
Y ella es mi vida... y serán
Capaces de arrebatarme...
¡Oh! no...

ESTER.

Samuel... (Sale por la derecha.)

SAMUEL.

Aquí está.

### ESCENA X.

SAMUEL. ESTER.

SAMUEL.

Hija Ester, pues ¿cómo así
El lecho tan pronto dejas?
¿Te dispertó como á mí
Esa música, que aquí
Sonó bajo nuestras rejas?

ESTER.

No la oí.

SAMUEL.

Sin duda ha sido
Algun nocturno galan,
Que está de amores perdido.

ESTER.

Yo, señor, no lo he sentido;
Sin duda amores serán.

SAMUEL.

Mal hace; que de tal suerte
Compromete á su adorada,
Y si el marido lo advierte...

ESTER.

¿Quién os dijo que es casada?

SAMUEL.

Y ¿quién dice que no acierte?
Su reserva misteriosa...

ESTER.

¡Buena reserva!

SAMUEL.

¿Pues no?

ESTER.

¡Con su música estruendosa!...

SAMUEL.

Luego oiste...

ESTER.

No tal cosa...
Vos lo dijisteis, no yo.
(¡Gran Dios! me espanta su ceño.)

SAMUEL.

¿Qué piensas?

ESTER.

¿Estais celoso?

SAMUEL.

Celos me turban el sueño.
¿Quién puede gozar reposo,
De tanto tesoro dueño?
¿Quién no lo estuviera, quién?
Cuando mis ojos te ven,
Rica de tanta hermosura,
Grande es, Ester, mi ventura...
Grandes mis celos tambien.
¡Viejo, y tú niña y tan bella!...

ESTER.

Niña, sí; pero bien sé
Que ya á vos me consagré.

SAMUEL.

¿Tu virtud! ¡oh! no: por ella,
Nunca en tu virtud dudé.
Tu rostro, tu mirar blando,
Tu nevada frente hermosa,
Mi sueño están disturbando,
Y el corazon desgarrando
Con inquietud dolorosa.
De femeniles antojos
Miedo abriga el corazon,
Y tengo celos y enojos
Si te miran otros ojos...
¡Tal es mi ardiente pasion!

ESTER.

¿Quién más vuestro honor estima,
Que cifro mi honor en él?
Yo os amo...

SAMUEL.

¿Cierto?

ESTER.

¡Samuel!
¡No sabeis cuál me lastima
Vuestra sospecha cruel!

SAMUEL.

Bien; no haya más: bien lo sé,
Que mi celosa inquietud
Capricho de mi amor fué...
De hoy más, ya sólo pondré
Mi esperanza en tu virtud.
Pues yo en tí mi vida empleo,
Vive para mí guardada;
Que no empañe la mirada
De algun infame deseo
Tu pura tez delicada.

En dichas se tornarán
Mis amarguras así,
Y mis celos y mi afan...

### ESCENA XI.

DICHOS. DON ENRIQUE Y ALFONSO, que atraviesan la calle embozados; y á alguna distancia, ISAAC, observándolos.

DON ENRIQUE.

¡Es ella!

SAMUEL.

¡Mira! allí van...

ESTER.

¡Gran Dios!

(Ocultando el rostro en el pecho de Samuel.)

SAMUEL.

¡Si fuera por tí!

## ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Ester, magníficamente alhajada. Un balcon en el fondo, y puertas laterales. Los muebles, así como los demás adornos, son de gusto árabe. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

REBECA, bordando. DON ENRIQUE, por el balcon, embozado.)

REBECA.

¡Bueno!... ya empieza la cantilena de todos los dias. Dios quiera que yo me engañe; pero si esto sigue, puede acabar mal. El viejo es extremadamente celoso, y con harta razon. Parece que han callado... sí: ¡mucha compasion me da ese pobre mancebo! y ¿qué espera? aunque mi señora le amase, que sí creo; áun cuando quisiese corresponderle, que no es posible, ¿qué conseguirá? nada. Por mi parte, si yo pudiese... verdad que es un cristiano; pero es buen mozo y galan... sí, muy galan, y para una mujer esto es algo. Sin embargo, (Don Enrique se va acercando.) habrán de contentarse con sus deseos... siempre encarceladas... imposible que aquí pueda entrar nadie. ¡Ah! (Da un grito viendo á don Enrique.)

DON ENRIQUE.

Silencio.

REBECA.

¿Quién sois? ¿por dónde habeis entrado? ved que voy á gritar.

DON ENRIQUE.

No grites. (Se descubre.)

REBECA.

¡Cómo! vos... ¡qué atrevimiento!

DON ENRIQUE.

¿Me venderás?

REBECA.

Yo...

DON ENRIQUE.

Toma en pago de tu silencio. (Echándole sobre el bastidor una bolsa.)

REBECA.

¡Oro!... callaré.

DON ENRIQUE.

¿Podrás ayudarme?

REBECA.

En nada.

DON ENRIQUE.

¿Puedo esconderme aquí? (Dirigiéndose á la izquierda.)

REBECA.

No, no.

DON ENRIQUE.

¿Aquí? (Á la derecha.)

REBECA.

Tampoco.

DON ENRIQUE.

¿Dónde pues?

REBECA.

¿Por dónde vinísteis?

DON ENRIQUE.

Por allí. (Señalando al balcon.)

REBECA.

Si no os parece mal...

DON ENRIQUE.

Entiendo. (Hace que se va y vuelve.) Una palabra: ¿me ama tu señora?

REBECA.

No quisiera engañaros.

DON ENRIQUE.

Es decir...

REBECA.

Que no lo sé.

DON ENRIQUE.

Bien: adios.

REBECA.

¿No diréis á nadie que yo os he visto?

DON ENRIQUE.

Á nadie. (Se esconde tras de las cortinas del balcon.)

REBECA.

¡Yo no sé lo que me pasa!...

DON ENRIQUE. (Asomándose entre las cortinas.)

¿Crees tú que tardará todavía su marido?

REBECA.

Juzgo que sí; pero, por nuestro padre Abraham, no asomeis así la cabeza, ni hableis en voz tan alta. Yo no quiero mezclarme en esto, ni que sepa nadie que os he hablado.

DON ENRIQUE.

Pero dime: ¿no es cierto que tu señora es desgraciada con ese viejo celoso?

REBECA.

Muy cierto, sí, señor.

DON ENRIQUE.

Y ¿no suspira alguna vez, al mirarse encerrada como en una prision, tan jóven y tan hermosa,

pudiendo brillar al mundo, donde hay amores juveniles en vez de esos amores caducos?

REBECA.

Muchas veces... pero, silencio, por Dios; que ella viene aquí... silencio: estoy temblando toda.

## ESCENA II.

DICHOS. ESTER, por una de las puertas de la derecha.

REBECA.

¿Señora?

ESTER. (Se sienta junto á Rebeca.)

¿Qué haces?

REBECA.

¿No veis?

(Sigue bordando.)

ESTER.

Deja... ¿por qué tanto afan?

REBECA.

Es que se acerca San Juan,
Y entónces me reñiréis...

ESTER.

Hay tiempo.

REBECA.

Mas ¿cómo fué
Concederos que á la fiesta
Vayais, tan bella y apuesta?

ESTER.

En verdad que no lo sé.

REBECA.

De su celoso rigor
Ese proceder extraño;
Que hallásteis en él ¡mal año!
El más tirano opresor.
En fin, ya vais á lucir
En el mundo.

ESTER.

¡Sí, par diez!
¡Para tornar otra vez
Á suspirar y á morir!

REBECA.

¡Oh! vais á estar sin igual;
Empero no es maravilla;
Que no hay en toda Sevilla
Talle ni hermosura tal,
Ni hay ojos de tal mirar.

ESTER.

Mal hora si hermosa soy,
Pues condenada aquí estoy
Sin contento y sin amar.

REBECA.

¡Sin amar!

ESTER.

No sé; tal vez...

REBECA.

Algun galan caballero...

ESTER.

¿Qué dices?

REBECA.

Yo, nada... pero...
Es cansada la vejez.

ESTER.

Calla: ¡qué horrible martirio!

REBECA.

¿Le amais?

ESTER.

¿Á quién?

REBECA.

Al doncel.

ESTER.

No; que áun el pensar en él
Fuera un crímen, un delirio.

REBECA.

Mucho os quiere, y demasiado;
Que vuestro esposo pudiera
Verle.

ESTER.

Mas de mí ¿qué espera
Tan ciego y enamorado?
Ni es soberbio mi linaje,
Ni suya mi religion...
¡Yo abrigar una pasion,
Haciendo á mi esposo ultraje!

REBECA.

¡Cómo de noche os aqueja
Con acento doloroso!...
Mil veces le vi lloroso
Apoyado en vuestra reja,
Y allí le encuentro á deshora
Ayes lanzando del pecho,
Miéntras en mullido lecho
Duerme su ingrata señora.
¡Dichosa quien es amada
Con tan ardiente pasion!

ESTER.

¡Calla! ¿por qué mi afliccion
Así aumentas? ¡desdichada!

REBECA.

¡Amais, y quereis en vano
Ocultarme vuestro afan!
¡Oh! si supiera el galan...

ESTER.

¡Saberlo!...

REBECA.

Pues eso es llano.
¿Cómo ocultar el amor,
Ni cómo fingir enojos,
Con esos divinos ojos
De mirar abrasador?

ESTER.

Si posible fuera...

REBECA.

¡Oh! sí...

ESTER.

Yo la vida me quitara,
Si mi amor adivinara...
No me hables de él... ¡ay de mí!
¡Qué horrible cosa es nacer
Para soñar en la vida
Con una dicha perdida,
Para ignorar el placer!

REBECA.

Callad; que pienso que alguno
Se acerca...

ESTER.

¡Si es Samuel!...

REBECA.

¡Tan temprano!... ¡cierto! es él.
(¡Á tiempo viene oportuno!)
(Mirando al balcon.)

## ESCENA III.

DICHAS. SAMUEL, por la puerta del fondo.

SAMUEL.

Allí está... ¡mi vida!... ¡Ester!

ESTER.

¡Señor!

SAMUEL.

Tú no me esperabas.
¡Rebeca!...

REBECA.

Voyme, señor.

SAMUEL.

¿Qué tienes?

ESTER.

Yo... nada.

SAMUEL.

¿Nada?
¿Cierras? (Á Rebeca, que cierra el balcon.)

REBECA.

Sí; viene del rio
Un vientecillo que pasma.
(Vase por la derecha.)

## ESCENA IV.

SAMUEL. ESTER.

SAMUEL.

¡Están tus ojos cargados
De llorar!... y ¿por qué causa?
Yo, que mi vida daria,
Por verte feliz...

ESTER.

No es nada,
Os repito... es un recuerdo...
Un recuerdo de mi infancia,
Y nada más.

SAMUEL.

Y ¿es tan triste,
Que así tu quietud amarga?

ESTER.

Acuérdome que la suerte,
Siempre á mi dicha contraria,
Me arrebató siendo niña
Á mis padres.

SAMUEL.

Por desgracia,
Hallásteis quien apiadado
Vuestra orfandad amparara.
¡Sí, sí... por desgracia!... un hombre
Cubierto de yertas canas
Partió su tálamo frio
Con la huérfana angustiada.

ESTER.

¿Qué decis!

SAMUEL.

¡Tienes razon!
¡Ella en edad tan lozana,
Con su corazon de fuego
Y su pureza sin mancha,
Unir su suerte á mi suerte!
¡Vendí mi piedad bien cara!

ESTER.

Vos me atormentais... yo nunca...

SAMUEL.

Perdóname... ¡oh Dios! ¡es tanta
Mi desdicha! ¡yo que en tí
Vivo, porque eres mi alma,
Porque sin tí no hay consuelo
Para mi vejez helada!...
¡Yo te amo, como ama un padre,
Como los ángeles aman:
Como tú, mi pasion es,
Divina Ester, pura y casta!

ESTER.

¡Ah! ¡Samuel!

SAMUEL.

¡Yo, que en el mundo
Vivo ya sin esperanza,
Y si una esperanza abrigo,
Es pasajera y liviana!
Yo tuve un hijo, una esposa...
Horrible noche nefanda
En un punto me privó
De cuanto en el mundo amaba.

ESTER.

¡Un hijo!

SAMUEL.

Cuando en Sevilla
Triunfó la impiedad cristiana,
Rotos los altivos muros
Y á la merced de sus armas,
Perdí á mi esposa, y tambien
Al hijo de mis entrañas.
Desde entónces, ya no tuve
Familia, ni amor, ni calma,
Y así pasé largos años

ESTER.

Compasion nada más.

DON ENRIQUE.

¡Me compadeces!
¡Ya lo sé... ya lo sé! ¡mujer impía!
¡Qué premio á mi pasion! tú me aborreces.

ESTER.

Yo no sé aborrecer; pero si es cierto
Que me amasteis, señor, llorando os pido
Que salgais al momento. ¡Desdichada!
Si supieseis... ¡marchad! ved que no os amo,
Que nunca os puedo amar... que estoy casada.
Marchad.

DON ENRIQUE.

Sin tí jamas.

ESTER.

¡Qué desvarío!
Tengo honor, caballero, y quien le ultraja
Sólo puede aspirar al ódio mio.

DON ENRIQUE.

Estoy resuelto.

ESTER.

¡Cómo!

DON ENRIQUE.

Aunque mi sangre
Vertiera toda.

ESTER.

¡Por pieda l!

DON ENRIQUE.

Partamos...
No hay medio, Ester, mi muerte ó tu cariño.
(La toma una mano.)

ESTER.

¡Ah! ¡qué horror! apartad, ciego mancebo.
¡Samuel! ¡Samuel!

DON ENRIQUE.

No grites.
La detiene y cierra la puerta por donde entró Samuel, echando por defuera el cerrojo.)

ESTER.

¡Desdichada!

DON ENRIQUE.

Por fuerza ó grado, sígueme.

SAMUEL.

¡Esta puerta!
(Forcejeando por dentro.)

ESTER.

¡Piedad! ¡piedad!

DON ENRIQUE

¡Alfonso!

### ESCENA VII.

DICHOS Y ALFONSO, con dos hombres armados.

ALFONSO.

Todos huyen.

ESTER.

¡Favor!

DON ENRIQUE.

¡Silencio, Ester!

SAMUEL.

Abrid al punto.
(La llevan por la derecha.)

### ESCENA VIII.

El teatro queda un momento solo: despues sale ISAAC, pálido y azorado.

ISAAC.

¡Oh! ¡cobarde temor! pero el maldito
Me amenazó iracundo... y ¿dónde, dónde
Estará mi señor?

SAMUEL.

¡Abrid!

ISAAC.

¿Qué escucho!
¡Dios de Israel! (Corre á la puerta y abre.)

SAMUEL.

¡Isaac! me la quitaron,
(Mirando con ánsia á todas partes.)
Y con ella mi vida se llevaron. (Cae desplomado.)

## ACTO TERCERO.

Patio de la casa de don Pedro de Vargas: tiestos con flores, aquí y allí esparcidos, y en el fondo un cancel que da salida á la calle. Hácia el proscenio dos bancos de piedra con espaldar.

### ESCENA PRIMERA.

SAMUEL É ISAAC entran por una puerta de la izquierda.

SAMUEL.

¿Crees tú que puedan habernos sentido?

ISAAC.

Me parece imposible.

SAMUEL.

¿Si habrán llegado ya? ¿No oyes por ningun lado rumor?

ISAAC.

No.

SAMUEL.

¡Oh! ¡condenacion!... si la hubiesen llevado á otra parte... pero con tal que yo me vengue, que pueda partirle el corazon en cien pedazos, ¿qué me importa lo demas?

ISAAC.

Es imposible que puedan haber llegado aún; nuestro camino ha sido más corto que el suyo por ser más recto... A propósito de nuestro camino, por nuestro padre Jacob, que bien he necesitado de ayudar con las manos á los ojos para atravesar ese maldito subterráneo.

SAMUEL.

Esta era mi casa en otro tiempo.

ISAAC.

Recorramos otra vez, si os parece, esas habitaciones.

SAMUEL.

No: ¿para qué? hácia ese lado está la alcoba del buen don Pedro de Vargas, el padre honrado de ese hijo infame que deshonra su nombre y sus blasones, marchitando con manos impuras la virtud de una mujer. ¡Oh! ¡cómo duerme tranquilo el pobre viejo, sin pensar que afrentan sus canas los devaneos de su torpe heredero! No... no volvamos á pasar por ahí, no le inquietemos en su sueño tranquilo. Esperaremos aquí.

ISAAC.

¡Señor!

SAMUEL.

¿Qué puedes decirme? nada que pueda consolarme, porque no hay palabras que me vuelvan lo que ya he perdido. ¡El infame! y él tendrá cien mujeres hermosas que le prodigarán sus caricias... yo no tenía más que una, bella, sí, como un querubin, amada de mí, y guardada como un tesoro... ¡ay! no bastante guardada, que no la viesen ojos envidiosos de mi fortuna.

ISAAC.

Calmaos.

SAMUEL.

¡Poco hace que ese tesoro era mio, y lo he perdido! Toda mi riqueza se ha desvanecido como el humo.

ISAAC.

Estais fatigado en extremo... sentaos aquí.

SAMUEL.

No es el cansancio, es la desesperacion que hace latir con violencia mi corazon y me abrasa como una hoguera.

ISAAC.

Pero tranquilizaos.

SAMUEL.

¿Acaso no estoy tranquilo? ¿no lo parezcco por lo ménos?

ISAAC.

Vuestra calma me horroriza.

SAMUEL.

Te confieso que no es resignacion... es la rabia comprimida; pero estallará, no lo dudes: y ¡ay de los que me ofendieron!

ISAAC.

Aun nos queda por registrar todo este lado.

SAMUEL.

Tienes razon; sígueme, pero con sigilo... si nos sintiesen, todo se perderia. Hagamos lo que el tigre, que ántes hace sentir su garra que la fiereza de sus miradas.

(Entran por la derecha.)

## ESCENA II.

El teatro queda un instante solo: despues se abre la puerta del fondo, y se ven entrar en el portal á DON ENRIQUE, ALFONSO y los CRIADOS que conducen á ESTER. Enrique abre con precaucion el cancel, y todos entran en el patio sigilosamente.

DON ENRIQUE.

Colocadla ahí: quizá con el aire libre vuelva de su desmayo. (La sientan en un banco de piedra y se retiran.) ¿Nos ha seguido álguien?

ALFONSO.

Pienso que no, y aunque así fuese, hemos rodeado mucho, y no es posible que nos vieran con la oscuridad de la noche.

DON ENRIQUE.

Aun no vuelve.

ALFONSO.

¿Quién habia de creer que nuestro buen judío guardaba en su casa tan inestimable tesoro?

DON ENRIQUE.

¿Está todo dispuesto para nuestra marcha á Écija?

ALFONSO.

Todo.

DON ENRIQUE.

Esta noche partimos.

ALFONSO.

La litera está prevenida, y enjaezados los caballos.

DON ENRIQUE.

Bien.

UN CRIADO, que sale.

¿Señor?

DON ENRIQUE.

¿Qué buscas?

CRIADO.

Vuestro padre se ha despertado y pregunta por vos.

DON ENRIQUE.

Corramos á tranquilizarle, no llegue á sospechar... sígueme.

## ESCENA III.

ESTER. (Volviendo en sí por grados.)

¡Ah! no... soltad... soltad... Dios mio, ¿qué es lo que me sucede? ¿dónde estoy? yo no sé, no sé nada, ni me acuerdo de nada. ¡Oh! tengo encendida la cabeza. Mi esposo... ¿qué se ha heeho de él?... mañana debíamos partir, y luégo... ¿qué ha sucedido luégo? Aquel mancebo atrevido penetró hasta mi alcoba, y un vértigo espantoso se apoderó de mí. ¡Es cierta mi desdicha, muy cierta! Yo quiero volverme; yo no quiero estar aquí. (Se incorpora.) Nadie me responde... la noche está muy oscura, y tengo miedo. Pero mi esposo, ¿por qué no viene á salvarme? ¿por qué me han dejado sola, abandonada?... ¡miserable de mí! (Se deja caer en el banco.) ¡Que venga, sí, que venga, porque soy mujer y soy débil! ¡Samuel!

SAMUEL. (Dentro.)

¡Ester!

ESTER.

¡Dios poderoso! gracias: esa voz es la suya.

## ESCENA IV.

ESTER. DON ENRIQUE, por la izquierda, con una luz.

ESTER.

¡Oh! no era él.

DON ENRIQUE.

Sí, Ester, el que te ama áun más que á su vida.

ESTER.

Por piedad, señor, quien quiera que seais, cualesquiera que sean vuestros proyectos, tened compasion de mí.

DON ENRIQUE.

¡Compasion! eso mismo debia yo pedirte, y eso mismo te he pedido muchas veces. ¿Qué respondiste á mis ruegos?

ESTER.

¡Yo!... ¿qué podia yo deciros?

DON ENRIQUE.

Y miéntras yo velaba, loco de pasion, ciego con mis deseos, tú dormias tranquila sin escuchar siquiera mis lamentos.

ESTER.

¿Quién os lo ha dicho?

DON ENRIQUE.

Dime, dime, ¿es cierto que tú tambien velabas?

ESTER.

Yo...

DON ENRIQUE.

¡Ester!

ESTER.

Teneis razon, yo nunca os he escuchado, yo nunca habia sabido que me amabais, porque tengo un esposo; ¿lo ois? soy casada, y vos me habeis arrebatado de mi casa, del lado de mi marido, que morirá de dolor. ¿No hay justicia en Sevilla? ¿no vengará nadie vuestro desacierto? pensadlo bien, señor, pensadlo... vuestro crímen es horrososo, y no puede quedar sin castigo.

DON ENRIQUE.

Y cuando despues de tanto riesgo y de tantas esperanzas he logrado acercarme á tí, cuando mis deseos deben cumplirse...

ESTER.

No, es imposible que hayais concebido tan atroz designio; dejadme salir de aquí; yo os lo perdonaré todo, yo os lo agradeceré con todo mi corazon.

DON ENRIQUE.

Y cuando estés libre, y cuando vuelvas á los brazos de tu esposo... dime, ¿qué será entónces de mí? ¿Tú sabes cuál sería mi desconsuelo, cuál mi desesperacion? y tú no tendrias lástima de mí, como hasta ahora no la has tenido, y te burlarias de mi amor, y yo perderia toda esperanza. ¡Querer sin esperanza, tener celos y morir abrasado de amor! esto sería demasiado... esto me quitaria la vida.

ESTER.

Y ¿qué me importa á mí vuestro amor, si yo no os amo? apartaos, apartaos.

DON ENRIQUE.

¡Que no me amas!

ESTER.

No sé... no sé... Si es fuerza para obligaros á que me volvais á mi casa, donde vivia honrada, si no feliz; si es necesario deciros que habia oido con piedad vuestras quejas, que yo tambien os amaba... bien, lo diré; pero, por Dios, no abuseis de mí por esto... yo os aborreceria entónces, y no volveria á quereros nunca.

DON ENRIQUE.

¡Me amas!

ESTER.

¡Callad!

DON ENRIQUE.

Y ¿quieres que nos separemos!

ESTER.

Eso, al instante.

DON ENRIQUE.

¿Por qué?

ESTER.

No me pregunteis por qué.

DON ENRIQUE.

Tu esposo...

ESTER.

¡Oh! estará indignado, será capaz de matarme.

DON ENRIQUE.

Sí, dices bien... te mataria.

ESTER.

¿Qué habeis hecho?

DON ENRIQUE.

Perdóname. (De rodillas.)

ESTER.

Me habeis perdido para siempre.

DON ENRIQUE.

Porque te amaba, porque te amaba con delirio.

ESTER.

Yo debia maldecir esa pasion; pero no puedo: yo debia aborreceros, y no puedo tampoco. Pero ¿no hallais un medio, un medio de librarme de la saña de mi esposo? vos debeis hacerlo así, por mí, por vos mismo... yo no puedo volver á mi casa, porque mi esposo no me creeria, y entónces... ¡ah! ¡no quiero pensarlo!

DON ENRIQUE.

¡Un medio!

ESTER.

Sí, sí... buscadle; ¿qué haceis que no lo habeis buscado ya?

DON ENRIQUE.

¿Tú me amas?

ESTER.

¡Oh! sí; pero acabad.

DON ENRIQUE.

Huyamos.

ESTER.

¿Los dos?... no.

DON ENRIQUE.

¡Ester!

ESTER.

Yo sola.

DON ENRIQUE.

Yo seré tu esposo.

ESTER.

Eso es imposible. ¡Oh! ¡qué horror! ¡un asesinato!

DON ENRIQUE.

No me comprendes.

ESTER.

Pues ¿qué?

DON ENRIQUE.

Un sacrificio... un sacrificio grande, pero que es lo único que puede salvarte. Si tú fueras cristiana, podrias ser mi esposa.

ESTER.

¡Abjurar de la fe de mis padres! eso es horrible.

DON ENRIQUE.

Y ¿qué otro medio nos queda? Ademas, en todas partes hay un Dios... todas las religiones tienen un mismo Dios... cristiana le adorarás, como le has adorado hebrea.

ESTER.

Yo sé que hago mal; pero es preciso; ¿no es verdad? ¡Oh! hablad, hablad, y persuadidme de que es preciso, porque si no, tendré remordimientos espantosos.

DON ENRIQUE.

¡Estás decidida por fin!

ESTER.

¡Ah!

SAMUEL. (Dentro.)

¡Ester!

ESTER.

Á todo, á todo; pero libradme de su saña.

DON ENRIQUE.

¿De quién es esa voz?

ESTER.

La suya, la de mi esposo.

DON ENRIQUE.

¡Él aquí! ¿Alfonso?

## ESCENA V.

DICHOS. ALFONSO.

ALFONSO.

Señor.

DON ENRIQUE.

Al momento la litera y cuatro hombres armados. Sigue á ese hombre, Ester, y nada temas. Yo voy á ver si nos esperan en la calle.

ESTER.

Guiad.

(Ester y Alfonso entran por la izquierda.)

## ESCENA VI.

DON ENRIQUE. Abre el cancel, y va á salir, cuando aparece SAMUEL por la derecha.

SAMUEL.

Esperad.

DON ENRIQUE.

¿Quién! ¡tú!...

SAMUEL.

Silencio.
¿Dónde está? dime.

DON ENRIQUE.

No sé
Lo que preguntas, judío.
¿Si me han vendido tal vez!

SAMUEL.

¡Ah! ¡tiemblas!

DON ENRIQUE.

¿Quién te ha traido
Aquí, perro hebreo? ¡á ver!
¡Criados!

SAMUEL.

¡Silencio, digo!
Sin duda no sabes pues
Á lo que vine.

DON ENRIQUE.

Yo... cierto...

SAMUEL.

Escucha y te lo diré.

DON ENRIQUE.

Sea presto.

SAMUEL.

Presto.

DON ENRIQUE.

En mi casa
¿Cómo entraste? ese cancel
Cerrado estaba.

SAMUEL.

Sí estaba;
Pero por aquí no entré.

DON ENRIQUE.

En fin...

SAMUEL.

En fin... ¿No lo sabes?

DON ENRIQUE.

Sal de aquí.

SAMUEL.

No... tengo sed
De tu sangre miserable,
Y tu sangre he de beber.

(Agarrándole de un brazo.)

DON ENRIQUE.

Suelta, judío, ó mi saña...

(Queriendo desasirse.)

SAMUEL.

Tu saña... eso quiero ver.
Humíllate, miserable.

(Le arroja sobre un banco de piedra.)

DON ENRIQUE.
Yo humillarme...
SAMUEL.
Ya lo ves.
DON ENRIQUE.
Suelta.
SAMUEL.
No.
DON ENRIQUE.
Dime qué quieres.
(Samuel saca el puñal.)
¿Vas á matarme? ¿por qué?
Déjame marchar, y al punto
Te voy á satisfacer.
Si quieres oro, riquezas,
Yo al punto te las daré;
Mas no me hieras.
SAMUEL.
Y ¿entónces
Quién ha de vengarme, quién?
DON ENRIQUE.
Mira... te lo juro... al punto
Tu esposa te volveré...
Déjame, voy á dar órden...
SAMUEL.
Quieto aquí, quieto á mis piés,
Y sólo para temblar
Os movais... ¡oh! ¿lo entendeis?
DON ENRIQUE.
Suéltame... por Dios...
SAMUEL.
¡En mucho
Tienes la vida, doncel!
Yo... mira, yo la aborrezco...
Que eres feliz bien se ve...
DON ENRIQUE.
¡Te enterneces!...
SAMUEL.
No...
DON ENRIQUE.
Sin duda...
Tu conmocion dice bien
Que me perdonas... ¿no es cierto?
¿No me he engañado, Samuel?
SAMUEL.
Perdonarte... ¡tú no sabes
Cuánto me debes!
DON ENRIQUE.
Sí sé...
Tu honor y trescientas doblas
Que voy á satisfacer.
Este collar muy bien vale
(Se quita un collar de perlas que trae al cuello.)
Esta cantidad... ya ves...
SAMUEL.
¡Este collar!... ¿quién te ha dado
Esta prenda, infame, quién?
DON ENRIQUE.
No entiendo lo que me dices.
SAMUEL.
Habla.
DON ENRIQUE.
Siempre mia fué.
SAMUEL.
Mientes.
DON ENRIQUE.
Explícate.
SAMUEL.
Es mia:
Aquella noche cruel
Que perdí mi hijo y mi esposa...
DON ENRIQUE.
¿Eres tú?... ¡pudiera ser!
SAMUEL.
Sí, yo, el que perdí en un punto
Mi paz, mi casa, mi haber,
Y mi familia... sí, todo...
Solo como ahora quedé.
DON ENRIQUE.
¡Oh! decidme que eso es cierto...
Decídmelo.
SAMUEL.
¡Dios de Israel!
¿Que si es cierto?
DON ENRIQUE.
Deja entónces,
Señor, que bese tus piés.
SAMUEL.
¿Qué dices?
DON ENRIQUE.
Aquel cristiano,
Que causa de tu mal fué...
SAMUEL.
¿Vive?
DON ENRIQUE.
Vive; mas no ha sido,
Como tú piensas, cruel.
SAMUEL.
¡Vive!... ¡gran Dios!
DON ENRIQUE.
Y tu hijo...
SAMUEL.
¿No murió?
DON ENRIQUE.
Vive tambien.
SAMUEL.
¿Dónde está?
DON ENRIQUE.
Cerca de vos.
SAMUEL.
Por tu vida... ¿dónde pues?
DON ENRIQUE.
Manchado con un delito,
Acaso teme...
SAMUEL.
Y ¿por qué?

DON ENRIQUE.

¿Le perdonaréis?

SAMUEL.

Sí, todo;
Pero responde... ¿quién es?

DON ENRIQUE.

¿No os dice mi rostro?...

SAMUEL.

¡Tú!...
¡Eres tú!

DON ENRIQUE.

Miradme bien.

SAMUEL.

¡Esas facciones!... sin duda...
Es su mismo rostro... es él.
(Deja caer el puñal.)
Abrázame.

DON ENRIQUE.

¡Padre amado!
(Se abrazan.)

SAMUEL.

Vuelve á abrazarme otra vez.

(Enrique se apodera con rapidez del puñal, y amenaza á Samuel al querer segunda vez abrazarle.)

DON ENRIQUE.

¡Apártate, miserable!
Por tu vida, apartaté,
Ó haré pedazos tu pecho.

SAMUEL.

¿Qué dices!

DON ENRIQUE.

¡Pobre Samuel!

SAMUEL.

¡Infame! ¡infame!

### ESCENA VII.

DICHOS. ESTER, conducida en una litera por los criados de DON ENRIQUE, y ALFONSO, siguiéndolos. Delante van dos pajes con hachas encendidas.

ALFONSO.

Marchemos.

SAMUEL.

¡Es ella, mi esposa... Ester!

(Al quererse lanzar á la litera, don Enrique y Alfonso le amenazan con sus armas. Isaac, que desde la puerta de la derecha ha sido pasivo espectador de la anterior escena, corre á detener á Samuel.)

ESTER.

¡Ah!

DON ENRIQUE.

No temas.

SAMUEL.

¡Hiere, impío!

ISAAC.

¡Señor!

SAMUEL.

Ven á herirme... ven.

DON ENRIQUE.

No soy el que piensas, no:
Tu credulidad burlé...
Mi padre, ése es tu enemigo.

SAMUEL.

Y el hijo ya lo es tambien.

(Antes de pronunciar Samuel este último verso, habrán salido por el cancel los criados que conducen á Ester: don Enrique y Alfonso salen detras, y los dos hebreos quedan en el teatro, lanzando Samuel terribles miradas hácia el lado por donde van los fugitivos, y siempre contenido por Isaac.)

## ACTO CUARTO.

Una posada en la ciudad de Écija. Sala bien alhajada. Balcon al fondo y puertas laterales. Al levantarse el telon aparecen en la escena don Enrique y Ester, sentados.

### ESCENA PRIMERA.

DON ENRIQUE. ESTER.

DON ENRIQUE.

Y ¿triste por eso estás?

ESTER.

¡Mucho he sufrido!

DON ENRIQUE.

¿Es posible?
Un sueño...

ESTER.

¡Sueño terrible!

DON ENRIQUE.

Y ¿no me lo contarás?

ESTER.

Era llegado el momento
Que delante del altar
El Señor ha de escuchar
Nuestro mutuo juramento.
Con inquieta confusion
No sé lo que presentia,
Que convulsivo latia
Sin tregua mi corazon.
En tus brazos apoyada
Llegué hasta el altar... tu mano
Apretar intenté en vano...
Estaba, como ahora, helada.
Te miré; pero tus ojos
No se tornaron á mí...
Estabas pálido... así...
Cubierto el rostro de enojos.
Horrible vision feroz
Con ademan misterioso
Por el templo silencioso
Cruzó con paso veloz,
Y con siniestro mirar
Alzó sus párpados secos,
Sus vidriados ojos huecos

Clavando en mí sin cesar.
Pero el sacerdote habló:
Sé, me dijo, sé su esposa;
Y aquella sombra furiosa
Lanzándose á mí gritó:
«¡Suya! ¡jamas!» Pretendí
Resistir; pero ¡ay! en vano...
Me oprime con seca mano,
Fria, cual la tuya... así.
Y no pude ver ya más:
Cien voces sólo se oian
Que murmurando decian:
«¡Suya...! ¡no... suya, jamas!»

DON ENRIQUE.

Esa terrible vision
Es la voz de la conciencia,
Que con tirana violencia
Lastima tu corazon:
Sombras que con ódio eterno
El alma agitan airadas,
Por el crímen engendradas
Y abortadas del infierno.
Remordimientos que oprimen
El alma con torvo ceño,
Y horribles turban el sueño
Con los recuerdos del crímen.
Tambien yo con negro afan
Horas agitadas velo;
Que esos fantasmas de duelo
Turbando mi sueño están.
Y ¿puedes quererme así,
Yo, que tu mal he causado?

ESTER.

¿Si te amo?

DON ENRIQUE.

¿Nunca has pensado
En tu viejo esposo? di.

ESTER.

Por qué lo dices, no entiendo.

DON ENRIQUE.

¡Mucho te quiso!

ESTER.

Es verdad...
Grande fué mi liviandad,
Y nuestro delito horrendo.

DON ENRIQUE.

¿No es verdad que arrepentida
Recuerdas cuánto te amó?

ESTER.

¡Calla!

DON ENRIQUE.

Tal vez le quitó
Su propio dolor la vida.
Y si no, ¿cuál será, cuál,
Su existencia lastimosa!
Sin familia, sin su esposa,
Que le ultrajó desleal...

ESTER.

Déjame dudar...

DON ENRIQUE.

¿No es cierto?

ESTER.

Sí: todo el crímen es mio...
Mas ¡tú me acusas, impío,
Y yo lo escucho y no he muerto!

DON ENRIQUE.

Es fuerza...

ESTER.

¡Insultar así
A una mujer que padece!
Bien este pago merece
La que se olvida de sí,
La que á culpable aficion
Abre incauta los oidos
Y de halagos fementidos
Forma mentida ilusion.
Razon tienes... tiempo es ya...

DON ENRIQUE.

Por tí, sí, por tu reposo...
Acaso tu viejo esposo
Tu culpa perdonará.

ESTER.

¡Yo deshonrar otra vez
Sus canas! no, Enrique, no.
Ni él olvidará que yo
Hice infeliz su vejez.

DON ENRIQUE.

Pero ¿quién sabe?... quizás...

ESTER.

Tales enconos no mueren.
Agravios que al honor hieren
No se perdonan jamas.
Acaso negra venganza
Fraguando en su saña esté
De su mal pagada fe,
De su engañada esperanza.

DON ENRIQUE.

Tu vida acaso...

ESTER.

¡Mi vida!
¿Qué importa? no la deseo,
Pues en el mundo me veo
Sin amparo y desvalida.
Porque soy débil... ¡ay triste!

DON ENRIQUE.

¿Qué haces, Ester?

ESTER.

¡Deja, deja!

DON ENRIQUE.

Esto tu bien aconseja...
Y bien preveerlo debiste.

ESTER.

¡Infame! ¡burlando estás
De mi afliccion! por mi vida

Que no juzgué tan perdida
El alma tuya jamas.
¡Así me ultrajas, cobarde,
Cuando desgarrada estoy!
Porque débil mujer soy,
Haces de tu infamia alarde.

DON ENRIQUE.

Acabemos ya. (Se levanta.)

ESTER.

Pues bien...
Mira, yo no sé olvidar,
No, Enrique; pero sé odiar,
Y sé vengarme tambien.

DON ENRIQUE.

¿Vengarte?

ESTER.

Sí, sí... y herir
Tu corazon. (Le quita del cinto el puñal.)

DON ENRIQUE.

Prueba, Ester.

ESTER.

¡Oh! no, Enrique... una mujer
No sabe más que morir.
Eso sí, morir amando,
Presa de insano dolor,
Con sus penas y su amor
Dia y noche batallando.

DON ENRIQUE.

¡Silencio! álguien viene.

ESTER.

Sí...
Es Alfonso.

DON ENRIQUE.

Luégo iré
A verte.

ESTER.

¿Cuándo?

DON ENRIQUE.

No sé...
Más tarde.

ESTER.

(¡Triste de mí!)
(Se va por la derecha.)

## ESCENA II.

DON ENRIQUE. ALFONSO, por la izquierda.

DON ENRIQUE.

¿Alfonso?

ALFONSO.

Un hombre que llega
De Sevilla en este instante
Te buscaba.

DON ENRIQUE.

¿Qué hay de nuevo?

ALFONSO.

Una carta de tu padre.

DON ENRIQUE.

¿Una carta? ya... sin duda
Me riñe en ella.

ALFONSO.

Bien hace.
Dos meses sin verle...

DON ENRIQUE.

Cierto:
Y si mis locuras sabe...

ALFONSO.

Es muy posible.

DON ENRIQUE.

Veamos. (Abre la carta y lee.)

ALFONSO.

¿Qué dice?

DON ENRIQUE.

¡Qué!

ALFONSO.

Tu semblante
Se ha inmutado.

DON ENRIQUE.

¡El pobre viejo!

ALFONSO.

¿Se han agravado sus males?

DON ENRIQUE.

No, sus males acabaron.

ALFONSO.

¿Murió?

DON ENRIQUE.

Murió; pero ántes
Me impuso un precepto.

ALFONSO.

¿Cuál?

DON ENRIQUE.

Triste á la verdad... casarme.

ALFONSO.

¿Eso?

DON ENRIQUE.

Una rica heredera,
Hermosa y de ilustre sangre...
Há tiempo que ya otra vez
Lo pretendió; pero en balde.
Sin duda espera con esto
Que mis locuras acaben,
Y yo no sé si lo acierta.

ALFONSO.

Más seguro es que se engañe.
¿Qué piensas hacer?

DON ENRIQUE.

Al fin,
Aunque el sacrificio es grande,
Fuerza será respetar
Sus últimas voluntades.

ALFONSO.

¿Y Ester?

DON ENRIQUE.

¿Ester? ya era tiempo
De olvidar delirios tales.

ALFONSO.

¿La abandonas?

DON ENRIQUE.

¿Qué otro medio
Me queda?

ALFONSO.

Y ¿cuándo?

DON ENRIQUE.

Al instante.
Hoy mismo parto á Sevilla.

ALFONSO.

¡La infeliz!

DON ENRIQUE.

Por Dios, que calles.
Esposo tiene: su falta
No fué sin duda tan grande
Que no la perdone... ¿es cierto?
Mia es la culpa.

ALFONSO.

No obstante...

DON ENRIQUE.

La perdonará sin duda.

ALFONSO.

Tarde moralizas, tarde.
¿Por qué al robarla á su esposo
De ese modo no pensaste?

DON ENRIQUE.

La amaba entónces.

ALFONSO.

¿Y ahora?

DON ENRIQUE.

¡Soy en extremo inconstante!
No es culpa mia... No hablemos
De eso más, porque es cansarme.

ALFONSO.

En ese caso...

DON ENRIQUE.

La marcha
Ha de ser pronta: ya sabes...
Que nadie sospechar pueda,
¿Lo entiendes, Alonso? nadie.

ALFONSO.

Descuida.

DON ENRIQUE.

Pon mis caballos
Fuera del pueblo: no tardes;
Que quiero estar en Sevilla
Para esta noche.

ALFONSO.

¡Diantre!

(Se va por la izquierda.)

## ESCENA III.

DON ENRIQUE. Luégo ESTER.

DON ENRIQUE

¡Llora! cuando así la miro,
(Acercándose á mirar á la derecha.)
El corazon se me parte
De dolor... ¡oh! ¡quién tuviera
Un corazon de diamante!
No quiero verla: marchemos
Ántes que note... ella sale.

ESTER.

¿Os vais?

DON ENRIQUE.

Sí, vuelvo. (No páro
Hasta Sevilla un instante.)

## ESCENA IV.

ESTER. (Se deja caer en un sitial.)

¡Abandonada! ¡oh dolor!
¡Triste de mí, que en mi daño,
Delirante y sin temor
Abrigué tan ciego amor
Sin sospechar tal engaño!
¡Abandonada! ¡éste ha sido
El premio de mi ternura!
Porque ciega le he creido,
Y por amarle he vendido
La fe que ofrecí perjura.
Este recuerdo fatal
El alma cubrió de luto
Con un velo funeral,
¡Doloroso, amargo fruto
De mi pasion criminal!
¡Maldito amor, que has cegado
Con venda fatal mis ojos,
Y mi virtud has manchado!
¡Pobre viejo, deshonrado
Por mis livianos antojos!
Entre tanto padecer
Al fin aprendiste ya,
Desventurada mujer,
Que no hay amor ni placer
Donde la virtud no está.

## ESCENA V.

ESTER. ISAAC.

ISAAC.

Os encuentro por fin.

ESTER.

¡Qué veo! ¡Isaac!

ISAAC.

¡Oh! no temais... no temais de verme aquí.

ESTER.

¡Desdichada!

ISAAC.

Poco hace supimos que estábais en Écija.

ESTER.

Pero... ¿y él?

ISAAC.

Desea hablaros.

ESTER.

¿Está aquí?

ISAAC.

Os buscábamos por todas partes.

ESTER.

Y ¿quién os ha dicho?...

ISAAC.

Veníamos de Sevilla, y al entrar por la puerta de Carmona, encontramos al criado de don Enrique, que con dos caballos salia de la ciudad. Le seguimos, y sorprendido por mi señor y amenazado con la muerte, si no nos decia vuestro paradero, el miserable lo confesó todo... iban á abandonaros, á partir á Sevilla, dejándoos aquí sola.

ESTER.

¡El infame!

ISAAC.

Tal es el premio de vuestros devaneos.

ESTER.

Sí, ése es el que yo merecia.

ISAAC.

Mi señor...

ESTER.

Líbrame por piedad de su saña... no me abandones. ¿Crees tú que merezca perdon mi crímen?

ISAAC.

Sólo sé que os perdonará.

ESTER.

¡Es posible!

ISAAC.

¡No sabeis lo que ha padecido! ya le habria muerto su dolor, si yo no le consolase con la esperanza de veros. Largas noches hemos pasado velando, despues de haber recorrido en vano todas las calles de Sevilla en vuestra busca. Al fin supimos que habiais salido de la ciudad aquella misma noche... ¡aquella noche aciaga!...

ESTER.

¡Ah! no me la recordeis.

ISAAC.

Teneis razon; pero ¿consentis en verle?

ESTER.

Sí, al instante.

ISAAC.

Entrad.

(Se dirige á la puerta, y entra Samuel: los dos esposos se miran un instante con profunda conmocion. Al fin Samuel la abraza.)

## ESCENA VI.

SAMUEL. ESTER.

ESTER.

¡Perdon! (Cayendo de rodillas.)

SAMUEL.

¿Qué haces, Ester? ven á mi pecho...
¿Es verdad?... ¿eres tú? ¡cuán demudada!

ESTER.

Piedad de mí, señor.

SAMUEL.

Alza, te ruego...

ESTER.

Así estar debo á vuestros piés postrada.
Así estar debo, y con mi acerbo llanto
Del noble esposo que ofendí perjura
Demandar compasion.

SAMUEL.

Ya há muchos dias
Te compadezco, sí; que ese amor ciego
Que turbara tu paz y mi reposo,
Con eterna inquietud bien ha vengado
Todo el dolor de tu infeliz esposo.
Aquel amor te trajo desventuras
Y lágrimas, y afan y desengaños,
En contínuo pesar... ¡ay! bien lo dice
Tu tez marchita en tus mejores años.
Tu tez del lloro sin cesar surcada,
Ántes tan tersa, pura y sin mancilla,
Y tus ojos de fuego ya apagados,
Y tu frente de nácar ya amarilla.

ESTER.

¡Es verdad!... sí, señor: y si bastasen
Á borrar tanto ciego desvarío
Las lágrimas que vierten estos ojos
Á todas horas en perenne cuita,
Y estas acerbas penas que devoran
El alma triste, ¡ay Dios! yo sé que entónces
Piedad de mí tuviérais.

SAMUEL.

¡Desdichada!
Y ¿no has pensado nunca en tus recuerdos,
En tu casa tranquila, abandonada?

ESTER.

Mucho, sí; con dolor mil y mil veces
He recordado los serenos dias
Allí pasados en perpétua calma...
Y ahora que tanta dicha es ya perdida,
Por sólo alzar los ojos á miraros
Tranquila y sin rubor diera mi vida.
Por besar esas canas y las horas
De la noche y del dia á vuestro lado
Como entónces pasar.. ¡oh, sin ventura!
Ya no, ya no es posible: afrentaria
Vuestra vejez con mi mirada impura.

SAMUEL.

¡No, Ester, prenda de amor que yo juzgaba
Perdida para siempre! no, no hay crímen
Que serlo pueda en alma cual la tuya.
¡Débil fuiste, eso sí; mas ¿del ncuente!...
No lo es quien así llora su extravío,
Y así implora perdon y se arrepiente.

ESTER.

Mas vuestro honor...

SAMUEL.

¿Qué importa? de esos hombres
Que no saben amar, que no comprenden

Cuánto vale esta dicha, ¿qué me importa
Que el dedo de esos hombres me señale?
¡Oh! ¿no me quedas tú? Vivir contigo,
Contigo ser feliz, ¿cuánto más vale?

ESTER.

Y ¿podréis olvidar?...

SAMUEL.

No sé... no puedo...
¡Olvidar! eso nunca... ¿qué más quieres,
Si el perdon de mi agravio te concedo?

ESTER.

Ese recuerdo amargará contino
Vuestra vida, Samuel, con negros celos...
¿No es verdad?

SAMUEL.

¡Sí, los celos!... tú no sabes
¡Cuánto esa triste, dolorosa idea
Mi pecho combatió! La muerte misma
No es tan horrible, Ester, como es horrible
Ese negro tormento. Á todas horas
Pensar en tí, buscarte delirando
En los usados sitios, y llamarte
Con dolorosos gritos sollozando;
¡Mirar vacía la mitad del lecho,
Y pensar en que el seno de su esposa
Se agita entónces junto á ajeno pecho!
¡Esta idea es la muerte!

ESTER.

¡Cierto!... ¡cierto!

SAMUEL.

Ya no hay fuerzas en mí, y el cuerpo, el alma
No pueden resistir á tanta lucha.
Cuando en mi yerto seno te estrechabas,
Y blanda á mis halagos respondias
Con halagos tambien, ¡ya me vendias,
Y en tu adúltero amor tal vez pensabas!
Y aquella agitacion y los suspiros
Que sorprendió mi afan entre tus labios,
Y tu escondido llanto, ¡eran sin duda
Porque en mi triste lecho y á mi lado
Te juzgabas quizá sola y viuda!

ESTER.

¡Ay! ¡callad por favor! vuestras palabras
Me atraviesan el alma.

SAMUEL.

Sí, bien dices...
Necesario es callar; que esas memorias
Tristes y amargas son, y todavía
Puedo ser yo feliz, si tú eres mia.

ESTER.

¡Siempre!

SAMUEL.

Y ese recuerdo ponzoñoso
De tu ciega pasion, yo haré que muera
Ahogado en sangre de tu torpe amante.

ESTER.

¡No, por piedad, señor!

SAMUEL.

¿Qué!

ESTER.

Me estremece
Ese horrible proyecto... desechadle.

SAMUEL.

¿Sabes tú cuánto mal, cuánto infortunio
Hoy tengo que vengar? Oye un momento
Mi dolorosa historia, y luégo dime
Si injusto es mi rencor, si lo es mi intento.
Hubo un tiempo feliz, cuya memoria
Áun entre tantas penas adormece
Alguna vez mis hórridos pesares...
¡Tiempo de bendicion, en que mi frente
Áun no arrugaba el hielo de los años!
Yo era jóven, feliz; la vida mia
Era un sueño de paz, y los engaños
De este mundo fatal no conocia.
Amé como tú amaste, amé... ¡perdona!...
Estas breves delicias ya perdidas,
Tras tanto tiempo, arrancan á mis ojos
Lágrimas desde entónces escondidas.

ESTER.

Seguid... seguid...

SAMUEL.

Amé como tú amaste;
Y con igual amor, igual ternura,
Un corazon hallé que respondiera
Á mi ardiente pasion con pasion pura.
Una noche fatal, cuando al estruendo
De las cristianas armas, temerosa
La morisca Sevilla sucumbia,
Tenté escapar de la ciudad, juzgando
Así librarme de su saña impía.
Por medio de las huestes, con mi esposa
Y el hijo de mi amor, áun tierno niño,
El campo atravesé... mas mi desdicha
Hizo que ya, cuando por fin juzgamos
Libres estar, y á respirar tranquilos
Despues de tantas penas comenzamos,
¡Condenacion! cien hombres, que allí trajo
Mi destino fatal, nos embistieron...
Luché por largo tiempo, y á mi rabia
Muchos de los infames sucumbieron.
Pero ellos... ¡los cobardes! que no osaban
Mis golpes afrontar, con hierro impío
El seno de mi esposa atravesaron,
Y con ella tambien al hijo mio.
Yo no lidié ya más... con cien heridas
Traspasado caí; pero la suerte
No quiso por mi mal que allí muriera,
Para darme despues contínua muerte.
Juré vengarme, y con afan eterno
En vano largos años inquiriera
Del perverso adalid que los guiaba
El paradero y nombre... al fin el cielo
Iluminó mis pasos...

ESTER.

¡Ah! le hallasteis ..

SAMUEL.

No está léjos el dia en que mi rabia,
Aquellos dos pedazos de mi vida
En larga cuenta acaso le reclame.

ESTER.

Pero Enrique, decid...

SAMUEL.

Ese es el hijo,
El hijo vil del asesino infame.

ESTER.

¡Gran Dios! eso ¿es posible!

SAMUEL.

Juzga ahora
Si le aborrezco, juzga...

ESTER.

Ya no os ruego
Ni por él ni por mí.

SAMUEL.

¿Quién viene? espera.

## ESCENA VII.

DICHOS. ISAAC.

ISAAC.

Como me habeis encargado... (Aparte á Samuel.)

SAMUEL.

Tiempo era ya de que vinieras: sígueme, Ester.

ESTER.

¿Á dónde, señor?

SAMUEL.

No temas, ven.

(Entran por la derecha.)

ISAAC. (Asomándose al balcon.)

Ya va á entrar: maldito cristiano, tiempo era de que pagases tanto mal como has hecho.

SAMUEL. (Vuelve á salir.)

Ya lo sabes: si muriese yo, no tengas para ella compasion, Isaac.

ISAAC.

No temais... ella seguirá vuestra suerte.

SAMUEL.

Ahí está, vete. (Isaac se va por la derecha, y por el lado opuesto sale don Enrique.)

## ESCENA VIII.

SAMUEL. DON ENRIQUE.

DON ENRIQUE.

¡Alfonso! ¡Alfonso! ¡oh! yo te juro que la has de pagar, villano: una hora esperándole y... pero ¡qué veo!

SAMUEL.

¿No sospechabais encontrarme en este sitio?

DON ENRIQUE.

Seguramente no.

SAMUEL.

Yo sí os esperaba.

DON ENRIQUE.

Pero ¿quién te ha introducido aquí? ¿á qué has venido aquí, hebreo? ¿por tu esposa? yo te la doy.

SAMUEL.

¡No la amais!

DON ENRIQUE.

Creí amarla.

SAMUEL.

Bien, eso me importa poco; yo no he venido aquí á pedirte cuenta de tus amores, sino á derramar tu sangre, porque es preciso que se derrame.

DON ENRIQUE.

Pero te has olvidado sin duda de que yo tengo una espada, y acaso no has visto que la traigo al lado.

SAMUEL.

Sí, he visto, sí; pero yo tambien tengo una espada, y al cruzarla con la tuya estoy seguro de matarte.

DON ENRIQUE.

Tú estás loco.

SAMUEL.

Veamos pues. (Sacando su espada.)

DON ENRIQUE.

Espera, judío, espera.

SAMUEL.

¿Qué! ¿temes!

DON ENRIQUE.

Piénsalo bien, Samuel. Mira, yo tambien debia aborrecerte, y te aborrezco sin duda, porque me has hecho humillar una vez hasta implorar tu perdon, que no me concediste. Yo podia ser tan cruel como tú, y asesinarte; pero soy más generoso que lo fuiste conmigo... vete, te perdono.

SAMUEL.

¡Tú!... ¡tú!

DON ENRIQUE.

Debia aborrecerte, porque dia y noche has espiado los pasos de mi viejo padre, para saciar en él tu saña, que habia de estrellarse contra el valor del hijo.

SAMUEL.

¡Oh! y no descansaré hasta conseguirlo.

DON ENRIQUE.

¡Miserable! si el cielo no le hubiese llamado á sí, ¿piensas tú que nadie velaria por su vida?

SAMUEL.

¡Ha muerto, y no le he muerto yo!

DON ENRIQUE.

¡Infeliz!

SAMUEL.

Pero áun puedo matarte á tí, derramar tu sangre hasta la última gota. Sí, don Enrique, porque es necesario que tú mueras para que yo sea feliz... ¿No lo sabías? pues sí, ella me amó, y á tí te aborrece, porque ha conocido que eras un malvado, un hombre sin corazon y sin fe, el hijo de un asesino.

DON ENRIQUE.

¡Samuel! ¡Samuel!

SAMUEL.

Y ha conocido al mismo tiempo que el hombre á quien habia engañado torpemente, instigada de tí, la amaba con la ternura de un niño, con el frenesí de un hombre, con la pureza de un ángel; y ella, que es buena y ha conocido todo esto... me ama...

DON ENRIQUE.

¡Te ama! y ¿qué me importa á mí?

SAMUEL.

Tú no la quieres... no la has querido nunca... ¡oh! yo daria toda la sangre de mis venas por hacerte probar una hora todo el infierno de celos que en estos dias me ha devorado. ¡Miserable! tú no la querias, y no puedes tener celos.

DON ENRIQUE.

Acabemos, Samuel, acabemos. Mira, tú vas á ser feliz, y yo deseo tambien que lo seas. Te juro que he tenido remordimientos crueles desde que te robé tu esposa, y quiero devolvértela.

SAMUEL.

Pero bien conoces que mi felicidad no puede ser completa, miéntras respire el hombre que ha afrentado mis canas y mi lecho. Este hombre pasaria á mi lado y me sonrojaria, y al pasar al lado de mi mujer la haria bajar los ojos. No, no...

DON ENRIQUE.

¿Qué quieres, en fin?

SAMUEL.

¿No te lo he dicho?

DON ENRIQUE.

Mi muerte... es demasiado exigir, hebreo; y te juro que no estoy dispuesto á satisfacerte.

SAMUEL.

Ea pues, desnudad vuestra espada.

DON ENRIQUE.

Ello será, pues tú lo quieres; y aunque seas un perro judío, te haré el honor de cruzar mi acero con el tuyo; que, por Dios, no merecias tú morir á manos de un hidalgo como yo.

SAMUEL.

Hablad ménos, y obrad apriesa.

DON ENRIQUE.

¡Hola! eres valiente.

(Lidian un momento.)

SAMUEL.

Es que te aborrezco con mi alma.

DON ENRIQUE.

¡Eh!

SAMUEL.

¡Qué! ¿os parais?

DON ENRIQUE.

Estás herido.

SAMUEL.

No.

DON ENRIQUE.

Digo que sí.

SAMUEL.

No es nada: seguid.

DON ENRIQUE.

Espera.

(Riñen.)

SAMUEL.

¿Qué tienes?

DON ENRIQUE.

No sé.

SAMUEL.

¿Tiemblas? (Se le cae la espada á don Enrique.)

DON ENRIQUE.

¡Ah! (Cae de rodillas apoyándose en un sitial.)

SAMUEL.

Por fin...

DON ENRIQUE.

Por fin...

SAMUEL.

Si no fuese mortal...

DON ENRIQUE.

Mortal... ¡oh! sí... en el corazon... aquí.

SAMUEL.

Bien...

DON ENRIQUE.

Perdon...

SAMUEL.

No... eso nunca.

DON ENRIQUE.

¡Infierno! (Muere.)

SAMUEL.

¡Muerto... al fin! muerto... ¿por qué
No palpitas de alegría,
Corazon? ya la honra mia
Con mano airada vengué.
Ciego mancebo orgulloso,
Báñate en tu sangre impura;
Que sólo la sangre cura
El deshonor de un esposo.

(Llamando.)

¡Isaac! ¡Oh! que ella le amó...
Estos sangrientos despojos

(Le cubre con su capa.)

No hieran nunca sus ojos.

(Se dirige á la izquierda, por donde sale Ester, apoyada en Isaac.)

## ESCENA IX.

Los mismos. ISAAC y ESTER.

SAMUEL.

¡Ester! (No lo sepa, no...)
Partamos.

(Atraviesan el teatro, y al pasar junto al cadáver de Enrique, da Ester un grito.)

ESTER.

¡Ah!

SAMUEL.

Corre... vamos.

(Cogiéndola una mano y arrastrándola tras sí.)

ESTER.
¿Qué habeis hecho?...

SAMUEL.
(No comprenda...)

ESTER.
¡Sospecha horrible... tremenda!...

SAMUEL.
¿Qué te detiene? salgamos.

ESTER.
¿Por qué tan presto? esperad...
Soltadme. (Quiere desasirse de Samuel.)

SAMUEL.
¿Qué tienes?

ESTER.
Nada...
¡Oh! ¡sangre!

SAMUEL.
¿Dónde?

ESTER.
¡Esa espada!

SAMUEL.
No... no... ilusion...

ESTER.
Es verdad.

SAMUEL.
Á nuestra dicha comun,
¿Qué importa su vida?

ESTER.
Cierto...
Mas soltad. (Se deshace de él.)

SAMUEL.
Espera...

ESTER.
¡Muerto!
(Levanta la capa, y al verle difunto se desmaya.)
¡Ay! ¡muerto!...

SAMUEL. (Recogiéndola en sus brazos.)
Le amaba aún.
¡Oye. Ester!... ¡inmóvil!... fria...
¡Tal premio mi afan recibe!...
¡Infeliz!...

ESTER.
¡Samuel! (Con voz desmayada.)

SAMUEL.
¡Ah! ¡vive!...
Y ya para siempre es mia.

---

# EL ENCUBIERTO DE VALENCIA.

## DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

**Representado por primera vez, en el Teatro del Príncipe, el dia 17 de Julio de 1840.**

### PERSONAS.

JUAN DE BILBAO, *mercader.*
DON JUAN, *Infante de Castilla, nieto de los Reyes Católicos, bajo el nombre de Don Enrique Manrique de Ribera.*
EL MARQUÉS DE CENETE, *corregidor de Orán.*
MARÍA, *hija de Juan de Bilbao.*
BLANCA, *hija del Marqués.*
JUAN PÉRIZ. } *Treces de la Germanía.*
VICENTE RUIZ. } *Treces de la Germanía.*
INÉS.
EL CAPITAN VARGAS.
UN CARCELERO.
UN MAGISTRADO.
AGERMANADOS.
SOLDADOS DEL EJÉRCITO REAL.

*El primer acto pasa en Orán; los restantes en el reino de Valencia.*

## ACTO PRIMERO.

La escena pasa en Orán: una sala bien alhajada en la casa del Marqués de Cenete, con dos puertas á cada lado, y un balcon en el fondo, con vista al mar.

### ESCENA PRIMERA.

BLANCA. MARÍA. INES.

(María hace labor; Blanca está lánguidamente recostada en un sofá.)

BLANCA.

Suelta esa labor: ¿no ves
Que así te fatigas?...
(Se levanta y quita á María la labor.)

MARÍA.

Deja...

BLANCA.

No; que tu bien lo aconseja.
Abre ese balcon, Ines.
Respiremos el ambiente
De la tarde; que es extremo
El calor, y ahogarme temo.

MARÍA.

Siempre te sirvo obediente.

BLANCA.

Ya va el sol á declinar
Su tibia luz indecisa,
Y se alza fresca la brisa
De entre las ondas del mar.

MARÍA.

En esta region, ¿no es cierto
Que, en su atmósfera encendida,
Sólo con la noche hay vida,
Con la luz todo está muerto?
No así mi patria feliz,
Donde cristal es el cielo,
Y pintada alfombra el suelo,
De portentoso matiz.
Este doloroso afan
Mi soledad acompaña,
Llorando á mi hermosa España
Desde las playas de Orán.
Lloro diez y siete Abriles
Allí en la dicha pasados
Y aquellos sitios poblados
De recuerdos infantiles.
Aquí no hay flores, ni hallar
Otros placeres presumas
Que esas montañas de espumas,
Que se agitan sobre el mar.
Aquí yerta y sin pasion
El alma duerme y se embota,
Y el tedio contínuo agota
Las fuentes del corazon.

BLANCA.

¿Que adivino tu tristura?
¿Amas?

MARÍA.

¿Quién amar no sabe?

BLANCA.

Y ¿amada?

MARÍA.

No, en mí no cabe
Tan extremada ventura.

BLANCA.

Orgulloso es tu galan;
Que eres con extremo hermosa.

MARÍA.

Otra halló más venturosa
En esta tierra de Orán.

BLANCA.

Y ¿tanto tu corazon
Con su imágen ha ocupado,
Que no hay lugar reservado
Para otra nueva pasion?

MARÍA.

¡No es posible!

BLANCA.

¿No, en verdad?

MARÍA.

Yo no perdiera mi calma,
Si á los afectos del alma
Mandara la voluntad.

BLANCA.

Líbreme Dios de querer
Á hombre alguno de tal suerte.

MARÍA.

Sí, sí... más vale la muerte
Que este amargo padecer.
Tú no comprendes mi lloro,
Ni cuánto mal aquí abrigo,
Sin los celos que no digo,
Sin el pesar que devoro.

BLANCA.

De otro modo imaginé,
Con ciego y sencillo error,
Que era sin duda el amor.

MARÍA.

Si hay otro amor, no lo sé.
Tú sola, Blanca, quizás
Lo sabes; tú, afortunada,
Que eres de todos amada,
Juzgarlo tal vez podrás.

BLANCA.

Es cierto: mi corazon,
Por un hombre, ardiente late;
Mas no en furioso combate
Para ofuscar mi razon.
Sensible como mujer,
Dulces afectos procuro;
Y si le quiero, te juro
Que es tan sólo por querer.
Tierno y galan, mi beldad
De mil modos celebró,
Y celebrándola, abrió
La puerta á mi vanidad.
En un tiempo le escuché
Sin gusto; mas hubo enojo
Mi padre, y yo, por antojo,
Pienso que entónces le amé.
Díjome sentidas quejas
De nunca vista pasion,
Y á oirlas le dí ocasion
Por la noche y á mis rejas.
Llamóme luz de su amor,
Hermosa perla oriental
Y azucena virginal
De inmaculada color.
Llamóme, entre cosas mil,
Palma mecida del aire;
Nada olvidó en su donaire
De nácar, oro y marfil.
Oyéndole, sin querer,
Ni bien turbada, ni en calma,
Absorta velaba el alma
Con indeciso placer,
Y blando y fugaz ardor
Turbaba mi pecho inquieto.
Si esto es dolor, yo prometo
Que no me mate el dolor.

MARÍA.

¡Feliz tú!

BLANCA.

Feliz quien halla
Sin tormento tanto bien,
Y quien nunca amó, tambien...
Mas viene mi padre: calla.

## ESCENA II.

DICHOS. EL MARQUÉS DE CENETE. DON ENRIQUE.

MARQUÉS.

Hijas, ¿qué haceis? Todo el pueblo
Corre á la orilla del mar
Á ver llegar las galeras.

BLANCA.

¡María! ¡mira!... es verdad.

MARÍA.

Sin duda vienen de España.

BLANCA.

Nuevas de España traerán.

MARQUÉS.

Y acaso de vuestro padre.

MARÍA.

¡Plegue á Dios!

MARQUÉS.

Muy triste estás
Desde que partió: ¿qué! ¿acaso
Pásaslo en su ausencia mal?

MARÍA.

No; que satisfecha vivo
De vuestra mucha amistad;
Mas ¡ay! que el amor de un padre
No se reemplaza jamas.

DON ENRIQUE.

No espero yo que tan presto
Vuelva á las playas de Orán.

MARÍA.

Eso temo.

BLANCA.

De su ausencia
Yo te sabré consolar.
Y puesto que á mi cuidado
Por él encargada estás,
He de hacer...

MARÍA.

¡Señora mia!
Me humilla tanta bondad.

Yo espero que en breve tiempo
Á quitaros tornará
Tanta y tan dura molestia...
(Y á mí una pena mortal.)

BLANCA. (Aparte á María.)
Si digo que es mal de amores...

MARÍA.
¡No, no, señora! callad...
No lo sepan.

DON ENRIQUE.
(¡Pobre niña!
Mal oculta su pesar.)

BLANCA.
Ven... á la playa salgamos.
Acaso cartas vendrán
Para tí.

MARÍA.
Vamos.

DON ENRIQUE.
Señora...

BLANCA.
Don Enrique, adios quedad.

## ESCENA III.

EL MARQUÉS. DON ENRIQUE.

DON ENRIQUE.
Ya estamos solos, Marqués:
Podeis sin reparo hablar.

MARQUÉS.
Primero, tomad asiento.

DON ENRIQUE.
Bien estoy.

MARQUÉS.
No.

DON ENRIQUE.
Perdonad.

MARQUÉS.
Breve seré, don Enrique,
Pero claro por demas;
Que asuntos de honor requieren
Que se hablen con claridad.

DON ENRIQUE.
¡Asuntos de honor!

MARQUÉS.
Acaso
Os parezca singular
Esto que os digo; mas luégo
Veréis que hay razon de más.
Tengo una hija...

DON ENRIQUE.
Dechado
De pureza y de beldad.

MARQUÉS.
El pareceros tan bien
Me ha parecido á mí mal.
De esto sólo quise hablaros.

DON ENRIQUE.
¿De qué modo?

MARQUÉS.
Voy allá.
¿Que es bella, decis? lo creo.
¿Que es virtuosa ademas?
Tambien es cierto, y con esto
Colmado mi orgullo está.
Pero olvidais que es mi hija,
Y quién yo soy olvidais.

DON ENRIQUE.
¡Yo! ¡qué decis! ¿he podido
Nunca?...

MARQUÉS.
Dejadme acabar.
Mi sangre, de luengos siglos,
Es noble y limpia, sin más
Impureza, ni otra mancha
Que la mancha original.
Jamas se mezcló con sangre
De otra menor calidad,
Ni hubo nunca en mi ascendencia
Judío ni musulman.

DON ENRIQUE.
Os comprendo.

MARQUÉS.
En hora buena.
¿Amais á Blanca?

DON ENRIQUE.
Es verdad.

MARQUÉS.
¿La mereceis?

DON ENRIQUE.
Eso dudo,
Si no es merecer, amar.

MARQUÉS.
No me entendísteis.

DON ENRIQUE.
Mal puedo,
Si mejor no os explicais.

MARQUÉS.
¿Sois noble?

DON ENRIQUE.
Ni áun lo presumo.

MARQUÉS.
¿Eso respondeis?

DON ENRIQUE.
¿Qué más?

MARQUÉS.
En tal caso, ya es preciso
Para haber de contrastar
Ese amor, que yo interponga
De padre la autoridad.

DON ENRIQUE.
Acaso no es imposible
Que fuese mi orígen tal
Como el vuestro, seor Marqués,

Y áun de más alto solar.
Siempre rodeó mi cuna
Misteriosa oscuridad,
Que oculta, segun me dicen,
Algun secreto fatal.
Bien pudiera de ese modo
Algun escudo encontrar
Con tan excelsos cuarteles,
Que insulten vuestra humildad.
Acaso bien puedo hacerlo;
Mas no me agita ese afan;
Que me basta el sér que tengo,
Sin que pretenda ser más.

MARQUÉS.

En buen hora; mas yo os ruego
Que de ese amor desistais,
Si por esta razon no,
Al ménos por mi amistad.
Que os juro que si otro alguno
Que no vos, hiciera tal,
De cierto no suplicara
Con lo que puedo mandar.

DON ENRIQUE.

Pretendeis un imposible.

MARQUÉS.

Fácil hacerlo podrá
La razon; y hacedlo, os ruego,
Pues os brindo con la paz.

DON ENRIQUE.

Yo he de amarla siempre.

MARQUÉS.

Y yo
Lo procuraré estorbar,
Ya que os mostrais mi enemigo.

DON ENRIQUE.

¿Vuestro enemigo! ¡jamas!
¿Qué delito es que yo ame
Lo que vos tambien amais,
Ya que en tan buena armonía
Nuestros afectos están?

MARQUÉS.

Si fuerais noble, os lo diera
Mejor que á un rey: contemplad
Si vuestras prendas me agradan;
Que sois bizarro y galan.

DON ENRIQUE.

No desisto.

MARQUÉS.

Ya seréis
Más cuerdo.

DON ENRIQUE.

Mirad...

MARQUÉS.

Mirad
Que yo puedo...

DON ENRIQUE.

Álguien se acerca.

MARQUÉS.

Quereis guerra, y guerra habrá.

## ESCENA IV.

DICHOS. JUAN DE BILBAO. MARÍA.

MARQUÉS.

¿Quién es?

DON ENRIQUE.

¡Mi padre!

JUAN.

Sí, Enrique...
Dame los brazos.

DON ENRIQUE.

Y el alma.

JUAN.

Seor Marqués...

MARQUÉS.

Muy bien venido.
Tan presto no os aguardaba.

JUAN.

En efecto, yo tampoco
Esperé ventura tanta;
Pero mi buena fortuna
Superó mis esperanzas.

MARQUÉS.

Contento venis.

JUAN.

De suerte,
Que nada á mi dicha falta,
Marqués.

MARQUÉS.

Cuál es vuestra dicha,
Mucho de saber me holgara.

JUAN.

¿Por partir, sin duda alguna,
Mi contento?...

MARQUÉS.

¿Qué otra causa
Pudiera?...

JUAN.

En efecto; pero...

MARQUÉS.

Si es secreta, reservadla.

JUAN.

Es así, y áun es posible
Que esta ventura extremada,
Como es para mí halagüeña,
Fuera para vos amarga.

MARQUÉS.

Entenderos no es posible.
¿Traeis noticias de España?

JUAN.

Muchas hay.

MARQUÉS.

De los rebeldes
¿No disminuye la audacia?

JUAN.
Quiénes los rebeldes son,
Decidme.

MARQUÉS.
¡Pregunta extraña!

JUAN.
Hay opiniones: entre ellos
Todos rebeldes se llaman.

MARQUÉS.
¿Y vos?

JUAN.
Yo soy mercader,
Y el estruendo de las armas
Me asusta.

MARQUÉS.
¿Y los comuneros?
¿Qué es de ellos? ¿en dónde se hallan?

JUAN.
En todas partes.

MARQUÉS.
¿Progresa
La rebelion?

JUAN.
¡Ahí es nada!
Pues si ésos son los rebeldes,
Ya es rebelde toda España.

MARQUÉS.
¡Qué decis!

MARÍA.
¡Padre!

JUAN.
Los pueblos
Unos tras otros levantan
La voz, y Murcia y Valencia
(Mirando á don Enrique.)
Quedan tambien sublevadas.

DON ENRIQUE.
(¡Murcia y Valencia!)

MARQUÉS.
Y vos mismo
Venis de allí.

JUAN.
Dos semanas
Hace ya que abandoné
Con mi galera sus aguas.

MARQUÉS.
Y os encontrásteis...

JUAN.
Sin duda.
¡Buen dia!

MARQUÉS.
Sí, alguna banda
De miserables.

JUAN.
El pueblo...
Lo que vos decis *canalla*.

MARQUÉS.
Y vos en tanto...

JUAN.
Tambien,
Como todos... cosa es clara.
Si ellos corrian, corria;
Si ellos gritaban, gritaba;
Mas sin intencion.

MARQUÉS.
Y muchos,
Tambien como vos, sin causa,
Sin intencion, alimentan
De la sedicion la llama.

JUAN.
¡Oh! sí... muchos como yo,
De cierto.

MARQUÉS.
Y yo no dudara
En castigarlos.

JUAN.
¿Así?

MARQUÉS.
Pues ¿no hallais razon sobrada?

JUAN.
Ni hallo razon, ni quien pueda
Hacer eso.

DON ENRIQUE.
Basta, basta,
Señor.

MARQUÉS.
Adios, don Enrique.
Vuestro padre hace muy brava
Mercancía: Dios le guarde
De que en otras manos caiga.

JUAN.
Mercader soy; mas sabed
Que tengo tambien espada,
Y ésa está siempre, Marqués,
Á vuestro servicio.

MARQUÉS.
Gracias.
Alguna vez probaremos
Adónde la punta alcanza.
(Orgullo trae, por mi vida.) (Vase.)

JUAN.
(Poco este Marqués me agrada.)
Déjanos solos. (Á María.)

MARÍA.
¡Tan presto!...

JUAN.
Disponte para la marcha.

## ESCENA V.

JUAN. DON ENRIQUE.

DON ENRIQUE.
Hablad, hablad... ¿qué nuevas?...

JUAN.
Más felices
De lo que yo esperé.

DON ENRIQUE.
¡Cómo!

JUAN.

En Valencia
Alzado está el pendon, y ya es precisa
En medio de las huestes tu presencia.

DON ENRIQUE.

¡No eran vanas, señor, tus esperanzas!

JUAN.

No, su jefe serás.

DON ENRIQUE.

Mas ¿de qué modo,
Con qué título? di.

JUAN.

Nada te importa,
Si el logro así de tu ambicion alcanzas.

DON ENRIQUE.

¡Oh! perdonad...

JUAN.

Silencio, don Enrique.

DON ENRIQUE.

Á comprender no alcanzo mi fortuna.
Si ellos supiesen por desgracia...

JUAN.

Todo.

DON ENRIQUE.

La oscuridad dudosa de mi cuna...

JUAN.

Nada ignoran, Enrique.

DON ENRIQUE.

De ese modo,
Ejerceis en sus almas grande imperio.

JUAN.

Sí.

DON ENRIQUE.

¡Nada más! hablad y una vez sola
Deponed ese lúgubre misterio...

JUAN.

Áun no es posible.—¿Partiréis mañana?

DON ENRIQUE.

Hoy mismo, si quereis.

JUAN.

¡Gracias al cielo!

DON ENRIQUE.

¿Qué decis?

JUAN.

¿No era cierto que en mi ausencia
Érais presa infeliz de una hermosura?

DON ENRIQUE.

No lo quiso jamas mi desventura.

JUAN.

¿No amais á Blanca?

DON ENRIQUE.

No; que amar no sabe
Quien se alimenta de esperanzas locas:
Donde cabe ambicion, amor no cabe.

JUAN.

En buen hora,.. al instante partiremos.
Ese pliego recibe, en que te envía
Por medio de sus Treces
Toda su autoridad la Germanía.

DON ENRIQUE.

¡Su autoridad!

JUAN.

Mas piensa que esta lucha
Á prueba va á poner de mil peligros
Tu constancia y valor. Siglos eternos
Acaso va á durar, y el que sucumba,
¡Feliz si encuentra quien piadoso le abra
En las montañas ignorada tumba!
Ni tregua ni descanso: una vez puesto
En los campos el pié, ya no hay más senda,
Sino seguir el áspero camino
Lanzado en el sangriento torbellino.
Caer ó derribar; ser el primero
En esta horrible y desigual pelea.
Sea deshonrado el que en la lid cejare,
Y el que fuere traidor, maldito sea.
Dado el ejemplo está: la España toda
Vuelve de ese letargo que la humilla,
Y arroja el grito poderoso y fuerte
Despertando á los pueblos de Castilla.
Mas no duermen en tanto las legiones
De la hueste real: con sangre y fuego
A Medina del Campo han debelado,
Y allí de su barbarie y de su encono,
Si no de su valor, ejemplo han dado.
España lo miró, y alzó la frente
Al horrible clamor de la matanza,
Y con tremenda voz seca y rugiente
Sus soldados convoca á la venganza.
Desesperada así como leona
Que de sus hijos el estrago advierte,
Se alza terrible y su furor pregona
Con alaridos de venganza y muerte.

DON ENRIQUE.

Sí, quedará vengada.

JUAN.

Así te quiero,
Alentado y valiente: la partida
Voy luégo á disponer.

DON ENRIQUE.

Haz como quieras...
Tuya es mi voluntad, tuya es mi vida.

## ESCENA VI.

DON ENRIQUE. Luégo EL MARQUÉS.

DON ENRIQUE.

¡Ambiciosos deseos, ya ha llegado
El momento feliz!... ¿por qué te agitas,
Inquieto corazon, que áun no comprendo
Si de esperanza ó de temor palpitas?

MARQUÉS.

¿Vos aquí!— Podeis volver
(Hablando hácia dentro.)
Al punto, y sin dilacion

Os daré contestacion.
(No acierto qué pueda ser.)

DON ENRIQUE.

¿Estais ocupado?

MARQUÉS.

Sí.

DON ENRIQUE.

Os pido vuestra licencia.

MARQUÉS.

¿Cuándo fué vuestra presencia
Sino grata para mí?
Es un pliego...

DON ENRIQUE.

Vedlo os ruego.
¡Casualidad es por Dios!

MARQUÉS.

¿Qué es ello?

DON ENRIQUE.

Que como vos,
He recibido otro pliego.

MARQUÉS.

Veamos.

DON ENRIQUE.

Veamos, pues:
Puede que el papel lo explique.
(Leen para sí un momento.)

MARQUÉS.

Grave asunto es, don Enrique.

DON ENRIQUE.

Asunto es grave, Marqués.

MARQUÉS.

En grande peligro estamos.

DON ENRIQUE.

Sin duda.

MARQUÉS.

Mas no me aterra.
Habrá guerra.

DON ENRIQUE.

Mas ¡qué guerra!

MARQUÉS.

Veamos qué os dicen.

DON ENRIQUE.

Veamos.

MARQUÉS. (Lee.)

La nacion está agitada
De mil sangrientos horrores...

DON ENRIQUE. (Lee.)

Presa España de traidores,
Y por ellos desgarrada...

MARQUÉS. (Lee.)

Ya es fuerza que se reprima
Tanto escándalo y furor.

DON ENRIQUE.

Apela triste al valor
Que nuestros pechos anima.
(Se miran un momento estupefactos.)

MARQUÉS.

Para calmar el espanto
Que infunde la rebelion...

DON ENRIQUE.

Ya hemos alzado el pendon
De la guerra, y por lo tanto...

MARQUÉS.

Importa vuestra presencia
Porque las huestes mandeis
De Valencia.

DON ENRIQUE.

Vos seréis
Nuestro caudillo en Valencia.

MARQUÉS.

¿Eso dice?

DON ENRIQUE.

Año de mil
Quinientos veinte: ya veis.

MARQUÉS.

Mas la fecha...

DON ENRIQUE.

Abril y seis.

MARQUÉS.

Cabales: á seis de Abril.

DON ENRIQUE.

¡Es raro! mirad al punto (Con ironía.)
Quién firma.

MARQUÉS.

De propia mano
Firma el Cárdenal Adriano.

DON ENRIQUE.

Ese es ya distinto asunto.

MARQUÉS.

¿No es el mismo?

DON ENRIQUE.

No, á fe mia.

MARQUÉS.

¿Pues quién?

DON ENRIQUE.

Mirad. (Mostrándole el pliego.)

MARQUÉS.

¡Infeliz!

DON ENRIQUE.

Juan Périz... y Vicente Ruiz...
Treces de la Germanía.

MARQUÉS.

¡Vos jefe de la faccion,
Y en trato con tales hombres!

DON ENRIQUE.

¿No os parecen bellos nombres,
Porque de hidalgos no son?

MARQUÉS.

Decidme, y ¿contestaréis?

DON ENRIQUE.

¿Contestaréis vos?

MARQUÉS.

Pues ¿no?

Y ¿vos tambien?

DON ENRIQUE.

Tambien yo.

MARQUÉS.

¿Iréis allá?

DON ENRIQUE.

Y vos ¿iréis?

MARQUÉS.

¿Que si iré, me decis? ¿quién
Lo duda, si español soy?

DON ENRIQUE.

Pues yo, Marqués, tambien voy,
Porque español soy tambien.

MARQUÉS.

Por voz de sus consejeros
Así me lo manda el Rey.

DON ENRIQUE.

Yo sirvo en esto á la ley
Por voz de los comuneros.

MARQUÉS.

Guárdeme de tal error
El cielo.

DON ENRIQUE.

¿Error! ¡pesia tal!

MARQUÉS.

Yo á mi patria soy leal.

DON ENRIQUE.

¿La soy yo acaso traidor?

MARQUÉS.

¿Qué será quien entre hermanos
Atiza sangrienta lid?

DON ENRIQUE.

Que no lo son, advertid,
Los siervos y los tiranos.

MARQUÉS.

Las razones, no lo son,
Disculpando una perfidia.

DON ENRIQUE.

El que por su patria lidia,
Nunca lidia sin razon.

MARQUÉS.

Mirad que tengo de aborcaros,
Aunque pese á mi amistad,
Si os he á las manos.

DON ENRIQUE.

Mirad
Que haréis muy bien en guardaros;
Que aunque le pese al amor
Que há ya tiempo que os profeso,
He de hacer...

MARQUÉS.

¿Qué?

DON ENRIQUE.

Tambien eso:
Colgaros como á traidor.

MARQUÉS.

¡Yo traidor! ¿hay tal baldon?

DON ENRIQUE.

Si yo venzo, así será;
Y si vos venceis, no habrá
Quien os quite la razon.
¡Esto sin que perjudique
Á nuestra amistad, Marqués!

MARQUÉS.

¡Eso, jamas!

DON ENRIQUE.

Esta es
Mi mano.

MARQUÉS.

Adios, don Enrique.

### ESCENA VII.

(En el momento en que don Enrique entra por la segunda puerta de la derecha, se acerca el Marqués á una mesa, toca una campanilla, y escribe. El Capitan Vargas sale por la segunda puerta de la izquierda.)

EL MARQUÉS. EL CAPITAN.

MARQUÉS.

¡Mucho pica de arrogante!
¡Vargas! en prision poned
Á esos hombres, y entended
Que esto ha de ser al instante.

CAPITAN.

¡Juan de Bilbao!...

(En este instante va á salir María por la primera puerta de la derecha, y al oir el nombre de su padre, se detiene y escucha.)

MARQUÉS.

¿Qué esperais?

CAPITAN.

¡Y don Enrique!

MARÍA.

(¡Gran Dios!)

MARQUÉS.

Muertos ó vivos, los dos
Al momento asegurais.

(El Marqués se va por la primera puerta de la izquierda, y el Capitan se dirige á la de la habitacion donde entró don Enrique. María sale.)

### ESCENA VIII.

MARÍA. EL CAPITAN. Luégo JUAN DE BILBAO y DON ENRIQUE.

CAPITAN.

Así lo haré.

MARÍA.

¡Capitan!

CAPITAN.

¿Señora?

MARÍA.
Hablaros quisiera
Mi padre.
CAPITAN.
¿Sí?
MARÍA.
Y os espera...
CAPITAN.
¿Y Enrique?
MARÍA.
Los dos están...
CAPITAN.
¿Dónde?
MARÍA.
En mi aposento.
CAPITAN.
Bien.

(Entra el Capitan en la habitacion de María: ésta cierra inmediatamente la puerta, echando una llave. Juan de Bilbao y don Enrique salen.)

MARÍA.
¡Enrique! ¡padre! ¡infelices!
¡Os van á prender!
JUAN.
¿Qué dices!
Ya es tarde para eso... ven.

(La toma de la mano y se dirigen á la segunda puerta de la izquierda. Se oyen golpes en la habitacion de María.)

# ACTO SEGUNDO.

Sala en la casa-ayuntamiento de Valencia. En el fondo, ventanas que dan á una plaza.

## ESCENA PRIMERA.

JUAN DE BILBAO. MARÍA.

JUAN.
¿Qué tienes? ¿por qué suspiras?
MARÍA.
Dejadme, señor.
JUAN.
No á fe;
Que, por mi vida, no sé
Si padeces ó deliras.
De un hondo dolor extremo
Es presa tu corazon,
Ó de ciega inclinacion
Que áun imaginada temo.
Habla.
MARÍA.
¡Jamas! ¡imposible!
Adivinadlo en buen hora;
Pero el mal que me devora
Es, ¡oh padre! inextinguible.
Son dolores, que aquí están
Alimentados de engaños,
Y cuentan ya largos años
De lento y perpétuo afan.
¡Perdon!
JUAN.
Cumplido así advierto
Lo que yo me presumí.
¡Amor! ¡pobre niña!
MARÍA.
Sí...
Ese es mi dolor, de cierto.
JUAN.
Pero ¿á quién!...
MARÍA.
¡Oh! yo le amé
Como á un hermano, señor,
Y él me pagaba este amor,
Miéntras puro y santo fué.
JUAN.
¡Tambien te amaba!
MARÍA.
Mas luégo
Que con doliente martirio
Se hizo el afecto, delirio,
Y el blando ardor se hizo fuego,
Entónces ¡ay! se olvidó
De María, y desleal,
De nuestro amor fraternal
El frágil lazo rompió.
JUAN.
¡Triste de tí! Borra, olvida,
Hija amada, de ese hombre
Hasta el recuerdo y el nombre.
MARÍA.
¿Cómo, sin perder la vida!
Tanto querer no se mide,
Ni apaga de tal manera:
Mandad, si quereis, que muera;
Mas no me mandeis que olvide.
Si reprobais mi pasion,
Si quereis darme la muerte,
Árbitro sois de mi suerte;
Mas no de mi corazon.
JUAN.
¿Oprimirte yo! ¿Qué estás
Diciendo!
MARÍA.
¡Padre!
JUAN.
¡María!
¡Tú, que eres la vida mia,
Morir opresa!... jamas.
Mas siento que tu hermosura
Se marchite y pierda así
Por un ciego frenesí,
Que ha de hacer tu desventura.
No puedo decirte yo

La razon que á esto me obliga;
Que hay peligro en que lo diga.

MARÍA.

No quiero saberlo, no.
Bástame saber de hoy más,
En mi desdicha insufrible,
Que este amor es imposible.

JUAN.

Así sólo acertarás.
Mas... serénate...

MARÍA.

Por vos
Ahogaré en mi pecho el llanto.

JUAN.

Bien... hija... y procura en tanto
Olvidarle... ¡adios!

MARÍA.

Adios.

## ESCENA II.

MARÍA. Despues DON ENRIQUE.

MARÍA.

¡Imposible! eso creia...
Acaso, por su fortuna
Hijo de más alta cuna,
Afrenta la humildad mia.
Yo lo debí conocer,
Y debí olvidarle yo;
Pero el amor me cegó;
Que soy amante y mujer.

DON ENRIQUE.

¡Hermana! ya en nuestras frentes
Brilla de la patria el sol,
Dicha por que tanto tiempo
Tu corazon suspiró.
Así tornará á tu rostro
De las rosas el color,
Que en las playas africanas
El sol ardiente apagó.
¡Cuántas veces anhelabas
En su desierta region
Ver de tu suelo querido
Una memoria, una flor!
¿No respondes?

MARÍA.

No te niego
Que late en mi corazon
El amor de nuestras flores
Y de mi patria el amor.
Ni en otra parte hay placeres
Para el que aquí ya nació,
Ni hay para mí hermoso cielo
Como mi cielo español.
Mas...

DON ENRIQUE.

¿Qué te detiene?

MARÍA.

¡Nada!...
¿Eres feliz?

DON ENRIQUE.

¡Sí lo soy!

MARÍA.

¿No te atormentan recuerdos?

DON ENRIQUE.

¿De qué?

MARÍA.

¿No lo sabes? ¡oh!

DON ENRIQUE.

¿Celos?

MARÍA.

¿Quién habla de celos?
(Bien lo aciertas... ¡celos son!)

DON ENRIQUE.

Nunca viví de recuerdos:
De esperanzas es mejor.

MARÍA.

Ya lo sé: jefe del pueblo
En esta lucha feroz,
Cumplido está tu deseo,
Satisfecha tu ambicion.

DON ENRIQUE.

Sí, María.

MARÍA.

Acaso en breve,
Coronando tu valor
La fortuna, triunfarás
De tu oscura condicion.
Serás noble, serás grande,
Miéntras olvidada yo,
En la nada de mi orígen
Viviré con mi dolor.

DON ENRIQUE.

¿Tú padeces?

MARÍA.

¿No lo sabes!

DON ENRIQUE.

Cuéntame tus penas.

MARÍA.

No.

DON ENRIQUE.

¿Por qué?

MARÍA.

No puedes saberlo.
¡Tú!... no.

DON ENRIQUE.

¿Quién con más razon?
¿No soy tu hermano?

MARÍA.

No sé,
Ni yo misma sé quién soy.
(Enrique la toma una mano.)
¿Qué haceis?

DON ENRIQUE.

¿Tú me amas, María?

MARÍA.

¿Y el parentesco, señor?

DON ENRIQUE.
¡Si es de hermano este cariño!

MARÍA.
(¿Quién ese poder te dió,
Hombre, que áun así burlando
Me robas el corazon!)
¡Dejadme!

DON ENRIQUE.
Dime, si acaso
No te contenta mi amor.

MARÍA.
Acaso lo has acertado.

DON ENRIQUE.
Confiésalo.

MARÍA.
¿Por qué no?
Más amante te quisiera.

DON ENRIQUE.
¿Cómo, si tu hermano soy!

MARÍA.
¡Eso; apurad el hermano!...
Dejadme, hermano, con Dios.

DON ENRIQUE.
(¿Por qué esa ciega ternura
Mi alma tambien no sintió?)

MARÍA.
(¿Por qué atormentas mi pecho,
Mal pagada inclinacion? (Vase.)

## ESCENA III.

DON ENRIQUE.

No es posible, no: en mi pecho
Ya no cabe otra pasion...
Orgulloso y satisfecho
Áun basta apénas, estrecho,
Para abrigar mi ambicion.
Y así, desdichada, llora
Tu mal pagado querer,
Que concebiste en mal hora,
Miéntras mi pecho devora
La esperanza de otro sér.
Que yo otra dicha ambiciono
Que alimenta mi osadía,
Al ver en tal abandono
Desierto el altivo trono
De una vasta monarquía.
¡Dichoso el que audaz concibe
Tanto anhelo, y cuanto quiere
Osado en su mente escribe,
Y consiguiéndolo, vive,
Ó procurándolo, muere!
Esclavo de un pensamiento
Que me atosiga importuno
Con sublime atrevimiento,
No hay medio para mí alguno
Entre muerte ó vencimiento.
Si humilde es mi condicion,
Pobre y oscuro mi nombre,
No importa, ciega ambicion:
La suerte esclava es del hombre,
Y el hombre, del corazon.
Ea, valor, á alcanzar
Esta dicha que ambiciono...
Á morir, ó á derribar;
Que no me importa jugar
Esta vida por un trono.

## ESCENA IV.

DON ENRIQUE. JUAN DE BILBAO.

JUAN.
Un parlamento enemigo
De llegar acaba al muro
Para hablarte sin testigo,
Y pide guarda y seguro.
Respóndeme qué le digo.

DON ENRIQUE.
Pienso que por le escuchar
Nada nuestra causa pierde;
Ántes bien pienso mostrar
Que no hay pacto en que concuerde
Sino en morir ó matar.

JUAN.
Sea así, por más que intente
Con doradas intenciones
Ganar tu pecho valiente:
Hazle ver que no consiente
Promesas ni condiciones.
Que si pactos de un tirano
Nos ofrece, vano es ya,
Y sus leyes son en vano:
Con las armas en la mano,
Valencia se las dará.
Entre muerte ó deshonor,
La muerte elegir no dude
Un momento tu valor...
Por lo demas, Dios ayude
De las causas la mejor.

## ESCENA V.

DON ENRIQUE. Despues EL MARQUÉS DE CENETE, conducido por JUAN DE BILBAO, quien se retira al momento que le introduce.

DON ENRIQUE.
No temas que me deslumbren
Promesas, si ya no es
Que mi anhelo satisfacen
Trocando en otro mi sér.

MARQUÉS.
¿Hemos llegado?

JUAN.
Acercaos...
Ya descubriros podeis. (Vase.)

MARQUÉS.
¿Sois vos, Enrique?

DON ENRIQUE.
¡Qué veo!

MARQUÉS.
¿De qué os admirais?

DON ENRIQUE.
¡Marqués!

MARQUÉS.
¿Quereis un punto escucharme,
Don Enrique?

DON ENRIQUE.
Sí querré.

MARQUÉS.
Dócil os busco.

DON ENRIQUE.
Veamos.

MARQUÉS.
Á haceros vengo merced.

DON ENRIQUE.
Eso es preciso.

MARQUÉS.
Decidme
Cuál vuestra esperanza fué
Al aceptar este cargo...
Si de honor ó de interes.

DON ENRIQUE.
¿Pensais que á tan dura lucha,
Sin ambicion me lancé,
Por sólo efímeras glorias?
No es tanta mi insensatez.
¡Oh! no... ya que al fin es fuerza
Que me debais conocer,
Dejemos vanas palabras,
Que nada dicen, Marqués.
Nací de orígen oscuro;
Por lo demas, nada sé,
Sino que alienta en mi pecho
De un monarca la altivez.
El pueblo alzó una bandera,
Otra se alzó por el Rey,
Y yo, que nada tenía,
Me decidí por aquel.

MARQUÉS.
No hallais entre un rey y un pueblo
Gran diferencia.

DON ENRIQUE.
Así es:
Uno lidia por ganar,
Y el otro por no perder.

MARQUÉS.
Un rey es Dios en la tierra;
Que la imágen de Dios es.

DON ENRIQUE.
Eso es lo que los rebeldes
No queremos comprender.

MARQUÉS.
¿Es decir que en vuestro pecho
No cabe razon ni ley,
Ni más que ese vano orgullo,
Que no acierto á comprender!

DON ENRIQUE.
Nada más.

MARQUÉS.
¿Ni sabeis nada
De á cuánto un vasallo fiel
Por su rey está obligado!

DON ENRIQUE.
En efecto, nada sé.

MARQUÉS.
Pues yo, don Enrique, puedo
Hacéroslo conocer.

DON ENRIQUE.
¿Cómo?

MARQUÉS.
Castigando aleves.

DON ENRIQUE. (Con calma.)
Si eso os agrada, sea pues.

MARQUÉS. (Reprimiéndose.)
Si la ambicion os instiga
Con abrasadora sed
De riquezas y de honores,
Todo eso y más os daré.

DON ENRIQUE.
¿Vos?

MARQUÉS.
Sin duda.

DON ENRIQUE.
Y para eso,
Decidme, ¿qué debo hacer?

MARQUÉS.
¿He de hablaros sin rebozo?

DON ENRIQUE.
Se entiende.

MARQUÉS.
Y ¿vacilaréis?

DON ENRIQUE.
Hablad.

MARQUÉS.
De vuestros errores
Al Rey sacrificio haced.

DON ENRIQUE.
¿Cómo?

MARQUÉS.
Pidiendo sumiso
Perdon de vuestra altivez.

DON ENRIQUE.
¿Tal decis! Yo, que soberbio
Grande como él me juzgué,

¡Mendigara su clemencia,
Arrastrándome á sus piés!

MARQUÉS.

No se humilla quien conoce
Su incontrastable poder;
Que si es noble la osadía,
La locura no lo es.

DON ENRIQUE.

Y ¿qué más?

MARQUÉS.

¿No sois el jefe
De esa faccion?

DON ENRIQUE.

Cierto... ¿y bien?

MARQUÉS.

Entregádmela.

DON ENRIQUE.

¡Un perjurio!
¡Capaz yo de tal doblez!

MARQUÉS.

Dejad escrúpulos necios.

DON ENRIQUE.

¿Y la prometida fe?

MARQUÉS.

¿Lo haréis? sí ó no.

DON ENRIQUE.

Perdonadme;
Pero...

MARQUÉS.

Sí ó no: responded.

DON ENRIQUE.

¡Una traicion!...

MARQUÉS.

Que lealtad
Puede llamarse tambien.

DON ENRIQUE.

¿Que el Rey me hará grande y noble?

MARQUÉS.

El segundo despues de él.

DON ENRIQUE.

(¿Por qué he de ser el segundo,
Si puedo el primero ser?)

MARQUÉS.

Mirad bien lo que os importa,
Y respondedme.

DON ENRIQUE.

Eso haré.

MARQUÉS.

Dadme vuestra mano, Enrique.

DON ENRIQUE.

Señor...

MARQUÉS.

Adios, y entended
Que mucho os amo.

DON ENRIQUE.

Eso creo.

MARQUÉS.

¡Silencio! es el mercader.

## ESCENA VI.

JUAN DE BILBAO aparece en el fondo: DON ENRIQUE y EL MARQUÉS fingen no haberle visto.

DON ENRIQUE.

¡Marqués! á quien os envía,
Decidle que en vano es
Querer que necios rompamos
La ya proclamada ley.
La muerte es nuestro refugio;
Nuestra divisa, vencer...

MARQUÉS.

Mas, si contra esa esperanza
Fueseis vencidos, ¿qué haréis?

DON ENRIQUE.

Morir; que no nos obliga
Á hacer más, nuestro deber.

MARQUÉS.

El cielo castigará
Vuestra loca insensatez.

DON ENRIQUE.

Su voluntad es suprema,
Y á él apelamos tambien.

MARQUÉS.

Ea, á probar esos brios:
Aprestad lanza y broquel;
Que yo os espero en el campo.

DON ENRIQUE.

Yo en el campo os buscaré.

## ESCENA VII.

JUAN DE BILBAO. ENRIQUE.

JUAN.

Bien respondiste.

DON ENRIQUE.

Esperad...
¿Qué es eso?

JUAN.

El pueblo, que espera
Á verte, con ansiedad.

DON ENRIQUE.

¡Perspectiva lisonjera,
Padre mio! ¿no es verdad?

## ESCENA VIII.

DICHOS. JUAN PÉRIZ. VICENTE RUIZ y DEMAS TRECES de la Germanía, y LAS HERMANDADES de los gremios de artesanos, con sus pendones respectivos.

(Estos pendones son de damasco carmesí, á excepcion de los que llevan los sogueros, que son verdes. Las costuras de las telas están cubiertas de galones de oro y plata: cordones y cintas de todos colores cuelgan desde el extremo superior del asta, donde está colocada la imágen que cada hermandad particularmente venera. Llevan escudos colocados en el centro de la tela, en el que están bordadas las herramientas del oficio á que corresponden, como v. gr., en el de los carpinteros, el cepillo, la sierra, el escoplo, martillo, etc.; en el de los zapateros, las hormas, leznas, zapatos, etc., y así de los demas. Las efigies que en el asta

llevan, son: en el oficio de horneros, el Salvador del mundo y el Hijo de Dios, el primero por los maestros y el segundo por los oficiales. Los maestros de carpintero á san José, y los oficiales al Hijo de Dios, puesto de piés sobre un globo que representa al mundo. Los sastres, á san Vicente mártir. Los zapateros, á san Crispin y san Crispiniano. Los curtidores, un leon que lleva en sus manos una cruz. Los sogueros, á san Juan Bautista. Los pelaires, á la Trinidad, etc. Cuando han entrado en el teatro, todos, á una señal de Juan de Bilbao, se arrodillan, y los estandartes se inclinan, quedando en medio el de los horneros, que lleva á su extremo al Salvador del mundo.)

JUAN.

¡Oh, divino Salvador,
Que, de tu hechura apiadado,
Bajaste por nuestro amor
Á redimirnos, señor,
De las garras del pecado!
Vuelve á la tierra tus ojos,
Donde, errante peregrino,
Cruzaste con mil enojos
Entre punzantes abrojos
Que cubrieron tu camino.
Vuelve los ojos, y mira
Á ese mundo que delira,
Por quien la muerte sufriste,
Sumergido en noche triste
De escándalo y de mentira.
Que los fuertes se ayuntaron,
Y, cual á tí, sin piedad
Los débiles maniataron,
Y con hierros humillaron
Del hombre la dignidad.
Esos, los que fuertes son,
Son de la tierra los reyes;
Esos, con ciega ambicion,
Dieron, al dictar sus leyes,
Su voluntad por razon.
Por eso con tal braveza
La lucha terrible empieza...
Por esa santa igualdad
Que honraste con tu pobreza,
Que predicó tu humildad.

TODOS.

Sí, sí.

(Se levantan.)

JUAN.

Ved aquí presente
El que á esta lucha fatal
Vuestro noble esfuerzo aliente,
Tan firme como valiente,
Como valiente, leal.
Yo, que de vos merecí
Tanto amor y confianza,
Yo vuestro poder le dí,
Porque en él mejor que en mí
Se ponga vuestra esperanza.
No por eso he renunciado,
Por inconstancia ó temor,
De la batalla el cuidado;
Ántes bien, seré soldado,
Por así lidiar mejor.
Él fuerte azote será,
Que á las huestes enemigas
La soberbia humillará,
Y el peligro y las fatigas
Con vosotros partirá.
Mas si quiere el hado impío
Quebrantar nuestro valor,
No doblará su albedrío
Al tirano poderío
Del contrario vencedor.
¡Doblar la frente, jamas!...
Hijo es mio, y yo bien sé
Su valor.

VICENTE.

No digas más:
Para merecer mi fe,
Basta que tú nos le das.
Á todas partes iremos
Obedientes en pos de él;
Y, muramos ó triunfemos,
Á su lado partiremos
La muerte como el laurel.
Y así, de obediencia quiero
Al punto el ejemplo dar,
Porque siempre ser prefiero
En la obediencia el primero,
Y el primero en pelear.

DON ENRIQUE.

Noble Rüiz, muy bien sé
Cuánto celebra Valencia
La constancia de tu fe,
Y así, de tí aceptaré
El primero la obediencia.

VICENTE.

Eso juro: hacienda y vida
Te consagro: esto te ofrezco
Con voluntad sin medida,
Y mi ventura es cumplida,
Si darlas por tí merezco.

JUAN.

Y todos tambien juramos
Vida y hacienda perder
Por la causa que abrazamos.

TODOS.

Todos, sí.

(Un clarin suena léjos.)

DON ENRIQUE.

Callad: veamos
Qué puede este anuncio ser.

## ESCENA IX.

Los MISMOS y UN AGERMANADO.

AGERMANADO.

¡El enemigo!

TODOS.

¡Sús!

DON ENRIQUE.

Por vida mia,
Que al vernos temblarán. ¡Hijos del Cid!
Llegó por fin el tenebroso dia
De que comience la sangrienta lid.

Es fuerza ya: la dignidad ajada
De esta grande y magnífica nacion
Fuerza es vengar: dejémosla vengada
Con sangre del oculto corazon.

Ignota gente de nacion extraña,
Sin ley ni Dios, sin religion ni fe,
Hicieron presa de la hermosa España,
Sobre sus fueros asentando el pié.

¡Así olvidaron su pasada gloria,
Sus guerras contra el fiero musulman,
En que premió mil veces la victoria
Sus siete siglos de continuo afan!

Siete siglos luchando desgarrada,
Su santa independencia disputó:
La sangre de sus venas derramada
Al fin su independencia aseguró.

Y esos, que su virtud purificaron
De dura lid en el fatal crisol,
¿Para tanta vergüenza nos legaron
El vasto mundo donde muere el sol!

No, no... Juremos de la triste España
La independencia osados defender,
Y por ella arrostrar la altiva saña
De los que insultan hoy nuestro poder.

Y el que perjuro por su mal entienda
El alto juramento quebrantar,
El que tan noble causa, infame venda,
Víctima muera en su sagrado altar.

Muera el cobarde que insensato crea
Comprar su bien á costa de su honor,
Y traidor á su patria tambien sea
Quien el castigo evite del traidor.

TODOS.

Lo juramos.

DON ENRIQUE.

Así: muerte y afrenta
(Suena el clarin.)
Á quien lo olvide. ¡Sús! ¡hijos del Cid!
Ya nos demandan á la lid sangrienta...
Las matadoras armas prevenid.

TODOS.

¡Santiago y libertad!

DON ENRIQUE.

Con tales brios,
¿Quién la victoria duda? el grito alzad,
Y otra vez repetid, valientes mios,
Con ese ardor...

TODOS Y DON ENRIQUE.

¡Santiago y libertad!

(Vanse todos en tumulto, esgrimiendo las armas.)

---

# ACTO TERCERO.

Sala de una cárcel en Játiva.

## ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS. DON ENRIQUE.

MARQUÉS.

Es fuerza que os consoleis.

DON ENRIQUE.

No es posible, ni es bastante
Todo el valor de mi pecho
Á soportar tal ultraje.

MARQUÉS.

Mal lo entendeis; que la suerte
No humilla, y ella reparte,
Más que el valor de los hombres,
La victoria en los combates.
Si me ayudó la fortuna,
De la fortuna es desaire;
Que en los proyectos del hombre,
El hombre pone y Dios hace.
Por lo demas, vuestra suerte
No es tal, que deba quejarse,
Pues, huésped más que enemigo,
No es tan horrible la cárcel.

DON ENRIQUE.

Bien lo conozco, y por tanto
Os lo agradezco. No obstante,
Mañana...

MARQUÉS.

De eso no puedo
Daros razon, ni eso es fácil.
Á la junta de Castilla
Sólo compete el exámen
De vuestra causa, y espero
Sus órdenes al instante.

DON ENRIQUE.

La pena...

MARQUÉS.

Será de muerte
Sin duda.

DON ENRIQUE.

Y en ese trance...

MARQUÉS.

Hay un medio.

DON ENRIQUE.

¿Cuál?

MARQUÉS.

Pensar
Que la vida es corta y frágil.

DON ENRIQUE.

El consuelo es como vuestro.
En fin, ¿no podréis salvarme?

MARQUÉS.

¿Eso decis! ¡imposible!

DON ENRIQUE.
¡Que he de morir!

MARQUÉS.
Dios mediante.
Bien os lo dije: el poder
Del Rey es incontrastable...
Padilla, el mismo Padilla,
Murió tambien... Dios le salve.

DON ENRIQUE.
¿Lo sentís?

MARQUÉS.
Era un valiente,
Noble y virtuoso, y nadie,
Ni áun sus propios enemigos,
Insultar deben sus manes.

DON ENRIQUE.
(¡Virtud... tan noble es tu influjo,
Y tu poder es tan grande,
Que vences cuando te vencen,
Y te elevas cuando caes!
¡Alto poder invencible,
Que hasta en la tumba renaces,
Porque humilles mi soberbia,
Porque mi pecho desgarres!...
¡Yo á mi pesar te saludo,
Virtud, bálsamo inefable,
Que yo juzgué en mi locura
Vano fantasma del aire!)

MARQUÉS.
No lo penseis, pues no está
En nuestra mano, y en balde
Es ya el arrepentimiento,
Que ó no viene, ó viene tarde.
Morid, cual murió Padilla,
Como en la lid, arrogante;
Como Bravo y Maldonado,
Fuertes, aunque desleales.
El que así muere, no importa
Cuál causa sostuvo; nadie
Maldi e ni ultraja el nombre
Sino del torpe y cobarde.
No hay delito que en tal hora
No purifique la sangre;
Y así, borrado el delito,
Si hay virtud, allí renace.
Pensad bien esto que os digo,
Que bien contemplarlo vale,
Y dad con valor la vida,
Para que el honor se salve.

DON ENRIQUE.
¡Morir!

## ESCENA II.

DICHOS. EL CAPITAN.

CAPITAN.
En este momento
Para vos un pliego traen,
Que pienso que es de importancia.

MARQUÉS.
¿Dónde está? venga.

CAPITAN.
Tomadle.

DON ENRIQUE.
Solo os dejo.

MARQUÉS.
Adios, Enrique;
Y si es lo que espero...

DON ENRIQUE.
Dadme
La noticia en breve.

MARQUÉS.
Luégo
Iré á veros.

DON ENRIQUE.
Dios os guarde.

## ESCENA III.

EL MARQUÉS. EL CAPITAN.

MARQUÉS.
¿Dicen que es urgente?

CAPITAN.
Sí;
Interesa, á lo que creo.

MARQUÉS.
Ya veremos. Abro y leo.
Esperad vos. Dice así:
(Lee.)
«Los rebeldes han vuelto á tomar las armas despues de su derrota, y se dirigen á esa ciudad con el objeto de poner en libertad á su jefe. Para este fin, segun entiendo, se habrá introducido ya en Játiva el mercader Juan de Bilbao, de cuya persona no dudo os podais apoderar, ya enterado por este aviso.»
(Representa.)
Si tal ventura consigo,
Seré feliz; que ese hombre
Tiene gran valer y nombre,
Y es poderoso enemigo.
No hay duda que hablar querrá
Á don Enrique en secreto.
¿No os parece?...

CAPITAN.
Yo os prometo
Que no lo conseguirá.

MARQUÉS.
Ántes bien, pienso que sí.

CAPITAN.
¿Qué!

MARQUÉS.
Sin que nadie lo advierta,
Oiré por aquella puerta
Todo cuanto se hable aquí.
Y así más fácil tambien
Es sorprenderle.

CAPITAN.

Es verdad.

MARQUÉS.

Á cuantos vengan, dejad
Que entren á hablarle.

CAPITAN.

Está bien.

## ESCENA IV.

EL CAPITAN, luégo DON ENRIQUE.

CAPITAN.

Como dices entrarán;
Y si tu intento adivino,
No será largo el camino
Que para volverse harán.

DON ENRIQUE.

¿Fuése el Marqués?

CAPITAN.

Presto vuelve.

DON ENRIQUE.

Y ¿sabeis dónde fué?

CAPITAN.

No.

DON ENRIQUE.

(¿Si la órden ya recibió,
Y ahora mi muerte resuelve!)
¿No sabeis si era importante
El pliego?

CAPITAN.

Con que sepais
Que no era lo que esperais,
Pienso que sabeis bastante.

DON ENRIQUE.

Decidlo; que no me arredro.
¿Vino de Castilla, pues?

CAPITAN.

Eso no: pienso que es
Una carta de Murviedro.

DON ENRIQUE.

(¡Respiro!)

CAPITAN.

Desde hoy, licencia
Para hablar, vuesarced tiene,
Con todos, miéntras no viene
De Castilla la sentencia.

DON ENRIQUE.

Dad por tan alto favor
Gracias al Marqués; mas veo
Que es inútil.

CAPITAN.

No lo creo.

DON ENRIQUE.

¿Álguien vino?

CAPITAN.

Sí, señor.
Y harto demuestra querer
Á vuesarcé, por mi vida,
Segun está dolorida.

DON ENRIQUE.

¿En verdad! una mujer.

CAPITAN.

Y harto bella.

DON ENRIQUE.

Y ¿cómo pudo
Llegar aquí!... tanto afan
Por mí... Sí, sí: Capitan,
Si es mujer, ya no lo dudo.

CAPITAN.

Eso en mi pobre juicio
Pienso yo.

DON ENRIQUE.

Sí, no os asombre;
Que no es capaz ningun hombre
De tan noble sacrificio;
Que todos ya me olvidaron
Al mirarme entre cadenas,
Y sólo en ella mis penas
Piedad y alivio encontraron.
Tales, tan altos extremos
De amor constante y leal,
Ó los comprendemos mal,
Ó jamas los comprendemos.
Hoy ¿no vino?

CAPITAN.

Creo que sí;
Que no pasa hora ni dia
Que no esté.

DON ENRIQUE.

¡Pobre María!
¡Tanta ternura por mí!
Ved si está, y hacedla entrar,
Ya que el Marqués lo consiente,
Y si álguien viene...

CAPITAN.

Es corriente.

DON ENRIQUE.

Venidme vos á avisar.

## ESCENA V.

DON ENRIQUE, luégo MARÍA.

DON ENRIQUE.

Cuando te llego á mirar
De esa manera afligida,
El alma diera y la vida
Para poderte pagar.

MARÍA.

Él es... ¡Enrique!

DON ENRIQUE.

¡María!
¿Eres tú? ¡cuán demudada!

MARÍA.

¡Te veo al fin!

DON ENRIQUE.

¡Desdichada!...
Y toda la culpa es mia.

MARÍA.

¡Oh! ¡tanto tiempo sin verte,
Sin llorar contigo!

DON ENRIQUE.

Sí...
Pero ahora... ya estás aquí,
Para que llores mi muerte.

MARÍA.

¿Qué dices!

DON ENRIQUE.

¿No sabes ya
Mi crímen?

MARÍA.

¿Hay más dolores!

DON ENRIQUE.

Pero mi suerte no llores...
¿Cuál más dichosa será?
Mi frente se ostenta sola
Entre todas, atrevida,
De los mártires, ceñida
Con la brillante aureola.
Morir así, no es morir;
Que en la miseria del hombre
No hay más vida que su nombre,
Y mi nombre ha de vivir.

MARÍA.

Y á mí, ¿qué me importan, dime,
Tus glorias ni tu ambicion,
Ni esa vana ostentacion
De tu martirio sublime!
La ilusion de una mujer
Tanto heroismo no entiende,
Ni más ventura comprende
Que en el amor y el placer.
¡Gloria, honor!... no, Enrique, yo
No quiero más que tu vida;
Vivir contigo, perdida,
Loca, pero sola no.

DON ENRIQUE.

¿Qué dices!

MARÍA.

¡Oh! la verdad.
Morir así... eso es terrible.

DON ENRIQUE.

Mas ¿cómo!...

MARÍA.

¡Qué! ¿no es posible,
De hoy más, la felicidad?

DON ENRIQUE.

Te engaña tu confianza.

MARÍA.

No... yo sé que hay quien entiende
Salvarte, y que lo pretende
Con esta sola esperanza.

DON ENRIQUE.

¿Es cierto?

MARÍA.

Sí; mas no puedo
Explicártelo.

DON ENRIQUE.

¿Por qué?...

MARÍA.

Temo...

DON ENRIQUE.

¿Qué temes?

MARÍA.

No sé ..
Tengo á mis palabras miedo.
Sé que callarlo conviene,
Y que mal hice en hablar;
Que el bien no se ha de aguardar,
Y aguardado, tarde viene;
Mas no puedo resistir
Á mi anhelo.

DON ENRIQUE.

Bien hiciste;
Que así mi existencia triste
Has venido á redimir.

MARÍA.

Mas para haber de lograr
Esta ventura, entre tanto,
¡Cuánto de afanes y cuánto
Sufrí de triste esperar!
Lloré, supliqué, ofrecí,
Y todo en vano: esas puertas,
Siempre al infortunio abiertas,
No se abrieron para mí.
Sola yo con tu memoria,
Noches y dias pasé,
Y tanto afan soporté
Por conseguir esta gloria.
Así en mi pecho nacia,
Entre temor y confianza,
Cada noche una esperanza,
Y un tormento cada dia.

DON ENRIQUE.

¿Quién creyera que es posible
De tal manera vivir,
Con fuerzas para sufrir
Ese afan inextinguible!
¿Que ese blando corazon
De frágil naturaleza
Capaz fuera en su flaqueza
De tanta resignacion?

MARÍA. (Con amargura.)

¿Temiste tú que este sér,
Que un cuerpo débil abriga,
Sucumbiese en la fatiga,
Subyugado al padecer?

¿Piensas tú que no hay valor
Donde la fuerza no existe?
¿Piensas tú que se resiste
Con los brazos al dolor?
¡Oh! y áun no lo sabes todo,
Ni me es posible explicar,
En mi terrible pesar,
Cuánto te amé y de qué modo.
Corazon no endurecido,
Vírgen, como flor no abierta,
Dormia en la calma incierta
De la inercia y del olvido.
Un sentimiento fatal,
Como la cicuta amargo,
De mi tranquilo letargo
Me despertó por mi mal.
Y fué que te ví, y te amé
Cuanto á amar un pecho alcanza,
Y de una vaga esperanza
Mi pasion alimenté.

DON ENRIQUE.

¡Pobre María!

MARÍA.

Y despues
De tanto afan inclemente,
¡Ver mi corazon doliente,
Ajado siempre á tus piés!
¡Ver que me roban tu amor,
Y que tanta pena y luto
Sólo me han dado por fruto
Tu desprecio y tu rigor!

DON ENRIQUE.

(¡Es cierto, María, es cierto!
Fantástico amor de niño,
Que comprendes el cariño
En un corazon ya muerto!
Idólatra, en la ilusion
De tu ciego desvarío,
¡No ves que á un altar vacío
Diriges tu adoracion!)
¡Oh! sí... yo debo pagar
Con mi vida, si es preciso,
Ese amor que el cielo quiso
Para mí solo guardar.

MARÍA.

¿Qué dices!

DON ENRIQUE.

Que, si es posible,
Pagarte tanta ternura
Bajo esta bóveda oscura
Y en este trance terrible;
Si le basta á tu ambicion
Esta mano de un proscrito,
Y mi corazon marchito
Unir á tu corazon,
Ven luégo á mis brazos, ven;
Y aunque mi vida concluya,
Ésta que me queda es tuya,
Y el alma, tuya tambien.

MARÍA.

¡Amarme tú! y ¿es verdad!
No; mi ilusion lo ha fingido.
Yo, Enrique, no he merecido
Tu amor, sino tu piedad.

DON ENRIQUE.

¿Lloras?

MARÍA.

¡Ay! deja correr
Este llanto, aunque así muera;
Que es ésta la vez primera
Que he llorado de placer.

## ESCENA VI.

DICHOS. EL CAPITAN.

CAPITAN.

Como dijisteis...

DON ENRIQUE.

¿Alguno
Ha venido?... di, responde.

CAPITAN.

Sí.

DON ENRIQUE.

Ven, ven y aquí te esconde.
¡Oh! ¡mal haya el importuno!

CAPITAN.

¿Le hago entrar?

DON ENRIQUE.

Eso es forzoso.

CAPITAN.

No es tan linda como...

DON ENRIQUE.

Pues...
¿Es otra dama?

CAPITAN.

No es
Sino un santo religioso.

DON ENRIQUE.

¡Gran Dios! ¿qué quiere de mí?
¿Quién aquí le envía?

CAPITAN.

Á fe,
Que yo por mí no lo sé.
¿Entrará al instante?

DON ENRIQUE.

Sí.

(Vase el Capitan.)

La voz de la eternidad
Más aterra si habla muda,
Y es más horrible la duda
Que la más triste verdad.

### ESCENA VII.

ENRIQUE. JUAN DE BILBAO.

(Juan de Bilbao en traje de religioso, calada la capucha. Entra, mira con recelo á todas partes, y ya asegurado, se descubre y corre á abrazar á don Enrique.)

DON ENRIQUE.
¿Quién sois?

JUAN.
¡Enrique!

DON ENRIQUE.
¡Padre!

JUAN.
Hablad más paso.

DON ENRIQUE.
¡Vos aquí! ¿cómo así?

JUAN.
¿No me esperabas?

DON ENRIQUE.
No por cierto.

JUAN.
¿Pensaste que á tu suerte
Te dejase entregado, y que sin duelo
Viera tu esclavitud, tal vez tu muerte?

DON ENRIQUE.
En fin...

JUAN.
Vengo á salvarte.

DON ENRIQUE.
Eso ¿es posible?

JUAN.
Pocos momentos quedan. ¡Oh! sin duda
La venganza será fiera y terrible.

DON ENRIQUE.
¿Cómo?

JUAN.
Esta noche, en breve, entre el estruendo
De horrenda lid despertará la villa
Y la hueste real. Noche sangrienta
Esta noche va á ser.

DON ENRIQUE.
¡Me maravilla!
¡Aun hay valientes que á morir se ofrecen
Por esta causa santa! Tú los guia...
Yo, vencido, ultrajado, yo no debo
Unir su suerte á la desgracia mia.

JUAN.
No, no... vuelve á los campos: la victoria
Premio es del más constante; y si por suerte
No encuentras otro honor que el de la muerte,
Eso te basta á tí: muere con gloria.

DON ENRIQUE.
¡Padre!

JUAN.
¿Temes?

DON ENRIQUE.
Por vos: esa esperanza
Mil veces insensata os alucina,
¡Alma noble y leal! volved los ojos,
Y mirad esa tierra ensangrentada
Que cubren con horror nuestros despojos.
Volved un punto el ciego pensamiento
Á los funestos campos de Castilla,
Y preguntad á Villalar, qué hicieron
Las denodadas huestes de Padilla.
El mismo cielo castigó irritado
Su soberbia locura,
Y el temerario Acuña y Maldonado
Cayeron combatiendo en la llanura.
Cayeron, y traidores los aclaman,
Y sus nombres infaman
Nobleza y plebe á una,
Porque en la santa y peligrosa empresa
No ayudó á su constancia la fortuna.
No siempre es la victoria
El premio del valor y la osadía,
Ni es el fruto tal vez, por vida mia,
De la causa mejor, la mejor gloria.
Conquista, hiere, oprime,
Despedaza la tierra
Con sangre, mortandad y eterna guerra,
Y así inmortal serás, grande y sublime.

JUAN.
¡Callad, callad!... muy pronto las desdichas
Gastaron la virtud en vuestro pecho;
Presto heló en vuestras venas la osadía
El cobarde temor.

DON ENRIQUE.
¿Qué decis?

JUAN.
Basta,
Don Enrique.

DON ENRIQUE.
Sí, sí, por vida mia.

JUAN.
Una palabra más.

DON ENRIQUE.
Decid y presto.

JUAN.
Escuchadme hasta el fin: es una historia
De mis pasados tiempos: un recuerdo
Que atosiga incesante mi memoria.

DON ENRIQUE.
Que estais loco presumo: ¿qué me importan
Á mí vuestros recuerdos?

JUAN.
Más de lo que pensais.

DON ENRIQUE.
Alegre os quiero.
¿Cuentos traeis, cuando rabiando muero!

JUAN.
Escuchad, por vos mismo. Seré breve.
Era una noche... en Salamanca era:
Por las desiertas calles á deshora
Atravesaba yo...

(Se oye rumor á la puerta de la derecha.)

DON ENRIQUE.
¿No habeis oido
Ese extraño rumor?

JUAN.

No... nada ha sido.

DON ENRIQUE.

Proseguid.

JUAN.

Era, pues, como os decia,
Una noche: las calles silenciosas
De Salamanca á oscuras discurria,
Cuando al pasar al lado de su alcázar,
Una puerta que acaso encontré abierta,
Salida á un hombre dió, que presuroso
Cerró tras sí la misteriosa puerta.
Oculto el rostro y recatado el paso,
Por la sombra cruzó; mas vacilante
El pié movia con esfuerzo escaso.

MARQUÉS. (Entreabriendo la puerta de la derecha.)

¡Qué escucho!

JUAN.

Ya sin fuerzas
El mancebo animoso,
Arrodillóse, y colocó en la tierra
Un bulto que ocultaba cuidadoso.
¡Oh! ¡qué tiernos gemidos
De una voz infantil sonaron luégo,
Mezclados á los lúgubres quejidos
Del mísero mancebo!

MARQUÉS.

¡Es verdad! ¡es verdad!

JUAN.

Herido estaba...
En mis brazos llevélos, moribundos...

DON ENRIQUE.

¿Y el niño?

## ESCENA VIII.

DICHOS. EL MARQUÉS.

MARQUÉS.

El niño era
Un príncipe infeliz, que si viviera,
La corona heredara de dos mundos.

JUAN.

¡Qué escucho!

DON ENRIQUE.

¡Aquí el Marqués!

MARQUÉS.

¿Dónde está, dónde,
Si no murió, mi Príncipe adorado?
¿Tú le ocultaste, mercader? responde.

JUAN.

¿Quereis vender acaso su cabeza?

MARQUÉS.

Quiero besar su mano.

JUAN.

Sea en buen hora,
Y vos seréis el súbdito primero
Que goce tal ventura.
Dad la mano al Marqués, don Juan Tercero.

DON ENRIQUE.

¿Es ilusion! ¿es sueño!

MARQUÉS.

¿Qué decis?

JUAN.

La verdad.

MARQUÉS.

¡Mi soberano!
Dignaos permitir que vuestra mano
Logre besar como á señor y dueño.

DON ENRIQUE.

¿Hijo de rey soy yo!

JUAN.

Sí, de esa raza
Que tú tanto aborreces.

DON ENRIQUE.

¡En mis venas
Corre su sangre y mi nobleza abona?
¡Soy heredero en fin de una corona!

JUAN.

Sí; mas de una corona, profanada
Por la frente de un déspota.

DON ENRIQUE.

Marchemos,
Marchemos á lidiar, y á ese tirano
Mi corona y mis pueblos arranquemos.

JUAN.

No olvidará jamas vuestra prudencia
Que ya el pueblo en sus rojos estandartes
Escribió libertad é independencia.

DON ENRIQUE.

¡Oh! nada sé... ¡callad!

JUAN.

Pero vos mismo
Aclamasteis tambien su pensamiento,
Y el cielo lo escuchó, y allí está escrito
Con firme, irrevocable juramento.

DON ENRIQUE.

Mercader, el que mísero se arrastra
Del pueblo esclavo en el terreno inmundo,
Alce en buen hora el grito temeroso
Para aclamar la libertad del mundo.
Bien hace, porque el mundo es su riqueza,
El cielo su corona,
Su altivo pensamiento es su nobleza.
Pero el hijo de reyes,
De esa raza, de Dios privilegiada,
Que dicte al mundo leyes,
Con su potente voz á los humildes,
Á los soberbios con la dura espada.
Venid, Marqués... con vínculo sagrado
Nuestra union brevemente afirmaremos
Con vuestra sangre aunado...

JUAN.

(¡Oh! ¡gigante real, ya lo veremos!
Pronto respiras, y al cerrar mi mano,
Yo sé que esto me basta
Para ahogar en su gérmen un tirano.)

### ESCENA IX.

DICHOS. EL CAPITAN.

CAPITAN.

Pon en defensa la villa
Y sus avenidas cierra;
Que vienen en són de guerra
En numerosa cuadrilla
Los bandidos de la sierra.

DON ENRIQUE.

Dejad... yo con mi presencia
Los pondré en órden y ley,
Y así vos dadme licencia...

MARQUÉS. (Aparte á don Enrique.)

Vos seréis de España rey.

DON ENRIQUE. (Aparte al Marqués.)

Yo os entregaré á Valencia.

### ESCENA X.

Queda solo JUAN DE BILBAO: un momento despues aparece MARÍA por la izquierda, y se levanta el velo: los dos se contemplan un momento con amargura.

MARÍA.

¡Padre!

JUAN.

Todo lo comprendo...
¡Perjuro dos veces fué,
Su honor y tu fe vendiendo!

MARÍA.

De eso, padre, yo no entiendo,
Sino que vendió mi fe.
Mas me resta en mi afliccion
Una halagüeña esperanza,
Que alivia mi corazon.

JUAN.

¡Sí, bien dices!... ¡la venganza!

MARÍA.

No, padre, no... su perdon.

## ACTO CUARTO.

Valencia: una sala en la casa de Juan de Bilbao. Una puerta en el fondo y dos laterales. Á un lado un grande armario.

### ESCENA PRIMERA.

MARÍA. DON ENRIQUE.

DON ENRIQUE.

¿Vino vuestro padre?

MARÍA.

Pienso
Que áun no.

DON ENRIQUE.

Esperaré entre tanto.
Acaso enojado está
Conmigo.

MARÍA.

¿Por qué enojado?

DON ENRIQUE.

¡Oh! bien lo sabeis: sin duda
Debí parecerle ingrato
Y desleal; mas Dios sabe
Que me hace notable agravio.

MARÍA.

¡Enrique!

DON ENRIQUE.

Nada digais;
Que no podeis saber cuánto
Más que vos he padecido
Por mi daño y vuestro daño.
Dios, que al perjuro castiga
Con su poder soberano,
Escuchó mis juramentos,
Que de mi pecho emanaron.
Su cólera me maldiga,
Si desleal he olvidado
Como amante ó como noble
Mis deberes sacrosantos.

MARÍA.

Basta, don Enrique, basta
De traiciones y de engaños,
Que suenan mal, como indignos,
De tal Príncipe en los labios.
De vuestro deber de noble
No me cuido, y por lo tanto
Ni pretendo su firmeza,
Ni procuro averiguarlo.
Amante, sé lo que os debo,
Sin que os acuse de ingrato;
Que tambien sé que no puedo
Merecer lugar tan alto.
Mas, respetad á lo ménos
Mi humildad, y no inhumano
Desgarreis un alma triste
Que sólo vive del llanto.

DON ENRIQUE.

¡Me acusais!

MARÍA.

Yo no os acuso;
Ántes quiero disculparos.
Si digo que no os merezco...

DON ENRIQUE.

Pues ¿qué!... ¿no soy ya tu hermano?

MARÍA.

¡Os burlais!

DON ENRIQUE.

No... nada importa
Mi noble orígen preclaro;
Que no vale una corona
Lo que esposo tuyo valgo.

MARÍA.

Imposible... tú bien sabes
El ardor con que te amo,

Y así procuras piadoso
Mitigar mi duelo amargo.
Gracias, gracias... mas yo sé
Padecer; que tantos años
De amargura y de dolores
Á padecer me enseñaron.
Crédulas somos, Enrique;
Pero en mi afecto insensato
No cabe tanta esperanza
Sin que haga á mi honor agravio.

DON ENRIQUE.

¿Qué puedes temer?

MARÍA.

¿Lo ignoras?
¡Piensas que me ha deslumbrado
Tu ambicion, bastardo afecto,
Al amor siempre contrario!

DON ENRIQUE.

¡Quién sabe! ¿piensas María
Que sea tan fácil acaso
Conquistar esa corona?
¿Y si tal vez no la alcanzo?

MARÍA.

Entónces, pobre y humilde,
Tu trono serán mis brazos,
Y yo tu esclava.

DON ENRIQUE.

¿Y si olvido
Mi proyecto temerario?

MARÍA.

Seré tu esposa; mas...

DON ENRIQUE.

¿Dudas?

MARÍA.

¡Ay! yo sé bien que bien hago
En temerte: nunca supe
Dudar, y me has enseñado.

DON ENRIQUE.

Yo te volveré tu fe.
¿Me amarás?

MARÍA.

No; que te amo...
Pero estás inquieto...

DON ENRIQUE.

Es cierto.
Ansioso á tu padre aguardo.

MARÍA.

¿Tanto el hablarle te importa?

DON ENRIQUE.

Sí, hermana, me importa tanto.
Dime: ¿no guarda tu padre?...

MARÍA.

¿Qué, Enrique?

DON ENRIQUE.

Si te declaro...

MARÍA.

Habla.

DON ENRIQUE.

Un papel, una carta...

MARÍA.

Comprendo: un pliego cerrado
Para el cardenal don Pedro
De Mendoza...

DON ENRIQUE.

De ése hablo.

MARÍA.

Yo le tengo.

DON ENRIQUE.

¿Tú le tienes
En tu poder? (¡Cielo santo!)

MARÍA.

Sin él, en vano pretendes
Probar tu orígen.

DON ENRIQUE.

En vano;
Y esa carta ya es inútil,
Pues no pretendo probarlo.

MARÍA.

¿Cierto?

DON ENRIQUE.

Mas dámela: quiero
Que, reducida á pedazos,
Noble sacrificio sea
Á tu amor.

MARÍA.

¡Dios soberano!
¡Eso es posible!

DON ENRIQUE.

Sí, corre;
Que no vivo en cuanto tardo
En probarte la ternura
Con que ciego te idolatro.

MARÍA.

No temas: yo misma...

DON ENRIQUE.

¡Cómo!
No... quiero verlo... es un vago
Deseo.

MARÍA.

No, sino orgullo;
Mas le verás. (Se dirige al armario.)

DON ENRIQUE.

(¡He triunfado!)

MARÍA.

Cerrado está; que mi padre
Sin duda...

DON ENRIQUE.

(¡Maldito acaso!)
Este puñal...

MARÍA.

No; que vienen...
Y ¡es mi padre!

DON ENRIQUE.

Pero en tanto
Que aquí llega...

MARÍA.

¡Vete, Enrique!

DON ENRIQUE.

¿Luego?...

MARÍA.

Sí, sí.
(Abriendo la puerta de la derecha.)

DON ENRIQUE.

¿Dónde salgo
Por aquí?

MARÍA.

Toma esa llave...
¡Un postigo que da al campo
Hallarás!

DON ENRIQUE. (Con alegría.)

(¡Ah!) (Entrando por la puerta.)

MARÍA.

Vete presto;
Mas... no olvides que te aguardo.

## ESCENA II.

MARÍA, un momento despues JUAN DE BILBAO.

JUAN.

¿Aquí estás!

MARÍA.

Si os incomodo
Por ventura...

JUAN.

¡No, hija mia!

MARÍA.

Como me evitais en todo,
Debo pensar de este modo...

JUAN.

¿Por qué lo dices, María?

MARÍA.

De vuestra continua ausencia,
¿No quereis me queje?

JUAN.

No.

MARÍA.

¿No es precisa consecuencia
Que os ofende mi presencia?
¿Qué os hice para eso yo?

JUAN.

¡Pobre niña! De mi suerte
Nada sabes, nada alcanzas,
Ni puede nada ofenderte
En este mar de venganzas,
Por tu misma inercia fuerte.
El hombre, no...

MARÍA.

Ya os entiendo,
Y eso es fuerza que me aflija;
Mas por ese estado horrendo,
Que ni admiro ni comprendo,
No olvideis á vuestra hija.
Miradme; que, sola y triste,
En veros toda mi calma,
Todo mi placer consiste.

JUAN.

¡Es verdad! ¡hija del alma!...
¡En hora fatal naciste!
Si en mi pecho concebí
Algun temor, ése fué...
¡Dejarte sola... ay de mí!
Huérfana...

MARÍA. (Con dolor.)

¡Es verdad!

JUAN.

No sé
Qué fuera entónces de tí.
Madre de Dios amorosa,
Protege desde este dia
Su juventud peligrosa...
Tambien, como tú, es hermosa,
Tambien, como tú, es María.
Si llega á tí mi querella,
Oye que te ruega un padre,
No por mí, sólo por ella,
Por la mísera doncella
Sin el amor de su madre.
¡Venero de castidad!
Tú, que en amor y piedad
Al Dios ingénito igualas,
Tiende sobre ella tus alas,
Y protege su orfandad.
No tiene padre: lanzado
En la espantosa corriente
De ese piélago irritado,
El sueño apénas consiente
Á su deber de soldado.
Y no me acuses que así
Olvide el deber de padre
Con tan ciego frenesí...
¡Señora! ella es mi hija, sí;
Pero la España es mi madre.

MARÍA.

Sí, señor, teneis razon...
Y así os quiero: aunque la vida
Se pierda en tal ocasion,
No estará en mi corazon
Vuestra memoria perdida.
Ya nunca os dirán mi afan,
De hoy más, mis ojos serenos,
Ni lágrimas verterán...
Si morís entre los buenos,
Los buenos os llorarán.
Y yo orgullosa veré
Llenar el mundo tu gloria,
Y si vivo, viviré
Partícipe de tu fe,
Y honrada con tu memoria.

JUAN.

Tanto valor no creia
Hallar en tí.

MARÍA.

Si es valor,
No lo sé... (Llorando.)

JUAN.

¿Qué haces, María!

MARÍA.

¡Vos morir, padre y señor!
¡Valor! ¡en eso os mentia!

JUAN.

¡Oh! que me afliges así,
Y me es preciso quedar
Solo.

MARÍA.

¿En esta sala?

JUAN.

Sí.

MARÍA.

(¡Santo Dios! él va á llegar,
Y acaso le encuentre aquí.)

JUAN.

¿Qué haces?

MARÍA. (Con dulzura.)

En irme consiento,
Si presto acabais.

JUAN.

Bien dices...
Bástame sólo un momento.

MARÍA.

(¡Dichosa yo, si contento
Nuestra santa union bendices!)

## ESCENA III.

JUAN DE BILBAO, se dirige al armario y saca de él un pliego cerrado.

Aquí estás, mudo testigo,
Á quien yo á callar obligo,
Preso en mi robusta mano...
Esperanza de un tirano,
Que hoy has de ser su castigo.
Hoy verás cuán vana ha sido
Tu arrogancia, y hoy verás,
Mancebo desvanecido,
Cómo en nada confundido
Queda quien creyó ser más.
Mal hiciste en ofender
Á quien tu fortuna abona,
Y á quien le basta querer
Para humillar y romper
Tu soberbia y tu corona.
Alza la frente radiante
Con el orgullo de un rey,
Y pisa con pié triunfante
Esa rebelada grey,
Que presume de arrogante.
Toca al arma; esas legiones
Dén al aire tus pendones,
Moviendo sangrienta guerra
Contra esta rebelde tierra
De tan nobles corazones.
Sueña, pues; que sólo así
Serás grande y serás rey,
Sin acordarte de mí...
Que tengo bajo mi ley
Toda tu esperanza aquí.
Mas luégo, cuando despierte
Tu pobre soberbia loca,
Conocerás de qué suerte
Toda tu existencia es poca
Para pagar á la muerte.
Y verás cómo el gusano,
Que con desprecio ultrajaste,
Socava el cimiento vano
Donde mísero asentaste
Tu presuncion de tirano.

## ESCENA IV.

JUAN DE BILBAO. MARÍA.

MARÍA.

¿Es tiempo ya?

JUAN.

Sí, ya es hora
De reposar.

MARÍA.

Bien decís...
(Mirando con inquietud á la puerta de la derecha.)
Dormid, descansad ahora...

JUAN.

Despiértame con la aurora.

MARÍA.

Pues ¿qué! ¿tan pronto partís?

JUAN.

Al punto.

MARÍA.

¡Adios!

JUAN.

¡Hija mia!
Adios, y que él te consuele
De esa tristeza sombría...
Que por tí su piedad vele,
Y él te defienda, María. (Vase por el fondo.)

## ESCENA V.

MARÍA; un momento despues DON ENRIQUE Y EL MARQUÉS DE CENETE, que entran por la derecha, embozados y con la mayor precaucion.

MARÍA.

¡Cuánto tarda! mas ya creo
Que le oigo... ¡Válgame Dios!

¡Dos hombres se acercan... dos!

(Apaga la luz.)

Dudando estoy lo que veo.

(Se oculta, entrando por la puerta de la izquierda.)

DON ENRIQUE. (En voz baja.)

¡Por aquí!

MARQUÉS.

Con tiento.

MARÍA.

Oigamos...

¿Qué puede esto ser?

DON ENRIQUE.

Entrad,

Y esa puerta asegurad.

MARQUÉS.

Mirad bien...

(Enrique saca de debajo del embozo una linterna, con la que examina cuidadosamente la sala.)

DON ENRIQUE.

Solos estamos.

MARQUÉS.

¿Al fin decidido estais?

MARÍA.

(¡Aquí el Marqués!)

DON ENRIQUE.

Un momento

Oidme, Marqués, atento.

MARQUÉS.

Sí haré, si presto acabais.

DON ENRIQUE.

Nada teneis que temer,

Puesto que yo os aseguro.

MARQUÉS.

Que estoy receloso, os juro,

No de vos, del mercader.

MARÍA.

¡Qué escucho?¡

DON ENRIQUE.

¿Hácia dónde están

Las tropas?

MARQUÉS.

Nada os espante;

Que pienso que en este instante

Á los muros llegarán.

DON ENRIQUE.

Es asunto terminado.

MARQUÉS.

Lo espero así.

DON ENRIQUE.

De ese modo,

Nada hay que temer.

MARQUÉS.

Con todo,

El mercader es osado.

DON ENRIQUE.

No temais: aunque su nombre

Es terrible, no es bastante

Contra esa hueste pujante

El valor de solo un hombre.

Vendida la seña está;

Y entregado al sueño, inerme

Todo el ejército duerme...

Seguro el golpe será.

Sólo resta...

MARQUÉS.

Ya os entiendo:

Rota la rebelde grey,

Seréis proclamado rey.

DON ENRIQUE.

Y ¿nada más?

MARQUÉS.

No os comprendo.

MARÍA.

(¡Infames!)

DON ENRIQUE.

No es la venganza

Ni el orgullo quien me abona;

Que á ganar esa corona

Sobran mi brazo y mi lanza.

Y puesto que ya no alcance

Tal gloria, por no esperar

Á que me la venga á dar

De la lid el duro trance;

Ya que amigo, y no señor,

Sólo esta gracia os suplico,

Y que por vos sacrifico,

No sé si diga mi honor,

Ya sabeis que otra ventura

De vos solamente espero.

MARQUÉS.

¿Blanca?...

DON ENRIQUE.

Ya soy caballero

Y digno de su hermosura.

Si, atento á muy justa ley,

Negásteismela, en buen hora;

¿Podeis negármela ahora

Como noble y como rey?

MARÍA.

(¡Gran Dios!)

DON ENRIQUE.

Decid.

MARQUÉS.

No sé yo

Si tal dicha merecí.

Cual noble, os digo que sí...

Cual rey, os digo que no.

DON ENRIQUE.

¿Eso decis!

MARQUÉS.

Fuerza es.

DON ENRIQUE.

¿Qué razon?...

MARQUÉS.

Porque en mi mengua

Pondrá la envidia la lengua,

Si en esto ve mi interes.
No espereis, si me mancilla
Vil ó cobarde una accion,
Que trueque yo mi opinion
Por el cetro de Castilla.
Tengo ambicion, mas leal;
Que nunca orgulloso y vano
Puse mis ojos, profano,
En vuestro sólio real.
(No es bueno manifestar
Que ésta fué y ésta es mi idea.)

DON ENRIQUE.

(Es claro que lo desea,
Pues que me quiere incitar.)

MARQUÉS.

En fin...

DON ENRIQUE.

En fin, si desisto...

MARQUÉS.

¿Qué decis?

DON ENRIQUE.

Vos lo quereis,
Y tanto me obligaréis...

MARQUÉS.

(¡Esto es malo, vive Cristo!)
Yo tan sólo por mi honor...

DON ENRIQUE.

De eso más tarde hablaremos;
Fuerza es que nos ocupemos
De otra cosa.

MARQUÉS.

Así es mejor.

DON ENRIQUE.

Áun no ha venido, y yo sé
En dónde ese pliego guarda.

MARQUÉS.

Mirad...

DON ENRIQUE.

Nada me acobarda.

MARQUÉS.

¿Sabeis de cierto?...

DON ENRIQUE.

Lo sé.
¡Qué miro! la llave está...

MARÍA. (Da un grito: se oye un golpe como de un cuerpo que cae.)

¡Ah!

MARQUÉS.

¿No oís?

DON ENRIQUE.

Hácia esa puerta
Sonó un grito...

MARQUÉS.

Y está abierta.

DON ENRIQUE.

Sea quien fuere, morirá.
(Entra Enrique por la puerta donde está María, y retrocede instantáneamente.)
Ella es... ¡María!

MARQUÉS.

¡Escuchad!

DON ENRIQUE.

Álguien se acerca.
(Lleva la luz al armario y le recorre precipitadamente con la vista.)

MARQUÉS.

¿Qué hacemos?

DON ENRIQUE.

¡No está!

MARQUÉS.

Luégo volveremos
Triunfantes.

DON ENRIQUE.

¡Luégo!

MARQUÉS.

Escapad.
(Vase por la derecha.)

DON ENRIQUE.

Me ha engañado... ¿si le guarda
Consigo?... ¡veamos!

JUAN. (Dentro.)

¡María!

DON ENRIQUE.

¡Su padre! ¡fortuna mia!
¡Cuánto esa voz me acobarda!
Huyamos. (Vase.)

## ESCENA VI.

JUAN DE BILBAO, y despues MARÍA.

JUAN.

¡Hija! responde...
¡No sé qué extraño rumor
Llenó mi alma de terror!...
Pero ella ¿dónde está? ¿dónde?
(Llega á la puerta de la izquierda.)
¡Fria!... ¡en el suelo!

MARÍA.

¡Sois vos!
(Mirándole con ojos atónitos.)

JUAN.

¡Hija! ¡María!

MARÍA.

¡Ay!

JUAN.

Respira...

MARÍA.

¡Tenedle... el infame!

JUAN.

Mira...
¡Soy yo! ¿Qué te aflige?

MARÍA.

¡Ay Dios!
Os he engañado... no está...
(Corre al armario.)
Fuése con él.

JUAN.

No te entiendo.

MARÍA.
Ese papel... ¿no estás viendo?...
JUAN.
Te engañas.
MARÍA.
Y rey será.
JUAN.
No, miéntras yo viva.
MARÍA.
¡Pues!...
¿Cómo has de evitarlo?
JUAN.
Mira.
(Le enseña los papeles que sacó del armario.)
MARÍA.
¡Cielos!... ¡corazon, respira!...
Respira; que áun tuyo es.
JUAN.
Toma, y guarda cuidadosa
Ese secreto...
MARÍA.
Bien, bien...
JUAN.
Estás agitada, ven...
La noche es larga.
MARÍA.
¡Horrorosa!
JUAN.
¿Qué tienes?
MARÍA.
Perdon...
JUAN.
Alienta...
MARÍA.
Esta noche... lo olvidé...
JUAN.
Esta noche, pues...
MARÍA.
Yo sé
Que será horrible y sangrienta.
Huye, señor; áun no es tarde.
JUAN.
Acaba, pues.
MARÍA.
Que han vendido
La ciudad...
JUAN.
Engaño ha sido...
¿Quién tal hiciera?
MARÍA.
Un cobarde.
JUAN.
¡Enrique!
MARÍA.
Volad, volad...
Cambiad la seña...
JUAN.
¡El infame! (Vase.)
MARÍA.
Ántes que Castilla llame
Al muro de la ciudad.

## ESCENA VII.

MARÍA, sola.

No, no... yo pude sufrir
Con resignacion tu engaño;
Mas no quiero consentir
Que otra disfrute, en mi daño,
Tu halagüeño porvenir.
Sea en buen hora tu esposa,
Si ésta de tu amor es ley;
Mas no presuma dichosa
Cubrir su frente orgullosa
Con la corona de un rey.
¿No basta á desvanecella
Vivir amada de tí?
¿No la contenta su estrella?
¿Por qué no le basta á ella
Con lo que me basta á mí?
En vano necia blasona,
Si otra ventura ambiciona.
Si ha deslumbrado sus ojos
El brillo de una corona...
La tendrá, pero de abrojos.
(Abre y lee.)

«Yo, doña Margarita de Flándes, á vos, Cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, encomiendo mi hijo, y juro á Dios y á mi conciencia »que le hube en mi esposo el príncipe don Juan, »cuyos celos son altamente injustos. Y para que este »mi hijo, que desde hoy ha de creerse muerto por »todos, ménos por vos y por mí, pueda hacer ver »siempre la verdad de sus derechos, entregadle ésta »que firmo en Salamanca, á 8 de Julio de 1497.— »*Margarita de Flándes.*»
(Representa.)

Muere, engañosa esperanza,
(Hace arder el pliego en la luz.)
En cenizas convertida;
Que si á otra cosa no alcanza
Mi rabia que á la venganza,
Véala al ménos cumplida.
Reposa ya, corazon...
Que está cumplida presumo.
Diadema, orgullo, ambicion,
Ven á verlo: ya no son
Sino aire, ceniza y humo.
Pobre acaso y sin fortuna
De tí le rechazarás,
Y entónces, sin duda alguna,
Se acordará de que hay una
Que no le olvida jamas.
(Se oyen dentro voces y estrépito lejano de armas.)
DENTRO.
¡Santa María y Cárlos!

MARÍA.

¡Ya era tarde!

DENTRO.

¡Santiago y libertad!

MARÍA.

¡Dios poderoso!

¡Salvadle!...

### ESCENA VIII.

MARÍA. JUAN DE BILBAO, con la espada desnuda.

JUAN.

¡Era verdad!

(Á María con desesperacion.)

MARÍA.

Nos ha vendido.

JUAN.

Mas yo me vengaré.

MARÍA.

¿No hay otro medio?

JUAN.

¡Ninguno!

MARÍA.

Ved que vienen... ¿no has oido?

JUAN.

Busca la presa el lobo carnicero...
No la hallará...

MARÍA.

Escapad.

JUAN.

Eso es preciso...
Muriera como bueno combatiendo;
Pero ni áun eso mi desdicha quiso.
Por siempre adios... adios con vuestra gloria,
De tantos héroes sombras veneradas,
Que de España dejais en la memoria
Lecciones mil al porvenir legadas;
Por más que herida por traidora mano
La libertad suspire moribunda,
No se ha vertido su semilla en vano...
La sangre del martirio la fecunda.

### ESCENA IX.

JUAN DE BILBAO se va por la derecha: al salir, le arranca MARÍA la daga y se coloca delante de la puerta, en ademan de estorbar el paso á los que vienen. Salen por el fondo DON ENRIQUE y SOLDADOS del ejército real.

MARÍA.

Yo el paso guardaré, y ¡ay del que osado
Irrite mi furor!

DON ENRIQUE.

¡Ella! María.

MARÍA.

¡Apártate, traidor!

DON ENRIQUE.

Tú nada sabes...

MARÍA.

Ya sé cuánto se encierra en ese pecho
De perfidia y maldad.

DON ENRIQUE.

¡Basta! ¡no acabes!

MARÍA.

¿Qué buscais, pues?... ¡triunfaron los traidores
Del dormido valor!... ¡digna victoria!
¿Así afirman los nobles castellanos
El esplendor de su heredada gloria?
Si oro buscais, si áun no ha satisfecho
El sangriento botin vuestra torpeza,
Raposas sin valor, más que leones,
Aquí no encontraréis otra riqueza
Que nobles y esforzados corazones,
Y en vez de joyas y de adornos viles,
Hierro hallaréis en manos mujeriles.

DON ENRIQUE.

Acabemos, María.

MARÍA.

Ya te entiendo,
Y lo que buscas sé; mas ya es en vano...

DON ENRIQUE.

¡Ah! ¿qué quieres decir?

MARÍA.

¿No lo estás viendo?
Ceniza, nada es ya.

DON ENRIQUE.

¡Dios soberano!

### ESCENA X.

DICHOS. EL MARQUÉS.

DON ENRIQUE.

Venid, Marqués...

MARÍA.

Venid... dadme el castigo
Que merezca mi culpa; mas ya es tarde
Para resucitar ese testigo.

MARQUÉS.

Todo lo entiendo.

DON ENRIQUE.

Entónces...

MARQUÉS.

Es ya fuerza
Que, torcido el destino y la esperanza,
Así tambien mi voluntad se tuerza.

DON ENRIQUE.

¡Marqués!

MARQUÉS.

Sin esa prueba, es imposible
Salvaros.

DON ENRIQUE.

¿Qué decís!

MARQUÉS.

Dadme la espada,
Y entregaos á prision.

MARÍA.

¡Dios le castiga!

MARQUÉS.

Llevadle...

DON ENRIQUE.

¿Adónde?

MARQUÉS.

Adonde acaso mueras...
Que así lo quiere la fortuna airada.

### ESCENA XI.

MARÍA, sola.

¡Á morir! y ¿soy yo quien por mi mano
Al suplicio le llevo? no... ¡imposible!...
Áun le quiero traidor, y fué mi hermano.
Todo lo emplearé, súplicas y oro
Para salvar la vida de un ingrato
En quien la misma ingratitud adoro.

## ACTO QUINTO.

Un calabozo oscuro en la cárcel de Valencia. Don Enrique, sentado en un banco de piedra y en el mayor abatimiento. En el fondo hay una puerta grande, y otra más pequeña á la izquierda del espectador. Sobre esta última habrá una ventana cerrada con fuertes hierros, por donde penetra escasamente el resplandor de la luna.

### ESCENA PRIMERA.

DON ENRIQUE.

No... ya no hay más que esperar
Ni clemencia ni perdon:
Ni habrá quien quiera salvar
Mi vida; que fuera dar
Á otro perjurio ocasion.
Y así, alma triste, pensemos
De qué suerte me han traido
Á tan horribles extremos,
Y en prepararme, advertido,
Á morir, nos ocupemos.
No valen lágrimas, no,
Contra el rigor de la suerte,
Ni piedad merezco yo...
Si la ambicion me cegó,
Abra mis ojos la muerte.
¿Qué te has hecho, valor mio?
¿Por qué el corazon no late,
Débil, desmayado y frio?
¿Por qué sin su antiguo brío
Melancólico se abate?
Ya lo sé: quien así muere,
De todos aborrecido,
Sin que una lágrima espere,
Muere dos veces herido;
Que el mundo tambien le hiere.
Perdí el bien que me ofrecia
Un corazon, que de amores
Sólo para mí existia,
Y el sello de los traidores
Manchó mi existencia impía:
Porque con ciega confianza,
Por mi orgullo deslumbrado,
Puse mi loca esperanza
En la engañosa balanza
De los vaivenes del hado.
Troqué la paz de mi sueño
Por ese anhelo profundo
Mentiroso y halagüeño,
Creyéndome ser ya dueño
De los destinos del mundo.
Y así, corazon, que infiel
Abrigaste, mi enemigo,
El orgullo de Luzbel,
Sufre y padece cual él
De tu soberbia el castigo.

### ESCENA II.

DON ENRIQUE. EL MARQUÉS DE CENETE, que sale por la puerta del fondo.

DON ENRIQUE.

¿Quién me busca?

MARQUÉS.

Quien quisiera
Mitigar vuestro dolor.

DON ENRIQUE.

¿Marqués?

MARQUÉS.

Yo soy.

DON ENRIQUE.

¿Se ha reunido
El tribunal? ¿sabeis vos?...

MARQUÉS.

Pronto va á juzgaros.

DON ENRIQUE.

¿Cuándo
Pensais que es mi muerte?

MARQUÉS.

Hoy.

DON ENRIQUE.

¡Tan pronto! y ¿no hay esperanza
Ninguna?

MARQUÉS.

Pienso que no.

DON ENRIQUE.

En ese caso, ¿á qué ha sido
El venir á mi prision?

MARQUÉS.

Á preguntaros si hay medio
Alguno...

DON ENRIQUE.

¡Decid, por Dios!

MARQUÉS.

Esa carta...

DON ENRIQUE.

Ya no existe.

MARQUÉS.
Que yo os juro por mi honor
Que, si estuviera en mis manos,
Tuvierais vuestro perdon.

DON ENRIQUE.
¿No hay otro medio?

MARQUÉS.
Ninguno.

DON ENRIQUE.
Vos lo podeis.

MARQUÉS.
Es error.

DON ENRIQUE.
Decid, y de esta victoria,
¿Quién los medios os prestó?
¿No fuí yo?

MARQUÉS.
Cierto; mas eso
Se quedará entre los dos.

DON ENRIQUE.
Y el pago de tal servicio,
¿Cuál debió ser?

MARQUÉS.
Si faltó
La prueba de vuestro orígen,
¿De qué me culpais, señor?

DON ENRIQUE.
Pero me debeis...

MARQUÉS.
Yo, nada.
Pagara vuestra traicion
Con mi sangre y con mi vida,
Pero con mi gloria, no.

DON ENRIQUE.
¿Quién hacerlo me propuso,
Decid, Marqués, sino vos?

MARQUÉS.
¿Os lo niego por ventura?

DON ENRIQUE.
Luégo ¿tambien sois traidor?

MARQUÉS.
No: vos sois el que ha vendido,
Y el que ha comprado soy yo.

DON ENRIQUE.
Y ¿á qué precio?

MARQUÉS.
Lo que os dije,
Dispuesto á cumplir estoy.

DON ENRIQUE.
¿Negaréis vuestras promesas,
Al ménos?

MARQUÉS.
Líbreme Dios;
Mas vos tambien me ofrecisteis...

DON ENRIQUE.
Basta ya: teneis razon,
Porque ciego os he juzgado
Noble y caballero.

MARQUÉS.
No,
Sino porque estais vencido
En manos del vencedor.

DON ENRIQUE.
Dejadme.

MARQUÉS.
No me es posible:
Os esperan, y yo soy
Quien va á conduciros.

DON ENRIQUE.
¿Dónde?

## ESCENA III.

DICHOS. EL CAPITAN.

CAPITAN.
Ya el tribunal se reunió.

MARQUÉS.
¿Lo oís?

DON ENRIQUE.
Vamos, si ello es fuerza.
(¡No me abandones, valor!)

## ESCENA IV.

MARÍA. EL CARCELERO.

(Ábrese la puerta de la izquierda, y aparece el carcelero mirando cuidadosamente á todas partes. Despues sale María, cubierta con un velo.)

CARCELERO.
Entrad.

MARÍA.
¿Dónde está?

CARCELERO.
Esperadle;
Que no tardará en venir.

MARÍA.
¿Seréis fiel?

CARCELERO.
Le salvaremos.

MARÍA.
Dios piadoso, hacedlo así.

CARCELERO.
Allí os espero: avisadme
Cuando hubiereis de salir,
Cuidando que nadie os vea:
¿Entendeis, señora? (Vase por la izquierda.)

MARÍA.
Sí.
(Se sienta, despues de una breve pausa.)
Él viva, aunque yo fenezca,
Porque en tan contraria lid
Yo por él pierda mi vida,
Y él tenga vida por mí.
¿Qué vale ya la existencia
Que vaga sin porvenir,

Ya deshojadas las flores
De mi encantado jardin?
¡Pobre mujer! ¡cuántos años
De mi existencia perdí,
Amontonando esperanzas
Que jamas se han de cumplir!
¡Oh! ¡qué desierto camino,
Cubierto de espinas mil,
Sin luz que alumbre mis pasos,
Habré, de hoy más, de seguir!
Y ahogar es fuerza en mi pecho
Este ciego frenesí,
Que sólo vive de agravios
En humillacion servil.
Es imposible, imposible
Es ocultarlo; que al fin,
Por más que la lengua calle,
Mis ojos lo han de decir;
Que en el corazon, opreso
De tanto duelo infeliz,
Bien se encierran las palabras;
Mas las lágrimas, no así.

### ESCENA V.

MARÍA. DON ENRIQUE.

(Al abrirse la puerta por donde sale don Enrique, se oculta María, hasta asegurarse de que nadie le acompaña. Don Enrique viene pálido y en un completo abatimiento.)

MARÍA.

No hay duda... ¡él es!

DON ENRIQUE.

¡La muerte! ¡condenado!...
¡No hay esperanza ya!

MARÍA.

¡Cuán triste viene!

DON ENRIQUE.

¡Idea atroz, que siempre me persigue!...
¡Qué miro!... ¡una mujer!

MARÍA.

¡Calla!

DON ENRIQUE.

¿Quién eres?

MARÍA.

¡Qué! ¿ya no me conoces?

DON ENRIQUE.

¡Tú! ¡María!

MARÍA.

¡Silencio!

DON ENRIQUE.

¿Á qué viniste? ¿quién se atreve
Á insultar mi dolor?

MARÍA.

¿Qué dices? calla.

DON ENRIQUE.

Si á eso no vienes, di, ¿qué es lo que quieres?
Yo lo sé, yo lo sé... vencido el pueblo,
Por mí otra vez á sus cadenas vuelve,
Y le ofreciste tú sin duda alguna
La sangre del perjuro que le vende.
Llévale mi cabeza; que gozoso
Palpite y ruja de placer al verme
Cubierto de ignominia; y tú le anuncia
Que esa sangre que ve, sangre es de reyes.
El pueblo bramará; tigre insaciable
Aferrará la presa entre sus dientes,
Desgarrando la carne palpitante,
Hasta que sienta que la carne muere.
Y ¡tú tambien, la que me amaste un dia,
Y tú tambien sonreirás al verme!...
Bien haces, una vez ya me vendiste,
Mi desamor vengando con mi muerte.
Hija y padre, á vender acostumbrados,
Á mi muerte ó mi vida indiferentes,
Hicisteis de mi sangre mercancía
Con los verdugos, porque en mí se cebe.
Esta cobarde accion, por vida mia,
Vuestro plebeyo orígen no desmiente.

MARÍA.

¡Oh!

DON ENRIQUE.

¿Qué puedes decirme?

MARÍA.

Basta, basta,
Insecto vil, que al que te abriga ofendes.
Ya que en tu pecho la virtud no mora,
¿Áun niegas la virtud? sin duda quieres
Que contemplando tu alma miserable,
De este amor que te tengo me avergüence.
Tú, retoño infeliz de antigua raza,
Noble de alto blason, hijo de reyes,
Tú cejaste cobarde en las batallas,
Tú nos vendiste con perfidia aleve;
En tanto que mi padre, con su sangre
Su valor y virtud probó mil veces,
Leal, en medio siempre de los suyos,
Y de los suyos el primero siempre.
Esto hace el mercader, y esto hace el noble:
Pelea el mercader y el noble vende...
Dime tú ahora, si juzgarlo sabes,
Cuál es el noble, y cuál es el valiente.

DON ENRIQUE.

¿Viniste á completar con mi tormento
Tu terrible venganza? vete, vete...
Implacable mujer, que ya aborrezco,
Líbrame al ménos del dolor de verte.

MARÍA.

¡Ay! ¡mil veces ingrato!

DON ENRIQUE.

¡Habla, María!
¿Qué me quieres decir? ¿acaso vienes
Á arrancarme de aquí? Toda mi alma
Con tan dulce esperanza se estremece.
¡Pero callas! no, no... tú no has venido
Sino á insultar mi afan... tú nada puedes...
¡Lágrimas traes! inútiles consuelos
Para el que así desesperado muere.

MARÍA.

¡Enrique!

DON ENRIQUE.

¡Acaba!

MARÍA.

No, yo no te traigo
De llanto inútil funeral presente;
Traigo el amor, la vida y la esperanza...
Vida, amor y esperanza... ¿qué más quieres?

DON ENRIQUE.

¡La vida para mí!

MARÍA.

Yo presumia,
Ufana en el delirio de mi mente,
Que al penetrar en tu recinto oscuro,
Mi afan, si no mi amor, agradecieses.
¿Qué no he sacrificado por salvarte?
De oro llené las manos de tus jueces,
Y de mi llanto ¡Enrique!... más que el oro...
Llanto de una pasion que no comprendes.
Mas, ¡ay! me rechazaron.

DON ENRIQUE.

De ese modo,
¿Qué puedes confiar?

MARÍA.

El oro vence
Poderosos obstáculos.
(Toca suavemente en la puerta de la izquierda, y aparece en ella el carcelero.)

DON ENRIQUE.

¡Acaba!
Ese impío sayon, ¿qué es lo que quiere?

MARÍA.

Viene á salvarte: en la cercana playa
La nave espera.

DON ENRIQUE.

Pero tú...

MARÍA.

No pienses
Verme ya más.

DON ENRIQUE.

¿Por qué?

MARÍA.

¿No me lo has dicho?
¿Acaso no es verdad que me aborreces?

DON ENRIQUE.

Olvida mi furor.

MARÍA.

Y ahora prosigue...
Mi triste corazon quebranta y hiere;
Y en pago de la vida que te traigo,
Con tu injusto rencor mi duelo acrece.

DON ENRIQUE.

¡Oh! ¡perdona, perdona! tú no sabes
Cuánto en el alma gravitando duele
Esa espantosa imágen del suplicio,
Siempre á la vista con horror presente.
Aquí he pasado triste y solitario,
Bañado el rostro en lágrimas fervientes,
Breves dias de locas esperanzas
Y horribles noches de terror perenne.
Y en estas negras horas, cuando el alma,
Absorta en sus memorias tristemente,
Contempla su existencia dolorosa
Ántes tranquila y bienhadada siempre,
Entónces, ¡oh! tu imágen cariñosa
Á consolarme en mis dolores viene,
¡Ángel de amor y paz! sí, sí... perdona,
(Se arrodilla.)
Si te ultrajé, si te insulté demente.

MARÍA.

¡Levántate, por Dios!

DON ENRIQUE.

Deja... permite
Que esclavo, el polvo de tus plantas bese...
Yo no merezco á tan sublime altura
Alzar, María, mi infamada frente.

MARÍA.

¡Infamia! ¡esclavitud! ¿qué es lo que dices?
Yo no te entiendo: dime qué me quieres:
Háblame de mi amor, de tus dolores,
Y podrán nuestras almas comprenderse.

DON ENRIQUE.

¡De amor! y eso ¿es posible? ¡yo, que impío
Te insulté fementido!... ¿cómo puedes
Tanto agravio olvidar? ¿cómo es posible
Que tan alta piedad tu pecho encierre?
Bien dices: deja que en tus ojos beba
De puro amor el celestial deleite...
Que mire aquí tu cándida sonrisa,
De tibia luna á los reflejos ténues.
¡Oh! ¡cómo eres hermosa! ¡cómo es puro
Ese casto rubor, que dulcemente
Entibia el blando fuego de tus ojos,
Y tus mejillas pálidas enciende!
Yo no te conocia... ¡nunca supe,
Consoladora vírgen, comprenderte!...
Ya sé que, como el ángel que nos guarda,
La sacra antorcha de mis pasos eres.
(Ruido en la puerta del fondo.)

CARCELERO.

¡Álguien viene! ¡callad!
(Cierra la puerta de la izquierda.)

DON ENRIQUE.

¡Ellos acaso!

MARÍA.

¡Imposible! ¡tan presto!

DON ENRIQUE.

Sí, ya vienen...
Corramos... ¡áun es tiempo! sí, María.
Sálvame, por piedad... temo á la muerte.

## ESCENA VI.

DICHOS. JUAN DE BILBAO, que sale por el fondo.

JUAN.

¡Qué negra oscuridad!

DON ENRIQUE.

Sólo es un hombre.

MARÍA.

Otro tambien, que en tan horrible albergue
Espera ya su fin... háblale, llega...
Salvémosle tambien.

DON ENRIQUE.

¡Oh! no lo pienses.
Huyamos.

JUAN.

Gente aquí... sin duda alguna
Son compañeros de mi injusta suerte.
¿Quién va?

MARÍA.

¿No lo oyes? háblale, responde.

JUAN.

¿Quién está aquí?

MARÍA.

¡Esa voz!

DON ENRIQUE.

¡Calla! ¡detente!

(Se va acercando Juan, hasta que le da en el rostro el resplandor de la luna.)

MARÍA.

¡Mi padre! ¡Santo Dios!

JUAN.

¡Aquí, María!

MARÍA.

Huyamos... aún es tiempo.

JUAN.

¿De qué suerte?

MARÍA.

Esa puerta... mirad.

JUAN.

¿Qué es lo que dices!

MARÍA.

Vamos...

DON ENRIQUE.

¿Qué os deteneis?

JUAN.

¡Ah! no lo esperes.

MARÍA.

¿Qué causa?...

JUAN.

¿No lo sabes? ¿ignorabas
Que hice á Dios y á mi honor voto solemne
De perseguir hasta perder mi vida
Al que traicion á su deber hiciese?
Tú lo dijiste, tú: ¡que traidor sea (Á don Enrique.)
Quien abrigue al traidor! ¿tal vez pretendes
Que con tu mismo crímen deshonrado,
Manche tambien mi encanecida frente!
Harto infamaste mi lealtad: ufano
Á tu suerte precaria uní mi suerte,
Y te introduje en medio de los mios,
Traidor espía y venenosa sierpe.
No lo consentiré... pero hay un medio,
Y tan sólo por él salvarte puedes.

DON ENRIQUE.

¿De qué modo? decid.

MARÍA.

¿Cuál es?

JUAN.

Que muera
Solo aquí yo... ¡marchad, nadie os detiene!

MARÍA.

¡Vos!

JUAN.

Él ó yo.

MARÍA.

¡Piedad!

JUAN.

No hay otro medio.

DON ENRIQUE.

¡María! (Con tono suplicante.)

MARÍA.

¡Aparta! ¡aparta! (Con indignacion.)

DON ENRIQUE.

Sé clemente.
No, tú no olvidarás en sólo un punto
Tan bien sentido amor.

JUAN.

¿Qué te detienes?

MARÍA.

¡Por piedad!

JUAN.

Él ó yo.

MARÍA.

Sed generoso.

JUAN.

El tiempo pasa y los verdugos vuelven.

DON ENRIQUE.

¿Á quién eliges? habla.

MARÍA.

¡Y él lo duda!
(Con dignidad y sentimiento.)
¡Y lo dudais tambien? ¡ay! ¿de esta suerte
He merecido yo que desgarraseis
Mi pobre corazon, almas crueles!

DON ENRIQUE.

Elige, pues.

JUAN.

¿Vacilas?

MARÍA.

¡Padre mio!
¿Por qué, cruel, tan sin razon me ofendes?
Yo que por tí muriera, y por tu vida
Diera mi sangre toda, ¿cómo quieres
Que ese tu amor de padre siempre puro,
Por otro amor desvanecida trueque?

DON ENRIQUE.

¡Es preciso morir! (En la mayor desesperacion.)

JUAN.

¡Oh! sí... ¡perdona!...
Mi agravio olvida, y á mis brazos vuelve,
Tesoro de virtud, hija del alma,
Porque mi llanto y mi vejez consueles.
(Los dos se dirigen á la puerta de la izquierda.)

DON ENRIQUE.

¡Esperad, esperad!

MARÍA.

¡Es imposible!
¿No oís ese rumor?

DON ENRIQUE.

¡Mirad... ya vienen!
De rodillas, con lágrimas os pido
Que me lleveis tambien.

JUAN.

¡No, no... la muerte!
(Vanse.)

DON ENRIQUE.

¡Ah! ¡piedad! (Con un grito espantoso.)

JUAN. (Dentro.)

No hay piedad.

DON ENRIQUE.

¡Hora terrible!
¡Ellos son... ahí están... la puerta cede!

## ESCENA ÚLTIMA.

(El séquito que ha de acompañar al reo al suplicio: aparecen todos en la puerta del fondo; pero sin que ninguno entre en el teatro. Cuatro soldados traen hachas encendidas. Entre los de la comitiva, están EL MARQUÉS, EL CAPITAN y UN MAGISTRADO.)

MAGISTRADO.

¿Sabeis vuestra sentencia?

DON ENRIQUE.

¡Dios es justo!
Sea á lo ménos para mí clemente.

# SIMON BOCANEGRA.

## DRAMA EN CUATRO ACTOS, PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO,

representado por primera vez, en Madrid, en el Teatro de la Cruz, el dia 17 de Enero de 1843.

## PRÓLOGO.

### PERSONAS.

SIMON BOCANEGRA, *corsario al servicio de la república de Génova.*
JACOBO FIESCO, *noble genoves.*
LORENZINO BUCHETTO, *mercader.*
PAOLO ALBIANI, *tirador de oro.*
RAFAEL, *marinero al servicio de Simon.*
FIANO. . . } *Marineros.*
PIETTRO.. }
ZAMPIERI. }
PUEBLO. MARINEROS.

*Empieza la accion en Génova, año de* 1338.

Una gran plaza de Génova. En el fondo, la iglesia de San Lorenzo, que se iluminará luégo interiormente. À la derecha del espectador, el palacio de los Fiescos, figurando de mármol, con un gran balcon. En la fachada se verá una imágen de la Madona de Castelnovo, con un farolillo delante, que alumbrará esta parte de la escena. Entre el palacio y la iglesia quedará la entrada de una calle. A la izquierda, en primer término, una casa de pobre apariencia, y otra más regular en el fondo, pegada al muro de la iglesia. Entre estas dos casas, quedará tambien una calle. Empieza á caer la tarde.

### ESCENA PRIMERA.

PIETTRO, que sale de la iglesia. PAOLO desemboca al mismo tiempo por la izquierda y va á atravesar la plaza. Piettro se dirige á él.

PIETTRO.
¿Paolo Albiani?

PAOLO.
¿Quién me llama?

PIETTRO.
Espera un instante.

PAOLO.
¡Piettro!
¿Qué me quieres?

PIETTRO.
Necesito
De tu apoyo.

PAOLO.
¿Con qué objeto?

PIETTRO.
Esta noche ha de elegirse
El Abad, y el pueblo entero
Para apoyar á los nobles
Viene con tenaz empeño.
Pero estamos desunidos:
Tú, que ejerces grande imperio
Sobre las masas...

PAOLO.
¡Yo!

PIETTRO.
Y cuentas
Á tu voluntad sujetos
Cien votos...

PAOLO.
Sigue: ¿querrias
Ser nombrado?

PIETTRO.
¡Yo! ¿á qué efecto?
Yo no.

PAOLO.
¿Apoyas por ventura
Á alguna persona?...

PIETTRO.
Es cierto.

PAOLO.
¿Querida en Génova?

PIETTRO.
Mucho.

PAOLO.
¿Poderosa?

PIETTRO.
Yo lo creo.

PAOLO.
Y te será agradecida
Si la nombras...

PIETTRO.
Yo lo espero:
Y me premiará... es decir...

PAOLO.
Sí, sí: es decir que te has hecho
Ambicioso.

PIETTRO.
Eso no es malo;
Y cuando ayudan los tiempos...

PAOLO.
Tienes razon; de este cáos
Confuso, del desconcierto
En que vivimos, es fácil...

PIETTRO.
¿Crees?...

PAOLO.
Sí, Pietro; eso creo.

PIETTRO.
¿Puedes suponer?...

PAOLO.
De tí,
Perdóname, nada bueno
Supongo. Pero ¿quién es
Tu protegido? ¿es del pueblo?

PIETTRO.
Mercader.

PAOLO.
En hora buena.
Y ¿es?

PIETTRO.
Lorenzino Buchetto.

PAOLO.
¡Piettro!

PIETTRO.
El primer ciudadano
De Génova.

PAOLO.
No lo niego:
Es el más rico.

PIETTRO.
Y honrado.

PAOLO.
Prestamista y usurero.

PIETTRO.
Eso...

PAOLO.
Y dueño de un tesoro
Grande.

PIETTRO.
¡Inagotable!

PAOLO.
¡Inmenso!
Pero dime: ¿sabes tú
Dónde lo guarda?

PIETTRO.
Yo creo
Que en sus arcas.

PAOLO.
Te equivocas.

PIETTRO.
Pues ¿dónde?

PAOLO.
Dilo á los Güelfos.
Pregúntales con qué oro
La cruda guerra encendieron
Contra sus hermanos.

PIETTRO.
¡Cómo!...

PAOLO.
¿Conoces ahora el objeto
De su ambicion?

PIETTRO.
Yo no.

PAOLO.
Eres
Ó muy ladino, ó muy necio.

PIETTRO.
Te juro...

PAOLO.
Ni los Grimaldis
Son hoy ricos, ni los Fiescos.
Deudores de Lorenzino,
Le ayudarán, por supuesto,
En su elevacion: los cargos
Serán patrimonio de ellos.
Pocos meses bastarán,
Con el tesoro del pueblo,
Para cubrir...

PIETTRO.
¿Es posible!
Si fuera así, te prometo...

PAOLO.
Y en tanto nuestras galeras,
Desarmadas en el puerto,
No llevarán por los mares
La fama de nuestros hechos.
Pisa y Venecia caerán
Sobre nosotros á un tiempo,
Y seremos con desdoro
Esclavos de nuestros siervos.

PIETTRO.
Pero ¿hay alguno que pueda
Ocupar con honra un puesto
Tan peligroso?

PAOLO.
¡Sí le hay!

PIETTRO.
¿Le conoces tú?

PAOLO.
Sí, Piettro.

PIETTRO.
¿Quién es?

PAOLO.
Dime: para entrar
En la bahía, ¿es buen viento?

PIETTRO.
Excelente; mas ¿qué tiene
Eso que ver?...

PAOLO.
Hoy le espero.

PIETTRO.
¿Es genoves?

PAOLO.
Y valiente.

PIETTRO.
Su nombre...

PAOLO.
No sé si debo...
PIETTRO.
Pues...
PAOLO.
¡Si lo supiesen!... ¡tiene
Enemigos encubiertos
Y poderosos, que intentan
Darle la muerte!
PIETTRO.
¡Perversos!
PAOLO.
Si me ofreces, sin embargo,
Callarlo...
PIETTRO.
Con mi silencio
Cuenta.
PAOLO.
Le he escrito á Saona,
Y hoy debe entrar en el puerto.
PIETTRO.
¿Doria?
PAOLO.
Simon Bocanegra.
PIETTRO.
¿Ese corsario sangriento,
Que es el terror de los mares?
PAOLO.
El bravo entre todos, Piettro.
El que viendo ya perdido
Para Génova el imperio
De los mares, lucha sólo
Por recobrarla su cetro.
El que escándalo de Pisa,
Y de Venecia tormento,
Enarbola ante sus muros
Nuestro estandarte soberbio.
Pero no basta que tenga
Esa dignidad; yo anhelo
Más aún.
PIETTRO.
Si una corona
Fuese, ninguno por cierto
La merece...
PAOLO.
¡Una corona!...
Eso, poco más ó ménos.
PIETTRO.
Explícate.
PAOLO.
Sacudamos
El insoportable peso
De esa proteccion que ejerce
Nápoles en nuestro pueblo.
PIETTRO.
Y ¿qué más?
PAOLO.
Roto ya el yugo,
Nombrémosle Dux.
PIETTRO.
¿Y luégo?
PAOLO.
Él nos mandará.
PIETTRO.
Eso es c'aro.
Mas, ¿cuál será nuestro premio?
PAOLO.
¿No basta para tu orgullo
Ver elevado á tal puesto
Á un hombre que haya salido
De entre las masas del pueblo?
PIETTRO.
Paolo, vas descaminado.
PAOLO.
¿Por qué?
PIETTRO.
No nos entendemos.
El ódio á la gente noble,
¡La patria!... todo eso es bueno,
Paolo; pero... mejor es
Tener lo que tienen ellos.
En fin, si, ya proclamado,
Permite que desfoguemos
Nuestro enojo; si consiente
En no ver...
PAOLO.
No hables tan recio.
PIETTRO.
Esos palacios están
De riquezas y oro llenos.
PAOLO.
¡Chit!
PIETTRO.
¿Qué!
PAOLO.
Habla bajo.
PIETTRO.
Parece
Que nos vamos entendiendo.
PAOLO.
Sí.
PIETTRO.
Y ¿qué opinas?
PAOLO.
Que está bien
Pensado: excelente medio.
PIETTRO.
Con que... asunto concluido.
PAOLO.
Sí, Piettro: cuenta con ello;
Que yo cuento con tu apoyo.
¿Sois muchos?
PIETTRO.
Unos trescientos.
PAOLO.
Pero para que los nobles,
Y los demas que á Buchetto
Protegen, no estén de aviso,
Y logren...
PIETTRO.
No tengas miedo.

Nuestro es el triunfo. Y si quieres
Tambien que les estorbemos
Entrar...
(Entreabriendo el albornoz y enseñando un largo puñal que lleva al cinto.)

PAOLO.
¡Segun! es posible
Que nos convenga.

PIETTRO.
¡Silencio!
Álguien viene de este lado.

PAOLO.
Vuelvo á encargarte el secreto.
Voy á esperar en mi casa
Á Simon.

PIETTRO.
Bien.

PAOLO.
Hasta luégo.
(Vase por la derecha.)

**ESCENA II.**

PIETTRO. Despues BUCHETTO.

PIETTRO.
Tiene razon, en verdad:
Y aunque el objeto se tuerza,
Más han de darnos por fuerza
Que de pura voluntad.

BUCHETTO.
¡Áun no empiezan!
(Sale por la izquierda mirando á la iglesia.)

PIETTRO.
Dificulto
Que sin nuestra proteccion
Puedan vencer á Simon.

BUCHETTO.
¡Dios me valga! allí hay un bulto.
¿Quién puede ser?

PIETTRO.
¿Quién será? (Mirándole.)

BUCHETTO.
Distinguir de aquí no puedo...

PIETTRO.
Parece que tiene miedo.
Abordémosle.

BUCHETTO.
¿Quién va? (Retrocediendo.)

PIETTRO.
¿Eh? Yo conozco esa voz,
Y sin duda...

BUCHETTO.
¿Quién va, digo!

PIETTRO.
(Buchetto.)

BUCHETTO.
¿Quién?...

PIETTRO.
Un amigo.
(Acercándose.)

BUCHETTO. (Retrocediendo.)
¡Atras!

PIETTRO.
(¡Tiene un miedo atroz!)

BUCHETTO.
Si pensais hallar en mí
Oro...

PIETTRO.
Todo puede ser;—
Y bien lo podeis traer.

BUCHETTO.
¡Qué diablo!

PIETTRO.
¡Temblar así!

BUCHETTO.
¿Cómo?

PIETTRO.
Y ¿sois vos, por ventura,
El que de Génova intenta
Ser el Abad?...

BUCHETTO.
¿Es afrenta
(Se adelanta con resolucion hácia la escena, pero conservándose á distancia respetuosa de Piettro.)
Por acaso la cordura?
Pero decid, ¿quién sois vos?

PIETTRO.
Vedlo. (Se acerca á la luz de la Madona.)

BUCHETTO.
¿Eres tú?

PIETTRO. (Con desprecio.)
Respirad.

BUCHETTO.
¿Piensas que yo?...

PIETTRO.
Sí, en verdad;
Mas... quédese entre los dos.

BUCHETTO.
Quédese, ya que te empeñas
En eso.

PIETTRO.
Os tengo que hablar.

BUCHETTO.
¿Qué es ello?

PIETTRO.
¿Podeisme dar
De vuestra casa las señas?

BUCHETTO. (Con extrañeza.)
¿Mi casa?...

PIETTRO.
Como os he visto
Solamente en la asamblea...

BUCHETTO.
Pero...

PIETTRO.
Mi gente desea,
Por más que yo lo resisto,
De afecto por muestra clara,

En tan solemne ocasion
Celebrar vuestra eleccion
Con música y algazara.

BUCHETTO.

(¡Qué bueno!) Fuera molestia...

PIETTRO.

Y un escándalo á mi ver.

BUCHETTO.

¡Eso no!...

PIETTRO.

Y fuera ofender
Acaso vuestra modestia.

BUCHETTO.

Es cierto; y aunque sería
Para mí de mucho aprecio,
Vivo tan léjos...

PIETTRO.

(¡Qué necio!)

BUCHETTO.

Plaza de Santa María...

PIETTRO.

(¡En la plaza!)

BUCHETTO.

Frente al mar
Y al muelle grande.

PIETTRO.

¿Sí? ¡Es quínola!

BUCHETTO.

Junto al palacio de Spínola.

PIETTRO.

Ya.

BUCHETTO.

Mas procura estorbar...

PIETTRO.

Una vez el dique roto,
¿Quién se ha de oponer?...

BUCHETTO.

¡Oh! no.

PIETTRO. (Con intencion.)

Esta noche, apuesto yo
Á que teneis alboroto.

BUCHETTO.

Será preciso sufrir...

PIETTRO.

No hay duda. (Si al fin te pesco...)

BUCHETTO.

¡Adios! corro á ver á Fiesco.
Bien lo quisiera eludir;
Pero en tan triste ocasion...

PIETTRO.

Pues ¿qué?

BUCHETTO.

Su desgracia es mucha.
Una pena con que lucha
Le desgarra el corazon.

PIETTRO.

¿Cosas de familia?

BUCHETTO.

Cierto.

PIETTRO.

Adios. Hasta luégo, Abad.

BUCHETTO.

(¡Adulacion!) (Llama en la casa de Fiesco.)

PIETTRO.

(¡Vanidad!)
(Llama en la casa de la izquierda.)

(Se abre la puerta y aparece en el umbral Jacobo Fiesco, quien, despues de haber entrado Buchetto, cierra la puerta.)

FIESCO.

¡Á qué hora venís!

BUCHETTO.

¡Ha muerto!

(Entran los dos en la casa de Fiesco: Piettro en la de la izquierda.)

## ESCENA III.

SIMON BOCANEGRA y RAFAEL salen por la izquierda.

SIMON.

Que te espero, Rafael.

RAFAEL.

Mas ¿dónde?...

SIMON.

Junto á la puerta
Romana; mas si no acierta
Tu diligencia con él,
Preguntarás con recato.

RAFAEL.

Paolo Albiani...

SIMON.

Tirador
De oro.

RAFAEL.

Voy luégo, señor.

## ESCENA IV.

SIMON.

¿Qué me querrá? en vano trato
De adivinarlo. ¡Ya estoy
En Génova! ya ocultando
Mi destino, y tropezando
En nuevos peligros voy.
Ya con loca insensatez,
Atado en mis propias redes,
Voy llegando á las paredes
De Mariana otra vez.
Palacio en quien mi ventura
Hallada y perdida lloro,
¿Guardas aún el tesoro
De su infeliz hermosura?
Tal vez con rigor condena

Mi ausencia... ¿no ha maldecido
Este amor que nos ha unido
Con invencible cadena?
Acaso tambien mi muerte
Espera... ¡ay de mí! ¿por qué?
Mia la desdicha fué;
Mas la culpa es de la suerte.
Yo, que tu afecto divino,
Cuyos recuerdos adoro,
Dentro del alma atesoro,
Luchando con mi destino;
Yo, que para conquistar
Tu mano, con pecho fuerte
Mil veces busqué la muerte
En los peligros del mar,
¿No merezco tu perdon?
Iré á implorarle á tus piés,
Mariana, si ya no es
De piedra tu corazon.

### ESCENA V.

DICHO. PAOLO y RAFAEL.

RAFAEL.

¡Vedle!

PAOLO.

¡Simon!

SIMON.

¿Es cierto que te estrecho
Aquí en mi corazon? Otra vez vuelve,
Vuelve otra vez á mi afligido pecho.

PAOLO.

¡Cómo! ¿es posible aún?

SIMON.

¡Por mi castigo!
Siempre tenaz el torcedor horrible
Que desgasta mi vida, va conmigo.

PAOLO.

¡Tanta debilidad en tí es posible?

SIMON.

Déjanos, Rafael.

(Vase Rafael.)

PAOLO.

¿Tú, que has llenado
Los límites del mar, para tí estrechos,
De espanto! ¿tú, que á Génova has legado
La portentosa fama de tus hechos!

SIMON.

Sí, Paolo, sí: la vanidad del hombre
Satisfecha está ya: grande ó terrible,
Do quier se escucha pronunciar mi nombre.
Ya libre el Oceano
No ve surcar por sus inquietas olas
Al pirata africano,
Ni las naves del fiero veneciano
El imperio del mar abarcan solas.
Empero, ¿qué le importa por ventura
Á esa generacion envejecida,
Que teme el riesgo y los combates huye,
Que ya sin libertad, envilecida,
Á Nápoles se vende y prostituye?
¿Dónde está aquella raza que inspirada
De religiosa fe, con saña inquieta
Llevó la cruz al África espantada,
Y el pendon genoves clavó en Damieta?
Los héroes ¿dónde están? ¿en dónde aquellos
Que vió Jerusalen, rudos gigantes,
Sus altos muros debelar, y en ellos
Por largo tiempo dominar triunfantes?

PAOLO.

¡Murieron, es verdad! mas vendrá un hombre
Que el perdido valor regenerando
De este pueblo infeliz, al mundo asombre.

SIMON.

Di, Paolo, ¿y quién será?

PAOLO.

Quien vuelve ahora
Á su patria admirada,
De laureles la frente coronada,
Que el mundo aplaude y que Venecia llora.

SIMON.

¡Paolo!

PAOLO.

Vuelve los ojos: para ejemplo
De su amor, hoy ya Génova te abona
Su excelso imperio y su ducal corona
En la sublime santidad del templo.

SIMON.

¡Deliras!

PAOLO.

No, Simon; pero es preciso
Luchar. Aquí vendrán nobleza y plebe
Á elegir al Abad, y de improviso
El nombre de Simon resonar debe.

SIMON.

No, jamas.

PAOLO.

Dices bien; si lo aceptaras,
Fueras tan sólo Abad, y de ese modo
Acaso mis proyectos malograras.

SIMON.

Pero...

PAOLO.

Es preciso calcularlo todo.
Sea grande y tenaz tu resistencia.

SIMON.

¡Nada podrán lograr, nada!

PAOLO.

Eso es llano.
Irritará su afan tu indiferencia.

SIMON.

Seré inflexible.

PAOLO.

Lo serás en vano.
Dux te proclamarán...

SIMON.

Paolo, es locura:
No aceptaré.

PAOLO.

Lo aceptarás; y luégo,
¿Quién negará de su señor al ruego,
De la infeliz Mariana la hermosura?

SIMON.

¡Calla! ¿Infeliz has dicho?

PAOLO.

Desde el dia
En que ausente de tí la triste llora,
De ese palacio en la prision umbría,
Sin ver la luz del sol, la muerte implora.

SIMON.

¿No la has logrado ver? ¿nada te dijo?

PAOLO.

Nada: encerrada siempre...

SIMON.

¿Ni pudistes
De su suerte indagar?...

PAOLO.

Nada.

SIMON.

¡Inocente
Mártir leal, de mis amores tristes!
¡Oh! ¡dices bien! ve, corre, y de repente
Suene mi nombre allí: yo iré el primero.

PAOLO.

Vendrás, pero encubierto: no te vea
Ninguno.

SIMON.

Y ¿á qué fin?

PAOLO.

Porque no quiero
El misterio rasgar que te rodea.

SIMON.

Corramos.

PAOLO.

Áun no empiezan: un instante.

SIMON.

¿Áun hay más?

PAOLO.

¡Sí, por Dios! ¡mis condiciones!

SIMON.

¿Es posible!

PAOLO.

¡Simon! tambien guardaba
Mi pecho entre el volcan de sus pasiones
Esa pasion maldita.

SIMON.

Paolo, acaba.

PAOLO.

De la ambicion al seductor arrullo,
Tambien mi pecho con afan suspira.
Yo al escuchar el mágico murmullo
De esos altos palacios, yo con ira
Siento en mi pecho despertar mi orgullo.
Será encono tal vez, será locura;
Mas, con esta pasion en vano lidio,
Y de esos nobles la existencia envidio.
Quiero elevarme á su insolente altura,
Sus palacios morar, vestir sus galas,
Y quebrantar mi condicion oscura,
Y al sol tender de mi ambicion las alas.

SIMON.

¡Oh, mísero de tí! ¿piensas acaso
Que de esa altura el portentoso brillo
Nunca empaña el dolor?

PAOLO.

Sé que me abraso
En incansable afan por conseguillo.

SIMON.

Tú sólo ves su luz engañadora
Con deslumbrados ojos, desde léjos,
Y fácil su belleza te enamora,
Manantial de purísimos reflejos.
Desde tu pobre esfera, contemplado
Por caprichoso prisma peregrino,
Eden parece de fulgor bañado;
Blando y florido el seductor camino.
Mas avanza, y la senda, que bordaba
Fresco verdor, se cubrirá de abrojos,
Y el tibio resplandor que te alumbraba,
Ya foco ardiente, cegará tus ojos.

PAOLO.

¿Qué importa? Venza de mi pobre suerte
La cárcel miserable, y aunque rompa
De ese limpio cristal la rica pompa
La poderosa mano de la muerte.
No quiero, no, por el mezquino suelo
Arrastrar mi existencia despreciada
Como el gusano vil; quiero del cielo
Los espacios medir de una ojeada.

SIMON.

Y por esa razon... ahora lo veo,
Tan ávido y ardiente
Mostrabas de mis triunfos el deseo.

PAOLO.

¿Por qué negarlo?... sí.

SIMON.

¡Pasion demente!

PAOLO.

¿Aceptas?

SIMON.

Dime, en fin: ¿qué me propones?

PAOLO.

Tu infortunio ó tu bien partir conmigo.

SIMON.

¡Sea!

PAOLO.

En vida y en muerte.
Si tú sucumbes, moriré contigo;
Pero si triunfas, partiré tu suerte.

SIMON.

¿Cuentas ya por segura la victoria?

PAOLO.
Dux, el destino se somete al hombre
Que puede al mundo presentar con gloria
Tan bellos triunfos y tan alto nombre.

SIMON.
Y Fiesco ¿cederá?

PAOLO.
Cuando te aclame
Del pueblo entero el general murmullo,
Y su señor te llame,
Te tenderá sus brazos con orgullo.

SIMON.
¿Quién viene aquí?

PAOLO.
Es tu pueblo.

SIMON.
¡Desdichado
Pueblo!

PAOLO.
Sus hijos sin ventura gimen;
Pero de hoy más...

SIMON.
¡Oh! sí... romperé osado
Las infames cadenas que le oprimen.

## ESCENA VI.

DICHOS. PIETTRO. FIANO. ZAMPIERI. MARINEROS Y ARTESANOS.

PIETTRO. (Se acerca á Paolo y le reconoce.)
¡Paolo!

PAOLO.
¡Él es! calla.

PIETTRO.
¿Por qué?

PAOLO.
¡Silencio! áun no es ocasion.
(Paolo se dirige á la iglesia con Simon: Piettro le detiene.)

PIETTRO.
¿Me dejas?...

PAOLO.
Tienes razon.
Al punto te seguiré. (Á Simon.)
(Simon entra en la iglesia.)
Reúnelos diligente:
Háblales...

PIETTRO.
¿Y tú?

PAOLO.
Aquí estoy.

PIETTRO.
¿Fiano?

FIANO.
¿Quién llama?

PIETTRO.
Yo soy.
Venga aquí toda mi gente.
(Fiano hace seña á los grupos, y éstos empiezan á aproximarse.)

PAOLO.
Promete á montes el oro.

PIETTRO.
Bien; mas luégo ¿faltará?
Di.

PAOLO.
Para tí sé que habrá;
Para los demas, lo ignoro.

PIETTRO.
¿Estais todos?

FIANO.
Todos.

PIETTRO.
¡Ea!
Ninguno puede ignorar
Que hoy debemos aclamar
Al que Abad del pueblo sea.
Tambien sabeis que el objeto
De esta popular reunion
Debió de ser la eleccion
De Lorenzino Buchetto.

ZAMPIERI.
¡Oh! si en pagar no es mezquino..

FIANO.
Perded cuidado.

ZAMPIERI.
¿Habrá plata?

PIETTRO.
¡Seguro! mas no se trata
De nombrar á Lorenzino.

TODOS.
¡Cómo!

PIETTRO.
La nobleza toda
Le apoya.

FIANO.
Mayor razon
Para...

PIETTRO.
Ya es otra ocasion.

FIANO.
Y ¿qué?

PIETTRO.
No nos acomoda.

FIANO.
Entónces...

ZAMPIERI.
Quedamos frescos.

FIANO.
¿Y el compromiso?

PIETTRO.
Está roto:
En fin, yo no doy mi voto
Á los Grimaldis y Fiescos.

FIANO.
¿Buchetto?...

PIETTRO.
Es hechura suya.

FIANO.

Nadie en Génova lo ignora;
Pero eso ¿qué importa ahora
Para que así se le arguya?

(Paolo estará arrimado al palacio de Fiesco, de modo que le ilumine el farol de la Madona.)

PIETTRO.

Por eso mismo no debe
Ser elegido, á mi ver.
El que nos mande ha de ser
Escogido entre la plebe.

FIANO.

Y ¿quién?...

PAOLO.

Quien por alto honor
Ofrecerá á nuestra historia
Toda una vida de gloria
Honrada con su valor.

(Momento de silencio y admiracion.)

FIANO.

Es condicion que me alegra.

PIETTRO.

Y si llegais á saber
El nombre...

FIANO.

¿Quién puede ser?

PIETTRO.

Oid.

PAOLO. (Con solemnidad.)

Simon Bocanegra.

TODOS.

¡Simon!

PIETTRO.

El corsario.

ZAMPIERI.

¿Está
En Génova? ¡vive Cristo!...

FIANO.

¿Vendrá luégo?

ZAMPIERI.

Tú ¿le has visto?

PAOLO.

Esta noche arribará.

FIANO.

¿Trae oro?

PAOLO.

Cuatro galeras,
De perlas y orfebrería
Cargadas.

FIANO.

¡Por vida mia!...

PIETTRO.

Y si apoyarle quisieras...

FIANO.

Sí, ¡voto á brios! al fin es
Del pueblo.

ZAMPIERI.

Mas ¿qué dirán
Los Fiescos?

PAOLO.

¿Qué? callarán,
Si conocen su interes.

FIANO.

Sí, callarán.

PIETTRO.

Yo lo ofrezco,
Y si gritan... no os asombre
Mi rencor, porque hasta el nombre
De esa familia aborrezco.
¡Los Fiescos! el breve espacio
Que nos llega á separar,
Me ha permitido observar
Ese encantado palacio.
Desde el dia en que Mariana
En solitaria clausura
No encanta con su hermosura
Las rejas de su ventana,
Ayes murmurando extraños
De congojosa agonía,
Ha pasado dia á dia
La niña infeliz, tres años.
Y solamente retumba
De su triste voz el eco
En el largo espacio hueco
De esa misteriosa tumba.
Ni más humano rumor
Llega á sus cerradas puertas,
Sólo alguna vez abiertas
Á su orgulloso señor,
Que en el triste cautiverio
De esas mansiones sombrías
Pasa en soledad sus dias
Con calculado misterio.
Y cuando por dicha medra
Y nuevas gentes se ofrecen,
Áun los semblantes parecen
En esa casa, de piedra.

FIANO.

¡Vive el cielo que me pasmas!

PIETTRO.

Verle sin terror no puedo.

FIANO.

¿Es cosa de tener miedo
A visiones y fantasmas?

PIETTRO.

No, no son visiones; hablo
Con verdad.

PAOLO.

¡Cómo! ¿eso pasa?
(Con afectado espanto.)

PIETTRO.

Y quien vive en esa casa,
No es Fiesco.

FIANO.

¿Pues quién?
(Todos se reunen con interes.)

PIETTRO.

El diablo.

(Se separan riéndose, excepto Paolo, que se aparta del palacio santiguándose.)

PAOLO.

¡San Pablo!

FIANO.

¡Ba! ¿quieres ver
Cómo en vez de una vision
Asoma en ese balcon
La cara de una mujer?

PIETTRO.

Prueba.

(Fiano arroja una piedra al balcon: una de las puertas cede, sin que se note dentro luz alguna. Todos permanecen un momento silenciosos.)

FIANO.

¡Ah de casa!

PIETTRO.

¿Lo has visto?

FIANO.

¡Ese silencio me arredra!

PIETTRO.

Lo dije: todo ahí es piedra,
Áun los hombres.

FIANO.

¡Vive Cristo!
Es verdad.

ZAMPIERI.

¡Chit! ¡una luz!

(Se ve reflejar una luz del lado adentro de la puerta. Paolo y Piettro se retiran, manifestando temor.)

PIETTRO.

¡No os llegueis!

ZAMPIERI.

Es Fiesco: ved.

PAOLO.

Apartaos de aquí, y haced,
Si sois cristiano, la cruz.

(Se dirigen á la iglesia persignándose y volviendo atras la cara: cuando todos han entrado, se abre la puerta del palacio, y salen Jacobo Fiesco y Lorenzino Buchetto. Éste traerá una linterna encendida: cuando ha salido, cierra por fuera la puerta, dejando puesta la llave.)

## ESCENA VII.

### FIESCO. BUCHETTO.

BUCHETTO.

¿Que os deje?

FIESCO.

Buchetto, sí;
Quiero estar solo, llorar,
Sin que vengan á ahuyentar
Su sombra, que miro aquí
En torno de mí vagar.
Quiero encomendarla al cielo
En mi postrera plegaria,
Y ocultar mi desconsuelo
Bajo el tenebroso velo
De la noche solitaria.
Me ofende ese resplandor
Que ahuyenta la triste sombra
De aquel ángel de mi amor,
Hoy espectro aterrador
Que me fascina y me asombra.

BUCHETTO.

Mas luégo...

FIESCO.

Sí, temes ver
Tu anhelo fallido y vano.

BUCHETTO.

Ya veis.

FIESCO.

¿Qué puedes temer?

BUCHETTO.

Y es al fin vuestro deber
De amigo...

FIESCO.

Y de ciudadano.
¡Iré, Buchetto! verás
Realizada tu esperanza,
Y elegido Abad serás.

BUCHETTO.

¡Oh!

FIESCO.

Y en mi negra venganza
Entónces me ayudarás.

BUCHETTO.

Os vengaré.

FIESCO.

Sí, Buchetto,
Y hasta que brillante radie
El sol que á mi afan prometo,
¡Oh! que nadie sepa, nadie,
Mi vergonzoso secreto.

BUCHETTO.

¡Bien, bien! mas voy á animar
Á mis gentes. No falteis.

FIESCO.

¡Adios! puedes descuidar.

BUCHETTO.

Que no temais prodigar
Promesas: ya me entendeis.

FIESCO.

¡Bien! ¡bien!

(Buchetto entra en el templo. Fiesco permanece inmóvil en el umbral de la puerta.)

## ESCENA VIII.

### FIESCO.

Por última vez
Adios, altivo palacio,
Donde corrió mi niñez,
Y en cuyo anchuroso espacio
Me sorprendió la vejez.
Adios ya, sepulcro frio,
En cuyo centro sombrío
Hoy sólo á morar acierta
Mi pobre esperanza muerta
Y muerto el consuelo mio.
Ya aquel ángel soberano
Á tus balcones no asoma,
Porque insidioso y tirano,

Cebó su garra el milano
En la inocente paloma.
Porque burlando tu amor
Y hollando tu candidez,
Mariana, el vil seductor
Vertió deshonra y dolor
En mi caduca vejez.
Y ¡en vano fué que guardara
Vírgen santa el escondido
Centro que ya no te ampara!
¿Por qué dejó que llegara
El robador á tu nido?
¿Por qué, custodio leal
De su candor inocente,
Consentiste en nuestro mal
Que arrancaran de su frente
Su corona virginal?
¡Pero ay! ¡perdona! ¡perdona! (Se arrodilla.)
Por mí... sí, por mi delirio
Cruel, ¡oh santa Madona!
Ha alcanzado otra corona
De expiacion y martirio.

**ESCENA IX.**

FIESCO. SIMON BOCANEGRA.

(Bocanegra sale de la iglesia y se dirige lentamente hácia donde está Fiesco.)

SIMON.

Todos mi nombre murmuran.
¡Oh! si mi esperanza logro,
Mariana, en breve podrás
Llamarme por fin tu esposo.
Procuremos indagar...
Mas ¡qué miro! junto al pórtico
Está un hombre: ¿quién será?
(Se aproxima á Fiesco; éste vuelve el rostro, le reconoce, y da un grito, levantándose precipitadamente. Simon le mira con dolor.)

FIESCO.

¿Quién viene hácia aquí?

SIMON.

Ese rostro...

FIESCO.

¡Ah!

SIMON.

¡Fiesco!

FIESCO.

¿No me he engañado?
¿Eres tú? ¿tú? ¡Dios piadoso!
Tu santa mano le guia;
¡Tu justicia reconozco!
¿Qué buscas aquí? ¿qué ciega
Fatalidad, de ese modo
Te trae, Simon, á insultarme,
Cuando á Dios contra tí invoco?

SIMON.

¡Jacobo, piedad! ¡oh! mira
Cómo á tus plantas me postro:
Mírame, ¡oh padre! y perdona
Mis desenfrenos que lloro.
Porque mi crímen olvides,
Por merecer el tesoro
Que me has negado, tres años
He luchado sin reposo.
Por ella, siempre rompiendo
Por entre sirtes y escollos,
Los peligros he afrontado
De los mares borrascosos.
Por ella, Pisa y Venecia,
De sus glorias en oprobio,
Han dejado entre mis manos
Sus banderas por despojos.
Por ella, en fin, alzaré
De entre sus negros escombros
La gran ciudad que ahora gime
De su ignominia en el colmo.
¡Sí, Fiesco! ese que vacila
Envilecido coloso,
De hoy más le sustentará
La robustez de mis hombros.
Se alzará Génova altiva
Para mirarse en su golfo
Reina otra vez de los mares,
De Italia y del mundo asombro.

FIESCO.

¡Es tarde, Simon!

SIMON.

¿Es tarde!

FIESCO.

Y todo en el mundo es poco
Para vencer la influencia
De nuestros negros horóscopos.

SIMON.

¡Fiesco!

FIESCO.

Yo soy el primero
Que tu valor reconozco;
Mas me ofendiste, y ya sabes
Que ni olvido ni perdono.

SIMON.

¡Oh! ¡callad!

FIESCO.

Dios te ha escogido
Para blanco de mis ódios;
Y ¡ay de tí! ¡que el negro dia
De la expiacion vendrá pronto!

SIMON.

¿No cabe un medio?

FIESCO.

¡Es ya tarde!

SIMON.

Pues bien: ¡no importa! yo propio...

FIESCO.

No, ya está libre la oveja
De los furores del lobo.

SIMON.

Acaba: de una vez parte
Mi corazon.

FIESCO.

De uno ú otro
La muerte: ya no es posible
Otra paz entre nosotros.

SIMON.

Yo no mancharé en tu sangre
Mis manos; si estás ansioso
De la mia, ven: mi vida
Sumiso á tus plantas pongo.

FIESCO. (Con dignidad.)

¡Asesinarte!

SIMON.

Y en cambio,
Padre, depon ese enojo,
Y no suenen en mi oido
Tus execrables pronósticos.

FIESCO.

Pues bien: ¡oye!... si esa niña
Que nunca han visto mis ojos,
Triste y desdichado fruto
De vuestro amor licencioso,
Me concedes, yo te juro,
Por cuanto en el mundo adoro,
Hacer su ventura.

SIMON.

(¡Cielos!)

FIESCO.

Á este precio te perdono.

SIMON.

¡No es posible, Fiesco! el cielo,
Cruel siempre y rigoroso
Conmigo, me ha arrebatado
Esa prenda.

FIESCO.

¿De qué modo?

SIMON.

Una noche, abandonando
Mi nave, encubierto y solo
Toqué la enemiga tierra,
Que guardaba mi tesoro.
Allí en un mísero pueblo,
Á la orilla del mar próximo,
Crecia en quietud y olvido,
Aunque ausente de mis ojos.
Llegué á la cerrada puerta
De su albergue silencioso,
Agitado de esperanzas
Y palpitando de gozo.
Nadie respondió.

FIESCO.

La muerte
Acaso...

SIMON.

Pregunto á todos...
¡Oh! ¡la pobre anciana, que era
De su niñez el apoyo,
Murió! la mísera niña,
Arrastrándose en el polvo,
Lloró un dia y otro dia
Su miseria y abandono.

FIESCO.

Despues...

SIMON.

Desapareció.

FIESCO.

Y ¿adónde?

SIMON.

Fiesco, lo ignoro.

FIESCO.

Si es así, ya no es posible
Union ni paz.

SIMON.

¡Uno y otro!
Yo con mi amor y respeto
Disiparé tus enojos.

FIESCO.

¡Adios!

(Se dirige lentamente hácia la iglesia, y al llegar á la puerta, se detiene observando á Simon.)

SIMON.

¡Oh! ¡raza de Fiesco,
Siempre implacable en sus ódios,
Siempre cruel y sangrienta
Desde su orígen remoto!
¿Es posible que aquel ángel,
Cuya candidez adoro,
Entre esa raza naciera
De reptiles venenosos?
¡Oh! sí; porque Dios permite,
De su gracia en testimonio,
Que nazcan siempre las rosas
En medio de los abrojos.
Por eso yo, que atrevido
La desprendí de su tronco,
Me ensangriento en sus espinas
Á la par que la deshojo.
Llegarme quiero al palacio:
La seduccion y el soborno
Quizá me abrirán sus puertas;
Que todo lo puede el oro.

(Da tres golpes en la puerta: sucede un instante de silencio.)

¡Eterno Dios! ¿qué me indica
Este silencio horroroso?
¿Por qué á mis golpes fatídico
El eco responde solo?

(Advirtiendo la llave que está puesta en la puerta.)

¿Pero qué es esto? ¡una llave!
¿Qué puede ser? De medroso,
En el comprimido pecho
La respiracion ahogo.
¿Estará sola? Jurara
Que allá se perciben sordos
De algun pecho moribundo
Los apagados sollozos.—
¡Ilusion! Pero ¿qué dudo?
¡Entremos, entremos pronto,
Viven los cielos! ¿qué tardo,
Que ya su prision no rompo!

(Abre la puerta del palacio y entra.)

**ESCENA X.**

JACOBO FIESCO, á la puerta de la iglesia.

FIESCO.

¡Entra, Simon! en tus brazos
Estrecha el helado tronco,
Miéntras yo, mísero padre,
Tus torpes amores lloro.
¡Mírala bien! en sus labios
Se heló de la vida el soplo,
Y ya no podrás mirarte
Enamorado en sus ojos.

(Entra en la iglesia; al mismo tiempo se ve aparecer á Bocanegra en el balcon de palacio.)

**ESCENA XI.**

BOCANEGRA, en el balcon.

¡Todo es silencio y tinieblas!
¡Pavor y misterio todo!
Las palabras de aquel viejo
Me turban con nuevo asombro.
Aquí hay una luz... veamos.

(Descuelga el farol que alumbra á la Madona, y procura alumbrar con él en el interior del palacio; pero sin entrar.)

¡Allí... vive Dios! dudosos
Negros fantasmas se pintan
Sobre los muros, diabólicos.
¡En aquel lecho, parece
Que sobre humanos contornos
Levemente se dibuja
Lívido y mortal un rostro!
No... es el terror. ¿Y si fuera
Realidad? ¡Dios poderoso!
¡Oh! si es verdad, ¿cúyo es ese
Fatídico inmóvil tronco?

(Entra, y se oye gritar poco despues.)

¡Mariana! ¡Mariana! ¡cielos!

**ESCENA XII.**

PAOLO. PIETTRO.

PIETTRO.

¡Ya lo visteis! casi todos.
Por Lorenzino Buchetto
Apénas habrá cien votos.

PAOLO.

Pero él no está: si intentara
Renunciar acaso...

PIETTRO.

¿Cómo?
Es imposible: estará
En la iglesia.

PAOLO.

Vamos pronto
A buscarle.

PIETTRO.

Habrá acudido
Al oir el alboroto.

**ESCENA XIII.**

SIMON sale despavorido del palacio.

SIMON.

¡Oh! ¡es un sueño! ¡sí... sin duda!
¡Un sueño horrible, espantoso!
¡Muerta, helada!... ¡no es posible!
No...

VOCES.

¡Bocanegra!

SIMON.

¡Qué oigo!
¿Qué voces son ésas? ¿son
De esos que giran en torno
De mí, terribles fantasmas,
De negro semblante torvo?

VOCES.

¡Bocanegra!

SIMON.

Del infierno
Se desprenden esos roncos
Clamores: ¿sueño ó deliro?

**ESCENA XIV.**

DICHOS. PAOLO. PIETTRO. ZAMPIERI. MARINEROS Y PUEBLO, con luces.

PAOLO.

Vedle.

PIETTRO.

Ahí está.

SIMON. (Mirándolos con ojos desencajados.)

¡Qué espantoso
Sueño!

PAOLO.

¿Qué dices!

SIMON.

¡Dejadme,
Dejadme, torpes abortos
De mi mente! ¡ay! ¡apartad
Esas luces de mis ojos!
¡Muerta! ¡muerta!

PAOLO.

Ya eres Dux.
El pueblo lleno de gozo
Te aclama.

PUEBLO.

¡Viva!

SIMON.

¡Una tumba!
¡Una tumba, Paolo!

(Dejándose caer en sus brazos.)

PAOLO.

¡Un solio!

# ACTO PRIMERO.

## PERSONAS.

SIMON BOCANEGRA, *primer Dux de Génova.*
JACOBO FIESCO.
GABRIEL ADORNO.
LORENZINO BUCHETTO.
PAOLO.
PIETTRO.
MATTEO.
MARÍA BOCANEGRA, *bajo el nombre de Susana.*
JULIETA.
LÁZARO.
ESBIRROS.
SOLDADOS GENOVESES.
PUEBLO.

*La accion pasa en Génova, año de 1362.*

Palacio de los Grimaldis. El teatro representa un salon de paso en un piso bajo, con una puerta al fondo y una ventana, desde la que se verá el campo, y á lo léjos el golfo de Génova. Á la izquierda, una puerta que da entrada á las habitaciones interiores del palacio. Otra puerta á la derecha, que comunica á varios salones deshabitados. A poco de levantarse el telon, empieza á amanecer.

### ESCENA PRIMERA.

JULIETA, á la reja.

¡Es cosa bien rara! el dia
Ya se viene á más andar,
Y Gabriel áun no parece.
¿Si algun suceso fatal!...
Toda soy ojos y oidos;
Pero es inútil afan;
Que ni su sombra aparece,
Ni se escucha la señal.
Mas si bien se le examina,
No sé yo lo que tendrá;
Que estos dias anda inquieto
Sin alegría y sin paz.
Ya Susana lo ha notado,
Y áun ha dado en cavilar
Si otro amor... ¡Vaya! ¡los celos
Son cosa tan natural!
Mas si no me engaño, allí
Se mueve un bulto: él será;
Pero aguardaré la seña.
(Se oyen tres palmadas.)
No hay duda: es nuestro galan.
(Julieta repite la seña.)
¿Si tendrá razon Susana?
¿Si en otra reja quizá
Pasa la noche? ¿quién sabe!
(Abre la puerta del fondo y entra Gabriel.)
Abramos la puerta.—Entrad.

### ESCENA II.

JULIETA. GABRIEL.

JULIETA.
¿Sois vos?
GABRIEL.
¿Julieta?
JULIETA.
Cansada
De esperaros estoy ya.
GABRIEL.
Perdona: graves asuntos
Me han impedido llegar
Ántes.
JULIETA.
¿Muy graves?
GABRIEL.
Te juro...
JULIETA.
No jureis.
GABRIEL.
Mas ¿dónde está
Susana?
JULIETA.
Tambien cansada,
Dudando que á una hora tal
Vinieseis...
GABRIEL.
¿No me aguardaba?
JULIETA.
Y sospechando ademas...
GABRIEL.
¡Qué! ¿sospecha?
JULIETA.
Y con razon.
GABRIEL.
¡Razon! ¿cuál, Julieta?
JULIETA.
¿Cuál?
¿Me lo preguntais? há tiempo

Que en vuestro semblante están
Grabadas hondas tristezas,
Que procurais ocultar.
Las noches que ántes pasabais
Á esta reja, las pasais
Agora, ¿quién sabe dónde!
¿No es conducta singular?
En fin, tiene celos.

GABRIEL.

¿Ella
Celos? ¿de quién?

JULIETA.

Y es tenaz;
Y, concebida la idea...

GABRIEL.

Mas tú la convencerás.
¿Susana celos! ¿no sabe
Que el sol que su lumbre da
Al mundo es rey, y no admite
Entre los astros rival?
Llámala: dila que ansioso
Por verla, de la ciudad
Vengo.

JULIETA.

¿De Génova?

GABRIEL.

Sí:
He corrido sin cesar
Toda la noche.

JULIETA.

¡Qué miedo!
Pero ¿á qué fuisteis allá?

GABRIEL.

Julieta, ése es mi secreto:
Si le quiere respetar
Susana...

JULIETA.

Voy á avisarla,
Y ella misma os lo dirá.

(Vase por la izquierda.)

## ESCENA III.

GABRIEL. SUSANA.

GABRIEL.

¡Celos! ¿cómo puede ser
Que en su soledad oscura
Ignore de su hermosura
El soberano poder!
Es cierto que de esta ausencia
Misteriosa y repentina,
Si la causa no examina,
Me condena la apariencia.
Y creerme no querrá
Si, guardando mi secreto,
No la revelo el objeto...
¡Susana!

SUSANA.

¿Vinisteis ya?

GABRIEL.

Perdona, perdonamé,
Si burlando tu esperanza,
Te ha enojado mi tardanza.
¿Estás quejosa?

SUSANA.

No sé;
Porque te tengo presente,
Y á tu vista, cariñosa
No sé reñirte quejosa,
Aunque lo prometa ausente.
Enojábame de véras;
Mas fué, y así Dios te guarde,
No de que vinieras tarde,
Sino de que no vinieras.

GABRIEL.

¡Susana! ¡tanta aficion
Por mí! ¿tan santa ternura
Mereció de tu hermosura
Este pobre corazon?
Yo, que en rudo temporal
Correr mi existencia vi,
Yo hallé, pobre niña, en tí
De mi esperanza el fanal.
En orfandad como yo,
Desde tu opulenta cuna,
El rigor de la fortuna
Tambien á tí te alcanzó.

SUSANA.

¡Gabriel, calla!

GABRIEL.

Un tiempo fué,
De seductora memoria,
En que, ambicioso de gloria,
Nombre y honor conquisté.
Un tiempo en que el corazon
Con dolor me desgarraba
Ver á mi Génova esclava
En vergonzosa abyeccion.
Por ella luché, y el hado
Nuestra causa abandonó,
Y allí mi padre cayó
En el combate, á mi lado.
Lloré su muerte, y aquí
Sólo brilló una esperanza
De destruccion y venganza,
Hija de mi frenesí.
Éste era yo; pero luégo
Te ví, Susana, y tus ojos
Disiparon los enojos
Del hombre perdido y ciego.
Esclavo de tu beldad,
Sumiso en plácida calma,
Reflejaron en mi alma
Los rayos de tu bondad.
Ya con la dulce esperanza
De tu pasion satisfecho,

Apénas cabe en mi pecho
El afan de la venganza.
Y dejo al fin que me venza
Esta pasion, y no vengo
La sangre...

SUSANA.

¡Gabriel!

GABRIEL.

¡Oh! tengo
De mis delirios vergüenza.

SUSANA.

Sí, vergüenza de tu amor.

GABRIEL.

¡No, no!

SUSANA.

En vuestro orgullo loco,
Teneis nuestro amor en poco,
Y en mucho vuestro rencor.

GABRIEL.

Te engañas: saben los cielos...

SUSANA.

Sin embargo, áun no te he dicho
Mi tormento... es un capricho
Tal vez; pero tengo celos.

GABRIEL.

Un capricho: dices bien.
Y ¿tienes causa?

SUSANA.

Sí, mucha,
Gabriel: ¿qué mujer escucha
Tus palabras con desden?
Y luégo, ¿por qué á esta hora
Vienes? Si en mi amor te abrasas,
¿En dónde las noches pasas
Hasta la luz de la aurora?
Dime...

GABRIEL.

Si no tienes fe
A que tu creencia acuda,
¡Triste de mí! que esa duda
Aclararla no podré.

SUSANA.

¿Si tengo fe? ¿si te creo?
Sí, sí...

GABRIEL.

Pues bien: ya que abrigas
Sospechas, nada me digas
Que revele ese deseo.
Y ya que tan larga ausencia
Tu curiosidad ofende,
Sabe, en fin, que de ello pende
Tu ventura y mi existencia.

SUSANA.

¡Me estremeces!

GABRIEL.

Y ahora, di:
¿Quieres saber?...

SUSANA.

No; mas deja
Que al ménos te dé una queja.
¿Querrás escucharla?

GABRIEL.

Sí.

SUSANA.

Si sabes que mi ternura
Solo tu amor ambiciona,
¿Por qué arriesgar tu persona
Por conquistar mi ventura?
Y si así te precipitas,
Muriendo, ¿qué lograrás?
Con oro ¿me pagarás
Lo que contigo me quitas?

GABRIEL.

¿Crees tú?...

SUSANA.

De tu ambicion
Conozco el mudo resorte;
Y ¡ay Gabriel! teme no aborte
Tu peligrosa ilusion.
Lograrás, si el eje falso
De tu ambicion se derrumba,
Para mí, Gabriel, la tumba;
Para tí, tumba y cadalso.

GABRIEL.

¡Qué! ¿piensas!...

SUSANA.

Aunque no sea
Mi negro temor fundado,
Esta sospecha me ha dado
Tu intimidad con Andrea.
Siempre inquieto y descontento,
Por un trastorno suspira,
Y me temo que conspira...

GABRIEL.

¡Calla!

SUSANA.

¿Por qué temblar siento
Tu helada mano en la mia?
Si estás inocente, di,
¿Por qué te turbas así?
¿Por qué esa frente sombría?
¡Callas!

GABRIEL.

Procura olvidar
Esos extremos.

SUSANA.

¡Extremos!
Ven, Gabriel, y contemplemos
Los encantos de ese mar.

(Acercándose á la ventana.)

Sobre su lecho espumoso,
Cuya inmensidad me espanta,
Génova allá se levanta,
Alto asiento de un coloso.
Hácia allí mis ojos van
Á clavarse: allí seguros,

Tras de sus soberbios muros,
Tus enemigos están.

GABRIEL.

¿Qué dices?

SUSANA.

Y cuando pienso
Que, objeto acaso de un dolo,
Medirte quieres tú solo
Contra ese poder inmenso,
Con horrible prediccion,
Que mis dolores acrece,
Aquí dentro se estremece
Helado mi corazon.

GABRIEL.

¡Calla, Susana! así puedes
Despertar á los dormidos:
Mira que tienen oidos
Esas murtas y paredes.
Apénas oses hablar
Breves, silenciosas voces,
Los vientos irán veloces
Llevándolas sobre el mar;
Y al tirano, en su region,
De donde abismarte puede,
Llegará cuanto no quede
Guardado en tu corazon.
¡Tal es nuestra suerte impía,
Susana! y ¿quién se defiende
Del villano que le vende,
Y del traidor que le espía!

SUSANA.

¡Me haces pensar!...

GABRIEL.

¿Qué?

SUSANA.

Si fuera...

GABRIEL.

Explícate.

SUSANA.

¿No has notado
Vagar un hombre embozado
Lo largo de la ribera?
Todos los dias le veo,
Y lo que más me da enojos,
De aquí no aparta sus ojos.

GABRIEL.

Algun rival...

SUSANA.

No lo creo.
Ántes su presencia muestra
Indicios que auguran mal:
Su continente es fatal,
Y su mirada siniestra.

GABRIEL.

Le acecharé, por mi vida,
Y si es lo que temes...

(Se ve cruzar por delante de la ventana un hombre embozado, observando cautelosamente á los dos amantes.)

SUSANA.

¡Ah!

GABRIEL.

¿Qué tienes?

SUSANA.

¡Mira! allí está.

(El hombre ha acabado de cruzar, y Gabriel no podrá verle cuando vuelva el rostro.)

GABRIEL.

¿Quién?

SUSANA.

Esa sombra atrevida.
Mas ¿qué busca, qué desea
Ese hombre, siempre á esta hora!
¡Oh! ¡tengo miedo!

JULIETA.

¡Señora!
Ya se ha levantado Andrea.

SUSANA.

Él se dirige hácia aquí.
¡Llama!

(Se oye llamar á la puerta.)

GABRIEL.

¡Bien! así sabré
Lo que busca, y por mi fe
Que ha de decírmelo á mí.
Abre al punto.

(Julieta abre, y entra Piettro.)

## ESCENA IV.

DICHOS. PIETTRO.

PIETTRO. (Entra con aire desenfadado.)

Perdonad,
Señora, si os incomodo.

JULIETA.

¡Válgame Dios!

PIETTRO.

Y á mí y todo.

JULIETA.

¡Me gusta la libertad!

GABRIEL.

¿Á qué vinísteis?

PIETTRO.

¿Sois vos (Con insolencia.)
El dueño?

GABRIEL.

No.

PIETTRO.

Pues ¡me agrada!

GABRIEL.

¿Qué respondeis?

PIETTRO.

Que no hay nada
Que tratar entre los dos.

(Gabriel quiere dirigirse á él; Susana le detiene.)

SUSANA.

Mas yo lo soy en ausencia
De mis hermanos: decid
Lo que quereis.

GABRIEL.

Y advertid
Que estorba vuestra presencia.

PIETTRO.

Lo veo. (Con malicia.) Mi comision,
Señora, no ha de afligiros.
Sólo vengo á preveniros
La venida de Simon.

SUSANA.

¿El Dux!

GABRIEL.

(¡Cosa singular!)

JULIETA.

(¡Conmigo sea la Madona
De Ischia!)

PIETTRO.

Viene á Saona
Esta jornada, á cazar.
Y como en todo el espacio
Que imagina recorrer,
Sólo le puede acoger
Dignamente este palacio,
Por mí os ruega...

SUSANA.

Basta ya.
¿Á qué prevenirme así?
Al Dux le diréis que aquí
Todo á su obediencia está.

GABRIEL.

¡Susana!

SUSANA.

Y besad sus manos
En mi nombre.

PIETTRO.

Así lo haré.
(Vase, y Julieta cierra la puerta.)

**ESCENA V.**

DICHOS, ménos Piettro.

SUSANA.

Gabriel...

GABRIEL.

Señora, ya sé
Que mis furores son vanos;
Que recibirle es prudencia,
Y otra cosa desatino;
Pero temo á mi destino,
Y me aterra su presencia.

SUSANA.

Sí: cuanto dices es llano;
Mas sabe, por nuestro bien,
Que acaso viene tambien
Para pedirme mi mano.

GABRIEL.

¿Te burlas!

SUSANA.

Tiempo há que estoy
Ocultando este secreto;
Mas sé cuánto comprometo,
Si ya no lo sabes hoy.
Ya há tiempo que con ardor,
Cuya pureza sospecho,
De aquí en torno anda en acecho
Un oculto rondador.
Un dia al fin... no te asombre
Mi curiosidad, traté
De indagar, no sé por qué,
Su condicion y su nombre.

GABRIEL.

Y ¿quién era?

SUSANA.

No te puedo
Explicar de qué manera
Me aterró.

GABRIEL.

Pero ¿quién era?

SUSANA.

Desde entónces tengo miedo.

GABRIEL.

Ese nombre ¿es tan atroz?

SUSANA.

Perdóname si te irrito.
Es Albiani.

GABRIEL.

¡El favorito
De ese tirano feroz!

SUSANA.

¿Comprendes ahora el objeto
De su venida?

GABRIEL.

¡Admirado
Estoy! ¿Por qué has ocultado
Ese terrible secreto?

SUSANA.

Ya no hay tiempo que perder,
Y ántes que el peligro sea
Mayor, corre á ver á Andrea.

GABRIEL.

Y con verle, ¿qué he de hacer?

SUSANA.

Pregunta á tu corazon
Lo que á tu cariño toca,
Y por tí y por mí le invoca
Á apresurar nuestra union.

GABRIEL.

Sí, sí, arrostremos la suerte,
Susana: hoy mia has de ser,
Ó primero he de perder
La existencia, que perderte.

**ESCENA VI.**

SUSANA. JULIETA.

SUSANA.

Ya ves: bien me lo anunció;
Pero lo procura en vano,
Y ántes que darle mi mano...

JULIETA.
Si ya el Dux se la ofreció...
SUSANA.
Me escuchará, y mi agonía
Le conseguirá ablandar.
JULIETA.
Pero...
SUSANA.
No puede llegar
Á tanto su tiranía.
JULIETA.
¿Y si se obstina?
SUSANA.
No á fe;
Y si oprimirme quisiera,
Si tanto su rigor fuera,
Toda la verdad diré.
JULIETA.
¿Qué habeis de decirle?
SUSANA.
Nada:
Son misterios que aquí pesan
Mucho... y que no te interesan.
Si he de ser desventurada,
Si otros dias más serenos
Al cabo no he de gozar,
Viva infeliz sin doblar
Esclava mi frente al ménos.
Mas, que no olvides te advierto
Que el Dux va luégo á venir,
Y que es fuerza prevenir
Esos salones.
JULIETA.
Es cierto.
Aunque por mí, Dios me lleve
Si hubiera yo consentido...
SUSANA.
Nunca da el noble al olvido
Lo que al soberano debe.
(Las dos entran por la derecha: un momento despues, salen por la izquierda Fiesco y Gabriel.)

## ESCENA VII.

FIESCO. GABRIEL.

FIESCO.
Ven, salgamos aquí; que si los mios
Con probada lealtad me sirven fieles,
No quiero sin embargo que Susana
Nuestros proyectos lúgubres sospeche.
GABRIEL.
Ya los sabe, señor.
FIESCO.
¿Quién te lo ha dicho?
GABRIEL.
Ella misma.
FIESCO.
¿Es posible?
GABRIEL.
Por vos teme.
FIESCO.
Pero ese espía misterioso...
GABRIEL.
Es ella
Quien le ha visto tambien.
FIESCO.
Y ¿de qué suerte?...
GABRIEL.
Todos los dias á la luz del alba
Á la orilla del mar se la aparece.
FIESCO.
¡Respóndeme, Gabriel! ¿por qué Susana,
Miéntras su padre descuidado duerme,
Abandona su lecho?
GABRIEL.
Un amor casto
Sentada en esa reja la detiene.
FIESCO.
¿Conoces al amante?
GABRIEL.
¿Á qué ostigarme
Con extrañas preguntas?
FIESCO.
¿Tú lo eres?
GABRIEL.
Sí, padre mio, sí; y afortunado
Es con ella mi amor, pues que merece
Correspondencia igual: ya sólo espero
Que vuestro labio mi ventura selle.
FIESCO.
¿Y si fuera imposible?
GABRIEL.
¡Cómo! acaso
Destinada á otros vínculos...
FIESCO.
No es ése
El obstáculo.
GABRIEL.
¿Cuál?
FIESCO.
Su cuna humilde;
Mas si á tu orgullo tu pasion excede...
GABRIEL.
¡Qué! Susana Grimaldi...
FIESCO.
¿Y si ese nombre,
Si ese altivo blason suyos no fuesen?
GABRIEL.
¿No es la hija del Conde?
FIESCO.
En un convento
De Pisa, refugiada, la inocente
Niña, lloró su soledad.
GABRIEL.
Y ¿vive?
FIESCO.
No, Adorno: allí la sorprendió la muerte.

GABRIEL.

Pero explicadme...

FIESCO.

El dia en que sus ojos
Á la vida cerrando para siempre,
El largo sueño de la eterna noche
De fria amarillez cubrió su frente,
Una niña infeliz cuya hermosura
Luz derramaba de candor celeste,
Bañada en llanto y demandando asilo,
Llegó al umbral del solitario albergue.
Aquella grey piadosa, cuyas almas
En santo amor la religion enciende,
Bajo su techo la acogió, abrigando
Su desnudez con caridad ardiente.
Desde entónces, allí, la solitaria
Celda habitó, donde en contraria suerte
Desdichada tambien, huérfana y niña,
Susana oraba con dolientes preces.

GABRIEL.

Bien; y si eso es verdad, ¿cómo, decidme,
Ese nombre heredó?

FIESCO.

Los grandes bienes
Del Conde, Bocanegra reclamaba.

GABRIEL.

¡Qué! ¿no hay Grimaldis ya que los hereden?

FIESCO.

Sí; pero están proscritos, y á entregarse
Del leon en las garras no se atreven.

GABRIEL.

Y olla ¿lo sabe?

FIESCO.

Todo.

GABRIEL.

Y ¿nuestro enlace
Que rompa acaso por orgullo, teme?

FIESCO.

¿Quién sabe?

GABRIEL.

¿Qué me importan mis blasones,
Si ya á su amor esclavicé mi suerte?

FIESCO.

¿Con que es verdad! Mis esperanzas todas
Van á cumplirse, ¡oh Dios! por fin ya puede
Realizarse esta union, que el cielo mismo
En sus arcanos decretar parece.

GABRIEL.

¿Es posible, señor!

FIESCO.

Pero este enlace,
Gabriel, del triunfo, del valor depende.
Si vencemos, es tuya; y un convento
La alejará del mundo, si tú mueres.

GABRIEL.

Y ¿á qué esperar?...

FIESCO.

Las almas mujeriles,
De amor dotadas, sin el duro temple
Del osado varon, toda la gloria
De ese horrible martirio no comprenden.
La muerte, que en las causas más injustas
La memoria del mártir ennoblece,
Para esas almas tiernas, el encanto
Que para el alma varonil, no tienen.
¡Pobre Susana! si en la lucha horrible,
Ó en el suplicio al que la adora pierde,
Al ménos con su cándida inocencia
En negro claustro su dolor encierre.
No permitas que arrastre la cuitada
Lutos de viuda en el Abril luciente
De su temprana juventud.

GABRIEL.

Mas luégo
Será mia, ¿es verdad?

FIESCO.

¡Tuya! ¿qué temes?

GABRIEL.

No sé, Fiesco, no sé.

FIESCO.

¡Calla ese nombre!

GABRIEL.

¿Quién puede aquí escucharnos?

FIESCO.

¿De esa suerte
Olvidaste?...

GABRIEL.

Es verdad: hablemos paso.
Mas ¿cuándo?...

FIESCO.

Ten paciencia: será en breve.
¡La juventud fogosa se escarria!
Si obedeciera de tu pecho ardiente
Al temerario impulso...

GABRIEL.

Y ¿qué nos falta
Para empezar la lucha?

FIESCO.

Armas y gente.

GABRIEL.

¡Os engañais! los rudos labradores
De Mónaco y Saona sólo un jefe
Esperan que los guíe á la matanza;
Génova á sus tiranos aborrece,
Y al primer grito que proclame guerra,
Á la lid volverán nobleza y plebe.

FIESCO.

¡Los labradores de Saona! Corre,
Diles que asalten las murallas fuertes
Con sus corvos arados; que en las torres
De Varragio y Arénzano penetren.
Verás esas bandadas de palomas
Al sonar el clarin desvanecerse,
Y el poder colosal de Bocanegra
Con nuevo brillo aparecer luciente.
Corre á excitar al pueblo y á los nobles
Á que rompan su yugo: si demente

No te juzgan, mañana en un cadalso
La vida perderás como rebelde.

GABRIEL.

¿Qué nos resta?

FIESCO.

La astucia.

GABRIEL.

¡Medio indigno
Para el triste que espera y aborrece,
Para aquel que la sed de la venganza
Dentro del corazon ahogarle siente!

FIESCO.

Es fuerza, ó renunciar.

GABRIEL.

Á vuestro agrado
Disponedlo, señor; pero de suerte
Que inútiles temores no retarden
El instante feliz de que me vengue.

FIESCO.

¿Lo deseo yo ménos?

GABRIEL.

Mas Susana
Nuestro proyecto ha de ignorar.

FIESCO.

Se entiende;
Mas no el de vuestra boda.

GABRIEL.

¡Padre mio!
El término abreviad.

FIESCO.

Sí: será breve.
Corro á participarla...

GABRIEL.

No es preciso:
Vedla, ella misma á nuestro encuentro viene.
El rubor que rebosa en su semblante
Nuestra felicidad tal vez presiente.

## ESCENA VIII.

DICHOS. SUSANA.

FIESCO.

Ven, hija mia, ven: ¡Gabriel me ha hablado
De vuestro mútuo amor!

SUSANA.

¡Gabriel!

FIESCO.

¿Te ofende
Que los secretos que tu pecho guarda,
Mi cuidado solícito penetre?

SUSANA.

No, Andrea, no.

FIESCO.

Pues bien, si tú le amas,
Si unir tu nombre al de tu amante quieres,
Yo, que á falta de un padre lo soy tuyo,
En vuestra union consiento.

SUSANA.

(¡Dios clemente!)

FIESCO.

Hoy partimos á Génova. (Á Gabriel con intencion.)

GABRIEL.

¿Y Susana?

FIESCO.

No nos puede seguir.

(Susana va á suplicar á Fiesco; pero Gabriel la detiene, diciéndola con misterio al oido.)

GABRIEL.

Obedecedle.

## ESCENA IX.

DICHOS. JULIETA, azorada.

JULIETA.

¡Mirad! ya vienen.

FIESCO.

¡El Dux!
(Se asoma á la ventana.)

GABRIEL.

Retiraos, que no os conozca.

FIESCO.

Tras tantos años pasados,
¿Cómo es posible?...

GABRIEL.

No importa.

FIESCO.

Y cuando muerto me juzga,
¿Crees tú que es fácil cosa
Que mis gastadas facciones
Áun vivan en su memoria?

GABRIEL.

Sin embargo, retirémonos.

FIESCO.

Pero, ¿y Susana?

GABRIEL.

Ella sola
Debe recibirle.

JULIETA.

¡Pronto!
Ahí están.

(Fiesco y Gabriel se van por la izquierda.)

SUSANA.

Yo tiemblo toda.

## ESCENA X.

SUSANA. SIMON. PAOLO. PIETTRO y MONTEROS.

PAOLO.

Entrad, señor.

SUSANA.

(Es Albiani.)

SIMON.

Esta fatiga me postra,
Paolo.

PAOLO.

Vinierais por mar
En alguna galeota.
Pero Susana está aquí.

SUSANA.

¿Quién? ¡ah! perdonad...

PAOLO.

¡Qué hermosa!

SUSANA.

¡Señor!...

SIMON.

Para la batida (A Paolo.)
Haz que todo se disponga;
Que luégo hemos de salir.

PAOLO.

¿Cuándo?

SIMON.

Dentro de una hora.

(Todos se marchan por el fondo, quedando únicamente en la escena Simon y Susana.)

## ESCENA XI.

SUSANA. SIMON.

SIMON.

¿Sois vos Susana Grimaldi?
Responded.

SUSANA.

Así me nombran,
Noble Dux.

SIMON.

Vuestros hermanos,
Por su pertinacia loca,
De aquí largo tiempo ausentes,
En extraña tierra moran,
Y aquí en soledad sombría
Con descuido os abandonan.

SUSANA.

¡Señor! mis hermanos saben
Que, confiada á mí sola,
Á su vuelta encontrarán
Tersa y sin mancha mi honra.

SIMON.

¡Lo sé, Susana! la fama,
Que vuestra virtud pregona,
No autorizara esa duda
Que con razon os enoja.
Pero mi intento no fué
Agraviaros, no; que es otra
La causa que aquí me guia
Sólo por veros, señora.
¿No es verdad que deseais
Con ánsia la vuelta pronta
De vuestros deudos?

SUSANA.

Sin duda;
Mas si á sus tierras no tornan...

SIMON.

Es porque temen acaso
Los efectos de mi cólera.

SUSANA.

Ó vuestra justicia.

SIMON.

Pero
¿Por qué su cerviz no doblan?
¿Por qué con tenaz empeño
Alimentan las discordias,
Que nuestras fuerzas dividen
Y nuestras llagas enconan?

SUSANA.

Perdonadlos, y dejad
Que yo mi ruego interponga;
Que algun dia querrá el cielo
Que su engaño reconozcan.
Cruel os juzgan, y en tanto
Que vuestra clemencia llora
Su extravío, contra vos
Del cielo la saña invocan:
Porque no os conocen, Dux,
Vuestro poder les asombra,
Y tintas ven vuestras manos
En su sangre generosa.
Ó dígalo la ancha playa
De Sarcano y la de Doria,
Donde corrió tanta sangre,
Que áun entre su arena brota.

SIMON.

Es cierto que corrió; pero
No fué vertida en mal hora
Por el hacha del verdugo,
Sino lidiando con honra.
Me llamaron al combate,
Y acudí: ¿cúya es, señora,
La culpa? es de la fortuna,
Que decidió la victoria.
Sí, las pasiones del hombre
Son para vencerse sordas
Y ciegas; pero yo haré
Que mi justicia conozcan.

SUSANA.

¡Señor!

SIMON.

No temais: en vos
De hoy para siempre se abona
La lealtad de vuestros deudos.

(Sacando un pergamino y entregándoselo á Susana, quien echa sobre él una rápida ojeada.)

SUSANA.

¡Aquí su perdon se otorga!
¡Gracias, noble Dux! el cielo,
En su piedad generosa,
Más que disculpa el castigo,
Recompensa al que perdona.

SIMON.

Ántes de que agradezcais
Mi clemencia, oid; que importa
Sepais que la recompensa
He de deberla á vos sola.

SUSANA.

¿Qué decís?

SIMON.

Mas el perdon
Dado está: si no se logran
Esta vez mis esperanzas,
Dueña seréis de vos propia.
(Un momento de pausa.)
Decís que esta soledad
No es para vos peligrosa;
Mas decidme: ¿están aquí
Vuestras esperanzas todas?
En este yermo escondido,
Tan jóven y tan hermosa,
¿No habeis llorado del mundo
Las encantadas lisonjas?

SUSANA.

Perdonad; pero...

SIMON.

El rubor,
Que á vuestro semblante asoma,
Me dice bien...

SUSANA.

Os engaña:
Nada mi pecho ambiciona.
Aquí encerrada, mi vida
Corre alegre y venturosa,
Y esos engaños del mundo
Llegar hasta mí no logran.

SIMON.

Sin embargo, á vuestros años
Difícilmente se ahoga
Del amor y la esperanza
La seduccion tentadora.

SUSANA.

Cierto es que mi corazon
Alimenta por mi gloria
Deseos que le fascinan
Y esperanzas que áun no logra.
Hay un hombre, á cuyo amor
Mi vida consagré toda,
Y ese solo ha de llamarme,
Por mi voluntad, su esposa.
Por él esta soledad
De su pavor se despoja,
Y cifro aquí satisfecha
Mis deseos y mis glorias.
Hay otro hombre, cuyo amor
Crece funesto en la sombra,
Espiando mis ventanas
Con prevencion insidiosa,
En cuyos ojos de tigre,
Cuyas miradas devoran,
Más que su amor, se revela
Su infame avaricia sórdida.

SIMON.

¡Paolo Albiani!

SUSANA.

Lo habeis dicho:
¡Sí! y el objeto que adora
No soy yo, son mis riquezas,
Y mi nombre que ambiciona.
Mas si es esto lo que envidia,
Si á la sangre generosa
De los Grimaldis aspira
Su hinchada soberbia loca,
Señor, pues vuestra clemencia
Ya á los proscriptos perdona,
Dejad que el mentido velo
Con que me cubro, descorra.
No soy Susana Grimaldi.

SIMON.

¡Qué escucho!

SUSANA.

Ya nada importa
Que lo sepais: este nombre,
Como ajeno, me sofoca.
Desde niña, fuí criada
En pobre y humilde choza,
Si no mienten los recuerdos
De mis gastadas memorias.
Era en Pisa...

SIMON.

¡En Pisa!

SUSANA.

A orillas
Del mar, cuyas bravas olas
Con estruendo temeroso
La playa, rodando, azotan;
Creció tranquila mi infancia
En esa calma envidiosa
De la niñez, que disipa
Como momentos, las olas.

SIMON.

Seguid.

SUSANA.

Pero mi ventura
Quiso Dios que fuese corta,
Y á nuestro albergue escondido
Tambien alcanzó su cólera.
La pobre anciana...

SIMON.

¡Dios mio!

SUSANA.

La que madre bienhechora
Me adormecia en sus brazos,
Contemplándome amorosa...

SIMON.

Murió: ¿es vérdad?

SUSANA.

¿Quién os dijo?...

SIMON.

¿Quién?
(En este momento ve venir á Paolo por la puerta del fondo, y procura dominar su turbacion.)
Me han contado esa historia,
Y os juro que me interesa
Más que mi existencia propia.

Luégo os veré: necesito
Reposo. (Si ya engañosa
(Susana saluda al Dux, y vase por la izquierda.)
Ilusion no es de mi mente,
Gran Dios, mi ventura colmas.)

### ESCENA XII.

SIMON. PAOLO.

PAOLO.
¿Qué respondió?

SIMON.
Es un secreto,
Que revelarte no importa;
Mas bastará con decirte...

PAOLO.
¿Que no me quiere?

SIMON.
Que te odia.

PAOLO.
No obstante...

SIMON.
Paolo, renuncia
Á esa esperanza, y no pongas
Tus ambiciosos deseos
En quien es sin tí dichosa.

PAOLO.
Yo no renuncio, señor.

SIMON.
Será fuerza: si blasonas
De que yo mi autoridad
Para este enlace interponga...

PAOLO.
¿No lo haréis?

SIMON.
No: te aconsejo
Que olvides esas memorias.
(Vase por la derecha.)

### ESCENA XIII.

PAOLO. PIETTRO, por el fondo.

PIETTRO.
¿Se logró el objeto?

PAOLO.
No.

PIETTRO.
¿Pues cómo?...

PAOLO.
El Dux me la niega.

PIETTRO.
¡Ba! y ¿por qué causa?

PAOLO.
No sé;
Pero de grado ó por fuerza...

PIETTRO.
Así, Paolo: si no quiere...

PAOLO.
Se la roba.

PIETTRO.
Es providencia
Especial.

PAOLO.
Y si te encargas
De su ejecucion...

PIETTRO.
¡Friolera!
Y que luégo...

PAOLO.
¿Temes?

PIETTRO.
No.

PAOLO.
Miéntras que yo te defienda
Contra la saña del Dux,
Segura está tu cabeza.
Me debe su elevacion;
Que sin mi audacia, ¿qué fuera?

PIETTRO.
Bien: sepamos lo que importa
Hacer, y con tal que sea
Posible...

PAOLO.
En esa ensenada
Hay oculta una galera.
Los hombres que en ella encuentres,
Te prestarán obediencia.

PIETTRO.
¿Son?

PAOLO.
Giotto, Fiano, Zampieri...

PIETTRO.
¡Basta, basta! ¡buenas pescas!
¡Harán su deber!

PAOLO.
Mas ¿cómo
Conseguirás sorprenderla?

PIETTRO.
Todos los dias, á orillas
Del mar sale.

PAOLO.
Es cosa hecha.

PIETTRO.
Y ¿dónde la llevaré?

PAOLO.
Al palacio, es imprudencia.

PIETTRO.
¡Necedad! no hay que pensar
En eso.

PAOLO.
Si le ofrecieras
Á Lorenzino...

PIETTRO.
¿Dinero?

PAOLO.
No le haré yo tal ofensa.
Proteccion.

PIETTRO.

¡Ba! ¿piensas tú
Que admitirá esa moneda?

PAOLO.

Es conspirador de oficio,
Y algun dia... acaso tema...

PIETTRO.

No juzgaba al buen Buchetto
De condicion tan aviesa.
Pero, en fin, como lo mandas
Se hará todo.

PAOLO.

Que no os vean,
Y recelen...

PIETTRO.

No hay cuidado;
Que no me iré sin la presa.

(Paolo entra por la derecha; Piettro se va por el fondo, y un instante despues sale Gabriel y reconoce la escena; luégo Fiesco.)

## ESCENA XIV.

GABRIEL. FIESCO.

GABRIEL.

Salid.

FIESCO.

Sí, Gabriel: partid
Al instante: no haya tregua
Hasta llegar á Sarzana.

GABRIEL.

Lo haré así como lo ordenas.

FIESCO.

Oye, Gabriel: cuando esteis
Libres ya del riesgo, deja
Bajo el amparo de Spínola
Á María. Aquí te espera
Tal vez la muerte; mas tú
No olvidarás que nos resta
Cumplir un deber.

GABRIEL.

Mañana
Estaré en Saona, Andrea.

FIESCO.

Y si Spínola quisiere
Ayudarnos en la empresa,
Partiremos el peligro.

GABRIEL.

Si el deber no lo impidiera...

(Mirando con ojos amenazadores hácia la puerta de la derecha.)

FIESCO.

Hoy es mi huésped: mañana
En decisiva contienda
En la ciudad jugaremos
Su trono y nuestras cabezas.
¿Susana?

## ESCENA XV.

DICHOS. SUSANA.

SUSANA.

¿Señor?

FIESCO.

Ya es hora
De partir: temores deja,
Y del que te ampara escucha
La razon y la experiencia.

SUSANA.

Ninguna razon habrá
Para que no os obedezca,
Señor; pero no es posible
Que en vuestros temores crea.

FIESCO.

Basta.

SUSANA.

Cuando vos mandais,
Sólo cumple á mi obediencia
Doblegar mi voluntad,
Que no es otra que la vuestra.

FIESCO.

¡En buen hora! y algun dia
Conocerás que no eran
Tan vanamente fundadas,
Como juzgas, mis sospechas.
Partid, hijos; ni un instante
Piseis ya más esta tierra
Maldita: la santa Vírgen
De Castelnovo os proteja.
Id á Sarzana, y allí
Esperadme: mi presencia
Áun es aquí necesaria.

SUSANA.

¿Iréis?

FIESCO.

Esta noche mesma.

(Gabriel y Susana se van por el fondo.)

## ESCENA XVI.

FIESCO. Luégo LÁZARO.

FIESCO.

Con mil temores batallo.
¿Lázaro?

LÁZARO.

¿Señor?

FIESCO.

Disponte
Á marchar; haz que se apronte
En el instante un caballo.
Este pliego has de llevar
Á Lorenzino Buchetto.
Mira que importa el secreto.
¿Oyes?

LÁZARO.

Podeis descuidar.

FIESCO.
Si por desdichada suerte
Te sorprenden...

LÁZARO.
No lo harán :
Nada de mí lograrán
Los suplicios ni la muerte.

FIESCO.
Mas si llegas á caer
Por un azar en sus lazos...

LAZARO.
Entiendo : lo haré pedazos.

FIESCO.
Eso, Lázaro, has de hacer.
(Vase Lázaro.)

### ESCENA XVII.

FIESCO. Luégo GABRIEL.

FIESCO.
Iré á Génova : la trama
Prevenida estallará
En breve : es preciso ya.

GABRIEL. (Dentro.)
¡ Andrea !

FIESCO.
Alguno me llama.

GABRIEL.
¡ Socorro !

FIESCO.
Sordo rumor
Se escucha de armas y voces,
Que por los aires veloces
Infunde miedo y pavor.

GABRIEL.
¿No me ois?
(Sale en el mayor desórden, sin espada y con el rostro ensangrentado.)

FIESCO.
¡ Gabriel ! ¡ Dios santo !
¿Qué otra desdicha me alcanza?
¿Qué es esto, Gabriel?

GABRIEL.
¡ Venganza !

FIESCO.
¡ Tu vista me causa espanto !
¿Dónde está Susana!

GABRIEL.
¡ Oh suerte
Miserable ! la han robado.

FIESCO.
¿Qué dices?

GABRIEL.
Sí, y no me han dado,
Por mayor pena, la muerte.
Mas... ¿no sabeis quiénes son?

FIESCO.
No, Gabriel; mas lo sospecho.
Ese espía que en acecho
Aguardaba esta ocasion...

GABRIEL.
Él es.

FIESCO.
¡ El Dux !

GABRIEL.
Corto espacio
Nos separa de él : ¡ alegra
Tu corazon, Bocanegra !

FIESCO.
¡ Aquí !...

GABRIEL.
Sí.

FIESCO.
¡ En este palacio !

### ESCENA XVIII.

DICHOS. SIMON, PAOLO Y CUATRO GUARDIAS por la derecha.

SIMON.
¡ Qué rumor !... ¿Qué criminales
Proyectos, qué os hace así
Clamar con tal frenesí,
Desnudando los puñales?

GABRIEL.
Él ignora, ya lo veis,
Su mismo crímen.

SIMON.
¿Qué es esto !
¡ Vos airado y descompuesto
Á insultarme os atreveis?

GABRIEL.
Y ¡ vos, con traicion villana
Haciendo al honor ultraje,
Pagais así el hospedaje
Con el rapto de Susana?

SIMON.
¿Qué has dicho ! ¡ Susana ! ¿ quién
Fué capaz?...

GABRIEL.
Los tuyos.

SIMON.
Miente
Tu lengua.

FIESCO. (En voz baja.)
¡ Gabriel, detente !

GABRIEL.
¡ Me insulta el villano !

FIESCO.
Ven.
(Le aparta á un lado.)

SIMON.
¡ Paolo ! ¿ sabes dónde está? (Ap. los dos.)

PAOLO. (Con orgullo.)
¡ Simon !

SIMON. (Colérico.)
Responde.

PAOLO.
Lo ignoro.

SIMON.

¡Oh! si hoy perdida la lloro,
La vida á costarte va.

PAOLO.

¡Dux!

SIMON.

Partamos al momento,
Y guia.

PAOLO.

Señor, no sé
De ella.

SIMON.

Pues bien, yo te haré
Contestar en el tormento.
Quien quiera que vos seais, (Á Gabriel.)
Id libre.

GABRIEL. (Con ironía.)

¡Tanta merced!...

SIMON.

Idos, idos, y entended,
Cuando mi perdon lograis,
Que esa insensata pasion
En que el orgullo os enciende,
Porque á Susana defiende
Desarma mi indignacion.

(Vase por el fondo, quedando solos Fiesco y Gabriel.)

FIESCO.

¡Oh! gracias doy á los cielos.

GABRIEL.

Y ¿qué me importa ese afan?
Desde ahora á seguirle van,
Como su sombra, mis celos.
¿Oisteis?...

FIESCO.

La ama.

GABRIEL.

¡Oh furor!

(Quiere salir por la puerta del fondo: Fiesco le detiene.)

FIESCO.

Tente.

GABRIEL.

De cólera estallo.
¿Qué esperais vos?

FIESCO.

Un caballo
Para seguirlos mejor.

# ACTO SEGUNDO.

Una sala en la casa de Lorenzino Buchetto. Puerta al fondo, y dos más á los lados.

## ESCENA PRIMERA.

BUCHETTO. LÁZARO.

BUCHETTO.

Ya estamos solos: hablad
Y deponed el misterio.
¿Quién os envía?

LÁZARO.

Mejor
Lo sabréis por este pliego.

BUCHETTO.

¿Es tan urgente?

LÁZARO.

Leedle

(Buchetto abre el pliego y lee.)

Al punto; que, á lo que creo,
Mucho debe de importaros.

BUCHETTO.

Mucho me importa en efecto.
¿Cuándo volveis á Saona?

LÁZARO.

Si lo mandais, al momento.

BUCHETTO.

Retiraos: luégo os daré
Mis órdenes.

LÁZARO.

Obedezco.

## ESCENA II.

BUCHETTO.

Precipitar de este modo
La insurreccion... no lo entiendo;
Mas sin embargo, es preciso
Que resueltamente obremos.
Andrea es ya nuestro jefe,
Y me toca obedecerlo;
Pero si lo hiciera el diablo
Que nos descubriesen... ¡Piettro!

## ESCENA III.

DICHO. PIETTRO.

PIETTRO.

¿Señor?

BUCHETTO.

¿Vos aquí!

PIETTRO.

¿Os admira?

BUCHETTO.

(¿Si sabrán nuestros proyectos?)
Decid.

PIETTRO.

Paolo, que en vos fia...

BUCHETTO.

¿Qué manda mi noble dueño?

PIETTRO.

Decid más bien vuestro amigo.

BUCHETTO.

Acabad, Piettro: ¿en qué puedo
Servir á Paolo?

PIETTRO.

Os encargo
Ántes que todo, el silencio.

Como está vuestro palacio
Á orillas del mar, y luégo
Es preciso que del vulgo
Las sospechas evitemos...

BUCHETTO.

(No es lo que yo me temia.)
Adelante, y sin rodeos.
Decid lo que quiere.

PIETTRO.

Voy
Á explicarme.

BUCHETTO.

(Respiremos.)

PIETTRO.

Que os conviene la amistad
De mi señor, es tan cierto
Como que os puede ir un dia
La vida ó la muerte en ello.

BUCHETTO.

¿Qué quereis decir?

PIETTRO.

¿Más claro
Lo quereis?

BUCHETTO.

No alcanzo, Piettro,
Vuestra intencion.

PIETTRO.

Cuando el Dux
Descubra...

BUCHETTO.

¿Qué estais diciendo!
¿Qué ha de descubrir?

PIETTRO.

¡No es nada!
¿Qué valen los fingimientos?
¡Pero el Dux no duerme! el dia
En que descubra el enredo...

BUCHETTO.

¿Qué enredo! vos delirais.

PIETTRO.

¿No conspirais con los Güelfos?

BUCHETTO.

¡Calumniar mi lealtad
De ese modo!...

PIETTRO.

¡Vaya! hablemos
Claro: la amistad de Paolo
Es útil.

BUCHETTO.

Yo no lo niego.
Pero decid...

PIETTRO.

Si ocultais
Con cuidadoso secreto
Una joya que os confia,
Su proteccion será el premio.

BUCHETTO.

¡Una joya!

PIETTRO.

De ella pende
Toda su dicha, Buchetto;
Y para vos esto basta.

BUCHETTO.

Bien decís; pero ¿qué es ello?

PIETTRO.

Una mujer.

BUCHETTO.

Y en mi casa,
Imagina ¡vive el cielo!
Ocultar...

PIETTRO.

No son de amores
Insensatos devaneos.

BUCHETTO.

Siendo así, venga en buen hora;
Que por mi nombre os prometo
Que en mí hallará cuanto puede
Esperar de un caballero.

PIETTRO.

Bien sé yo que con las damas
Sois fino, galan y atento;
Pero tened entendido
Que será por corto tiempo.

BUCHETTO.

¿Por qué razon?

PIETTRO.

Cuando llegue
La noche, el cuidado vuestro
Cesará. ¿Entendeis?

BUCHETTO.

Y mucho.
Sí, Piettro, muy bien lo entiendo.
Pero haced que éntre esa dama
Al instante.

PIETTRO.

Viene luégo.

(Piettro hace una seña, y entran dos hombres que traen á Susana, y á una órden de aquel se retiran.)

## ESCENA IV.

DICHOS. SUSANA.

PIETTRO.

Entrad, y nada temais.

BUCHETTO.

Cierto: quien aquí os espera
Sólo serviros quisiera.

SUSANA.

¡Corteses cuando agraviais!

BUCHETTO.

Perdon os pido...

PIETTRO.

Excusad
Explicaciones, Buchetto,
Cuanto podais. (Vase.)

SUSANA.
¿Con qué objeto
Estoy aquí? ¡contestad!
Sabeis que hay un soberano
En Génova, cuya sombra,
Á par que protege, asombra,
Y ya lo sabeis, no en vano.

BUCHETTO.
¡Señora!

SUSANA.
Vuestra malicia
Es bien grande y singular
Para atreverse á insultar
Su soberana justicia.

BUCHETTO.
Yo os juro que nunca fué
Mi intencion... (¡Trance más raro!)

SUSANA.
Él me ha ofrecido su amparo,
Y á su sombra me pondré.

BUCHETTO.
Señora, el Dux no podrá
Castigarme.

SUSANA.
¿Qué quereis
Decirme?

BUCHETTO.
Que no sabeis...

SUSANA.
(¡Ah! ¿si Andrea acertará?)
Decidme: ¿cómplice acaso?...

BUCHETTO.
¡Callad!

SUSANA.
¿Él mismo tal vez?

BUCHETTO.
¡Chit!

SUSANA.
¡Tan infame doblez!

BUCHETTO.
Pues por eso... ése es el caso.
¿Quién á su poder resiste?

SUSANA.
Permitid que de aquí salga.

BUCHETTO.
¡Salir!

MATEO. (Que anuncia.)
El Dux.

BUCHETTO.
(¡Dios me valga!
¿Se vió fortuna más triste?)
Señora...

SUSANA.
¡No temais! yo,
Si mi desventura es cierta,
Saldré de esta casa muerta,
Pero mancillada, no.
Yo le diré...

BUCHETTO.
Hasta que os llame,
No es posible.

SUSANA.
Aquí me quedo.

BUCHETTO.
No... yo consentir no puedo...

SUSANA.
Haréis que socorro clame.

BUCHETTO.
¿Ni el ruego os puede ablandar?

SUSANA.
¡Atras!

UN PAJE.
¡El Dux!

BUCHETTO.
No por mí,
Por vos.

SUSANA.
Mirad: ya está ahí.

BUCHETTO.
(Ahora me manda empalar.)

## ESCENA V.

DICHOS. EL DUX. PAOLO. PAJES Y GUARDIA.

SUSANA.
¡Justicia, señor!

SIMON.
Buchetto,
Acércate aquí.

BUCHETTO.
¿Señor?

SIMON.
Teme todo mi rigor,
Si hablas en este secreto.
Todo el mundo ha de ignorar
Que Susana estuvo aquí.
¿Lo has entendido?

BUCHETTO.
Sí, sí...
No es necesario explicar...

SIMON.
Cuenta que cualquier torpeza
Cometida en este punto...

BUCHETTO.
¡Yo! no temais.

SIMON.
Es asunto
En que te va la cabeza.
(Le hace seña de que se retire.)

BUCHETTO.
No lo olvidaré. (No ha dado
Muestras de enojo por verla
Aquí... ¡Y ella es una perla!
Ya está el secreto aclarado.)
(Vase por el fondo.)

### ESCENA VI.

DICHOS, ménos Buchetto.

SIMON.

Paolo, satisfecho estoy:
Retírate.

PAOLO.

¿Estais, señor,
Contento de mi dolor?

SIMON.

No; que tan cruel no soy.
Ahora es ya agradecimiento.

PAOLO.

Si esto llegó á suceder,
No lo habeis de agradecer
Á Paolo, sino al tormento.

Vase apoyado en dos pajes. Todos se retiran, y sólo quedan Bocanegra y Susana.)

### ESCENA VII.

BOCANEGRA. SUSANA.

SUSANA.

¿Era tiempo, señor?

SIMON.

Sí; ya os escucho.
¿Justicia me pedis?

SUSANA.

Sí, por mi vida,
Y en contrarios afectos dividida,
Con la evidencia y mi esperanza lucho.
Os vi, yo que entre nobles educada
Vuestro nombre terrible aborrecia,
Y al oir vuestra voz, juzgué engañada
Que esa fatal celebridad mentia.
Mas... hoy lo veo: á la pasion de un hombre
Me entregais, noble Dux, débil juguete.

SIMON.

¡Susana! ¡qué decís!

SUSANA.

¡Ah! ¡no os asombre!
Aunque de humilde cuna, aunque sin nombre,
Al yugo mi altivez no se somete.

SIMON.

Tranquilizaos y oidme. Largo tiempo
Con inútil afan os he buscado,
Sin poderos hallar: diez años tristes
Llamándoos sin cesar por mí han pasado.
¿Os admirais, Susana? Este misterio,
Para vos hasta agora incomprensible,
Os voy á revelar; mas vuestros ojos
No con duros enojos
Así alimenten mi dolor terrible.

SUSANA.

Y ¿qué puede bastar á disculparos?
De vuestro proceder la causa ignoro;
Pero nada hay que pueda sinceraros,
Cuando atacais osado mi decoro.

SIMON.

Vos me disculparéis, vos, que en el pecho
Guardais un corazon, que ya ha sentido
El fuego del amor á mi despecho.

SUSANA.

Temo, señor, haberos comprendido.

SIMON.

Yo amé tambien, cuando fugaz mi vida,
En el Abril florido de los años,
Áun no tocaba en su ilusion querida
De la triste vejez los desengaños.
Mas la mujer que amé, resplandecia
Por el orgullo de su noble cuna,
Y al capricho debió de la fortuna
Cuanto tirana me negó la mia.
Mintiéndola otro nombre, con el velo
Del misterio oculté mi nombre oscuro,
Y ella, inocente y niña, sin recelo
Me consagró su amor cándido y puro.
No el mio así; frenético, insaciable,
Ponzoña fué mortal, que su existencia
Envenenó culpable,
Y que áun hoy me persigue inexorable,
Contínuo torcedor de mi conciencia.
Fruto de nuestro amor, prenda inocente
De esta pasion arrebatada, ardiente,
Fué una niña.

SUSANA.

Y ¿en fin?...

SIMON.

¡Dios me ofrecia,
Apiadado y clemente,
Un ángel que endulzase mi agonía!
Una hermosa esperanza,
Que cual fanal divino,
En la tormenta oscura,
Del errado camino
Me permitiese ver la senda impura.
¡Ay! pero aquella madre que engañada
Me consagró su amor y su existencia,
Lloró su fe burlada,
Y de un padre á la cólera entregada,
El castigo sufrió de su imprudencia.
¡Murió!

SUSANA.

Y ¿aquella niña?...

SIMON.

De su suerte
Ignorante tres años, ya creia
Que implacable tambien la dura muerte
Su vida en flor arrebatado habia.
Desatentado, sin placer, sin calma,
Desgarrado mi pecho
Con los recuerdos de su amarga historia,
Su desdicha y su amor llevé en el alma,
Y su imágen divina en mi memoria.

SUSANA.

Yo no comprendo...

SIMON.

Dime, y no te asombre
Si, esclava de un error mi fantasía,
Se alucina tal vez: ¿con otro nombre
Recibiste el bautismo?

SUSANA.

¿Cuál?

SIMON.

María.

SUSANA.

Es cierto: en la pacífica morada,
Donde sola viví tan largos años
Á mi propio dolor abandonada,
Donde mis dias sin amor pasaron,
María mis hermanas me llamaron.

SIMON.

¡Con que es cierto, Señor, que al fin te apiadas
De este padre infeliz!

SUSANA.

¡Vos!

SIMON.

¿Te sorprendes?
Ó ¿te pesa tal vez?

SUSANA.

¡Tanta ventura!
¿Es cierto?

SIMON.

Dime: ¿áun de mi amor te ofendes?

SUSANA.

¡Padre!

SIMON.

¡Hija mia! á tan sagrado nombre
Palpita el corazon de regocijo.
¡Ay! si alguna ventura goza el hombre,
Está encerrada en el amor de un hijo.

SUSANA.

Me parece ilusion.

SIMON.

Habla, María;
Óigate yo mil veces
Que con amor me ofreces
Consuelo y calma en la tristeza mia.

SUSANA.

¡Bien dices! desde aquí más venturosa
Tu existencia será! Yo con desvelo
Consagraré mis dias, cariñosa,
¡Padre mio! á tu paz y tu consuelo.
Yo enjugaré piadosa tus mejillas,
Si el llanto alguna vez corre por ellas;
Me arrastraré en la tierra de rodillas,
Y besaré tus paternales huellas.
Esclava fiel á tu querer sumisa,
Feliz me juzgaré cuando te deba,
De tu cariño en prueba,
Una sola mirada, una sonrisa.

SIMON.

¡Qué dices? Tú, que de mi amor señora,
Del corazon ardiente
Has hecho que rebose bienhechora
Del sentimiento la agotada fuente,
¿Tú arrastrarte á mis piés! ¡Tú, mi consuelo!
¡Ángel que Dios me envía! Por tí sola
La dignidad con que me cubro anhelo;
Mi corona ducal es tu aureola,
Mi cariño inmortal será tu cielo.

SUSANA.

¿Á qué esa dignidad? Yo no ambiciono
Más que tu amor.

SIMON.

¡María!

SUSANA.

Esta suprema
Ventura, á que dichosa me abandono,
Es lo que anhelo yo, no tu diadema;
Tu afecto paternal, y no tu trono.

SIMON.

¡Oh! si dices verdad, si no ha podido
Irritar la ambicion tus esperanzas...

SUSANA.

¡Nunca! ¡nunca, señor!

SIMON.

Dichosa has sido,
Tú, que del mundo en el feliz olvido,
Esta pasion á comprender no alcanzas.
Por ella, aunque á mi lado noche y dia
Cariñoso te guarde,
Será fuerza que oculte mi alegría,
Cuando orgulloso alarde
Quisiera hacer de la ventura mia.
Porque el injusto encono
Que á mi espinosa autoridad rodea,
Sólo un desliz desea
Para manchar y escarnecer mi trono:
Porque en mí, que sin timbres y sin nombre
Osado ocupo tan sublime alteza,
Es crímen el amor, torpe flaqueza,
Cuanto atesora el corazon del hombre.

SUSANA.

No importa, ¡oh padre! ¡viviré escondida,
Y sólo para tí!

SIMON.

Tal sacrificio...

SUSANA.

Es preciso, señor.

SIMON.

No, por mi vida.

SUSANA.

Ó en mí verán de la verdad indicio.

SIMON.

Bien dices, sí: tu sacrificio santo
Es preciso. Despues, yo te prometo
Que dichosa serás; pero entre tanto,
Ignoren todos la verdad.—¡Buchetto!

## ESCENA VIII.

DICHOS. BUCHETTO.

BUCHETTO.

¿Llamais? (¡Estaba despacio!)

SIMON.

Sí, Lorenzino: ya es hora
De partir. Esta señora
Irá luégo á mi palacio.
Servidla de caballero.

BUCHETTO.

En ello tendré placer.
(No la volverás á ver.)

SIMON.

Con impaciencia os espero.
Entre tanto, descansad,
Susana, y hasta que el cielo
No extienda su negro velo,
No paseis por la ciudad.
Adios, mi vasallo fiel: (Á Buchetto.)
No olvidaré este servicio.

BUCHETTO.

Es pequeño sacrificio...
(No sé lo que he hecho por él.)
Probad mejor mi lealtad.

SIMON.

La tengo bien conocida.

BUCHETTO.

Mis riquezas y mi vida,
Cuando las querais, tomad.
Aunque á tan alta grandeza,
Más que obsequio, es un deber.

SIMON.

Algun dia, podrá ser
Que tome... vuestra cabeza.

BUCHETTO.

Os chanceais.

SIMON.

No por cierto.

BUCHETTO.

No es posible que querais...

SIMON.

¡No ignoro que conspirais!
Juzgad si hay causa.

BUCHETTO.

(Estoy muerto.)
¡Cómo! ¿qué lengua villana
Así calumniarme osó?

SIMON.

Basta que os perdone yo.

BUCHETTO.

Os juro que...

SIMON.

Adios, Susana.

## ESCENA IX.

BUCHETTO. SUSANA.

BUCHETTO.

¡Que conspiro! ¡y dice bien,
Señora! no sé lo que hablo.
¡Estoy perdido! ¿qué diablo
Me metió en este belen?
Pero es fuerza proseguir,
Y salvarnos y salvaros;
Que ya no es justo dejaros
Á poder de Simon ir.

SUSANA.

¿Qué intentais?

BUCHETTO.

Tentar la suerte,
Y su yugo quebrantar.

SUSANA.

Y ¿qué más?

BUCHETTO.

Es regular
Que no escape de la muerte,
Aunque ese hombre es Satanás.
Dos veces le han arrojado
De Génova, y ha tornado
Otras dos veces atras.
Y si es ya nuestro destino
Que mientras viva nos mande,
Hagamos porque no ande
Tercera vez el camino.

SUSANA.

Mas vuestro plan...

BUCHETTO. (Con misterio.)

¡Escuchad!
Nuestro objeto es... sublevarnos,
Y vencido el Dux... alzarnos
Por dueños de la ciudad.

SUSANA.

Y contais...

BUCHETTO. (Afectando reserva.)

Eso no sé:
No contamos ciertamente
Con nadie.

SUSANA.

Sois muy prudente.

BUCHETTO.

Por lo demas, os diré.
Nos falta aún (por más señas,
Que toda adora á Simon)
Conquistar la guarnicion.

SUSANA.

Dádivas quebrantan peñas.
¿Y la plebe?

BUCHETTO.

Esa, parece
Á Simon toda inclinada.

SUSANA.
Y la gente de la armada,
¿Qué piensa?

BUCHETTO.
Nos aborrece.

SUSANA.
Decidme: y si dais la voz,
Odiados de unos y de otros,
¿Quién ha de alzarse?

BUCHETTO.
Nosotros.
Ya veis que el plan...

SUSANA.
¡Oh! ¡es atroz!

BUCHETTO.
Y ademas de eso, hay en torno
Del Dux ciertas gentes...

SUSANA.
¿Qué?

BUCHETTO.
Que con oro...

SUSANA.
Ya se ve.

BUCHETTO.
Mañana llegará Adorno.

SUSANA.
¿Adorno!

BUCHETTO.
Un mozo galan,
De muy gallarda persona,
Que ha de venir de Saona.

SUSANA.
Bien: y ese hombre... (¡qué afan!)
Decid...

BUCHETTO.
Su padre por suerte
Á manos del Dux murió,
Y él será, presumo yo,
El que le ha de dar la muerte.

SUSANA.
(Mi pecho será su escudo.)
Pero el asunto es muy grave,
Puesto que Simon lo sabe.

BUCHETTO.
Que hay peligro no lo dudo.

SUSANA.
Realizar es imposible
Ese proyecto.

BUCHETTO. (Admirado.)
¿Por qué!

SUSANA.
Porque él os oye y os ve
Donde quiera.

BUCHETTO. (Reflexionando.)
Es muy creible.

SUSANA.
De vuestra temeridad
Tiene noticias: ya veis...

BUCHETTO.
¡En efecto!

SUSANA.
Os exponeis
Á la muerte.

BUCHETTO.
¡Y es verdad!

SUSANA.
Y si una vez el perdon
Os concedió, á quien no obliga
La piedad, se le castiga.

BUCHETTO.
¡Vaya si teneis razon!

SUSANA.
Os darán tormento...

BUCHETTO.
¡Pues!...
Sin duda.

SUSANA.
Os cogen en falso,
Y el premio será...

BUCHETTO.
¡El cadalso!
No hay que apurarlo: ¡eso es!
Y se va haciendo el peligro
Cada vez más inminente.

SUSANA.
No hay duda.

BUCHETTO.
¡Pícara gente!
Ya no hay que esperar: yo emigro.

SUSANA.
¿Dónde vais?

BUCHETTO.
Á sustraerme...

SUSANA.
No os vais, Buchetto; aguardad.

BUCHETTO.
No es posible: ¡perdonad!

SUSANA.
Pero fugitivo, inerme,
Decid, ¿qué podeis hacer?

BUCHETTO.
Explicároslo no puedo;
Pero...

SUSANA.
Tal vez teneis miedo.

BUCHETTO.
¡Miedo!... (Todo puede ser.)

SUSANA.
Nada os aflija: Simon
Piadoso os ha perdonado;
Mas si lo hubiere olvidado,
Yo opondré mi intercesion.

BUCHETTO.
¿Qué decís? (¡Ésta es más negra!)

SUSANA.
La noche se acerca ya.

BUCHETTO.
¿Eh?

SUSANA.
No olvideis que me está
Esperando Bocanegra.

MATEO. (Aparte á Buchetto.)
Dos hombres quieren hablaros.

BUCHETTO.
¿Los conoces?

MATEO.
Fiesco es uno.

BUCHETTO.
Pues viene á tiempo oportuno.

SUSANA.
Buchetto, voy á dejaros
Un instante.

BUCHETTO.
Al punto guía
(Á Mateo. Susana se va con él.)
Á una pieza separada
Á esa señora. Extremada
Es hoy la ventura mia.
¡Qué enredos! ¡voto á san Pablo!
¡No hay que fiar, por mi nombre!
¡No hay medio!—Pero á ese hombre,
¿Le protege Dios ó el diablo?

## ESCENA X.

DICHOS. FIESCO. GABRIEL.

FIESCO.
¡Buchetto!

BUCHETTO.
(Aquí están: valor,
Y rompamos...) ¡Bien llegado!

FIESCO.
No, sino desesperado.

BUCHETTO.
(Pues yo estoy de buen humor.)
¿Por qué?

FIESCO.
De mi propia casa
Susana Grimaldi ha sido
Robada.

BUCHETTO.
Y ¿quién ha podido?...

FIESCO.
¡Oh! la cólera me abrasa.

BUCHETTO.
Con que... ¡un rapto!

FIESCO.
El Dux...

BUCHETTO.
Entiendo...

GABRIEL.
Es fuerza buscarla al punto:
¿Lo oís?

BUCHETTO.
Entiendo el asunto.
(Esto se va componiendo.)

FIESCO.
Él y cuantos fueren hoy
Sus cómplices...

BUCHETTO.
Aplacad
La saña.

FIESCO.
No haya piedad
Ni tregua.

BUCHETTO.
(¡Temblando estoy!)

GABRIEL.
Para sufrir más, es tarde,
Y el peligro no me arredra.
Demoleré piedra á piedra
El recinto que la guarde.

BUCHETTO.
Mirad...

GABRIEL.
Probemos la suerte.

BUCHETTO.
Pero...

GABRIEL.
Todo está previsto.
Hoy verá el Dux ¡vive Cristo!
Ó su muerte ó nuestra muerte.

BUCHETTO.
¡Me gusta la prevision!
Pues señor, hablando en oro,
Yo los recursos ignoro
De nuestra conspiracion.
En verdad, no estoy tranquilo;
Y pues que no me va nada,
No quiero tener colgada
La vida siempre de un hilo.

FIESCO.
¿Dudais del triunfo?

BUCHETTO.
¡Yo no!
Ántes es cosa sabida
Que será causa perdida
Sólo con meterme yo.

FIESCO.
No lo creyera.

BUCHETTO.
Y decid;
¿Cuántos somos?

GABRIEL.
Ciertamente
Pocos, mas de alma valiente.

BUCHETTO.
Cuando se llegue á la lid...

FIESCO.
Y ¿no los preferirás,
Si esos pocos son los buenos?

BUCHETTO.
En paz, estoy por los ménos;
En guerra, estoy por los más.
Ademas, el Dux ya tiene
De nuestros planes noticia,
Y escapar á su justicia
Es lo que ya nos conviene.

GABRIEL.
¿Es posible!

FIESCO.
¿Cómo fué?
¿Quién?... en furor me devoro.

BUCHETTO.
Os diré: el cómo, lo ignoro,
Y el quién... tampoco lo sé.

GABRIEL.
Algun traidor, ¡pesie á tal!

FIESCO.
Mas ¿cómo lo habeis sabido?

GABRIEL.
Decid.

BUCHETTO.
(¿Quién me habrá metido
En este berengenal?)

FIESCO.
¿Qué es ello?

BUCHETTO.
(¡Desdichas mias!)
No sé: la noticia es vaga.

GABRIEL.
Explicaos.

BUCHETTO.
Ello es que hay plaga
De traidores y de espías.
De nuestro plan sabedor,
El Dux en buscar se afana
El hilo...

(En este momento sale Susana, y Fiesco y Gabriel dan un grito de sorpresa.)

### ESCENA XI.

DICHOS. SUSANA.

GABRIEL.
¡Cielos!

FIESCO.
¡Susana!

BUCHETTO.
¿Quién?—¡Ah! (Pues esto es mejor.)

FIESCO.
¡Tú, villano!...

SUSANA.
¡Perdonad!

BUCHETTO.
Mi inocencia os aseguro.

SUSANA.
Si estoy en su casa, os juro
Que es ya por mi voluntad.

FIESCO.
Explícame...

SUSANA.
Más despacio
Lo sabréis. Fuerza es partir.
¡Adios!

GABRIEL.
¿Dónde pensais ir?

SUSANA.
No os asombreis: á palacio.

FIESCO.
Imposible.

GABRIEL.
¡Es desvarío!

SUSANA.
¡Buchetto! ¡de noche es ya!

BUCHETTO.
¡Vamos, señora!

(Vanse los dos: Fiesco y Gabriel quedan un momento inmóviles.)

GABRIEL.
¿Será
Posible! ¿Sueño, Dios mio!

FIESCO.
¡Gabriel!

GABRIEL.
Murió mi esperanza.
¿Qué otra cosa hay para mí
En el mundo?

FIESCO.
Gabriel, sí...
El placer de la venganza.

## ACTO TERCERO.

El teatro representa un salon del palacio de Bocanegra. Á la izquierda, una puerta inmediata al foro: junto al proscenio, hay otra pequeña y disimulada. Á la derecha una puerta grande que conduce á salones interiores del palacio. En el fondo un gran balcon corrido con tres puertas, por las que se ve la plaza de Doria. Á la derecha, cerca del proscenio, un sillon y mesa. Muebles de la época.

### ESCENA PRIMERA.

PAOLO. PIETTRO.

PAOLO.
¿Ves bien aquellos dos hombres,
(Acercándose á una de las puertas del balcon, y mirando á la plaza.)
Que enfrente de este balcon
Ocultando están el rostro
Con receloso temor?

PIETTRO.
Sí veo.

PAOLO.
Pues sin demora
Hazlos prender.

PIETTRO.
¿Á los dos?

PAOLO.
Á los dos.

PIETTRO.
Y á las prisiones
Del Estado...

PAOLO.
Piettro, no.
Aquí los has de traer.

PIETTRO.
Descuidad: al punto voy.

PAOLO.
Escucha: para que nadie
Se entere de esa prision,
Que sólo hemos de saberla
Los que te ayuden y yo,
Toma esa llave.

PIETTRO.
Ya entiendo.

PAOLO.
Por la galería...

PIETTRO.
Estoy:
Subiendo de esa escalera
El estrecho caracol...

PAOLO.
Aguardas ahí con los presos
Hasta que te dé una voz.

PIETTRO.
Y hasta entónces...

PAOLO.
Ni respires.

PIETTRO.
(¡Qué diablos de comision!)
(Vase por la puerta secreta.)

ESCENA II.

PAOLO. Luégo SIMON.

PAOLO.
Él viene aquí: si resiste,
Si con tirano rigor
Me rechazase... está echada
La suerte para los dos.
(Sale Simon, atraviesa el teatro y se dirige á la puerta de la izquierda. Le preceden y siguen sus pajes.)
Ni aún reparar en mí quiere.
Permitid... (Deteniéndole.)

SIMON.
¿Quién?

PAOLO.
Yo, señor.

SIMON.
¡Paolo!

PAOLO.
Un momento.

SIMON.
Más tarde;
Ahora es imposible.

PAOLO.
No;
Que cada instante que pasa
Es un siglo á mi dolor.

SIMON.
Sin embargo...

PAOLO.
Y es preciso
Que descifremos los dos
Estos oscuros enigmas,
Que excitan mi confusion.

SIMON.
¡Enigmas! bien dices; pero
Si imaginaste que yo
Ese velo descorriera,
Te engañaste, ¡vive Dios!
Si piensas que he de escucharte
Para disculpar tu error,
Será en vano.

PAOLO.
No lo creo.

SIMON.
El tiempo corre veloz... (Quiere irse.)

PAOLO.
¡Cómo! ¡Soberano Dux
De Génova! para vos,
¿Nada hay sagrado? ¿olvidais
Tal vez?...

SIMON.
¿Es reconvencion?

PAOLO.
¿Á quién debe Bocanegra
El magnífico esplendor
Con que ufano y orgulloso
Deslumbra á sus pueblos hoy?
¿Qué fuera sin mí el plebeyo
Aventurero feroz,
Que en sangre hinchó de los mares
La dilatada extension?

SIMON. (Conteniéndose.)
¡Paolo, es verdad! El que ufano
Los anchos mares cruzó
Con el pendon de su patria,
Invencible y vencedor;
El que tranquilo esperaba
Por corona á su blason
Tener las aguas por tumba,
Pereciendo con valor;
Ese hombre dichoso, sólo
Escuchando á tu ambicion,
Este brillante martirio
Á su pesar aceptó.
Desde entónces su existencia
Tan animada y veloz,

Se arrastra lenta y cansada
En su mezquina prision.
Desde entónces para el triste
Ni un dia de paz brilló,
Que alumbrase una esperanza,
Ó que ahuyentase un dolor.
Di, pues: ese hombre, á quien tanto
Mi felicidad debió,
¿Qué espera de mí? ¿qué quiere
De su afecto en galardon?

PAOLO.

¿Es verdad? ¿tanto te pesa
La ducal diadema?

SIMON.

¡Oh!
¿Lo dudas?

PAOLO.

¿No te fascina
Su prestigio seductor?

SIMON.

¡Paolo!

PAOLO.

Entónces, ¿qué te impide
Renunciar? ¿quién te amarró
Á la rueda del martirio
Que te despedaza atroz?

SIMON.

Dime en fin lo que deseas;
Pero sabe desde hoy
Que por lo que el Dux te debe,
Nada te debe Simon.

PAOLO.

Tan sólo una cosa os pido.

SIMON.

(Mal contengo mi furor.)
¿Qué es en fin?

PAOLO.

¿Lo ignorais?

SIMON.

Quiero
Ignorarlo por los dos.

PAOLO.

¡Ah! no sabeis que la adoro
Con frenesí, con furor,
Y que...

SIMON.

¡La amas tú! ¡ese afecto
Se abriga en tu corazon!
Es imposible; te engañas:
Ya la codicia llenó
Tu pecho, y en él no cabe
Tan generosa pasion.
¡Que la adoras! ¿qué tormentos
De lenta amargura atroz
Has sufrido? ¿cuántas lágrimas
Te ha merecido su amor?
¿Cuándo para merecerla
Osado tu afan buscó
Los peligros de la gloria,
Los laureles del honor?
¿Cuándo, en fin, purificaste
Tu temeraria ambicion
De nuestra comun desdicha
En el ardiente crisol?

PAOLO. (Con enojo.)

¡Señor!

SIMON.

¡Imposible, Paolo!
Olvida, abjura ese amor,
Si no quieres que le arranque
Con tu propio corazon.

PAOLO.

¡Todo lo comprendo!

SIMON.

¿Qué!
¿Sospechas?...

PAOLO.

Que la amais vos.

SIMON.

Más que imaginarte puedes,
Con más pureza y mejor.

PAOLO.

Es decir, mi noble dueño,
Que somos rivales.

SIMON.

¡No!
Nada tienen de comun
Tus delirios y mi amor.
Y sabe que si he podido
Contener mi indignacion,
Otra vez ha de pesarte
Tu audacia insolente.—¡Adios!

(Vase por la derecha.)

### ESCENA III.

PAOLO. PIETTRO.

PAOLO.

¡Adios, gran Dux! has pisado
Al vengativo escorpion
Con tu planta poderosa,
Y ¡ay de tí! tu hora llegó.
Tú desde tu sólio altivo,
Refulgente como el sol;
Yo desde la humilde tierra,
Donde arrastro mi abyeccion,
Lucharemos brazo á brazo
Con incansable rencor,
Y al fin veremos cuál es
El más fuerte de los dos.
¡Piettro!

PIETTRO.

Aquí estamos.

(Abre la puerta secreta y sale.)

PAOLO.

¿Mi encargo
Cumpliste?...

PIETTRO.

¡Como quien soy!
¿Han de entrar?

PAOLO.

Sí, y vete luégo.

PIETTRO.

(¿Secreticos? ¡Voto á brios!)

### ESCENA IV.

PAOLO. FIESCO. GABRIEL y DOS SOLDADOS, que se retiran á una seña de Paolo.

FIESCO.

¿Dónde estamos?

PAOLO.

Perdonad,
Andrea, si cuando os busco
Amigo, os llamo á mi casa
De un modo tan exabrupto.

FIESCO.

¿Á vuestra casa?

PAOLO.

Ó del Dux:
Para el caso todo es uno.

FIESCO.

¡Sois su favorito!

PAOLO.

Soy
Paolo Albiani...

FIESCO.

No lo dudo.
Há ya tiempo que os conozco.

PAOLO.

Yo de vos tambien sé mucho.

FIESCO.

De mi condicion oscura,
Á la verdad, dificulto
Que os ocupeis...

PAOLO.

Sin embargo,
Años hace que me ocupo.

FIESCO.

Si no os explicais, no puedo
Comprender...

PAOLO.

Lo haré con gusto.
Referiros vuestra historia
Fuera necedad, y juzgo
Que deciros vuestro nombre
Basta.

FIESCO.

¿Mi nombre?

PAOLO.

Pues ¿cúyo?

FIESCO.

Mi nombre es Andrea.

PAOLO.

Há tiempo
Que bajo ese nombre, oculto
Está el de un noble proscrito.

FIESCO.

(¡Estoy perdido! ¿quién pudo!...)

PAOLO.

Serenaos; no fué mi intento
Agravar vuestro infortunio,
¡Jacobo Fiesco!

FIESCO.

Sabeis...

PAOLO.

Ya veis que os conozco, y mucho.

FIESCO.

¿Qué pretendeis?

PAOLO.

Os diré.
Para quebrantar el yugo
De Bocanegra, esta noche
En desatado tumulto
Los Güelfos levantarán
El grito de guerra.

FIESCO.

Os juro...

PAOLO.

Permitidme.—Y ¿esperais
Que tan fácilmente el triunfo
Os ceda el Dux, apoyado
En la adoracion del vulgo?
No, Andrea, sólo abriréis
En vano vuestro sepulcro,
Robusteciendo el poder
De ese tirano iracundo.

FIESCO.

Ese lenguaje revela
Vuestro intento, y no presumo
Que me tengais por tan necio
Que el lazo no vea oculto.

PAOLO.

¡Es verdad, que la cabeza
De un Fiesco, pesie á su orgullo,
No es ya, por su nombre sólo,
Patrimonio del verdugo!

FIESCO.

Yo sufriré mi destino,
Pues la suerte lo dispuso.

PAOLO.

¿Y si yo os doy la victoria?

FIESCO.

¿Cómo?

PAOLO.

Con golpe seguro,
En su propio lecho.

FIESCO.

¡Basta!
Á ese precio, la rehuso.

PAOLO.
Os perderéis.
FIESCO.
Llevaremos
Con honra nuestro infortunio.
PAOLO. (Abriendo la puerta.)
Adios, pues.
FIESCO.
Adios, Albiani.
PAOLO.
Ya veréis cuál es el fruto
De vuestra audacia.
FIESCO.
El que quiera
La suerte : yo no renuncio. (Vase.)

**ESCENA V.**

DICHOS, ménos Fiesco.

PAOLO.
¿Adorno? (Deteniéndole cuando va á salir.)
GABRIEL.
¿Qué me quereis?
PAOLO.
¿Oísteis?...
GABRIEL.
Sí.
PAOLO.
No presumo
Que abrigueis tambien de Fiesco
Los inflexibles escrúpulos.
GABRIEL.
Sí: todo lo que es infame,
Vil como vos, lo repugno.
PAOLO.
¡Me insultais! ¡Viven los cielos!...
GABRIEL.
¿Qué decis! pues ¿yo os insulto!
PAOLO.
Cuando vengar vuestros celos
Os propongo, cuando cumplo
Vuestra mejor esperanza,
Y á Susana os restituyo,
¿Esto merezco!
GABRIEL.
¿Está aquí!
PAOLO.
Bajo el poderoso influjo
De un tirano, que de su alma
Sofoca el amor profundo.
Por vos suspira; y ¿quién sabe
Si, huérfana y sin escudo
Que su inocencia proteja,
Vencida?...
GABRIEL.
¡Demonio astuto!
Sea cual fuere tu intento,
Aunque villano y perjuro
Me vendas, á tí me entrego;
Pero sea al punto.
PAOLO.
Al punto.
Ella se acerca : silencio.
(Va á la puerta secreta, y echa la llave. Gabriel le observa con inquietud, y Paolo le dice con calma.)
GABRIEL.
¿Qué haceis?
PAOLO.
De vos me aseguro.
Si no cumplís, esta sala
Será ya vuestro sepulcro.
(Vase por la izquierda. Susana sale por el lado opuesto.)

**ESCENA VI.**

GABRIEL. SUSANA.

SUSANA.
Áun no ha venido Buchetto,
Y temo... pero ¿quién es?
¿Quién hasta aquí?...
GABRIEL.
No temais,
Señora... ¿me conoceis?
SUSANA.
¿Eres tú?
GABRIEL.
¡Susana mia!
SUSANA.
¿Cómo aquí has entrado? ¿quién
Te abrió esas puertas?
GABRIEL.
No puedo
Decirlo.
SUSANA.
Y ¿no temes?
GABRIEL.
¿Qué!
Hallándome entre tus brazos,
¿Qué peligro puede haber
Para mí? Pero habla, dime
Que no es un sueño.
SUSANA.
¡Gabriel!
GABRIEL.
¡Lloras!
SUSANA.
Las lágrimas son
Mi consuelo : deja pues
Que de mi sola ventura
Pueda gozar esta vez.
GABRIEL.
¡Me aterras con tus palabras!
Ese tirano cruel...
SUSANA.
¿Qué dices!

GABRIEL.

Te oprime, ¿es cierto?
Te insulta con altivez,
Y osado...

SUSANA.

Su amor es santo.

GABRIEL.

Y ¿tú?...

SUSANA.

¡Yo!... le amo tambien.

GABRIEL.

¿Qué dices!

SUSANA.

Mas con la misma
Pureza con que por él
Soy amada.

GABRIEL.

Y ¡yo lo escucho,
Y no me muero á tus piés!
¡Oh! con torpe sortilegio
Ha conseguido tal vez
Perturbar tu corazon,
Y que me olvides tambien.
De algun venenoso filtro
Con el encanto cruel
Tu razon ha fascinado.
¿Qué otra cosa puede ser?
¡Vuelve por piedad tus ojos,
Susana! soy tu Gabriel,
Que alma y existencia juntas
Perderé por tu desden.
¡Lloras! sí... ¡lloras! ¡te duele
Mi afliccion! ¿quieres hacer
Ménos horrible y amarga
De tus rigores la hiel?
¡No, no!... quítame la vida,
Ó devuélveme tu fe:
Ó vida ó muerte, Susana;
Compasion no he menester.

SUSANA.

Es imposible.

GABRIEL.

¡Imposible!
¿Eso respondes? pues bien...
¡Adios! yo tambien, si puedo,
Tu memoria olvidaré.

SUSANA.

¡Olvidarme!

GABRIEL.

Sí. Ó me sigues,
Ó, para jamas volver,
Me ausento de tí.

SUSANA.

Bien... parte.

GABRIEL.

¿Eso dices!

SUSANA.

Sí, Gabriel:
Aunque hayas de aborrecerme.
Ántes quisiera tener
Más dolores que sufrir,
Para sufrirlos por él.

GABRIEL.

¡Que esto escucho!

SUSANA.

Por desdicha
Tú no puedes comprender
La causa de este misterio.

GABRIEL.

¿Hay causa?

SUSANA.

Sí.

GABRIEL.

Dila pues.
Engáñame si es preciso,
Y ántes que juzgarte infiel
Oiga al ménos de tu labio
Disculpas.

SUSANA.

No puede ser.

GABRIEL.

¿No podré salir?...
(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)

SUSANA.

¿Así
Te irás?

GABRIEL.

¡Adios!

SUSANA.

¿No me crees?

GABRIEL.

Si tu perfidia no excusas,
Susana, ¿qué he de creer?

SUSANA.

Que todas son apariencias,
Que mi amor es siempre fiel,
Y que jamas miéntras viva
Tu memoria olvidaré.

GABRIEL.

Y ¿es ése todo el consuelo
Que me resta? y ¿ésa es
La disculpa que me das?

SUSANA.

Mi disculpa es mi deber.
(Se oye tocar un clarin.)
Pero ¡el Dux entra en palacio!

GABRIEL.

¿Qué temes?

SUSANA.

¡Silencio! ¡es él!
La salida es imposible.
Ocúltate.

GABRIEL.

¿Para qué?
Venga en buen hora; aborrezco
La existencia.

SUSANA.

Lo has de hacer
Por mí.

GABRIEL.

¡Por tí! ¿qué te debe
Mi agradecimiento, cruel?

SUSANA.

¡Por piedad! mira que viene.
Si te hallase...

GABRIEL.

Dices bien.
(Pues la suerte así lo quiere...)

SUSANA.

¿Qué piensas?

GABRIEL.

Me ocultaré.

SUSANA.

Aquí.

(Le lleva al balcon, le hace ocultar, y cierra la puerta por donde ha entrado.)

¡Dios mio! ¡si llega
Su atrevimiento á saber!...

### ESCENA VII.

DICHOS. SIMON. PAJES.

SIMON. (Viene leyendo un papel.)

¿Aquí tú?

SUSANA.

Si deseais
Estar solo...

SIMON.

No, hija mia;
Ántes hablarte queria.

SUSANA.

Triste y macilento estais.

SIMON.

Te equivocas: ¡ilusion!
Y pues notas mis enojos,
¿Quién ha agraviado tus ojos?
¿De qué esas lágrimas son?

SUSANA.

¡Yo, señor!

SIMON.

Estás turbada,
Y... no me puedo engañar.
Tú ocultas algun pesar.

(Durante este diálogo recorre el Dux rápidamente un papel que trae en la mano.)

Dilo pues.

SUSANA.

No tengo nada.

SIMON.

Ese encendido color
Me dice lo que me callas.
Ya sé que triste batallas
Con un desdichado amor.
Yo otra vez, como lo sabes,
En fatigosa cadena
Probé tambien de esa pena
Tormentos mucho más graves.
Quien amó tiene indulgencia;
Y si el hombre que ha logrado
Prendarte, es digno y honrado,
Callarlo será imprudencia.
Habla, y si de ese dolor
Saber la causa merezco,
No la ocultes: yo te ofrezco
Hacer dichoso tu amor.

SUSANA.

¡Sí, padre mio! yo espero
Que le halleis digno de mí.
Entre todos le escogí
Por noble y por caballero.
No hay quien por alto blason
Sus hechos exceder sepa;
No hay hazaña que no quepa
En su hidalgo corazon.
En sus heroicas empresas
Humilló con arrogancia
Las áureas lises de Francia
Y las quinas portuguesas.
Mil veces ya combatió
En vuestra armada con gloria,
Y otras tantas la victoria
Su ardimiento coronó.
Sus altos hechos felices
Hacen que á Génova asombre
Tanto heroismo.

SIMON.

¿Su nombre?

SUSANA.

Gabriel Adorno.

SIMON.

¿Qué dices!
¿Á ese hombre tienes amor?

SUSANA.

Perdonad...

SIMON.

¡Él, mi enemigo!
¿Tú das en tu pecho abrigo
Al cariño de un traidor?

SUSANA.

¡Padre!

SIMON.

No lo dudes: mira,
¡Porque de tu error te asombres!
Su nombre está entre esos nombres:
Con los traidores conspira.
Pero, contraria la suerte,
Los vende.

SUSANA.

Y ¿qué?

SIMON.

Pues mi yugo
Les pesa, haré que el verdugo
Los ataje con la muerte.

SUSANA.

¡Ah! no...

SIMON.

Demasiado fuí
Con los rebeldes piadoso:

Harto tiempo mi reposo
Turbado por ellos vi.
Adorno quiere vengar
Á su padre; y ¡vive el cielo,
Que su sangriento desvelo
La vida le va á costar!

SUSANA.

¡Su padre!...

SIMON.

Sí; conspiró,
Y á la lucha corrió en vano:
Con las armas en la mano
En el combate cayó.
¡Ah! su inútil resistencia
Tan sólo vino á lograr
Que no pudiese emplear
Como en otros mi clemencia.
Áun viven mil, que con él
Atrevidos conspiraron,
Y que piedad encontraron
En su tirano cruel.
Y, áun hoy de su saña objeto,
¡Se levantan contra mí!
¡Ingratos!

SUSANA.

Ingratos, sí;
Pero Gabriel, os prometo...

SIMON.

Basta ya: no me hables de él.

SUSANA.

Hasta lograr su perdon
Opondré mi intercesion.

SIMON.

¡Tanto amas á ese Gabriel!

SUSANA.

¿Qué otra cosa es sino amor
El perdurable tormento
Que dentro del alma siento,
Ya horrible, ya encantador?
Pasion de ruda violencia,
Cuya inapagable llama,
Más que el mismo amor le inflama,
Le inflama la resistencia.
Si castigais su delirio,
Sólo mi afan ambiciona
La mitad de la corona
De su sangriento martirio.
En blando ó funesto yugo
Nuestra suerte han de igualar,
Ó tu mano en el altar,
Ó el hacha de tu verdugo.

SIMON.

¡Ah! ¡no extrañes mis desvelos
Y que tu afan no me cuadre!
Tambien el amor de padre
Tiene, hija mia, sus celos.
Acaso por ese amor,
Hoy gigante, si ayer niño,
Perderé de tu cariño
El consuelo bienhechor.

SUSANA.

No; que si por él te invoco,
Por tí con mi afecto lucho.
¡Oh! darle tu amor, es mucho;
Mas darle mi vida, es poco.

SIMON.

Pues bien: si su error abjura,
¿Quién sabe?...

SUSANA.

Sí, sí... lo hará.

SIMON.

Entónces, tal vez será
Posible vuestra ventura.

SUSANA.

(Si yo le dijera... ¡no!
Que ignore...)

SIMON.

¿Qué te suspende?

SUSANA.

Esa dicha me sorprende;
Que no la esperaba yo.

SIMON.

Bien: retírate; ya es hora
De reposar.

SUSANA.

¡Reposar!

SIMON.

Y tengo aquí que velar
Hasta la luz de la aurora.

SUSANA.

(¡Dios mio!)

SIMON.

De esos traidores
La injusta saña me inquieta,
Y si el rigor no sujeta
Sus impulsos vengadores,
Génova pudiera ser
Mañana sangriento lago,
Donde entre ruina y estrago
Se abismara mi poder.

SUSANA.

Mas tanto tiempo velar...

SIMON.

Es fuerza, retiraté.

SUSANA.

¡Adios, señor! (Yo no sé
Cómo poderle salvar.)

## ESCENA VIII.

BOCANEGRA. GABRIEL, escondido.

SIMON.

¡Dux de Génova! ¿qué harás
Contra la torpe malicia
Que á hollar con tus plantas vas?

¿El rigor de tu justicia
Por más tiempo enfrenarás?

(Se deja caer en el sillon, recostándose sobre la mesa.)

¿Vas á hacer que nuevamente
La infame faccion aliente
Con mengua de tu poder?
No más, no: ya no consiente
Más ultrajes mi deber.
Perdonarlos fuera ya
Flaqueza.—Me vence el sueño.
Al fin preciso será
Castigar su loco empeño;
Mas Gabriel...

(Gabriel sale cautelosamente, se adelanta hácia donde está el Dux, y le contempla un momento.)

GABRIEL.

¡Dormido está!
¿Es respeto, ó es temor
El que en mi pecho se abriga?
No sé por qué mi valor
Flaquea, cuando me instiga
Poderoso mi rencor.
Y ¡ése es el hombre, Susana,
Que, de tu hermosura dueño,
Destruyó con mano insana
De mi ventura cercana
El porvenir halagüeño!
¡De ese viejo la impudencia
En tu clara luz se baña,
Y hollando tu resistencia,
Con su torpe aliento empaña
El cristal de tu inocencia!

## ESCENA IX.

BOCANEGRA. GABRIEL. Luégo SUSANA.

GABRIEL.

¡Hijo de Adorno! ¡la sombra
De un padre clamando está,
Y su vengador te nombra!
Nada en el mundo me asombra;
Nada me detiene ya.

(Susana ha salido al decir estos últimos versos, y al dirigirse Gabriel á Bocanegra, se interpone rápidamente.)

SUSANA.

¡Insensato!

GABRIEL.

¡Susana!

SUSANA.

¡En tí es posible
Tanta infamia, Gabriel! ¿deliro ó sueño?
Tú contra un viejo descuidado, inerme,
Traidor esgrimes el cobarde acero?

GABRIEL.

¡Sí, porque horrible y con furor me ahoga
La venenosa rabia de los celos!
Porque su sangre toda no es bastante
Para apagar su abrasador incendio.

SUSANA.

Sí, la razon le apagará: no cabe
En los impulsos de tu noble pecho
Tan cobarde venganza.

GABRIEL.

Más me irritas
Cuanto le amparas más.

SUSANA.

Oye, te ruego.
Te lo dije, Gabriel: un amor santo,
De toda impura emanacion ajeno,
Á su suerte me unió: yo te lo juro
Por el nombre de Dios que me está oyendo.
Y este sagrado amor en nada turba
Nuestra esperanza: de tu encono ciego
Si enfrenas el impulso temerario,
Tal vez no está nuestra ventura léjos.

GABRIEL.

¿Qué pretendes de mí?

SUSANA.

Ven; pero guarda
Do no lo vea, el matador acero
Que fascina mis ojos.

(Bocanegra despierta y mira con ojos atónitos á los dos amantes, luégo se levanta dirigiéndose lentamente hácia ellos, hasta encontrarse en medio de los dos.)

GABRIEL.

¡Yo á sus plantas
Implorando piedad! ¿qué estás diciendo!

SUSANA.

Te escuchará piadoso.

GABRIEL.

Áun tú no sabes...

SIMON.

¿Quién aquí?...

SUSANA.

¡Calla! ven.

SIMON.

Pero ¡qué veo!

GABRIEL.

¡No, Susana! es un crímen.

SUSANA.

De ese crímen,
Si así lo juzgas, con mi amor te premio.

SIMON.

¡Es posible!

SUSANA.

¡Gran Dios!

SIMON. (Á Gabriel.)

Llega: ¿qué dudas?
Llega y desgarra sin temor mi pecho,
Gabriel Adorno; ¡ven! más no ha de herirme
Que vuestra torpe ingratitud, tu acero.

SUSANA.

¡Ah!

GABRIEL.

¿Qué dices?

SUSANA.

¡Gran Dios!

GABRIEL.

Yo solamente,
Dux soberano, tu rigor merezco,
Yo que, irritado vengador de un padre,
Sangre por sangre á demandarte vengo.
Y era llegado ya de la terrible
Expiacion el funeral momento,
Si un ángel por tu dicha no velara,
Guardando fiel tu descuidado sueño.

SIMON.

¡Es posible!... mas dí, ¿quién esas puertas,
Desventurado, á tu traicion ha abierto?

SUSANA.

Yo os juro que no fuí.

SIMON.

¿Quién?

GABRIEL.

¡No es posible
Decírtelo, Simon! es un secreto.

SIMON.

Bien haces en callar...

SUSANA.

¿Por qué lo ocultas?

SIMON.

Mas la verdad te arrancará el tormento.

SUSANA.

¡Piedad!

SIMON.

¡Aparta, aparta!... ¡Tú no sabes
(Á Gabriel.)
Todo el dolor que á tu venganza debo!
La muerte no es bastante...

SUSANA.

Es imposible.

GABRIEL.

¡Vedme! tranquilo y sin temor la espero.

SUSANA.

¡Yo tambien moriré!

SIMON.

Tú me has robado
La sola prenda que benigno el cielo
Para alegrar mi soledad guardaba,
Y que hoy por tí desventurado pierdo.
¡Bien te vengas, Gabriel! si es el castigo
Con que me oprime Dios, bien lo merezco.
Yo ofendí la vejez de un noble padre,
Y con deshonra igual pago mi yerro.

GABRIEL.

¡Cielos! ¡su padre vos?

SIMON.

¿Tú lo ignorabas?

GABRIEL.

¡Perdon, María! en mi delirio ciego,
Más que la sangre de mi triste padre
Vengar ansiaba abrasadores celos.
Murió, es verdad; pero murió con gloria:
Herido sucumbió, mas combatiendo.
Sólo es villano el asesino infame:
Quien mata sin traicion ¿por qué ha de serlo?
Dadme la muerte, Dux; mas vuestro encono
No pese sobre mí.
(Se oyen voces y tumulto en la plaza. Susana se dirige al balcon.)

SIMON.

¡Callad! ¿qué es eso?
¿Qué rumor?...

SUSANA.

Por la plaza desbandado
Gritando corre en confusion el pueblo.

GABRIEL.

Son vuestros enemigos, que levantan
El pendon de la guerra; son los Güelfos,
Que á probar nuevamente la fortuna
Al combate se lanzan con denuedo.

SIMON.

Vé á reunirte á los tuyos.

GABRIEL.

¡No es posible!
Iré; pero á anunciarles que mi acero
Sólo por vos combate.

SIMON.

Si lo hicieres,
Olvidar tus delirios te prometo.

GABRIEL.

Y ¿nada más?

SIMON.

¡Vé, corre! entre el conflicto
De la sangrienta lucha nos veremos.
¡Si sucumbes allí, será con gloria!
Si vuelves vencedor, hé aquí tu premio.
(Estrechando á Susana en sus brazos.)

## ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto tercero. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

FIESCO y PAOLO entran por la puerta secreta.

PAOLO.

Entrad: no temais.

FIESCO.

Jamas
Conoció mi pecho el miedo,
Y bien sé que ya no puedo
Salvar la vida.

PAOLO.

Quizás.
Pero tal es la inclemencia
De vuestra enemiga suerte,
Que acaso os guarda la muerte.

FIESCO.
¿Qué me importa la existencia?
Pero no comprendo bien...

PAOLO.
¿Hemos de explicarnos?

FIESCO.
Sí.

PAOLO.
La salvacion está aquí;
Pero el peligro tambien.

FIESCO.
Y ¿cómo?

PAOLO.
Para lograr
Lo que nuestro afan desea,
Hay dos caminos, Andrea:
Ó someterse, ó matar.

FIESCO.
Dilo.

PAOLO.
Piadoso Simon,
Aunque soberano, es hombre.

FIESCO.
Mas...

PAOLO.
Decidle vuestro nombre,
Y alcanzaréis el perdon.

FIESCO.
¡Yo! ¡me juzgais tan infame!
¿Que yo su perdon obtenga?

PAOLO.
¿No lo aceptais?

FIESCO.
No: que venga,
Y que á sus verdugos llame.

PAOLO.
Si su piedad justifica,
¿Tendréis vuestro enojo en cuenta?

FIESCO.
Sí, Paolo: el perdon afrenta,
Y el martirio santifica.

PAOLO.
¿Quereis el martirio pues?

FIESCO.
Es mi postrera esperanza.

PAOLO.
Y ¿no hay otra?

FIESCO.
La venganza.

PAOLO.
¿Quereis verle á vuestros piés?

FIESCO.
Sí; diera toda mi vida
Por ello.

PAOLO.
Le veréis; pero...

FIESCO.
¿Qué quieres? di.

PAOLO.
Mucho quiero.
Prenda que os es muy querida.

FIESCO.
Si tu decision no es vana,
Amistad, nobleza y oro...

PAOLO.
No; nada de eso: el tesoro
Que yo ambiciono... es Susana.

FIESCO.
¡Tú!

PAOLO.
Sí; esta loca pasion,
Desesperada y ardiente,
Me inspirara solamente
Tan horrorosa traicion.
Por ella con ansiedad
Gimo, admirando de léjos
Los milagrosos reflejos
De su imposible beldad.
Y de mi entusiasmo loco
En la tirana violencia,
Sacrificar mi existencia
Por conseguirla, áun es poco.

FIESCO.
Pero, ¿cómo puedo hacer
Lo que tu pasion desea?

PAOLO.
Eso... vos veréis, Andrea,
Si puede ó no puede ser.

FIESCO.
Á esa extraña condicion
Con orgullo me rebelo,
Y... no es tan grande mi anhelo
Por derrocar á Simon.

PAOLO.
¡Á tormento tan cruel,
Á deshonra semejante!...
Su existencia áun no es bastante
Á satisfaceros de él.

FIESCO.
No: tú ignoras el objeto
De mi rencor.

PAOLO.
Quizás no.

FIESCO.
No... ¡mientes! sólo él y yo
Sabemos este secreto.

PAOLO.
Vuestra confianza haré vana,
Aunque cruel os aflija.
Jacobo tuvo una hija.

FIESCO.
¿Qué es lo que dices?

PAOLO.
¡Mariana!

FIESCO.
¡Con que es verdad! ¡tambien ya
Sabes su delirio ciego!
Te daré la muerte.

PAOLO. (Con calma.)
Y luégo,
Decid... ¿quién os vengará?

FIESCO.
(Fuerza es sufrir.) Dices bien. (Serenándose.)

PAOLO.
Y no ha de expiar tan sólo
Su amor burlado con dolo,
Sino su muerte tambien.

FIESCO.
Sí: no hay dolor que á ése iguale.

PAOLO.
Ya veis que no anduve necio
En poner tan alto precio
Á prenda que tanto vale.

FIESCO.
Mas sin violencia y rigor,
¿Quién puede reducir, dime,
Á un corazon que ya gime
Esclavizado á otro amor?

PAOLO.
Ese amor, le apagará.

FIESCO.
¿Cómo?

PAOLO.
De buen ó mal grado.
La que á Gabriel ha olvidado,
Á Simon olvidará.

FIESCO.
Pero es tenaz.

PAOLO.
Á su estrella
Habráse de someter,
Y vos podeis ejercer
Vuestra autoridad con ella.
Juradlo por vuestro honor,
Ó haréis que el intento tuerza.

FIESCO.
(Ignora quién es, y es fuerza
Que permanezca en su error.)

PAOLO.
¿Será mi esperanza vana?

FIESCO.
Ántes bien os la aseguro.

PAOLO.
¿Me lo jurais?

FIESCO.
Os lo juro,
Que será vuestra Susana,
Si ya la enemiga suerte,
Como hoy nos ha abandonado,
Nuestro intento no ha burlado
Con su muerte ó nuestra muerte.

PAOLO.
Está dicho: ahora, tomad
Esta llave.

FIESCO.
Y ¿qué he de hacer?

PAOLO.
Sin que nadie os pueda ver,
Por esa puerta escapad.
Haced que vuestros parciales
Vengan aquí con secreto.

FIESCO.
Que todos serán, prometo,
Al compromiso leales.

PAOLO.
Volved, y ocultaos ahí
Hasta que mi voz os llame.

FIESCO.
¡Bien! (De escuchar á ese infame
Tengo vergüenza de mí.)
(Se va por la misma puerta secreta.)

## ESCENA II.

PAOLO.

¡Orgulloso Dux! llegó
La hora ya de que á mis plantas
Se postre con ignominia
Tu desdeñosa arrogancia.
Tú que desde el alta cumbre
De tu region soberana
Al vil insecto desprecias
Hollándole con tus plantas,
¡Ay de tí! que carcomido
Tu alto sólio, desgarrada
La púrpura, que hoy sangrienta
Tus tiranías proclama,
Caerás, y tu augusta frente,
Hoy de laurel coronada,
Cubrirá la inmunda plebe
Con el lodo de las plazas.
Pero él viene: de sus ojos
(Mirando á la izquierda.)
Las recelosas miradas
Me indican que desconfia
De mí: ¡no puedo afrontarlas
Con valor! ¡ea! evitemos
Su encuentro.
(Se oyen á lo léjos vivas y tumulto.)
¡El pueblo te aclama!
¡Quién sabe si jugará
Con tu cabeza mañana!
(Vase por la segunda puerta de la izquierda, al mismo tiempo que por la del proscenio aparecen el Dux, Gabriel, Pietro, senadores, guardias y pajes.)

## ESCENA III.

SIMON. GABRIEL. PIETTRO. SENADORES. GUARDIAS Y PAJES.

SIMON.

¡Señores, sí! ya otra vez
Mi pueblo valiente acaba
De mostrar en el combate
Su ardimiento y su constancia.
Segunda vez ha postrado
La insolencia temeraria
De los torpes enemigos
De su independencia santa.
¡Basta de piedad, señores!
Que sobre sus frentes caiga
Vuestra severa justicia.

UN SENADOR.

Terrible caerá su espada.

SIMON.

Premio y castigo poned
En su inflexible balanza,
Sin que el rencor os instigue,
Ni la flaqueza os abata.
Sólo el escarmiento puede
Poner coto á su arrogancia,
Y sólo así vengaremos
Tanta sangre derramada.
Vosotros, id en mi nombre (Á los pajes.)
Por la ciudad: de mis arcas
Los tesoros derramad
Sin medida, en abundancia.
Donde quiera que una víctima
Halleis, donde herido yazga
Partidario ú enemigo,
Sin auxilio en su desgracia,
Vean por vos que mi mano
Á todas partes alcanza,
Para herir á los traidores,
Y para enjugar sus lágrimas.

UN PAJE.

Así lo haremos.

(Algunos pajes se van por la izquierda.)

SIMON.

Y vos,
Á cuya valiente espada
En el combate sangriento
Debió tanto nuestra causa,
Venid á nuestra capilla,
Donde impaciente os aguarda
Quien por su dicha y la vuestra
Premiará vuestras hazañas.

GABRIEL.

Dejadme, señor, que bese
Por tanto honor, vuestras plantas.

SIMON.

¡Alzad!— Vosotros seréis (Á los senadores.)
Testigos de esta sagrada
Ceremonia, senadores.
¡Piettro! ¿lo oís?

PIETTRO.

No haré falta.

SIMON.

Seguidme.

(Vanse todos por la derecha, ménos Piettro, que al ir á entrar, se siente detenido por Paolo.)

## ESCENA IV.

PAOLO. PIETTRO.

PAOLO.

¿Piettro?

PIETTRO.

¿Señor?

PAOLO.

Ya nuestra suerte está echada.

PIETTRO.

¿Teneis miedo?

PAOLO.

Piettro, sí;
Pero no de su venganza.
Temo que de mis rencores
Víctima á mis piés no caiga.

PIETTRO.

Todo está previsto.

PAOLO.

¿Cómo?

PIETTRO.

El Senado le acompaña.

PAOLO.

Razon más para temer...

PIETTRO.

Para tales cosas guarda
En su tesoro una copa
De riquísima esmeralda,
Que en Palestina ganaron
Otro tiempo nuestras armas.

PAOLO.

¡Es verdad!

PIETTRO.

En eso está
Cifrada mi confianza:
Nadie puede sino el Dux
Beber en la copa santa.

PAOLO.

¡Valor! cobardía fuera
Retroceder. ¿A qué aguardas?
Ya á la mesa se dirigen.

PIETTRO.

¡Cómo! ¡tan pronto acabada
La ceremonia!...

PAOLO.

Silencio,
No te oigan... pero ¿qué hablabas
De ceremonia?

PIETTRO.

No sé :
De una boda se trataba...
(Quiere irse y le detiene Paolo.)

PAOLO.

¿Una boda! y ¿quién?...

PIETTRO.

Dejadme.

PAOLO.

Espera : ¿tal vez Susana?...

PIETTRO.

Sí, y el mancebo galan...

PAOLO.

¡Oh furor!

PIETTRO.

El Dux me llama. (Vase.)

## ESCENA V.

PAOLO.

¡Es posible! ¡perdida para siempre!
¡Insensata ambicion! ¡Ay! ¡cómo burlas,
Suerte inhumana, mis hermosos sueños!
¿Si habrán venido ya?... nada se escucha.
(Llama á la puerta secreta.)
Sí... sí... ya sus pisadas se perciben,
Temerosas y lentas. Ya mi angustia
Es ménos; que si pierdo una esperanza,
Vengaré por lo ménos mis injurias.
(Se dirige á la puerta de la derecha y observa por ella.)
Ya comenzó el festin: ¿quién es el hombre
Que junto al Dux está?—¡Gabriel! sin duda
Es él... ¡y ella en sus brazos! ¡No! la muerte
De uno y otro primero.—¡Fiesco! ¡Oh furia!
(Abre la puerta secreta, y aparecen Fiesco, Lázaro y un escudero.)

## ESCENA VI.

PAOLO. FIESCO. LÁZARO y un escudero.

PAOLO.

Los vuestros, ¿dónde están?

FIESCO.

No sé: humillados,
Y temiendo la cólera sin duda
Del fiero vencedor, á su venganza
En parajes recónditos se ocultan.

PAOLO. (Aterrado.)

¡Somos perdidos!

FIESCO. (Con calma.)

Sí; pero la muerte
Al que es valiente y noble, no le asusta.

PAOLO.

Mirad...

FIESCO.

Y yo la acepto, si se logra
En esta noche la esperanza tuya.

PAOLO.

Yo cumplí mis promesas; pero, Fiesco,
Si los tuyos no están, sólo la fuga
Salvarnos puede.

FIESCO.

¡Huir!

PAOLO.

De Bocanegra
La muerte va á llegar pronta y segura.

FIESCO.

¿Qué has hecho!

PAOLO.

Fiesco, sí : ya por sus venas
Abrasador el tósigo circula.

FIESCO. (Con indignacion.)

¿Es cierto!

PAOLO.

¿Lo dudais?

FIESCO.

Para tal crímen,
Para tan baja accion, ¡cómplices buscas?

PAOLO.

De otro modo... tal vez...

FIESCO.

Caer primero;
Ántes morir.

PAOLO.

La cólera os ofusca.
La salvacion busquemos.

FIESCO.

¡Véte!

PAOLO.

Huyamos.

FIESCO.

¡Sálvate, miserable! no presumas
Que cómplice contigo, me deshonre,
Y que el peligro con temor eluda;
Que aunque caiga rodando mi cabeza,
Y entre tormentos con rigor sucumba,
Vale más que vivir cobardemente
Bajo el infame peso que te abruma.
Corre: esos hombres, de mi casa siervos,
Contigo irán, y con la noche oscura
Ganar podrás las ásperas montañas
Donde libre estarás.—Nada me arguyas;
Apártate de mí.

PAOLO.

¡Pesia mi suerte!
(Vase seguido del escudero. Al partir Lázaro, le detiene Fiesco.)

FIESCO.

¿Lázaro?

LÁZARO.

¿Qué mandais?

FIESCO.

Hacer procura
Para llevarle salvo á las montañas.

LÁZARO.

¿Y allí?...

FIESCO.

No tengas de él piedad ninguna.

### ESCENA VII.

FIESCO. Luégo EL DUX y PIETTRO.

FIESCO.

¡Ya me cansa la vida! ¡Ea! acabemos,
Y cuando tal infamia me atribuyan,
Muramos con valor. Sólo el martirio
Tanta vergüenza y deshonor disculpa.
(Al ver que llega el Dux, se retira hácia el fondo del teatro.)

SIMON.

Acógelos, Señor, en tu clemencia,
Y sus votos de amor benigno escucha:
Así la muerte me hallará tranquilo,
Cuando severo su rigor se cumpla.
¡Piettro! ¡mis sienes con dolor se abrasan;
El brillo de esas lámparas se enturbia!...
¡Me pesa el corazon! — Abre esas puertas.
(Piettro abre las tres puertas del balcon, y se deja ver la plaza iluminada.)

PIETTRO.

¿Quereis que llame?...

SIMON.

No; será sin duda...
Pero, ¿qué es eso, Piettro?

PIETTRO.

Vuestro pueblo,
Como hoy por vos de sus contrarios triunfa,
Su victoria celebra.

SIMON.

Y ¿quién se atreve
De la muerte á turbar la paz profunda?
¿Quién escarnece al infeliz hermano
Que al rigor sucumbió de su fortuna!
¡Oh! no es merecedor de la victoria
Quien del vencido la desgracia insulta.
¡Vé, corre! de esas luces me fascina
El triste resplandor.
(Vase Piettro por la izquierda: Simon se acerca al balcon, donde permanece silencioso un momento.)

### ESCENA VIII.

SIMON. FIESCO.

SIMON.

¡Ay! Esas puras
Ráfagas de la mar que el aire bañan,
Consuelo son de mi mortal angustia.
¡La mar! ¡la mar! Cuando en su claro seno
Gallarda y altanera se columpia
La armada nave, que á cruzar se apresta
La inmensidad del piélago profunda,
¡Ah! mil recuerdos de placer, de glorias,
En mi mente fantásticos se agrupan
Con incansable afan que me devora,
Con brillo seductor que me deslumbra.
¡La mar! ¡la mar! ¿por qué, desventurado,
En ella no encontré mi sepultura
Sin la ciega ambicion que me sujeta
De esta prision dorada á la coyunda!
(Fiesco se habrá ido acercando lentamente, hasta hallarse frente á frente de Simon.)

FIESCO.

¡Más te valiera, Dux!

SIMON.

¿Quién aquí osado?...

FIESCO.

Quien tu furor no teme ni le excusa.

SIMON.

¿Cómo entrásteis aquí? ¡Guardias!

FIESCO.

La muerte
Miraré sin temor, si ántes me escuchas.

SIMON.

¡Habla! ¿qué quieres?

FIESCO.

Oyeme, y perdona
De un viejo desdichado á la amargura,
Si instrumento fatal de una venganza,
Con severo rigor mi voz te insulta.
¡Aquí ya no eres Dux! ya no te cerca
De esos villanos la insolente turba,
Que á tu voz prosternándose, te acatan
Con torpe fe y adoracion estúpida.
Hoy que tus armas, de caliente sangre
Salpicadas aún, dichosas triunfan,
Y en boca de la plebe fascinada
La fama de tus hechos se divulga,
Hoy, poderoso Dux, en tus paredes
Del justiciero Dios la mano oculta
Escribe tu sentencia; hoy del gigante
Los colosales miembros descoyunta.
Tu imperio se acabó; de entre los astros
Que eclipsar no pudieron tu fortuna,
Se apagará tu estrella, y de tus hombros
Caerá en pedazos la manchada púrpura.
¡Pero mueres feliz! de la victoria
El claro resplandor tu muerte alumbra,
Y de los que hoy á tu rigor cayeron
Te acompañan las sombras insepultas.
(Desde este momento empiezan á apagarse las luces de la plaza, de modo que al espirar el Dux, hayan desaparecido completamente.)

SIMON.

Pero ¿quién eres tú? ¿por qué á tu acento
Siento helarse mis venas?

FIESCO.

¡Qué! ¿te turbas?
¡Alguna vez le oiste!

SIMON.

¡Cielo santo!

FIESCO.

¡Es el remordimiento que te abruma!

SIMON.

¿Es posible! ¡los muertos ya no duermen
En la tranquila noche de sus tumbas?

FIESCO.

¡Me conoces al fin!

SIMON.

¡Jacobo Fiesco!

FIESCO.

¡Simon! ¡Simon! ¡los muertos te saludan!

SIMON.

¡Gracias, supremo Dios! ¡yo no aguardaba
De tu inmensa bondad tanta ventura!

FIESCO.

Regocíjate, sí, porque este Fiesco
Que viendo estás, cuya vejez caduca
Miserable insultaste, viene ahora
Larga cuenta á pedir de tus injurias.

SIMON.

¡Á perdonarme, Fiesco! No es la muerte,
No es tu cólera, no, lo que me asusta;
Pero tu encono sí. Por dicha el cielo
El lazo conservó que al fin nos una.

FIESCO.

¿Qué me quieres decir?

SIMON.

¿No me ofreciste
Un tiempo, mi perdon?

FIESCO.

¡Yo, nunca! ¡nunca!

SIMON.

Sí: ¡tú lamentas, desdichado anciano,
La pobre niña que perdida buscas!
¡Tú lloras su orfandad! ¡Fiesco! ¡á mis brazos
De Dios la trajo la clemencia suma!

FIESCO.

¿Es posible, Simon!

SIMON.

Y ahora ¿no hay tregua
Á tu enojo, señor? ¡Ah! ¡no me escuchas!

FIESCO.

Sí, escuchándote estoy, y por mi mente,
Vértigos frios, pavorosos, cruzan.
¡Tú me pides perdon! ¡tú! —¿Por qué ahora,
Verdad horrible, mi razon alumbras?

SIMON.

¿Lloras, Fiesco?

FIESCO. (Cayendo de rodillas.)

¡Piedad!

SIMON.

¿Por qué tu rostro
Desencajado y lívido me ocultas?
(Le levanta, abrazándole.)

FIESCO.

¿Por qué, Simon? porque la voz del cielo
He escuchado en tu voz: ¡porque me acusa
Tu clemencia magnánima! ¡la muerte,
La muerte va á llegar!

SIMON.

Nada me asusta...
¿Quién?...

FIESCO.

Un traidor, al que en tu seno diste
Fácil abrigo y amistad segura,
Y hoy el veneno te ministra infame,
Que por tus venas rápido circula.

SIMON.

¡Es verdad, Fiesco! en mis dolientes ojos,
En mi razon turbada que se ofusca,
En ese llanto que tus ojos baña,
Me habla la eternidad helada y muda.

FIESCO.

Y ¿no es posible ya?...

SIMON.

¿Quién viene? ¡es ella!
(Mirando adentro.)

FIESCO.

¡María!

SIMON.

Sí; mas por piedad procura
Ocultarla... ¡No! ¡no!... ¡yo quiero verla...
Bendecirla otra vez!...

FIESCO.

¡Cruel fortuna!

(Simon se deja caer en un sitial. Salen por la derecha María, Gabriel, senadores y pajes.)

## ESCENA IX.

SIMON. FIESCO. MARÍA. GABRIEL. SENADORES. PAJES.

FIESCO.

¡María!

MARÍA.

¡Qué miro!

SIMON.

¡Ven!

GABRIEL.

(¡Jacobo Fiesco!)

MARÍA.

¡Aquí vos!

SIMON.

Hoy nos reconcilia Dios
Por mi descanso y tu bien.
Por él mi suerte liviana
Mitigará su crueldad,
Pues te dejo en tu orfandad
Al padre de mi Mariana.

MARÍA.

¡Vos! ¡oh ventura!

FIESCO. (Cubriéndose el rostro.)

¡María!

MARÍA.

No más enemigos ya,
¿Vuestro encono cesará?

SIMON.

¡Sí, todo acaba, hija mia!

MARÍA.

¡Aterrais mi corazon!

SIMON.

Fortalecerle procura,

Y escucha tu desventura
Con calma y resignacion.

MARÍA.

¿Qué quereis decir? ¡Hablad!
¡Oh! vuestro acento me hiela.

SIMON.

Este acento te revela
Una terrible verdad.
Hoy es mi postrero dia.
(Movimiento de sorpresa.)

MARÍA.

¡Qué decis!

SIMON.

Pero la suerte
Quiso que hallase mi muerte
Entre tus brazos, ¡María!

MARÍA.

¿Cómo es posible?
(Gabriel y María caen á los piés del Dux: éste pone las manos sobre sus cabezas, y alza los ojos al cielo.)

SIMON.

¡Gran Dios,
De mi martirio testigo,
Yo en tu nombre los bendigo!
Sean dichosos los dos.

MARÍA.

¡Padre! ¡padre!

SIMON.

¡Senadores
De Génova! ¡autorizad
Mi postrera voluntad!
¡Llegaos y escuchad, señores!
(Con voz ya más apagada.)
En este instante fatal,
Depuesto el sagrado armiño,
La frente de Adorno ciño
Con mi corona ducal.

GABRIEL.

¡Señor!

SIMON.

Que lo aceptes creo...

FIESCO.

¡Qué horror!

SIMON.

Vos... Jacobo... id,
Y mi voluntad... cumplid...
Decidles... que es... mi deseo. (Espira.)

MARÍA.

¡Padre!
(Fiesco se dirige con el mayor abatimiento al balcon, seguido de los senadores y pajes, que llevarán hachas encendidas.)

FIESCO.

¡Genoveses! hoy
Dios nuestra constancia prueba.
De una dolorosa nueva
Triste mensajero soy.
Dux de Génova es Gabriel
Adorno; que el hado incierto...
(Se oyen gritos en la plaza.)

VOCES.

¡No! ¡no! ¡Bocanegra!

FIESCO.

¡Ha muerto!
¡Rogad al cielo por él!

# AFECTOS DE ODIO Y AMOR.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

representada por primera vez en Madrid, en el Teatro de la Comedia, el dia 28 de Junio de 1850.

## PERSONAS.

DON JUAN DE SILVA, *Capitan de mosqueteros españoles.*
TEODORA.
INÉS.
BEATRIZ.
AREMBERG, *Alférez tudesco.*
DON DIEGO DE TAVORA.
PEREIRA.
GIRON, *criado de don Juan.*

*La escena pasa en Évora, por el mes de Setiembre de* 1580.

## ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con alguna ostentacion: dos puertas á cada lado, de las cuales, las de la izquierda del actor comunican con las habitaciones interiores de la casa. La más inmediata al foro, en el lado opuesto, da salida á la calle. En el fondo un balcon. Al levantarse el telon, Ines estará delante del espejo. Beatriz á su lado, de pié.

### ESCENA PRIMERA.

INES. BEATRIZ.

INES.
Beatriz, ¿voy bien?

BEATRIZ.
Extremada.

INES.
¿Hermosa?

BEATRIZ.
Como el amor.

INES.
¿No me encuentras la color,
Dime la verdad, quebrada?

BEATRIZ.
¡Jesus! mucho.

INES. (Volviéndose á Beatriz.)
Cuidadosa
Por eso estoy.

BEATRIZ.
¿Es creible?

INES.
Sin color, ¿cómo es posible
Que una mujer esté hermosa?

BEATRIZ.
No tengais de eso inquietud.

INES.
Pues ¡digo!...

BEATRIZ.
¡Me maravilla!
Las rosas en la mejilla
Son indicios de salud:
La salud arguye calma,
Y ésta, con toda evidencia,
Es señal de indiferencia
Y embotamiento en el alma.

INES.
Pues ¿no puede sin pasion
Haber belleza?

BEATRIZ.
Sí habrá;
Pero nunca inspirará
Amor, sino admiracion.
El hombre nunca es devoto
De la estátua yerta y muda,
Y ellos lo entienden sin duda.

INES.
¡De mucho peso es el voto!

BEATRIZ.
Y la palidez tambien
Da expresion á un rostro bello.

INES.
Quiero persuadirme de ello.
(Volviendo á mirarse al espejo.)
Y en efecto, me está bien.

BEATRIZ. (Con ironía.)
(¡Qué pronto se convenció!)

INES.
Y dime, Beatriz...

BEATRIZ.
¿Señora?

INES.
¿Qué me dices de Teodora?
¿Es más bonita que yo?

BEATRIZ.
¿Qué puede haber de comun?...

INES.
¿No es cierto?

BEATRIZ.
De ningun modo.

INES.
¡Pues mira, Beatriz! con todo,
¿Lo creerás? presume aún.

BEATRIZ.

¡Delirio!

INES.

Y ¿sabes quizá,
Puesto que con ella fuiste
Al convento, en qué consiste
Que tan abatida está?
¿De qué nace esa reserva
Conmigo? ¿Qué la entristece?

BEATRIZ.

No lo sé; mas me parece
Que no pisa buena yerba.

INES.

No me ha de pasar el dia
Sin lograr...

BEATRIZ.

No es fácil cosa.

INES.

Pues mira, yo soy curiosa,
Y he dado en esa manía.
De verla tan reservada,
Que al fin es mujer, me espanto.

BEATRIZ.

En efecto.

INES.

Dame el manto.
¡Si no es que está enamorada!

BEATRIZ.

¿Enamorada? ¡imposible!
Siempre en reclusion estrecha...

INES.

No está demas la sospecha:
Es jóven, no es insensible,
Sale á misa y á sermon;
Y para dejarse ver,
¡Digo! no son menester
Mucho lugar ni ocasion.
Pues ¿necesitamos tanto
Para escuchar una queja,
Si no en la paz de la reja,
Bajo el misterio del manto?
¿Qué paredes ni cerrojos
De amor el poder contrastan,
Si para entenderle, bastan
El corazon y los ojos?

BEATRIZ.

¿Trampas sabeis del amor?
¿Qué fuera!...

INES. (Con fingido rubor.)

¡Calla!

BEATRIZ.

¿Me engaño?

INES.

Acaso no.

BEATRIZ.

Ya no extraño
Que hayais perdido el color.

INES.

Mira.

(Señalando á Teodora, que sale por la izquierda, pensativa y en traje de luto.)

BEATRIZ.

Ocasion más feliz...

INES.

Y no he de ser yo quien soy,
Si no logro saber hoy...
Déjanos solas, Beatriz.

## ESCENA II.

INES. TEODORA. (Ésta se habrá sentado al extremo opuesto de Ines.)

INES.

¿Por qué siempre tan callada?

(Dirigiéndose al lado donde está Teodora y apoyándose en el respaldo de su silla.)

¿Qué tienes?

TEODORA.

Melancolías.

INES.

¿La causa?

TEODORA.

Son penas mias.

INES.

Cuéntame...

TEODORA.

¡Qué! ¡no! no es nada.

INES.

Me tratas con sequedad.

TEODORA.

Y ¿para qué saber quieres?...

INES.

Secretos entre mujeres
Arguyen enemistad.

TEODORA.

Te engañas.

INES.

Mas tu tristeza
No es tal, ni lo quiera el cielo,
Que no permita consuelo. (Con intencion.)

TEODORA. (Mirándola asombrada.)

¿Eh?

INES.

Perdona mi franqueza.

(Sentándose á su lado.)

TEODORA.

¿No hay en mí razon bastante
Para este amargo tributo?
¿No ha de reflejar mi luto
Del corazon al semblante?

INES.

No digo que no: es razon
Que esa pérdida lamentes;
Mas... ¿no es el dolor que hoy sientes
De diversa condicion?

TEODORA.
Pues ¿tú de esta pena mia
Puedes sondar el abismo?

INES.
¡Tal vez nacen de lo mismo
Tus penas y mi alegría!

TEODORA. (Turbada.)
¡Ines!

INES. (Con malicia.)
No somos perfectos.

TEODORA.
Pero, ¿cómo puede ser?...

INES.
Á veces suelen nacer
De una causa dos efectos.

TEODORA.
Si no explicas tu intencion,
No sé...

INES.
¿No me has comprendido?

TEODORA.
¿Cómo puedo?

INES. (Mirándola fijamente.)
¿Quién te ha herido
Ese pobre corazon?

TEODORA.
¡Por Dios! ¡no irrites, Ines,
Este pesar que devoro!
Harto á mis solas le lloro.

INES.
¿Con que he acertado! ¿lo ves?

TEODORA.
¿Quién te dijo?...

INES.
Á nuestra edad,
¿Qué hay que pensar sino en bodas?
Y ¿no adolecemos todas
De la misma enfermedad?

TEODORA.
Luego ¿ya sientes amor?

INES.
Pacto recíproco.

TEODORA.
Bien.

INES.
Mútua confianza.

TEODORA.
Y ¿quién?...

INES.
Un galan como una flor.

TEODORA.
¡Tú, tan severa y altiva,
Querer! Cuéntame esa historia.

INES.
Téngola yo en mi memoria,
Siempre tenaz, siempre viva.

TEODORA.
Y ¿cómo fué?

INES.
De la guerra
Apénas sordo el rumor
Vino á sembrar el terror
Por la faz de nuestra tierra,
Temeroso el padre mio,
Y á nuestro peligro atento,
Á ti te mandó á un convento,
Y á mí á Niza, con mi tio.
Mas ¡por cuánto, aquel lugar,
Aunque pobre y retirado,
Fué en breve tiempo turbado
Por la gente militar!

TEODORA.
¿Qué me cuentas?

INES.
Entró un dia
En casa (que ¡nunca entrara!)
Un capitan...

TEODORA.
(¡Cosa rara!)

INES.
Todo gala y bizarría.
Díjome yo no sé qué
De amor, de penas, de celos;
Pero yo, saben los cielos
Que al principio, ni escuché.
Pasó un dia y otro dia;
Lucharon desden y amor,
Yo constante en mi rigor,
Él tenaz en su porfía.
Mas ¿quién en lucha tan fiera
De que ha de vencer se alaba?
¡El Capitan me estrechaba,
Teodora, de tal manera!...

TEODORA.
Que al cabo vino á prender
El fuego en tu pecho duro.

INES.
Mina la constancia un muro,
¿Qué no hará de una mujer?

TEODORA.
Y ¿el nombre supiste?...

INES.
Sí:
¿Cómo no? Don Juan se llama.

TEODORA.
Y ¿te ama, Ines?

INES.
¿Que si me ama!

TEODORA.
(Algun misterio hay aquí.)
¡Y es... ¡capitan!

INES.
Capitan.

TEODORA.

(¡Válgate Dios por el hombre!)
Y ¿don Juan tiene por nombre!

INES.

Así se llama: don Juan.

TEODORA.

¿Nunca has temido mudanza
En él?

INES.

Satisfecha estoy.

TEODORA.

Pues bien: ahora, Ines, yo voy
Á pagar tu confianza.

INES.

Dí.

TEODORA.

Cuando corrió esa voz,
Que turbó nuestro sosiego,
Hízome llevar don Diego
Á un convento de Estremoz.
Mas tambien...—Es maravilla
Lo semejante...

INES.

¿Qué? Dí.

TEODORA.

Tambien entraron allí
Los soldados de Castilla.

INES.

Ya sé; pero...

TEODORA.

Un capitan,
—Dios le pague el buen ejemplo,—
Dió en visitar nuestro templo
Con harto notable afan.
Al pié de la reja mia
Y al hacer yo mi oracion,
Siempre aquel santo varon
Tambien su oracion hacia.
Poco á poco, alzando fué
Hácia mí tiernos los ojos,
Y yo fulminando enojos...

INES.

Te ausentaste.

TEODORA.

Le miré.
Primero, con pesadumbre:
Más tarde, con aficion.

INES.

¡Ya! por lo visto, ésos son
Los trámites de costumbre.

TEODORA.

Un dia, por no sé cuál
Motivo, alguna rencilla,
Amotinóse la villa
Contra la hueste real.
Hubo desdichas y muertes
De soldados y villanos;
Pero al fin los castellanos
Vencieron, como más fuertes;
Y apaciguado el motin,
En venganza del ultraje,
Abandonóse al pillaje
La soldadesca rüin.
Ya pienso que te he contado
Otra vez...

INES.

Ya me dijiste
Cómo en ese lance triste
La vida te dió un soldado.
Mas ¿si fuese?...

TEODORA.

El mismo, Ines.

INES.

¿Te habló?

TEODORA.

Falta yo de aliento,
Ni áun pude en aquel momento
Agradecerle cortés.
Enlazada entre sus brazos,
Juzga tú cuál estaria,
Que ni á su voz respondia,
Ni esquivaba sus abrazos.

INES.

¿Nada le hablaste?

TEODORA.

Y me pesa.

INES. (Con malicia.)

¿Tanto el desmayo duró?

TEODORA.

No mucho; pero llegó
Á mal tiempo la Abadesa.

INES.

Pues ¡digo! que á no llegar
La Madre...

TEODORA.

¿Qué estás hablando!

INES.

No sé, Teodora, hasta cuándo
Te dejabas abrazar.

TEODORA.

¿Qué quieres? toda turbada
Por el susto...

INES.

Y el contento...

TEODORA.

Si he de decir lo que siento,
No estaba muy mal hallada.

INES.

Y ¿nada has averiguado,
Que dar pueda alguna luz?...

TEODORA.

Me han dicho que es andaluz.

INES.

¡Malo! ¿Y su clase, su estado?...

TEODORA.

Entiendo que es caballero,
Mas no tan alto que asombre;
Y supe, á más de su nombre,
Lo principal: que es soltero.

INES.

Y ¿no hay más?

TEODORA.

Aquí concluyo.

INES.

Y el dueño de tu albedrío
Se llama...

TEODORA.

Juan.

INES.

¡Como el mio!
Y es capitan...

TEODORA.

¡Como el tuyo!

INES.

¡Nombre y clase! ¿Qué sería?...

TEODORA.

Y ambos en esta campaña...

INES.

Ciertamente.

TEODORA.

¿No es extraña,
Ines, nuestra simpatía?

## ESCENA III.

DICHAS y DON DIEGO.

DON DIEGO.

¿Ines?

INES.

¡Mi padre!

DON DIEGO.

¿No es hora
De ir á misa?

INES.

(¡En qué momento
Vino! á lo mejor del cuento.)

DON DIEGO. (Ap. á Teodora.)

(Tenemos que hablar, Teodora.)

INES.

(¡Secretos entre los dos!)

DON DIEGO. (Á Ines.)

¿Á qué esperas?

INES. (Con humildad.)

Voyme ya.

DON DIEGO.

No te tardes.

INES.

(¿Qué será?)
Vuestra mano, padre.

(Besando la mano á su padre.)

DON DIEGO.

Adios.

(Ines se va por la derecha.)

## ESCENA IV.

TEODORA. DON DIEGO.

DON DIEGO.

¿Teodora?

TEODORA.

¿Señor?

DON DIEGO.

Ya ves
Cuán veloz el tiempo pasa:
Tres meses há que en mi casa
Vives, al lado de Ines.
Las circunstancias son tales,
Que no hay esperanza alguna
De mejorar tu fortuna:
Los tiempos están fatales.
Sin padres, sin patrimonio,
Sola en el mundo, ¿no fuera
Ventura que te pidiera
Algun hombre en matrimonio?

TEODORA.

¡Yo! señor...

DON DIEGO.

Cuando esto digo,
No pienses que mi afan pasa
Á quitarte de mi casa
El pan: el cielo es testigo.

TEODORA.

(¡Ay!)

DON DIEGO.

Ni yo fuera, ¡qué error!
Capaz de alterar tu estado,
Á no hallar un hombre honrado
Que solicite tu amor.

TEODORA.

¡Ojalá le halleis así,
Señor! porque es ya ese pan
Que en vuestra casa me dan,
Harto amargo para mí.

DON DIEGO.

¿Qué fantasías te labras?
¿Quién te dice que aquí sobras?

TEODORA.

Cuando lo dicen las obras,
No son menester palabras.

DON DIEGO.

¡Qué locura! Pues si das
En semejantes extremos...

TEODORA.

Necios, ¿no es verdad?

DON DIEGO.

No hablemos
En este negocio más.

TEODORA.

Pues ¿qué! cuando esa ventura
Mi ambicion no satisfaga,
¿No sabré yo quién se paga
De esta mi humilde hermosura?

DON DIEGO.

Es hombre, si no galan,
Poderoso y caballero.

TEODORA.

El nombre saber espero.

DON DIEGO.

Aremberg.

TEODORA. (Con desprecio.)

¿El aleman?

DON DIEGO.

Ahora me pidió tu mano.

TEODORA.

¡Sin mirar en mi pobreza!

DON DIEGO.

Tanto puede tu belleza.

TEODORA.

Venis hoy muy cortesano.
Me vais á hacer presumir
Que teneis grande interes...

DON DIEGO.

¿En tu ventura? así es.

TEODORA.

Mucho: eso quise decir.

DON DIEGO.

Él te quiere...

TEODORA.

No lo dudo.

DON DIEGO.

Pero si tú le aborreces...
¿No te ha hablado?

TEODORA.

Algunas veces.

DON DIEGO.

¡Oiga!

TEODORA.

No peca de mudo;
Pero es sobre terco, necio:
Y con ese buen señor
Inútil es el rigor,
Ineficaz el desprecio.
¡Pobre Aremberg!

DON DIEGO.

La acritud
Con que le tratas, no apruebo.

TEODORA.

Áun yo ignoro qué le debo
De afecto ó de gratitud.

DON DIEGO.

Con nosotros le verás
Defender nuestro pendon.

TEODORA.

Esa será una razon
Para despreciarle más.

DON DIEGO.

¿Qué dices!

TEODORA.

Quien vende así
La fe que debe á su rey,
Quien mancha su honor, ¿qué ley
Me puede guardar á mí?

DON DIEGO.

Tú destruyes mi esperanza.

TEODORA.

¿Por qué razon? yo no creo...

DON DIEGO.

Dí, ¿no sientes el deseo
Natural de la venganza?
¿Basta á tu madre que llores
Sin tregua su injusta muerte,
Sin que en tu pecho despierte
El ódio á sus matadores?

TEODORA.

¡Oh! ¡es cierto! y al negro afan
De esos proyectos airados,
Eternamente ligados
Todos mis instintos van.
Afan que de mi alma dueño
Mis pensamientos irrita,
Y hasta alcanzarlo, me quita
La tranquilidad y el sueño.

DON DIEGO.

Pues bien: si el Alférez hoy
Nuestros intentos ayuda,
¿Qué esperas?

TEODORA.

Tengo una duda,
Y á reveláros la voy.

DON DIEGO.

¿Te obstinas en no creer?...

TEODORA.

Bien pueden los castellanos
Haber manchado sus manos
En sangre de una mujer;
Mas, ¿quién dice que no miente
La fama? ¿quién asegura
Que no es alguna impostura
Del populacho insolente?

DON DIEGO.

Nuestros enemigos son,
Y en brava y sañuda guerra
Cubriendo están nuestra tierra
De luto y desolacion.
Ejemplos hay...

TEODORA.

No lo niego,
Ni tanto rencor me extraña;
Pero á veces nos engaña
Del ódio el instinto ciego.

DON DIEGO.

Mucho en su favor estás
Prevenida.

TEODORA.

Ingrata fuera,
Si á esa gente aborreciera.

DON DIEGO.

¡Qué! ¿nunca te olvidarás?...

TEODORA.

Si áun luce para mí el sol,
Si respiro todavía,
Lo debo á la bizarría
De un capitan español.

DON DIEGO. (Con impaciencia.)

Sí: ya me has dicho...

TEODORA.

Por él
La soldadesca atrevida
Mi honor respetó y mi vida
En aquel trance cruel.

DON DIEGO.

Comprendo muy bien, Teodora,
Y que me duele confieso;
Mas no riñamos por eso.
El aleman viene ahora
Á exigir contestacion.

TEODORA.

¡Jesus!

DON DIEGO.

Es fogoso el hombre,
Y yo quisiera en tu nombre
Entretener su pasion.

TEODORA.

¡Cómo!

DON DIEGO.

Teodora, es preciso.

TEODORA.

Y mañana, ¿qué dirá?...

DON DIEGO.

Entónces, mio será,
Y no tuyo, el compromiso.

TEODORA.

Yo no me mezclo...

DON DIEGO.

Así es.

TEODORA. (Mirando adentro.)

Mirad.

DON DIEGO.

¿Viene ya?

TEODORA.

Y os dejo;
Pero ántes os aconsejo...

DON DIEGO.

Ahora no es tiempo: despues.

(La empuja suavemente hasta hacerla salir por la izquierda. Aremberg sale por el lado opuesto.)

## ESCENA V.

DON DIEGO. AREMBERG.

AREMBERG.

¿No es vuestra pupila?

DON DIEGO.

Sí.

AREMBERG.

¿Huye de verme Teodora,
Ó tal vez?...

DON DIEGO.

Es el rubor
Natural.

AREMBERG.

Y eso ¿qué estorba?...

DON DIEGO.

La edad, el sexo, y tambien
La educacion, ocasionan
Esos melindres.

AREMBERG.

Pero ella
¿Me desahucia, ó se conforma?

DON DIEGO.

Ántes, preciso es que hablemos
De otro asunto.

(Se sientan.)

AREMBERG.

Es que me ahoga
La impaciencia...

DON DIEGO.

Mi pupila
Es huérfana.

AREMBERG.

Eso se ahorra
El que fuere su marido,
Para no temer discordias.

DON DIEGO.

Su padre, que en mejor vida
La paz de los justos goza,
Fué en su tiempo negociante,
Y no con ventura corta.
Fletó buques á las Indias,
Tuvo almacenes en Goa;
Pero el mar tragó su hacienda,
Derrotándole una flota;
Y por colmo de desdichas,
Ya de Argel sobre la costa,
Le aprisionaron piratas,
Y pereció en su mazmorra.
Con esto, ya os lo podeis
Figurar: quedó Teodora
Pobre...

AREMBERG.

Ya os dije, don Diego,
Que no es eso lo que importa.

DON DIEGO.

Pero es mi deber hablaros
Con franqueza. — Al verla sola
Y con una madre anciana
Y en edad tan peligrosa,
La traje á mi casa, donde,
Si no está como en la propia,
Vive á lo ménos guardada
Como conviene á su honra.
Más tarde, como sabeis,

Sobrevino la espantosa
Catástrofe, en que perdió
La anciana madre que áun llora.

ARENBERG.

Y ¿saberse no ha podido
Jamas?...

DON DIEGO.

Las noticias todas
Convienen en que fué hazaña
De las huestes españolas.

ARENBERG.

Y en fin, Teodora...

DON DIEGO.

Consiente,
Ya que no en ser vuestra esposa
Desde luégo, en que espereis.

ARENBERG.

Si tanto mi dicha logra...

DON DIEGO.

Y ya hubiera respondido
Más apacible, si en otra
Ocasion...

ARENBERG.

Decís muy bien :
Lutos entristecen bodas.

DON DIEGO.

Quiere, ademas, estudiar
Vuestro genio, y por las obras
Juzgar si es tal vuestro amor
Que pueda hacerla dichosa.
Hubo el rubor encendido,
Y el «mirarlo mucho importa»,
Y en fin, la eterna cartilla
Que ellas saben de memoria.

ARENBERG.

De suerte, que esa esperanza
No la juzgais tan remota
Que...

DON DIEGO.

No por cierto.

ARENBERG.

Y ¿pensais
Que me quiere?

DON DIEGO.

Que os adora;
Mas no vayais á decirla...

ARENBERG.

¿Por qué?

DON DIEGO.

Ni la hableis á solas,
Si no quereis enojarla.
La pobrecilla ¡es tan corta!...

ARENBERG.

Pues no me la figuraba
Así.

DON DIEGO.

La apariencia es otra;
Mas tiene el alma de un niño,
Y el candor de una paloma.

ARENBERG.

Feliz yo si la consigo.

DON DIEGO.

Pues contad con la victoria,
Y pasemos al negocio
Aquel.—¿Cómo van las cosas?

ARENBERG.

Bien: ya me he dado á entender
Con todos, y á poca costa
Conseguiremos hacerlos
Nuestros.

DON DIEGO.

Eso es lo que importa.

ARENBERG.

Cuando llegue la ocasion,
Haced vos que el oro corra;
Que no faltará un soldado
De cuantos van en mi tropa.
(Se levantan.)

DON DIEGO.

Sólo falta que Pereira...

ARENBERG.

¡Ya tarda!

DON DIEGO.

Sí; y cada hora
Que trascurre, es un martirio
Que alimenta mi zozobra.
Y ¿quién sabe? Acaso el Rey
Mi proposicion desoiga.

ARENBERG.

¿Qué! ¿Juzgará por ventura
Que á sostener su corona
Bastan los débiles muros
De Santarem y Lisboa?
¿Piensa resistir acaso
Con sus escuadras bisoñas
Del irritado Felipe
A las huestes vencedoras?

DON DIEGO.

Y ¿qué extrañais? Pocas veces
Penetrar la verdad logra
Donde hacen guarda á los reyes
La mentira y la lisonja.
Hoy, que proclamando guerra
Con el clamor de sus trompas,
Sobre nosotros España
Sus bravos tercios arroja,
Tal vez en torpe letargo
Al destino se abandona;
Y ¡ay de él! ¡ay de Portugal
Si una vez la frente dobla!

ARENBERG.

Esperad: si no me engaño,
Pienso ver... (Dirigiéndose al balcon.)

DON DIEGO. (Asomándose al balcon.)

¿Qué?

ARENBERG.
Se me antoja
Que ese hombre...
DON DIEGO.
¡Viene á caballo!
ARENBERG.
Y la direccion que toma...
DON DIEGO.
Sí; no hay duda: es él.
ARENBERG.
¡Pereira!
DON DIEGO.
Dios mis esperanzas colma.
ARENBERG.
Ya sube.
DON DIEGO.
Entrad: que no os halle.
ARENBERG. (Con extrañeza.)
¡Don Diego!
DON DIEGO.
Pereira ignora
Que sois nuestro, y que no os vea
Hasta que le avise, importa.
ARENBERG.
Os obedezco. (Vase por la izquierda.)

## ESCENA VI.

DON DIEGO. PEREIRA. Éste, en traje de camino y cubierto de polvo.

DON DIEGO.
¡Pereira!
PEREIRA.
Á Dios gracias.
DON DIEGO. (Bajando la voz.)
No nos oigan.
Muerto te juzgaba.
PEREIRA.
¿Muerto!...
No era tan difícil cosa;
Que áun yo dudo si estoy vivo.
DON DIEGO.
¡Qué! ¿has hallado?...
PEREIRA.
¡Santa Mónica!
Cada paso es un peligro
Por esta tierra fragosa.
DON DIEGO.
Pero al fin...
PEREIRA.
Al fin logré
Ver al Monarca en persona.
DON DIEGO.
¡Le has hablado! y ¿qué te dijo?
PEREIRA. (Dándole un papel.)
Por mí este pliego os responda.
DON DIEGO.
Lo estoy viendo, y áun lo dudo.
(Lee.)
«Á don Diego de Tabora.»
Veamos. (Abriendo el pliego.)
PEREIRA.
Sin duda os pide
Auxilios.
DON DIEGO.
Toda mi gloria
Se cifra en verter mi sangre...
Y dí, ¿cómo van las cosas
De la guerra?
PEREIRA.
El Duque de Alba
No encuentra quien se le oponga.
Uno tras otro, los pueblos
Sin esperanza abandonan
Nuestra causa, y la bandera
De don Felipe tremolan.
DON DIEGO.
Pero Lisboa áun resiste.
PEREIRA.
¡No, don Diego! al verse sola
En la lucha, abrió sus puertas
Á las huestes vencedoras.
DON DIEGO.
¿Y el Rey?
PEREIRA.
Quedaba en Coimbra
Con fuerzas tan numerosas,
Que áun pueden dar esperanzas
De disputar la victoria.
DON DIEGO.
¿Y la Francia?
PEREIRA.
No se olvida
De sus sangrientas derrotas,
Y teme el poder de España.
DON DIEGO. (Abatido.)
¡Es posible! Mas ¿qué importa?
Roma con valor defiende
Nuestros derechos.
PEREIRA.
Sí: Roma
Con breves y excomuniones
Nuestra decision apoya.
DON DIEGO.
Pues bien: así, si vencemos,
Será mayor nuestra gloria.
PEREIRA.
Seguro.
DON DIEGO.
Veamos si el Rey
Aprueba... (Lee para sí.)
Bien: esto sobra
Para que hoy el Alentejo
Ansioso á las armas corra.

PEREIRA.
Veremos.

DON DIEGO.
Aquí no hay uno
Que para la lid dudosa
Su corazon y su espada
En la balanza no ponga.

PEREIRA.
¿Todos?

DON DIEGO.
Y hoy mismo empezamos
Nuestra carrera gloriosa.

PEREIRA.
¿Y los soldados tudescos,
Que en nuestra villa se alojan?
Considerad...

DON DIEGO.
Aremberg,
Que manda la fuerza toda,
Ayudará nuestro intento.

PEREIRA.
Cosas decís que me asombran.
Y ¿no fuera muy posible
Que nos vendiese?

DON DIEGO.
Y ¿tan loca
Juzgas tú mi confianza,
Que en él sin razon la ponga?

PEREIRA.
Mas...

DON DIEGO.
Vió á Teodora el tudesco,
La habló, parecióle hermosa...

PEREIRA.
Entiendo: y ella...

DON DIEGO.
No hay medio
De que á su amor corresponda.

PEREIRA.
Quiere decir que el Alférez,
Con la esperanza remota
De obligarla...

DON DIEGO.
Nos ayuda.
Pero hablemos de otra cosa.
¿Pasaste por Estremoz?

PEREIRA.
Pasé: ya nadie os estorba
La posesion de esos bienes.

DON DIEGO.
Que en fin, ¿la causa se ignora?...

PEREIRA.
Todos á una voz acusan
De aquel desastre á las tropas
De Castilla.

DON DIEGO.
¡Quiera Dios
Que el velo no se descorra!

PEREIRA.
¡Remordimientos!...

DON DIEGO.
¡Pereira!
Esas horribles memorias
Me atormentan, y del sueño
La tranquilidad me roban.

PEREIRA.
¡Silencio!

DON DIEGO.
Tienes razon.
(Acercándose á la puerta de la izquierda.)
Podeis salir.

## ESCENA VII.

DICHOS y AREMBERG.

AREMBERG.
¿Qué noticias?...

DON DIEGO.
La suerte está echada.

AREMBERG.
¡Bueno!
Y ¿cuándo?...

DON DIEGO.
Esta noche misma.

AREMBERG.
¿Tan pronto!

DON DIEGO.
En tales empresas
Alcanza más la osadía
Que la prudencia: á las armas,
Y fuego, y arda Castilla.

AREMBERG.
Por mí, estoy pronto.

DON DIEGO.
Y si acaso
Vuestros tudescos vacilan,
Oro teneis en mis arcas.

AREMBERG.
En eso el negocio estriba.

DON DIEGO.
Pues bien, id, y no perdais
El tiempo: desde este dia
Se van á ver frente á frente
Los leones y las quinas.
¡Si Dios quisiese, Aremberg,
Que de esta vejez ya fria
El hielo se derritiera
En el volcan de mis iras!

AREMBERG.
Con tal valor, ya nos dais
Ejemplo.

DON DIEGO.
Y ¿quién no se anima
Á dar por tan noble causa

Su sangre?—Vamos, daos prisa,
Y prevenid á los vuestros.

ARENBERG.

No faltarán. (Vase por la derecha.)

## ESCENA VIII.

DON DIEGO. PEREIRA. Luégo BEATRIZ.

DON DIEGO.

Si hoy esquiva
No me abandona la suerte,
¡Cuánto, cuánto, ambicion mia,
Vas á remontar tu vuelo
Hácia ése sol que codicias!
Si el Rey me debe su trono,
Si arrebato su conquista
Al español...

PEREIRA.

Álguien viene,
Señor.

DON DIEGO.

¿Quién es?

PEREIRA.

Beatricilla.

BEATRIZ. (Sale corriendo por la derecha.)

¡Señora! ¡Señora!

DON DIEGO.

¿Qué
Es eso?

BEATRIZ.

Yo... si...

DON DIEGO.

¿Á quién gritas?

BEATRIZ.

Es que...

DON DIEGO.

Contesta.

BEATRIZ.

En el pueblo
Está entrando infantería
Española.

PEREIRA. (Asomándose al balcon.)

Y es verdad.

DON DIEGO. (Asomándose al balcon, y aparte con Pereira.)

(¡Qué casualidad maldita!)

PEREIRA.

(En efecto.)

DON DIEGO.

El Capitan
Dirige hácia acá la vista.

BEATRIZ.

(¡Toma! como que estará
Á la reja...)

DON DIEGO.

(¡Hay tal desdicha!)

PEREIRA.

Tal vez pensará alojarse
Acá.

BEATRIZ.

(¡Vaya! y que estaria
Mejor que en otras cuidado.)

DON DIEGO.

¿Quién entra aquí?

## ESCENA IX.

DICHOS y GIRON.

BEATRIZ.

(¡Dios me asista!
Es Giron.)

DON DIEGO.

¡Hola! ¿qué es esto?

GIRON.

Dios guarde á vueseñoría.

DON DIEGO.

¿Qué traeis?

GIRON.

Bien poca cosa.
El señor don Juan de Silva,
Capitan de mosqueteros,
Llega con su compañía,
Y ha elegido vuestra casa
Para su morada.

DON DIEGO.

Indigna
Es de tal honra...

GIRON.

(Ni así
Excusarás la visita.)

DON DIEGO.

Mas decidle que mi casa...

GIRON.

Mejor es que se lo diga
Vuesarcé, puesto que él viene.

DON DIEGO.

(¡Paciencia, pese á mis iras!)

## ESCENA X.

DICHOS y DON JUAN. Luégo TEODORA.

DON JUAN.

El cielo os guarde.

DON DIEGO.

Yo os doy,
Capitan, la bienvenida.
Tomad asiento.

DON JUAN.

En verdad
Que es lo que más necesita
Mi cuerpo.

DON DIEGO.

¿Ha sido penosa
La jornada?

DON JUAN.

Cuesta arriba.

TEODORA.

(¡Dios quiera, Beatriz, que pueda
Disimular mi alegría!)

(Sale por la izquierda con Beatriz.)

BEATRIZ.

(¿Y él?)

DON JUAN. (Se levanta.)

(No me engañé.) ¿Señora?...

TEODORA. (Inclinándose.)

¿Capitan?

DON JUAN. (A don Diego.)

¿Es vuestra hija?

DON DIEGO.

No.

DON JUAN. (Mirando á Teodora.)

¡Portentosa belleza!
Perdonad. (Á don Diego.)

DON DIEGO.

Es mi pupila.

GIRON. (Ap. á don Juan.)

(Nos han conocido.)

DON JUAN.

(¡Cierto!)

DON DIEGO.

Por si el descanso os alivia,
Voy á mandar que os preparen
Cuarto fresco y cama limpia,
Que es, despues de una jornada,
Cosa siempre apetecida.

DON JUAN.

Decís muy bien: ¿habeis sido
Soldado?

DON DIEGO.

En mejores dias
Tambien serví; mas la edad
Postró mi arrogancia altiva.

DON JUAN.

No tal: áun estais robusto.

DON DIEGO. (Con malicia.)

¿Quién sabe?...

DON JUAN.

No extrañaria...

DON DIEGO.

Con vuestro permiso: voy
Á ordenar que al punto os sirvan.
¡Corre, Pereira! al tudesco (Ap. á Pereira.)
De esta novedad avisa.

(Vanse los dos.)

DON JUAN.

¡Teodora!

TEODORA.

¡Don Juan!

GIRON. (Ap. á Beatriz)

(Jurara
Que estorbamos, Beatricilla.)

DON JUAN.

¿Giron?

GIRON.

(¿No dije?) (Vase.)

TEODORA.

¡Beatriz!
Si alguno viniere, avisa.

(Beatriz se dirige á una de las puertas de la izquierda.)

## ESCENA XI.

TEODORA. DON JUAN.

TEODORA.

¿Posible es que al fin os veo?

DON JUAN.

¿Posible es que se ha cumplido
Mi más ardiente deseo?
Áun os miro, y no lo creo.

TEODORA.

¿Tanto vuestro anhelo ha sido?

DON JUAN.

¿Podeis dudarlo? Pues ¡qué!
¿Hay ya para mí otra gloria
Desde que veros logré,
Que adorar vuestra memoria,
Y consagraros mi fe?
Desde entónces, siempre ansioso
Voy de vuestro amor en pos;
Desde ese instante dichoso
No hay ya para mí sin vos
Ni ventura ni reposo.
Mas por bien sufridos doy
Mis tormentos y mi afan,
Pues que á vuestro lado estoy.
¿Os reis?

TEODORA.

¡Vaya! no soy
Tan crédula, Capitan.

DON JUAN.

¡Lo dudais! Por vida mia,
Que no alcanzo la razon.

TEODORA.

Perdone vueseñoría;
Mas ¿cómo nació en un dia
Toda esa horrible pasion?

DON JUAN.

Quien una vez llega á ver
La luz de esos ojos claros,
Mal resiste á su poder.
Áun tanto no es menester,
Mi señora, para amaros.

TEODORA.

¿No os olvidasteis de mí?

DON JUAN.

Vuestra imágen, que es mi gloria,
Nunca se apartó de aquí.
¿Y vos?

TEODORA.
Jamas conseguí
Lanzaros de mi memoria.

DON JUAN.
¿Era tal vuestro deseo?

TEODORA.
Sí, Capitan, porque fuera
Insensato devaneo
Que mi corazon os diera,
Cuando vuestro amor no creo.
En vano vuestra ternura
Cortesano exagerais,
Ponderando mi hermosura;
Que no es tanta mi locura
Como vos lo imaginais.

DON JUAN.
Si persistis tan severa
En esa incredulidad,
En vano mi fe os venera.

TEODORA.
Amor que ya desespera,
Poco tiene de verdad.

DON JUAN.
Y ¿pensais que lograré
Convenceros?

TEODORA.
Es posible.

DON JUAN.
Y ¿me amareis?

TEODORA.
No lo sé;
Que no soy tan insensible...
Todo lo vence la fe.

DON JUAN.
Si eso á obligaros alcanza,
Toda mi existencia os doy
En cambio de una esperanza.

TEODORA.
Poneis mucho en la balanza,
Y agradecida os estoy.

DON JUAN.
Luego pagais mi aficion,
Y sólo por un capricho
Dilatais la confesion.

TEODORA.
¡Cómo, don Juan! ¿yo eso he dicho?

DON JUAN.
Debe entenderse...

TEODORA.
¡Ilusion!

DON JUAN.
¿Me habré engañado?

TEODORA.
¡Tal vez!
Aceptar vuestra ternura
Tan presto... Sed vos el juez.

DON JUAN.
¿Fuera falta de cordura?

TEODORA.
Ó sobra de candidez.

DON JUAN.
¿Habeis tenido ocasion
Para dudar?...

TEODORA.
No os asombre.
Teneis muy mala opinion.

DON JUAN.
¡Oiga! y ¿la causa?...

TEODORA.
Sois hombre...

DON JUAN.
Poderosa es la razon.
Y ¿esa sola?...

TEODORA.
Hay muchas más.

DON JUAN.
Haced por que sean mejores.
¿Hay otros cargos?...

TEODORA.
Quizás.
¿No habeis tenido jamas
Por el mundo otros amores?

DON JUAN.
(¡Qué sencillez!) No os lo niego.

TEODORA.
¿Cómo cuántos?

DON JUAN.
No os diré...

TEODORA.
Repasad la cuenta, os ruego.

DON JUAN.
Eso no es posible.

TEODORA.
¡Fuego!
¡Miren cómo anda la fe!

DON JUAN.
Cosas del mundo, señora.

TEODORA.
Y ¿no pasion?

DON JUAN.
No: capricho.

TEODORA.
¿Y amor?

DON JUAN.
Sólo á vos, Teodora.

TEODORA.
Y eso que decís ahora,
¿Á cuántas se lo habeis dicho?

DON JUAN.
Á nadie con fe tan pura
Rendí mi amor.

TEODORA.
No quisiera
Calumniar vuestra ternura.
Esperemos...

DON JUAN.
Quien espera,
Da treguas á su ventura.

TEODORA.
Es preciso.

DON JUAN.
Y mi afliccion,
¿Cuándo encontrará consuelos?

TEODORA.
Cuando yo tenga ocasion
De probar vuestra pasion...
(Y de averiguar mis celos.)
Mas ya es tiempo... (Hace que se va.)

DON JUAN.
¿Os podré ver
Más tarde?

TEODORA.
Sí.

DON JUAN.
¿Cuándo?

TEODORA.
Luégo:
Y adios, que nos pueden ver.

DON JUAN.
Ántes piadosa á mi ruego
Endulzad mi padecer.
(Queriendo cogerla una mano.)

TEODORA. (Fingiendo enojo.)
¡Eh! ¡Capitan!

DON JUAN.
Esa mano
De trasparente cristal... (Cogiéndosela.)

TEODORA.
Soltad.

DON JUAN. (Se la besa.)
Resistís en vano.

TEODORA.
¡Cuidado, no me hagais mal!

DON JUAN.
¡Qué hermosa!

TEODORA.
¡Qué cortesano!

## ESCENA XII.

DICHOS y BEATRIZ.

BEATRIZ. (Saliendo de repente.)
¡Señora!

TEODORA.
¡Ay Jesus! ¡Beatriz,
Me has asustado!

BEATRIZ.
¿En verdad?
(Como estais tan distraida (Ap. á Teodora.)
Con el dichoso galan...
¿Y si don Diego lo viera?)

TEODORA.
(¡Oh! ¡que es tan grande mi afan
Que no sé si en su presencia
Lo podré disimular!)

BEATRIZ.
¡Qué! ¿no os habeis olvidado
De nosotras, Capitan?

DON JUAN.
¿Se olvida un hombre tan pronto
De su dicha?

BEATRIZ.
Por acá
Tambien de vuestras memorias
Ha habido...

TEODORA.
¿No callarás,
Beatriz?

BEATRIZ.
Y largos suspiros.

TEODORA.
¡Ay Dios!

DON JUAN.
Dejadla acabar;
Que estoy oyéndola, y dudo
De tanta felicidad.

BEATRIZ.
¡Incrédulo sois!

TEODORA.
¿No lo oyes,
Beatriz?

BEATRIZ.
Mozo tan galan,
¿De semejantes venturas
Puede un momento dudar?

DON JUAN.
Con que ¿decias?...

BEATRIZ.
Ya, nada,
Sino que ha entrado la paz
En esta casa con vos.
Ya se empieza á despejar
Aquel rostro ántes nublado.

TEODORA.
Don Diego viene: callad.

## ESCENA XIII.

DICHOS y DON DIEGO.

DON DIEGO.
Señor Capitan, mi huésped,
Cuando querais descansar,
Teneis preparado el lecho.

DON JUAN.
¿Y mi criado?

DON DIEGO.
Allá está.

DON JUAN.

Puesto que me dais licencia...

DON DIEGO.

Al punto os avisarán,
Que esté la mesa.

DON JUAN.

Si acaso
Incomodo, perdonad;
Pero es tan aperreada
Esta vida militar,
Que es fuerza que nos busquemos
Compensaciones... (Mirando á Teodora.)

DON DIEGO.

Andad.
Ya os dije que fuí soldado,
Y aquí disculpado estais.
(Mucho le cuesta el marcharse:
Ó fatigado no está,
Ó... Yo observaré.)

DON JUAN.

(No demos
Al viejo que sospechar.)
¡Adios, señora!

DON DIEGO.

Hasta luégo.

DON JUAN.

(Voy perdido.)

DON DIEGO.

Descansad.

BEATRIZ.

(No es mala la que se enreda.)

(Don Diego va acompañando á don Juan hasta la puerta de la izquierda. En el momento mismo aparece Ines en la puerta que da salida á la calle, y al conocer á don Juan, se dirige á Teodora manifestando la mayor alegría.)

INES.

¡Teodora! ¡mi capitan!

TEODORA.

Querida Ines, el *mi* sobra.

INES.

No entiendo.

(Mirándola con sorpresa y desconfianza.)

TEODORA.

Ya entenderás.

(Con malicia, y dirigiéndose á la puerta de la derecha.)

# ACTO SEGUNDO.

Sala inmediata á la habitacion del Capitan. Una puerta á cada lado, y otra al fondo. Sobre una mesa habrá una maleta, y esparcidos por las sillas, el sombrero, coleto y espada de don Juan. Al levantarse el telon, estará Beatriz en la escena con algunos objetos de labor en la mano, y Giron en la puerta del fondo, en actitud de cerrarle el paso.

## ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ. GIRON.

BEATRIZ. (Enojada.)

¿Giron?

GIRON.

¿Beatriz?

BEATRIZ.

Deje el paso,
Ó por Dios, que daré voces.
¿Se aparta?

GIRON.

No te me vas,
Si primero no respondes.

BEATRIZ.

Ya os he dicho que veremos.

GIRON. (Descontento.)

¡Veremos!

BEATRIZ.

Este es el órden
Natural: una doncella
Recatada y de mi porte,
No debe...

GIRON.

¡Mira, Beatriz!
Me matan l s reflexiones.
Nosotros, los que vivimos
Subordinados al toque
De la caja y del clarin,
¡Queremos al paso doble!

BEATRIZ.

¡Señor Giron, ya le entiendo!

GIRON.

Y en estos tiempos que corren,
Beatriz, no hay ni puede haber
Seguridad para un pobre.
Y es condicion de la guerra...

BEATRIZ.

Yo soy neutral.

GIRON.

No hay emboque.
¡Neutral, y á flecharme vienes
Los rayos de esos dos soles,
Que por todas partes van
Taladrando corazones!

BEATRIZ. (Sonriéndose.)

¡Trapacero!

GIRON.

(Ya se ablanda.)
¡Ven aquí! no te me enojes.

(Acercándose á ella poco á poco.)

BEATRIZ.

Yo no soy ninguna arpía,
Ni tengo el pecho de bronce.

GIRON.

¡Es claro!

BEATRIZ.

Y siempre que sea
Con sano fin...

GIRON.

¡Se supone!

BEATRIZ.

Y que no se me desmande...

GIRON.

¡Me agravian esos temores!
Junto á las damas soy yo
Más comedido que un monje. (La abraza.)

BEATRIZ. (Rechazándole.)
¡Ya lo veo! Hágase allá,
Y cante; pero no toque.

GIRON.
Convenido: ¡si á la fuerza
No hallarás otro más dócil!

BEATRIZ.
¿Quiéreme bien?

GIRON.
Con el alma.

BEATRIZ.
¿Será constante?

GIRON.
Soy hombre.

BEATRIZ.
Y ese amor ¿es sólo á mí?

GIRON.
Á tí sola... (y á otras doce.)

BEATRIZ.
En ese caso, aceptada
Está la paz.

GIRON.
Puedo entónces...

BEATRIZ.
Venga acabada la guerra;
Y con tal que vuelva incólume,
Digo, que no le cercenen
De algun reves ó mandoble,
Proveeré.

GIRON.
¿No saldrá el sol
De esa belleza esta noche?

BEATRIZ.
Si quiere verle, la casa
Tiene rejas y balcones.

GIRON.
No faltaré.

BEATRIZ.
¿El Capitan?

GIRON.
Dormido está como un roble.

BEATRIZ.
No olvide lo que le he dicho.

GIRON. (Se va acercando á ella.)
¿Lo de la reja?

BEATRIZ.
¡No, torpe!
Que quiere ver á don Juan
Mi señora; que en su nombre
Vine aquí.

GIRON.
¡Pues! y es muy justo
Que lleves pagado el porte.

(Va á abrazarla, y en este momento aparece doña Ines en la puerta del fondo.)

## ESCENA II.

INES. BEATRIZ. GIRON.

BEATRIZ. (Viendo á doña Ines.)
¡Chiton!

GIRON.
(¡Doña Ines!)

INES.
(¡Qué veo!)

GIRON.
(¡Bueno!)

INES.
Beatriz, ¿qué desórden
Es éste?

BEATRIZ.
¡Nada! venía
Á recoger mis labores,
Como el huésped se ha alojado
En estas habitaciones...

INES.
Teodora te necesita.

BEATRIZ.
Y como son estos hombres
Tan desalmados...
(Mirando á Giron con ojos amenazadores.)

INES.
Bien, véte.
(Si él me indicara algun norte
Para aclarar mis sospechas...)
Despeja, Beatriz: ¿no me oyes?
(Vase Beatriz por la puerta del fondo.)

## ESCENA III.

INES. GIRON.

GIRON.
(Esto se enreda.)

INES.
Giron...
¿Qué es eso? ¿no me conoces?

GIRON.
¡Ah! ¡sí!... ¡vaya!... pero ¿quién?...
—Pues ¡ahora caigo! ¡qué zote!

INES.
Y don Juan, ¿cómo ha llegado?

GIRON.
Cansadillo: desde anoche
Hemos venido rompiendo
Por entre breñas y montes.

INES.
¡Reposa! bien; pero dime...
—Á tí nada te se esconde,
Y ya sabrás...

GIRON.
¡En efecto!...
¡Pche! no digo yo que ignore...

INES.

Puesto que á su lado vives,
Y sus secretos conoces,
Sabrás si áun guarda memoria
De aquel tiempo...

GIRON.

Está en el órden.

INES.

Y aquella fidelidad
Que tantas veces juróme.

GIRON.

Es posible: en ese punto,
No tiene igual en el orbe;
Y en cuanto á memoria, ¡vaya!
¡No! no olvida á dos tirones...

INES.

¿Y constancia? dí.

GIRON.

¿Constancia?
Puede: segun y conforme.
Entre soldados no es ésa
La moneda que más corre.

INES.

¡Es decir, que me ha olvidado!

GIRON.

¡No, señora! no es un óbice...
Es la regla; mas las reglas
Suelen tener excepciones.
Y el que tenga tal ventura
Que acá por la tierra logre
Encontrar un ángel...

INES.

¿Eh?

GIRON.

No os llama por otro nombre.

INES.

Bien dije yo: no podia
Caber en alma tan noble
Una traicion.

GIRON. (Viendo á Teodora en la puerta del fondo.)

Es verdad.
(Giron... esto se compone.
No estoy bien aquí.)

INES. (Notando el desasosiego de Giron.)

(¿Qué es eso?)

GIRON.

Con vuestra licencia, voyme
Á mis quehaceres. (Zafemos
El bulto, por lo que importe.)

(Se va por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA IV.

TEODORA. INES.

INES.

¡Aquí estabas!

TEODORA.

Ya lo ves.

INES. (Mirando á la puerta por donde se fué Giron.)

(¡Por eso!... Comprendo ahora.)
¿Qué te trae aquí, Teodora?

TEODORA.

¿Cómo aquí viniste, Ines?

INES.

¿Qué quieres? amor obliga
Á tanto: le lloré ausente,
Y pues tu pecho ya siente
De esta pasion la fatiga,
Tú disculparme sabrás.

TEODORA.

¡Mucho le quieres!

INES.

Le adoro.

TEODORA.

¡Y así arriesgas tu decoro!...

INES.

Yo...

TEODORA.

No hagas esto jamas.

INES.

Como el Capitan dormia,
Saber quise por Giron
Si es de don Juan la aficion
Durable como la mia.

TEODORA.

Y ¿qué dice?

INES.

Siempre fiel
Á mi afecto corresponde.

TEODORA.

¿De qué lo sabe?

INES.

Responde
Con seguridad por él.

TEODORA.

¿No pueden mentir los dos?

INES. (Con disgusto.)

¡Estás incrédula!

TEODORA.

¡Oh! ¡sí!

INES.

Él no piensa sino en mí.

TEODORA.

(¡Mala pascua le dé Dios!)
Cuenta, Ines, que no le llores
Ingrato, si infiel se muda.

INES. (Picada.)

Valgo yo poco sin duda,
Para tan altos amores.
¿No es esto lo que me quieres
Decir?

TEODORA.

No: de eso no trato.

INES.

¿Por qué has de juzgarle ingrato?

TEODORA.
(¡Pobre Ines! ¡qué imbécil eres!)

INES.
Como envidias mi ventura,
Eso dices, y es perfidia...

TEODORA.
Para despertar mi envidia,
Bastaba ya tu hermosura.

INES.
Irónica estás.

TEODORA.
¿Por qué?

INES.
Aunque te pese, Teodora,
Yo sé que D. Juan me adora.

TEODORA.
Y yo... lo contrario sé.

INES.
¡Los hidalgos de Castilla,
Faltar así!... ¡fuera bueno!

TEODORA.
El mundo todo está lleno
De esa pícara semilla.

INES.
No merecen nuestro amor,
Si eso es cierto.

TEODORA.
Y ¿qué logramos?
Preciso es que los queramos
Como los hizo el Criador.

INES.
¿Preciso? ¡Qué fácil eres,
Teodora! Nada te apura.

TEODORA.
Pues dí, ¿somos por ventura
Más perfectas las mujeres?

INES.
Á nosotras nos obliga
La fe de nuestros amores:
Somos, sin duda, mejores.

TEODORA.
Ines... no sé qué te diga.

INES.
¡Discursos haces muy bellos!
Si te oyesen...

TEODORA.
¡Eso no!
Esto no lo diré yo
En donde me escuchen ellos.

INES.
Pero dí... ¡calma mi afan!
Tú ¿sabes que me ha olvidado?

TEODORA.
Cuentas, Ines, demasiado
Con la fe del Capitan.

INES.
Pues ¿otro amor le desvela?
¿Cómo lo sabes?

TEODORA.
Advierte
Que puedo, hablando, ofenderte.

INES.
¿Es ironía?

TEODORA.
Es... cautela.

INES.
¿Á quién se atreve á mirar?

TEODORA.
Á mí.

INES.
¿Á tí! ¡presuntuosa!

TEODORA.
Me tiene por más hermosa:
¿Puédolo yo remediar?

INES.
¡Más hermosa!

TEODORA.
No te asombres.

INES.
Pues ¿compararteme quieres?

TEODORA.
Tambien, como las mujeres,
Tienen caprichos los hombres.

INES.
¡Fuera traicion!

TEODORA.
Lo confieso.

INES.
¡Fuera... necedad!

TEODORA.
Es justo;
Pero en fin, tal es su gusto:
¿Le hemos de matar por eso?

INES.
Y ¿por qué presumes, dí,
Que tu cariño prefiere?
¿Qué te ha dicho? ¿que te quiere?
Tambien me lo ha dicho á mí.

TEODORA. (Pensativa.)
En efecto, no hay razon
Para fiar...

INES.
No te asombres:
Así son todos los hombres.

TEODORA.
Bien dices: ¡muy malos son!

INES.
Esa conducta es extraña.

TEODORA.
Y á ambas su perfidia oculta.

INES.
Resulta de esto...

TEODORA.

Resulta
Que á una de las dos engaña.

INES.

Y á una y otra, ¿por qué no?

TEODORA.

Eso ya... creerlo no puedo.

INES.

Pues yo, Teodora, no cedo.

TEODORA.

Bien haces: tampoco yo.

INES.

Le hablaré.

TEODORA.

¿Sí? Yo tambien.

INES.

Pero sin ira.

TEODORA.

Con calma.

INES.

Y á quien se lleve la palma...

TEODORA.

Dios se la bendiga.

INES.

¡Amén!
Aunque á decirte verdad,
No es ya amor lo que me lleva
Á intentar de él esta prueba.

TEODORA.

¿Es capricho?

INES.

Es vanidad.

TEODORA.

Yo á sacrificio tan duro
Nunca mi orgullo expondria.

INES.

¡No lo merece, á fe mia!

TEODORA.

¡Es un ingrato!

INES.

¡Un perjuro!

TEODORA.

¡Te engañaba el fementido!

INES.

Y á tí.

TEODORA.

Creyéndolo voy.

INES.

¡Pues bien! venguémonos.

TEODORA.

Soy
De tu opinion.

INES.

Convenido.

TEODORA.

Tú verás ¡con qué donaire
Le digo!...

INES.

Por tu interes
Lo hago, no más.

TEODORA.

Pues yo, Ines,
Lo que siento, es tu desaire.

INES.

Si ahora acertara á llegar,
Vieras tú...

TEODORA.

Si ahora despierta...

INES.

¡Chiton!

TEODORA.

¿Qué?

INES.

¡Mira!

TEODORA.

¡La puerta!

(En este momento se abre la puerta de la izquierda, y las dos mujeres huyen precipitadamente por la del fondo.)

GIRON. (Asomándose.)

Se alborotó el palomar.

## ESCENA V.

DON JUAN y GIRON.

DON JUAN.

¿Estaban las dos aquí?

GIRON.

Sin duda; y segun las trazas,
Deben de haberse entendido.

DON JUAN.

Fatalidad fué bien rara.

GIRON.

Y ¿qué vais á hacer?

DON JUAN.

No hay medio
De quedar bien con entrambas.

GIRON. (Mirándole admirado.)

Pues ¡digo!...

DON JUAN.

Será preciso
Desenredar la maraña.

GIRON.

De modo, que si pudieseis
Arreglaros...

DON JUAN.

Cosa es clara,
Que á ninguna dejaria
Quejosa ni desairada.

GIRON.

(¡Ah buen hijo!)

DON JUAN.

Pero ya
Que partir no puedo el alma,
Doña Ines perdonará,
Si mi franqueza la agravia.

GIRON.

¡Ya! ¿Con que estais decidido?

DON JUAN.

Pues en eso, ¿qué dudabas?

GIRON.

Hay gustos; y doña Ines,
Á más de hermosa y bizarra,
Es muy rica.

DON JUAN.

Ni áun con eso
Inclinará la balanza.
—Y ¿no te dijo Beatriz
Hora y sitio?

GIRON.

De eso, nada;
Mas sí que me advertiria,
Cuando una ocasion lograran.

DON JUAN.

Me avisarás.

(Giron ayuda á don Juan, que se acabará de vestir durante el diálogo.)

GIRON.

Fué ventura
Haber venido á la casa...

DON JUAN.

La ví en la reja; y, por Dios,
Que ya en mi vida esperaba
Volverla á hallar.

GIRON.

En efecto,
Fué casualidad.—La espada.

DON JUAN.

Díme: ¿tú has visto jamas
Tanta hermosura y tal gracia
En otra alguna?

GIRON.

Eso mismo,
¡Lo habeis ya dicho de tantas!

DON JUAN.

Pero ninguna mujer
Prenderme ha podido el alma
Como Teodora.

GIRON.

Eso dura
Hasta ponernos en marcha.

DON JUAN.

¿Quién sabe? mas me parece
Imposible.

GIRON.

Ya son mañas
Viejas; mas teneis disculpa;
Que estas pícaras taimadas
De Portugal, son bonitas;
Y lo que es mejor, son blandas.
¿En dónde no habeis dejado
Amores?

DON JUAN.

Giron, te engañas.

GIRON.

Tal vez.

DON JUAN.

Tú, necio, equivocas
La urbanidad cortesana
Con el amor. El que nace
Caballero, siempre gasta
Rendimientos y lisonjas
En obsequio de las damas.
Pero el amor verdadero
Que en el corazon se arraiga,
Tales huellas deja siempre,
Que no es ya fácil borrarlas.

GIRON.

Es decir, que va de véras.

DON JUAN.

Puede, si Teodora me ama.

GIRON.

Pues ¿qué! ¿nada ha contestado?

DON JUAN.

Explícitamente, nada.

GIRON.

¡Lo de todas!

DON JUAN.

¿Qué querias?

GIRON.

¿Qué quiero? las cosas claras.
¡Pues cierto que sobra el tiempo!
—Bien haya una moza llana
Sin alquilados hechizos
Ni palabras estudiadas,
Que para decir, *te quiero,*
No gaste toda esa cáfila
De conceptos tenebrosos
Y de equívocas palabras,
Que hacen á un hombre sudar
Para encontrar en sustancia,
Un «¡veremos! ¡yo no sé!
¡Mi honor... no prometo nada!»
¡Voto al chápiro! me apestan
Esas melindrosas damas
Que á cualquier aire responden
Con repulgos de empanada.

DON JUAN.

¡Hombre bajo, al fin!

GIRON.

¡Señor!
Cada uno tiene su alma;
Y no penseis que es la mia
De nieve, ni que lo valga.

DON JUAN.

Y ¿has visto al viejo?

GIRON.

¿Qué viejo?

DON JUAN.

El tutor.

GIRON.

Sí, por ahí anda
Tras la sombra de las chicas.

DON JUAN.

¡Oiga! ¿las cela?

GIRON.
¡Caramba!
Ó no fuera portugues.

DON JUAN.
Él es hombre de arrogancia.

GIRON.
Finchado.

DON JUAN.
Y áun me presumo...

GIRON.
Si es alguna cosa mala,
Acertais.

DON JUAN.
Pues ¿qué?...

GIRON.
No sé
Qué encuentro en aquella cara...

DON DIEGO. (Dentro.)
¿Capitan?

GIRON.
Héle que viene
El moro por la calzada.

DON JUAN. (Dirigiéndose á la puerta del fondo.)
Entrad.

GIRON.
Vuelvo á mis quehaceres.

(Giron se pone á arreglar la ropa del Capitan, que irá guardando en la maleta.)

DON DIEGO. (Saliendo.)
Si permitís...

DON JUAN.
¡Honra tanta!

## ESCENA VI.

DON JUAN. DON DIEGO y GIRON.

DON DIEGO.
¿Qué tal? ¿habeis descansado?

DON JUAN.
Gracias á vos, ya...

DON DIEGO.
De intento
Os destiné este aposento:
Aquí estaréis retirado.

DON JUAN.
Mucho os debo.
(Se sientan.)

DON DIEGO.
Obligacion,
Señor Capitan, es mia,
Y más, si sólo este dia
Gozo tal satisfaccion.

GIRON.
(¿Qué apuestan á que nos echa?)

DON JUAN.
No tal: tan pesada carga,
Pienso que será más larga.

DON DIEGO.
(¿Será vana mi sospecha?)
¿No marchais sobre Lisboa?

DON JUAN.
No: miéntras dure la guerra,
Quedarán por esta tierra
Los tercios de Figueroa.

DON DIEGO.
¿Qué decís! ¿Don Lope está
Aquí!

DON JUAN.
Tanto, que, á lo sumo,
De hoy á mañana presumo
Que le tendréis por acá.

DON DIEGO.
¿Sí? (Pues ni aún eso te salva.)
Y ¿qué nuevas han llegado?

DON JUAN.
Ya en Coimbra habrán entrado
Los tercios del Duque de Alba.

DON DIEGO.
¡Ah!

GIRON.
(No le gustó.)

DON DIEGO. (Disimulando.)
El valor
Del Duque... (Engañarme intenta.)
Y decidme, ¿qué se cuenta?

DON JUAN.
¿Del Duque?

DON DIEGO.
No; del Prior.

DON JUAN.
Suponen que encontró modo,
Abriendo en el Duero paso,
De escapar.

DON DIEGO.
(En ese caso,
Áun no se ha perdido todo.)
Y tal vez alzando gente...

DON JUAN.
No tal, ó lo hiciera en vano.

DON DIEGO.
¿Por qué?

DON JUAN.
Al leon castellano,
¿Quién resistirá imprudente?

DON DIEGO.
(¡Mal mi impaciencia resisto!)
Mas si con vida escapó,
¿No puede suceder?...

DON JUAN.
No
Sucederá, ¡vive Cristo!
(Levantándose enojado.)

DON DIEGO.
¿Por eso os enojais?

DON JUAN.

¡Quién!
¿Yo? ¡no!... (Volviendo á sentarse.)

GIRON.

(De cólera estalla.)

DON DIEGO.

¿Se ha dado alguna batalla?

DON JUAN.

Y ¿á quién quereis que la dén?

DON DIEGO.

¿No hay ya ejército?

DON JUAN.

¡Don Diego!
Vos... ¡decidlo sin temor!
Sois aficionado al Prior.
Sed franco.

DON DIEGO.

Bien : no os lo niego.
Seguí por gusto y por ley
El militar ejercicio;
Y aunque he dejado el servicio,
Guardo cariño á mi Rey.
Mas no vayais á creer...

DON JUAN.

¿Por qué? La ocasion convida.
¿Qué importa perder la vida,
Cumpliendo con un deber?

DON DIEGO.

Conceded que la violencia
Irrita.

DON JUAN.

Es cosa terrible;
Pero cuando es imposible
Ó inútil, la resistencia...

DON DIEGO.

¿Inútil!

DON JUAN.

¿Quién nos contrasta!

DON DIEGO.

¿Quién? la razon y el despecho
Sostendrán nuestro derecho. (Exaltándose.)

DON JUAN. (Con calma.)

Ya es mucho; pero áun no basta.
¿No veis prosternado al mundo,
Con miedo inclinar la frente
Bajo el cetro omnipotente
Del rey Felipe Segundo?

DON DIEGO.

Ya sé que con fuerzas grandes
Ese terrible monarca
Á entrambos mundos abarca,
Y á Italia oprime y á Flándes;
Que donde quiera que asoma
Su pendon, vence y aterra;
Que es ya pavor de Inglaterra
Y espanto de Francia y Roma :
Lo sé; pero es el rencor
En nuestros pechos tan fuerte,
Que preferimos la muerte
Á tenerle por señor.

DON JUAN. (Levantándose impaciente.)

Dejémoslo.

DON DIEGO.

Si quereis,
La vuelta al pueblo daremos.

DON JUAN.

Muy bien.

DON DIEGO.

Despues comeremos.

DON JUAN.

Será como vos gusteis.
Y ¿adónde?...

DON DIEGO.

Á vuestro mandado
Estoy.

DON JUAN.

Observar podré
Las guardias.

DON DIEGO.

Y ¿para qué,
Si todo está sosegado?

GIRON.

(No está de más la malicia.)

DON JUAN.

¿Qué quereis!...

DON DIEGO.

(Ya el temor obra.)

DON JUAN.

La actividad nunca sobra
En asuntos de milicia.

## ESCENA VII.

DICHOS y AREMBERG.

AREMBERG.

¿Permitís?

DON JUAN.

¿Quién?...

DON DIEGO.

Adelante.

DON JUAN.

Dios guarde al señor Alférez.

AREMBERG.

Perdonad si ántes no vine
Á veros : juzgué prudente
Respetar vuestro descanso;
Pero téngame ahora y siempre
Por su esclavo.

DON JUAN.

¡Cumplimientos!
¡No, por mi vida!

AREMBERG.

Corriente.

DON JUAN.

No sabeis, don Diego, ¡cuánto
Tengo hoy que agradecerle!

(Mirando á Aremberg.)

DON DIEGO.

Pues ¿cómo?

DON JUAN.

Á su celo debo
Que en vuestra casa me hospede.

DON DIEGO. (Mirando á Aremberg con extrañeza.)

¿Sí?

AREMBERG. (Ap. á don Diego.)

(De ese modo podréis
Observarle y sorprenderle.)

DON DIEGO.

Es decir que... en ese caso,
Yo soy no más quien le debe
Gratitud, pues dió á mi pobre
Morada tan noble huésped.

AREMBERG.

Si no estoy mal informado,
Hame dicho vuestra gente
Que os llamais don Juan de Silva.

DON JUAN.

Es cierto: mi nombre es ése.

AREMBERG.

¿Estais sirviendo en los tercios
De don Lope?

DON JUAN.

¿Conoceisme?

AREMBERG.

No, Capitan; pero un posta,
Que vino ayer desde Yelves,
Dejó cartas...

DON JUAN.

Y ¿hay alguna
Á mi nombre?

AREMBERG.

Y son urgentes.
Remitíroslas debia
Donde quiera que estuviesen
Los tercios de Figueroa.

DON JUAN.

¿Dónde están?

AREMBERG.

Vedlas.

(Don Juan abre una de las cartas con manifiesta ansiedad.)

DON DIEGO. (Ap. á Aremberg.)

(Conviene
Averiguar á qué vino.)

AREMBERG.

(En efecto, me sorprende...)

DON JUAN.

(¡Pobre madre!)— Perdonad ..

DON DIEGO.

Leed, leed.

DON JUAN.

¡De mi suerte
Siempre cuidadosa!

DON DIEGO. (Ap. los dos.)

(Importa
Que le observemos.)

AREMBERG.

(Se entiende.)

DON JUAN.

(¡Es singular! ¡no conozco
Esta letra! ¿de quién puede
Ser?—¡Ah! ¡pobre mujer!
¡Con qué afecto me agradece!...
—¡Y escribe largo! más tarde...)
—¿Me esperan vuesas mercedes?

DON DIEGO.

¿Á qué es la prisa? Acabad.

DON JUAN.

No urge tanto.

AREMBERG.

¡Estais alegre!

DON DIEGO.

¿Buenas nuevas?

DON JUAN.

Sí.

DON DIEGO.

(¡No haberlas
Registrado ántes!... ¡imbécil!)

DON JUAN.

Aquí una pobre mujer
Á quien salvé de la muerte,
Me escribe; mas se hace tarde,
Y los momentos se pierden.
Salgamos.

DON DIEGO.

Muy bien.

DON JUAN.

Y ¿qué
Tenemos de sexo débil?

DON DIEGO.

¡Oiga! tan presto llegado...

DON JUAN.

¿Qué quereis? ¡jóven y célibe!...

AREMBERG.

Aquí, par diez, sin salir,
Capitan, de estas paredes,
Hay bellezas, que no envidian
Cortesanas altiveces.

DON JUAN.

En efecto, y ya he tenido
Ocasion de convencerme
De esta verdad.

DON DIEGO.

Pero cuenta
Con eso; que hay quien se ofende.

DON JUAN.

Pues ¿qué?

DON DIEGO.

Ya es prenda, Teodora,
Codiciada, y será en breve
Ajena.

DON JUAN.

Yo lo ignoraba.

DON DIEGO.

Sabedlo, pues.

GIRON.

(Ahí le duele.)

DON JUAN.

(¡Será posible!)

DON DIEGO.

El señor
Aleman, aquí presente,
Es ya su esposo elegido.

DON JUAN.

¡Su esposo!

AREMBERG.

Sí; pero en ciérnes.

DON DIEGO.

Ya sabeis que ella os distingue.

DON JUAN.

(¡Ingrata! ¡infiel!)

GIRON.

(Están verdes,
Por lo visto.) (Ap. los dos.)

DON JUAN.

(¿Oyes, Giron?)

GIRON.

(Nos dieron gato por liebre.)

DON JUAN. (Á Aremberg.)

¡Dichoso vos que lograis!...
(¡No puedo!)

AREMBERG.

El trato frecuente
Y el rendimiento, han labrado
En su corazon rebelde;
Que á decir verdad, ya habia
Desesperado que fuese
Posible tanta ventura.

DON JUAN.

La alcanza quien la merece.
— Vámonos de aquí, don Diego.

DON DIEGO.

Como gusteis.

DON JUAN.

(Tengo fiebre.)

DON DIEGO.

Me permitiréis, señor
Capitan, que luégo os deje,
Pues que vais acompañado,
Y ya á mi edad no conviene...

DON JUAN.

¿Qué?

DON DIEGO.

Los viejos no sabemos
Sino amargar los placeres
De la juventud.

DON JUAN.

¡No tal!
Mas si vuestro gusto es ése...

DON DIEGO.

El Alférez va con vos,
Y él os servirá de intérprete.

DON JUAN.

Adelante.

GIRON. (Á don Juan.)

(¿Vais contento?)

DON JUAN.

(La sangre toda me hierve.)

## ESCENA VIII.

GIRON solo.

No lleva mala saeta
El Capitan.—¡Ah mujeres,
En la apariencia palomas,
Y en la realidad serpientes!
(Cogiendo el sombrero y la espada.)
Vamos, sin embargo, á darlas
Un vistazo; que aunque aleves
Y falsas, ¡son tan bonitas!
¡Yo no sé lo que se tienen!...
De camino observaremos
Lo que aquí pasa, porque este
Don Diego es un gran bellaco,
Si las señales no mienten.
¡Aquella cara no indica
Nada bueno! ó es hereje,
Ó...—Y tampoco el aleman
Me ha pasado de los dientes.

(Vase por la puerta del fondo. Un momento despues, Teodora y Beatriz salen por la derecha, andando de puntillas y manifestando recelo de ser vistas.)

## ESCENA IX.

TEODORA. BEATRIZ.

BEATRIZ.

¡Venid! ¡venid!

TEODORA.

Pisa quédo.
¿No hay nadie?

BEATRIZ.

Salieron ya.

(Despues de asomarse á la puerta de la habitacion del Capitan.)

TEODORA.

Mira, saltándome está
El corazon.

BEATRIZ.

¿Teneis miedo?

TEODORA.

Miedo á mi desdicha extrema.

BEATRIZ.
No alcanzo la causa.

TEODORA.
Ines
Ama al Capitan: ya ves
Si hay razon para que tema.

BEATRIZ.
¡Ya! y ¿es reciente ese amor?

TEODORA.
Sí, Beatriz.

BEATRIZ.
Mas ¿cómo y dónde?...
—Y él, decid, ¿la corresponde?

TEODORA.
¡La ama, la adora el traidor!
Bella es Ines.

BEATRIZ.
¡Pch! ¡no es cosa!

TEODORA.
Caudal tiene, y por lo tanto,
¿Quién resistirá al encanto
De mujer rica y hermosa?

BEATRIZ.
¿Pudiera con trato doble
Burlaros?

TEODORA.
Y eso ¿te extraña?

BEATRIZ.
No, señora, no os engaña:
Le tengo yo por más noble.

TEODORA.
¡No merece el sacrificio
De mi calma quien se muda
Tan presto, no! — Él es, sin duda,
De estos que aman por oficio;
De estos que dando al donaire
Más precio que al corazon,
Se curan de una pasion
Con dos suspiros al aire.

BEATRIZ.
Estais con don Juan, terrible.

TEODORA.
Y yo á jurarte me atrevo
Que ama á cuantas ve.

BEATRIZ.
No es nuevo
El caso: será posible;
Mas se debe averiguar
Primero...

TEODORA.
¿De qué manera?

BEATRIZ.
Hay una.

TEODORA.
Yo bien quisiera,
Para poderte probar...

BEATRIZ.
Los hombres, fieles ó infieles,
Por gusto ó por vanagloria,
Suelen guardar en memoria
Retratos, rizos, papeles...

TEODORA.
Sí; pero el asunto es grave,
Y áun difícil.

BEATRIZ.
No lo creo.

TEODORA.
¿Los medios?...

BEATRIZ.
Basta el deseo,
Y cuando más, una llave.
(Poniendo la mano sobre la maleta del Capitan.)

TEODORA.
¡Jesus! ¿yo eso habia de hacer?

BEATRIZ.
Y si por arte ú olvido
Dejaron abierto el nido...

TEODORA.
¿Abierto dices? A ver.
(Acude á mirar apresuradamente; pero Beatriz cierra de golpe la maleta.)

BEATRIZ.
¡No, que es mal hecho!

TEODORA. (Con enojo.)
¡Beatriz!

BEATRIZ.
¡Nada! ¡nada! Pues ¡ahora
Fuera á incurrir mi señora
En semejante desliz!
¿No digo bien?

TEODORA. (Confusa.)
Sí; es verdad...
Bien dices; pero ¿qué quieres?
No es fácil en las mujeres
Vencer la curiosidad.

BEATRIZ.
Y por la misma razon...

TEODORA.
Temo...

BEATRIZ.
¿Á qué es ya la vergüenza?

TEODORA.
Temo, Beatriz, que te venza,
Acaso, la tentacion.

BEATRIZ.
Pues ¿soy yo la enamorada?
¿Qué me importa?...
(Abre la maleta como distraida.)

TEODORA. (Mirando de reojo.)
Pues á mí...

BEATRIZ. (Sacando unos papeles.)
Pero ¿qué es lo que hay aquí?

TEODORA. (Volviéndose á ella con rapidez.)
¿Hay algo, dijiste?...

BEATRIZ. (Ocultando los papeles.)
Nada.

TEODORA.

Bien: haz lo que quieras.

BEATRIZ.

Yo
No soy...

TEODORA.

Ni yo me intereso...

BEATRIZ. (Va á guardar los papeles.)

Pues dejémoslo.

TEODORA. (Sin manifestar interes.)

¿Qué es eso?

BEATRIZ.

Papeles.

TEODORA. (Pausa.)

¡Ya!

BEATRIZ. (Con malicia.)

¿Cierro?

TEODORA.

No.

(Despues de un momento de afectada indiferencia, las dos registran la maleta con avidez.)

BEATRIZ.

Vedlos pronto.

TEODORA.

Su retrato.

BEATRIZ.

Cuentas.

TEODORA.

¿Lo ves? ¡deja, aparta!

BEATRIZ.

Ya dí con ello: ¡una carta!
¡Jesus! ¡cuánto garabato!

TEODORA.

¿Eh?

BEATRIZ.

De mujer es la letra.

TEODORA.

Sí, no hay duda. Capitan,
¡Cómo os burlais de mi afan!
Amor todo lo penetra,
Y no logrará el infiel
Engañarme.— ¡Ay corazon!
Cartas de su madre son.
— ¡Tiene madre! ¡feliz él!
Yo, huérfana desdichada,
No tengo tanta ventura;
Que me faltó la ternura
De la mia, idolatrada.

(Beatriz saca en este momento de la maleta una cruz de oro, pequeña, pendiente de un cordon ó cadena. Teodora, al verla, se sobresalta.)

BEATRIZ.

No, pues esta vez...

TEODORA.

¡Qué miro!

BEATRIZ.

Esta cruz no debe ser
Sino prenda de mujer.

TEODORA.

¿Sueño, Beatriz, ó deliro!

BEATRIZ.

¿Qué teneis!

TEODORA.

¡Era verdad!
Y esclava de mi error ciego,
Dudé...

BEATRIZ. (Admirada.)

¿Qué!

TEODORA.

Llama á don Diego.

BEATRIZ.

¡No os entiendo! perdonad...

TEODORA.

Búscale: haz esto por mí.
Vé, no tardes.

BEATRIZ.

Allá voy.

TEODORA.

¡Ah! ¡él viene!

BEATRIZ.

Asombrada estoy.

TEODORA.

¡Déjanos! véte de aquí.

(Beatriz se va por la derecha, y en el momento mismo sale don Diego por la puerta del fondo.)

## ESCENA X.

TEODORA. DON DIEGO.

DON DIEGO.

Esta es la ocasion. — ¡Qué veo!
¡Estabas aquí, Teodora!

TEODORA.

Os esperaba.

DON DIEGO.

En buen hora.
(¿Si adivinó mi deseo!)
Y ¿con qué fin?

TEODORA.

La esperanza
Vuestra se verá cumplida.

DON DIEGO.

¡Teodora, estás conmovida!
¿Qué es lo que quieres?

TEODORA.

¡Venganza!

DON DIEGO.

¿Venganza!

TEODORA.

Pero de suerte,
Que por implacable asombre.

DON DIEGO.

¿De quién, Teodora?

TEODORA.

Del hombre
Que dió á mi madre la muerte.

DON DIEGO. (Mirándola con recelo.)

¿Le conoces?

TEODORA.

¡Pese á mí
Y á este corazon liviano!
Sí, le conozco: el villano,
El asesino está aquí.

DON DIEGO. (Aterrado.)

(¡Dios santo!) Y ¿quién es?
(Procurando disimular su turbacion.)

TEODORA.

Don Juan.

DON DIEGO.

No extrañes que me sorprenda...

TEODORA.

Claro lo dice esta prenda
En poder del Capitan.

DON DIEGO.

¿Sí?—(Yo á comprender no acierto...)

TEODORA.

Hablad á Aremberg: si me ama,
Si de su afecto la llama
No se ha entibiado ó no ha muerto,
Déme de su amor indicio,
Vengándome.

DON DIEGO.

Sí; lo hará.

TEODORA. (Con resolucion.)

Y en recompensa tendrá...
De mi mano el sacrificio.

DON DIEGO.

Sí; voy al punto.—(No puedo
Imaginar de qué modo...
Pero, en fin; ¡piérdase todo!
Corazon, afuera el miedo.)

TEODORA.

¿Vacilais?

DON DIEGO.

No; mas si viene
Don Juan...

TEODORA. (Con amarga ironía.)

Que vendrá sin duda.

DON DIEGO.

No sospeche...

TEODORA.

Seré muda.

DON DIEGO.

Que le entretengas conviene,
Y así tendremos lugar
De disponer la sorpresa.

TEODORA. (Empujándole con impaciencia.)

Sí, bien.

DON DIEGO.

Judit portuguesa
Desde hoy te deben llamar.
(Vase por la derecha.)

## ESCENA XI.

TEODORA. Luégo DON JUAN por el fondo.

TEODORA.

Pero, ¿y si escapar lograra
Á mis iras? ¡ay! ¡si acaso
Del furor en que me abraso
El pérfido se burlara!...
¡No puede quererlo Dios!
No; con su muerte y su afrenta
Pagará la horrible cuenta
Que hoy existe entre los dos.

DON JUAN. (Saliendo.)

¿Quién es?...

TEODORA.

¡Don Juan!

DON JUAN.

¿Por qué es esa
Agitacion?—¡Dicha tanta!

TEODORA.

(Ya hasta el mirarle me espanta.)
Es natural mi sorpresa.
Yo... ¡perdonad! no debí
Hacer... lo conozco ahora;
Pero...

DON JUAN.

¿Qué os turbais, Teodora?
¿No teneis confianza en mí?

TEODORA.

¡Cómo es posible!...

DON JUAN.

Eso quiero:
Mi propio honor os escuda.

TEODORA. (Con disimulada ironía.)

Pues ¿quién puede tener duda
De tan noble caballero?

DON JUAN.

Ansiaba veros, señora.

TEODORA.

¡Tanto cuidado! y ¿por qué?

DON JUAN.

Herido estoy en la fe
Con que mi pecho os adora.
Llena el alma de recelos
Tengo, y suspiro sin calma.
Celos me punzan el alma.

TEODORA.

¡Vos tambien! ¡pícaros celos!

DON JUAN.

Es decir que...

TEODORA.

Fuera error
Negarlo: pues ¿hay amante
Que de ese dardo punzante
No pruebe acaso el rigor?
(Mirando la cruz que tiene en las manos, y llamando de este modo la atencion de don Juan hácia ella.)

DON JUAN.

Y tal vez en esa prenda,
Pensais de mi amado bien
Hallar un recuerdo.

TEODORA.

Y ¿quién
Habrá que otra cosa entienda?

DON JUAN.

No: yo os juro por mi honor
Que...

TEODORA.

¡Pensará que me engaña!
¿Recuerdo es de alguna hazaña,
Digna de vuestro valor?

DON JUAN.

Teodora, ¿no es ironía?

TEODORA.

¡Jesus! ¡yo! ¡líbreme el cielo!
¡Con vos, que sois un modelo
De nobleza y bizarría!...

DON JUAN.

Si alguna lengua villana
Me ha infamado...

TEODORA.

¡Qué! no tal.

DON JUAN.

Mi juramento leal
¿Vuestra sospecha no allana?
Soy soldado y caballero,
Y éste es mi mejor escudo.

TEODORA.

Lo segundo es lo que dudo:
Ya os basta con lo primero.

DON JUAN.

¡Señora! si otro que vos
Tal insulto me dijera...

TEODORA.

¿Qué hicierais?

DON JUAN.

Lo que yo hiciera,
No es posible entre los dos.

TEODORA.

¿Lo impiden vuestros deberes
De hidalgo?

DON JUAN.

Si esto he sufrido...

TEODORA.

Ya sé que siempre habeis sido
Valiente... con las mujeres.

DON JUAN.

¡Adios, señora!

(Despues de un momento de indecision, y dirigiéndose á la puerta del fondo.)

TEODORA.

¡Qué! ¿os vais?

DON JUAN.

¡Sufrir ya más no es posible!

TEODORA.

¡Aguardad, que estais terrible!
¡Qué pronto que os enojais!

DON JUAN.

Yo no os puedo comprender.

TEODORA.

Flaca teneis la memoria.
—¿Quereis que os cuente una historia,
Que os debe de entretener?

DON JUAN.

Bien.

TEODORA.

Pero es horrenda.

DON JUAN.

Hablad.

TEODORA.

Y el héroe de ella...

DON JUAN.

Soy yo.

TEODORA.

¿Vais adivinando?

DON JUAN.

No.

TEODORA.

Pues escuchadme.

DON JUAN. (Impaciente.)

Acabad.

TEODORA.

Aunque tembleis á mi voz,
Dura, inflexible he de ser.
—La historia pasó, á mi ver,
Á dos leguas de Estremoz.

DON JUAN.

¡De Estremoz, señora? (¡Es cosa
Singular!)

TEODORA.

Allí vivia
En una pobre alquería,
Tranquila, si no dichosa,
Una mujer que á su inerte
Vejez buscando un asilo,
Sólo aguardaba el tranquilo
Reposo que da la muerte.
Que en su retiro profundo
Y escudada por sus años,
Pensó vencer los engaños
De la fortuna y del mundo.
Una noche penetró
En su hogar, fiera, insolente,
No sé qué villana gente,
Cuyo caudillo...

DON JUAN.

Era yo.

TEODORA.

Tal vez.

DON JUAN.

(Si de mí malicia...)

TEODORA.

Y no pudiendo sin duda
En la ya pobre viuda
Saciar su infame codicia,
Aquella gente soez
Entregada á su delirio,
Con el postrero martirio
Sacrificó su vejez.
—¿Sabeis la historia?

DON JUAN.

Presumo
Que sí; mas luégo...

TEODORA.

Acudieron
En su socorro...

DON JUAN.

Y se vieron
Envueltos en llamas y humo.

TEODORA.

Ahora bien: lo quiso Dios,
Porque á mi venganza cuadre.

DON JUAN.

Esa mujer...

TEODORA.

Fué mi madre.

DON JUAN.

Y ese Capitan...

TEODORA. (Con voz terrible.)

¡Sois vos!

DON JUAN. (Con calma.)

¿No es infiel vuestra memoria?

TEODORA.

¡Ese descaro impudente!...

DON JUAN.

Y ahora, ¿no quereis que os cuente
Yo por mi parte otra historia?

TEODORA. (Con extrañeza.)

¿Podréis explicar?...

DON JUAN.

Tal vez.
La pasion, Teodora, es ciega,
Y el juez que á escuchar se niega,
Es enemigo, y no juez.

TEODORA.

Pero...

DON JUAN.

En esa noche horrible,
¡Horrible, señora, sí!
Hay recuerdos para mí
De un encanto indefinible.

TEODORA.

¡Don Juan! ¿hay razon ni ley?...
(Dando otro sentido á las palabras de don Juan.)

DON JUAN.

Pasaban por el camino
De Estremoz, allí vecino,
Los mosqueteros del Rey.
Iban marchando veloces,
Cuando con espanto vieron
El raudo incendio, y oyeron
Tristes y confusas voces.
El Capitan, como vió
El riesgo, con pecho fuerte
Menospreciando la muerte,
Por las llamas penetró.

TEODORA. (Con ansiedad.)

Y ¿en fin?...

DON JUAN.

Ya activo y violento
El fuego que consumia
La quinta, prendido habia
En el último aposento.
Allí una pobre mujer
Tendida halló, desmayada,
Y en propia sangre bañada.
(Teodora hace ademan de preguntar al Capitan, y éste la interrumpe.)
—La misma debe de ser.
Cifrando por fin su anhelo
En conservarla la vida,
Logró restañar su herida,
Y... su afan coronó el cielo.

TEODORA. (Con un grito.)

¡Qué decís!

DON JUAN.

Mas temeroso
De otra nueva desventura,
Á tierra de Extremadura
La hizo llevar.

TEODORA.

¡Dios piadoso!

DON JUAN.

Ya veis que léjos no van
Las dos historias, aunqué
Distinta la suerte fué
De la madre y Capitan.
Ella por él ruega á Dios,
De su gratitud en muestra.

TEODORA.

¡Ay!

DON JUAN.

Y esa madre es la vuestra,
Y ese Capitan...

TEODORA.

Sois vos.
(Cayendo de rodillas y cubriéndose el rostro con las manos.

DON JUAN. (Sacando la carta que le dió Aremberg.)

Mirad.

TEODORA.

¡Es su letra! ¡vive!
Y yo por mi ciego error...
(Se oye rumor lejano.)
¡Huid!

DON JUAN.

¿De quién?... ¿Qué rumor
Es ése que se percibe?

TEODORA.

Hoy el pendon portugues
En Évora se levanta
Contra España.

DON JUAN.

¡Audacia tanta!
Veremos. (Dirigiéndose á la puerta del fondo.)

TEODORA.

Ya inútil es.
(Óyense gritos cercanos.)
Yo he sido, yo, miserable,
La causa: mi saña impía
Os vendió, porque os creia
De aquel delito, culpable.
Pero yo publicaré
Mi error y vuestra inocencia.

DON JUAN.

¿Qué lograis?

TEODORA.

¡Fuera imprudencia!
¡No, no!... disimularé.

DON JUAN.

¿Mi gente?...

TEODORA.

Sin duda ha sido
Sorprendida.

DON JUAN.

¡Ah! ¡los malvados!...
¿Y Aremberg? ¿y sus soldados?

TEODORA.

Aremberg... os ha vendido.

DON JUAN.

¡Cielos!

## ESCENA XII.

DICHOS, INES. Luégo DON DIEGO y AREMBERG, con algunos HOMBRES DEL PUEBLO Y SOLDADOS TUDESCOS, que se quedarán á la puerta del fondo.

INES.

Don Juan, ved que ciego
El pueblo aquí se abalanza.
¡Salvaos!

TEODORA. (Viendo á don Diego.)

(Ya no hay esperanza.)

DON JUAN.

¿Quién es?

INES.

¡Mi padre!

DON JUAN.

¡Don Diego!

DON DIEGO.

Mucho quebrantar me pesa,
Con vos, de huésped la ley;
Pero en ello, de mi Rey
El servicio se interesa.
Capitan, dadme la espada.

DON JUAN.

¡Quién! ¿yo?

AREMBERG.

¿Pensais por ventura
Resistir?

DON JUAN.

Fuera locura.
Tomad.

(Aremberg se ha acercado á recibir la espada de don Juan, y éste, haciendo un gesto de desprecio, se vuelve á don Diego, á quien la entrega.)

DON DIEGO.

Tendréis mi morada
Por cárcel.

DON JUAN.

Gracias os doy.

TEODORA. (Al oido á don Juan.)

(Nada temais.)

INES. (Lo mismo.)

(Yo os defiendo.)

DON DIEGO. (A don Juan.)

Seguidme.

DON JUAN.

Vamos.

(Don Juan se va por la puerta del fondo, escoltado por los tudescos y los paisanos. Aremberg queda en la escena, contemplando á Teodora.)

INES.

¡No entiendo!
Explícame...

TEODORA.

¿Quién?
(Volviéndose hácia Aremberg, que se habrá acercado á ella.)

AREMBERG.

Yo soy.
Yo, que rendido os consagro
El alma. (Besándola una mano.)

INES. (Admirada.)

¡Cómo!

AREMBERG.

Es mi esposa.

TEODORA. (Retirando la mano con repugnancia.)

¡Bien!

AREMBERG. (Se retira por el fondo.)

¡Adios!

INES.

¡Ya es otra cosa!
Comprendo.

TEODORA.

Será milagro.

INES.

Aremberg es tu marido:
Luego no somos las dos
Rivales.

TEODORA. (Con amarga ironía.)

¡Gracias á Dios,
Que al cabo lo has entendido!

# ACTO TERCERO.

El teatro representa la sala que sirve de prision á don Juan, en la casa de don Diego. Una reja al fondo, y dos puertas á cada lado, de las que, las de la izquierda comunican con otras piezas, así como la de la derecha, que está más inmediata al proscenio. La segunda comunica con una escalera que da paso al exterior.

## ESCENA PRIMERA.

GIRON, sentado y meditabundo.

¡Buena la hicimos, Giron!
¡No hay qué pensar ni qué hacer,
Sino mostrar lo que valen
Hombres de mi honra y mi prez!
Muramos como soldado
Que ha olido ya veces cien
La pólvora, combatiendo
Por su patria y por su fe.
Al ménos, demos ejemplo
Al finchado portugues
De las almas que se crian
En las tierras de Jaen,
Y al pasar entre las filas
De esa rebelada grey,
Arrostremos sus miradas
Con española altivez.
Pero si por dicha nuestra
De ésta saliéremos bien,
Si llega á tiempo la gente
De don Lope, ¡voto al rey
Felipe, que de este pueblo
Chicharrones voy á hacer!
No me ha de quedar barbado
Que no lleve su por qué,
Y ¡vive Dios!...

## ESCENA II.

DON JUAN (sale por la derecha), y GIRON.

DON JUAN.
¿Con quién riñes?

GIRON.
¡Me lo preguntais!

DON JUAN.
¿Á quién
Das esas voces? ¿qué es eso?

GIRON.
¡Bravatas de portugues!
Á solas me lamentaba
De nuestra suerte cruel,
Y estábaselas jurando
Á esa canalla sin ley.

DON JUAN.
¡Qué quieres! esto es la guerra,
Giron: la fortuna infiel,
Inconstante, hoy nos ha vuelto
La espalda.

GIRON.
¡Al cabo es mujer!

DON JUAN.
Lo que hoy experimentamos,
Es de la suerte un reves;
Mas cuando de aquí nos saquen...

GIRON.
Eso temo yo.

DON JUAN.
¿Por qué?

GIRON.
¡Ah, señor! porque presumo
Que no ha de ser para bien.

DON JUAN.
Siendo nosotros soldados,
Nada debemos temer;
Que al cabo...

GIRON.
Se me figura,
Señor, que no lo entendeis.

DON JUAN.
Pues si osados se atrevieran
Á algun desman, ¡voto á quien!...

GIRON.
¿Qué lograremos?

DON JUAN.
Venganza.

GIRON.
Sí, señor; pero despues.

DON JUAN.
Tranquilízate, Giron.

GIRON.
Eso es lo que no podré,
Hasta estrechar en mis manos
Mi mosquete.

DON JUAN.
Eso tambien.

GIRON.
Si llega ese caso, vengan
Portugueses; que yo sé,
Dando y recibiendo balas,
Y entre mandoble y reves,
Dar el alma; pero así,
Á gentes de ese jaez
Entregar yo mi pellejo...
—¡Señor! no lo hago por bien.

DON JUAN.
Yo espero que llegue pronto
Nuestra gente.

GIRON.
¡Bah!

DON JUAN.
Y áun sé
Que en el pueblo andan confusos.

GIRON.

¿Y nuestro huésped?

DON JUAN.

En él
Cifro mi esperanza toda;
Y cuando me venga á ver...

GIRON.

No llegue tarde don Lope;
Que lo demas...

DON JUAN.

De esta vez,
Yo sé que el señor don Diego
Sus pactos me habrá de hacer.

GIRON.

¿Qué habeis dicho?

DON JUAN.

Un talisman
En esta carta encontré,
Poderoso, inesperado.

GIRON.

¡Cuenta que no os engañeis!

DON JUAN.

Tú verás: ante su influjo,
No habrá puerta ni cancel
Que no ceda.

GIRON.

Si es así,
Démonos el parabien.
Pero me temo...

DON JUAN.

Giron,
Bien dijiste: el tutor es
Un pícaro redomado.

GIRON.

¡Vaya, que si dije bien!
Si de aquí salgo, por dicha,
Me ha de pagar con la piel,
¡Voto á cribas!

DON JUAN.

Ya veremos
Lo que ha de hacerse, despues.
Pero dime, ¿no han traido
Algun recado ó papel
De aquella dama?

GIRON.

¡Señor!...

DON JUAN.

Responde.

GIRON.

Es mujer tambien,
Y por lo tanto...

DON JUAN.

¿Qué?

GIRON.

Es falsa.

**ESCENA III.**

DICHOS, y BEATRIZ por la puerta segunda de la derecha.

BEATRIZ.

¡Miente!

GIRON.

¡Beatriz!

DON JUAN.

Ya lo ves.

BEATRIZ.

¿Quién dice!...

GIRON.

Soy un menguado.

BEATRIZ.

¡Necio!

GIRON.

Digo que pequé.

BEATRIZ.

Si no mirara...

DON JUAN.

¡Beatriz!

BEATRIZ.

Perdóneme vuesarced;
Que al oir á este canalla,
No me supe contener.

DON JUAN.

¿Qué hay de Teodora?

BEATRIZ.

Tomad:
En esta cesta teneis
Provisiones.

GIRON. (Acercándose.)

¡Provisiones!

BEATRIZ.

Pero no son para él.

GIRON. (Registrando la cesta.)

Pues ¿tú conmigo te enojas!
—¿Qué nos traes? ¡á ver! ¡á ver!

DON JUAN.

Y ¿nada más?

BEATRIZ.

Pues ¿dudabais
De que faltara el papel?...

DON JUAN.

¿Dónde está?

BEATRIZ.

Tomad.

GIRON.

¡Qué miro!
Ahora digo que ángel es
Como el otro de Abacuc.
Pollos, fruta de sarten...
¡Vive Cristo! y ¡un vinillo
Que parece moscatel!
¡Oiga! ¡puñales, pistolas!
¡Ay! ¡hembra de Lucifer!
Tras de la cruz está el diablo.

DON JUAN. (Á Beatriz.)
Responde que así lo haré.

GIRON.
Y ¿cómo has podido tú
Penetrar?...

BEATRIZ.
Pues diga, ¿hay quién
Pueda negar cosa alguna
Á mozas de mi jaez?

GIRON.
Concedido.

BEATRIZ.
Y como al cabo
Mi pobre señora fué
La causa de esto, confian
En nuestra lealtad.

GIRON.
¡Ya! ¡pues!...

BEATRIZ. (Con énfasis.)
Adios; y sepa el menguado
Que entre las hembras hay fe
Y consecuencia y constancia.
(Vase por la derecha.)

GIRON. (Asombrado.)
¡No me queda más que ver!

### ESCENA IV.

DON JUAN y GIRON.

DON JUAN.
¡Giron! ensancha ese pecho.

GIRON. (Acariciando las pistolas.)
Ahora ya, nada me aflige.

DON JUAN.
Fué cierto lo que te dije.
Mi esperanza ha satisfecho
Esta carta; ya murmura
El pueblo, y la empresa loca
De don Diego á su fin toca:
Nuestra victoria es segura.
Don Lope, con la noticia
Del caso, á darnos favor
Viene; y temiendo el rigor
Severo de su justicia,
Desconcertados están
Los tudescos.

GIRON. (Con alegría.)
¡Vive Cristo!

DON JUAN.
Y ha escapado, por lo visto,
El alférez aleman.

GIRON.
Hizo bien; porque si llega
El Maestre á poner la mano
Sobre él...

DON JUAN.
Amor es tirano
Fatal, que al más noble ciega.

GIRON.
¡Oiga!

DON JUAN.
Esperando alcanzar
La posesion de Teodora,
No ha temido la traidora
Insurreccion apoyar;
Mas sin duda, convencido
De que es temeraria empresa,
Renuncia á la portuguesa,
Adoptando este partido.

GIRON.
Es decir que ya no debe
Tardar don Lope.

DON JUAN.
No.

GIRON.
Luego
Ya estará nuestro don Diego
Buscando...

DON JUAN.
Le espero en breve.
Tenemos que ajustar cierta
Cuentecilla.—Adentro voy;
Si acaso viniere...

GIRON.
Estoy
En ello: viviré alerta.

DON JUAN.
Estas armas servirán
Muy pronto, si no me engaño.
(Poniéndose dos pistolas en el cinto, pero de modo que queden ocultas: Giron le imita.)

GIRON.
Sí, señor: no será extraño,
Conforme las cosas van.

DON JUAN.
Ten cuidado. (Éntrase por la izquierda.)

### ESCENA V.

GIRON. Luégo INES y TEODORA.

GIRON.
¡Arda la tierra!
Vengan ahora, si se atreven,
Esos villanos, y prueben
El valor que aquí se encierra.
No, corazon, no te ablandes,
Y haz muestra, valiente, airado,
De lo que vale un soldado
De aquellos tercios de Flándes.
Lleguen, y verán en fin,
Cómo, con ánimo fuerte,
Saben despreciar la muerte
Los héroes de San Quintin.
¡Voto al diablo! en mi elemento

Estoy ya... Mas si el oido
No me es infiel, hacen ruido...
(Acercándose á la puerta de la derecha.)
—No me engañé: pasos siento.
¡No me verán las espaldas!
(Aplicando el oido.)
—¡Necio de mí! ya se entiende
Lo que es: ¡hasta aquí trasciende
Un olorcillo de faldas!...
(Ines y Teodora salen por la derecha.)

INES.
Espera un poco.

TEODORA.
¿No vienes?

INES.
Si álguien nos siguiera...

TEODORA.
No;
Respira.

INES.
Te envidio yo
La serenidad que tienes.

TEODORA.
Aquí hay un hombre.

INES.
¡Ay!

TEODORA.
¿Quién es?

GIRON.
No tema vueseñoría.

TEODORA.
¿Es Giron?

GIRON.
Señora mia,
Es quien besa vuestros piés.

TEODORA.
Pues ¿cómo aquí!

GIRON.
Prisionero
Como todos, he logrado
Ablandar el despiadado
Corazon de un carcelero.
Compartir quise la suerte
De mi señor.

INES.
¡Eres fiel!

GIRON.
Si muere, quiero con él
Tambien arrostrar la muerte.

TEODORA.
Si ya lo sabe don Diego...

GIRON.
Áun presumo que lo ignora;
Mas si interponeis, señora,
El poder de vuestro ruego...

TEODORA.
Bien: ya veremos.

GIRON.
Supongo
Que avisar debo á mi dueño.

TEODORA. (Á Ines.)
Por mí, si tienes tú empeño
En ello...

INES.
¡Bien! no me opongo.
Tener piedad no es delito.

GIRON.
¿Quién á dudarlo se atreve!

INES.
La causa que aquí nos mueve,
No es otra.

GIRON.
No necesito
De pruebas, para admirar
Vuestra inaudita clemencia.

TEODORA.
Bien: vé.

GIRON.
Con vuestra licencia. (Vase.)

TEODORA.
¿Que, en fin, le quieres hablar?

INES.
¿Si quiero? ¿de qué te admiras?
Puesto que amor ya no sientes
Por él, no espero que intentes...

TEODORA.
¡Yo amor, Ines! ¡tú deliras!

INES.
Ó celos.

TEODORA.
Tampoco celos,
Sino horror.

INES.
(¡Mentira y dolo!)

TEODORA.
Por acompañarte sólo
Vine: lo saben los cielos.

INES.
Pues Teodora, la verdad,
Fué exacto lo que ántes dije:
Si bien su estado me aflige,
Lo que fué amor, ya es piedad.

TEODORA.
¡Calla!

## ESCENA VI.

DICHAS. DON JUAN Y GIRON.

DON JUAN.
Perdonad si os hice
Esperar.—(Oye, Giron: (Aparte los dos.)
Desde esa puerta...)

GIRON.
(Ya entiendo.)

DON JUAN.
Avisa, si oyes rumor.
(Giron se coloca á la puerta de la derecha, en actitud de observar lo que pasa fuera.)
Tanta ventura...

INES.
¿Os extraña?
DON JUAN.
Bendigo yo mi prision,
Cielo ya, pues que le alumbra
De vuestra hermosura el sol.
TEODORA. (Con afectada sequedad.)
Excusad esas lisonjas,
Don Juan.
INES. (Aparte á don Juan.)
(¿No veis qué rigor!)
DON JUAN. (A doña Ines, fingiendo admiracion.)
(En efecto.)
INES.
(Y ella ha sido
Causa de esta rebelion.)
TEODORA. (Á don Juan.)
(Me sigue como mi sombra.)
INES. (Id.)
(Hasta aquí me acompañó
Recelosa: es mi tormento.)
TEODORA.
Si acá vinimos las dos,
No os imagineis que ha sido
Por lástima ó por favor.
DON JUAN.
Ya sé que os debo, señora,
Mi desventura, y que sois
Mi enemiga.
TEODORA. (Con intencion.)
Y ¿qué os importa,
Si hay quien se acuerde de vos?
INES. (A don Juan.)
(Tiene celos.)
DON JUAN.
Yo esperaba
De ese noble corazon
Consuelo á mi desventura;
Piedad, si consuelo no.
INES. (A don Juan.)
(¿No sabeis que os aborrece?)
DON JUAN (A Ines.)
(¡Es posible! ¡alma feroz!)
TEODORA.
¡Piedad! no la mereceis.
DON JUAN.
¡Eso! ¡aumentad mi dolor!
¿No la merece quien hace
De su afecto adoracion,
Y rendido á vuestras plantas!...
INES.
¡Paso!
DON JUAN.
¿Qué?
INES.
Donde yo estoy...
DON JUAN. (A Ines.)
(Mentirla amores conviene:
No la saqueis de su error.)
INES.
(¿Conviene?)
DON JUAN.
(¡Pues! sólo así
Vencemos su obstinacion.)
INES.
(¡Extremado pensamiento!)
TEODORA.
Y ¿os atreveis, vive Dios,
Á ofrecerme!...
DON JUAN.
¿Por qué?
TEODORA.
Es ya
Muy codiciado ese amor.
INES.
¿Qué es lo que dices!
TEODORA.
¿No es cierto?
Tambien á tí te engañó
Mintiéndote fe, y jugando
Con tu inocencia y candor.
INES.
Pues bien: yo quiero que veas
Mi nobleza y condicion.
Si en eso estriba tu dicha,
Si yo el obstáculo soy
Que intimida á tu esperanza,
Acéptala sin temor;
Pero en cambio, cesen ya
Tus iras.
TEODORA. (A don Juan, admirada.)
(Eso...)
DON JUAN. (A Teodora.)
(Es ficcion.)
TEODORA.
Ines, te empeñas en vano:
Tiene causa mi rencor...
INES.
¡Basta! yo sé que le quieres:
Tú me lo has dicho.
TEODORA.
¿Quién, yo!
INES.
No lo niegues.
TEODORA.
No esperaba
Que tú me hicieras traicion.
¡Revelar mis sentimientos!
INES. (A don Juan.)
¡Ya lo veis! es el rubor
El que impide...
TEODORA.
¡Calla!
INES.
¡Deja!
Si se revela en tu voz...

TEODORA.

¡Tanto harás!...

INES.

¿No os lo decia?

TEODORA.

Pero el que una vez faltó
Á su fe, no será extraño
Ni nuevo que falte dos.
—Sin embargo, no resisto.

INES. (Á don Juan.)

(¡Qué pronto que lo creyó!)

DON JUAN.

Dejad que esa blanca mano...
(Va á besar la mano á Teodora; Ines le detiene.)

INES.

¿Eh?

DON JUAN. (Aparte los dos.)

(Para hacer la ilusion
Completa...)

INES.

(¡No, por mi vida!
¡No os quiero besucador!)

TEODORA.

En fin, si á mis piés ofrece
Que será, como ofreció,
Constante, no será extraño...

DON JUAN. (Hincando una rodilla.)

Yo os juro á fe de español,
No olvidar á la que adoro.

TEODORA.

Si es así, palabra os doy
De amaros.

INES.

Y ¿de salvarle?

TEODORA.

¡Oh! sí, Ines; tienes razon.

GIRON.

Si no me engaño, relevan
La centinela.

TEODORA.

¡Gran Dios!

DON JUAN.

¿Qué os asusta?

TEODORA.

Sobornado
Ese hombre, entrada nos dió,
Y ahora tal vez...

DON JUAN.

Estais presas.

TEODORA.

¡Presas!

INES.

¡Pero eso es atroz!
Es preciso que salgamos.

GIRON.

Y no es eso lo peor,
Sino que don Diego viene.

INES.

¡Mi padre!

TEODORA.

¡Ay!

DON JUAN. (Con alegría.)

(¡En qué ocasion!)
Escondeos aquí: y os ruego
Que ninguna de las dos
Pierda una sola palabra
(Las hace entrar por la izquierda.)
De lo que hablemos.—Giron,
Ocúltate.

GIRON.

Estoy en todo.

DON JUAN.

Escucha, y ojo avizor.
(Giron entra por la primera puerta de la derecha: un momento despues, sale don Diego por la segunda del mismo lado.)

## ESCENA VII.

DICHOS Y DON DIEGO.

DON DIEGO.

Don Juan, si me dais licencia...

DON JUAN.

¡Ironía! ¿el carcelero
La pide á su prisionero?

DON DIEGO.

Si os enoja mi presencia...

DON JUAN.

Entrad, don Diego: yo sé
Que os interesa, y no poco,
Esta venida.

DON DIEGO. (Dejando la capa y el sombrero sobre una silla.)

Tampoco
Os está mal.

DON JUAN.

Ya veré.

DON DIEGO.

Sentémonos.

DON JUAN.

Que me place.
(Se sientan.)

DON DIEGO.

¿Estais bien aquí?

DON JUAN.

No soy
Exigente: bien estoy.

DON DIEGO.

Eso no me satisface.
Quiero que vivais aquí,
Puesto que, libre, no sea
Posible, como desea
La voluntad que hay en mí.

DON JUAN.

Gracias. (¿Dónde irá á parar?)

DON DIEGO.
Ya veis que al fin me he lanzado
Otra vez al ya olvidado
Ejercicio militar.

DON JUAN.
Y ¿os va bien?

DON DIEGO.
Sí.

DON JUAN.
Con franqueza :
¿Responde á vuestra esperanza
El éxito?

DON DIEGO.
La balanza
Á inclinársenos empieza.

DON JUAN.
Es decir que no va mal.

DON DIEGO.
Cierto; y será maravilla
Que nos quede de Castilla
Un soldado en Portugal.
Ya empiezan las deserciones.

DON JUAN.
Imposible.

DON DIEGO.
De esta guerra
Injusta el fin les aterra,
Y abandonan sus pendones.
La justicia nos abona
De nuestra causa.

DON JUAN.
Sucede
Á veces...

DON DIEGO.
Ya contar puede
Suya el Prior la corona.
Y si vos...—Pudiera ser
Que os conviniese.

DON JUAN.
Hablad claro.

DON DIEGO.
Os tengo aquí sin amparo,
Rendido y en mi poder.
Pues bien, si á esta causa justa
Dais de adhesion testimonio...

DON JUAN.
¡Yo servir á don Antonio!

DON DIEGO.
¡Teneis la conciencia adusta!

DON JUAN.
Yo no quebranto la ley
Que debo...

DON DIEGO.
¿Á quién? ¡á un tirano!

DON JUAN.
¡Don Diego!... no está en mi mano
Hacer más : ése es mi Rey;
Y, benignas ó severas,
Sus leyes sustentaré,
Y á verter mi sangre iré
Donde vayan sus banderas.
Juré lealtad, y un momento
No me ha podido turbar
La idea de quebrantar
Mi sagrado juramento.

DON DIEGO.
Mas la razon, la prudencia,
Bien pueden...

DON JUAN.
¡Ya estais cansado!
Nada le importa al soldado
Tanto como la obediencia.
No es otra su obligacion,
Y cuando vienen rodadas
Y hay guerra, dar cuchilladas
Con razon ó sin razon.

DON DIEGO.
Pésame que os obstineis
En rechazar el partido.

DON JUAN.
¡Nunca!

DON DIEGO.
Vos lo habeis querido :
Por lo tanto, no os quejeis.

DON JUAN.
Pues ¿qué?

DON DIEGO.
Ya está vuestra suerte
Decidida; y, á fe mia,
Que tan sólo pretendia
Libertaros de la muerte.

DON JUAN.
¿Faltaréis á la lealtad!...

DON DIEGO.
Yo del peligro os prevengo.

DON JUAN.
Y yo en ese punto, tengo
Completa seguridad.
No es noble ni bien nacido
Quien de su poder abusa.

DON DIEGO.
Es, don Juan, que se os acusa
De un crímen.

DON JUAN. (Con violencia.)
¿Quién ha podido!...

DON DIEGO.
Yo de ofenderos no trato;
Pero hay cosas...

DON JUAN. (Calmándose.)
Decid, pues,
Sin temor : y ¿el crímen es?...

DON DIEGO.
De incendio y asesinato.

DON JUAN.
¡Ya hay causa para el rigor

Con que tratarme pretende
Vuestra cólera!

DON DIEGO.

Se entiende
Que hay pruebas.

DON JUAN.

Eso es peor.

DON DIEGO.

Bien lo podeis colegir,
Cuando tal proyecto formo.

DON JUAN.

Si eso es así, me conformo,
Y me dispongo á morir.
Pero ántes saber quisiera
Dónde y cómo pasó el lance
Horrible, que á tan mal trance
Me lleva de esta manera.

DON DIEGO. (Sacando la cruz.)

Supongo que conoceis
Esta prenda.

DON JUAN. (Cogiéndola.)

Cierto : es mia.

DON DIEGO.

¡Me pasma vuestra osadía!

DON JUAN.

No es poca la que teneis.

DON DIEGO.

Decidme: ¿cómo llegó
Á vuestras manos, y dónde,
Esta prenda? ¿no responde?

DON JUAN.

Vos lo sabeis como yo.

DON DIEGO.

¡Sí, lo sé! por eso mismo,
Por no sé qué simpatía
Necia, salvaros queria
Á la orilla de un abismo.
Esta es la prueba fatal
Del crímen...

DON JUAN.

(Y ¡no le mato!)

DON DIEGO.

De un horrendo asesinato.

DON JUAN.

Lo vais explicando mal.

DON DIEGO.

No siempre la tumba es muda.
—¿No veis la sombra de Elena,
Que inexorable os condena?

DON JUAN. (Fingiendo no acordarse.)

¿Elena decís!

DON DIEGO.

¡La viuda!

DON JUAN.

Pero... estais en un error.
Los que el crímen cometieron
Ni áun consumarle supieron.

DON DIEGO.

¡No entiendo! explicaos mejor.

DON JUAN.

La viuda debió tener
Algun oculto enemigo,
Sin duda.

DON DIEGO.

Tal vez : no digo
Que no.

DON JUAN.

Todo puede ser.
Y ese enemigo, quizá,
—Suponiendo que existió,—
Cuando el crímen cometió,
Llevaba otro objeto.

DON DIEGO. (Turbado.)

¡Ya!
Pero esos cargos...

DON JUAN.

Son fieles.

DON DIEGO.

Y para caso tan grave,
¿Qué pudo buscar?

DON JUAN.

¿Quién sabe!

DON DIEGO.

¿Joyas, dinero?...

DON JUAN.

Ó papeles.

(Pausa.)

DON DIEGO.

Mas supuesto que así sea,
Que yo, perdonad, lo dudo,
El bribon al fin ¡no pudo
Llevar á cabo su idea!

DON JUAN.

No.

DON DIEGO.

Y pasto de aquel voraz
Incendio...

DON JUAN.

Lo errais, don Diego.

DON DIEGO.

¡Qué! ¿se salvaron del fuego?

DON JUAN.

Ciertamente.

DON DIEGO.

Vaya en paz.
(¡No desmayes, corazon!)
¿Con que así?... (Con sorna.)

DON JUAN. (Lo mismo.)

¡Como lo oís!

DON DIEGO.

Ya esas cosas que decís
Pasan de suposicion.

DON JUAN.

Y ¡cómo!

DON DIEGO.

Pues de ese modo,

Lo del contrario encubierto
No era ficcion.

DON JUAN.
No por cierto.

DON DIEGO. (Con fingida admiracion.)
¡Válgame Dios!

DON JUAN.
Y á mí y todo.

DON DIEGO.
Y esos papeles, sin duda,
Contienen...

DON JUAN.
Frioleras tales
Como recibos y vales
En favor de la viuda.

DON DIEGO.
¡Entiendo! ¡entiendo! Y ¿están
En vuestro poder? (Sobresaltado.)

DON JUAN.
No digo...

DON DIEGO. (Con decision.)
¿Y si ese oculto enemigo
Los quisiera, Capitan?

DON JUAN.
¿Le conoceis?

DON DIEGO.
Un tesoro
Os dará.

DON JUAN.
¡Yo bien lo creo!
Mas...

DON DIEGO.
¿Cuál es vuestro deseo?
Á montes pedid el oro.

DON JUAN.
Pues ¿se puede entre los dos
Este negocio tratar?
(Despues de mirarle fijamente un instante.)
Me vais á hacer sospechar
Que ese enemigo sois vos.

DON DIEGO.
¡Pues bien! yo soy.

TEODORA. (Asomada á la puerta.)
¡Ah!

DON DIEGO.
¿Qué precio
Poneis? Cuanto tengo y valgo
Es vuestro, don Juan.

DON JUAN.
Ya es algo;
Sin embargo, lo desprecio.
No hay en el mundo riqueza
Que pague tan gran tesoro.

DON DIEGO.
Y ¿lo que quereis?...

DON JUAN.
No es oro.

DON DIEGO.
¿No? pues ¿qué!

DON JUAN.
Vuestra cabeza.

DON DIEGO.
¡Os quereis burlar!

DON JUAN.
Os juro
Que no.

DON DIEGO.
Mirad que os hallais
En mi poder, y áun no estais
De la victoria seguro.

DON JUAN.
No os admire mi confianza.
Áun no sabeis por completo
En qué estriba mi secreto,
Que es á la par mi esperanza.

DON DIEGO.
Pero si el secreto expira
Con vos, como está en mi mano
Hacerlo...

DON JUAN.
Todo es en vano.

DON DIEGO.
¡Vuestra entereza me admira!
Pues ¿hay alguno, quizás,
Que lo sepa como vos?

DON JUAN.
Ántes, sólo éramos dos;
Pero hoy, ya son muchos más.

DON DIEGO.
¡Es decir, que estoy perdido!

DON JUAN.
Así parece.

DON DIEGO.
Aunque, bien
Mirado, no es fácil: ¿quién
Las pruebas ha sorprendido
De mi crímen? Era oscura
La noche; Elena murió,
Y nadie allí entrar me vió.

DON JUAN.
Y eso, ¿quién os lo asegura?
¡Ah! ¿quereis que de ese horrible
Delito, la causa toda
Os explique?

DON DIEGO.
Me acomoda.

DON JUAN.
Lo sé todo.

DON DIEGO.
Es imposible.

DON JUAN.
Los bienes de que hoy gozando
Estais, no son vuestros.

DON DIEGO.
Cierto;
Pero...

DON JUAN.

No bien hubo muerto
Vuestro socio don Fernando,
Como en vuestras manos todo
Estaba, libros y rentas,
Hicisteis corte de cuentas...
No hay que decir de qué modo.
Las pruebas de vuestro engaño,
Tan sólo darlas podia
Don Fernando, y éste habia
Perecido en país extraño.
Pero algun amigo fiel,
Que, más dichoso, alcanzó
La libertad, y volvió
Desde las playas de Argel,
Trajo á la viuda esas pruebas,
Que os debieron despojar.

DON DIEGO.

¡Oh! ¡sí!

DON JUAN.

Comprendo el pesar
Que os causaron tales nuevas.
Visteis á la viuda, y ciego,
Despues que en vano empleasteis
La persuasion, la matasteis.
—Esta es la historia, don Diego.

DON DIEGO.

¡Oh! ¡no extrañeis que me asombre!
Decidme, en fin, ¿con quién hablo?

DON JUAN.

¡Pues! ¿por qué?

DON DIEGO.

(¡Si no es el diablo,
Le tiene en el cuerpo este hombre!)

DON JUAN.

Admirado estais.

DON DIEGO.

Sí, á fe.

DON JUAN.

¡Basta! os sacaré de pena.

DON DIEGO.

Tan sólo viviendo Elena...
¡Mas no es posible!
(Mirando á don Juan con ansiedad.)

DON JUAN.

¿Por qué?

DON DIEGO.

¡Sí, sí!... ¡lo comprendo ahora!
¡Imbécil!

DON JUAN.

Vive la viuda;
Y por si os quedare duda,
Mirad. (Sacando la carta y enseñándosela.)

DON DIEGO.

¡Fortuna traidora!
(Pasando la vista por la carta con rapidez.)

DON JUAN.

Yo á los brazos de la muerte,
Impulsado por mi estrella,
La arranqué; pero en aquella
Ocasion, postrada, inerte,
Nada revelarme pudo
De aquel horrible suceso.
Pero esta carta...

DON DIEGO. (Furioso.)

Ni áun eso
Os salvará.—¿Por qué dudo?
Puesto que ya sin amparo
Os tengo aquí, vos me habeis
De pagar...

DON JUAN.

¡Ved lo que haceis,
Don Diego, no os cueste caro!

DON DIEGO.

De mi crímen sois testigo.

DON JUAN.

Y ¿qué quereis? fué desgracia.

DON DIEGO.

¡Oh! yo domaré esa audacia.
(Don Diego va á herir á don Juan, y éste, haciéndose atras, le encara una pistola, y otro tanto hace Giron por el lado opuesto. Las mujeres se interponen.)

## ESCENA VIII.

DICHOS. TEODORA. INES y GIRON.

DON JUAN.

¡Atras!

DON DIEGO. (Sorprendido.)

¡Cómo!

DON JUAN.

¡Atras, os digo!

TEODORA.

¡Don Juan!

INES.

¡Padre!

DON DIEGO. (Con abatimiento.)

¡Dios del cielo!
¿Quiere ya tu providencia
Que se cumpla mi sentencia?

INES.

¡Piedad!

DON JUAN. (Ap. á don Diego.)

(Se ha rasgado el velo.)
¡Tú, Giron! si á dar se atreve
Un grito, no tengas de él
Compasion.

GIRON.

Suelta la piel
Á mis manos, si se mueve.
(Don Juan coge el sombrero y la capa de don Diego, y disfrazado de este modo, se va por la puerta de la derecha.)

DON DIEGO.

¡Pese á mis iras!

GIRON.

Mirad
Lo que haceis, porque, os lo advierto,
Si dais un paso, sois muerto.

INES.

¡Giron! ¡Giron, por piedad!

GIRON.

Jugando estamos el todo,
Y aquí no hay piedad que valga.

TEODORA.

No, no permitas que salga.

GIRON.

¡Permitir! de ningun modo.

## ESCENA IX.

DON DIEGO. INES. TEODORA. GIRON y PEREIRA, que sale desalentado.

PEREIRA.

Favor.—¡Ah! (Viendo á Giron.)

DON DIEGO.

¿Y el Capitan?

PEREIRA.

Huyó.

(Se oye un tiro.)

TEODORA. (Asustada y asomándose á la reja del fondo.)

¿Qué es eso!

DON DIEGO.

¡La suerte
Me ayuda! ¡Le han dado muerte!

GIRON.

Lo veremos, ¡voto á san!...

(Vase por la derecha.)

DON DIEGO.

Y tú, imbécil...

PEREIRA.

Yo no puedo
Remediar...

DON DIEGO.

Dime, ¿por qué
Le dejaste?...

PEREIRA.

Yo no sé:
Me parece que fué miedo.

DON DIEGO.

Ven, y nada te acobarde.

(Se oyen á lo léjos voces.)

PEREIRA.

Ya no hay esperanza alguna.

DON DIEGO.

¡Probaremos la fortuna,
Pereira: acaso áun no es tarde.

(Vase con Pereira.)

## ESCENA X.

INES. TEODORA.

INES.

Y ¡le dejas!

TEODORA.

¿Quién podria
Detenerle?

INES.

¿Cómo ha sido
Que don Juan?...

TEODORA.

¿Nada has oido?

INES.

Nada, Teodora, á fe mia.
No quisiste consentir
Que oyese todo el relato,
Y obedecí tu mandato.

TEODORA.

Hiciste bien en no oir.
¡Por tu dicha te conjuro!
¡Ay, si averiguar pretendes
Este secreto, y sorprendes
La verdad!

INES

No; te lo juro.
Teodora, no sé qué imperio
Ejerce en mí tu mirada.

TEODORA.

No procures saber nada
De ese espantoso misterio.

(Vuelven á oirse las voces.)

¿Oyes?

(Ambas se dirigen á la reja.)

INES.

Sí; mas ¿por qué son
Esas voces?

TEODORA.

¿No se escucha
Rumor de armas?

INES.

No, aunque es mucha
La grita y la confusion.

TEODORA. (Acercándose á la puerta de la derecha y aplicando el oido.)

¡Engañarme no quisiera!

INES.

¡Ese rumor me intimida!
¡Si de mi padre la vida
Peligrara!...

TEODORA.

¡Calla: espera!
Alguien viene.

INES.

¿Pero quién?
¡Ah! (Viendo salir á don Juan.)

## ESCENA XI.

DICHAS y DON JUAN.

DON JUAN.

Respiremos.

INES.

¡Qué veo!

TEODORA.

¡No me engaña mi deseo?

DON JUAN.

Al fin salimos con bien.

INES.

Mi padre...

DON JUAN.

Sin duda ha huido.
De la puerta salí apénas,
Las calles encontré llenas
Por el pueblo conmovido.

TEODORA.

Mas ¿cómo fué?...

DON JUAN.

En un momento
La nueva de que venia
Don Lope, cundido habia;
Y fué tal el desaliento
De esta turba, que encontré
Plazas y calles sembradas
De mosquetes y de espadas.

TEODORA.

¿Y don Diego?

DON JUAN.

Nada sé.

TEODORA.

Sin duda que habrá logrado
Salvarse.

DON JUAN.

Pues si cayera
En mis manos...

INES. (Con timidez.)

¿Qué?

DON JUAN.

Es severa
La ley.

TEODORA. (Ap. á don Juan.)

(¡Callad, desdichado!)
Ella ignora cuanto aquí
Hablasteis, y está inocente
De aquel crímen.)

DON JUAN.

(¡Ciertamente!
¿Qué he dicho! ¡necio de mí!)
¡Ines! que alenteis os ruego.

INES.

¡Ah! ¡no!

DON JUAN.

Segun mis noticias,
Huyó vuestro padre.

## ESCENA XII.

DICHOS. GIRON, y despues DON DIEGO, conducido por algunos SOLDADOS CASTELLANOS, que se quedarán á la puerta de la derecha sin salir.

GIRON.

¡Albricias!
¡Cayó en la trampa don Diego!

INES.

¡Ah!

TEODORA.

¡Qué has hecho!

GIRON. (Admirado.)

¡Pese á tal!

INES. (Corriendo hácia don Diego.)

¡Padre!

DON DIEGO.

Don Juan, aquí estoy
En vuestro poder: yo soy
Vuestro enemigo mortal.
Aquí teneis mi cabeza;
Mas que apresureis os pido
Mi muerte.

INES. (Ap. á don Diego y mirando á don Juan.)

(Áun no está perdido
Todo: ¡es tanta su nobleza!)

DON DIEGO.

No: yo no puedo vivir...

TEODORA.

¿Por qué razon?

DON DIEGO. (Mirando á su hija.)

Ya lo ves.

TEODORA. (Ap. á don Diego.)

(Bien quiso escucharlo Ines;
Mas yo lo pude impedir.)

DON DIEGO.

¡Es posible! ¡tras de tantas
Angustias, este consuelo
Me das! ¡ay! ¡besaré el suelo
Donde pisaren tus plantas!

TEODORA.

¡Callad!—(De aquí ha de salir
Libre don Diego.) (Ap. con don Juan.)

DON JUAN.

(¡Imposible!
¿Olvidais la historia horrible!...)

TEODORA.

(Sé lo que vais á decir.)

DON JUAN.

(¡Debe vuestra madre á ese hombre
Tanto dolor, tan amargo!)

TEODORA.

(Teneis razon; sin embargo,
Yo le perdono en su nombre.)

DON JUAN.

(¡Magnánimo corazon!)
Este hombre no es delincuente. (Alzando la voz.)

GIRON. (Admirado.)

¡Cómo!

DON JUAN. (Ap. á Giron.)

(Despacha á esa gente,
Y disimula, Giron.)

(Giron se acerca á los soldados, que un momento despues se retiran.)

DON DIEGO.

Gracias, don Juan.

DON JUAN. (Ap. los dos.)

(Ahora os vais
Donde áun los vuestros se baten.)

DON DIEGO.

(¡No, no!)

DON JUAN.

(Sí; y haced que os maten
Tan pronto como podais.)

DON DIEGO.

(Es verdad : sólo una muerte
Honrada podrá expiar
Mi culpa.)

DON JUAN.

De este lugar
Salid luégo : de otra suerte,
No respondo...

DON DIEGO.

Decís bien;
Mas para salir del muro...

DON JUAN. (Á Giron.)

Tú irás hasta que en seguro
De todo peligro estén.

INES. (En voz baja.)

Don Juan, ésta era mi estrella :
Puesto que Teodora os ama,
Yo, sofocando esta llama,
Me sacrifico por ella.

DON JUAN.

(¡Pobre Ines!)

INES.

Amadla vos.

DON JUAN.

Si me lo mandais...

INES.

Es justo.

DON JUAN.

Lo haré, por ser vuestro gusto.

INES.

Adios, para siempre.

DON JUAN. (Mirándola con lástima.)

¡Adios!

GIRON.

(Yo en esto, no entro ni salgo;
Pero...)

DON DIEGO. (Á Ines.)

Ven : no hay un momento
Que perder.

(Se dirige á la puerta de la derecha con Ines.)

GIRON.

(En fin... lo siento
Que se me vaya sin algo.)

## ESCENA XIII.

TEODORA. DON JUAN. Luégo BEATRIZ.

DON JUAN.

Y vos, Teodora...

TEODORA. (Conmovida.)

¿Don Juan?...

DON JUAN.

Pues nada hay ya que lo impida,
¿Querrá esa mano querida
Poner término á mi afan?

TEODORA.

Si es muy grande vuestro empeño,
Madre tengo á quien podeis
Pedirla, y la alcanzaréis,
Porque os quiere bien su dueño.

BEATRIZ.

¿Llego á buen tiempo?

TEODORA.

¡Beatriz!

BEATRIZ.

¡Dia de albricias es hoy!
¿Me habré engañado?

TEODORA.

No : soy
Completamente feliz.

BEATRIZ. (Con malicia.)

¡No se os conoce el contento!

DON JUAN.

Y ahora, con vuestro permiso...

BEATRIZ.

¿Nos dejais?

DON JUAN.

Sí : me es preciso
Buscar nuevo alojamiento.

TEODORA.

¡Oh! ¡gracias!

BEATRIZ.

¡Es un tesoro
El Capitan!

DON JUAN.

Será corta
Mi ausencia; pero esto importa
Por vos, por vuestro decoro.

TEODORA.

Sí, don Juan.

DON JUAN.

Ya no habrá calma
Para mí.

TEODORA.

¿Por qué razon?

DON JUAN.

¡Se queda aquí el corazon!

TEODORA.

¡Y vos... me llevais el alma!

# EL TESORERO DEL REY.

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

**DE D. ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ Y D. EDUARDO ASQUERINO,**

Representado por primera vez, en el Teatro Español, el 27 de Setiembre de 1850.

## PERSONAS.

MAESE PABLO DE PEROSA, *Físico y Contador mayor del rey don Pedro.*
SAMUEL LEVÍ, *Tesorero del mismo.*
ALFONSO, *hijo de Perosa.*
JUAN DIENTE, *ballestero.*
LIA, *hija de Samuel.*
REBECA.
GARCÍA, *practicante de medicina con Perosa.*
FORTUN.
UN CRIADO DEL REY.
EL REY DON PEDRO.—BALLESTEROS.

*La accion pasa en Sevilla, año de 1360.*

## ACTO PRIMERO.

Salon lujosamente adornado á la oriental. Puerta en el fondo, y dos laterales. Al levantarse el telon, Samuel estará sentado en un sillon, leyendo en una Biblia, y Lia á sus piés, en un cojin. Delante de Samuel una gran mesa donde hay libros, escribanía, etc.

### ESCENA PRIMERA.

SAMUEL. LIA.

SAMUEL. (Leyendo.)

¡Ay de tí, delincuente
Ciudad, llena de estrago y de mentira,
Que con ímpetu ardiente
Caerá sobre tu frente
La justicia de Dios, brotando en ira!
¡Ay Nínive! ¡que luégo
El eco sonará del rudo azote
Sin piedad á tu ruego,
Y el carro oirás de fuego,
Y del fiero corcel relincho y trote!
Y espada reluciente
Y lanza te herirá, de viva lumbre,
Y con sangre caliente
Salpicará tu frente
De tus muertos la inmensa muchedumbre.

(Samuel se enjuga las lágrimas.)

LIA.

¿Llorais?

SAMUEL.

Hija, ¿cómo no!
El triste cautivo llora
La memoria seductora
De la patria que perdió;
Y llorar nos está bien
Propios y ajenos pecados
Á nosotros, desterrados
De Nínive y de Salem.
Que de tanto frenesí,
Dios, con razon ofendido,
A su pueblo ha maldecido
Diciendo: «¡Héme contra tí!
No te puedes comparar,
Desdichada tribu impía,
Con la hermosa Alejandría,
Señora del ancho mar;
Y sin embargo, gimió
Presa de enemiga saña,
Cautiva en region extraña,
Donde sus culpas lloró.»

LIA.

Y ¿pensais que no han bastado
Tantos amargos dolores
De nuestros ciegos mayores
Á redimir el pecado?
¿Será que nuestra nacion,
Postrada y envilecida,
Arrastre siempre esta vida
De miseria y de abyeccion?

SAMUEL.

¡Siempre no! ni tal olvido
Es posible en el Señor;
Que fuera extraño rigor
Contra su pueblo escogido.
Dia vendrá, y la malicia
Que hoy alza su frente al cielo,
Abatirá el torpe vuelo,
Herida por la justicia.
Y los malos temblarán
Del que castiga y perdona,
Y su celeste corona
Los justos recibirán.
Deja que luzcan así
Nuestras llagas ulceradas,

Por los malos desgarradas
Con extraño frenesí;
Déjalos que en su delirio
Con incansable rigor
Insulten nuestro dolor,
Doblando nuestro martirio;
Que iremos sin inquietud
Al Señor de lo creado
Con el cuerpo macerado,
Pero entera la virtud.

LIA. (Cubriéndose el rostro con las manos.)
(¡Ay! ¡si de mí sospechara!...)

SAMUEL.
¡Mísero aquel que en la vida
Breve, de su fe se olvida,
Y de su Dios se separa!

LIA.
¡Padre!

SAMUEL.
¿Qué tienes?

LIA.
Me aterra
Esa idea.

SAMUEL.
Á tí, ¿por qué?
¿No te asegura tu fe?
¿No es verdad que en tí se encierra
Cuanta virtud, cuanto amor
Te dió, precioso tesoro,
Aquella infeliz, que lloro
Siempre con nuevo dolor?
¿No es cierto que de tu grey
Noble y poderoso ejemplo,
Como en las tablas del templo
Guardas sin mancha la ley?

LIA.
¡Basta!

SAMUEL.
Señor, ¡cuán dichoso
Me haceis! Al fin, apiadado,
Al padre habeis compensado
Las desdichas del esposo.
¡Amparo de mi vejez!

LIA.
(¡Qué tormento!)

SAMUEL.
¿Qué sería
Sin tu amor, pobre hija mia,
De mi existencia!

LIA.
(¡Tal vez!)

SAMUEL.
¡Cuál no fuera mi afliccion,
Si en estas horas serenas
No endulzaras tú las penas
Que abaten mi corazon!

LIA.
¡Penas! dejad que me asombre.

SAMUEL.
¡Inocente! tú no sabes
Cuántos pensamientos graves
Llenan la vida del hombre.
Tú no puedes comprender
Ese mágico incentivo,
Abrasador, atractivo,
De la gloria y del poder,
Ni ese afan con que procura
Subir la ambicion ardiente
Por la escarpada pendiente
Que nos conduce á su altura.

LIA.
Y esa deleznable palma
¿Vale, para tanto empeño,
La paz, que perdeis, del sueño,
La tranquilidad del alma?
¡Qué no habeis sacrificado
Á esa pasion!

SAMUEL.
Es verdad.

LIA.
Y yo en tanto en mi orfandad,
Sola, sin otro cuidado,
Las horas amargas cuento
De tristes noches oscuras,
Y lloro mis desventuras,
Y mi abandono lamento.
Y ¿por qué? decid: ¿qué cosa
Vuestra ambicion ya desea,
Que aunque os halague, no sea
Ó frívola ó peligrosa?
¿No encierran ya vuestras arcas
Más joyas y plata y oro
Que cuanto guarda el tesoro
De muchos grandes monarcas?
En vuestra familia rey,
¿No os acatan reverentes
Cien esclavos obedientes
Á vuestro capricho y ley?
¿Qué os falta, en fin, para ser
Feliz?

SAMUEL.
Sí, bien dices, nada;
Pero mi suerte está echada:
No puedo retroceder.
El mundo tiene sus leyes,
Y el que una vez, como yo,
Su existencia consagró
Al servicio de sus reyes...

LIA.
¡Del rey don Pedro!

SAMUEL.
Su mano
Pródiga siempre conmigo...

LIA. (Con amargura.)
¡Es cierto!

SAMUEL.
Tú eres testigo
De cuánto en su afecto gano.

LIA.
De ahí nace mi pesadumbre.

SAMUEL.
Pues ¿temes que en él peligre?...

LIA.
Es la indolencia del tigre,
Y la juzgais mansedumbre.

SAMUEL.
¡No es él, hija mia, no!
El vulgo que le proclama
Cruel, y su renombre infama,
No le juzga como yo.
De consejeros sin ley
La adulacion peligrosa
Le cerca, y ese Perosa
Tiene fascinado al Rey.

LIA.
¡Quién! ¿Perosa?...

SAMUEL.
Ese romano,
Á cuya fortuna ó ciencia
Debió una vez su existencia
Nuestro augusto soberano.
Médico, envenenador,
Es temible cuanto es fuerte,
Y hay quien dice que su muerte
Le debe doña Leonor.

LIA.
¡La de Guzman!

SAMUEL.
¡Sí, hija mia!
Y acaso para ese oficio
Le colocó en su servicio
La reina doña María.
Y es tan temible rival,
Que del Rey en la privanza
Ya ha inclinado la balanza
En su favor y en mi mal.
Don Pedro le muestra agrado,
Premia la astucia y el dolo;
Y á mí, ¿qué me deja? sólo
De su tesoro el cuidado.
Y porque más sacrifique
Mi reposo, hoy me mandó
Las joyas que allá perdió
En Nájera, don Enrique.
Y es hora ya...
(Se levanta y recoge algunas llaves que están sobre la mesa.)

LIA.
¡Qué afanosa
Vida!

SAMUEL.
De mí no soy dueño.
Dos cosas turban mi sueño:
Ese tesoro... y Perosa.
Y ya no debe tardar.

LIA.
Sospechando de esa suerte,
¿No temeis?...

SAMUEL.
No: de mi muerte
¿Qué es lo que puede esperar?
Y aunque yo abrigue en mi pecho
Tal temor, y justo sea,
No quiero que de mí crea
Que de su lealtad sospecho.
Algun dia podrá ser
Que ese inexplicable encanto
Se desvanezca; entre tanto...
Cumplamos nuestro deber.
(Vase por la izquierda.)

## ESCENA II.

LIA. Despues REBECA.

LIA.
Siempre receloso, y siempre
Abismado en esa vana
Quimera, que hasta el amor
De los suyos le arrebata.
¿Rebeca?

REBECA. (Sale por el fondo.)
¿Señora?

LIA.
¿Vino
García?

REBECA.
Aun no.

LIA.
¡Cuánto tarda!

REBECA.
¿Habeis ya escrito?

LIA.
No todo
Lo que el corazon me manda;
Pero él me comprenderá.

REBECA.
Más bajo.

LIA.
No temas nada.
Está adentro, y del tesoro
Le ocupa la vigilancia.

REBECA.
No hay miedo entónces que escuche.

LIA.
Pregunto á Alfonso la causa
De su silencio.

REBECA.
En efecto:
Esa conducta es ya extraña.

LIA.
La guerra cesó: vencido

El Conde en esa jornada,
Ha buscado con los suyos
Refugio en tierra de Francia.
Pero él, oscuro soldado,
¿Por qué no vuelve á su patria,
Donde esperándole quedan
Obligaciones más santas?
Ó al ménos, ¿por qué no da
Algun consuelo á mis ánsias?...

REBECA.

Tal vez no pueda...

LIA. (Sobresaltada.)

¿Qué dices!
¿No me queda ya esperanza!...

REBECA.

Yo nada sé.

LIA. (Con abatimiento.)

Ya dos años
Van, y en ausencia tan larga,
¡Cuántas desventuras pueden
Caber, y cuántas mudanzas!

REBECA.

¡Eso no! dudar de Alfonso
No podeis, sin que de ingrata
Os acusen tantas pruebas
De cariñosa constancia.
¿No arrostra por vos la cólera
De su padre? y en el ara
¿No os consagró su ternura?...

LIA.

¡Es verdad! mucho me amaba.

REBECA.

Y os ama aún.

LIA. (Exaltándose.)

Es posible.
Mas ¿no merezco... dí, habla,
No merezco ese cariño,
Yo, por él sacrificada?
Por él ¿no engaño la fe
De un padre que me idolatra?
Y en fin, por amarle tanto,
¿Quieres más! ¿no soy cristiana?

REBECA.

¡Qué! ¿estaréis arrepentida?...

LIA.

¡Arrepentida! ¡insensata!
¡El Dios de Alfonso es el mio!
Mi amor me pierde... ó me salva.

REBECA.

Aguardad: álguien se acerca.

LIA.

¿Quién es?

## ESCENA III.

DICHAS. GARCÍA, que sale por el fondo.

GARCÍA.

Quien licencia aguarda
Para ver el sol que adora.

LIA.

Ya há tiempo que te esperaba.

GARCÍA.

Lo comprendo; pero vos
Disculparéis mi tardanza,
Y cuando sepais...

LIA.

¿No ha escrito
Alfonso? ¿no sabes nada?...

GARCÍA.

Dejadme que tome aliento.

LIA.

Sí; bien... pero una palabra.

GARCÍA. (Á Lia.)

¡No puedo hablar! ¡Siento un nudo
Que me oprime la garganta,
Y es el gozo!

LIA.

¡Pues!

GARCÍA.

Silencio,
No haya moros en campaña.

LIA.

¡Nadie nos oye, García!
¿Qué sabes de Alfonso? ¡acaba!
¿Está vivo?

GARCÍA.

¿Quién se atreve
Á dudarlo?

LIA.

Mi desgracia.

GARCÍA.

¡Pues bien, dadme albricias!

LIA.

¡Yo!
¡Albricias! te diera el alma.

GARCÍA.

Alfonso viene...

LIA.

¡Ay! ¿qué dices!
Esa nueva...

GARCÍA.

No es exacta:
Ha venido.

LIA. (Con voz desfallecida.)

¡Al fin, Dios mio,
Benigno, de mí te apiadas!

REBECA. (Sosteniéndola.)

Valor, señora.

LIA.

¡Rebeca!
Mira, las fuerzas me faltan.
Y tiemblo toda.

GARCÍA. (Señalando á Alfonso, que aparece á la puerta del fondo.)

Ahí está.

LIA. (Viendo á Alfonso, y dejándose caer en un sillon.)

¡Mentira! ¡el placer no mata!

## ESCENA IV.

DICHOS. ALFONSO. Rebeca se coloca á la puerta de la izquierda, mirando adentro. García se va por la del fondo, en ademan de observar.

ALFONSO.
¡Esposa mia!

LIA.
¿Es verdad,
Alfonso, es verdad! ¡te veo!

ALFONSO. (Á sus piés y cogiéndola las manos.)
Sí, yo soy.

LIA.
¡Dios de bondad!
¡No es ilusion del deseo
Tan grande felicidad!
¡Alfonso! ¡Alfonso!

ALFONSO.
¡María!
¡Cómo tu rostro embellece
La expresion de esa alegría!
Venturoso el que merece
Tal dicha como esta mia.

LIA.
¡Cuánto has tardado!

ALFONSO.
No fué
Mi culpa.

LIA.
Creerte quiero.

ALFONSO.
Ántes verte imaginé;
Pero en Nájera quedé
Mal herido y prisionero.

LIA.
¿Qué dices!

ALFONSO.
Abandonado
Á mi dolor y á mi suerte,
Ausente y enamorado,
Por tí sintió mi cuidado
Terrores que da la muerte.
No sé qué mano piadosa
Cerró mi profunda herida,
Ni cuál otra, rigorosa,
Una cárcel tenebrosa
Dió por sepulcro á mi vida.
Horas de amargura llenas
Por mi corazon pasaron;
Mas, dolidos de mis penas
Los cielos, al fin limaron
El hierro de mis cadenas.

LIA.
¡Oh! ¡mil veces sea bendita
Su piedad siempre infinita!
Ella que anudó estos lazos,
¡Ay! nunca ya más permita
Que te arranque de mis brazos.

ALFONSO.
¡Nunca más!

LIA. (Con alegría.)
¡Sí? ¿me lo ofreces?

ALFONSO.
Ya os razon; pero...

LIA.
¿Qué? dí:
Responde: ¿por qué enmudeces?

ALFONSO.
¿Me quieres como otras veces?

LIA. (Le mira sorprendida: luégo le responde risueña y satisfecha.)
¡Oh! tú no dudas de mí.

ALFONSO.
Y si mi pasion avara
Un sacrificio sublime
De tu afecto reclamara...

LIA.
Pide cuanto quieras: dime...

ALFONSO.
En lo que ofreces, repara.

LIA.
¡Alfonso! desde aquel dia
En que sentí la violencia
De este amor, que es mi alegría,
Tu religion es la mia,
Tu cariño mi existencia.
Sometida á tu mandato,
Ley que reverencio fiel,
Por gusto y deber le acato.
No te halle mi amor, ingrato,
Y busca pruebas en él.
Y la que así te obedece,
¿Qué cosa habrá que rehuya,
Cuando su vida te ofrece?
Mi sangre te pertenece:
Mi voluntad, toda es tuya.

ALFONSO.
Pues bien, María, ya es hora
De que este afecto profundo
Con que mi pecho te adora,
Todo el amor que atesora
Revele orgulloso al mundo.

LIA.
¿Qué me pides?

ALFONSO.
La ventura,
La vida, sí; no te asombres:
Si ya Dios desde su altura
Consagró nuestra ternura...

LIA.
¡La condenarán los hombres!

ALFONSO.
¿Pues?

LIA.
¡No alcanzas la razon!
¿Por qué, dí, no ha rebosado

De este ardiente corazon
El fuego de la pasion,
Tanto tiempo aprisionado?
¿Será tal vez que tu esposa
De ese nombre no codicia
La consagracion gloriosa
Para afrontar valerosa
Los tiros de la malicia?

ALFONSO.

Entiendo: ¡siempre eso mismo!

LIA.

Sí: ya que llegado habemos
Á la orilla de este abismo,
Cedamos por egoismo,
Si por deber no lo hacemos.

## ESCENA V.

DICHOS. GARCÍA, que viene por la puerta del fondo, apresurado.

GARCÍA. (Á Alfonso.)

¡Señor! ¡vuestro padre!

LIA.

¡Qué!
¡Tan pronto!...

GARCÍA. (Acercándose al fondo y volviendo.)

Ya la escalera
Sube.

ALFONSO.

¿Cuándo te veré?

LIA.

Pronto.

ALFONSO.

¿Sí?

LIA.

Te avisaré.
(Vase por la puerta de la izquierda.)

ALFONSO.

¡Que á tal ocasion viniera!

## ESCENA VI.

ALFONSO. GARCÍA. PEROSA.

PEROSA.

¡Hola! ¿aquí estabas!

ALFONSO.

Á buscaros iba,
Y de paso...

PEROSA.

Muy bien: ¡la gente moza!...

ALFONSO.

¡Há tanto tiempo que en Sevilla falto!

PEROSA.

Y queremos lucir nuestra persona.

GARCÍA.

Hace bien; que es bizarra.

PEROSA.

Y tú, ¿qué haces
Por acá, estudiantillo?

GARCÍA. (Inclinándose con respeto.)

¡Seor Perosa!...

PEROSA.

¡Cómo! ¿éstos son los libros en que estudia?
Vaya á casa y trabaje.

GARCÍA.

No hay autopsia.

PEROSA.

Aprenda su leccion.

GARCÍA.

Ya, ya os entiendo:
Decid que mi presencia os incomoda...
(¡Más feroz cada dia!)

PEROSA.

(¡Rapazuelo!)

GARCÍA.

Voy. (¡No te mueres! como Dios me oiga...)

## ESCENA VII.

PEROSA. ALFONSO.

PEROSA.

¿Con que decias?...

ALFONSO.

De mi larga ausencia
Ya tal vez la malicia cavilosa
De algunos se ocupó.

PEROSA.

Dalo por cierto.

ALFONSO.

Sospechan...

PEROSA.

Sí; mas la verdad se ignora.

ALFONSO.

De suerte que...

PEROSA.

Comprendo: si explicarlo
Á la febril curiosidad se logra
Del vulgo necio...

ALFONSO.

Sí: tal es mi intento.

PEROSA. (Con malicia.)

Y ¡has empezado por acá la historia!

ALFONSO.

Es Samuel poderoso, y de don Pedro
La estimacion y hasta el cariño goza.

PEROSA.

No le quisiera yo por mi enemigo.
Tienes razon en eso; pero ¿ignoras
Que en punto á su lealtad es inflexible?...

ALFONSO.

Por eso mismo deslumbrarle importa.

PEROSA.

Bien harás, si del Rey á quien ofendes,
Encastillado en tu arrogancia loca,
Sentir no quieres el tremendo brazo,
Que á armarse va del rayo de su cólera.

ALFONSO. (Mirándole fijamente.)
Pues ¿qué sabeis?

PEROSA.
Los nobles descontentos,
Que temerarios su rigor provocan...

ALFONSO. (Con vehemencia.)
Los han vendido.

PEROSA.
Como á Cristo Júdas.

ALFONSO.
Mas no hay pruebas.

PEROSA.
Sí tal: sus firmas propias.

ALFONSO.
Y ¿el Rey las tiene en su poder?

PEROSA.
Espera
Que pronto las tendrá.

ALFONSO. (Animándose.)
Ya es otra cosa.

PEROSA.
Es igual: yo no sé cómo esos hombres
Osan fiar su hacienda y sus personas
Á un pergamino.

ALFONSO.
¡Cierto! (Están perdidos.)

PEROSA.
No serás tú jamás tan idïota.

ALFONSO.
Y ¿por qué no? cuando el ejemplo ciega,
Cuando otros con audacia generosa
Juegan su vida, la prudencia ¡oh padre!
Cede su puesto, ó la pasion la ahoga.

PEROSA. (Con ansiedad.)
Es decir, que si en manos de don Pedro
Caen esas pruebas...

ALFONSO.
Mi esperanza aborta.

PEROSA.
Se trata de tu vida, y el Monarca,
Ofendido una vez, tarde perdona.

ALFONSO.
Ya lo sé: pagaré con mi cabeza.

PEROSA.
Mejor te fuera que vivir sin honra.
Mas ya que ciego en la traicion te obstines,
Ya que á la muerte despechado corras,
Reflexiónalo bien, en el cadalso,
Cuando no haya baldon, no siempre hay gloria.

ALFONSO.
Y ¿dónde están los campos de batalla,
Donde, vestida la acerada cota,
Buscar pueda entre lanzas enemigas
El laurel de una muerte generosa?
Vencidos, derramados por la tierra,
Los partidarios del Infante imploran
Asilo y proteccion en suelo extraño,
Y ocultan su vergüenza y su derrota.

PEROSA.
Y mañana tal vez... ya se murmura...
Del favor de otro Príncipe á la sombra,
Á España volverán.

ALFONSO.
¿Con extranjeros?

PEROSA.
Dicen que sí... de lo mejor de Europa.

ALFONSO.
Si eso fuera verdad, que no es posible,
Yo os prometo, señor, por la memoria
De aquella que me tuvo en sus entrañas,
Contra ellos derramar mi sangre toda.

PEROSA.
Mas si ántes por traidor das al verdugo
Tu garganta, que es fácil, se malogran
Tan bellas esperanzas.—¡Oh! ¡ese imbécil
Bastardo!... él es quien la cabeza os corta.

ALFONSO.
¡Don Enrique! ¿dudais de su nobleza?

PEROSA.
Y ¿quién fia una prenda peligrosa
De un combate al azar? La instable suerte,
Que te halagaba ayer, hoy te abandona...

ALFONSO.
Pero explicadme...

PEROSA.
¿Qué?

ALFONSO.
De esa sospecha
Hirviendo está en mi pecho la ponzoña.
Don Enrique, decís...

PEROSA.
Huyó del campo
En no sé qué batalla, y fué tan pronta
Su fuga, que en la tienda abandonadas
Quedaron de su cámara las joyas.

ALFONSO.
¡Joyas de gran valor!

PEROSA.
Es lo de ménos
El precio: ¡ya verás! Hay una entre otras...
Un cuchillo de caza, que encerrando
Del pomo en lo interior—¡obra curiosa!—
Profunda cavidad...

ALFONSO.
¡Entiendo! ¡entiendo!
(Si yo pudiera aún de mi vida á costa...)
Y os dijo el mismo Rey...

PEROSA.
En su aposento,
Pocos instantes há, toda la historia
Al traidor escuché.

ALFONSO.
¡Dios le maldiga,
Y maldiga tambien al que le compra!

PEROSA.

Y ¡que un hebreo entre sus manos tenga
De tantas vidas y de tantas honras
Encerrado el destino!

ALFONSO.

Y él sin duda
Áun de esa prenda la importancia ignora.

PEROSA.

No esperes, sin embargo, que la fie
Á quien el Rey no fuere.

ALFONSO.

¿Sí?

PEROSA.

No hay roca,
Que resista en la mar embravecida
El poderoso empuje de sus olas,
Que la indomable fortaleza iguale
De ese viejo tenaz.

ALFONSO.

(Veremos.)

(Miéntras Perosa hace como que examina un libro, escribe Alfonso rápidamente un billete.)

PEROSA.

¡Oiga!
¡Averroes! el hebreo es, por lo visto,
Inclinado á las ciencias tenebrosas.

ALFONSO. (Deja de escribir y guarda el papel.)

(¡Engañarla! Es preciso.)

PEROSA.

En fin... ¿qué dices?
¿Te decides á huir?

ALFONSO.

No...

PEROSA.

Reflexiona...

ALFONSO.

Echada está la suerte: con los mios
De ese martirio partiré la gloria.

PEROSA. (Con calor.)

¡Tú morir! ¡tú! mi corazon primero
La estrecha cárcel de mi pecho rompa.

ALFONSO. (Enternecido.)

¡Padre!

PEROSA.

¡No morirás!

ALFONSO.

Y ¡hay quien os crea
Insensible, cruel!...

PEROSA.

Y ¿qué me importa?...

ALFONSO.

¡Eso decís! ¡Cuál fuera mi ventura,
Si os conociera el mundo que os baldona,
Como os conozco yo!

PEROSA.

¡Sí, te comprendo!
Quisieras tú decir: ése que ahora
De un alma impía la fealdad ostenta
En la expresion de su mirada torva,
Ése lleva la cruz de su martirio
Con noble y resistencia heróica,
Ocultando el calor del sentimiento
Bajo la hiel de su sonrisa irónica.
Sí, de ese corazon en las tinieblas
Instintos hay que la prudencia ahoga.
¿No es esto, en fin, lo que decir quisieras?

ALFONSO.

Sí, y ésa es la verdad.

PEROSA. (Mudando de tono.)

No; te equivocas.

ALFONSO.

¿Á qué ocultarme?...

PEROSA.

Deja que mi fama,
Tal como es ella, por el mundo corra.
Y cuando fuera así, ¿piensas, Alfonso,
Que te creyeran? ¡no! cuando es tan honda
La huella de la duda, tarde ó nunca
De nuestro noble corazon se borra.
Y yo tambien ¿no dudo?

ALFONSO.

La sospecha
No siempre es justa.

PEROSA.

Pero nunca estorba.

ALFONSO.

¡Eso es horrible, padre!

PEROSA.

Es mi sistema.

ALFONSO.

Y por esa apariencia mentirosa,
¡Tal lo quiero pensar! el mundo os juzga...

PEROSA.

¡Un malvado, un traidor! Y ¿eso te asombra?
(¡Oh! ¡la sublime perspicacia humana!...)

ALFONSO.

Y ¿por qué ese rencor, y por qué os odian?
Juguete de un monarca aborrecido,
Que de mi Reina el tálamo deshonra...

PEROSA.

¿Es su hermano mejor?

ALFONSO.

No es que me ciegan
Mi cariño y lealtad.

PEROSA.

¡Mucho le abonas!
Don Pedro, hasta en sus crímenes es grande;
Don Enrique es bastardo... hasta en sus obras,
Y yo acepto del tigre la fiereza,
Y no la astucia vil de la raposa.

ALFONSO.

Hay un crímen atroz que eternamente
El brillo eclipsará de su corona,
Y que áun impune está.

PEROSA. (Sombrío.)

¡No te comprendo!

ALFONSO.
¡Pero vive del Conde en la memoria!
¡Diez años há que su rigor lamenta
De Leonor de Guzman la triste sombra!

PEROSA. (Aterrado.)
¡Basta! ¡basta!

ALFONSO. (Con asombro.)
¿Por qué?

PEROSA.
¡Silencio os digo!
¡Que ese nombre jamas suene en tu boca!

ALFONSO.
(¡Qué sospecha!... ¡no! ¡no!)

PEROSA. (Mirando adentro.)
¡Viene el hebreo!
¡Cuenta con él! tus ímpetus reporta.

### ESCENA VIII.

DICHOS. SAMUEL. ALFONSO queda colocado á distancia conveniente.

SAMUEL.
¡Quién aquí!... ¿Perosa?

PEROSA.
El mismo.

SAMUEL.
Siempre exacto.

PEROSA.
¡Siempre fiel
Á mi obligacion! Quedasteis
Algo destemplado ayer,
Y luégo, sois tan indócil,
Dormís poco, y no está bien...
¿Trabajais mucho?

SAMUEL.
Procuro
Cumplir siempre mi deber.
Tomad asiento.
(Se sientan.)

PEROSA. (Tomándole el pulso.)
¿No dije?
¡Lo mismo que sospeché!
El pulso precipitado,
Seca y ardiente la piel...

SAMUEL.
¡Síntomas de fiebre!

PEROSA.
Justo.

SAMUEL.
¡Es raro! hoy me siento bien.

PEROSA.
No es gran cosa; sin embargo,
Siempre es bueno precaver.
Vendré á veros esta noche.

SAMUEL.
Será como vos gusteis.

PEROSA. (Volviéndose á su hijo.)
¿Por qué no llegas, Alfonso?

SAMUEL.
¿Qué es lo que mis ojos ven?
¡Alfonso!

ALFONSO. (Acercándose con respeto.)
¡Señor!

SAMUEL.
No habia
Reparado: ¡qué quereis!
Me falta la vista.

PEROSA.
¡Mucho!

SAMUEL.
Achaques de la vejez.
Dos años há que no os veo
En Sevilla; pero ¿quién
Hubiera dicho!... Y ¿por dónde,
Si es que se puede saber?...

PEROSA.
¡Sí tal! no es ningun misterio.

ALFONSO.
En efecto, y os diré...

PEROSA.
(¡Se turba!) ¿No os lo habia dicho?
Ha dado en enriquecer.

SAMUEL.
Eso es bueno.

PEROSA.
Vuestro ejemplo
Le ha estimulado tal vez;
Pero tiene sus reparos
En confesarlo: y ¿por qué?

SAMUEL.
Tiene razon vuestro padre.

PEROSA.
Ya trafica.

SAMUEL.
Y hace bien.

ALFONSO.
Cierto, y por eso he viajado
Por...

PEROSA.
Por Berbería y Fez.

SAMUEL. (Con entusiasmo.)
¡Fez! ¡la tierra de mis padres!
¡Buen país, Alfonso!

ALFONSO.
Y buen...

PEROSA. (Interrumpiéndole.)
Algo ardiente, segun dice.

ALFONSO.
¡Sí, sí!

PEROSA.
Pero otra Babel.

SAMUEL.
Hay gran comercio, y es fuerza
Que allí compendiado esté...

ALFONSO.

(Mudad la conversacion,
Padre.)

PEROSA. (Mirándole con lástima.)

(Será menester.)
Y ¿qué! ¡vuestra hija no sale
Por acá!

SAMUEL.

No: como es
Tan tímida, tiene al mundo
Miedo.

PEROSA. (Volviéndose á Alfonso.)

¿Sí? ¡Qué sencillez!

SAMUEL.

Entregada á sus labores,
Que no tiene otro placer,
Vive siempre en su retiro.
(Acercándose á Perosa y manifestando orgullo y ternura.)
—¡En aquella alma no hay hiel!

PEROSA.

(¡Pobre viejo!)

SAMUEL.

Eso no obstante,
Si vos la quisiereis ver...

PEROSA.

Ya há tiempo que no disfruto
Esa dicha, y me daréis
Gusto en ello.
(Samuel se acerca á la puerta de la izquierda y levanta el tapiz que la cubre.)

ALFONSO.

(Sin saberlo,
Me ayuda.)

SAMUEL.

¿Hija mia? ven.

## ESCENA IX.

DICHOS. LIA.

LIA.

¿Señor? ¡Ah!
(Al ver á Alfonso y Perosa, se turba y queda como clavada al dintel de la puerta.)

SAMUEL. (Ap. á Perosa.)

(¿No os lo decia?)

PEROSA.

(En efecto.)

SAMUEL.

(Ya lo veis:
Hasta el color ha perdido.)
Acércate.

LIA.

¿Para qué?

SAMUEL.

Maese Perosa y Alfonso,
Su hijo, que viene de Fez,
(Movimiento de sorpresa en Lia.)
Ahora me pidieron verte.

LIA.

Mucho debo agradecer...

ALFONSO.

No, no tal; el homenaje
Que rendimos á esos piés,
Tributo es que á la belleza...

SAMUEL.

¡Paso! paso, buen doncel.
Mi hija no entiende esas flores.

PEROSA. (Ap. á Alfonso.)

¡Todo lo echas á perder!
Ántes pecaste de estúpido,
Y ahora pecas de cortés.

SAMUEL.

Oidme, Alfonso: entre nosotros,
Por costumbre, y áun por ley,
En silencioso retiro
Vive siempre la mujer.
Por lo tanto, no es extraño
Que ignore, como lo veis,
Usos que el mundo autoriza;
Y nos veda nuestra fe.

ALFONSO.

Perdonad: no era mi intento,
Como podeis comprender...

SAMUEL.

Estais disculpado.

PEROSA. (Ap. los dos.)

¡Es mozo,
Y ambos lo fuimos tambien!

SAMUEL.

¡Dichosa edad!

PEROSA.

¿Quién pudiera
Á nuestra sangre volver
Aquel fuego impetuoso
De las pasiones y aquel!...

SAMUEL. (Separándose de Lia como para que no le oiga, pero volviendo siempre la vista con recelo adonde está Alfonso.)

¡Cenizas! cenizas sólo
Quedan ya.

ALFONSO.

(No he de poder...)
(Alfonso mira á Lia de una manera significativa y con ademanes que manifiestan su impaciencia. Despues, cuando conoce que ha llamado su atencion, saca el pedazo de pergamino en que ha escrito durante la escena con su padre, y acercándose á la mesa, lo coloca dentro de uno de los libros que hay sobre ella. En este momento, Samuel hace un movimiento rápido con la cabeza, y observa la accion de Alfonso. Todo esto se hará segun lo indica el diálogo.)

LIA.

(¿Qué quiere decirme?)

PEROSA.

Cierto;
Pero ya que eso no es,
Áun quedan compensaciones,
Y á nuestra edad... ¿Qué teneis?
Estais inquieto.

SAMUEL.

No es nada.

ALFONSO.

(¡Aquí... sí!)

SAMUEL.

(¡Dios de Israel!)

PEROSA.

Quedan la ambicion, la gloria,
La riqueza...

SAMUEL. (Distraido.)

Sí.

PEROSA.

Y el que,
Como vos, tiene en sus arcas
Á montes el oro...

SAMUEL.

¡Pues!
¡Teneis razon! (¡Ay! ¡me venden!)

ALFONSO.

(Nada ha visto el padre: ¡bien!)

## ESCENA X.

DICHOS. UN CRIADO DEL REY, que sale por el fondo con un pliego.

CRIADO.

De parte del Rey.

SAMUEL. (Dudando.)

¿Sois vos?...

CRIADO.

Del rey don Pedro un criado.

SAMUEL.

Sí, recuerdo.

CRIADO. (Ap. á Samuel y con misterio.)

Es reservado:
Que no salga de los dos.

SAMUEL. (Abre y lee.)

Bien.

PEROSA. (Acercándose á Alfonso.)

(¿Comprendes?)

ALFONSO.

(Lo adivino.)

PEROSA.

(Pues bien: ya que estás en ello,
Procura guardar el cuello.
Áun tienes libre el camino.)

ALFONSO.

(Veremos.)

SAMUEL.

(¡Y están despacio!)
Me llama el Rey... (A Perosa y Alfonso.)

PEROSA.

Pues ¿qué habrá
Ocurrido? (Si será...)

SAMUEL. (Á Perosa.)

Y vos, ¿no vais á palacio?

PEROSA.

Iremos juntos.—Nos echa. (Ap. á Alfonso.)

SAMUEL.

(¡Dejarla aquí!... ¡no, imposible,
Hasta apurar este horrible
Veneno de mi sospecha!)

CRIADO. (Á Samuel.)

¿Nada teneis que mandar?

SAMUEL.

Nada: responded al Rey
Que su precepto es mi ley.
Puede en mi lealtad fiar.

## ESCENA XI.

DICHOS, ménos el Criado.

PEROSA.

Debe de ser cosa grave
Sin duda, Samuel.

SAMUEL.

Lo ignoro.

PEROSA.

¿Sobre asuntos del tesoro?

SAMUEL.

Puede ser muy bien. ¿Quién sabe?

LIA. (Mirando á Samuel.)

(¡Qué triste y severo está!)

SAMUEL. (Haciendo ademan de marchar.)

Si os parece...

PEROSA. (Con el mismo ademan.)

Vuestro soy.

LIA. (Acercándose á él con timidez.)

¿Padre?

SAMUEL. (Afectando serenidad.)

Adios.

LIA.

(¡Temblando estoy!)

(Vanse los tres, y detras de todos Samuel, desapareciendo por la puerta del fondo. Así que los ha perdido de vista, corre Lia hácia la mesa, y saca del libro el pergamino que puso Alfonso. Un momento despues, sale Samuel y la sorprende en esta actitud.)

## ESCENA XII.

LIA. Luégo SAMUEL. Despues PEROSA.

LIA.

¡Se fueron! ¿Qué me dirá?
(Leyendo.)
«Esta noche, al dar las diez,
Vendré.» ¡Sí, sí! estoy resuelta...
(Se vuelve y ve á su lado á Samuel, que la dirige una mirada terrible.)
¡Mi padre!

SAMUEL. (Queriendo arrebatarla el pergamino, que ella oculta entre sus manos cruzadas.)

¡Tu padre! ¡suelta,
Deshonra de mi vejez!

LIA.

¡Ay! ¡perdon!

PEROSA. (Asomando á la puerta del fondo.)

¿Qué es esto?

SAMUEL. (Con fingida tranquilidad.)

Nada.

(¡Imbécil!)

PEROSA.

¿Se os olvidó
Alguna cosa?

SAMUEL.

¿Qué! ¡No!

(Se dirige á la puerta del fondo. Lia cae desfallecida en un sillon.)

LIA.

¿Hay mujer más desgraciada?

## ACTO SEGUNDO.

Dormitorio de Samuel. Un arca donde está el tesoro; un balcon, puertas laterales y al fondo. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

REBECA.

Bueno será que la luz
Por esta ventana asome,
Que al divisarla de léjos
Don Alfonso se alboroce,
Y que su paso apresure
Pensando que aquí se esconde
La enamorada paloma
De sus blancas ilusiones.
Si descubriera Samuel...
¡Ah! los dos, penas atroces
Lloraríamos, sufriendo
De su enojo los rigores.
Fuése á palacio, y por pronto
Que vuelva, tal vez nos sóbre
Tiempo... mas ya inquieta llega
Lia, con pasos veloces;
Que no sosiega quien gime
Del amor en las prisiones.

### ESCENA II.

LIA. REBECA.

LIA. (Asomándose al balcon.)

¡Nadie! ¡soledad! ¡misterio!
Apénas el aire corre,
Tal vez de turbar medroso
El silencio; nada se oye.
Ya de Alfonso la tardanza (Á Rebeca.)
En gran cuidado me pone.

REBECA.

Áun no es tarde; mas decidme,
¿Cómo ha de entrar y por dónde?
Esclavos cuidan las puertas,
De sus llaves, guardas dobles,
¡No sé!...

LIA.

No hay puertas que guarden
Amorosos corazones.
Una entrada hay que tan sólo
Mi padre y el Rey conocen;
Igual una llave tengo
Á la del Rey, y esta noche
Á Alfonso abrirás con ella,
Apénas suenen tres golpes.
Aquí la escalera nace,
Y moviendo este resorte...

REBECA.

Entiendo.

LIA.

La llave toma.
Al contar diez escalones,
Hallarás la puerta.—¡Nadie!

(Se asoma al balcon.)

¡Todo es paz! las altas torres
Fantasmas son que en los cielos
Su erguida cabeza esconden.
¡Noche hermosa, compañera
De los tristes corazones,
Que ausentes del bien que adoran,
Están muriendo de amores!
De su caudal centinelas
Se alzan del Bétis los robles,
Y aunque en sus ramas parece
Que callan los ruiseñores,
En apagados suspiros
Van ensayando sus voces:
De sobra estarán los ecos
Donde las caricias sobren,
Y bien sus halagos dicen
Que están muriendo de amores.
Embalsamadas tus auras
Gimen por valles y montes;
Que sus amantes gemidos
Suspiros son de la noche;
Y en su embalsamado aliento,
Y en sus misteriosos sones,
Parece que hablan al alma
De mil recuerdos las voces,
Que por su amor le preguntan,
Y el alma sólo responde:
Llevadle, auras, mis suspiros,
Que estoy muriendo de amores.
Mas con su aroma los céfiros
Y su manso ruido el bosque,
No aman tanto como el alma,
Cuyos suspiros son voces

Que van á decirte, ¡Alfonso,
Que estoy muriendo de amores!

REBECA.

Pasos oigo...

LIA.

Álguien se acerca.

REBECA.

Enfrente se pára un hombre.
(Se oyen tres golpes suaves.)

LIA.

¡La señal! ¡es él! ¡mi esposo!
¡Á abrirle, Rebeca, corre!
(Sale Rebeca por la puerta secreta.)
¡Qué inquietud! ¡vuela á mis brazos!
¡Ya abrió!... ya sus pasos se oyen.

### ESCENA III.

LIA. ALFONSO. REBECA. Ésta atraviesa la escena, yéndose apénas entra Alfonso.

LIA.

¡Gracias á Dios!
Ten cuidado. (Á Rebeca.)

REBECA.

Cerca de aquí velaré.

ALFONSO.

Llega, mi cielo encantado.

LIA.

El corazon angustiado
Te aguardaba ya.

ALFONSO.

¿Por qué?

LIA.

¡Oh! siempre la oscuridad
Velo fué de las traiciones:
Laberintos de maldad
Son, de esta árabe ciudad
Los revueltos callejones:
Y ¿extrañas que me impaciente?

ALFONSO.

Gracias, mi adorada Lia.

LIA.

¡Qué mucho que me atormente,
Si de aquí se hallaba ausente
La mitad del alma mia!

ALFONSO.

¡Ah! si mil veces naciera,
Y yo mil veces te viera,
Veces mil me enamorara;
Que la fugaz primavera
Sus flores guardó en tu cara.

LIA.

¿Por qué ausentes, bien querido,
Hemos de vivir los dos,
Cuando un lazo nos ha unido,
Por los hombres bendecido,
Y bendecido por Dios!
Mas me olvidaba: furioso
Tu carta á mi padre puso.

ALFONSO.

¿La cogió?

LIA.

Sí.

ALFONSO.

¡Dios piadoso!
Yo procuré cuidadoso...
Sólo á mi torpeza acuso.

LIA.

Vi su enojo, y casi muerta
Á sus plantas me quedé:
Órden dió de estar alerta
Los esclavos á la puerta.
Desesperado se fué.

ALFONSO.

Otro medio no tenía...
¡Oh! ¡cuánto sufres por mí!
Yo revelarte debia
Hoy un secreto, alma mia,
Y ¿cómo advertirte?

LIA.

Dí.

ALFONSO. (Reconoce con la vista la estancia, y se acerca á las puertas.)

Don Enrique, derrotado
De Nájera en el combate,
Sobre el campo ensangrentado
Una joya apresurado
Dejó, y vengo en su rescate.

LIA.

¡Oh! ¿tanto vale? sería
Quizá algun retrato.

ALFONSO.

No.
Aunque de poca cuantía,
Cual prenda de gran valía
El Infante la estimó.
Yo, Lia, á tu amor imploro:
En volvérsela convine;
Que está con otras no ignoro,
De don Pedro en el tesoro,
Y aquí por la joya vine.

LIA.

Mucho con mi amor contaste.

ALFONSO.

Ni un punto dudé, mi bien...

LIA.

¿Que accediese imaginaste?
Te amo, sí; pero ¿olvidaste
Que amo á mi padre tambien?

ALFONSO.

¡Cómo! ¿te niegas?...

LIA.

Repara...

ALFONSO.
Te ruego...

LIA.
Alfonso, perdona;
Pues si el Rey la reclamara,
Justiciero se vengara
De mi padre en la persona.

ALFONSO.
¡No la pedirá!

LIA.
Ó sí: yo
No vendo á mi padre; ¡ah, no!

ALFONSO.
Es que ignoras que una caja
El Infante de esa alhaja
En la cavidad guardó.
Y ella encierra un pergamino,
Que cien nobles contra el Rey
Firmaron.

LIA.
¡Ah! ¡ya adivino!

ALFONSO.
¡Triste será su destino,
Si da con la alhaja el Rey!
Que, odiando á don Pedro, son
Partidarios del Infante.

LIA.
Desgarras mi corazon;
¡Mas mi padre! ¡ah! no hay razon
Á convencerme bastante...

ALFONSO.
Es que los nobles...

LIA.
Prefiero
Á mi padre.

ALFONSO.
¿Y mi partido!

LIA.
Pero ¿y mi padre querido!

ALFONSO.
¿Y el Infante?

LIA.
¡Lo primero
Es mi padre!

ALFONSO.
Te lo pido
Por mi amor.

LIA.
No; lo sabria
El Rey, y le mataria.

ALFONSO.
Si están sus arcones llenos,
Una joya más ó ménos...

LIA.
¿Y si alguno?...

ALFONSO.
¿Quién podria?

LIA.
No ha de ser.

ALFONSO.
¡Sí ha de ser!

LIA.
¡No!
Perdona, no debo yo...

ALFONSO.
Ignoras que el pergamino
Tambien guarda...

LIA.
Sí, adivino...

ALFONSO.
¡Mi nombre!

LIA.
Lo temia: ¡oh!
Salvarte áun puedes.

ALFONSO.
Bien sé
Que, si salvarme quisiera,
Traidor faltando á mi fe,
Pronto pisara mi pié
De Portugal la frontera.
¡Su suerte juré seguir!

LIA.
¿Y si el Rey contra sus cuellos
Osa la espada esgrimir?

ALFONSO.
Con ellos he de morir,
Ó he de salvarme con ellos.
Ahora, si quieres que muera,
Y tú sola, abandonada,
Llorar mi desdicha fiera...

LIA.
Bien, no dudo ya: ¡pudiera
Matar á mi prenda amada!
Mas mi padre...

ALFONSO.
Fia en mí,
Que ningun peligro...

LIA. (Escuchando.)
Siento
Por esa escalera: ¡sí!

REBECA. (Saliendo apresurada.)
Vuestro padre...

LIA.
¡Ay! al momento
Ocúltate, Alfonso, aquí.

(Ocúltase Alfonso. Rebeca se va, atravesando la escena por la puerta de enfrente.)

## ESCENA IV.

SAMUEL. LIA.

SAMUEL. (Con enojo.)
¡Áun aquí?

LIA.
Padre mio,
¡Mi cuidado extrañais? siempre os espero.

(De alcanzar desconfio
Su perdon.)

SAMUEL.

Vete ya.

LIA.

Tanto desvío...
Estais conmigo por demas severo.

SAMUEL.

Teme mi enojo, Lia.

LIA.

¿Vos tan cruel, y me adorabais tanto!

SAMUEL.

Sí, porque no creia
Que con tu negra ingratitud un dia
Mis cuidados pagaras.

LIA.

¡Cielo santo!
¡Ingrata yo!

SAMUEL.

Sí: aparta,
Y no despiertes mi furor.

LIA.

Oid.

SAMUEL.

Vete.
Ya mi paciencia se harta.

LIA.

¿Tanto rigor merezco?

SAMUEL.

Aquella carta...

LIA.

Pienso, si me escuchais, que no os inquiete.
(Yo engañarle no debo;
Mas si él supiera... ¡Oh! nunca: le matara.)
—¿Qué mucho que un mancebo
De mí se enamorase y!... (No me atrevo
Á mentir: preciso es) y audaz osara...
Mas nunca mis favores
Pudo alcanzar.

SAMUEL.

¿Ingrata, su constancia
Pagaste con rigores?...

LIA.

Yo esa constancia ignoro.

SAMUEL.

Mis furores
Teme: ¿nunca le hablaste?

LIA.

¡Ah, sí! en la infancia,
Desde la edad primera,
Nos vió crecer entre sus gayas rosas
Del Bétis la ribera,
Ambos corriendo en su gentil pradera,
Cual revolando van dos mariposas.
Tierno me prodigaba
Dulces halagos de infantil cariño;
Qué era amar ignoraba;
Y tal vez inocente ya me amaba
Su candoroso corazon de niño.
No pasa el tiempo en vano;
Y con doliente voz me dijo un dia:
«¡Ay! mi padre inhumano
Quiere que huya de tí, pues soy cristiano.»
Y lloraba al decirme: «¡Adios, judía!»
Creció, fuése á la guerra...

SAMUEL.

Y ¿no le has visto más? ¿nunca? Mentiste.

LIA.

Señor...

SAMUEL.

El labio cierra,
Porque me ultraja tu doblez.

LIA.

Me aterra...

SAMUEL.

¿Ni siquiera cruzar su sombra viste?
¿Quién, tu sueño celando,
Á la puerta rondó de tu clausura,
Y al verme, recatando
Misterioso la faz, se iba alejando,
Negro fantasma de la noche oscura?
¡Era él!

LIA.

Quizá él sería...

SAMUEL.

Y ¿quién tus rejas coronó de flores,
Y hasta romper el dia,
Los espacios poblaba de armonía
En regalada música de amores?
¿Quién, ardiendo en deseos
De verte, aguija el alazan, y vuela,
Y rinde sus trofeos
Al volver triunfador de los torneos,
Arrojando su banda á la cancela?
¿De quién es el liviano
Corcel, que en ostentosa gallardía
Piafa á tu puerta ufano?
¿Quién, en fin, el doncel? es el cristiano
Que de amores requiebra á la judía.

LIA.

¡Padre!

SAMUEL.

¡Ay, si una esperanza
Imprudente le diste! de mi enojo
Teme la atroz venganza.
Sabrás adónde mi rigor alcanza,
Si yo otra prueba ¡desdichada! cojo;
Sabrás, ingrata, aleve...

LIA.

Las iras moderad.

SAMUEL.

Á tu aposento
Vete ya.

LIA.

¡No os conmueve
Mi llanto!

SAMUEL. (Airado.)

¡Lia!

LIA.
(¡Alfonso! ¡ay! ¿quién se atreve?...
¿Cómo podrá salir? ¡Oh qué tormento!)
(Mirando hácia donde Alfonso está oculto, vase.)

## ESCENA V.

PEROSA. SAMUEL. GARCÍA.

SAMUEL.
¿Perosa!
PEROSA.
El mismo.
SAMUEL.
(Este espía
Do quiera me sigue.) ¿Y bien?...
PEROSA.
Vine á veros.
GARCÍA.
Yo tambien.
SAMUEL.
(Este hombre es la sombra mia.)
PEROSA.
Como algo indispuesto os ví,
No me quise retirar
Sin venir á examinar...
SAMUEL.
Nada, Perosa, advertí.
Ningun síntoma...
PEROSA.
No obstante...
(Samuel ofrece el pulso á Perosa, y éste le aparta.)
No hay para qué; una mirada
Me basta: ¡oh! no ha sido nada;
Lo está diciendo el semblante.
Sois tan aprensivo...
SAMUEL.
Yo...
¿Cuándo os dije?...
PEROSA.
Siempre estais
Pensando que á morir vais.
SAMUEL.
¿Yo temí!...
PEROSA.
¡Bah!
SAMUEL. (Aparte.)
Se empeñó.
PEROSA.
Salir de palacio os ví,
Y de léjos os guardé
La espalda; tras vos marché...
GARCÍA.
Y estamos todos aquí.
PEROSA.
Vuestros esclavos las puertas
Me abrieron siempre...
GARCÍA.
Y detras
Me entré yo tambien.
SAMUEL.
(De hoy más,
Poco has de verlas abiertas.)
PEROSA.
Estrechas las calles son,
Y al veros solo, temí...
SAMUEL.
Gracias. Mas ya estoy aquí.
PEROSA.
Que ¡como hay tanto bribon!...
GARCÍA.
(¡Bah! pues tú no eres muy bueno.)
SAMUEL.
Tal merced... siempre esta casa
Fué vuestra y...
PEROSA. (Aparte.)
La ira le abrasa.
SAMUEL. (Aparte.)
Estoy de coraje lleno.
GARCÍA.
Él, por guardaros á vos,
Tras vos vino, amigo fiel,
Y yo, por guardarle á él,
Me vine tras de los dos:
De suerte que el interes
Del mutuo afecto...
SAMUEL.
(¡Importuno!)
GARCÍA.
Guardándonos uno á uno,
Aquí nos trajo á los tres.
SAMUEL. (Á Perosa.)
Yo celebro... (¿Á qué vendrán?)
No extrañé vuestro cuidado;
Mas me encuentro...
PEROSA.
Sí, aliviado.
SAMUEL.
No: bueno.
PEROSA.
Eso es.
SAMUEL.
(¡No se van!)
(Perosa se sienta.)
(¡Se sienta!)
GARCÍA.
Pues yo tambien.
SAMUEL. (Con intencion á Perosa.)
Ya lo que debo hacer yo
Claro el Rey me lo explicó.
PEROSA.
Siempre el Rey se explica bien.
Tan claras son sus razones,
Que el más torpe las entiende,

Y si álguien mal las comprende,
Dando ejemplares lecciones,
Con rostro afable y sereno
Le ahorca.

GARCÍA.

Remedio seguro
Contra la torpeza, ¡duro!
(Cuando digo que no es bueno...)

SAMUEL.

Como al Rey oigo con fe,
Siempre claro le entendí.

PEROSA.

¿Tambien esta noche?

SAMUEL. (Suspenso.)

Sí.
¿Sabréis quizás?...

PEROSA.

¡Nada sé!
Sólo, así como por sueño,
Á comprender he llegado
Que don Pedro se ha empeñado
En ser esta noche dueño
De una joya misteriosa,
Que se encuentra en su tesoro.
Del Rey el objeto ignoro.

SAMUEL.

(Don Pedro contó á Perosa...)

PEROSA.

Y muy grande la riqueza
De la joya debe ser,
Pues si se pierde, á perder
Va el guardador su cabeza.

SAMUEL.

¡Admirado estoy!

PEROSA.

¿De qué?

SAMUEL.

¿Secretos el Rey os fia?...

PEROSA.

Algunos.

SAMUEL.

Él os diria
Lo de la joya.

PEROSA.

¡No sé!

SAMUEL.

¿Conoceis la alhaja?

PEROSA.

No.

SAMUEL.

¿Sabeis dó se encuentra?

PEROSA.

Allí.

SAMUEL.

¿Vendrá por ella el Rey?

PEROSA.

Sí.

SAMUEL.

¿Esta noche?

PEROSA.

Tal creo yo.
Tenerla á mano debeis:
Y así, cuando el Rey la pida,
Podeis dársela en seguida.
Aunque presto la hallaréis,
Ahora ó luégo.

SAMUEL.

No pudiera
Confundirse fácilmente.

PEROSA.

Si es que la seña no miente,
Bien pronto vos...

SAMUEL.

Mejor fuera,
Pues hay tiempo y ocasion...

PEROSA.

¿Buscarla ahora?

SAMUEL.

¿No aprobais?...

PEROSA.

Haced vos lo que querais.
Quizá hallarla entre un millon
De joyas...

SAMUEL.

¡Oh! ¡en un momento!
Muy fácil; á un golpe de ojo,
De entre ese millon la escojo:
Las tengo tomado el tiento.
(Me recelo...)

(Se dirige Samuel al arcon y le abre.)

GARCÍA.

Á toda ley
Se hizo la caja.

PEROSA.

Muy suaves
Están las guardas.

GRACÍA.

Dos llaves.

SAMUEL.

Hé aquí el tesoro del Rey.

PEROSA.

¡La buscais tan afanoso!
¿Estais seguro de hallarla?

SAMUEL.

¿Quién aquí puede tocarla?

GARCÍA.

(¿Á que le ahorcan!)

SAMUEL. (Buscando.)

(Receloso
Me tiene.) Si la señal
No engaña, bien presto yo
La hallaré... quizá... no, no...

(Examina algunas y las deja con enfado.)

¡Oh! ya la encontré: un puñal.

PEROSA.

¡Un puñal!

(Alto, y paseándose por delante de la puerta donde Alfonso está oculto.)

SAMUEL.

¡Linda cuchilla!

PEROSA.

¡Joya es de régia persona!

SAMUEL.

En el pomo una corona
Y las armas de Castilla.

PEROSA.

Debeis dejarla á la mano,
Si estais cierto...

SAMUEL.

¡Oh! sí.

PEROSA. (Alzando la voz.)

Un puñal
Con una corona real
Y el escudo castellano.
¡Gran joya! Mas, tarde es ya,
García, y de más estamos.

SAMUEL.

(Sí, tiempo hace.)

PEROSA. (A Samuel.)

Nos marchamos.
Aunque poco dormirá
Samuel. Presente tened
Que el que algo á don Pedro hurtó,
Con su cabeza pagó;
Pues pronto le hizo merced
De horca, puñal ó veneno.
Sintiera veros ahorcado.

SAMUEL.

¿Sí? pues obrar con cuidado...

GARCÍA.

(¡Si lo dije! ¡si no es bueno!)

SAMUEL.

Os doy luz y compañía
Hasta la puerta.

GARCÍA.

Tened
Presente aquella merced
Del Rey.

SAMUEL.

Chancero venía.

GARCÍA.

Alegre estoy con motivo;
Pues sabed que desde hoy
Del Rey empleado soy,
Y con gente gorda vivo.

SAMUEL.

¿Cómo?

GARCÍA.

En las Atarazanas,
Que es donde encarcela el Rey
Á los nobles que su ley
Olvidaron.

SAMUEL.

¡Mucho ganas!

GARCÍA.

Voy al sol de mi ambicion
Subiendo.

(Al salir dice aparte Samuel á García.)

SAMUEL.

¡No imites á Ícaro!

GARCÍA.

Preciso es parecer pícaro
Delante de este bribon. (Vase.)

## ESCENA VI.

ALFONSO. LIA, que se acerca donde está oculto

LIA.

Vete: ¡feliz ocasion!

ALFONSO.

Bien claro lo oí: un puñal
Con una corona real,
Y de Castilla el blason.

LIA.

Al punto sal.

ALFONSO.

No: primero,
La joya...

LIA.

Imposible: aquí
Mi padre vuelve: ¡ay de mí!

ALFONSO.

Á que se recoja espero.

(Vuélvese á esconder, impelido por Lia.)

## ESCENA VII.

SAMUEL. LIA.

SAMUEL.

Me extraña esta visita,
Y ha sido por demas necio el pretexto:
Su sarcástico gesto
Me repugna, me irrita,
Y sin saber por qué, yo le detesto.

(Viendo á Lia, con enojo, despues de dejar la luz.)

¡Aquí otra vez!

LIA.

Airado
Os dejé al retirarme, y anhelaba
Veros desenojado.

SAMUEL. (Aparte.)

Siento haberla mostrado
Tanto rigor.

LIA.

Me voy; mas yo esperaba...

SAMUEL.

¿Piensas que yo no siento
El que ocasion me dés? Siempre fuí justo.

LIA.

Bien: me iré á mi aposento.

SAMUEL.

Ya reñirte no intento.

LIA.

Reñís callando, si os mostrais adusto.

SAMUEL.

No aumentes mis dolores;
Que harto me muestra el mundo codicioso
Su envidia y sus rencores;
Bastantes sinsabores
Rodean á tu padre cariñoso.
Soy del Rey tesorero,
Porque hasta el Rey envidia mi tesoro;
Nadie en el suelo Ibero
Tiene tanto dinero,
Y más anhelo cuanto más te adoro.
Ven, Lia, cariñosa
Como siempre á mi lado; mis enojos
Olvidé.

LIA.

(¡Es su amorosa
Voz, saeta venenosa
Que me hiere cruel!)

SAMUEL.

¡Lloran tus ojos!

LIA.

Es, señor, de alegría...

SAMUEL.

Con sonrisa y halagos tu contento
Demuéstrame, alma mia.

LIA.

(Y ¡yo le engaño impía!
¡Rasga mi corazon, remordimiento!)

SAMUEL.

Áun harás que enojado...

LIA.

No: si contenta estoy: ¿veis? ¡me sonrío!
¿Cuándo, padre adorado,
Un placer más colmado
Gocé!

SAMUEL.

De tus palabras desconfio.

LIA.

Son crueles antojos.

SAMUEL.

Lo que en mis brazos tu sonrisa vale,
Lo dicen tus enojos.
El llanto de esos ojos
Te hace traicion, y á desmentirte sale.

LIA.

Con fe más viva y pura
Ese profundo amor debí pagaros;
Y aunque con más ternura
Mi alma amaros procura,
Más que os adoro ya, no sé adoraros.

SAMUEL.

¡Ah! ¡no hay dicha en la tierra
Para mí sin tu amor! en tí, hija mia,
Mi esperanza se encierra,
En tí mi bien, mi gloria, mi alegría.
Cuando vas á mi lado,
Y te abre paso la agrupada gente,
No falta quien osado,
Dice al verte, admirado:
«¡Bella es, como las perlas del Oriente!
De modestia y decoro
Una imágen más fiel no hay en la tierra.
Ni en la torre del Oro
Cabe el rico tesoro
Que en sus arcas Samuel para ella encierra.
¡Rica es! y más galana
Que esas palmeras, vanidad del viento.
¿Quién de esa flor temprana,
Pura cual la mañana,
Quién el dueño será de ese portento?»
Y yo sonrío ufano,
Con orgullo diciendo en mi alegría:
«No hay en el suelo hispano
Hebreo ni cristiano,
Que merezca el amor de mi judía.»

LIA.

¡Ah! es todo un lisonjero
Sueño.

SAMUEL.

No, yo te juro...

LIA. (Separándose de él.)

(Sus caricias
Me avergüenzan.) No quiero
Que por mí esteis...

SAMUEL.

Espero
Al Rey.

LIA.

El cielo os guarde.

(Vase despues de abrazarle, y él la acompaña hasta la puerta.)

SAMUEL.

¡Es mis delicias!

## ESCENA VIII.

SAMUEL.

Al Rey obedezco fiel,
Porque su rigor es tal,
Que es preciso estar ante él
Á sus piés como un lebrel,
Pronto á la menor señal.
Que donde su afecto alcanza,
Llega tambien su rigor:
Viento es de fácil mudanza;
Que no hay segura bonanza
En los mares del favor.
¡Resignacion! y ¡al Rey fiel
Sirvamos, pues su alma es tal,
Que es preciso estar ante él
Á sus piés como un lebrel,

Pronto á la menor señal!
Áun tardará: recostado
Aquí esperaré al Monarca.

(Mirando al tesoro.)

¡Cuántas horas me has quitado
De paz, y cuántas me has dado
De insomnio y pesares, arca!

(Siéntase junto al arca.)

¡Cuántas noches pasé en vela,
Tu constante centinela!
¡Mi alma, avara de descanso,
La paz del mendigo anhela,
Su sueño tranquilo y manso!

(Va apagándosele la voz hasta quedarse dormido lentamente.)

### ESCENA IX.

SAMUEL. ALFONSO. LIA despues, y el REY, que embozado asomará á su tiempo por la puerta secreta. Alfonso sale cautelosamente y lleno de asombro, deteniéndose á la menor respiracion; abre lentamente el arca cuando el diálogo lo marque, y despues de apoderarse de la joya, se va retirando con el mismo silencio.

ALFONSO.

¡Nada oigo! ¿se habrá acostado?
¡Ah! ¡junto al arca dormido!
Ya la ocasion ha llegado. (Se va acercando.)
¡Del corazon alterado
Va á despertarle el latido!

SAMUEL. (Soñando.)

El Rey...

ALFONSO. (Deteniéndose.)

¡Ah! sueña... no acierto
Á moverme: abro el arcon.
¡Maldita respiracion!
Y ¿qué haré si le despierto!
¡Qué agonía! á todo estoy
Resuelto... si se despierta... (Mirando la caja.)
Ya la caja miro abierta...
¡Ah! ¡la joya! ¡feliz soy!
Lleguemos pronto á la puerta.

(Al dirigirse á la puerta secreta por donde entró, suena hácia el mismo lado un golpe recio.)

ALFONSO.

¡Oh!

(Despierta Samuel, y se queda mirando absorto á Alfonso, que sigue retirándose; pero el viejo, reuniendo sus ideas, se lanza á él.)

SAMUEL.

¿Quién!... ¡Dios mio!... ¡Ah! ¡el puñal!

ALFONSO.

Cumplí de honor una ley.
¡Perdonadme!...

SAMUEL.

¡Hombre fatal!

LIA. (Sale precipitada.)

¡Mi esposo es!

SAMUEL.

¡Noche infernal!

(Arrodillada se interpone entre ambos, y salta por el balcon Alfonso.)

¡Aparta, malvada!

LIA. (Viendo á don Pedro, que aparece en la puerta secreta embozado.)

¡Ah!

SAMUEL.

¡El Rey!!!

## ACTO TERCERO.

Sala de las Atarazanas. Puerta al fondo y dos á cada lado; la de la izquierda del espectador, más inmediata al proscenio, es la sala en que se da tormento. La de la derecha, más próxima al foro, da paso á los calabozos. Las demas se figura que comunican con las galerías principales, y dan salida á la calle.

### ESCENA PRIMERA.

GARCÍA, solo.

¡Me horrorizan sus gemidos!
¡De hierro sus huesos son!
De sus miembros retorcidos
Los horrorosos chasquidos
Desgarran mi corazon.
Yo ví, Samuel, tu semblante
Lívido, tus labios secos,
Ya blasfemando arrogante,
Ó ya lanzando espirante
Ayes estertóreos huecos.
¡Un hueso con otro choca,
Y, el corazon desgarrado,
Al cielo, al infierno evoca!
¡Yo vi su torcida boca
Y su cabello erizado!
¡Ni un punto el dolor le deja!
¡Pide compasion, no la hay!
Sólo responde á su queja
Triste el eco, que se aleja
Herido y espantado.

SAMUEL. (Dentro.)

¡Ay!

GARCÍA.

¡Su voz! sí: al dolor violento
Desmaya: con calma impía

(Dirigiéndose al tormento.)

Le dejais cobrar aliento,
Y suspendeis su tormento
Para alargar su agonía.
La hiena su presa agarra,
Y en su sed abrasadora
Se ciega, y clava la garra,
La hiere, y muerde, y desgarra,

Y sangrienta la devora.
Mas ella en sus lastimeras
Quejas, no se goza en calma;
Vosotros en sus postreras
Ánsias gozais; más que fieras,
Hombres sois, pero sin alma.

### ESCENA II.

GARCÍA. PEROSA. FORTUN, que se queda á la puerta del fondo.

PEROSA. (Inmutado.)
¡Tarde!

GARCÍA.
(Otra hiena.)

PEROSA. (Á media voz á García.)
¡García!
Advierte á Juan que al momento
Del reo suspenda el tormento.

GARCÍA.
(¡Quiere alargar su agonía!)
(Vase por la izquierda.)

PEROSA.
¿Fortun?

FORTUN. (Acercándose con respeto.)
¿Señor?

PEROSA.
¿Una puerta
No hay, que da al campo?

FORTUN.
Cerrada
Se halla siempre, y bien guardada.

PEROSA.
La quiero esta noche abierta.

FORTUN.
¡Yo!... la obediencia es mi ley;
Pero el deber de mi oficio...

PEROSA.
Así conviene al servicio
Del Rey.

FORTUN.
¡Ya! ¡lo manda el Rey!

PEROSA.
Hoy le he hablado en tu favor.

FORTUN.
¡Sí!

PEROSA.
Ya decírtelo puedo.
El Rey te manda á Toledo
De carcelero mayor.

FORTUN.
Cargo honroso.

PEROSA.
Pero grave.

FORTUN.
Y ¿cuándo parto?

PEROSA.
Al rayar
El dia.

FORTUN.
Voy á buscar
En este instante la llave. (Vase por el fondo.)

### ESCENA III.

PEROSA. SAMUEL. JUAN DIENTE. UN BALLESTERO. Los dos últimos sosteniendo á Samuel.

SAMUEL.
¡Luz! ¡espacio! ¡me ahogo! ¡viento!
¡Quiero respirar! ¡dejadme,
Verdugos!... mas no, matadme;
Pero ¡pronto!... ¡espacio! ¡aliento!
Mas ¿para qué? rencoroso
Don Pedro, ¡me hará sufrir
De nuevo! ¡no! ¡ántes morir,
Que ese tormento horroroso!!...

JUAN.
Hoy, no imagino que intente
El Rey... mañana quizá...

SAMUEL.
¡Allí otra vez me pondrá!

JUAN.
Hasta que canteis.

PEROSA. (Severo.)
¡Juan Diente!
(Acercan un sitial, haciendo sentar en él á Samuel.)

SAMUEL.
¿Por qué, decid, ordenasteis
Que me dejaran, Perosa?

PEROSA.
Fuera una muerte espantosa.

SAMUEL.
¿De que vuelva me librasteis?

JUAN.
Cuanto más sufra, mejor,
Decia yo para mí;
Más presto hablará, y así,
Acaba ántes su dolor.
¡No dudo tendréis presente,
Si á su gracia os vuelve el Rey,
Que cumplí bien con su ley!

SAMUEL.
¡Ah! ¡sí!

JUAN. (Ap. á Perosa.)
¡Qué ingrato!

PEROSA. (Airado.)
¡Juan Diente!
Por última vez te advierto.
¡Alfonso! (Viéndole asomar á la puerta.)

### ESCENA IV.

DICHOS. ALFONSO.

ALFONSO.
¡Ah! ¡vive! sabré
Si declaró.

SAMUEL. (Al verle.)
¡Cielos!

JUAN. (Con extrañeza.)
¿Qué!

PEROSA. (Colocándose entre Alfonso y Samuel.)
Creyó que era el Rey.

SAMUEL. (Con intencion.)
¡Sí!... cierto.

PEROSA.
Se ha obstinado en ocultar
El nombre de quien robó
La joya.

ALFONSO.
(¡Hombre singular!)

PEROSA.
Con un valor ejemplar
Tantos dolores sufrió.

JUAN.
Pardiez, que raya en locura
Por una reserva necia
Trocar en honda amargura
Oro, paz, poder, ventura,
Cuanto el hombre más aprecia.

PEROSA.
No le exaspereis: su estado
No permite...

SAMUEL.
¡Oh!... ¡qué malvado!

PEROSA.
Y si él el nombre supiera
Del robador, ya le hubiera
En el potro declarado.

SAMUEL.
Nada sé; sólo en la fiera
Agonía del martirio
Vino una sombra... ¡quimera!...
¡Creacion de mi delirio!
Era... la imágen de aquel
Que allí me arrastró cruel,
De la joya el robador.
«Ven, ven, le dije, traidor,
Y mi puesto ocupa»; y él
Medroso palidecia. (Mirando á Alfonso.)
De mí la vista apartaba,
Porque de su accion impía
El remordimiento heria
Su corazon, y ¡temblaba!
«¡Tiembla que mi labio, áun mudo,
Del Rey te entregue á las sañas!
¡Espera! ven, ¡ya no dudo!
¡Sufre el torcedor agudo,
Que desgarra mis entrañas!»
Y al arrancar los dolores
Su nombre al labio, circuido
De brillantes resplandores,
Vi un ángel... ¡ángel caido
Del cielo de mis amores!
Siempre el querubin delante
De aquella sombra horrorosa,
Era su escudo constante,
Acariciándole amante
Bajo sus alas de rosa.
«Deja, querube, que diga
Su nombre; nada á él me liga,
Ni á tí: ¡rompiste los lazos!...
¡Huid, ó haréis que mis brazos
Os ahoguen... y os maldiga!
¡Ángel! ¡huye!»—Y se alejaba;
Pero amorosa tornaba
Ante la sombra, y gemia,
Y cuando cruel le queria
Maldecir... ¡le acariciaba!
No temas que yo inclemente
Revele su nombre... ¡ah, no!
Decia; mas solamente
Delirios son de la mente,
Que nadie comprende.

PEROSA.
(¡Yo!)

JUAN. (Ap. los dos.)
Preguntadle vos: así
Tal vez...

PEROSA.
¡Inútil intento!

JUAN.
¿Por qué?

PEROSA.
(¿Sospecha de mí?...)
¿No declaró en el tormento,
Y ha de declarar aquí?
¡Y el nombre!... (Á Samuel.)

SAMUEL.
No sé; ademas
Fuera venganza horrorosa.
Ni vos lo hicierais.

PEROSA. (Friamente.)
Quizás...

SAMUEL.
¡Oh! sí: hay cosas que jamas
Las comprendísteis, Perosa.
¿Yo amarrarle á ese tormento!

PEROSA.
Y ¿al tormento no os trajo él?

SAMUEL.
¡Verdugo!...

PEROSA.
Él lo fué sangriento.

SAMUEL.
Dios le dió otro más cruel,
Perosa: el remordimiento.
Si padre tuviera...

PEROSA.
Y vos,
¿Hija no teneis?

SAMUEL.
¡Herir
Dos almas!

PEROSA.
¿No hirió él á dos?

SAMUEL.
¡Tigre! ¡me harás descubrir!...

PEROSA. (Friamente.)
¡Hablad!

SAMUEL.
¡Perdóneme Dios!
Vamos. (Á Juan Diente y al arquero.)

PEROSA.
Conducidle.

SAMUEL. (Á Alfonso con intencion.)
¡Adios!

PEROSA.
¡Vuestro labio al fin no nombra!...

SAMUEL. (Desde la puerta.)
Ya hubo un mártir, no habrá dos.

PEROSA.
Que os salve aquel ángel.

SAMUEL.
Vos
Rogad que olvide á la sombra.
(Vase sostenido por Juan Diente y el ballestero.)

## ESCENA V.

PEROSA. ALFONSO.

PEROSA. (Mirándole fijamente.)
¿Te ha conmovido quizás?...

ALFONSO.
Pues ¿quién habrá, padre mio,
Que de su destino impío
No se duela! ¡Basta ya
De rigor! hoy á su suerte
Sucumbe el mísero anciano,
Si no hay piadosa una mano,
Que le salve de la muerte.
Calmad al Rey: ya sañudo
Harto se vengó, señor.

PEROSA.
Ha sido á su Rey traidor,
Y yo á traidores no escudo.

ALFONSO.
Los más leales, su malicia
Convertir suele en traidores;
Siempre venga sus rencores
Á nombre de la justicia.
¿Gozais en su mal tambien?

PEROSA. (Con desden.)
¡Yo!

ALFONSO.
¿No habrá algun medio?

PEROSA. (Con indiferencia.)
¡Cuál!

ALFONSO.
¡Tantos medios para el mal,
Y tan pocos para el bien!

PEROSA.
¡Faltar de noble á la ley!
Á un traidor va á castigar;
Y ¡el castigo he de evitar
Haciendo traicion al Rey!
Leal soy á la fe jurada.
¡Dichoso el que libremente
Obra segun lo que siente!
Mas quien su fe tiene dada,
Siempre dócil, resignado,
Solamente ¡no te asombre!
Es un brazo más del hombre
Á quien lealtad ha jurado.
En su clemencia ó enojos
Sólo obedecer le toca,
Y habla sólo por su boca,
Y sólo ve por sus ojos.
Apénas bajo el dintel
La planta del amo suena,
Va á sus piés, y la cadena
Lame sumiso el lebrel.
Si la presa le señala,
Se lanza á ella valeroso;
Le castiga, y, cariñoso,
Rastreando, su queja exhala.
Así yo, mi aliento bravo
Domando, el lebrel he sido;
¡Ni una queja, atento el oido,
Del Rey á la voz, su esclavo!
¡Debo ceder... ¿por qué no?
Á tu piadoso capricho!
Y aún pudiendo, ¿quién te ha dicho
Que quiera salvarle yo!

ALFONSO.
Pues vuestro rigor me obliga
A que con franqueza os hable,
Sabréis quién es el culpable.

PEROSA. (Conteniéndole.)
No: jamas tu labio diga...
Convertirse en delator...
Á él le toca solamente.

ALFONSO.
¡Es que le teneis presente!
Es vuestro hijo.

PEROSA. (Con aparente sorpresa.)
¡Tú el traidor!

ALFONSO.
Yo, que apénas he sabido
Que preso estaba Samuel,
Resuelto á morir por él
Á descubrirme he venido.
Y si el Rey sus iras fieras
No aplaca, á su tribunal
Acudirá el criminal.

PEROSA.
Puedes hacer lo que quieras.

ALFONSO.
Sí haré, porque yo le mato
Si al punto no me presento,
Y vil, cobarde, consiento
Ese frio asesinato:
Y así al punto... (Hace que se va.)

PEROSA.
¿Dónde vas?

ALFONSO.
Al Rey me presentaré,
Y á Samuel libertaré.

PEROSA.
No: nada conseguirás.
Corre, si así á tu conciencia
Libras de un peso terrible;
Mas te advierto que imposible
Es revocar su sentencia.
Y para correr así
Á morir, con tal empeño,
¿Eres por ventura dueño,
De tu vida, Alfonso? di.
La que tierna á tus amores,
Perdiendo por tí la calma,
Te dió en holocausto el alma
Con la fe de sus mayores...

ALFONSO. (Asombrado.)
¿Qué decís!

PEROSA.
Y ¿quién la escuda,
Si ese inútil sacrificio
La deja con su suplicio,
Á la vez huérfana y viuda!

ALFONSO.
Pero ¡cómo saber puede!...

PEROSA.
Yo no sé cómo ó por dónde,
Á mí nada se me esconde
De todo lo que sucede.

ALFONSO.
¿Si alguno me vendió infiel!

PEROSA.
¡No! dicen que soy el diablo,
Ó por lo ménos que hablo
Algunas veces con él.

ALFONSO.
Pero comprender no puedo...

PEROSA.
La conociste áun muy niño:
¿Qué mucho? creció el cariño,
Y Samuel partió á Toledo...

ALFONSO.
Razon más para que intente
Salvarle: obligado estoy,
Porque él padece, y yo soy
El único delincuente.

PEROSA.
¡Cierto! su inocencia es clara;
Y si hubiera por ventura
(Mirándole fijamente con intencion.)
Algun medio...

ALFONSO. (Con vehemencia.)
¿Cuál?

PEROSA.
¡Locura!

ALFONSO.
No hay prueba que no intentara.
Ni una hora más, ni un momento
Su martirio sufriria.

PEROSA. (Como si hablase consigo mismo.)
Y con él se perderia.

ALFONSO.
Y me perderia contento.

PEROSA.
¡Insensato! ¡esa inquietud
Doma! la pasion te ofusca.

ALFONSO. (Con pasion.)
¡Es natural!

PEROSA.
¡Sí! ¿quién busca
Prudencia en la juventud!
No pienses en eso...

ALFONSO.
¿Pues?...

PEROSA.
Que, aunque hubiese declarado,
Le mate, el Rey me ha mandado:
Y por lo tanto, ¡ya ves!
Para él no hay ya redencion...
¡Abandónale á su suerte!

ALFONSO.
¡Yo consentir en su muerte!
(¡Ay! ¡no tiene corazon!
Me engañé cuando creia
Hallar en él...)

PEROSA.
De otro modo,
¿Qué logras?

ALFONSO.
¡Piérdase todo!

PEROSA.
¿Y esa infeliz! ¿Y María!

ALFONSO. (Aterrado.)
¡Pobre viejo!

PEROSA.
El carcelero
Un tósigo le dará...

ALFONSO.
¡Que vos preparasteis! (¡Ah!
¡Qué idea!... ¡sí, sí!... ¿qué espero?)
(Hace que se va.)

PEROSA.
¡Te vas!

ALFONSO.
¡Señor! Guárdeos Dios.

PEROSA.
¡Alfonso! Tu ardor modera,
Porque si no... ¡pronto hubiera
En vez de un cadáver, dos!
(Vase Alfonso por la segunda puerta de la izquierda.)

## ESCENA VI.

PEROSA. GARCÍA. Despues LIA, ambos por el foro.

GARCÍA.
La hija de Samuel, que allí
Está, quiere hablaros.

PEROSA.
Dila
Que éntre.

GARCÍA.
No pudo intranquila
Aguardar, y vedla aquí.

PEROSA. (Saludándola.)
Lia...

LIA.
¡Y mi padre! ¡por Dios!
Dejadme un instante hablarle:
¡Que al ménos pueda abrazarle!
¡Eso es fácil para vos!
Bajo vuestra guarda está;
Acaso al dolor sucumba; (Llorando.)
Y ántes que baje á la tumba,
Quiero verle.

PEROSA.
¡El Rey... quizá!...

LIA.
¡Oh! ¡perdonad! olvidé
Que con vos hablando estaba,
Y que á una roca imploraba.
Es inútil, ya lo sé.

PEROSA.
La razon no encuentro yo
Para que me hableis así:
Si no os he dicho que sí,
Tampoco os dije que no.

LIA.
¿Será posible! ¡un momento
Podré verle!

PEROSA.
Nada el Rey
Mandó en contra, y á su ley
No falto.

LIA.
Luego...

PEROSA.
Consiento.
¡Vuestro padre quebrantado
Se halla en extremo, señora!
Volved, pasada una hora,
Y le hablaréis.

LIA.
¡Dios sea loado!
¡Gracias! la razon respeto
Que ahora impide... Pero ¿os vais?

PEROSA. (Yéndose.)
Volved luégo.

LIA.
¿Lo jurais?
¿Le veré?

PEROSA.
Yo os lo prometo. (Vase.)

## ESCENA VII.

LIA. GARCÍA.

LIA.
¡Padre! ¡Padre infeliz! ¡Quizas hoy muera!
¡Negro temor, que el corazon me oprime!

GARCÍA.
¡Hazaña digna de don Pedro fuera!
Mas no puedo pensar...

LIA.
Y ¿cuándo, dime,
Cuándo abandona la feroz pantera
La débil presa que en sus garras gime?

GARCÍA. (Enternecido.)
¡Ah! ¡llorais!

LIA.
¡Es mi llanto abrasadora
Lava de este volcan que me devora!
¡Feliz si la razon me abandonara!
¡Padre del corazon! ¿quién te dijera
Que tu mancilla y tu dolor causara
La que tu orgullo y tus delicias era!
De tu dicha enturbió la fuente clara
Mi mano criminal, y el alma artera
Á los verdugos entregó tu vida.
¡Dios te maldice! ¡tiembla, parricida!
Cébate en mí, roedor remordimiento,
Y de aquel infeliz que tanto adoro,
Ven á vengar el bárbaro tormento.
¡No pienses, Dios, que tu piedad imploro!
Quiero sentir áun más de lo que siento;
Quiero llorar áun más de lo que lloro,
Y á torrentes verter en mi quebranto
Sangre del corazon, en vez de llanto.

GARCÍA.
Estais severa por demas, señora.
Tanto os culpais...

LIA.
¡Ignoras lo que pierdo!
Ya de la expiacion llegó la hora.
¡Oh! ¡ya no más de su dolor me acuerdo!
De mi pasion la llama abrasadora,
Sólo en el alma alumbrará un recuerdo.
¡Alfonso! ¿áun dudas? ¡corazon cobarde!
¡Quien se enamora niño, olvida tarde!
¡Cumpliré mi deber! ¡Padre, no creas
Que por mi amor olvide tu quebranto!
¿Qué dirás, corazon, cuando le veas!
¿Con desden tratarás al que amas tanto!
¿Léjos huirás de lo que más deseas!

GARCÍA.
Aquí Alfonso se acerca.

LIA.
¡Cielo santo!
¡Dame valor! ¡García tambien llora!

GARCÍA.
¿Qué! yo ¿no tengo corazon, señora!

## ESCENA VIII.

LIA. ALFONSO. GARCÍA.

ALFONSO. (Corriendo á ella.)
¡Lia! ¡tú aquí!

LIA.
¡Detente! ¡aparta!

ALFONSO.
¡Cielo!
¡Merezco su desden! ¡Niegas tus brazos
Á quien te brinda amores y consuelo!

LIA.
Rotos están de nuestro amor los lazos.

ALFONSO.
¡No!

LIA.
¡Sí! que cubre del delito el velo
La imágen de ese amor, rota en pedazos.

ALFONSO.
¡No! que ahora vengo á consolarte, Lia.

LIA.
No hay ya consuelo para el alma mia.

ALFONSO.
(Debo ocultarla, ¡sí! si la dijera...
Y ella imprudente...)

LIA.
Pero ¿cómo puedo
De mi padre escuchar la voz severa!
¡Mirar su rostro! ¡Lágrimas, no miedo
Me pide su dolor! ¡Ah, si él muriera!
(Mirando á Alfonso con enojo.)

ALFONSO.
Para tí nada soy.

LIA.
Sí; mas te vedo
Que me recuerdes...

ALFONSO.
¡Ah!

LIA.
Sella tu labio:
Cada acento de amor fuera un agravio.

ALFONSO.
¡Escucha! Procurando generoso
Dar mi sangre por él, hice severo
Cuanto cumple al amor del tierno esposo,
Cuanto cumple al honor del caballero.
Yo á descubrirme vine presuroso;
Pero era en vano el sacrificio fiero.
El Rey...

LIA.
¡No acabes! su rencor insano
La muerte decretó del triste anciano.

ALFONSO.
No temas, no: se salvará.

LIA.
¡Salvarle!
¿Quién!

ALFONSO.
Yo.

LIA.
¡Ilusiones! de engañarme tratas.
¿Quién su presa al leon pudo arrancarle?

ALFONSO.
Yo.

LIA.
Y ¡un momento el revelar dilatas!...
Habla.

ALFONSO.
Hay un medio.

LIA.
Di.

ALFONSO.
Mas revelarle
No debo.

LIA.
¡Ve, cruel, que así me matas!

ALFONSO.
Deja ahora este lugar; lo sabrás luégo.

LIA.
Pronto di: ¡te lo mando! ¡te lo ruego!

ALFONSO.
De entre los pomos que mi padre tiene,
Ahora escogí benéfico un beleño.
Para Samuel un tósigo previene
Y yo le trocaré: profundo sueño,
Que de la muerte con la faz conviene,
Yerto le postrará: del cuerpo dueño
Presto seré, y en plácidos abrazos
Le verás despertar entre tus brazos.

LIA.
¡Gracias, Dios mio!

ALFONSO.
Aléjate al instante.

LIA.
Con ménos pena le veré.

ALFONSO.
Te ruego
Que ante él prudente...

LIA.
De mi pecho amante
Recibe el galardon.
(Se abrazan.)

GARCÍA.
(Yo sordo y ciego.)

LIA.
Pero ¿seguro estás?...

ALFONSO.
Á la inconstante
Fortuna venceremos.

LIA.

Si me entrego
Á esa dulce ilusion, y...

GARCÍA.

La hora avanza.

LIA.

¡Ay! la vida me vuelve esa esperanza.

### ESCENA IX.

ALFONSO. GARCÍA.

ALFONSO.

¡Aquí el narcótico está!
¿De qué medio nos valdremos?...
¿Cómo le sustituiremos
Al veneno? no hay quizá (Reflexiona.)
Otro medio, aunque imprudente...
Sí: la empresa es arriesgada...

GARCÍA.

¿Cuál?

ALFONSO.

El comprar la probada
Fidelidad de Juan Diente.

GARCÍA.

Por mi vida, no daria
Un ardite, si pendiera
De los labios de esa fiera.
¿Quién de pícaros se fia!...

ALFONSO.

¿Por qué es fiel al Rey?

GARCÍA.

Lo ignoro.

ALFONSO.

¿Miedo? ¿afecto á su persona?
Su voluntad se aprisiona
Sólo en las redes del oro.
Y es el oro, segun quien
Lo usa, instrumento cabal,
Para el mal, de todo mal;
Para el bien, de todo bien.
Oro le daré á porfía,
Y él sin duda callará.

GARCÍA.

Y él sin duda os venderá.
¿Quién de pícaros se fia!
¡Tantos ejemplos se ven!
Al que es pícaro cabal,
Más le place hacer un mal
*Gratis*, que por oro un bien.

ALFONSO.

No hay otro medio: él á nada
Se expone, y suele un momento
Tentar un buen sentimiento
Al alma más depravada.

GARCÍA.

¿Cuándo la hiena inclemente
Sangre se hartó de verter!
¿Cuándo dejó de morder
La ponzoñosa serpiente!
Como la tierra en sus senos
Flores y abrojos crió,
Al mundo el Criador lanzó
Hombres malos, y hombres buenos;
Y al malo en vano se quiere
Corregir; serlo le place:
Y aquel que pícaro nace,
Pícaro y pícaro muere.

ALFONSO.

No me queda otro camino.

GARCÍA.

Cierto.

ALFONSO.

Luégo á mi conciencia
Le pesara... es imprudencia;
Pero...

GARCÍA.

Vedle.

ALFONSO.

Á tiempo vino.

GARCÍA.

Voyme, y...

ALFONSO.

¡La esperanza mia
Poner en este malvado!

GARCÍA.

Obrar debe con cuidado
Quien de pícaros se fia. (Vase.)

### ESCENA X.

ALFONSO. JUAN DIENTE.

ALFONSO.

¿Hay que hacer? Triste faena
Te ocupa aquí sin cesar.

JUAN.

Segun se quiera mirar:
Ni es muy mala ni muy buena.
Propinas hay no muy largas,
Y riesgos; mas me acomodo
Á este oficio, porque todo
Tiene horas dulces y amargas.

ALFONSO.

¿Contento estás?

JUAN.

¡Resignado!
Este es mi sino: ¡corriente!
Nunca á gusto entre esa gente
Puede hallarse un hombre honrado.

ALFONSO.

(¡Oh! ¡sí!) ¿Á quién no causa pena
El pobre que gime aquí?

JUAN.

El pobre, que es pobre, sí;
Que quien trae la bolsa llena...

Goza privilegios... ¡pues!
Para el pobre todo es ceño;
El rico al fin... en pequeño,
La cárcel un mundo es.
En todo, este sitio horrendo
Al mundo está retratando;
Que si en él todos llorando,
Aquí entran todos gimiendo.
Con los dias de bonanza
Que pasaron, se está allí
Soñando; lo mismo aquí
Se halla: una viva esperanza
Juega con el hombre incierta,
Y hasta morir la mantiene;
Aquí tambien le entretiene...
Hasta que toma la puerta.
Si allí despiden llorando
Al que contemplan morir;
Cuando á uno aquí ven salir,
Le despiden sollozando.
No porque á la pena cedan
(En esto no es como allá);
No lloran porque se va,
Sino porque ellos se quedan.
Todos inocentes son,
Como allí todos honrados;
Gallean los más osados,
Y va el prudente al rincon.
Ya el uno canta á la reja,
Ya airado blasfema el otro,
Ya aquel exhala en el potro
La desgarradora queja:
Y cansados de penar,
Á unos les da por gemir,
Y á otros les da por reir,
Y á otros les da por rabiar.
Y, rey siendo mi albedrío,
Ya risueño, ya iracundo,
El diablo soy de este mundo,
Donde de todos me rio.

ALFONSO.

Y en tu mundo, ó purgatorio,
¿Del todo contento estás?

JUAN.

Resignado, y nada más.

ALFONSO.

¡Oh! ¡el provecho!...

JUAN.

Es ilusorio
Casi, y ahora, así... tal cual.
Apénas se da tormento...
Algun envenenamiento...
Y... ¡pché! el oficio anda mal.
Y eso que el Rey no es muy blando.

ALFONSO.

De suerte que, si quisieras,
Muy pronto te enriquecieras
Fácilmente.

JUAN.

¡Estais soñando!

ALFONSO.

Presos guardas que tendrán
Tesoros y...

JUAN.

¡Ya comprendo!
Al Rey mi señor haciendo
Traicion... (¿Si traerá algun plan?)
¡Oh! ¡nunca! líbreme Dios.

ALFONSO.

Yéndote del reino...

JUAN.

¡Oh, sí!
Os chanceais... voyme de aquí,
Si no os hago falta á vos.
Bien sabeis que nada valgo;
Que yo tan sólo sé ahorcar,
Dar tormento y azotar:
Si quereis que os sirva en algo...

ALFONSO.

Gracias.

JUAN.

Veo que tratasteis
De sondearme: adios.

ALFONSO.

¡Se va!

JUAN. (Aparte.)

Algo trae.

ALFONSO.

No debo ya
Retardar...

JUAN.

¿Os engañasteis?
(¿Á que me llama!)
(Vase despacio, y vuelve cuando lo marca el diálogo.)

ALFONSO.

¿Juan Diente?

JUAN.

(¿No dije?...) Mandad, señor.

ALFONSO.

Si te pidiera un favor...

JUAN.

Segun... pero francamente.
Podeis decir sin reparo;
Que conforme opine yo,
Os diré que sí, ó que no:
Con que al grano, y hablad claro.

ALFONSO. (Le enseña un bolsillo.)

¿Ves?

JUAN.

¡Buen principio! seguid.

ALFONSO.

Pero ante todo te advierto
Que si hablas...

JUAN.

Me cuente muerto.

ALFONSO.
Convengas, ó no...

JUAN.
Decid.

ALFONSO.
Un narcótico este pomo
Contiene.

JUAN.
¿Y bien?...

ALFONSO.
En lugar
Del veneno que has de dar
Á Samuel...

JUAN.
¡Ya! pero ¿cómo?...
¿Que le sustituya?...

ALFONSO.
Eso es.

JUAN.
Pero...

ALFONSO.
Tus dudas acierto:
Queda en la apariencia muerto,
Y tú me entregas despues
Ya fuera de aquí, el fingido
Cadáver.

JUAN.
¿Quereis salvar?...

ALFONSO.
Claro es.

JUAN.
(Le voy á engañar,
Y así gano...) Convenido.

ALFONSO. (Señala al bolsillo.)
Despues otro igual.

JUAN.
¡Señor!...

ALFONSO. (Señala el puñal.)
Silencio... ó...

JUAN.
¿Quién duda?

ALFONSO. (Dale el bolsillo.)
Ten.

JUAN.
A hablar comenzasteis bien;
Pero acabasteis mejor.

## ESCENA XI.

ALFONSO. JUAN DIENTE. PEROSA.

PEROSA.
Juan Diente, el Rey enojado,
Al ver que tenaz esconde
Samuel la joya, ó no dice
De quién se la hurtara el nombre,
Ha resuelto...

JUAN.
Ya.

PEROSA.
Que muera.

JUAN.
¿Envenenado?
(Perosa afirma con la cabeza.)

PEROSA.
Y es órden
Que hoy mismo debe cumplirse.

ALFONSO. (Ap. á Juan.)
No pierdas la ocasion.

JUAN. (Ap. á Alfonso.)
Corre
Todo de mi cuenta.

ALFONSO. (Á Perosa á media voz.)
Al cabo
El triste Samuel...

PEROSA. (A Alfonso.)
Sí, el pobre...

ALFONSO.
Nada del Rey conseguisteis.

PEROSA. (Alto.)
Yo no abogo por traidores.

JUAN. (Ap. á Perosa.)
Tengo que hablaros á solas.
(Perosa hace una señal á Alfonso para que se retire.)

ALFONSO.
Guárdeos Dios. (Vase.)

PEROSA. (Despues de asomarse á las puertas.)
Nadie nos oye.

## ESCENA XII.

PEROSA. JUAN DIENTE. Despues GARCÍA á la puerta.

JUAN.
Señor, años há que al Rey
Sirvo fiel, y mis acciones
Se hallaron siempre en un todo
Á su voluntad conformes;
Y por grandes que ellas fuesen,
Nunca para mí razones
Hubo, que torcer pudieran
Esta lealtad, que es mi norte.
(Sale García.)

PEROSA.
Preámbulos deja, y...

GARCÍA.
(¿Qué escucho!)

JUAN.
Quizá estas palabras sobren;
Mas justificar queria...

PEROSA.
Acaba.

JUAN.
Quizá os enoje...

GARCÍA.
(¿No dije? canta de plano.
¿Hay mayor par de bribones!)

PEROSA.
Y bien...

JUAN.

Vuestro hijo me ha dado
Este bolsillo.

PEROSA.

Y ¿qué?

JUAN.

Esconde
Mucho oro.

PEROSA.

Y ¿tan mal te viene?

JUAN.

En saber las condiciones
Con que me lo dió, podeis
Celebrar el que lo tome.

PEROSA.

¡Cómo!

JUAN.

Que sustituyera
Un narcótico, mandóme,
Al veneno que me dieran
Para Samuel.

GARCÍA.

(¡Iscariote!)

PEROSA.

Si hacerle traicion pensabas,
¿Por qué consentiste entónces?

JUAN.

Quise descubrir sus planes.

PEROSA. (Aparte.)

(Sí: guárdate los doblones.)
Así, agradecido, el Rey
Premia al que le sirve noble.

(Le da una bolsa.)

GARCÍA.

(¡Otra bolsa! á dos carrillos
Siempre los pícaros comen.)

JUAN.

Este es el pomo.

PEROSA. (Examinándole.)

¡Qué miro!
¡Cosas de mi hijo! ¡es un zote!

JUAN.

¿Qué decís!

PEROSA.

¡Desde pequeño
Demostró ya sus precoces
Torpezas! castigar quiso
Dios á un tiempo dos traiciones.

JUAN.

¡Cómo!

PEROSA.

Apénas de la ciencia
Los rudimentos conoce;
Y equivocado, un veneno
Tomó de los más atroces.
¡Como que no hay contra-yerba
Que lo cure! ¡no le toques
Sin precaucion! no lo extraño:
¡Si mi hijo siempre fué torpe!
Bien hice en que otra carrera
Siguiese; que al dar mandobles
No es fácil que al enemigo
Con los suyos equivoque;
Mas siendo doctor, pudiera
Con semejantes errores,
En un dia de fortuna,
Enterrar toda la córte.

JUAN.

Y ¿tan activo es el tósigo!

PEROSA.

Quizá á quien darle te sobre,
Y querrás saber... ya dije
Que causa tales dolores,
Que al más cruel enemigo
No se le diera.

JUAN.

Asaltóme
Una idea.

PEROSA.

Como tuya,
¡Infernal!

JUAN.

Si estais conforme
Con ella, ganar podria
Ambos bolsillos, como hombre
Honrado.

PEROSA.

(¡Ya!...) Dí.

JUAN.

El Rey quiere
Que un tósigo Samuel tome;
Y me ha mandado vuestro hijo
Que esto le dé: yo obro noble
Con ambos, y no tendrán
Queja alguna de mi porte;
Pues se lo doy, él lo toma,
Y se muere, y buenas noches.

PEROSA.

¡Brava ocurrencia! ¡Ja! ¡Ja!

JUAN.

¡No hay nada que no se logre
Con el ingenio!

PEROSA.

Me place.
Me dirás en dónde pones
El cadáver.

JUAN.

Está bien.

GARCÍA. (Va á retirarse y tropieza.)

(¡Infames!)

PEROSA.

¿Eh?...

JUAN.

¿Quién nos oye?

PEROSA.

¿Aquí García!

GARCÍA.

Sí, el mismo,
Que hace tiempo que os conoce,

Y al descubrir no se admira
Tan pérfidos corazones.

PEROSA.

¿Cómo se atreve!... al instante
Á ese estudiantillo ponme,
Para que avisar no pueda,
En la prision de la torre.

JUAN. (Ap. á García.)

Poco habitarás en ella.

GARCÍA.

(¡Quién se fia de traidores!)

PEROSA.

La sentencia ha de cumplirse
Al punto.

JUAN.

Que por él doblen.

(Vase con García.)

## ESCENA XIII.

PEROSA. FORTUN. Luégo LIA.

FORTUN. (Acercándose á Perosa con misterio.)

La llave de aquella puerta...

PEROSA.

Buen Fortun... hay nuevas órdenes.

FORTUN.

¿No la quereis?

PEROSA.

No hace falta.
Véte, y avisa á esa jóven...

FORTUN. (Señalándole á Lia que aparece, y se queda á la puerta con timidez.)

No hay para qué...

PEROSA.

Bien, despeja,
Y para marchar disponte.

(Vase Fortun.)

LIA. (Acercándose.)

¿Es tiempo ya?

PEROSA.

Voy, señora;
Pero ¡Dios me lo perdone!
Yo consentir no debia...

LIA. (Con vehemencia.)

¡Sí, sí!...

PEROSA.

¡Ya lo veis! soy dócil.

LIA.

Gracias, señor.

PEROSA.

Procurad
Que á vuestro rostro no asome
Ningun recelo...

LIA.

Comprendo.
¿Á qué aumentar sus dolores?
¡Cierto!

PEROSA.

¡Le veréis al punto!
Esperadle aquí.

## ESCENA XIV.

LIA, sola.

¡Veloces
Pasad, horas de agonía!
Y Alfonso ¿dónde está, dónde?
¡Me deja sola! ¡me deja
Entregada á mis temores!
¡Oh, Dios! sin esta esperanza,
Que mi alma sedienta absorbe,
¿Cómo pudiera?...

(Mirando adentro.)

¡Ay! ¡él es!
¡Corazon! no me abandones.

(Separándose á un lado, de modo que no pueda verla Samuel.)

## ESCENA XV.

PEROSA. SAMUEL. LIA. JUAN DIENTE, á un lado.

SAMUEL.

Las gracias os doy, Perosa,
Por el calmante: ¡he sentido
Tanto alivio!...

LIA.

(¡Qué angustiosa
Situacion!)

SAMUEL.

¡Idea horrorosa!
¡Otra vez me habeis traido
Al tormento?

PEROSA.

No.

LIA.

¡Ay de mí!

PEROSA.

Os traje, haciéndoos favor,
Y ¿así agradeceis!...

SAMUEL. (Irónicamente.)

¡Oh! ¡sí!...

PEROSA.

Hablaros quieren, y aquí
Sin duda estaréis mejor.
Veréis desde este paraje
Del Bétis la trasparencia,
Que cual serpiente de encaje
Bordando va ese paisaje,
Rico en colores y esencia.

(Se sienta Samuel sin ver á Lia.)

SAMUEL.

Esos campos de alegría
No ve quien perdió la calma;
Pues todo su pena impía
Lo viste con la sombría
Nube en que se envuelve el alma.

JUAN. (A Perosa, por Lia.)

¿No se acerca?

LIA.

Temo su ira.

SAMUEL.

¿En qué encontrará hermosura
Quien desgarrado suspira,
Si todo al traves lo mira
De su llanto y amargura?
¿Qué habrá que no te atormente,
Corazon! deja esta vida:
Si es triste, horrible el presente,
¿Algo se hallará en mi mente,
Que no rasgue más tu herida?
¡Feliz, si allí hubiera muerto!
Nada hay que á tu paz le cuadre:
¿Qué es para tí, tronco yerto,
La vida, el mundo! ¡un desierto!
¿Qué esperas?

(Con alegría.)

¡La muerte!

LIA. (Se habrá ido acercando medrosa hasta arrodillarse á su lado.)

¡Padre!

SAMUEL. (Al abrazarla la rechaza.)

¡Mi hija! ¡aparta!

JUAN. (A Perosa.)

¡Al fin judío!
¿Qué razon tendrá?...

PEROSA.

No acierto...

SAMUEL.

Un tiempo te adoró: ¡impío
Le hirió tu brazo!

LIA.

¡Dios mio!

SAMUEL.

¡Para tí, tu padre ha muerto!
¿Qué tu labio contestara,
Si á pedir cuenta viniera
De tu fe y su honor? Te odiara,
Ó quizá te despreciara,
Ó tal vez te maldijera.
Por un halago mundano
Entregó su fe á un cristiano;
Y por Satanás tentada,
A un verdugo, despiadada
Entregó á su padre anciano.

LIA.

¡Padre!!

SAMUEL.

¡Aparta!

JUAN.

¡Qué rigor!

SAMUEL.

¡Mi hija! no, nunca lo fué
La que así faltó á su honor,
Y de su padre al amor,
Y de su Dios á la fe.
Dios en el alma atesora
Dos religiones: con la una
La paz del cielo se implora;
Y aquí con la otra se adora
Al que nos meció en la cuna.
Tu alma de culpas avara,
Perjura arrancó las dos:
¿Qué mucho que cruel obrara,
Y así á su padre olvidara,
Quien se olvidó de su Dios!

LIA.

Perdona al arrepentido,
Dios, que lee en el corazon:
Si en él hubierais leido
Cuánto os amo, enternecido
Me otorgarais el perdon.
¡Que falté á mi ley! yo sé
Tan sólo que ciega amé;
Si falté á su religion, (Mirando al cielo.)
¿Por qué me dió un corazon
Con más ternura que fe?
Ramas de la misma palma,
Dios al hombre darle quiso,
Tierna compañera, otra alma
En la deleitosa calma
Del encantado paraíso,
Y la dijo: «¡Para él sé
Lo que es al árbol la rama,
Y su fe será tu fe»;
Y al hombre le dijo: «¡cré!»
Y dijo á la mujer: «¡ama!
¡Tu albedrío, tu hermosura
Suyas serán; su dolor
Calme, endulce tu ternura:
Será tu fe su ventura,
Tu religion el amor!»

SAMUEL.

Tus culpas, ¿cómo borrarlas!

LIA.

Y un padre ¿podrá vengarlas?
¡Mi amor sabrá redimirlas!

SAMUEL.

¿Y la pena de sentirlas?

LIA.

¿Y el placer de perdonarlas?
No aparteis de mí los ojos.

SAMUEL.

Fuiste por demas ingrata.

LIA.

¡Volvedlos! vedme de hinojos,
¿Llorais?

SAMUEL.

¡Yo... no!

LIA.

¡Ah, sí!

SAMUEL.

¡Es de enojos!
¡Es... que la pena me mata!

LIA.

Sí: llorais, y vuestro llanto
Es de ternura, y quizás...

SAMUEL.

¡Huye! ¡de verte me espanto!

PEROSA. (Interponiéndose.)

Tarde es: si el Rey llega en tanto...

SAMUEL. (Con ternura.)

Dejadla un instante más.

LIA.

Si mi pena os condolió,
Felices áun otra vez,
Digna de vos me haré yo.

SAMUEL.

¡Felices!... ¡Ah!

LIA.

¿Por qué no?
Sol de esa fria vejez,
Junto á vos en oracion
Siempre, seré vuestro encanto
Como ántes. ¡Ah! no más llanto.

(Enjuga los ojos de Samuel.)

SAMUEL.

¡Hija de mi corazon!
Recibe mi... ¡Cielo santo!

(Al abrazarla, se detiene asaltado por los síntomas del tósigo.)

JUAN. (A Perosa.)

Comenzó á obrar el veneno.

SAMUEL.

Siento aquí...

LIA.

(¡Si le pudiera
Decir... todo se perdiera!)

SAMUEL. (Mirando á Perosa.)

Su rostro de gozo lleno...
¡El rostro de la pantera!
¡No tuvo el Rey compasion!

LIA.

(¡Salvarle habremos logrado!)

SAMUEL.

La frente y el corazon
Se abrasan: sí, tigres son.
¡Hija! ¡me han envenenado!

LIA. (No puede reprimir el gozo, creyendo en el engaño de Perosa y Diente.)

¡Ah!

SAMUEL.

Pero ¿lo oyes! ¡de pena
Ninguna señal se advierte
En su rostro! ¡está serena!
¡Oh! ¡la traidora sirena
Se está gozando en mi muerte!

LIA.

¿Pensais?...

SAMUEL.

¡Del triunfo se engríen!

LIA.

(¡Gran Dios! que no desconfien.)

JUAN.

(Cree que se salva, y se alegra.)

LIA.

(Creen que se muere, y sonrien.)

PEROSA.

(¡Alma cándida!)

LIA.

(¡Alma negra!)

SAMUEL.

¡Reid! vuestro hipócrita llanto
Me ofendiera más.

LIA.

(¡Dios santo!
Si torpe Alfonso... ¡idea horrible!
¡Ah! no, ¡no! ¡no! ¡es imposible!
¡Sé que no muere, y me espanto!)

SAMUEL.

¡Reid, sí! ¡que un dia vendrá
En que el cruel remordimiento
Mi sombra os retratará,
Riendo, como en el tormento!
Como rio ahora ¡ja! ¡ja!
Risa de dolor, que apénas
Os deje un instante en calma:
¡Ella vengará mis penas!
Que el veneno de mis venas
Irá á emponzoñar vuestra alma.
Como yo os maldecirá
Dios: ¡vuestra risa prefiero!
Riamos todos. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!!

LIA.

¡Padre!

SAMUEL.

¡Acércate, ven!

LIA.

¡Ah!

SAMUEL.

Yo en nombre de Dios te... ¡ay! ¡muero!

(Cae.)

# ACTO CUARTO.

Una cabaña de pescadores á orillas del Guadalquivir. En el fondo, á la derecha del espectador, una puerta que da salida al campo, y cerca de ella una hoguera. En el mismo lado, y cerca del proscenio, puerta que comunica con una habitacion interior. A la izquierda, un lecho de regular apariencia, con colgaduras, en el que está acostado Samuel. Al levantarse el telon, Lia estará junto al lecho, contemplando á su padre: Alfonso y Juan Diente, á la puerta del fondo.

## ESCENA PRIMERA.

LIA. ALFONSO. JUAN DIENTE.

JUAN. (Hablando adentro.)

Nada más: id en buen hora.

ALFONSO.

En fin...

JUAN.
Todo está corriente.
He despachado á esos hombres,
Porque no es bueno que observen...

ALFONSO.
¿Nada han conocido?

(Bajan al proscenio.)

JUAN.
Nada.

LIA.
¿Quién sospechará que duerme,
Contemplando ese semblante,
Donde se pinta la muerte!

ALFONSO.
¡María!

LIA.
Helado, insensible,
Como de mármol parece.

ALFONSO.
Esperemos.

JUAN.
Nada ya
Vuestro corazon recele.
Ántes que amanezca el dia,
De mi lealtad evidentes
Pruebas tendréis.

LIA. (Separándose del lecho.)
¡Cuánto! ¡cuánto
Mi felicidad os debe! (Dirigiéndose á Alfonso.)
Y ¡le calumnian!

JUAN.
La fama
Supone, y hay quien lo cree,
Que tengo el alma insensible;
Ya lo veis, la fama miente.

LIA.
¡Miente! y aunque cierta sea,
En este trance solemne
Vuestra piedad generosa
De lo pasado os absuelve.
Esta infeliz, pobre ya,
Con nada pagaros puede;
Pero Dios, que todo es gracia,
Cual lo mereceis os premie.

JUAN.
(¡La maldicion es terrible!)

ALFONSO.
Dia vendrá en que la suerte,
De perseguirnos cansada,
Nuestro valor recompense;
Y entónces, yo te lo juro,
Cuanto tu ambicion desee...

JUAN.
¿Para qué? no hablemos dello.
El caso no lo merece.

ALFONSO.
Sí: tu accion es la de un noble.

JUAN.
Yo cumplo con mis deberes.

ALFONSO.
Es cierto; mas si algun dia
Tu propia bondad te vende,
Si don Pedro...

JUAN.
Es imposible
Que de mi lealtad sospeche.
Y si la ingrata fortuna
Me abandona, ¿qué se pierde?
Escrito está mi destino,
Y venga lo que viniere.

LIA.
Ya lo ves, cómo en el alma
Del hombre, duermen á veces
Nobles instintos, que luchan
Por revelarse, impacientes.

JUAN.
Si algun temor me acompaña,
No es por el Rey.

ALFONSO.
¿De quién temes?

JUAN.
Perdonad si no os lo digo.

ALFONSO.
¿La causa?

JUAN.
Hay cosas que ofenden.

ALFONSO.
¡Mi padre!

JUAN.
No sé qué es ello;
Pero es la verdad, que siempre
De aquella mirada torva
La viva luz me estremece.
Y á fe que este corazon
No es tan blando que se pliegue
Al temor; pero es en vano
Que se fatigue rebelde.
No os lo quisiera decir;
Pero aquellos ojos tienen
Más que la expresion humana,
La atraccion de la serpiente.

ALFONSO.
Basta, Juan: harto conozco
Esa verdad; mas, ¿qué quieres?
Le respeto como á padre...

JUAN.
Por Dios, que no se os parece.

ALFONSO.
Su amor al Rey, las bondades
Con que don Pedro le atiende,
Son causa de que le tenga
Aprisionado en sus redes.
¿Quién resiste al incentivo
De ese esplendor refulgente,
Mas peligroso, que brilla
En derredor de los reyes!

JUAN.
¿Que si es verdad? eso mismo
Digo yo: don Pedro es fuerte;
Y luchar con él...

ALFONSO.
Sería
Locura.

JUAN.
Fuera exponerse;
Y por la misma razon,
Para que nadie recele
De mí, vuélvome á palacio.

LIA.
¿Tan presto!

JUAN.
Bueno es que os deje.
No puede tardar el dia,
Y yo conozco á mi gente.
Adios.

ALFONSO.
Nunca olvidaré
Tu bondad.

JUAN.
Es cosa leve.

LIA.
La bendicion de dos almas
Te seguirá eternamente.

JUAN.
(¡Me holgara de merecerla!...
Pero en fin, mi oficio es éste.)

## ESCENA II.

ALFONSO. LIA. SAMUEL.

LIA.
Alfonso, ¡cuán feliz soy!
Ese hombre no es un malvado.

ALFONSO.
¿Estás tranquila?

LIA.
Lo estoy.
Ya crédito y fe le doy
Despues de haberle escuchado.
Su voz, en solo un instante,
En mí despertó la calma,
Persuasiva y penetrante.
¡Oh! bien dicen que el semblante
Es el espejo del alma.

ALFONSO.
¡Feliz! tambien lo sería,
Si una duda no turbara
Mi tranquilidad, María.

LIA.
¿Dudas?...

ALFONSO.
De la estrella mia,
Siempre de mi bien avara.

LIA.
¿Qué es lo que temes?

ALFONSO.
Quizá
Tu padre, enojado y ciego,
Nuestro amor maldecirá:
Acaso rechazará
Tus caricias y mi ruego.

LIA.
¡No, Alfonso! ¿cómo es creible?

ALFONSO.
¿Y si resiste á tu llanto,
Si nos condena inflexible?

LIA.
¡Nunca! ¡imposible! ¡imposible!
¿No sabes?... ¡me quiere tanto!
Y cuando en tu afecto crea,
Y abrir á sus piés nos vea
De su destierro el camino...

ALFONSO.
¿Qué dices!

LIA.
Sí; que uno sea
Para los tres el destino.
Léjos del ingrato suelo,
Donde ya fuera imposible
Para mí todo consuelo,
Buscaremos otro cielo
Más claro, más apacible.
Y si risueño no brilla
Con esa luz placentera,
Que derrama en mi Sevilla;
Si recordamos la orilla
De esa frondosa ribera;
Nuestro corazon ufano
Gozará al ménos tranquilo
Donde no alcance esa mano,
Que cierra á un mísero anciano
El ya acostumbrado asilo.

ALFONSO.
¿Y si tu ilusion te engaña!
¿Y si olvidadas tus iras,
Al mirarte en tierra extraña,
Te acuerdas de nuestra España,
Y al acordarte, suspiras!
¡Dejar la querida tierra,
Que los recuerdos encierra
De nuestra infancia dichosa!

LIA.
¿Por qué no, si rigorosa
De su calor nos destierra?

ALFONSO.
¿Dónde hallarás el ardiente
Sol, que á sus campos da vida?
¿Dónde el amoroso ambiente
Y el claro azul trasparente
De su atmósfera encendida?

¿Qué alma habrá tan desgarrada
En quien alegre no influya
Esa ciudad encantada,
Al árabe conquistada,
Y áun risueña como suya?
Igual búscala, si quieres,
Del mundo hasta en los confines;
Mas donde quiera que fueres,
Recordarás sus placeres,
Y su cielo y sus jardines.

LIA.

Dame una pobre cabaña
Donde escuche tus amores;
Que ó mi corazon se engaña,
Ó allí tendré yo de España
La luz, el cielo y las flores.
Allá con nuevo placer
El pasado olvidaremos;
Y si esto no puede ser,
Si nuestra dicha no hacemos,
Haremos nuestro deber.

ALFONSO. (Mirando á la puerta del fondo.)

¡Espera!

## ESCENA III.

DICHOS. GARCÍA, que sale agitado.

GARCÍA.

¡Os encuentro al fin!

LIA.

¡García!

GARCÍA.

Sí.

ALFONSO.

Pero ¿cómo!...

GARCÍA.

Esperad.

ALFONSO.

Habla.

GARCÍA.

No puedo.

ALFONSO.

¡Traes desencajado el rostro!

LIA.

¡Algun pesar!

GARCÍA.

¡Ay, señora!
¡El más horrible de todos!

LIA.

¡Me haces temblar!

GARCÍA. (Á Alfonso.)

¿No os lo dije?
Ni la seduccion ni el oro
La sed calmarán de sangre
En el corazon del monstruo.

LIA.

¿Qué dice!...

GARCÍA.

Olvidar no puedo
Aquel semblante diabólico,
Aquella expresion siniestra,
Que centellaba en sus ojos.

ALFONSO.

El carcelero...

GARCÍA.

Insensible
Á la piedad y al soborno,
Vuestro secreto ha vendido.

ALFONSO.

¿Es posible!

GARCÍA.

Sí.

LIA.

¡Qué oigo!
Salvémosle. (Dirigiéndose al lecho.)

GARCÍA.

¿Para qué?
No vendrán: de eso respondo.

ALFONSO.

¡No te comprendo, García!

GARCÍA.

¿Qué importa al tirano odioso
Que le arrebaten su víctima?

ALFONSO.

¡Le basta con sus tesoros!

LIA.

¿Qué importa?...

GARCÍA.

¡Pues bien, señora!
Sabedlo... ya que es forzoso.
El tigre soltó su presa,
Es verdad, ¡sí! pero sólo
Cuando en sus garras quedó
Helado, insensible el tronco.

LIA.

¡Ah!

ALFONSO.

¡Imposible!

GARCÍA.

El que juzgasteis
Licor benigno, era un tósigo.

ALFONSO.

¡No! ¡no!...

GARCÍA.

Vuestro padre mismo,
Al reconocerle, absorto,
Temió su contacto.

LIA.

¿Es cierto?...

GARCÍA.

¡Por desdicha!

LIA.

¡Alfonso! ¡Alfonso!
¿Qué has hecho!

ALFONSO.

Aborréceme,
Yo me aborrezco á mí propio.

LIA.

¡Tantas bellas esperanzas,
Tantos ardientes propósitos
Eran sueños! ¡Padre mio!
¡Ah! te vengará mi encono.

ALFONSO.

¡María! el dolor te ciega.

LIA. (Con sarcasmo.)

¿No es justo?

ALFONSO.

Sí, lo conozco;
Mas si imaginar pudieses...

LIA.

Nada sé, nada supongo.
Vive feliz: desde ahora
No turbarán tu reposo
Ni las lágrimas que vierto
Ni los suspiros que ahogo.
Pero hay un crímen horrible
Que se eleva entre nosotros;
Y hoy del amor y el deber
Los vínculos quedan rotos.

GARCÍA.

Señora, ¿qué estais diciendo!
¡Suponer engaño ó dolo
En tal corazon!...

ALFONSO.

¡María!

LIA.

¡Nunca! ¡no! ¡no te perdono!
Da la vida á este cadáver;
Anima el semblante torvo
De un padre, sacrificado
Á tu ambicion ó á tu antojo.
En tanto, nada me digas:
Huye de mí, ¡pronto, pronto!
Que no podré aborrecerte,
Si te miro y si te oigo.

ALFONSO. (Aparte los dos.)

(Ven, García.)

GARCÍA.

(¿Qué quereis
Hacer?)

ALFONSO.

(Arriesgarlo todo.
Ven, y ese triste cadáver
Apartemos de sus ojos.)

(Vanse por la puerta del fondo.)

## ESCENA IV.

LIA. SAMUEL.

LIA. (Despues de notar la ausencia de García y Alfonso.)

¡Huyamos, sí, no vaciles
Entre el deber y el oprobio,
Corazon! muera el cariño
Ahogado entre mis sollozos.
¡Sacrílego es ya este amor!
Lánzale de tí animoso;
Y si olvidarle no puedes,
Recuérdale, mas con ódio.

(Éntrase por la puerta de la derecha. Un momento despues, Samuel, separando las cortinas del lecho, baja de él lentamente. En su fisonomía se marcará el asombro y adormecimiento de su razon. El diálogo manifestará al actor las transiciones con que ha de volver á su completo acuerdo.)

## ESCENA V.

SAMUEL, solo.

¡Prefiero vuestra risa! ¡sí! ¡los veo!
¡La voy á maldecir!... ¡Oh! ¡nunca! ¡nunca!
—¿Dónde estoy! ¡Es posible! ¿quién desata
Del sepulcro las frias ligaduras?
¡Oh! ¿qué rumor es éste, pavoroso,
Que en mi cerebro acompasado zumba?
¡La muerte! ¡sí, es la muerte! ¡al desprenderse,
(Pausa.)
Inquieta el alma con el cuerpo lucha!
¡Pero no! ¿y estos lazos inflexibles
Que mis helados miembros descoyuntan?
¿Y estos dolores? ¡Ay! ¡mi sangre toda
Refluye al corazon! ¡la vida triunfa!
¡La vida! ¿no era un sueño? esta pesada
Fascinacion que mi cabeza abruma,
¿Era un sueño no más, ó es que deliro
Y entre tinieblas mi razon fluctúa?
—¡Pesadilla infernal! aquí mezclados
En espantosa confusion se agrupan
Mil sombras, mil recuerdos, pero inertes.
—¡Esta morada silenciosa, oscura!...
¿Dónde estoy! ¿qué terror desconocido
Con helado sudor mi frente inunda?
¡Oh! ¡si llegase á mí consoladora
Una palabra humana! ¡sólo una!
—¡Este horrible silencio me estremece!
(Se dirige como instintivamente adonde está la hoguera.)
¿Y ese rayo de luz que me deslumbra?...
—Huyen las sombras, ¡sí! la luz ahuyenta
Esos fantasmas de la noche muda.
(Se sienta á la hoguera.)
¡Con qué placer mi aliento se dilata!
¡Oh! ¡cómo hierve y rápida circula
En mis venas la sangre! ¡cómo pasan
(Sonriéndose.)
Esas visiones de la mente, estúpidas!

## ESCENA VI.

SAMUEL. LIA, cubierta con un velo. Lia sale del aposento de la derecha, y atravesando el teatro, se dirige al lecho, de modo que éste la oculte á Samuel.

LIA.

¡Sola en el mundo! ¡sola! ¿por qué el cielo
Prolonga de esta vida la amargura

Si para mí no hay dicha ni esperanza!
¡Venturas para mí! ¿las habrá nunca?
¡Pobre anciano! mis locos devaneos
Ahondaron para tí la sepultura.
(Notando el desórden del lecho y viéndole vacío.)
¡Qué miro! ¡Alfonso! ¡Alfonso! ¡desdichado!

SAMUEL.
¡Gritos! ¡sollozos!

LIA.
¡De mi ausencia abusa!

SAMUEL. (Con voz medrosa.)
¡Lia!

LIA. (Espantada.)
¡Dios de mis padres! ese acento...
(Permanece por un instante inmóvil.)
¡Ilusion! ¡ilusion! todo me asusta.
Del seno de la noche se desprenden
Tristes rumores que el temor abulta.

SAMUEL. (Levantándose, y dirigiéndose lentamente á Lia.)
¡Lia!

LIA.
¡Es posible! ¡no! no me engañaba.
¡Oh! ¡de los cielos Providencia augusta!
—¡Corazon miserable! ¿por qué tiemblas?
Esa querida voz... ¡Ay! era suya.
(Samuel habrá llegado hasta el proscenio, de modo que pueda verle su hija: ésta da un grito de alborozo, y se arroja en los brazos de Samuel.)

SAMUEL.
¡Cuánto has tardado!

LIA.
¡Vive!

SAMUEL.
¡Con qué gozo
Esa palabra mágica pronuncias!

LIA.
¡Ay!... ¡vive!

SAMUEL.
¡Tú tambien! dime...

LIA.
¡García
Nos ha engañado con infame astucia!
¡Él nos vende tambien!

SAMUEL.
Dime, ¡era cierto!
Esa idea fatídica, importuna...

LIA.
¿Habrá perdido la razon!

SAMUEL.
Atiende:
¡Háblame, ven! disiparás mis dudas.
He soñado, ¿es verdad?

LIA.
(¡Pluguiera al cielo!)

SAMUEL.
¿Por qué tu rostro con temor me ocultas?

LIA.
¡Padre mio!

SAMUEL.
Oyemé: descarriada
En sombras mi razon, ciega y confusa,
De encontradas memorias se alimenta,
Y en vano el lazo que las une, busca.
¡La muerte! mas primero... ¡no! primero...
¿Recuerdas tú?

LIA.
¡La cárcel, la tortura!...

SAMUEL.
¿Y por qué?

LIA.
Del monarca la venganza
Severa os hiere.

SAMUEL. (Recordando.)
¡Mi lealtad calumnian!
¡Sí, sí! y aquel semblante pavoroso,
Que en mí fijando la mirada astuta,
Hiela mi sangre... ¡Pérfido!... y mi labio
Del hondo vaso la ponzoña apura.

LIA.
Era el licor benéfico...

SAMUEL.
¡Es el fuego
Que áun me consume aquí! mortal cicuta
Que el corazon taladra, y gota á gota
Candente por mis venas se rezuma.
Y luégo una mujer...

LIA.
(¡Piedad, Dios mio!)

SAMUEL.
Tú me recordarás... ¡atiende! ¡escucha!
—¡No eras tú, no! imposible... aunque brillaba
Con todo el resplandor de tu hermosura.
Pero aquella mujer, inexorable,
Al contemplar mi dolorosa angustia,
De sus ojos fatídicos lanzaba
Rayos de ardiente y de infernal ventura.

LIA.
¡Es verdad! pero aquel cuya mirada
Del alma ve la oscuridad profunda,
De esa mujer alimentaba el gozo,
Y la animó con su clemencia suma.
¡Ella apuró con amoroso esfuerzo
Toda la hiel de vuestra saña injusta,
Porque esperaba en Dios, y esta esperanza
¡Viéndolo estais en mí! no engaña nunca.

SAMUEL.
¡Sí, comprendo! ¡recuerdo!... condenado
Por mi desdicha y por ajena culpa...
—¡Alfonso! ¡él es el que me da la muerte!

LIA.
Y tambien él os arrancó á la tumba.
Él fué, señor, el que os hundió en el sueño,
Que de la vida la apariencia oculta...

SAMUEL. (Conmovido.)
¿Dónde está? quiero verle.

LIA.
Á vuestras plantas
Bendiciendo su afan y su fortuna

En breve le veréis; y si de un padre
No le rechaza la inclemencia justa...

SAMUEL.

¿Qué dices!

LIA.

De ese afecto le hace digno
Su noble corazon. Esposa suya,
Mi existencia y mi fe le he consagrado,
Y un mismo lazo nuestra suerte aduna.

SAMUEL.

¡Y te arranca á mis brazos! ¡y yo, solo,
Abandonado quedaré sin duda!

LIA.

¡No, jamas! ¡nuestro amor os acompaña!
No hay ya seguridad sino en la fuga.

SAMUEL.

Y eso ¿es posible? ¡huir!...

LIA.

Ligera nave,
Ántes que el sol en el Oriente luzca,
Sus velas tenderá, y al africano
Suelo, que amais, nos llevará segura.

SAMUEL.

Tan grande, tan sublime sacrificio,
¿Qué no merece!

LIA.

Si el amor disculpa
Yerros del corazon...

SAMUEL.

¡Sí, sí! ¡hija mia!
¡Lo quiere Dios! ¡su voluntad se cumpla!

## ESCENA VII.

DICHOS. ALFONSO. GARCÍA.

ALFONSO.

¡Qué miro! ¿es cierto!...

LIA. (Corriendo hácia él con alegría.)

¡Ven, sí!...
¡Nos has mentido! (Á García.)

ALFONSO. (Empuñando la daga.)

¡Villano!

LIA. (Deteniéndole.)

¡Alfonso!

GARCÍA. (Con dolor.)

Tened la mano.
¡Ah! ¿con que dudais de mí!

(Alfonso cierra precipitadamente la puerta del fondo, y se dirige á Samuel, llevando á Lia de la mano.)

ALFONSO.

No es ilusion de mis ojos.
(Sin atreverse á llegar á Samuel.)

LIA.

¡Padre!—¿Qué temes? Ven, llega.

ALFONSO.

Mas si su perdon me niega...

SAMUEL.

¡No, hijos, no! basta de enojos.
Agradecido te estoy;
Mas... si tanto bien me hiciste,
Por la vida que me diste, (Mirando á Lia.)
Cuanto yo tengo te doy.

ALFONSO.

¡Es posible! ¿no hay ya encono,
No hay rencor en vuestro pecho?...

SAMUEL.

¡No, Alfonso! el mal que me has hecho,
En cambio del bien perdono.
Mas si debo á tu valor
Tanto, que en gloriosa palma
De mi tesoro del alma
Te doy la prenda mejor,
No abrevies al moribundo
Viejo, de su vida el plazo,
Rompiendo el único lazo
Que me liga con el mundo.

LIA. (Á Alfonso.)

¡Os lo ofrece! ¿No es verdad?

SAMUEL.

Dime que á mi ruego accedes.

LIA.

Tú abandonarle no puedes
Á su triste soledad.

ALFONSO.

¡No, padre mio! os lo juro.
Pues que el hado nos destierra,
Con vos iré, de la tierra
Hasta el confin más oscuro.
¿Hay ya en esta patria mia,
Donde el dolor me persigue,
Ni respeto que me obligue,
Ni afecto que me sonría? (Con amargura.)
Sólo un bien debo á mi estrella;
Y enamorado y cautivo
De una mujer, sólo vivo
Cifrando mi vida en ella.

SAMUEL.

Ahora la vida me das.

LIA.

¡Ay! poseyendo ese encanto,
¿Fué locura amarle tanto?
¿Lo fuera el quererle áun más?
(Se oye llamar misteriosamente á la puerta.)

SAMUEL.

¡Ah!

ALFONSO. (Acercándose á la puerta.)

¿Quién es?

PEROSA. (Dentro.)

Perosa.

LIA.

¿Quién!
¿Tu padre?

SAMUEL.

Sí: soy perdido.

LIA.

¡Pronto! aquí...

(Hace entrar á Samuel en el aposento de la derecha.)

ALFONSO. (Mirando con ojos amenazadores á García.)

Nos han vendido

Sin duda.

GARCÍA. (Con triste resignacion.)

¡Y yo soy tambien!

ALFONSO.

¡Rapaz! ¡ay de tí, si osado

Á hacernos traicion te atreves!

¡Ay de tí, si el labio mueves!

(Le empuja hácia donde está el lecho, de modo que García queda oculto á los ojos de Perosa.)

LIA.

¡Tan jóven y tan malvado!

(Alfonso abre la puerta del fondo.)

## ESCENA VIII.

DICHOS. PEROSA.

PEROSA. (Mirando á todos lados.)

¿Qué es esto!

ALFONSO.

Voy á partir,

Y conmigo á mi María

Llevo, señor.

PEROSA. (Con dolor reconcentrado, y volviendo repentinamente á su impasibilidad.)

Lo sabía,

Y te vengo á despedir.

ALFONSO. (Espantado.)

¡Cómo! vos...

PEROSA.

¡Pobre inocente!

¿No sabe más tu cautela?

Y ¿partís solos?

LIA.

(¡Me hiela

Esa mirada impudente!)

PEROSA.

¡Ya se ve! ¿qué es el cariño

Para tí, ni el sér, ni el nombre,

No ya del padre, del hombre

Que te educó desde niño?

¿Nada hay por desdicha en mí,

Que te inspire un sentimiento

De amor, de agradecimiento!

—Respóndeme: ¿no es así?

ALFONSO. (Conmovido.)

Señor...

LIA. (Ap. á Alfonso.)

(¡No! ¡nada reveles!)

ALFONSO.

Padre: es tal mi desventura,

Tal me llenan de amargura

Mis pensamientos crueles,

Que nada deciros puedo;

Y cuando mis labios abra,

Tal vez no halle una palabra,

Que no pronuncie con miedo.

No debo hablar.

PEROSA.

¿Que no debes!

Yo lo exijo, Alfonso.

ALFONSO.

¡Oh! no.

PEROSA.

¿Quieres que te diga yo

Lo que á explicar no te atreves?

Pues bien: salga de una vez

Este secreto escondido,

Del corazon oprimido

En la triste lobreguez.

Dime: bajo este penoso

Misterio, ¿no encuentras nada

Que responda á una mirada

De tu instinto generoso?

¿No has hallado en tu razon

Una sospecha, un indicio

De este horrible sacrificio,

Que he impuesto á mi corazon?

¿Nada mi conducta extraña

Te dice?

ALFONSO.

¡Sí, sí! deseo

Creeros, padre, y os creo.

LIA. (Ap. á Alfonso.)

¡Te engaña, Alfonso, te engaña!

PEROSA. (Buscándole con la vista.)

¿Samuel?...

ALFONSO.

¿A qué despertar

Recuerdos?...

PEROSA.

¿Dónde está? ¿dónde?

ALFONSO.

¡No entiendo!

PEROSA.

¡De mí se esconde!

—Y ¿por qué lo he de extrañar?

ALFONSO. (Mirando á Lia.)

No redobleis su amargura.

PEROSA.

Mas dí, ¿qué lugar le encierra!

ALFONSO. (Confuso.)

Preguntádselo... á la tierra

Que cubre su sepultura.

PEROSA.

¡Mientes!

(Se dirige al lecho y ve á su lado á García.)

¡Qué miro! ¡García!

¡Todo lo comprendo ahora!

—Y es ese imbécil... ¡Traidora,

Ingrata fortuna mia!

(Mirando al cielo, y exclamando con horrible sarcasmo.)

Y de mi noble intencion,

Porque más pena me cueste,
Es éste, ¡cielos! ¿es éste
Merecido galardon!

ALFONSO. (Acercándose á Perosa con muestras de interes.)
¡Qué oigo!

PEROSA.
El carcelero infiel
En quien fiaste indiscreto...

ALFONSO.
¿Qué?

PEROSA.
Me vendió tu secreto.

GARCÍA. (Sin poder contenerse.)
¡Ya lo veis! el malo es él.

PEROSA.
Yo he burlado su confianza:
Le he engañado.

ALFONSO.
De esa suerte...

PEROSA.
Era aparente esa muerte,
Lo mismo que mi esperanza.

(En este momento se ve aparecer á Samuel en la puerta de la habitacion donde se habia escondido, y Alfonso, que le ve primero, llama hácia él la atencion de su padre.)

## ESCENA IX.

DICHOS. SAMUEL.

ALFONSO.
Mirad.

PEROSA.
¡Samuel!

LIA.
¡Qué imprudencia!

SAMUEL.
Basta: ¡todo lo escuché!

PEROSA.
¡Señor! ¡Señor! blasfemé,
Dudando de tu clemencia.

SAMUEL.
¡Corazon noble!

ALFONSO.
¡Qué mal,
¡Oh padre! os he comprendido!

PEROSA.
Y... ¡me habrás aborrecido!
¿Hay cosa más natural?

SAMUEL.
¡Buen Perosa! os he agraviado.

PEROSA.
Hubo causa, y en rigor...

(Viendo á Lia, que se acerca á él y le besa conmovida las manos.)

¿Qué haces, hija?

LIA.
Yo, señor,
Tambien os he calumniado.

GARCÍA.
¿Y á mí?

LIA.
¡Perdona, García!

SAMUEL.
Pero á explicarme no acierto...

PEROSA.
¿Qué, Samuel?

SAMUEL.
No sé qué advierto...

ALFONSO.
¡Ya el alma me lo decia!

PEROSA.
Sí: mi vida es un arcano,
En cuyo abismo profundo
Injusto ha arrojado el mundo
Toda su hiel; pero en vano.
¡Oh! pues llegó de esta cruda
Separacion el momento,
¡Oye, Alfonso! ni el tormento
Has de llevar de una duda.

ALFONSO.
Hablad.

LIA.
Sí.

GARCÍA. (Viendo á Perosa, que se acerca á él.)
¿Qué va á decir!
Entiendo. (Hace que se va.)

PEROSA. (Á García.)
El riesgo áun es grave.
Avisa á los de la nave
Que estén prontos á partir.

GARCÍA.
Voy, voy. (Vase por la izquierda.)

## ESCENA X.

DICHOS, ménos GARCÍA.

PEROSA.
No os callaré nada;
Mas conservad la memoria
De esta dolorosa historia,
Del mundo entero ignorada.
En Talavera vivia
Diez años há, retirado
Del bullicio; que á su lado
Me llevó doña María.
Sólo una noche me hallaba,
Y, ocultando rostro y nombre,
Llegó á mis puertas un hombre,
Que hablarme solicitaba.
Recelé de aquel misterio
Por no sé qué extraño indicio;
Pero imploraba un servicio
De mi augusto ministerio.
El paso apénas le abrí,
Entró, respirando gozo,

Y separando el embozo,
La puerta cerró tras sí.
Era Olmedo, el escudero
De la Reina, y torvo, y fijo
El mirar, esto me dijo
Entre cortés y severo:
—Á tu saber y experiencia
Conquistados con afan,
Perosa, abiertos están
Los tesoros de la ciencia.
Dí en cuánto pagará el oro,
Y pagártelo prometo,
El más horrible secreto
Que guardas en tu tesoro.
Yerbas hay que dan la muerte,
¡Esto busco!—Y como vió
Mi indignacion, añadió:
—Negarte, será perderte.
—¡Olmedo! le contesté,
Peligre ó no mi existencia,
Hija de Dios es mi ciencia:
Jamas la profanaré.—
Instó, ofreció; pero en vano:
Y hallando inútil el ruego,
Puso, colérico y ciego,
Sobre su daga la mano.
Entónces debí morir
Con dignidad, con firmeza;
Pero venció mi flaqueza...
Y no supe resistir.

ALFONSO.

Y ¿en fin?...

PEROSA.

Al siguiente dia,
La multitud temerosa,
De una muerte misteriosa
La triste nueva esparcia.
Arrastrado por mi afan,
¿Quién es, pregunto, y con miedo
Apénas escuchar puedo...
—¡Doña Leonor de Guzmán!—
¡Desde aquel punto, perdí
La dicha, el sueño, el reposo!
Aquel recuerdo espantoso
No se apartaba de mí.
Y esa imágen que áun me asombra,
De mi flaqueza testigo,
¡Marchaba siempre conmigo,
Retratada hasta en mi sombra,
Y triste se querellaba,
Y enojada me seguia!
¡Veneno me parecia
El aire que respiraba!
En aquel fiero dolor
Que me mataba profundo,
Leyó mi delito el mundo
Y huyó de mí con horror.
Solo yo con mi conciencia
Me encontré: desamparado
Y triste, mas resignado,
Acepté mi penitencia.
Larga, sublime es la historia
De mi expiacion, pero oscura:
¡Campo triste de amargura,
Fecundo despues en gloria!
Yo alcancé la redencion
De aquella mi justa pena;
Pero... rompí mi cadena
Eslabon por eslabon.

SAMUEL.

Perosa, más que de un hombre
Es esa virtud.

ALFONSO.

¡Y en tanto
El mundo oirá con espanto
Maldecido vuestro nombre!

PEROSA.

¿Qué importa á la humanidad
En su ignorancia sencilla,
Si en mí la virtud no brilla
Al sol de la vanidad?
Muchos deben la existencia
(Dirigiendo á Samuel una mirada.)
Á este mentiroso alarde...
Y no extrañan que yo guarde
Con los hombres mi apariencia.

ALFONSO.

¿Quién es?...

## ESCENA XI.

DICHOS. GARCÍA.

GARCÍA.

Ya brilla la aurora,
Y la nave á tender va
Sus velas.

SAMUEL. (Con ansiedad.)

Partamos ya.

PEROSA. (Con amargura.)

¡Sí, Samuel! ¡partid!... ya es hora.

ALFONSO.

¿Y vos?...

LIA.

¡Os quedais, señor,
Aquí solo, abandonado!...

PEROSA. (Con afectada indiferencia.)

No, yo estoy acostumbrado
Á luchar con el dolor.
¿Veis? ¡ya amanece! ¿Á qué así
Prolongar nuestra fatiga?...
(Abrazando á sus hijos y sin poder contener los sollozos.)
Hijos, que el cielo os bendiga...
Y os dé más dicha que á mí.

# LA ESPADA DE BERNARDO.

## ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

LETRA DE D. A. GARCÍA GUTIERREZ, MÚSICA DE D. F. ASENJO BARBIERI.

Representada en Madrid, en el Teatro del Circo, el dia 14 de Enero de 1853.

### PERSONAS.

DOÑA LEONOR.
DOÑA VIOLANTE, *dueña.*
D. BERNARDO.
LAMPREA, *rodrigon.*
D. JUAN CHAMORRO, *alguacil mayor.*
D. TELLO.
D. LUIS.
FELIPE IV.
CABALLERO 1.º
VIEJA 1.ª
VIEJA 2.ª
VIEJA 3.ª

## ACTO PRIMERO.

Calle: á la derecha una casa de buena apariencia, con un poyo á la puerta: esta casa se destaca hasta ocupar una cuarta parte del teatro, con una ventana, que da frente al público. La puerta en el otro lado del ángulo. Bocacalles en tres ó cuatro direcciones.

### ESCENA PRIMERA.

DON JUAN. LAMPREA. Salen de la casa; Lamprea con un mosquete.

DON JUAN.
Lamprea, cuenta si hueles
Ronda ó galan.

LAMPREA.
No hay cuidado.

DON JUAN.
Voy en tu lealtad fiado:
No te duermas como sueles.

LAMPREA.
Bien puede ucé descansar.

DON JUAN.
Pues para haber de cumplir,
Á nadie dejes salir,
Á nadie dejes entrar.

LAMPREA.
Si don Bernardo resuelve
Ir á rondar...

DON JUAN.
¡Nada, nada!
Cierra; que á puerta cerrada,
El mismo diablo se vuelve.

LAMPREA.
Bien, señor.

DON JUAN.
Y ya que te hablo
De esto, dí (¡ tiemblo de gozo!):
¿No piensas tú que ese mozo
Tiene...

LAMPREA.
¿Qué?

DON JUAN.
Mucho de diablo?

LAMPREA.
En ese punto...

DON JUAN.
¿Qué opinas?

LAMPREA.
Que es un lindo bravonel.

DON JUAN.
Gran soldado...

LAMPREA.
De papel.

DON JUAN.
Acuchillador.

LAMPREA.
De esquinas.

DON JUAN.
No es muy grande la paciencia
Del que busca con porfía
Un disgusto cada dia,
Cada noche una pendencia.

LAMPREA.
Farsa y mentira, señor.

DON JUAN.
No, Lamprea, no convengo
Contigo en eso; yo tengo
Más confianza en su valor.

LAMPREA.
¿Su valor? ¡todo es alarde!

DON JUAN.
Pues mira, como eso sea
Verdad, amigo Lamprea...
No le quisiera cobarde;
Mas si es tal su condicion,

Esotra falta es de necio;
Que si al cobarde desprecio,
Abomino al fanfarron.
Mas no lo creo; su bravura
De Flándes aquí lo trajo...

LAMPREA.

¡Hum!...

DON JUAN.

Y por eso le atajo,
No nos haga otra diablura.
De mi casa los varones
Ejemplo de valor dieron:
Nunca los Chamorros fueron
Cobardes ni baladrones.
En fin, no dejes que salga.

LAMPREA.

Por mi condicion de viejo,
Óigame uced un consejo,
Y valga por lo que valga.

DON JUAN.

¿Un consejo? Ya lo aguardo.

LAMPREA.

Yo pienso que ucé lo yerra,
Cuando rigoroso encierra
Á mi señor don Bernardo.
Al fin es mozo, es galan,
De buen rostro, no mal talle,
Y estas prendas, en la calle
Se lucen, señor don Juan.
Esto pienso; no os asombre:
Y ya pasa de cariño
Querer guardar como un niño
Al que teneis por tan hombre.

DON JUAN.

Tú, por lo visto, no adviertes
Que está la Córte cansada
De ver su calma turbada
Con escándalos y muertes.
Su Majestad, con noticia
De tanta funesta lid,
Quiere dejar en Madrid
Recuerdos de su justicia,
Y manda que con rigor
Se persiga, y yo le alabo,
Á tanto insolente bravo
Que da á la Córte pavor.
Por eso á Bernardo oprimo,
No haga en la Córte un destrozo.
No he criado yo á ese mozo
Diez años para racimo.

LAMPREA.

(¡Fuera lástima!)

DON JUAN.

¡Ahí estriba!
Bueno es que guardado esté,
Si bravo, porque no dé;
Si no, porque no reciba,
Pues entónces mi Leonor
¡Se quedaba sin marido!

LAMPREA.

Ni áun eso habeis entendido,
Á lo que pienso, señor.

DON JUAN.

Pues dí, Lamprea, ¿has notado?...

LAMPREA.

Yo hablara...

DON JUAN.

¿Qué te detiene?

LAMPREA.

Me parece que le tiene
Hace ya tiempo, buscado.

DON JUAN.

¿Eso sabe?

LAMPREA.

Ya se arroba.

DON JUAN.

¡Callábasme esas noticias!

LAMPREA.

Es un saco de malicias
La que parece más boba.
Desde aquellas duras pruebas,
Con que Dios tentarnos quiso,
Perdimos el paraíso,
Pero no el diablo y las Evas.

DON JUAN.

Eso...

LAMPREA.

Del árbol vedado
Áun dura la tentacion;
Y si ella siente aficion,
No la faltará bocado.

DON JUAN.

Veremos: yo fio en tí.

LAMPREA.

Yo siento crecer la yerba...
(Cuando no me duermo.)

DON JUAN.

Observa
Cuanto pase por aquí.
Yo voy á empezar mi ronda.

LAMPREA.

(La rapazuela es astuta,
Y ella comerá la fruta,
Por mucho que se la esconda.)

(Don Juan ha hecho que se va durante este aparte.)

DON JUAN.

¡Eh! si á álguien llegas á ver
Que ronda...

LAMPREA.

¡Bah! ¡no le yerro!
¡Mosquetazo, y tente perro!
Ya sé lo que debo hacer.

DON JUAN.

¡Temerario!

LAMPREA.
Y que no marra.

DON JUAN.
¡No! ¡no! Escucha y brujulea,
Nada más; ¿lo oyes, Lamprea?
No te subas á la parra.
Adios. (¡Otra fiera!) (Vase.)

## ESCENA II.

LAMPREA. Luégo DON BERNARDO.

LAMPREA.
Sí,
Como si pudiera ser
El guardar á una mujer:
Que me lo pregunte á mí.
De eterno descanso goce
La que pudre, y no la vea
Con estos ojos. —¡Lamprea!
¿Qué hora es ya? Serán las doce.
¿Cómo contengo á ese loco,
Si en que ha de salir se aferra?
¿Quién esa puerta le cierra,
Ni le convence tampoco?
¿Cómo no! ¡ocurrencia sábia!
Para evitar todo encuentro,
Quédese Bernardo adentro.
(Cierra la puerta, echando la llave por fuera.)
Ahora grita, bufa y rabia.
Yo defiendo mis costillas. (Bostezando.)
¡Ja! ¡ja! que aunque él no es muy bravo,
El que sirve... ¡Ja! ¡ja! al cabo...
(Se echa en el poyo.)
Ya el sueño me hace cosquillas.

DON BERNARDO.
¿Se fué ya?

LAMPREA.
(¡Lo que tardó!)

DON BERNARDO.
¿No oyes, Lamprea?

LAMPREA.
(¡Ya estoy!)

DON BERNARDO.
¡Hijo, Lamprea!

LAMPREA.
(Allá voy.)

DON BERNARDO.
Que tengo prisa.

LAMPREA.
(Yo no.)

DON BERNARDO.
¡Rodrigon!

LAMPREA.
(¡Anda!)

DON BERNARDO.
¡Vejete!
¡Estantigua!

LAMPREA.
(¡Qué regalos!)

DON BERNARDO.
¿Á que te deslomo á palos?

LAMPREA.
¿Á que ucé me compromete?
(Levantándose.)

DON BERNARDO.
¡Te pones conmigo tú!

LAMPREA.
Yo obedezco, señor mio,
Lo que manda vuestro tio.

DON BERNARDO.
Abre, ¡voto á Belcebú!

LAMPREA.
¡Qué horror! (Santiguándose.)

DON BERNARDO.
¡El viejo me atranca
La puerta? ¡Voto á mil diablos!

LAMPREA. (Tapándose los oidos.)
¡Huy!

DON BERNARDO.
¡Estoy, que echo venablos!
Déjame la puerta franca.

LAMPREA.
Ya os he dicho que no puedo.

DON BERNARDO.
¡Bribon!

LAMPREA.
Al señor acuda.

DON BERNARDO.
Hoy te estrangulo.

LAMPREA.
(En la duda,
Vale más tenerle miedo.)

DON BERNARDO.
Hoy te quedas sin orejas.

LAMPREA. (Abre, y sale don Bernardo.)
Abro, pues.

DON BERNARDO.
¡Dios sea loado!
No sé cómo no he arrancado
Puertas, ventanas y rejas.

LAMPREA.
Abierto queda el camino;
Mas de aquí no ha de pasar.

DON BERNARDO.
¿Mi tio me ha de encerrar
Como si fuera un doctrino?
(Se oye dentro música.)
Ya está armada, voto á brios,
La zambra.

LAMPREA.
(¿Quién le detiene?)
Pero si nostramo viene,
¿Qué cuenta daré de vos?

DON BERNARDO.
Yo no tengo rey ni roque:
¿Lo oyes, malsin?

LAMPREA.

¡No me apure!

DON BERNARDO.

¡Voto á Lucifer!...

LAMPREA.

¡No jure!

DON BERNARDO. (Cogiéndole de una oreja.)

¿Lo entiendes, bribon?

LAMPREA.

¡No toque!

**Duo.**

LAMPREA.

De una noche en otra aguardo
Que os suceda una aventura.

DON BERNARDO.

Va la espada de Bernardo
Afirmada en mi cintura.

LAMPREA.

(No darán al mundo guerra
Tu tizona y mi mosquete.)

DON BERNARDO.

¿Hay acaso en esta tierra
Quien mi nombre no respete?

LAMPREA.

Si salir de casa os dejo,
Y os sucede algun percance,
¿Quién podrá del noble viejo
Resistir la indignacion?

DON BERNARDO.

Ó tu genio se humaniza
(Ya no hay medio en este trance),
Ó á monsieur de la Paliza
Encomiendo la cuestion.

LAMPREA.

Sois porfiado;
Mas no consiento.
¡De mis casillas
Me sacarán!

DON BERNARDO.

Pues ya arrestado,
No me contento
Con tres costillas
Del guardian.

| LAMPREA. | DON BERNARDO. |
|---|---|
| Ya lo veremos, | (No le dejemos; |
| Si se desmanda. | Que ya se ablanda.) |
| Quien manda manda, | Quien zurra manda: |
| Dice el refran. | Miente el refran. |
| (Mas ¡si se ciega, | Si más se niega, |
| Y ardiendo en iras | ¡Voto á mis iras, |
| Me saca á tiras | Le saco á tiras |
| El cordoban!) | El cordoban! |

---

LAMPREA.

Porque á nuevos desacatos
No se atreva, cedo así.
Pase ucé: yo lavo aquí
Mis manos, como Pilátos.

DON BERNARDO.

No lo dudo yo, rey mio,
Y es preciso que así sea.

LAMPREA.

¿Eh?

DON BERNARDO.

Debe el señor Lamprea
Tener algo de judío.

LAMPREA.

¡Eso niego! así no vivas
Como mientes.

DON BERNARDO.

¡Hum! ¡vejete!

LAMPREA.

¡Se acabó! calo al mosquete
La cuerda.

DON BERNARDO.

¡No, voto á cribas!

LAMPREA. (Apuntando.)

Dios te coja confesado.

DON BERNARDO.

Detente. (Huye por la derecha.)

LAMPREA.

Ya me arresté.

(Dispara, y no da fuego.)

Con la rabia, me olvidé
De que no estaba cargado.

(Entra en la casa.

## ESCENA III.

### FELIPE IV. DON TELLO.

DON TELLO.

Hidalgo,

(Salen apresuradamente, embozados y con las espadas desnudas.)

ya estais en salvo:
Vuestra presencia me estorba,
Y así os ruego...

DON FELIPE.

¿Y si os prendiesen?

DON TELLO.

Áun el suceso se ignora.

DON FELIPE.

¿Quién sabe?

DON TELLO.

Ha sido la lid,
Aunque funesta, muy corta.
Si teneis miedo, poned
En salvo vuestra persona.

DON FELIPE.

Pero de tan noble accion,
Quiero...

DON TELLO.

Dejad eso ahora:
¿Qué he hecho yo que vos no hiciérais,

Á no manchar vuestra honra?
Hallo á dos hombres riñendo;
Del uno la espada rota
Salta en pedazos, y el otro,
Ya con ventaja, le acosa.
Quiero terciar; me bravea
El valenton, y se enoja;
Logro alcanzarle una punta,
Cae muerto, y ésta es la historia.

DON FELIPE.

Pero aún no sabeis el nombre
De uno y otro.

DON TELLO.

Ni me importa.
He cumplido mi deber,
Y para mí basta y sobra.

DON FELIPE.

Dadme vuestra mano, hidalgo.

DON TELLO.

Dios os guie.

DON FELIPE. (Dándole una sortija.)

Él os socorra.

DON TELLO.

¿Qué es?

DON FELIPE.

Guardadla: acaso os sirva
Alguna vez, esa joya.

(Vase apresuradamente.)

## ESCENA IV.

DON TELLO.

¡Esperad!... ¡volvió la esquina!
¡Qué aventura prodigiosa!
¿Por qué medios nos arrastra
La fatalidad traidora!...
Mas nadie nos ha seguido:
¡Oh! nadie; todo reposa, (Mirando dentro.)
Y el lance ha quedado oculto
Entre el silencio y la sombra.
Lleguemos á la ventana
De Leonor.— ¡Leonor, mi gloria!
¿Cuándo será que te vea?
¿Cuándo será que te oiga?
Pero como siempre, ¡está
Cerrada la casa toda!
¡Pobre prisionera mia,
Que á mis caricias te roban!

(Se vuelve á oir la música dentro.)

¡Qué escucho! ¿otra vez? ¡malditos
Importunos! no se logra
Una ocasion á mi dicha.
Dejemos el campo ahora. (Vase.)

## ESCENA V.

DON BERNARDO. DON LUIS y CABALLEROS.

DON BERNARDO.

Alto aquí.

DON LUIS.

¿Ya hemos llegado?

DON BERNARDO.

Pobre templo es esa casa
De la luz en que se abrasa
Este pecho enamorado.
Aquí habita la beldad
Que en sus redes me sujeta,
Y es la moza más completa
Que tiene la cristiandad.
¡Cuál será su perfeccion!...
Mas basta que hayais sabido
Que esa mujer ha podido
Domar este corazon.
De una mirada, ¡pardiez!
Me hirió en la mitad del pecho:
Ha hecho, en fin, lo que no han hecho
Cien valientes á la vez.

DON LUIS.

¿Con que al cabo?...

DON BERNARDO.

Dí en la trampa.
¿Quién, si la ve, no la quiere?

DON LUIS.

Y ella ¿qué dice?

DON BERNARDO.

Se muere
Por los hombres de mi estampa.

DON LUIS.

¡Á ella, pues!

DON BERNARDO.

Con mucho modo;
Que es honrada esa persona,
Y mi prima.

DON LUIS.

Eso la abona,
Seor capitan, más que todo.

DON BERNARDO.

Ahora bien, ande la gresca,
Porque nos oiga Leonor.
¡Don Luis! me tiene este amor
Tan atroz, que enciendo yesca.

---

CORO.

Quien busca y espera llamarse tu dueño,
Llamando á tus puertas te dice su afan:
Disipen tus ojos las sombras del sueño,
Y escucha el suspiro del tierno galan.

DON BERNARDO.

Niña, á tu reja
Velando llora
Con blanda queja
Quien más te adora,

Quien sólo implora
Tu compasion:
Tu lecho deja,
Ven al balcon.

CORO.

Oye benéfica
Su cancion,
Y en cielo truéquese
Tu balcon.

(Pausa.)

DON BERNARDO.

Ni á reja, ni á puerta, ni á leve resquicio
Asoma la ingrata que causa mi mal.

CORO.

Desden tan honesto, de honor es indicio.
(Rigor tan severo, de amor no es señal.)

DON BERNARDO.

Durmiendo es un tronco; no tiene otro vicio.
Cantad y cantemos. (Será todo igual.)

CORO.

Si velas y escuchas, tirana hermosura,
Las quejas que manda Bernardo á su bien,
No ingrata rechaces su amante ternura,
Y blanda á su ruego depon tu desden.

DON BERNARDO.

No más enojos,
No más rigores,
Y los abrojos
Cubre de flores.
De mis amores
Premia la fe,
Por esos ojos
Que tanto amé.

CORO.

Mal haya el ídolo
Que no dé
Premio á tan tímida,
Tierna fe.

---

DON LUIS.

No sale.

DON BERNARDO.

Se hace de pencas;
Mas veréis que no me excedo.
¿Eh? ¡qué diablos! no la puedo
Tratar como á las flamencas.
Armé una noche en Ambéres
Un cisma... ¡Dios me perdone!
—Veréis á lo que se expone
Un hombre por las mujeres.
Mas ¿qué peligro hay que asuste
A quien de amor se aconseja?
Vivia en una calleja
Cierta dama de gran fuste.
Era hermosa y de buen talle:
Esto lo supe de fama,
Pues nunca se vió á la dama
En templo, reja ni calle.
No entraba allí ni aún el sol,
Y esto avivó con cuidado
Mi vanidad de soldado
Y mi orgullo de español.
El compromiso era fiero;
Mas tambien bella la palma,
Y yo, don Luis, tengo el alma
Templada como el acero.
Ni el peligro me desvía,
Ni lo imposible me aflige.
Resolvíme en fin, y dije:
«Esa moza va á ser mia.»
Hícela dar un billete,
Y ella, así que lo leyó,
Con éste me contestó,
Encerrada en su retrete:
«Tengo un padre harto severo,
Y guárdanme como alanos,
Cuatro primos, cinco hermanos,
Dos pajes y un escudero.
Os he visto; una inquietud
El alma me punza, ardiente:
Si sois, cual dicen, valiente,
Sacadme de esclavitud.»
¡Vengan, dije, contra mí
Lanzas, picas y arcabuces!
¡Don Luis! ¡apagué tres luces
Con el bufido que dí!
Á esotra noche, en que hacia
Ni bien claro, ni bien turbio,
Encaminéme al suburbio
Donde la dama vivia.
Llego allá. ¡Fué lance atroz!
La puerta cerrada encuentro:
Llamo, y responde de adentro
Bronca y terrible una voz.
*¡Jurrum!* dije... en holandes:
Se abre el porton de repente,
Y me encuentro frente á frente
Con un jayan de seis piés.
«¿Quién sois?», dijo, y se hizo atras,
Huyendo un tajo gallardo.
Yo le contesté: «¡Bernardo!»
No hubo que decirle más.
¡Grita; la casa despierta!
No me esperaba yo tanto;
Mas ya arrestado, me planto
En la mitad de la puerta.
¡Zas! ¡zis! ¡zas! ¡qué cuchilladas!
Y como el campo era estrecho,
Andábamos pecho á pecho,
Cruzándonos las espadas.
¡Así fué la mortandad!
Á cada golpe que asesto...—
Pero en fin, no se hable de esto;
Que parece vanidad.

DON LUIS.
Pero, ¿y la dama?

DON BERNARDO.
En pedazos
Al suelo su puerta eché,
Y á la calle la saqué,
Desmayada entre mis brazos.
Por dos meses, de mi empresa
Gocé el premio á mi sabor;
Mas pronto faltó el amor,
Y me cansó la holandesa.
Ella, viendo mi desvío
Á una y otra garatusa,
Ya de su afrenta me acusa,
Ya lamenta mi desvío.
Al fin, la volví la espalda;
Y como sola se vió...'
¡Pobre niña! se arrojó
De cabeza en el Escalda.
(Enternecido, enjugándose una lágrima.)

DON LUIS. (Á un caballero.)
(¿Qué os parece?)

EL CABALLERO.
Es todo un hombre.

DON LUIS.
(Se me figura que miente.)
Sois en extremo valiente.

DON BERNARDO.
Hemos dejado un buen nombre.

DON LUIS.
Nadie duda que eso sea
Verdad.

DON BERNARDO.
Y si álguien se atreve,
Esgrima la espada y pruebe.

DON LUIS.
No hay aquí quien no lo crea;
Y en prueba de que es así,
Un favor pediros quiero.
Suele andar un caballero
Estas noches por aquí,
Bravo, atrevido, galan,
De buen brazo y mejor fama,
Gran reñidor, y se llama
Por sobrenombre, Roldan.
Hombre fiero á todas luces,
De tan arrojado porte,
Que tiene hecha ya la Córte
Un cementerio de cruces.

DON BERNARDO.
(¡Qué Holoférnes!)

DON LUIS.
Éste, pues,
Dicen que ha dado en la flor
De perseguir con su amor
Á mi dama, doña Ines.
¿Quereis, miéntras yo mis quejas
La digo, guardarme el puesto?

DON BERNARDO.
¿Eso es sólo?

DON LUIS.
No es más de esto:
Que no se llegue á sus rejas.

DON BERNARDO.
Bueno.

DON LUIS.
Si en pasar porfía...

DON BERNARDO.
Donde las toman, las dan.
(Malo será que Roldan
No entienda de cortesía.)

UN CABALLERO. (Á don Luis.)
No volverá á ver la luz.

DON LUIS.
¡Oiga! el coleto se abroche.

DON BERNARDO.
Id, don Luis: desde esta noche
Hay en el barrio otra cruz.
(Vanse los caballeros.)

## ESCENA VI.

DON BERNARDO.

Y es la mia. ¡En qué ocasion!...
Bernardo, ¡buena la has hecho!
¿Y si viene? Ya en el pecho
No me cabe el corazon.
¿Que no pueda reprimir
Este espíritu gallardo?
Pues ¡adelante, Bernardo!
No hay sino andarse á reñir;
No hay sino apretar, y hacer
Al peligro una vez frente.
¿En qué estriba el ser valiente?
En nada: en quererlo ser.
Martin Pelaez tuvo oculto
Largo tiempo su denuedo.
Mas ¡calle! ó me engaña el miedo,
Ó hácia allí se mueve un bulto.

## ESCENA VII.

DON BERNARDO. DON TELLO.

DON TELLO.
Se han marchado.

DON BERNARDO.
Aquí se acerca.

DON TELLO.
Allí hay un hombre.

DON BERNARDO.
Esto es hecho.

DON TELLO.

Le ahuyentaré.

DON BERNARDO.

Yo me arrojo.

(Bernardo se dirige con ímpetu hácia don Tello, empuñando la espada; pero al oir el tono en que aquel le habla, cambia repentinamente de intencion,)

DON TELLO. (Con altivez.)

¡Caballero!

DON BERNARDO. (Con timidez y quitándose el sombrero.)

¡Caballero!...

DON TELLO.

Perdonadme, necesito
La calle sola un momento.

DON BERNARDO.

(No me parece gallina.
Éste es Roldan: ya estoy muerto.)

DON TELLO.

¿No oís?

DON BERNARDO.

Y decidme, hidalgo,
Si por ventura no accedo,
¿Tomaréislo á mal?

DON TELLO. (Enojado y empuñando la espada.)

Y mucho.

DON BERNARDO.

¡Pasito, y calma! (¡Qué genio!)
Aquí mi honor se interesa,
No tanto en guardar el puesto,
Como en estorbar el paso
De este lado.

DON TELLO.

¿No es más de eso?

DON BERNARDO.

Nada más.

DON TELLO.

Es cosa fácil,
Si no teneis otro empeño.
¿Que no pase de esta calle
Es vuestro afan?

DON BERNARDO.

Eso os ruego.

DON TELLO.

Tanta es vuestra cortesía,
Que negároslo no puedo.

DON BERNARDO.

(¡No debe ser Roldan!
¡Se ablanda! ¡yo me endurezco!)
¿Aventuras?

DON TELLO.

No acostumbro
Á satisfacer, ni quiero.

DON BERNARDO.

(Otra vez me roldanea.)
Perdonad, si soy molesto.
Hay por aquí cierta dama,
Por quien se abrasa este pecho.
Y si os pareciere, hidalgo,
No es malo que averigüemos
El caso, y que, á ser la misma,
Se satisfagan mis celos.

DON TELLO.

Pues ¿hay más de que en la duda
De si es ó no, nos matemos?

(Empuña la espada.)

DON BERNARDO.

¡Jesus! y ¡qué disparate!
(Roldan es, ni más ni ménos.)
¡No debe de ser la misma!
Verdad es que abunda el género.

DON TELLO.

Mirad que estoy ya cansado.

DON BERNARDO.

Y no sin razon: ya os dejo.
(¡De cien leguas huele á bravo!
¿Será Leonor?...)

DON TELLO. (Irritado.)

¡Caballero!

DON BERNARDO.

Voy, voy al punto. (¡Si yo
Supiera que tiene miedo!...) (Vase.)

## ESCENA VIII.

DON TELLO. Luégo DOÑA LEONOR.

DON TELLO. (Canta.)

Amorosa prisionera,
Rompe el yugo que te oprime
Con la cárcel en que gime
Refrenada tu pasion.
Y si tú, cándida niña,
Quebrantarlas ¡ay! no puedes,
Romperé yo las paredes
De tu lóbrega prision.

DOÑA LEONOR. (Dentro.)

¿Qué acento delicioso
Llegó hasta mí, veloz!

DON TELLO.

Tu amante es, ya dichoso,
Que oyó tu dulce voz.

DOÑA LEONOR. (Asomándose á la reja.)

¡Oh! venga el tierno amante,
Consuelo de mi mal.

DON TELLO.

¡Feliz, supremo instante!

DOÑA LEONOR.

¡Ventura sin igual!

DON TELLO.

¿Quién pudo sin miedo
Romper tus cerrojos?
¡Tú libre, y yo puedo
Mirarme en tus ojos!

DOÑA LEONOR.

De amor fué locura;

Que á tanto no alcanza
Si no es la ternura...
Si no es la esperanza.

DON TELLO.

Con alma extasiada
Te escucho y te veo;
Que amante y osada
Te busca el deseo.

DOÑA LEONOR.

Quien tanto atropella
Por ver sus amores,
Sabrá de su estrella
Vencer los rigores.

DON TELLO.

¿Lloras?

DOÑA LEONOR.

Lloro de alegría.
¡Oh! ¡mi bien!

DON TELLO.

¡Oh mi señora!

LOS DOS.

Ven y calma la agonía
Del amante que te adora.

| LOS DOS. | CORO DENTRO. |
|---|---|
| ¡Oh poder mágico | Oye benéfica |
| Del amor, | Su cancion, |
| Que al sér más tímido | Y en cielo truéquese |
| Das valor! | Tu balcon. |
| Si por tí lágrimas | ¡Mal haya el ídolo |
| Derramé, | Que no dé |
| Premias solícito | Premio á tan tímida, |
| Nuestra fe. | Tierna fe! |

DON TELLO.

¡Mi vida, Leonor!

DOÑA LEONOR.

¡Ay Tello!

DON TELLO.

¿Es posible que te ven
Mis ojos, Leonor, mi bien?
¿Que es ése tu rostro bello?
¿Que enajenado me miro
En tu tersa y pura frente,
Y el enamorado ambiente
Que tú respiras, respiro?

DOÑA LEONOR.

¡Calla, calla!

DON TELLO.

Mi alborozo
No puede encerrarse aquí.

DOÑA LEONOR.

Aprende, Tello, de mí,
Que estoy ahogando mi gozo.
Oculta ese desvarío;
Que áun no le murmure el viento;
Y bástele á tu contento
Saber que le iguala el mio.

DON TELLO.

Bien; pero tanto callar
Habrá de causar mi muerte.

DOÑA LEONOR.

Así lo quiere la suerte.
Tello, sufrir y esperar.

DON TELLO.

¡Ay, Leonor! que á los enojos
De este afan, no hallo consuelo,
En tanto me priva el cielo
De las luces de tus ojos.
¡Si un instante, aunque veloz,
Cada noche aquí te viera!...
¡Si al ménos, Leonor, sintiera
El encanto de tu voz!...
Mas paso dia tras dia;
Y alimentando mi daño,
Con ilusiones engaño
La pobre esperanza mia.
Buscando, en vano quizás,
El bien que pido á mi estrella,
Amante sigo tu huella,
Sin alcanzarte jamas.
Nunca mi dicha bastarda
Corresponde á mi deseo;
Siempre con nubes te veo;
Nunca te encuentro sin guarda.
Un dia y otro aquí paso,
De tu calle centinela;
Y cuando más me desvela
El dolor en que me abraso,
Vengo á trocar, sin memoria
De mis pasados desvelos,
Todo un infierno de celos
Por un instante de gloria.
Y esperan las ánsias mias
Una y otra vez en vano,
Que asome tu blanca mano
Por las verdes celosías.
Y si quiero á tu balcon
Llamar con alguna seña,
Cuando no asoma tu dueña,
Asoma tu rodrigon.
Si en la mitad de la noche
Velo rondando tu puerta,
Nada tu atencion despierta;
Si al prado sales en coche,
Siempre por mi mal esquivo
Ha de estrellarse mi queja,
En el vidrio, con la vieja,
Y con Bernardo al estribo.
¡Oh! ya es preciso, Leonor,
Que tanto misterio acabe.

DOÑA LEONOR.

Temo gran mal, si lo sabe,
Por desgracia, mi tutor.

Á mi dueña, que aquí duerme,
He sobornado.

DON TELLO.

¡Ah! ¡mi bien!

DOÑA LEONOR.

Esperanza, Tello, y ven
Todas las noches á verme.

DON TELLO.

Mucho tarda á la verdad
En cumplirse esa esperanza.

DOÑA LEONOR.

Bien parece la bonanza
Despues de la tempestad.

## ESCENA IX.

DICHOS y DON BERNARDO: éste viene como observando.

DON BERNARDO.

Sospecho que este galan,
Murciélago, ó alma en pena,
No viene aquí á cosa buena.
¡Él es! ¿Si será Roldan?
¡Hablan! aplico el oido.

DON TELLO.

¿Qué puedo hacer de otro modo?

DON BERNARDO.

(Desde aquí lo escucho todo:
¡Si soy lo más atrevido!...

DOÑA LEONOR.

Me lastima tu sospecha.

DON BERNARDO.

(Ella es.)

DON TELLO.

Perdona, si dudo.

DOÑA LEONOR.

¿Quién puede romper el nudo
Que nuestras almas estrecha?

DON BERNARDO.

(¡Oiga!)

DOÑA LEONOR.

Si en vano te animo,
¿Qué haré yo, débil mujer?

DON TELLO.

Temo que te harán ceder.

DOÑA LEONOR.

¡Tienes celos de mi primo!...
Ninguna, Tello, es tan necia,
Si tanto amor atesora,
Que abandone el bien que adora
Por buscar lo que desprecia.

DON BERNARDO.

(Si yo pudiera con él...)

DOÑA LEONOR.

Mi amor es constante y puro.

DON TELLO.

¿Me lo juras?

DOÑA LEONOR.

Te lo juro.

DON BERNARDO.

(Hago un lucido papel.)

DON TELLO.

¿Que nunca me olvidarás?

DOÑA LEONOR.

Ántes que olvidarte, muera.

DON BERNARDO.

(¡No es hombre quien tal tolera!
¡Si viniesen los demas!...)
(Saca la espada furioso y se detiene.)

DON TELLO.

Y ese tu primo...

DOÑA LEONOR.

Es un necio.

DON BERNARDO.

(¡Ah víbora!)

DON TELLO.

¿No le quieres?

DOÑA LEONOR.

Mal conoces las mujeres.

DON TELLO.

¿Le aborreces?

DOÑA LEONOR.

Le desprecio.

## ESCENA X.

DON TELLO, DOÑA LEONOR. DON BERNARDO, que se adelanta pausadamente: luégo CABALLEROS.

DON BERNARDO. (Mirando adentro.)

(¡Se acabó! ¡no sufro más!
Si no me engañan mis ojos,
Mi gente llega.)

DOÑA LEONOR.

Ya es tarde:
Retírate.

DON BERNARDO.

(Allí los oigo.)

DOÑA LEONOR.

Álguien viene.

DON BERNARDO.

¡Caballero!

DOÑA LEONOR. (Cierra la ventana.)

¡Tello! ¡ay de mí!

DON BERNARDO.

¿Somos sordos?

DON TELLO.

¿Qué es esto?

DON BERNARDO.

(Mucho se tardan.)

DON TELLO.

¡Vive el cielo!

DON BERNARDO.

¡Qué! ¿os asombro?
(Áun no vienen.)

DON TELLO.

¿Otra vez
Quereis despertar mi enojo?

DON BERNARDO.

Esa dama tiene dueño,
Hidalgo; y como supongo
Que ignorais...

DON TELLO.

Mil veces miente
Quien ofenda su decoro.

DON BERNARDO.

¡Mentís á mí!

DON TELLO.

Y si no basta,
Tomad. (Le da una bofetada.)

DON BERNARDO. (Fingiendo la voz.)

¡Manos en mi rostro!

DON LUIS.

Á buen tiempo hemos llegado.

(Salen los caballeros.)

DON BERNARDO.

No lo hago yo de otro modo.
Así es como yo castigo
Á insolentes.

CABALLEROS.

¡Bravo!

DON TELLO.

¡Cómo!
¡Miserable!

DON BERNARDO.

Agradeced
Que no estamos aquí solos.
Es un cobarde quien lidia
Con ventaja.

DON LUIS.

Yo no estorbo,
Señor Capitan.

CABALLERO 1.°

No quede
Por eso: ni yo tampoco.

CABALLERO 2.° (Á don Bernardo.)

(Reñid.)

DON LUIS. (Lo mismo.)

(¡Matadle! ¡es Roldan!)
Aunque le oculta el embozo,
Le he conocido.)

DON BERNARDO.

(¡Malditos!)
Ya habrá tiempo para todo.

DON LUIS.

Ahora mismo: allí estaremos.

(Vanse.)

## ESCENA XI.

DON BERNARDO. DON TELLO.

DON BERNARDO.

(¡Malo se ha puesto el negocio!
La industria me valga.)

DON TELLO.

¡Ea!

DON BERNARDO.

¿Ello ha de ser?

DON TELLO.

Estoy pronto.

DON BERNARDO.

¿Teneis algo que dejar
Encomendado?

DON TELLO.

¿Sois loco?
¡Hable ya el acero!

DON BERNARDO.

¡Está
Desesperado este mozo!

DON TELLO.

Adelante.

DON BERNARDO.

¿No hay remedio?

(Se acuchillan, y don Bernardo va retirándose.)

(¡Es un leon!) ¡Poco á poco!

DON TELLO.

Así escarmiento á villanos.

DON BERNARDO. (Cae.)

¡Confesion!

DON TELLO.

¡Cielos!

DON BERNARDO. (Con voz desfallecida.)

¡Socorro!

DON TELLO. (Mirando dentro.)

¡La justicia!

VOCES LÉJOS.

¡Por aquí!

DON TELLO.

¡Me siguen! ¿Dónde me escondo?

(Vase apresuradamente, y un momento despues se levanta don Bernardo.)

DON BERNARDO.

¡Mamóla el señor Roldan!
¡El ingenio es gran tesoro! (Vase.)

## ESCENA XII.

Se abren las ventanas de las casas, y aparecen por ellas LAS VIEJAS, con candiles, faroles, etc.: luégo LOS ALGUACILES.

UNAS.

¡Eh! ¿qué bulla, qué trápala es ésa?

OTRAS.

Vecinas, ¡no cesa
La trisca jamas!

OTRAS.

Á estas horas ya van descubiertos,
Un muerto, dos muertos,
Tres muertos, y más.
(Salen los alguaciles y atraviesan corriendo el teatro.)

ALGUACILES.

¡Hay pendencia! ¡agucemos la vista!
Sigamos la pista
De todo agresor.
(Desaparecen.)

VIEJAS.

¿Eh? ¿qué bulla, qué escándalo es éste!
¿No hay nadie que preste
Auxilio y favor?

OTRA.

¡Chito! ¡chito! cuidado, vecina;
Que tuercen la esquina;
Que vienen allí.
(Se esconden.)

ALGUACILES. (Salen.)

En el barrio sin duda está oculto:
Pesquémosle el bulto;
Que el lance fué aquí.
¡Ah de casa! ¡ah de casa! ¡ah de casa!

VIEJAS. (Saliendo.)

¿Qué es esto? ¿qué pasa?

ALGUACILES.

¡Favor á la ley!
(Las viejas se esconden asustadas.)

VIEJAS.

¡Que los santos del cielo me amparen!

ALGUACILES.

Al punto declaren
En nombre del Rey.
(Vuelven á asomarse las viejas.)

VIEJAS.

Cuchilladas y voces ha habido,
Y áun dicen que ha sido
Sangrienta la lid.

ALGUACILES.

Estas noches hay danza de espadas;
Que está en cuchilladas
Hirviendo Madrid.

TODOS.

Cada cual por sus barrios avance:
¡Seguid el alcance,
La pista seguid!
Estas noches hay danza de espadas,
Y está en cuchilladas
Hirviendo Madrid.
(Vanse corriendo los alguaciles: las viejas cierran las ventanas.)

# ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de don Juan, con dos puertas á cada lado y una gran chimenea en el fondo.)

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR. DOÑA VIOLANTE.

DOÑA VIOLANTE.

Ya os he dicho...

DOÑA LEONOR.

No me riña.

DOÑA VIOLANTE.

Que os exponeis...

DOÑA LEONOR.

¿Qué te espanta?

DOÑA VIOLANTE.

¡La rapazuela! ¡con cuánta
Facilidad se encariña!
Mi muerte vais á causar
Por vuestros locos antojos.

DOÑA LEONOR.

Tras él se me van los ojos.
No lo puedo remediar.

DOÑA VIOLANTE.

¡Pues! y si lo pago yo...

DOÑA LEONOR.

¡Tú! ¿por qué?

DOÑA VIOLANTE.

Porque os protejo.
Pues digo, si llega el viejo
Á comprenderlo...

DOÑA LEONOR.

¡Eso no!
Nadie ha de sufrir la pena
De culpa que ha sido mia.

DOÑA VIOLANTE.

Me espanta vuestra osadía!

DOÑA LEONOR.

Estoy tranquila y serena.

DOÑA VIOLANTE.

¿Qué! ¿no temeis el furor
Del viejo?

DOÑA LEONOR.

¡Que eso te espante!
Bien se conoce, Violante,
Que nunca has tenido amor.

DOÑA VIOLANTE.

¡Ay!

DOÑA LEONOR.

¿Suspiras?

DOÑA VIOLANTE.

No fué nada.

DOÑA LEONOR.

No puedes tú ser mi juez,

Si no has probado una vez
La gloria de ser amada.

DOÑA VIOLANTE.

¿Quién hay que de eso se alabe?
Pero...

DOÑA LEONOR.

¿Qué?

DOÑA VIOLANTE.

¡Tristes memorias!
Donde otras encuentran glorias,
Yo encontré... ¡lo que Dios sabe!

DOÑA LEONOR.

Pues ¿te engañó tu galan?

DOÑA VIOLANTE.

¡Sí, mi Leonor!

DOÑA LEONOR.

¡Miren eso!
Luego ¿amaste?

DOÑA VIOLANTE.

Lo confieso.
¡Ved el pago que nos dan!

DOÑA LEONOR.

¿Todos?

DOÑA VIOLANTE.

Áun no habeis probado
Su altivez y su desvío.

DOÑA LEONOR.

Ni lo espero: ¡es el bien mio
Tan sumiso, tan honrado!

DOÑA VIOLANTE.

Él la engañará...

DOÑA LEONOR.

¿Tambien?

DOÑA VIOLANTE.

Como de esas picardías
Nos hacen todos los dias...
Los que son hombres de bien.
Ellos no tienen por mengua
Burlar á una pobre dama
Que los mima, que los ama,
Que los... pero ¡tente, lengua!
En fin, ¡mirad bien por vos,
Señora! Áun sois una niña.
—Y ¿en qué ha parado la riña?

DOÑA LEONOR.

No lo recuerdes, por Dios.

DOÑA VIOLANTE.

¡Jesus! y ¡qué terremoto!
¿Hubo sangre?

DOÑA LEONOR.

No he sabido...

DOÑA VIOLANTE.

Pues por lo ménos, ha sido
Tremebundo el alboroto.

DOÑA LEONOR.

Nada averigüé de cierto;
Mas si era el que me figuro
El rival, yo te aseguro
Que no ha habido ningun muerto.

DOÑA VIOLANTE.

¿Quién?

DOÑA LEONOR.

Mi primo.

DOÑA VIOLANTE.

¡Con qué calma
Decís eso!

DOÑA LEONOR.

¿Por qué no?

DOÑA VIOLANTE.

Pues si don Bernardo os vió...

DOÑA LEONOR.

Y ¿qué! ¡me alegro en el alma!

DOÑA VIOLANTE.

Lo sabrá don Juan.

DOÑA LEONOR.

Es justo.

DOÑA VIOLANTE.

¡Habrá quimera!

DOÑA LEONOR.

Lo espero.

DOÑA VIOLANTE.

Y ¿qué diréis?

DOÑA LEONOR.

Que no quiero
Casarme, sino á mi gusto.

DOÑA VIOLANTE.

Ya veréis ¡cómo me trata,
Señora!

DOÑA LEONOR.

No te dé pena.

DOÑA VIOLANTE.

¡Jesucristo! ¡es una hiena!

DOÑA LEONOR.

Tú verás que no nos mata.

DON JUAN. (Dentro.)

¿Duermes, Lamprea?

DOÑA VIOLANTE.

Ahí está.
Se me ha helado el corazon.

DOÑA LEONOR.

¡Como no traiga sermon,
Violante!...

DOÑA VIOLANTE.

¡Que sí traerá!

## ESCENA II.

DICHAS. DON JUAN.

DON JUAN.

(¡Ya lo dije yo!) ¿Áun estais
Levantadas! ¿Cómo es eso!

DOÑA VIOLANTE.

Hubo pendencia en la calle,
Se alborotó el barrio entero,

Y, como es tan natural...

DON JUAN.

¡La curiosidad!

DOÑA VIOLANTE.

¡El miedo!...

DON JUAN.

¡No digais más!

DOÑA VIOLANTE.

Yo os lo juro.

DON JUAN.

¡Eh! callad; que ya os entiendo.

DOÑA VIOLANTE. (Á Leonor.)

(Todo lo sabe.)

DON JUAN.

Pues si es
Verdad lo que yo sospecho,
Ha de haber en esta casa
Capeletes y Montescos.

DOÑA LEONOR.

¿Qué decís!

DON JUAN.

Hazte de nuevas.

DOÑA LEONOR.

Repito que no comprendo.

DON JUAN.

Tú eres la causa de todo.

DOÑA VIOLANTE. (Ap. á Leonor.)

No le irriteis.

DOÑA LEONOR.

Pues yo ¿qué he hecho?

DON JUAN.

¡Ah, mujeres!

DOÑA LEONOR.

Yo...

DON JUAN.

¡Mujeres!...
¡Perdicion del universo!

DOÑA VIOLANTE. (Aparte.)

(Temblando estoy.)

DOÑA LEONOR. (Aparte.)

(Yo tambien.)

DON JUAN.

¡Habla! ¿quién es? ¡dilo presto!

DOÑA LEONOR.

Pero ¿quién?

DON JUAN.

El miserable
Que al pobre Bernardo ha muerto.

DOÑA VIOLANTE.

¡Ah!

DOÑA LEONOR.

¡Bernardo!...

DON JUAN.

Sí: ¡delante,
Delante de tus rejas! desde léjos,
Testigos de su desdicha
Medir la tierra le vieron.

DOÑA LEONOR.

¡Infeliz!

DON JUAN.

Nada de llantos;
Venganza es lo que deseo.
El nombre del matador...

DOÑA VIOLANTE. (Aparte.)

No confeseis.

DOÑA LEONOR. (Aparte.)

No confieso.

DON JUAN.

¡Callas! ¡no importa!

DOÑA LEONOR.

Lo ignoro...

DON JUAN.

(¡Taimada!) ¡Basta! ¡silencio!
¡Señora doña Violante! (Con gravedad.)

DOÑA VIOLANTE.

(Ahora entro yo.)

DON JUAN.

¿Con qué objeto
Suele bajar á deshora
Leonor á vuestro aposento?

DOÑA VIOLANTE.

¡Qué calumnia! ¡os han mentido!

DON JUAN.

Vuestras rejas se han abierto
Estas noches.

DOÑA VIOLANTE.

¡Vírgen santa!

DOÑA LEONOR.

¡Yo, que me he estado aquí dentro!...

DOÑA VIOLANTE.

¡Poquito la guardo yo!
Señor don Juan, lo que es eso...
¿Tercerías! usarcé
¿No ha conocido mi genio?
¡Digo! ¡está la pobrecita
Rezando aquí por sus muertos,
Que edifica! ¡Verdad es,
Así tiene ella el ejemplo!

DON JUAN.

¡Bien! yo sabré la verdad,
Y he de hacer un escarmiento.

DOÑA VIOLANTE.

Pero ¿habeis visto al cuitado?...

DON JUAN.

No, no, Violante, ni quiero.
Vine por la puerta falsa
De esotra calle, temiendo
Hallarme con su cadáver.

DOÑA LEONOR.

¡Quién sabe! acaso no es cierto.

DON JUAN.

Sí, es verdad; pero sin duda,
Á su rival persiguiendo,
Hasta el campillo cercano

Le pudo llevar su aliento.
¡Allí cayó, y allí está,
¡Frio! ¡inanimado! ¡muerto!

DOÑA LEONOR.

(¡Triste de mí!)

DON JUAN.

¡Regocíjate!
Has logrado tu deseo.

DOÑA LEONOR.

¡Yo, señor!

DON JUAN.

Ya no será
Bernardo tu esposo y dueño.

DOÑA LEONOR.

¿Qué quereis decir!

DON JUAN.

Mirabas
Con disgusto este himeneo;
Pero en cambio, yo te haré
Encerrar en un convento.

DOÑA LEONOR.

Si ése es mi gusto... ¿quién sabe!

DOÑA VIOLANTE. (Ap. á Leonor.)

(Señora...)

DON JUAN.

Podrá no serlo;
Pero con gusto ó sin él,
Monja serás: lo prometo.

DOÑA LEONOR.

Ya lo pensaréis despacio.

DON JUAN.

¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.

Que no me siento
Con vocacion tan perfecta:
Tengo al mundo mucho apego.

DOÑA VIOLANTE. (Ap. á Leonor.)

No le irriteis.

DON JUAN.

Yo te juro...

DOÑA LEONOR. (Levantándose.)

Bien está.

DON JUAN.

Ya lo veremos.
Mucho trabajo la mando,
Si piensa ganarme á terco.

**Terceto.**

DON JUAN.

Colmando está mi luto,
Leonor, tu inobediencia.
¡Tal es el triste fruto
Que logra mi indulgencia!

DOÑA LEONOR.

Ni esposo ni clausura
Tendré sin gusto mio.
No quiere mi ventura
Quien fuerza mi albedrío.

DOÑA VIOLANTE.. (Ap. á don Juan.)

¡Ucé tambien la enoja!
¡Ceded por un momento! (Ap. á Leonor.)

DON JUAN.

Su audacia me sonroja.

DOÑA LEONOR.

Me asusta su convento.

DOÑA VIOLANTE. (Ap. á don Juan.)

¡Habladla con dulzura!
¡Retarle es desvarío! (Ap. á Leonor.)

DON JUAN.

Acepte la clausura,
Ó deje el lado mio.

DOÑA LEONOR.

No quiere mi ventura
Quien fuerza mi albedrío.

DOÑA VIOLANTE.

Acabe la contienda.

DON JUAN.

Acabe; mas no entienda
Que puede un solo instante
Rendir mi voluntad.

DOÑA VIOLANTE.

¡Por Cristo, no la riña!

DOÑA LEONOR.

Y yo sabré, aunque niña,
Morir por el que amante
Robó mi libertad.

DON JUAN.

¡Amante!

DOÑA LEONOR.

¡Sí, le adoro!
Su amor es mi tesoro.

DON JUAN.

¡Confiesas!

DOÑA VIOLANTE.

(¡Qué torpeza!)
Os quiere exasperar. (Á don Juan.)

DON JUAN.

¡Ingrata y fementida!
Te juro por mi vida,
Al par que tu flaqueza,
Tu orgullo castigar.

**A tres.**

DOÑA LEONOR.

¡Ay, que es en vano
Tan loco empeño!
Tiene otro dueño
Mi afecto ya.
Dulce tirano
Robó mi calma:
¿Quién ¡ay! del alma
Le arrancará?

DON JUAN.

Si ya es en vano
Desde hoy mi empeño,

Nunca otro dueño
Te gozará.
Mando en tu mano,
Si no en el alma.
¿Quién, di, la palma
Se llevará?

DOÑA VIOLANTE.

Tiemblo y me afano,
Y es loco empeño
Calmar su ceño,
Si airado está.
Fiero tirano
De vida y alma,
¿Si al fin con palma
La enterrará?

### ESCENA III.

DICHOS. LAMPREA.

LAMPREA.

(Si no me engaño, hay tormenta.)
¿Señor don Juan?

DON JUAN.

Has llegado
Á buen tiempo.

LAMPREA.

¡Dios sea loado!
Ajústeme ucé la cuenta.

DON JUAN.

¡Oiga!

LAMPREA.

Me quiero marchar.

DON JUAN.

Espera.

LAMPREA.

Ni por asomo.
¡La cuenta al instante!

DON JUAN.

Y ¡cómo,
Si te la voy á ajustar!
Idos de aquí. (Á las mujeres.)

DOÑA VIOLANTE.

Voy, señor.
Venid: si otra vez se exalta...
(Á doña Leonor ap.)

DON JUAN.

Recójanse.

LAMPREA.

(Eso les falta.)

DOÑA LEONOR.

(¡Ay, desdichada Leonor!)

### ESCENA IV.

DON JUAN. LAMPREA.

DON JUAN. (Con cólera.)

¡Fariseo!

LAMPREA.

¡Tambien él!
¡Pues si yo en cólera monto!...

DON JUAN.

¡Vete de mi casa! ¡pronto!
Si no, te arranco la piel.

LAMPREA.

¡Ya no sufro más el potro,
Don Juan! ¡esto me faltaba!
¡Fariseo! ¿No bastaba
El testimonio del otro?

DON JUAN.

¡Te rebelas!

LAMPREA.

Por el nombre
De mi padre... ¡no soy mio!
¡Quien lo oyera!... ¡Á mí judío!
Por ménos queman á un hombre.

DON JUAN.

Si dijera encubridor...

LAMPREA.

¡Dios me valga!

DON JUAN.

Y te prometo...

LAMPREA.

¡Hasta aquí llegó el respeto!
¡Me habeis tocado al honor!

DON JUAN.

¡Honor tú!

LAMPREA.

Soy montañes.

DON JUAN.

¡Mientes!

LAMPREA.

¡Este hombre me apura!

DON JUAN.

¡Autor de mi desventura!
¡Te maldigo! ¡Vete!

LAMPREA.

¿Pues?
Yo no sé, Dios me es testigo...

DON JUAN.

¡Bien te daba el corazon
Su catástrofe, bribon!
Mas no te irás sin castigo.

LAMPREA.

¡No comprendo! Pues ¿qué pasa?

DON JUAN.

¡No lo sabe! ¡En iras ardo!
Que han dado muerte á Bernardo
Á las puertas de mi casa.

LAMPREA.

¡Le han muerto! ¡vayan á ver!...
Como yo nada he sentido...

DON JUAN.

Sin duda estabas dormido.

LAMPREA.

Bien pudiera suceder.

DON JUAN.

¡Ni áun le duele mi afliccion!

LAMPREA.

¡Ah, señor! pues ¿eso piensa?

DON JUAN.

No disimules.

LAMPREA.

¡Qué ofensa!
¡Me ha llegado al corazon!
¡Que no me duele su afan,
Dice! ¡Por vida del Rey!...
Yo siempre he tenido ley
Allí donde cómo el pan.
¿Con que es cierto que murió
El bravo?... (Con disimulada ironía.)

DON JUAN.

¡No le baldone!

LAMPREA.

¡Baldonar! ¡Dios le perdone
Como le perdono yo!

DON JUAN.

¡Vete! Hasta verte salir
De casa, no estoy tranquilo.
¡Víbora!

LAMPREA. (Sollozando.)

¡Ji!

DON JUAN.

¡Cocodrilo!

LAMPREA. (Hace que se va.)

¡Ji! ¡Ji! (Me voy á dormir.)

DON JUAN.

Vuelve.

LAMPREA.

Vuelvo.

DON JUAN.

Te confieso
Que me horrorizas.

LAMPREA.

Y ¿qué?

DON JUAN.

Mas por hoy no te echaré.
¿Oyes?

LAMPREA.

Ya estaba yo en eso.

DON JUAN.

¡Ingrato!

LAMPREA.

No es culpa mia,
Si él atrevido...

DON JUAN.

¡Le insultas!

LAMPREA.

¡Yo, señor!

DON JUAN.

¡Qué mal ocultas
Tu saña, tu antipatía!

LAMPREA.

Voyme, señor: no hay manera
De sufrir... ¡vaya un empeño!

DON JUAN.

¿Adónde vas?

LAMPREA. (Con mal humor.)

Tengo sueño.

DON JUAN.

¡Este viejo es una fiera!

## ESCENA V.

DICHOS. DON LUIS.

LAMPREA.

¿Quién?...

DON LUIS.

El Alguacil mayor...

DON JUAN.

Don Luis, ¿sabeis más noticias?
¿Qué sucede? hablad.

DON LUIS.

¡Albricias!
Han cogido al agresor.

DON JUAN.

¿Es cierto?

DON LUIS.

Y le traen acá.
Le han encontrado la espada
Hasta el puño ensangrentada:
Con que en vano negará.

DON JUAN.

Haced que en este aposento
Se quede, que es más seguro.
¡Pobre Bernardo! ¡te juro
Que he de hacer un escarmiento!
No quiero del asesino
Ver el rostro.

DON LUIS.

Ya está aquí.
(Se oye rumor fuera.)

DON JUAN. (Á Lamprea.)

¡Huyamos! ¡ven!

LAMPREA.

Eso sí.
Vamos.

DON JUAN.

¡Sobrino! ¡ay, sobrino!

(Vanse por la izquierda don Juan y Lamprea, cerrando la puerta por defuera con llave. Un momento despues, aparecen los alguaciles por la otra puerta del mismo lado, conduciendo preso á don Tello, que trae oculto el rostro con el embozo. Don Luis habla un instante con los alguaciles en voz baja, y éstos, lo mismo que don Luis, se retiran, dejando el aposento á oscuras.)

## ESCENA VI.

DON TELLO, solo.

**Romance.**

¡Leonor! ¡cómo suspira
Mi corazon ardiente!
¡Cuán ávido respira

El amoroso ambiente,
Que con afan purísimo
Tu seno levantó!
¡Ven, niña, y aprisiona
Mi cuello en dulces lazos!
Mi afecto galardona,
Ciñéndome tus brazos
Con el estrecho vínculo
Que nuestro amor formó.
Mas, ¡ay! que es ya imposible;
Y ante esa pura gloria
Está el fantasma horrible
De la fatal historia,
Que con tu sangre ¡ay mísero!
Perdiéndote escribí.
No escuches ya mi queja,
Ni llores por mi suerte,
Que de tu amor me aleja.
Mis brazos dan la muerte,
Y luto, y sangre y lágrimas
Alcanzarás de mí.

(Se abre la puerta primera de la izquierda, y salen por ella con precaucion doña Leonor y doña Violante. Ésta se queda á la puerta, como observando adentro.)

## ESCENA VII.

DOÑA LEONOR. DON TELLO. DOÑA VIOLANTE.

DOÑA LEONOR.
Pisa quedo.

DOÑA VIOLANTE.
Voy de modo,
Que la tierra no me siente.

DON TELLO.
Si no me engaña el oido...

DOÑA LEONOR.
Saca la luz.
(Doña Violante descubre una linterna.)

DON TELLO.
Alguien viene.

DOÑA LEONOR.
¿Tello?

DON TELLO.
¡Leonor!

DOÑA VIOLANTE.
Hablad bajo.

DON TELLO.
¡Tanta osadía!...

DOÑA LEONOR.
¿Qué quieres?
Primero que me despida
De tu amor eternamente,
Puesto que ya es imposible
Volver en mi vida á verte,
Vengo á romper tus prisiones,
Y á pedirte que me dejes,
No el alma, que ya no es mia,
¡Un recuerdo solamente!

DON TELLO.
¿Qué dices, Leonor?

DOÑA LEONOR.
Es fuerza.

DON TELLO.
No; primero que perderte,
Quiero perder esta vida,
Que sólo tu amor sostiene.

DOÑA LEONOR.
Déjame, Tello.

DON TELLO.
¿Eres tú
La que me pide...

DOÑA LEONOR.
Sí, vete.

DON TELLO.
Que no vuelva á ver tus ojos?

DOÑA LEONOR.
Que huyas de mí para siempre.

DOÑA VIOLANTE.
Abreviad.

DOÑA LEONOR.
¡El tiempo vuela!
Esto ha de ser: no te quejes
De mí ni de la fortuna,
Si por tu culpa me pierdes.

DON TELLO.
¡Dices bien! la culpa es mia.
¿Por qué con semblante alegre
No refrené de mis celos
Las tentaciones crueles?
Si otro te llamaba suya,
Leonor, ¿qué motivo es ése
Para atajar en sus labios
La calumnia con la muerte?

DOÑA LEONOR.
No te culpo, no: es mi eterna
Desventura, quien lo quiere;
Pero déjame.

DON TELLO.
¡Pues bien!
Partiré si me prometes...

DOÑA LEONOR.
¿Qué?

DON TELLO.
Una esperanza.

DOÑA LEONOR.
¡Esperanza!
¡No la da quien no la tiene!

DON TELLO.
Y ¿qué me importa la vida,
Puesto que tú me aborreces?

DOÑA LEONOR.
¡Eso no!

DON TELLO.
Pero ¿qué digo!
¡Eso más quiero deberte!
Viviré, para morir

Noble y generosamente
En Flándes ó en Cataluña
Luchando con los rebeldes.
Allí buscaré con gloria,
Leonor, más honrada muerte.
Descansa, pues: yo te juro
Que no volverás á verme.

DOÑA LEONOR.
¡Corre, sí! todo lo acepto,
Con tal que de aquí te alejes;
Mas no que con ciego arrojo
Busques tu fin de esa suerte.
Publique hazañas el mundo
De ese corazon valiente,
Que enalteciendo tu nombre,
Tus memorias me recuerden.

DOÑA VIOLANTE.
¡Eh! ¡basta ya!

DOÑA LEONOR.
¡Vive, Tello!

DOÑA VIOLANTE.
Dejadle, que no se muere.
Pues la ocasion es pintada...

DOÑA LEONOR.
Di, Tello, ¿me lo prometes?

DON TELLO.
Sí; que el tiempo borrará
Estas memorias, y en breve.
¿Quién sabe si arrepentida
Habrás de llorarme ausente?

DOÑA VIOLANTE.
¿Acabamos?

DOÑA LEONOR. (Ap. á doña Violante.)
¡Ay! me cuesta
Tanto pesar...

DOÑA VIOLANTE.
Pues si os duele,
¿Hay más que dejarle aquí
Para que luégo le cuelguen?

DOÑA LEONOR.
Sí, es verdad: ya no pensemos
Sino en salvarle: no pueden
Tardar...

DOÑA VIOLANTE.
Y ¿por dónde sale?

DOÑA LEONOR.
Entre tanto que amanece,
Pues la puerta está cerrada,
Ocúltale en tu retrete.

DOÑA VIOLANTE.
Mire usarcé lo que dice.
En mí... ¡Jesus! ¡ni lo piense!
Nadie ha afrentado mis tocas.

DOÑA LEONOR.
¿Por qué?

DOÑA VIOLANTE.
¡Digo!

DOÑA LEONOR.
Pues ¿qué temes?

DOÑA VIOLANTE.
¡Las cañas se vuelven lanzas!

DON TELLO.
Si no hay otro inconveniente...

DOÑA LEONOR.
Deja las burlas.

DOÑA VIOLANTE.
Yo haré
Lo que mandais, si él ofrece...

DON TELLO.
Todo.

DOÑA VIOLANTE.
Vamos. ¡Será bueno
Que en mi aposento le encuentren!

DOÑA LEONOR.
¡Calla!
(Se oye ruido en lo alto de la chimenea.)

DON TELLO.
¿Qué es eso?

DON BERNARDO. (Dentro.)
¡Lamprea!
¿Tienes cargado el mosquete?

DOÑA LEONOR.
¡La voz de Bernardo!

DON TELLO.
¿Cómo?

DOÑA VIOLANTE. (Huye.)
¡El muerto! ¡Jesus mil veces!

## ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR. DON BERNARDO. DON TELLO, escondido.

DOÑA LEONOR.
Bernardo...

DON BERNARDO.
¡Tiembla! ¡áun vivo!

DOÑA LEONOR.
¡Aparta, horrible sombra!

DON BERNARDO.
¡El verme aquí te asombra!

DOÑA LEONOR.
¿Por quién debo llorar?

DON BERNARDO.
Pues ¿hay quien de mi brazo
El ímpetu resista?

DOÑA LEONOR.
¡Oh! ¡vete de mi vista!

DON BERNARDO.
Cayó sin respirar.
Al rumor de su derrota
Todo el barrio se alborota
Con airado frenesí,
Y á la luz de cien candiles
Una nube de alguaciles
Miro alzarse contra mí.

De la calle más vecina
Vuelvo atónito la esquina;
Hallo luz en un zaguan;
Y siguiendo mi carrera,
Subo, salto la escalera,
Y me encuentro en un desvan.
Salgo ciego y disparado
De un tejado á otro tejado,
De un balcon á otro balcon;
Y áun la turba allí me acosa,
Persiguiéndome furiosa
Con impávido teson.
¡Oigo voces y lamentos,
Amenazas, juramentos,
Renovados sin cesar!
Ya es el grito de una vieja,
Ya el zumbido de una teja
Que me lanzan al pasar.
Ya me grita un matasiete,
Encarándome un mosquete:
«¡Pára! ¡date! ¡duro en él!»
Mas yo intrépido me lanzo;
Bufo, corro, sudo, avanzo
Por en medio del tropel.
Llego en fin á ese terrero,
Perseguido por el fiero
Impertérrito escuadron;
Y por miedo de Lamprea,
De la oscura chimenea
Me zambullo en el cañon.

DOÑA LEONOR, DON TELLO.

(¡Escabrosa es la pelea!
¡Qué bizarro corazon!)

DON TELLO.

Por la oscura chimenea
Buscaré mi salvacion. (Vase por la chimenea.)

DOÑA LEONOR.

Franca está la chimenea:
No se pierda la ocasion.

DON BERNARDO.

No me asombran los peligros;
Que la vida tengo en poco.
Soy el duende, soy el coco
De los crudos del lugar.
(La primita ¡voto á Crispo!
¡La primita es brava pesca!)
¡Huy! ¡qué cisma! ¡huy! ¡qué gresca,
Si me enfado, se va á armar!

## ESCENA IX.

DON BERNARDO. DOÑA LEONOR.

DON BERNARDO.

Primita, mucho me engaño,
Ó no es muy grande tu pena.

DOÑA LEONOR.

¿Quién? ¿yo?...

DON BERNARDO.

¡Corazon de hiena!
¡Eres mujer! no lo extraño.
Hombres, exponed la vida,
Perded el sueño y la calma,
Y ¿para qué? ¡pese á mi alma!

DOÑA LEONOR.

¡Eso es! desgarra mi herida.

DON BERNARDO.

¡Pobre mozo! ¡helado y yerto,
Por una taimada está!...
¿Quieres que lo diga? ¡Ya
Me pesa de haberle muerto!

DOÑA LEONOR.

¡Vete!

DON BERNARDO.

Y, para que se vea,
Áun te quiero y... ¡por mi nombre!...
¿Qué locuras no hará el hombre
Que como yo te desea?
Perdona si te ofendí.
¡Ven! y aunque sé que me engañas,
¡Manda, Leonor! ¡pide hazañas!
Verás lo que hago por tí.
Por conquistar tu cariño,
Por ganar tu corazon,
Seré, riñendo, un leon,
Seré, queriéndote, un niño.

DOÑA LEONOR.

¡Vete! aparta de mi lado.

DON BERNARDO.

¿No he de ablandarte?

DOÑA LEONOR.

¡Jamas!

DON BERNARDO.

¿Por qué, Leonor?

DOÑA LEONOR.

Porque estás
De humana sangre manchado.

DON BERNARDO.

Y ¿por eso es el desden?

DOÑA LEONOR.

Yo soy de condicion mansa.

DON BERNARDO.

Si en eso estriba, descansa...
Que yo soy manso tambien.

DOÑA LEONOR.

Todo me asusta.

DON BERNARDO.

¡Alma mia!
Ni otra cosa corresponde
Á vuestro sexo. (¡Por dónde
La encontré la simpatía!)

DOÑA LEONOR.

Abomino al pendenciero.

DON BERNARDO.
Yo le aborrezco, y fué broma...
DOÑA LEONOR.
Yo soy como una paloma.
DON BERNARDO.
Yo, Leonor, como un cordero.

**Duo.**

Desdeñado
Me querello;
Mas si pagas
Mi aficion,
No con soga,
De un cabello
Me conduces
Al pilon.
Yo soy manso,
Yo soy tierno,
Todo almíbar
Y alajú,
Y á las plantas
Me prosterno
De las mozas
Como tú.
¡Vida pacífica
Por Belcebú!
Seré una tórtola,
Si quieres tú.

DOÑA LEONOR.
No explicarte
Me conviene
Por completo
Mi pasion,
Pues tu furia
No se aviene
Con mi dulce
Condicion.
Tú eres bravo;
Yo reniego
De los tigres
Como tú;
Que no valen
Mi sosiego
Las riquezas
Del Perú.
Yo mansa y tímida
Le tiemblo al bú;
Yo soy la tórtola...
(Y el ganso tú.)

---

DOÑA LEONOR.
¿No mataste á tu rival?
DON BERNARDO.
¡Matar! Jesus, ¡qué quimera!
Dejémosle que él se muera;
Que yo no le quiero mal.
DOÑA LEONOR.
Horror tengo por instinto
Á la sangre.
DON BERNARDO.
Pues si miento,
No me salve: el mandamiento
Que guardo más, es el quinto.
DOÑA LEONOR.
Si eso es verdad... yo veré...
Pero ¡un recelo aquí labra!...
DON BERNARDO.
Pues ¿dudas de mi palabra?
DOÑA LEONOR.
No es artículo de fe.
Pero en fin, por todo paso,
Si es tal tu amor como creo.
DON BERNARDO.
¡Inmenso!
DOÑA LEONOR.
Así lo deseo.
DON BERNARDO.
¡Por él vivo! ¡en él me abraso!
DOÑA LEONOR.
¿Grande? ¿ardiente?
DON BERNARDO.
¡Es un volcan!
DOÑA LEONOR.
¿Profundo?
DON BERNARDO.
¡Como un abismo!
DOÑA LEONOR.
¿Y si yo siento ese mismo
Amor, ese mismo afan?...
DON BERNARDO.
¿Qué mal hay?
DOÑA LEONOR.
Que se atropella
Mi opinion, y no es bien hecho
Que así vivan bajo un techo
Un galan y una doncella.
DON BERNARDO.
Pues ¿qué temes?
DOÑA LEONOR.
Hay antojos...
DON BERNARDO.
Tú eres firme.
DOÑA LEONOR.
No lo juro.
DON BERNARDO.
Mi respeto...
DOÑA LEONOR.
Más seguro
Estarás entre cerrojos.
(Haciendo ademan de cerrar la puerta.)
(Preciso es que me resuelva.)
DON BERNARDO.
Encerrarme...
DOÑA LEONOR.
No me fio.

DON BERNARDO.

Oye...

DOÑA LEONOR.

No está en casa el tio:
Él te abrirá cuando vuelva. (Cierra.)

## ESCENA X.

DON BERNARDO. Luégo DON JUAN, LAMPREA, Y ALGUACILES.

DON BERNARDO.

¡Leonor!... ¡se afufó! ¡y me deja
Aquí! ¡Voto al preste Juan!
¡Cerró la puerta! ¡me gusta!
¡Leonorcilla! ¡vuelve acá!
La pobre, ¡es claro! ¡me teme!
Verdad es que soy capaz...
—Volveré por donde vine;
Desde el tejado al desvan,
En dos saltos...
(Se mete por la chimenea, y cuando va subiendo, salen don Juan, Lamprea y alguaciles.)

DON JUAN.

No es el muerto
Mi sobrino.

LAMPREA.

¿Quién será?...

DON JUAN. (Ve los piés de don Bernardo, le agarra y grita.)

¡Qué miro! ¡Favor al Rey!

LAMPREA.

¿Calo la cuerda?

DON JUAN.

Aquí está.
Haz fuego si no se rinde.

LAMPREA.

Allá voy.

DON BERNARDO.

¡Maldito!

LAMPREA.

¡Atras!
¿Le abraso?

DON BERNARDO. (Saliendo.)

¡Tente, Lamprea!
Que soy yo: ¡qué atrocidad!

DON JUAN.

¡Mi sobrino!

LAMPREA.

¡Don Bernardo!

DON JUAN.

¿Tú aquí!

DON BERNARDO.

Tengámosla en paz.

DON JUAN.

¡Desdichado!

LAMPREA. (Con asombro.)

¡Miren eso!...

DON JUAN.

¿Tú has sido!...

LAMPREA.

Él ha sido...

DON BERNARDO.

¡Bah!
No comprendo...

DON JUAN.

¡El homicida!

LAMPREA.

El matador de Roldan.

DON BERNARDO.

Ya os han contado... ¡qué diablos!

DON JUAN. (Ap. á don Bernardo.)

¡Niega!

DON BERNARDO.

Yo no sé negar.

LAMPREA. (Id.)

¡Os va la vida!

DON BERNARDO.

¡No importa!
¡Lo primero es la verdad!

DON JUAN.

(¡Infeliz!)

DON BERNARDO.

Sepan el caso
Cuantos presentes están.

DON JUAN. (Id.)

¡Silencio!

DON BERNARDO.

¡Lo dicho dicho!
Ninguno lo pagará.

DON JUAN.

(Se pierde.)

DON BERNARDO.

Hay horas fatales.
Encarguéme de guardar
Cierto puesto á cierto amigo;
La pícara vanidad
Y la negra honrilla... En fin,
Dije... «¡Nadie pasará!»
Llegó el valenton; mirómе,
Tosió, y haciéndose atras
Y terciándose el sombrero,
Díjome airado: «¡Quién va?»
Respondíle con mesura;
Contéstame en tono audaz;
Le respondo, me desmiente,
Levanto la mano y... ¡paf!
(Dándose un bofeton en el mismo lado en que se le dió don Tello.)

DON JUAN.

¡Qué valor!

LAMPREA.

¡Huy!

DON BERNARDO.

(Todavía
Echándome fuego está.)

DON JUAN.
¡La estocada fué terrible!

LAMPREA.
¡De buena mano!

DON JUAN.
¡Mortal!

DON BERNARDO.
¡Mi estocada favorita!
No me ha faltado jamas.

DON JUAN.
¡Ello en fin, ya no hay remedio!
¡El muerto, muerto se está,
Y tú has confesado el crímen!

LAMPREA. (Á don Juan.)
¡Por supuesto! ¡ése es el mal!

DON JUAN.
Él, bienquisto y caballero,
Y tú un pobre capitan...
¡Sobrino! ¡malo lo veo!
¡Sobrino! te van á ahorcar.

DON BERNARDO.
¡Bueno fuera!

DON JUAN.
El Rey lo manda.

DON BERNARDO.
¡Perdone su Majestad!
Tengo que hacer todavía;
Áun me falta que matar
Á ese viejo.

LAMPREA.
(¡Condenado!)

DON BERNARDO.
En fin, todo se andará.

LAMPREA.
¡Neron!

DON JUAN.
¡Bernardo! ¡sobrino!
¡Piensa en tí! mira que estás
Á tres dedos de la muerte.

DON BERNARDO.
Ya haremos por escapar.

DON JUAN.
¡Imposible!

DON BERNARDO.
De mayores
Hazañas soy yo capaz.

DON JUAN.
Está probado el delito:
El muerto en la calle está.

DON BERNARDO. (Receloso.)
¿Quién lo ha visto?

DON JUAN.
¡Yo!

LAMPREA.
¡Yo!

DON JUAN.
Y todos.

DON BERNARDO.
(¿Eh? lo dice tan formal...)

DON JUAN.
¡Pobre mozo!

DON BERNARDO. (Asustado.)
(¡Pues no hay duda!
Le he herido.) ¿Y era Roldan?

DON JUAN.
¡El coco de los valientes!

LAMPREA.
¡Cómo! El mismo Fierabras...

DON BERNARDO.
Es decir...

DON JUAN.
Que estás perdido.

DON BERNARDO.
(¿Quién me ha mandado charlar?)

DON JUAN. (Ap. los dos.)
¿Ves si era bravo?

LAMPREA.
¡En efecto!
(¡Tiene una cara de agraz!...)

DON JUAN.
Es todo un hombre.

LAMPREA.
No digo
Que no; pero... le ahorcarán.

DON JUAN.
Por fuerza.

LAMPREA.
(Me tranquilizo.)
¡Pobre señor!

DON BERNARDO.
Quita allá.

## ESCENA XI.

DICHOS. DOÑA LEONOR y DOÑA VIOLANTE.

DOÑA LEONOR.
Mírale allí.

DOÑA VIOLANTE.
¡Santo fuerte!
¡Es el señor capitan,
Vuestro primo!

DOÑA LEONOR.
Ya lo ves.

DOÑA VIOLANTE.
Está vivo.

DOÑA LEONOR.
Vivo está.

DOÑA VIOLANTE.
¡Albricias, señor!

DON BERNARDO.
¡Albricias,
Y estoy dado á Barrabas!

DON JUAN.
Ya lo ves, Leonor: tu esposo...
Mejor dicho, el que será

Tu dueño, vive, y hoy viene
Mi promesa á reclamar.
¡Y tú, Bernardo! ¡esperándote
Un vil calabozo está!
Honra tu familia, y muere
Como un héroe, sin temblar.

---

DON BERNARDO. (Aparte.)

¡Viejo carcoma,
No ves el miedo
Que ya no puedo
Disimular!
Tan bien y tanto
Mi triunfo gozo,
Que á un calabozo
Voy á parar.

DOÑA LEONOR.

(Siga la broma,
Vaya de enredo.)
¿Quién su denuedo
No ha de admirar?
(Mas, ¡necio! ¡cuánto
Te cuesta el gozo,
Si á un calabozo
Vas á parar!)

LAMPREA.

(Yo ni una coma
Comprender puedo;
Mas tengo un miedo
Muy regular.
Pero entre tanto,
Por el retozo,
Ya tiene el mozo
Para rascar.

DON JUAN Y CORO.

¿Qué poder doma
Tanto denuedo?
Terror y miedo
Llega á causar.
No le da espanto
La muerte al mozo:
¿Qué calabozo
Le ha de asombrar?

DON JUAN.

Marchemos: la flaqueza
Es mengua en tal momento.

DON BERNARDO.

(¡Malhaya mi fiereza!
¡Maldigo mi furor!)

DON JUAN.

(Del ánimo haz alarde,
Que vivo está en tu pecho.)

DON BERNARDO.

(¿No me era el ser cobarde
Más cómodo y mejor?)

TODOS.

¡La muerte es breve susto!
Que admire el mundo todo
De tu ánimo robusto
El temple y el valor.

DON BERNARDO.

(Muramos, si ello es justo;
Mas sepa el mundo todo
Que voy contra mi gusto,
Trinando... de pavor.)

---

# ACTO TERCERO.

---

Interior de una cárcel: en el fondo la puerta que da paso á la calle; á la derecha otra que comunica con la parte principal del edificio, y en el lado opuesto la que da á la habitacion de Bernardo. Al levantarse el telon se ve á éste apoyado en la pared y en actitud melancólica. Varios presos juegan á los naipes, unos sentados en el suelo, y otros de pié, mirando por encima de aquellos.

## ESCENA PRIMERA.

DON BERNARDO Y PRESOS.

CORO.

—¡Pícara sota!
—Vuelvo á parar.
—Venga la mosca.
—Vaya el real.
—Pinta y trocada.
—De pinta va.
—Ojo á los guros.
—Vista al Abad.
—Vino el caballo.
—Primero el as.
—Trampa me llamo.
Hízole dar
Un estupendo
Salto mortal.
—¡Mienten!
¡Remienten!

(Arremolinándose y en actitud de embestirse. Don Bernardo se interpone.)

DON BERNARDO.

¡Jueguen en paz!

CORO.

¡Mueran!

DON BERNARDO.

¡Silencio!
Ténganse allá.

CORO.

¿Quién alza el grito?

DON BERNARDO.

Ya lo verán.

CORO.

¡Es don Bernardo!
No hay que chistar.

DON BERNARDO.
Si me enojan, señores,
¡Voto á mi estampa!
Doy en el quinto cielo
Con toda el hampa.
(Todo consiste
En el tira y afloja,
Si alguno embiste.)

CORO.
Nadie le chiste;
Que si el mozo se enoja,
¿Quién le resiste?

DON BERNARDO.
¡Al que el gallo levante,
Cristo le valga!
Y el que pique de bravo,
Que empuñe y salga.
(Si andan al morro,
Y me buscan el bulto,
¿Por dónde corro?)

CORO.
¡No hay en el corro
Quien se atreva á un insulto,
Señor Chamorro!
(Vanse saludando respetuosamente.)

## ESCENA II.

DON BERNARDO, solo.

Aprendan todos de mí
Lo que va de ayer á hoy;
Que polvo y flaqueza soy,
Si grande y potente fuí.
Desde la altura caí
De mi ambicion altanera;
Que al remontar á la esfera
Del sol, mis alas tendidas,
Cayéronse derretidas
En copos de frágil cera.
Si soy el que un tiempo fuí,
¿Cómo tan otro me veo,
Que me miro y no me creo,
Puesto que dudo de mí?
Yo, que tan alto subí,
¿Á qué aspiro, ni qué soy?
¡Nada ya! cogido estoy
¡Cuitado! en mi propia red.
¡Valentones! ¡Aprended
Lo que va de ayer á hoy!
Yo, que ayer fuí maravilla
Del mundo, y le tuve en poco;
Yo, que hasta ayer era el coco
De los guapos de la villa,
¿Cómo en tan negra mancilla,
Cómo en tanta mengua doy?
¡Es que caminando voy
De nuevo á ser lo que fuí!
¡Valientes! mirad en mí
Lo que va de ayer á hoy.
(Se queda un momento pensativo: don Juan y Lamprea salen por la puerta del fondo, y le observan un instante. Lamprea se colocará durante la escena á una prudente distancia de don Bernardo. Cuando éste levanta los ojos y ve á los dos, don Juan se precipita en sus brazos con efusion.)

## ESCENA III.

DON BERNARDO. DON JUAN. LAMPREA.

DON JUAN. (Abrazándole.)
¡Bernardo! ¡Sobrino!¡

DON BERNARDO.
¡Tio!¡
(¡Alegre viene!) ¿Hay noticias?

DON JUAN.
¡Soberbias!

DON BERNARDO.
¿Eh?

DON JUAN.
¡Dame albricias!
¡Lamprea! ¡ven, hijo mio!
Abrázale.

LAMPREA. (Huyendo.)
¡Que si quieres!

DON BERNARDO.
Pero en fin...

DON JUAN.
¡Mi buen Bernardo!...

DON BERNARDO.
¿Me salvaré?

DON JUAN.
No lo aguardo;
Mas ¿qué te importa si mueres?

DON BERNARDO.
¡Cómo! ¡me gusta la flor!

DON JUAN.
Al que nace caballero,
Á un pecho hidalgo, primero
Que la vida es el honor.

DON BERNARDO.
¡Voto á brios!

LAMPREA.
(¡La ira le abrasa!)

DON JUAN.
¡Qué bien tu nobleza pruebas!

DON BERNARDO.
Tio...

DON JUAN.
¿Á qué te haces de nuevas,
Si sabes ya lo que pasa?

DON BERNARDO.
Nada sé, Dios me es testigo.

DON JUAN.
Eres noble, eres leal,
Honrado; pero haces mal
En disimular conmigo.

DON BERNARDO.
¡No hay tal cosa! ¡Es fuerte empeño!

DON JUAN.
Aunque ocultármelo quieres,
Lo sé todo.

DON BERNARDO.
¿Todo?

DON JUAN.
Que eres
De tu propia vida dueño.

DON BERNARDO.
¿Sí? pues ¡la ocasion es calva!

DON JUAN.
Pero tú no la asirás...

LAMPREA.
Eso digo.

DON JUAN.
Y morirás.

LAMPREA.
De seguro. (Eso me salva.)

DON BERNARDO.
(No lo entiendo.)

LAMPREA.
El caso es serio.

DON JUAN. (Misteriosamente.)
¿Y el anillo?

DON BERNARDO.
¡Ya!

LAMPREA.
¡Pues!

DON JUAN.
¡Pues!

DON BERNARDO.
¿Con que... el anillo!

DON JUAN.
Eso es.

LAMPREA.
Ya está aclarado el misterio.

DON BERNARDO.
¡Voto al Draque! me da grima...

LAMPREA. (Separándose.)
(¡Malo!)

DON BERNARDO.
¡Con verdad os hablo!
¡Ah señor! ¡aquí anda el diablo!

LAMPREA.
¡Jesus!

DON BERNARDO.
Es decir, mi prima.
Ella ha fraguado este enredo.

DON JUAN.
¡Calla, Bernardo!

LAMPREA.
¡Quimera!

DON JUAN.
Si álguien te oyese, pudiera
Presumir que tienes miedo.

DON BERNARDO.
Precisamente...

DON JUAN.
¡Eso no!

LAMPREA.
¡Es imposible! os engaña.
¿Quién es capaz de una hazaña?...

DON BERNARDO.
¿Qué hazaña? ¡no he sido yo!

DON JUAN.
Hay pruebas.

LAMPREA. (Con aire de incredulidad.)
Aunque batalle...

DON BERNARDO.
Los que á la riña acudieron,
¿No aseguran que prendieron
Al homicida en la calle?

DON JUAN.
Es verdad.

DON BERNARDO.
Yo á la prision
Bajé por la chimenea...

DON JUAN. (Con sorna.)
¿Qué dices de esto, Lamprea?

LAMPREA.
¡Que me gusta la invencion!

DON BERNARDO.
Y acaso, por allí, el preso
Pudo escapar.

DON JUAN.
¡Ah sobrino!
¡Has buscado mal camino!
Estás convicto y confeso.

DON BERNARDO.
¡Por hablar! ¡ése es mi flaco!
Mas puesto en trance tan duro,
Señor, me desdigo, y juro
Que mentí como un bellaco.

DON JUAN. (Ap. á Lamprea.)
Se está burlando de mí.

LAMPREA. (Ap. á don Juan.)
No puede ser otra cosa.

DON JUAN.
¡Vamos! la farsa es chistosa.

DON BERNARDO.
Digo otra vez que mentí.

DON JUAN. (Con severidad.)
Si das en esa flaqueza,
El negocio es muy sencillo.
Saca, presenta el anillo,
Y deslustra tu nobleza.
Pero fuera accion rüin,
Que ni aplaudo, ni aconsejo.

DON BERNARDO.
(¿No digo? se empeña el viejo
En que yo entienda el latin.)

DON JUAN.
Ántes bien, si te desvelas
Por el honor que en tí gano,
Imita al buen sevillano
Sancho Ortiz de las Roelas;
Y si aquí no se concilia
Tu heroismo con la suerte,
Dejará tu noble muerte
Mil timbres á la familia.

LAMPREA.
¡Ah señor! dejaos llevar,
Y ¡veréis! á tres doblones
Se pagan ya los balcones,
Sólo por veros pasar.

DON JUAN.
Te llaman el nuevo Cid.

LAMPREA.
¡El invencible!

DON JUAN.
¡El tremendo!

LAMPREA.
Y por último, estais siendo
El asombro de Madrid.

DON BERNARDO. (Con vanidad.)
¿Eso pasa?

DON JUAN.
¡Si es locura
Cómo ha crecido tu fama!

DON BERNARDO.
Sin embargo...

LAMPREA.
Eso se llama
En todas partes, ventura.

DON BERNARDO.
Así tengas la salud.

LAMPREA.
Á tener vuestro ardimiento,
Quisiera... mas no me siento
Con semejante virtud.

DON JUAN.
En fin, Bernardo, la ley
Ha pronunciado su fallo;
Y tú, como buen vasallo,
Debes respeto á tu Rey.
Su Majestad no te olvida;
Que estimando tu persona,
Al partir á Barcelona
Salvarte quiso la vida.

DON BERNARDO.
¡Ah, buen Rey!

DON JUAN.
¡Porque le alabes
De previsor y clemente!
Da por libre al que presente...
La prenda que ya tú sabes. (Con misterio.)

DON BERNARDO.
La prenda...

DON JUAN.
El anillo.

DON BERNARDO.
¡Ah! ¡bien!

DON JUAN.
Y en premio á su bizarría,
Le concede la alcaidía
Del castillo de Jaen.

DON BERNARDO.
(Aquí hay duende.)

LAMPREA.
¡Él es feliz!

DON JUAN.
¡Venturoso!

LAMPREA.
Y con razon.

DON JUAN.
Es la misma situacion
Del bueno de Sancho Ortiz.
¡Vuelve á mi seno! ¡otro abrazo!

DON BERNARDO.
(Ya veo luz en este abismo.)

DON JUAN.
Tu prima viene: aquí mismo
Va á estrecharse el dulce lazo.

DON BERNARDO.
¡Señor! en estos momentos...

DON JUAN.
Puesto que mi gozo explayas,
Quiero que á la muerte vayas
Con todos los sacramentos.

DON BERNARDO.
(Ella es quien puede explicar
Este enredo.)

## ESCENA IV.

DICHOS. DOÑA LEONOR, en traje de boda, y DOÑA VIOLANTE.

DON JUAN.
Leonor, veo
Con placer que á mi deseo
Accedes.

DOÑA LEONOR.
Sin vacilar.

DON JUAN. (Ap. á doña Violante.)
¿Es cierto?

DOÑA VIOLANTE.
Pues ¿qué ha pensado
Su merced?

DON JUAN.
¿Viene sumisa?

DOÑA VIOLANTE.
Es consecuencia precisa:
¡Á no haberla yo educado!

DON JUAN. (Á don Bernardo.)
¡Mira si lo dije yo!
De tu heroismo prendada,
Vuela á tus brazos.

DON BERNARDO.
(¡Taimada!)

DOÑA LEONOR.
¡Razon teneis! ¿cómo no?
Pero ántes, á solas quiero,
Si me otorga esta merced,
Consultar con vuesarced... (Á don Juan.)

LAMPREA.
(¡Adios! ¡matrimonio huero!)

DON JUAN.
Y ¿qué es ello?

DON BERNARDO. (De mal humor.)
Algun capricho.

DON JUAN.
Digo, y si no me acomoda...

DOÑA LEONOR.
En ese caso, no hay boda.

DON JUAN. (Colérico.)
¡Sobrina!

DOÑA LEONOR. (Con calma.)
Lo dicho, dicho.

DON JUAN. (Mirando á doña Violante.)
¡Jesus! ¡qué docilidad!

DOÑA VIOLANTE. (Aparte.)
¡Carácter!

DOÑA LEONOR. (Aparte.)
No, ya no cejo.

DON JUAN. (Á doña Violante, viéndola hablar con doña Leonor en voz baja.)
¡Eh! ¿qué es eso?

DOÑA VIOLANTE.
La aconsejo...

DON BERNARDO. (Con ironía.)
Por su bien...

DOÑA VIOLANTE. (Con intencion.)
Es la verdad.

DON JUAN.
Ya entiendo yo vuestras mañas.

DOÑA VIOLANTE.
¡Dios sabe que sois injusto!

DON JUAN.
Leonor, cúmplase tu gusto;
Pero ¡tiembla si me engañas!
Despejad.

DON BERNARDO.
(¿Qué es lo que intenta?)
(Se queda rezagado, mirando á los dos.)

DOÑA LEONOR.
¿Qué aguardas aquí?

DON BERNARDO.
¿Qué aguardo?
¡Ah! ¡Leonor!

DOÑA LEONOR.
Calla, Bernardo,
Y déjalo por mi cuenta.

## ESCENA V.

DOÑA LEONOR. DON JUAN.

DON JUAN.
Puedes hablar: ya te escucho;
Mas no cedo de mi empeño.

DOÑA LEONOR.
Señor, yo tengo otro dueño...

DON JUAN.
¡Qué audacia!

DOÑA LEONOR.
Á quien quiero mucho.

DON JUAN.
Sin mi licencia no debes
Amar.

DOÑA LEONOR.
Libre es mi albedrío.

DON JUAN.
Te amansaré.

DOÑA LEONOR.
No os lo fio.

DON JUAN.
¡Sobrina! á mucho te atreves.
¡Despreciar á tan gallardo
Mancebo! ¡insigne locura!

DOÑA LEONOR.
Decidme: ¿y si por ventura
No es lo que pensais, Bernardo?

DON JUAN. (Indignado.)
¡Calla!

DOÑA LEONOR.
Si os pruebo...

DON JUAN.
¡No ofendas
Á ese gigante, Leonor!
Es un héroe, y el valor
No es la mayor de sus prendas.
Ese homicidio cruento,
Esa misteriosa hazaña,
Salvó al Monarca de España...
(Al oido con misterio.)

DOÑA LEONOR.
¡Ah, señor! todo ello es cuento.

DON JUAN.
¡Le aborreces!

DOÑA LEONOR.
No, jamas;
Ántes por su bien me animo.
Es inocente mi primo.

DON JUAN. (Con abatimiento.)
¡Qué horrible golpe me das!

DOÑA LEONOR.
Todo nace de un error.

DON JUAN.

Entónces ¿como consiente!...
¡Pero no, no es inocente:
Tú le calumnias, Leonor!

DOÑA LEONOR.

Yo os lo juro.

DON JUAN.

Si eso pasa,
Adios, soñados blasones.

DOÑA LEONOR.

Hartos cumplidos varones
Ha contado nuestra casa.
No necesita ese alarde
Vano, para gloria suya,
Y bástale con que excluya
De su árbol limpio á un cobarde.

DON JUAN.

Áun en mí la duda labra.

DOÑA LEONOR.

Decid: si una prueba os doy,
¿Quedo libre?

DON JUAN.

No: yo soy
Esclavo de mi palabra.

DOÑA LEONOR.

¿Y si él renuncia?

DON JUAN.

Eso bien;
Mas no lo hará.

DOÑA LEONOR.

Yo respondo.

DON JUAN.

Siendo así, punto redondo:
Por mí... soy voto de amén.

DOÑA LEONOR.

¿Está dicho?

DON JUAN.

Sí, por Dios;
Pero una promesa exijo.

DOÑA LEONOR.

Y ¿es?

DON JUAN.

Que hoy te cases, de fijo,
Con alguno de los dos.

DOÑA LEONOR.

Pero...

DON JUAN.

Ó tu boda apresuras,
Ó te encierro.

DOÑA LEONOR.

¡Oh despotismo!
(Eso quiero yo.)

DON JUAN.

Y hoy mismo
Se han de hacer las escrituras.

DOÑA LEONOR.

Os diré...

DON JUAN.

¡Jum! ¡por mi nombre!...

DOÑA LEONOR.

Si es el que adoro...

DON JUAN.

(Ya cede.)

DOÑA LEONOR.

Concedido.

DON JUAN.

(¡Lo que puede
El carácter en el hombre!)
Temí de tu terquedad...

DOÑA LEONOR.

¿Que el claustro eligiera?...

DON JUAN.

¡Pues!

DOÑA LEONOR.

¿Cómo es posible! ¡no es
Tanta mi indocilidad!

DON JUAN. (Con ironía.)

¡Qué humilde!

DOÑA LEONOR.

Yo soy así.

DON JUAN.

¡Ea, pues! á arreglar la boda.
Dentro de dos credos, toda
La familia estará aquí.

DOÑA LEONOR.

Mandadme á mi rodrigon.

DON JUAN.

Vendrá.

DOÑA LEONOR.

Y que obedezca quiero
Cuanto yo le diga.

DON JUAN.

Pero...

DOÑA LEONOR.

Es precisa condicion.

DON JUAN.

Como ignoro de qué traza
Te vales...

DOÑA LEONOR. (Impaciente.)

Así conviene.

DON JUAN.

Vendrá: no te enojes. (Tiene
Sus humos esta rapaza.)

## ESCENA VI.

DOÑA LEONOR, sola.

¡Hoy se acaban mis desdichas
Ó mis esperanzas! ¡hoy
De tu suerte se decide,
Puro y contrariado amor!
Pero ántes que dar la mano
Sin mi voluntad, ¡gran Dios!
Lloraré mi desventura
En perpetua reclusion.

### ESCENA VII.

DOÑA LEONOR. LAMPREA, sale restregándose los ojos.

LAMPREA.
¿No me dejarán?...

DOÑA LEONOR.
¿Lamprea?

LAMPREA.
Aquí me manda el señor...

DOÑA LEONOR.
Óyeme, y cuenta que exijo
De tí...

LAMPREA.
Ya sé, sumision
Ciega...

DOÑA LEONOR.
Completa.

LAMPREA.
Es así:
Ya el amo me lo advirtió.

DOÑA LEONOR.
En hora buena.

LAMPREA.
¿Qué manda
Ucé?

DOÑA LEONOR.
Junto al paredon
De esa calle, encontrarás
Á un jóven.

LAMPREA.
(*Libera nos.*)

DOÑA LEONOR.
Ya tú le conoces.

LAMPREA.
(Malo.)

DOÑA LEONOR.
Don Tello-Azagra.

LAMPREA.
(Peor.)

DOÑA LEONOR.
Quiere entrar aquí, y espera
Que tú le introduzcas.

LAMPREA.
¡Yo!

DOÑA LEONOR.
Tú.

LAMPREA.
Y ese hidalgo...

DOÑA LEONOR.
Es mi amante.

LAMPREA.
¡Ya sé! (¡Qué disolucion!)

DOÑA LEONOR.
¿Qué tienes?

LAMPREA.
(¿A que me he puesto
Lo mismo que un ababol?)
Diré á ucé...

DOÑA LEONOR. (Impaciente.)
¡Señor Lamprea!

LAMPREA. (Con entereza.)
¡Señora doña Leonor!

DOÑA LEONOR. (Enojada.)
¿Qué es eso?

LAMPREA. (Subyugado.)
Nada, os decia...

DOÑA LEONOR.
Calle y obedezca.

LAMPREA.
Voy. (Hace que se va.)
(¡Qué diablo!) Digo, y si llega
Á saber ese Nemrod...

DOÑA LEONOR.
Nada temas.

LAMPREA.
Pero el tio
¿Tiene parte en la funcion?

DOÑA LEONOR.
Tambien.

LAMPREA.
(¡Pobre viejo!) Al fin...
¡Es claro! ¡al fin se ablandó!
(¡Cuando salen estas mozas
Resueltas, el diablo son!)
(Hace que se va y vuelve.)

DOÑA LEONOR.
¡Cómo! ¿otra vez?

LAMPREA.
Tengo aquí
Mis escrúpulos: yo soy
Hombre de bien...

DOÑA LEONOR.
Y ¿qué quiere
Decir?

LAMPREA.
¡Perdóneme Dios!
No sospecho... ¿Sospechar?
¡Ni imaginar, eso no!
Que vuesa merced...

DOÑA LEONOR.
¡Lamprea!

LAMPREA.
Mas tengo una comezon...
Es decir, un no sé qué...
¡En fin, un miedo feroz!

DOÑA LEONOR.
Acabemos.

LAMPREA.
No se enoje;
Pero el mandado... (Yo voy
Por último á dar que hacer
Á la santa Inquisicion.) (Vase por el fondo.)

### ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR. DOÑA VIOLANTE, y un momento despues DON BERNARDO.

DOÑA LEONOR.
¡Ay! ¡ya era tiempo! ¡Violante!

DOÑA VIOLANTE.
Bernardo viene, señora:
Esta es la ocasion.

DOÑA LEONOR.
Hoy muero,
Si se obstina...

DOÑA VIOLANTE.
¡No nos oiga!
(Sale don Bernardo.)

DOÑA LEONOR. (Ap. las dos.)
Él es.

DOÑA VIOLANTE.
Disimulo.

DOÑA LEONOR.
Astucia.

DON BERNARDO.
(¡Esta vieja me encocora!)

DOÑA LEONOR.
¿Primo?

DON BERNARDO.
¿Leonor?

DOÑA LEONOR.
¿Me buscabas?

DON BERNARDO.
¿Qué ha de hacer la mariposa,
Sino abrasarse en tus ojos?

DOÑA VIOLANTE.
(¡Ay! ¡mal principio!)

DOÑA LEONOR.
¿Lisonjas?
¡No es tiempo de eso, Bernardo!

DOÑA VIOLANTE.
Tal digo.

DON BERNARDO.
Pues ¿quién lo estorba?

DOÑA LEONOR.
Tu desdicha y mi tristeza.

DON BERNARDO.
No hay tristeza donde hay bodas.

DOÑA LEONOR.
Pues ¿qué! ¿pretendes?...

DON BERNARDO.
Casarme.

DOÑA VIOLANTE.
¡Qué locura!

DON BERNARDO.
No he hecho pocas,
Y ésta ha de ser la postrera.

DOÑA VIOLANTE.
(¡Ah, trapacero!)

DON BERNARDO.
(¡Ah, gazmoñas!)

DOÑA LEONOR.
¿Sabes que te va la vida?

DON BERNARDO.
Sé que mi muerte es forzosa.

DOÑA VIOLANTE.
¿Y si alguno pretendera
Salvar vuestra vida y honra?

DON BERNARDO. (Fingiendo admiracion.)
¡Cómo! ¿Qué dices? ¿es cierto?

DOÑA VIOLANTE.
No es la ocasion para bromas.

DON BERNARDO.
Y ¿hay quien puede...

DOÑA VIOLANTE.
Yo os lo fio.

DON BERNARDO.
Sacarme de esta mazmorra?

DOÑA VIOLANTE.
De un talisman poderoso
Sé yo...

DOÑA LEONOR.
¡Qué invencion diabólica!

DOÑA VIOLANTE.
Que os salvará...

DON BERNARDO.
¿Por alguna
Redendija ó claraboya?
¿Esas tenemos, Violante?
Pues ¿no sabe que hay corozas?

DOÑA VIOLANTE.
Sin riesgo de la conciencia,
Se entiende.

DON BERNARDO.
Ya es otra cosa.

DOÑA VIOLANTE.
Mas nadie sirve de balde.

DON BERNARDO.
Es claro; y si me acomoda...

DOÑA LEONOR.
El sacrificio es horrible,
Bernardo; pero áun á costa
De mi ventura...

DON BERNARDO.
¿Qué pide?

DOÑA LEONOR.
Mi mano.

DON BERNARDO.
¿Tu mano hermosa!
¡Ántes morir!

DOÑA LEONOR.
¡Que me place
Tu resolucion heróica!
Pero á precio de tu vida...

DON BERNARDO.
Como te llame mi esposa
Un solo dia, un instante,
¿Qué más vida? ¿qué más gloria?

DOÑA VIOLANTE. (Ap. á doña Leonor.)
Nos ha conocido el juego.

DOÑA LEONOR.
Mas perderte en breves horas,
Y quedar viuda...

DON BERNARDO. (Remedándola.)
¡Eso es
Lo que más la desazona!

DOÑA LEONOR.
En fin, ¿te empeñas?...
DON BERNARDO.
¿Qué quieres?
DOÑA LEONOR.
Mira bien...
DON BERNARDO.
Ruede la bola.
DOÑA LEONOR.
¿Y si me niego?
DON BERNARDO.
Imposible.
DOÑA LEONOR.
¿Y si persisto?
DON BERNARDO.
No importa.
DOÑA LEONOR. (Con resolucion.)
¡Acabemos!
DON BERNARDO. (Con calma.)
Acabemos.
DOÑA LEONOR.
Farsa á un lado.
DON BERNARDO.
Afuera bromas.
DOÑA LEONOR.
Ya la máscara me pesa.
DON BERNARDO.
Ya el cuento pica en historia.
DOÑA LEONOR.
Mi mano tiene otro dueño.
DON BERNARDO.
¡Otro dueño! ¡socarrona!
No he de creerte, aunque jures.
¡Yo sé lo que tú me adoras! (Con ironía.)
DOÑA LEONOR.
¡Insensato!
DON BERNARDO.
Serás mia.
DOÑA LEONOR.
¿Yo tuya! ¡Primero monja!
DOÑA VIOLANTE.
Sabrá la verdad el tio.
DON BERNARDO.
Pues como la sepa toda...
DOÑA VIOLANTE.
Sabrá que os haceis el muerto,
Cuando en la cara os azotan;
Que vuestro valor es chanza,
Que vuestra espada no corta,
Que sois matador de farsa...
DON BERNARDO.
¡Doña Violante! ¡hola, hola!
Y ¿cómo vuesarced sabe
Todas esas quisicosas?
¡Pues bien! yo en cambio diré,
Y váyase una por otra,
Que me sois un tanto cuanto
Resuelta y libidinosa;
Que viviente lanzadera,
Afrentando vuestras tocas,
Vais tejiendo voluntades
Á espaldas de la parroquia;
Que sois bruja, y archibruja,
Y tarasca...
DOÑA VIOLANTE.
¡Hay tal deshonra!
DON BERNARDO.
Injerto de vieja y sierpe,
Y mixto de trasgo y momia.

## ESCENA IX.

DICHOS. DON TELLO y LAMPREA. Don Tello viene embozado.

LAMPREA. (Desde la puerta.)
La ocasion es oportuna:
Aquí la he dejado sola...
DON BERNARDO.
¿Quién va allá?
LAMPREA.
¡Cristo me valga!
DOÑA VIOLANTE. (Ap. á doña Leonor.)
Es don Tello.
LAMPREA.
Aquí fué Troya.

**Quinteto.**

DON BERNARDO.
¿Á quién busca ese fantasma?
DON TELLO.
Á un cobarde baladron.
DON BERNARDO.
(¡Me conoce!)
DOÑA LEONOR. (Ap. á don Tello.)
¡Se resiste!
LAMPREA Y DOÑA VIOLANTE.
(Ha perdido la color.)
DON BERNARDO.
(Esto va de mala guisa;
Que en el talle y en la voz
Se parece el mozalvete
Al amante de Leonor.)
DON TELLO.
¿Don Bernardo?
DON BERNARDO.
¡Caballero!
DON TELLO.
Desde anoche entre los dos
Hay un lance interrumpido;
Hay pendiente una cuestion.
DOÑA LEONOR Y DOÑA VIOLANTE.
(¡Cómo suda! ¡cómo tiembla!
No es por cierto de valor.)

LAMPREA.

(¡Cómo bufa! ¡cómo tiembla!
Y es sin duda de furor.)

DON BERNARDO.

Ayudad á mi memoria:
No recuerdo qué pasó.

DON TELLO.

Ya en la cara os lo recuerda,
Áun caliente, un bofeton.

LAMPREA.

¡En la cara de Bernardo
Un insulto tan atroz!

DON BERNARDO.

¿No es más que eso! Yo pensaba
Que la cosa era mayor.

DON TELLO.

Muerto os fingisteis.

DON BERNARDO.

¿Digo que no?

DON TELLO.

Vivo os encuentro.

DON BERNARDO.

Tanto mejor.

DOÑA VIOLANTE Y DOÑA LEONOR.

(¡Qué miserable!)

LAMPREA.

(¡Qué fanfarron!)

DON BERNARDO.

Mas si os importa
Que muera yo,
Doyme por muerto
Para con vos.

DOÑA LEONOR.

No estima su fama
Ni aprecia su honor
Quien busca en la dama
Forzado el amor.

DON BERNARDO.

¿Qué importa la fama,
Qué importa el honor
Al que arde en la llama
De celos y amor?

DON TELLO, DOÑA VIOLANTE Y LAMPREA.

No estima su fama
Ni aprecia su honor
Quien busca en la dama
Forzado el amor.

## ESCENA X.

DICHOS. DON JUAN.

DON JUAN.

¿Qué es esto?

DON BERNARDO.

¡Nada, señor!
Defiendo con noble pecho
Mi posesion, mi derecho,
La mano de mi Leonor.

DON JUAN. (Á doña Leonor.)

¿No cede?

DOÑA LEONOR.

Nuestro galan
En su pretension porfía.

DON JUAN.

Entónces, sobrina mia...

DON TELLO.

Oidme primero, don Juan.

DON JUAN.

¿Qué es?

DON TELLO.

El hombre á quien la mano
De Leonor voaced ofrece,
Sabedlo en fin, no merece
Galardon tan soberano.

DON JUAN.

¿Oyes, sobrino?

DON BERNARDO.

¡Pardiez!
(Esto se va componiendo.)

DON TELLO.

¿No me entendeis?

DON BERNARDO.

No os entiendo.

DON JUAN.

Acabemos de una vez.
Dadme una prueba... (Á don Tello.)

DON BERNARDO.

(Yo sudo.)

DON JUAN.

¡Y voto á Cristo... bellillo!...

DON TELLO.

Mirad, don Juan.

DON JUAN.

¡Un anillo!

DON TELLO.

Y en medio de él...

DON JUAN. (Descubriéndose.)

¡Un escudo!...

DON BERNARDO. (Acercándose.)

(¿Anillo dijo!)

DON TELLO.

¿Qué pena,
Decid, merece el cobarde,
Que de valor hace alarde,
Robando la gloria ajena?

DON JUAN.

La vergüenza es su castigo.

DON TELLO.

¿Y el que allá junto al Escalda
Volvió dos veces la espalda
Delante del enemigo?

DON BERNARDO.

(¿Es duende este hombre?)

DON JUAN.

¡Eso más!

DON BERNARDO.
Quien mi honor manchar intente...

DON TELLO. (Descubriéndose.)
Don Tello Azagra no miente,
Ni se desdice jamas.

DON BERNARDO. (Con afabilidad.)
¡Don Tello! ¡válgame Dios!
(¡Qué diablo le habrá traido!)

DON JUAN.
¿Te conoce?

DON BERNARDO.
Hemos servido
En la campaña los dos.

DON JUAN. (Ap. á don Bernardo.)
Desmiéntele.

DON BERNARDO.
¡Necedad!

DON JUAN.
¿No niegas?

DON BERNARDO.
De ningun modo.

DON JUAN.
Luego ello ¿es cierto?

DON BERNARDO.
Hay de todo...
(Pero lo más es verdad.)

DON TELLO.
Todo es cierto.

DON BERNARDO.
¡No lo es!

DON TELLO. (Colérico.)
¡Don Bernardo!

DON BERNARDO.
Os hago jueces.
¡Dice que corrí dos veces!

DON JUAN.
¿No es así?

DON BERNARDO.
¡No! fueron tres.

DON JUAN.
¡Impudencia semejante!

DON BERNARDO.
Mas, valiente ó sin valor,
Seré esposo de Leonor.

DOÑA LEONOR.
¡Ántes la muerte, Violante!

DON TELLO.
Jamas lo consentiré.

DON JUAN.
Hidalgo, si mi promesa
No me vuelve, harto me pesa;
Mas yo no mancho mi fe.

DON TELLO.
Teneis razon.

DON BERNARDO.
¿Quién lo duda?

DOÑA LEONOR.
¡Tello! ¡mi bien!

DOÑA VIOLANTE.
(¿Está loco?)

DON TELLO. (Ap. á doña Leonor y á don Juan.)
(No temais.)
¡Será por poco! (Alto.)
Mañana quedarás viuda.

DON BERNARDO. (Con terror.)
¿Viuda?

DON TELLO.
Esta joya es la vida
De un hombre: elija la suerte...
(Se dirige á la puerta por donde entraron los presos, y hace ademan de arrojar la sortija.)

DON BERNARDO. (Con ansiedad.)
¡Don Tello! ¡quereis mi muerte!

DON JUAN.
¡Alto! ¡ninguno lo impida!
Así quedaremos horros...

DON BERNARDO.
¡Piedad! ¡piedad!

DON JUAN. (Con tono trágico.)
¡Desdichado!
¡Apártate! ¡has afrentado
La raza de los Chamorros!

DON BERNARDO.
Renuncio.

DOÑA VIOLANTE.
¡Renuncia!

DON TELLO.
Bien.
Es costoso el sacrificio;
Mas la paga del servicio
Es magnífica tambien. (Le da el anillo.)

DON JUAN.
¡Aquí de mi autoridad!
Terminante es el precepto. (Á doña Leonor.)
Ese es tu esposo. (Señalando á don Tello.)

DOÑA LEONOR.
Le acepto.

DOÑA VIOLANTE.
¿Qué os parece esa humildad?

DON TELLO.
Tambien otra prenda os guardo,
Que en el tejado encontró
De vuestra casa.
(Don Tello saca la espada de don Bernardo.)

DON JUAN.
Y ¿qué fué?

DON BERNARDO.
¡Ya!

DON TELLO.
La espada de Bernardo.

DON JUAN.
Dádmela acá.

DON TELLO.
No, don Juan.

DON JUAN.

Áun más deshonrarla puede.

DON TELLO.

Esto entre nosotros quede.
(Se la da á don Bernardo.)

DOÑA VIOLANTE.

Ahí vuestros deudos están.

## ESCENA XI.

DICHOS y LOS CONVIDADOS.

DON JUAN.

Venid.

(Don Juan toma de la mano á don Tello y á doña Leonor, figurando que los presenta á sus deudos. Lamprea entre tanto se dirige á don Bernardo con fiero continente.)

LAMPREA.

(Tiemblo de coraje,
Sólo de pensar...) ¡Mancebo!

DON BERNARDO.

¿Señor rodrigon?

LAMPREA.

Me atrovo
Con él y con su linaje.

(Se separa Lamprea de don Bernardo, y hasta el fin del acto se dirigen los dos miradas feroces.)

Coro.

Mil veces, mil, dichosa
La enamorada esposa,
Que pura sube al tálamo,
Y alegre va al altar.

DOÑA LEONOR.

¡Feliz, ansiado instante
Que de mi pecho amante
Con la ventura, el júbilo
Viniste á despertar!
Si engáñasme halagüeño,
No pases como sueño,
Que desparece súbito
Para mayor pesar.

LAMPREA.

Confiese el seor Bernardo
Que el otro es más gallardo.

DON BERNARDO.

Si da en hacer el tábano,
Le voy á descrismar.

DOÑA LEONOR.

¡Feliz, ansiado instante! etc.

CORO.

Mil veces, mil, dichosa, etc.

# EL GRUMETE.

## ZARZUELA EN UN ACTO,

**LETRA DE D. ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ, MÚSICA DE D. EMILIO ARRIETA.**

**Representada en Madrid, en el Teatro del Circo, el dia 17 de Junio de 1853.**

### PERSONAS.

LUISA.
JUANA.
SERAFIN, *grumete.*
TOMAS, *corsario.*
PASCUAL.
ANTON.
ALDEANOS.
MARINEROS.

*La accion pasa en un pueblecito sobre la costa de Cantabria, á principios del siglo actual.*

## ACTO ÚNICO.

Vista exterior de casa á la izquierda, con un cobertizo y verja: bajo el cobertizo, una mesa.—En el fondo, árboles y peñascos, dejándose ver á corta distancia el mar. Despues de un preludio que expresa el amanecer, vienen por el fondo aldeanos y aldeanas con cestos, en que traen frutas, flores, etc.

### ESCENA PRIMERA.

CORO DE ALDEANOS de ambos sexos. Luégo LUISA.

CORO.

¿Cómo cerrada se ve tu puerta,
Desposadilla sin corazon!
Mira, zagala, que ya despierta,
Bañando el prado, la luz del sol.
Del blando lecho
Deja el calor;
Que á las puertas está de tu pecho
Llamando el amor.

LUISA. (Dentro.)

¿Quién á la aurora llama á mi puerta
Con tan alegre murmuracion?

CORO.

Abre, zagala; que ya despierta
Clara y risueña la luz del sol.

LUISA. (Sale.)

Ya de mi lecho
Dejé el calor;
Que he sentido á las puertas del pecho
Que llama el amor.

CORO.

¡Viva la novia del rico pastor!
—Mil veces viva,
Y en fiel tributo
De amor, reciba
Cuanto ya en fruto
La tierra esquiva
Da al labrador.

LUISA.

¿Qué me traen mis pastores
En prueba de amor?

CORO.

Traen tus pastores,
Blanco cual plata,
Rico de olores
Queso de nata,
Frutas y flores
Y un recental.

LUISA.

Á esos favores
No seré ingrata.
¡Gracias, señores!
¡Qué fresca nata!
¡Qué lindas flores!
¡Cuánto panal!

(Mirando con infantil alegría los cestos que la entregan los pastores, y que ella coloca bajo el cobertizo.)

CORO.

En su frente hermosa y pura
El placer brillando está.

LUISA.

¿Quién el sol de la ventura,
Sino alegre, esperará?

LUISA Y CORO.

Para el alma que padece,
Y rigores de amor llora,
¡Oh! ¡qué triste amanece
La blanca aurora!
Mas si alegre el bien espera
Con su mágico arrebol,
¡Qué hermosa reverbera
La luz del sol!

### ESCENA II.

DICHOS. JUANA y PASCUAL.

PASCUAL. (Dentro.)
¡Luisilla! ¡Luisilla!

LUISA. (Se dirige á la puerta.)
¡Padre!

JUANA. (Sale con Pascual.)
Mucho madruga la novia.

PASCUAL.
¿Qué es esto?

LUISA.
Regalos son
De estas buenas gentes.

JUANA.
¡Hola!

LUISA.
Mire usted, madre, ¡qué flores
Tan lindas!—¡Gracias, Ramona!
—Estas frutas son del Zorro,
Esos quesos, de la Ambrosia;
De Lúcas, esos panales
De miel rubia y olorosa,
Y ese recental manchado,
De la ovejuela de Antona.
—¡Todo es para mí! (Con alegría.)

PASCUAL.
Sí, Luisa:
Todo para tí.

LUISA.
¡Ay, qué rosa!
(Desprendiéndola de uno de los ramos.)

PASCUAL.
Para el novio.

TODOS.
Para el novio.

LUISA. (Con melancolía.)
Áun las cristalinas gotas
Del rocío, como perlas,
Van rodando entre las hojas.

JUANA.
Y ¿eso te entristece?

LUISA.
¡Ay, madre!

JUANA.
¿Qué tienes?

LUISA.
(¡Tristes memorias!)
—¡Nada! ¡nada!—Amigos mios,
Para esta noche es la boda.
Cantaremos, bailaremos...

TODOS.
¡Viva Anton!—¡Viva la novia!
(Vanse por distintas direcciones.)

### ESCENA III.

PASCUAL. JUANA. LUISA.

PASCUAL.
Mira, Luisa, que no quiero
Verte con la cara fosca.

LUISA.
Y ¿qué he de hacer?

PASCUAL.
¿Qué? reirte
Y alegrarte: ésa es la forma
Y el modo... Cuando tu madre,
Que está presente, era moza...

JUANA. (Con severidad.)
¡Pascual!

PASCUAL.
¡Es verdad!

JUANA. (Á Luisa.)
¿Qué tienes?

LUISA.
Recuerdos que me trastornan...

JUANA.
¿No te casas por tu gusto?

LUISA.
¡Yo... sí!...

PASCUAL.
Pues ¿de qué te enojas?

LUISA.
Era voluntad de padre:
Yo no dije «ésta es mi boca.»

PASCUAL.
Es cierto; pero el refran
Nos dice «quien calla otorga.»

LUISA.
No piense usted que me pesa;
Al contrario: eso no estorba...
—Pero recuerdo con gusto
Las breves, pasadas horas
De mi infancia.

PASCUAL.
Serafin
La há barajado la cholla.

JUANA.
¡Calla, Pascual!

LUISA.
Esta flor
Encendida y olorosa
Me recordó las que un dia,
Escogidas entre todas,
Á mis rejas y á mi puerta
Colgaba como en memoria.

PASCUAL.
¡Bah! ¡bah! niñadas.

LUISA.
Es cierto;
Pero...

JUANA.
Tu esposo te adora;
Él es el mejor partido
Que hay en la comarca toda;
Y no es decir que no valga...

LUISA.
En cuanto á lindo... no es cosa.

JUANA.
¡Eh! la hechura es lo de ménos;
Lo principal es la estofa.

LUISA.
Eso sí: Anton...

PASCUAL.
Es muy bueno.

JUANA.
Dócil como una paloma.

LUISA.
Es cierto.

PASCUAL.
Le vas á dar
Más vueltas que á una peonza.

JUANA.
¡Marido!

PASCUAL.
Y aunque él presume
De tieso, tú no eres boba...

JUANA.
No, no callará.

PASCUAL.
Pues ¡digo!
¿Tan malo es que le conozca?...

LUISA.
Él viene.

JUANA.
¡Silencio!

## ESCENA IV.

DICHOS y ANTON.

ANTON.
¡Aguarda!
¡Ya despiertos!

LUISA.
Pues ¿no es hora?

ANTON.
¡Para mí no!—Buenos dias.

PASCUAL.
Muy buenos.—La gente moza
Madruga sin compasion,
Cuando el amor...

ANTON.
Esa es droga.
Á no haberme despertado
Esos zánganos...—¡Pichona!

LUISA.
¡Cómo! ¡dormir en tal dia!

ANTON.
¿No dicen que el amor toma
Mil disfraces? pues el mio
Se parece á la modorra...

PASCUAL.
¡Como ella es así, tan lista!...

ANTON.
¡Ya sé!

PASCUAL.
¡Tan madrugadora!

ANTON.
Yo la quitaré ese vicio,
Ó ¡por vida de Anton Porras!...

PASCUAL.
(¡En mi vida he visto un mozo
Más arrimado á la cola!)

ANTON. (La habla aparte.)
¿Oyes, borrega?

JUANA.
Sospecho
Que has errado...

PASCUAL.
¡Calla! ¡tonta!

JUANA.
¿Qué es lo que la dice?

PASCUAL.
¡Está
Lo mismo que una amapola!
¡Cuidado, Anton!

JUANA. (Interponiéndose.)
¡Vamos! ¡vamos!
¿Qué es eso?

LUISA.
Yo...

JUANA.
¿Eres dichosa?

LUISA.
Creo que sí.

ANTON.
Pues la decia,
Por si acaso usted lo ignora,
Que me han charlado á la oreja,
Anoche, no sé qué historias...

JUANA.
¿De la niña?

ANTON.
De la niña.

JUANA.
Explíquese usted.

ANTON.
No es cosa.
Dicen si tuvo ó no tuvo,
Dos años há...

PASCUAL.
¡Toma! ¡toma!

ANTON.
Con aquel chisgaravis...

LUISA. (Enfadada.)
¿Chisgaravis!

ANTON.
Y ¡se enoja!

LUISA.
Y ¡me enojo! y lloraré.

PASCUAL. (Ap. á Anton.)
¡Firmeza! el padre te apoya.
¡Niña! (Con gravedad.)

ANTON.
¡Tambien fuera bueno
Que por ese zampatortas
Perdiera yo el fruto... ¡Vamos!...
¡Que despues de tanta ronda,
Y canciones por acá,
Y dar vueltas á la noria,
Se quedara el pobre Anton
Corrido como una mona!

JUANA.
Tiene razon.

PASCUAL.
Dice bien.

ANTON.
Pues si me pica la mosca...

LUISA.
¿Lo ve usted? ¡es un tirano
Sin ley ni Dios!

ANTON.
¡Ay, que llora!
¡Soy perdido! ¡se acabó!
¡No lo haré más! ¿Me perdonas?

JUANA.
¡Vamos, Luisita!

LUISA.
Si vuelve
Á insultarme; si le nombra...

ANTON.
Ya digo que no lo haré.

LUISA.
Entónces, ¡bien!

ANTON.
¡Ay, paloma!

JUANA. (Á Pascual con satisfaccion.)
Tiene carácter.

PASCUAL.
El tuyo.

ANTON.
Y ¿para quién es la rosa?

LUISA.
Para mi esposo.

PASCUAL. (Ap. á Juana.)
¡Responde
Lo mismo que una priora!

ANTON. (Queriendo cogerla.)
Pues siendo así...

LUISA.
Todavía
No hemos ido á la parroquia.

JUANA.
Anton, por acá tenemos
Que arreglar para hoy mil cosas.
¡Adentro, niña!

LUISA.
Allá voy.

ANTON.
(¡Que no han de dejarla sola!...)

PASCUAL.
Adios, Anton.

ANTON.
Hasta luégo.

LUISA.
¿No tardarás?

ANTON.
¡No, mi gloria!

(Luisa y sus padres entran en la casa; Anton se va por el fondo, derecha.)

## ESCENA V.

SERAFIN, solo. (Viene por el fondo, izquierda.)

¡Áh! ¡respiro!—¡Serafin!
Pienso que, ¡voto á mil truenos!...
Ni áun te han echado de ménos
Las gentes del bergantin.
¡Cosa á la verdad extraña!
Así he tenido lugar
De enjugarme, y descansar
En esa pobre cabaña.
¡Cuando Luisilla me vea!...
—Al pronunciar este nombre,
Pierdo aliento: ¡no soy hombre!
¿Habrá alguno que lo crea?
¡Es que me adora! es en fin,
Que la amo desde la cuna.
No quiero yo más fortuna:
¡Vete! vuela, bergantin.

---

**Romance.**

No iré yo al rio,
No iré yo al mar
Á naufragar.
En brazos del bien mio
Me quiero yo ahogar.
Adios, bergantin Aurora:
Huyendo voy de tí;
Que la prenda que me adora
Pena y llora
Porque está léjos de mí.
¡Ay, morenilla!
Ya estoy aquí;
Que por verte, á la orilla
Mojado salí.
No iré yo al rio,
No iré yo al mar
Á naufragar.
En tus brazos, bien mio,
Me quiero yo ahogar.

---

Ó lo hace el baño maldito,
Ó no sé... pero es creible.

¡Tengo un apetito horrible!
—Pero, ¡señor! ¡qué apetito!
¡Calle! ¡qué miro! sí... ¡justo!
(Viendo los cestos que están sobre la mesa.)
¿Estoy en Jauja? ¡cabales!
¡Queso, manteca, panales!...
—Me han adivinado el gusto.
(Va á sentarse y se detiene.)
—¡Sí! pero esto, ¿de quién es?
—Sea de quien fuere, almorcemos,
Que es lo que importa: ya haremos
Por explicarnos despues.
(Se habrá sentado de espaldas á la puerta, y empieza á comer muy deprisa. Un momento despues sale Luisa de la casa.)

## ESCENA VI.

SERAFIN. LUISA.

LUISA.
¿Qué es esto!

SERAFIN.
¿El frasco del ron?
Aquí viene.
(Saca un frasco y lo pone sobre la mesa.)

LUISA.
¡Qué osadía!

SERAFIN.
¡Señor! no hay duda: yo habia
Errado la vocacion.
¡Dos higas al bergantin!

LUISA.
¡Bravo tragadero tiene!
—¡Oiga, mocito!

SERAFIN. (Se levanta.)
Álguien viene.
—¡Ah, Luisita!

LUISA.
¡Serafin!

SERAFIN.
Ése soy: ése es mi nombre.
—¡Ven acá! (Va á abrazarla.)

LUISA. (Remilgándose.)
¿Qué vas á hacer!

SERAFIN. (Con extrañeza.)
¡Oiga!

LUISA.
Soy ya una mujer.

SERAFIN.
¡Mejor! y yo soy ya un hombre.

LUISA.
Estás guapo.

SERAFIN.
¡Ya lo creo!
—¿Y tú? ¡tú... Luisa querida!

LUISA.
¿Qué tal me encuentras?

SERAFIN.
¡Por vida!...
¡Como te busca el deseo!
¡Nunca imaginó el amor
Tan expresivo semblante,
Tan gracioso!...

LUISA.
(¡Es muy galante!)

SERAFIN.
¡Tan lindo!

LUISA.
(¡Es conocedor!)

SERAFIN.
—Por eso cruzando el mar
Dos años, ¡Dios me es testigo!
Siempre te llevé conmigo:
Nunca te pude olvidar.

LUISA.
¡Siempre el mismo!

SERAFIN.
¡Ay, prenda mia!
Y ¿cómo es que aquí te encuentro?
Yo te dejé tierra adentro.

LUISA.
Padre compró esta alquería...

SERAFIN.
Eso me ahorra de camino.
¡Sentia en el corazon
Un... ¡pues! una comezon
Por ver tu rostro divino!...
¿No hablas!

LUISA.
(Estoy en un potro.)
¡La turbacion!...

SERAFIN.
¡Pobre chica!

LUISA.
(Y ¡tan bien como se explica!
¡Qué diferencia del otro!)

SERAFIN.
¡Siempre te guardó el amor
De mi corazon las llaves!
¡Voto va al chápiro!...

LUISA.
¿Sabes
Que te has hecho jurador?

SERAFIN.
¡El ejemplo!...

LUISA.
¡Si te atreves
Otra vez!...

SERAFIN. (Dirigiéndose adonde está la mesa.)
Bien: ya no lo hago.

LUISA.
¿Dónde vas?

SERAFIN.
Á echar un trago.

LUISA.
¿Cómo es eso? ¿tambien bebes?

SERAFIN.
Con la humedad me destemplo.

LUISA.
¡Qué horror!

SERAFIN. (Saca una pipa y la enciende.)
¿Te incomoda el humo?

LUISA.
¿Tambien fumas?

SERAFIN.
Tambien fumo.

LUISA.
Ya es demasiado...

SERAFIN.
¡El ejemplo!

LUISA.
¡Madre de Dios! ¡cuánto vicio!

SERAFIN.
¡Cómo vicio! ¡echar un taco,
Beber ron, fumar tabaco!...
Eso es propio del oficio.

LUISA.
Buena profesion.

SERAFIN.
¡Famosa!

LUISA.
¡Eso te enseña!

SERAFIN.
No es poco:
Á decir verdad, tampoco
Se me ha pegado otra cosa.

LUISA.
Pues, ó la has de abandonar,
Ó no me hables en tu vida.

SERAFIN.
¿No es más de eso? estás servida...
Acabo de desertar.

LUISA.
¡Desertar!

SERAFIN.
Como lo digo.

LUISA. (Asustada.)
¡Serafin!

SERAFIN.
Ya lo verás.

LUISA.
¡Qué horror! pero ¿dónde vas
Á vivir?

SERAFIN.
¿Dónde? contigo.
Aquí, á tu lado.

LUISA.
¡Qué escucho!
—¿Sabes, Serafin querido,
Que te has vuelto algo atrevido?

SERAFIN.
Los viajes enseñan mucho.

LUISA.
En efecto, estás cambiado.

SERAFIN.
¡Toma! ¿vengo yo del Congo?

LUISA.
Mas falta saber... supongo
Que estarás adelantado.

SERAFIN.
En edad y en experiencia.

LUISA.
Eso no me desagrada.
—¿Y en fortuna?

SERAFIN.
¡Poco!... nada,
Si te he de hablar en conciencia.

LUISA.
Es decir...

SERAFIN.
Que por ahora
La profesion no promete.

LUISA.
Pero algo serás.

SERAFIN.
Grumete
En el bergantin Aurora.

LUISA.
(¡Adios, adorado sueño!
¡Me ha dejado aquí un vacío!...)

SERAFIN.
Pues, como sabes, mi tio
Es su capitan y dueño.
Á caza de un buque inglés
Vinimos, y en esa rada
Entramos á hacer aguada,
Habrá dos horas ó tres.
Yo, que tan cerca me vi
De la playa venturosa,
Donde bella y cariñosa,
Niña áun, te conocí,
Hambriento de tu belleza,
Y harto ya de malos tratos,
¿Qué hago? ¡digo!... «¡al agua patos!»
Y me arrojé de cabeza.

LUISA.
¡Qué locura!

SERAFIN.
Y con despejo,
¡Eso sí!

LUISA.
¡Desventurado!
¡Pudo ahogarse!

SERAFIN.
¡Qué! ¡si nado
Lo mismo que un abadejo!

LUISA.
Y ¿á qué has venido?

SERAFIN. (Alarmado.)
Pues ¡digo!

LUISA.
(¡Ay, Dios!)

SERAFIN.
¿No me hablas de broma?

¡Extraña pregunta!— ¡Toma!
Vengo... á casarme contigo.

LUISA.

Eres pobre.

SERAFIN.

Lo confieso.

LUISA.

Si no hay de qué me mantengas...

SERAFIN.

Partiremos lo que tengas:
Yo ne me apuro por eso.
Los viejos ¿no te han de dar
Con qué vivir? ¡no seas niña!

LUISA.

Eso sí; tengo una viña,
Y algo qué de pan llevar.

SERAFIN. (Restregándose las manos con alegría.)

¿Hay una viña?

LUISA.

De mosto
Solemos llenar cien cubas.

SERAFIN.

¡Me muero yo por las uvas!
¡Ya verás tú por Agosto!

LUISA.

Mas padre dirá que no;
Se opondrá.

SERAFIN.

¡Voto al infierno!
¿Dónde va á hallar para yerno
¿Una ganga como yo?
¡Bah! ¡bah! ¡no puede dudar!
Y en cuanto yo me presente...
(Se dirige á la puerta de la casa.)

LUISA.

Es que hay otro inconveniente.

SERAFIN. (Volviendo.)

¿Cuál?

LUISA. (Con timidez.)

Que me voy á casar.

SERAFIN. (Con emocion.)

¿Á casarte! ¿es cierto?

LUISA.

Sí.

SERAFIN.

¡Ay!

LUISA.

(Ablandará los bronces:
Y yo, que soy tierna...)

SERAFIN. (Afligido.)

Entónces...
¿Qué piensas hacer de mí?

LUISA.

(¡Ay! ¡que hace pucheros!)

SERAFIN.

¡Cruel,
Sin alma y sin corazon!

LUISA.

(Ello... ¡me da compasion!
¡Mas si una se hace de miel!...)

SERAFIN.

¡Adios, ingrata! ¡adios, fiera!

LUISA.

Adios.

SERAFIN.

¡Mi encanto y mi muerte!
Ya no vuelvo nunca á verte.
(Se dirige hácia el fondo, y Luisa á la puerta de su casa; un momento despues vuelven á mirarse, y se dirigen uno á otro.)

LUISA.

(¡Vendrá! ¡como si lo viera!)

---

**Duo.**

SERAFIN.

¡Ay! ¡ay, mi Luisilla!

LUISA.

¡Ay! ¡ay, Serafin!

SERAFIN.

Quisiera, y no puedo
Moverme de aquí.

LUISA.

Pues ello es preciso;
Que Anton va á venir.

SERAFIN.

¿No tienes entrañas?

LUISA.

No tengo.—(¡Ay, que sí!)

---

SERAFIN.

¿Posible es, mi vida,
Que ya has olvidado
Del tiempo pasado
Recuerdos de amor!
Depon el enojo
Que el alma me hiela,
Y alivia y consuela
Mi acerbo dolor.

LUISA.

Quien viéndome ajena
Consuelos me pide,
Querrá que me olvide
Del mundo y de Dios.
Di tú, que ya tienes
Mayor experiencia,
Si puedo en conciencia
Casarme con dos.

SAMUEL.

¡Es imposible!
Tienes razon.

LUISA.

Ya te convences.

SERAFIN.

¡Ay! ¡eso no!

Mas ya que debo
Perder tu amor,
Dame una prueba
De compasion.

LUISA.

¿Qué es lo que pides?

SERAFIN.

Dame esa flor.

LUISA.

Está guardada
Para mi Anton.

SERAFIN.

Por eso mismo
La quiero yo.

---

LUISA.

Yo no puedo;
Tengo miedo;
Que mi madre
Nos verá.
¡Ah!
¿Nos verá?
(¡Ya me apura!)
¡Qué locura!
(Dejando la rosa en manos de Serafin.)
¡No me pierdas!
Vete ya.
¡Ah!
Vete ya.

SERAFIN.

¡Yo no cedo!
¿Tienes miedo?
¡Por tu vida,
Vuelve acá!
¡Ah!
¡Vuelve acá!
¿Esto dura
Mi ventura! (Contemplando la rosa.)
¿Tú lo quieres?
Voyme ya.
¡Ah!
Voyme ya.

(Se separan haciendo un penoso esfuerzo; pero vuelven á mirarse, y corren precipitadamente á abrazarse.)

LOS DOS.

¡Ah!
¡Vuelve acá!

LUISA.

¡Qué locura!

SERAFIN.

¡Qué ventura!

LOS DOS.

Ahora ya,
¿Quien la union estrecha y pura
De dos almas romperá?

---

SERAFIN.

Me amas: ¿no es cierto?

LUISA.

¡Sí, sí!

SERAFIN.

¡Mira! me has vuelto á la vida.
¡Oh, dicha!

LUISA.

¡Estoy decidida!
No sé qué será de mí;
Pero habla á mi padre, ruega...

SERAFIN.

Sí; voy.

LUISA.

Dile que te quiero...

SERAFIN. (Entra en la casa.)

Ya verás.

## ESCENA VII.

LUISA, luégo ANTON.

LUISA.

Aquí te espero.
¡Estoy loca, loca y ciega!
¿Cómo he de afectar desden,
Teniéndole aquí presente?
—¡No se olvida fácilmente
Lo que se ha querido bien!

ANTON.

¿Luisita?

LUISA.

¿Quién está aquí!...
¡Qué compromiso, Dios santo!

ANTON.

¿Salió padre?

LUISA.

En casa está:
Vete.

ANTON.

Te vengo buscando.

LUISA.

No es ocasion oportuna.

ANTON.

¡Luisa! ¿te dura el enfado?
¿Qué tienes?

LUISA.

Yo no lo sé.

ANTON.

¡Cordera!—Pero... ¡aquí hay gato!

LUISA.

(¡Ay Dios!)
(Cubriéndose con las manos el sitio donde tenía la rosa.)

ANTON.

(¡Siento unos sudores!...)

LUISA.

¿Qué es eso?... ¿te has puesto malo?

ANTON.

No sé; pero no estoy bueno.
—¡Luisa! tú has perdido hoy algo.

LUISA.

No sé.

ANTON.

Mira que yo tengo
Una intencion y un olfato...

LUISA.

¿Tienes celos?

ANTON.

Como un turco.

LUISA.

¿Qué has visto?

ANTON.

Lo que no hallo.

LUISA.

Explícate.

ANTON.

¿Dónde está
La rosa del desposado?

LUISA.

Pues ¡es verdad! ¡la he perdido!

ANTON.

¡La has perdido! ¿dónde y cuándo?

LUISA.

Vaya usted á adivinar...

ANTON.

¿Cuánto va á que no la paso?

LUISA.

Será preciso.

ANTON.

¡Veremos!
Pues mira que si me llamo
Andana...

LUISA. (Con alegría.)

¿Serás capaz?...

ANTON.

Soy yo muy duro de cascos.

LUISA.

Acepto.

ANTON.

¿Qué es lo que aceptas?

LUISA.

¿No renuncias á mi mano?

ANTON.

No; quiero hacerte rabiar.

LUISA.

¡Anton! ya te han dicho que amo
Á otro.

ANTON.

No importa: apechugo.

LUISA.

¿Y siendo verdad?...

ANTON.

Me caso.

LUISA. (Enojada.)

¿Y si te pesa?

ANTON.

Tambien.

LUISA. (Exasperada.)

Y si...

ANTON.

Tambien.

LUISA.

(Es negado.)
Oye: no quiero que ignores
Nada: despues de dos años
De ausencia, el que es solo dueño
De mi cariño ha llegado.
Piénsalo bien: considera
Que há tiempo que le idolatro;
Que no he de olvidarle nunca,
Y ¡que te aborrezco! ¡claro!

ANTON.

¡Ji! ¡ji!

LUISA.

¿Qué es eso?

ANTON.

¡Ji! ¡ji!

LUISA.

(Quisiera tener de mármol
El corazon, ó partirme
En dos.)—¡Vamos, Anton, vamos!

ANTON.

¡Tú no me quieres! ¡Ji! ¡ji!

LUISA.

Pero ¿así llora un barbado!...

ANTON.

¡Tienes razon! es vergüenza.
¡Por vida del rey de bastos!...
—¿En dónde está ese rival?

SERAFIN. (Saliendo de la casa.)

Aquí está.

ANTON.

(¡San Caralampio!)

LUISA. (Vase huyendo por el fondo.)

¡Ay! ¡ay!

ANTON.

(¡Buena la hemos hecho!)

SERAFIN.

¿Qué decia usted, seo guapo?

ANTON.

¡Nada! (¡Que un barbilampiño!...)

SERAFIN.

¿Está usted refunfuñando?

ANTON.

(¡Á que le embisto!)

SERAFIN.

Supongo
Que estará ya preparado...

ANTON.

¿Á qué?

SERAFIN. (Amenazándole.)

Á perder las orejas.

ANTON.

¡Hombre! ¡hombre! no sea usted bárbaro.

SERAFIN. (Le persigue.)
Estoy resuelto.

ANTON. (Huyendo.)
¡Yo no!
¡Que si quieres!

TOMAS.
¡Chito, y alto!

(Anton huye precipitadamente, y entra en la casa: Serafin quiere seguirle; pero se encuentra detenido por Tomas, que habiendo salido un momento ántes, le agarra por una oreja. Ambos permanecen un momento en silencio. Serafin mira á su tio con recelo y de reojo.)

## ESCENA VIII.

TOMAS. SERAFIN.

SERAFIN.
(Me pescó.)

TOMAS.
Y ¿adónde el viaje,
Señorito?

SERAFIN.
(¡Soy perdido!)

TOMAS.
¡Gracias á Dios! he tenido
Que tomarte al abordaje.

SERAFIN.
(¡Valor!)

TOMAS.
¡Caiste en la red,
Trapacero, bribonzuelo!

SERAFIN. (Soltándose.)
Mas no he tragado el anzuelo.

TOMAS.
¿Qué dices?

SERAFIN. (Colocándose á buena distancia.)
Ya lo ve usted.

TOMAS.
¡Pullitas, señor sobrino!

SERAFIN.
Diré á usted...

TOMAS.
¡Calla!

SERAFIN.
¡No callo!

TOMAS.
¿Qué es eso? ¿me alzas el gallo?

SERAFIN.
Algo más: me insubordino.

TOMAS.
Bueno será que se atreva
Su merced á tanto exceso.
¡Qué aire de taco! ¡bien!...—¡Eso
Es para mí cosa nueva!

SERAFIN.
Harto tiempo he sido manso.

TOMAS.
Te domaré.

SERAFIN.
No respondo.

TOMAS.
Larga el cabo.

SERAFIN.
He dado fondo,
¡Digo! y á pata de ganso.

TOMAS.
¡Jum! ¡No me seas contumaz,
Serafin! (Dirigiéndose á él.)

SERAFIN. (Huyendo.)
¡Alto, ó me escapo!
Y si largo todo el trapo...

TOMAS.
Pues bien: hablemos en paz.
—¿Qué piensas hacer aquí?

SERAFIN.
Diré á usted... ya está pensado,
Y voy á tomar estado:
Me caso.

TOMAS.
¿Te casas!

SERAFIN.
Sí.
El barco está sin gobierno,
Y es fuerza...

TOMAS.
¡Pasmado estoy!
¡Temprano empiezas!

SERAFIN.
Yo soy
Excesivamente tierno.

TOMAS.
Con que ello, así, por ensalmo...
—Y la agraciada ¿quién es?

SERAFIN.
Luisa.

TOMAS.
¿Esa rapaza?

SERAFIN.
¡Pues!
¡Si ha crecido más de un palmo!

TOMAS.
Y ¿cuándo es el casamiento?

SERAFIN.
Lo más pronto es lo mejor.

TOMAS.
Todo está bien...

SERAFIN.
¡Ah, señor!

TOMAS.
Salvo que yo no consiento.

SERAFIN.
¿Por qué?

TOMAS.
Porque ese cariño,
Del que áun no sabes el nombre,
No es áun el amor del hombre,
Sino el capricho del niño.
¡Piénsalo bien, Serafin!

¿Quieres por esa mentida
Pasion enterrarte en vida...
Abandonarnos, en fin?
Y ¿cuándo? cuando en bonanza
Tu nave empieza á cruzar
Por el anchuroso mar
De la vida y la esperanza.
Cuando una y otra victoria
Sobre ese azul Oceano
Nos hacen alegre y llano
El camino de la gloria.
Teniendo tal corazon,
Juventud y bizarría,
¿Quién, Serafin, quién arría
Tan pronto su pabellon?
Quien tal hace no es honrado,
Ni es noble, ni bien nacido.

SERAFIN.

¡Gran sermon! ¡lástima ha sido
Que no me haya aprovechado!

TOMAS.

¡Ven! por aquel que nos mira
Desde allí.

SERAFIN.

Nada prometo.
(Despues de una pausa.)
Bien sabe usted el respeto
Que esa memoria me inspira;
Pero...

TOMAS.

En nombre de tu madre,
Ven acá.

SERAFIN.

Ya no replico.
(Acercándose humildemente.)
¿Qué quiere usted?

TOMAS.

(¡Pobre chico!
No ha conocido otro padre.)
Quiero que seas obediente.

SERAFIN.

Lo seré.

TOMAS.

Mas no te aflija...

SERAFIN.

¡Ay! que esta amargura es hija
De un amor puro y ardiente,
Que su esperanza ha perdido.

TOMAS.

Si hoy no, mañana tal vez...

SERAFIN.

Ha nacido en mi niñez,
Y hora por hora ha crecido.
(Siguen hablando aparte.)

## ESCENA IX.

DICHOS. ANTON y PASCUAL, á la puerta de la casa.

PASCUAL.

Tú verás.

ANTON.

No es porque yo
Le tenga miedo; al contrario...

PASCUAL.

Pero ¡qué miro! ¡el corsario!
—No me sigas.

ANTON.

¿Por qué no?
¡Qué piensa usted! yo soy todo
Un hombre.

PASCUAL.

No lo disputo.
Este es un señor muy bruto,
Y es capaz...

ANTON.

¡Ya! de ese modo...
(Se queda hablando aparte con Pascual hasta el fin de esta escena; despues vuelve á entrar en la casa.)

TOMAS.

Despídete; y si es verdad
Que la quieres...

SERAFIN.

La idolatro.

TOMAS.

Por tres años ni por cuatro...

SERAFIN.

¡No es nada! ¡una eternidad!
(Vase por donde se fué Luisa.)

## ESCENA X.

TOMAS. PASCUAL.

TOMAS.

Si la ama como se explica...

PASCUAL.

Señor Tomas...

TOMAS.

¡Oh!

PASCUAL.

¡Qué gozo!

TOMAS.

(Viene á hablarme por el mozo.)

PASCUAL.

(Viene á pedirme la chica.)
Me ha sorprendido...

TOMAS. (Con ironía.)

¿De véras?
¡El buen Pascual!

PASCUAL.

(¡Chasco vas
Á llevarte!)

TOMAS.

(Ya verás
¡Qué lindas despachaderas!)

PASCUAL.
¿Cómo en tierra!
TOMAS.
Ahí verá usté.
PASCUAL.
¿Se ha renunciado ya al fin?...
TOMAS.
No; tengo aquí el bergantin:
Desde esa playa se ve.
—Y ¡cómo se gallardea!
PASCUAL.
¿Ese es el corsario fiero?...
TOMAS.
El bergantin más velero
Que por los mares pasea.
—¡Qué barco, señor Pascual!
PASCUAL. (Con impaciencia.)
Sí será.
TOMAS.
¡Tiene mi Aurora,
Por ochenta piés de eslora,
Cuatro dedos de puntal!
—¡Así recala!—Y ¡qué bríos!
¡Véalo usted, que es cosa linda!
Con una guinda... ¡qué guinda!
Tiene para dos navíos.
¿Y andar? ¡ni la luz del sol!
Y limpio como un lucero,
Desde el primer mastelero
Hasta el último pañol.
¡Oh! cuando viste sus galas
Y el mar con la quilla azota,
Parece una gavïota
Que va secando sus alas.
PASCUAL.
(¡No habrá quien le haga callar!)
TOMAS.
Cuando una andanada envio...
PASCUAL.
Perdone usted, señor mio:
Eso es hablar de la mar.
Ya usted sabe lo que pasa.
TOMAS.
(¡Perro viejo!) No he sabido...
PASCUAL.
(¿No, eh?) Pues hemos tenido
Hoy al sobrinillo en casa.
TOMAS.
¡Ah! ¡sí!
PASCUAL.
¡Muy guapo! ¡muy listo!
Un dije es el Serafin;
Pero es un muchacho al fin...
Y mal criado, por lo visto.
TOMAS.
¿Cómo es eso?
PASCUAL.
¡No es desden!
Mas ¡para que usted se asombre!
Quiere presumir ya de hombre.
TOMAS.
Y si presume, hace bien.

---

**Romance.**

Yo he visto á ese muchacho
Bajo una y otra zona,
Oyendo en torno el huracan bramar,
Del trémulo velacho
Domar la inquieta lona,
Columpiándose alegre sobre el mar.
Parece, cuando avanza
Y entre la bruma espesa
De uno á otro mástil se le ve saltar,
El tigre que se lanza,
La fugitiva presa
Con su potente zarpa á desgarrar.

---

PASCUAL.
Muy bien; pero ¿qué sacamos
En limpio de esa monserga?
—¡Don Tomas! usted sabrá
Que yo tengo una chicuela.
TOMAS.
(Ya pareció.) Creo que sí.
PASCUAL.
Ese niño la corteja.
TOMAS.
Es el diablo.
PASCUAL. (Exaltado.)
Sí será;
Mas si usted no se le lleva...
TOMAS.
¡Cómo!
PASCUAL. (Bajando el tono.)
Tendrémos historia.
TOMAS.
Yo pensaba que usted era
Consentidor...
PASCUAL. (Colérico.)
¡Don Tomas!
¡Don Tomas! usted me afrenta.
(Con humildad.)
Yo, que le abomino...
TOMAS.
¡Vamos!
Usted dirá lo que quiera;
Pero ¡es imposible!...
PASCUAL.
¡Digo
Que no!... y ¡que no!
TOMAS.
¡Pues no sea!

---

**Duo:**

PASCUAL.
Si espera en esa boda,
Le digo que está fresco.

TOMAS.
Tampoco me acomoda
Tan alto parentesco.

---

PASCUAL.
Luisilla es tierna y ama,
Como es tan candorosa,
Y temo que en la llama
Dará la mariposa.
Mas si él persiste, y osa
Turbar nuestra alegría,
Sucederá algun dia...
Lo que presumo yo.

TOMAS.
No diré que no.
—Sencillo como niño,
El rapazuelo llora
Con infantil cariño
Por la beldad que adora;
Y si ella le enamora,
Y en su calor se quema,
La mariposa tema;
Pero la llama no.

PASCUAL.
Eso digo yo.

---

TOMAS.
Quien puede y debe,
Cierre el abismo.

PASCUAL.
Mas si él se atreve...

TOMAS.
Por eso mismo.

PASCUAL.
Segun se expresa,
Comprendo y veo...

TOMAS.
¿Que no me pesa?
¡Pues ya lo creo!
¡Soy tan benigno!

PASCUAL.
Fuera locura.

TOMAS.
Mas él no es digno
De tal ventura.

---

PASCUAL.
¡Mala landre, si ha pensado
Que tranquilo gozará,
Con la viña
De mi niña,
Mi cercado,
Mi ganado,
La existencia de un bajá!

TOMAS.
¡Bah!
De esa Angélica el Medoro,
Aunque niño, tiene ya,
Por cercados
Y ganados,
Un tesoro
Con más oro
Que ella ha visto ni verá.

PASCUAL.
¡Ya!

---

TOMAS.
(En el brillo de sus ojos
La codicia se retrata.)

PASCUAL.
(Hice mal en darle enojos.)
Con que, el dote...

TOMAS.
Es oro y plata.

PASCUAL.
(¡De lo dicho ya me pesa!)
Y si unirse determina...

TOMAS.
Ó me escoge una duquesa,
Ó me quedo sin sobrina.

PASCUAL.
¡Ah! ¡duquesa! ¡buen provecho!

TOMAS.
Y con ménos, ya lo he dicho,
No me doy por satisfecho.

PASCUAL.
¡Qué rareza! ¡qué capricho!

---

PASCUAL.
¡Mala landre, etc.

TOMAS.
De esa Angélica, etc.

---

PASCUAL.
Pues dígole á usted que el niño
Es lo que no hay en la tierra.
¡Chiquitin!...

TOMAS.
Él crecerá.

PASCUAL.
Sin juicio...

TOMAS.
La edad es ésa.

PASCUAL.
Insolente y temerario.

TOMAS.
Le he educado yo en mi escuela.

PASCUAL.

¡Un bribonzuelo!

TOMAS.

¡Eso no!
Y para que usted lo entienda,
Ese niño es mi esperanza,
Es mi orgullo, es mi existencia.
Hijo de una pobre hermana,
Quedó solo en edad tierna,
Y ya no tiene otro padre
Que le ampare y le defienda.
Y si álguien tocara osado
Á un pelo de su cabeza,
Sacrificara por él
Mil vidas, si mil tuviera.

PASCUAL.

Pero ¡yo estoy en peligro!

TOMAS.

¡Hombre! ¡eso no!

PASCUAL.

Y si se empeña...

TOMAS.

Respire usted: ahora mismo
Tiramos pieza de leva.

PASCUAL.

(¡La del humo!) Muchas gracias.

TOMAS.

No es porque usted lo agradezca.

## ESCENA XI.

DICHOS y ANTON.

ANTON.

¿Cuál de los dos?

PASCUAL.

Has triunfado:
Luisa es tuya.

TOMAS.

¿De ese bestia?

PASCUAL.

Haz que no lo oyes.

ANTON.

¡Caramba!...

TOMAS.

Y doy mil enhorabuenas
Al padre, á la niña, á todos,
Ménos á usted.

ANTON.

¿Eh?

PASCUAL. (Empujándole hácia la casa.)

Paciencia.

TOMAS.

Tal para cual.

PASCUAL.

No te irrites.

ANTON.

¡Noramala!

TOMAS.

¡Cómo!

ANTON.

¡Afuera!

TOMAS.

¡Insolente!

PASCUAL. (Llevándoselo.)

Vén.

ANTON.

¡Canalla!

TOMAS.

¡Voto va á brios!

PASCUAL.

Entra y cierra.

## ESCENA XII.

TOMAS, solo.

¡Ja! ¡ja! ¡qué andanada! impulsos
Me dan... ¡No! ¡vaya una idea!
Fuera hacerle desgraciado.
Y esa pícara muñeca
Será tan cerril y tan...
Lo mismo que si lo viera.
—De casta le viene al galgo...
—Mas ¿qué será que no vuelva
Serafin? Él no es capaz
De faltar á su promesa;
¡No!—Pero, ¿y si esa muchacha
Le baraja la cabeza?
¡Si no le hallo, voy á armar
Aquí una marimorena!...

(Vase por el fondo.)

## ESCENA XIII.

SERAFIN, luégo LUISA.

SERAFIN.

No puedo hallarla; y acaso...
Acaso fuera mejor
Irme sin verla.—¡Qué digo!
¡No darla el último adios!
—¡Tres años! ¡en ese tiempo
La casarán con Anton!
Á ella, ¡tan linda! eso fuera
Un sacrificio, un dolor.

LUISA. (Asomándose con timidez por la izquierda.)

¡Serafin!

SERAFIN.

¡Ay, que ella viene!

LUISA.

Di, ¿le has muerto?

SERAFIN.

¿Á quién? ¡Ah! ¡no!
Respira.

LUISA.

¡He llevado un susto!...

SERAFIN.

Aquí el muerto he sido yo.

LUISA.

¿Tú? pues ¿cómo!...

SERAFIN.

Si te pierdo,
Dime, ¿qué muerte mayor?

LUISA.

Con que al cabo...

SERAFIN.

¡Desahuciado!

LUISA.

Y ¿me dejarás?

SERAFIN.

¡Ay Dios!
—Mi tio ha bajado á tierra,
Y me lleva... — Pues ¿no estoy
Llorando como un chiquillo! (Con enojo.)

LUISA.

Si eso haces tú, ¿qué haré yo?

SERAFIN.

¡Y si él quisiera ablandarse!...
¡Probemos entre los dos!
Háblale tú.

LUISA.

¿Yo? ¡qué miedo!
¡Si dicen que es tan atroz!

SERAFIN.

En ciertos momentos; pero
Á veces...

LUISA.

Tienes razon.
¿Qué me ha de hacer?

SERAFIN.

No se come
A las gentes: ¡eso no!
Y luégo me quiere mucho,
Y es rico.

LUISA.

¡Tanto mejor!
Si te diera alguna cosa...
Mi padre no es un Neron.

SERAFIN.

Si llega un instante á verte,
Si contempla tu candor,
Y le enamoran tus ojos,
Y le seduce tu voz,
Se rinde.

LUISA.

Es que tú me miras
Con los ojos de tu amor.

SERAFIN.

Se rinde: ¡yo te lo digo!
No me engaña el corazon.

LUISA.

¡Un marino!

SERAFIN.

Pues ¿hay nada
Más blando? dígalo yo.
¡Pon tú la cara que sabes
Y el airecillo maton!...
—Él viene.

LUISA.

Ya tengo miedo.

SERAFIN.

No hay cuidado: aquí estoy yo.

## ESCENA XIV.

DICHOS y TOMAS.

TOMAS.

¡Te encuentro al cabo! creí...

SERAFIN.

¿Que me escapaba?

TOMAS.

No es nuevo.

SERAFIN. (Á Luisa en voz baja.)

¡Acércate!

LUISA. (Lo mismo.)

No me atrevo.

TOMAS.

¿Qué es eso? ¿quién está aquí?
—(¡Ah! ¡qué gallarda persona!)

SERAFIN.

¿No conoce usted? la traigo
Á despedirse...

TOMAS.

¡Ya caigo!

SERAFIN.

¡Mírela usted bien! ¡qué mona!

LUISA. (Con timidez.)

¡Señor Tomas!

TOMAS.

Has crecido,
Y mucho.

SERAFIN.

No es maravilla.

TOMAS.

Déjanos. — ¡Pobre Luisilla!
(Se aleja Serafin.)
¡No te hubiera conocido!

LUISA.

¿Me deja usted?

TOMAS.

¿Si te dejo?
¡Preciso!

LUISA. (Animándose por grados.)

Y tambien se va...

TOMAS.

¿Quién? ¿él? (¡Muy formada está!)
Tambien. (Y ¡tiene un gracejo!...)

LUISA.

¡Qué impiedad!

TOMAS.

Y ¿cómo quieres
Que de mi deber prescinda?

LUISA.

Pero ¡él!...

TOMAS.

(¿Hay cosa más linda?)
Él tambien tiene deberes.

LUISA.

Pero ¡ya ve usted! no es justo,
Si ya la mar aborrece...

TOMAS.

(¡El sobrinito parece
Que tiene formado el gusto!)
Dices que...

LUISA.

La profesion
No le agrada.

TOMAS.

¡Desatino!
Y tú ¿qué opinas?

LUISA.

Opino...
Que tiene mucha razon. (Con resolucion.)
Mas si necesario es ya,
Cuantos cruzan ese incierto
Fiero mar, tienen un puerto,
Donde su esperanza está.
Pero ¿hay quien pueda un instante
Vivir como usted tranquilo,
Sin más hogar ni otro asilo
Que ese piélago inconstante?

SERAFIN. (Acercándose un momento.)

Apriétale.

TOMAS.

¡Eso es verdad!
Pero en cambio hay paz, hay calma...

LUISA.

No lo niego; pero el alma
Se embota en la soledad.

TOMAS.

Alguna vez se concilia...

LUISA.

No es feliz quien no procura
En el amor la ventura,
Y el reposo en la familia.

TOMAS.

(¡Pudiera tener razon!)

LUISA.

Yo no sé cómo es posible
Estar solo: ¡eso es horrible!
—¿No tiene usted corazon?

TOMAS.

¡Vaya una pregunta rara!

LUISA.

¡Oh! ¡sí!

TOMAS.

No he pensado en ello.

LUISA.

¡Le tiene usted, y muy bello!
¡Lo está diciendo esa cara!

TOMAS.

(¡Ay, qué gachona!)—¡Me adula!
¡Sigue! ¡sigue!

LUISA.

¿No incomodo
Á usted?

TOMAS.

¿Tú? de ningun modo.
(¡Tiene un aquel!...)

SERAFIN. (Ap. á Luisa.)

¿Capitula?

LUISA.

¡Vete!

TOMAS.

(¡Me da que pensar!)

LUISA.

Pero ¡usted no me escuchaba!

TOMAS.

Sí, niña, sino que estaba
Engolfado en alta mar.
Decias...

LUISA.

Que es horroroso
Eso de vivir así...
¡Léjos de la tierra! aquí
Se vive con más reposo.
—Cásese usted.

TOMAS.

¡Qué locura!

LUISA.

Y cuando tenga á su lado
Una mujer, fiel dechado
De candor y de hermosura,
Que del hogar en la calma,
En cambio de una caricia,
Le consagre con delicia
Todo su amor, toda el alma,
Será usted feliz.

TOMAS.

Bien; pero...
Cuando eso pudiera ser,
La obligacion, el deber...
(¡Estoy en mal tenedero!)
—Y luégo... por Belcebú,
Que debe ser cosa rara...

LUISA.

¿Qué dice usted?

TOMAS.

Que si hubiera
Una moza como tú...

LUISA.

¡Mil hay!

TOMAS.

Por una mirada
Tuya, esas mil diera yo.
—¡No me mires!

LUISA. (Mirándole con dulzura.)

¿Por qué no?

TOMAS.

(¡Ay, qué pícara guiñada!
— Mas ¿qué es esto? ¡es singular
Lo que siento! siempre el roce...)

SERAFIN. (Á su tio, aproximándose.)

¿Qué tal?

TOMAS.

¿La niña? ¡conoce
La aguja de marear!

SERAFIN.

¿Tengo razon...

TOMAS.

Puede ser.

SERAFIN.

Si á tantas gracias sucumbo!

TOMAS.

(Cuando yo he perdido el rumbo,
Ese imberbe ¿qué ha de hacer?)

LUISA. (Ap. los dos.)

¡Reflexiona!

SERAFIN.

¡Vuelve! ¡prueba!
No desistas del empeño.

LUISA.

¡Ha puesto un ceño!

SERAFIN.

¡Qué ceño,
Si está ya como una breva!

TOMAS.

(¡Miserable! ¡ellos, que son,
Ó pueden ser, tan felices!...
¡Qué ideas! ¡no! ¡no!) Y ¿tú dices
Que tengo buen corazon? (Á Luisa.)

LUISA.

¡Sí, bueno y noble!

SERAFIN.

Así es.
— ¡Vencimos, Luisa! (Ap. á ella.)

TOMAS.

No quiero
Desmentirte.

SERAFIN.

¿Ves?

TOMAS.

Prefiero...
(Sufrir yo solo.) ¡Ea, pues!

---

**Terceto.**

TOMAS.

¡Ven, Luisa, mi hija amada,
Y estrecha el seno mio!

LUISA.

¡Ventura inesperada!

SERAFIN.

¡Inverosímil tio!

TOMAS.

(¡Sal de aquí, que me has herido,
Bella ilusion,
Que ni áun esperanza has sido!
Yo del alma te despido
Con severa indignacion.
¡Ay corazon!
¡No has merecido
Ni áun compasion!)

SERAFIN.

Dulce alivio de mi pena,
Consolador,
Tu cariño me enajena.
Él rompió nuestra cadena,
De los hados vencedor.
Ya con temor
No veré ajena
La que es mi amor.

LUISA.

Hácia el sol de la esperanza,
Nuestro ardor
Tierno y ávido se lanza.
Hoy sucede la bonanza
Al nublado tronador.
Pese al rigor,
Todo lo alcanza
Firme el amor.

---

SERAFIN.

¿No es mentira?...

LUISA.

¿No es un sueño?

TOMAS.

Cierta es ya vuestra ventura.

LUISA.

¿Que el que adoro es ya mi dueño?

SERAFIN.

¿Que merezco su hermosura?

LOS DOS.

¡Ah! ¡señor!

TOMAS.

Esa mirada
Que risueña te acaricia...
(Enjugándose una lágrima.)

SERAFIN.

¡Una lágrima!

TOMAS. (Con resolucion.)

¡No es nada!
—¡Sed felices!

LOS DOS.

¡Oh delicia!

---

TOMAS.

Volved á mis brazos,
Y en sinceros lazos
Y en mutuo afanar,
Del alma
Rendida,
La calma
Perdida

Volved al que huyendo
Se lanza á la mar.

SERAFIN Y LUISA.

Ya en fin, dueño mio,
Del hado sombrío
Logrando triunfar,
Las almas
Unidas,
Las palmas
Asidas,
Alegres iremos
Al pié del altar.

---

## ESCENA XV.

DICHOS. PASCUAL. JUANA y ANTON.

PASCUAL.

¿Qué es eso?

TOMAS.

Que me han vencido,
Y los uno.

ANTON.

¿Cómo?

PASCUAL.

¿Cómo!

TOMAS.

Casándolos.

JUANA.

Si es su gusto...

ANTON. (Á Pascual.)

¿Qué dice usted?

PASCUAL.

Yo me opongo.

JUANA.

¡Marido! ¡marido! yo
Me intereso por el otro.

SERAFIN.

¡Señor Pascual! ¡sea usted blando!

ANTON.

¡Señor suegro! sea usted plomo.

PASCUAL.

¡Anton! yo mando en mi casa.

ANTON. (Satisfecho.)

Así.

PASCUAL.

Nadie me habla gordo;
Pero mi mujer no quiere.
—Véte de aquí.

ANTON.

¡Viejo ñoño!
—Todo el pueblo va á saberlo.

JUANA.

Imbécil.

ANTON.

¡Sí, todo, todo!

## ESCENA XVI.

DICHOS, ménos Anton.

TOMAS.

Hijos, me ausento de aquí.

SERAFIN.

¿Ya nos deja usted?

LUISA.

¿Tan pronto?

TOMAS. (Á Luisa.)

Volveré.—Ya tengo un puerto...
¿Es verdad?

LUISA.

Y no eso solo:
Un hogar en nuestra casa...

SERAFIN.

Y una familia en nosotros.

TOMAS.

(¡Hogar! ¡familia!) Señor
Pascual, ¿viene usted á bordo?

PASCUAL.

¿Á bordo?

TOMAS. (Con intencion.)

Á tomar...

PASCUAL.

¡Ya entiendo!
—¡Lo consabido! ¡el tesoro! (Á Juana.)

(Desde este momento se ven aparecer por el fondo aldeanos y aldeanas, que observan á los que están en la escena, y murmuran por lo bajo.)

TOMAS.

¿Qué quiere esa gente?

SERAFIN.

¡Nada!
Quiere festejar al novio:
¿No es verdad?

(Con tono imponente y amenazador.)

TOMAS. (Conteniéndole.)

¡Señor Pascual!
Haga usted que ruede el oro.

ALDEANOS. (Con satisfaccion.)

¡Bien!

TOMAS.

Y en mi nombre, á la boda
Quedan convidados todos.

ALDEANOS.

¡Viva el Capitan!

TOMAS.

¡Ea, pues!
—¡Basta ya de reconcomios!

(Á Luisa y Serafin.)

—¡Listo el bote! (Con voz de mando.)

MARINEROS.

Listo está.

(Aparecen algunos marineros en el fondo izquierda.)

SERAFIN.

¿Tiemblas, Luisilla?

LUISA.

¡Es de gozo!

---

**Coro general.**

El bergantin corsario
Sus velas iza,
Meciéndose en las aguas
Que el viento riza.
¡Cómo en las olas
Se retratan inquietas
Sus banderolas!

TOMAS.

¡Pobre barquilla mia!
Parte ligera
Adonde está mi Aurora,
Que ya me espera.
¡Pobre barquilla!
¡Cuántos placeres dejo
En esta orilla!

MARINEROS. (Entrándose.)

¡Al remo! ¡al remo!

TOMAS.

No sopleis, huracanes,
Porque ya os temo.

TOMAS Y MARINEROS.

¡Pobre barquilla!
¡Cuántos placeres quedan
En esta orilla!

TODOS.

¡Parte, barquilla!
No olvides que te esperan
En esta orilla.

(Tomas se ha marchado un momento ántes, de modo que su canto y el de los marineros se va alejando gradualmente. Los que han quedado en la escena forman grupos; algunos se suben en los peñascos, y saludan al corsario con pañuelos, sombreros, etc.)

# LA CACERIA REAL.

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

LETRA **DE D. ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ,** MÚSICA **DE D. EMILIO ARRIETA.**

**Representada en Madrid, en el Teatro del Circo, el dia 11 de Marzo de 1854.**

## PERSONAS.

EL REY DON FELIPE V.
EL PRÍNCIPE CARIÑANO.
EL MARQUES DE VILLENA.
AMBROSIO, *guarda-bosque.*
MARGARITA.
PASCUAL. } *Hijos de Ambrosio.*
ROSA.
SEBASTIANA, *mujer de Ambrosio.*
CORTESANOS — MONTEROS DEL REY.
PAJES Y ALDEANOS.

---

*La accion pasa en el palacio del Pardo y en sus inmediaciones, el dia 15 de Noviembre de 1704.*

---

## ACTO PRIMERO.

---

Galería del palacio Real del Pardo, abierta al fondo, dejándose ver á lo léjos el arbolado de los jardines. Puertas laterales.

### ESCENA PRIMERA.

Aparecen LOS CORTESANOS, divididos en dos grupos y en animada conversacion.

CORO 1.°
La nobleza castellana
Á seguir al Rey se apresta,
Y aseguran que mañana
Parte el séquito de aquí.

CORO 2.°
Ya la huella se ha encontrado,
Y tendremos larga fiesta:
Desde ayer está cercado
El terrible jabalí.

---

CORO 1.°
¡Ah, caballeros!
¿Qué nos decís?
¿Parte el Monarca
Para Madrid?

CORO 2.°
Nada seguro
Pude inquirir;
Pero las señas
Dicen que sí.

---

CORO 1.° (Se reunen.)
En palacio se murmura
Que, cubriendo mar y tierra,
El inglés nos mueve guerra,
Y nos vende Portugal.

CORO 2.°
En la Córte se asegura
Que á probar la fe de España
Parte el Rey á la campaña,
Y nos deja al Cardenal.

TODOS.
¡Mas silencio! — ¡Pero chito!
— Por si viene con malicia,
La recóndita noticia
Se reserve cada cual.

### ESCENA II.

DICHOS y EL PRÍNCIPE.

PRÍNCIPE. (Sale triste y meditabundo.)
(Si yo un instante
Le llego á ver,
Á la calumnia
Confundiré.)

CORO.
Príncipe amado,
¿Venís con bien?

PRÍNCIPE.
Un humor traigo
De Lucifer.

CORO.
¡Qué adusta cara!
¡Qué palidez!

PRÍNCIPE.
¿Hay de vosotros
Quien hable al Rey?
Han intentado
Manchar mi fe.

CORO.
¿Quién os calumnia?

PRÍNCIPE.
Yo no sé quién;

Pero en desgracia
Caí esta vez.

CORO. (Separándose.)

¡Mal contagioso!
Cuenta con él.

---

PRÍNCIPE.

Ya me miran sin agrado,
Pues la suerte me abandona.
En el mundo este pecado
No se olvida ni perdona.
Mas la suerte en un momento
Huye, vuelve, quita y da,
Y si cambia luégo el viento,
La veleta cambiará.

CORO.

Es ya un hombre desahuciado,
Si el Monarca le abandona:
La desgracia es un pecado
Que la Córte no perdona.
Pues la suerte en un momento
Pasa, vuelve, quita y da,
Naveguemos con el viento,
Sin mirar adónde va.

## ESCENA III.

DICHOS y EL MARQUÉS.

PRÍNCIPE. (Dirigiéndose precipitadamente á él.)

¡Ah! ¡Villena!

MARQUÉS.

Dadme albricias.

PRÍNCIPE.

¡Es posible! ¿hay esperanza?

MARQUÉS.

Hoy volveis á la privanza
Con mayor seguridad.

PRÍNCIPE.

Mi inocencia...

MARQUÉS.

Ya sucumbe
Confundida la malicia.

CORO. (Rodeándole otra vez.)

¡Gloria al Rey, cuya justicia
Ensalzó vuestra lealtad!

---

PRÍNCIPE.

(Ya pasado el fiero susto,
La veleta se cambió.
Ya me adulan, y es muy justo,
Que otra cosa no hago yo.)

MARQUÉS.

De su airado ceño adusto
Lo colérico templó;
Mas si fué terrible el susto,
Cual relámpago pasó.

CORO.

Noble amigo y juez augusto,
Su clemencia os demostró;
Que si fué primero justo,
Generoso lo enmendó.

---

MARQUÉS.

Señores, por si lo ignora
Alguno, para las diez
Sale el Rey de caza.—Vos
Estáis nombrado tambien. (Al Príncipe.)

(Vanse los cortesanos.)

PRÍNCIPE.

(Yo he de aclarar este enigma.)

MARQUÉS.

¿Príncipe mio?

PRÍNCIPE.

¿Marqués?

MARQUÉS.

Ya que hemos quedado solos,
¿Me permitiréis que os dé
Una queja?

PRÍNCIPE.

¿Vos quejoso,
Y de mí! decidla, pues.
(Él mismo abre campo...)

MARQUÉS.

Andais
Taciturno desde ayer.

PRÍNCIPE.

El temor de haber caido
En la desgracia del Rey...

MARQUÉS.

Y ¿era yo culpado en eso?

PRÍNCIPE.

No lo debo suponer.

MARQUÉS.

Yo lo hubiera sospechado.
Cuando en el baile os hablé,
Me echasteis ciertas miradas
De rencor, y eso es cruel.
¡Vamos, Príncipe, sed franco!
¿Me guardais ódio tal vez?...

PRÍNCIPE.

No toquemos ese punto.

MARQUÉS.

Y yo ¿qué he podido hacer?
Hay sospechas en la Córte,
Y áun certidumbre diré,
De que el Austria tiene aquí
Cierto emisario.

PRÍNCIPE.

Así es.

MARQUÉS.

Se le busca inútilmente:
En palacio, no sé quién,
Infundiendo al Rey sospechas,

Calumnia vuestra honradez.
Hago allanar vuestra casa,
Cumpliendo con mi deber,
Sin perdonar escondrijo,
Puerta, rincon ni pared.
Y ¿qué ha logrado el villano
Impostor? Desvanecer
La duda que os infamaba,
Y acrisolar vuestra fe.

PRÍNCIPE.

¡Ah Villena! os agradezco
La justicia que me haceis;
Pero el mal... ése no puedo
Agradecerlo tambien.

MARQUÉS.

El mal...

PRÍNCIPE.

¡Oh! no es culpa vuestra;
Mas me habeis hecho perder
Una joya inestimable.

MARQUÉS.

No entiendo: explicaos bien...
¿Una joya!

PRÍNCIPE.

Peregrina.
Nunca el divino pincel
De Murillo dió á sus ángeles
Tan ingénua sencillez,
Ni á sus lienzos inmortales
Trasladó el gran Rafael
Tan portentosa hermosura,
Como la de esa mujer.

MARQUÉS.

¡Una mujer! ¡acabáramos!

PRÍNCIPE.

Y ya cogida en la red...

MARQUÉS.

¿Voló?

PRÍNCIPE.

¡Voló!

MARQUÉS.

(¡Á quién lo cuentas!)
Pero ¿cómo pudo ser?

PRÍNCIPE.

Vuestros sicarios...

MARQUÉS.

¡Sicarios!

PRÍNCIPE.

Perdonad, me equivoqué.
Vuestros ministros...

MARQUÉS.

¡Ya entiendo!
Abrieron la jaula, y...

PRÍNCIPE.

¡Pues!

MARQUÉS.

Pero ¡eso tiene las trazas
De un rapto!

PRÍNCIPE.

Pues ¿qué ha de ser?
¡Es una hazaña ingeniosa
De mi camarero Andres,
Que tiene para estos lances
Un tacto, una intrepidez!...
— Os lo recomiendo.

MARQUÉS.

¡Gracias!
(¡Qué grillete le pondré!...)

PRÍNCIPE.

Para eso le traje á España.
Es un honrado maltes...

MARQUÉS.

(¡Como no le ahorque!)

PRÍNCIPE.

Merece
Todo cuanto hagais por él.

MARQUÉS.

Voy á daros un consejo,
Mi buen Príncipe.

PRÍNCIPE.

Y ¿cuál es?

MARQUÉS.

Que esos vehementes impulsos
Del corazon refreneis.

PRÍNCIPE.

¡Ah! no es posible.

MARQUÉS.

Este pueblo,
Como llegaréis á ver,
Tiene costumbres muy rancias:
Es sencillo, sin doblez.
En atraso lamentable,
No está acostumbrado á hacer
Del honor fácil juguete.

PRÍNCIPE.

¡Ah! ¿no? (¡Qué cosas se ven!)

MARQUÉS.

Y en tocándole á ese punto,
No habrá respeto ni ley
Que no atropelle: cuidado
No lo haga con vos tambien.

PRÍNCIPE.

¡Soy poderoso!

MARQUÉS.

No importa.

PRÍNCIPE.

Me respetarán.

MARQUÉS.

No sé.

PRÍNCIPE.

(¡Vaya un país de salvajes!
¡No estaré yo mucho en él!)

### ESCENA IV.

DICHOS y EL REY.

MARQUÉS.
¡Silencio! Su Majestad.

PRÍNCIPE.
¡Ah! señor...

REY.
Seais bien venido,
Príncipe.

PRÍNCIPE.
¡Con qué ansiedad
Esperaba!...

REY.
Convencido
Estoy de vuestra lealtad.
Por lo tanto, demos punto
Á esa cuestion delicada.

PRÍNCIPE.
No se hable más del asunto.

MARQUÉS. (Ap. al Rey.)
El pobre estaba difunto.

REY.
La broma ha sido pesada. (Ap. al Marqués.)
— Decid, Príncipe.

PRÍNCIPE.
¿Señor?

REY.
¿Cómo andamos de aventuras?

PRÍNCIPE.
¿Aventuras? ¿eh?

REY.
De amor.
Dicen que estas hermosuras
No os tratan con gran rigor.

PRÍNCIPE.
Hay de todo.

REY.
En esa lid...

PRÍNCIPE.
Hay ménos flores que espinas.

REY.
¿Y la experiencia? ¿el ardid?

PRÍNCIPE.
¡Ah, señor! son muy ladinas
Estas hembras de Madrid.

MARQUÉS.
Por eso á los campos viene
Á alimentar sus amores.

PRÍNCIPE.
Yo sé lo que me conviene.

REY.
Aquí el amor, diz que tiene
Ménos espinas que flores.

PRÍNCIPE.
No diré que no.

MARQUÉS.
(Patraña.)

PRÍNCIPE.
Y sin vanidad pudiera...

REY.
¿Alguna amorosa hazaña?

PRÍNCIPE.
No tiene en su tierra España
Pastora más hechicera.

REY.
¿Que os mira bien?

PRÍNCIPE.
Que me adora;
Y á no acudir en su auxilio
Cierta mano protectora...
(Mirando al Marqués.)

REY.
¡Amante de una pastora!
¡Esto parece un idilio!

PRÍNCIPE.
Cuando estoy desocupado...

REY.
Y si la moza es bizarra,
Y es tierna y le muestra agrado,
Le hemos de ver con cayado.

MARQUÉS.
Y con rabel y zamarra.

PRÍNCIPE.
Cuando á la voz del cariño
El corazon me da guerra,
Por una mirada, un guiño,
Me iré yo tras de un corpiño
Hasta el confin de la tierra.

REY.
Vuestro gusto no repruebo,
Pues le tengo yo tambien.

PRÍNCIPE.
¿Un amor?... eso no es nuevo:
Vos sois galan y mancebo;
No conoceis el desden.

REY.
Os engañais.

PRÍNCIPE.
¡Por mi vida!
¿Quién á esquivaros se atreve?

REY.
Una hermosura homicida,
Compuesto de fuego y nieve,
Ni rebelde ni vencida.

PRÍNCIPE.
¿Bella?

REY.
Toda hechizo y gala,
Sin melindres ni arrebol.

PRÍNCIPE.
Y ¿es tambien?...

REY.
Una zagala,
Á cuyo esplendor no iguala
El mismo cielo español.

PRÍNCIPE.
¿Y cómo, si es permitido
Conocer vuestro secreto,
Tal prenda habeis adquirido?

REY.
Yo os contaré cómo ha sido;
Pero obrad como discreto.

**Terceto.**

REY.
Cruzando ligera
Por medio del valle,
Luciendo hechicera
Su mórbido talle,
Á esa gentil zagala
Enamorado vi,
Y en su donaire y gala
Mi libertad perdí.

PRÍNCIPE.
Así mi morena
Mostraba radiante
Su frente serena,
Su risa triunfante,
Y en sola una mirada
Que tierna clavó en mí,
Del alma enamorada
La libertad perdí.

MARQUÉS.
(¡Belleza desgraciada
Mil veces, ay de tí,
Si escuchas confiada
Su ardiente frenesí!)

---

PRÍNCIPE.
Es novela peregrina...
(Y que pica ya en historia.)

REY.
Mas la ingrata no se inclina
Á colmar al fin mi gloria.

PRÍNCIPE.
De esperanzas y favores
Mi pasion ha coronado.

REY.
Yo en mis tímidos amores
Me confieso desdeñado.

---

Cuando me mira,
Tiembla y suspira;
Cuando la llamo,
Vuela al reclamo;
Pero si ciego
Crece mi ardor,
Templa mi fuego
Con su pudor.

PRÍNCIPE.
Cuando me mira,
Furias respira:
Huye al reclamo
Cuando la llamo;
Pero si al ruego
Muestra rigor,
Es que del fuego
Teme el calor.

MARQUÉS. (Al Príncipe.)
Si escucha el ruego
Con tal rigor,
No teme el fuego
De vuestro amor.

---

PRÍNCIPE.
De esta tierra me enamoro,
Si tales joyas encierra.
No hay en Madrid tal tesoro.

REY.
Ya sabeis que siempre el oro
Se oculta humilde en la tierra.

PRÍNCIPE.
Es verdad; mas yo presiento...

REY.
¿Qué, Príncipe?

PRÍNCIPE.
¡Aquí de Dios!
Me ocurre en este momento
Una duda, un pensamiento.
¿Es una misma, ó son dos?

REY.
¿Qué decís?

MARQUÉS.
No fuera extraño.

REY.
Mas si la vuestra en su daño
Postró ya sus altiveces...

PRÍNCIPE.
¡Quién sabe si yo me engaño!
Me ha sucedido otras veces.

REY.
¿Y si fuera?...

PRÍNCIPE.
En caso tal,
Señor, la respetaria
Como á prenda ya real.

REY.
¡Eso no, por vida mia!
La guerra ha de ser leal.

PRÍNCIPE.
Pero áun así no es posible
Que yo aspire á los favores
De quien á un rey no es sensible.
Como en la guerra, en amores
Os llaman el invencible.
Por lo tanto, alguna seña
Tenga yo de la hermosura
Que tan alto bien desdeña.
¿Es alta, rubia ó trigueña?...

REY.
Dejémoslo á la ventura.
Y ved que al combate salgo
Con armas de buena ley:
Soy para ella un pobre hidalgo,
Y así sabré lo que valgo
Sin el prestigio de rey.

PRÍNCIPE.
Pues lo quereis...

REY.
Lo deseo.

PRÍNCIPE.
Con esa razon me escudo;
Y aunque venceros no creo...
Tengo esperanzas...

REY.
Lo veo.

PRÍNCIPE.
Y habrá combate.

REY.
(Lo dudo.)

PRÍNCIPE.
Al arma, pues.

REY.
Mas por hoy
Os he de seguir la pista.

PRÍNCIPE.
Ya sé que nombrado estoy...

REY. (Haciéndole seña de que se retire.)
Á las diez salimos.

PRÍNCIPE.
Voy.
(Yo me perderé de vista.)

## ESCENA V.

DICHOS, ménos el Príncipe.

MARQUÉS.
Áun no le ha pasado el susto.

REY.
¿No ha sospechado el objeto
De aquella visita?

MARQUÉS.
Nada.

REY.
Disimula.

MARQUÉS.
No por cierto.
El buen Príncipe es tan romo
De astucia como de ingenio;
Pero ha digerido mal
La píldora.

REY.
Yo lo creo.

MARQUÉS.
Y al arrancar de sus garras
Á esa niña, os lo confieso,
Nunca he sentido más gozo
En cumplir vuestros deseos.

REY.
Hoy vamos allá.

MARQUÉS.
¿Otra vez!
Señor, ¿qué ganais con eso?

REY.
Tú imaginarte no puedes
El gozo que experimento.
Al placer de lo vedado,
Como á hurtadillas la veo,
Se une aquí la libertad
Que gozo en esos momentos.
Ella, en fin, como se juzga,
Si no mi igual, poco ménos,
Me habla alegre, sin rebozo,
Con el corazon abierto.
Y como acá en los palacios
No teneis costumbre de esto,
Embelesado la escucho,
Gustando de un placer nuevo.
Dos semanas he pasado
En ese entretenimiento,
Y hoy á favor de la caza...

MARQUÉS.
¡Entiendo, señor, entiendo!

REY.
¿Qué! ¿te pesa?

MARQUÉS.
Me lastima
Esa infeliz; no os lo niego.

REY.
Y á mí tambien: yo no sé
Lo que en su presencia siento,
Que á la par me enciende el alma,
Y modera mis deseos.

MARQUÉS.
Pues bien: seguid ese impulso
Honrado.

REY.
Cuando recuerdo
Aquella apacible tarde
En que la vimos primero!...
¡Con qué ingénua confianza,
Con qué apacible embeleso
Nos hablaba!

MARQUÉS.
¡Yo no entré
Á la parte en el secreto!
La complicidad rechazo.

REY.
Bien, Marqués.

MARQUÉS.
Yo estaba léjos.

REY.
Prudente fué la cautela,

Pero inútil: ni un concepto,
Ni una palabra, mancharon
Nuestro coloquio un momento.
Pero ¿notaste en sus ojos
Aquel amoroso fuego,
Aquel placer?...

MARQUÉS.

Nada vi;
Ó mejor dicho, sí, es cierto.
Vi la inocencia pintada
En el semblante risueño
De aquella niña, y temblé.

REY.

¿Temes?...

MARQUÉS.

Bien sé lo que temo.
Esa conducta, hoy, que en bandos
Está dividido el reino,
Enajenaros pudiera
El cariño de los buenos.

REY.

¡Marqués! un rey es un hombre.

MARQUÉS.

Un rey debe ser espejo,
En que se mire el vasallo,
Siempre limpio, siempre terso.

REY.

Felipe Cuarto, ¿no dicen
Que fué por sus galanteos
Célebre en España?

MARQUÉS.

Así
Lo está pagando su pueblo.
Mas no invoqueis su memoria,
Donde hay mejores ejemplos;
Que si hubo un Felipe Cuarto,
Ha habido un Cárlos Primero.

REY.

Dices muy bien; mas te juro
Que nunca ha sido mi intento
Causar á esa jóven... Hoy
Por última vez la veo.

MARQUÉS.

Iré con vos.

REY.

¡Á tu edad,
Marqués!

MARQUÉS.

Á todo me atrevo
Por salvaros y salvarla.

REY.

(¡Correrás! te lo prometo.)
En buen hora: así veré
Si á caballo eres tan diestro
Como dicen.

MARQUÉS.

Ya han pasado
Aquellos años primeros;
Pero tengo un alazan
Brioso, y me lisonjeo...

REY.

¡Ah! nos hemos entendido.

MARQUÉS.

Si vos lo mandais, me quedo.

REY.

Nada fácil me contenta;
Las dificultades quiero.

MARQUÉS.

En ese caso, mirad
Que yo de vista no os pierdo.

REY.

Ello dirá, buen Marqués.
—¡Hola! que ensillen mi overo.

MARQUÉS.

¡Hola! mi alazan roano.

REY. (Dirigiéndose á la izquierda.)

Pues aceptado está el reto,
Prevente ya.

MARQUÉS.

No haré falta.

REY.

Adios, Marqués.

MARQUÉS.

Pronto vuelvo.

(Vanse en distintas direcciones. Un momento despues sale Pascual por la derecha, despues de decir dentro los dos primeros versos.)

## ESCENA VI.

PASCUAL, solo.

Muy bien: gracias, señor paje:
El cuidado será mio...
Por si es pulla, no me fio
De tí ni de tu linaje.
Tengo yo acá mis razones;
Que en topando con villanos,
Todos estos cortesanos
Suelen ser algo burlones.
Si esta gente me espolea,
Y se empeña en aburrirme,
Voto á... ¡Pascual! tente firme
Por el honor de la aldea.
Ellos serán ¡por supuesto!
Más nobles: es de justicia;
Pero tocante á malicia,
Con todos me las apuesto.

## ESCENA VII.

PASCUAL. EL PRÍNCIPE, que va á atravesar el teatro.

PASCUAL. (Saliéndole al paso.)

¡Ah, señor!

PRÍNCIPE.

(¿Quién es este hombre?)

PASCUAL.

(Sin duda es un cortesano.)
¿El príncipe Cariñano?

PRÍNCIPE.

¿Qué quereis? ése es mi nombre.

PASCUAL.

¿Sois vos?... (¡Cosa singular!
¡Con ese aquel y esa facha!...)
El alcalde Juan Garnacha,
Que lo es hoy de mi lugar,
Os ruega aquí en un papel
Que vuecelencia me preste...

(Registrándose los bolsillos.)

—No está aquí; tampoco en éste:
Perdonad... Ya dí con él.

PRÍNCIPE.

Y ¿cómo á entrar se propasa?...

PASCUAL.

Como que uno tiene roce,

(Miéntras habla Pascual, lee el Príncipe la carta.)

Ya há tiempo que me conoce
Toda la gente de casa.
Soy el hijo de un honrado
Guarda-bosques, bien querido
En la tierra, y áun leido.
—¡El tio Ambrosio es muy nombrado!

PRÍNCIPE.

Invocan mi proteccion
Para tí: no será en balde;
Que estimo yo al buen alcalde.
—Y ¿cuál es tu pretension?

PASCUAL.

Aunque no es del todo mia,
Alguna parte me alcanza.

PRÍNCIPE.

Y ¿qué es?

PASCUAL.

Cierta malandanza,
Que me trae sin alegría.

PRÍNCIPE.

Ya la explicacion aguardo.

PASCUAL.

Hoy es San Eugenio, y ésta
Es la más alegre fiesta
De nuestros pueblos del Pardo.

PRÍNCIPE.

Es grande solemnidad,
Y en la Córte celebrada.

PASCUAL.

No ganamos aquí nada
Con esa celebridad.

PRÍNCIPE.

¿Por qué causa?

PASCUAL.

¡Es mucha lid!
—¡Todo el pueblo se alborota,
Y acuden á la bellota
Los vecinos de Madrid!
¡Bailan, que es cosa de ver!
Las chicas muerden el cebo,
Y como place lo nuevo,
Las retoza el alcacer.
No hay madre que viva ó duerma;
Que no las quitan el ojo;
Mas, como el ganado es flojo,
Todos los años hay merma.

PRÍNCIPE.

Entiendo.

PASCUAL.

¿No sabeis nada?
Es tan suegra mi fortuna...

PRÍNCIPE.

¡Ya, ya! se trata de alguna
Oveja descarriada.

PASCUAL.

(¡Tiene una penetracion!...)

PRÍNCIPE.

Á quien amas.

PASCUAL.

La queria...
¡Y la quiero todavía!
¡Mal haya mi condicion!

PRÍNCIPE.

Ese afecto verdadero
Me interesa.—¿Con que, la amas?

PASCUAL.

¡Sí, señor!

PRÍNCIPE.

¿Cómo te llamas?

PASCUAL.

Pascual, pero no cordero.

PRÍNCIPE.

¿Y si ha faltado á la fe
Que juró?

PASCUAL.

¡Salgo de quicio!
—Si es cierto lo que malicio,
Tal vez la aborreceré.

PRÍNCIPE.

¿No te casarás?

PASCUAL.

Es llano.

PRÍNCIPE.

Honrado eres con exceso.

PASCUAL.

Los pobres tenemos eso.

PRÍNCIPE.

(¡Malicioso es el villano!)
¿Qué puedo hacer?

PASCUAL.

Escuchad.
—Está esperando una seña
La pobre niña: se empeña
En ver á Su Majestad.

PRÍNCIPE.
¿Por qué no acude á la ley?
Ese paso es importuno.

PASCUAL.
¿Y si el bribon es alguno
De los que están con el Rey?

PRÍNCIPE.
¡Ah! ¿piensas tú?...

PASCUAL.
Sí, señor.

PRÍNCIPE.
(En efecto: así se explica...)
Y ¿es tan hermosa?

PASCUAL.
¿La chica?
¡Bocado de emperador!

PRÍNCIPE.
Arriesga mucho tu dama
Con ese atrevido paso,
Y otro medio encuentre acaso
Que mejor cuadre á su fama.

PASCUAL.
No ha escuchado mi consejo,
Porque á nombrarme el que fué,
Entónces...

PRÍNCIPE.
¿Qué hicieras?

PASCUAL.
¿Qué?
Cazarle como á un conejo.

PRÍNCIPE.
¿Y si fuese algun hidalgo?

PASCUAL.
No importa.

PRÍNCIPE.
(¡Vaya un capricho!)

PASCUAL.
¡Malo es que yo lo haya dicho!
Señor, yo le doy con algo.

PRÍNCIPE.
Te ahorcarán.

PASCUAL. (Con indiferencia.)
Es natural,
Y eso deberé á la ingrata;
Mas si al fin ella me mata,
Ahorcado ó no, me es igual.

PRÍNCIPE.
(¡Qué bestia!)

PASCUAL.
Como ésta es cruz,
Á cien pasos, ya he probado
Que sé plantar á un venado
Un balazo en el testuz.

PRÍNCIPE.
(¡Este bruto me despacha!)

## ESCENA VIII.

DICHOS y MARGARITA.

MARGARITA.
Mal reprimo mi impaciencia.

PASCUAL.
¡Ah! mírela vuecelencia:
Allí viene la muchacha.

PRÍNCIPE.
La muchacha... (¡Dios piadoso!)
(Procurando ocultar el rostro.)

PASCUAL.
Acércate... un poco más.

PRÍNCIPE. (Mirándola de reojo.)
(No me engañé.)

PASCUAL. (Á Margarita.)
Ya verás
¡Qué señor tan bondadoso!

PRÍNCIPE. (Á Pascual.)
Aléjate.

PASCUAL.
Ya me alejo.
—¡Adios! (Á Margarita.) ¡Más contento voy!...

PRÍNCIPE.
¿Qué te detienes?

PASCUAL.
¡Voy! ¡voy!
(¡En buenas manos la dejo!)

## ESCENA IX.

EL PRÍNCIPE. MARGARITA.

PRÍNCIPE.
Vuelvo á hallarte.

MARGARITA.
¡Dios me valga!

PRÍNCIPE.
¡Te causo miedo! ¡un amigo!

MARGARITA.
¡Soltad!

PRÍNCIPE.
No.

MARGARITA.
¡Soltad, os digo!
Dejadme que de aquí salga.

PRÍNCIPE.
Muy bien; pero eso consiste
En tu voluntad; tú sola...
(Dirigiéndose á ella.)

MARGARITA.
¡Atras!

PRÍNCIPE.
(¡Fiereza española!)
Entónces, ¿á qué viniste?

MARGARITA.
Á publicar vuestra mengua,
Y á pedir satisfaccion
Del que ha puesto mi opinion

Del vulgo en la fácil lengua.
Y cuando á Su Majestad
Mi justa queja no obligue,
Yo tengo quien os castigue.

PRÍNCIPE.

(Voy creyendo que es verdad.)

MARGARITA.

Dejadme paso.

PRÍNCIPE.

Y ¿por qué
Tanto rigor, inhumana?
¿Para contigo, esto gana
Quien te consagra su fe?
¿Es el rigor premio justo
Para el que humilde te ofrece
Cuanto el orgullo apetece
Y cuanto imagina el gusto?
Serás libre como el aire;
Te dará mi amor sencillo
Galas que aumenten el brillo
De tu hermosura y donaire;
Y en ese mar de placeres,
Donde con tu vista asombres,
Serás gloria de los hombres
Y envidia de las mujeres.

MARGARITA.

No; más quiero yo que escasa,
Cruel la suerte me sea,
En el rincon de mi aldea
Y al amparo de mi casa.

PRÍNCIPE.

En el mundo...

MARGARITA.

No hay allí
Nada que á mi afan se iguale.

PRÍNCIPE.

¿Y su bullicio?

MARGARITA.

No vale
La paz que se goza aquí.

PRÍNCIPE.

Hay allí fiestas y amores...

MARGARITA.

¡Y deshonor! nada quiero.

PRÍNCIPE.

Sedas, alfombras...

MARGARITA.

Prefiero
Mis campiñas y mis flores.

PRÍNCIPE.

¡Mas ya no puedes volver
Á tu casa, desdichada!
Te juzgarán deshonrada.

MARGARITA.

Nadie lo debe creer.

PRÍNCIPE.

El mundo, torpe enemigo,
Juzga siempre lo peor.

MARGARITA.

Yo rescataré mi honor,
Si logro vuestro castigo.

PRÍNCIPE.

¿Quién se atreverá?...

MARGARITA.

La ley.

PRÍNCIPE.

¿Contra un príncipe?

MARGARITA.

¡Sí! ¡sí!

PRÍNCIPE.

¡Ah! ¡pobre inocente!

MARGARITA. (Gritando.)

¡Aquí
De la justicia del Rey!

## ESCENA X.

DICHOS y LOS CORTESANOS.

CORO.

¿Quién osa en palacio mover ese estruendo?

PRÍNCIPE.

Venid, caballeros; venid y escuchad
El caso más grande y el más estupendo
Que oyeron las gentes y vió nuestra edad.

CORO.

¡Silencio, señores!—El caso contad.

---

PRÍNCIPE.

Cierta Vénus de la aldea,
Inhumana cuanto hermosa,
Menosprecia rigorosa
Mi constante adoracion.
Insensible á la querella,
Á las súplicas altiva,
Las cadenas de oro esquiva
Que la brinda mi pasion.

MARGARITA.

No es honrado quien profana
De una niña el casto asilo,
Y su hogar pobre y tranquilo
Trueca en bárbara prision.

CORO.

¡No tiene razon!
Nunca pesan las cadenas,
Si cadenas de oro son.

---

MARGARITA.

¡Justicia reclamo!

CORO.

Dejadnos en paz.

MARGARITA.

Aquí para todos
La ley es igual.
¡Monarca de España,
Justicia!

PRÍNCIPE.

¡Callad!

CORO.

¡Chistoso es el lance!
¡Chistoso! ¡ja! ¡ja!

---

MARGARITA.

Dejad á la ignorada
Rapaza de la aldea,
Que absorta y admirada,
Con amargura vea,
Y con vergüenza y lástima,
Vuestra conducta vil.

CORO.

¡Qué rapazuela tan incivil!

PRÍNCIPE.

No esperes, desdichada,
Que en tu dolor se crea.
Ninguna hay tan osada
Ni que tan necia sea,
Que muestre ante las dádivas
Tu obstinacion pueril.

CORO.

¡Negar su pecho á un príncipe,
Como el amor gentil!

---

(Suena un clarin.)

TODOS.

¡La señal!

PRÍNCIPE.

Ninguno falte
En su puesto.

(Vanse precipitadamente por el fondo, izquierda.)

## ESCENA XI.

MARGARITA. Luégo EL MARQUÉS.

MARGARITA.

¿Hay más dolores!
¿Hay más afrenta, Dios bueno!
¿Tal maldad cabe en los hombres!

MARQUÉS.

¡Ah!

MARGARITA. (Corriendo hácia él.)

¡Qué miro!

MARQUÉS.

¡Vos aquí,
Margarita!

MARGARITA.

No os asombre.
Vine... por curiosidad...
(¡Sí! mejor es que lo ignore.)
Ansiaba encontrar un rostro
Amigo: en esos salones,
Por todas partes, ¡hay tantos
Semblantes que miedo ponen!

MARQUÉS.

Y yo ¿no os inspiro miedo?

MARGARITA.

¡Oh! ¡no tal! vos no sois noble.
¿Es verdad?

MARQUÉS.

(¡Quién la desmiente!)
Verdad es.

MARGARITA.

Bien se os conoce.

MARQUÉS.

¿En qué, niña?

MARGARITA.

En que sois bueno.

MARQUÉS.

¿Cómo!

MARGARITA.

Sin que esto os enoje.

MARQUÉS.

No haré tal; pero advertid
Que aquí las paredes oyen.

MARGARITA. (Bajando la voz.)

Bien; pero decidme... ¿irá
Á verme?...

MARQUÉS.

¿Quién?

MARGARITA.

Esta noche
Le espero: irá, ¿no es verdad?

MARQUÉS.

(¡Que á la fuerza he de ser cómplice!...)
Creo que sí. (¡Voto va á Crispo!)

MARGARITA.

Dice que es paje del Conde...
¡No! del Marqués... de Villena.

MARQUÉS.

En efecto: ése es el nombre...

MARGARITA.

¡Un marqués! será tan malo...

MARQUÉS.

¡Eh!

MARGARITA.

Como esos hidalgotes...
Me alegro de que mi Enrique
No se parezca á esos hombres.
¡Adios, esperanza mia,
Si no fuera humilde y pobre!

MARQUÉS.

Mirad; no estais bien aquí.
Hoy ha dado el Rey la órden
De abrir el palacio al pueblo:
Si os ven aquí, si suponen...

MARGARITA.
Decís muy bien.

MARQUÉS. (Con intencion marcada.)
La calumnia,
Aunque miserable y torpe,
Mancha...

MARGARITA. (Agitada.)
Es verdad.

MARQUÉS.
Interpreta
Las más puras intenciones.

MARGARITA.
Seguiré vuestros consejos.
Yo, como veréis, soy dócil;
Mas quiero verle, eso sí.

MARQUÉS.
(No lo olvida á dos tirones.)
Bien: mañana, acaso hoy mismo...
(Temo que no me perdone
El Rey; si no...)

MARGARITA.
Yo estaré
Esperándole en el bosque.
¡Le acompañaréis!

MARQUÉS.
Se entiende.

MARGARITA.
Ya sabeis: ¡junto á aquel roble!
Aquel en cuya corteza
Grabó Enrique nuestros nombres.

MARQUÉS.
Bien; pero acabad: el pueblo
Ya inunda esos corredores.
Salid de aquí.

MARGARITA.
Tal vez sea
Tarde ya: ¿cómo y por dónde?...

MARQUÉS.
No temais; venid.

MARGARITA.
Salvadme.

MARQUÉS. (Con intencion.)
Eso... de mi cuenta corre.
(Vanse.)

### ESCENA XII.

AMBROSIO. PASCUAL. ROSA y CORO DE ALDEANOS de ambos sexos, que entran manifestando grande admiracion y respeto.

PASCUAL. (Mirando á todos lados.)
(No está.)

AMBROSIO.
Ver la cara al Rey,
Si no hay cosa que lo estorbe,
Ese es mi afan: lo demas,
Ni me admira, ni me impone.

PASCUAL.
¡Ver al Rey! pues ¡ahí es nada!

AMBROSIO.
Es que si marcha la Córte,
Como dicen, sabe Dios
Cuándo volverá á estos montes.

ROSA.
Si hoy no, mañana...

AMBROSIO.
¡Quién sabe,
Hija mia! tú eres jóven,
Yo viejo, y ya me parece
Que la muerte me da voces.
Dos reyes he conocido:
Como yo la dicha logre
De ver al que hoy nos gobierna,
Dichoso moriré entónces.

ROSA. (Dirigiéndose al fondo.)
¡Mirad! ¡mirad!

PASCUAL.
Allá van
Corriendo los cazadores.
(Todos se agrupan mirando hácia dentro.)

AMBROSIO. (Con tristeza.)
¿Va el Rey de caza? Está visto.
Ambrosio, no le conoces.

**Coro.**

Bizarro sobre un overo
Se descubre un caballero
Tan gentil como galan;
Y veloz como la vista,
Va siguiéndole la pista,
Poderoso, un alazan.
¡Allí van!
Hiriendo la tierra dura
Con la fúlgida herradura,
Sin fatiga y sin afan,
Generoso y arrogante,
El overo va delante,
Y detras el alazan.
¡Allí van!

## ACTO SEGUNDO.

Un bosque de encinas en el Pardo. Aldeanos y aldeanas, que bailan, juegan, se columpian ó forman grupos variados.

### ESCENA PRIMERA.

ALDEANOS de ambos sexos.

**Coro.**

El sol que alumbra al dia
De fiesta y de alegría,
¡Qué rápido se aleja!

¡Qué presto se nos va!
— Holguemos,
— Juguemos,
— Bailemos,
— Cantemos,
En tanto que la tarde
Su tibia luz nos da.

---

Mañana á la alborada
La reja y el azada,
La rueca perezosa,
Su oficio cobrarán.
— Holguemos,
— Juguemos,
— Bailemos,
— Cantemos;
Que luégo del trabajo
Las horas llegarán.
(Se ve pasar á Ambrosio lentamente por el fondo del teatro.)

---

AMBROSIO.
Mirad la espesa nube
Que parda cubre el monte,
Y lentamente sube
Velando el horizonte. (Desaparece.)

UNOS.
¡Tardaba ya el agüero!

OTROS.
Ya empieza la cantiña.

OTROS.
¡El viejo marrullero!...
Dejémosle que riña.

---

TODOS.
La tarde nos presta,
Risueña, en bonanza,
Sus trémulos rayos,
Su brisa otoñal.
Prosiga la fiesta,
La grita y la danza;
Que es breve el contento,
La vida es mortal.

---

## ESCENA II.

Los MISMOS y MARGARITA, que viene por el fondo, y se acerca á LOS ALDEANOS hasta colocarse en medio de ellos.

MARGARITA.
¡Llego rendida!
¡Cómo quebrantan,
Más que del cuerpo,
Males del alma!

UNOS.
¡Es Margarita!

OTROS.
¡Desventurada!

MARGARITA.
¡Teresa, Antonia!

MUJERES.
Déjame.— Aparta.

MARGARITA.
¡De vuestro lado
Se me rechaza!

MUJERES.
¡Cómo es posible
Tan loca audacia!

---

TODOS.
La tarde nos presta,
Risueña, en bonanza, etc.
(Vanse por la derecha, ocultándose todos ántes de concluir el canto. Margarita, que se habia apoyado en una encina, se deja caer desalentada.)

## ESCENA III.

MARGARITA, sola.

Mis hermanas, ayer cariñosas,
¿En qué he delinquido y en qué os ofendí,
Que al mirarme correis presurosas,
Huyendo de mí?
¡Es verdad! la que fué vuestra hermana,
Tormenta en las olas del mundo corrió,
Y hasta aquí la calumnia villana
Tambien la siguió.
(Se incorpora con energía.)
¡Con horribles propósitos lucho,
Que el pecho me asaltan en loco tropel!
¡Ay, si ciega las iras escucho
Que rujen en él!

---

## ESCENA IV.

MARGARITA. PASCUAL, que sale por la derecha, mirando y hablando hácia dentro.

PASCUAL.
Lo dicho, dicho: ¡pelonas!
Quisieran ellas... cabal.

MARGARITA.
¿Qué es eso?

PASCUAL.
Yo soy.

MARGARITA.
¡Pascual!
Tú solo no me abandonas.

PASCUAL.
Mi cariño no se trueca
Tan fácilmente, ¡eso no!
Bien sabes que tengo yo
El corazon de manteca.
¡Por eso abusas! por eso
Atropellado á tus piés

Me tienes, porque me ves
Que estoy en tus redes preso.
Y ¡éste es de mi amor el fruto!
Pues si yo en cólera monto...

MARGARITA.
¡Ah! ¡tú tambien!

PASCUAL.
Soy un tonto;
He dicho mal; soy un bruto.
Pero, en fin, eso no quita
Que yo... ¡pues!... no he dicho nada.
Sin embargo, esa escapada...
Es oscura, Margarita.

MARGARITA.
¡Es cierto, mi buen Pascual!

PASCUAL.
(¡Su buen Pascual! pues si empieza
De ese modo, adios, firmeza.)

MARGARITA.
Tú eres mi amigo leal.

PASCUAL.
¡Tu amigo! no es ése el nombre
Que ántes me dabas; y ahora...

MARGARITA.
¡Oh! tú no sabes...

PASCUAL.
(Si llora,
¡Vamos á ver! ¿qué hace un hombre?)

MARGARITA.
Las apariencias, confieso
Que me condenan.

PASCUAL.
(Pues ¿no?)
Eso es lo que digo yo.

MARGARITA.
Mas mienten.

PASCUAL.
(No diré yo eso.)

MARGARITA.
Y aunque yo tales ofensas
Á rechazar no me humillo,
Tú eres bueno, eres sencillo.

PASCUAL.
(No tanto como tú piensas.)

MARGARITA.
Áun aquí, en mi corazon,
Con ira suena el murmullo
De esas gentes. ¡Oh! mi orgullo
No les pide compasion.
Mas tú sabrás... no deseo
Ni quiero mayor victoria.

PASCUAL.
(Me va á fraguar una historia;
Y si se empeña, la creo.)

**Duo.**

MARGARITA.
Por esa callada
Floresta sombría,
De noche y cansada,
Del campo volvia;
Mas súbito suena
Confuso rumor,
Que el pecho me llena
De susto y pavor.

PASCUAL.
(Al fin de la escena
Vendrá lo mejor.)

MARGARITA.
Del bosque apacible
Rompió la espesura
Un hombre de horrible
Feroz catadura;
Y yo en un momento,
Transida de horror,
Perdí con mi aliento
La fuerza y valor.

PASCUAL.
(Chistoso es el cuento,
Si el fin no es peor.)

---

MARGARITA.
Ya sabes la historia.

PASCUAL.
Tal vez tu memoria
Del fin se olvidó.

MARGARITA.
Presumo que no.
Ya vuelta en mi acuerdo,
El hondo recuerdo
Que aquí se grabó,
Jamas se borró.

PASCUAL.
El cuento prosiga.
Prendida en la liga
El ave quedó.
Y ¿qué más pasó?

---

MARGARITA.
Amargas horas,
Desgarradoras,
Pasé rendida
Con mi dolor;
Mas de repente
Mano clemente
Me dió la vida
Con el honor.

PASCUAL.
(Por más que lloras
Y el caso doras,
Vienes herida

Del cazador;
Porque esa gente,
Niña inocente,
Deja la vida,
Mas no el honor.)

---

PASCUAL.

¡Muy bien!

MARGARITA.

Si encerrar pudieras
Alguna duda en tu pecho...

PASCUAL.

¡Qué! ¡si yo estoy satisfecho!
No de lo que tú quisieras.)
¿Yo dudar? ¡qué! ¡no, señor!
Mas si en ello se repara,
Aunque la cosa es tan clara,
Puede explicarse mejor.
Tú sabes sin duda el nombre
Del malandrin...

MARGARITA.

No lo sé;
Sólo te diré que fué...

PASCUAL.

Ya me lo figuro: un hombre.
Y ¿no has vuelto á verle?

MARGARITA.

No.

PASCUAL.

¿Es caballero ó villano?

MARGARITA.

Caballero y cortesano.

PASCUAL.

Bien lo sospechaba yo.

MARGARITA.

En su palacio encerrada,
Luchaba con mi impaciencia,
Á defender mi inocencia
Resuelta y determinada.
Mas de repente en aquel
Recinto escuché veloces
Carreras y armas y voces
En agitado tropel.
Aumenta la confusion;
«¡Favor!» exclamo, «¡justicia!»
Y aquella turba desquicia
Las puertas de mi prision.
Y una voz, cuya memoria
Guardada en mi pecho existe,
«¡Huid!» me dijo.

PASCUAL.

Y huiste.

MARGARITA. (Con sencillez.)

Ya lo ves.

PASCUAL.

(¡Bonita historia!)

MARGARITA.

Y si áun dudares de mí
Que es verdad lo que aseguro,
Por la memoria lo juro
De la madre que perdí.

PASCUAL.

¡Ese tranquilo semblante
Está hablándome en tu abono!
¡Es verdad! no me perdono
Haber dudado un instante.

MARGARITA.

Franca y leal soy contigo;
Ya lo ves, Pascual. Y en esto,
¿Á qué engañarte, supuesto
Que no me caso contigo?

PASCUAL.

¡Cómo! has dicho...

MARGARITA.

La verdad.

PASCUAL.

¡Determinacion extraña!
(Y ¡lo dice la picaña
Con una tranquilidad!...)

MARGARITA.

Adios: el tiempo se pasa.

PASCUAL.

Ven, escúchame y responde...

MARGARITA.

Voyme, Pascual.

PASCUAL.

Pero ¿adónde?

MARGARITA.

¿Adónde, sino á mi casa?

PASCUAL.

(¡Á su casa! ¡si supiera!...)

MARGARITA.

Déjame ya.

PASCUAL.

No te dejo
Sin que me oigas un consejo.
(Ya es preciso, y no quisiera...
Yo se lo daré á entender
Poco á poco.) Pues tu tia...
Te maldijo.

MARGARITA.

¡Suerte impía!

PASCUAL.

(¡Si lo habré echado á perder!)

MARGARITA.

¡Oh! ¡me maldice!

## ESCENA V.

DICHOS y ROSA.

ROSA.

(Hago mal;
Pero ¡como soy humana!...)

PASCUAL.
¿Á qué vienes aquí, hermana?

ROSA.
Y ¿qué haces tú aquí, Pascual?

PASCUAL.
Yo... ¡nada!

ROSA.
Ni yo he previsto...

PASCUAL.
¡No es extraño! ¡sois amigas!

ROSA.
Pero, por Dios, que no digas
Á padre que yo la he visto.

PASCUAL.
Pues si averigua de mí...

ROSA.
Pues si alguno sospechara...

MARGARITA.
Es decir...

PASCUAL.
¡Buena se armara!

MARGARITA.
¡Tanto me aborrecen!

PASCUAL.
Sí.

MARGARITA.
Bien : si á esa inicua sentencia
Mi pobre opinion se inmola,
Que huyan de mí; no está sola
Quien vive con su inocencia.

ROSA.
¿Y yo? por aquellos lazos
De nuestra amistad, te ruego...

MARGARITA. (Con gratitud.)
¡Rosa!

ROSA.
¿Ves tú que te niego
Mi corazon ni mis brazos?

MARGARITA. (Abrazándola.)
¡Eres tan buena!

PASCUAL.
¡Bien! ¡bien!

MARGARITA.
Esto mi dolor serena.

PASCUAL.
¿Eso mitiga tu pena?
(Voy á abrazarla tambien.)
(Haciendo ademan de abrazarla.)

MARGARITA.
¡Pascual!

ROSA.
¡Cuidado!

PASCUAL.
¡Mal año!
Como dijo... y me parece...

ROSA. (Ap. las dos.)
Te ama.

MARGARITA.
Es verdad.

ROSA.
Bien merece
Algo más que un desengaño.

MARGARITA.
Tú mis dolores no sabes,
Ni mis breves alegrías,
Como allá cuando tenías
De mis secretos las llaves.
Pasó ya ese tiempo, y hoy,
Rendida, mas satisfecha,
La dura prision estrecha
De otro amor sufriendo estoy.

ROSA. (Alejándose de Margarita.)
Con que, ¿es verdad!

PASCUAL.
¿Qué te ha dicho?

ROSA.
Cuando el afecto se muda...

PASCUAL.
Algun capricho, sin duda.

ROSA.
No, Pascual; no es un capricho.
—Ven, olvida á esa inhumana.

PASCUAL.
¡No; que aunque me mate á enojos,
Allá se me van los ojos
Tras de aquel jubon de lana!

ROSA.
Pues yo no te dejaré
Hasta lograr...

PASCUAL.
¡Quita! ¡quita!

ROSA.
No te acerques.

## ESCENA VI.

DICHOS y AMBROSIO.

AMBROSIO.
¡Margarita!

PASCUAL.
(¡Mi padre! ¡buen lance eché!)

AMBROSIO.
¡Hola!

ROSA.
Por Dios, no creais
Que estaba con ella hablando.
Iba para casa, cuando...

AMBROSIO.
¿Qué es eso? ¿de qué os turbais?

MARGARITA.
Yo soy la causa, señor.

AMBROSIO.
No la culpo ni condeno.
—¿Te compadece? eso es bueno.

—¿Te consuela? eso es mejor.
Ella, honrando mi vejez,
Ha heredado el honor mio,
Y sabe que yo confio
Ciegamente en su honradez.

ROSA. (Abrazándole con efusion.)

¡Sí, padre!

MARGARITA.

¿Yo no he de hallar
Quien me otorgue esa justicia?

AMBROSIO.

¡Habla tanto la malicia!

MARGARITA.

Pues bien: ¡yo la haré callar!

AMBROSIO.

Mi corazon lo desea.
(Ese semblante no engaña.)

MARGARITA.

¡Gracias!

AMBROSIO.

Pascual, acompaña
Á esa niña hasta la aldea.

PASCUAL.

(No hay cosa que más me cuadre.)

AMBROSIO.

¿No oyes?

PASCUAL.

¡Si yo me acomodo!
(Puedo hablarla, verla, y todo
Con bula de señor padre.)
(Vase con Margarita.)

## ESCENA VII.

AMBROSIO. ROSA.

AMBROSIO.

Rosa, ven; que no te riño;
Pero, aunque hallarte deseo
Dócil y sumisa, veo
Que abusas de mi cariño.
Te he dicho, ya há muchos dias,
Que no me tiendas las alas.

ROSA.

Pero...

AMBROSIO.

Y que cuando son malas,
Pervierten las compañías.

ROSA.

¡Fué casualidad, señor!

AMBROSIO.

¿Casualidad?

ROSA.

¡Oh, no! pero...

AMBROSIO.

Ya lo sabes, siempre quiero
Que me digas la verdad.

ROSA.

Estaba tan afligida,
Y su abandono era tanto,
Que vine á enjugar su llanto.
—¿Hice mal?

AMBROSIO.

¡No, por mi vida!
¿Quién la compasion condena?
Sin embargo... (Es que no puedo
Reñirla; mas tengo miedo,
Por lo mismo que es tan buena.)
Véte, y procura seguir
La opuesta senda: á ese lado.

ROSA.

¡Bien, bien, señor!

AMBROSIO.

Y ¡cuidado
Con que vuelvas á mentir!

ROSA.

Jamas.

AMBROSIO.

Procura llegar
Con tiempo, y el paso anima.
—La tempestad está encima:
Ya comienza á chispear.

ROSA.

Á casa llego en un vuelo. (Vase.)

## ESCENA VIII.

AMBROSIO, solo.

¡Oh! mi práctica no miente:
Las nubes del Occidente
Van cubriendo todo el cielo.
¡Pardiez! y segun la traza,
Como el nubarron no aborte,
No ha de ser para la Córte
Muy divertida la caza.
Volverán mustios y lacios;
Pero ¿qué importa, si vienen
Á gozar, y luégo tienen
Buena lumbre en sus palacios?
¡Por fuerza son de otra masa!
¡Siempre de bulla y de gresca!
—¡La noche ofrece ser fresca!
Haré mi ronda, y á casa. (Vase por el fondo.)

## ESCENA IX.

ALDEANAS, que vienen corriendo de encina en encina, como procurando resguardarse de la lluvia.

CORO.

Por valle y otero
La lluvia chispea;
Buscando el sendero
Que lleva á la aldea,
La marcha seguid.
—Venid, venid;
Que la senda del pueblo
Va por aquí.

—La lluvia molesta,
Ya arrecia, ya cala
Mi saya de fiesta,
Mi toca de gala,
Mi pardo botin.
—¡Ay, ay de mí!
¡Que mi señora madre
Me va á reñir!

---

PRÍNCIPE. (Dentro.)
Por el monte va la fiera.

CORO.
¡Alto! ¡chito! viene gente.

### ESCENA X.

LAS ALDEANAS y EL PRÍNCIPE.

PRÍNCIPE.
No vi nunca tan valiente
Jabalí.

CORO.
¡Chit! ¡silencio! un cortesano.

PRÍNCIPE.
Me he perdido en la espesura.

CORO. (En voz baja.)
¡Nadie chiste!

PRÍNCIPE.
¿Quién murmura
Por aquí?

CORO.
Nos ha visto.

PRÍNCIPE.
¡Vive Cristo!

CORO.
Ya se acerca.

PRÍNCIPE.
¡Bueno va!

CORO.
¡Su pupila
Se encandila!
¡Oh, qué miedo
Que me da!

---

PRÍNCIPE.
Sirenas de estos valles,
Ya estoy rendido, sin voluntad.
Si á cazar corazones
Habeis salido, volved acá.

CORO.
Pasad, pasad;
Que en punto á corazones,
Tenemos acá.

PRÍNCIPE.
(Ello dirá.)
Si quereis un esclavo,
Que os sirva tierno, sin murmurar,
Yo os ofrezco un tesoro
De amor eterno, puro y leal.

CORO.
Pasad, pasad;
Que tesoros de amores
Tenemos acá.

PRÍNCIPE.
(Ello dirá.)

---

CORO.
(¡Nos cree sencillas
El viejo bobo!)

PRÍNCIPE.
(Las corderillas
Buscan al lobo.)

---

Venid sin miedo, venid, zagalas,
Adonde os llama risueño amor;
Poneos á salvo con vuestras galas
Del vientecillo murmurador.
(Levantando con los brazos los embozos de su capa.)
Yo os patrocino bajo mis alas:
Ninguna tenga de mí temor.

CORO. (Con ironía.)
¡Qué buen señor!

PRÍNCIPE.
Junto á mi pecho, bajo mi capa,
Ni agua ni hielo; todo es calor.
(Una de las aldeanas se va acercando despacio.)

CORO.
Mira, Luisilla, que si te atrapa,
Tal vez peligro corra tu honor.
(La aldeana hace señas á sus compañeras de que la imiten.)

PRÍNCIPE.
Si ella se acerca, no se me escapa.
¡Cuánta inocencia! ¡cuánto candor!

CORO.
Vé con temor.

---

PRÍNCIPE.
(Cándida y niña,
Ya amor la abrasa:
Se entra en la viña
Como en su casa.)
(Las aldeanas se acercan rápidamente á él, y se guarecen bajo su capa hasta quitársela de los hombros, y huyen con ella, dando vueltas al rededor de los árboles.)

CORO.
Todas cabemos.
Hágase á un lado.

PRÍNCIPE.
¡Una! ¡dos! ¡cuatro! ¡cincuenta! ¡mil!
¡Voto va á Crispo, que me han dejado
En cuerpo gentil!

CORO.
Puesto que tiene tanto calor,
Hasta mañana quédese al fresco,
Y ¡gracias, señor!

PRÍNCIPE.
¡Falta el aliento! ¡falta el vigor!
Mas si hasta el alba tomo aquí el fresco,
No sé qué es peor.
(Vanse corriendo las aldeanas: el Príncipe las sigue; pero siempre á buena distancia.)

---

### ESCENA XI.

EL REY sale por el fondo.

¡Pobre animal! ahí te queda.
Ya no puede dar un paso;
Pero el Marqués me ha perdido
La pista; que fué milagro.
¡Con qué libertad respiro!
Siempre cogido en los lazos
De esa enfadosa etiqueta...
Adios por hoy, cortesanos.
¿Dónde estás, dichosa aldea,
Que guardas aquel preciado
Tesoro, aquella hermosura,
En cuyos ojos me abraso?
Ahora soy libre; ahora puedo,
Estrechándote en mis brazos,
Jurarte... ¡No, pobre niña!
¡Qué pensamiento villano!

**Romance.**

¡Huye al azor atrevido,
Que buscándote ha salido,
Tórtola sin hiel!
¡Ay si encuentra tu nido!
¡Ay si entra en él
Amor cruel!
Ya que en mí tu fuego enciendas,
No pretendas
Que lastime á un alma fiel.

Cándida flor nacarada,
En tu cáliz encerrada,
¿Qué será de tí,
Si lloras deshojada
Mi frenesí?
¿Por qué te vi,
Si aunque irritas mi amor triste,
No naciste
Ni te guardas para mí?

---

¡Oh! yo he de verla; eso sí:
Un momento; pero ¿cuándo?
¿Cómo? No encuentro salida
Á este dédalo intrincado.
¡Si me oyesen! ¡Hola! ¡acá! (Gritando.)
¡Nadie! ¡esta tierra es un páramo!
¡Probemos! (Dispara.) Nada, está visto:
Habré de dormir al raso.
Me acostumbraré; ¡quién sabe
Si este lecho improvisado,
Para otros que ya me esperan,
Será delicioso y blando!
(Extendiendo su capa bajo una encina; cuando va á recostarse, sale Ambrosio.)

### ESCENA XII.

EL REY. AMBROSIO.

AMBROSIO.
¡Hola! ya he dado con él.
REY.
¿Qué es eso?
AMBROSIO.
¡Silencio, y alto!
Venis á cazar de noche...
¿No sabeis que esto es vedado?
REY.
¿De quién?
AMBROSIO. (Con orgullo.)
¡Del Rey, mi señor!
Soy su guarda-bosque.
REY.
¡Diablo!
AMBROSIO.
¿Pensais que no tiene dueño
La caza? ¡estais engañado!
¡Bribon!
REY.
(¡Soberbio!)
AMBROSIO.
¡Hola! ¡hola!
¿Quién sois? ¡respondedme! ¡vamos!
REY.
(Y ¡cómo apura!)
AMBROSIO.
¡Su nombre!
REY.
¿Mi nombre?
AMBROSIO.
Con desparpajo.
REY.
Pero haceis unas preguntas...
AMBROSIO.
Que os hacen turbar; es claro.
No dudarais de ese modo,
Si fueseis un hombre honrado.
REY.
(¡Verme tratar de esta suerte,
Es singular!)
AMBROSIO.
¿Acabamos?
REY.
No soy yo lo que pensais,
Buen hombre.
AMBROSIO. (Con desconfianza.)
Será milagro.
(¡Lo que es la pinta!...)
REY.
Ni yo...

AMBROSIO.

Teneis el arma en la mano,
Y os he cogido en fragante:
¿Á que se atreve á negarlo?

REY.

No lo niego: he sido yo.

AMBROSIO.

¿Sí? pues ¡me gusta el descaro!

REY.

Soy del servicio del Rey...
De los de escalera abajo,
Si he de decir la verdad.

AMBROSIO.

¿No me engañais?

REY.

No os engaño.

AMBROSIO.

Veremos.

REY.

Yo nunca miento.

AMBROSIO.

¡Ba! ¡ba! ¡ba! ¡ba! ¿cortesano,
Y no mentir? ¡Esa es grilla!

REY.

(Tiene el hombre desenfado.)

AMBROSIO.

Y suponiendo que sea
Verdad, ¿cómo es que aquí os hallo?

REY.

Su Majestad salió á caza
Por esos montes del Pardo...

AMBROSIO.

Adelante.

REY.

Un jabalí
Terrible nos salió al paso.

AMBROSIO.

¿Qué más?

REY.

El Rey mi señor,
(Se descubre, y lo mismo hace Ambrosio.)
Siguiéndole temerario,
Se perdió en el monte.

AMBROSIO.

¡Cómo!
Y ¿le habeis abandonado?

REY.

¿Qué quereis?

AMBROSIO.

Eso es mal hecho.

REY.

No pudo más mi caballo.

AMBROSIO.

Haberle seguido á pié.

REY.

No es fácil.

AMBROSIO.

¡Mayor bigardo!...
—¡Yo no sé para qué tiene
Su Majestad estos zánganos!
Si le sucede algo al Rey,
¡Voto á san!... vais á pagármelo.

REY.

Mucho le amais.

AMBROSIO.

En extremo.

REY.

¡Sois noble!

AMBROSIO.

Soy... buen vasallo.

REY.

¿No le conoceis?

AMBROSIO.

De fama.

REY.

(¡Oh! ¡qué dulce es ser amado
Así!) Buen hombre...

AMBROSIO.

¡Buen hombre!

REY. (Alargándole un bolsillo.)

Toma, y al pueblo inmediato
Llévame.

AMBROSIO.

Dos cosas tengo
Que prevenir al hidalgo.
Que á mí nadie me tutea;
Y aunque le estimo el regalo,
No tengo nada que hacer
De vuestro dinero: claro.

REY.

Pero...

AMBROSIO.

Guardadlo, ó reñimos.

REY.

Perdonad, si os he faltado.

AMBROSIO.

Mucho que sí: todavía
No sabeis cómo las gasto.

REY.

Bien: disculpad mi franqueza;
Pero si hay venta ó poblado
Por aquí...

AMBROSIO.

Tengo mi casa.

REY.

No quisiera incomodaros.

AMBROSIO. (Con enojo.)

¿Eh?

REY.

Lo acepto.

AMBROSIO.

En hora buena.
—Perdonad si el agasajo
No es tal como vos pudierais
Desear; pero algo es algo.

REY.

En habiendo cama...

AMBROSIO.

Y mesa,
Y no faltará un buen trago.

REY.
¿De Arganda?
AMBROSIO.
Y áun de Chinchon.
REY.
No me dé Dios más trabajos.
—Y en la mesa, podrá ser
Que con el vaso en la mano...
¿No me entendeis?
AMBROSIO.
No os entiendo.
REY.
Que áun hemos de tutearnos.
AMBROSIO.
¡Quién sabe! será posible.
—La verdad, me vais gustando.
¡Perillan! (Tiene unas trazas
De vividor...)
REY.
¿Vamos?
AMBROSIO.
Vamos.
(Vanse.)
(Desde este momento empieza á crecer la tempestad, con algunos relámpagos y truenos.)

## ESCENA XIII.

EL PRÍNCIPE y EL MARQUÉS. (Salen por distintos lados.)

PRÍNCIPE.
¡Nadie! ¡nadie! ¡estoy perdido!
MARQUÉS.
¿Quién me saca de este infierno?
PRÍNCIPE.
Suenan pasos.
MARQUÉS.
Siento ruido.
LOS DOS.
¡Hola! ¿quién va?
PRÍNCIPE.
Es la voz del consejero.
MARQUÉS.
Es sin duda un cortesano.
PRÍNCIPE.
¿Es Villena?
MARQUÉS.
¡Caballero!
LOS DOS. (Se acercan.)
Lléguese acá.
PRÍNCIPE.
¡Ah! ¡por mi vida!...
MARQUÉS.
¡Príncipe amado!
LOS DOS.
¿Dónde ha quedado
Su Majestad?
PRÍNCIPE.
No sé.
MARQUÉS.
Lo ignoro.
PRÍNCIPE.
Tal vez perdido,
Le ha sorprendido
La tempestad.
(Se oye un trueno.)

---

Dios me ampare.
MARQUÉS.
¡Noche horrenda!
PRÍNCIPE.
Mucho arrecia el vendabal.
Esta encina nos defienda
Miéntras pasa el temporal.

---

(Se acogen bajo una encina. Se oye dentro el coro de cazadores.)
CORO.
Tal vez abandonado
Está Su Majestad.
El valle, el cerro, el prado,
El monte registrad.
PRÍNCIPE.
¿Ois? son cazadores
Que al Rey buscando van.
CORO. (Dentro.)
El valle, el cerro, el prado,
El monte registrad.
PRÍNCIPE.
No nos encuentran,
¡Voto va á san!...
MARQUÉS.
¡Y va creciendo
La tempestad!
PRÍNCIPE.
¡Hola, monteros!
MARQUÉS.
¡Al encinar!
CORO.
Venid, que llaman;
Venid, llegad.
(Salen los cazadores con hachas de viento encendidas.)
MARQUÉS.
¡Cazadores!
PRÍNCIPE.
¡Ah, monteros!
¿Qué es del Rey? ¿adonde está?
CORO.
No conoce los senderos,
Y perdido vagará.
PRÍNCIPE Y MARQUÉS.
La noche es torva, oscura,
Y horrible esta espesura.
Cruzad el seno lóbrego

Del bosque y de la selva,
Y del clarin que vuelva
El eco á resonar.

---

CORO.

Suene, y el aire rompa
El eco de la trompa;
Que de sus senos cóncavos
Le vuelvan redoblado
El valle, el cerro, el prado
Y el lóbrego encinar.

(Vanse al son de las trompas de caza.)

---

# ACTO TERCERO.

---

Interior de una casa pobre: cuatro puertas laterales, y una al fondo. Escalera en el ángulo de la izquierda, que conduce á un desvan. Un cuadro, con una vela encendida, delante. Mesa, sillas toscas, y un sillon grande de baqueta.

## ESCENA PRIMERA.

SEBASTIANA. ROSA.

SEBASTIANA.

¿Pasó ya la tempestad?

ROSA.

Señora, todo está en calma.

SEBASTIANA.

Pues bien, apaga la luz
Que encendiste á Santa Bárbara.

ROSA.

Áun no viene señor padre.

SEBASTIANA.

No es tarde: sin duda el agua
Le ha detenido.

ROSA.

¿Y Pascual?

SEBASTIANA.

Él vendrá. Mira si falta
Alguna cosa; no sea...
Ya sabes cómo las gasta
Mi Ambrosio.

ROSA.

Todo está á punto.

SEBASTIANA.

Muy bien: la rueca te aguarda.

ROSA.

¡Cómo! tan tarde...

SEBASTIANA.

No quiero
Mirarte desocupada.
El ocio es siempre el orígen
De todas nuestras desgracias.

ROSA.

Ya lo dice el señor cura.

SEBASTIANA.

Y si esa desventurada
De Margarita no hubiera
Olvidado tales máximas...

ROSA.

Señora...

SEBASTIANA.

No se veria,
Como hoy se ve, deshonrada.

ROSA. (Trabajando con afan.)

¡Qué miedo!

SEBASTIANA.

No hablemos más
De esto: me parten el alma
Esas pobres criaturas,
De sí mismas olvidadas...

ROSA.

Sí, dejemos esa historia;
Mas, como la noche es larga,
Y señor padre áun no viene,
¿No hará su merced la gracia
De contarme...

SEBASTIANA.

¿Qué?

ROSA.

Algun cuento
De duendes y de fantasmas?

SEBASTIANA. (Mirando con recelo á todos lados.)

¡Vaya un capricho! ¡á estas horas!

ROSA. (Lo mismo.)

Yo no soy miedosa: ¡vaya!

SEBASTIANA.

Rosita, ya no es tu edad
Tan corta...

ROSA.

Pero ¡me agradan
Tanto, tanto!

SEBASTIANA.

En hora buena.
La puerta ¿está bien cerrada?

ROSA.

Sí, señora.

SEBASTIANA.

¿Con cerrojo?

ROSA.

Y con pasador y tranca.

SEBASTIANA.

Bien.

ROSA.

¿Y el cuento?

SEBASTIANA.

No es un cuento.

ROSA.

Mejor.—¿Una historia?

SEBASTIANA.

¡Calla!

ROSA. (Con sobresalto.)
¿Qué es eso?
SEBASTIANA.
Pensé que oia...
¡Vamos, vamos! no fué nada.
Pues, como te iba diciendo,
El lance pasó en mi casa.
ROSA. (Dejando la labor.)
¿Aquí?
SEBASTIANA.
Veinte años habrá.
¡Eh! ¡qué es eso! ¿no trabajas?
ROSA. (Trabajando.)
Diga su merced.
SEBASTIANA.
Al toque
De la oracion de las ánimas,
Se acostó mi Ambrosio: apénas
Hubo apagado su lámpara,
Allá, por la chimenea,
Arrastrando una pesada
Cadena, bajó un espíritu.
ROSA.
¡Una cadena!
SEBASTIANA.
Y sonaba,
¡Chis! ¡chas!
ROSA.
¡Qué miedo!
SEBASTIANA.
¿Han llamado?
ROSA.
No, señora.
SEBASTIANA.
Pues jurara...
—¿Qué iba diciendo?
ROSA.
Que el duende...
SEBASTIANA.
¡Ah! sí: ya sé dónde estaba.
Pues el duende, atravesando
Con paso lento la sala,
Al compas de su cadena,
Llegó á los piés de la cama.
ROSA.
¡Hui!
SEBASTIANA.
Tu padre, aunque ocultó
La cabeza entre las sábanas,
Oyó al duende que decia
Estas solemnes palabras:

«Cumplirás lo que te exijo,
Sin que pase de mañana.
Dios ha dado ayer un hijo
Á Isabel, la sacristana.
Mira, Ambrosio, ¡qué sotana
Para el pobre sacristan!»
Y entre tanto la campana
Resonaba: ¡dan! ¡din! ¡dan!

«Mandarás, Ambrosio amigo,
Y mejor hoy que mañana,
Diez fanegas de buen trigo
Á la pobre sacristana,
Ó jamas de Sebastiana
Hijos tuyos nacerán.»
Y entre tanto la campana
Resonaba: ¡dan! ¡din! ¡dan!

---

ROSA.
¡Qué miedo! (Ya yo no duermo
Esta noche.)
(Se oye llamar á la puerta.)
SEBASTIANA. (Á media voz y temblando.)
¿Quién?
ROSA.
¡Ay, ánimas
Del purgatorio!
SEBASTIANA.
¿Rosita?
ROSA.
¿Señora?
SEBASTIANA.
¿No oyes que llaman?
ROSA.
Ya lo oigo.
SEBASTIANA.
Mas no te mueves.
ROSA.
Tengo un frio de cuartana...
PASCUAL. (Dentro.)
Rosa.
SEBASTIANA.
Es tu hermano.
ROSA.
¿Está usted
Segura?
SEBASTIANA.
¡Vamos! despacha.
(Rosa abre.)

## ESCENA II.

DICHAS y PASCUAL, que entra precipitadamente.

PASCUAL.
¡Uf!...
ROSA.
¡Ay! ¡ay! me has asustado.
PASCUAL.
¡Si corre un viento que pasma!
SEBASTIANA.
¿Y tu padre?
PASCUAL.
¿Aun no ha venido?
Sin duda que la tronada
Le ha pillado por el bosque.
¡He tenido un miedo!... ¡cáscaras!
SEBASTIANA.
Si no le dejaras solo...

PASCUAL.
Eso... como hay circunstancias...

SEBASTIANA.
¿Dónde has estado?

PASCUAL.
Diré
Á su merced.—Pues yo... valga
La verdad, iba esta tarde
Con toda la gurullada.
Iba el hijo de Juan Puerros
Y el sobrino de la Paca...

SEBASTIANA.
No es eso lo que pregunto.

PASCUAL.
Es por si usted lo ignoraba.
— Pues bien : así como estábamos
Armando una zalagarda...
— Su merced no ha de reñirme.

SEBASTIANA.
Prosigue.

PASCUAL.
En una palabra,
Cuando era mayor la grita,
La barahunda y la zambra,
Caten que se quedan todos
Más frios que el Guadarrama.

SEBASTIANA. (Con temor.)
¿Alguna fiera?...

PASCUAL.
¡Una fiera!
¡Oh! ¡no! ¡una pobre muchacha!

SEBASTIANA.
¡Margarita!

PASCUAL.
¡Sí, señora!

SEBASTIANA.
¡Cómo! esa desventurada
Se ha atrevido...— Yo supongo
Que no la has hablado. (Á Rosa.)

ROSA. (Turbada.)
¡Vaya!

SEBASTIANA. (Á Pascual.)
¡Ni tú, ni nadie!

PASCUAL.
Es verdad :
Todos la han vuelto la espalda...

SEBASTIANA.
Muy bien hecho.

PASCUAL.
Ménos yo.

SEBASTIANA.
¿Qué has dicho?

PASCUAL.
Quien manda, manda.
Ahora mismo la he dejado
Á la puerta de su casa.

SEBASTIANA.
¡Á una perdida!

PASCUAL.
¡Perdida!
Quien eso diga... se engaña.

SEBASTIANA.
¡Insolente!
(Aparece en este momento Ambrosio con el Rey, y ambos se detienen á la puerta.)

ROSA.
¡Hermano mio!

PASCUAL.
Yo sé lo contrario.

ROSA. (Ap. á Pascual.)
Calla.

SEBASTIANA.
Si estuviera aquí tu padre...

AMBROSIO.
Aquí está : ¿qué es lo que pasa?

### ESCENA III.

DICHOS. AMBROSIO y EL REY.

SEBASTIANA.
¿Qué ha de pasar? que insolente,
Sin temor de Dios...

AMBROSIO.
¿Qué ha habido?...

PASCUAL.
¡Padre!

AMBROSIO.
¡Chiton!

SEBASTIANA.
Que atrevido,
Ese rapaz, me desmiente.

AMBROSIO.
¡Ah! ¿te ha faltado al respeto?

PASCUAL.
Escuchad.

AMBROSIO.
Cállese, digo.
—No quedará sin castigo.

ROSA.
¡Señor!...

AMBROSIO.
Yo se lo prometo.

REY.
Advertid...

AMBROSIO.
¡Bufando estoy!

REY.
Si mi pobre ruego alcanza...

AMBROSIO.
Pues no es ésa la crianza
Ni el ejemplo que yo os doy.
—¿Con vuestra madre rencillas?

REY.
(¡Qué virtud entre villanos!)

AMBROSIO.
Id, y besadla las manos.

PASCUAL.
Voy, señor.

AMBROSIO.
Mas de rodillas.

PASCUAL. (Arrodillándose y besando á su madre las manos.)
¡Perdon!

SEBASTIANA.
Alzad.

AMBROSIO.
¡El bergante!

REY.
(¿Esta es la gente española?)

AMBROSIO.
Y agradezca al huésped... ¡hola!
Que esto no pase adelante.

REY.
Permitidme que me asombre
De tanto rigor.

AMBROSIO.
¿Por qué?

REY.
Es ya un hombre.

AMBROSIO.
Ya lo sé;
Mas para mí nunca es hombre.

REY.
¡Rara aspereza, por Dios!

AMBROSIO.
Y si le hablo y le corrijo
Con rigor, para eso es mi hijo:
No os metais en esto vos.

REY.
Yo... no es decir que me importe...

AMBROSIO.
Y ahora que el enojo pasa,
Mirad que hay huésped en casa.

ROSA.
(¡Algun señor de la Córte!)

REY.
No os quisiera incomodar.

SEBASTIANA.
Bien venido el huésped sea,
Aunque en esta pobre aldea
Poco tenemos que dar.

AMBROSIO.
Lo que hay en nuestra Castilla:
Limpia mesa y cama blanca.

SEBASTIANA.
Mas la voluntad es franca,
Y como franca, sencilla.

AMBROSIO.
¡Vamos! la cena preven;
Que ya tendrá este señor
Un hambre...

REY.
De cazador.

AMBROSIO.
Lo habeis ponderado bien.

SEBASTIANA.
¿Niña?

(Sebastiana y Rosa empiezan á preparar la cena.)

AMBROSIO.
Pascual, vé por vino
Añejo: despacha presto.

PASCUAL.
Al instante. (Vase.)
Echad el resto.

REY.
¡Oh! por mí...

AMBROSIO.
¡Qué desatino!
Lo hago yo de buena gana,
Y en llegándome á arrestar,
¡Qué diablos! tambien sé echar
La casa por la ventana.

(El Rey, viendo á Rosa que viene con la mesa, se dirige apresuradamente á ella para ayudarla.)

REY.
¡Pobre niña! permitid...

ROSA.
No estoy tan flaca ni enteca.
Pues ¿soy yo alguna muñeca
Como ésas que hay en Madrid?

REY.
Sin embargo...

ROSA.
¡Hágase allá!

REY. (Queriendo cogérsela, y en voz baja.)
¡Linda mano!

ROSA. (Con tono brusco.)
¡Oiga! ¿retoza?

AMBROSIO.
¡Señor! dejad á la moza
Tranquila; que ella lo hará.

SEBASTIANA.
Se os estima el agasajo.

REY.
Tanto afan no la conviene.

AMBROSIO.
En mi casa, nadie tiene
Más hacienda que el trabajo;
Y éste no da pesadumbre,
Ántes al hombre se apega,
Cuando á convertirse llega,
De obligacion, en costumbre.

REY.
¡Sanos principios!

AMBROSIO.
Pues ¿no?
Y como sanos, ya viejos.
—Son doctrinas y consejos
De un padre que Dios me dió.

## ESCENA IV.

Los mismos y MARGARITA.

SEBASTIANA.

¿Quién viene?

REY.

(¡Cielos!)

MARGARITA.

(¡Qué veo!)
Perdonad, si...

SEBASTIANA.

¡Qué osadía!

MARGARITA.

(¡Ah! ¡reprímete, alma mia!)

REY.

(¡Oh! ¡no me engañas, deseo!)

AMBROSIO.

Entrad.

SEBASTIANA. (Ap. á Ambrosio.)

Mi marido advierta,
Que segun cuenta la fama...

AMBROSIO.

Sólo sé que nadie llama
Inútilmente á mi puerta.
—¿Cómo es que venís aquí
A tal hora, en ese estado?

SEBASTIANA.

Responded.

MARGARITA.

¡Ay! me han cerrado
La morada en que nací.
Sólo os pido, porque es tarde,
Y es grande ya mi despecho,
Que por esta noche, el techo
De vuestra casa me guarde.

AMBROSIO.

No quiera Dios que jamas
De esa obligacion desdiga:
Entrad; mi casa os abriga,
Y mi respeto, que es más.

SEBASTIANA. (Ap. los dos.)

No veré sin inquietud
Que se hospede...

AMBROSIO.

¡Eres terrible!
La virtud que es inflexible,
Sebastiana, no es virtud.
—¡Venid, hija!

MARGARITA.

¡Gracias!

REY. (A Ambrosio con entusiasmo.)

¡Bien!
¡Alma noble!

AMBROSIO. (Separándose de él.)

¿Ya comienza?

MARGARITA. (Mirando al Rey.)

(¡Oh! ¡máteme mi vergüenza
Primero que su desden!)

AMBROSIO. (A Margarita.)

Llegais muy enhorabuena.

REY. (Ap. á Margarita.)

¿Lloras?

MARGARITA.

Silencio, por Dios.

AMBROSIO.

¡Eh! ¿qué haceis aquí las dos?
Á prevenirnos la cena.

(Vanse Rosa y Sebastiana.)

REY. (Mirando á Ambrosio.)

(¡Corazon noble y sencillo!)

MARGARITA.

(De verle, temblando estoy.)

AMBROSIO.

Y yo... poco tardo: voy
Á dar posada al tordillo. (Vase.)

## ESCENA V.

EL REY. MARGARITA.

(Margarita se ha sentado junto á la mesa, y se oculta el rostro con las manos.)

Duo.

REY.

¡Ah! ¡Margarita! ¿por qué ese llanto?

MARGARITA.

¡Déjame, Enrique!

REY.

¡No, no! serena
Esos tus ojos, que son mi encanto.

MARGARITA.

La muerte sola cura esta pena.

REY.

¿Odias la vida?

MARGARITA.

Me pesa tanto
Como al esclavo su vil cadena.

---

De todos despreciada,
¿Qué vale mi existencia,
Si el mundo me sentencia,
Dejándome manchada?
¿Qué valen ¡ay cuitada!
Mi amor, mi juventud,
Si de la pobre huérfana
Calumnian la virtud?

REY.

Hermosa idolatrada,
¿Quién puede, en tu presencia,
Dudar de la inocencia
Que brilla en tu mirada?
Desecha ¡oh prenda amada!
Tu pena, tu inquietud,
Y enjuga ya esas lágrimas,
Que abonan tu virtud.

---

MARGARITA.
¡No me desprecias! ¡es cierto!
Tú ¿no dudas?...

REY.
¿Yo dudar!
¿Duda el hombre del sol puro,
Que le da su claridad!

MARGARITA.
¡Oh! ¡Enrique! ¡Enrique! el contento
Me enajena.

REY.
¡Ven acá!
Ven, y en mis brazos olvida
Ese dolor, ese afan.

---

MARGARITA.
¡No, no! de tus brazos
Huiré temerosa;
Que son esos lazos
Prision peligrosa,
Cadena de flores,
Que mata al honor.

REY.
¡Ven! ven, y en mis brazos
Tranquila reposa;
Que son estos lazos
Cadena amorosa,
Que guarda entre flores
Tu dicha y tu honor.

---

¡Dudar del que te adora!

MARGARITA.
De mí no fio.

REY.
¿No eres dueña y señora
De mi albedrío?

---

MARGARITA.
De gozo trémula,
Te escucho muda.
¿Quién, adorándote,
De tu fe duda?
¿Quién de tu amor,
Si escudo eres benéfico
Para mi honor?

REY.
Paloma cándida,
Mi fe te escuda.
¿Quién, contemplándote,
Villano duda?...
¿Quién de tu honor
Puede manchar el límpido
Claro esplendor?

---

REY.
Sí, hermosa; tu confianza
Es justa: en mi honor confia.

MARGARITA.
Toda la ventura mia
Se encierra en esa esperanza.
Y si el mundo es para mí
Injusto, ¡no importa nada!
Yo tengo, si soy amada,
Al mundo cifrado en tí.

REY.
Dime, y no te cause enojos
Mi curiosidad, señora.
—¿Nunca has amado hasta ahora.

MARGARITA.
¡Ah!

REY.
¿Por qué vuelves los ojos?
¿Con esa beldad que admiro,
Y á todas roba la calma,
No ha hallado un eco en tu alma
Ningun amante suspiro?

MARGARITA.
Es cierto: con voluntad
Prendas recibí de esposo
De un hombre fiel, generoso.
¿Por qué ocultar la verdad?
Pero te vi, y ocupado
Mi amor en más alto empleo,
Ya no encuentro en mí deseo
Que no te haya consagrado.

REY.
Sigue: y ¿quién es el rival
Que esa dicha ha merecido?

MARGARITA.
Quien debió ser mi marido,
Es de esta casa: es Pascual.

REY.
(Ella el camino me ofrece...)

MARGARITA.
¿Te has enojado?

REY.
¿Por qué?
—¿Le amaste mucho?

MARGARITA.
No sé;
Pero sé que lo merece.

REY.
¿Es bueno? ¿es honrado?

MARGARITA.
Sí.

REY.
Y él ¿te quiere?

MARGARITA.
Con exceso.

REY.
Bien necesita todo eso
Para ser digno de tí.

MARGARITA.
Pero no tengas recelos.

REY.
¿Recelos yo? ni un instante.

MARGARITA.
¡Cómo! ¿no?—¡Qué tibio amante!
Más te quisiera con celos.

REY.
¡Celos! ¡penosa inquietud,
Que el alma y la vida altera!
Eso, Margarita, fuera
Poner duda en tu virtud.
¡No! ¡mitiga tu zozobra!
Tu dicha será tan alta...

MARGARITA.
Sin tu amor, todo me falta;
Con tu amor, todo me sobra.

REY.
Pues bien: ¡sí! pese á la suerte,
Que romper quiere estos lazos,
No te arrancará á mis brazos
Más poder que el de la muerte.
Á mi pasion no resisto.
(Atrayéndola á sus brazos.)

MARGARITA. (Asombrada.)
¿Qué dices?

REY.
Que ciego estoy.

## ESCENA VI.

DICHOS y PASCUAL, que viene con dos grandes jarros de vino, y sale en el momento en que el Rey abraza á Margarita. Luégo AMBROSIO, ROSA y SEBASTIANA.

MARGARITA. (Viendo á Pascual.)
¡Ah!

REY.
¿Qué es eso? ¿quién...

PASCUAL.
Yo soy.
(¿Me negará lo que he visto?)

MARGARITA. (Queriendo afectar tranquilidad.)
Es Pascual.

PASCUAL.
¡Pues! (¡La picaña!)

MARGARITA. (Ap. al Rey.)
Si por desgracia ha notado...

PASCUAL.
(Á buen tiempo hemos llegado:
Veremos si ahora me engaña.)

AMBROSIO. (Saliendo.)
Perdonad: por lo que veo,
Esa gente áun no ha venido.
—¡Cómo os habréis aburrido!

REY.
¡Oh! ¡no tal!

PASCUAL.
(Pues ¡ya lo creo!)

ROSA. (Saliendo con una gran fuente de barro ordinario.)
Ya está la cena.

AMBROSIO.
Pues ande
Á la mesa y tome asiento.
(Señalando al sillon.)

REY.
¡Cómo! ¿aquí? no lo consiento.

AMBROSIO.
Vos haréis lo que yo os mande.

REY.
Pero...

AMBROSIO.
Nos hace la edad
Testarudos.

PASCUAL.
(¡Ardo en saña!)

AMBROSIO. (Impaciente.)
Con que...

REY.
Voy. (¡Qué mezcla extraña
De aspereza y de bondad!)

(En este momento sale Sebastiana, que trae el resto de la cena, y todos se sientan en el órden con que están marcados más abajo, de modo que el Rey y Rosa ocupen las dos esquinas de la mesa más inmediatas al público. Empiezan á cenar. Silencio de algunos instantes.)

## ESCENA VII.

EL REY. MARGARITA. SEBASTIANA. AMBROSIO. PASCUAL y ROSA.

PASCUAL. (Ap. á Rosa.)
(¡Tiene un hambre de gañan!
¡Repárale cómo traga!)

AMBROSIO.
Parece que hay apetito,
Señor... de Madrid.

REY.
No falta.

AMBROSIO.
El corderillo es sabroso,
Y luégo mi Sebastiana
Lo condimenta...

REY.
Supongo
Que nunca os faltará caza.

AMBROSIO.
¿Caza en mi mesa? jamas.

REY.
¿Habiendo tal abundancia?

AMBROSIO.
Es verdad; mas yo no toco
Á lo que guardar me mandan.
Esa es propiedad del Rey.

REY.
Bien le servis.

AMBROSIO.
Bien me paga.

ROSA. (Ap. á Pascual.)
(¿Quién será?)

PASCUAL.
Algun perdulario.

ROSA.
No lo parece en la traza.

PASCUAL.
¡Repáralo! es un nacion:
Se le conoce en el habla.

AMBROSIO.
Vaya un trago.

REY.
Enhorabuena.
¡Buen paladar!
(Beben.)

AMBROSIO.
Es de Arganda.

REY.
Ya le conozco.

AMBROSIO.
Y decidme,
Señor... cazador: ¿qué charlan
En Madrid del nuevo Rey?

REY.
¿Del nuevo Rey? poco ó nada.

AMBROSIO.
Dicen que es mozo.

REY.
Muy mozo.

SEBASTIANA.
Y ¡de presencia bizarra!

REY.
¡Pche!

AMBROSIO.
Valeroso.

REY.
¡Bah!

MARGARITA. (Ap. al Rey.)
¡Enrique!

PASCUAL. (Levantándose con ira.)
Bien lo ha probado en Italia.

AMBROSIO.
Mozo, no hable sin licencia.

REY.
Dejadle, señor: me agrada
La ruda impetuosidad
Con que defiende al Monarca.

AMBROSIO.
¿No es cierto que en ese lance
Se mostró el Rey?..

REY.
¿En Luzara?
No anduvo cobarde; pero
El honor de la jornada
Pertenece el gran Vendome.

PASCUAL.
¡Y al Rey tambien! (¡Dios me valga!)

AMBROSIO.
Pues no han de faltarle pruebas.
Ya ha empezado la campaña...

REY.
Y con calor.

AMBROSIO.
Mas no hay miedo.
En la lealtad castellana
Descanse; que no será
Estéril la confianza.

REY.
¿Y si esa noble lealtad
Quiere corromper el Austria?

AMBROSIO.
¿Sí? que lo intente.

REY.
Ya tiene
Emisarios en España.

PASCUAL. (Con intencion.)
Y áun se asegura que alguno
Por estos contornos anda.

MARGARITA. (Mirando al Rey con recelo.)
¡Gran Dios!

PASCUAL.
Pues como le pesquen,
No le arriendo la ganancia.

AMBROSIO.
No temais que en nuestros pechos
La semilla que derraman
Los traidores fructifique.
Ántes vereis arrasadas
Las dos Castillas, que logre
El Archiduque domarlas.

PASCUAL. (Con entusiasmo.)
¡Sí!

SEBASTIANA.
Dices bien.

AMBROSIO.
Ya lo veis,
Caballero; en esta casa,
La traicion no tiene asiento,
Ni los traidores entrada.

REY.
Supongamos que yo fuera
Enemigo del Monarca;
¿Qué hicierais?

AMBROSIO.
¡Cómo! ¿qué hiciera?
Os lo diré en dos palabras.
En tiempo de Cárlos Quinto,
Un Rey de la casa de Austria...

REY.
Ya sé.

AMBROSIO.
Pasó á nuestra tierra
Un hidalgote de Francia.
Segun parece, era el tal
Un traidorazo de marca.

Pues no bien hubo llegado,
Segun nos cuenta la fama,
Á un señor de los de acá
Dijo el Rey: «Dale posada.»
¡Yo se la daré, señor,
Dijo el de acá; pues lo manda
Vuestra Majestad! mas luégo
Que él saliere de mi casa,
La reduciré á cenizas,
Porque la traicion contagia.

REY.

Es decir...

AMBROSIO.

Que si vos fuerais
Un traidor... nunca os negara
La hospitalidad, que es siempre
Una obligacion muy santa;
Pero al salir vos, pusiera
Fuego á mi pobre morada,
Y despues... ¡os cazaria
Lo mismo que á una alimaña!

PASCUAL.

(¡Tómate ésa!)

MARGARITA.

(Tiemblo toda.)

PASCUAL.

(No ha puesto la mejor cara.)

AMBROSIO.

Pero dejemos á un lado
Esta cuestion.—Sebastiana,
Léname el vaso, y brindemos
Por el nuevo Rey de España.

---

AMBROSIO.

La santa fe, piadosa
Sobre sus palmas lleva
Las preces que amorosa
Por el Monarca eleva,
Al Dios de nuestros padres,
La castellana grey;
Y el Dios de nuestros padres
Defiende á nuestro Rey.
—¡Coro! (Hablado.)

TODOS.

El Dios de nuestros padres
Defiende á nuestro Rey.

---

AMBROSIO.

Si mueve inquieto bando
Discordias y rencores,
Castilla, respetando
La fe de sus mayores,
Del Dios de nuestros padres
Conservará la ley;
Y el Dios de nuestros padres
Dará victoria al Rey.
—¡Coro! (Hablado.)

TODOS.

El Dios de nuestros padres
Dará victoria al Rey.

---

REY.

¡Bien! (¿Hay placer que á éste iguale!)

AMBROSIO.

(¡Me da ya que sospechar!)

REY.

¡Brava letra y mejor música!
¿Son vuestras?

AMBROSIO.

Gracioso estais.
La música es del sochantre,
Y esotro, del sacristan.
Yo no sé escribir, y gracias
Si acierto á deletrear.

REY.

Me ha agradado.

PASCUAL.

(No lo creo.)

SEBASTIANA.

Otra sabe mi Pascual.

REY.

¿Otra?

PASCUAL. (Como procurando excusarse.)

¿Yo?...

SEBASTIANA.

Vamos! ¿qué es eso?

PASCUAL.

Si padre licencia da...

AMBROSIO.

Pídela al huésped.

REY.

¡Pues digo!...

PASCUAL.

¿Sí? (¡Voy á hacerle rabiar!)

---

En los campos de Luzara,
Do su curso el Pó desvia,
Don Felipe desafia
Al ejército imperial.
Niño el Rey, mas valeroso,
Ya soporta en esa tierra
Los peligros de la guerra
Con espíritu marcial.
¡Cuánta fatiga
La lid previene
Al bravo ejército
Franco-español!
¡Gente enemiga
Marchando viene!
Sus armas trémulas
Brillan al sol.
¡Sus! ¡que llega!
¡Sus! ¡que avanza!

¡Cruza el Pó!
La refriega,
La matanza
Comenzó.
Entre gritos y clamores
Suenan ya los atambores;
¡Ram-pam-tam-pam!
Y el cañon, envuelto en llama,
Atronando el campo, brama:
Pim-pam-pim-pam.
Ya sintiendo su escarmiento,
Pierde fuerzas, pierde aliento
El aleman.
¡Viva España! ¡viva Francia!
Sus contrarios la campaña
Cediendo van.

---

REY. (Ocultándose el rostro para no dejar ver su emocion.)
(¡Se me salta el corazon!)

PASCUAL. (Ap. á Ambrosio.)
(Habeis notado...)

AMBROSIO.
¡Pascual!

PASCUAL.
(Es el emisario.)

AMBROSIO.
(¡Calla!)

PASCUAL.
(¡Si soy yo muy perspicaz!)

AMBROSIO.
¡Hidalgo! no sé quién sois,
Ni lo quiero averiguar;
Pisado habeis mis umbrales;
Sois mi huésped, nada más,
Allí teneis vuestro cuarto;
(Señalando á la escalera.)
Sólo os pido que advirtais,
Que en esta morada es todo
Honor, franqueza y lealtad.

REY.
No lo olvidaré.

MARGARITA
(¿Qué dice?
Si ha llegado á sospechar...)

AMBROSIO. (Á Pascual.)
Condúcelo á su aposento.

PASCUAL. (Tomando una luz.)
Cuando gusteis.

AMBROSIO.
Descansad.

REY.
El recuerdo de esta noche
Ne se borrará jamas
De mi memoria, os lo juro;
Y algun dia llegará
En que pague al buen Ambrosio
Su franca hospitalidad.

SEBASTIANA.
¿Cómo!

ROSA.
¿Qué!
(Ambrosio les impone silencio.)

AMBROSIO.
Señor hidalgo,
No es costumbre por acá
Que se venda el hospedaje,
Ni es meson mi pobre hogar.
Si estimais el agasajo,
Agradecedlo, y no más;
Que en el mundo no hay tesoros
Que paguen mi voluntad.

REY.
(¡Virtud y honor! ¡á qué punto
Os venis á refugiar!)

AMBROSIO.
Hasta mañana.

REY.
Ya os dejo.

PASCUAL.
Adelante. (¡Ya verás!)

REY. (Subiendo la escalera.)
(¡Me tiene absorto esta gente!)

SEBASTIANA.
Vos tambien á descansar.
(Cogiendo á Margarita de la mano, y conduciéndola á una de las habitaciones de la derecha.)

MARGARITA.
¡Voy, señora!

AMBROSIO.
(¡El emisario
Del Austria!... ¿será verdad?)
(Pascual, que ha dado la luz al Rey en lo alto de la escalera, vuelve á bajar.)
¿Se ha recogido ya el huésped?

PASCUAL.
Allí queda en el desvan.

AMBROSIO.
¡Pues á tu cama, y silencio!
(Mucho llevo en qué pensar.)
(Entra en su cuarto: Pascual se va por el inmediato.)

## ESCENA VIII.

SEBASTIANA. ROSA. Luégo PASCUAL.

SEBASTIANA.
Á recoger los trebejos,
Rosita. (De ese rapaz
No me fio.)
(Vanse las dos, llevando algunos objetos de la mesa.)

PASCUAL. (Saliendo de puntillas de su cuarto.)
Mi conciencia
Me dice que no haga mal;
Pues á saberse mañana

El caso, no hay que dudar,
Por traidores nos tuvieran...
Y primero es mi lealtad.

(Abre la puerta del fondo y se va, dejándola entornada.)

SEBASTIANA.

¡Pisa quedo! están durmiendo.

(Sale con Rosa, y atravesando con ella el teatro, se dirige á la puerta del cuarto de Pascual, y echa el cerrojo por fuera.

ROSA.

¡Cómo! ¿encerrais á Pascual?

SEBASTIANA.

Siempre es bueno precaver.
—Vámonos adentro.

ROSA. (Mirando al cuarto de Margarita.)

(¡Ah! ¡ya!)

(La música expresa el reposo y el sueño: despues se oye dentro y á media voz el coro.)

CORO. (Dentro.)

¡Silencio! ¡cuidado! marchemos con tiento,
Que entre esas paredes está el aleman.
Ninguno perdone guardado aposento,
Rincon escondido ni oculto desvan.

---

(Aquí va entrando el coro, y á su frente el Príncipe: las puertas de los aposentos se abren, y van apareciendo sucesivamente Ambrosio, Margarita, etc.)

## ESCENA IX.

EL PRINCIPE. MARGARITA. AMBROSIO. EL REY. SEBASTIANA. ROSA y PASCUAL, que sale el último, procurando ocultarse entre el tumulto. CAZADORES Y ALDEANOS de ambos sexos; éstos, armados de hoces, azadas y otros instrumentos de labranza.

AMBROSIO.

Oigo tumulto.

REY. (Desde lo alto de la escalera.)

Siento rumor.

CORO.

Aquí está oculto:
¡Muera el traidor!

---

AMBROSIO.

¿Quién atrevido,
Descomedido,
Osa mis puertas
Atropellar?
Tanta osadía,
Tal villanía,
Sólo á bandidos
Puede cuadrar.

CORO.

Luégo al espía
Nos han de dar.

PRÍNCIPE. (Ap. á Margarita.)

El enemigo
Que yo persigo,
No es el espía,
Ni es aleman.
Es mi adversario
Mayor contrario;
Es la persona
De aquel galan. (Señalando al Rey.)

CORO.

Al emisario
Ved si nos dan.

---

PRÍNCIPE.

Esa tórtola hechicera
Cómplice suya debe de ser.

CORO.

Es cosa fácil
De suponer.

PRÍNCIPE.

Me la llevo prisionera,
En cumplimiento de mi deber.

CORO.

Ya sabe el prócer
Lo que va á hacer.

(Ambrosio coge su mosquete y hace cara al tumulto.)

---

AMBROSIO.

El que se atreva

(El Rey habrá acabado de bajar.)

Y un paso dé,
¡Voto á mil truenos!...
Cae á mis piés.

PRÍNCIPE.

¡Nadie resista!
¡Favor al Rey!

CORO.

Vaya á la cárcel
Ese doncel.

MARGARITA.

(Con mi existencia
Le salvaré.)

PRÍNCIPE Y CORO.

¡Descubra el rostro!
Diga quién es.

---

MARGARITA. (Ap. al Príncipe.)

¡Yo sola, mísera!
Si eso es verdad,
Seré la víctima!
¡Callad! ¡callad!

REY.

¡Pues muestra el Príncipe
Tanta lealtad,
Fuera el incógnito!
¡Mirad! ¡mirad! (Se desemboza.)

(El Príncipe coge una hacha de viento de manos de uno de los cazadores, y se acerca á reconocer al Rey.)

PRÍNCIPE.
¡Su Majestad!
¡Ante el Rey poderoso de España
La frente inclinad!

CORO.
¡Su Majestad!

---

(Todos se inclinan, descubriéndose respetuosamente: los aldeanos arrojan sus armas.)

PRÍNCIPE.
¡Señor!

REY.
¿Qué podréis decir?

AMBROSIO.
¡Yo no sé lo que me pasa!
¡El Rey! ¿el Rey en mi casa!
(Cayendo de rodillas.)
¡Hijos! ya puedo morir.

REY. (Haciéndole levantar.)
Sí, Ambrosio: ¿te maravilla?
El Rey es el que, admirado
Ha visto aquí retratado
El corazon de Castilla.
—¡Príncipe! (Con severidad.)

PRÍNCIPE.
(¡Malo!) Señor...
Decis...

REY. (Ap. al Príncipe.)
Oidme un instante.
—Vida nueva en adelante.

PRÍNCIPE.
Ya estaba en eso.

REY.
Mejor.

PRÍNCIPE.
Seré desde hoy un cartujo.

REY.
Voy á probaros aquí
Cuánto puede y labra en mí
Este poderoso influjo.
Da á Margarita la mano. (Á Pascual.)

PASCUAL.
¿Yo, señor! (¡Á hablar no acierto!)

REY.
¡Qué! ¿vacilas?

PASCUAL. (Con timidez.)
Os advierto...

AMBROSIO.
¡Te lo manda el Soberano!

REY.
Y si alguna lengua osada
Manchó su honor casto y puro,
Yo, el Rey, lo desmiento, y juro
Que es una doncella honrada.

PASCUAL.
¡Oh! ¡sí, sí! yo he sido un zote
En dudar...

MARGARITA.
(¡Es mi destino!)

REY.
El Príncipe es el padrino...
Y pagará vuestra dote.

PRÍNCIPE.
¿Cómo? ¿quién?...

REY.
Lo he dicho.

PRÍNCIPE.
En fin...
¡Vuestra voluntad es ésa!...
(¡No me he sentado á la mesa,
Y he de pagar el festin!)

## ESCENA ULTIMA.

DICHOS y EL MARQUÉS.

MARQUÉS.
¡Señor! ¡señor! ¿vos aquí?

REY.
¡Marqués! ¡lleno estoy de gloria!
Al fin alcancé victoria.

MARQUÉS.
¡Ah! ¡de quién!

REY.
¿De quién? de mí.

MARQUÉS. (Con entusiasmo.)
¡Bien!

REY.
Esa familia honrada,
Tan noble, tan fiel conmigo,
De su Rey queda al abrigo.

MARQUÉS.
No lo olvidaré por nada.

AMBROSIO.
Honrais á dos pobres viejos.

REY.
Y á ese mancebo gallardo
Colocarás en el Pardo.

PASCUAL. (Con temor.)
¿No pudiera ser más léjos?

AMBROSIO. (Ap. á Pascual.)
¡Imprudente!

REY.
Lo veré.
¡Ya ha comenzado la lid!
Mañana dejo á Madrid...
¡Quién sabe si volveré!

PRÍNCIPE.
¡Arriesgar vuestra persona!

AMBROSIO.
¡Vos marchais á esa jornada!

REY.
Quiero ganar con mi espada
Esta brillante corona.

Ya sé lo que sois: ufano
Con vuestra noble arrogancia,
Desde hoy olvido á la Francia
Por mi pueblo castellano;
Y al par que su ardiente brío
En el campo he de probar,
Su honor haré respetar,

(Mirando al Príncipe.)

Porque su honor es ya el mio.
Todo el rigor de la ley,
Que al grande y pequeño mide,
Sentirá quien esto olvide.

MARQUÉS.

¡Eso es, señor!

TODOS.

¡Viva el Rey!

CORO.

Gloria al Monarca ibero
Que con valor sublime,
Su prepotente acero,
Soldado Rey, esgrime.
Del enemigo encono
Bien pronto vencedor,
Levantará su trono
Con nuevo resplandor.

NOTA. El autor ha tomado parte del asunto de esta zarzuela, de una comedia de Collé, titulada: *La partie de chasse de Henri IV.*

# LA BONDAD SIN LA EXPERIENCIA.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

**Representada en Madrid, en el Teatro del Príncipe, el dia 24 de Marzo de 1855.**

*L'homme n'est ni ange ni bête; et le malheur veut que qui veut faire l'ange, fait la bête.*

PASCAL.

AL SEÑOR DON PEDRO CALVO ASENSIO,

EL AUTOR.

## PERSONAS.

GUADALUPE.
CECILIA.
DON FERNANDO.
DON DIEGO.
MONTOYA, *mayordomo de Guadalupe.*
JULIANA, *criada de id.*

*La accion pasa en Madrid, en el siglo* XVIII.

## ACTO PRIMERO.

Sala en la casa de doña Guadalupe, con puerta al fondo y á la izquierda; ventana á la derecha. Al levantarse el telon se oye dentro una campanilla.

### ESCENA PRIMERA.

JULIANA. Luégo DON DIEGO.

JULIANA.

¡Martin! ¡Martin!—¡Este mozo
(Sale por la izquierda y se dirige á la puerta del fondo.)
De mis pecados!...—¡Que llaman!
—No deben estar de vuelta.
¡Ah! ¡ya! es don Diego.

DON DIEGO.

Juliana,
¿Puedo ver á las señoras?
Avisa...

JULIANA.

No están en casa.

DON DIEGO.

¡Tan temprano y ya en la calle!
¿Con qué motivo?

JULIANA.

¡Ahí es nada!
Pues ¿no es el aniversario?...

DON DIEGO.

¡Es verdad! no me acordaba.
Dos años hace que el buen
Don Ciriaco entregó el alma...
—¿Dónde es la misa?

JULIANA.

En Atocha.

DON DIEGO.

¡Qué diablos! ¡he caido en falta!
Sin duda lo habrá notado
Guadalupe.

JULIANA.

Y si lo extraña,
Será con razon: usted
Es su perpetua atalaya.

DON DIEGO.

Soy, de sus buenos amigos,
El más asíduo, y me trata
Con benevolencia.

JULIANA.

¡Entiendo,
Don Diego! ¡es usted un sátrapa!...

DON DIEGO.

Te equivocas.

JULIANA.

Podrá ser.

DON DIEGO.

Yo te lo aseguro.

JULIANA.

¡Basta!
En tal caso...—Lo advertia,
Porque hay amante en campaña.

DON DIEGO.

¡Amante?

JULIANA.

¡Cuando yo digo!
No ha puesto usted buena cara.

DON DIEGO.

¿Por qué? La felicidad
De Guadalupe es el alma
De mi afecto.—Y ¿cómo sabes?...

JULIANA.
¿Cómo? Es historia muy larga.
DON DIEGO.
¿Le conoces?
JULIANA.
Como á usted.
DON DIEGO.
Pero ¿Guadalupe le ama?
JULIANA.
Presumo que sí.
DON DIEGO.
¿Presumes,
Nada mas? (Tuviera gracia...)
Y ¿sabes tambien su nombre?
JULIANA.
Es don Fernando Zapata.
DON DIEGO.
¿Don Fernando? ¡Sí, ya caigo!
Guapo mozo, hombre de chapa,
Severo...
JULIANA.
Cabal: las señas
No pueden ser más exactas.
DON DIEGO.
¿No estaba en Sevilla?
JULIANA.
Ayer
Vino.
DON DIEGO.
Como yo ignoraba...
Pero será presuncion
Sin duda.
JULIANA.
Y no mal fundada.
El hombre, como usted sabe,
No es muy listo: allí no hay máscara.
DON DIEGO.
Y eso ¿fué en Sevilla?
JULIANA.
¡Pues!
DON DIEGO.
Sin duda la visitaba
Don Fernando.
JULIANA.
Algunas veces.
DON DIEGO.
¡Miren la ovejita mansa!
JULIANA.
No es esto decir que... ¡vamos!
Ella, si no es una santa,
Tampoco ha dado motivo
Para que nadie dudara...
Al contrario: á lo que creo,
Cuando levantó la casa
De allá, no fué conveniencia;
Fué... una honrosa retirada.
DON DIEGO.
Yo no sé lo que te diga:
Me parecen tan contrarias
Sus condiciones... Él es
Pacato...
JULIANA.
Allá se las hayan,
Puesto que á usted no le importa;
Y agur, no vengan las amas... (Vase.)
DON DIEGO.
Hasta luégo.—¡Bueno fuera
Que el perillan me birlara
La viudita! por fortuna
Es hombre de buena pasta,
Sencillote y no muy listo.
Bien le conoce Juliana.
—¡Muy quisquilloso en materias
De honor!... Si yo le inspirara...

## ESCÈNA II.

### DON DIEGO. DON FERNANDO.

DON FERNANDO. (Con extrañeza.)
¡Don Diego!
DON DIEGO.
¡Qué es lo que veo!
¡Un abrazo!—¡El buen Zapata
En Madrid!
DON FERNANDO. (Con indiferencia.)
Así parece.
DON DIEGO.
¿Cuándo ha sido la llegada?
DON FERNANDO.
Ayer.
DON DIEGO.
¿Quién me hubiera dicho!...
DON FERNANDO.
Yo tampoco imaginaba
Verle aquí.—¿Tambien usted
Visita á las mejicanas?
DON DIEGO.
¡Ta! ¡ta! ¡ta! soy de los íntimos;
Casi de familia.
DON FERNANDO.
(¡Cáspita!)
DON DIEGO.
¿Y usted?
DON FERNANDO.
¿Quién? ¿yo? Las aprecio;
Mas mi intimidad no es tanta.
Las he tratado en Sevilla.
DON DIEGO.
¿Há mucho?
DON FERNANDO.
Recien llegadas
De Méjico. Don Ciriaco
Trajo para mí unas cartas
De allá: con este motivo
Le vi, frecuenté su casa...

DON DIEGO.
¡Pobre señor!

DON FERNANDO.
¿El esposo?
Era un bendito.

DON DIEGO.
¡Qué pasta!
Guadalupita ha perdido
Un tesoro, una cucaña.
¡Oh! maridos como aquel
Hay pocos.

DON FERNANDO.
¿Tanto la amaba?

DON DIEGO.
En cuanto á eso, no respondo;
Pero ¡teniendo aquel alma
Tan bondosa!... ¡y ella, que es
Alegre como unas pascuas!

DON FERNANDO.
¿Qué dice usted! la viudita...

DON DIEGO.
¡Es traviesa y casquivana!

DON FERNANDO.
Alegre, lo es en efecto;
Pero supongo que honrada
Tambien.

DON DIEGO.
Yo no sé qué diga:
¡Tiene en Madrid una fama!...

DON FERNANDO.
¿Por qué razon? ¡Con qué pruebas
La acusan?

DON DIEGO.
¿Pruebas?...

DON FERNANDO.
¡Patrañas,
Calumnias!

DON DIEGO.
Yo así lo creo;
Pero es lo cierto que no anda
Muy bien puesta por la Córte
Su opinion, y ya eso basta...

DON FERNANDO.
No basta: los maldicientes
No viven si no desgarran
La honra ajena, y en Madrid
Hay sobra de esa canalla.

DON DIEGO.
Mas cuando tantos lo dicen,
Vaya usted á romper lanzas...

DON FERNANDO.
Mejor fuera á cortar lenguas.

DON DIEGO.
Mucho le interesa...—¡Calla!
¡Usted está enamorado!

DON FERNANDO.
¡No, señor!

DON DIEGO.
¡En confianza!

DON FERNANDO.
Pero soy hombre de bien,
Y la obligacion más santa
De cualquier hombre que tenga
Un corazon y una espada,
Es defender con su sangre
Su fe, su honor...

DON DIEGO.
Y su dama.
—Amiguito, esas ideas
Son ya aquí moneda falsa.

DON FERNANDO.
El honor en todos tiempos
Es oro limpio.

DON DIEGO.
Hoy no pasa.

DON FERNANDO.
Pero, en fin, ¿qué es lo que dicen
Por la Córte? Alguna causa
Debe haber...

DON DIEGO.
Las apariencias...

DON FERNANDO.
Las apariencias engañan.

DON DIEGO.
En verdad, suya es la culpa:
Si no fuera tan voltaria,
Tan satírica... se muere
Por decir un epigrama.

DON FERNANDO. (Pensativo.)
Defecto es ése...

DON DIEGO.
¡Terrible!
Pero lo hace con tal gracia,
Con tanto aplomo, que... ¡vamos!
Es preciso perdonarla.

DON FERNANDO.
¡Oh! ¡don Diego! ¡ahí tiene usted
Lo que más me desagrada!
¡Una mujer que profesa
La murmuracion, la sátira!

DON DIEGO.
¡Así no tiene un amigo!

DON FERNANDO.
Así todos la disfaman.

DON DIEGO.
Es natural.

DON FERNANDO.
Sin embargo,
Don Diego, ¡qué ruin venganza!

DON DIEGO.
Usted ha de convencerse
Por sí mismo, si la trata...

DON FERNANDO.
No daré mucha ocasion,

Puesto que será mi estada
Corta.

DON DIEGO. (Con disimulada alegría.)

¡Qué! ¿se marcha usted?

DON FERNANDO.

Sí, voy á batirme á Italia.

DON DIEGO.

¿Cómo es eso?

DON FERNANDO.

Si los méritos
De mi buen padre me alcanzan
Alguna capitanía...
No estoy un mes en España.

DON DIEGO.

(Uno ménos.) Hará usted
Muy bien. Y ¿cuándo es la marcha?

DON FERNANDO.

Tan pronto como reciba
Mi nombramiento.

DON DIEGO.

¡Qué lástima!
Se va usted á eternizar
En Madrid. ¿Hay mucha plata?

DON FERNANDO.

Los servicios de mi padre...

DON DIEGO.

(¡Adios!)

DON FERNANDO

Que murió en campaña...

DON DIEGO.

Pero murió.

DON FERNANDO.

Fué un valiente.

DON DIEGO.

Le digo á usted que no basta.

DON FERNANDO.

Y general.

DON DIEGO.

Don Fernando...
Vuélvase usted á su casa.

DON FERNANDO.

¡Hombre! Sin embargo...

DON DIEGO.

Usted
No sabe lo que se gasta
En la Córte; y luégo hay tantos
Que pretendan esas plazas...

DON FERNANDO.

Es cierto; y si yo tuviera
Seis mil ducados...

DON DIEGO.

¡No es nada!

DON FERNANDO.

Hay otro que los ofrece,
Y esa cantidad es alta
Para mí.

DON DIEGO.

Pues ¡ya lo creo!
Y ¿quiere usted que por gracia
Le den lo que otro tal vez
Por su dinero no alcanza?

DON FERNANDO. (Despues de un momento de reflexion.)

Sí, sí; bien considerado,
Lo merezco: ¿quién me manda
Ambicionar otra dicha?
Mi tranquilidad me basta.

DON DIEGO.

¡Mucho! ¡mucho! como dice
El poeta: «¡Qué descansada
Vida!...»

DON FERNANDO.

La Córte es un piélago,
Donde peligra y naufraga
Cuanto hay de noble y honrado.

DON DIEGO.

¡Oh! ¡no tanto!

DON FERNANDO.

¡Quién pensara
Que aquel corazon altivo
Descendiera hasta la infamia!

DON DIEGO.

Yo sólo á usted, que es un hombre
De probidad, revelara
Tales cosas.

DON FERNANDO.

¿Y Cecilia?

DON DIEGO.

¡Esa sí que es una alhaja!
¡Tan humilde, tan modesta!...
¡Pobre niña! ¡es una lástima!...

(Con intencion.)

Y no es esto sólo: usted
No sabe lo que aquí pasa
La infeliz: siempre metida
En su rincon, siempre aislada...

DON FERNANDO.

¿La trata mal?...

DON DIEGO.

Poco ménos.
Como la viuda es tacaña...

DON FERNANDO.

¡Eso tambien!

DON DIEGO.

No la debe
La fineza de una gala,
De un obsequio.

DON FERNANDO.

¡Calle usted!
¡Con tan poca edad, y avara!
Don Diego, estoy decidido.
Voy á escribir una carta
Á mi protector: renuncio
Á todas mis esperanzas.

DON DIEGO.

¡Magnífico!

DON FERNANDO.

Hasta despues.

DON DIEGO.
Y ¡va usted hasta su casa
Para ese fin! no, señor;
No lo permito.— ¡Juliana!

DON FERNANDO.
¿Qué hace usted?

DON DIEGO.
No hay que apurarse:
Yo tengo aquí confianza.

JULIANA. (Sale.)
¿Señor?

DON DIEGO.
Abre el camarin
De Guadalupe; despacha.

JULIANA.
Voy al instante. (Vase.)

DON FERNANDO.
¡Qué tono
De autoridad y de!...

DON DIEGO.
¡Vaya!
¡Si le digo á usted que soy...
De la familia!

DON FERNANDO. (Con disgusto.)
Bien: basta.

DON DIEGO.
¡Ya ve usted! como que he sido
El compinche, el camarada
Del difunto.

DON FERNANDO.
¿Tambien eso!

DON DIEGO.
Y de tal modo privaba
Con él, que cuando exhaló
Entre mis brazos el alma,
Encomendó á mi cuidado...

DON FERNANDO.
Pues Guadalupe ¿no estaba
En Madrid?

DON DIEGO.
¡Fué aquella muerte
Fatal tan inesperada,
Tan repentina!...— ¡Al saber
La nueva, se puso en marcha
Desde Sacedon!... ¡en vano!
El pobre no respiraba.

JULIANA.
Ya está abierto el camarin.

DON DIEGO.
Corriente: en cuatro plumadas...

DON FERNANDO.
Adelante.

DON DIEGO.
Pase usted.

DON FERNANDO.
Usted.

DON DIEGO.
(¡Buena va la danza!)

## ESCENA III.

JULIANA. Luégo CECILIA.

JULIANA.
No logro, aunque de ello trato,
Que lo confiese: él se escuda
Con la amistad; mas ¡no hay duda!
—¡Á mí!... ¡tengo yo un olfato!

CECILIA. (Sale por el fondo.)
¡Jesus!

JULIANA.
¿Qué es eso?

CECILIA.
¡Juliana!

JULIANA.
¿Ya de vuelta! ¿Ha concluido
La misa?

CECILIA.
Me ha parecido
Todo un siglo la mañana.

JULIANA.
¿Y la señora?

CECILIA.
Allá está,
Con Montoya, en el estrado.

JULIANA.
¡Hola!

CECILIA.
¡Hay secretos de estado!
¡Misterios!

JULIANA.
¿Sí? ¿qué será?

CECILIA.
No me apuro yo por eso.

JULIANA.
¡Bah! no fuera usted mujer.

CECILIA.
¡Al cabo se ha de saber!

JULIANA.
Yo mi flaqueza confieso.
¿Y si damos con el hilo?

CECILIA. (Con interes.)
¿Tienes algun precedente
Por ventura?

JULIANA.
Es un vehemente
Indicio.

CECILIA.
¿Sí? ¡Dilo! ¡dilo!

JULIANA.
Mas no debo...

CECILIA.
¿Acabarás?

JULIANA. (Con malicia.)
¡Curiosa!

CECILIA.
¡Vamos, que espero!
—Yo no soy curiosa; pero...
El saber no está de más.

JULIANA.

Aunque no es larga la fecha,
Era usted tan niña, cuando...

CECILIA.

¡Ah! ¡ya entiendo! ¡Don Fernando!
Tambien tengo mi sospecha.

JULIANA.

¿Es usted de mi opinion?

CECILIA.

Tan pronto como ha llegado
El buen Zapata...

JULIANA.

Ha empezado
Aquí una revolucion.

CECILIA.

Y tanto, que ya se trata
De festejos.

JULIANA.

¡Y hará extremos,
Locuras!

CECILIA.

Eso tendremos
Que agradecer á Zapata.
Hoy mismo con baile y mesa
Quiero al galan obsequiar.

JULIANA.

No es poco para empezar.

CECILIA.

Te juro que no me pesa.
Como él rompa la clausura
En que vivimos, ¡qué gloria!

JULIANA.

Áun no cante usted victoria.
Usted quedará en su oscura
Reclusion, y ella, no obstante...

CECILIA.

¡Juliana, no seas mordaz!
No la juzgo yo capaz
De perfidia semejante.

JULIANA.

Es cálculo, no perfidia.

CECILIA.

¿Qué es lo que decirme quieres?

JULIANA.

Puede mucho en las mujeres
El demonio de la envidia;
Y cuando median amores...

CECILIA.

¿Ella envidia! ¡Qué simpleza!
Y ¿de quién?

JULIANA.

De esa belleza.

CECILIA.

¡No me saques los colores!

JULIANA.

¡Nada! entre usted en la danza
Sin temor; que ya es oprobio...

CECILIA.

Y ¿qué hago?

JULIANA.

Robarle el novio.

CECILIA. (Despues de dudar un momento.)

No fuera mala venganza.

JULIANA.

¡Oh! ¡sabrosa!

CECILIA.

Y en verdad...
Yo no presumo de bella...

JULIANA. (Con tono de incredulidad.)

¿No?

CECILIA.

Pero tengo sobre ella
La ventaja de la edad.
Y ¡ya me canso y me hastío
De contemplar cómo pasa
Mi juventud, de esta casa
En el recinto sombrío!
¡Quiero luz, espacio, ambiente!
—¡Cuántos dias en combate
Horrible, siento que late
Mi corazon impaciente!

JULIANA.

¡Sí, sí!

CECILIA.

Esta vida me seca,
Me aburre, y si esto no acaba...

JULIANA.

¡Dice usted bien! ¡siempre esclava
De la almohadilla y la rueca!

CECILIA.

Es penosa esclavitud.
¿Qué quiere de mí esta hermana?

JULIANA.

¿Qué ha de querer?

CECILIA.

¡Ay, Juliana!
¡Bien gozo mi juventud!

JULIANA.

Por eso mismo la encierra.

CECILIA.

Lo dicho: no me retracto,
Juliana; hecho queda el pacto
Y declarada la guerra.

JULIANA.

Y si vence usted...

CECILIA.

¡Qué gozo!
¡Triunfar de su vanidad!

JULIANA.

Y el Zapata, á la verdad,
No es barro.

CECILIA.

¡Pch! no es mal mozo.

JULIANA.

Es galan, tiene despejo.

CECILIA.
Por mí, aún cuando fuera un zote;
Porque, hija, donde no hay dote...

JULIANA.
No es jóven...

CECILIA.
Pero no es viejo.

JULIANA.
Sí, ¡rompa usted sus cadenas!

CECILIA.
Pero si lumbre no da...

JULIANA.
Entónces no faltará
Quien la saque á usted de penas.

## ESCENA IV.

DICHOS. GUADALUPE y MONTOYA.

GUADALUPE.
¿Qué es eso! ¿aún estás así!
¿No he dicho?...

CECILIA.
¡Señora hermana!
Me entretuve con Juliana...

GUADALUPE.
Bien está : véte de aquí.
(Vase Cecilia.)
— Y tú tambien.

JULIANA.
Voy al punto.
— ¡Qué carácter!) (Vase.)

## ESCENA V.

GUADALUPE. MONTOYA.

MONTOYA.
Rigorosa
Ha estado usted.

GUADALUPE.
Es que quiero
Que me obedezcan, Montoya.
El trato engendra cariño,
Y ya he dicho una vez y otra
Á Cecilia...

MONTOYA.
Eso es verdad.
Juliana es muy peligrosa
Consejera.

GUADALUPE.
Y la pervierte.

MONTOYA.
¡Sí! La muchacha es diabólica.

GUADALUPE.
No estará mucho en mi casa.
—Pero, hablando de otra cosa,
¿Has hecho lo que te dije?

MONTOYA.
Sí tal : todo estará en forma.
Pero, á decir lo que siento,
¿Cómo usted, tan económica?...

GUADALUPE.
¡Te admiras! Tienes razon.

MONTOYA.
Que aparte de sus limosnas,
Extremadas en verdad...

GUADALUPE.
¿Qué quieres que te responda?
Si te dijera... esta vida
Triste, oscura, misteriosa;
Este afan de atesorar
Tantas riquezas á costa
De mis placeres, redundan
Más que en baldon, en mi gloria...
¿Qué dijeras?

MONTOYA.
¡Bah! diria
Que mi inteligencia tosca
No ha alcanzado, ni se atreve,
Á interpretar esas cosas.

GUADALUPE.
Yo no he debido ocultarte
Secretos...

MONTOYA.
Ni á mí me toca
Más que obedecer.

GUADALUPE.
Mi padre,
Que en gloria esté, puso toda
Su confianza en tí.

MONTOYA.
Tenía
Un alma como ya hay pocas.

GUADALUPE.
Me has visto nacer.

MONTOYA.
Es cierto;
Y allá, niña y juguetona,
La he llevado á usted mil veces
Entre mis brazos, señora.

GUADALUPE.
Por eso mismo, porque eres
Vivo recuerdo de todas
Mis pasadas alegrías,
Que fueron las tuyas propias,
Que has enjugado mis lágrimas
Y endulzado mis congojas,
No te he debido ocultar
Mis sentimientos de ahora.
Pero, en fin, ya no está léjos
El instante...

MONTOYA.
Usted disponga
De mí; que, por lo demas,
Ya conozco yo esa historia.

GUADALUPE.

¿Qué dices!

MONTOYA. (Desentendiéndose.)

Que no hará falta
Nada.—Carilla es la broma;
Pero el baile será en regla,
Y la comida asombrosa.

GUADALUPE.

Bien: tu comprehension admiro.

MONTOYA.

Á la verdad, no es muy honda;
Mas soy viejo, y he pasado
Tambien... pero esto no importa.
Esta noche quiero verla
Otra vez, deslumbradora
Como en un tiempo.

GUADALUPE.

¿Mandó
El diamantista las joyas?

MONTOYA.

En el tocador están.

GUADALUPE.

Montoya amigo, perdona;
Pero en semejantes casos
Hay que sufrir en nosotras...

MONTOYA.

Sí, dengues, impertinencias...
Pero usted no es de esa estofa.

## ESCENA VI.

DICHOS Y DON DIEGO.

DON DIEGO.

(Ya el hombre queda embarcado.)

GUADALUPE.

Que no lo descuides...

DON DIEGO.

¡Oiga!
No sabía...

GUADALUPE.

¿Usted en casa!

DON DIEGO.

Como siempre, mariposa
De esa luz...

GUADALUPE.

Este don Diego
Siempre tiene una lisonja...
(Sigue hablando aparte á Montoya.)

DON DIEGO.

Nada de eso.—Como usted
Tanta franqueza me otorga,
Me tomé la libertad...

MONTOYA. (Marchándose.)

Bien.

GUADALUPE.

Adios.

DON DIEGO.

Señor Montoya...

MONTOYA. (Saludándole con disgusto.)

Buenos dias. (Vase.)

DON DIEGO.

¡Buenos dias!
(¡El viejo es duro de gorra!)

## ESCENA VII.

GUADALUPE. DON DIEGO.

GUADALUPE.

Decia usted...

DON DIEGO.

Que entre tanto
Que usted rezaba en Atocha,
He tomado posesion
De su escritorio.

GUADALUPE.

En buen hora.

DON DIEGO. (Mirándola con intencion.)

No para mí; don Fernando...

GUADALUPE. (Con indiferencia.)

Deje usted las ceremonias.

DON DIEGO.

Pues Zapata, como digo...

GUADALUPE.

Ya lo he entendido.

DON DIEGO.

(¡Gazmoña!)
Quiso escribir unas cartas...

GUADALUPE.

¡Hizo bien! mi casa toda
Es de usted... y de su amigo.

DON DIEGO.

(¡Á quién no engaña esa monita!)
Gracias por él y por mí.

GUADALUPE.

(¡Al fin vino! ¡bien! No es poca
Ventura.)

DON DIEGO.

Advierto en usted
Un afan, una zozobra...

GUADALUPE.

Preciso: la que há dos años
Pasa una vida de monja,
Y entra de nuevo en el mundo...

DON DIEGO.

Con que, ¿es cierto! ¿Usted se arroja
Otra vez en ese piélago?
¡Transformacion prodigiosa!

GUADALUPE.

¿Por qué?

DON DIEGO.

Cierto es que la Córte
Su mejor prenda recobra
Con esa perla, escondida
En soledad misteriosa;

Pero en cambio, perderá
Usted esa encantadora
Tranquilidad, que en la vida
Del mundo jamas se goza.

GUADALUPE.
¡Qué quiere usted! todo cansa.

DON DIEGO.
¿No hay otra razon?

GUADALUPE.
No hay otra.
Bastan dos años de luto:
¿No es verdad?

DON DIEGO.
¡Vaya! y áun sobran.

## ESCENA VIII.

DICHOS y DON FERNANDO.

DON FERNANDO. (Saludando.)
Usted me ha de dispensar,
Si he abusado...

GUADALUPE.
¿Á qué esa excusa?
Ésta es su casa, y no abusa
Quien puede en ella mandar.

DON FERNANDO.
(¡Me mata con ese agrado!)

GUADALUPE.
Á más, sabe usted que soy
Muy su amiga.

DON FERNANDO.
¡Gracias!

GUADALUPE.
Hoy
Le tengo á usted convidado.

DON FERNANDO.
Me es imposible...

GUADALUPE. (Con sorpresa.)
¿Por qué?

DON FERNANDO.
Lo siento como lo digo;
Pero... me aguarda un amigo.

GUADALUPE. (Picada.)
¡Soberbia disculpa, á fe!

DON FERNANDO.
¿No es buena?

GUADALUPE.
Sí, por mi vida.

DON DIEGO. (Ap. á Guadalupe.)
(¡Qué proceder tan grosero!)

(En toda esta escena, D. Diego, que estará sentado á la izquierda de Guadalupe, afecta cierta familiaridad en sus modales, hablando al oido de la viuda.)

GUADALUPE.
El amigo es lo primero,
Zapata: estoy convencida.

DON FERNANDO.
Usted no se ha de ofender...

GUADALUPE.
¡Ni por sueño!

DON FERNANDO.
Ántes que todo
Es el deber.

GUADALUPE.
De ese modo...

DON DIEGO. (Ap. á Guadalupe.)
(¡Válgate Dios por deber!)

DON FERNANDO.
Mucho agradezco el favor
Con que usted me honra, y quisiera
Gozarle; mas quien me espera,
Señora, es mi protector.

GUADALUPE. (Con interes.)
No se hable más: mucho siento
privarme de usted, Zapata;
Mas siendo así que se trata
De su bien, yo no consiento...

DON FERNANDO.
No es eso: tengo ya en poco
Mi fortuna.

DON DIEGO. (Á Guadalupe.)
(¡Está demente!)

DON FERNANDO.
No soy yo buen pretendiente...

DON DIEGO. (Lo mismo.)
(Ni cortesano tampoco.)

DON FERNANDO.
Y ántes que el primer resorte
De mi esperanza se gaste,
Voy á dar con todo al traste
Y me ausento de la Córte.

GUADALUPE.
Pues, segun tengo entendido,
La pretension le traia
De cierta capitanía.

DON FERNANDO.
No; ya estoy arrepentido.

GUADALUPE. (Sorprendida.)
No comprendo la razon.

DON FERNANDO.
El hombre que es tan dichoso
Como yo, que ama el reposo,
Que vive, sin ambicion,
De su pobre hacienda escasa,
¿No es un loco si se aleja
De la ventura que deja
En el rincon de su casa?

GUADALUPE.
¡Prosaico materialismo!

DON FERNANDO.
En mi retiro profundo,
¿Qué puede brindarme el mundo,
Que yo no encuentre en mí mismo?

GUADALUPE.
Pero al que hereda un buen nombre,
Nunca esa inercia conviene;
Pues ¡ qué ! en la vida, ¿ no tiene
Otros deberes el hombre?
Quien hace de su existencia
tal uso, hallará tambien
La indiferencia, el desden.

DON FERNANDO.
Y ¿ por qué la indiferencia?

GUADALUPE.
¿Qué puede apetecer más
El hombre que, en su egoismo,
Vive en paz consigo mismo,
Y en lucha con los demas?

DON DIEGO.
¡ Muy bien dicho !

DON FERNANDO.
El cargo es fútil,
Sobre injusto : si me estoy
En mi retiro, si soy
Á la sociedad inútil,
Tampoco la perjudico.
¿ Qué dirán? ¿ que soy un cero?
Bien ; ya lo conozco, pero...
Yo así la dicha me explico.

GUADALUPE.
Se hace usted poco favor.

DON FERNANDO.
No.

GUADALUPE.
Pero áun así va errado;
Que un cero bien colocado
Puede tener gran valor.

DON FERNANDO.
Ese epigrama cruel...

GUADALUPE.
No me haga usted tal ofensa.

DON FERNANDO. (Mirando á don Diego.)
Yo me entiendo.

DON DIEGO. (Ap. á Guadalupe.)
(El hombre piensa
Que todos se burlan de él.)

GUADALUPE.
En eso no es usted justo.

DON FERNANDO. (Mirando á don Diego.)
Siempre fué usted, segun fama,
Inclinada al epigrama.

DON DIEGO.
Cada cual tiene su gusto.

GUADALUPE.
Es verdad : tengo unos prontos...

DON FERNANDO.
De que áun no se ha corregido.

GUADALUPE.
Mas, ¡ por Dios ! ¿ está prohibido
Divertirse con los tontos?

DON FERNANDO. (Picado.)
Los tontos, segun oí,
Son ceros... ya usted recuerda.

GUADALUPE.
Sí; pero están á la izquierda.

DON FERNANDO.
(Pues ésa no es para mí.)

## ESCENA IX.

DICHOS y CECILIA.

DON DIEGO. (Levantándose y saludando.)
¡ Ah !

DON FERNANDO. (Lo mismo.)
¡ Señora !...

DON DIEGO.
Á tiempo viene
Usted para que decida
Una cuestion muy reñida.

CECILIA.
¿Cuál es?

DON DIEGO.
Zapata sostiene
Que en el mundo no hay ventura
Sino para aquel que pasa
La existencia de su casa
En la reclusion oscura.

DON FERNANDO.
Presenta usted la cuestion...

DON DIEGO.
Guadalupita le arguye
Con el deber, y concluye...
— ¿ Á quién da usted la razon?

CECILIA.
Es muy corta mi experiencia.

DON DIEGO.
Sin embargo, usted dirá
Su parecer.

CECILIA.
Si me da
Señora hermana licencia...

GUADALUPE.
Habla.

CECILIA.
Mas nadie me tilde,
Si la preferencia doy
Á alguno.

GUADALUPE.
Es claro.

CECILIA.
Yo soy
Por naturaleza humilde,
Y á esa altiva sociedad,
Que respeto, mas no admiro,
Prefiero de mi retiro
La dulce tranquilidad.
Si alguna vez en mis sueños

Mil esperanzas devoro,
Jugando con mi tesoro
De proyectos halagüeños,
En su recelo instintivo
Jamas mi ambicion medrosa
Atenta á la venturosa
Oscuridad en que vivo.
Por último, una familia,
Una posicion modesta,
Sin riesgos, sin afan...: ésta
(Dirigiendo una mirada á don Fernando.)
Es mi ambicion.

DON FERNANDO.
¡Bien, Cecilia!

GUADALUPE.
¡Bien, sí! pero esa flaqueza,
Que en mi sexo no condeno,
Es mengua en el hombre lleno
De aliento y de fortaleza.
No; por más que le preocupe
(Á don Fernando.)
Su obstinacion, francamente,
No dice usted lo que siente.

DON FERNANDO.
¿Por qué causa, Guadalupe?

GUADALUPE.
La razon lo dificulta;
Y esa esquivez tiene traza
De orgullo que se disfraza,
No de humildad que se oculta.
Y dado que virtud sea
(Si puede ser en la vida
Virtud la fuerza perdida,
Ó que en el bien no se emplea),
Diga usted, esa humildad
Nímia, que á nada se atreve,
¿Para qué sirve? Más debe
El mundo á la vanidad.
Lo repito: eso denota,
Más que virtud, presuncion.

DON FERNANDO.
(Ello es que tiene razon.
¿Cuánto va á que me derrota?)

GUADALUPE.
Y aparte de eso, es extraño
Que pensara usted ayer
De otro modo...

DON FERNANDO.
Tal poder
Tiene en mi alma un desengaño.
Lo que ayer era mi gloria,
Mi condenacion es hoy.

GUADALUPE.
Eso no lo entiendo.

DON FERNANDO.
Voy
Á contar á usted mi historia.
—Yo amaba una clara estrella,
Que en el cielo de mi vida
Derramó su luz querida,
Tan alegre como bella.
Con todo el ardor del que ama,
Entre esperanzas y enojos
Osé levantar mis ojos
Hasta abrasarme en su llama;
Mas al querer con sediento
Afan llegar á su altura,
Lo que me sobró en ternura,
Me faltó en atrevimiento.
Huyó de mí: la constancia
De mi amor quise probar,
Y mi amor triunfó, á pesar
Del tiempo y de la distancia;
Que áun así de sus reflejos
El tibio calor sentia.
—¡Qué hermosa me parecia,
Contemplada desde léjos!—
Al fin, de sufrir cansado,
Quise buscar mi reposo
En ella, si no dichoso,
Al ménos desengañado.
Juzgué que para alcanzar
Á su luz, más que otras galas,
Era fuerza tener alas,
Y hasta su cielo volar.
Entónces, sin reflexion,
Ciego, y con la fe de un niño,
Con las alas del cariño
Junté las de la ambicion.

GUADALUPE.
¡Feliz la que á merecer
Tan alta ventura alcance!
Que esa estrella, en buen romance,
Es sin duda una mujer.

DON FERNANDO.
Búrlese usted cuanto quiera:
Lo cierto es que me engañaba,
Que era un necio, y suspiraba
Por una hermosa quimera.

GUADALUPE.
¿Está usted cierto?

DON FERNANDO.
Lo estoy.

GUADALUPE.
Véalo usted bien.

DON FERNANDO.
Ya lo he visto.

GUADALUPE.
En ese caso, no insisto:
Imparcial en esto soy.
Pero si es verdad, Zapata,
Razon más para que aspire
Á distinguirse: suspire

Á lo ménos esa ingrata;
Que cuando en su pecho doble
Ese puro amor recuerde,
Conocerá lo que pierde,
Perdiendo un alma tan noble.

DON FERNANDO. (Sacando una carta, que rompe.)
(Dice bien.)

DON DIEGO.
(De esta sucumbo.)

GUADALUPE.
¿Qué es eso?

DON FERNANDO.
Que estoy, señora,
Convencido, y desde ahora
Voy á seguir otro rumbo.
Quiero ser útil, y quiero...

GUADALUPE.
Otro consejo me queda
Por dar.

DON FERNANDO.
Y ¿es?...

GUADALUPE.
Que no proceda
En su opinion de ligero
Cuando juzgue á los demas.

DON FERNANDO.
¿Lo dice usted?...

GUADALUPE.
Por su estrella.

DON FERNANDO.
Si hay razon...

GUADALUPE. (Con gravedad.)
Huya usted de ella;
Pero no dude jamas.

DON FERNANDO.
Esa confianza... la tuve
En otro tiempo.

GUADALUPE.
Y ¿ya no?

DON FERNANDO.
Es, señora, que pasó
Delante de ella una nube...

GUADALUPE.
(¡Celos!)

DON FERNANDO.
Mas desde hoy me obligo
Á ser confiado.—Me quedo
Á comer.

GUADALUPE.
Yo no lo puedo
Consentir...

DON FERNANDO. (Asombrado.)
¿No!

GUADALUPE.
¿Y el amigo!

DON FERNANDO.
¿El amigo? diré á usted...

GUADALUPE.
¡Su apoyo, su protector!...

DON FERNANDO.
Sin embargo...

GUADALUPE
¡No, señor!

DON FERNANDO.
(He dado en mi propia red.)

GUADALUPE.
Primero es el deber: luégo
Habrá tiempo...
(Se levantan.)

DON FERNANDO.
¡Qué me pesa!...

GUADALUPE.
Mas tendremos á la mesa
Por hoy al señor don Diego.

DON FERNANDO.
(¡Se venga!) Estoy enterado.

GUADALUPE. (Con interes.)
¿Vendrá usted luégo? Le espero.

DON FERNANDO.
Si me es posible...

GUADALUPE. (Ap. á Zapata.)
Lo quiero.

DON FERNANDO. (Saludando á Guadalupe y á don Diego.)
Muy bien.

DON DIEGO. (Con aire de triunfo.)
(¡Va desesperado!)

GUADALUPE. (Dirigiéndose con don Diego á la izquierda.)
(No lo acabo de entender;
Pero ó yo pierdo mi nombre,
Ó mi afan comprende este hombre.)

DON FERNANDO.
(¡Ay! ¡no es buena esta mujer!)

(Guadalupe y don Diego se van por la izquierda; don Fernando se vuelve á mirarlos, manifestando despecho. En este momento Cecilia se acerca á él.)

## ESCENA X.

DON FERNANDO. CECILIA.

CECILIA. (Con tono de reconvencion.)
¿No hay nadie más en la casa?

DON FERNANDO
¡Perdone usted! no me riña;
Pero...

CECILIA.
Aunque soy una niña,
Comprendo bien lo que pasa.
Envidia usted á don Diego.

DON FERNANDO.
¿No se queda con ustedes?

CECILIA.
¡Chiton! oyen las paredes.
—Zapata, ¿vendrá usted luégo?

DON FERNANDO.
Bien... sí... no diré que no...
Si es que me deja el amigo...

CECILIA.
Y ¿bailará usted conmigo?

DON FERNANDO.
¡Vaya! (¡Para eso estoy yo!)

CECILIA.
Prométalo desde ahora.

DON FERNANDO.
Digo que sí.

CECILIA.
¡Qué alegría!
Gracias.

DON FERNANDO.
(Cualquiera diria
Que esta chica me enamora.)
Yo soy el que en eso gana.

CECILIA.
Me voy, no extrañen mi ausencia.
— Adios.

(Vase por la izquierda. Don Fernando la sigue un momento con la vista; luégo se va por el fondo.)

DON FERNANDO.
Adios.—¡Qué inocencia!
No se parece á su hermana.

## ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

GUADALUPE. DON DIEGO. (Salen por la izquierda.)

DON DIEGO.
¡Bah! ¡no diga usted que no,
Guadalupe! Es una ofensa...

GUADALUPE.
No tal.

DON DIEGO.
Sí tal, y usted piensa
Del mismo modo que yo.
Si usted sufre tal desaire
Con paciencia...

GUADALUPE.
¿Y si yo niego
La suposicion? Don Diego...
Hoy viene usted de mal aire.
¿Por qué ese encono?

DON DIEGO.
No digo
Que usted su enojo cruel
Lleve hasta rifar con él:
Al fin y al cabo es mi amigo.

GUADALUPE. (Con ironía.)
¿Su amigo!

DON DIEGO.
Sí; que le aprecio.
Por eso con tanto afan
Le culpo; pero ¡él es tan...
Ridículamente necio!...

GUADALUPE. (Con severidad.)
Ya sabe usted que no gusto
De oir...

DON DIEGO.
Retiro la frase.

GUADALUPE.
Lo de ridículo, pase;
Mas lo de necio, es injusto.
Es severo en demasía,
Pero recto.

DON DIEGO.
Es su virtud
Cardinal la rectitud.
¡Eso sí, por vida mia!
Pero áun esa condicion
Lo que iba diciendo prueba:
La tiene; pero la lleva
Hasta la exageracion.
Con ella siempre por norte,
Á veces ni áun se apercibe
Del pobre siglo en que vive.
—No hará fortuna en la Córte.

GUADALUPE.
¿Quién no tiene sus defectos?

DON DIEGO.
Dice usted bien: yo quisiera
Curarle de esa quimera;
Pero... no hay hombres perfectos.
Y es que trabaja en su daño:
Ya debe haber conocido
Esta verdad.

GUADALUPE.
Pues ¿qué ha habido?

DON DIEGO.
¡Qué ha de ser! un desengaño.

GUADALUPE.
Diga usted.

DON DIEGO.
Poca pericia.
Ya sabe usted que desea
Ser capitan.

GUADALUPE.
Cuando sea,
Se le debe de justicia.

DON DIEGO.
Pues ¡ya verá usted qué traza!...
¡Hay otros aficionados!

GUADALUPE.
¿Qué importa!

DON DIEGO.
Seis mil ducados
Exigen por esa plaza.

GUADALUPE.
¿No es más que eso?

DON DIEGO.
¡Parvedad!

GUADALUPE.
Por muy poco se detiene.
DON DIEGO.
¡Ya! pero el que no los tiene...
GUADALUPE.
¿No hay otra dificultad?
DON DIEGO.
¿Se burla usted?
GUADALUPE.
La ocasion
No es oportuna.
DON DIEGO.
Convengo.
GUADALUPE.
Y usted sabe que no tengo
Tan perverso corazon.
DON DIEGO.
Cierto.
GUADALUPE.
En semejante caso,
El hombre está á la merced
De sus amigos... y usted
Debe sacarle del paso.
DON DIEGO.
¡Yo, señora!
GUADALUPE.
¡Como es tanta
Su amistad!...
DON DIEGO.
Es de manera,
Que si posible me fuera...
—¡Oh! ¡la amistad sacrosanta!...
GUADALUPE.
¡Es noble ese sentimiento!
—¿Y si algun otro quizá
Se brinda?...
DON DIEGO.
Eterno será
Con él mi agradecimiento.
GUADALUPE.
No faltará quien se ofrezca.
DON DIEGO.
¿Quién, señora?
GUADALUPE.
Está presente.
DON DIEGO.
¿Es posible?
GUADALUPE.
Solamente
Porque usted me lo agradezca.
DON DIEGO.
Por tanto honor, á esos piés...
GUADALUPE.
Sin ceremonia.
DON DIEGO.
Protesto
Mi gratitud... si es que en esto
No la lleva otro interes.
GUADALUPE.
¿Por qué?...
DON DIEGO.
Una sospecha labra
En mi alma.
GUADALUPE.
¿Con qué motivo?
DON DIEGO.
Es un recelo instintivo...
Celos, en una palabra.
GUADALUPE. (Severa.)
¡Celos! esa libertad...
DON DIEGO.
No sólo al amor conviene
Ese afan; tambien le tiene,
Como el amor, la amistad.
GUADALUPE.
Siendo así...
DON DIEGO.
(¡Me he resbalado!)
GUADALUPE.
Don Diego, no lo condeno.
DON DIEGO.
Bien; pero...
GUADALUPE.
En ese terreno
Es usted privilegiado.
DON DIEGO.
(¡Gracias!)
GUADALUPE.
Por eso me fio
De usted.
DON DIEGO.
Y cuanto en mí quepa...
GUADALUPE.
Mas cuenta que él no lo sepa.
DON DIEGO.
(¡El cuidado será mio!)
GUADALUPE.
Luégo, es cosa tan sencilla...
DON DIEGO.
Es una accion que merece
Palmas.
GUADALUPE.
Pero se agradece
Más cuanto ménos humilla.
DON DIEGO.
Yo reverencio y acato
Esa modestia hechicera,
Y cumpliré con severa
Exactitud su mandato.
GUADALUPE.
Hay una dificultad.
DON DIEGO.
¿Y es?...
GUADALUPE.
Que contra mi deseo,
En mis arcas no poseo
Tan crecida cantidad.

DON DIEGO. (Admirado.)
¿No!

GUADALUPE.
¡Pero usted no presuma
Que me arredro; no, señor!
Tengo joyas de un valor
Que excede en mucho á esa suma.

DON DIEGO.
¡Cómo! ¿está usted en su juicio?
¡Tal vez sus diamantes!...

GUADALUPE.
¡Pues!...

DON DIEGO.
¡No, Guadalupita! ése es
Demasiado sacrificio.

GUADALUPE.
Sin ellos ¿valdré quizás
Ménos?

DON DIEGO.
¡Oh! ¡no! ¡qué simpleza!

GUADALUPE.
Si no amenguan mi belleza...

DON DIEGO.
La dan un encanto más.

GUADALUPE.
No quiero encantos postizos.

DON DIEGO.
Áun así, viudita hermosa,
Es terrible y peligrosa
La magia de esos hechizos.

GUADALUPE.
Entónces fuera locura
No conquistar esa palma,
Puesto que contento á mi alma
Sin mengua de mi hermosura.

DON DIEGO.
¡Siempre tiene usted razon!
¡Mal haya quien no suspira... (Con fuego.)

GUADALUPE. (Con severidad.)
¡Cómo! ¿otra vez?

DON DIEGO. (Conteniéndose.)
¿Quien no admira
Ese bello corazon!

GUADALUPE.
Gracias; mas ganar no quiero
Sola esta palma.

DON DIEGO.
Pues yo
¿Qué puedo hacer?

GUADALUPE.
¿Cómo no!
Hay que buscar el dinero.
Disponga usted de mi coche.

DON DIEGO.
Con mucho gusto me asocio...

GUADALUPE.
Quiero que quede el negocio
Corriente para esta noche.
Perdone usted si le dejo
Ese cargo...

DON DIEGO.
¡Qué reparo!

GUADALUPE.
Yo no puedo hacerlo.

DON DIEGO.
¡Es claro!

GUADALUPE.
Y el pobre Montoya...

DON DIEGO.
Es viejo.

GUADALUPE.
Mas no ha de quedar registro
Por tocar, y algo he de hacer:
Esta tarde voy á ver
Á la esposa del Ministro.

DON DIEGO.
(Mucho á la viudita exalta
La amistad.)

GUADALUPE.
¿Me esperará?...

DON DIEGO.
Aquí aguardo.

GUADALUPE.
(Alas tendrá,
Si es eso lo que le falta.) (Vase por el fondo.)

## ESCENA II.

DON DIEGO, solo.

No me engañas.— Por fortuna
El rival es un babieca,
Y le tengo aprisionado
En mis redes.— ¡Bueno fuera!...
— No he de perder en un dia
Los suspiros que me cuestas,
¡Ingrata! y pues don Fernando
Quiere marchar á la guerra,
Irá. Si no le despacha
Alguna bala tudesca,
Trabajarán en su daño
Mi asiduidad y su ausencia.

## ESCENA III.

DON DIEGO. JULIANA, que trae una cajita.

JULIANA.
¿Don Diego?

DON DIEGO.
¿Juliana?

JULIANA.
Aquí
Está... lo que usted espera.
Esto me ha encargado el ama.

DON DIEGO.

Déjalo sobre la mesa.

JULIANA.

¿Averiguó usted por fin...

DON DIEGO.

No entiendo.

JULIANA.

Aquella sospecha?

DON DIEGO.

No he fijado la atencion.

JULIANA.

Aunque pensando en conciencia,
Por otro lado, parece
Que hoy priva usted más con ella.

DON DIEGO. (Con ironía.)

¡Mucho!

JULIANA.

Cualquiera diria,
Juzgando por apariencias,
Que es usted favorecido.

DON DIEGO.

Juliana, ¡no seas parlera!

JULIANA.

Y es lo que debiera ser.
—¡No es nada la diferencia!
¡Aquel señor tan cazurro...
Tan!...— Pero usted viva alerta.

DON DIEGO.

¿Acabarás?

JULIANA.

Ya me voy.
(Hace que se va, y vuelve.)
—¡Ah! me olvidaba: otra prueba
De... ¡vamos!

DON DIEGO.

¿Qué es ello?

JULIANA.

El coche
Ya está esperando á la puerta.

DON DIEGO.

Bien está.— Adios.

JULIANA.

(¡Marrullero!
Estos misterios me secan.)

## ESCENA IV.

DON DIEGO.

Tiene razon: á juzgar
Por solas las apariencias,
Yo soy el favorecido.
Como Zapata lo vea
Del mismo modo... ¡Ah viudita!
No es fácil que le convenzas.
—Y ¡le ama! ¿Quién sacrifica,
Siendo jóven, siendo bella,
Sus joyas!...—No, la amistad
(Abriendo la cajita.)
Hasta ese extremo no llega.
¡Lindo collar! ¡qué hechicero
Contraste forman las perlas
De esa rica gargantilla
Con su tez limpia y trigueña!
¡Cómo! ¿tambien su retrato!
¡Semejanza más perfecta!
Este es el mayor tesoro
Que entre esas joyas se encierra.
Y ¿podré yo consentir
Que cautiva tu belleza
Quede en el estrecho Argel
De alguna mano usurera?
Pase en cuanto al marco; pero
(Desprendiendo el retrato de su marco.)
La imágen que reverencia
Mi corazon, no permito
Que en otra cárcel se vea.
(Se queda contemplando el retrato.)

## ESCENA V.

DON DIEGO. DON FERNANDO.

DON FERNANDO.

No hallo gusto ni reposo,
Y es preciso que resuelva
Este enigma.—¡Aquí don Diego!
Nunca se separa de ellas.

DON DIEGO.

Es admirable.

DON FERNANDO. (Acercándose.)

Perdone
Usted.

DON DIEGO.

(Á buena hora llega.)
No esperaba que tan pronto (Con intencion.)
Hubiese dado la vuelta.

DON FERNANDO.

(¡Se burla! Bien lo merezco.)

DON DIEGO.

Me ha pillado de sorpresa;
Mas con un hombre de mundo
Como usted...

DON FERNANDO.

¿Eh? (¡Se chancea!)
No entiendo.

DON DIEGO.

Usted me perdone;
Pero es justa la reserva...

DON FERNANDO.

¡Qué enigmas!

DON DIEGO.

Yo me creia
Solo, y usted, buena pieza...

DON FERNANDO.

¿Yo!

DON DIEGO.

Sí, lo ha visto. (Y si no,
Es preciso que lo vea.)

Mas yo espero, y es preciso,
Que el secreto me prometa.

DON FERNANDO.

¿De qué?

DON DIEGO.

Tiene usted razon.
Sí: mi falta de franqueza
Es indisculpable, y luégo,
Entre hombres nada se arriesga.
— ¿Usted ha visto jamas
Tan acabada, tan bella
Miniatura?

DON FERNANDO.

(¡Su retrato!)

DON DIEGO.

La semejanza...

DON FERNANDO.

Es completa.

DON DIEGO.

¡Qué frente! ¡qué ojos!

DON FERNANDO.

Ya veo.
¡Es lástima que no tenga
Otras dotes! La hermosura
Es liviana y pasajera.

DON DIEGO.

¡Qué antiguallas!

DON FERNANDO.

No, don Diego;
Y ruégole á usted que crea
Que no es despecho ni envidia:
Harto es ya compadecerla.

DON DIEGO. (Con afectada severidad.)

¡Zapata!

DON FERNANDO.

No hago otra cosa
Que repetir letra á letra
Lo que usted...

DON DIEGO.

Eso es verdad,
Y á otro no se lo dijera.
— Por otra parte, ¡qué diablos!
Á mí poco me interesa.

DON FERNANDO.

¿No!

DON DIEGO.

¡Pasatiempo! ¡capricho!

DON FERNANDO.

Lo merece. (¡Qué impudencia!)

DON DIEGO.

¿No vendrá usted esta noche
Al baile?

DON FERNANDO.

Ni áun quiero verla.

DON DIEGO. (Fingiendo admiracion.)

¿Por qué razon? ¿Qué ha pasado?

DON FERNANDO.

Nada. (La rabia me ciega.)

DON DIEGO.

No tema usted: ha salido,
Y áun tardará.

DON FERNANDO.

Yo á la puerta
He visto el coche.

DON DIEGO.

¡Ah! sí... ¡el coche!
¡Hace tiempo que me espera!
No digo más... (Con petulancia.)

DON FERNANDO.

(¡Desdichada!)

DON DIEGO.

Voy al punto...— ¿Usted se queda?

DON FERNANDO.

¿Eh?... No.

DON DIEGO.

Le ofrezco un asiento.

DON FERNANDO. (Impaciente.)

¡Gracias!

DON DIEGO.

Usted no molesta...

DON FERNANDO. (Con mal humor.)

Voy por distinto camino.

DON DIEGO.

¡Qué chiste!...

DON FERNANDO.

(Daré la vuelta...)

DON DIEGO. (Dirigiéndose á la puerta.)

(¡Pobre señor!)

DON FERNANDO.

(¡Ciego voy!)

DON DIEGO. (Con tono zumbon.)

Cuidado con la escalera.

## ESCENA VI.

CECILIA y JULIANA, que salen de puntillas.

CECILIA.

¿No has oido?

JULIANA.

Nada.

CECILIA.

¿Nada?

JULIANA.

Algunas palabras sueltas.

CECILIA.

Me pareció que reñian.

JULIANA.

No será extraño que tengan
Algun disgusto: los celos
Se suben á la cabeza.

CECILIA.

¡Celos! ¿Con que, Guadalupe?...
— ¡Miren la mosquita muerta!

JULIANA.

Sí: ¡qué ejemplo para usted!

CECILIA.

Pues ¡como yo lo siguiera!...

JULIANA. (Asomándose á la ventana.)

Ya han salido.

CECILIA.

¿Se van juntos?

JULIANA.

No: don Diego va que vuela
En el coche, y don Fernando
Tras de la esquina se queda.

CECILIA.

¿Á qué fin?

JULIANA.

Ello dirá.

CECILIA.

Sin duda á mi hermana espera.

JULIANA.

Creo que no: viene hácia aquí.

CECILIA.

¿Qué dices?

JULIANA.

No hay duda; y entra
En el zaguan.

CECILIA.

Pues ¿no sabe
Que Guadalupe está fuera?

JULIANA.

Bien, y eso ¿qué probará?
Que la que busca no es ella.

CECILIA.

Entónces... viene por mí.

JULIANA.

¿Le estorbará mi presencia?

CECILIA.

Podrá ser; pero tambien,
Si á solas con él me dejas...

JULIANA.

¿Me voy ó me quedo?

CECILIA.

Véte.

JULIANA.

(¡Atrevida es la doncella!)

CECILIA.

Siento pasos.

JULIANA.

Ya me marcho.

CECILIA.

Aprisa, que no te vea.

(Cecilia se pone á hacer labor.)

## ESCENA VII.

CECILIA. DON FERNANDO.

DON FERNANDO.

Está sola.

CECILIA.

Allí le siento.

DON FERNANDO.

¡Cuánto más noble es la palma
De este triunfo! En esa alma
Todo es vida y sentimiento.
Es terreno más fecundo. (Acercándose.)

CECILIA. (Fingiendo sorpresa.)

¡Ah!

DON FERNANDO.

¿Qué turbacion es ésa?

CECILIA.

No es extraño: la sorpresa...

DON FERNANDO.

Hoy sorprendo á todo el mundo.
—Cecilia, perdone usted,
Si la estorbo: es necesario...

CECILIA.

¡Cómo estorbar! Al contrario,
Me hace usted mucha merced.

DON FERNANDO.

(¡La misma! aquí no hay mudanza.)
¿Y Guadalupe?

CECILIA.

Ha salido.

DON FERNANDO.

¡Á estas horas! ¿Cómo ha sido?

CECILIA.

No me otorga su confianza.

DON FERNANDO.

¿Secretos entre mujeres?...

CECILIA.

Aunque con mi amor la obligo,
Jamas comparte conmigo
Sus penas... ni sus placeres.

DON FERNANDO.

¡Extraña severidad!

CECILIA.

Es natural.

DON FERNANDO.

Es injusta.

CECILIA.

Siempre nos parece adusta,
Severa, la autoridad.

DON FERNANDO. (Admirado.)

¡Oh!

CECILIA. (Recalcando.)

Mi hermana mayor es,
Y ejerce en mí la influencia
Que da la edad.

DON FERNANDO.

(¡Qué inocencia!)

CECILIA.

Por algo nací despues.

DON FERNANDO.

Eso está bien: yo no puedo
Reprobar de ningun modo
Tan santa humildad: con todo,
Si hasta ese punto concedo,

Si aplaudo la sumision
Con que usted padece y calla
Ese dolor, que batalla
Por salir del corazon;
Cuando hay por dicha un camino
De aliviar nuestra amargura,
¿No es impiedad, no es locura
Someternos al destino?

CECILIA.

¡Me deja usted admirada!
Todos me juzgan dichosa...

DON FERNANDO.

Yo no; que aunque siempre hermosa,
La encuentro desmejorada.

CECILIA.

Se engaña usted: son antojos.

DON FERNANDO.

Y acaso ¿me engañarán
Esas lágrimas que están
Asomándose á esos ojos?

CECILIA.

¿Lágrimas yo! ¿qué motivo?...

DON FERNANDO.

Usted de ocultarlas trata.

CECILIA.

¡Por Dios! es usted, Zapata,
En extremo ejecutivo.

DON FERNANDO.

¡Alguna pena secreta
Es la causa de ese estrago!
— Perdóneme usted si la hago
Una pregunta indiscreta.
De ese dolor la raíz
¿Es tan honda?...

CECILIA.

Y si confieso...
¿Para qué? no hablemos de eso.
(Dominándose.)

DON FERNANDO.

¡Cecilia! ¡usted no es feliz!

CECILIA.

¿Que no soy feliz! ¡extraña
Manía!

DON FERNANDO.

Será quimera,
Ilusion, lo que usted quiera;
Pero hace mal si me engaña.

CECILIA.

Y ¿haré bien en acusar
A la que es hoy mi familia,
Mi porvenir?

DON FERNANDO.

No, Cecilia.

CECILIA.

Y cuando me atreva á hablar,
Si mis desventuras cuento
Al corazon de un amigo,
Sé que delinco; y si digo
Que soy venturosa, miento.

DON FERNANDO.

Luego ¿es verdad?...

CECILIA.

He hecho mal;
Ya lo sé.

DON FERNANDO.

(No será en vano.)
¿Por qué razon? Á un hermano...
¿Hay cosa más natural?

CECILIA.

¿Hermano! dice usted bien:
Cuñado por otro nombre.

DON FERNANDO.

Se engaña usted; no soy hombre
Para sufrir un desden.

CECILIA.

¿Son celos?

DON FERNANDO.

¡Oh! ¡no!

CECILIA.

¿Venganza?

DON FERNANDO.

¿De qué? Ni soy un malvado,
Ni Guadalupe me ha dado
En su vida una esperanza.

CECILIA.

Pero ¿es cierto que la amó?

DON FERNANDO.

Es la verdad, no lo niego:
En Sevilla; pero luégo...

CECILIA.

Aun la quiere usted.

DON FERNANDO.

Ya no.

CECILIA.

¿Ha hallado usted algo en ella
Que de sus prendas desdiga,
Para que amante no siga
La clara luz de su estrella?

DON FERNANDO.

Dice usted... la estrella... ¡Ah! sí.
¡Es cierto!

CECILIA.

¡Quién lo diria!

DON FERNANDO.

Esa fué... una alegoría.

CECILIA.

Ya ve usted que la entendí.

DON FERNANDO.

En ella... usted lo oyó, riño
Con Guadalupe.

CECILIA.

Podrá
Ser así; pero no está
Muy borrado ese cariño.

DON FERNANDO.

Lo está.

CECILIA.

Y cuando cierto sea,
Que eso se verá despues,
¿Tiene usted un interes
Acaso en que yo lo crea?

DON FERNANDO.

¡Sí! poderoso y vehemente!

CECILIA.

Y eso ¿cómo se concilia
En un hermano?

DON FERNANDO. (Turbado.)

¡Cecilia!
(¡Esto es atacar de frente!)
Diré á usted... (¡Yo me decido!
Ello hay que hablar de algun modo.)

CECILIA.

En fin...

DON FERNANDO.

(Á Roma por todo.)
¿Me quiere usted por marido?

CECILIA.

¡Don Fernando!...

DON FERNANDO.

La verdad.
(¡Es niña, y mi amor la asusta!)
¿Qué dice usted?

CECILIA.

Que me gusta,
Por Dios, la fraternidad.

DON FERNANDO.

Si ese corazon se humana,
El hombre más feliz soy...

CECILIA.

Pero usted sabe que estoy
Á voluntad de mi hermana.

DON FERNANDO.

El reparo es oportuno;
Mas si me escucha indulgente...

CECILIA. (Bajando los ojos.)

Entónces... si ella consiente...
Si no hay obstáculo alguno...
Obedeceré sumisa.

DON FERNANDO.

Voy á hablarla.

CECILIA.

¿Á qué tan presto?

DON FERNANDO.

No tengo paciencia, y esto
Se debe tratar de prisa.

CECILIA.

¡Silencio! ahí está.

DON FERNANDO.

Mejor.

CECILIA.

¡Por Dios!

DON FERNANDO.

No es ningun delito...
—¿Tiembla usted?

CECILIA.

¿Y usted?

DON FERNANDO.

(¡Maldito
Si lo que siento es valor!)

## ESCENA VIII.

DICHOS y GUADALUPE.

GUADALUPE.

¿Qué es lo que miro!

DON FERNANDO.

(¡Soy hielo!)

GUADALUPE.

¿Usted aquí! No creia
Hallarle.

DON FERNANDO.

Señora mia...

GUADALUPE.

(Ya puede elevar el vuelo.)

DON FERNANDO.

(Cuando la miro y la escucho,
No sé lo que siento en mí.)
Viene usted... alegre. (Con intencion.)

GUADALUPE.

Sí.

DON FERNANDO.

Satisfecha.

GUADALUPE.

¡Mucho! ¡mucho!
Brilla en mi rostro el placer,
Que de mi pecho rebosa.
¡Es que soy tan venturosa!...

DON FERNANDO.

(¡Qué descaro de mujer!)
Yo... (¡No sé cómo empezar!)
Tambien vine con mi objeto.
(Cecilia se levanta.)
¿Se va usted?

CECILIA.

Si es un secreto...

DON FERNANDO.

Usted lo puede escuchar.

GUADALUPE.

Siéntate.

CECILIA. (Ap. á don Fernando.)

(¡Qué situacion!)
¡Pór Dios!

GUADALUPE.

¿Qué misterio es éste?

DON FERNANDO.

Suplico á usted que me preste
Un momento de atencion.

GUADALUPE.

Ya oigo.

DON FERNANDO.

Yo, señora mia,
Voy siempre derecho al blanco:
Es mi defecto ser franco,
Y á veces en demasía;
Pero soy dócil tambien.
Hoy mismo, sin ir más léjos,
He debido á usted consejos
Inspirados por mi bien...

GUADALUPE.

No tuve en ello otra idea.

DON FERNANDO.

Me ha subyugado el encanto
De ese interes: por lo tanto,
No quiero que estéril sea.
—Voy á dar el primer paso.

GUADALUPE. (Con alegría.)

Y ¿cómo? (¿Será verdad?)

DON FERNANDO.

Renuncio á mi libertad,
Y para empezar, me caso.

GUADALUPE. (Inquieta.)

No vuelvo de mi sorpresa.
(¿Se irá á declarar?)

DON FERNANDO.

Despues...
La que he elegido...

GUADALUPE. (Interrumpiéndole.)

Eso es
Lo que ménos interesa.
La seguridad me basta
De su dicha.

DON FERNANDO.

Y si la esposa
Elegida es cariñosa,
Si es buena, sumisa y casta...

GUADALUPE.

¡Mucho la ama usted!

DON FERNANDO.

¡La adoro!

GUADALUPE.

¿Y ella?...

DON FERNANDO.

Á mi amor corresponde.

GUADALUPE. (Sorprendida.)

¡Ah!

DON FERNANDO. (Picado.)

¡Lo extraña usted!

GUADALUPE. (Dominando su emocion.)

Y ¿dónde
Ha encontrado ese tesoro?

DON FERNANDO.

¿Dónde? Aquí mismo.

GUADALUPE.

¡Cecilia!

CECILIA.

¡Hermana!... ¡yo!...

GUADALUPE.

(¡Dios benigno!)

DON FERNANDO.

¡Qué! ¿no me juzga usted digno
De enlazarme á su familia?

GUADALUPE.

¿Qué dice usted! No es posible
Que de mí tal cosa crea.

DON FERNANDO.

Pues bien...

GUADALUPE.

Si ella lo desea,
Si en su corazon sensible
Tanto ha labrado ese amor
Cuanto á mí me satisface,
Concedido: usted nos hace
Con su oferta, gran favor.

DON FERNANDO.

(¿Es posible!)

CECILIA.

(Otra le queda.)

DON FERNANDO.

Yo soy en eso el honrado...
(¿Qué será! No me ha gustado
Que tan fácilmente acceda.)

GUADALUPE.

¿Por qué tiemblas de ese modo?
Di, Cecilia...

DON FERNANDO.

¡Más afable!
¿Qué quiere usted?...

GUADALUPE.

Quiero que hable:
No ha de decirlo usted todo.

CECILIA.

Señora hermana... (No puedo
Articular...)

DON FERNANDO.

Si la apura...

GUADALUPE.

Cállese usted.—Por ventura
¿Tienes de tu hermana miedo?
No me conoces.

CECILIA.

Pues bien;
Puesto que hablar es preciso,
Yo he aceptado el compromiso...

GUADALUPE.

¿Lo aceptas? Pues yo tambien.
Cecilia, nada te aflija:
Toda mi familia en tí
Tengo; tú eres para mí,
Más que una hermana, una hija;
Y como tú feliz seas,

Que á esto mi conato ciño,
Pruebas pide á mi cariño:
Cásate, si lo deseas.

CECILIA. (Conmovida.)

¡Guadalupe!

GUADALUPE. (Abrazándola.)

¡Hermana mia!

DON FERNANDO. (Procurando dominarse.)

(¡Si no conociera yo
Su condicion!... pero ¡no!
¡Eso es farsa! ¡hipocresía!)

GUADALUPE.

Ahora aléjate: es razon
Que esto se trate conmigo,
Y no debes ser testigo
De nuestra conversacion.

CECILIA.

Respondo con la obediencia. (Vase.)

## ESCENA IX.

### GUADALUPE. DON FERNANDO.

GUADALUPE.

¡Señor Zapata!

DON FERNANDO.

(¡Qué grave
Aspecto!)

GUADALUPE.

Como usted sabe,
Mi situacion, mi conciencia,
Me imponen altos deberes;
Y esto de tomar estado
Es negocio delicado
Para las pobres mujeres.
Yo, como hermana, y cabeza
De familia, tengo un doble
Deber.

DON FERNANDO.

Señora, soy noble...

GUADALUPE.

No me basta esa nobleza.

DON FERNANDO.

Pero soy pobre: es verdad.

GUADALUPE.

Tampoco en eso me fundo,
Aunque digan que en el mundo
Dineros son calidad.

DON FERNANDO.

Mi fama...

GUADALUPE.

Usted no es un niño,
Y aunque de oirlo le pese,
No tengo confianza en ese
Improvisado cariño.
Usted conoció á mi hermana
En su infancia, y hasta ayer
No la ha podido usted ver
En su juventud lozana.

DON FERNANDO.

El amor...

GUADALUPE.

¡Palabras huecas!

DON FERNANDO.

Á veces la simpatía...

GUADALUPE.

Ella entónces todavía
Jugaba con las muñecas,
Feliz entre sus iguales.

DON FERNANDO.

Verdad.

GUADALUPE.

Luego ¿usted conviene
En que ese amor áun no tiene
Veinticuatro horas cabales?

DON FERNANDO.

¡Guadalupe! es mucho cuento...

GUADALUPE.

Pero soy yo muy su amiga,
Y no quiero que se diga
Que me gozo en su tormento.
Sin duda hay una razon
Para esto, que yo no alcanzo:
Yo la respeto, y no avanzo
Á interpretar su intencion.
Mas, como usted no querrá
Que á mi hermana sacrifique,
Debo pedir que me explique...

DON FERNANDO.

Bien: pues usted lo sabrá.

GUADALUPE.

Y sólo obtendrá su mano,
Si la razon satisface...

DON FERNANDO.

¡Sí: lo comprendo! Usted hace
El perro del hortelano.

GUADALUPE.

No entiendo.

DON FERNANDO.

Lo dificulto.

GUADALUPE.

Ni áun sospecho...

DON FERNANDO.

Será error...
Pero dicen del amor
Que no puede estar oculto.

GUADALUPE.

¿Usted amor!

DON FERNANDO.

Sí, señora:
Es la historia de una estrella...

GUADALUPE.

Y ¿no es mi hermana?

DON FERNANDO.

No es ella.

GUADALUPE.

Pues ménos lo entiendo ahora.

DON FERNANDO.

Hablemos claro.

GUADALUPE.

Eso quiero.

DON FERNANDO.

Perdone usted si me exalto,
Si me desentono, y falto
Á la ley de caballero.

GUADALUPE. (Con dignidad.)

Eso en usted no es creible.

DON FERNANDO.

Cuando un hombre honrado apura,
Como yo, tanta amargura,
¡Señora! todo es posible.
Voy á decir la verdad:
Voy á faltar, no lo ignoro,
Por una parte al decoro,
Por otra á la urbanidad.

GUADALUPE.

¡Caballero!

DON FERNANDO.

Usted ha sido...
—Esto no hace al caso—el norte
Que me ha arrastrado á la Córte.

GUADALUPE. (Con emocion.)

Y ¿está usted arrepentido?

DON FERNANDO.

Mucho.

GUADALUPE. (Con sequedad.)

No sé qué esperanza
Abrigaba usted.

DON FERNANDO.

Ninguna:
Eso es claro.

GUADALUPE. (Con interes.)

Pero alguna
Causa tendrá esa mudanza.

DON FERNANDO.

¡Horrible, y comprada á precio
De mi dicha!—¡Usted la ignora!
Pues bien; no quiero, señora,
Que se me tenga por necio.
—Lo sé todo. (Con aplomo.)

GUADALUPE.

Eso es mejor.

DON FERNANDO.

(¡Nada! ¡descaro! ¡descaro!)
—¡Todo!

GUADALUPE.

¡No será, eso es claro,
Cosa que ofenda mi honor!

DON FERNANDO.

Diré á usted... en cuanto á... ¡pues!
Si sólo fueran recelos...

GUADALUPE.

¡Algun desengaño, celos!

DON FERNANDO.

Precisamente: así es.
—En eso mismo, mirando
Por Cecilia y su virtud,
Fundé mi solicitud.

GUADALUPE.

¿Qué dice usted, don Fernando!

DON FERNANDO.

Influye en toda mujer,
Más que el instinto, el ejemplo,
Y no es éste el mejor templo
Donde lo pueda aprender.

GUADALUPE.

¡Qué es lo que escuchando estoy!

DON FERNANDO.

¡Diga usted! no me intimida.

GUADALUPE.

¡Caballero! Usted se olvida
De quién es y de quién soy.

DON FERNANDO.

¡Esto ya pica en historia!

GUADALUPE.

¡Basta! Otra vez le prevengo
Que se acuerde...

DON FERNANDO.

¡Sí! ¡yo tengo
Una excelente memoria!

GUADALUPE.

Para tanto desacato,
¿Hay causa?

DON FERNANDO.

Por desventura,
La hay, señora.

GUADALUPE.

Una impostura,
Una calumnia.

DON FERNANDO.

Un retrato.

GUADALUPE.

¡Cómo! ¿un retrato!

DON FERNANDO.

En efecto.

GUADALUPE.

Es imposible.

DON FERNANDO.

No insisto.

GUADALUPE.

Pero ¿es verdad?

DON FERNANDO.

Y no he visto
Un traslado más perfecto.

GUADALUPE.

¿Quién le tiene?

DON FERNANDO.

¿Hay semejante
Pregunta! Aunque usted se ofenda,

¿Quién puede tener tal prenda,
Sino?...

GUADALUPE.

¡Un galan!

DON FERNANDO. (Con afectada cortesanía.)

Un amante.
—El amor, del alma es propia
Imágen, es su reflejo,
Y el objeto amado, espejo
En que esa imágen se copia.
Ahora bien, esto sentado...
¿Qué veneracion inspira
Aquel amor que se mira
En un espejo manchado?

GUADALUPE.

¡Don Fernando!... ¡mi razon
Ofuscada se extravía!
Á ser cierto, ¿por qué habia
De ocultar mi inclinacion?
¿Quién puede impedirme que ame,
Libre, independiente, viuda?
¡Oh! ¡soy víctima sin duda
De alguna cábala infame!
—¡Diga usted! ¿Quién es el hombre
Vil y miserable?...

DON FERNANDO.

¡Quién?
—¡Eso, nunca!

GUADALUPE.

Hace usted bien;
Ni áun quiero saber su nombre.
Quédeme yo con la mengua...

DON FERNANDO.

Mas si se hubiere atrevido
Á calumniar... si ha mentido,
Le voy á arrancar la lengua.

GUADALUPE.

¡Siempre la exageracion!
Lo que interesa á mi fama,
Lo que pido como dama
Á ese honrado corazon,
No es que aventure una lid,
Que acaso alguno desea,
Para que mi nombre sea
Escándalo de Madrid.

DON FERNANDO.

Mi talento no es profundo;
Por tanto, no encuentro modo...

GUADALUPE.

Es que sabe usted de todo,
Ménos conocer al mundo.

DON FERNANDO.

Mas que un zascandil se atreva...

GUADALUPE.

¡Qué importa, si le desprecio!
De otro quiero yo el aprecio:
Pídame usted una prueba...

DON FERNANDO.

¿Con qué derecho? ¿quién soy
Para tanto?

GUADALUPE.

Así conviene.
Ya sé que usted no le tiene,
Y por eso se le doy.

DON FERNANDO.

Lo haré, supuesto que usted
Lo quiere, y tanto en mí fia.
(He de hacer, por vida mia,
Que el bribon caiga en la red.)
¡Es duro! ya lo contemplo;
Mas si entre tanto atildado
Galan, hallo un hombre honrado...
Pues, don Diego, por ejemplo,
(Guadalupe se sonríe con aire de triunfo.)
Que aspire á la posesion
De esa mano, me desdigo.

GUADALUPE.

Y usted ha de ser testigo:
Es precisa condicion.

DON FERNANDO.

Bien.

GUADALUPE.

Pero á tales extremos
No debe llegarse en vano.

DON FERNANDO.

Y ¿qué?...

GUADALUPE.

Le daré mi mano.

DON FERNANDO.

¡Eso, despues lo veremos!

GUADALUPE.

¡Cómo! ¿otra nueva locura?
Yo por usted me resigno...

DON FERNANDO. (Exaltándose.)

Como él la pida, no es digno
De semejante ventura.

GUADALUPE.

El furor es indiscreto.

DON FERNANDO.

No entienda usted...

GUADALUPE.

¡Bien está!
Pero ¿no ve usted que ya
Me ha revelado el secreto?

DON FERNANDO.

¡Cómo! ¿que yo he revelado?...

GUADALUPE.

Me expresé mal.

DON FERNANDO.

¡Qué capricho!

GUADALUPE.

¡Nada! usted no me lo ha dicho;
Pero yo lo he adivinado:
Y á ese reptil, que con tanta

Vileza me osa ofender,
Usted mismo le ha de ver...
¡Pisado bajo mi planta!

DON FERNANDO.

¡Bien, señora!

GUADALUPE.

Viene gente.

### ESCENA X.

DICHOS y JULIANA, con una carta.

GUADALUPE.

¿Qué es eso?

JULIANA.

El señor don Diego
De Urrutia manda este pliego.

GUADALUPE.

Dame.

JULIANA.

Dice que es urgente.

GUADALUPE.

Muy bien: ya contestaré.
(Á una señal de Guadalupe se va Juliana.)
Zapata, con su licencia. (Abre la carta.)

DON FERNANDO. (Amostazado.)

¿Tambien hay correspondencia,
Señora?

GUADALUPE.

Ya usted lo ve.

DON FERNANDO.

(¿Hay condicion más voltaria!)

GUADALUPE.

(Á lo ménos, ha cumplido
Mi comision: ha reunido
(Pasando la vista por la carta.)
La cantidad necesaria.)

DON FERNANDO.

Vuelvo á mi tema.

GUADALUPE.

¡No sea
Pertinaz!

DON FERNANDO.

Ese papel
Me abrasa.

GUADALUPE.

No hay nada en él...

DON FERNANDO.

Permita usted que lo lea.

GUADALUPE.

Imposible.

DON FERNANDO.

Siendo así,
¿Qué mucho que arda mi pecho
En celos?

GUADALUPE. (Con severidad.)

¿Con qué derecho
Tiene usted celos de mí?

DON FERNANDO.

Muy bien dicho: fué un olvido...

GUADALUPE.

Respete usted á mi hermana.

DON FERNANDO.

¡Bien! Si es preciso... mañana
Me llamará su marido.

GUADALUPE.

Corriente.

DON FERNANDO.

De mis deberes
Soy esclavo; pero...

GUADALUPE.

¿Qué?

DON FERNANDO.

Digo... que me casaré.

GUADALUPE.

(¡Corazon! ¡no desesperes!)

DON FERNANDO.

(¡Sí! ¿para qué he sido necio?)

GUADALUPE. (Despidiéndose.)

Zapata...

DON FERNANDO.

¡Adios! y me pesa...

GUADALUPE.

Cúmplame usted su promesa,
Ó cuente con mi desprecio. (Vase.)

(Don Fernando se queda por un momento pensativo.)

DON FERNANDO.

¡Lo tengo bien merecido!
La he ultrajado en su opinion;
La he... ¿Si seré yo un bribon,
Y no lo habré conocido? (Vase.)

## ACTO TERCERO.

Retrete en la casa de Guadalupe; puerta al fondo, que da paso á la calle y á las habitaciones interiores; otra á la izquierda, que es la de la alcoba de Guadalupe, y otra mas pequeña en el lado opuesto, que comunica con una escalera secreta. En el fondo, y á la derecha, una mesa de escritorio, y á su lado un arca. Espejo á la izquierda, junto al proscenio, y encima un reló.

### ESCENA PRIMERA.

GUADALUPE. MONTOYA, sentado á la mesa.

MONTOYA.

¡Era fuerza! Al observar
El religioso respeto
Con que ha mirado usted siempre
Las riquezas que ahí encierro,
He dicho más de una vez:
«¡Aquí debe haber misterio!»

GUADALUPE.

¡Sí, sí! la más imperiosa
Necesidad, el deseo
Más vehemente, no han podido

Menoscabar un momento
Ese guardado tesoro,
Que miro ya como ajeno.

MONTOYA.

¡Delicadeza extremada!

GUADALUPE.

Cumplo con un juramento.

MONTOYA.

Eso es distinto.

GUADALUPE.

Sigamos.

MONTOYA. (Recorriendo un libro de caja.)

Desde principios de Enero
De mil...

GUADALUPE.

El total, Montoya.

MONTOYA.

Total... total... diez mil pesos
En el banco de San Cárlos,
Y aquí dos mil y quinientos.

GUADALUPE.

No es mucho; mas no soy yo
Quien tiene la culpa de eso.
¡Montoya! en solos dos años
De sacrificios que llevo,
¿Pude hacer más?

MONTOYA.

¡Ah, señora!
Mi admiracion os confieso.

GUADALUPE.

Llama á Cecilia. La sola
(Vase Montoya.)
Venganza que tomar debo,
Es ésta: su dicha logre;
Mas que me conozca al ménos.

## ESCENA II.

GUADALUPE. CECILIA. MONTOYA.

CECILIA.

¿Me llamabas?

GUADALUPE.

Ven, Cecilia.
¿Por qué tiemblas? Yo no creo
Que mi rigor lo motive.
Siéntate. (La hace sentar á su lado.)

CECILIA.

Ya te obedezco.
(Momento de silencio.)

GUADALUPE.

¡Óyeme, hermana! — Dos años
Hace ya que en el eterno
Descanso reposa el hombre
Que de mi suerte fué dueño.
Ya lo sabes: desde el dia
Aquel, para mí funesto,
Del mundo aquí retirada
Vivo, en obstinado encierro.
Ni una gala, ni una fiesta,
Nada ha interrumpido el duelo
Que á mi corazon pedia
Tranquilidad y silencio.
Tú... ¡es verdad! jóven y alegre,
Echas sin duda de ménos
La luz de que aquí no gozas,
Los placeres que te vedo.
Rica yo, ¿cómo he podido
Verte sufrir, escondiendo
Con avaricia mezquina
Las riquezas que poseo!

CECILIA.

Yo, hermana...

GUADALUPE.

No me interrumpas.
Pobre, como tú, en un tiempo,
Y muy jóven, me casaron. (Con tristeza.)
¡En fin! ¡mis padres lo hicieron!
Mas por ventura, mi esposo,
Si bien anciano y enfermo,
Me hizo olvidar con su amor
Que era yo jóven y él viejo.
Si no amante, agradecida,
Puse en él todo mi afecto,
Y fuí dichosa.

CECILIA. (Con incredulidad.)

¡Dichosa!

GUADALUPE.

Sí, Cecilia... ó poco ménos.
De mi obligacion esclava,
Cumplí con ella, y en esto
Del más alto sacrificio
Está ya encerrado el premio.
Murió mi esposo, y ya sabes
Que si sus bienes poseo,
Despues de mi muerte deben
Repartirse entre sus deudos.
Te vi niña y te vi pobre:
Por esta razon, temiendo
Que alguna vez te arrastrara
La miseria á aquel extremo,
Quise, y acaso he logrado,
Salvarte de esos tormentos.
Esta es mi mayor ventura,
Y éste mi único deseo:
Que des libre tu albedrío
Al que haya de ser tu dueño.
Ha llegado ya este caso.
(Conduciendo á Cecilia de la mano hasta donde está Montoya; luégo se aleja.)
¿Montoya?

MONTOYA.

Señora, entiendo.
(Abriendo el arca y presentando á Cecilia el libro de caja.)
Mire usted si están mis cuentas
En regla.

CECILIA.

¿Qué es lo que veo!

GUADALUPE.

Esa es tu dote.

MONTOYA. (Al oido á Cecilia.)

¡Es el fruto
De estos dos años de encierro!

CECILIA.

¡Por mí! ¡Tantos sacrificios
Eran por mí! Yo no puedo
Aceptarlos.

GUADALUPE.

¿Por qué no?

CECILIA. (Cayendo de rodillas.)

¡Ay! ¡porque no los merezco!

GUADALUPE.

¿Qué haces?

CECILIA.

¡Mi deber!

GUADALUPE.

¡Cecilia!
¡Hermana!

CECILIA.

Besar el suelo...

GUADALUPE.

¡No estamos solas!

CECILIA.

¿Qué importa?
No. Montoya es nuestro deudo...

MONTOYA. (Sollozando.)

¡Sí!

CECILIA.

Nuestro padre.

MONTOYA.

¡Sí! ¡sí!

GUADALUPE. (Haciéndola levantar y abrazándola.)

¡Ven!

MONTOYA.

(¡El corazon es bueno!)

GUADALUPE.

¡No sabes con cuánto gozo
Entre mis brazos te estrecho!

CECILIA.

Y ¡yo de tu amor dudaba!

GUADALUPE.

Basta ya: no hablemos de eso.
Hecha está la paz; ahora,
Cecilia, vamos adentro.
Quiero verte engalanada
Para la fiesta; ya el tiempo
Es corto.

CECILIA.

Yo me estaré
Encerrada en mi aposento.
¿No basta para mi dicha?...

GUADALUPE.

¡Hermana! ¿qué estás diciendo!
Don Fernando viene á verte.

CECILIA.

¿Y si en casarme no pienso?

GUADALUPE.

Míralo bien...

CECILIA.

Lo he mirado.

GUADALUPE.

Zapata es buen caballero,
Y le has dado tu palabra.
Inflexible seré en esto.

CECILIA.

¡Por el alma de mi madre
Te juro que no le quiero!

GUADALUPE.

Entónces, ¿por qué ofreciste?...

CECILIA.

¡Fué un instante de despecho!

GUADALUPE.

Pero media una promesa.

CECILIA.

Él tampoco, á lo que creo...
Yo sé que me volverá (Con malicia.)
Mi palabra.

GUADALUPE. (Sonriéndose.)

Allá veremos:
Podrá ser.—Pero es ya tarde:
(Mirando al reloj.)
Las nueve, Montoya.
(Se va con Cecilia por el foro.)

MONTOYA.

Entiendo.
(Se dirige á la puerta secreta, la abre, y un momento despues sale por ella don Fernando.)

## ESCENA III.

MONTOYA y DON FERNANDO.

MONTOYA.

¿Caballero?—¿Si áun no habrá
Venido?

DON FERNANDO. (Saliendo.)

¿Montoya?

MONTOYA. (Despues de reconocerle bien.)

(Él es.)
¿Hace ya mucho que espera?

DON FERNANDO.

Media hora larga.

MONTOYA.

Y ¿por qué?
Ahora son las nueve en punto.

DON FERNANDO.

No puede usted comprender...

MONTOYA.

(Tiene razon.) Todavía
No ha venido.

DON FERNANDO.

Esperaré.

MONTOYA.

Sin moverse de esta pieza:
Sin que lo sientan á usted.

DON FERNANDO.

Sé, Montoya, en tales casos
Lo que arriesga una mujer.

MONTOYA.

Ya no puede tardar mucho:
Con que, ¡adios! (Vase.)

## ESCENA IV.

DON FERNANDO, sólo.

Adios.—No sé
Qué decir de esta aventura.
—Yo me inclino á pensar bien
Por instinto; pero hay cosas
Que dan mucho en que entender.
Esta cita... este misterio...
—Y el viejo, á lo que se ve,
Debe estar acostumbrado...
¡Hace un bonito papel!
—¿Cómo osa entre tales gentes
Su honor y fama exponer!...
¡Para una señora honrada,
Es ya mucha... intrepidez!
Pero vendrá, y... resultado:
Con dos palabras de miel
Y una mirada, me deja
Arrimado á la pared.
¿Quién resiste á aquellos ojos,
Y á aquel acento, y á aquel!...
—¡El hombre es incomprensible!
Mucho más que la mujer.

## ESCENA V.

GUADALUPE. DON FERNANDO.

GUADALUPE.

¡Bueno! ¡ha sido usted exacto!
Le doy gracias.

DON FERNANDO.

Siempre fiel
Á mi palabra... (¡Qué linda!
¡No me puedo contener!)

GUADALUPE.

Estará usted admirado.

DON FERNANDO.

Lo confieso: no diré
Que no.

GUADALUPE.

Mi conducta extraña
Le ha sorprendido tal vez.

DON FERNANDO.

Si he de decir lo que siento,
Hace usted mal, á mi ver,
En fiar tales negocios
Á sus criados.

GUADALUPE.

¿Por qué?
Tiene de mí ese... criado...
Mejor opinion que usted.

DON FERNANDO.

Yo no he querido ofenderle;
Pero...

GUADALUPE.

Me ha visto nacer.

DON FERNANDO. (Con impaciencia.)

Basta: he dicho mal.

GUADALUPE.

Y está
Seguro de mi honradez.

DON FERNANDO.

Suplico al señor Montoya
Que me perdone.

GUADALUPE.

Está bien.

DON FERNANDO.

¿Puede saberse el motivo
De esta inaudita merced?

GUADALUPE.

He ofrecido al buen Zapata
Una escena de entremes,
No muy de mi gusto; pero
Mi palabra cumpliré.

DON FERNANDO.

Por Dios, Guadalupe: yo
Reconozco mi sandez.
No quiero darle otro nombre.

GUADALUPE.

Bien dicho, ni hay para qué.

DON FERNANDO.

Pero ¡si estoy satisfecho!

GUADALUPE.

No lo estoy yo: mi altivez
Herida, mi noble orgullo
Me imponen este deber.
Tengo en el alma un agravio
Sangriento; y por interes,
Quiero que mi triunfo sea
Remuneracion de aquel.

DON FERNANDO.

¿No basta á ese noble orgullo
Que me desdiga?

GUADALUPE.

¡Despues
De aquella terrible afrenta!
¡De aquel insulto cruel!

DON FERNANDO.

¿Es decir que usted pretende
Gozarse en mi angustia?

GUADALUPE.

Pues...
Y ¿por qué no?

DON FERNANDO.

¿En mi vergüenza,
En mi confusion?

GUADALUPE.

Tambien.

DON FERNANDO.

Ese castigo es horrible.

GUADALUPE.

Pero justo.

DON FERNANDO.

No diré
Que no lo merezca: es cierto.

GUADALUPE.

Entónces, súfralo usted.

DON FERNANDO.

Me someto.

GUADALUPE.

Aquí, muy pronto,
Vendrá á arrastrarse á mis piés
Ese hombre.

DON FERNANDO.

¿Don Diego!

GUADALUPE.

El mismo;
Pero ántes quiero que usted,
—Oiga lo que oiga, suceda
Lo que quiera,—por la ley
De caballero, me jure
No salir.

DON FERNANDO.

Así lo haré.
Es decir que yo he venido...

GUADALUPE.

Para oir, callar y ver.

DON FERNANDO.

Mas si osara...

GUADALUPE.

No osará.

DON FERNANDO.

¿Y mi escondite, cuál es?

GUADALUPE.

Sólo hay uno que se preste
Para el caso, y es aquel.
(Señalando á su alcoba.)

DON FERNANDO.

(¡Su dormitorio!) Señora...
No sé si me atreveré...

GUADALUPE.

Yo sí: como estoy segura
De que su palabra es fiel,
Pongo mi honor, sin recelo,
Al amparo de su fe.
(Montoya se asoma misteriosamente á la puerta del fondo.)

MONTOYA.

Me sigue don Diego. (Vase.)

GUADALUPE.

¡Aprisa!
Mas ¡cuidado con perder
Una palabra; que importa!

DON FERNANDO.

(¡Ya está el pájaro en la red.)
(Entra en la alcoba de Guadalupe: luégo aparece don Diego en la puerta del fondo.)

## ESCENA VI.

GUADALUPE. DON DIEGO. DON FERNANDO, oculto.

GUADALUPE.

Y es fuerza... ¡Pobres mujeres!
(Se coloca delante del espejo, donde finge que está dando la última mano á su tocado.)

DON DIEGO.

¿Viudita?

GUADALUPE.

¡Adelante! Ya
No le esperaba.

DON DIEGO.

¡Oiga! ¡está
De veinticinco alfileres!
¿Lo ve usted? sin una joya
Esa belleza sin par...

GUADALUPE.

Le mandé á usted á buscar.

DON DIEGO.

Ya me lo ha dicho Montoya.

GUADALUPE.

¡Torpe estoy! ya no me amaño...

DON DIEGO.

¡Qué minuciosa revista!
¿Estará usted de conquista?

GUADALUPE.

Nada tuviera de extraño.

DON DIEGO.

(¡Y para eso te arrebolas,
Sobrando tanto aliciente!)
¡Está usted resplandeciente!

GUADALUPE.

Tenemos que hablar á solas.

DON DIEGO.

¡Á solas! ¡Felicidad
Inmensa!

GUADALUPE.

Usted siempre ha sido
En mi amistad preferido.

DON DIEGO.

(¡Ay, malhadada amistad!)

GUADALUPE.

Siempre de usted me aconsejo
En los casos importantes.

DON DIEGO.

¿Qué es ello?

GUADALUPE.

Deje usted ántes
Que consulte con mi espejo...

DON DIEGO.

No hace falta ese testigo,
Señora, donde yo estoy,
Que espejo viviente soy.
Consúltese usted conmigo.

GUADALUPE.

¿Qué tal? la verdad.

DON DIEGO.

¡Preciosa,
Y como siempre, hechicera!

GUADALUPE.

(Hoy, más que nunca, quisiera
Que me encontraran hermosa.)

DON DIEGO.

¡Qué bonito ramillete!
¡Pensamientos! ¡Vamos! luégo
Dirá usted...

GUADALUPE.

Este don Diego,
No hay cosa que no interprete.

DON DIEGO.

Me interesa: usted lo sabe.

GUADALUPE.

Deje usted ahora ese punto.

DON DIEGO.

Dice usted bien: al asunto.
¡Supongo que es cosa grave!

GUADALUPE.

Mucho, don Diego.

DON DIEGO.

¿Sí?

GUADALUPE.

¡Mucho!
Y el pensarlo me sonroja.

DON DIEGO.

¿Qué dice usted! ¿quién la enoja?

GUADALUPE.

Me han calumniado.

DON DIEGO.

¡Qué escucho!

GUADALUPE.

¿No es fundada mi afliccion,
Cuando de mí se murmura?
Se mancilla...

DON DIEGO.

¡Qué locura!

GUADALUPE.

Mi honor, mi reputacion.

DON DIEGO.

¡Cómo es posible!... ¿eso pasa?

GUADALUPE.

Y murmura ya la gente
De que un hombre así frecuente
Á todas horas mi casa.

DON DIEGO.

¡Horrible maledicencia!
¡Nada hay para ella seguro!
¡Nada, señora! ¡ni el puro
Alcázar de la inocencia!
¡Culpar mi solicitud,
Porque hasta el ambiente adoro
Que respira ese tesoro
De pureza y de virtud!

GUADALUPE.

Yo á usted capaz no le creo...

DON DIEGO.

¡No es lisonja, Guadalupe!
Y aunque con usted no ocupe
El lugar que yo deseo;
Aunque de mi amor la ofrenda
Rechace usted, eso sí,
Siempre tendrá usted en mí
Quien la admire y la defienda.

GUADALUPE.

(No va explicándose mal.)
Así lo juzgo; y por eso
Le distingo, y le profeso
El cariño más cordial.
Pero desde hoy, es preciso
Que usted evite...

DON DIEGO.

Con todo,
Señora, no es ése el modo
De evitar el compromiso.
Sobre esto, más de una vez
Mi franca opinion la he dado.
Es peligroso ese estado
Ambiguo de la viudez.

GUADALUPE.

Sí: cuando falta el ámparo
De un esposo...

DON DIEGO.

¿Qué resulta?

GUADALUPE.

Que si no se nos insulta,
Se nos desprecia.

DON DIEGO.

Está claro.

GUADALUPE.

Pero, ¡ay! someter el cuello...

DON DIEGO.

No hay otro camino ya.

GUADALUPE.

En fin, don Diego, será
Preciso pensar en ello.

DON DIEGO.

Y ¿habrá quien logre esa mano
Conquistar?

GUADALUPE.

No soy tan fiera.

DON DIEGO.

¡Ay, viudita! ¡quién tuviera
La dicha del sevillano!...

GUADALUPE.

¡Jesus! no lo diga usted.

DON DIEGO.

Zapata es honrado, y luégo...

GUADALUPE.

Ni áun lo nombre usted, don Diego;
Se lo pido por merced.

DON DIEGO.

Pues, ¿y aquella simpatía?

GUADALUPE.

Aunque decirlo me cuesta,
Esa voluntad fué puesta
En quien no la merecia.

DON DIEGO.

Ya noté esa inclinacion.
—¡La verdad! Usted le amaba.

GUADALUPE.

Por lo ménos, le miraba
Con cierta prediteccion.

DON DIEGO.

Y con el tiempo...

GUADALUPE.

¡Jamas!

DON DIEGO.

Pues entónces, ¡algo ha habido!
¿Eh?

GUADALUPE.

No será el escogido:
¿Le importa á usted saber más?

DON DIEGO.

Y ¿quién es el venturoso?

GUADALUPE.

Si está manchado mi nombre,
¿Piensa usted que ningun hombre
Querrá llamarse mi esposo?

DON DIEGO.

Pues ¿de eso tiene usted duda?
¡Mil habrá!

GUADALUPE.

¿Tan feliz soy!
—¡Ah! le juro á usted que estoy
Fastidiada de ser viuda.

DON DIEGO.

Eso se remedia en breve.

GUADALUPE.

Pues, ¿conoce usted alguno
Que me ofrezca?...

DON DIEGO.

Yo sé de uno
Que quisiera, y no se atreve.

GUADALUPE.

Lo dejará de vergüenza.

DON DIEGO.

Ya ha hablado una vez y ciento.

GUADALUPE.

De amor, no de casamiento.

DON DIEGO.

¡Bien! por algo se comienza.

GUADALUPE.

¡Es... usted!

DON DIEGO.

Sí, yo he de ser
Quien la salve de ese abismo.

GUADALUPE.

¡Don Diego de Urrutia!

DON DIEGO.

El mismo.

GUADALUPE.

No sé si debo creer...
Ya veremos.

DON DIEGO.

Á esas plantas
Permita usted que me atreva...

GUADALUPE. (Conteniéndole con un ademan.)

Cuando tenga alguna prueba...

DON DIEGO.

¡Pruebas! ¡He dado ya tantas!

GUADALUPE.

Sí, publicar su deseo
Con alardes imprudentes,
Y á los ojos de las gentes
Pasar por mi chichisveo.

DON DIEGO.

¿Quiere usted en mí prudencia?
¡Bien! mi victoria no canto;
Pero entre tanto... (Acercándose.)

GUADALUPE. (Se levanta.)

Entre tanto...
Me remito á la experiencia.
(¡Qué fácilmente se embohan!)

(Deja caer el ramo de flores, y don Diego se apresura á cogerlo.)

¡Ah! déme usted...

DON DIEGO.

¡Lindas flores!
No las vuelvo.

GUADALUPE. (Con enojo.)

Los favores
Se piden, y no se roban.

DON DIEGO.

¡Es mucha severidad!

GUADALUPE.

No deberá á una sorpresa
Lo que no deba á mi expresa,
Espontánea voluntad.

DON DIEGO.

Los hurtos de amor no son
Dignos de tanto castigo.

GUADALUPE.

En ese punto,—lo digo,—
Soy de extraña condicion.

DON DIEGO.

De modo que si algun dia
Tal vez guardara una prenda...

GUADALUPE.

Para que usted lo comprenda,
Jamas lo perdonaria.

DON DIEGO.

Pues bien: mi culpa confieso...

GUADALUPE.

¿Usted!

DON DIEGO. (Con la mano sobre el corazon.)

La imágen que adoro
Guardo aquí como un tesoro.

GUADALUPE.

¿Eh? no he entendido bien eso.

DON DIEGO.

Pero de tal modo acato
Su voluntad, que rendido
Perdon de mi falta pido.

(Sacando el retrato del pecho.)

GUADALUPE.

¡Qué es esto! ¡Aquí mi retrato!

DON DIEGO.

Es sacrificio violento;
Pero si usted se enternece,
Lo guardo: bien lo merece
Tan grande arrepentimiento.

GUADALUPE. (Apoderándose del retrato.)

Mejor estará en mi mano.

DON DIEGO.

¡Ya! si es que usted se violenta...

GUADALUPE.

¡Es que el contacto le afrenta
De ese corazon villano!

DON DIEGO.

¡Yo no sé lo que me pasa!

GUADALUPE.

¡Ni áun merece usted mi enojo!
¡No! le desprecio, y le arrojo
Para siempre de mi casa.

(Con dignidad y señalándole la puerta de la derecha: despues se va por el fondo.)

## ESCENA VII.

DON DIEGO. DON FERNANDO, oculto.

DON DIEGO.

¡Ah! ¡me perdió mi confianza!
¡Mas no presumas que ceda
Fácilmente, no! Áun me queda
El placer de la venganza.
Valga otra vez el ardid;
Y pues que á tales extremos
Me arrastras, ¡corriente! —demos
Un escándalo á Madrid.
—Si entre mis brazos despierta,
Ó se rinde á mi albedrío...

(Al ir á entrar en la alcoba de Guadalupe, le detiene don Fernando.)

DON FERNANDO.

Perdone usted, señor mio:
Hay quien defienda esta puerta.

DON DIEGO.

¡Don Fernando! ¡usted aquí!

DON FERNANDO.

Ya lo ve usted.

DON DIEGO.

(¡La viudita!)
Con que, ¿es decir, que esta cita
Era un lazo para mí!

DON FERNANDO.

Es verdad: yo lo confieso.

DON DIEGO.

Y fingiendo que se humana...
—¡Es una intriga villana!

DON FERNANDO. (Conteniéndose.)

Pues... no ha de quedar en eso.

DON DIEGO.

¡No quedará; no, señor!
Y ese modelo estimado
De virtud, ese dechado
De pureza y de candor,
No engañará fácilmente,
Desde hoy más, con la apariencia
De su tímida inocencia.

DON FERNANDO.

¡Quien diga tal cosa miente!
—Pero usted no lo dirá,
Don Diego.

DON DIEGO.

¿Quién me lo veda?
¿Hay en el mundo quien pueda?

DON FERNANDO.

¡Sí, señor! y quien lo hará.

DON DIEGO.

Entiendo: por lo que veo,
De acuerdo estaban los dos
Para esto.

DON FERNANDO.

¡No, vive Dios!
—Lo que yo quiero y deseo,
Es castigar la impostura
Con que ha engañado mi fe.

DON DIEGO.

¡Bah! ¡bah! ¡impostura! ¿Por qué
Calificacion tan dura?
Es un ardid...

DON FERNANDO.

Una accion
Tan infame, tan malvada,
Que merece una estocada
En mitad del corazon.

DON DIEGO.

¡Don Fernando! mi paciencia
Es poca.

DON FERNANDO.

Ya lo he advertido.

DON DIEGO.

Diré á usted... no está reñido
El valor con la prudencia.

DON FERNANDO.
Me precio de caballero,
Y no me agrada insultar
Al hombre que ha de cruzar
Su acero contra mi acero;
Pero al que tanto dudara
Como usted, ¡por vida mia!...
Acaso me atreveria
Hasta afrentarle en la cara.
(Dirigiéndose á él.)

DON DIEGO. (Retrocediendo.)
¡Eso no! si usted presume
Que da con algun cobarde,
Yo haré...

DON FERNANDO.
Para luégo es tarde;
La impaciencia me consume.

DON DIEGO.
¿No estamos ya decididos?
¡Pues bien! mañana hay lugar...
No nos hemos de matar
Á oscuras, como bandidos.

DON FERNANDO.
No consiente mi furor
Treguas.

DON DIEGO.
¿Usted lo desea?
Yo tambien, al punto.

DON FERNANDO.
Sea.

DON DIEGO.
¿Testigos?

DON FERNANDO.
Dios y mi honor.

DON FERNANDO.
Adelante.

## ESCENA VIII.

DICHOS. GUADALUPE y CECILIA, que salen por el fondo.

GUADALUPE.
(¡Aquí los dos!)

DON DIEGO.
(¡Las damas! ¡feliz encuentro!)

CECILIA. (Á don Fernando.)
¿Qué hace usted! Vamos adentro.

DON FERNANDO.
No puedo, sábelo Dios.

CECILIA.
¡Qué! ¿no baila usted conmigo?

DON FERNANDO. (Turbado.)
Voy con don Diego...

GUADALUPE.
¿Sí? ¿á qué?

DON FERNANDO.
Le he ofrecido un minué.
(¡Yo no sé lo que me digo!)

GUADALUPE. (En tono de reconvencion.)
¡Bien, Zapata!

DON DIEGO.
(¡La taimada!)

DON FERNANDO. (Ap. á Guadalupe.)
(Ese hombre vil penetró
En mi escondite, y me halló.)

GUADALUPE.
(¡Gran Dios, estoy deshonrada!)

DON FERNANDO.
Partamos.
(En voz baja, y cogiendo á don Diego de la mano.—Guadalupe, aterrada, se cubre el rostro con las manos: Cecilia se dirige hácia ella, y don Fernando aprovecha este momento, llevando á don Diego por la puerta de la derecha.)

## ESCENA IX.

GUADALUPE. CECILIA.

CECILIA.
¿Qué es eso? ¡Estás
Sin color! ¿Quieres que llame?

GUADALUPE.
¡No. Cecilia! —¡Infame! ¡infame!

CECILIA.
¿Qué tienes? ¿Adónde vas?

GUADALUPE.
¿Y don Fernando?

CECILIA.
Ha salido.

GUADALUPE. (Mirando á la escena con espanto.)
¡Los dos!

CECILIA.
¡Dejémoslos ir!

GUADALUPE.
¡Cecilia! ¡van á reñir!...
Y ¡no los has detenido!
—¡Ay! corre...

CECILIA.
Pero ¿qué pasa?

GUADALUPE.
No te detengas.

CECILIA.
¡Qué miedo!
¡Voy! ¡voy! (Vase por el fondo.)

## ESCENA X.

GUADALUPE sola.

¡Tenerme no puedo!
¡Oh! ¡qué escándalo en mi casa!
¡Buenos quedamos, honor,
Muerto ya, si ántes herido!
Por vindicarte he caido
De un agravio en un error.
Mi orgullo volvió por tí

Y amargo fruto reporta.
¿Qué dirán!... Pero ¿qué importa
Lo que se diga de mí?
¡Honra egoista! reclama
Tu dignidad: ¿cómo olvidas
Que hay en peligro dos vidas,
Y sangre que se derrama!
Esta idea me importuna.
Cecilia. (Viéndola salir.)

### ESCENA XI.

GUADALUPE. CECILIA. Luégo DON FERNANDO.

CECILIA.
Ya no es posible
Hallarlos.

GUADALUPE.
¡Es inflexible
Mi siempre ingrata fortuna!
¿Salieron?...

CECILIA.
Y de manera,
Que averiguar no he podido...

GUADALUPE.
¡Calla!

CECILIA.
¿Pues qué?

GUADALUPE.
¿No has oido
Pasos por esa escalera?
(Don Fernando sale por la puerta de la derecha; viene pálido y desconcertado.)

CECILIA.
¡Don Fernando!

GUADALUPE.
¿Usted aquí!

DON FERNANDO.
(¡No se abre la tierra!...)

GUADALUPE.
¡Ileso!

DON FERNANDO.
Por mi desgracia.

GUADALUPE.
¿Qué es eso?

DON FERNANDO.
¡Tengo vergüenza de mí!

GUADALUPE.
¿Vergüenza?

DON FERNANDO.
Tenerla debe
El que, cubierto de mengua,
Vuelve sin cortar la lengua
Que al honor de usted se atreve.

GUADALUPE.
Pero ¡hable usted! ¿y don Diego?

CECILIA.
¿No está herido?

DON FERNANDO.
Tras de aquel
Suceso, salí con él,
De ardiente cólera ciego.
Á la calle, en fin, llegamos,
Y á un tiempo haciénlonos frente,
Triste y silenciosamente
Nuestras espadas cruzamos.
Mas, cobarde como infame,
Bajando al punto el acero,
«¡Zapata!» exclamó, «primero
Que mi sangre se derrame,
Pues yo de herirle no trato,
Ni enojado ni enemigo,
Examine ese testigo
Que va á acusarle de ingrato.»
Lanza á mis piés este pliego,
Le abro con sediento afan...
(Cubriéndose la cara.)

GUADALUPE.
¡Diga usted!

DON FERNANDO.
¡Soy capitan...
Y se lo debo á don Diego!

GUADALUPE.
(¡Miserable!)

DON FERNANDO.
Confundido,
Abismado, lo busqué
Con la vista, y no lo hallé.
¡Bien mi deber he cumplido!

GUADALUPE.
No importa: mi honra se escuda
En el general respeto.

DON FERNANDO.
Mas publicará el secreto
Y la infamará sin duda.

GUADALUPE.
Si así fuere, que mi nombre
El vulgo manche y denigre:
Ántes mi fama peligre
Que la existencia de un hombre.

CECILIA. (Volviéndose á don Fernando.)
¡Bien! ¡muy bien! Pero ese arrojo,
—¡Perdone usted!—me parece
Inoportuno, y merece,
Más que gratitud, enojo.

DON FERNANDO.
Yo me someto al castigo,
Si en eso culpable soy.

CECILIA.
Y yo á imponérsele voy.
—¡No se casa usted conmigo!
(Con gravedad cómica.)

DON FERNANDO.
(¡Oh! ¡mil veces sea bendita
Tu boca por tal merced!)
¡Nunca me pareció usted (Al oido á Cecilia.)
Tan buena... ni tan bonita!

CECILIA.

Ahora bien; será razon
Confesar...—por confesado,—
Que de indiscreto ha pecado;
Mas fué buena la intencion.
Ademas, es cosa llana
Que por tí su vida ha puesto
En peligro; ¡vaya! y esto
Es de agradecer, hermana.
—Ya yo el castigo le dí.

GUADALUPE.

Prémiale.

CECILIA.

De ningun modo.
¿He de ponerlo yo todo?
El premio te toca á tí.

GUADALUPE.

Déjame.

CECILIA.

(¡Qué par de amantes!)

(Montoya sale precipitadamente y muy azorado por la puerta del fondo.)

## ESCENA XII.

DICHOS y MONTOYA.

MONTOYA.

¡Qué desgracia! Usted no puede
Imaginar...

GUADALUPE.

¿Qué sucede?

MONTOYA.

Han robado los diamantes...

(Guadalupe hace señas á Montoya; pero éste no las comprende.)

CECILIA.

¡Ay, Dios!

MONTOYA.

Los de mi señora.

GUADALUPE.

(¡Qué torpe!)

MONTOYA.

Han sido empeñados...

GUADALUPE. (Impaciente.)

¡Montoya!

MONTOYA.

En seis mil ducados.

DON FERNANDO.

Todo lo comprendo ahora.

MONTOYA.

Y fué don Diego...

GUADALUPE. (Lanzando á Montoya una mirada severa.)

Es verdad.

MONTOYA.

Perdóneme usted si pude...

GUADALUPE.

No permitiré que dude
Nadie de su probidad.
—Yo misma se los he dado,
Y obró de mutuo concierto.

MONTOYA.

Entónces...

DON FERNANDO.

Pero lo cierto
Es que de mí se ha burlado.
—¡De su sangre tengo sed!

(Dirigiéndose á la puerta.)

GUADALUPE. (Conteniéndolo con un ademan.)

Soy yo más caritativa.

DON FERNANDO. (Reprimiéndose.)

¡Ah!

GUADALUPE.

Dejémosle que viva.
—¡Qué matador viene usted!

DON FERNANDO.

La honra á usted mucho esta accion,
De que agradecido quedo;

(Entregándola el pliego.)

Pero yo aceptar no puedo
Semejante humillacion.

GUADALUPE.

¡Ah, ya! la capitanía.

DON FERNANDO.

No la admito.

CECILIA.

¿Otra locura!

GUADALUPE.

¡Y qué! ¿voy yo por ventura
Á mandar la compañía?

DON FERNANDO.

(Resolvamos el problema.)
Sin esa mano, jamas
La aceptaré.

GUADALUPE. (Á Cecilia.)

Tú verás
Que se sale con su tema.

CECILIA.

Ya confiesa.

DON FERNANDO.

¡Qué mudanza!

GUADALUPE.

¿No quieres que lo confiese,
Si hace dos años que es ése

(Ocultando en el seno de Cecilia su turbacion.)

El norte de mi esperanza?

DON FERNANDO (Enajenado.)

¡Cómo! ¿es posible? ¡Qué escucho!
Entónces he sido ciego,
Estúpido.

GUADALUPE.

No lo niego.

CECILIA.

Sí, señor Zapata, y mucho.

DON FERNANDO.

¡Oh, qué ventura! —¡Perdon
Mil veces por mi torpeza!

Ha pecado mi cabeza...
Pero no mi corazon.

CECILIA.

Es verdad.

GUADALUPE. (Ap. á don Fernando.)

¡Todo lo olvido!
—Quédese esto entre los dos.

DON FERNANDO.

Por fin ..

GUADALUPE.

Sí: gracias á Dios
Que nos hemos entendido.

MONTOYA.

¡Mi parabien, niña mia!
Y á usted...

(Don Fernando abraza á Montoya: va á hacer lo mismo con Cecilia, y ésta se retira sonriéndose.)

DON FERNANDO.

Estoy de manera,
Que si don Diego viniera,
Pienso que le abrazaria.

GUADALUPE.

Ahora vamos al salon.

MONTOYA.

Sí, que ya han notado...

DON FERNANDO.

Vamos.

GUADALUPE.

Y por si importa, pongamos
Coto á la murmuracion.
Á esa sociedad liviana,
Que tal vez de mi honra duda,
Anuncie usted que la viuda
Deja de serlo mañana.

DON FERNANDO. (Enajenado de gozo.)

¡Bien!

MONTOYA. (Á Cecilia.)

¿Y usted?...

CECILIA.

No tardará.

GUADALUPE.

Ya elegiré un hombre honrado.

DON FERNANDO.

Pierda usted ese cuidado;
Que ella se lo buscará.

(Mira á Cecilia, sonriéndose con malicia, y ella le corresponde del mismo modo. Se dirigen hácia la puerta del fondo, y Montoya los sigue, enjugándose los ojos.)

# UN DUELO A MUERTE.

## DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

Representado por primera vez en el Teatro del Príncipe, el dia 22 de Diciembre de 1860.

## AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON EMILIO SANTILLAN.

Querido Emilio: para ofrecer á V. un testimonio de mi sincera amistad, no he querido fiarme en mis propias fuerzas. Este drama, imitacion del que con el título de *Emilia Galotti* escribió el poeta aleman Lessing, lleva en sí, por lo que debe á su orígen, méritos más sólidos para aspirar á esta honra que otro cualquiera de mi invencion.

Acéptelo V., amigo mio, como una pobre muestra del entrañable cariño que le profesa

A. García Gutierrez.

## PERSONAS.

EMILIA RICCI.
LA CONDESA ALINA.
LUIS CONTI.
COSME II DE MÉDICIS.
MARINELLI.
EL CONDE CAMILO RICCI.
ÁNGELO.
UN MAGISTRADO.
LÁZARO.
CRIADO 1.°
IDEM 2.°
LA MARQUESA DE BORGO.

Magistrados.—Caballeros.—Guardias del Duque y criados.

## ACTO PRIMERO.

Salon del palacio de Pitti, adornado con estatuas y otros objetos artísticos: puerta al fondo, que da paso al exterior; dos laterales, de las que, la de la derecha comunica con las habitaciones del Duque, y la otra con el resto del edificio. Al levantarse el telon, un criado habrá acabado de colocar un gran cuadro en la pared, cubierto enteramente con un lienzo.

### ESCENA PRIMERA.

MARINELLI. UN CRIADO.

MARINELLI.

Así está bien. (De este modo
No sospechará el engaño.)

CRIADO.

¿Quereis más?

MARINELLI.

No, nada más.

(Vase el criado.)

Conti, ya estamos pagados.
Emilia no será mia;
Pero si llega á tus brazos,
No será mi culpa. ¡Calle!
¡El Príncipe levantado
Á estas horas!

### ESCENA II.

EL DUQUE, con varios memoriales en la mano. MARINELLI.

DUQUE.

Marinelli,
¡Tú aquí! ¿Cómo tan temprano!

MARINELLI.

Quedasteis anoche inquieto.

DUQUE.

En efecto.

MARINELLI.

Y el cuidado...
Y el deber...

DUQUE.

¡Ay, Marinelli!

MARINELLI.

¿Suspirais?

DUQUE.

No hallo descanso.

MARINELLI.

Un buen Príncipe, que busca
La dicha de sus vasallos,
No reposa.

DUQUE.

(Juraria
Que el bribon se está burlando.)
Tienes razon: la ventura
De mis pueblos...

MARINELLI.

Sin embargo,
Al reves que los derechos,
El deber de un soberano
Tiene sus límites.

DUQUE.

No:
Yo soy en eso extremado.
Y á propósito... (Alargándole un memorial.)

MARINELLI.

¿Qué es esto?

DUQUE.

No sé : míralo despacio.

MARINELLI.

Lo de siempre : peticiones.
¡No hay paciencia para tanto!
Todos se creen con derecho
Para comer del erario.

DUQUE.

Es verdad.

MARINELLI.

¡Ah! y tambien yo
Tengo que pediros algo
Para un deudo.

DUQUE.

Si es posible...
Y ¿qué pide?

MARINELLI.

Un magistrado.

DUQUE.

No hay vacante; á la primera
Ocasion... Ahora veamos
Qué pide esa pobre.

MARINELLI.

Pide
Una pension. Está exhausto
Vuestro tesoro.

DUQUE.

Y ¿qué méritos
Alega?

MARINELLI.

No me he hecho cargo.
¡Ya! La demandante, Emilia
Brunetti, perdió un hermano
En vuestro servicio.

DUQUE.

¿Ves?

MARINELLI.

Fué correo de palacio :
En el violento ejercicio
De su profesion contrajo
La gota, que puso término,
En lo mejor de sus años,
Á su preciosa existencia.

DUQUE.

Ya ves que fuera un ingrato,
Un mal príncipe...

MARINELLI.

En efecto.

DUQUE.

Tendrá lo que pide.

MARINELLI.

(Vamos,
Se llama Emilia : este nombre
Le ha barajado los cascos.)
¿Qué hacemos de los demas?

DUQUE.

Lo que quisieres : quemarlos.
Bastante se ha hecho por hoy;
Un príncipe no es de mármol.

(Marinelli habrá echado una rápida ojeada sobre los memoriales.)

MARINELLI.

Conti, pintor de su alteza...

DUQUE.

Tienes razon : he olvidado
Al pobre Conti; ¿qué pide?

MARINELLI.

¿Qué ha de pedir! Sus atrasos.

DUQUE.

¿Se le debe?

MARINELLI.

¡Ya lo creo!
Cerca de dos mil ducados.

DUQUE.

Yo no puedo estar en todo.

MARINELLI.

¿Se le pagará?

DUQUE.

Está claro.
¡Mira lo que son los hombres,
Marinelli! Conti ha dado
En una manía.

MARINELLI.

Y ¿es?...

DUQUE.

Que le aborreces.

MARINELLI.

¡Ingrato!
Yo le probaré algun dia...

DUQUE.

¡Bah! Celos de cortesano.

MARINELLI.

Adonde llega mi afecto.
Ya ha terminado el retrato
De la Condesa.

DUQUE. (Con indiferencia.)

¡Bien, bien!

MARINELLI.

¿No quereis examinarlo?

DUQUE.

No.

MARINELLI.

Teneis fama de artista
Eminente.

DUQUE.

Aficionado
Dirás; tengo el sentimiento
Del arte... Y ¿es ése el cuadro?

MARINELLI.

Vais á ver.

DUQUE.

Te lo prohibo.

MARINELLI.

No entiendo, señor.

DUQUE.

Más claro :
No me hables de la Condesa
En tu vida.

MARINELLI.

¡Ya! ¿Ahí estamos!

DUQUE.
Y si tú fueras mi amigo,
Ya hubieras adivinado
Que hace un mes, ¡ay! todo un mes...

MARINELLI.
¿La aborreceis?

DUQUE.
¡No! no tanto.
—¡Marinelli! Me fastidio...

MARINELLI.
¡Señor!...

DUQUE.
Como un soberano.

MARINELLI.
Me alegro.

DUQUE.
¿Qué es lo que has dicho!

MARINELLI.
La verdad; porque os preparo
Una fiesta, y os será
Más acepto el agasajo.

DUQUE.
¿Qué fiesta es ésa?

MARINELLI.
Una lucha
Interesante: ha llegado
Vuestra pantera africana.

DUQUE.
¿De véras?

MARINELLI.
Es un gallardo
Animal, suelto, flexible,
Pero feroz, sin embargo.
¡Qué rugido! ¿y la mirada?
¡En su jaula aprisionado,
Fascina!

DUQUE.
¡Calla! esas fieras
Tan ponderadas, espanto
De los desiertos, se enervan
En la esclavitud.

MARINELLI.
No tanto...

DUQUE.
Veremos en esa lucha...
¿Cuál ha de ser su contrario?

MARINELLI.
La hiena de Java.

DUQUE.
Y ¿dónde?

MARINELLI.
En vuestra casa de campo.
¿No os parece?...

DUQUE.
Convenido.

MARINELLI.
Por fin, os vais animando.

DUQUE.
No te lo aseguro: tengo
En el corazon un dardo...

UN CRIADO. (Anunciando.)
El señor Conti.

DUQUE.
¡Silencio!
Luégo te hablaré despacio.

## ESCENA III.

DICHOS y CONTI.

DUQUE.
Ven acá.

CONTI.
¡Príncipe amado!

DUQUE.
Acabo de despachar
Tu peticion.—Haz doblar (Á Marinelli.)
La suma, y paga al contado.

CONTI.
¡Tanta bondad!

DUQUE.
Y es razon.
El que con fortuna tanta
De mis estados levanta
La gloria y reputacion,
Tiene derecho á esperar
Que su príncipe le asista...

CONTI.
Teneis el alma de artista.

MARINELLI.
(¡Qué adulacion tan vulgar!)

CONTI.
Por vos solo, por vos, siento
Envidia á tantos renombres.

MARINELLI.
(¡Cómo abusan estos hombres,
Con pretexto del talento!)

DUQUE.
Pero, ¿por qué no me has dicho?...
Dios sabe si el memorial
Corrió peligro.
(Mirando á Marinelli y sonriéndose.)

CONTI.
¡Era tal
Mi empacho!...

DUQUE.
¡Vaya un capricho!

CONTI.
Quiere mi suerte enemiga
Que á distraer me desmande
Vuestra atencion; pero es grande
La causa que á ello me obliga.

DUQUE.
¡Hola!

CONTI.
Hay momentos supremos.

DUQUE.
¿Son deudas?

CONTI.
No tengo á quién...

DUQUE.
No te avergüences : tambien
Los príncipes las tenemos.

MARINELLI.
Cierto.

DUQUE.
Nombra á tus judíos,
Si es verdad lo que supongo...
Y ¡ya verás! te los pongo...
En donde he puesto á los mios.

CONTI.
No es eso.

DUQUE.
¿Ambicion?

CONTI.
Tampoco;
Y á poseer cuanto encierra
En sus entrañas la tierra,
Hoy fuera á mi anhelo poco.

MARINELLI.
Alguna mujer quizá.
(Conti le mira con cólera.)

DUQUE.
Tú has dado en ello.

MARINELLI. (Con calma.)
Y es eso.

DUQUE.
Confiésalo.

CONTI.
Lo confieso.

MARINELLI.
El arte lo perderá.

DUQUE.
¡Calla, profano infeliz!

MARINELLI.
Yo pensé...

DUQUE.
¡Pobre ignorante!
¿Cuál fué la musa del Dante,
Sino el amor de Beatriz?
Esa facultad divina,
Que el rumbo del genio marca,
Laura la animó en Petrarca,
Y en Rafael, Fornarina.
¿No es cierto? En el corazon (Á Conti.)
En que amor no tiene parte,
Para mí, Conti, no hay arte,
Ni vida, ni inspiracion.

CONTI.
Cierto : ese móvil del hombre,
Que llena su fantasía
De encanto y luz y armonía,
Indefinible y sin nombre;
Guia misterioso y fiel
Del músico y del poeta,
Que bulle en nuestra paleta
Lo mismo que en el cincel;
Que tiene, en gloria y dolor,
Á la belleza por norma,
¿Qué ha de ser sino una forma
Que á veces toma el amor?

DUQUE.
¡Bien, Conti!

MARINELLI.
(¡Qué singular
Raciocinio!)

DUQUE.
¿Qué murmuras?

MARINELLI.
¿Quién? ¿yo, señor! (Hay locuras
Que es preciso respetar.)

CONTI.
No me habeis dicho, y me llama
La atencion, si no es olvido,
Qué tal os ha parecido
El retrato de esa dama.

MARINELLI.
(Aquí es ella.)

DUQUE.
¡Ah, sí! (¿Qué tal?)
(Ap. á Marinelli.)

MARINELLI. (Ap. al Duque.)
¡Pche!

DUQUE.
¡Pche!— ¿Quieres que te diga
La verdad?

CONTI.
Esa es la amiga
Del artista.

DUQUE.
No está mal.
Ya te explicaré despues...

CONTI.
Que no os agrada sospecho.

DUQUE.
Eso no; pero la has hecho
Más bella de lo que es.

CONTI.
¿Más bella? Nadie diria...

DUQUE.
Sí, Conti : en vano lo niegas.
Es tu defecto; te entregas
Demasiado á la poesía.
Hay gracia, hay luz, vaguedad,
Expresion : todo esto es grato
Como arte; pero el retrato
Lo que quiere es la verdad.

CONTI.
Señor, la mujer no admira
Por sí propia.

DUQUE.
Eso no creo.
Pues ¿por qué?

CONTI.
Por el deseo
Ó el amor del que la mira.

DUQUE. (Sonriéndose.)
Explícame eso.

MARINELLI.
(¡Está ducho!)

CONTI.
Bien la razon se os alcanza.
Digo que aquí la tardanza
Me ha perjudicado mucho;
Pero el que ha de trasladar
El alma á la par que el gesto,
No puede acabar tan presto
Como vos dejais de amar.

DUQUE.
Pues bien; táchame de ingrato,
Y áun de injusto: verdad es.
Tiene á lo ménos un mes
De antigüedad el retrato.

CONTI.
¡Pobre Condesa!

MARINELLI.
¡Tan buena,
Tan cariñosa!

DUQUE.
Concedo;
Pero ¿qué quieres? no puedo
Soportar esta cadena.

(Un criado aparece en el fondo: Marinelli se adelanta hácia él, y hablan en voz baja.)

Aunque deba lastimar
Su orgullo, estoy decidido...

MARINELLI. (Al Duque en voz baja.)
¡La Condesa!

DUQUE.
No ha podido
Á mejor tiempo llegar.
Lo que me disgusta en esta
Situacion, lo que en mí labra...

MARINELLI.
¿Qué es?

DUQUE.
La primera palabra
Es siempre la que más cuesta.

MARINELLI.
Y ¿qué quereis?

DUQUE.
Haz con arte
Que entienda mi estado... ¡pues!

MARINELLI.
Ya la conoceis.

DUQUE.
Despues,
No temas, vendré á apoyarte.
Ven, Conti.

(Vanse los dos por la izquierda. Marinelli se adelanta hácia la puerta del fondo, por donde sale un momento despues la Condesa.)

## ESCENA IV.

ALINA. MARINELLI.

MARINELLI.
¿Sois vos, Condesa?

ALINA.
¿Y el Duque?

MARINELLI.
No os esperaba
Sin duda.

ALINA.
Y ¿qué?

MARINELLI.
Y ahora acaba...
—Mas ¿qué novedad es ésa?

ALINA.
Temores de un pecho amante.
Me mata una pena fiera.

MARINELLI.
¡Pena! nadie lo dijera,
Mirando vuestro semblante.
Y ¿qué es?

ALINA.
Un presentimiento...
—Pero ¿qué es lo que sucede
Aquí? ¿Y el Duque?

MARINELLI.
No puede
Salir en este momento.

ALINA.
¿Cómo es eso!

MARINELLI.
Está encerrado
Con el Consejo.

ALINA.
¿Á esta hora!

MARINELLI.
¡Siempre!—Nos matan, señora,
Estos negocios de Estado.

ALINA.
Eso no es cierto.

MARINELLI.
Decís
Cosas...

ALINA.
Eso no os afrenta.

MARINELLI.
Pues bien: suponed que mienta.

ALINA.
No supongo; es que mentís.
—En vano ayer esperé
En mi quinta á vuestro dueño.
¿Por qué no fué?

MARINELLI.
¡Es fuerte empeño!

ALINA.
¡Pregunto por qué no fué!

MARINELLI.
¡Tal vez un olvido!—Es llano
Que no pudo ser desprecio.

ALINA.
Y ¿quién os ha dicho, necio,
Impudente cortesano,
Que dudo de esa verdad?
Con mi corazon altivo,
¿Imaginais que no vivo
En esa seguridad?
¡Él despreciarme!

MARINELLI.
¡No á fe!

ALINA.
Cuando ya la pasion mia
No estimara, ¿por qué habia
De despreciarme? ¿por qué?
Odie, aborrezca primero
Mi amor, si ya no le paga;
Mas ¡despreciar!... Quien tal haga
No se llame caballero.
— Pero ¿estais mudo?

MARINELLI.
Quizá
Os anticipais, señora.
— Áun no ha llegado esa hora.

ALINA.
Mas ¿pensais que llegará?

MARINELLI.
Suceden en un momento
Cosas... y puede que no.
—Miradlo vos misma: yo
No tengo vuestro talento.

ALINA.
¡Gracias!

MARINELLI.
No es mio el favor,
Si hay favor, que no lo admito.
En este punto, repito
La opinion de mi señor.

ALINA.
¡Yo talento!

MARINELLI.
¡Oh, sí! ¡eso sí!

ALINA.
¡No habeis podido escoger
Otro agravio! ¡una mujer
Que piensa! ¡pobre de mí!

MARINELLI.
Las damas de vuestra especie...

ALINA.
¡Callad, callad! ¡me haceis daño!
— ¡Yo talento! ya no extraño
Que el Príncipe me desprecie.
La mujer que raciocina...
¡Qué gracia para un amante!
¿Verdad? no es tan repugnante
El hombre que se afemina.
Autómata singular,
Destinado á divertir,
La mujer debe reir...
¡La mujer debe llorar!
Así cumple su mision
Gloriosa, ¡nada es más justo!
De agradar al hombre, augusto
Monarca de la creacion.

MARINELLI.
¡Sacais unas consecuencias!

ALINA.
¡No me ama ya!

MARINELLI.
Como un niño;
Mas ya sabeis que el cariño
Tiene sus intercadencias.

ALINA.
¡Marinelli!

MARINELLI.
Anduvo ayer
Triste y la color difunta.

ALINA.
¿Son celos?

MARINELLI.
Á esa pregunta
No os puedo satisfacer.

ALINA.
¡Pluguiera á Dios!

MARINELLI.
(¡Vanidad
De mujer!)

ALINA.
Me holgara dello.

MARINELLI.
El sol es siempre más bello
Despues de la tempestad.

ALINA.
Mas ¡qué miro! Mi retrato
Tiene aquí. ¡No veis qué iluso,
Qué necio afan! Y ¡le acuso
De olvidadizo y de ingrato!...

MARINELLI.
(Esta es otra.)

ALINA.
¡Ingrato! ¡oh, no!
—Ya veis ¡con qué poca cosa
Es una mujer dichosa,
Cuando quiere como yo!
Y ya que está aquí, he de ver
Si conforme á mi deseo...

(Va á descubrir el retrato: Marinelli quiere estorbárselo; pero la Condesa le hace apartar, y arranca el velo que cubre el cuadro. La pintura, que es un retrato de Emilia, representa la Caridad.)

MARINELLI.
Mirad...

ALINA.
Dejadme. ¡Qué veo!
Yo conozco á esta mujer.

MARINELLI.

Es la Caridad.

ALINA.

¡Qué error!
¡Marinelli! Me han vendido.

MARINELLI.

Pues yo jurara que ha sido
Un capricho del pintor.

ALINA.

¡Capricho! En carne mortal
He visto yo esa virtud.
—¡Bien me dijo tu inquietud,
Amor! ésa es tu rival.

MARINELLI.

¡Ya!

ALINA.

Y ¡nunca de mi memoria
Se aparta, triste de mí!
¡Nunca! desde que la vi
En el palacio de Doria.

## ESCENA V.

DICHOS. EL DUQUE y CONTI.

DUQUE.

¡Alina!

ALINA.

¿Verdad que es bella
Esa imágen?

DUQUE. (Ap. á Marinelli.)

(¡Ay! ¿No ves,
Marinelli?)

CONTI.

¡Oh, Dios!

DUQUE.

(¿No es
Ilusion? ¡Es ella! ¡Es ella!...)

CONTI.

¡Duque y señor!...

DUQUE.

¿Qué te pasa,
Buen Conti?

CONTI.

¿Quién, atrevido,
Ese lienzo ha sustraido
Al sagrado de mi casa?

MARINELLI.

Algun error...

ALINA. (Con ironía.)

Es probable.

MARINELLI.

Vuestro criado me dió
Un cuadro por otro, y yo...

DUQUE.

Pero, Conti, ¡es admirable!

CONTI.

Gracias.

DUQUE.

¡Qué diafanidad!
¡Qué frescura! ¡Qué valiente
Contorno! Pues ese ambiente
Se respira, ¿no es verdad?

MARINELLI.

Cierto.

DUQUE.

Pero esa belleza
Hija es de tu fantasía.
Tales prodigios no cria
La pobre naturaleza.

CONTI.

Os equivocais, señor.

MARINELLI.

¿Es modestia?

DUQUE.

¿Me he engañado?

CONTI.

Esa imágen es traslado
De obra de artista mejor.

ALINA.

(No sé de esto qué recelo.)

MARINELLI.

Pues si en la copia hay verdad,
Ya tengo curiosidad
Por conocer el modelo.

CONTI.

Es modesta áun más que hermosa,
Y eso temo que lo impida.

DUQUE.

Pero ¿quién es?

CONTI.

Mi elegida:
Emilia Ricci, mi esposa.

MARINELLI.

¡Vuestra esposa! ¿Puede ser
Tan afortunado un hombre!

CONTI.

Pronto llevará mi nombre.

MARINELLI.

(Eso es lo que está por ver.)

DUQUE.

Bien se ve que te inspiró.

ALINA.

Y á vos tambien.

DUQUE.

No lo niego.
—Yo por las artes soy ciego.

ALINA. (Con ironía.)

Eso mismo digo yo.
Tiene su Alteza por ellas
Gran pasion.

MARINELLI.

Y de tal modo
Las cultiva...

ALINA.

Sobre todo,
Cuando las artes son bellas.

DUQUE (Ap. á la Condesa.)
¡Imprudente!

MARINELLI.
No me admiro:
Yo mismo tengo tambien
Mi inclinacion.

ALINA.
Ahora bien...
Señor Duque, me retiro.

DUQUE.
¿Os vais?

ALINA.
¿Qué he de hacer, si os veo
Tan gravemente ocupado?
¡Mil veces dichoso Estado,
Que él es siempre vuestro empleo!
—¡Adios, señor! (Yo he de ver
(El Duque hace ademan de acompañarla.)
Á esa rival.) ¿Cortesías! (Irónicamente.)

DUQUE.
Adios, pues.

ALINA.
(¡Sospechas mias,
Mucho llevo en que entender.) (Vase.)

## ESCENA VI.

Dichos, ménos la Condesa.

MARINELLI.
Parece que va enojada.

DUQUE.
Tanto mejor.

CONTI.
(Y celosa
Tal vez.)

DUQUE.
Para mí no hay cosa
En el mundo tan cansada.
—¿Sabes, Conti, que el prestigio
De ese amor ha trasformado
Tu gusto? Estoy admirado
Delante de ese prodigio.

CONTI.
Vuestra bondad...

DUQUE.
Di mejor
Tu ingenio: esa obra maestra
Dará al mundo una alta muestra
De lo que fué mi pintor.

CONTI.
Confundido estoy.

DUQUE.
¡De véras!
No esperaba tanto brío,
Ni tanto...—Ese lienzo es mio:
Pide por él cuanto quieras.

CONTI.
Es mi regalo nupcial.

DUQUE.
Otra dádiva es más propia.
¿Para qué quiere la copia
Quien tiene el original?
Las imágenes son dos:
¿No puede tu soberano
Poseer la de tu mano,
Teniendo tú la de Dios?
¿Qué dices?

CONTI.
Sin que os ofenda,
Negároslo es mi deber;
Que de la propia mujer
Á nadie se ha de dar prenda.

DUQUE.
¡Basta!

CONTI.
¿Os habeis enojado?

DUQUE.
De ningun modo.—Esa Emilia
¿Quién es?—Hay una familia,
Si no estoy equivocado...

MARINELLI.
Es hija de la Marquesa
De Borgo.

CONTI.
Cierto.

DUQUE.
¡Atrevido
Pintor! Y ¿cómo has podido
Aspirar á tanta empresa?
Con dama de tal valía,
Entre sus nobles iguales
Habrás tenido rivales.

CONTI.
Tengo alguno todavía.

DUQUE.
¿Hombre ilustre?

CONTI.
La fortuna
Acaricia al insolente;
Que por lo demas, desmiente
La nobleza de su cuna.

MARINELLI.
¡Ah!

DUQUE.
¿Cómo?

CONTI.
Quien á una dama
Insulta...

DUQUE.
No puede ser
Noble; quisiera saber
Su nombre: ¿cómo se llama?
(Marinelli se turba: Conti le dirige una mirada de desprecio.)

CONTI.

Permitidme que lo oculte...
Por él.

DUQUE.

Mas si á tal extremo
Vuelve á arrastrarse...

CONTI.

No temo
Que segunda vez la insulte.

DUQUE.

¿Le has muerto?

CONTI.

Fuera inhumana
Accion con tal enemigo:
Le azoté el rostro en castigo
De su conducta villana.

DUQUE.

Y ¿no respondió á ese ultraje
Con la espada?

CONTI.

¡Á Dios pluguiera!

DUQUE.

Y ¿dices...—¡no lo creyera!—
Que es hombre de buen linaje?

(Marinelli se habrá acercado á la mesa, donde escribe, sin dejar de prestar atencion al diálogo.)

MARINELLI.

(¡Ah, me ahogo!)

DUQUE.

¡Vive Dios!...
Marinelli, ¿has escuchado?...

MARINELLI.

Todo.

DUQUE.

Estarás indignado.

MARINELLI.

Indignado... como vos.
Mas no os irriteis.

DUQUE.

¿Qué quieres?

MARINELLI.

(¡Ira y venganza respiro!)

DUQUE.

Cuando oigo estas cosas, miro
Con vergüenza á las mujeres.
Y dé gracias á que ignoro
Su nombre...

CONTI.

No lo creereis,
Si os lo digo.

MARINELLI. (Al Duque.)

Aquí teneis
Un bono contra el tesoro.

(Entregándole un papel, que el Duque alarga á Conti.)

DUQUE.

Está bien.—Hoy á tu esposa
Darás galas y preseas.

CONTI.

¡Tanta bondad!...

DUQUE.

¿No deseas
De tu príncipe otra cosa?

CONTI.

Sí, señor, pues tanto gano
En vuestra noble indulgencia.

DUQUE.

Y ¿qué pides?

CONTI.

Una audiencia
Para el que ha de ser mi hermano.

DUQUE.

Concedido. (¡Ya esto es hecho!
Murió la esperanza mia.)

MARINELLI. (Ap. al Duque.)

¿Qué teneis?

DUQUE. (Ap. á Marinelli.)

¿Qué? ¡la agonía,
¡La muerte dentro del pecho!

MARINELLI.

Disimulad.

DUQUE.

Conti, adios.

CONTI.

Tambien de aquí me retiro.

(El Duque observa por un momento á Conti y á Marinelli.)

DUQUE.

(¡No me engañé!) Á lo que miro,
No os quereis mucho los dos.
Yo amigos os he de hacer.

CONTI.

(¡Jamas!)

DUQUE.

Tengo esa esperanza.
—¿No respondeis?

MARINELLI.

Mucho alcanza
Conmigo vuestro poder.

DUQUE.

Con eso me satisfago.

(Vase el Duque por la izquierda.)

## ESCENA VII.

MARINELLI. CONTI.

MARINELLI.

¡Conti!...

CONTI.

Yo á nada me obligo.

MARINELLI.

Ni yo.

CONTI.

Soy vuestro enemigo.

MARINELLI.

Y ¡Dios sabe si os lo pago!

CONTI.
Eso quiero.

MARINELLI.
Ya la suerte
Está echada, y ¡vive el cielo!...

CONTI.
Odio por ódio.

MARINELLI.
¡Es un duelo
Terrible!

CONTI.
¡Implacable! ¡á muerte!
(Vase por la puerta del fondo.)

## ESCENA VIII.

MARINELLI.

¿Quién vencerá? La verdad
Es que temo y desconfio
Del Duque; mas le hace mio
Su eterna debilidad.
Ya en él desperté el amor
Á Emilia; y mi triunfo es cierto,
Si ahora los celos despierto.
— ¡Yo conozco ese dolor!
(Mirando al retrato de Emilia.)
¡Encantadora homicida
De la esperanza de un triste!
¡Infausta mujer, que fuiste
Único amor de mi vida!
¿Qué pensamiento fatal
Se engendró en mi desventura,
Para arrojar tu hermosura
En los brazos de un rival?
¿Qué esperanza en este abismo
De desdichas tener puedo?
¿Cuál será, que tengo miedo
De decírmelo á mí mismo?
Beldad, gracia y juventud,
¡Todo eso tienes! Pues bien...
¿Por qué has de tener tambien
La gracia de la virtud?
¡Ay! que esa luz que en tí veo,
Hace, á la par que tu gloria,
Imposible mi victoria
Y cobarde mi deseo.
En tí mi desdicha rara
Ha hallado ese encanto nuevo;
Y te adoro, y no me atrevo
Á mirarte cara á cara.
¡Por eso mi amor te busca
Vencida! ¡por eso ensayo
Si puedo apagar el rayo
De esa virtud que me ofusca!
Y ya que Dios me negó
El valor que en tí se encierra,
¡Ángel! desciende á la tierra,
Para que te alcance yo.

## ESCENA IX.

MARINELLI. CAMILO. Despues CONTI.

MARINELLI.
(¡El hermano!)

CAMILO.
¿Puedo hablar
Á su Alteza?
(Camilo le dice esto con marcadas muestras de repugnancia.)

MARINELLI.
(¡El mismo siempre!)
Voy á verlo. (¡Cómo juega
Con el peligro esta gente!)
(Entra en la cámara del Duque: al mismo tiempo sale Conti por el fondo.)

CAMILO.
¿Estás decidido?

CONTI.
Á todo.

CAMILO.
Pero en un plazo tan breve...

CONTI.
Hoy mismo ha de ser, Camilo.
Esta sospecha vehemente
Me punza el alma, y hoy quiero
Que se decida mi suerte.

CAMILO.
Tu voluntad es la mia;
Pero dime: ¿si no accede?...

CONTI.
Si á tanto llegara... habremos
Cumplido nuestros deberes,
Y por tanto, no podrá
Acusarnos de rebeldes.

CAMILO.
Y si no te has engañado,
¿Piensas que será prudente
Irritar su amor?

CONTI.
Hermano,
Cumple tú como quien eres.
Primero es la obligacion.

CAMILO.
Quiera Dios que no lo yerres.

## ESCENA X.

DICHOS y el DUQUE.

CAMILO.
¡Mi señor!...

DUQUE.
¡Camilo! ¡Conti!...
Pues ¡tan pronto!

CONTI.
Es impaciente
El amor.

CAMILO.
Á lo que entiendo,
Sabeis la ocasion alegre
Que á vuestras plantas me trae.

DUQUE.

Es verdad; y aunque me tiene
Tu conducta algo enojado...

CAMILO.

¿Enojado! ¿de qué suerte?

DUQUE.

No vienes nunca á mi Córte.

CAMILO.

Mi pobreza...

DUQUE.

Los que deben
Tan alto nombre á su cuna,
Son ricos de gloria siempre.
¿Decias?...

CAMILO.

Que hoy vuestro artista
Estrecha en vínculo fuerte
La amistad de nuestras almas
Y el cariño de pariente.

DUQUE.

Ya lo sé; pero ignoraba
Que tan cercano estuviese...
—¡Esto ha sido una sorpresa!
(¡Amor! ¡nada hay ya que esperes!)
Lo siento á fe.

CAMILO.

¿Qué habeis dicho!

DUQUE.

¡Es tanto el lugar que tiene
Vuestra familia en mi afecto!

CAMILO.

Ya sé lo mucho que os debe.

DUQUE.

Mi boda con Margarita
De Orleans, sabes que ha de hacerse
En breve plazo.

CONTI.

(¿Qué intenta?)

DUQUE.

Mi deseo más ardiente
Era que mi noble esposa
Madrina en la boda fuese.

CAMILO.

Gracias; pero...

DUQUE.

¿No es posible?

CAMILO.

Ved ¡qué desdicha tan fuerte!
Pero está mi anciana madre
Hace tres años doliente,
Y por instantes conoce
Que se aproxima su muerte.

DUQUE. (Con impaciencia.)

Proseguid.

CAMILO.

Y ántes que el término
Del plazo terrible llegue,
Quiere bendecir á Emilia
En ese instante solemne.

DUQUE.

Mezclar el luto á las bodas...

CAMILO. (Con respeto, pero con firmeza.)

Para mí, sea como fuere,
La voluntad de mi madre
Es suprema, omnipotente.

DUQUE. (Haciéndose violencia.)

¡Basta! no se hable ya más
De este asunto: ella lo quiere,
Y yo... yo os doy mi licencia...
Y á entrambos mis parabienes.

CAMILO.

Áun hay más.

DUQUE.

Prosigue.

CAMILO.

Luégo
Que la boda se celebre,
Vamos á Módena.

DUQUE.

¡Cómo!
¿Por qué tiempo?

CAMILO.

Para siempre.

DUQUE.

¡Os extrañais de mi tierra!

CAMILO.

Tenemos allí parientes
Poderosos que nos llaman.

DUQUE.

(¡Todo contra mí se vuelve!
Esto se acabó.)

CONTI.

¿Nos dais
Permiso...

(El Duque los despide con una seña: despues que han salido, se deja caer con abatimiento en un sillon. Sale Marinelli.)

DUQUE. (Dando un suspiro.)

¡Pese á mi suerte!

## ESCENA XI.

EL DUQUE y MARINELLI.

DUQUE.

¿Ahí estabas?

MARINELLI.

Vuestra amarga
Queja con dolor escucho.

DUQUE.

¿Conoces á Emilia?

MARINELLI.

Mucho.

DUQUE.

¿Desde cuándo?

MARINELLI.

Es fecha larga.

DUQUE.
Tú puedes darme algun norte...
—¿Fué en Pisa?

MARINELLI.
Su patria es ésa.
Allí vivió la Marquesa
Desde que dejó la Córte,
Y allí tambien vuestro artista
De Emilia sintió el hechizo,
Y pagado en su amor, hizo
Tan envidiada conquista.

DUQUE.
¡Envidiada! Dilo así.
¡Si supieras!... No me atrevo
Á decirlo.

MARINELLI.
Ya no es nuevo
Ese afecto para mí.

DUQUE.
¿Has comprendido quizá?...

MARINELLI.
Que la amais.

DUQUE.
¡Pese á mi estrella!

MARINELLI.
Desde el dia en que con ella
Bailasteis, un mes habrá,
Desde aquella fecha data
De ese amor la triste historia.

DUQUE.
¡Nunca en la casa de Doria
Conociera á quien me mata!
—Yo ni áun la hubiera notado
Sin tí: ¡cómo estaba oculta
Con la máscara!...

MARINELLI.
Resulta
Que soy de todo culpado.

DUQUE.
Confiesa...

MARINELLI.
Confesaré,
Si áun esto se me consiente,
Que fuí la causa... inocente.

DUQUE.
Eso es lo que no diré.
—¡Tú inocencia!

MARINELLI.
¡Es desventura
La mia!

DUQUE.
Y si lo sospecho,
Tengo razon: nunca has hecho
Cosa alguna á la ventura.
Y despues, al verme herido,
Lanzando dolientes quejas,
Vuelves la espalda y me dejas...
—¡Para qué la he conocido!

MARINELLI.
¡Es verdad! ¡Yo os abandono!

DUQUE.
¡Indiferencia y perfidia
Veo no más! Y ¡hay quien envidia
Á los que ocupan el trono!

MARINELLI.
¡Ah, señor!

DUQUE.
¿Te juzgo mal?
Dame pruebas...

MARINELLI.
De eso trato.
—¿Pensais que de ese retrato
Fué el trueque tan casual?

DUQUE.
¡Admirable prevision!
Y Emilia pasa á los brazos
De otro hombre, y hoy esos lazos
Va á estrechar la religion.

MARINELLI.
¡Norabuena! Y ¿qué os importa?

DUQUE.
Contra mi amor será escudo.

MARINELLI.
¡No digais tal! Ese nudo,
Ó se desata... ó se corta.
(Pausa.)
Si ha de estorbar un villano
Vuestra dicha...

DUQUE.
Yo no sé
De qué modo...

MARINELLI.
¿Para qué
Sois príncipe soberano?

DUQUE.
En mi propia jerarquía
La dificultad se encierra.
Yo no quiero que en mi tierra
Me acusen de tiranía.

MARINELLI.
¡Ah! Y eso ¿qué viene á ser?

DUQUE.
El que de la fuerza abusa,
Es tirano.

MARINELLI.
Y ¿quién acusa
Al leon de su poder?

DUQUE.
Si hallara razon...

MARINELLI.
Pues ¿no?

DUQUE.
Conti en nada me ha ofendido.

MARINELLI.
Luego no habeis comprendido...
Ya lo sospechaba yo.

DUQUE.
Pues... ¿qué es lo que has visto?

MARINELLI.
Toda
Su perfidia.

DUQUE.
Eres injusto.

MARINELLI.
¡No! Bien sabía el disgusto
Que os daba con esa boda.

DUQUE.
¿Conocia mi pasion?
¿Cómo, si yo lo he ocultado
Siempre?

MARINELLI.
No hay enamorado
Que no tenga esa ilusion.
—Lo sabe, no tengo duda;
Mi experiencia no me engaña.

DUQUE.
¿Quién le ha dicho?... ¡Es cosa extraña!

MARINELLI. (Señalando al retrato.)
Esa imágen, que habla muda.

DUQUE.
Es posible.

MARINELLI.
Recordad
Su turbacion, sus recelos.

DUQUE.
Eso debe ser.

MARINELLI.
Los celos
Le hicieron ver la verdad.

DUQUE.
Y ¡ahora recuerdo! Aquel tono...

MARINELLI.
¿Veis?

DUQUE.
Y aquel desden altivo...
—Pues si es verdad, ¡por Dios vivo,
Que nunca se lo perdono!
—Y es tan bella esta venganza,
Y de tal modo me hechiza...

MARINELLI.
Para todo os autoriza
Su indigna desconfianza.
—Ea, pues, aceptad el reto.

DUQUE.
Si mi amor no estaba oculto,
Su venida...

MARINELLI.
Es un insulto
Con máscara de respeto.

DUQUE. (Con resolucion.)
¡Me vengaré!

MARINELLI.
Y en conciencia,
Así todo se concilia. (Presentándole un pliego.)
—Firmad.—Alcanzais á Emilia...

DUQUE.
¿Qué es?

MARINELLI.
Un acto de clemencia.

DUQUE.
Es virtud que estimo; pero
¿Es justo?

MARINELLI.
(¡Qué candidez!)

DUQUE.
Dí.

MARINELLI.
No se puede á la vez
Ser clemente y justiciero.

DUQUE.
¿Qué perdono aquí?

MARINELLI.
El delito
De un pobre...

DUQUE.
Algun criminal
Terrible.

MARINELLI.
¡Terrible! Tal
Como yo le necesito. (Firma el Duque.)

DUQUE.
Y ¿entregarás á ese hombre
Mi secreto?

MARINELLI.
No, por cierto;
¡Eso no!

DUQUE.
Deja á cubierto
Mi autoridad y mi nombre.

MARINELLI.
¿No habeis dicho vuestro amor
Á Emilia?

DUQUE.
Aunque es tan austera,
Si yo la viese...

MARINELLI.
Eso fuera
Por el momento mejor.
¡Ea! presentaos á su vista.

DUQUE.
¿Cómo?

MARINELLI.
Lo he pensado ya.
—Todas las mañanas va
Á la iglesia del Bautista.
La concurrencia no es mucha
Ahora: ocultad el semblante.
Prometed, mostraos amante,
Y harto será si no escucha.

DUQUE.
No me oirá: tú lo verás.

MARINELLI.
Tal vez; pero haced la prueba.
Por ménos la madre Eva
Sacrificó mucho más.

Si de un príncipe al arrullo
Cierra tirana el oido,
Decid que nunca ha sentido
Ni la ambicion ni el orgullo.

DUQUE.

Tal creo.

MARINELLI.

Pues si es verdad
Que en mujer es cosa rara,
Áun así yo la guardara
Como una curiosidad.

(Aparece un criado en la puerta del fondo.)

DUQUE.

Mira qué quieren. (¡Lo veo!)

(Marinelli se dirige á la puerta del fondo, y habla en voz baja con el criado.)

Sobre mi conciencia cargo
Un crímen, y sin embargo...
¡Persuade tanto un deseo!...
¿Qué sucede? (A Marinelli, que se le acerca.)

MARINELLI.

El tribunal
Del crímen os pide audiencia.

DUQUE.

¿Qué trae?

MARINELLI.

Tal vez la sentencia...

DUQUE.

Dí, ¿no habremos hecho mal?
Si de Emilia el corazon
Gano sin ajena ayuda,
Fuera lo mejor sin duda,
Y era ocioso ese perdon.

MARINELLI.

Pero es hoy la boda.

DUQUE.

Cierto.

MARINELLI.

Y si vuestro plan aborta,
Ya no habrá tiempo... Esto importa,
Y dad á Gubbio por muerto.

DUQUE.

¿Qué?

MARINELLI.

Sólo de esta manera
Callará. ¿Por qué he elegido
Á un desalmado, á un bandido?
Decid que su Alteza espera. (Al criado.)

(Un momento de silencio: tres magistrados entran por la puerta del fondo; uno de ellos se adelanta, y doblando la rodilla, presenta al Duque un pliego.)

## ESCENA XII.

### EL DUQUE. MARINELLI y LOS MAGISTRADOS.

UN MAGISTRADO.

¡Señor! Con duelo esta vez,
Y á precio de mi reposo,
Cumplo el deber más penoso
Que tiene el severo juez.
El tribunal, con el fuerte
Brazo de la ley armado,
Contra Angelo Gubbio ha dado
Dura sentencia de muerte.

DUQUE.

Yo, usando de mi mejor,
Más grata prerogativa,
Señores, quiero que viva.

MAGISTRADO.

Todo eso podeis, señor.
Templad la severidad
De la ley que le condena.
—Ésta aplicará otra pena...

DUQUE.

Ya le he dado libertad.

MAGISTRADO.

Mas la ley pide un castigo
Para el culpable.

DUQUE.

¿Qué es eso?

MAGISTRADO.

Ir más allá fuera exceso.

DUQUE.

Contemplad que hablais conmigo.

MAGISTRADO.

Protesto de esa sentencia.

DUQUE.

Toda reflexion es vana:
Yo represento en Toscana
La justicia y la clemencia.
¿Quién es aquí el dueño?

MAGISTRADO.

Vos;
Pero ved que así se falta
Á otra potencia más alta:
¡La justicia, hija de Dios!

DUQUE.

¡Soy soberano!

MAGISTRADO.

Es verdad;
Y ya que os hallo benigno,
Perdonad si aquí resigno
Mi inútil autoridad.

(Los otros magistrados hacen una señal de asentimiento: el Duque se turba, y Marinelli procura animarle.)

DUQUE. (Ap. á Marinelli.)

¿Ves?...

MARINELLI. (Ap. al Duque.)

Que ha vacado el empleo
Prometido.

DUQUE. (Ap. á Marinelli.)

Su nobleza
Me ha avergonzado.

MARINELLI. (A los magistrados.)

Su Alteza
Accede á vuestro deseo.

MAGISTRADO.

Gracias.

(Los tres se retiran, despues de saludar respetuosamente al Duque: éste queda confuso y desconcertado.)

### ESCENA XIII.

EL DUQUE y MARINELLI.

DUQUE.
¡Ah!

MARINELLI.
Y ahora, señor,
Pensad en vuestra conquista:
¡Á la iglesia del Bautista;
Que allí os espera el amor!

(El Duque le mira un momento, como admirado de su osadía; despues exclama con voz reconcentrada:)

DUQUE.
¡Por tí ya tiene Toscana
Un tirano!

MARINELLI.
¡Un dueño fuerte!

DUQUE.
¡Óyeme!... ¡Pide á tu suerte
Que no te pese mañana!

(Vase por la izquierda: Marinelli se queda mirándole, con una sonrisa de triunfo.)

---

# ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon de paso de la casa de Emilia: gran puerta al fondo, que es la de salida, y dos laterales, que comunican con las habitaciones interiores.

### ESCENA PRIMERA.

CAMILO. MARINELLI, UN CRIADO, á la puerta del fondo, con una caja.

MARINELLI.
¿Vuestra hermana?...

CAMILO.
Mucho siento
Que no pueda recibiros.

MARINELLI.
¿Está indispuesta?

CAMILO.
No; ausente.
¿Puedo saber el motivo?...

MARINELLI.
En efecto, esta visita
Os debe haber parecido
Muy singular.

CAMILO.
Por lo ménos.

MARINELLI.
Eso es lo que yo me he dicho;
Mas cuando sepais que soy
Mandado...

CAMILO.
¿Sí? no adivino...

MARINELLI. (Al criado.)
Acercaos. Mi noble dueño
Me envía con este rico
Presente á la desposada.

CAMILO.
¿Enviado! Eso es distinto.
(¿Tendrá razon?...) Yo no sé
Si en su ausencia...

MARINELLI.
¿Decís?...

CAMILO.
Digo
Que por mi parte...

MARINELLI.
Comprendo:
Eso toca á su marido.

CAMILO.
Pero yo, intérprete fiel
De su deseo,—id tranquilo—
Á mis hermanos lo haré
Presente. ¿Habeis concluido?

MARINELLI.
Aun no: la boda será...

CAMILO.
Ya lo sabe el Duque: hoy mismo.

MARINELLI.
Su Alteza quiere saber
La hora, el momento preciso...

CAMILO.
Donde está su voluntad,
No cabe eleccion: decídselo.

MARINELLI.
Es terminante mandato.

CAMILO.
Si es mandato, no replico.

MARINELLI.
La hora acordada es...

CAMILO.
Las doce.

(Marinelli saluda, y Camilo le acompaña hasta la puerta.)

MARINELLI.
Adios, pues. No lo permito.
(Deteniendo á Camilo.)

### ESCENA II.

CAMILO. Luégo LÁZARO.

CAMILO.
¡Lázaro!—No hay que perder
Un momento: los indicios
Son ya alarmantes.

LÁZARO. (Saliendo.)
¡Señor!

CAMILO.
Mis órdenes ¿se han cumplido?

LÁZARO.
Todas, señor.

CAMILO.
¿La capilla?...

LÁZARO.

Dispuesta.

CAMILO.

¿Has pasado aviso
Á todos?...

LÁZARO.

Podeis estar,
En ese punto, tranquilo.

CAMILO.

Ahora, escucha. Concluida
La ceremonia, salimos
Para Módena al instante.

LÁZARO.

¿Todos?

CAMILO.

Todos.—Necesito
Dos coches: tú guiarás
El de Emilia, y Pedro el mio.
Tú irás delante, ¿me entiendes?
Yo, más despacio, los sigo
Con mi madre.—¡Ah! me han contado
Que en esa tierra hay bandidos.

LÁZARO.

No faltan; pero su jefe
Era el temible, y el pícaro
Está preso y condenado
Á muerte: ya no hay peligro.

CAMILO.

No importa: tú me respondes
De Emilia y de su marido.
Toma cuantas precauciones
Te parezca...

LÁZARO.

Cuando os digo...

CAMILO.

Escoge en mi servidumbre
Cuatro hombres, los de más brío,
Los más fieles. Nada más.
—Adios.

EMILIA. (Dentro.)

¡Camilo! ¡Camilo!

## ESCENA III.

DICHOS y EMILIA, que sale pálida y asustada.

CAMILO.

¡Qué tienes, hermana mia?

EMILIA.

¡Gran Dios!
(Á una señal de Camilo se retira Lázaro.)

CAMILO.

¡Vienes alterada,
Sin color! ¿Qué te sucede?
¿Te han ofendido? ¿No me hablas?

EMILIA.

¡Ay! ¿Cómo quieres?... ¡No puedo!
Tengo un nudo en la garganta.

CAMILO.

Tranquilízate, y perdona
Mi impaciencia. Ven, descansa.
(¡Si esos hombres!...)

EMILIA.

Voy cobrando
El aliento; ya me ahogaba.

CAMILO.

¡Pobre Emilia!

EMILIA.

Juraria
Que he sentido sus pisadas
Hasta mi puerta.

CAMILO.

¿Qué has dicho!
(No me engañé.) ¿De quién hablas?

EMILIA.

Es verdad... Oye, Camilo.

CAMILO.

Ya te escucho.

EMILIA.

Esta mañana
Salí á misa... Está la iglesia,
Como sabes, inmediata.
Allí, puesta de rodillas,
Orando, en las mismas gradas
Del altar, al comun Padre
Empecé á elevar el alma.
Cuando á aquel santo misterio
Mi espíritu se entregaba,
Oí un suspiro... suspiro
Que interrumpió mi plegaria.
Quise alejarme, y no pude;
Temblando, mas resignada,
Volví á mi oracion, y en ella
Busqué la paz, sin hallarla.
Luégo, entre el sordo murmullo
De otras confusas palabras,
Oí un nombre... ¿me comprendes?
¡Era el nombre de tu hermana!

CAMILO.

Y ¿ese infame?...

EMILIA.

A pesar mio
Le oí ponderar sus ánsias
Y su amor, y mi belleza...
¡Y yo rezaba! ¡rezaba!
¡Qué tormento, hermano mio!
¡Qué angustia! ¡Verme obligada
Á oir en el mismo templo
Instigaciones mundanas!
Y yo, cerrando los ojos,
Llamé al ángel de mi guarda;
Pero ¡en vano! aquella voz
Mi cerebro taladraba.
Y ¡oia blandos requiebros,
Y luégo quejas amargas,
Despues infames promesas!
Y yo ¡rezaba! ¡rezaba!

CAMILO.
Mas ¿quién era?

EMILIA.
Llegó el fin
De la ceremonia santa:
Eché sobre el rostro el velo,
Temiendo hallar la mirada
De aquel hombre: entre sus olas
La multitud me arrastraba.
No sé cómo, obedeciendo
Á una accion involuntaria,
Alcé los ojos: ¡el miedo
Me sobrecogió! ¡Allí estaba!

CAMILO.
¿Quién?

EMILIA.
Fijo, inmóvil, clavando
En mí su ardiente mirada,
Despojado de su pompa.
(Momento de pausa.)
¡Era el Duque de Toscana!

CAMILO.
Y dime: ¿es la vez primera
Que de su pasion te habla?

EMILIA.
Sí, Camilo.

CAMILO.
¡Es caso extraño!
¿En dónde te ha visto, hermana?

EMILIA.
En el palacio de Doria,
En aquella noche infausta...

CAMILO.
Y si no recuerdo mal,
Bailó contigo.

EMILIA.
Obligada,
Es cierto. Yo, como tú,
La condicion ignoraba
De esa familia.

CAMILO.
No tiene
La reputacion muy sana.
Mas, forastero en Florencia,
Deslumbrado por la fama
Y el brillo de un nombre ilustre,
¿Quién, dime, no se engañara?
—Mas ¿nunca le has dicho á Conti?...

EMILIA.
Vivia tan olvidada
De ello, como si lo hubiera
Soñado.

CAMILO.
Olvídalo y calla.

EMILIA.
Al contrario: hoy mismo quiero
Decirle lo que me pasa,
Y que huyamos de Florencia.

CAMILO.
¡No, Emilia, no!

EMILIA.
¿Por qué causa?

CAMILO.
¿Á qué turbar su reposo?

EMILIA.
No le conozco, ó te engañas.
¡Conti es bueno! Conti abriga
Esa nobleza del alma,
Cuya ejecutoria viene
Del mejor de los monarcas.

CAMILO.
Sin embargo...

EMILIA.
Y sobre todo,
Yo pertenezco á una raza,
Que lleva de madre en hija
La frente serena y alta.

CAMILO.
¡Ay, pobre Emilia! el marido
No es el amante; y mañana
Puede hacerse recelosa
La condicion más hidalga.

EMILIA.
¿Qué dices!

CAMILO.
Tú, hermana mia,
Del mundo no sabes nada.

EMILIA.
Pues bien: déjame que viva
En mi feliz ignorancia.

CAMILO.
Pero ofréceme...

EMILIA.
Bien, bien:
Callaré, si eso te agrada.
Pero... ¿Qué es esto? (Viendo la caja.)

CAMILO.
Un regalo
De boda.

EMILIA. (Abriendo la caja.)
Y dí, ¿quién lo manda?
Tal vez Conti... No, no es Conti.

CAMILO.
Pues ¿quién te lo ha dicho?

EMILIA.
El alma.
—¿No lo ves? ¡Estas son perlas!
¡Perlas significan lágrimas!

CAMILO.
¡Qué ilusion!

EMILIA.
¿Quién lo ha traido?

CAMILO.
El Duque es quien te regala:
El portador, Marinelli.

EMILIA. (Arrojando la caja sobre la mesa.)
¿Ves cómo no me engañaba?

CAMILO.
En breve quedarás libre
De esas aprensiones vanas.

EMILIA.
Y ¿cómo?

CAMILO.
Hemos convenido
En celebrar hoy sin falta
La ceremonia.

EMILIA.
¿Mi boda?

CAMILO.
Y salimos de Toscana
Hoy mismo.

EMILIA.
¡Hoy mismo! ¡Camilo!
¿Esas nuevas me callabas?
— Pero ¡ay! la felicidad
Es egoista. ¡Qué ingrata
He sido!— ¿Y mi pobre madre?

CAMILO.
No temas: nos acompaña.

EMILIA.
¡En su estado!

CAMILO.
No hay peligro
En eso: á cortas jornadas...
— Tambien se hallará en tu boda.

EMILIA.
¿Ha dejado el lecho?

CAMILO.
¡Vaya!
No consiente que otra mano
Ponga en tu sien la guirnalda.
¡En tu ventura parece
Que revive!

EMILIA.
¡Pobre anciana!
¡Amorosa madre mia!
¿Qué es lo que el cielo nos guarda?
(Con melancolía.)

### ESCENA IV.

DICHOS y CONTI.

EMILIA. (Procurando dominar su tristeza.)
¡Conti!

CONTI.
¡Emilia, mi alegría!
— ¡Oh, perdona á mi contento!...
(Volviéndose á Camilo.)
— ¡Ya se aproxima el momento!
Ya podré llamarte mia. (Á Emilia.)

EMILIA.
Lo sé.

CONTI.
Hoy mi vida comienza.
— Pero, dime, ¿en qué consiste
Que te hallo turbada y triste?

CAMILO.
Es la vergüenza.

EMILIA.
¡Vergüenza!
Y ¿de qué?— Nunca he tenido
Por liviano devaneo
El legítimo deseo
Que nos inspira un marido.
Y ¿por qué se ha de esconder
El amor que en mí rebosa,
Si el cariño de la esposa
Es hermano del deber?

CONTI.
¿Por qué, entónces, el color
Has robado á tu hermosura?

EMILIA.
Es que tiene la ventura
Tristezas, como el dolor.

CONTI.
¡Venturoso yo, Camilo!
Yo, huérfano, nunca habia
Contemplado esta armonía
Que encierra el hogar tranquilo.
Me privó mi suerte escasa,
Siempre severa conmigo,
De aquel regalado abrigo
De mi madre y de mi casa.
Pero por tí, bella Emilia,
— ¡No hay bien que de tí no venga!
— Hoy quiere el cielo que tenga
Hogar, cariño y familia.

EMILIA.
¡Dios lo quiera!

CAMILO.
Sí querrá.

EMILIA.
(Mal mis temores resisto.)
Mas yo olvido que no he visto
Á mi madre. ¿Qué dirá?

CONTI.
Cúlpame.

EMILIA.
Tengo mejor
Recurso, si se querella:
No necesito con ella
Más disculpa que su amor.
(Entra en la habitacion de la Marquesa.)

### ESCENA V.

CONTI. CAMILO.

CAMILO.
Alegre estás.

CONTI.
Es verdad,
Camilo; y ¿cómo pudiera

No estar contento el que espera
Tamaña felicidad?

CAMILO.

¿Y tus celos?

CONTI.

De sus flechas
Áun envenenado estoy;
Mas yo daré desde hoy
Fin á mis torpes sospechas.
Hartos años he perdido
De felicidad y calma:
Tiempo es ya de que dé el alma
Sus dolores al olvido.
Sólo Emilia en mi memoria
Estará.

CAMILO.

Mejor es eso.

CONTI.

Y más cuando me confieso
Indigno de tanta gloria.
Nadie cual yo— ¡no lo dudes!
— Su piedad santa y modesta
Conoce; pero áun no es ésta
La mayor de sus virtudes.
Si callaras...

CAMILO.

Lo prometo.

CONTI.

Su voluntad contradigo;
Pero...

CAMILO.

¡Misterios conmigo!

CONTI.

Voy á decirte un secreto.
Es la causa de la fe
Invencible que arde aquí.
— Te diré cómo la vi,
Y sabrás cómo la amé.
— Fué en Pisa: en aquel momento
Un asunto meditaba,
— La Caridad,— que llenaba
Entero mi pensamiento.
Y me dije: «Esta sublime
Virtud, que tan rara es ya,
¿Dónde estará, si no está
Donde el infortunio gime?»
Y un dia, de un hospital
Bajo el tenebroso techo,
Sentada hallé junto á un lecho
Una mujer celestial.
Sentí una extraña emocion
Al verla, y quise saber
Quién era aquella mujer.
Sin duda fué inspiracion.
Llevado de mi ansiedad,
Su nombre y clase inquirí,
Y me dijeron: «Aquí
La llaman *la Caridad.*»

CAMILO.

Y ¿era Emilia?

CONTI.

Emilia era.
Y ¿quién á tan alto punto
Llenar el divino asunto
De mi Caridad pudiera?

## ESCENA VI.

DICHOS y LÁZARO.

LÁZARO.

Señor...

CAMILO.

¿Qué es eso?

LÁZARO.

Una dama
Quiere hablar á mi señora,
Vuestra hermana, y sin demora.

CAMILO.

¿Ha dicho cómo se llama?

LÁZARO.

No, y con un velo encubierta,
Ni áun el rostro deja ver.

CONTI.

¡Es raro!

CAMILO.

¿Quién puede ser?

LÁZARO.

Está esperando á esa puerta.

CAMILO. (Á Lázaro, que se va.)

Que éntre.

CONTI.

Yo en tanto veré
Á mi madre... si al fin puedo
Llamarla así.

CAMILO.

¿Tienes miedo?

CONTI. (Sonriendo con satisfaccion.)

Tambien es virtud la fe.

(Entran los dos en la habitacion de la izquierda; poco despues entra por el fondo Lázaro, guiando á la Condesa: ésta viene con un velo echado, que la oculta completamente el rostro.)

## ESCENA VII.

LA CONDESA ALINA. LÁZARO.

LÁZARO.

Esperad aquí un momento.

ALINA.

Bien.

LÁZARO.

Al instante saldrá
Mi señora.

ALINA.

Ya lo he oido.

LÁZARO.

¿Vuestro nombre?

ALINA. (Con impaciencia.)

Despejad.

LÁZARO.

(¡ Vaya un genio!) (Se va hácia el fondo.)

ALINA.

(Si pudiera
Por su gente averiguar...)
— Oid.— (¡ Pero no! eso fuera...)

LÁZARO.

¿Qué me quereis?

ALINA.

Nada ya.

(Lázaro se retira al ver salir á Emilia.)

## ESCENA VIII.

EMILIA. ALINA.

EMILIA.

¿Quién sois?

ALINA. (Alzándose el velo.)

La condesa Alina.
— Su Alteza...

EMILIA.

No prosigais.
— Quiero ahorraros la vergüenza
De decirlo: lo sé ya.

ALINA.

Siendo así, no tardaremos
En entendernos.

EMILIA.

Quizá.

ALINA.

Mis amores con su Alteza...

EMILIA.

Si os es posible pasar
Por alto vuestros afectos...

ALINA.

¿Cómo, si es lo principal!

EMILIA.

Y ¿qué tengo yo que ver?...

ALINA.

¡Mucho, señora!

EMILIA.

Esperad.

(Va á cerrar la puerta que conduce á la habitacion de su madre.)

— Podeis seguir.

ALINA.

No hace mucho
Me hallaba junto al altar
Del Bautista: allí espiaba
Los amores de un galan.
— ¿Me habeis entendido?

EMILIA.

Fuera
Impudente necedad
Deciros que no.

ALINA.

Pues bien,
¿Qué quereis que os diga más?
— Hablémonos sin rebozo;
Decidme... ¿sois mi rival?

EMILIA. (Con orgullo.)

¡Condesa!

ALINA.

Nada de hipócritas
Subterfugios. ¡La verdad!

EMILIA.

¡Señora! Al poner la planta
De esta casa en el umbral,
Si no el rubor, el despecho
Os ha debido ofuscar.
No habeis mirado sin duda
¡Tanta es vuestra ceguedad!
El blason de mis mayores,
Que sobre la puerta está.
Las hembras de esta familia
En su historia os mostrarán
Nobles y castas matronas;
Pero mancebas, ¡jamas!
En mí no ha degenerado
Esa bella cualidad
De mis abuelos: soy noble;
Soy... orgullosa ademas:
Y para ese indigno oficio
De cortesana procaz,
Tanto como mi decoro,
Se opone mi vanidad.

ALINA.

(¿Me habré engañado?) Al oiros,
¿Quién, señora, no dirá
Que brota de vuestros labios
Á raudales la verdad?

EMILIA.

Creedlo.

ALINA.

Mas no me basta
Eso.

EMILIA.

Si quereis entrar
Á ese aposento, hallaréis
Inmóvil en un sitial
Á una anciana.

ALINA.

¿Qué me importa?...

EMILIA.

Es mi madre: contemplad
Aquel semblante inundado
De no interrumpida paz.
Mirad bien aquella frente,
En la que veréis brillar
De la que fué casta esposa
La altiva tranquilidad;
Y preguntaos á vos misma
Si una mujer principal,
Si la que tiene tal madre,
Puede como vos amar.

ALINA.

¡Seguid, no importa! Mi orgullo
Como querais, lastimad.
¡Si supiérais el placer
Que esas palabras me dan!
¡Insultadme, despreciadme!
Todo es nada, porque es más
Del tormento de mis celos
La hoguera ardiente y voraz.
¡Hay en vuestra voz, señora,
Cierto poder celestial!...
Me habeis insultado, y yo...
Os respeto, á mi pesar.

EMILIA.

¡Condesa, no os conocia!
¿Qué os he dicho! ¡Perdonad!

ALINA.

¿Por qué, si teneis razon?

EMILIA.

Para eso no la hay jamas.
Que me perdoneis repito:
Sólo debo lamentar
Vuestra desdicha; teneros
Compasion... y ¡nada más!

ALINA.

¡Compasion! ¡ay! yo no sé
Si merezco esa piedad.
Tambien tuve noble madre,
¡Noble, como la que más!
Por eso es mayor mi afrenta,
Diréis, y no diréis mal.
¡Si yo pudiera, señora,
Mis delirios olvidar!...
Pero el cariño, el incienso
De la lisonja fatal;
El prestigio, que en los príncipes
Es segunda majestad,
Contrarios de mi pureza
Me hicieron prevaricar.
Y desengaños, desprecios,
Ingratitud, nada es ya
Bastante para que pueda
Volver un momento atras.

EMILIA.

(¡Infeliz!)

ALINA.

Yo me retiro.
Ántes quisiera estrechar
Esa mano... y no me atrevo.

EMILIA. (Dándole la mano.)

Sólo es vuestra enfermedad
Peligrosa para aquellas
Que se quieren contagiar.

ALINA.

Adios, pues.

(Emilia acompaña á la Condesa hasta la puerta.)

## ESCENA IX.

EMILIA. Luégo LÁZARO.

EMILIA.

¡Gracias, Dios bueno!
Habeis querido mostrar
Á la esposa, de ese abismo
La horrible profundidad.
—¿Qué hay, Lázaro?

LÁZARO.

El sacerdote
Al instante llegará.
La capilla está dispuesta,
Y decorado el altar.

EMILIA.

¡Oh, gracias! todos tendréis
Parte en mi felicidad.

LÁZARO.

(¡Es tan buena!)

EMILIA.

¿Y mis doncellas?

LÁZARO.

Allí preparando están
Galas y joyas.

EMILIA.

No quiero
Hacer á Conti esperar. (Vase por la derecha.)

## ESCENA X.

LÁZARO. Luégo ÁNGELO, por el fondo, recatándose.

LÁZARO.

Hoy es gran dia.

ÁNGELO.

(Está solo.)
¿Lázaro? (A media voz.)

LÁZARO.

Pero ¿qué es esto?

ÁNGELO.

¡Chist!

LÁZARO.

Yo conozco esa cara,
Y la he visto...

ÁNGELO.

Yo lo creo.

LÁZARO.

¡Ángelo!

ÁNGELO.

¡No alces la voz
De ese modo, majadero!

LÁZARO.

¿Cómo has entrado hasta aquí?

ÁNGELO.

Sin ruido: todo está abierto.

LÁZARO.

¡Qué desórden!

ÁNGELO.

Eso tienen
Las bodas y los entierros.

LÁZARO.

Pero dí: ¿cómo has podido
Escaparte de tu encierro?

ÁNGELO.

¡Vaya! alguna vez habian
De valer ruegos de buenos.

LÁZARO.

¿Á qué vienes?

ÁNGELO.

Cuando está
La conciencia de por medio,
Y la opinion... ya lo sabes,
Mi opinion es lo primero.

LÁZARO.

¡Véte! ¡no me comprometas!

ÁNGELO.

Pues, como te iba diciendo,
Yo tenía unos florines
Mal ganados, lo confieso,
Y hasta no restituirlos...

(Le alarga un bolsillo.)

LÁZARO.

¿Qué me das aquí?

ÁNGELO.

Dinero.

LÁZARO.

¡Dinero!

ÁNGELO.

¿De cuándo acá
Desconoces á tu dueño?
—Eso es tuyo.

LÁZARO.

¡Cómo mio!

ÁNGELO.

¿No te acuerdas?

LÁZARO.

No me acuerdo.

ÁNGELO.

¿Has olvidado aquel amo?...
—¡Dios le tenga allá en el cielo!

LÁZARO.

¡Ángelo!

ÁNGELO.

Que nos trajiste
Á los montes...

LÁZARO.

¡Chit! ¡silencio!
Si alguno te oyese...

ÁNGELO.

El pobre
Señor, entre otros objetos...
Divisibles... nos dejó
En un diamante un portento.
Por no despertar sospechas
No quise entónces venderlo.
—Esta es tu parte. (Le alarga el bolsillo.)

LÁZARO.

Te juro
Que sólo de verla tiemblo.

ÁNGELO.

Eso es otra cosa: adios.

LÁZARO.

Yo no he dicho que no quiero.
Al fin, bien ganado ha sido.

(Tomando el bolsillo.)

¡Te juro que pasé un miedo!
—Y ahora, ¿qué quieres?—Supongo
Que éste no ha sido el objeto...

ÁNGELO. (Ofendido.)

Y ¿por qué no? Me creias
capaz...

LÁZARO.

Bien: no hablemos de eso.

ÁNGELO.

Y entre camaradas... ¡quita!

(Hace que se va.)

—Oye, ¿á quién estás sirviendo?

LÁZARO.

Á una familia modesta,
Aunque ilustre.

ANGELO.

Ya te entiendo.

LÁZARO.

No hay lo que buscas.

ÁNGELO.

¿Quién sabe?
Me han dicho que hay casamiento.

LÁZARO.

Hoy mismo: ya sólo esperan
Al sacerdote allá dentro.

ÁNGELO.

¿No habrá medio de impedirlo?

LÁZARO.

Imposible.—Y ¿á qué efecto?

ÁNGELO.

Dí: si no me han informado
Mal, cuando salgan del templo...

LÁZARO.

¿Qué templo? Es en la capilla
De casa.

ÁNGELO.

Lo mismo es eso.
Despues de la ceremonia,
Tienen no sé qué proyecto...
—Si á mi memoria no ayudas,
No haremos nada de bueno.

LÁZARO.

Vamos á Módena.

ÁNGELO.

¡Ya!
—¿Por dónde?

LÁZARO.

Camino recto.
¿Quieres más?

ÁNGELO.

Eso me basta.
—Adios, Lázaro.

LÁZARO.
Te advierto
Que el lucro no será mucho.

ÁNGELO.
Con la novia me contento.

LÁZARO.
¡Qué! ¿Te has hecho libertino?
¡Á tu edad!

ÁNGELO.
¡Eh, no seas necio!
Cuenta con tu parte, ¿entiendes?
Cien ducados cuando ménos.

LÁZARO.
Eso no.

ÁNGELO.
¿Grátis? Mejor.

LÁZARO.
Es que no quisiera en esto...

ÁNGELO.
Tú ya no te perteneces.

LÁZARO. (Resignado.)
Tomaré mi parte.

ÁNGELO.
Bueno.

LÁZARO.
Pero véte.

ÁNGELO.
Áun no te he dicho
Lo principal.

LÁZARO.
Es que tengo
Un miedo...

ANGELO.
En nada has cambiado.
—Dí: ¿quién irá dirigiendo
El coche?

LÁZARO.
Yo.

ÁNGELO.
Todo sale
Á medida del deseo.
—Ya conocerás la quinta
Del Duque.

LÁZARO.
Si no recuerdo
Mal...

ÁNGELO.
La conoces: pues bien;
Junto á ella, das en el suelo
Con la carga.

LÁZARO.
Y ¿de qué modo?

ÁNGELO.
¡Bah! No será el primer vuelco
Que has dado.

LÁZARO.
No tal.

ÁNGELO.
Ni el último,
Si yo vivo mucho tiempo.
Adios.

(Vase por el fondo.)

LÁZARO.
¡Nada! Cuando el diablo
Nos atrapa de un cabello,
Ya es dueño de la cabeza:
Esto no tiene remedio.
—Vamos á cumplir en tanto...

(Se oye dentro rumor.)

—¿De qué proviene ese estruendo?

(Se dirige al fondo.)

## ESCENA XI.

CONTI y CAMILO, que salen por la izquierda. LAZARO, y luégo EL DUQUE y MARINELLI.

CONTI.
Si habrán llegado... ¿Quién viene?

CAMILO.
Sin duda son nuestros deudos.

UNA VOZ.
El gran Duque de Toscana.

CAMILO.
Á recibirle volemos. (Se dirige al fondo.)

CONTI.
(¡Dudas, ya sois evidencias!)

CAMILO.
Ya está aquí.—¡Señor! ¿qué es esto?

(El Duque y Marinelli vienen por el fondo.)

## ESCENA XII.

DICHOS. EL DUQUE y MARINELLI: gentes del Duque en el fondo.

CONTI.
(Tal vez deshonrarla quiera
Con este público alarde.)

(Saluda al Duque y va á confundirse con las gentes que hay en el fondo: desde allí observa cuanto pasa en la escena.)

DUQUE.
Voy á mi quinta esta tarde,

(El Duque habla á Camilo con marcado desabrimiento.)

A probar una pantera,
Y he querido de pasada,
—Ya que no he de apadrinar
La boda,—felicitar
Á la bella desposada.
—¿Cómo no está aquí?

CAMILO.
¡Señor!
No esperaba que á tal punto
La honrarais...

DUQUE.
Mas ¿qué pregunto?
Estará en su tocador.

CAMILO.

Voy á darla esta sorpresa
Agradable.

DUQUE.

No; prefiero
Esperarla: en tanto quiero
Saludar á la Marquesa.
—Anunciadme.

(Hace seña á sus gentes de que se retiren.)

## ESCENA XIII.

EL DUQUE. MARINELLI.

MARINELLI.

Poco humano
Estáis...

DUQUE.

¿No es suya la falta?
—No sabes lo que me exalta
El orgullo de este hermano.

MARINELLI.

Eso sí...

DUQUE.

Conozco á veces
Que es flaqueza, lo concedo;
Pero me irritan, no puedo
Tolerar las altiveces.
Sólo en ella no condeno
Esta culpa...

MARINELLI.

Por lo nueva.

DUQUE.

Y es necesario que beba
Otra vez este veneno.

MARINELLI.

¿Qué ganais dando este paso?

DUQUE.

¡Sólo ver á esa inhumana!
¡Verla! —¡Desde esta mañana
Con nuevo furor me abraso!
¡Con qué indiferencia altiva
Escuchó el afecto mio!

MARINELLI.

La veréis pronto, os lo fio,
Enamorada y cautiva.

DUQUE.

No lo espero.

MARINELLI.

La más brava
Mujer, la más altanera,
Con el que la ruega es fiera;
Con el que la vence, esclava.

## ESCENA XIV.

DICHOS Y CAMILO.

DUQUE. (Ap. á Marinelli.)

¡Calla!

CAMILO.

Mi señora madre
Saldrá al momento...

DUQUE.

¡Eso no!

(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)

CAMILO.

¡Cómo!...

DUQUE.

Esto y más debo yo

(Se ve á Conti aparecer en el fondo.)

A lo que fué vuestro padre.

CAMILO.

Quien su nombre heredó, pienso
Que á su fama corresponde.

DUQUE.

¡No sé lo que os diga, Conde!

(Camilo va á acompañarle, y el Duque se lo impide.)

—No vengais; yo os lo dispenso.

(Entra por la izquierda, seguido de Marinelli.)

## ESCENA XV.

CAMILO Y CONTI.

CAMILO.

¡Hermano!

CONTI.

Todo lo oí.

CAMILO.

Declarada está la guerra,
Y hasta salir de esta tierra,
Ya no hay honra para mí.

CONTI.

Pues bien, procura que esté
A punto la gente toda.

CAMILO.

¡Sí, sí! despues de la boda,
Ni un momento esperaré.

(Vase por el fondo.)

## ESCENA XVI.

CONTI, despues EMILIA, vestida de blanco, pero con sencillez.

CONTI.

Y yo ¡no sufro, aunque callo!
—¡Gran Duque! ¡tu tiranía
Lo quiere! desde este dia
Dejo de ser tu vasallo.
—¡Emilia! (Viéndola salir.)

EMILIA.

Dime: ¿es verdad
Lo que dicen?...

CONTI.

¿Qué te pasa?

EMILIA.

¿Está el Duque en nuestra casa?

CONTI.

Cierto.

(Desde este momento observa Conti con ansiedad la fisonomía de Emilia.)

EMILIA.

¡Extraña novedad!

CONTI.

Y ¿por qué tanta fortuna
Te admira?

EMILIA.

(¡Es un nuevo ultraje!)

CONTI.

Ha rendido este homenaje
A tu beldad... y á tu cuna.
—¿No entras á verle? Al salon
Pasó con tu madre ahora.

EMILIA.

(¡Qué feliz es el que ignora!)

CONTI.

(¿Por qué es esa turbacion!)

EMILIA.

No entraré, si no me llama.

CONTI.

Mas con un príncipe, es ley...

EMILIA.

Si él tiene fueros de rey,
Yo privilegios de dama.
—Y ahora, dime, Conti: ¿quién
Está triste?

CONTI.

No es tristeza;
Contemplando tu belleza,
Dudaba de tanto bien.

EMILIA.

¿Me engañas?

CONTI.

No.

EMILIA.

Siendo así,
Sonríeme y soy dichosa.

(Desde este momento empieza á desvanecerse la tristeza de Conti.)

Quisiera ser más hermosa,
Sólo por ser para tí.

CONTI.

¡Harto bella, Emilia mia,
Eres ya! Te admiro y... Pero,
¿Y tus joyas?

EMILIA.

Yo no quiero
Más joyas que mi alegría.
Ella y mi amante terneza
Son mi tesoro mayor.

CONTI.

Es que, como soy pintor,
Rindo culto á la belleza. (Sonriéndose.)
Pero si prenda tan rara
Con tu hermosura me das,
Sé tambien que vale más
Tu corazon que tu cara.

EMILIA.

¡Bien, Conti!

CONTI.

Pero ¿qué quieres?
Dios que tan bellas os hizo,
Por algo ha dado ese hechizo
Soberano á las mujeres.
Tengo vanidad, aparte
De que tambien me da enojos,
Cuando se vuelven los ojos
De todos para admirarte.
Te quiero modesta, oscura;
Pero ¡ay! perdono á la fama,
Cuando reina te proclama
Del donaire y la hermosura.
Cuando el general murmullo,
Para más encarecerte...

EMILIA.

Yo te quiero de otra suerte:
Tu cariño, ése es mi orgullo.
La impaciencia que me abrasa,
Cuanto mi ambicion desea,
Se cumplirá cuando sea
Reina de tu pobre casa.

CONTI.

¡Pobre, sí! Mas ya blasona
De la ventura que espera.

EMILIA.

Verás si en su humilde esfera
Sé conquistar mi corona.

CONTI.

¡Cómo se va á enriquecer
De inspiracion, á tu vista,
Del enamorado artista
El silencioso taller!

(Camilo viene por el fondo.)

De hoy más, si del arte, ufano
Busco la palma gloriosa,
Tú darás, querida esposa,
Seguridad á mi mano.

## ESCENA XVII.

DICHOS y CAMILO.

CAMILO.

Y para que más influya
Tu caridad en su celo,
Tendrá en su casa el modelo,
Que ántes buscaba en la tuya.

EMILIA.

¡Conti! ¿Mis secretos vendes?
De mi engañada confianza
Yo sabré tomar venganza.

CONTI.

¡Cómo! pues ¿de eso te ofendes!

EMILIA.

Permitido es ya á mi labio...

CAMILO.

Sé con tu esposo benigna.

EMILIA.

La venganza será digna

De lo enorme del agravio.
Yo tambien te venderé.

CONTI.

Oye...

EMILIA.

Hablar no te permito.

CAMILO.

Pero ¿cuál es su delito?

EMILIA.

Tú verás cómo le amé.
—Estaba yo una mañana
De la alegre primavera,
Junto á la fresca ribera
Que el Arno en Pisa engalana.
Llena de dulce tristeza,
Al par que avanzaba el dia,
Blandamente se dormia
Toda la naturaleza.
Flores ostentaba el suelo,
Serenidad el ambiente,
Mansedumbre la corriente,
Y luz el alegre cielo.
Bajaban al mar bravío
Cien naves, la vela hinchada:
Parecia... una bandada
De los ánades del rio.
Mas súbito, aquel reposo
Trocando en ira violenta,
Resonó de la tormenta
El rugido pavoroso;
Y vuelto de su desmayo
Aquel cielo, ántes sereno,
Habló con la voz del trueno,
Se iluminó con el rayo.
Llamó luégo mi atencion,
Con espanto, una barquilla,
Que distante de la orilla,
Vagaba sin direccion.
Seco grito de amargura
Partió de su espacio estrecho:
¡Era una madre, que al pecho
Llevaba una criatura!
Pronto en las entrañas hondas
Del rio se sumergió
La nave, y sólo se vió
Á la madre, entre las ondas,
Desatentada, la frente
Siniestra, el cabello suelto,
Arrollada en el revuelto
Empuje de la corriente.
Todo era allí angustia y llanto.
«¡Favor! ¡Socorro!» exclamaban
Todos; mas todos temblaban,
Sobrecogidos de espanto.
—Uno solo no tembló.
¿Á qué pronunciar su nombre?
Baste decirte que un hombre
Á salvarla se arrojó.
Y ¡las aguas le envolvieron
En sus olas palpitantes!...
¡Estos horribles instantes
Siglos para todos fueron!
Á aquella noble ansiedad
Nada excede, nada iguala.
Y ¿hay quien nos dice que es mala
Nuestra pobre humanidad!
Ruegos, votos y oraciones
Le seguian: de repente,
Un «ahí está» brotó ardiente
De todos los corazones.
Y allí estaba, hecho pedazos,
Lívido con la agonía;
Mas ¿qué importa, si traia
Dos séres entre sus brazos?

CONTI.

¡Vieja historia!

EMILIA.

Eso ¿qué prueba?
—Es antigua, ya lo sé;
Mas para aquel que la ve
Es siempre una historia nueva.

CAMILO.

¡Su Alteza!

(Viendo aparecer al Duque y á Marinelli.)

## ESCENA XVIII.

DICHOS, EL DUQUE y MARINELLI.

DUQUE.

Por fin os veo.

(Camilo y Conti, al ver al Duque acercarse á Emilia, se alejan con respeto, pero en el que se deja ver la zozobra.)

EMILIA. (Á media voz.)

¿Esto es honra ó es agravio,
Señor?

DUQUE.

No puede mi labio
Expresaros mi deseo.
Mas... juzgad por lo que calla.

EMILIA. (En alta voz.)

Bien, señor; ¡no lo digais!
Sin más favor, harto honrais
Á vuestra pobre vasalla;
Que un príncipe como vos,
Cuando mis umbrales pasa,
La dicha trae á mi casa,
Ó no es imágen de Dios.

DUQUE.

¡Tal poder me concedeis!
Pues si yo el de Dios tuviera,
Emilia Ricci... yo os diera
La dicha que mereceis.
Sujeto á las duras leyes
Estoy de la humanidad;

Que no es la felicidad
Patrimonio de los reyes.
¡Qué hermosa estáis! Os admiro...
(Ap. á Emilia.)

EMILIA.

Permitid... (Quiere alejarse, y el Duque la detiene.)

DUQUE.

Pues ¿en qué os falto,
Bella Emilia?

EMILIA. (Con firmeza.)

Hablad más alto,
Señor Duque, ó me retiro.

DUQUE. (Ofendido.)

¡Ah!

EMILIA. (Cambiando de tono.)

Lo exige mi reposo.
—Llamad á Conti.

DUQUE.

Es que vengo
Á hablaros...

EMILIA.

Mas yo no tengo
Secretos para mi esposo.

DUQUE.

¿Sabe mi amor?

EMILIA.

Es razon.

DUQUE.

Eso me podrá ofender...

EMILIA. (Con firmeza.)

Conozco vuestro poder;
Pero sé mi obligacion.
¿Lo ois?

DUQUE.

(Me ha desconcertado.)
Muy bien.

EMILIA.

Y hablad de otra cosa;
Que esta situacion penosa
Se prolonga demasiado.

DUQUE.

Cierto. (Me vence... y me humilla.)
—¿Qué esperais? ¿No es la hora ya,
Conti?

CONTI.

El sacerdote está
Esperando en la capilla.

DUQUE.

Y aquí vuestra madre llega.

(Conti y Camilo se dirigen hácia la puerta de la izquierda en actitud de recibir en ella á la Marquesa. Esta no aparece hasta la siguiente escena.)

EMILIA.

Por su noble ancianidad
Os conjuro...

DUQUE.

¿Qué?

EMILIA.

Olvidad
Ese capricho que os ciega.
—¡Juradlo!

DUQUE.

¡No; siento aquí
Negros celos!

(Emilia, dirigiendo al Duque una mirada altiva, se aleja repentinamente de él, dirigiéndose hácia su madre, que aparece en este momento á la puerta de la izquierda. La Marquesa trae una corona de rosas blancas en la mano. Cuando Emilia se arrodilla, la colocará en la cabeza de ésta.)

### ESCENA XIX.

DICHOS y LA MARQUESA, apoyada en dos criadas. Su palidez y la lentitud de sus movimientos indicarán precisamente su estado.)

EMILIA. (Arrodillándose delante de su madre.)

¡Madre mia!
¡Bendecidme, y sea este dia
De ventura para mí!

(La Marquesa, despues de coronar á su hija, coloca una mano sobre su cabeza en actitud de llamar sobre ella la bendicion del cielo. El Duque contempla esta escena con respeto, Marinelli con ira. Un momento ántes de caer el telon vienen por el fondo los convidados y las gentes de la servidumbre del Duque.)

---

## ACTO TERCERO.

---

Sala de una quinta del Duque, á pocas leguas de Florencia. En el fondo, la puerta de entrada; en el ángulo que forman las dos paredes á la derecha del actor, una puerta secreta. Otra puerta á la izquierda, y enfrente de ella un balcon.

### ESCENA PRIMERA.

EMILIA, muy agitada; EL DUQUE y MARINELLI.

DUQUE.

Tranquilizaos.

EMILIA.

No podré
Hasta saber de mi esposo.
¿Por qué tarda? ¿Si está herido?

DUQUE. (Ap. á Marinelli.)

¡Cuánto amor!

MARINELLI. (Ap. al Duque.)

Pasará pronto.
—Yo le he visto hace un momento,
Persiguiendo á esos demonios
Encarnados. ¡Qué osadía!
Aun no he vuelto de mi asombro.

DUQUE.

Vuestros temores comprendo;
Mas necesitais reposo.
El viaje, las peripecias
De un dia, emociones todo;
El espectáculo triste
De ese combate horroroso...

EMILIA.

Teneis razon : necesito
Descanso; mas no habrá modo
De alcanzarlo, si vencer
Mis inquietudes no logro.

DUQUE.

Á lo ménos, procurad
Calmaros, miéntras dispongo
Que indaguen el paradero
De Conti : de esto os respondo.

EMILIA.

Mi gratitud...

DUQUE.

¡Oh! no es eso...
(¿Qué iba á decir?) Vuestro gozo
Bastará por recompensa
De mi afan.

EMILIA.

Pienso lo propio.

DUQUE.

Entre tanto es mi deber,
Viéndoos en tal abandono,
Daros la hospitalidad...
(Señalando la puerta de la izquierda.)

EMILIA.

Que acepto.

DUQUE.

¿Sin temor?

EMILIA.

¿Cómo!
En la morada inviolable
De los Duques generosos
De Toscana no ha cabido
Ni puede caber el dolo.
(Vase por la izquierda.)

## ESCENA II.

EL DUQUE. MARINELLI. Hay un momento de silencio.

DUQUE.

¿Qué es de Conti?

MARINELLI.

La verdad,
No lo sé.

DUQUE.

Pero supongo
Que has respetado su vida.

MARINELLI.

Yo no puedo hacerlo todo.

DUQUE.

¡Vive Dios!...

MARINELLI.

La trama es mia;
La ejecucion es del otro.

DUQUE. (Con impaciencia.)

Pero...

MARINELLI.

Y ¿quién puede á las iras
De los hombres poner coto?
El pintor ha resistido,
Á lo que entiendo, de modo,
Que en el calor del combate...
Y Ángelo, que es rencoroso...

DUQUE.

¡Marinelli! si has llevado
Hasta ese extremo tu encono,
He de hacer que te separen
La cabeza de los hombros.

MARINELLI.

«¡Marinelli! ¡Emilia es toda
Mi gloria! ¡es el bien que adoro!
Dame la vida : en tus manos
Mi paz y mi dicha pongo.»
Y el bueno de Marinelli,
Que nunca puede ser sordo
Á las quejas de su dueño,
Sin ódio á Conti,—¿qué es ódio?
— Traza su plan; mas sucede
Quizás que, escapado el plomo,
Se encontró con el marido,
En vez de encontrar con otro.
—«¡Marinelli! la cabeza
Te he de separar del tronco,
Si el marido...»— Yo no he visto
Un rival tan generoso.

DUQUE.

Tú sabes algo.

MARINELLI.

¿Yo? nada;
(Viendo á un criado, que aparece en la puerta del fondo.)
Mas voy á saberlo pronto.
Ved á Emilia : consoladla.

DUQUE.

¡Oh! ¡no me atrevo!

MARINELLI.

En sus ojos
Secad las lágrimas : ¡ tienen
Un encanto los sollozos!

DUQUE.

Áun no es tiempo : hasta saber
Qué es del pintor, fuera el colmo
De la infamia...

MARINELLI. (Al criado.)

¿Está ese hombre?

CRIADO.

Ya espera.

DUQUE.

Te dejo solo.
(Vase por la puerta del fondo, izquierda; un momento despues sale por la misma puerta, pero por el lado opuesto, Ángelo.)

## ESCENA III.

MARINELLI. EL CRIADO. Despues ÁNGELO.

MARINELLI.

Ya sabes : á la salida...

CRIADO.

Si el diablo no le socorre...

MARINELLI.

Basta : de tu cuenta corre
Que no hable más en su vida.

(Vase el criado.)

—Hazle entrar.—¿Es que flaquea
El Príncipe, ó yo estoy ciego,
Y neciamente le ruego
Con lo mismo que desea?

ÁNGELO. (Aparece.)

¿Va á vuestro gusto la danza?

MARINELLI.

No puedo decir que sí,
Hasta ver...

ÁNGELO.

¿Teneis de mí
Alguna desconfianza?

MARINELLI.

Acaso.

ÁNGELO.

¡Voto á mil truenos!

MARINELLI.

En cuanto al rapto, has cumplido.

ÁNGELO.

Pues bien...

MARINELLI.

¿Ha muerto el marido?

ÁNGELO.

Muerto no; mas poco ménos.

MARINELLI.

¿La razon?

ÁNGELO.

Es buena prenda.

MARINELLI.

Tu desconfianza es injusta.

ÁNGELO.

Como la vuestra : me gusta
Tratar... ¡pues! con quien me entienda.

MARINELLI.

(¡Infame!)

ÁNGELO.

Yo no soy necio
Ni confiado.

MARINELLI.

(Esa es tu suerte.)

ÁNGELO.

Y he pensado que esta muerte
Tiene para vos gran precio.

MARINELLI.

Pues te engañas : no doy yo
Valor...

ÁNGELO.

¡Ya veis mi inocencia!
¡Me he equivocado! ¡paciencia!
(Pero jurara que no.)
Yo me dije : hasta pillar
El dinerillo del socio,

(Movimiento de orgullo de Marinelli.)

Se quedará este negocio
Pendiente : con que... á pagar.

MARINELLI.

(¿Qué haré?)

ÁNGELO.

Mi franqueza es tosca;
Pero allá queda el paciente,
Y le soltará mi gente,
Si no vuelvo... y con la mosca.

(Con intencion.)

MARINELLI.

¿Y si me vendes?

ÁNGELO.

¿Qué gano
Con mentir?

MARINELLI.

Si no, ya sabes...

ÁNGELO.

¡Oh! y estos negocios graves
Los hago yo por mi mano.

MARINELLI. (Dándole un bolsillo.)

Toma.

ÁNGELO.

Bien ganado ha sido.

MARINELLI.

Por el rapto.

ÁNGELO.

Y que la broma
Fué... ¡Pobre Lázaro!

MARINELLI. (Dándole otro bolsillo.)

Y toma
Por la muerte del marido.

ÁNGELO.

Es justo : el pobre señor
Va á tener un rato malo.
—Y la muchacha es regalo
Digno de un emperador. (Con malicia.)

MARINELLI.

¡Cuenta con ese lenguaje!

ÁNGELO.

Entiendo.

MARINELLI.

Y no hables jamas
De este asunto.

ÁNGELO.

¡Pche! Quizás
Me decida á hacer un viaje.

MARINELLI.

Bien.

ÁNGELO.

Esta tierra es mal sana,
Yo no soy jóven, y tengo
Mis achaques.

MARINELLI.

Te prevengo
Que no vuelvas á Toscana.

ÁNGELO.

Nunca : es cosa convenida.

No me pescará en sus redes
Aquel mal juez.

MARINELLI.

Y si puedes,
Procura enmendar tu vida.

ÁNGELO.

¿Es cosa de dar espanto?

MARINELLI.

¿Eso dudas?

ÁNGELO.

De manera,
Que si en el mundo no hubiera
Tanto bribon, fuera un santo.

MARINELLI.

¿Eh?

ÁNGELO.

Pero tengo un rapaz
Tamañito: es mi flaqueza,
Y ¡le adoro! con franqueza,
Y le doy gusto, y en paz.
No le quiero de mi porte,
Aunque ya el chico es bravío,
Feroz; pero yo le crio
Para señor de la Córte.

MARINELLI.

Di, ¿no acabarás?

ÁNGELO.

Pero ello
Cuesta, el ingenio se aguza,
¡Pues! y si alguno me azuza,
Me lleva por un cabello.

MARINELLI.

Ya me impacientas.

ÁNGELO. (Dirigiéndose á la puerta.)

Y es llano:
Cuando hay chiquillo y mujer...

MARINELLI.

Y ¿qué tengo yo que ver
Con tus afectos, villano?

ÁNGELO.

Vaya, ¡qué mal corazon!

MARINELLI.

Véte y no vuelva yo á verte.

ÁNGELO.

Voy, señor.

MARINELLI.

Ó hallas tu muerte.

ÁNGELO.

(¡Me repugna este bribon!)

(Se va por el fondo.)

## ESCENA IV.

### MARINELLI y LA CONDESA.

MARINELLI.

¡Paolo! déjale salir:
¡Cuidado con que le ofendas!

(Esto lo habrá dicho asomado al balcon, que cerrará al retirarse. En el mismo instante se abre la puerta secreta y aparece por ella la Condesa.)

MARINELLI.

¿Vos aquí!

ALINA.

¿Qué hallais en esto
De singular?

MARINELLI.

No quisiera
Que mi señor...

ALINA.

(Y ¡lo sufro!)

MARINELLI.

(Yo haré clavar esa puerta.)

ALINA.

¡Marinelli! para usar
Conmigo tanta insolencia,
Debeis estar muy seguro
De que mi desgracia es cierta.

MARINELLI.

No hago más que obedecer
La voluntad de su Alteza,
Sus órdenes.

ALINA.

Mas ¿la causa?...

MARINELLI.

¿La causa? no me interesa.

ALINA.

¡Cuidado! Áun no desespero
De triunfar.

MARINELLI.

Yo bien quisiera...

ALINA.

Tengo, para sujetar
Al Duque entre mis cadenas,
Talismanes poderosos.

MARINELLI.

¿Qué más que vuestra belleza?

ALINA.

¡La adulacion! ¡No teneis
Otro valor ni otra ciencia!
—No es eso lo que aquí busco.

MARINELLI.

Pues ¿qué?

ALINA.

La verdad entera.

MARINELLI.

Y ¿os iréis?

ALINA.

Un desengaño;
Eso quiero: la evidencia
De que soy aborrecida,
Por más que amarga me sea.

MARINELLI.

Y ¿me prometeis?...

ALINA.

Mi orgullo
No me permite bajezas.

MARINELLI.

Tiene aquí el Duque una dama.

ALINA.
Ya lo sospechaba.—¿Es bella?
MARINELLI.
No tanto como vos.
ALINA.
Ya
Esperaba esa respuesta.
—¿Es hermosa?
MARINELLI.
No diré...
ALINA.
Ya me impacientais.
MARINELLI.
No es fea.
ALINA.
(¡Á mucho se ha aventurado!
Debe de ser hechicera.)
— Y ¿su nombre?...
MARINELLI.
Emilia Ricci.
ALINA.
¡Pobre corazon, alienta!
¡Emilia, la desposada
De Conti!
MARINELLI.
Y ¿eso os alegra?
ALINA.
Mucho, Marinelli, mucho.
Su voluntad es ajena...
MARINELLI.
Ya entiendo : quereis decir
Que obedeciendo á la fuerza
Solamente...—Y ¿si al contrario?...
ALINA.
¡Oh, no! ¡Impostura! ¡blasfemia!
¡Emilia de sí olvidada!
¡Emilia cómplice vuestra!
Áun guardo de la virtud,
Á lo ménos, la creencia.
MARINELLI.
¿Ya no sabeis lo que pueden
El amor y las finezas
De un príncipe?
ALINA.
Sí, lo sé,
Y ¡ojalá no lo supiera!
MARINELLI.
Una gota y otra gota...
ALINA.
Es verdad.
MARINELLI.
Cavan las peñas.
¡La seduccion! ésta es
La verdadera violencia.
ALINA.
Pero ¿es preciso dudar
De la virtud en la tierra?

MARINELLI.
¡Bah! ¡Teneis unas preguntas!...
Eso no os honra, Condesa.
ALINA.
¡Oh, no es posible! Si Emilia
Ha engañado mi experiencia;
Si eso es verdad, no hay criatura
Tan villanamente pérfida.
MARINELLI.
Es que hay organizaciones
Especiales : unas pecan
Por el escándalo, y otras
Por amor ó por flaqueza.
Hay quien escucha á su orgullo,
Miéntras otra, más modesta,
Ama, y sin embargo, quiere
Respetar las apariencias.
Nuestra Emilia, acostumbrada
Á la vulgar existencia
Del hogar tranquilo, es tímida,
Dulce, apasionada, tierna.
Amó al Duque; mas temiendo
La humana maledicencia,
Buscó un marido. ¡Es la historia
De otras mil! Si os interesa...
ALINA.
Seguid.
MARINELLI.
Mas suelen á veces
Sobrevenir contingencias
Imprevistas. Ya os supongo
Sabedora de la nueva.
ALINA.
¿La nueva?
MARINELLI.
El pobre pintor,
Amante, y marido apénas,
Se ve asaltado; le arrastran
Los bandidos á la selva.
ALINA.
¡Qué horror!
MARINELLI.
¡Oh! No se concibe
Tan descarada insolencia.
Aquí, cerca de la quinta
Del mismo Duque... ¡á su puerta!
ALINA.
¡Le han muerto!
MARINELLI.
¡Qué! ¿Ya os lo han dicho?
ALINA.
Es natural consecuencia.
MARINELLI.
Pues ¿cómo?...
ALINA.
El crímen sería
Inútil de otra manera.

MARINELLI.
No entiendo.

ALINA.
¡No entiende! ¡Es mucha
La habilidad palaciega!
—¡Ah, Marinelli! ¡Atreveos
Á mirarme!

MARINELLI.
¿Que me atreva?...

ALINA.
¿Qué papel representais
En esta infame tragedia?

MARINELLI.
¿Yo!

ALINA.
Jurad... Mas no jureis:
Sería en vuestra conciencia
Un pecado más.

MARINELLI.
¡Me estáis
Horrorizando, Condesa!

ALINA.
Ese noble corazon
No comprende, no sospecha
Que pueda vestirse el crímen
De tan cobarde apariencia.
—Puesto que no lo sabeis,
Oid... pero no tan cerca:
No aquí; pudieran oirnos.
(Llevándole á la derecha.)
—¡Sobre esa noble cabeza
Se va á erizar el cabello!
Pero... ¡que nadie lo sepa!
—¡El Duque es el asesino!

MARINELLI.
¡Vos... semejante sospecha!
Sin duda que habeis perdido
La razon.

ALINA.
¡Quién lo creyera!
¡Raptor y asesino!

MARINELLI.
¡Ved
Lo que decís!

ALINA.
¿Que lo vea!
¡Oh, mañana en la ancha plaza
Me oirá la ciudad entera
La horrible verdad! Si alguno
En desmentirme se empeña,
Le diré... ¡Tú eres su cómplice!
(Fijándose en él y con tono amenazador.)
Tú eres...

MARINELLI.
¡Silencio! Álguien llega.

## ESCENA V.

DICHOS y EL DUQUE.

DUQUE.
¿Qué es esto?

ALINA.
Yo...

DUQUE.
¿Qué os irrita?

ALINA.
¡Señor! Soy yo, que me atrevo
Á sospechar...

DUQUE.
¿Á qué debo
El honor de esta visita?

ALINA.
¿Extrañais que á vos acuda,
Cuando se dice en mi daño?...

DUQUE.
¿Qué buscais?

ALINA.
Un desengaño.

DUQUE.
¡Condesa! ¿Áun os queda duda?

ALINA.
¿Han interpretado bien
Vuestras palabras?

DUQUE.
¡Señora!
Un desaire no se dora:
Nunca es cortés un desden.
—Basta la menor señal
Para la pasion más ciega,
Y á ese extremo nunca llega
Una mujer principal.

ALINA.
Poco mi cariño gana
Con vos; pero se resigna.
La leccion es buena, es digna
De un príncipe de Toscana.
(Exaltándose por grados.)
¿Qué mucho que me avasalle
Quien olvida la lealtad?...

MARINELLI.
¿Qué estáis diciendo?

ALINA.
Mandad
Á vuestro siervo que calle.
—Ya no me admira, ni puedo
Extrañar, tras lo que he oido,
Que tambien hayais perdido
Á vuestra deshonra el miedo.

DUQUE.
¡Qué oigo!

ALINA.
Ni que al arrancar
Con mano torpe, alevosa,
(En el colmo de la ira.)

Á una mujer, á una esposa,
De las gradas del altar,
El heredero de un nombre
Noble, ilustre, hoy deshonrado,
Sin temblar haya pasado
Sobre el cadáver de un hombre.

DUQUE.

(¡Sucedió lo que temia!)
¡Vive Dios, que si eso es cierto!...

ALINA. (Con ironía.)

¡Cómo! ¿teneis duda?

DUQUE. (Á Marinelli.)

¿Ha muerto?
¡Di!

MARINELLI.

Lo ignoro todavía.

ALINA.

Señor Duque, la invencion
Es ingeniosa, aunque horrible.

(Aparece un criado á la puerta del fondo.)

CRIADO.

El señor Conti.

ALINA.

¡Es posible!

MARINELLI.

(¡Se me ha helado el corazon!)

DUQUE. (Á la Condesa.)

Confesad vuestra imprudencia.

ALINA. (Dudando.)

¿Es calumnia?

DUQUE.

Ya lo estáis
Oyendo.

ALINA.

¿Por qué no dais,
Para que pase, licencia?

DUQUE. (Al criado, que se va.)

Que éntre, pues.

ALINA.

(¿Será verdad!)

MARINELLI.

(Mi confianza ha vendido.)

ALINA.

(Veremos si me ha mentido.)
Entrad, señor Conti, entrad.

(Se adelanta hácia la puerta del fondo en ademan de recibir á Conti; éste aparece en el mismo momento, y la Condesa retrocede, admirada.)

## ESCENA VI.

DICHOS y CONTI.

MARINELLI.

(¡Es él!)

CONTI. (Viendo á Marinelli.)

¡Justicia, señor!
—¡Pero no! Tranquilizadme.
Mi esposa...

DUQUE.

Está en salvo.

CONTI.

¡Gracias!
Ya mi dolor no es tan grande.

DUQUE.

Yo la amparo.

CONTI. (Con mal disimulada amargura.)

Ya no tengo
Motivo para quejarme.

DUQUE.

Pero esos bandidos...—¿Cómo
De sus manos te salvaste?

CONTI.

Puesto que de mis desdichas
Informado estáis en parte,
Sabréis tambien por qué vivo,
Que es mi infortunio más grave.

DUQUE.

Habla, pues.

ALINA. (Al oido de Conti.)

No oculteis nada.

MARINELLI.

(¡Me engañó aquel miserable!)

CONTI.

Á vuestras puertas, señor,
Como sabeis, pasó el lance:
¡Á mi esposa me robaron!...
Mi resistencia fué en balde.
Maniatado, escarnecido,
Sacáronme de ese valle,
De su tirana crueldad
Haciendo feroz alarde.
Pero cuando ya veia
Llegado mi último instante,
Y alzado el traidor cuchillo,
Pronto á derramar mi sangre,
El hombre que era cabeza
De aquella turba implacable,
Paró de repente el golpe,
Mudando el duro semblante.
Miróme una y otra vez,
Y despues de un breve exámen,
Con acento conmovido
Gritó á los otros: ¡soltadle!
—Véte, me dijo: la vida
Que te doy, mi deuda pague.
Tú de la muerte en el Arno
Dos prendas mias libraste;
Sin tu valor generoso
No fuera yo esposo y padre.
¡Vive! pero pide al cielo
Que de otro que yo te salve;
Que tienes mal enemigo:
Lo digo porque es cobarde.

(Mirando con fijeza á Marinelli.)

ALINA.

¿Qué decis, señor? ¿hay nada
Más vil ni más repugnante! ..

MARINELLI.

¡Sí, Condesa! es tan horrible...
Que merece examinarse.

CONTI.

Hablad: ¿qué quereis decir?

DUQUE.

¡Marinelli!

MARINELLI.

Aquí no cabe
Otro medio que indagar
El orígen de este lance.

CONTI.

Sin duda.

ALINA.

(¿Qué es lo que intenta!)

CONTI.

¿No proseguis?

MARINELLI.

Dejo aparte
El desacato: á las puertas
De esta casa hay un cadáver.

DUQUE.

Explícate.

MARINELLI.

Aquí hay conato
De rapto.

CONTI.

Seguid.

MARINELLI.

Combate,
Escándalo y homicidio:
Esto, como veis, es grave.
¡Solicitar del esposo
La muerte!...—Sólo un amante,
Y poderoso, es capaz
De atrevimiento tan grande.
El honor de vuestra esposa,
El vuestro...

DUQUE.

¡Emilia culpable!

CONTI. (Con frialdad.)

Seguid.

DUQUE.

¡Oh! no es necesario:
Yo sé que Emilia es un ángel.

MARINELLI.

Tal pienso yo; sin embargo,
El deber inexorable
De la justicia, no puede
Con tal prueba conformarse.
Emilia desde ahora queda
Bajo su accion, sin que á nadie
Pueda ver y hablar.

DUQUE.

¿Qué dices?

CONTI.

¿No lo entendeis? una cárcel...

MARINELLI.

No digo precisamente...

DUQUE.

Ni será así.

MARINELLI.

En otra parte.
Su Alteza señalará
La casa de algun magnate...
La de Doria, por ejemplo.

DUQUE. (Á Conti.)

Habla: ¿es ése tu dictámen?

CONTI.

Si mi opinion puede ser
De algun valor, perdonadme
Si esa lenidad no admito:
Quiero justicia implacable.

DUQUE.

¿Qué quieres decir! ¡Tu esposa
En una prision infame,
Confundida!... Eso no es justo
Con damas de su linaje.

CONTI.

No la defendais, señor,
Ó llegaréis á inspirarme
Recelos...

DUQUE. (Con altivez.)

¿De qué?

CONTI.

De que es
Mi desdicha irreparable.
Considerad...

DUQUE.

Ya lo he visto,
Y esto ha de ser. ¿No es bastante
Rigor, poner su inocencia
Al martirio del exámen?
En los Dorias tendrá Emilia,
Sin la pena del desaire,
Amparo y rigor á un tiempo,
Á un tiempo amigos y alcaides.

CONTI.

Basta, señor: ya no tengo
Que replicar. Dios os pague
Esa piedad y ese noble
Interes en lo que valen.
Lo habeis dispuesto... y ¿quién duda
De que será para honrarme?

DUQUE.

Creedlo así.

(Enojado y haciendo á Marinelli señas de que le siga.)

ALINA.

(Se ha perdido.)

DUQUE.

Adios quedad.

CONTI.

Él os guarde.

(El Duque y Marinelli se van por la izquierda. Conti queda sumergido en profundo abatimiento, y la Condesa le observa un instante con piedad. Pausa.)

## ESCENA VII.

LA CONDESA. CONTI.

ALINA.
Ánimo, Conti.

CONTI.
¿Aquí vos
Aún!

ALINA.
Por nuestra fortuna.
Su influjo sin duda alguna
Aquí nos junta á los dos.

CONTI.
Pues ¿qué?...

ALINA.
Dad vuestros recelos,
Dad vuestro dolor al labio.

CONTI.
¿Qué quereis?

ALINA.
El desagravio
De vuestro honor y mis celos.

CONTI.
¿Qué tiene que ver aquí
Mi honor? Explicaos, Condesa;
Hablad.

ALINA.
Mi intencion es ésa;
Pero no os quejeis de mí:
Unidos en la afliccion,
Mas con diversa esperanza,
Vos, Conti, buscais venganza;
Yo busco satisfaccion.

CONTI.
¡Venganza! ¿De quién? ¿por qué?

ALINA.
¿Quereis que os diga su nombre?
—Ó no me entiende este hombre,
Ó es otro del que pensé.

CONTI.
(¡Oh, infamia!)

ALINA.
Su liviandad,
¿No despierta vuestra ira?

CONTI.
¡Ella liviana! ¡Mentira!
—¡Ah, señora, perdonad!
Grosero me hace el dolor;
Mas no sufre mi paciencia
Que tenga nadie licencia
Para ofenderla en su honor.

ALINA.
Si estáis tan seguro, en vano...

CONTI.
Callad.

ALINA.
Todo hombre es un niño.

CONTI
Libre aceptó mi cariño,
Y libre me dió su mano.

ALINA.
Poder, amor, juventad,
Todo un príncipe la brinda;
Y ¡quereis que no se rinda
La más sólida virtud!

CONTI.
Pero; ¿por qué, si eso es cierto,
Me ha engañado?

ALINA.
¿Qué os asombra?
Algo cobija la sombra
Que deja un esposo muerto.

CONTI.
¡Qué decis!

ALINA.
¡Tristes verdades!
Esto es lo que entrambos trazan,
Y así al mundo se disfrazan
Hipócritas liviandades.
(Pausa.)
—¿Vais creyéndolo?

CONTI.
(¡Quizás!
—¿Qué quieres, duda espantosa?)

ALINA.
¿Nunca os dijo vuestra esposa
Nada de ese amor?

CONTI.
¡Jamas!

ALINA.
¿Que en casa de Doria, humana,
Bailó con el Duque?

CONTI.
No.

ALINA.
¿Ni supisteis que la habló
En la iglesia esta mañana?

CONTI.
No.

ALINA.
¡Bueno es eso, y que acabe
De desmentirme!

CONTI.
¡Señora!

ALINA.
¡Pobre marido, que ignora
Lo que todo un pueblo sabe!

CONTI.
¡Dadme pruebas, y por Cristo
Que su castigo veréis!
Pero claras...

ALINA.
¿Me creeréis
Si os digo que yo lo he visto?

CONTI.

Pruebas os pido.

ALINA. (Con altivez.)

¡Soy dama!

CONTI.

¡Cuando su honor se atropella,
No basta! y tan dama es ella
Como otras de mayor fama.
¡Pruebas, Condesa!

ALINA.

Olvidad
Ese asunto; yo os lo ruego.
—Al que se empeña en ser ciego,
¿Qué importa la claridad?
—Celos, deshonra y sonrojos
Pueden ser glorias.

CONTI.

(¡Ay triste!)

ALINA.

¡Sí, Conti! Todo consiste
En saber cerrar los ojos.

CONTI. (Exaltándose gradualmente.)

¡No! que si hubiera podido
Olvidar en solo un dia
Su fe... ¡la aborreceria
Tanto como la he querido!
No vacilara en ahogar...
Mas ¿qué motiva este encono?

(Reprimiéndose de repente.)

¡Condesa, no os lo perdono;
Me habeis hecho blasfemar!

ALINA.

(¡Cómo le envidio esa fe,
En que ni áun tibieza cabe!)
Conti, tomad esa llave.

CONTI.

¡Esta llave! ¿Para qué?

ALINA.

¿No entendeis? La tarde avanza.

CONTI.

¡Hablad, hablad!

ALINA.

Esa puerta
Tendréis esta noche abierta:
Cúmplase vuestra esperanza.

CONTI.

Dadme.

ALINA.

Si una vez á Emilia
En casa de Doria veis...

CONTI.

¡Eso, nunca!

ALINA.

Ya podeis
Conocer á esa familia.
Encantador precipicio,
Feria en que el honor se tasa,
Esto y más es esa casa,
Infame templo del vicio.
Llevaos á Emilia de aquí;
Pero ahora, seguidme, y luégo,
Esta noche... (Llevándole hácia el fondo.)

CONTI.

(¡Ay, que estoy ciego!
¡Todo es noche para mí!)

(Vanse por la puerta del fondo.)

## ESCENA VIII.

EL DUQUE y MARINELLI, por la izquierda.

MARINELLI.

¿Es posible?

DUQUE.

Ni un momento
Su libertad se dilate.
—Aquí suena y me combate
La voz del remordimiento.
El blando ruego, de escudo
Contra mi amor la ha servido.
Sus lágrimas han podido
Lo que su orgullo no pudo.

MARINELLI.

Como lo mandais se hará.

DUQUE.

Viva feliz...

MARINELLI.

¡Así sea!

DUQUE.

Puesto que su amor emplea
En quien su marido es ya.

MARINELLI.

¡Ah, señor, qué heroica accion!
¡Renunciar tan gran tesoro!

DUQUE.

Mi grandeza y mi decoro
Lo exigen.

MARINELLI.

Teneis razon.

DUQUE.

¡Sí, sí!

MARINELLI.

¡Qué cuadro tan bello!
¡Cuando á su esposo, extasiada,
Vuelva á mirar, enlazada
Alegremente á su cuello!...

DUQUE.

¡Calla!

MARINELLI.

Y con dulces antojos
Palpite y tiemble y suspire,
Y embelesada se mire
En las niñas de sus ojos!

DUQUE.

¡Acaba! ¿No ves que así
Pábulo á mi fuego añades?
¡Si con celos me persuades,
Ay de Emilia y ay de mí!

MARINELLI.

Ensalzo vuestra nobleza.

DUQUE.

Hiriéndome sin piedad.

MARINELLI.

Toda esa felicidad
Es obra de vuestra Alteza
—¡Unir en uno esos dos
Corazones!... Para eso
Yo no tengo, os lo confieso,
Tanta virtud como vos.

DUQUE.

Yo la tendré.

MARINELLI.

Recordad...

DUQUE.

No esperes que en esto ceda.
No hay crímen á que no pueda
Llevar la debilidad.
¡Tengo miedo á tus consejos!
Mas ya que mi amor desmaya,
Haz que esa mujer se vaya
Léjos de mí... ¡léjos, léjos!

MARINELLI.

Vendrá aquí Conti...

DUQUE.

¡Cruel!

MARINELLI.

Y estrecharéis esos lazos...

DUQUE.

¡No! Si le viera en sus brazos...
¡Marinelli, triste de él!

MARINELLI.

¡Os debe agradecimiento!...
Pero así es mayor la gloria.
¡Renunciar á una victoria,
Ya cerca del vencimiento!
—No es decir que esto me asombre.

DUQUE.

¿Quién te ha dicho?...

MARINELLI.

Mi experiencia.
Mas cedió la resistencia...
—Es la condicion del hombre.

DUQUE.

Su dolor...

MARINELLI.

No era dolor
Lo que yo ví.

DUQUE.

¡Descreido!

MARINELLI.

Era el último gemido
Del moribundo pudor.
—Pero la pasion es ciega.

DUQUE.

Ántes que de sí se olvide,
Será capaz...

MARINELLI.

Y ¿qué pide
La mujer que llora y ruega?

DUQUE.

Piedad quiere.

MARINELLI.

Ó ser vencida.
Probad.

DUQUE.

Mi cuidado es éste:
¿No es posible que la cueste
Mi loca pasion la vida?

MARINELLI.

¡La vida! No son tan necias
Las mujeres: el cuidado
Desechad; que ya ha pasado
El tiempo de las Lucrecias.
—Y en aquella confusion
De Emilia, para mí clara,
¿No visteis cómo á su cara
Se asomaba el corazon?
Y cuando ya galardona
Vuestro anhelo, cuando ya
Gime rendida...—Será
Milagro si os lo perdona.

DUQUE.

¡Quieres ahogar mi hidalguía!
Tú juzgas... y ¡yo lo temo!
Que era el esfuerzo supremo
Que mi corazon hacia.
Cuando placeres y amores
Tu esperanza me promete,
Acaso me haces juguete
De tus cobardes rencores.
Todo esto presumo: ves
Que no oculto mi desprecio.
¡Pues bien! ahora á cualquier precio
Quiero que á Emilia me des.

MARINELLI.

La tendréis.

DUQUE.

El nuevo dia
La ha de encontrar en Florencia.

MARINELLI.

Estará.

DUQUE.

Y amor, violencia,
Todo lo acepto, si es mia.
—Lanzado al abismo voy
Por tu mano: ¡á tí me entrego!

MARINELLI.

Sé que mi privanza juego...

DUQUE.

¡Tirano sin freno soy!
Si no cumples mi esperanza,
¡Ay, que mis iras son ciegas!
¡Ya lo sabes! y no juegas
Solamente tu privanza. (Vase por el fondo.)

**ESCENA IX.**

MARINELLI, luégo CONTI, por la puerta secreta.

MARINELLI.

¡Lucha habrá! ¡sí, por mi nombre!
Lucha mortal, en que lidia
Todo el rencor de mi envidia
Contra la dicha de un hombre.
Pero ¿y Conti? ¡Afan cruel!
Triunfante rompió mis lazos.
—«Si yo le viera en sus brazos,
—Dijo el Duque,—¡triste de él!»
—¡Le verá! Si sus pasiones
Á exasperar aquí vienen...
—Las almas débiles tienen
Horribles intermisiones.
Mi ódio es implacable, eterno.
—Ahora, que declina el dia,
¿Cómo al riesgo le traeria
Sin que él?... ¡Inspírame, infierno!
¡Hijo tuyo es mi furor!
¡Ayuda á mi negra empresa!
(Se oye abrir la puerta secreta.)
—Él me trae á la Condesa.
—¡No! me ha servido mejor.
(Viendo salir á Conti. Se dirige con precaucion hácia el fondo, por donde desaparece, cerrando la puerta. Conti entre tanto se habrá asomado al balcon.)

**ESCENA X.**

CONTI, solo.

Ahí están ya.—Preparado
Para nuestra fuga vengo...
—¡Despues... despues! ¡ahora tengo
Otro afan... otro cuidado!
¡Mi alma toda es un abismo
De dolores! ya no soy
El que era, y tan otro estoy,
Que siento horror de mí mismo.
¡Déjame, duda cruel!
Mas quise apurarlo todo,
Y... ¿quién desciende hasta el lodo,
Que no se manche con él!
Desconfianza, recelos
Tengo... y la vida me pesa.
¡Pobre corazon! ¡confiesa...
Confiesa que tienes celos!
—¡Celos! ¿tengo celos yo?
¡Cómo esa pasion villana
Con la pureza se hermana
De tanto cariño!—¡No!
¡Nada puede desatar
De este amor el fuerte nudo!
¡Ciega es mi fe! ¡ya no dudo!
—¡Ay! ¡no quisiera dudar!

**ESCENA XI.**

CONTI. EMILIA, por la izquierda. Empieza á oscurecer poco á poco.

CONTI.

¡Emilia!

EMILIA.

¡Oh Dios! ¿no deliro?
¡Dí que es verdad que te miro;
Dime, señor, que no es sueño!
—¡Me has costado, esposo y dueño,
Tanto afan, tanto suspiro!
—Pero ¿por qué te estremeces,
Y no ya, como otras veces,
Me vuelves el rostro amigo?
¡Acaba! ¿Por qué enmudeces?
¿Te has enojado conmigo?

CONTI.

¡Emilia!

EMILIA.

En esa mirada
No sé qué temores leo.

CONTI. (Con severidad.)

Mi afan ¿no te dice nada?

EMILIA.

Sin duda que estoy culpada,
Pues tan airado te veo.

CONTI.

¡Ah!

EMILIA.

Por tí, por mi reposo,
Sepa yo, en fin, la razon
De ese ceño rigoroso.
No es posible que mi esposo
Me culpe sin ocasion.

CONTI.

Pues ¿la ignoras?

EMILIA.

Por la fe
De mis mayores, lo juro.

CONTI.

¿Sabes dónde estás?

EMILIA.

Sí sé.

CONTI.

Pues si lo sabes, ¿á qué
Mis desengaños apuro?

EMILIA.

¡Dios de mi vida! ¿ésa ha sido
La causa?...

CONTI.

Pues ¡qué! ¿no es clara?

EMILIA.

¡Por eso estás ofendido!
¡Quisiera no haberlo oido...
Aunque el alma me costara!

CONTI.

Dí, ¿me sabrás responder?...

EMILIA.

Aunque mi afrenta devoro...
Soy tu esposa, ¿qué he de hacer?
Calle y sufra mi decoro;
Que está primero el deber.
—¿Qué me mandas?

CONTI.

Dí, ¿te amó
El Príncipe?...

EMILIA.

Señor, no.

CONTI.

Hay álguien que así lo entiende.

EMILIA.

¡Miente! el Duque me ofendió,
Y el que tiene amor no ofende.

CONTI.

¡Mas me ocultaste su intento!

EMILIA.

Y de ello no me arrepiento.
—No quise á tanta bajeza,
Ni condenar mi nobleza,
Ni humillar tu pensamiento.
La que á un honrado marido
Advierte que está ofendido,
Más le inquieta que le obliga;
Y ese agravio se castiga
Con el desden del olvido.

CONTI.

¡No hables más!... del desengaño
La luz á brillar comienza.

EMILIA.

¡Ay, Conti, me has hecho un daño!

CONTI.

¡Sientes horror! no lo extraño;
Pero es mayor mi vergüenza.
¡Emilia, piedad, piedad
De mi error!

EMILIA.

No la merece.

CONTI.

Mi fe, mi amor, mi ansiedad
Rinden culto á la verdad,
Que en tus ojos resplandece.
¡Perdóname si te aflijo!

EMILIA.

¿Por qué este lazo bendijo
Dios, para tanta mudanza?
¿Por qué este amor, si no es hijo
De la noble confianza?

CONTI.

¡Es justa tu indignacion,
Y el castigo no rehuyo!
Pero ¡Dios ve mi afliccion!
¡Así me dé su perdon,
Como estoy cierto del tuyo!

EMILIA.

Si me prometes de hoy más...

CONTI.

¡Siempre amor!

(Abrazándola; en este momento se oye rumor en la puerta secreta.)

EMILIA.

Pero ¿qué es eso!

CONTI.

(Sospecho...)

EMILIA.

¡Temblando estás!

CONTI.

¡Calla! ¡Espera!

EMILIA.

¿Adónde vas?

(Conti se precipita hácia la puerta secreta, y hace inútiles esfuerzos para abrirla.)

CONTI.

¡No me engañaba! ¡Estoy preso!
¡Ah, Marinelli! ¡en tus lazos
Nos tienes!

EMILIA.

¡No temo nada!
Primero me harán pedazos,
Que arrancarme de tus brazos.

CONTI.

¡Áun eres más desdichada!

EMILIA.

¿Por qué?

CONTI.

Bajo el peso estás
De la ley.

EMILIA.

¿Por qué razon?

CONTI. (Con repugnancia.)

De complicidad... quizás
Te acusan...

EMILIA.

¡No digas más!
¡Qué infame conspiracion!
¡Todo ya, todo se vicia!
¡Señor, qué abismo profundo
De iniquidad y malicia
Han hecho de tu justicia
Los poderosos del mundo!

CONTI.

Cierto; pero áun no lo ves
En todo su horror.

EMILIA.

¿Qué hay, pues?

CONTI.

Codicioso de mis glorias,
El Duque manda que estés
En la casa de los Dorias.

EMILIA.

¡Ay, ya lo ves! ¡no hay linaje
De infamias á que no acuda
Su ciego libertinaje!

—Yo no quiero que me ultraje
Ni el silencio de la duda.
Pero en tí mi afan reposa:
Tú no querrás que tu esposa
En tanta afrenta se mire,
Y de esa mansion respire
La atmósfera ponzoñosa.

CONTI.

Yo fio de tu valor.

EMILIA.

Peligro corre el honor,
Y cuando rompa esos lazos,
Siempre dejaré pedazos
De mi ultrajado pudor.

CONTI. (Con abatimiento.)

¡Bien dispone de su presa!

EMILIA.

Pero hice yo por las canas
De mi madre una promesa.

CONTI.

¿Y es?

EMILIA.

No entrar jamas en esa
Guarida de cortesanas.

CONTI. (Con desaliento.)

¿Quién lucha contra la suerte?

EMILIA.

Quien sabe que ha de perderte,
Y á todo ha perdido el miedo.
¿Qué es lo que ya temer puedo,
Cuando no temo á la muerte?

(Dice lo siguiente mirando á Conti con fijeza y marcando mucho las palabras.)

Porque soy tuya, señor:
Tuya, y tú mio; ¿es verdad?
Aunque parezca rigor,
¿No puedes salvar mi honor,
Salvando tu dignidad?

CONTI. (Espantado.)

¿Qué pides?

EMILIA.

Yo nada pido.

CONTI.

¡Yo darte la pena fiera
Que ese monstruo ha merecido!

EMILIA.

Tú lo verás.

CONTI.

Y ¿has podido
Imaginarlo siquiera!

EMILIA.

Ante esa injuria sangrienta,
¿Quién en dolores repara?
No tengas mi vida en cuenta:
Hiere, y rechaza la afrenta
Que te arrojan á la cara.

CONTI.

¡No puedo!

(Emilia se arranca la corona de rosas, y la contempla con melancolía.)

EMILIA.

¡Ay, corona mia,
En mi frente colocada
Con amorosa alegría
Por aquella madre honrada,
Que á mi dicha sonreia!
¿Qué haré, si una mano aleve
Á tu pureza se atreve
Con ciego y tenaz empeño?
¿Qué he de hacer! El que es mi dueño
No quiere que yo te lleve.

(Deja caer la corona: Conti la alza y vuelve á colocarla sobre la cabeza de Emilia, sacando al mismo tiempo un puñal.)

CONTI.

¡Eso no, Emilia! ¡Perdona
Á tu esposo, si dudó
Del valor que en tí blasona!
—Tú llevarás la corona
Que tu madre te ciñó.

EMILIA.

Así te quiero.

CONTI.

Cumplida
Tu heroica voluntad sea.

EMILIA.

¡Para quitarme la vida...
Oculta el arma homicida!
¡No dejes que yo la vea!

CONTI.

¡Ay, tiemblas!

EMILIA.

¡En ese acero
Ví al dolor más que á la muerte!
—¿No he de temblar, si te quiero
Tanto, tanto... y considero
Que pronto voy á perderte!

CONTI.

¡Ay del que ve fenecer
En gérmen sus dichas todas!
¿Quién me lo dijera ayer,
Esposa, que iba á tener
Tan triste noche de bodas!
Pero el cielo ¡oh, prenda mia!
Vió en su justicia severa
Que yo no te merecia,
Y no quiso que viviera
En tu alegre compañía.
Cuando abrasado en amor
Ardiente, ciego, infinito...

EMILIA.

¡No me hables así, señor!
¡No me quites el valor,
De que tanto necesito!

CONTI.

¡En mis brazos!...
(Se oye ruido en la puerta del fondo.)

EMILIA.

¡Esa puerta!...
¡Hiere! (Ocultando el rostro en el pecho de Conti.)

CONTI.

¡Mi amor! ¡Mi alegría! (La hiere.)

EMILIA.

¡Ay!

## ESCENA XII.

DICHOS. EL DUQUE. MARINELLI. CORTESANOS Y ALGUNOS GUARDIAS del Duque: éstos traerán luces.

MARINELLI.

Ya lo veis si era cierta...
(Se queda aterrado.)

DUQUE.

¡Emilia! ¡Emilia!

CONTI.

¡Está muerta!
¿Os agrada todavía?

DUQUE.

¡Ven, miserable, á sus piés! (1)
(Haciendo arrodillar por fuerza á Marinelli delante del cadáver de Emilia. Un criado aparece á la puerta del fondo.)

(1) Este verso se ha suprimido en la representacion para dar mayor rapidez al desenlace.

CRIADO.

¡Señor! La Marquesa está
Á vuestra puerta.

DUQUE.

No des
Licencia...

MARINELLI.

No es tiempo ya.
(Por la puerta del fondo, y á lo léjos se ve venir á la Marquesa, andando lentamente y apoyada en el brazo de Camilo.)

DUQUE. (A Marinelli, con furor, señalando á la Marquesa.)
¿La ves?

MARINELLI.

¡Ah, señor!

DUQUE.

¿La ves?
¡Ella á morir te condena!

MARINELLI. (Aterrado.)
¡Yo... morir!...

DUQUE.

Y áun es humana,
Para tu crímen, la pena.
—¡Hola! ¡Arrojad esa hiena (Á los guardias.)
Á mi pantera africana!

(En este momento, y cuando los guardias se apoderan de Marinelli, llega la Marquesa á la puerta del fondo. Cae el telon.)

# LA VUELTA DEL CORSARIO,

(SEGUNDA PARTE DE EL GRUMETE.)

ZARZUELA EN UN ACTO,

LETRA DE D. ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ, MÚSICA DE D. EMILIO ARRIETA.

Representada por primera vez, en el Teatro de la Zarzuela, el dia 18 de Noviembre de 1863.

## AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON BUENAVENTURA VIVÓ.

**Esta dedicatoria es una pequeña muestra del cariño que te profesa tu amigo ó, mejor dicho, tu hermano,**

ANTONIO.

## PERSONAS.

LUISA.
SERAFIN.
TOMÁS.
PASCUAL.
ANTON.
ALDEANOS DE AMBOS SEXOS.

## ACTO ÚNICO.

El teatro está dividido perpendicularmente: á la derecha del actor, un largo zaguan, con puerta al fondo, que da paso al lagar; otra puerta á la derecha, que es la de salida. Á la izquierda, la habitacion de Luisa y Serafin, con una ventana alta al fondo. Una cama con largas colgaduras en el ángulo de la derecha, y una cuna, tambien cubierta, á los piés de aquella. En la pared intermedia, una puerta que pone en comunicacion la alcoba con el zaguan. Al levantar el telon, salen por la derecha aldeanos de ambos sexos, con cestos llenos de uvas: Luisa está en su habitacion ocupada con alguna labor. Pascual á su lado.

### ESCENA PRIMERA.

LUISA. PASCUAL. CORO DE ALDEANOS.

**Música.**

CORO.

La alegre vendimia propicia ya empieza:
¡No puede el viñedo con tanta riqueza!
Cantando y riendo contentos venimos,
Colmadas las cestas de frescos racimos.
¡Bendito el que manda con tanta largueza
Sus bienes al hombre! ¡Bendito sea Dios!

LUISA.

¡Ah, vendimiadores!
(Saliendo al zaguan.)
¡Bien venidos sean!
¿Cómo fué en el campo?

ALDEANOS.

Larga es la cosecha.
Con el grave peso
Ríndense las cepas,
De apretadas uvas,
Que el lagar ya espera.

LUISA.

Otra vez, amigos,
Bien venidos sean.

---

¡Gracias demos al que toma
Nuestro bien bajo su amparo!
Siempre es rico, pero avaro,
De una madre el corazon.
No codicio las riquezas,
Orgullosa ó presumida;
Es la niña de mi vida
Quien despierta mi ambicion.

ALDEANOS.

No codicia las riquezas
Orgullosa ó presumida;
Es la niña de su vida
Quien despierta su ambicion.

### ESCENA II.

DICHOS. SERAFIN y ANTON, que viene cargado de avíos de caza y algunas perdices.

SERAFIN.

¡Acá estamos todos! — ¡Luisilla! ¡mi encanto!

LUISA.

Sabiendo que espero, ¿por qué tardas tanto?

ALDEANOS.

¡Salud á nostramo!

SERAFIN.

Muchachos, salud.
¿Me esperas? (Á Luisa.)

LUISA.

Y siempre con mucha inquietud.

---

SERAFIN.

Me divierte salir al temprano

Reflejo del alba; y alegre y feliz
Ir buscando en la sierra y el llano
La liebre cobarde, la incauta perdiz.
Y cuando busco en tí el reposo,
Si vuelvo acaso vencedor,
Me hacen tus brazos más dichoso
Y hallo más glorias en tu amor.

---

LUISA.
Y ¡hoy vendrás contento!

SERAFIN.
¡Mucho!
Hay perdices para todos.

LUISA. (Á los aldeanos.)
¡Idos! ¡Idos!

SERAFIN.
¿Cómo es eso?

LUISA.
Necesitas de reposo.

SERAFIN.
¡Eso no, por vida mia!

LUISA.
Pues ¿qué quieres?

SERAFIN.
Hoy, holgorio.
Celebremos la vendimia.

ALDEANOS.
¡Viva el amo!

LUISA.
Poco á poco.
Acabad vuestra faena.
¡Al lagar!

ALDEANOS.
¡Al lagar todos!

---

Esta noche con cena y con danza
Celebrado el esquilmo va á ser.
Ya es verdad la risueña esperanza,
Que alegraba los campos ayer.
De los cuévanos caigan las uvas
En el fondo del ancho lagar,
Y mañana veréis en las cubas
El ardiente licor fermentar.
—¡Al lagar! ¡al lagar!
(Los hombres se van por la puerta del fondo.)

---

**Hablado.**

SERAFIN.
Ea, muchachas, hoy cenamos
Todos en comunidad.
Con que... ¡á ver esas perdices!
—¿Quién sabe aquí desplumar?

ALDEANAS.
¡Todas!

SERAFIN.
(¡Lo que hace el instinto!)
—Tú, Luisilla, dame acá
La llave de la bodega.
Á mano derecha están
Dos cubas: mucho respeto;
Que son mayores de edad.

LUISA.
No te metas en las cosas
De la casa: cada cual...

PASCUAL.
Dice bien.

LUISA.
Antona, tú eres
La de más formalidad.
¡De las cubas de la izquierda!
(Ap. á una Aldeana.)
Diez azumbres nada más.
(Las aldeanas se van por el fondo, llevándose las perdices.)

PASCUAL. (Á Serafin.)
¡Buena mujer te has llevado!

SERAFIN.
Es cierto, señor Pascual:
No se parece á usté en nada.

PASCUAL.
Ni á su madre.

SERAFIN.
(¿Á quién saldrá?)

LUISA.
Y el compadre Anton ¿qué dice?

SERAFIN.
Hoy no se ha portado mal;
Pero vendrá un poco blando.
¡Anton! ¡Anton! vén acá.
(¡Bueno es ponerle en ridículo!
¡Éste ha sido mi rival!...)

ANTON.
¡Buenas noches!

LUISA.
Buenas noches.

SERAFIN.
(Por lo que pueda tronar...)
Pues ¡cata que una perdiz
Cayó sobre un matorral,
Así de espeso! y yo grito:
¡Anton! ¡busca, que se va!
Y Anton corre, salta, rompe
Con la cabeza el jaral,
Y vuelve triunfante.—No
Le falta más que ladrar.

ANTON. (Con orgullo.)
Y ¿eso?...

SERAFIN.
Pero está muy triste
Hace dias.

PASCUAL.
Y es verdad.

ANTON.
¡Ay! ¡que estoy enamorado!

SERAFIN.
No hallo en eso ningun mal.

ANTON.
¡Ay! ¡que soy correspondido!

SERAFIN.
Mejor.

ANTON.
¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!
¡Que voy á casarme!

SERAFIN.
¡Diablo!
¡Ése ya es otro cantar!
—¡Pobre Anton!

LUISA.
Y ¿por qué es pobre?

SERAFIN.
Va á perder su libertad.

LUISA.
¡Serafin!

SERAFIN.
¡No! no lo digo
Por... ¡Ya puedes calcular!...
Pero no todos encuentran
Lo que yo.

PASCUAL.
Y eso es verdad.

SERAFIN.
Gracia, hermosura...

LUISA.
Cariño,
Que es aquí lo principal.

PASCUAL. (Á Serafin.)
Y ¿qué hacemos esta noche?

SERAFIN. (Guiñando el ojo á Pascual.)
Hasta la hora de cenar,
Daremos un par de vueltas.

PASCUAL. (Ap. á Serafin.)
¿Dónde?

SERAFIN.
En casa del tio Blas.

PASCUAL.
Allí te espero.—Anton, vamos.

ANTON.
(¡Que no la pueda olvidar!)
¡Comadre! un beso á Tomasa,
Y hasta mañana.

LUISA.
¿Te vas?
Pues ¿no cenas con nosotros?

ANTON.
Volveré.

SERAFIN.
Sin duda irá
Á hacer el oso á Marica.

ANTON.
¡Compadre! ¡tengamos paz!

LUISA.
Y hace bien.

SERAFIN.
¡Es más celoso!...

ANTON.
Con que, adios.

SERAFIN.
¡Adios, truhan!
¡Adios, acémila!

ANTON.
¡Gracias!
(¡Qué amable es este rapaz!)
(Vase por la derecha.)

## ESCENA III.

LUISA y SERAFIN.

LUISA.
Mira, Serafin, no des
Al pobre Anton esas bromas.

SERAFIN.
(Sermon tenemos.)

LUISA. (Con malicia.)
¡Te tomas
Por Marica un interes!...

SERAFIN.
¡Qué cosas tienes tan raras!

LUISA.
Ya sé que tú no confiesas...

SERAFIN.
¡Bah!

LUISA.
Pero ándate con ésas,
Y verás en lo que paras.

SERAFIN.
¿Qué has llegado á suponer?

LUISA.
Que, perro de muchas bodas,
Haces el amor á todas...

SERAFIN.
¡Yo!

LUISA.
Ménos á tu mujer.

SERAFIN.
¿Á todas!

LUISA.
Sí.

SERAFIN.
¡Bobería!

LUISA.
Á todas, sin distincion.

SERAFIN.
Lo hago yo por ver si son
Honradas como la mia.

LUISA.
Pues ¡me gusta la ocurrencia!

SERAFIN.
No por otra cosa, á fe
De Serafin.

LUISA.
¡Bien!... y ¿qué?

SERAFIN.
¡Ay, Luisa! ¡qué diferencia!

LUISA.

¿Se ha visto desvergonzado
Igual?

SERAFIN.

¡Te enojas por eso!
¿No estoy en tus brazos preso?
Es decir, ¿no estoy casado?
¿No eres tú mi gloria? ¿hay sol
Para mí como tu risa?
¿Hay para mí otra Luisa
En todo el suelo español?
Porque eres tú, mi gitana,
Desde el cabello á los piés,
¡Un pimpollo! — verdad es
Que tu marido no es rana.

LUISA.

Pues bien: si es tanto tu amor,
No hables más con esa chica
De ahí al lado.

SERAFIN.

¡Quién! ¿Marica?
¡Puff! te hago yo más favor.

LUISA.

No lo niegues.

SERAFIN.

En mi vida...

LUISA.

¡Cuidado, si te desmandas!

SERAFIN.

Con que, eso es decir, que me andas
Averiguando la vida.

LUISA.

No tal; mas cuando así fuera...

SERAFIN.

¿Cómo te haré comprender
Que no quiero yo mujer
Curiosa y rabisalsera?
No me vuelvas á celar.

LUISA.

Te quiero con tal extremo...

SERAFIN.

Eso está muy bien.

LUISA.

Que temo
Que te suceda un azar.

SERAFIN.

¡Si no fuera yo tan ducho!
—Parecemos dos chiquillos,
Y ¡tengo yo unos colmillos!
¡Como que he rodado mucho!

(Dirigiéndose á la puerta de salida.)

LUISA.

¿Dónde vas?

SERAFIN.

Adonde quiero.
Á mí nadie me gobierna.

LUISA.

¡Pues! ¡irás á la taberna
Á derrochar el dinero!

SERAFIN.

Oye: ¿me vas á reñir?

LUISA.

Pues ¿no quieres que me aflija?

SERAFIN.

¿Por qué?

LUISA.

Tienes una hija...
Y lo que puede venir.

SERAFIN.

¡Que siempre has de hacer juicios
Temerarios! (Hace que se va.)

LUISA. (Deteniéndole.)

No te irás.

SERAFIN.

Me espera tu padre.

LUISA.

¿Vas
Á acostumbrarle á tus vicios?

SERAFIN.

Creo, señora mujer,
Que me levanta usté el gallo.

LUISA.

Y con razon.

SERAFIN.

¡Calla!

LUISA.

Callo.

SERAFIN.

No faltaba más que ver.
Si en eso das, te prometo...

LUISA.

Pero ¿cuál es mi delito?

SERAFIN.

¡Silencio! ¡yo no permito
Que se me falte al respeto.

LUISA.

Ni yo he querido...

SERAFIN.

¿Esto pasa!

LUISA.

¿Á qué viene esa aspereza?

SERAFIN.

Aquí soy yo la cabeza,
El piloto de la casa.

LUISA.

En eso tienes razon.

SERAFIN.

Hasta las diez no me esperes.
(¡Tenga usted con las mujeres
La menor contemplacion!)

### ESCENA IV.

LUISA, sola.

**Música.**

¡Esta es la vida del matrimonio!
Bien puedo de ello dar testimonio.
¡Penas y celos mi bien me da!
Pero ¿qué importa? ya volverá.
Á la tormenta sigue la calma:
Luégo á mis plantas vendrá á caer...
Y ¿qué he de hacer?
Tras que le quiero con toda el alma,
Soy su mujer.

---

Loco buscando nuevos amores,
Es cual abeja siempre entre flores.
Libre las alas tendiendo va.
Pero ¿qué importa? ya volverá.
Si ahora hay tormenta, luégo habrá calma:
Él á mis plantas vendrá á caer...
Y ¿qué he de hacer?
Tras que le quiero con toda el alma,
Soy su mujer.

### ESCENA V.

LUISA y ANTON.

**Hablado.**

ANTON.
Comadre, ¿salió el pariente?

LUISA.
Salió.

ANTON.
¡Te ha dejado sola!

LUISA.
¿Qué quieres, Anton!

ANTON.
¡Comadre!
Traigo aquí unas quisicosas...

LUISA.
¿Vienes enojado?

ANTON.
Y mucho.

LUISA.
¿Con quién?

ANTON.
Con cierta persona,
Que anda haciendo á mi Marica
Zorroclocos y carocas.

LUISA.
¿Serafin?

ANTON.
¿Quién te lo ha dicho?
—¡Verdad que tú no eres boba!
Ello parece que es sino,
Porque el negocio trae cola.
Cuando suspiraba yo
Por esa cara de rosas...

LUISA.
¡Anton!

ANTON.
Es verdad, comadre;
Fué una distraccion: perdona.
—Mas la verdad es que siempre
Me está haciendo mala obra.
Si busco rubia, lo rubio
Es lo que más le enamora;
Si morena, lo moreno;
Que el niño es de buena boca.
Y pienso que si me caso
Con una negra de Angola,
Se desvive por la tinta.
En fin, todo se le antoja.

LUISA.
Déjalo estar: con el tiempo
Se le pasará.

ANTON.
¡Zambomba!
—Pero entre tanto...

LUISA.
Marica
Es una chica honradota.

ANTON.
No diré que no; y aparte
De que es algo cosquillosa
Y tentada de la risa,
Y un si es no es retozona,
Por lo demas, ya sé yo
Que es una alhaja esa moza.
Por eso quiero casarme
Pronto.

LUISA.
Pues ¿quién te lo estorba?

ANTON.
¡Esta pícara aprension!
Y ántes de ir á la parroquia
He de tener á lo ménos
Seguridad de una cosa.

LUISA.
¿De qué?

ANTON.
De que Serafin
Guardará el modo y la forma
Que se debe á los compadres,
Ó le he de volver las tornas.

LUISA. (Con seriedad.)
¿Qué quieres decir con eso?

ANTON.
Que si le dieras... ¡en broma!
Unos celillos conmigo,
No hacia más carantoñas.

LUISA.
¡Quita allá!

ANTON.
Pues de otra suerte,
Comadre Luisa, no hay boda.

LUISA.

Yo le reñiré.

ANTON.

¡Sí! ¡Sí!...
—¿En dónde están esas mozas?

LUISA.

Ahí dentro; pero ¿á qué vas?

ANTON.

Á ver cuál es entre todas
La más fea.

LUISA.

¿Para qué?

ANTON.

Para echármela por novia.
—¡Cualquiera! Juana la bizca,
Ó Saturnina la coja,
Ó la corcovada... á ver
Si le gustan las jorobas.
—Adios, comadre.

## ESCENA VI.

LUISA, sola.

Razon
Tiene el pobre que le sobra.
¡Serafin! ¡cómo es posible
Que des lugar á estas cosas!
(Cierra la puerta de la calle.)
—Me siento aquí, por si viene
(Poniendo una silla junto á la puerta y sentándose en ella.)
Y me duermo.—¿Si esa loca
De Marica le tendrá
Entretenido á estas horas!
(Se va quedando poco á poco dormida: en este momento se ve aparecer á Tomas en la ventana, por la que saltará á la escena.)

## ESCENA VII.

LUISA. TOMAS.

TOMAS.

¡Buena señal! ¡qué silencio
Se advierte en la casa toda!
Esto me indica que está
Recogida ya la tropa.
¡Qué sorpresa voy á darles!
(Acercándose al lecho.)
—¡Luisilla!—¡Serafin!...—¡Hola!
(Levanta con tiento la cortina despues de esperar un momento, y al ver el lecho vacío, se adelanta hácia el proscenio y ve la cuna.)
¡No hay nadie aquí!—Mas ¡qué veo!
¡Ay! ¡qué carilla tan mona!

**Música.**

¡Es su gracia y es su encanto!
¡Es el fruto de ese amor
Que me cuesta tanto! tanto,
Que es lo ménos el dolor.
¡Modelo á la par
De gracia y candor!
¡En tí he de encontrar
Paciencia y valor!

---

(En este momento, como si oyera algun quejido del niño, se arrodilla junto á la cuna y la mece.)
*Niño chiquirritito,*
*De pecho y cuna,*
*¿Dónde estará tu madre*
*Que no te arrulla?*
(Vuelve al proscenio.)
Tú mi nombre, niño hermoso,
Tú mi gloria has de heredar,
Arrostrando valeroso
Las tormentas de la mar.
Con noble valor
Tú vas á afrontar
Del cielo el furor,
Las iras del mar.

**Hablado.**

¡Si estarán esos perdidos
Fuera de casa á estas horas!
¡Pobre criaturita mia!
¿Cómo te han dejado sola?

LUISA. (Despertando y adelantándose hácia la alcoba.)
¡Oigo rumor!

TOMAS.

Hácia allí
Se escuchan pisadas sordas.

LUISA.

¿Quién anda ahí?

TOMAS.

¡Te conozco,
Dulce voz, mas peligrosa!

**Música.**

LUISA.

¡En nuestra casa
Se ha entrado un hombre!
—¡Qué es lo que miro!

TOMAS.

¿No me conoces?

LUISA.

¡Es el amparo
De mis amores!
¡Tio del alma!

TOMAS.

No te equivoques.
Llámame padre,
Que ese es mi nombre.

---

¡Cuánto tiempo ha suspirado
El intrépido marino,
Maldiciendo su destino,
Sin poderos olvidar!

¡Cuántas veces abismado
En contínua y sorda guerra,
Se acordaba de la tierra,
Se olvidaba de la mar!

LUISA.

¡Padre! ¡padre! ven y sea
Á mis brazos bien llegado
El que fué tan deseado
En mi pecho y en mi hogar.

---

TOMAS.

¡Cómo aquí tan solitaria!...
Tranquiliza mi temor.
Serafin...

LUISA.

Contento y bueno.

TOMAS.

¡Lagrimitas! ¿por qué son?
—¡Hija mia! ¡tú padeces!
¿Quién motiva tu dolor?

LUISA.

Me han robado su cariño.

TOMAS.

¿Qué me cuentas! ¡ah, bribon!

LUISA.

¡No se enfade, por su vida!

TOMAS.

Es decir, que entre los dos...

LUISA.

La verdad es que hay de todo
En la viña del Señor.

---

Unas veces contenta y mimada,
El alma y la vida le doy por mitad;
Otras veces con él enojada
Me paso las horas aquí en soledad.
—Esta es la verdad.

TOMAS.

Yo pensaba, mi niña adorada,
Que todo era en casa placer y unidad.
No pensé que pudiera por nada
Cansarse el sobrino de tal propiedad.
Será una maldad.

**Hablado.**

TOMAS.

¡Cuando le juzgaba yo
Ufano con su ventura!...
—¡Vamos! hice una locura
En casaros.

LUISA.

¡Eso no!
Tambien hay horas serenas.

TOMAS.

¿De véras?

LUISA.

¡Á fe de Luisa!
Y entónces una sonrisa
Me paga todas mis penas.

TOMAS.

¡Áun le amas!

LUISA.

Pues ¿qué he de hacer?
¡Vaya una pregunta extraña!
Le quiero, y si me regaña,
¿Para qué soy su mujer?

TOMAS.

¡Ya!

LUISA.

¡Se pone hecho un demonio!
Jura y truena...

TOMAS.

¿Serafin!

LUISA.

Y me amenaza, y... En fin,
Las cosas del matrimonio.
Todo no ha de ser caricias.

TOMAS.

(¡Tiene dicha el tal sobrino!
¡En ese amor adivino
Todo un mundo de delicias!)
Yo le hablaré.

LUISA.

Sin encono,
Sin ira.

TOMAS.

Como tú quieras.

LUISA.

Si le riñe usted, de véras
Que nunca se lo perdono.

TOMAS.

Pues yo quiero, Luisa mia,
Y otra cosa no consiento,
Que no riñais ni un momento.

LUISA.

¿Siempre paz?... ¡qué sosería!

TOMAS.

Pues ¿en eso te complaces?

LUISA.

Dirá usted: ¡cosas de niña!
Pero despues de una riña,
¡Me saben tan bien las paces!
Y si algo pido á los cielos...

TOMAS.

¿Qué te falta?

LUISA.

¿Lo diré?
¡Es solo que no me dé
El martirio de los celos!

TOMAS.

No temas, niña querida:
Yo vengo á enjugar tu llanto.

LUISA. (Abrazándole.)

¡Ah, señor!

TOMAS. (Rechazándola suavemente.)

No aprietes tanto.

LUISA.
¿Por qué?

TOMAS. (Señalando al corazon.)
¡Tengo aquí una herida!...

LUISA.
¿Dónde dice usted?

TOMAS.
Aquí.

LUISA.
¡Ay!

TOMAS.
No te asustes: no es nada.
Áun no está cicatrizada...

LUISA.
Mas sanará.

TOMAS.
Creo que sí.

LUISA.
Yo la curaré: ¿verdad?

TOMAS.
¡Ni lo pienses, hija mia!

LUISA.
¿Que no?

TOMAS.
(El remedio sería
Peor que la enfermedad.)

LUISA.
Ó soy ó no su sobrina.
Siempre que usted estuviera
Enfermo...

TOMAS.
¿Qué, hija?

LUISA.
Quisiera
Tener yo la medicina.

TOMAS.
(¡Inocente!)

LUISA.
¿Convenido?
Porque, si no...

TOMAS.
¡Calla! ¡calla!
Hablemos de ese canalla.

LUISA.
Cuidado, que es mi marido.

TOMAS.
¡Bien! ¡bien! yo le amansaré
Del modo que tú deseas.

LUISA.
¿Sí?

TOMAS.
Pero, veas lo que veas,
¡Silencio!...

LUISA.
Me callaré.

TOMAS. (Cogiendo la escopeta.)
¡Hola! ¡hola! ¿es cazador?

LUISA.
Mucho.

TOMAS.
Tambien esto es nuevo.
—Y ¡la escopeta con cebo
Dentro de casa! ¡qué horror!
(Quitando el cebo.)

SERAFIN. (Dentro.)
¡Luisa!

TOMAS.
No digas que estoy.

LUISA.
Pero...

TOMAS.
¿En qué hemos convenido?

LUISA.
Dice usted bien.

SERAFIN. (Dentro.)
¿Te has dormido?

TOMAS.
Abre la puerta.

LUISA.
¡Voy! ¡voy! (Abre la puerta.)

SERAFIN. (Desde la puerta.)
¡Qué tardar!

LUISA.
¿Y mi señor
Padre?

SERAFIN.
¡Dando cada tumbo!...
—¡Eh! ¡que ha perdido usted el rumbo!

PASCUAL.
¿Cómo?

SERAFIN.
¡La caña á estribor!
(Entran.)

## ESCENA VIII.

SERAFIN entra conduciendo á PASCUAL, y ambos permanecen en la sala de paso con LUISA. TOMAS en la alcoba, escribiendo durante esta escena.

PASCUAL. (Ap. á Serafin.)
¡Serafin!

SERAFIN.
¿Eh?

PASCUAL.
Me parece
Que vengo calamocano.

SERAFIN.
¡Téngase usted muy derecho!
Como yo.—¿Por qué has tardado
Tanto en abrir?

LUISA.
Es que... estaba
Dormida.

PASCUAL.
Con que, ¿cenamos?

LUISA. (Ap. á Serafin y señalando á Pascual.)
¿Te parece, Serafin,
Que está eso bien?

SERAFIN.
Yo... ¡Qué diablos!
¿Tengo la culpa?...

PASCUAL.
¿Se cena,
Ó echamos ántes un trago?

SERAFIN.
¿Han subido el vino?

LUISA.
Creo
Que sí.

SERAFIN.
¡Ni áun lo habrás mirado!
—¿Del viejo?

LUISA.
Del nuevo.

SERAFIN.
Nadie
Dirá que soy aquí el amo.
¿Qué fué lo que yo dispuse?

PASCUAL.
Dice bien este muchacho.
La cocina y la despensa
Y el pozo corren á cargo
De la hembra; pero el dominio
De la bodega es del macho.

(En este momento salta don Tomas por la ventana á la calle, rompiendo un vidrio.)

SERAFIN.
¿Qué ruido es ése?

PASCUAL.
¿Quién anda
Ahí?

LUISA. (Turbada.)
Yo no sé.

PASCUAL.
(¡Canastos!)

LUISA.
Sin duda el gato.

PASCUAL.
Es posible.

SERAFIN.
¿Sí, eh? yo te daré gato.

(Coge la escopeta y se dirige á la ventana, asomándose á ella.)

LUISA.
¿Qué vas á hacer?

SERAFIN.
¡Ya le veo!
¡Y es negro! —¡Voto á mil rayos!

(Ha procurado disparar la escopeta; pero faltándole ésta, se baja desesperado. Luisa huye de él, refugiándose detras de su padre.)

LUISA.
¡Padre! defiéndame usted.

PASCUAL.
¡Serafin!

SERAFIN.
¡Nada! hoy la mato,
Ó me confiesa...

TOMAS. (Dentro.)
¿Es aquí?
Gracias. (Entrando.) ¡Serafin amado!

## ESCENA IX.

DICHOS y TOMAS.

SERAFIN.
¡Mi tio!

TOMAS.
¿Qué te suspende?

SERAFIN.
¡Nada! como no esperábamos...
La sorpresa y la...

TOMAS.
¡Sobrina!

LUISA.
¡Don Tomas!

TOMAS.
Ven á mis brazos.

PASCUAL.
Muy bien venido.

TOMAS.
Mil gracias.
—¡Cómo has crecido, muchacho!

SERAFIN. (Con intencion.)
¡Ya lo creo!

TOMAS.
¿Y tú, Luisilla?
¡Como siempre, hecha un milagro
De gracias y de hermosura!
—¡Qué feliz eres, canario! (Á Serafin.)

PASCUAL.
Eso es lo que yo le digo.

SERAFIN.
¡Mucho! —(¿Se estarán burlando?)

TOMAS.
Ya te se conoce, ¡ah pícaro!
—Voy creyendo que he acertado
En casarte.

SERAFIN.
Sí, señor.

TOMAS.
¡Si no puedes ocultarlo!
Tienes cara de marido
Pachon, bienaventurado.

SERAFIN.
¡De marido feliz!

TOMAS.
¡Eso!
¡Justo!

SERAFIN.
(¡Parece un sarcasmo!)

LUISA. (Ap. á Tomas.)
Por Dios...

TOMAS.
Calla y disimula.

SERAFIN.
Pero usted vendrá cansado.

TOMAS.
No mucho.—¿Se cena en casa?

LUISA.
Justamente hoy celebramos
La vendimia.

TOMAS.
¡Qué ventura!
Haz que vayan preparando...

LUISA.
Al momento: venga usted.
(Á Pascual, y vase con él.)

SERAFIN.
Yo tambien...

TOMAS. (Deteniéndole.)
Aguanta el cabo.

## ESCENA X.

TOMAS. SERAFIN.

TOMAS.
Tenemos que hablar á solas.
—¿Por qué ese ceño?

SERAFIN.
¿Qué ceño?

TOMAS.
Aquí hay algun *quitasueño*:
Yo he visto romper las olas.

SERAFIN.
Luisilla anda distraida...

TOMAS.
La tratarás con desvío,
Sin duda.

SERAFIN.
¡Mire usted, tio!
La quiero más que á mi vida.

TOMAS.
Y ¿no has dado pié ni mano,
Ni ocasion á su despego?

SERAFIN.
¿Yo? ¡nunca!—Es verdad que juego...

TOMAS.
¡Hola, bribon!

SERAFIN.
Pero gano.

TOMAS.
Y ¿nada más?

SERAFIN.
Con usted
No hay secretos.

TOMAS.
¡Ya! retozas...

SERAFIN.
¡Eso es! me gustan las mozas,
Y suelo tender la red.
Tambien, y eso en compañía,
Me gusta echar media azumbre;
Pero esto no es de costumbre:
Una vez...

TOMAS.
¡Ya!

SERAFIN.
Cada dia.

TOMAS.
¿No más?

SERAFIN.
Es lo que yo digo:
¿Dónde hay cosa más sencilla?
¿Por qué estará esa chiquilla
Desazonada conmigo?

TOMAS.
¿Y si un marido te topa,
Y te rompe?...

SERAFIN.
¡Á mí!

TOMAS.
Pues ¿qué!
¿No es posible?

SERAFIN.
¡Ca! yo sé
Nadar y guardar la ropa.

TOMAS.
¿Sabes, niño, lo que noto?
Que esta casa, en conclusion,
Es una tripulacion
Sin capitan ni piloto.
Yo pensé, y en eso estoy,
Que deben ser los casados
Dos barcos emparejados,
Que navegan en convoy:
Que el marido debe ser
El protector y el amparo,
Y, digámoslo así, el faro
Que dirige á la mujer.

SERAFIN.
El que en conserva navega
En tanto mar, á la larga...

TOMAS.
¡Vaya! echa al agua la carga,
Y aligera la bodega.
¿Hubo en casa rebelion?
Luisilla...

SERAFIN.
¡Eso no! en el charco
No ha encontrado usted un barco
Más obediente al timon.
Y yo procuro con maña
Poner la proa á la mar;
Pero un hombre no ha de estar
Siempre agarrado á la caña.
Yo, que en ellas nunca fio...

TOMAS.
A ver si doy en el blanco.
—¡Serafin! tú no eres franco,
Ni guardas ley á tu tio.

SERAFIN.
¿Cómo que no guardo ley!

TOMAS.
¡Qué pago! ¡cuando por tí
Vengo á vegetar aquí!
¡Aquí! donde pisa el buey.

SERAFIN.
Sí; ¡pero el buey es marrajo!
(Por si era pulla.)

TOMAS.
(Ahí le pica.)
¿Quieres decir que la chica
Ha barado en algun bajo?

SERAFIN.
En el bajo Anton... ¡La infiel!

TOMAS.
¡Ya! ¿con que todo eso hubo?
—Es posible: ¡como estuvo
Para casarse con él!...

SERAFIN.
Y ¡no lo ha olvidado, no!
—Mas diga usted, en conciencia:
¿No hay alguna diferencia
Entre ese bárbaro y yo?

TOMAS.
Y mucha.

SERAFIN.
Pues siendo así,
Ni áun esa disculpa tiene.
—Voy á hacer una que suene.

TOMAS.
¿Estás seguro?...

SERAFIN.
Eso sí.
Un hombre, hace poco rato,
Saltó por esa ventana.

TOMAS.
Y ella ¿qué dijo?

SERAFIN.
¡Villana!
—Ella dice que era el gato.
Vea usted ¡qué pobre invencion!

TOMAS.
Y ¿quién sabe?...

SERAFIN.
¡Si lo he visto!
Y eso que anduvo muy listo.
Era la facha de Anton:
¡Aquel saco de galleta!

TOMAS.
(Me adula.) Y ¡no lo has matado!

SERAFIN.
La infame me habia quitado
El cebo de la escopeta.

TOMAS.
¡Lo que saben las mujeres!

SERAFIN.
Sí; mas no la ha de valer
La gracia.

TOMAS.
¿Qué vas á hacer?

SERAFIN.
Un zafarrancho.

TOMAS.
¡Eso quieres!
¡Poco á poco! así pregonas
Que eres...

SERAFIN.
¡Ni en chanza! ¡chiton!
—Vea usted: ¡posponerme á Anton!

TOMAS.
Y dime: entre esas bribonas
Que tratas con tanto gusto,
¿No habrá ninguna que sea
Ménos graciosa ó más fea
Que Luisa?

SERAFIN.
¡Todas! soy justo,
Todas.

TOMAS.
Ya ves ¡qué egoismo!
—¡Porque son bienes ajenos,
Buscas los que valen ménos!
Ella puede hacer lo mismo.

SERAFIN.
Yo no encuentro esa igualdad.

TOMAS.
Puesta una vez en la huella
De tus pasos, tambien ella
Buscará la variedad.

SERAFIN.
¡Aquí va á haber un desastre!
¡Tengo en la cabeza un peso!

TOMAS.
Mejor.

SERAFIN.
¿Cómo mejor?

TOMAS.
Eso
Te puede servir de lastre.
Ausént ate.

SERAFIN. (Con tono amenazador.)
Antes quisiera...

TOMAS.
Navegas en poco fondo;
Conque, á virar por redondo,
Y vámonos mar afuera.

SERAFIN.
¡Sí, sí! no merece más.
Si tiene usted ahí el barco,
La dejo, y me arrojo al charco,
Para no volver jamas.

Una vez puesto allí el pié,
La olvidaré... ¡si es que puedo!
Pero, ¡ay, señor! tengo miedo
De que no la olvidaré.

TOMAS.

Esto no se ha de pensar.
—¿Vacilas?

SERAFIN.

¡Padre querido!
Mi amor estaba dormido,
Y se ha vuelto á despertar.

TOMAS.

¿Dónde se fué aquella rabia?
—No hay ya medio, por mi cuenta:
Ó huir, ó correr tormenta
Con dos rizos en la gavia.
Si te agrada el aparejo,
Hágase tu voluntad.

SERAFIN.

La dejo. (Mas, la verdad,
De mala gana la dejo.)

### ESCENA XI.

DICHOS y LUISA.

LUISA.

Ya pronto estará la cena.

TOMAS.

Hay novedades...

LUISA.

¿Qué hay?

TOMAS.

Este
Quiere volverse á la mar.

LUISA. (Ap. á Tomas.)

¡Señor!

TOMAS.

Haz que no lo sientes.

LUISA.

¡Con que... á la mar!

SERAFIN. (Volviéndola la espalda.)

Á la mar.

LUISA.

Y ¿es por mucho?

SERAFIN.

Para siempre.
Es negocio concluido.

LUISA.

Con Dios vaya.—Y ¿qué más quiere?

SERAFIN.

Que me arregles el petate.

LUISA. (Ap. á Tomas.)

¿Es de véras?

TOMAS.

¡Inocente!
No se irá: yo te lo juro;
Pero abrásalo á desdenes.

LUISA.

Haces bien: ¡aquí la vida
Es tan monótona!... véte.

SERAFIN. (Ap. á Tomas.)

¡Cómo se alegra!

TOMAS.

¡Preciso!
Pues ¿no quieres que se alegre?

SERAFIN.

Estoy por no darla gusto
En eso.

TOMAS.

¡No seas imbécil!
¿Y tu honor?

SERAFIN.

(¿De quién será
Mi honor? ¿mio ó del pariente?
¡Ya me va cargando tanto
Honor!)

TOMAS. (Ap. á Luisa.)

Déjale que pene.

### ESCENA XII.

DICHOS y PASCUAL.

PASCUAL.

Don Tomas.

TOMAS.

¿Señor Pascual?

PASCUAL.

Desde que supo esa gente
Que estaba usted de regreso,
Tiene deseos de verle.
Si usted les da su permiso...

TOMAS.

Voy allá.—Serafin, ¿vienes?

SERAFIN.

(¡No me dejará!...) La ropa. (Marchándose.)

LUISA.

Bien.

SERAFIN. (Volviendo.)

Y no olvides los peines.

LUISA.

Bien.

SERAFIN. (Lo mismo.)

Y la pipa.

LUISA.

Y la pipa.

SERAFIN.

(¡Llevo en el alma la muerte!)

### ESCENA XIII.

LUISA y PASCUAL.

PASCUAL.

¿Qué es eso?

LUISA.

Nada: se marcha
Serafin.

PASCUAL.
¡Ya! ¡ya!

LUISA.
Y no vuelve,
Segun dice.

PASCUAL.
Lo comprendo.
¡Ya! ¡ya!

LUISA.
¿Qué misterio es ése?

PASCUAL.
(Buenas cosas la diria,
Si no estuviera peneque.)

LUISA.
¡Señor!

PASCUAL.
Brrr.

LUISA.
¿Qué es eso?

PASCUAL.
¡Brrr!

LUISA.
¿Qué le pasa?

PASCUAL.
(¡Me parece
Que he estado á toda la altura
De mi dignidad!) ¡Serpiente!
¡Cuando tu madre lo sepa,
Vas á llevar un julepe!
(Al salir tropieza con Anton, que viene apresuradamente.)

## ESCENA XIV.

DICHOS y ANTON.

PASCUAL.
¡Caramba, y qué bruto!

ANTON.
¡Usted...
Perdone! ¡estoy tan alegre!

PASCUAL.
Con que, ¿estás alegre!—¡Brrr!...
(Mirando á uno y otro con severidad. Vase.)

## ESCENA XV.

ANTON. LUISA.

ANTON.
¡Comadre!

LUISA.
¿Qué es lo que tienes?

ANTON.
Licencia de enamorarte.

LUISA.
¿Quién te la ha dado?

ANTON.
Quien puede.
Quien tal vez está escuchando...
—No; todavía no vienen.
(Asomándose á la puerta.)
Toma, lee ese papel.

LUISA. (Despues de recorrer la carta.)
¡Ay Dios!

ANTON.
Ahí está la gente.

## ESCENA XVI.

DICHOS. TOMAS y SERAFIN, de puntillas.

SERAFIN.
Pero al cabo es mi mujer.

TOMAS.
Para curarte ese amor,
Lo has de ver.

SERAFIN.
(Pero ¡señor!
¡Si yo no lo quiero ver!

---

Música.

ANTON.
¡Ay, comadre, comadre
Del alma mia! ¿con que, ello al fin
Nos deja libre el campo
El papanatas de Serafin?

LUISA.
¡Ay, compadre, compadre
Del alma mia! se marcha al fin;
Que dice que le gusta
Más que mis brazos el bergantin.

SERAFIN.
Ay, compadre, compadre,
Si yo te pillo, por galopin
Me pagas con usura
La desvergüenza y el retintin.

TOMAS.
No te apures, muchacho,
No te acongojes, porque eso al fin
Se alivia, y áun se cura
Con cuatro tomas de bergantin.

---

Se declara tu rival.

SERAFIN.
¡Ah, señor! déjeme usted...
(Quiere entrar en la alcoba, y Tomas le detiene.)

TOMAS.
Él tambien, y es natural,
Aprendió á tender la red.

ANTON.
Dime, dí si compasion
Podré un dia conseguir.

TOMAS.
¿Eh? ¡qué tal, si sabe Anton
El negocio conducir!

LUISA.
¿Qué te apena?

ANTON.
Tu desden.

LUISA.
Blanda soy: no temas tal.
ANTON.
Siempre yo te quise bien.
LUISA.
Nunca yo te quise mal.
ANTON.
¡Comadrita! ¿con que sí!
LUISA.
Tanto el otro me ofendió,
Que aunque quiera...
ANTON.
¡Acaba, dí!
LUISA.
No podré decir que no.

---

Hasta ver la blanca vela,
Chiquitita, que se va,
¡Cómo el tiempo, Anton del alma,
Lentamente pasará!
ANTON. (Ap. á Luisa.)
El compadre desdeñoso
Me parece que está ya
Indeciso, imaginando
Si se va, si no se va.
SERAFIN.
(¡No, villana, no lo esperes!
—¡No, tirana! no se va
Quien el alma y los sentidos,
Si te pierde, perderá.)
TOMAS.
(La leccion va siendo dura,
Y presumo que está ya
Indeciso, entre dos aguas,
Si se va, si no se va.)

**Hablado.**

SERAFIN.
No aguanto de ningun modo
Más.
(Entra en la alcoba. Tomas se queda á la puerta.)
LUISA. (Fingiendo sorpresa.)
¡Serafin!
SERAFIN.
¡Sí, señora!
LUISA.
¿De dónde sales ahora?
SERAFIN.
He estado oyéndolo todo.
LUISA.
Yo no he dicho nada...
SERAFIN.
¡Mientes!
ANTON.
¿Estaba usted en acecho?
¡Compadre! ¡eso está mal hecho!
¡Eso no se hace entre gentes!
SERAFIN.
¡Se ha vuelto usted muy audaz,
Compadre!—Pero, ¡muchacha!
¿Qué has visto en aquella facha...
ANTON.
¡Vaya! ¡tengámosla en paz!
SERAFIN.
De pazguato?...
ANTON.
¡Dale, porra!
SERAFIN.
¡Vaya una caricatura
Grotesca!
ANTON.
Se me figura
Que me busca usted camorra.
SERAFIN.
Y nos vamos á matar.
TOMAS. (Adelantándose.)
¡Alto, Serafin!
ANTON. (Con enojo.)
¡Cuidado,
Compadre, que si me enfado...
No le vuelvo á usted á hablar!
(Con sentimiento.)
TOMAS.
¿No respetas mi presencia?
(Luisa deja caer la carta que la dió Anton.)
SERAFIN.
¡Ah! ¡qué veo! ¡una cartita! (La coge.)
Sin duda la prueba escrita
De su infame inteligencia.
(Lee.) «Haz que te enamore Anton;
»Que yo haré que Serafin
»Te oiga escondido, y en fin,
»Dale una buena leccion.»
¡Ay, tio! ¡qué crueldad!
TOMAS.
Como la que tú has usado
Con esa niña, dechado
De ternura y de bondad.
SERAFIN.
Soy...
TOMAS.
Eres... un papanatas.
SERAFIN.
¿Me perdonas?
LUISA.
¿Cómo no?
SERAFIN.
Pero ¿y el gato?
TOMAS.
Fuí yo:
¡Aquel saco de patatas!
SERAFIN. (Sollozando.)
¡Tio! ¡tio!
TOMAS.
Pero ¡bobo!

¿Qué tienes? ¿de qué te quejas?
¿Te dura el miedo?

SERAFIN.

¡Qué orejas
Tiene ese pícaro lobo!

TOMAS.

¡Á la enmienda! á remediar
Tu agravio: es lo más sencillo.
—Preséntame al sobrinillo.
Quiero dedicarlo al mar.

LUISA. (Riéndose.)

¡Al mar!

TOMAS.

Y lo que yo quiero,
¡Se ha de hacer! ¿Qué significa?...

ANTON.

¡Don Tomas! Si es una chica,
¿Cómo ha de ser marinero?

TOMAS.

¿Cómo una chica!

ANTON.

Tomasa:
¡Si es mi ahijada!

TOMAS. (Á Serafin, con indignacion cómica.)

¡Desdichado!
Y ¿para eso te has casado?
—No estoy un minuto en casa.

SERAFIN. (Sonriéndose.)

¿De véras?

TOMAS.

Quítate allá.

LUISA.

Sabe Dios que no me pesa.

SERAFIN.

¡Mire usted! ¡la culpa es de ésa!
Pero todo se andará.

TOMAS.

¡Sí, sí! yo quiero un sobrino.

LUISA.

¡Qué modo de disponer!...

TOMAS.

¡Lo dicho! siempre ha de haber
En mi familia un marino;
Que si mi fe no me engaña,
Por la tierra y por la mar
Todavía hemos de dar
Mucho que decir de España.

SERAFIN. (Con mucha gravedad.)

Sé cuáles son mis deberes.

TOMAS.

En fin, pasó la tormenta.
¡Hija mia! ¿estás contenta?

LUISA.

No, señor.

TOMAS.

Pues ¿qué más quieres?

LUISA.

Otro favor...

TOMAS.

Y ¿cuál es?

LUISA.

¡Ay! ¡se va usted á reir!
—Déjenos usted reñir (Ap. á Tomas.)
Siquiera una vez al mes.

## ESCENA XVII.

DICHOS, y LOS ALDEANOS, que vienen por el fondo.)

---

**Música.**

CORO.

La mesa preparada
Espera al Capitan
Con la perdiz dorada
Y el blanco y tierno pan.
Noche es de beber,
Noche es de cantar
Hasta el despuntar
Del amanecer.

---

TOMAS. (Colocado entre los dos.)

El marinero, ufano,
Por vuestro amor se ensaya
Á ver el Oceano
Desde la inmóvil playa.
¡No más vivir á solas!
Alegre entre los dos,
¡Adios! ¡diré á las olas!
¡Inmenso mar, adios!

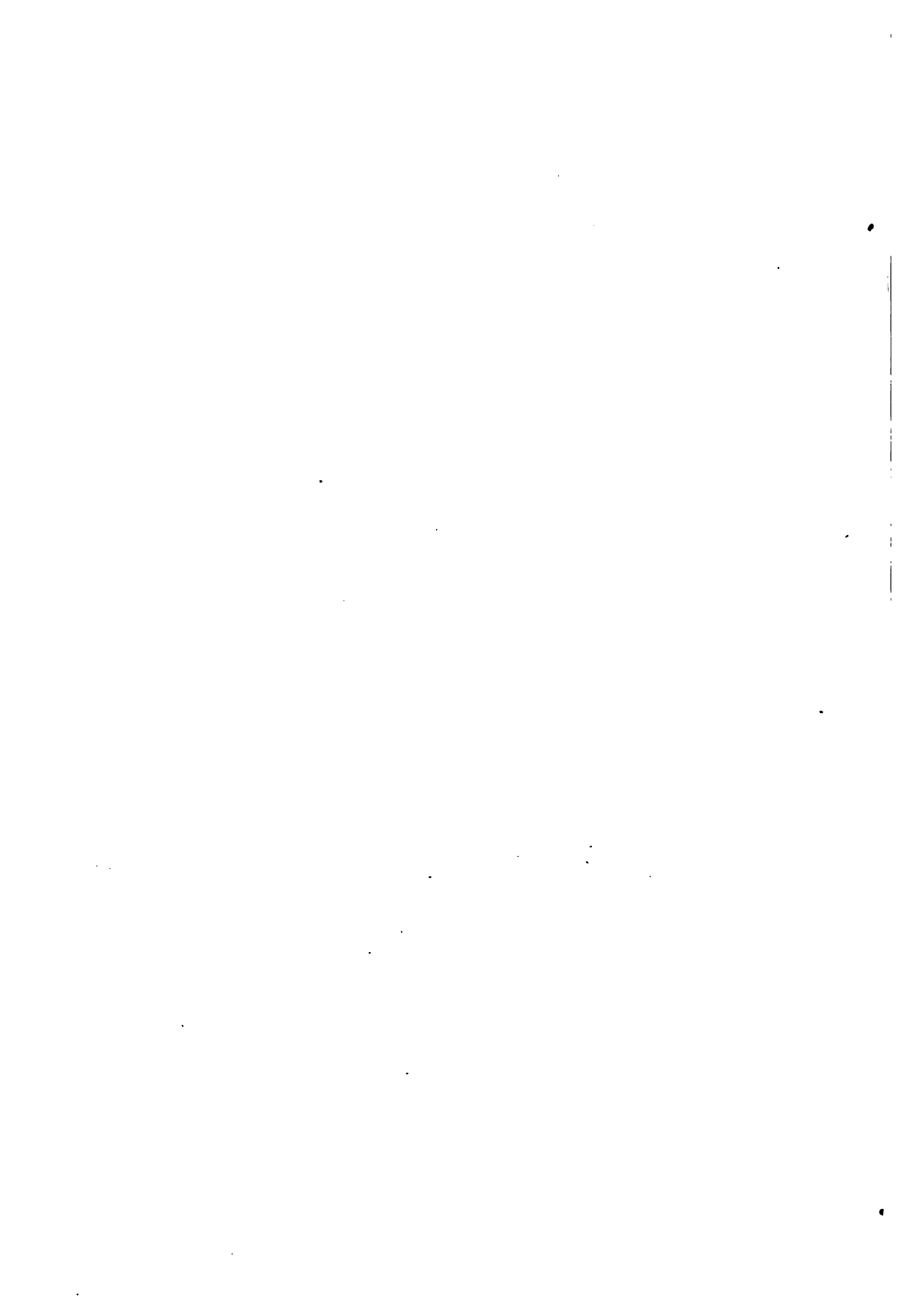
---

Noche es de beber,
Noche es de cantar
Hasta el despuntar
Del amanecer.

TODOS.

Noche es de beber, etc.

---



# VENGANZA CATALANA.

**DRAMA EN CUATRO ACTOS,**

**Representado en Madrid, en el Teatro del Príncipe, el dia 4 de Febrero de 1864.**

## PERSONAS.

| | | |
|---|---|---|
| MARIA. | ROGER DE FLOR. | ALEJO. |
| IRENE. | BERENGUER DE ROUDOR. | MIGUEL PALEÓLOGO. |
| CATALINA. | GIRCON. | PERICH DE NACLARA. |

SOLDADOS CATALANES, ARAGONESES Y ALANOS.

*La accion, en los tres primeros actos, pasa en Andrinópolis, año de 1304; el acto cuarto en la ciudad de Apros.*

## ACTO PRIMERO.

El teatro representa el campamento de los alanos bajo las murallas de Andrinópolis. En primer término, á la derecha, la tienda de campaña de Gircon, en la que estará éste durmiendo. Al foro, vista parcial de la ciudad. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

GIRCON. IRENE y UN SOLDADO ALANO con antorcha encendida.

IRENE. (Acercándose á Gircon.)
¿Señor?

GIRCON.
¿Qué es eso, hija mia?
¿Ha brillado el resplandor
De la aurora?

IRENE.
No, señor:
Áun debe tardar el dia.

GIRCON.
Y ¿cómo así, levantada
Tan pronto!... responde, Irene:
¿Qué extraño pesar te tiene
Del sueño tan apartada?

IRENE.
No hay pena que á mí me aflija.

GIRCON.
¿Á qué viniste?

IRENE.
Á calmar
Vuestro duelo.

GIRCON.
No hay vagar
Para mis dolores, hija.

IRENE.
Á ese tormento profundo,
¿No hay consuelo que le cuadre?

GIRCON.
Nada, Irene.

IRENE.
¿No sois padre?

GIRCON.
Nada me queda en el mundo.
Padre fuí: ¿por qué renuevas
La triste y fatal memoria
De esa dolorosa historia?

IRENE.
Os traigo agradables nuevas.

GIRCON.
¿Para mí! no puede ser.
—Habla, ¿qué es?

IRENE.
Áun no os lo puedo
Asegurar...

GIRCON.
¿Tienes miedo
De que me mate el placer?
Es inútil precaucion:
Tanto el padecer nos muda,
Que se ha trocado sin duda
En piedra mi corazon.
—Nada á conmoverme alcanza.

IRENE.
En el corazon más seco,
Siempre despierta algun eco
Á la voz de la esperanza.

GIRCON.
Acaba, di: ¿qué noticias
Me traes? ¿qué misterio extraño
Es ése?

IRENE.
Si no me engaño,
Padre, me daréis albricias.
Esta noche vuestra gente
Ha preso á un hombre...

GIRCON.
Y ¿quién era?

IRENE.
¿Quién?—Sospechando que fuera,
Segun resistió valiente,
Persona de gran valía,
Trajéronle asegurado.

GIRCON.
¿Quién es, Irene?

IRENE.
Un soldado
Catalan...

GIRCON.
¿Algun espía?

IRENE.
Pero en su voz y ademan...
—¡Oh! ¡no me engañe el deseo!
—Hallar otra cosa creo
Que el soldado catalan.

GIRCON.
¿Pues?...

IRENE.
¿No llorais angustiado
De un hijo ausente el cariño?

GIRCON.
¡Qué dices!

IRENE.
Áun era niño
Cuando huyó de vuestro lado.
Tal vez me cegó un error,
Y se engañaron mis ojos:
¿Quién sabe si en mis antojos
Me le retrató el amor?

GIRCON.
Eso será; mas yo quiero
Averiguarlo.

IRENE.
¡Sí! ¡sí!

GIRCON.
Corre al punto, y haz que aquí
Conduzcan al prisionero.
(Al soldado: éste se marcha.)
¡Bien dijiste!... (Con alegría.)

IRENE.
¡Qué mudanza!

GIRCON.
Áun en su afliccion más honda
No hay alma que no responda
Á la voz de la esperanza.
—¡Irene!

IRENE.
¡Llorais!

GIRCON.
¡De gozo!
—Aunque en mi interior repruebo
El rigor, reñirle debo
Por sus locuras de mozo.
Y si es que le trajo aquí
Mi ventura, al fin veré
Cumplido mi afan.
(Mirando á Irene con ternura.)

IRENE.
Yo sé
Que desistiréis por mí.

GIRCON.
Pues ¿le negarás tu mano?

IRENE.
Y él tambien: os lo prevengo.

GIRCON.
¿No le amas?

IRENE.
Sí: yo le tengo
Conmigo en lugar de hermano.
¿No sois mi padre?

GIRCON.
Ese nombre,
Que en merecerte confío,
Ya lo sabes, no es el mio.

IRENE.
Y ¿si os dijera: «No hay hombre
Alguno á quien yo dar pueda
Mi amor»?—Pero ¿á qué es el dolo?
¡Sí, sí, padre! hay uno solo,
Y el destino me lo veda.

GIRCON.
Cuando tu padre, postrado
Tras de un combate sangriento,
Al dar el último aliento,
Te encomendó á mi cuidado,
Con los ojos en mí fijos,
Que ya empañaba la muerte,
Gritó: «Enlaza en una suerte
La suerte de nuestros hijos.»

IRENE.
Y os juro que resignada
Con su voluntad cumpliera,
Si únicamente yo fuera
Por esa union desgraciada.

GIRCON.
¿Alejo?...

IRENE.
Con invencible
Pasion, que sin tregua llora,
Como yo tambien adora
Una esperanza imposible.

GIRCON. (Despues de una pausa.)
¡Cúmplase vuestro destino,
Irene!

IRENE.
Padre, yo os dejo.

GIRCON.
¿Tan pronto!

IRENE.
Vendrá ya Alejo,
Y que tendréis imagino
Mucho que hablarle.

GIRCON.
Así es:
Tras una tan larga ausencia...
Pero ¿huyes tú su presencia?

IRENE.
¿Yo? no: le veré despues. (Vase.)

## ESCENA II.

GIRCON. Luégo ALEJO, y SOLDADOS ALANOS que lo custodian.

GIRCON.

¿Será posible! Seis años
¿No han cambiado su semblante,
Cielos! ¿No ha podido Irene,
Por mi desdicha, engañarse?
Pero ¡si fuese verdad!
¡Si Dios de mí se apiadase,
Trayendo al hijo perdido
Á los brazos de su padre!
—Pero aquí viene.
(Hace una seña á los soldados de que se retiren.)

ALEJO.

(¡Dios mio!
Fuerzas y entereza dadme.)

GIRCON.

Acercaos.

ALEJO.

(Él es.)

GIRCON.

(No hay duda.)
Quién sois, decid, y á qué parte
Caminais.

ALEJO.

Ya ¿no os lo han dicho
Los impulsos de la sangre?
Soy un hombre á quien el ódio
De la fortuna inconstante
Señaló con la ignominia
Del más vergonzoso ultraje.
Seis años há que dejando
La Tracia, surqué los mares
En busca de una venganza,
Que Dios no ha querido darme;
Y hoy, con el llanto en los ojos
Y el rubor en el semblante,
Vengo á deciros: «Señor,
Nada logré; perdonadme.»

GIRCON.

¡Alejo! ¡no me he engañado! (Le abraza.)
—¡Señor! ¡Señor! ¡tus piedades
Permiten á mis desdichas
Este consuelo, aunque tarde!

ALEJO.

¡Padre!

GIRCON.

Pero di: ¿qué agravio
Es ése, de que me hablaste?
¿Quién te ha ofendido?

ALEJO.

Á saberlo,
Ya tuvieran fin mis males.

GIRCON.

No te comprendo.

ALEJO.

Esta afrenta,
Que sobre entrambos recae,
Y que el sol de nuestra honra
Nubla con negros celajes,
Está en nuestros pechos viva,
Y en vano es que se recate;
Que el color de la vergüenza
Sangriento á la cara os sale.

GIRCON.

¡Calla! ¡calla! ¿quién te ha dicho,
Rapaz, que hay en mi linaje,
Ni en obra ni en pensamiento,
Mancha que deba lavarse?

ALEJO.

¿Quién me lo ha dicho!

GIRCON.

Responde.

ALEJO.

Permitidme que lo calle:
Vos lo sabeis.

GIRCON.

¿Yo!

ALEJO.

Pues bien;
Si lo quereis, escuchadme.

GIRCON.

¿Qué vas á decir!

ALEJO.

La historia
De una mujer miserable,
Que deshonró vuestras canas.

GIRCON.

¡Tente, infeliz! ¡no la agravies!
Ha muerto.

ALEJO.

Tal vez la mano
De Dios...

GIRCON. (Ocultando el rostro.)

¡Oh! ¡sí!...

ALEJO.

¡Padre! ¡padre!
Y ¡yo que la he maldecido
Tantas veces! ¡pobre mártir!
¿Por qué tú sola ese crímen
Con breve muerte expiaste?
¿Por qué no ha querido el cielo
Que tu hermano te vengase?

GIRCON.

Mas ¿quién, Alejo, te ha dicho
Ese secreto? Si sabe
Otro que tú nuestra afrenta...

ALEJO.

No: yo os lo aseguro, nadie.
Ella misma... ¡bien sabía
Cuánto mi amor era grande!
En lágrimas anegada,
Me reveló sus pesares.

GIRCON.

Mas ¿no pudiste saber

De su seductor infame
El nombre?

ALEJO.

No.

GIRCON.

Y ¿es posible
Que ella tambien lo ignorase?

ALEJO.

Lo sabía.

GIRCON.

Y ¡no lo dijo!

ALEJO.

Sólo para amar fué frágil.
Esclava de su infortunio,
Triste, resignada, amante,
Lloró y expió su culpa
Con la sumision de un ángel.
Quejas, amenazas, todo
Lo empleé, mas todo en balde:
Permaneció sorda al ruego,
Muda, insensible al ultraje.
Iba á herirla... una sonrisa
Cubrió su rostro, inefable,
Y ante aquel valor sublime,
Señor... me sentí cobarde.

GIRCON.

Y entónces...

ALEJO.

Sólo me dijo
Que el autor de su desaire
Era soldado y nacido
En las nieves de los Alpes.
—Seis años, ya lo sabeis,
Léjos de mi patria, errante,
Al burlador de mi hermana
He buscado en todas partes.
¡Inútilmente! no hallé
Nada que me iluminase
De este oscuro laberinto
En la tenebrosa cárcel.
¡Ni un gesto, ni una palabra!...
¡Y áun sustentará al culpable
La tierra, y yo no he vertido
Gota por gota su sangre!

GIRCON.

Y ¿cuál es la causa, dime,
De hallarte con ese traje
Y en tal sitio?

ALEJO.

Soy soldado
Y sirvo á los catalanes.

GIRCON.

¡Alejo!

ALEJO.

Para encontrar,
Desde Sicilia, pasaje,
Esto fué preciso.

GIRCON.

¡Cielos!

ALEJO.

Oculté mi nombre y clase,
Y á Berenguer de Roudor
Prestando el pleito homenaje,
Dejé á Mesina con él
En busca de mis hogares.

GIRCON.

Y di: si los que ántes fueron
Amigos, rotas las paces,
Contra los tuyos un dia
Volvieran sus estandartes,
¿Qué hicieras?

ALEJO.

Hasta cumplir
El jurado vasallaje,
Dar, si es preciso, la vida,
Primero que al honor falte.

GIRCON.

Y ¿no sabes tú sin duda
Que de ese horroroso trance
Va llegando por momentos
La ocasion inevitable?

ALEJO.

Lo he sospechado.

GIRCON.

En buen hora;
Pero sin duda no sabes...

ALEJO.

Sí, padre mio: ya sé
De cuánto serán capaces
Los griegos; bien los conozco,
Y no es cosa que me espante.

GIRCON.

¡Bien! muy bien.—(¡Tiemblo de oirle!)
Y ¡eso es lo que aquí te trae,
Sin duda!

ALEJO.

¿Qué decis?

GIRCON.

Digo
Que á averiguar nuestros planes...

ALEJO.

¡Bueno es eso, porque nada
Á mi desventura falte!
—Si aquí vine... ¡el corazon
No es posible que os engañe!
—Fué por dar á mis desdichas
El consuelo de este instante.
Por espía me tuvieron,
¿No es verdad? ¡pues bien! que sacien
Su cólera en mí.

GIRCON.

En la tierra
¿Hay quien se atreva á insultarte!
—Mas tú te quedas conmigo.

(Alejo hace con la cabeza un movimiento negativo.)

No, Alejo, no me disuades.

ALEJO.

Soy vasallo.

GIRCON.

Nada importa:
Yo compraré tu rescate.

ALEJO. (Con resolucion.)

Os digo que es imposible.
(Pausa.)

GIRCON.

¡Hay desdicha semejante!
Pues bien: libre estás; al campo
De mis enemigos parte,
Ya que la suerte lo quiere. (Hace que se va.)

ALEJO.

¿Os vais?

GIRCON.

¿Qué más pides?

ALEJO.

Dadme
Vuestra bendicion.

GIRCON.

¡No, Alejo!
En tanto que esas señales
De abyeccion y esclavitud
Á mis ojos te disfracen,
No te conozco por hijo.

ALEJO.

Pues bien, apúrese el cáliz.
Yo sucumbiré á mi suerte
Hasta que de mí se apiade
Ese Dios que así me envia
Dolores para probarme.
Fuerzas tengo y corazon
Para seguir adelante
Por esta senda de espinas,
Que el cielo á mis plantas abre.
Id con Dios, padre; id con Dios,
Ya que mi amor no os persuade:
Yo os obedeciera; pero...
La fe del soldado es ántes.

GIRCON.

Guarda tu fe: vuelveté
Á tu campo; no te tardes.

ALEJO.

¿Y si mañana el clarin
Á batalla nos llamase?

GIRCON.

Cumplamos nuestro deber:
Lo que vendrá, Dios lo sabe.
(Vase por la derecha.)

## ESCENA III.

ALEJO, solo.

¡Cuánto la esperanza yerra!
¡Con qué placer tan profundo
Pisé, insensato, esta tierra,
Donde para mí se encierra
Cuanto hay hermoso en el mundo!
Y éstos, no hay duda, éstos son
Los sitios en que solia
Ponderarla mi pasion;
Mas ¡qué trocados! María,
¿Lo está así tu corazon?
Léjos ya de mi presencia,
¿Has concebido tal vez
De otro afecto la violencia,
Ó ha resistido á la ausencia
El amor de la niñez?
¡Horrible duda! ¡espantosa!
¡Tú, presa en ajenos lazos,
Tan cándida, tan hermosa!
¡Tú, María, de otro esposa,
Y bien hallada en sus brazos!
—¡No! ¡no! ¡apártate de aquí,
Alevoso pensamiento!
¡Ella abandonarme así,
Y olvidar su juramento!
¡Qué fuera entónces de mí!
(Ruido de espadas.)

MARÍA. (Dentro.)

¡Socorro!

ALEJO.

¡Cielos!

## ESCENA IV.

ALEJO y CATALINA, por la izquierda.

CATALINA.

¿No habrá
Quien nos ampare?

ALEJO.

Señora...

CATALINA.

Venid: en peligro está
Quien vuestro favor implora,
Y que sin él, morirá.

ALEJO.

¿Dónde?

CATALINA.

Seguidme.

ALEJO.

Yo os fio...
(Vuelve á oirse por un momento el ruido de armas; Catalina retrocede.)

CATALINA.

¡Ay!

ALEJO.

Esperad. (Vase por la izquierda.)

CATALINA.

Son alanos;
Que éste es su campo. ¡Oh, Dios mio!
¡Salvadla!

ALEJO. (Dentro.)

Soltad, villanos.

CATALINA.

¡No le abandone su brío!
—Mas ¿qué es esto! ya cesó
El rumor.

ESCENA V.

CATALINA. ALEJO, que trae en brazos á MARÍA.

ALEJO.
Venid.

CATALINA.
¡Qué veo!
¡En salvo! el cielo me oyó.

ALEJO.
Alzadla el velo.

CATALINA.
Eso no.

MARÍA.
¡Ay!

CATALINA.
¿Me engañó mi deseo?
¡Respira! Cobrando voy
Aliento.

MARÍA.
¡Favor!

CATALINA.
Calmad
El recelo.

MARÍA.
¿Dónde estoy?
¿Quién me detiene?

CATALINA.
Yo soy.

MARÍA.
¿Tuvieron de mí piedad?

CATALINA.
Sin el favor de un soldado,
Que á nuestro socorro vino,
Vuestro fin era llegado.

MARÍA.
¿Y es?...

CATALINA. (Señalando á Alejo.)
Mirad.

MARÍA.
Dios sea loado,
Que os trajo por mi camino.
Acercaos.

ALEJO.
¿Qué me quereis?

MARÍA.
Si ese traje no me engaña,
Sin duda perteneceis
Á los soldados de España,
Y con Roger servíréis.

ALEJO.
Soldado soy de Roger.

MARÍA.
Y para recompensaros
Tal favor, ¿qué habré de hacer?

ALEJO.
¡Vos!... nada.

MARÍA.
Tengo poder.

ALEJO.
¡Oh! No hay para qué cansaros.

MARÍA.
Sois modesto.

CATALINA.
(Y áun galán.)

MARÍA.
¿No habeis sufrido reveses
De la suerte?

ALEJO.
¿Á qué ese afan?

MARÍA.
En ese bolsillo os dan
Cien escudos genoveses.
(Alargando un bolsillo á Catalina, que ésta ofrece á Alejo.)
No es paga; que más virtud
Presumo de vuestro pecho.
Ofrenda es de gratitud:
Tomad.

ALEJO.
No sé qué sospecho
De tanta solicitud.
¡Mucho os pesa agradecer!
Excusad la recompensa.

MARÍA.
¿Os enojais?

ALEJO.
Puede ser.

MARÍA.
Si lo habeis tomado á ofensa,
Yo os quiero satisfacer.
Perdonad si me engañó
El traje: os juzgué soldado.

ALEJO.
¿Quién os dice que mintió?

MARÍA.
¿No sois caballero?

ALEJO.
No;
Es más humilde mi estado.

MARÍA.
¡Cómo! y siendo tan impía,
Segun decis, vuestra suerte,
¿Despreciais la oferta mia!
Y ¿por qué?

ALEJO.
Preferiria
Mil veces ántes la muerte.
Mas si en dar alguna prenda
Al soldado, os empeñais,
Sin que esto favor se entienda,
Sirva á mi herida de venda
Ese lienzo que ahí llevais.

MARÍA.
¡Por salvarme! ¡á tal accion
Tal premio los cielos dan!
— ¿Dónde?...

ALEJO.
Aquí; siempre aquí son
(Con la mano en el pecho.)

Mis heridas: todas van
Derechas al corazon.

MARÍA.

Mas si peligrosa fuera...

ALEJO.

Por mi desventura, es leve.

MARÍA.

Recompensaros quisiera,
No así, mas de otra manera,
Como á vuestra accion se debe.
Conservad, ya que os agrada,
Ese lienzo.

ALEJO.

Está mi herida
Con harto precio pagada.

MARÍA.

No olvidaré que á esa espada
Debí esta noche la vida;
Y si os place alguna vez
Pedir por tan gran servicio
El premio, sed vos el juez.

ALEJO.

Es muy grande mi altivez,
Y pequeño el sacrificio.
Sólo os pediré, si tanto
Puedo yo ser venturoso,
Que descubrais ese encanto,
Que avaro me niega el manto,
De tanta dicha celoso.

MARÍA.

Más me pedis que pensais...

ALEJO.

Perdonadme si indiscreto...

MARÍA.

Pero si de mí fiais,
Ántes de mucho, os prometo
Que cual pedis me veais.

ALEJO.

(Hay tal magia, tal poder
En su voz, que se estremece
Mi corazon de placer.)

MARÍA.

Quedaos aquí: ya amanece
Y temo que me han de ver.

ALEJO. (Haciendo ademan de acompañarla.)

Pero ¿sola?...

MARÍA. (Con entereza.)

No consiento
Que de aquí paseis.

ALEJO.

¿Ya enojos?

MARÍA.

Ó borraréis, desatento,
El alto merecimiento
Que os recomienda á mis ojos.

ALEJO.

Esa razon me reporta;
Mas mirad, por vuestra vida...

MARÍA.

No, no, la distancia es corta.
Adios quedad; que me importa
No ser aquí conocida.

(Vase por la derecha, seguida de Catalina.)

## ESCENA VI.

ALEJO, solo.

¡Extraña mujer! No sé
Qué encanto, qué melodía,
En esa voz encontré,
Que jurara por mi fe
Que estaba oyendo á María.
Y aunque es hoy la vez primera
Que escucho y hablo á esta dama,
No sé qué extraña quimera
Toda la razon me altera,
Todo el corazon me inflama.
¡Deseo! en vano procuras
Hallar en algun recuerdo
La causa de estas locuras.
— Inútilmente me pierdo
Entre vanas conjeturas.
¡No es ella, ilusion que adoro!
No es la voz que vertió en paz
Aquí de amor un tesoro,
Con el arrullo sonoro
De la paloma torcaz;
Es el imperioso acento
Del que subyuga y domina,
Y miéntras su influjo siento,
Airado, me da tormento;
Cariñoso, me fascina.
Mas ya moviéndose está
El campo: el deber te llama,
¡Esclavo! olvídate ya
De la misteriosa dama,
Como ella te olvidará.

(Vase por la izquierda: empieza á moverse el campo de los masagetas, viéndose cruzar en várias direcciones algunos soldados. Se oye tocar clarines á diferentes distancias. Poco despues salen por la izquierda el Emperador y Gircon, seguido de una corta comitiva.)

## ESCENA VII.

MIGUEL PALEÓLOGO. GIRCON.

MIGUEL.

¿Roger mueve su campo?

GIRCON.

Y arrogante
Con su gente hácia el nuestro se encamina.

MIGUEL.

¿Qué quiere eso decir?

GIRCON.

¿Qué hay que os espante,
Ó qué insensato error os alucina?

Harto, señor, acreditado habemos
Todo el temor que en nuestros pechos labra,
Y harto nuestra vergüenza merecemos:
¡Vergüenza y abyeccion! ¡sí, por mi nombre!

MIGUEL.

Mas ¿qué puedo yo hacer?

CIRCON.

Una palabra
Decid: que muera, y morirá ese hombre.

MIGUEL.

¿Por qué tanto rigor, y por cuál crímen?

CIRCON.

Al Asia preguntad: sus moradores,
Que vuestros hijos son, pidiendo gimen
Venganza de sus nuevos opresores.
Y vos se la daréis; que aunque no os venza
Del corazon la rabia comprimida,
Os dolerá, señor, nuestra vergüenza.
¿Qué nos importa sin honor la vida?

MIGUEL.

Paciencia, y no irritemos nuestro encono.
Yo lo siento tambien, y sufro y callo.
Quien tan alto nació y ocupa un trono...

CIRCON.

¿No escuchará las quejas del vasallo?

MIGUEL.

Mas si la voz de la pasion escucha,
Y el sentimiento del rencor la vicia,
¿Quién le asegurará que en esta lucha
No venza la pasion á la justicia?
Si con mayor fortuna ó más denuedo
Venció Roger las bárbaras falanges
De Amurat y Carcano...

CIRCON.

Á Dios pluguiera
Que al usado rigor de sus alfanges
Ántes el Asia con baldon cayera.
Dobla el esclavo con dolor la frente
Cuando tirano azote le castiga;
Pero es más alevoso, más se siente,
Señor, el golpe de la mano amiga.
No es afrenta ceder cuando se agota
De la mezquina humanidad el brío;
Mas sucumbir vencido sin derrota,
Y el látigo besar que nos azota...
¡Nunca! ¡eso excede al sufrimiento mio!

MIGUEL.

No su dura altivez, no sus desmanes
Irritan nuestra cólera; es la gloria
Y el valor de esos fieros catalanes,
Que al turco arrebataron su victoria.
Y ¿qué hicimos los dos? En esa tierra,
Que escogieron los cielos irritados
Para campo y despojo de esta guerra,
¿Cuántas veces probamos la fortuna,
Que ante la cruz de Cristo se eclipsara
El resplandor de la menguante luna?
¡Miserable pasion, pero terrible,
Es la envidia, Gregorio! y si inflexible
Dentro del corazon se arraiga y crece,
Con nuestra propia mengua alimentada,
Punzante flecha en el rigor parece,
Del hondo pecho en la mitad clavada.

CIRCON.

¡En buen hora, señor! envidia sea
Ó justa indignacion, al fuego oculto
Dejad que prenda, y que la Grecia os vea
Satisfaccion tomar de tanto insulto.

MIGUEL.

Algun dia, tal vez...

CIRCON.

El pueblo os ama,
Y en la sed de venganza tambien arde.

MIGUEL.

Mas ¡de esa suerte mancillar mi fama!...

CIRCON.

Con más alto clamor el riesgo os llama,
Y ¡ay, que á atajar el mal no llegueis tarde!

MIGUEL.

¿Qué temes?

CIRCON.

Áun Roger las afecciones
De sus antiguos dueños se concilia,
Llevando con descaro en sus pendones
Las armas de Aragon y de Sicilia.
¿Por qué? porque en su orgullo ha imaginado,
Creyendo que es mayor nuestra flaqueza,
Veros de la corona despojado,
Para adornar de Jaime la cabeza.

MIGUEL.

No lo puedo creer.

CIRCON.

Y esa corona
Áun no es vuestra, señor; que si ha querido
Andrónico ensalzar vuestra persona,
Si ya con vos el trono ha compartido,
Áun él es en sus reinos el primero,
Y aceptando ese honor, ha contraido
Árduas obligaciones su heredero.

(Se oye un clarin.)

MIGUEL.

¡Silencio!

CIRCON.

Es el clarin que nos avisa
La marcha de Roger, y ya su gente
Pasando está los vados del Murisa.

MIGUEL.

Aquí su campo asentará: no quiero
Dar ocasion á celos y rencores.

CIRCON.

Se hará como decis.

MIGUEL.

Así lo espero.

CIRCON.

¿Qué otra cosa mandais?

MIGUEL.

¿Qué? tus alanos
En la ciudad se alojarán, y cuenta

Si á su ciego rencor no atas las manos,
Y el muro de mi alcázar se ensangrienta.

GIRCON.

Yo sabré refrenarles.

MIGUEL.

Ni un instante
Tardes.

**ESCENA VIII.**

MIGUEL y su comitiva: luégo ROGER. BERENGUER y CABALLEROS CATALANES Y ARAGONESES.

MIGUEL.

¡Oh, corazon! guarda en tu centro
La saña, y que tu cárcel no quebrante,
Revelándose al lívido semblante
El oculto volcan que hierve dentro.

(En este momento se presenta en la escena Roger, armado á la ligera y seguido de los personajes arriba indicados.)

¿Roger? (Adelantándose hácia él.)

ROGER.

¡Cómo! ¡sois vos!

MIGUEL.

Tanto merece
Quien, de mi padre y mi señor honrado,
Hoy añade á sus timbres de soldado
El cesáreo blason que le engrandece.
Pero ¿qué significa esta venida
Sin avisarme?

ROGER.

Estando tan cercano,
¿No os he debido dar mi despedida?
Muy pronto es mi partida
Contra el fiero enemigo del cristiano.
Sorprenderos pensaba.

MIGUEL.

Ya lo veo.

ROGER.

Pero vos, como siempre bondadoso,
Habeis anticipado mi deseo,
Interrumpiendo así vuestro reposo.

MIGUEL.

Eso merecen ínclitos varones
Como vos.

ROGER.

Al honrarme de esta suerte,
Cadenas de inflexibles eslabones
Poneis á mi lealtad.

MIGUEL.

Lo sé, Rogerio,
Y sé tambien que vuestro brazo fuerte
Columna es hoy de mi abatido imperio.

ROGER.

Ensalzais mi humildad.

MIGUEL.

Nada podria
Recompensar valor tan esforzado,
Si, dueño venturoso de María,
Hoy no os uniera con la sangre mia
Del parentesco el vínculo sagrado.
¿Vuestra esposa?...

ROGER.

Á la Córte en este instante
Se encamina, señor, con mis galeras.

MIGUEL.

¿No quereis reposar? que es la jornada,
Y más de noche, larga y escabrosa.

ROGER.

No por mí; mas mi gente fatigada
Viene, y de algun descanso deseosa.

MIGUEL.

Perdonadme, Roger, si otro más digno
Hospedaje... (Señalando á las tiendas de campaña.)

ROGER. (Con extrañeza.)

Pues ¿qué!...

MIGUEL.

Vuestros soldados
Aquí estarán, Roger, aposentados,
Aunque será por poco.

ROGER.

No quisiera
Que ese favor que la otorgais, benigno,
En desaire mi gente convirtiera.
—¡No permitirla en la ciudad la entrada!

MIGUEL.

Quiero evitar desórdenes, Rogerio,
Y está por mis alanos ocupada:
No hay otra causa aquí ni otro misterio.

(Movimiento de impaciencia y murmullos de indignacion entre los caballeros.)

BERENGUER.

Pues, ¡vive el cielo! ¡la razon extraño!

ROGER.

¿Qué decis, Berenguer!

BERENGUER.

Y de ese modo,
Mas que atajar de la ciudad el daño,
Dais ocasion á que se pierda todo.

MIGUEL.

Y ¿es un vasallo quien así responde
Á su señor?

BERENGUER.

El que de fiel blasona
Nunca á los reyes la verdad esconde.

MIGUEL. (Á Roger.)

¿Es caballero?

ROGER.

Y su lealtad le abona.
Berenguer de Roudor, ahora llegado
De Cataluña á vuestro imperio, viene
Á ofreceros su espada: es buen soldado.

MIGUEL.

Bien con su patria su altivez conviene.
—¿Es catalan?

ROGER.

En los allá nacidos
Se hermanan la franqueza y el aliento.

BERENGUER.
Somos en el honor poco sufridos,
Y una vez ofendidos,
No callamos verdad ni sentimiento;
Y postergarnos á tan vil canalla...

MIGUEL.
Entre vasallos, Berenguer, no hay fueros.

BERENGUER.
Deben ser en el premio los primeros
Los que primeros son en la batalla.
Si no pusieran en tan cruda guerra
El catalan y aragonés las manos,
En cuanto espacio vuestro imperio encierra,
No hallaran ¡vive Dios! bastante tierra
Donde fijar el pié, vuestros alanos.

ROGER.
¡Basta!

MIGUEL.
Es mi voluntad, y nadie intente
Hacer á mis mandatos resistencia.

ROGER.
Id, Berenguer, y repartid la gente:
Nuestro deber primero es la obediencia.

(Berenguer se dirige al fondo, y figura dar órdenes á algunos soldados, los cuales se van en diferentes direcciones. Alejo sale por el fondo izquierda, se dirige adonde está Berenguer y le habla.)

## ESCENA IX.

DICHOS y ALEJO.

MIGUEL.
Descansad un momento, y á mi lado
Luégo entraréis en la ciudad; que quiero
Manifestar al pueblo alborozado
Lo que estimo el valor de tal soldado,
Lo que en mi amor á todos le prefiero.

ROGER.
¡Solo yo! no es posible.

MIGUEL.
¿Cómo!

ROGER.
Y lo siento, á fe: Dios me es testigo.

MIGUEL.
¡Sois altivo, Roger!

ROGER.
Vos inflexible.

MIGUEL.
Puesto que convenceros no consigo,
Os dejo aquí, pero con pena mia.

ROGER.
Adios, que os guarde.

MIGUEL.
(¿Si de mí recela?)

ALEJO.
(¡Guarda del tigre la caricia impía!)

ROGER.
¡Plaza al Emperador!

BERENGUER.
(¡Estaré en vela!)

(Roger acompaña al Emperador hasta que sale de la escena: luégo vuelve á bajar al proscenio.)

## ESCENA X.

DICHOS, ménos Miguel.

ROGER. (Á Berenguer, que está pensativo.)
¿Qué tienes?

BERENGUER.
La obligacion
Es á veces harto dura.

ROGER.
¿Qué hay?

BERENGUER.
Que la gente murmura,
Y murmura con razon.
Y si la mandan partir
Sin paga...

ROGER.
Ya la ha ofrecido
Andrónico.

BERENGUER.
Convenido;
Pero ofrecer no es cumplir.

ROGER.
Pésame que á su codicia
Escuchen.

BERENGUER.
Yo no os arguyo;
Mas lo que piden es suyo.

ROGER.
Y yo ¿niego su justicia?

BERENGUER. (Señalando á Alejo.)
¡Si todos fueran como él!

ROGER.
¿Quién? ¡ah!

BERENGUER.
No le tienta el oro.
Ese mozo es un tesoro:
Sufrido, valiente, fiel.

ROGER.
Sí.

BERENGUER.
Y aunque tanto merece,
Nada pide: ¡cosa rara!

ROGER.
Es verdad.

BERENGUER.
Y yo jurara
Que es más de lo que parece.

ROGER.
¿Lo crees tú?

BERENGUER.
¿Si lo creo!
Y esta idea me domina
Desde que le vi en Mesina.

ALEJO. (Acercándose.)
Señor, hablaros deseo.

ROGER.
¿Es cosa urgente?

ALEJO.
Señor,
Sí lo es: para luégo es tarde.

ROGER.
Di, pues.

ALEJO.
(¡Corazon cobarde!...)

ROGER.
Habla.

ALEJO.
(Tengamos valor.)
Quiero partir de esta tierra.

ROGER.
¿Partir dices!— Yo no puedo
Consentirlo.

BERENGUER.
¿Tienes miedo?

ALEJO. (Con intencion.)
Sí, tengo miedo á esta guerra.

BERENGUER.
Imposible.

ALEJO.
¿Y si es verdad?

ROGER.
Mal á su deber escucha
El soldado que á la lucha
Vuelve el rostro.

ALEJO.
Perdonad:
No es el temor á la muerte
El que me arrastra á ese extremo;
¡No, señor! es el supremo
Poder de mi injusta suerte.

BERENGUER.
Luego en esa decision
Ocultas algun misterio.

ALEJO.
Cierto; y es tanto su imperio,
Que avasalla á mi razon.

ROGER.
Pues bien; yo no puedo dar
Ejemplo tan pernicioso:
Miéntras que no haya reposo,
Miéntras que haya que luchar,
Aquí y en cualquiera parte
Donde nos llame el deber,
Todos debemos correr
Detras de nuestro estandarte.

ALEJO.
Perdonad: no se hable más
De este asunto. (¡Ay, suerte mia!)

BERENGUER.
Alejo, ¡no lo creeria
De tu condicion jamas!

ALEJO.
Adios, señor. (Vase por la derecha.)

## ESCENA XI.

ROGER. BERENGUER. Luégo MARÍA, por el fondo, á la derecha.

BERENGUER.
¡Esto es nuevo!
De mi admiracion no salgo.
¡Cuando digo yo que hay algo
De extraño en este mancebo!

(Aparece María en el fondo, cubierta con un velo. Á mayor distancia se ve á Catalina y algunos escuderos.)

ROGER.
¿Quién viene?

MARÍA.
Quien verte ansía,
Y tu voluntad expresa
Atropella.

BERENGUER.
¡La princesa!

ROGER. (Á Berenguer, que se retira.)
Déjanos.

## ESCENA XII.

ROGER. MARÍA.

ROGER.
¡Tú aquí, María?
Te estoy viendo, y no lo creo.

MARÍA.
¡Roger!

ROGER.
¿Tú aquí?

MARÍA.
No te espante;
Que, recelosa y amante,
¿Quién resiste á su deseo?

ROGER.
¿Recelosa tú! ¿de qué?

MARÍA.
Abrigan los corazones
Mil necias supersticiones,
¡Necias, señor! bien lo sé;
Mas ¿quién, si perder sospecha
El bien que idolatra ausente,
Y el intenso dolor siente
De esta envenenada flecha;
Quién, dime, conservaria
Con tal recelo la calma,
Y más si lleva en el alma
Todo el amor que esta mia?

ROGER.
No he dudado yo jamas
De ese amor, que es mi contento;
Mas tú, ¿con qué fundamento
Del mio sospecharás?

MARÍA.

¿Yo? ¡no! si posible fuera
Que yo de tu fe dudara,
Ó la vida me quitara,
Ó del pesar me muriera.

ROGER.

Yo no alcanzo á comprenderte.
¿Qué causa?. .

MARÍA.

Un vago temor
Es no más: ¡mira, señor,
Que á traicion no te den muerte!
Tus enemigos...

ROGER.

En paz
Con todos vivo, María.

MARÍA.

Ocultan su alevosía
Con engañoso disfraz.
Entre las várias naciones
Que han ofrecido su espada
Á esta nacion degradada,
Donde ya no hay corazones,
Hay una raza grosera,
De Europa negro borron,
Que, no sé por qué razon,
Mi primo Miguel tolera.
Contra esos hombres villanos
Abrigo sospechas graves,
Y están aquí: ¡ya lo sabes,
Roger! y son los alanos.
Desde que pusiste el pié
En Tracia, inquietos parecen.
No sé por qué te aborrecen,
Esposo.

ROGER.

(Yo sé por qué.)
¡María! y ¿de eso te admiras?

MARÍA.

Tu fama y tu nombre insultan,
Y lo peor es que ocultan
Ó ponen freno á sus iras.
¿De qué os servirá el valor
Que noblemente batalla,
Si al desnudaros la malla,
Os hiere puñal traidor?
Y ¿qué vale la osadía
Contra el pertinaz empeño
Del que acecha vuestro sueño,
Y vuestro descanso espía?

ROGER.

No imagines que me asombre
Tu flaqueza: es natural;
Mas lo que en tí no está mal,
Fuera vergüenza en un hombre.
¿Quieres que me afrente, y huya
De un peligro imaginado?
¿Quieres que manche el soldado
Su fama, que ya es la tuya?

MARÍA.

Eso no; pero si aquí
Peligras, como sospecho,
Ha de hallar ántes mi pecho,
El hierro traidor, que á tí.

ROGER.

¡Venga, pues! no me acobarda
Ya su rigor enemigo.

MARÍA.

¿No? ¿por qué?

ROGER.

Porque conmigo
Está el ángel de mi guarda.

MARÍA.

¿Ángel?

ROGER.

Lo eres para mí.

MARÍA.

Yo sí que decir pudiera
Que le tengo.

ROGER.

¡Lisonjera!

MARÍA.

¡No! no lo digo por tí.

ROGER.

¡Hola!

MARÍA.

¿Te parece mal?

ROGER.

Si es del cielo...

MARÍA.

¡Desvarío!

ROGER.

¿Qué dices?

MARÍA.

Que el ángel mio
Es ángel muy terrenal.

ROGER.

¡Vas á asustarme! ¿algun hombre
Tal vez?

MARÍA.

Ya en celos te inflama.

ROGER.

Tengo razon.—¿Y se llama?...

MARÍA.

No le pregunté su nombre.

ROGER.

No entiendo...

MARÍA.

Si aquí los dos
Nuestro amor entretenemos,
Á su valor lo debemos.

ROGER.

¡Es posible!

MARÍA.

¡Sí, por Dios!
Pudo el temor de tu suerte
Costarme anoche la vida.

ROGER.
Habla.
MARÍA.
Con saña atrevida
Quisieron darme la muerte.
Sin defensa ya, á sus manos
Llegado mi fin juzgué.
ROGER.
Y ¿quién el infame fué?...
MARÍA.
Presumo que eran alanos.
Esgrimiendo los aceros,
En la oscuridad cercaron
Mi litera, y ahuyentaron
Á mis pajes y escuderos.
ROGER.
¡Cobardes!
MARÍA.
¿Vas á enojarte?
¿Qué hiciera su resistencia?
ROGER.
Debieron dar la existencia
Primero que abandonarte.
— Sigue.
MARÍA.
Á pesar de mi afan,
Sacábanme del camino,
Cuando en mi socorro vino
Un bizarro catalan.
ROGER.
¿Algun caballero?
MARÍA.
No.
ROGER.
¿Adalid?
MARÍA.
Simple soldado.
ROGER.
Y le habrás recompensado.
MARÍA.
Lo quise; mas se enojó.
ROGER.
Son, como valientes, rudos.
MARÍA.
Á su accion agradecida,
Pagarle quise una herida
Con un puñado de escudos.
— Fué mal hecho: no lo ignoro.
ROGER.
Cuando no se satisfaga,
Tendrá razon: no se paga
Tan grande favor con oro.
Yo haré que le busquen.
MARÍA.
Sí.
ROGER.
Y como al más ganancioso,
Deja el cuidado á tu esposo
De pagar deudas por tí.
Yo á pagar ésta me obligo.
— Vuelve á la ciudad.
MARÍA.
No puedo.
ROGER.
Pues ¿qué proyectas?
MARÍA.
Me quedo,
Me quedo, señor, contigo.
ROGER.
¡Tú, en un palacio nacida
Y á la Córte acostumbrada!...
MARÍA.
Y ¿qué! ¿no soy aquí amada?...
ROGER.
¡Eso sí! con alma y vida.
MARÍA.
¿Tanto como tú?
ROGER.
Quizás:
Tú eres todo mi embeleso.
MARÍA.
Pues bien: quiéreme, y con eso
No temas que pida más.
— ¿Qué me falta?
ROGER.
La sombría
Grandeza de tu palacio.
MARÍA.
Aquí tengo más espacio.
ROGER.
¿Y tus doncellas, María?
Y ¿quién de tí cuidará?
¿Quién de tu gala, amor mio?
MARÍA.
De hermosura y de atavío
Mi afecto me servirá.
— La que aceptó por compaña
Soldado que tanto vale,
No tiene alcázar que iguale
Á tu tienda de campaña;
Y la que supo seguir,
Enamorada, tus huellas,
No necesita doncellas
Que la sirvan el vestir.
Más que el boato imperial
Estimo yo tu decoro
Y el estrépito sonoro
De la alborada marcial.
Mejor que ceñir coronas,
De tu admiracion avara,
Las fábulas realizara
De las fuertes amazonas.
ROGER.
Permíteme que lo extrañe.
— ¿Osaras tú en la pelea?...

MARÍA.

No diré tanto, no sea
Que me engañe y que te engañe.
Tímida soy; pero, en fin...
Me ha dado miedo hasta ahora
La guerra, y ya me enamora
La ardiente voz del clarín.
Será que como es mi esposo
Guerrero que el mundo admira,
Acaso el amor me inspira
Su espíritu valeroso;
Será que en altos reclamos
Tu ejemplo me da consejos.
Nosotras somos reflejos
Del hombre á quien adoramos.

## ESCENA XIII.

DICHOS y BERENGUER, con un pergamino.

MARÍA.

¿Quién es?

ROGER.

Mi amigo más fiel.

BERENGUER.

Un caballero ha venido
Buscándoos, y esto ha traido
Del emperador Miguel.

ROGER.

Á los hidalgos da entrada
(Despues de leer rápidamente.)
En la ciudad.

BERENGUER.

(Al fin cede.)

ROGER.

Y más tarde, cuando quede
De alanos desocupada,
Mañana tal vez, serán
En su interior alojados
Adalides y soldados.

BERENGUER.

(No sé si se alegrarán.)
Tambien, como vuestro porte (Á María.)
Pide, y elevada esfera,
Os envia una litera
Con séquito de la Córte.

ROGER.

Anunciadlo al campamento,
Y que cada cual se apronte
Á seguirnos.—Tú disponte
Para partir al momento.
(Vase María. Berenguer se dirige al campamento.)

## ESCENA XIV.

ROGER, y un instante despues ALEJO.

ROGER.

Dios quiera que me reporte
De Gircon en la presencia.

ALEJO.

¡Señor! ¿es cierto? ¿hay licencia,
Y entramos hoy en la Córte?

ROGER.

Los hidalgos nada más.

ALEJO.

¿Y á mí la excepcion no alcanza?

ROGER.

Tú eres mi paje de lanza:
Desde hoy á mi lado estás.

ALEJO.

¡Gracias, señor!
(Vase Roger.)

## ESCENA XV.

ALEJO. Luégo IRENE.

ALEJO.

¿Qué aprehension
Quimérica es ésta mia?
Si á ver vamos á María,
¿De qué tiemblas, corazon?

IRENE.

¿Áun la recuerdas?

ALEJO.

¡Tú eres,
Hermana mia?

IRENE.

¿Por qué
Tanto has tardado?

ALEJO.

¿Lo sé
Yo mismo?—Dime...

IRENE.

¿Qué quieres?

ALEJO.

¡Escucha!—¡Temblando estoy!
Decirlo quiero, y no puedo.

IRENE.

¿Qué te altera?

ALEJO.

Tengo miedo
De lo que á decirte voy.
—¿Vive?

IRENE.

Vive.

ALEJO.

¡Cielo santo!
Yo tu clemencia bendigo.
—Dime, ¿y fiel para conmigo?

IRENE.

No puedo decirte tanto.

ALEJO.

Explícate, y mi tormento
No aumentes, ¡hermana mia!

IRENE.

Sólo sé que llegó un dia

En que abandonó el convento.
Entónces perdí su huella.

ALEJO.

Y ¿has vuelto á hallarla?

IRENE.

No há mucho.

ALEJO.

Habla: ¿no ves que te escucho?

IRENE.

Segura estoy de que es ella.

ALEJO.

¿Está aquí?

IRENE.

Sí.

ALEJO.

Tan donosa
Como en la risueña edad
De la infancia, ¿no es verdad?

IRENE.

No, Alejo.

ALEJO.

¡No!

IRENE.

Áun más hermosa.

ALEJO.

Y ¿qué sabes?...

IRENE.

Nada sé,
Alejo; pero ¡en seis años
Caben tantos desengaños!

ALEJO.

¡Oh! ¡no!

IRENE.

¡Me encanta esa fe!

ALEJO.

Yo en su inocencia confío.

IRENE.

Y ¿por qué no has de dudar?

ALEJO.

Y ¿por qué no he de juzgar
Su corazon por el mio?
Si del tiempo y la distancia
Triunfó mi amante porfía,
¿No puede abrigar María
La misma noble constancia?

IRENE.

Vive en esa fe.

ALEJO.

¡Me aterra
Tu calma! Di...

IRENE.

¡Pobre hermano!

ALEJO.

Di, ¿qué misterioso arcano
En tus palabras se encierra?

IRENE.

¡Has dado en terrible empeño!

ALEJO.

¡Oh! ¡si tú como yo amaras!...

IRENE.

¡Yo amar!

ALEJO.

¡Si á tu bien miraras
En poder de ajeno dueño!...

IRENE.

Nunca he llorado esas penas.

ALEJO.

¡Dichosa tú, Irene mia!

IRENE.

Y á sentirlas, romperia
Con mi vida mis cadenas,
Ó asiéndome á mi esperanza
Con vigorosa intencion,
Sublimara mi pasion
En alas de mi venganza.

ALEJO.

¿Un desden se ha de vengar?

IRENE.

Quien sufre y calla, no siente
Su agravio: dile que miente
Si dice que sabe amar.

ALEJO.

No sé, Irene, lo que haria
En tal caso; no lo sé;
Mas ¿dónde se halla?... ¿qué haré
Para encontrar á María?

IRENE.

Alégrate: ese deseo
No te pide mucho espacio.
Búscala...

ALEJO.

¿Dónde?

IRENE.

En palacio.

ALEJO.

Luego es noble.

IRENE.

Así lo creo.

ALEJO.

Sin duda...

IRENE.

Y cuando eso arguya
En ella cuna y riqueza,
¿Qué importa, si es tu nobleza
Tan limpia como la suya?

ALEJO.

¡Gracias! ¡gracias!

IRENE.

El color
Vas perdiendo.

ALEJO.

No es extraño:
Á un tiempo me has hecho daño
Con un placer y un dolor.

IRENE.

¿Tiemblas?

ALEJO.

De pensar que presto
Voy á verla.

IRENE.

¡Estás herido!

ALEJO. (Desmayándose.)

¡Calla!

IRENE.

¡Se ha desvanecido!

(Arrodillándose junto á él, y descubriéndole el pecho.)

Respira... pero ¿qué es esto!
Un lienzo... ¡rico! ademas
Tiene un blason estampado...
—¿No sueño?... ¡se han encontrado!
¡Fortuna! ¡no pidas más!
¡Oh! ¡que hay momentos supremos
De irresistible alegría!

(En este momento cruza el teatro, dirigiéndose al fondo, la litera cerrada donde se figura que va María, seguida de caballeros y cortesanos. Irene se incorpora, exclamando.)

—¡Adios, princesa María!
¡Te juro que nos veremos!

# ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio imperial en Andrinópolis. Puertas á la izquierda y al fondo. Ventana á la derecha.

## ESCENA PRIMERA.

ALEJO, en la escena. BERENGUER, que viene por el fondo.

BERENGUER.

¿Y el César?

ALEJO.

Al aposento
Del Emperador pasó,
Ya há tiempo...

BERENGUER.

Y ¿no ha vuelto?

ALEJO.

No:
Esperadle aquí un momento.

BERENGUER.

Y un año le esperaria.

ALEJO.

¿Pues?...

BERENGUER.

Ha venido un soldado
Del campo...

ALEJO.

Y ¿qué?

BERENGUER.

Le ha enviado
Aquí la almogavaría.

ALEJO.

Y ¿qué quiere? aunque sospecho...

BERENGUER.

La gente no está contenta,
Y siente con esta afrenta
Hervir la sangre en el pecho.

## ESCENA II.

DICHOS y ROGER. LOS CAPITANES ARAGONESES Y CATALANES empiezan á aparecer en la puerta del fondo, y llenan poco á poco la escena.

ROGER.

¿Qué es eso?

BERENGUER.

Que los apuros
Crecen: furiosa la gente
Porque no se la consiente
Atravesar estos muros,
Soporta mal su desaire.

ROGER.

¿Se atreverán por ventura?...

BERENGUER.

Está la atmósfera oscura
Y huele á tormenta el aire.

ROGER.

¡Vive Dios! si algun osado...

BERENGUER.

Malo es que tengan razon.
—¿Ha de ser todo opresion
Para el mísero soldado?

ROGER.

¿Tienen razon?

BERENGUER.

Cosa clara.
—Aquí os envian un hombre
Para hablaros en su nombre.

ROGER.

¿Quién es?

BERENGUER.

Perich (*) de Naclara.

ROGER.

Á mí no me asustan fieros;
Pero ántes de recibir
El mensaje, quiero oir
Vuestra opinion, caballeros.

BERENGUER.

Ateneos á mis informes
En lo que toca á ese asunto.

ROGER.

¿Por qué?

BERENGUER.

Porque en ese punto
Estamos todos conformes.

ROGER.

¿Hay algun noble agraviado
Entre los presentes?

BERENGUER.

No.

(*) Léase Peric.

ROGER.
En ese caso...

BERENGUER.
Es que yo
Me quejo por el soldado.
Él es aquí el brazo fuerte...
— ¡No me quiteis que le alabe!
— Y ninguno mejor sabe
Dar y recibir la muerte.
Á pié, con males prolijos,
Hambriento y de cualquier modo,
Sabe lidiar.— Sobre todo,
Mis soldados son mis hijos.

ROGER.
Tambien los mios.

BERENGUER.
Y rabio
Cuando alguno los insulta.
— ¡César! á nadie se ocu ta,
Y á todos toca el agravio.
¡Sí! tras de pagar su fiel
Conducta con mano avara,
Les ha azotado la cara
El emperador Miguel.

ROGER.
Pues yo presumo, y quizás
Más que nadie el hecho siento,
Que no ha tenido ese intento:
Que hay un error y no más.

BERENGUER.
Mas si persiste en su error...

ROGER.
¿Qué haremos?

BERENGUER.
La cosa es llana:
Arrojar por la ventana
Palacio y emperador.

ROGER.
¡Berenguer!

BERENGUER.
Á tanto ultraje,
Que ni al soldado se esconde,
Yo sé cómo se responde:
Rompiéndole el homenaje.

ROGER.
Y ¿qué más?

BERENGUER.
Con vuestra vénia,
Os diré lo que yo haria:
Conquistar la Romanía
Y la Natolia y la Armenia,
Y agitando de Aragon
El generoso estandarte,
Volver la vista á otra parte,
Que ya os dice el corazon.

ROGER.
¡Calla, Berenguer! desbarras.

BERENGUER.
Á esa region española,
Donde don Jaime tremola
Las cinco sangrientas barras.
Y ¡ése! y ése es nuestro rey
Natural, bravo, clemente,
Bizarro, y sobre valiente,
Honrado, que guarda ley.
— Yo le diria: «¡Aquí estamos!
Toda esta tierra traidora
Nos insultó; pero ahora
Somos nosotros los amos.
Si tierras ganais ahí,
Nosotros, sin darnos treguas,
Conquistamos ya más leguas
Que españoles hay aquí.
El pié de nuestros caballos
Remachó su cautiverio:
Ahí os damos un imperio
Con millones de vasallos.»
(Muestras de aprobacion en los capitanes.)

ROGER.
¿Has acabado?

BERENGUER.
Conmigo
No jugara.

ROGER.
Eres mancebo.

BERENGUER.
Lo mejor es que me atrevo
Á hacerlo como lo digo.

ROGER.
No tengo que preguntar
Vuestra opinion, pues ya veo
Que halaga vuestro deseo
Proyecto tan singular:
Y á haber causa, no quedara
En ilusiones por mí.
— Éntre ese soldado.

BERENGUER.
Aquí
Le teneis ya.

## ESCENA III.

DICHOS y PERICH DE NACLARA.

ROGER.
Di, Naclara.

NACLARA.
Pues... hablando con respeto,
Os advierto que la gente
Há dias que anda impaciente,
Y murmura... y no en secreto.
Todos se llaman á engaño,
Y ya con cierto descoco
Dicen que el provecho es poco
Aquí, donde es mucho el daño.
Que esta guerra es tan cruel,

Señor, tras de no ser breve,
Que no hay hombre que no llevé
Como reliquia la piel.
Mas de esto, como soldados
Que son, nadie se lamenta:
Todos se han hecho la cuenta
De morir acuchillados.
Pero es terrible pension
La de ese negro ejercicio,
Y bien merece el oficio
Alguna compensacion.

ROGER.

Y la gloria, ¿di?

NACLARA.

La gloria
Acompañará á los nombres,
Que han de quedar de los hombres
Guardados en la memoria;
Mas para un pobre cualquiera
Que sangre y vida aventura,
Y tendrá por sepultura
Lejana tierra extranjera;
Que su patria desampara
Por... ¡no sé qué!—¡Me confundo!
¿Qué sabrá mañana el mundo
Si hubo un Perich de Naclara?

ROGER.

¿Qué pedis?

NACLARA.

Necesidad,
Al par que orgullo, nos mueve:
Dennos lo que se nos debe,
Y entremos en la ciudad.

ROGER.

Sois impacientes y osados:
Ya otra vez cuanto os debia
Pagó Miguel.

NACLARA.

¡Sí, á fe mia!
Con escudos cercenados [2].
Les falta de su valor
Más de un tercio: así nos dan
Tan caro el mísero pan,
Y el vino, que es lo peor.

ROGER.

De mi afecto sois testigos.
¿Qué puedo hacer?

NACLARA.

Yo diria
Á Miguel, el mejor dia:
«Dejamos de ser amigos.»

ROGER.

¿Aunque os pagara?

NACLARA.

Tambien;
Y pues la puerta nos cierra
De la ciudad, haya guerra;
Porque he oido no sé á quién,
Pero soldado, decir
Que en la escuela militar
La muralla es para entrar,
La puerta para salir;
Y pues Miguel se concierta
Con esta infame canalla,
Entremos por la muralla,
Y echémosle por la puerta.

ROGER.

Y ¿no sabes que la muerte
Puede costarte el consejo?

NACLARA.

Por eso en el campo dejo
Tantos que envidian mi suerte.

ROGER.

De condicion poco mansa
Eres.

NACLARA.

Tengo aborrecida,
Con estas cosas, la vida:
¡Pues! y el que muere descansa.

BERENGUER. (Ap. á Roger.)

Ya lo veis.

ROGER.

¿Cómo has venido
Aquí? ¿por tu voluntad?

NACLARA.

Sí, señor; mas, la verdad,
Los otros me han elegido.

ROGER.

Eso te valga.

NACLARA. (Con indiferencia.)

Corriente.

ROGER.

Pero otra vez, sin remedio,
Te descuartizo. (No hay medio
De poder con esta gente.)

NACLARA.

¿Qué respondo?...

ROGER.

Les dirás
Que enfrenen su orgullo loco.

NACLARA.

¿No más?

ROGER.

No más.

NACLARA.

Es bien poco;
Pero... puesto que no hay más...
(Hace que se va.)

ROGER.

Y si esa audacia, de nuevo
Á usar volvieren conmigo,
No quedará sin castigo.

NACLARA.

Mala respuesta les llevo. (Vase.)

### ESCENA IV.

DICHOS, ménos Naclara.

ROGER.

¡Señores! con amargura
Vuestra conducta contemplo.
Demos al soldado ejemplo
De abnegacion, de cordura.
Hablaremos á Miguel,
Y veréis que os satisface
La queja.

BERENGUER.

¿Y si no lo hace?

ROGER.

Si no... rompemos con él.

BERENGUER.

¡Bravo! y será lo mejor;
Pero, entre tanto...

ROGER.

Entre tanto,
¡Silencio!

BERENGUER.

¡Si me atraganto
Callando!

ROGER.

¡El Emperador!

### ESCENA V.

DICHOS y EL EMPERADOR MIGUEL.

ROGER. (Adelantándose á recibirle.)

¡Vos aquí!

MIGUEL.

¿Qué lo extrañas, si te cuento
Entre los mios? el deber lo ordena.

ROGER.

¡Vos, señor, visitando mi aposento!
Á mi cuello poneis nueva cadena.

MIGUEL.

Pero ¿qué es lo que pasa, capitanes?
¿Por qué el ceñudo rostro? ¿qué os sucede?

ROGER.

La vida militar toda es afanes.

MIGUEL.

¿Puede saberse lo que fué?

ROGER.

Sí puede.
Traidor seré si la verdad oculto.
De lo que hicisteis hoy, con amargura,
Con bullicioso ardor, casi en tumulto,
Mi ejército murmura.

MIGUEL.

Siempre vuestros soldados los autores
Son en mi imperio de insolencias tales.

ROGER.

Son fieles servidores,
Aunque altivos, señor.

MIGUEL.

Son desleales.

BERENGUER.

¡Tan buenos como yo! tal vez mejores.

MIGUEL.

¡Buenos! dígalo el grito rencoroso
Que sin cesar resuena
En mi imperio infeliz: ese impetuoso
Rigor, que nada á contener alcanza;
Esa soberbia, indómita pujanza,
Que vuestra propia autoridad no enfrena,
¿Quereis que yo como virtud proclame?
¿Que á ese ejército inquieto y turbulento
Humille la cerviz? Yo no me siento
Capaz de sacrificio tan infame.

ROGER.

Niño era aún, señor, de edad temprana,
Cuando ceñido el cíngulo guerrero,
Á la defensa de la fe cristiana
Corrí anhelante, y desnudé este acero.
Veinte años de fatigas,
En que abatió mi brazo venturoso
Por haces las banderas enemigas,
Responden del soldado,
Que nunca vió su nombre generoso
Con dudas ultrajado.
Decid, señor: y el hombre
Que así el esmalte puro
Conserva de su honor y de su nombre,
¿Podrá mancharle aquí? ¡no! ¡yo os lo juro!
La pasion os engaña,
Y yo nunca mi fama asociaria
Á gentes sin honor.

BERENGUER.

¡Eso, seguro!
¡Pardiez! y fuera novedad extraña,
Contra el mejor blason de sus mayores,
Que aquí los hijos de la noble España
Se echaran el borron de los traidores.

ROGER.

Fadrique de Sicilia es buen testigo
De su lealtad, señor, cuando en Mesina,
En Génova y Provenza, con sus brazos,
Del frances enemigo
Hicieron los ejércitos pedazos.
Él ¡noble rey! os contará, en su abono,
Hazañas infinitas de esa gente,
Fiera, como decís, loca, insolente,
Que á vuestro padre aseguró en su trono.

MIGUEL.

«¡El trono de mi padre? ¿por ventura (*)
»Presume tanto vuestro orgullo loco?
»El trono de mi padre se asegura
»En la lealtad de Grecia y su bravura,
»Y en este brazo, que áun teneis en poco.

ROGER.

»Bien dije yo, señor: ¿por qué misterio,

(*) Todos los versos que van entrecomados en esta escena, se suprimen para la representacion.

»Del turco las banderas desplegadas
»Pudieron una vez de vuestro imperio
»Con su sombra cubrir treinta jornadas?
»¡Es que os bastaba vuestra fuerza sola!
»Treinta jornadas, sí; toda la tierra
»Del Asia, que hoy nuestro pendon tremola,
»Y donde ayer con poderoso brío
»Derramaba el infiel, clamando guerra,
»Cristiana sangre en abundante rio.
»Constantinopla os contará su afrenta,
»Que despues de cien ásperas batallas,
»Vió de Amurat la hueste turbulenta
»Con la espada sangrienta
»Amenazar sus débiles murallas.
»Y ¡ay de vosotros, si la mar, tendiendo
»De sus aguas el dique poderoso,
»No encadenara el ímpetu furioso
»De los hijos de Agar! Pronto, venciendo
»El reducido espacio
»Con el fragor del huracan que zumba,
»Vuestro imperial palacio
»De la griega altivez hoy fuera tumba.»

MIGUEL.

Eso es cierto, Roger, y yo confieso
Que flacas nuestras manos
Mal soportaban de la guerra el peso.
Vanamente al ardor de los alanos
Y griegos acudí; que la memoria
De cien desastres abatió su brío:
¡Vuestra ha sido la gloria,
El triunfo vuestro, y el desdoro mio!
Pero, decid: si los que amigos fueron
Á esta guerra llamados,
Y á nuestro lado á combatir vinieron,
Con destructora saña,
Y más que los infieles despiadados,
Nos hacen una afrenta á cada hazaña,
¿No es preferible nuestra antigua suerte
Á la ignominia de que aquí nos venza,
Más que el hierro enemigo, la vergüenza?
¿Es mejor la deshonra que la muerte?

ROGER.

Doloroso ejercicio
El de las armas es, y todo gime,
Todo tiembla en la tierra
Donde la impía guerra
Su dura planta imprime.
No hay mal que en pos no lleve,
Ni crímen, ni dolor, ni sacrificio;
Mas ¿quién su furia á contener se atreve?
Leyes dictad al huracan furioso
Cuando sus iras con fragor desata,
Y enfrenad el impulso vigoroso
Del turbulento mar: sólo la mano
Del Hacedor, ante quien todo cede
Y el ímpetu les presta sobre humano,
Á sus preceptos sujetarlos puede.

MIGUEL.

Pues bien: yo os juro aquí por mi corona
Que he de ver, para ejemplo de otros reyes,
Si á ese mar que de indómito blasona,
Si á ese huracan, que destruccion pregona,
Puedo yo, como Dios, imponer leyes.

ROGER.

Su imágen en la tierra
Sois.

MIGUEL.

Mas dudais de mi poder.

ROGER.

No dudo;
Temo, sí, que encendais con nueva guerra
Todo el furor del huracan sañudo.
De tanta hazaña en pago,
¿Qué habeis dado á ese ejército valiente?
Desprecio y nada más: el ceño adusto
Que se retrata siempre en vuestra frente,
Para nosotros es perpetuo amago.
Creedme, señor: sed justo,
Y acabará el estrago.

MIGUEL.

¿Qué quieren, pues, de mí?

BERENGUER.

¿Qué quieren? Todo
Lo que ofrecido fué.

MIGUEL.

¿Falté yo en nada?

BERENGUER.

Tres meses há, y con esto ya se alteran,
Mis pobres almogávares esperan
Su mezquina soldada.

ROGER.

No les tienta del oro la codicia...

BERENGUER.

Pero el pan se les niega, y altanero
Vuestro pueblo, no sé si con justicia,
Se niega á recibir vuestro dinero.

MIGUEL.

¡Es posible!

BERENGUER.

Los griegos obstinados,
Y los aragoneses testarudos...
—Ó han de morirse de hambre mis soldados,
Ó hay que cambiar á palos los escudos.
Aquí siempre es cuaresma: y os advierto
Que sin comer no hay hombre, esto es corriente:
Valientes son mis españoles, cierto;
Pero el hambre, señor, es más valiente.

MIGUEL.

No quiero que de ingrato
Se me acuse jamas, ni de que pude
Dar ocasion á tanto desacato;
Y porque nadie dude
Que oir la voz de la razon deseo,
Aunque por ello falte á mi decoro,

He de apurar hoy mismo mi tesoro,
Y quedarán pagados.

BERENGUER.

(No te creo.)

ROGER.

Fuerza será, si os duele su pobreza,
Y atar quereis las rigorosas manos
Á su ardiente valor.

BERENGUER.

Pero áun no basta,
Si con su ley vuestro desden contrasta,
Si con público alarde, en mengua nuestra,
Del amor que os merecen los alanos
Haceis, señor, tan repetida muestra.

MIGUEL.

Vasallos todos son.

BERENGUER.

Pero no hermanos.

MIGUEL.

Y ¿si os prometo que entrarán mañana
En la ciudad?

ROGER.

Los ganaréis con eso:
Mostradles vuestra gracia soberana.

MIGUEL.

Mas si se atreven al menor exceso...

ROGER.

No osarán.

MIGUEL.

De ese modo,
Yo aseguro que puede vuestra gente
De mí esperar cuanto le plazca; todo,
Ménos mi humillacion.

BERENGUER.

Eso es corriente.

MIGUEL. (Retirándose.)

Hoy os daré mis órdenes.

ROGER.

Y espero
Que no os ha de pesar: en la promesa
Del soldado fiad, del caballero.

MIGUEL.

Lo sé, Roger: adios, y en vos confio.
(Dirigiéndose á la puerta del fondo. Roger le acompaña.)

ROGER.

Adios, señor.
(Se va el Emperador; los caballeros se retiran un momento despues.)

BERENGUER. (Á Alejo.)

Por Cristo, que me pesa
Que haya acabado así: yo no me fio.

## ESCENA IV.

ROGER, BERENGUER y ALEJO; éste á la puerta del fondo.

ROGER.

No, Berenguer: tambien yo
De su lealtad sospeché;
Pero estoy desengañado.

BERENGUER.

Quiera Dios que lo acerteis.

ROGER.

No lo dudes: ¿cómo puede
Tanta bajeza caber
En el corazon de un hombre?

BERENGUER.

En ese punto, os diré.
Vos, señor, como criado
Desde la inquieta niñez
De los mares procelosos
En el contínuo vaiven,
No habeis tenido ocasion
De estudiar, de conocer
Á este animal que llamamos
Racional... no sé por qué.
Ni el ave que el aire cruza,
Ni de las aguas el pez,
Ni la fiera de los bosques
Le igualan en lo cruel;
Y si es cobarde, peor;
Que entónces son de temer
Las armas de su perfidia,
Que hieren y no se ven.

ROGER.

Es decir que tú presumes
Que el emperador Miguel...

BERENGUER.

Es cobarde.

ROGER.

Y por lo tanto...

BERENGUER.

Temible: todo es doblez.

ROGER.

Pues yo, imposible es que pueda
Tanta infamia comprender:
Déjame que las ignore,
Aunque mil muertes me den.

BERENGUER.

¡Mal haya la confianza
Que á pícaros guarda ley,
Y busca seguridades
Donde no hay honra ni fe!
Y ¡sufrir tanto desaire!...

ROGER.

¡Vuelta á la tema otra vez!

BERENGUER.

Cuando hay motivo...

ROGER.

Te engañas.

BERENGUER.

¡Que muerte un traidor me dé!...
—Donde están mis catalanes
Y aragoneses, pardiez,
¡Ningun soldado del mundo
Delante me han de poner!
Y esto que digo, señor,

Aquí lo sustentaré
Contra estos griegos y alanos,
Con un hombre para diez.

ROGER.

Y si hay quien dudarlo pueda
Un instante, Berenguer,
Mi espada y mi sangre toda
En su probanza pondré;
Pero el mundo, que asombrado
De su heróica intrepidez,
Los vió en Asia y en Europa
Conquistar tanto laurel,
Ese será de sus hechos
Más admirador que juez.
Italia, que de valientes
Noble madre tambien es,
Bajo su cielo amoroso,
Como sabes, me dió el sér;
Y sin embargo, á tu España
Tan grande aficion cobré,
Que por madre la escogiera,
Si se escogiera el nacer.

BERENGUER.

Pues por eso os he elegido
Por mi jefe, ¡voto á quien!...

ROGER.

Ese es mi mayor orgullo.
¿Dónde no podrá vencer
Quien manda tales soldados?

BERENGUER.

Cada cual es un Luzbel.

ROGER.

Sólo en ellos me disgusta...

BERENGUER.

¡Cómo! ¿decís?...

ROGER.

Que no es bien
Permitir que con excesos
Lleguen su fama á perder.
La Armenia y Tracia asoladas
Se lamentan...

BERENGUER.

¡Bien! y ¿qué?
Vos lo habeis dicho; ¡la guerra!...
Y el soldado ha menester
Cierta libertad: ¡pues digo!
¿Son frailes de la Merced?
¿No están vertiendo su sangre
Con noble desinteres
Por una nacion extraña,
Esclava del turco ayer?
Lo que á fuerza de lanzadas
Arrancamos al infiel,
Es nuestro; y pague la pena
El que tal no supo hacer.

ROGER.

¡Eso no! los que buscaron
En nuestro valor y fe
Remedio á sus desventuras,
Y como á hermanos nos ven,
En su noble confianza
Nos dieron la mayor prez
Que estimar debe el soldado:
La recompensa es despues.

BERENGUER.

Decís las cosas de un modo...

ROGER.

Marcha al punto á disponer
Que en marciales ejercicios
El campo ocupado esté.
Suele ser el ocio causa
De esos males.

BERENGUER.

Voy á hacer
Lo que me mandais.

ROGER.

En breve
Á vuestro lado estaré. (Vase por el fondo.)

## ESCENA V.

BERENGUER. ALEJO.

BERENGUER.

Tú, que á los griegos conoces,
¿Qué opinas?

ALEJO.

Que decís bien.

BERENGUER.

Me alegro de que así pienses.

ALEJO.

Velad...

BERENGUER.

No me dormiré. (Vase.)

## ESCENA VI.

ALEJO; luégo MARÍA, por la izquierda.

ALEJO.

¿Sabes tú si el peligro me acobarda?
Yo sólo temo y con angustia lloro
Mi horrible duda, y la ocasion que tarda
En llevarme á los piés de la que adoro.
—¿Será mi afan inútil? De mi empeño,
¿Qué puedo prometerme? ¿Dónde, dónde,
La que es de mi alma y de mi vida dueño,
Fortuna siempre infiel, ahora se esconde?

MARÍA.

¿Quién aquí?...

ALEJO.

¿Si el olvido ó la inconstancia
Rompió estos lazos! ¡ay! ¿si esta hechicera
Dulce memoria de mi loca infancia
Término acaso de mis dichas fuera!

MARÍA. (Acercándose á Alejo en ademan de reconocerle.)
¡Ese rostro!... ¡imposible!

ALEJO. (Viéndola.)
¿Es sueño mio?
¿Es ilusion que engendra mi deseo?

MARÍA.
¡Alejo!

ALEJO.
¡No, mi Dios! ¡no desvarío!
¿Posible es que te hallé! ¿que al fin te veo!

MARÍA.
(¡Desdicha mia!)

ALEJO.
Mas ¿por qué de enojos,
En vez de amor, se cubre tu semblante?
¿Por qué no vuelves hácia mí tus ojos?
¡Soy yo! ¡tu esclavo! ¡tu dichoso amante!

MARÍA. (Ocultando el rostro.)
¡Callad!

ALEJO. (Con alegría.)
¡Es el rubor, que á la mejilla
Con vivas tintas de carmin colora!
¡No me ha olvidado, no! ¡pura y sencilla
La prometida fe guardó hasta ahora!
—¿No es verdad? ¿no es verdad? ¡oh, qué fiel eres!
¡Qué buena y qué leal! y ¡hay quien nos jura
Que no es firme el amor en las mujeres!

MARÍA.
¡Silencio, por piedad!

ALEJO.
¿Hay tal ventura!

MARÍA.
¡Insensato!

ALEJO.
¿Por qué?

MARÍA.
¡Cuánto me pesa
De lastimar su corazon!

ALEJO.
¡Dios santo!
¿Olvidada tal vez de tu promesa?...

MARÍA.
El tiempo y mi deber pudieron tanto.

ALEJO.
No lo acierto á creer.

MARÍA.
Á pesar vuestro,
Os debo la verdad: se rompió el nudo,
Sencillo lazo del cariño nuestro.

ALEJO.
Te estoy oyendo, y sin embargo dudo.
¡Infiel!... ¡eres infiel!

MARÍA.
Dadme ese nombre:
Yo os lo perdonaré, si eso os agrada.

ALEJO.
Mas sólo eres cruel, y ningun hombre...

MARÍA.
Os engañais, Alejo: estoy casada.
(Pausa.)

ALEJO.
Y yo, que la adoré como se adora
En la primera edad, con fe tan pura,
¿Por qué insensato imaginé en mal hora
Que era igual su candor á su hermosura!
Y ¿quién no lo dijera? ¿quién pensara
Que lo que amor creyó, fuesen engaños,
Y que tan tierno corazon guardara
Tantas perfidias en tan pocos años?

MARÍA. (Con dulzura.)
¡Injusto sois!

ALEJO.
Pues si verdad dijiste,
Dame una excusa: si tu amor fué cierto,
¿Cómo torcer tu inclinacion pudiste?
¿Infiel acaso me juzgaste ó muerto?

MARÍA.
No.

ALEJO.
¿Te vendieron, y el rigor padeces
Del que es tu dueño?

MARÍA.
No.

ALEJO.
¿Qué es lo que escucho!
Dime, por compasion, que le aborreces.

MARÍA.
¡Engañaros! ¡jamas! ¡le quiero... y mucho!

ALEJO.
¡Maldito el dia en que te vi! ¡maldito
Aquel en que á la vida me arrojaron
Con estrella tan pérfida, y el grito
Que me arrancó el nacer, en mí no ahogaron!

MARÍA.
¡Qué! ¿no hay, Alejo, á vuestro mal remedio?
El tiempo...

ALEJO.
¿Qué decís!

MARÍA.
Todo lo muda.

ALEJO.
¡Oh! si entre muerte y vida hay algun medio,
Teneis razon; lo encontraré sin duda.

MARÍA.
En otro amor tal vez...

ALEJO.
Ántes la muerte.

MARÍA.
¿Todo ha de ser, á consolarle, en vano?

ALEJO.
¡Imposible! ¡imposible!

MARÍA.
De otra suerte
Áun me podeis amar: como un hermano.

ALEJO.
¡Oh! ¡santo amor! pero tambien, María,
De ese cariño el desencanto lloro:

La que hermana llamé, profanó, impía,
De mis mayores el mejor tesoro.
Una vendió mi amor y otra mi nombre.
—¿Qué cariño, qué fe, qué confianza
Merece una mujer? ¡necio es el hombre
Que en ellas pone afectos y esperanza!

MARÍA.

Escuchad: cuando niños nos amamos,
Nunca en nuestro inocente desatino
Los ocultos misterios indagamos
Que pudiera encerrar nuestro destino.
Á vuestros ojos, yo pobre villana
Era no más.

ALEJO.

Y yo, mintiendo el traje,
Con mengua de mi estirpe soberana,
Te oculté el esplendor de mi linaje.
—¿Á qué, entónces, turbar nuestra ventura?

MARÍA.

¿Á qué daros entónces tal sorpresa?

ALEJO.

Compite con el sol mi raza pura.

MARÍA.

Y yo soy... de los búlgaros princesa.

ALEJO.

¡Señora! ¡vos!

MARÍA.

Ya veis si era insensata
Vuestra aficion.

ALEJO.

Es cierto: ¡un imposible
Ha perseguido mi fortuna ingrata!
Tras de tanto esperar, esto ¿es posible!

MARÍA.

Basta.

ALEJO.

Sí; ya lo sé: la noble esposa
Del valiente Rogerio no es ya aquella
Tierna y sencilla jóven que amorosa
Mi cariño escuchó.

MARÍA.

No: ya no es ella.
—Y basta ya.

ALEJO.

Vuestra eleccion, señora,
Ennoblece mi amor: llamadme hermano,
Para que pueda serlo desde ahora
Del que es dueño feliz de vuestra mano.

MARÍA.

¡Qué! ¿tanto le quereis?

ALEJO.

¡Me dió la vida!
Héroe le admiro y le venero pío.

MARÍA.

¡Cómo os escucho, Alejo, agradecida!
—¡Amémosle los dos, hermano mio!

ALEJO.

¡Gracias!

MARÍA.

Y si traidor alguno piensa
Su sangre derramar...

ALEJO.

Como un precepto
Contemplaré morir en su defensa:
Lo juro á vuestros piés. (Hincando una rodilla.)

MARÍA.

Y yo lo acepto.

## ESCENA VII.

DICHOS. IRENE.

IRENE.

¡Señora!

MARÍA.

¡Irene!

IRENE.

(No fué
Insensata presuncion.)
Perdonad mi indiscrecion.

MARÍA.

¡Indiscrecion! y ¿por qué?

IRENE.

Dígalo vuestra mejilla
Y el rubor que en ella noto.
Sólo de amante ó devoto
Dobla el hombre la rodilla.

MARÍA.

¿Qué quereis decirme?

IRENE. (Con ironía.)

¿Qué?

MARÍA.

Mi propia opinion me escuda.

IRENE.

En que sois bella, no hay duda;
¿Sois santa? yo no lo sé.

MARIA. (Con altivez.)

¡Irene!

ALEJO.

¿Cómo, imprudente,
Cómo á tan alta señora
Te atreves!

MARÍA.

Como es ahora
Dueña de Grecia esta gente,
No extrañeis tales ultrajes,
Ni que insulte mi nobleza:
Todo cabe en la rudeza
De esas comarcas salvajes,
Donde entre hielos prolijos,
Impropios de humanos seres,
Viven pueblos mercaderes
De la sangre de sus hijos.
Gentes son que nuestra tierra
Deshonran: plantas extrañas,
Que ha arrancado á sus montañas
La convulsion de la guerra.

IRENE.

Yo os confieso que es verdad:
Pobres somos, maltratados
Del cielo, y no acostumbrados
Al ocio y la vanidad.
Y aunque encierra multitud
De altos hechos nuestra historia,
No queremos otra gloria
Que la que da la virtud.
Idólatras del honor,
Sin orgullosos alardes,
Vendemos á los cobardes
Nuestro indomable valor.

MARÍA.

¡Basta, Irene! si indolente
Miguel (que yo no lo hiciera),
Los desafueros tolera
De vuestra raza insolente;
Si ciego y débil inmola
Su patria á esa tiranía,
Yo no soy desde este dia
Griega, ¡no! soy española.
Aquí la noble altivez
De mi nueva patria siento,
Y desmanes no consiento:
Sabedlo para otra vez. (Vase.)

## ESCENA VIII.

IRENE. ALEJO.

IRENE.

¡Airada va!

ALEJO.

Y con razon:
La has agraviado.

IRENE.

¡Qué necio
Orgullo! ¡con qué desprecio,
Con qué altiva presuncion
Ha insultado á nuestra raza!

ALEJO.

¡Oh! ¡no! el enojo la ciega.

IRENE.

Yo he de vengarme en la griega
De su insolente amenaza.

ALEJO.

¿Tú? ¡qué dices! no harás tal.

IRENE.

¿No?

ALEJO.

¡No! ó desde este momento
Cambio en aborrecimiento
Mi cariño fraternal.

IRENE.

¡Cuánto la amas!

ALEJO.

¡No lo digas!

IRENE.

¿Verdad?

ALEJO.

Sí, y harto lo lloro:
Amarla es poco; la adoro,
Ya que á decirlo me obligas.
Pero con tan negra suerte,
Que si en mi pecho cupiera
Una esperanza, supiera
Ahogarla yo con mi muerte.

IRENE.

Y ¡amas!

ALEJO.

Pese á tu ironía,
Sí; mas tambien la venero.

IRENE.

¡Pobre amante!

ALEJO.

Más la quiero
Inocente, que no mia.
—Déjame que en su pureza
Crea.

IRENE.

Tú la diste, áun niño,
Todo el ardiente cariño
Del hombre que á amar empieza.

ALEJO.

¡Es cierto!

IRENE.

Y ya en otros lazos
Olvida el amor primero.

ALEJO.

Sí; pero al hombre venero
Que la recibió en sus brazos.

IRENE.

¿Qué afecto es el tuyo, di,
Que ni áun con celos te inflama?
¡Ay, si ardieras en la llama,
Que está abrasándome aquí!

ALEJO.

¡Tú!...

IRENE.

No des á tus desvelos
De amor el impropio nombre;
¡Tú, Alejo! ¡tú, que eres hombre,
No sabes... ni áun tener celos!

## ESCENA IX.

DICHOS y GIRCON, por el fondo.

ALEJO.

¡Mi padre!

IRENE.

¿Por qué has mudado
De color?

ALEJO.

Irene, calla.

IRENE.

¿Qué es eso, padre? ¿cuál es

De esa indignacion la causa?
¿Con quién teneis el enojo?
¿Es conmigo?

GIRCON.

¿Con quién hablas?

IRENE.

Con mi hermano y vuestro hijo.
¿No le veis? ¡es cosa extraña!

GIRCON.

¡Mi hijo! yo no tengo ya
Hijos: si miente su cara,
No miente mi corazon,
Que enojado le rechaza.

ALEJO.

¡Basta, padre mio!

GIRCON.

¡Véte,
Infeliz!

IRENE.

¡Señor! ¡ya basta!

ALEJO.

No le ruegues: inflexible
Como mi suerte inhumana,
Ni mi razon le convence,
Ni mis súplicas le ablandan.

IRENE.

Pero ¿qué motiva, padre,
Tal rigor? ¿en qué os agravia
Alejo?

GIRCON.

¡Nunca volviera
Para deshonrar mis canas!
¿No lo ves? de nuestros padres
Olvidando la ley santa,
Sigue enemigos pendones
Y esgrime extranjeras armas.

ALEJO.

El honor lo quiere.

GIRCON.

Y dime:
Si entre esa infame canalla,
¡Óyeme y tiembla! estuviera
El que deshonró á tu hermana...

ALEJO.

¿Qué decis, padre! ¡Dios justo!
—¿Qué dudais? ¡una palabra
Pronunciad: su nombre!

GIRCON.

(¡Cómo
Esa indignacion me agrada!)
—¿Y si es grande?...

ALEJO.

¿Qué me importa?

GIRCON.

¿Y si es poderoso y manda?

ALEJO.

¿Será inmortal? pues si puede
Morir, con eso me basta.

IRENE. (Ap. á Gircon.)

(¡Padre! ¿qué haceis! ¡arriesgar
Su vida!...)

ALEJO.

¿Por qué no acaba?
Su nombre.

GIRCON.

Y ¿nos vengarás?

ALEJO.

La duda sola me agravia.

GIRCON.

Necesito oirlo.—Escucha:
Y si yo te digo, «¡mata!»
¿Matarás?

ALEJO.

Pues ¿qué he buscado
Seis años con vivas ánsias?
Quien tanto tiempo ha sufrido
De la fortuna contraria
Los reveses, renunciando
Hasta al calor de su casa;
Quien sufrió desnudez, hambre,
Con firme, con obstinada
Resolucion, ¿qué podia
Buscar sino una venganza?

GIRCON.

Así te quiero.

ALEJO.

Decid:
¿Quién es ese hombre?

GIRCON.

Mañana.

ALEJO.

Es tarde.

GIRCON.

¿No has aguardado
Seis años?

ALEJO.

Sin esperanza,
Sí; pero con ella, son
Las horas mucho más largas.

GIRCON.

Ahora no es posible: sufre
Entre tanto; sufre y calla.

ALEJO.

Mas ¿morirá?

GIRCON.

Si no tiembla
Tu mano.

ALEJO.

Tal vez airada
Temblará; mas cuando sienta
El acero en sus entrañas...

GIRCON.

Á ese precio, te perdono:
¡Ven á mis brazos! descansa (Abrazándole.)
En ellos y cobra aliento:
Se cumplirá tu esperanza.

ALEJO.

¡Oh! ¡cómo mi corazon
Se reanima! ¡gracias! ¡gracias!

GIRCON.
Mi sangre en tí reconozco,
¡Hijo de una noble patria!

ALEJO.
Pero ¿cómo habeis entrado
Hasta aquí?

GIRCON.
En la confianza
De verte, de reducirte
Al deber, que ya olvidabas.
¡Ahora, que en tus ojos veo
Ese ardor, no importa nada
Que lo sepas, hijo mio!
Tu ingratitud me mataba.

ALEJO.
¡Perdon!

GIRCON.
¡Perdonado quedas!

IRENE.
¡El Emperador!

GIRCON.
¡Aparta!
Déjanos: que ignore siempre
Que hay un hombre de mi raza
Entre esos hombres.

ALEJO.
Sí; os dejo.
(Te vengaré, pobre hermana.)

(Vase por la derecha: inmediatamente despues sale Miguel por el fondo con algun séquito, que se quedará del lado afuera de la misma puerta.)

## ESCENA X.

### MIGUEL. IRENE. GIRCON.

MIGUEL.
¿Qué me han dicho? tus soldados
¿No han de contener su audacia
Ni á las puertas de mi córte?

GIRCON.
¿Mis soldados! pues ¿qué pasa?

MIGUEL.
Esta noche han asaltado
Cobardemente á una dama:
Á mi prima.

GIRCON.
Yo os prometo
Indagar...

MIGUEL.
Está enojada.

GIRCON.
Haré un ejemplar castigo:
Tanto, que la satisfaga.

MIGUEL.
Sí: no quiero que os acusen
De la conducta inhumana
Que á esos hombres, cuando estoy
Decidido á castigarla.

GIRCON.
Y ¿cómo? los catalanes
Esperan entrar mañana
En la ciudad.

MIGUEL.
No entrarán.

GIRCON.
Mas tienen vuestra palabra.

MIGUEL.
Ellos mismos la han de hacer
Ineficaz.

GIRCON.
¿Por qué causa?

MIGUEL.
No estamos solos.

GIRCON.
No importa.

IRENE.
Las hijas de mis montañas,
De los padres heredamos
El duro temple del alma.
Odiamos lo que ellos odian,
Amamos lo que ellos aman,
Y despreciando el peligro,
Presenciamos sus batallas.

MIGUEL.
Pues bien: diestros emisarios
Entre los francos propagan
El descontento, moviendo
Temor y desconfianza.

GIRCON.
Pero Roger...

MIGUEL.
Será el blanco
De su enojo.

GIRCON.
Y si no basta...

MIGUEL.
Bastará si en imprudente
Sedicion el campo estalla.
Roger irá á contenerla...

GIRCON.
Mas si del peligro escapa...

MIGUEL.
Habrá ocasion para hacerlos
Alejar de estas murallas.

GIRCON.
¿Y Roger?

MIGUEL.
Se queda.

GIRCON.
¿Cómo!

MIGUEL.
Doy un banquete en mi alcázar
Al héroe: en él hablaremos
De la próxima campaña.
—Se evita así la presencia
Enojosa de las damas.

—¿Vas comprendiendo?—Se toma
Ocasion de una palabra,
De un gesto: él es temerario...
Y lo encomiendo á tu espada.

GIRCON.

Otra mano más segura
Le herirá: la mia flaca
Puede errar el golpe.

MIGUEL.

Tú
Disponlo.

IRENE.

(¡Que Dios le valga!)

MIGUEL.

Mas por si acaso advertido,
Interrumpiendo su marcha,
Revolviera el catalan
Contra nosotros sus armas,
Envié á Melich un hombre.

GIRCON.

¿Para qué?

MIGUEL.

Para que traiga
Sus turcomanos.

IRENE.

(¡Cobarde!)

MIGUEL.

Y la cabeza cortada
De esa falange, será
Ya fácil exterminarla.
Mas temo que el mensajero
No ha llegado, por desgracia
Ó traicion, á su destino.

GIRCON.

Tal vez.

MIGUEL.

Lo cierto es que tarda.

GIRCON.

Y ¿qué quereis?

MIGUEL.

Necesito
Un hombre de confianza
Que ésta órden lleve.

IRENE.

(Si llega.)

GIRCON.

Lo tendréis.

MIGUEL. (Entregándole un pergamino arrollado.)

De eso te encarga.

GIRCON.

Mas si por cualquier desdicha
El aviso no llegara...

MIGUEL.

En ese caso, tendremos
Que dilatar la venganza.

GIRCON.

¿Qué temeis?

MIGUEL.

Todo lo temo.
Es valiente y temeraria
Esa nacion.

IRENE.

En efecto,
Quien quiere acertar, aguarda.

GIRCON.

Sea.

MIGUEL.

Calma tu impaciencia.

GIRCON.

Con rencor, ¿quién tiene calma?

## ESCENA XI.

DICHOS. MARÍA y ROGER por la izquierda. Miguel se adelanta hácia ellos, y tomando la mano á María, la trae hácia el proscenio.

MIGUEL.

Ven, prima: en este momento
Á Gircon he reprendido...

MARÍA.

(¡Irene!)

GIRCON.

Á no haber salido,
Señora, del campamento,
Mi respeto ó mi valor
Os hubieran evitado...

MARÍA.

Ya lo hizo un bravo soldado.

GIRCON.

Usurpándome ese honor.

MIGUEL. (Á Roger.)

Y ¡no me habeis dicho nada
De esa accion escandalosa!

ROGER.

Los agravios á mi esposa
Los venga sólo mi espada.

MARÍA.

No harás tal.

ROGER.

Los que atrevidos
Osaron con mano aleve...

MARÍA.

El verdugo es el que debe
Entenderse con bandidos.

GIRCON.

En mi gente es maravilla
Tal infamia.

MARÍA.

¿Desde cuándo?

GIRCON.

Os juro que está asomando
El rubor á mi mejilla.
Mas yo sabré escarmentar
Con rigor á mis alanos.

MARÍA.

¿Cómo?

GIRCON.

Matando villanos.

ROGER.

Muchos teneis que matar.

GIRCON.
Si han cometido ese ultraje,
Que yo con rubor contemplo,
Los vuestros dan el ejemplo
Entregándose al pillaje.
De ellos toman tales mañas.

ROGER.
¡Mis soldados de Aragon,
Asesinos!

GIRCON.
Esas son
Sus más heroicas hazañas.

ROGER.
¡Ellos, dechado, crisoles
De honor!

GIRCON.
Y de cobardía.

MIGUEL.
¡Basta!

ROGER.
¡No, por vida mia!
¡Cobardes mis españoles!

MIGUEL.
Callad.

ROGER.
¡No, señor! no puedo.
Cuando ese punto se toca,
Toda mi paciencia es poca.
—¿Quién negará su denuedo?
¡El valor! ¡si ésta es la joya
Que mejor los engrandece!
Y esta campaña oscurece
Las maravillas de Troya.

MARÍA.
Cierto, y con razon te quejas.

ROGER.
¡Oh! ¡cómo estais olvidados
De que os hallé acorralados
Como asustadas ovejas!

GIRCON.
Nadie domó nuestros cuellos.

ROGER.
¡De ira el corazon me late!
—Y ¿cuándo, y en qué combate
Hicisteis lo que hacen ellos?
Ya sospecho cuándo ha sido.
—Un dia, de su muralla,
En són de buscar batalla
Os vi salir de Melido.
Mas tuvo el turco piedad
De esas turbas espantadas,
Y á palos más que á lanzadas,
Os corrió hasta la ciudad.

MIGUEL.
Eran uno para tres.

ROGER.
¿Qué importa? no es ése el cuento:
Yo con uno para ciento
Los he vencido despues.
—¿Y el recurso de morir?
Cuando está determinado
Hasta ese extremo un soldado,
¿Quién le puede hacer huir?
Pero amais tanto la vida,
Que sembrasteis las llanuras,
No de sangre, de armaduras
Que arrojasteis en la huida,
Y en vergonzoso tropel
Volvisteis á vuestro encierro.
—¿Para qué vestirán hierro
Los que no pueden con él?
Mejor les convienen faldas.
Mas no hay turco ¡vive Cristo!
Que se alabe de que ha visto
A un español las espaldas.

MIGUEL.
¡Basta, digo!

GIRCON.
¡No, señor!
Dejadle, y si nos afrenta,
¿Qué importa? así se alimenta
Y crece nuestro rencor.
(Mirando con intencion á Roger.)

MARÍA.
¡Rencor decís! y ¿por qué?
¿Hay causa?

GIRCON.
Yo os la diria;
Mas no es posible: algun dia,
Señora... tal vez podré.

ROGER. (Ap. á Gircon.)
¡Gircon! ¡ved lo que decís!

MIGUEL.
Si alguna vez averiguo...

GIRCON.
El ódio nuestro es antiguo,
Más de lo que presumis.

MIGUEL.
¡Gircon! ¿debo recordaros
Que de mi imperio es Roger
César?

GIRCON.
No, no es menester,
Señor; ¿para qué cansaros?
Mas cuando vine á esta tierra
En tiempo más peligroso,
Y abandoné mi reposo
Por lidiar en esta guerra,
Pleito homenaje presté
Á vuestro padre, y ¡él sabe
Si guardé hasta donde cabe
La más acendrada fe!
Mas no ofrecí respetar,
Ni yo mi orgullo esclavizo,
Á un oscuro advenedizo,
Que ni áun me puede igualar.

ROGER.
¡Desdichado!

GIRCON.
¿Dónde empieza
Su nobleza?

MARÍA.
En su renombre,
En sus hechos; para el hombre
Esta es la mejor nobleza.
Y por si le es necesaria
La heredada jerarquía,
La tiene por él María,
La princesa de Bulgaria.

GIRCON.
Esa es su mejor victoria.

MARÍA.
Ántes pienso que si brillo
Es por el noble caudillo
Que me ha prestado su gloria.

## ESCENA XII.

DICHOS. BERENGUER y ALEJO.

BERENGUER.
Señor, vuestra órden cumplí.

ALEJO.
(¡Era ella! ¡deliro ó sueño!)

ROGER.
Y ¿qué?

BERENGUER.
Puse en ello empeño,
Y ¡es claro! lo conseguí.

ROGER.
¿Quién es?

BERENGUER.
En callar se empeña;
Pero...

ROGER.
¿No estás satisfecho?...

BERENGUER.
Tiene una herida en el pecho;
No puede ocultar la seña.

MIGUEL.
¿Qué es eso?

ALEJO.
(¡Fortuna mia!)

ROGER.
En vano he solicitado
Hasta ahora hallar al soldado,
Al defensor de María,
Y así, ordené al capitan
Berenguer que en el instante
Le buscase.

MARÍA.
Es arrogante
Con extremo el catalan.

BERENGUER.
Esta noche no faltó
Del campo otro alguno.

ROGER.
Di
Su nombre.

BERENGUER. (Señala á Alejo.)
Miradle allí.

GIRCON.
(¡Alejo!)

ROGER.
¿Tú eres?

ALEJO.
Sí: yo.
Mas ¿qué singular proeza
Fué aquella para que asombre?
¿No es obligacion del hombre
Proteger á la belleza?

ROGER.
Señor, es su condicion
Más de lo que aquí parece.

MIGUEL.
Tu accion es tal, que merece
De mi mano un galardon,
Y yo á pagarte obligado
Quedo, por tí y por quien soy.

ALEJO.
Yo, señor, de todo estoy
Muy largamente pagado.

MIGUEL. (Con admiracion.)
¿Cómo!...

IRENE.
Dice bien, señor:
No nos robeis nuestros fueros.
Villanos y caballeros
Prefieren otro favor:
Y dama tan noble y bella,
Harto pagará esa hazaña
Si un lienzo suyo restaña
La sangre que dió por ella.

MARÍA.
(¿Qué dice!)

ALEJO.
(¡Me ahoga la ira!)

MARÍA.
(¡Gran Dios!)

MIGUEL.
Dice bien Irene:
Quien tanta nobleza tiene,
Á recompensas no aspira.

ALEJO. (Á María.)
Pagué una deuda sagrada.

MARÍA.
(¡Á mirarle no me atrevo!)

ALEJO.
Yo la vida tambien debo
De vuestro esposo á la espada.

ROGER.
No, Alejo: engañado estás
En eso: tuya es la palma.

Yo te debo vida y alma,
(Mirando con amor á María.)
Y tú la vida no más.

MARÍA.

(¡Qué noble y qué generoso!)

ALEJO. (Confuso.)

Basta, señor.

MIGUEL.

Es verdad.
— Adios, prima, y descansad :
Necesitais de reposo.
— Soldado, en obligacion (Á Alejo.)
Quedo.

ALEJO.

¡Inútil ha de ser!

MARÍA.

(¡Santo Dios! ¡esta mujer
Ha de ser mi perdicion!)
(Se retira el Emperador por el fondo, seguido de Gircon, Irene y Berenguer.)

## ESCENA XIII.

MARÍA. ROGER. ALEJO, en el fondo.

ROGER.

¿María?

MARÍA.

¿Qué, señor?

ROGER.

Alza tu frente.
No sé por qué, pero intranquila quedas.

MARÍA.

Es cierto : las palabras de ese hombre
En mis oidos temerosas suenan.
¿Qué motiva sus iras? ¿de qué nace
Su implacable rencor? ¿hay quien se atreva
Á negar tu virtud? mas ¡no te odiara
Gircon, si como yo te conociera!
(Alejo desde este momento presta cuidadosa atencion al diálogo, avanzando de cuando en cuando hácia el proscenio.)

ROGER.

Injusto es su rencor.

MARÍA.

Pero ¿qué dijo?
Antiguo el ódio es ya... ¿No lo recuerdas?

ROGER.

Y es la verdad: escucha.— Guarda el paso,
(Á Alejo.)
Alejo.

ALEJO. (Con intencion.)

Descuidad : estaré alerta.
(Roger y María se sientan junto al proscenio, á la izquierda del actor.)

ROGER.

Oye.

ALEJO.

(¿Qué va á decir!)

ROGER.

Cuando á la orilla
De la antigua Bizancio, en són de guerra,
Arribaron las huestes catalanas,
Llamadas del imperio á la defensa,
Ya era la vez segunda que pisaba
Su caudillo feliz tu noble tierra.
Años ántes, salvando la estrechura
Del Bósforo de Tracia, una galera,
Que ostentaba la cruz de los Templarios,
En vuestras playas amainó sus velas.
Era el famoso *Halcon*, hermosa nave,
Á la par invencible que ligera,
Orgullo del mancebo que en su espalda
Desafiaba al mar y á las tormentas.
Ese mancebo que á sus pocos años
Azote ya de los infieles era,
Osado y con fortuna, sonreia
Á sus sueños de gloria y de grandeza.
La gloria, los peligros, el sangriento
Destrozado botin de la pelea,
Estos fueron los únicos placeres
De su fogosa juventud inquieta.
Pero llegó un momento en que buscando
Con instintivo afan venturas nuevas,
Sintió en su corazon esa imperiosa
Necesidad de amar que al hombre aqueja.
Bajo este influjo ardiente, ante sus ojos
Vió un dia aparecer, cándida y bella,
Una mujer... ¡Perdona!

MARÍA.

(¡Dios me preste,
Para escuchar mis celos, fortaleza!)

ROGER.

Ya lo dije, era hermosa, pero altiva :
Vástago de esa raza masageta,
De corazon fogoso, que ama y odia
Con toda la intension de su fiereza.
Y el osado marino que arrostraba
Del mar y de los cielos la inclemencia
Y el horrible fragor de los combates
Con alta frente y majestad serena,
Tembló y palideció bajo la pura
Mirada de la tímida doncella,
Y hervir sintió en su pecho impetüoso
De aquel amor la sensacion primera.

ALEJO.

(¡Dios sostenga mi mano!)

ROGER.

Llegó un dia
En que la jóven escuchó sus quejas,
Y al contagio fatal de su cariño
Facilitó del corazon las sendas.
Amó y amada fué; mas de tal suerte,
Con tanta ceguedad, que pronto en ella
Hondo y devorador remordimiento
El lugar ocupó de su inocencia.
(Desde este momento, María, que ha notado la emocion de Alejo, le mira repetidas veces con zozobra.)

ALEJO.

(¿Podré dudar?...)

ROGER.

Pero el dichoso amante
Pagar quiso á su vez tan alta prueba
De abnegacion y amor, legitimando
De aquella union la criminal cadena.
Una mañana, respirando gozo,
Llamaban los culpables á la puerta
De solitaria ermita, en que vivia,
Léjos del mundo, oscuro anacoreta.
«¡Bendecidnos!» dijeron; «nuestra falta
Á los ojos de Dios disculpa tenga:
Nuestras manos unid en santo nudo,
Y esposos castos los amantes sean.»

ALEJO. (Respirando con alegría.)

(¡Ah!)

MARÍA. (Mirando con satisfaccion á Alejo.)

¡Bien, Roger!

ROGER.

Nuestra pesada carga
Fué desde entónces plácida y ligera,
Y recobró su calma y su alegría
La que espiraba de terror y pena.

ALEJO

(¡Hermana mia!)

MARÍA.

Di.

ROGER.

Pero una noche,
Pálido el rostro, respirando apénas,
Hora tras hora la angustiada niña
La vuelta, en vano, de su esposo espera.
Pasa otra noche y otra, y en su estancia
Con afan palpitante escucha y tiembla
Si algun rumor que engaña su deseo
Hasta el rincon donde suspira, llega.
Desusado clamor, horribles gritos
Escucha un dia, y desalada y trémula
Á averiguar la causa lastimosa
Una fatal curiosidad la lleva.
Un hombre, un criminal, con tardo paso
Al suplicio camina: fija en ella
Torva sonrisa, y cae la desdichada,
Lanzando un grito de terror.

MARÍA.

¿Quién era?

ROGER.

El mentido eremita, que ocultaba,
Bajo el inmune manto de la Iglesia,
Crímenes inauditos.—Margarita
De su esposo tambien tuvo sospechas.
—En fin, creyóse la infeliz burlada,
Y del dolor vencida y de su afrenta,
Cayó á las plantas de su padre anciano,
Cubierto el rostro de mortal tristeza.

ALEJO.

(¡No puedo más!)

ROGER.

Mostrándole su seno
Preparado á la muerte y sin defensa,
Su amor le confesó, lloró su culpa,
Y esperó resignada la sentencia.

MARÍA.

El anciano, sin duda, como padre,
Perdonó.

ROGER.

¡Perdonar! tanta flaqueza...
Tan noble sentimiento, no es posible
Que en esos negros corazones quepa.

MARÍA. (Mirando á Alejo.)

Te engañas.

ROGER.

¡Ya verás! La pobre mártir,
Al arrostrar la indómita soberbia
De aquel padre feroz, tal vez creia
Encontrar el perdon de su imprudencia.

MARÍA.

¿No fué así?

ROGER.

¡No, María! desoyendo
La voz de aquel dolor, sólo á su afrenta
Prestó dócil oido, y á la ira
Se abandonó su corazon de hiena.
La mano de su juez desapiadado
Sintió la jóven en el rostro impresa,
Y fué lanzada de la tribu impía,
Como objeto de escándalo y vergüenza.

ALEJO.

(¡Margarita!)

ROGER.

Al hallarse de la noche
En medio de las lóbregas tinieblas,
Sola, la que vivia acompañada,
Pobre, la que nadaba en la opulencia,
Desfalleció sin duda su constancia,
Y de la muerte acarició la idea.
Vió á sus piés de repente abalanzarse
Del Bósforo las aguas turbulentas,
Y al otro dia, á la cercana orilla
Las turbias ondas la arrojaron muerta.

MARÍA.

Y el hombre que causó su desventura...

ROGER.

No la olvidó jamas: si en apariencia
Infiel, abandonarla parecia,
No fué su culpa, no, mas de su estrella.
Su deber de soldado, la imperiosa,
Inexorable voz de la obediencia,
Súbito de su lado le apartaron
Sin poderla avisar; pero á su vuelta,
Palpitando de amor y de esperanza,
De Margarita en la desierta reja
Una vez y otra vez, ya con zozobra,
Hizo sonar la acostumbrada seña.
Y allí sin duda le encontrara el dia
Con su dolor luchando, si una sierva,
Confidente leal de sus amores,

De su inútil afan no le advirtiera.
Por ella la catástrofe espantosa
Supo el triste mancebo; ardió en sus venas
Insensato furor, y ante su cólera
Atropelló de la mansion las puertas.
Enfrente allí del miserable anciano
Que devorando lágrimas acerbas,
Tal vez de su rigor se arrepentia,
Mi esposa estaba en el sudario envuelta.
¡Terrible fué aquel trance! ¡imprecaciones,
Gritos, sollozos, amenazas fieras
Resonaron allí! ¡cortejo horrible,
Que acompañaba á mi esperanza muerta!

(Pausa.)

MARÍA.

¿No es verdad que ante Dios de ese cariño
Los tiernos lazos renovado hubieras,
Á no estorbarlo de su padre el crímen?

ROGER.

Lo juro por mi honor.

MARÍA.

¡Pues bien! desecha
Esa memoria amarga, y cuando tanto
Tu corazon y tu dolor no puedan,
Para el tirano autor de tu infortunio
Todo el castigo de la culpa sea.

ALEJO. (Adelantándose.)

Perdonadme.

ROGER.

¿Qué es eso?

ALEJO.

Áun no ha acabado
La triste relacion de esa tragedia:
Yo la sé.

ROGER.

¡Tú! ¿es posible!

ALEJO.

De un hermano
De la niña infeliz, la historia queda.

ROGER.

Y ese hermano...

ALEJO.

Buscando al que juzgaba
Infame burlador de su pureza,
Por vengar á su pobre Margarita
Seis largos años recorrió la tierra.

MARÍA.

(¡Dios nos tenga piedad!)

ALEJO.

Y allá en Italia,
¡Ved qué grande es, señor, la Providencia!
Al hombre á quien solícito buscaba,
Debió la vida, sin saber que él era.

ROGER.

¡Sigue! ¡sigue!

ALEJO.

Pero hoy, que de sus ojos
Arrancó la verdad la torpe venda,
Temblando de emocion, le dice: «¡Hermano!
La que murió por tí, por tí me ruega.»

ROGER. (Abriéndole los brazos, en los que se arroja Alejo.)

¡Hermano!

ALEJO.

¡Gracias! ¡gracias! —¿Veis, señora,
Cómo tuvo mi afan su recompensa?
¡Me ha llamado su hermano! y ese nombre
Vale... toda la sangre de mis venas.

## ESCENA XIV.

DICHOS y GIRCON, por el fondo.

GIRCON.

¿Roger?

MARÍA.

(¿Aquí este hombre?)

GIRCON.

Vuestro campo
Alborotado está y en armas queda.

ROGER.

¿Eso es posible!

GIRCON.

Gritos y amenazas
Profieren, y hablan de romper las puertas.
Quiere el Emperador, y á eso me envia,
Que refreneis al punto su soberbia,
Y alejeis de los muros de su Córte
Esa eterna ocasion de turbulencias.

ROGER.

Hoy será obedecido.

GIRCON.

Y si no bastan
Vuestro influjo y valor, dado que fuera
Necesario apelar á los extremos,
Con mi brazo contad: mi gente es vuestra.

ROGER.

Si mi voz, si mi nombre no bastare
Para hacerlos entrar en la obediencia,
Hoy moriré á sus manos.

MARÍA.

¡Sé prudente!

GIRCON. (Acercándose á Alejo, ap.)

¡Hijo mio!

ALEJO.

¿Señor?

GIRCON.

La hora se acerca.

ALEJO.

¿La hora decís?

GIRCON.

La de vengar tu agravio,
Y de tu hermana y de tu padre afrentas.

ALEJO.

Cuando se acerque el formidable instante
De dar á Dios la inevitable cuenta,

No me dirá: «¿Qué has hecho de tu hermano?»
Como dijo á Cain.

GIRCON.

¡Esa respuesta!...
¡Alejo!

ALEJO.

¡Adios, señor!

GIRCON.

¿Y Margarita?

ALEJO.

Contra su matador no tengo fuerza.

(Se aleja de su padre: éste queda sumergido en honda desesperacion.)

## ESCENA XV.

DICHOS y BERENGUER.

BERENGUER.

¡Señor!

ROGER.

Todo lo sé.

BERENGUER.

Bien os lo dije:
No podia faltar.—Y hay una gresca,
Como jamas he visto.

ROGER.

Yo prometo
Que han de pagarme cara la insolencia.

MARÍA.

¡Oh! no arriesgues tu vida, que es la mia.

ROGER.

¡Hola! ¡mis pajes!

(Estos acuden, y arman á Roger á la ligera.)

MARÍA.

Cubre tu cabeza
Con el casco acerado: nada olvides.
—¿Llevas tambien tu cota milanesa?

ROGER.

Llevo tu amor.

BERENGUER. (Ap. á Roger.)

¡Por mí, los dejaria,
No mucho! hasta que al fin me concluyeran
Con el último alano: es lo que piden,
Y muerto el enemigo, no hay pendencia.

ROGER.

¡Basta! basta, y seguidme. Adios, María.

(Abrazándola.)

MARÍA.

¡Alejo, mi cariño os lo encomienda!
¡Velad por él, velad!

GIRCON.

(¡Iras del cielo!)

ALEJO.

¡Su existencia, señora, es mi existencia!

(Roger se va por el fondo, seguido de Berenguer, Alejo y pajes. María, que le ha acompañado hasta la puerta, se vuelve hácia Gircon, dirigiéndole una mirada de triunfo.)

# ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior.

## ESCENA PRIMERA.

CATALINA, asomada á la ventana; MARÍA sale por la izquierda.

MARÍA.

¿No vino mi esposo?

CATALINA.

No;
Mas tranquilizaos, señora.

MARÍA.

¡Qué! ¿nadie le ha visto?

CATALINA.

Ahora
Un soldado que llegó
Del campo, le dejó en él.

MARÍA.

Y ¿dónde está ese soldado?

CATALINA.

Partió de nuevo, enviado
Por vuestro primo Miguel.

MARÍA.

¿Cesó el motin?

CATALINA.

Aun no está
Sosegado...

MARÍA.

Quiera el cielo...

CATALINA.

Señora, y mucho recelo
Que no se apague.

MARÍA.

Quizá.

CATALINA.

Y hoy á su ardiente violencia
Andrinópolis llorara
Su fin, si no lo estorbara
De Rogerio la presencia.
¡Con qué valor y denuedo
Corrió á atajar los desmanes
De esos fieros catalanes!

MARÍA.

Tranquilizarme no puedo.
—Y... ¡mira! ¡es una crueldad,
Catalina! ¡un desvarío!
Es un pensamiento impío,
Que manda en mi voluntad.
Al escuchar los clamores
De esa gente, hallé en mi pecho
Simpatía á su despecho
Y disculpa á sus rencores.
—Esa falange guerrera,
Esos campeones fieles,

Que han cubierto de laureles
Nuestra arrollada bandera;
Que han alzado con sus manos
De Grecia el hundido trono,
Hoy blanco son del encono
De griegos, turcos y alanos.
—¿Por qué en fútiles alardes
Gastan la potente saña?
Triunfe por último España
De esa raza de cobardes.

CATALINA.

¡Cómo! ¿renegais del suelo
Que os vió nacer?

MARÍA.

Con razon:
Altivo mi corazon
Ha remontado su vuelo.
Esta Grecia, que la copa
De su ignominia hoy apura,
Salvada por la bravura
Del mejor pueblo de Europa,
Al implorar su favor
Con temerosa impaciencia,
No ha comprado su existencia
Sino á precio de su honor.
Así, al aceptar los lazos
Que al noble Roger me unieron,
Con doble afecto se abrieron
Á recibirle mis brazos:
Pues mi altivo corazon,
Que su dicha comprendia,
Á un mismo tiempo sentia
Cariño y admiracion.
Y ¿cómo no darle amante
Lo mejor de mis deseos,
Á él, que entre tantos pigmeos,
Se me apareció gigante!

CATALINA.

¿Y si, estallando el rencor
Que inútilmente se oculta,
Prendiese la guerra?

MARÍA.

Abulta
El peligro tu temor;
Mas si así fuera, el deber
Mi conducta marcaria.

CATALINA.

Sois la princesa María.

MARÍA.

Soy la esposa de Roger.
—Y hoy más que nunca aquí siento
Arraigado este amor; hoy,
Que tan otra y feliz soy,
Que me hace daño el contento.

CATALINA.

¿Es posible!

MARÍA.

¡Sí! ¡dichosa
Como ninguna lo ha sido!

CATALINA.

Pues ¿qué?...

MARÍA.

Dios ha bendecido
Los deseos de la esposa [1].

CATALINA.

Decid...

MARÍA.

La esperanza ardiente
Que con desusado empeño
Sobresaltaba mi sueño
Y acariciaba mi mente;
Ese infinito placer,
Esa inefable alegría
Que el Hacedor nos envia
Al duplicar nuestro sér,
Trocaron su expresion muda
Y aquella indecisa calma,
En voces que escucha el alma
Sin el temor de la duda.
Y á esas voces, que en sereno
Concierto para mí suenan,
De ardiente gozo se llenan
Mi corazon y mi seno.
¡Siento en ellos alentar
Una vida... y no es la mia!
Siento impulsos de alegría,
Con deseos de llorar.

## ESCENA II.

DICHAS y MIGUEL.

CATALINA.

El Emperador.

MIGUEL.

¡María!
¿Qué lágrimas, di, son ésas?

MARÍA.

¿Yo lágrimas?

MIGUEL.

Lo comprendo:
Sin duda impaciente esperas
Á tu esposo: por él temes.

MARÍA.

¡Temer por él! no lo creas.

MIGUEL.

Furioso estaba el soldado,
Y rotos de la obediencia
Los lazos, puede atreverse...

MARÍA.

Parece que lo deseas.

MIGUEL.

¡Quién! ¿yo, María? me ofendes.

MARÍA.

¿Mucho?

MIGUEL.

(¡Si de mí sospecha!...)

Pues ¿hay en el mundo, dime,
Quien al noble Roger deba
Mayores obligaciones?

MARÍA.

Si lo negaras, mintieras.

MIGUEL.

No: si es verdad que me irrita
De los francos la impaciencia,
Sé tambien que de tu esposo
El prestigio los sujeta.
Roger es ya mi pariente,
Y en la paz como en la guerra,
Hombre á quien nadie aventaja
En ánimo y en prudencia.

MARÍA.

¡Cierto! — ¡Y yo, que te creia
Su enemigo!

MIGUEL.

Injusto fuera
Si con agravios pagara
Al que ha salvado la Grecia.

MARÍA.

¡Bien! ¡bien!

MIGUEL.

Sin él, ¿qué sería
De esta generosa tierra?

MARÍA.

Es verdad.

MIGUEL.

Sin él, ya estaba
Por el suelo mi diadema.

MARÍA.

Bien dices, ¡oh! y tú no sabes,
Al par que me lisonjea,
¡Cuánto me complace oir
Que haces justicia á sus prendas!
Tan leal como valiente
Es Roger.

MIGUEL.

Bien le ponderas;
Pero así le necesito
Para acabar esta empresa.

MARÍA.

Mañana parte.

MIGUEL.

¿Mañana,
Dices! ¿por qué esa impaciencia?
Los turcos, ya derrotados,
Ni le combaten ni esperan,
Y hay enemigos mayores...

MARÍA.

¡Qué escucho!

MIGUEL.

Y que están más cerca.

MARÍA.

¿Qué quieres decir?

MIGUEL.

Que ya
La intolerable soberbia
De esos alanos ha hallado
Con el fin de mi paciencia.

MARÍA.

Y con razon: ese pueblo
De inclinaciones groseras
Es para tu imperio culto
Un peligro y una afrenta.

MIGUEL.

Es cierto, y por eso intento
Que á sus montañas se vuelvan.

MARÍA.

Bien, Miguel.

MIGUEL.

Es ya preciso:
Si no de grado, por fuerza.

MARÍA.

Se volverán, yo lo fio;
Pero ¿cómo, si eso intentas,
Dicen que á los catalanes
De nuestros muros alejas?

MIGUEL.

No me comprendes, María.
Ántes que el sol dé la vuelta,
Al rayar la nueva aurora,
Aquí entrarán de sorpresa;
Y los turcomanos, fieles
Aliados de la Grecia,
Vendrán tambien.

MARÍA.

Pues ¿qué temes?...

MIGUEL.

No está de mas la prudencia.
Quiero evitar que Andrinópolis
Campo de batalla sea.

MARÍA.

Tienes razon.

MIGUEL.

Ya conoces
De ese Gircon la soberbia.

MARÍA.

¡Si yo pudiera explicarte
Qué grave peso, qué pena
Me quitas del corazon!
¿Hay ventura como ésta!
— Perdóname.

MIGUEL.

¿Qué, María?

MARÍA.

Dudaba de tu nobleza,
Como si fuera posible
En tí... ¡vamos! ¡qué demencia!
Desde hoy más, estrecharemos
Los lazos que nos acercan.
Dueño del mejor imperio
Que se conoce en la tierra,
Tú ensalzarás una estirpe

Que el mundo juzgaba muerta.
Roger será el brazo armado
Que sostendrá tu grandeza,
Y extendiendo tus conquistas,
Hará por mi amor proezas.
Y yo, orgullosa por ser
De tal hombre compañera,
Por tener la noble sangre
Que tambien corre en tus venas,
Diré á Dios, agradecida :
«¡Bendita tu providencia!
¡Ya parece que permites
La resurreccion de Grecia!»

### ESCENA III.

DICHOS y ALEJO, por el fondo.

MIGUEL.
¿Quién es?

MARÍA.
¡Ah!

MIGUEL.
Tu salvador.

ALEJO.
Vuestro siervo.

MIGUEL.
¿Nos traes nuevas?

ALEJO.
Mi señor os las envia
Por mí.

MARÍA.
Sin duda son buenas.

ALEJO.
Marchando va el campo, y todo
Tranquilo y sumiso queda.

MARÍA.
¿Y mi esposo?

ALEJO.
Satisfecho
De su fácil obediencia,
Me mandó á tranquilizaros,
En tanto que da la vuelta.

MARÍA.
Ya lo ves, Miguel: ¿estás
Satisfecho?

MIGUEL.
De manera
Que ha de saber hoy tu esposo
Adónde mi afecto llega.
— Adios, soldado, y advierte
Á tu señor que le esperan
Una esposa y un amigo,
Ambos con mucha impaciencia.
(Vase con María por la izquierda.)

### ESCENA IV.

ALEJO. Luégo IRENE.

ALEJO.
En cuanto á la esposa, digo
Que fácilmente convengo;
Que por lo demas, no tengo
La misma fe en el amigo.

IRENE.
¡Alejo! el cielo te envia.

ALEJO.
¿Qué?

IRENE.
¡Bendita su clemencia!
Dime, ¿estimas la existencia
De Roger?

ALEJO.
Más que la mia.

IRENE.
Pues no pierdas un momento.

ALEJO.
Mas...

IRENE.
De razones acorta.
Lo que quiero, lo que importa
Es salvarle, y eso intento.

ALEJO.
¿Tú?

IRENE.
Deja cálculos vanos.
— Escucha : un hombre ha salido
No há mucho para Planido :
Allí están los turcomanos.

ALEJO.
Sigue, sigue.

IRENE.
De Miguel
Para Melich lleva un pliego :
Éste necesito : luégo
Verás su traicion en él.

ALEJO.
Pues ¿qué intenta?

IRENE.
Asesinar
Al que hoy estrecha en sus brazos :
Preparando está los lazos
En que le pretende ahogar.

ALEJO.
¡Á mi hermano!

IRENE.
Sí.

ALEJO.
¡Á Roger!

IRENE.
Pero teme en este instante
No tener fuerza bastante
Para afrontar su poder.

Ese temor, indeciso
Le tiene, y es mi esperanza:
Atajamos la venganza
Miéntras no llegue el aviso.

ALEJO.

¡Irene! crímen tan feo...

IRENE.

¿Que le calumnio supones?

ALEJO.

Eso no: en punto á traiciones,
Todo de Miguel lo creo.

IRENE.

Bien dices.

ALEJO.

No es cosa nueva.

IRENE.

¿Vendrá el pliego?

ALEJO.

¿Lo has dudado?
Aunque lo traiga manchado
Con sangre del que lo lleva. (Hace que se va.)
—Mas... ¡permite que me asombre!...
Di: ¿qué causa te ha impelido
Á salvar...

IRENE.

¿No has conocido
Que estoy amando á ese hombre?

ALEJO.

¿Tú!

IRENE.

Yo: seis años de lucha
Sufridos llevo hasta ahora,
De dolores que él ignora,
De suspiros que no escucha.
Yo, en la pendiente fatal
De esta inclinacion maldita,
Rival fuí de Margarita,
Y de María rival.

ALEJO.

Temo...

IRENE.

¿Qué? de mi fiereza
No esperes jamas el dolo;
Pero ¡ay del que toque á un solo
Cabello de su cabeza!
¡Sálvale, sí! ¿me lo ofreces?
Triunfe esa mujer altiva;
No importa; pero que él viva,
Aunque yo muera mil veces.

ALEJO.

¡Desdichada!

IRENE.

Entre los dos
Quede este horrible secreto.
¿Lo prometes?

ALEJO.

Lo prometo.

IRENE.

Corre, Alejo.

ALEJO.

Adios. (Vase.)

IRENE.

Adios.

## ESCENA V.

IRENE, sola.

Escuchemos al deber.
Si amante y esperanzada,
Soñé con dichas ayer,
Hoy nada me queda, nada,
Sino llorar y ceder.
¡Ceder! mas ¿con qué derecho
Mi rival aborrecida,
Cuando de su fe sospecho,
Querrá que me rasgue el pecho
Para que tenga ella vida?
—Y ¿qué sospecho? ¡afan loco!
Pues ni me rindo á la duda
Ni á la evidencia tampoco;
Pero á mi clemencia invoco,
Y mi clemencia está muda.
¡Su amor correrá en bonanza,
Y yo, humillada á sus piés,
Completaré su venganza!
¡Imposible! esto ¿no es
Renunciar á la esperanza?
Y ¿cuándo? cuando la pide
La suerte opuestos deberes
Y su familia divide.
¡Ay, corazon! eso quieres,
Y eso esperas: que le olvide.
No trocará por la guerra
Que va á asordar el espacio
Y á ensangrentar esta tierra,
Las seducciones que encierra
La vida de su palacio.
Es griega, y presuntüosa,
Siente su orígen altivo,
Y ántes princesa que esposa,
Se envolverá desdeñosa
En el orgullo nativo.
—Pero ademas, ¿no sería
Fácil tambien que traidora
Le engañase? ¡Di, María!
¿Has salido vencedora
En la amorosa porfía?
¿Nunca en tu voz, en tu aliento,
El suspiro se ha mezclado
De algun torpe sentimiento?
¿No te mancha ni el pecado
Liviano de un pensamiento?
—Mas ¿no quiso en la niñez
Á Alejo? pues ¿qué otro nombre

Tiene esto, si no doblez?
—No ha debido amar ese hombre
Á quien ya ha amado otra vez.
Él merece, por su brío,
Por su nobleza infinita,
Todo entero un albedrío,
Cual lo fué el de Margarita,
Y en fin... como lo es el mio.

## ESCENA VI.

IRENE. ROGER, *por el fondo.*

ROGER.
¡Irene!

IRENE.
La misma soy.
Os buscaba.

ROGER.
Y yo temia
Hallaros...

IRENE.
¿Por qué? no es dia
De reconvenciones hoy.

ROGER.
Explicaos.

IRENE.
No es tiempo ahora
De quejas...

ROGER.
Yo no os entiendo.

IRENE.
Sino de burlar, huyendo,
Alguna intencion traidora.
—Negro festejo os prepara
Quien vuestra muerte desea:
Huid, Rogerio; no sea
Que os salga el daño á la cara.
¡Huid, señor!

ROGER.
Pero en fin...

IRENE.
Quien os estima os lo advierte:
Sentada estará la muerte
Á la mesa del festin.

ROGER.
¡Irene!...

IRENE.
¿Dudais quizá?

ROGER.
Sí.

IRENE.
Consúmese el delito.

ROGER.
Una prueba necesito.

IRENE.
La prueba no tardará.

ROGER.
¿Cuándo?...

IRENE.
Va un soldado fiel
Tras el hombre que la lleva.

ROGER.
¡Oh, si me dais esa prueba,
¡Ay de Grecia! ¡ay de Miguel!

IRENE.
¿Aun teneis desconfianza?...

ROGER.
Mas ¿quién es de tal perfidia
Capaz?

IRENE.
El ódio y la envidia:
Ved ¡qué terrible alianza!
Y... acaso porque así Dios
Á castigaros comienza,
Los vuestros tienen vergüenza
De vuestra cuna y de vos.

ROGER.
¡Vergüenza de mí! no quiero
Ni imaginarlo.

IRENE.
De hijo.
¡César del imperio, el hijo
De Ricardo el halconero!
—¿Sabeis por qué se os desprecia?
Lo diré en una palabra:
Por que ya el miedo no labra
En el corazon de Grecia.
Esta es la verdad, Roger,
De que mi afecto os avisa:
Vuestro pecado es la prisa
Que os habeis dado á vencer.
Miguel es vuestro enemigo:
¡Perderos es su deseo!
Burladlo pues,—aunque creo
Que mereceis tal castigo.—
Romper el lazo fatal
En que vuestra union reposa,
Quiere: teneis por esposa
Mujer de sangre imperial.

ROGER.
Y á salvarme de su insana
Traicion, ¿qué causa os incita?

IRENE.
¿No era yo de Margarita,
Más que una amiga, una hermana?
Fuerza es que á su intercesion
Este interes atribuya.
¡Oh, sí! una voz que es la suya
Resuena en mi corazon.
«¡Sálvale, me dice, ó va
Á morir!»

ROGER.
¡Mártir querida!

IRENE.
«¡Sálvale! dale la vida,
Aunque ofendiéndome está.»

ROGER.

¿Yo la ofendo!

IRENE.

Sin doblez,
¿Quién hermana afectos tales?
Los corazones leales
Sólo quieren una vez.
Mas quien osó con malicia
La honra ajena amancillar,
¿Qué es lo que puede esperar
Del cielo, sino justicia?
Á otra robasteis la calma,
Y el alma partis en dos:
¿No pudiera ser que á vos
Os dieran partida el alma?

ROGER.

¡Qué! ¡mi esposa!...

IRENE.

No iracundo
La acuseis.

ROGER.

¿Quién lo osaria?

IRENE.

Tambien vos para María
Fuisteis el amor segundo.

ROGER.

¡Ah!

IRENE.

Pero no tengais celos:
Harto, luchando, acrisola
Su inocencia, quien se inmola
Obedeciendo á los cielos.

ROGER.

Corro á hablarla.

IRENE.

¡No! partid
Al punto, pero sin ella:
No la pongais con su estrella
En desesperada lid.
Su orígen no se concilia
Con su deber: es princesa,
Y hoy todo concierto cesa
Entre vos y su familia;
Y en la fortuna contraria,
No ayudará,—no lo espero,
Al hijo del halconero
La princesa de Bulgaria.

ROGER.

Pero ella no puede ser
Cómplice...

IRENE.

Ni yo lo digo:
Vos lo veréis: no me obligo
Ni á acusar ni á defender.

ROGER.

Daislo á entender, y en María
No cabe tanta vileza.

IRENE.

¡No! ni en mi naturaleza
La torpe supercheria.
Habladla: afecto más fiel
Acaso en su pecho quepa,
Y es posible que no sepa
Los proyectos de Miguel;
Y si ella os sigue, á pesar
De todo, decid que os ama:
Decid que es tan noble dama
Como podeis desear.

## ESCENA VII.

DICHOS y ALEJO, agitado y con un pergamino en la mano

IRENE. (Corriendo hácia él.)

Alejo...

ALEJO.

Aquí está: ¡dijiste
Verdad! ¡era cierto, Irene!
Aquí de una infamia viene,
Hermano, la prueba triste.

IRENE.

¿Lo veis?

ALEJO.

Al hombre alcancé:
Negóse al soborno, al ruego;
Reñimos, en fin, y el pliego
Con la vida le arranqué.
—Vedlo: de intentos villanos
La prueba con él os doy.
Huid, señor: ya por hoy
No vendrán los turcomanos.
Mas no perdais un momento:
Huid de aquí.

ROGER. (Abatido.)

Sí, lo haré.

ALEJO.

De aquella colina al pié
Está vuestro campamento.
De todo, secreto aviso
Á vuestras gentes he dado:
Inquieto queda el soldado
Y todo el campo indeciso.

ROGER. (Lee.)

«Para un proyecto que callo,
Porque peligrara escrito,
Buen Melich, te necesito
Con tus hombres de á caballo.
Cuando todo esté en reposo,
Ven; pero guarda el secreto;
Que es importante el objeto,
Y el contrario, poderoso.»

IRENE.

¡Ya veis!...

ROGER.

Dejadme los dos.

ALEJO.

¡Animo!

IRENE.

¡La prueba es ruda!

(Vanse.)

ROGER.

¡Has sembrado aquí la duda!
¡No te lo perdone Dios! (Mirando á Irene.)

## ESCENA VIII.

ROGER, que va á entrar por la izquierda, y MARÍA, que le sale al encuentro.

MARÍA.

¡Roger!

ROGER.

¡María!

MARÍA.

¡Mi señor! ¡mi dueño!

ROGER.

¿Me estabas esperando?

MARÍA.

Cuidadosa
Hasta verte salir del arduo empeño.
Pero estás fatigado: vén, reposa.

(Viendo que permanece inmóvil y sombrío.)

—Mas... ¿por qué ese semblante rigoroso?
¡Tu silencio me asusta!
Dime: ¿por qué mi esposo
Vuelve á mis brazos con la frente adusta?

ROGER.

¡María!

MARÍA.

¡Tú padeces!

ROGER.

¡Ay, María!
¡Sólo el prestigio de tu acento blando
Puede calmar la angustia, la agonía
Que está mi corazon despedazando!
No te busco princesa: cariñosa
Amante, sí te quiero.

MARÍA.

Pues bien: ántes que nada soy tu esposa,
Y es la obediencia mi deber primero.

ROGER.

Y dime: si en el seno generoso
De tu imperial estirpe se abrigara
Tal reptil venenoso,
Que vuestra propia sangre emponzoñara...

MARÍA.

¡Qué dices!

ROGER.

Si con pérfida cautela
Me tendiera Miguel cobardes lazos...

MARÍA.

¡Calla! ¡calla, Roger! ántes recela
Que son dogales mis amantes brazos.
¿Con qué razon atentará á tu vida?

ROGER.

Envidioso tal vez de mi fortuna.

MARÍA.

Respetos debe un príncipe á su cuna,
Y obligaciones que jamas olvida.
¿Qué gana con tu muerte?
Ántes... ¡óyeme bien! ántes espera
De tu espíritu noble y pecho fuerte
La gloria y salvacion del Asia entera.
¡Calla, Roger! y ¡Dios no te demande
Cuenta de tu culpable desatino!
Muy pequeño es Miguel, pero áun es grande,
Para ser ni cobarde ni asesino.
—¿Qué te obliga á dudar? dilo.

ROGER.

(¡No me ama!)
—Un mensajero de fatales nuevas
Puso en mis manos de la horrible trama
El indicio mejor.

MARÍA.

Dame esas pruebas.

ROGER.

Á más de esos alanos,
Que son mis enemigos, de repente
Llamados son aquí los turcomanos.

MARÍA.

Es que de hoy más, ó débil ó indolente,
Su fortuna Miguel pone en tus manos.
Amigos son; no temas su presencia:
En tu ayuda mi primo los convoca.
De Gircon y sus hordas la insolencia
Es lo que teme y su rigor provoca.
El lustre antiguo volverá á su córte
Y su esplendor... ¡verás cómo te engañas!
Y esos salvajes que nos manda el Norte
Empujados serán á sus montañas.
—¡Ya verás! ¡ya verás!

ROGER.

¡Tan poco fia
De mi esfuerzo y poder! yo basto solo...

MARÍA.

Por evitar azares...

ROGER.

¡No, María!
(¡No puedo ya dudar! ¡cierto es el dolo!)
¿Crees?...

MARÍA.

Que tu sospecha es ilusoria.

ROGER.

¿Y si, á pesar de todo, prefiriera
Huir de aquí?

MARÍA.

Para salvar tu gloria,
Y evitar una mancha á tu memoria,
Obedecerte acaso resistiera.

ROGER.

Quien ama, desconfia.

MARÍA.

Mas quien tiene

Con su deber y con tu fama cuenta,
Mirar debe por tí.

ROGER.

(Bien dijo Irene.)

MARÍA.

La fe ennoblece y la malicia afrenta.

(Pausa.)

ROGER.

Dudé, esperé; pero la duda acaba.
—No temas que deberes te reclame.
—Mentira es la esperanza que abrigaba;
Verdad la que juzgué sospecha infame.

MARÍA.

¿No deliras?

ROGER.

Mas nada hay que me asombre.
Extranjero y soldado advenedizo,
De césar y de amigo obtuvo un hombre
El título y el nombre:
¡Nombre irrisorio y título postizo!

MARÍA.

¡Calla!

ROGER.

No le bastó tanta grandeza
Y tan excelso honor; tálamo augusto
Quiso tambien y cándida belleza,
Y olvidó de su cuna la bajeza:
¿Verdad, señora, que el castigo es justo?
Impuso un dia de la Grecia al duelo
Su firme voluntad; pero hoy, lanzado
El turco de este suelo,
¿Quién necesita del audaz soldado?

MARÍA.

¡Mira que desvarias! ¡que me ofendes,
Y ofendes el honor del pueblo griego!
¿Qué has pensado de mí?

ROGER.

¿Qué?... que me vendes.

MARÍA.

¡Santa Madre de Dios!

ROGER.

¡Que estaba ciego;
Que en ese corazon, doble y profundo,
Nunca arraigó mi amor! —¡Era segundo!

MARÍA.

¡Oh! ¡vuelve en tí, Roger! ¿quién extravia
De esa manera tu razon? advierte
Lo que diciendo estás.

ROGER.

¡Calla, María!

MARÍA.

¿Tú dudas de mi fe? dame la muerte:
Ménos que ese baldon la sentiria.
—¡Amor se llama el inocente juego
Que de nuestra existencia en los albores
Remeda, sin turbar nuestro sosiego,
De ese afecto esperanzas y temores!
¡Yo pensaba tambien que amor tenía;
Pero llegó el instante
En que el deber y la fortuna mia
Me pusieron delante
Al sol de la nobleza y bizarría!
Y se cubrió mi frente de sonrojos;
Temblé con tus palabras lisonjeras,
Y me miré en las niñas de tus ojos,
Y me dije: «¡Ahora sí que amo de véras!»

ROGER.

¡Oh! ¡qué bien sabe el que en engaños trata
Endulzar el veneno
Y el cuchillo dorar con que nos mata!
¡Mirad su rostro cándido y sereno,
Y atreveos á decir que engaña y miente,
Que es su semblante, de dulzura lleno,
La máscara falaz del delincuente!

MARÍA.

Por ese Dios, que mi inocencia mira,
Te juro...

(Arrodillándose en actitud de invocar á Dios.)

ROGER.

Mientes, y á tu Dios engañas.

MARÍA.

¡Por tu amor!... ¡por mi amor!

ROGER.

Era mentira.

(María se levanta radiante de orgullo y felicidad.)

MARÍA.

¡Por el hijo que llevo en mis entrañas!

ROGER.

¡María! ¿es cierto? ¡y con sospecha loca
Tu corazon aflijo!
—¡Una madre no miente cuando invoca
El nombre de su hijo!

MARÍA.

¡Dudar de mí, cuando le quiero tanto!

ROGER.

¡No! ya no dudo: se cerró el abismo
Que abierto ante mis piés me daba espanto.
Preso de tu palabra en el encanto,
Tu noble indignacion siento yo mismo.

MARÍA.

Mas sin duda hubo causa...

ROGER.

¡No, ninguna!
¿Pudo haberla jamas para que osara
Mi sospecha importuna
Poner en duda tu inocencia clara?

MARÍA.

¿Quién te pudo inspirar!... mas lo sospecho:
Una mujer inexorable, impía,
La duda y el temor sembró en tu pecho.

ROGER.

¡Es verdad! ¡es verdad!

MARÍA.

¡Lo presumia!
Mas ¿por qué me aborrece?

¿Será porque te quiero y soy tu esposa?
¡Mira! ¡mira, Roger! ¡ahora parece
Que soy yo la celosa!

ROGER.

(¡Oh, qué rayo de luz!)

MARÍA.

Sin duda es eso;
Pero nada me importa, lo confieso.
Eres padre, Roger, y estás ahora
En el calor de mi cariño preso
Y mi voz te seduce y te enamora.
¡Es imposible ya, fuera locura
Querer arrebatarme mi ventura!

ROGER.

Otro interes mayor...

MARÍA.

Ó á todo precio
Ponerte quiere en rebelion abierta
Con el imperio.

ROGER.

¡Puede!

MARÍA.

Y los alanos,
Hoy mirados con ira ó menosprecio,
Volverian á ser nuestros tiranos.

ROGER.

¡Sí! ¡sí! bien dices.

MARÍA.

Se apagó su estrella
Ante la luz gloriosa de la tuya:
Su muerte y su baldon miran en ella,
Y acaso á sus rencores contribuya
Vuestra antigua querella.

ROGER.

Cierto: no digas más.—¿Ves qué sencilla
Es la verdad!

MARÍA.

Y ¡nuestro error se empeña
En eclipsarla más cuanto más brilla!

ROGER.

No sólo esa mujer, sino un villano,
Á quien abrí mi corazon, y ciego,
El nombre dí de hermano...

MARÍA.

¿Alejo?

ROGER.

Él mismo me entregó este pliego.

MARÍA.

¡Él, que te guarda singular cariño,
Él, que por tí se lanzará á la muerte,
Y hasta el amor que me juró de niño
Por tí en respeto y sumision convierte!

ROGER.

¡Es él!

MARÍA.

Sí; mi enemiga le ha engañado:
¡No pensemos tan mal! me causa pena
Creer que es un malvado...

ROGER.

El que arrastró sumiso tu cadena.

MARÍA.

¿Por qué no? del amor en los extremos
Se muestra siempre el corazon distinto,
Y en la infancia tenemos
Para querer y odiar claro el instinto.

ROGER.

¡No conoces al mundo!

MARÍA.

¡Triste ciencia,
Que los arranques generosos calma!
¡Mal haya la experiencia,
Que moderando la expansion del alma,
Puede hacernos dudar de la inocencia!

ROGER.

Escucha; más que en el recelo mio,
Más que en mi corazon, en tu fe creo.
Á tu instinto leal mi vida fio:
Esta es mi voluntad y tu deseo.

MARÍA.

¡Ah, Roger!

ROGER.

Pero basta...

MARÍA.

¿Qué?

ROGER.

Ya es hora,
Y no quiero que espere un solo instante
Tu primo y mi señor.—¿Tiemblas?

MARÍA.

Ahora
Tu recelo no más tengo delante.

ROGER.

¿Sí?

MARÍA.

Y á medida que el momento avanza,
No sé qué dudas...

ROGER.

El temor desecha.

MARÍA.

¡Ha penetrado en mi alma tu sospecha!

ROGER.

Y en la mia tu noble confianza.
—¡Adios!

MARÍA.

¿Volverás pronto?

ROGER.

¿Estás llorosa?

MARÍA.

Nada hay, sin tí, que á mi contento cuadre.
—Pero ¡ay, que ofendo á Dios! ¡soy tan dichosa!
Véte, y si tardas, hallará la esposa
Consuelo en las delicias de la madre.

ROGER.

Así te quiero.—¡Adios! (Vase por el fondo.)

**ESCENA IX.**

MARÍA, sola.

MARÍA.
¡Partió! y si es es cierto
Que el corazon no engaña, y que revela
Sucesos por venir, ¿qué dice el mio?
¡Duda! ¡y la duda hiela
Con punzador y penetrante frio!

**ESCENA X.**

MARÍA. ALEJO, por la derecha.

ALEJO. (Agitado.)
¿Dónde está Roger?

MARÍA.
Mi esposo...

ALEJO.
¡Le tiene el Emperador
Á su mesa! ¡está perdido!

MARÍA.
¡No puedo creerlo, no!
¡Mentira! ¡mentira infame!
¡Quien ha merecido á Dios
Una corona no puede
Cometer tan vil accion!

ALEJO. (Desesperado.)
¡No me cree!

MARÍA.
Ya os lo he dicho.

ALEJO.
No sufrais nunca el dolor
Que me estáis causando.

MARÍA.
Alejo,
Ya lo veis: tranquila estoy.

(Alejo se acerca á la ventana, adonde se dirige tambien María.)

ALEJO.
Venid: ¿veis? por todas partes
Gente armada; en derredor
Del palacio triple muro
De hierro se levantó.

MARÍA. (Con tranquilidad.)
Es cierto.

ALEJO.
Los turcomanos,
Obedientes á la voz
De los traidores, invaden
La ciudad en confusion.

MARÍA.
¿Qué importa?

ALEJO.
¡No me ha entendido!

**ESCENA XI.**

DICHOS y BERENGUER.

MARÍA.
¿Quién viene?

ALEJO.
¡Llegad, Rondor!
Convenced á la Princesa.

BERENGUER.
¿Vuestro esposo?...

ALEJO.
Despreció
Mi aviso.

BERENGUER.
¡Desventurado!
Por todas partes la voz
Corre ya de que se intenta
Aquí nuestra destruccion.
Los turcomanos anuncian
Con alegría feroz
El cobarde asesinato.

MARÍA.
¿Quién lo oyó, Berenguer?

BERENGUER.
Yo.

MARÍA.
¡Dios mio, me harán dudar
De mi propio corazon!

BERENGUER.
¡Mire Grecia lo que intenta,
Ó por siglos, juro á brios,
Se acuerda de Cataluña,
Y sueña con Aragon!

MARÍA.
¿Cómo he podido fiarme
De Miguel! ¡qué necia soy!
¡Si es imposible que tenga
Ni entrañas, ni ley, ni Dios!
¡Infame! y ¡de qué manera
Tan pérfida me engañó!
Mas yo corro...

BERENGUER.
Ya no es tiempo
Sino de vengarnos: voy
Á dar el aviso de esta
Indigna maquinacion.

MARÍA.
¡Cómo!

BERENGUER.
Como estamos ya
Con recelo, se pensó
En una señal que diera
Aviso de la traicion.

MARÍA.
Y ¿de qué modo?

BERENGUER.
En la torre
Frontera del Salvador,
Doce campanadas...—Corro.

MARÍA.

Berenguer, todavía no.
Á la sala del festin
Voy; si tuvieran valor
Para consumar el crímen,
Estando presente yo,
¿Veis esa ventana? está
Frente á la torre.

BERENGUER.

Una voz...

MARÍA.

Aguardad: si en ella brilla
De una luz el resplandor,
Es señal de que mi horrible
Desgracia se consumó.

BERENGUER.

Voy á esperar la señal.
(Vase por el fondo, derecha.)

MARÍA.

Y yo á estorbar la ocasion.

## ESCENA XII.

ALEJO. Luégo GIRCON, por el fondo, izquierda.

ALEJO.

Yo no puedo ni áun vengarle;
Que adivino el matador.
—Mas si lograra María
Con su llanto, con su voz,
Con su hermosura, inspirar
Á esos hombres compasion!...
Jurara que allá en la sala
Del festin... ¿me engaño? ¡no!
(Acercándose á la puerta del fondo y aplicando el oido.)
¡Oigo voces! ¿son de gozo,
De cólera, ó de qué son?
—¡Mi padre! (Viéndole salir.) ¿Qué significa
Ese lejano rumor?

GIRCON.

Que está deshecho el encanto.

ALEJO.

¡El crímen se consumó!

GIRCON.

Se consumó mi venganza:
Ya está sin mancha mi honor.
Lo que tu acero no pudo,
Este mió lo acabó.

ALEJO.

¡Apartaos!

GIRCON.

¿Huyes de mí?

ALEJO.

¡Sí, padre! ¡me dais horror!

MARÍA. (Dentro.)

¡Traicion!

GIRCON.

¡Aquí la Princesa!

ALEJO.

Huid.

MARÍA. (Lo mismo.)

¡Infame traicion!

ALEJO.

¡Apartaos! tened al ménos
Lástima de su dolor.
(Gircon se retira adonde está la ventana.

## ESCENA XIII.

DICHOS y MARÍA, que sale por la izquierda, pálida y dominada por el terror.

ALEJO.

¡Ah!

MARÍA.

Desoí tu consejo:
Murió mi esposo y tu hermano.
¿Qué infame acero, qué mano
Le ha herido?—¡Venganza, Alejo!
—No mata el mayor afan
Ni el dolor, puesto que existo.

ALEJO.

¡Desgraciada! ¿le habeis visto?

MARÍA.

Ni ese consuelo me dan.
Hallé las puertas cerradas;
Sin embargo, á mis oidos
Llegaron sordos gemidos
Y lúgubres carcajadas.
De aquella sangrienta escena
La confusion se adivina.
«¡Muera la gente latina!»
Es el grito que resuena.
Y luégo, de terror presa,
Oí un eco vago, incierto,
Que decia: «¡Ha muerto! ¡ha muerto!
¡Ay desdichada Princesa!»
¡Quise entónces compartir
Su suerte!

ALEJO.

(¡Pobre María!)

MARÍA.

¡Yo, por mí... yo moriria!
Pero ¡no debo morir!
—¡Ah! ¡Grecia! ¡Grecia! ¡hoy acaba
Tu vida con esa vida!
¡Serás de Dios maldecida!
¡Serás miserable esclava!

ALEJO.

¡Señora!...

MARÍA.

Y ¡querrás en vano
Salir de tu infame abismo!
¿Cómo podrás, si Dios mismo
Te ha dejado de su mano?
Griegos, vestid los arneses;

Que ahora empiezan los horrores.
—¡Roger! nuestros vengadores
Serán tus aragoneses.

ALEJO.

Muerto Roger, ¿qué esperanza
Nos queda ya?

MARÍA.

Yo no cejo.
¡Qué! ¿no me entendeis, Alejo?
¡Quiero venganza! ¡venganza!

ALEJO.

¿De quién?

MARÍA.

De su matador.

ALEJO.

En él mi espada no corta.

MARÍA.

¡Es Gircon! —Pues bien, ¡no importa!
Á mí me sobra el valor.

(Coge la luz y se dirige á la ventana, donde descubre á Gircon, que retrocederá á medida que ella avanza.)

¿Gircon aquí!

GIRCON.

(¿Qué pretende?)

MARÍA.

¡Sangre destila esa espada!
¡Sangre veo en la mirada
Con que mi cólera enciende!
No quiera Dios que el malvado
Goce en su crímen.

(Avanzando hácia la ventana.)

ALEJO.

¡Señora!

(Llega María á la ventana y levanta la luz.)

GIRCON.

¿Qué es eso?

MARÍA.

¿Qué?

(Un momento de silencio; despues se oye la campana del Salvador.)

¡Que la hora
Del exterminio ha llegado!

## ESCENA XIV.

DICHOS y EL EMPERADOR MIGUEL.

MIGUEL.

Gircon, la venganza ofrece
Á tu ira fácil camino.
¡Sorprende el campo latino!
La noche nos favorece.

MARÍA.

¡Sorprender! ¡empresa vana!

MIGUEL.

¿Cómo!

MARÍA.

Como saben ya
Que la fe quebrada está.
¿Qué te dice esa campana?
Ese tañido veloz,
De mis iras mensajero,
Va á despertar el acero
Del almogávar feroz.

MIGUEL.

¿Cierto? esa señal extraña
¿Anuncia?...

MARÍA.

¡Pregunta necia!
¡Anuncia el fin de la Grecia!
¡Anuncia el rencor de España!

---

# ACTO CUARTO.

---

Interior de la ciudad de Apros, con muro al frente, de poca altura, y una plataforma anterior, á la que se sube por tres ó cuatro gradas de piedra. Á la derecha, en el fondo, y ocultándose en su mayor parte, el castillo que defiende la ciudad; á uno y otro lado del teatro, casas aisladas, que forman calles entre sí. Al levantarse el telon, estará Alejo subido en la plataforma y recostado sobre el muro. Perich de Naclara sale por la derecha recatándose, y se dirige hácia la plataforma. Es de noche.

## ESCENA PRIMERA.

ALEJO. NACLARA.

ALEJO.

¿Quién va?

NACLARA.

¿Quién es?

ALEJO.

El que oculta
La cara con tal misterio,
Es traidor ó es enemigo.

NACLARA.

¿Enemigo? hay algo de eso:
Traidor, jamas.

ALEJO.

Yo conozco...
—¡Perich de Naclara!

NACLARA.

¡Alejo!

ALEJO.

¿Tú aquí!

NACLARA.

Con mayor razon
Preguntártelo yo puedo,
Que há mucho que no te he visto
Por allá. ¿Estás prisionero?
Dímelo y te llevaré.
—Está cerca el campamento.

ALEJO.

Ya sabes que no he nacido
Español: cumplí mi empeño,
Y abandoné tus banderas.

NACLARA.

¡Ah! ¡ya! pero no eres griego.

ALEJO.

No.

NACLARA.

En ese caso, aunque seas
Genoves... te lo consiento.

ALEJO.

Pero ¿cómo habeis podido
Quedaros en este suelo
Enemigo?

NACLARA.

Aunque quisiera
Alguno, que no queremos,
No hay retirada posible,
Sino morir como buenos.

ALEJO.

Por mar...

NACLARA.

Echamos á fondo
Las galeras desde luégo,
Que ¡fue decision honrada!
*Y á no subirnos al cielo,*
*Ó arrojarnos á la mar,*
*Ó descender al infierno,*
*No hay sino morir matando*
*Hasta soltar el pellejo* [5].
Y lo daremos con gusto;
Mas por esta vez, no hay miedo;
Que son pocos y cobardes.

ALEJO.

¡Pocos dices?

NACLARA.

Ya lo creo.

ALEJO.

Doce mil hombres.

NACLARA.

¿No más?
—Nosotros, tres mil, ó ménos.
Pero es tan grande el pavor
Que les ha entrado en el cuerpo,
Que con sólo oir el grito
De ¡Aragon! ya están corriendo.

ALEJO.

Y ¿á qué has venido?

NACLARA.

Á matar
Á un hombre, á explorar el pueblo
Y el número de soldados.

ALEJO.

Y ¿qué has visto?

NACLARA.

Mucho y bueno.
En primer lugar, está
El Emperador con ellos,
Lo cual ha de estimular
El apetito á los nuestros.
Sé tambien que no han llegado
Todas las tropas: el grueso
Está á tres leguas de aquí.
—¡Tres leguas! ¡ya ves!...

ALEJO.

No es léjos,
Y en breve...

NACLARA.

Yo te aseguro
Que no les daremos tiempo.

ALEJO.

Y ¿qué más has visto?

NACLARA.

He visto
Que es fácil ganar el cerro
Donde está el castillo: un paso
He hallado...

ALEJO.

¡Perich! ¡lo siento!
Pero has visto demasiado
Para no quedarte ciego.

NACLARA.

¿Es chanza?

ALEJO.

No, por desdicha.

NACLARA.

¿Me quieres explicar eso?

ALEJO.

Soy tu enemigo.

NACLARA.

¡Enemigo!
Pues ¿no me has dicho?...

ALEJO.

Y no miento:
Soy alano.

NACLARA. (Desenvainando.)

¿Sí? pues voy
Á matarte como á un perro.

ALEJO. (Lo mismo.)

¡No sabes cuánto me duele
Reñir contigo!

NACLARA.

¡Lo creo!
Yo tambien lo siento mucho;
Pero es preciso, y á ello.

(Hacen ademan de arremeterse.)

ALEJO.

Espera.

NACLARA.

¿Qué quieres?

ALEJO.

Dime:
La Princesa, ¿qué se ha hecho?

NACLARA.

¡Quién! ¿la princesa María?
No debe de andar muy léjos.

ALEJO.

¡Di!

NACLARA.

No sé; mas no hay jornada
Que no presencie, ni incendio

Ni accion...— ¡Parece que huele
La sangre como los cuervos!
Y al verla llevar el luto
Por el que fué nuestro dueño,
Se enciende en los corazones
De la venganza el deseo.
Y no faltará; ¡imposible!
Hoy es el dia supremo
De la expiacion. Áun no habrá
Rayado el sol en el cielo,
Cuando poblará los aires
El cántico de San Pedro,
Y esos campos espantados
Oirán el «*¡despierta, hierro!*»
¡Gran dia va á ser!

ALEJO.

¡Perich!
Lo malo es que no has de verlo.

NACLARA.

¿Cómo? ¡Ah! ¡ya! ¡pobre muchacho!
Lo peor es que en dos credos
Voy á despachar tu asunto.
—¿Empezamos?

ALEJO.

Empecemos.

(Cuando van á acometerse, sale María por la izquierda. Al reconocerla, bajan uno y otro las espadas.)

## ESCENA II.

MARÍA. ALEJO. NACLARA.

MARÍA.

¡Alto, Alejo! ¡alto, Naclara!

NACLARA.

¿Qué voz es ésa?

ALEJO.

¡María!

MARÍA.

Sí.

NACLARA.

¡Cuando yo lo decia!
Imposible es que faltara.

MARÍA.

¡Sí, Perich! tienes razon:
Hoy ménos que nunca puedo
Faltar á vuestro denuedo;
Hoy, dia de expiacion.
¡Véte y á tu gente inflama
Con mi queja lastimosa!
Venganza os pide una esposa,
Y una madre, y una dama.
Para eso dejé mi encierro:
¡Ea! ¡ministros de la muerte!
¡Suene el clarin, y despierte
Del almogávar el hierro!
¡Pelead miéntras yo envio
Mi queja al Juez de los jueces!
Miéntras dirijo mis preces
Por el muerto esposo mio.

ALEJO.

¡Señora! es justo el dolor
Que sentis; pero ese hombre,
Ó muere, ó me deja el nombre
Y la mancha de traidor.
—¡No estorbeis este combate,
Señora!

MARÍA.

Que no, os he dicho.

NACLARA.

¡Tambien es fuerte capricho
Empeñarse en que lo mate!

MARÍA.

¡Abajo el hierro!

ALEJO.

Es estrecho
El deber.

NACLARA.

No huyo la cara.

MARÍA.

Entre ese acero y Naclara
Siempre encontraréis mi pecho.

NACLARA.

Es mengua de mi valor,
Señora, y no lo permito.

MARÍA.

¡Perich!

NACLARA.

Yo no necesito
Corazas de ese valor.
La de mal curtido cuero
Que llevo, y ¡sin espaldar!
No la ha podido horadar
Villano ni caballero.
Su dureza no la abona
Contra lanza ó cintarazo;
Lo que la abona es el brazo
Que defiende á mi persona.

ALEJO.

Dios sabe que con dolor
Le hiriera.

NACLARA.

Lo mismo digo.
Le matara como amigo:
Con fe, pero sin rencor.

ALEJO.

Vuestra presencia le valga.

NACLARA.

No te estoy por la merced
Obligado.

ALEJO.

Pero haced

Que luégo del muro salga.
¿Lo haréis?

MARÍA.

Saldrá : yo os lo fio,
Y ¡adios!

ALEJO.

¡Adios! (¡Ay, memorias
De aquellas pasadas glorias!
¡Dormid en el pecho mio!) (Vase.)

## ESCENA III.

MARÍA. NACLARA.

MARÍA.

Di, Pedro: ¿cómo has entrado
Aquí?...

NACLARA.

Si me dais licencia...

MARÍA.

El valor no es la imprudencia.

NACLARA.

Os diré lo que ha pasado.
Esta noche, estando yo
Dormido en mi pobre ruedo,
Sentí un hombre que muy quedo
Hasta mi lado llegó.
Echéle un taco, y no flojo.
Los soldados ¡ya se ve!
Nos acostamos de un pié,
Y nos dormimos de un ojo.
«¡Silencio!»— con ademan
Misterioso y voz severa
Murmuró aquel hombre, que era
Berenguer, mi capitan.
En el fiero regocijo
Que su rostro iluminaba,
Casi vi lo que pensaba.
—«¡Levántate y ven!» me dijo.
«Una hazaña peligrosa
Intento; pero son breves
Los instantes: di, ¿te atreves?»
—¡Preguntarme á mí tal cosa!
Ya andando, le pregunté:
«Y ¿qué es?—Matar al villano
Que puso traidora mano
En el que tu dueño fué.
—¡Hablarais para mañana!»
—Maté al sueño de un bostezo,
Y llegamos sin tropiezo
Al pié de una barbacana.
Dormian como unos santos
Los guardas, por nuestro bien;
Y á éste quiero, á éste tambien,
Despachamos no sé cuántos.
Viendo que tan á mansalva
El proyecto facilita
La suerte, nos dimos cita
Para aquí y ántes del alba.
Desesperado de hallar
Á mi hombre, al muro volví;
Me hallé con Alejo aquí,
Y nos quisimos matar.
No era grande este deseo
Ni el encono entre los dos:
¡Qué diablos! vinisteis vos,
Y mediasteis, y... *¡laus Deo!*

MARÍA.

Vuélvete á tu campo: estás
Libre ya.

NACLARA.

No puede ser:
¡Yo dejar á Berenguer
En el peligro! ¡Jamas!

MARÍA.

Vete, digo.

NACLARA.

¿Y si perece
En la empresa?

MARÍA.

Yo lo mando.

NACLARA.

Sin embargo...

MARÍA.

¿Desde cuándo
Naclara no me obedece?
Yo del capitan, la vida
Y la libertad protejo.

NACLARA.

Mirad, señora, que dejo
Mi fama comprometida.

MARÍA.

¡Alguien se acerca!

NACLARA.

Testigo
Sois de que el campo abandono
Sin voluntad.

MARÍA.

Yo te abono.

NACLARA.

Adios. (Se dirige al muro.)

MARÍA.

Él vaya contigo.
Pero ¿por dónde?... ¿estás ciego?
(Viendo que se ha subido al muro, y pretende descolgarse por él.

NACLARA.

Ya veis.

MARÍA.

¡El muro es tan alto!

NACLARA.

¡He dado yo cada salto
Más peligroso!...—Hasta luégo.
(Se deja caer del otro lado: María ha subido á la plataforma y se asoma al muro.)

MARÍA.
¡Perich! Perich! (En voz baja.) La esplanada
Corriendo atraviesa.—Ya era
(Mirando á la izquierda.)
Tiempo.—Con gente tan fiera,
¿Se puede dudar de nada?
(Se dirige por la misma plataforma hácia la derecha, hasta desaparecer. Inmediatamente despues salen por el lado opuesto Miguel, Gircon y algunos guardias.)

## ESCENA IV.

MIGUEL. GIRCON y GUARDIAS.

GIRCON.
¿Vos levantado á estas horas!
¿Vos, esquivando el tranquilo
Sueño!
MIGUEL.
¿Qué mucho, si sabes
Que de todos desconfio!
GIRCON.
¿De todos!
MIGUEL.
No te lo niego;
De todos... y de mí mismo.
GIRCON.
¿Qué temeis? cuando haya alguno,
Está lejano el peligro.
MIGUEL.
¿Y si te engañas?
GIRCON.
Pues ¿qué
Podemos temer?
MIGUEL.
Me han dicho
Que está ya sobre nosotros
El campo de los latinos.
GIRCON.
¡Imposible! y harto harán
En resistir nuestro brío
Tras de los cerrados muros
De Galípoli.
MIGUEL.
¡Delirio!
¡No conoces á esa gente,
Gircon! tú no los has visto
En los dias de batalla,
Para ellos de regocijo.
GIRCON.
No digo que no: valientes
Serán; pero reducidos
Por los frecuentes combates
Á número tan exiguo,
¿Qué pudieran intentar?
MIGUEL.
Abreviarnos el camino.

## ESCENA V.

DICHOS y ALEJO.

ALEJO.
¿Señor?
MIGUEL.
¿Qué es eso?
ALEJO.
Que estamos
Poco ménos que vendidos.
Espías de los contrarios
Dentro del muro se han visto.
MIGUEL.
Gircon, recorre los puestos:
Manda á tus más atrevidos
Guerreros á descubrir
Si hay en el campo enemigos.
GIRCON.
Voy, señor. (Vase por la derecha.)
MIGUEL.
Tú los conoces:
¿Qué opinion tienes?...
ALEJO.
Opino
Que aunque son pocos, son buenos.
MIGUEL.
¿Nos esperarán?
ALEJO.
De fijo.
MIGUEL.
Eso creo.
(Sale Gircon.)
GIRCON.
Nuestra gente,
Gran señor, ha sorprendido
Á un hombre.
MIGUEL.
¿Quién es?
GIRCON.
Miradle.

## ESCENA VI.

LOS MISMOS y BERENGUER, conducido por ALGUNOS SOLDADOS.

MIGUEL.
¿Aquí Berenguer!
BERENGUER.
El mismo.
MIGUEL.
¿Tú armado contra mí!
BERENGUER.
¡Pues!...
¿De qué os admirais?
MIGUEL.
Me admiro
De que te llames hidalgo.
BERENGUER.
Y ¿quién duda, vive Cristo!...

MIGUEL.

¿Recuerdas del Salvador
La torre? 6

BERENGUER.

Nunca la olvido.

MIGUEL.

Berenguer, un hombre osado,
Agraviando á un enemigo
Poderoso, mereció
El perdon de su extravío.
Pudo arrancarle mil veces
La existencia el ofendido;
Mas, de su valor prendado,
«¡Vete en buen hora!» le dijo.
¿Es noble, dime, volver
Agravios por beneficios?

BERENGUER.

Oidme: cierto hombre honrado,
En la casa de un amigo,
—¡Amigo falso!—dormia
En paz; es decir, tranquilo.
Nunca pudo imaginar
Que allí existiera peligro,
Donde era todo alegría,
Y protestas de cariño.
El falso amigo, una noche,
Blandiendo un puñal, le dijo:
«¡Ya ves! ¡no tienes defensa!
Puedo matarte: eres mio.
Sin embargo, te perdono;
Y, ó quedas agradecido
Á mi buena accion, ó eres
Cuatro dedos más que un pícaro.
Y ahora digo yo: ¿no debe
Agradecerse á sí mismo
Ese hombre que no le llame
Su conciencia mi asesino?
Pues ¡si á todos los mortales
Que á traicion no me han herido
Debo gratitud!... ¡Qué diablos!
Pues ¿en qué mundo vivimos?

MIGUEL.

Y ahora, di...

BERENGUER.

Ya es otra cosa:
Vine aquí como enemigo
Á cortar una cabeza (Mirando á Gircon.)
Ó á morir.—¡Yo juego limpio!
Hemos echado aquí un lance
De azar, y yo lo he perdido:
Cobrais, y en buena moneda.
Estamos en paz.—He dicho.

MIGUEL.

Es decir, que te parece
Justo mi rigor.

BERENGUER.

Justísimo.

MIGUEL.

De modo que si hoy quisiera
Salvarte...

BERENGUER.

No, ¡por Dios vivo!
Eso era atarme las manos
Cuando más las necesito.

MIGUEL.

¿Para qué?

BERENGUER.

Para mataros.

MIGUEL.

Gircon, ¡me encanta ese brío! (Ap. á Gircon.)
—¡Fieros son los de tu tierra!

BERENGUER.

Todavía no habeis visto
La mitad...—Nuestra memoria
Va á quedar aquí por siglos.
—Hoy, cuando quieren las madres
Amedrentar á sus hijos,
Con nombrarnos solamente
Lo tienen ya conseguido.
«*¡Venganza de catalanes* 7
*Te alcance!*» Tal es el grito,
La maldicion con que ahora
Se saluda á un enemigo.

MIGUEL.

¡Pues bien! ha llegado el dia
En que de tantos delitos
Vengue á mis pobres vasallos,
Cansados ya de sufriros.
Venganza fiera, implacable,
Piden con hondo quejido
Las ciudades asoladas,
Los campos en sangre tintos.
Echadle desde el más alto
Torreon de ese castillo,
Y á los suyos nuncio sea
De su próximo exterminio.

## ESCENA VII.

DICHOS y MARÍA.

MARÍA.

Bien haces, Miguel.

MIGUEL.

¡María!

MARÍA.

No le perdones, te digo:
Es un hombre, y no otro agravio
Es de tu saña el motivo.
Le matas porque le temes.

MIGUEL.

¡Temer!

MARÍA.

¡Sí, mi imperial primo!
Y porque tiembla un cobarde (Mirando á Gircon.)
De que á matarle ha venido.

Del valiente aprisionado
¿Quién osa romper los grillos?
¡Nadie! ¡no! -Por si te importa,
Ahí tienes un asesino. (Señalando á Gircon.)
No manchará sus blasones,
Que asesinar es su oficio;
Mas por la espalda, que tiene
El rencor, asustadizo.

GIRCON.

¡Señor! ¡señor! si la fe,
Si la lealtad con que os sirvo
Merece una recompensa...

MIGUEL.

¿Qué pides?

GIRCON.

Á ese hombre os pido.

MIGUEL.

Ahí le tienes.

GIRCON.

Libre salga.

BERENGUER.

Mas ¡sin ningun requisito
Ni condicion!

GIRCON.

Que en el campo
Has de encontrarte conmigo.

BERENGUER.

¿Nada más?

GIRCON.

Eso me basta.
—¿La admites?

BERENGUER.

¿Que si la admito?
¡Qué pregunta! pues ¿qué vine
Á buscar en este sitio?

GIRCON.

¿Qué señal?...

BERENGUER.

Sin la celada
Saldré al campo.

GIRCON.

En tal bullicio...

BERENGUER.

Somos tan pocos, que de una
Mirada estamos ya vistos.

GIRCON.

Te hallaré: vete.—Acompaña (Á Alejo.)
Al capitan, hijo mio.

BERENGUER.

¡Tú!... (Reconociendo á Alejo.)

ALEJO.

Vamos. (Con gravedad.)

BERENGUER.

(¡Cómo es que tiene
Tan mal padre tan buen hijo!)

(Vase Berenguer por la izquierda, precedido de Alejo.)

## ESCENA VIII.

MARÍA, MIGUEL y GIRCON.

GIRCON.

Otra gracia os pido.

MIGUEL.

¿Cuál?

GIRCON.

Que, guardando la muralla,
No salga Alejo á batalla.

MIGUEL.

¿Qué temes?

GIRCON.

Temo gran mal.

MIGUEL.

Y ¿es?...

GIRCON.

El reto presenció.

MIGUEL.

Cierto.

GIRCON.

Mi temor es ése:
No quiero que se atreviese
Entre mi enemigo y yo.

MIGUEL.

No saldrá: yo te lo fio.

GIRCON.

¡Gracias!—Ya veréis, princesa,
Que para mayor empresa
Que asesinar, tengo brío.

## ESCENA IX.

MARIA, MIGUEL.

MIGUEL.

María, ¿qué es esto? di:
¿Qué venida inesperada?...

MARÍA.

¿No es cierto que una jornada
Sangrienta se espera aquí?

MIGUEL.

Y ¿qué buscas?

MARÍA.

El tributo
Acostumbrado.

MIGUEL.

¡Eso es nuevo!

MARÍA.

Á cada combate, llevo
Con ménos dolor mi luto.
Yo presencié los reveses
Que mis airados hermanos
Han causado á tus alanos
Y griegos y genoveses.
Yo, del Dios de las venganzas
Guiada tal vez, yo he visto
De Recrea y de Redisto
Las espantosas matanzas.

MIGUEL.

¿Ha de ser tu ódio invencible,
María?

MARÍA.

¿Qué puedo hacer,
Miéntras no olvide á Roger,
Y olvidarle es imposible!
Y á su hijo, cuyo destino
En vela siempre custodio,
Yo le educaré en el ódio
De su cobarde asesino.
Él sabrá cómo acrisolas
De tu estirpe el blason puro,
Cuando le tenga seguro
En regiones españolas.
Y cuando su esclarecida
Estirpe saber intente,
Yo le diré:—«Hay hácia Oriente
Una nacion corrompida,
Nacion pérfida, cristiana
En nombre, mas no en la fe,
Que gemia bajo el pié
De la raza musulmana.
Su rey lloraba con ciego,
Mas con impotente encono,
Viendo cercado su trono
Por lagos de sangre y fuego.
Y tan cerca tuvo un dia
Del turco el temido azote,
Que desde su lecho el trote
De los caballos oia.
Pero al fin, de esta nacion
Los mutilados pedazos
De un hombre en los fuertes brazos
Hallaron su salvacion.
Llegó este hombre; la eclipsada
De Dios verdadera luz
Brilló otra vez en la cruz
De su vencedora espada.
Pero pasado el temor,
Vencidos los enemigos,
Esos que fueron testigos,
Y no más, de su valor,
Viendo en su gloria una ofensa,
—Que merecerla no osaron,
—De noche le asesinaron,
Descuidado y sin defensa.
¡Hijo! á Dios así le plugo,
Y ¡de esos dos hombres vienes!
Sangre á un mismo tiempo tienes
Del mártir y del verdugo.
Y hoy otra vez el monarca,
Perdiendo tanta conquista,
Se estremece, y con la vista
Su mermado imperio abarca;
Y otra vez ve á sus vasallos
Del turco bajo el azote,
Y oye, como ántes, el trote
De sus feroces caballos.

MIGUEL.

La que á su patria desprecia,
Baldon es de sus mujeres:
Por eso te infaman, y eres
Escándalo de la Grecia.
Las madres que sin reposo
Gritos de dolor exhalan,
Á sus hijas te señalan
Como ejemplo vergonzoso.

MARÍA.

¡No lloraban cuando yo,
Hecho el corazon pedazos,
Perdí los tiernos abrazos
Del dueño que Dios me dió!
Que celebraron... ¡lo sé!
Con fiestas y luminarias
Las escenas sanguinarias
En que manchaste tu fe.
¡Qué villanos regocijos!

MIGUEL.

¡Tú de tu patria reniegas!

MARÍA.

¡Nunca nacieran las griegas
Para tener tales hijos!

MIGUEL.

¿Quién desdeña, quién no ama
Á la tierra generosa
De Leonídas! y ¡hay quien osa
Poner en duda su fama!

MARÍA.

¡No! la historia la atestigua;
Mas ¿cómo á invocar se atreve
Esta Grecia, indigna, aleve,
Los recuerdos de la antigua!
De esas madres no respóndas,
Jueces del honor ajeno:
Ninguna llevó en su seno
Leonídas ni Epaminóndas.
Y hasta el pueblo que encadenas,
Á pesar de su ignorancia,
Sabe que hay mucha distancia
De Constantinopla á Aténas.

MIGUEL.

Y ¿cómo su cautiverio
Sufre?

MARÍA.

Porque no se hermana
La virtud republicana
Con el fango de tu imperio.
Ya no quedan ni áun indicios
De ese pueblo; no lo dudes.
—Hay épocas de virtudes;
Pero hay reinados de vicios.

MIGUEL.

Mas tú, en fin, ¿dónde has nacido?

MARÍA.
En los brazos de Roger.
La patria de la mujer
Es el amor del marido,
Y más la que consiguió
En él tantas dichas juntas.
¡Tú, Miguel, tú me preguntas
Dónde mi vida empezó?
—En la gloria de sus hechos,
En su cariño, aquí fijo;
¡En su grandeza! ¡en el hijo
Que he alimentado á mis pechos!
(Empieza á amanecer.)

## ESCENA X.

DICHOS. GIRCON y ALEJO.

MIGUEL.
¿Qué hay, Gircon?

GIRCON.
¡El enemigo!

MIGUEL.
¿Está cerca?

GIRCON.
Á la verdad,
Tan cerca, que hasta se puede
Sus capitanes contar.

MIGUEL.
¡Ya lo ves!

GIRCON.
Mas de rodillas,
Y al cielo vuelta la faz,
El cántico de San Pedro
Á coro entonando están.
(María, durante esta relacion, sube á la plataforma, procurando descubrir el campo. Poco despues desaparece de la escena.)
¿Imploran vuestra clemencia,
Ó es que resignados ya,
Se disponen á morir,
Negándose á pelear?

MIGUEL.
¡Gircon! ¡Gircon! ya te he dicho,
Y muy luégo lo verás,
Que tu desden es injusto,
Y áun puede serte fatal.
Prepárate á conocerlos
De cerca.

GIRCON.
Vamos allá.
—¿Qué me ofrecisteis? (Ap. á Miguel.)

MIGUEL.
¡Alejo!
Vén aquí.

ALEJO.
¿Qué me mandais?

MIGUEL.
La suerte de los combates
Es vária: por si un azar
Cualquiera nos acontece,
Tú nos guardas la ciudad.

ALEJO.
¿Qué decis! ¿yo!...

MIGUEL.
Te lo mando.
Quien no intenta asegurar
La retirada, no cumple
El deber de capitan.

ALEJO.
Pero...

MIGUEL.
Basta.

## ESCENA XI.

ALEJO. Luégo IRENE.

ALEJO.
¡No ha pedido
Un tormento imaginar
Más cruel! (Con abatimiento.)

IRENE.
¡Alejo! ¡Alejo!
¿Qué es eso? ¿por qué ese afan?
Tú en un dia de combate...

ALEJO.
¡Tengo miedo! ¿lo creerás?

IRENE.
¿Por qué?

ALEJO.
Mi padre ha retado
Á combate singular
Á Berenger de Roudor,
Y pronto se encontrarán.
Y ¡no estoy allí! amarrado
Á la cadena fatal
De mi obligacion, no puedo
Proteger su ancianidad.
¡Yo defender estos muros!
(Con desesperacion.)
No soy griego, y ademas,
Si pierdo á mi padre, ¿qué
Me resta ya que guardar?

IRENE.
¡Temes!... está acostumbrado
Á vencer, y ¡vencerá!
¿Quién lo duda?

ALEJO.
Mi desdicha.

IRENE.
Yo no me abato jamas.
(Desde la plataforma.)
¡Mira con qué gallardía
Los nuestros corriendo van
Á su encuentro! ya se ha dado
De arremeter la señal.

ALEJO.

¡Gran Dios!

IRENE.

Breve es el espacio
Que los separa.

ALEJO.

¿Qué más?...

IRENE.

Nada más veo: entre el polvo
Que el revuelto galopar
De los caballos levanta,
Sólo el pendon imperial
Veo que avanza, llevando
Los escuadrones detras.

ALEJO.

Esos hombres...

(Irene baja.)

IRENE.

¿Qué se ha hecho
De tu valor? Si es verdad
Que son de hierro, tambien
El hierro suele quebrar.

(Aparece por el fondo María, llena de ansiedad.)

## ESCENA XII.

DICHOS y MARIA.

IRENE.

¿Aquí María!

ALEJO.

(Sedienta
De nuestra desdicha viene.)

IRENE.

¡María!

MARÍA.

¿Sois vos, Irene?

ALEJO.

¡Esta ansiedad me atormenta!

(Se dirige al muro.)

IRENE.

Yo soy.

MARÍA.

Largo tiempo hacia,
Desde que dejó la esposa
Más feliz de ser dichosa,
Irene, que no os veia.

IRENE.

¡Perdon, señora!

MARÍA.

¿De qué?
Murió Roger, y su muerte
En amigas nos convierte.

IRENE.

¡Es que le amaba!

MARÍA.

Lo sé.

IRENE.

Y ¿no me odiais?

MARÍA.

No, ¡testigos
Son los cielos!—Si eso hiciera,
¿Con qué derecho pudiera
Odiar á sus enemigos?

IRENE.

¿Qué buscais aquí? mirad
Que la batalla trabada...

MARÍA.

Eso busco.

IRENE

¡Desgraciada!

MARÍA.

Muy desgraciada, es verdad.
Pobre víctima de engaños
Y culpables desvaríos,
Contrarios llamo á los mios,
Y amigos á los extraños.

IRENE.

¡Es posible!

MARÍA.

Y si mis ruegos
Oye Dios, será este dia
Tan feliz para María
Como fatal á los griegos.

IRENE.

¡Oh, no! ¡si esta vez altivos
Combaten!...

ALEJO.

¡Irene, calla!
Áun no empieza la batalla,
Y ¡ya vienen fugitivos!

IRENE.

¡Cobardes!

ALEJO.

Ve lo que dices.

MARÍA.

Y ¿por qué, si eso es verdad?
Quédese la vanidad
Para las almas felices.

ALEJO.

¡Irene!

IRENE.

¿Qué?

ALEJO.

¡La victoria
Por nosotros se declara!

MARÍA.

¡El cielo nos desampara!

IRENE.

¡Dia de eterna memoria!

MARÍA.

¡Os alegrais!

IRENE.

¡Ah, perdon!
¡Es mi tribu, son mis gentes,
Mis amigos, mis parientes!

MARÍA.

Es verdad: teneis razon.
No oculteis vuestro alborozo;
Campo dad á la alegría
Y al bien que el cielo os envia;
Que dicen que mata el gozo.

IRENE.
¡Quiero ocultarlo y no puedo!

ALEJO.
¡Calla, Irene! me engañaba,
Ó ¿son los nuestros?...

IRENE.
¡Acaba!

ALEJO.
Tengo de decirlo miedo.
La escasa luz de la aurora
Me ofusca, y...

IRENE.
¡Recelos vanos!

ALEJO.
Se desbandan los alanos:
No puedo dudarlo ahora.

IRENE.
¡Mientes! ¡mientes!

ALEJO.
¡Oh! ¡no!

IRENE.
¡Mientes!

ALEJO.
¡Ay, hermana! ¡en vano esperas!
¡Puedo contar sus banderas!

IRENE.
¡Vencidos!

ALEJO.
Son nuestras gentes.

MARÍA.
¡Ah! (Con alegría.)

IRENE.
¡Os alegrais!

MARÍA.
Sí: ya veo
Que vos...—Perdonad, Irene;
Pero aquí cada cual tiene
Su temor y su deseo.

IRENE.
¡Que extranjeros son, olvida
Sin duda, los vencedores!

MARÍA.
Pero son los vengadores
Del hombre que fué mi vida.

ALEJO.
¡Qué es esto!

IRENE.
¿Vienen? ¿son ellos?
¡Tus dudas me martirizan!
¡Habla!

ALEJO.
¿No ves que se erizan,
Con el terror, mis cabellos?

IRENE.
Pero ¿qué has visto?

ALEJO.
Sobre haces
De rotas lanzas, cubierto
De banderas, traen á un muerto.

IRENE.
En matarme te complaces.
—¿Quién es? ¿quién es?
(Dirigiéndose al muro.)

ALEJO.
Trae la faz
Lívida y ensangrentada;
Pero el escudo y la espada...
—¡Padre! (Cae de rodillas.)

IRENE.
Es él. (Apoyándose en el muro.)

LOS DOS.
¡Dios te dé paz!

MARÍA.
¡Haced que mis emociones
Pueda ocultarles, señor!
¡Que no insulte yo el dolor
De esos pobres corazones!

ALEJO.
¡Ven, Irene, cariñosa
Y única familia mia!
¡Ven!

IRENE.
¡Oh dia infausto!
(Vanse los dos por la derecha.)

## ESCENA XIII.

MARÍA. Luégo MIGUEL.

MARÍA.
¡Oh dia
Feliz! ¡aurora gloriosa!
Tú coronas la campaña
Más grande que ha visto el mundo.
Campo es la Grecia, fecundo
En laureles para España.
—¡Miguel!

MIGUEL.
Calla.

MARÍA.
Fugitivo,
Roto, vencido... ¿no es cierto?

MIGUEL.
Mil veces me juzgué muerto,
Y áun no creo que estoy vivo.
¿Quién presta el feroz empuje
Á esa arrogante milicia?

MARÍA.
La espada de su justicia,
Que sobre tu frente cruje.

MIGUEL.
¡Tal vez!

MARÍA.
Tu traicion la inflama.

MIGUEL.
¡Tal vez!

MARÍA.
Y atando tus manos,
Extermina á tus alanos,

Y nuestra sangre derrama.
Implacable como yo,
Cuando contricion sintieras,
Cuando perdon le pidieras,
Te diria... ¡no! ¡no!... ¡no!

MIGUEL.

¡Calla! ya vengo vencido,
¡María! tus iras calma.

MARÍA.

Tengo tu infamia en el alma.

MIGUEL.

¡No digas más! ¡vengo herido!

(María, desarmada, se dirige á él manifestando interes.)

MARÍA.

¡Tú herido! ¡tú, emperador,
Peleando entre los buenos!
—¡Bien! ¡bien! tienes á lo ménos
Una virtud: el valor.

MIGUEL.

Con ira esgrimí el acero,
Prodigios hice en abono
Del decoro de mi trono
Y el honor del caballero.
Todo inútil, todo en vano.
¿Quién su saña contraresta,
Si la justicia les presta
El aliento sobrehumano!

MARÍA.

¿Lo conoces?

MIGUEL.

¡Por mi mal!
—Pero ¡vengo perseguido!

MARÍA.

Cierto.

MIGUEL.

Un momento perdido
Pudiera serme fatal.

MARÍA.

Huye.

MIGUEL.

Aun está mi pendon
En el castillo.

MARÍA.

¡Quimera!
—¡Huye! ¿no ves la bandera
De don Jaime de Aragon?
¿No distingues sus caudillos?
—Aunque por los campos yerres,
Vete de aquí: no te encierres
En ciudades ni en castillos [8].
—¡Vete!

MIGUEL.

¡Adios! (Vase por la derecha.)

MARÍA.

Pero á caballo;
(Hablando hácia dentro.)
¡Que se acercan! ¡oigo el ruido!
No fies de hombre nacido,
Ni enemigo ni vasallo. (Baja á la escena.)
—¡Roger! ¡tu asesino muerto,
Tu enemigo castigado!
¿Quieres más? ¡ya estás vengado!
¡Ya estás contento! ¿no es cierto?
(Gritos dentro algo lejanos.)

VOCES. (Dentro.)

¡Aragon! ¡Aragon!

MARÍA.

Di:
¿No es verdad que tú conoces
Esas placenteras voces
Que van volando hácia tí?

(En este momento salen por la izquierda, y asaltando el muro por diferentes puntos los almogávares, trayendo á su frente los estandartes de Aragon y Sicilia, y en medio de estos, otro con la imágen de San Pedro.) [9]

## ESCENA XIV.

MARÍA, en medio de la escena: BERENGUER DE ROUDOR, PERICH DE NACLARA, CAPITANES Y SOLDADOS.

BERENGUER.

¡Aragon!

MARÍA.

¡Bien, Berenguer!
¡Gracias!

BERENGUER.

Satisfecho quedo.
Hoy sí que deciros puedo:
«Hemos vengado á Roger.»

MARÍA.

Cierto.

BERENGUER.

Si mira á la tierra,
Verá un castigo ejemplar.
—En sangre puede nadar
El ataud que lo encierra.

MARÍA.

¡Bien habeis cumplido, hermanos
De aquel varon noble y fuerte!
¡Habeis cansado á la muerte!
Estais con razon ufanos.
¡Bien puede estar satisfecho
El justo y terrible enojo!
Todo un imperio es despojo
Del valor de vuestro pecho.
Ya podeis volver á España
Cruzando sin pena el mar,
Y á los vuestros, al contar
Tanta portentosa hazaña,
Decidles: «De nuestros piés
Coronas han sido alfombra.
Vencido el Oriente, nombra
Con miedo al aragonés.
Llorando queda, y mañana,
Aun despues de enjuto el llanto,
Recordará con espanto
*La Venganza catalana.*»

# NOTAS.

[1] E los Almugauers portauen vn panó ab lo senyal del senyor Rey Darago, e en la dauantera de la fila un panó del senyal del Rey Fraderich : e axi se ho emprengueren ells com faeren omenatge al Megaduch. (En RAMON MUNTANER, *Chronica, o descripcio dels fets e hazanyes del Inclyt Rey don Jaume, Primer Rey Darago, de Mallorques e de Valencia : Compte de Barcelona e de Muntpesiler: e de molts de ses descendents*. Cap. CCIII.)

[2] E com aquesta pau fo feyta, lo Magaduch dix al Emperador que donas paga a la companya, e Lemperador dix queu faria é feu batre moneda en manera de ducat Venecia, que val VIII diners Barceloneses cascu. E axsi ell feu ne fer que hauien nom Vincilions e no valia tres diners la hu : e volch que correguessen per lo preu daquells qui valien VIII diners, e mana a cascu que prenguessen dels Grechs caual, o mul, o mula, o viandes, o altres coses que haguessen ops: e que pagassen daquella moneda. E aço feu per mal vici, ço es q̃ entras hoy e mala volentat entre los pobles e la host: que tantost que ell hach son enteniment de totes les guerres, volgra quels Franchs fossen tots morts, e fossen fora del Imperi. (MUNTANER, capítulo CCX.)

[3] Xor Miqueli hach feit venir á Andrinopol Gircon cap dels Alans, e Milich cap dels Turcoples: axi que foren entre tots IX milia homens de cauall. (MUNTANER, Cap. CXV.)

[4] E perço la muller del Cesar no passa ab ell al Natuli, com era prenyada... (MUNTANER, capítulo CCXIII.)

[5] Palabras casi textuales de Muntaner.

[6] E puix per la ciutat mataren tots quants ab lo Cesar eren venguts, que non escaparen mas tres, que sen muntaren en vn campanar. E daquells tres la hu era en Ramon Alquer fill den Gilabert Alquer caballer de Cathalunya, nadiu de Castallo Dampuries: é laltre un fill de cauallar de Cathalunya, per nom G. de Tous : e laltre Bñ de Roudor qui era de Llobregat. E aquests foren al campanar combatuts, e defensaren tant que fill del Emperador dix que pecat seria si murien : e axi assegura los, e aquests tantsolament ne escaparen. (MUNTANER, Cap. CXV.)

[7] Quedó entre los griegos hasta nuestros dias por refran : « La venganza de catalanes te alcance.» (*Expedicion de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, por D. FRANCISCO DE MONCADA, conde de Osona, Cap. XXXVII.)

[8] Retirado Miguel dentro de Apros, no se tuvo por seguro, y aquella misma noche se salió, y se fué á Panfilo, y de allí á Didimoto... (MONCADA, Cap. XXXVI.)

[9] Levantaron un estandarte, ántes de salir á pelear, con la imágen de San Pedro. (MONCADA, Cap. XXXV.)

# APÉNDICE.

---

**En una coleccion de las principales obras dramáticas de D. Antonio García Gutierrez, hecha en estos años, no podian faltar la zarzuela *El Capitan negrero* y el drama histórico *Juan Lorenzo*. Se incluyen aquí por apéndice ambas obras, aunque posteriores á *Venganza Catalana*, que dió noble motivo á la edicion presente.**

---

# JUAN LORENZO.

## DRAMA EN CUATRO ACTOS,

**Representado por primera vez en Madrid, en el Teatro del Príncipe, el dia 18 de Diciembre de 1865.**

## PERSONAS.

BERNARDA.
LA MARQUESA DE BIAR.
JUAN LORENZO, *pelaire.*
GUILLEN SOROLLA, *tejedor de lana.*
EL CONDE DE ***.
VICENTE, *albardero.*
FRANCIN, *escudero del Conde.*
AGERMANADOS Y DESMANDADOS.

*La accion pasa en Valencia en el año 1519.*

## ACTO PRIMERO.

Sala baja en la casa de Juan Lorenzo. En el fondo, á la izquierda del actor, una pieza con grande entrada, y una cortina, que estará descorrida. Tambien en el fondo, y en el lado opuesto, una escalera, que comunica con las habitaciones del piso alto. Á la derecha, puerta y ventana, que dan á la calle, y á la izquierda la alcoba de Lorenzo. En el ángulo de la derecha, y pendientes de escarpias, algunos instrumentos del oficio de pelaire, y una espada. En la habitacion del fondo, un pequeño estante con libros, un retrato del cardenal Cisneros, una mesa y un sillon de baqueta; más hácia el proscenio, y cerca de la alcoba de Lorenzo, una mesa con algunos objetos de devocion, como cuadros con imágenes de santos, colocados contra la pared, y un crucifijo, alumbrado todo por una lámpara. Al levantarse el telon, estará Lorenzo en la habitacion del fondo, leyendo; otra lámpara arde sobre su mesa, aunque debe figurarse que es ya de dia.

### ESCENA PRIMERA.

LORENZO. BERNARDA, que viene por la puerta del fondo, izquierda.

BERNARDA.
¿Qué haces, Lorenzo?

LORENZO.
¡Qué! ¿es tarde?

BERNARDA.
¡No has dormido!

LORENZO.
No he dormido:
Tienes razon: distraido...

BERNARDA. (En tono de reconvencion.)
¡Es posible!

LORENZO.
¡Como áun arde
Mi lámpara!... en mi avidez
Por leer, ni áun las horas cuento.

BERNARDA.
Yo acortaré el alimento
Á tu lámpara otra vez.

LORENZO.
¿Te has enojado?

BERNARDA.
Sí, hermano:
Tu salud se debilita.

LORENZO.
¡Mi salud!

BERNARDA.
Y ¿necesita
De ciencias un artesano?

LORENZO.
No aspiro á más beneficio
Que al que mi aficion me guarda,
Y sabes muy bien, Bernarda,
Si amante soy de mi oficio.
Yo, de vanidad desnudo,
Aunque me tengan por bajo,
Estimo en más mi trabajo
Que algun hidalgo su escudo.
Sabes que aunque no nos sóbre,
Nuestra ambicion es medida,
Y para tan pobre vida
Nos basta mi hacienda pobre.
Si estudio, no es que me venza
Del medro el cuidado ansioso:
Es que me cansa el reposo;
Que el ocio me da vergüenza;
Que de los gustos primeros
Queda siempre la semilla.
—Ya sabes que fuí en Castilla
Familiar del gran Cisneros;
Y como aspiraba á entrar
En la Iglesia con su amparo,
Me fué preciso, está claro,
Aplicarme y estudiar.
Mi padre con mano franca
Me ayudaba, y decir puedo
Que no le robé en Toledo,
Ni le afrenté en Salamanca.
Pero fué inútil afan.

Recuerdo, y de ello me ufano,
Cuando al noble franciscano
Acompañaba en Orán.
Un dia, en una empeñada
Funcion, no sé cómo fué
Que en la batalla me entré,
Y á un muerto cogí la espada,
Y la esgrimí de manera,
Que me dijo el Cardenal:
«¡Muy bien, Lorenzo, y muy mal!
¡Si has errado tu carrera!
Pues no importa que alborote
El clarin tu pecho honrado,
Que más vale buen soldado
Que mediano sacerdote.»
—No he nacido para fraile:
Mi genio es inquieto, activo:
Lo cierto es que alegre vivo
En mi oficio de peraile.
Ocupando por sistema
Mi tiempo, á todo me amaño,
Y lo mismo cardo un paño
Que me engolfo en un problema.

BERNARDA.

Mas tu salud delicada
¿Resistirá á tanto exceso?
¿Y si te murieras?

LORENZO.

Eso,
¿Qué me importa? poco ó nada.

BERNARDA.

¿Qué dices, Juan! no haces bien
En hablarme de esa suerte.
Si no te importa la muerte,
¿No habrá quien la sienta?

LORENZO.

¿Quién?

BERNARDA.

¡Qué pregunta!

LORENZO.

¿Digo mal?
(¡Esta prueba es inhumana!)

BERNARDA.

Ó no me llames tu hermana,
Ó trátame como á tal.
Tu duda cruel me ofende.

LORENZO.

(Con ella tu afecto pruebo.)
Ya sé el amor que te debo.

BERNARDA.

No lo sabes. (No me entiende.)

LORENZO.

Si temes que la vigilia
Te robe en plazo temprano
Al que, con nombre de hermano,
Es tu amigo y tu familia,
Ensaya en casa el poder
De tu autoridad suprema:
Ríñeme, Bernarda, y quema
Mis libros, si es menester.

BERNARDA.

No tanto; jamas tocara,
Aunque estimo tu reposo,
Al pábulo generoso
De tu inteligencia clara.
Sé que te da noble guerra
Tu ingenio en alzado vuelo;
Mas desciende de tu cielo
Alguna vez á la tierra.
Mira lo que en ella pasa;
Que es triste y penoso estado
Saber que vivo á tu lado,
Y encontrarme sola en casa.

LORENZO.

Lo que quieras ha de ser.

BERNARDA.

Alegrarte es mi intencion.
(No lee en mi corazon.)

LORENZO.

(No me quiere comprender.)

## ESCENA II.

DICHOS y GUILLEN SOROLLA, por el fondo, derecha.

SOROLLA.

¿Se puede entrar?

LORENZO.

Él lo vea.

BERNARDA.

¡Guillen!

LORENZO.

¿Qué Guillen?

SOROLLA.

Tu amigo.
Bernarda, Dios sea contigo.

BERNARDA.

Sorolla, en tu guarda sea.

LORENZO.

¿Sorolla has dicho?

SOROLLA.

No creo
Que me desconocerá
Lorenzo.

LORENZO. (Alargándole la mano.)

¡Como hace ya
Un siglo que no te veo!

SOROLLA.

Y penas y desengaños,
¡Es verdad! acaban mucho.

LORENZO.

¿Tú penas, Guillen? ¡qué escucho!

SOROLLA.

Que matan más que los años.

LORENZO.

Mas ¿dónde has estado?

SOROLLA.

Ausente,
Y hoy he venido á Valencia
Por verte, aunque mi presencia...
—¿No me das en qué me siente?
(Á Bernarda.)

BERNARDA.

Perdona, Guillen.
(Va á tomar una silla para presentársela á Guillen; pero se lo estorba Lorenzo.)

LORENZO.

¡Aguarda!
Y ten, amigo, entendido
Que nunca fué ni ha nacido
Para mi sierva, Bernarda.
En mi casa no hay bambolla,
Y ella y tú, y todo el que acierta
Á entrar por mi humilde puerta,
Es aquí dueño, Sorolla.

SOROLLA.

Perdona si te ofendió...

LORENZO.

Has sido poco oportuno.
Cuando hay que servir á alguno,
Para éso estoy aquí yo.
(Coge una silla y se la presenta á Guillen.)

SOROLLA. (Queriendo impedírselo.)

¿Qué vas á hacer!

LORENZO.

Satisfecha
Tu voluntad está ya.

SOROLLA.

¡Gracias, amigo! (Esto va
Despertando mi sospecha.)

BERNARDA.

Lorenzo... perdon, si aquí
Á darle la razon vengo;
Que en ese punto, más tengo
Que agradecerle que á tí.

LORENZO.

¿Qué has dicho!

BERNARDA.

Ó soy tu criada,
Ó nada soy: te lo aviso.
Soy honrada, y es preciso
Que me tengan por honrada.

LORENZO. (Á Sorolla.)

Oye: más de un año habrá
Que sabiendo el grave estado
De mi madre, desalado
Vine aquí desde Alcalá.
Era tarde: sólo habia,
Donde era todo placer
En mi infancia, una mujer,
Á quien yo no conocia;
Pero mi duda cesó
Al verla junto á aquel lecho,
Ronco y lacerado el pecho,
Y llorando más que yo.
Me puse á su lado: unidas
Nuestras lágrimas corrieron,
Y á poco se confundieron
En aquel dolor dos vidas;
Mas luégo la vi volver,
Su pobre ajuar bajo el brazo,
Diciendo: «Con este lazo
Se desligó mi deber.
Dios lo ha querido: ¡bendito
Él, que sus bienes reparte!
Voy á buscar á otra parte
El calor que necesito.»
Yo la dije: «¡No te irás!
Tu antiguo puesto recobra;
Y si es que alguno aquí sobra,
Yo soy el que está de más.»
Es la alegre compañera
Que en tu vejez, madre mia,
Pasó la noche y el dia
Velando á tu cabecera.
En fin, ¿no era cosa fuerte,
Era accion noble y honrada
Cerrar á esa desdichada
La puerta que abrió la muerte?

BERNARDA.

En el caso en que me encuentro,
Tal vez es lo que conviene...

LORENZO.

¡Hermana! la honra no viene
De afuera; sale de adentro.

BERNARDA.

Pero...

LORENZO.

¡Vaya una ocurrencia!
Bernarda, ¡nada te aflija!
Mi madre te llamó su hija:
Yo acepto la consecuencia;
Y si por causa tan parva
Te infama algun insolente,
Yo le probaré que miente
Por la mitad de la barba.

SOROLLA.

¡Bravo! ¡eso está muy bien dicho!

LORENZO.

Y esto sin que yo la prive
De libertad: aquí vive
Cada cual á su capricho.
¿No es cierto?

BERNARDA.

Ni lo será:
Y por eso, humilde esclava,
Un favor de tí esperaba.

LORENZO.

Tenlo por logrado ya.

BERNARDA.

Á la Vírgen sin mancilla
Celebra toda Valencia.

LORENZO.

¿Qué quieres?

BERNARDA.

Con tu licencia,
Ir á su santa capilla.

LORENZO.

Pues ¿tienes necesidad
De ella?

BERNARDA.

Dámela, Lorenzo.

LORENZO.

De imaginar me avergüenzo
Que no tienes libertad.
Vé, pues, y por mí la reza.

(Al pasar Bernarda al lado de Sorolla, le dice éste aparte.)

SOROLLA.

(El mismo favor invoco.)

BERNARDA.

No lo necesitas poco. (Vase.)

SOROLLA.

(Siempre la misma aspereza.)

## ESCENA III.

JUAN LORENZO y SOROLLA.

LORENZO.

¿Qué te decia?

SOROLLA.

Donaires.
(Si sospecha...) Á verte vengo
Con peligro de mi vida.

LORENZO.

¡Con peligro! ¿cómo es eso?

SOROLLA.

Ando á sombra de tejado,
Por temor á un caballero
Que jura que ha de matarme...

LORENZO.

¡Ah!

SOROLLA.

Y es muy capaz de hacerlo.

LORENZO.

¿Le has dado causa?

SOROLLA.

Ninguna,
Si no lo es que nos hacemos
Competencia.

LORENZO.

¿En qué?

SOROLLA.

En amores.

LORENZO.

¿Tan alta la mira has puesto
De tu ambicion?

SOROLLA.

Al contrario:
No me tengas por tan necio.
¡Amar á una hidalga! fuera,
No ya sólo atrevimiento,
Sino ocasion de sufrir
Su castigo ó su desprecio.
La persuasion es inútil;
El rapto crímen horrendo.
Del mísero Gil Quiñones
Diciéndolo está el ejemplo.

LORENZO.

Ese es delito de muerte.

SOROLLA.

Para nosotros, es cierto:
Así la Juana Corella
Costó al buen Gil el pescuezo.

LORENZO.

La mujer que tu rival
Pretende...

SOROLLA.

Es hija del pueblo.

LORENZO.

¡Siempre lo mismo! esos hombres
No tienen ley ni respeto
Que ataje sus demasías.

SOROLLA.

Es verdad; mas ¿qué le haremos?

LORENZO.

¡Eso preguntas! pues ¿qué!
¿No ha ha llegar el momento
En que rompamos la infame
Sujecion en que nos vemos?

SOROLLA.

¿Qué dices, Juan! ¿qué demencia
Te inspira esos pensamientos?
¡Estás delirando!

LORENZO.

¿Quién
Me los inspira? primero
Mi corazon, que no está
Á tratos indignos hecho;
Despues, el que largos años
Fué mi padre y mi maestro,
El que humilló las cabezas
De esos próceres soberbios,
El que abatió tantas veces
Bajo su cordon de hierro
Á Ureña y al Infantado,
Y á Alburquerque y á otros ciento.
Bien se ve, Guillen Sorolla,
Bien se conoce que ha muerto
Nuestro padre y nuestro amparo,
El franciscano Cisneros.

SOROLLA.

Si te digo la verdad,
¡Eso es para mí tan nuevo!
Diré más, ¡tan imposible!
¡Vamos! ¡que no lo comprendo!

LORENZO.

Y ¿por qué? ¿porque desmiente
Cuanto has visto?

SOROLLA.

Y cuanto veo,
Y lo que veré.

LORENZO.

¡Quién sabe!
Hay mucho que hablar en ello.

SOROLLA.

Si es natural... Jerarquías
Creó Dios hasta en el cielo:
¿No ha de haberlas en la tierra?

LORENZO.

Hay jerarquías, es cierto.
Dios, al repartir sus dones,
Nos hace á todos diversos;
Y esto es de su omnipotencia
Clara señal: nada ha hecho
Que desmienta la admirable
Variedad del universo.
Mas tambien quiso mostrarnos
Su voluntad, y por eso
Todo trae la indeclinable
Sancion de su augusto sello.
Al uno le da la fuerza,
Al otro le da el ingenio;
Mas ¿con qué señal nos dice:
«Tú eres noble y tú plebeyo?»

SOROLLA.

Eso es decir que tú niegas...

LORENZO.

Entiéndeme: lo que niego
No es la razon con que gozan
Los bienes de sus abuelos.
Ni me importan sus blasones,
Ni de su orgullo me ofendo;
Lo que me ofende es que toquen
Á mis naturales fueros.
Me indigna que ante la absurda
Invencion del privilegio
Prevarique la justicia
Y retroceda el derecho.
Tú mismo, ¿no estás ahora
Su injusto rigor sufriendo?
Y eso no es solo: el peligro
De la vida es lo de ménos.
¿Qué hermana, qué hija, qué esposa
Guardan nuestros pobres techos,
Que pueda decir mañana:
«Honrada soy; quiero serlo!»
Tu honor, tu caudal, tu fama,
Nada es tuyo; todo es de ellos:
Y quéjate y pide amparo
Á jueces que tienen miedo.

SOROLLA.

Eso es verdad; sin embargo,
Como no hay otro remedio,
Callaré y tú callarás.

LORENZO.

¿Callarme yo! lo veremos.
¿Imaginas que soy hombre
Para sufrir en silencio
Una injusticia, un agravio,
No digo propio, ni ajeno?

SOROLLA.

¿En qué piensas?

LORENZO.

Tengo ya
En favor de mis proyectos
Imaginada la traza
Y preparado el terreno.

SOROLLA.

Y ¿cómo?

LORENZO.

Ya han comenzado
Á ensayarse nuestros gremios
En alardes belicosos
Y en ejercicios guerreros.
El moro, que nuestras costas
Ha llevado á sangre y fuego
Mil veces, fué la ocasion,
Ó mejor dicho, el pretexto.
Y una vez que la costumbre
Haga del cortante acero
Dócil medio en nuestras manos
Y familiar instrumento,
Veremos si nos insultan
Esos hidalgos; veremos
Si aprenden á respetarnos.

SOROLLA.

Siento verte en ese empeño.

LORENZO.

¿Qué me puede suceder?

SOROLLA.

Aventurar el pellejo.

LORENZO.

Ya lo sé; por eso mismo
De mis bienes he dispuesto,
Y dejo dueña á Bernarda
De todo cuanto poseo.

SOROLLA.

¡Hola!

LORENZO.

No tengo parientes.

SOROLLA.

¿Has hecho ya testamento?

LORENZO.

Sí.

SOROLLA.

Ya ves: eso me prueba
Lo temerario, lo expuesto
De tu empresa.

LORENZO.

No es posible
Que me disimule el riesgo.

Pues por lo mismo, si tiene
Mi sacrificio algun mérito,
Es que de antemano estoy
Á padecerle dispuesto.
Sólo á Dios pido que sea
Á sus ojos tan acepto,
Como es puro, como está
De toda ambicion exento.

SOROLLA.

¿No tienes ambicion?

LORENZO.

¡Yo?
Ninguna.

SOROLLA.

Te lo confieso:
¡Tu desinteres admiro!
(Y diré más: no lo creo.)

## ESCENA IV.

Dichos y LA MARQUESA.

MARQUESA.

¿Juan?

LORENZO.

¿Vos aquí á esta hora!
Algo extraordinario pasa,
Para que mi pobre casa
Honre tan noble señora.
¿Cómo está su señoría
En la mansion de un villano!

MARQUESA.

Por fuerza, puesto que en vano
Te he llamado yo á la mia.
Por segunda vez Francin
Vino á verte...

LORENZO.

Harto me pesa.

MARQUESA.

No quisiste, y la Marquesa
Tuvo que ceder al fin.

LORENZO.

Es que temí, y con razon,
Que reconvenirme fuera
Vuestro intento.

MARQUESA.

Acaso.

LORENZO.

Y era
Inútil reconvencion.

MARQUESA.

Es decir que tú apadrinas...

LORENZO.

Y de ello no me avergüenzo.

MARQUESA.

Este es el fruto, Lorenzo,
De tus extrañas doctrinas.
Y como nadie la guarda,
Y es de agraciada persona,
Bernarda se nos entona.

LORENZO.

¿Qué habeis dicho de Bernarda!
Y ¿qué tiene ella que ver
En esto?

MARQUESA.

¿No has entendido?

SOROLLA.

(Yo la entiendo.)

LORENZO.

Habia creido...

MARQUESA.

Se trata de esa mujer.
¿Cómo este paso interpreta?

LORENZO.

Como en campos y ciudades,
Se introducen novedades
Y el pueblo bajo se inquieta;
Como sabeis que sustento
Su fe, que á su lado estoy,
Y que gozoso le doy
Mi vida y mi pensamiento,
Imaginé que juzgando
Mi conviccion ménos firme,
Intentabais persuadirme
Á abandonar ese bando.

MARQUESA.

Ménos vano te creí.
Tranquila estoy, no lo dudes:
Esas locas inquietudes,
Si me importan, es por tí;
Que siento que tu despecho
Te lleve á una demasía.
—Nunca olvidaré que un dia
Tu madre me dió su pecho.
—Mas ¿qué harán esos desmanes
En almas de origen noble?
Para eso ha nacido el roble:
Para arrostrar huracanes.

LORENZO.

Pero no siempre es feliz;
Que cuando lo quiere el cielo,
Más de un roble viene al suelo,
Arrancado de raíz.
Mas, pues que no os interesa
Esto, dejémoslo á un lado.
¿En qué Bernarda ha agraviado
Á la señora Marquesa?

MARQUESA.

Con pretension orgullosa,
—¡Mire que mal no le salga!—
Se nos quiere entrar á hidalga
Por los blasones de hermosa.

LORENZO.

(¡Dios mio!) La nueva ¿es cierta?

SOROLLA.

Cierta es, Lorenzo.

LORENZO.

¡Por Cristo!...

MARQUESA.

¿Cómo es que al galan no has visto
En el umbral de tu puerta,
Si tarde, noche y mañana,
Publicando sus amores,
Cubren papeles y flores
Los hierros de su ventana!

LORENZO.

Pero ¿ella da á su deseo
Alas? ¿Acaso permite?...

MARQUESA.

Yo no te diré si admite
Ó rechaza el galanteo;
Pero se dice en Valencia
Que irrita su pasion loca
Con el desden en la boca,
Y en los ojos la indulgencia.

LORENZO.

¿Pensais que le ama?

MARQUESA.

Quizás.

LORENZO.

¿En qué lo veis?

MARQUESA.

Anda triste.

LORENZO.

Y sin embargo, resiste.

MARQUESA.

Para asegurarlo más.

LORENZO.

¡Generosa rectitud!
Pensad siempre de ese modo;
Creed de nosotros todo
Lo que no fuere virtud.
Es decir, que ame ó no ame,
Es culpable: ¡fuerte cosa!
Si resiste, es ambiciosa,
Y si sucumbe, es infame.
Las que á la ingrata fortuna
Debeis ese humilde estado,
Sobre el que pesa el sagrado
Privilegio de la cuna,
¡Cómo, degradados seres,
Os atreveis á agradar?
¡Si Dios no ha debido dar
Ni hermosura á esas mujeres!

MARQUESA.

Mas, dado que fuera vano
El temor con que te advierto,
No por eso es ménos cierto
Que ha enloquecido á mi hermano...

LORENZO.

¡Es él!

MARQUESA.

Que no puede nada
Poner á su audacia coto,
Y que por Bernarda ha roto
Su boda ya concertada.
La mujer á quien ha herido
Con su injusta negativa,
Es poderosa, es altiva,
Y es deuda de mi marido.
Hay dos familias que están
Á riesgo de una querella
Porque la muchacha es bella,
Y temerario el galan.
¡Ea pues! ve si concilias,
De tu honor en testimonio,
La paz de mi matrimonio
Y la union de dos familias.

## ESCENA V.

DICHOS y VICENTE, apresurado.

VICENTE.

¡Lorenzo! ¡corre!

LORENZO.

¿Qué gritas?

VICENTE.

¡Qué gusto! ¡se ha armado ya!

LORENZO.

¿Qué hay, Vicente?

VICENTE.

Una de palos
En la fiesta.

(Lorenzo hace ademan de salir.)

SOROLLA.

¿Adónde vas?

LORENZO.

Á ver qué es eso.

VICENTE.

¡Con tiento!

LORENZO.

¿Por qué?

VICENTE.

Para todos hay:
No ha llovido tan menudo
Desde San Isidro acá.

LORENZO.

Perdonadme: esto me importa,
Y mucho.

SOROLLA.

Cuidado, Juan.

## ESCENA VI.

DICHOS, ménos Juan Lorenzo.

SOROLLA.

¿Por qué ha sido la pendencia?

VICENTE.

Por una barbaridad.
—Figuraos... esto se dice...
Que allí mismo, en el umbral
De la iglesia, han pretendido
Á una doncella robar.

MARQUESA.

¿Quién?

VICENTE.

¿Quién? ¡Vaya una pregunta
Rara! pues dicho se está.
¿Quién se atreve aquí á esas cosas?
Un hombre de calidad.
Poniéndola sobre el cuello
De un poderoso alazan,
Al noble bruto espolea,
Desgarrándole el ijar;
Y viendo que se le opone
La gente, con ademan
Resuelto esgrime la espada,
Gritando: «¡Canalla! ¡atras!»
Pero el pueblo avanza, ruge,
Se encabrita el animal,
Y en un momento cien brazos
Con él en el suelo dan.
De una y otra parte acuden,
Con espadas los de allá,
Los nuestros con argumentos
De acebuche y de nogal.
Hasta los chicos ¡pardiez!
Peleaban: yo vi un rapaz
Romper murallas de hidalgos
Con balas de pedernal.
Un David era el chiquillo,
Y te puedo asegurar
Que á golpe de peladilla
Cayó más de un Golïat.

MARQUESA.

(¡Cielos!)

VICENTE.

¡Bueno anda el granizo!
Yo quise curiosear,
Y ¡me alcanzó un garrotazo!...

SOROLLA.

¿Tambien?

VICENTE.

Pero ¡magistral!
Entónces comprendí que era
Cosa de mucha entidad,
Jarana completa, y dije:
«Voy á avisárselo á Juan.»

MARQUESA.

Es decir, que la semilla
Fructifica en la ciudad.

VICENTE.

Sí, señora: esos hidalgos
Son el mismo Barrabás;
Y entre tanto que no ahorquemos
Al último, no habrá paz.

SOROLLA.

¡Necio! ¡mira con quién hablas!
Es la Marquesa de Biar.

VICENTE.

¡La Marquesa!...

MARQUESA.

¡Desdichado!

VICENTE.

¡Ah, señora, perdonad!
(Afectando sentimiento.)
Con que vos sois la Marquesa
De... ¡Si soy un animal!

SOROLLA.

¡Es cierto!

VICENTE.

Pero no tanto
Como podeis sospechar.
Yo no he dicho que es su hermano
El autor de este desman.

MARQUESA.

¡Mi hermano!

VICENTE.

Tampoco he dicho
Que puede pasarlo mal;
Que está acorralado...

MARQUESA.

Basta.
(Vase precipitadamente.)

## ESCENA VII.

SOROLLA y VICENTE.

SOROLLA.

¿Sabes que has estado audaz?

VICENTE.

No lleva mal sinapismo.

SOROLLA.

Pero ¡es cosa singular!
Os hallo á todos inquietos.

VICENTE.

Pues ¡qué! ¿no te han dicho ya?...

SOROLLA.

Algo me explicó Lorenzo;
Pero ¿es verdad?

VICENTE.

¿Si es verdad?
Puede que no tardes mucho
En verlo; no tienes más
Que preguntarlo á los tuyos.

SOROLLA.

¿Los mios!

VICENTE.

Á tu hermandad.

SOROLLA.

Los tejedores de lana...

VICENTE.
¡Qué! ¡si los vieras marchar,
De pífanos y tambores
Al redoblado compas!
Todos los gremios se ensayan
En el arte militar.

SOROLLA.
¡Hola!

VICENTE.
Hasta los albarderos,
Que vamos siempre detras.

SOROLLA.
Y ¿conoces el objeto
De tanto apresto marcial?

VICENTE.
Yo no lo sé á punto fijo,
Aunque me lo explica Juan
Muchas veces; pero yo
Echo mis cuentas acá.
Del tio Martin Puyades
Nada tengo que esperar.

SOROLLA.
¿Por qué?

VICENTE.
Me aborrece, y yo
Le pago: estamos en paz.
Los nobles son todos ricos;
Es decir, salvo tal cual
Pelagatos, que no cuenta;
Pero yo pienso contar.
Vencemos á los que tienen;
Que por regla general,
Los más vencen á los ménos,
Y los pobres somos más.
Los despojos del vencido
Son del vencedor: ¿qué tal?
¡Digo yo! porque estas cosas
Sin amo no han de quedar;
Y puesto que yo he pasado
Diez años das que le das
Sobre mis albardas, creo
Que me toca descansar.

SOROLLA.
¡Sabes, Vicente, que tienes
Un talento natural!...
—No me convenció Lorenzo;
Pero...

VICENTE.
¡Calla! aquí están ya.

## ESCENA VIII.

DICHOS. BERNARDA y JUAN LORENZO.

LORENZO.
Ven.

BERNARDA.
Sosiégate.

LORENZO.
¡Si estoy
Tranquilo ya! ¿no lo ves?
(Ó espira bajo mis piés,
Ó Juan Lorenzo no soy.)

SOROLLA.
(¡Ella fué!...)

LORENZO.
Guillen amigo...

SOROLLA.
¿Qué es eso?

LORENZO.
Que han agraviado
Á Bernarda, y no he llegado
Á tiempo para el castigo.

BERNARDA.
Vuelve en tí; cese el rencor.

SOROLLA.
¿No dicen que ha habido lucha?
¿Que ha corrido sangre?

LORENZO.
Y mucha.

BERNARDA.
Esa es mi pena mayor.

LORENZO.
Esa lucha rencorosa,
¡Pueblo infeliz! es, acaso,
Solamente el primer paso
De una campaña afanosa.
Sobre esa sangre primera
En que tu pié se resbala,
La muerte ha batido el ala,
Saludando tu bandera.

BERNARDA.
No digas eso.

LORENZO.
¿Tendrás
Compasion?...

BERNARDA.
Yo sólo puedo
Decirte que tengo miedo
Y lástima, y nada más.

LORENZO.
¡Del pueblo eternizar quieres
Las cadenas vergonzosas!

BERNARDA.
¿Qué sabemos de esas cosas
Nosotras, pobres mujeres?

LORENZO.
Mujeres hay que en el fuego
Se encienden de este amor santo.

BERNARDA.
No pienses que yo me espanto
Por eso: ¡si no lo niego!
Mas si hay mujer semejante,
Á quien la guerra no aflija,
Yo la diré: «Si eres hija,
Esposa, madre ó amante,
¿Cómo la mortal zozobra
Que yo siento, no te asalta?

¿No lo eres? todo te falta;
Sólo la vida te sobra.
Con tu soledad, la guerra
Bien sus terrores concilia;
Mas la que tiene familia
Ama la paz en la tierra.

SOROLLA.

Pues bien, Bernarda; tú, que eres,
Por tu mal ó tu fortuna,
Huérfana, ¿no serás una
De esas heroicas mujeres?

BERNARDA.

¿Qué has hablado de orfandad!
¡Yo huérfana? ¡qué capricho!
¡Lorenzo! ¿oyes lo que ha dicho?
Responde que no es verdad.

LORENZO.

No, hermana, miéntras Dios quiera
Que sangre en mis venas arda.
Huérfana serás, Bernarda,
El dia en que yo me muera.

BERNARDA.

Pues si tengo tanta parte
En tu amor, ¿cómo te atreves?...

LORENZO.

Esto es preciso.

BERNARDA.

¿No debes
Para tu hermana guardarte?

LORENZO.

Piensa en que el pueblo por mí
Esa bandera tremola.

BERNARDA.

Piensa en que me quedo sola
Cuando me quede sin tí.

LORENZO.

¡La soledad te da afan!
Yo te buscaré un marido.

BERNARDA.

¡Oh! ¡jamas! (¡No me ha entendido!)

SOROLLA.

(¡Dios mio! ¿Si se amarán!)
¡Alienta! desde este instante,
En que su agravio la mueve,
Ya no le queda á la plebe
Sino marchar adelante.

LORENZO.

¿Tú quieres participar
Del peligro?...

SOROLLA.

Y ¿qué he de hacer?
(Yo no tengo que perder,
Y aquí hay mucho que ganar.)

LORENZO. (Apretando la mano á Guillen.)

¡Bien! ¡bien!

BERNARDA.

Y ¿qué va á venir?

VICENTE.

Mañana será otro dia.

LORENZO.

La vida está en la osadía;
Retroceder es morir.
Vé, Guillen: tú eres sagaz,
Animoso, inteligente.
Puesto que es para esa gente
La razon ineficaz,
Alienta á nuestros hermanos,
Y Dios confunda al que ceje,
Ó por un momento deje
El acero de las manos.

SOROLLA.

Voy. (Vase por el fondo.)

## ESCENA IX.

DICHOS, ménos Sorolla.

LORENZO.

Tú, Vicente...

VICENTE.

¿Hay que hacer?

LORENZO.

Corre; avisa que esta tarde
Hemos de hacer nuevo alarde
De nuestra union y poder.

(Vase Vicente.)

## ESCENA X.

BERNARDA y LORENZO, poco despues EL CONDE.

LORENZO.

Hoy verá el juez cohibido
Que el pueblo siente su afrenta,
Y quiere justicia, á cuenta
De lo mucho que ha sufrido;
Pero si el oro le vicia
Ó le acobarda el poder,
De modo que venga á ser
Oprimida la justicia,
Pronto, en su socorro armadas,
Acudirán nuestras gentes,
Marchando á cajas batientes
Y banderas desplegadas.

(Sale el Conde.)

BERNARDA. (Viéndole.)

¡Dios nos ampare!

LORENZO.

¡Qué veo!
¡Es el Conde!—Ese trabajo
(Descolgando la espada.)
Me ahorrais: sin duda aquí os trajo
El poder de mi deseo.
¡En guardia!

CONDE.

¿Qué haces, villano!

BERNARDA. (Interponiéndose.)
Juan, ¡detente!
LORENZO.
¡Dios le valga!
¡No saldrá, como no salga
Castigado de mi mano!
BERNARDA.
¡No!
LORENZO.
Te ha insultado, y no puedo...
BERNARDA.
¿Quieres que muera á tus piés?
CONDE.
Suéltale, digo: ¿no ves
Que palidece de miedo?
LORENZO. (Pugnando por desasirse.)
¿Yo!
BERNARDA.
Perdóname que impida...
(Abrazándose á las rodillas de Lorenzo.)
CONDE.
¡El tonsurado es vehemente
Y gasta espada! ¡Valiente
Incensario, por mi vida!
LORENZO.
¿No os defendeis?
CONDE.
¡Temerario!
Tiembla que mi mano airada...
LORENZO.
Mejor esgrimo la espada
Que manejo el incensario;
Mas, puesto que quiere Dios
Que imposible por hoy sea
Mi venganza, que no os vea.
CONDE.
Nos hallaremos los dos.
LORENZO.
Salid de mi casa.
CONDE.
Tengo
Que hacer...
LORENZO.
¿No quereis salir?
CONDE.
Ántes me es fuerza cumplir
Una palabra: á eso vengo.
En un caballero es ley,
Y á una mujer interesa.
LORENZO.
Y ¿qué es?
CONDE.
Hice una promesa
Á mi hermana y al Virey.
Para atajar estos males
Me lo ordena un padre viejo,
Despues de oir el consejo
De personas principales.
Á disculpar mi locura
(Dirigiéndose á Bernarda.)
Vengo, cual si no bastara
Á excusarla, de tu cara
La tentadora hermosura.
LORENZO.
Basta.
CONDE.
Mis locos amores
Me hicieron buscarte ciego;
Me rechazaste, y no niego
Que son justos tus rigores.
Tu humildad es la razon
De tu esquivez: ¡eres justa!
Tu humildad, que no se ajusta
Con mi altiva condicion;
Mas viendo que he de perderte,
Con mi nobleza enojado,
Mil veces he deseado
Participar de tu suerte.
LORENZO.
Caballero...
BERNARDA.
A mí me toca
Hablar.
CONDE.
Será con rigor;
Pero no importa: mejor
Quiero oirlo de tu boca.
BERNARDA.
¡Caballero... principal!
Mucho os habeis extasiado
En pintar de nuestro estado
La condicion desigual.
Yo os perdono ese desaire,
Si lo es; que somos al cabo,
Vos, de vuestro nombre esclavo,
Y yo, libre como el aire.
Y, ó mi indignacion me ofusca,
Ó nada, señor, os debe
Esta mujer de la plebe,
Que ni os codicia ni os busca.
Pero hay para ese amor loco
Otro obstáculo.
CONDE.
Ya espero
Que lo digas.
BERNARDA.
Que no os quiero,
¿Lo ois? ni mucho ni poco.
LORENZO.
Y añadid: al que ha ultrajado
Á una mujer buena y casta...
BERNARDA.
¡Calla!
CONDE.
Sigue.
LORENZO.
Que no basta
La satisfaccion que ha dado.

CONDE.

Pues ¿qué más quieres?

LORENZO.

¿Qué más?

CONDE.

Habla.

LORENZO.

Un público escarmiento.

CONDE.

¿Hay mayor atrevimiento?

LORENZO.

Justicia.

CONDE.

Y ¿la pedirás?

LORENZO.

Señor... con toda mi fe,
Y os juro que si hay malicia,
Que si no me hacen justicia...

CONDE.

¿Qué harás?

LORENZO.

Me la tomaré.

## ESCENA XI.

DICHOS y SOROLLA.

SOROLLA.

¡Lorenzo! ¡vengo admirado!
—¿Quién es? ¡Ah!

CONDE.

Si no me engaña
Mi vista...—¡Gracias á Dios,
Que nos vemos!

LORENZO.

¿Por qué gracias?

CONDE.

Porque he encontrado por fin
Alguna sangre villana
En que desahogar mis iras
Y comenzar mi venganza.

SOROLLA.

¡Lorenzo! ése es mi enemigo.

LORENZO.

Yo te juro que en mi casa
No ha de tocarte á un cabello,
Si primero no me mata.

BERNARDA.

Conde...

CONDE.

¿Qué vas á decir?

BERNARDA.

Que estáis ofendiendo...

CONDE.

Calla,
Y no intercedas por él,
Que tu proteccion le daña.
Pero más que me repugna,
Tu necia eleccion te agravia,
Que para tan vil marido
Vales tú mucho, Bernarda.

LORENZO.

¿Con que, era por ella! (Y ¡yo,
Que insensato imaginaba!...)

BERNARDA.

No es tiempo ni es ocasion
De desengañaros: basta
Deciros...

LORENZO.

Que es un sagrado
Para todos mi morada:
Que há mucho que estais haciendo
Campo libre de esta sala,
Y es tiempo ya de que cese
Intervencion tan extraña.

CONDE.

Dices bien; mas te aconsejo,
Guillen, que de aquí no salgas;
Que de mis iras no estás
Seguro en calle ni en plaza:
Y primero que consienta
En tan absurda alianza,
El amor con que la insultas
Te arrancaré con el alma. (Vase.)

## ESCENA XII.

LOS MISMOS, ménos el Conde.

BERNARDA. (Ap. á Lorenzo.)

No vayas á imaginar...

LORENZO. (Con severidad.)

¡Bien, bien! déjanos.

BERNARDA.

No vayas
Á suponer que he podido
Jamas....

LORENZO.

¿Te digo yo nada?

(Procurando dulcificar su aspereza. Bernarda se aleja con muestras de abatimiento, y se ocupa en su labor durante los dos siguientes diálogos.)

¿Qué has hecho, Guillen? ¿qué has visto?

SOROLLA.

¡Lo que nunca imaginara!
Un pueblo que se despierta.
Pero...

LORENZO.

¿Qué?

SOROLLA.

Nos faltan armas.
Mas para suplirlas, todas
Las artes de la paz cambian
Sus instrumentos pacíficos
En dardo, cuchillo ó lanza.
Los de mi gremio reunidos
En fiero tumulto estaban,
Para que mejor me escuchen

Invoco tu nombre, y callan.
Como áun iba resonando
El eco de tus palabras
En mi corazon, sentí
Que mi aliento se ensanchaba.
Hablé... sin duda fuí el eco
De tu elocuencia gallarda;
Inflamé sus corazones
Y halagué sus esperanzas.
No sé cómo fué, que al cabo
De mi calurosa plática
Me ví en los brazos robustos
De aquella gente bizarra.
Por su mensajero vengo:
Los tejedores de lana
Ofrecen vidas y haciendas,
De la libertad en aras.

### ESCENA XIII.

DICHOS y VICENTE, que sale muy alborotado.

VICENTE.

¡Ya vienen! Lorenzo, sal.
Los gremios todos se ofrecen
Á tí: soldados parecen
En el aspecto marcial.

LORENZO.

¿Todos?

VICENTE.

Todos vienen hoy
A dar de su afecto muestra.
Bernarda es hermana nuestra.

BERNARDA.

(¡Qué desventurada soy!)

VICENTE.

Toma tus armas y corre;
Ya dan aliento al motin,
En las calles el clarin,
Y la campana en la torre.

(Se oye tocar una campana á rebato, y al mismo tiempo rumor de clarines y tambores.)

¿Oyes ese repiquete?
Es la parroquia.

SOROLLA.

Si hay lucha,
Servirá de doble.

(Suena otra campana más cerca.)

VICENTE.

¡Escucha!
Ahora empieza el Miguelete.

LORENZO.

Voy al punto. (Entra en su habitacion.)

### ESCENA XIV.

DICHOS, ménos Lorenzo. El ruido de clarines y tambores se va haciendo más perceptible.

VICENTE. (Á Sorolla.)

¡Ya lo ves!

SOROLLA.

No creyera...

VICENTE.

Sólo en mi arte
Faltamos la mayor parte,
Supuesto que somos tres.

SOROLLA.

¿Por qué?

VICENTE.

Francisquet se queja:
Dice que siente mareo
Y náuseas; pero yo creo
Que su mujer no le deja.
Tampoco es del rebullicio
Pons, que su Ines le acobarda,
Y es que ambos llevan la albarda,
Costumbre ya del oficio.

### ESCENA XV.

DICHOS y LORENZO, que vuelve á salir con capacete y broquel, toma á su salida la espada que pende de la pared.

VICENTE.

¡Lorenzo! bizarro estás.

LORENZO.

Id delante; pronto os sigo.

(Vanse Sorolla y Vicente.)

—Necesito hablar contigo.
(Por última vez quizás.)
Lo que á tu ventura cuadre
Es mi obligacion primera.
Tú has sido mi compañera
Desde que perdí á mi madre.
Reconocido á este bien,
Debo pagar tus mercedes,
Y quiero que hoy mismo quedes
Desposada con Guillen.

BERNARDA.

¡Si no le amo!

LORENZO.

¡No! ¡qué escucho!

BERNARDA.

Que no.

LORENZO.

Si eso me aseguras,
Yo te juro...

BERNARDA.

¿Qué me juras?

LORENZO.

Que te lo agradezco, y mucho.

BERNARDA.

(¡Es posible!)

LORENZO.

¡Si en el blando
Corazon tuyo no cabe
Tan loco amor! —En fin, sabe... (Vacilante.)
—Pero me están esperando.

BERNARDA.
Ántes explícame... aguarda.

LORENZO.
¿Ya al Conde no lo has oido?

BERNARDA.
¿Qué es?

LORENZO.
Que para ese marido
Vales tú mucho, Bernarda.
(Vase apresuradamente.)

### ESCENA XVI.

BERNARDA. Luégo SOROLLA.

BERNARDA.
¿Qué quiere decir? ¡sospecho
Que en su mirada!... ¡ilusion!
Mas ¿por qué mi corazon
Se quiere salir del pecho?
(Asomándose á la reja. El ruido de los clarines y tambores se va alejando por momentos.)
Aquel es.—¿Qué capitan
Se le compara en el brío!
¡Qué airoso va el dueño mio!
¡Qué bizarro y qué galan!
Como reinas en mí, seas
El sol del plebeyo bando.
—¿Si me irán ya contagiando
Sus peligrosas ideas?
—¡Si era preciso! mi suerte
¿No va con la suya unida?
Yo he de vivir con su vida
Y he de morir con su muerte.

SOROLLA. (Saliendo con precaucion.)
Allí está: ¿qué mira?

BERNARDA.
Siento
Pasos.—¡Ah!

SOROLLA.
Siempre ese adusto
Semblante.

BERNARDA.
¡Guillen!

SOROLLA.
¿Te asusto?

BERNARDA.
Sal de aquí, sal al momento.

SOROLLA.
Apártate de esa reja,
Ménos que tu pecho dura.

BERNARDA. (Agarrándose á los hierros con terror.)
No: ¡vete!

SOROLLA.
Escuchar procura
Por última vez mi queja.
Pero no, no vengo á eso,
Aunque mis celos atroces
Me asesinan.—Ya conoces
De mi pasion el exceso.
Con Lorenzo, desde aquí,
A arrostrar peligros voy:
Soldado del pueblo soy
Por tu cariño, por tí.
Si tu piedad me concede
Una esperanza no más,
Habla, Bernarda, y verás
Lo que el amor en mí puede.
Si esa esperanza me quitas...

BERNARDA.
Pues yo...

SOROLLA.
¡Deja que concluya!
—Te lo juro: con la tuya
Mi desgracia precipitas.
Del mal ó el bien en un punto
Se abren las sendas opuestas.
¿Me quieres ó me detestas?
Cuál seguiré, te pregunto.
Ángel ó demonio soy:
Elige.

BERNARDA.
Vete.

SOROLLA.
No, elige.

BERNARDA.
Sorolla, ya te lo dije
Mil veces.

SOROLLA.
La última es hoy.

BERNARDA.
¿Es preciso?

SOROLLA.
Acaba ya,
Y señálame el camino.

BERNARDA. (Con exaltacion.)
¡Te abomino! ¡te abomino!

SOROLLA.
Yo sé quién lo pagará.
(Se aleja lentamente, dirigiendo á Bernarda miradas rencorosas; Bernarda permanece agarrada convulsivamente á la reja, y dominada por el terror.)

## ACTO SEGUNDO.

Patio de la Audiencia de Valencia. En el fondo, á la izquierda, gran escalera, que conduce á la sala del tribunal; en medio, puerta que da salida á la calle, y otra á la derecha, que se figura que comunica con el piso alto por medio de una escalera excusada. Al levantarse el telon, está ocupado el teatro por diferentes grupos, entre los que reina grande agitacion. Vicente está en medio de uno de los más numerosos, cerca del proscenio.

### ESCENA PRIMERA.

VICENTE. PUEBLO.

VICENTE.
¡Nada! áun no se sabe nada;
Más lo sabrán, Dios mediante,
Nuestros nietos. Si comienzan

Con dilaciones y trámites
Como siempre... verbi-gracia,
Con el traslado á la parte,
La apelacion, el recurso,
Y otras mil trampas con que hacen,
En provecho de letrados
Las causas interminables,
Es posible que esto dure
Por siglos y eternidades.
No extrañaré que los jueces
Le absuelvan, y casi, casi,
Me alegraria: ¡qué diablos!
Es preciso que esto acabe;
Y acabará, yo os lo fio.
En tanto, no hay que apurarse:
Imperturbabilidad,
Mala intencion, ¡y adelante!
Este es mi sistema.—Vienes
En buena ocasion.

(Á Sorolla, que sale por la izquierda.)

## ESCENA II.

GUILLEN SOROLLA. VICENTE Y PUEBLO.

SOROLLA.

¿Qué haces?

VICENTE.

Estoy atizando el fuego:
Preparo las voluntades
Del pueblo menudo. Hoy juzga
La Audiencia al Conde.

SOROLLA.

Y ¿qué sabes?

VICENTE.

Nada; mas si no se atreven
Sus jueces á condenarle;
Si le dejan sin castigo,
Entónces va á ser el baile.
—¿Estás decidido?

SOROLLA.

Á todo.

VICENTE.

¡Bueno! voy á presentarte
Á los nuestros.

SOROLLA.

¿Para qué?

VICENTE.

¡Toma! para que les hables.
Despues de Lorenzo, tú eres
Uno de los más capaces...

SOROLLA.

¿Quieres que verdad te diga?
Yo no trabajo por nadie.
Más claro: no estoy contento.

VICENTE.

Puedes tomar el portante,
Y luégo: aquí no se quieren
Conspiradores de lance.

SOROLLA.

¿Desconfias?

VICENTE.

Sí.

SOROLLA.

¿Me juzgas
Tibio, traidor ó cobarde?

VICENTE.

Me pareces sospechoso:
¡Ó dentro ó fuera! ¡qué diantre!
Ya ves cómo yo hablo claro.

SOROLLA.

Yo lo haré tambien... más tarde.
Tú nada aventuras.

VICENTE.

¿Cómo?

SOROLLA.

Aventuras lo que vales.
¿Qué arriesgas aquí?

VICENTE.

El pellejo.

SOROLLA.

¿Quién lo ha de querer de balde?
Tú eres solo, y con perderte
No das que sentir á nadie.
Tampoco tiene Lorenzo
Afectos que le embaracen.

VICENTE.

¿Y tú?

SOROLLA.

Yo tengo familia.

VICENTE.

Guillen, basta de romances.

SOROLLA.

¡Qué! ¿no es cierto?

VICENTE.

¡Para el caso
Que haces tú de tu linaje!
Casteluí, ¡que has renegado
Hasta el nombre de tu padre!
Ensálzate, no me opongo;
Mas no intentes compararte
Conmigo.

SOROLLA.

La diferencia
Es en efecto...

VICENTE.

Importante.
Yo tengo, como es notorio,
Al hermano de mi madre:
Soy su propíncuo heredero.

SOROLLA.

Mas no piensas heredarle.

VICENTE.

Eso es verdad: ¡viejo avaro!
Más rico que cien abades...

SOROLLA.

Que te odia.

VICENTE.

Tambien es cierto:
El cuarto que yo le atrape...

SOROLLA.

Vicente, vamos á cuentas:
No tengo por qué negarte
Que soy ambicioso; tú
Padeces del mismo achaque.
Mas yo tengo otra flaqueza:
Que no quiero que me mande
Ninguno de los que han sido
Hasta el dia mis iguales.
Pero ¡si tú me ayudaras!...
Siendo yo jefe, ¡quién sabe!...
Lorenzo es ya el capitan
Y el alma de los pelaires:
¿No es natural que yo aspire
Á serlo de mis cofrades?
Los tejedores de lana
Forman un gremio importante,
Numeroso, mas compuesto
De gentecillas vulgares.
Si yo fuera capitan
De esa familia, es probable
Que ántes de mucho mandara
En Valencia sin rivales.

VICENTE.

¿Y yo?

SOROLLA.

Tú irás á mi lado,
Haciendo tu aprendizaje,
Y como tienes talento...

VICENTE.

¡Mira, mira! ésas son frases.

SOROLLA.

Pues ¿qué es lo que quieres?

VICENTE.

Yo,
En teniendo lo bastante,
No pido más; no me gustan
Ni quiero superfluidades.
Me contento con la herencia
De cualquiera de esos grandes:
Yo escogeré.— Por lo pronto
Conozco unos olivares...

SOROLLA.

Dame esa mano.

VICENTE.

¿Y tú?

SOROLLA.

Yo,
Con tal que no se me escape
El Conde, por hoy no tengo
Deseo más apremiante.

VICENTE.

Pero despues...

SOROLLA.

¿Qué he de hacer,
Si viene rodado un lance?

VICENTE.

¡Así me gusta!— Lorenzo
Nos habla de libertades,
De leyes y de otras cosas
Que están fuera de mi alcance:
Así es que me quedo á oscuras;
Mas tú tienes un lenguaje
Más llano: lo que tú dices
Me parece más palpable.
¡Vamos á ver! ¿en qué puedo
Ayudarte y ayudarme?
Di.

SOROLLA.

Pintándome á los ojos
De esos pobres badulaques
Como un hombre perseguido.
— El pueblo adora á los mártires.
Háblales de mi talento,
Ensalza mis cualidades,
Y mi honradez sobre todo:
Ya sabes que soy un ángel.
Pero dejemos que vaya
El buen Lorenzo delante...
Por ahora.

VICENTE.

Bien, bien.

SOROLLA.

Que arrostre
Las primeras tempestades.
Así un experto piloto
Puede observar el semblante
Del tiempo, y buscar el rumbo
Que más convenga á su nave.

VICENTE.

¡Es verdad!

SOROLLA.

Y como yo
Soy de flexible carácter,
Si él acierta, le acompaño;
Si se estrella, rumbo aparte.
¿Entiendes?

VICENTE.

¡Vaya si entiendo!
La verdad, ¡eres buen sastre!

SOROLLA.

¿Te convengo?

VICENTE.

Me convienes;
Pero es preciso que ganes
La voluntad de la plebe.

SOROLLA.

¿Qué quieres decir?

VICENTE.

Que hables,

Que grites; que ésta es la mina
De más de cuatro tunantes.

(Aparecen en la puerta de entrada Juan Lorenzo y Bernarda, rodeados de gente del pueblo, á quien Lorenzo dirige las primeras palabras.)

### ESCENA III.

DICHOS. JUAN LORENZO y BERNARDA.

LORENZO.

¡Nada! miéntras haya asomos
De esperanza, calle el labio.
— Hoy va á servirnos tu agravio
Para saber lo que somos. (Á Bernarda.)

SOROLLA.

Pero si con nueva afrenta
Nos respondieran, primero
Que sufrirla...

LORENZO.

No; yo espero
Que han de darnos buena cuenta.

VICENTE.

Ya verás.

SOROLLA.

Sobre la ley
Está el miedo.

VICENTE.

Ya me abraso
De impaciencia.

LORENZO.

En todo caso,
Cerca tenemos al Rey:
En Barcelona.

SOROLLA.

¿Osarás
Hablarle?

LORENZO.

Tendré valor
Para decirle: «¡Señor!
¡Tu pueblo no puede más!
No quebranta tu obediencia,
Aunque justicia reclame,
Ni al romper su yugo infame,
Te desconoce Valencia;
Pero quiere averiguar,
En sus tormentos prolijos,
Si no nos llamas tus hijos,
¿Qué nombre nos quieres dar?»

SOROLLA.

El de esclavos.

LORENZO.

Es muy bravo
El corazon que sustento,
Para sufrir un momento
Ni la apariencia de esclavo.
Pero ese temor te engaña:
Conoce el Rey nuestra historia,
Y sabe que no hay memoria
De tal oprobio en España.
Subamos; nuestra presencia
Adviertan, y si es preciso,
Sirva al tribunal de aviso
Al pronunciar la sentencia.

(Suben todos por la escalera.)

### ESCENA IV.

LA MARQUESA y FRANCIN. Vienen de la calle.

MARQUESA.

Ha empezado ya, y me inquieta
Esa pavorosa nube
De gentes del pueblo. Sube
Por la escalera secreta.

(Dando á Francin varios billetes.)

FRANCIN.

¿Y por allí?

MARQUESA.

¡Si te ven
Esos bandidos feroces!...
—No, por acá; ya conoces...

FRANCIN.

Á todos, señora. (Vase por la izquierda.)

MARQUESA.

Bien.
—Temblando estoy. ¡Singular
Pavor! yo no soy cobarde;
Pero el belicoso alarde
Del partido popular
Bien podrá hacer que se tuerza
La ley; que, adversa ó propicia,
Anda muy mal la justicia
Donde amenaza la fuerza.

### ESCENA V.

LA MARQUESA y EL CONDE. Este viene de la calle.

MARQUESA.

¡Félix! ¡tú aquí! ¡qué demencia!
¿Quieres provocar las iras
Del pueblo?

CONDE.

¿De qué te admiras?
Vengo á saber mi sentencia.

MARQUESA.

Cuando te juzgaba oculto...

CONDE.

¡Por tan cobarde me tienes!

MARQUESA.

¿Tan leve es tu error, que vienes
Á remachar el insulto!

CONDE.

Sí, hermana.

MARQUESA.

Y ¡en qué ocasion

El disgusto has provocado!
¡Hallo al pueblo en un estado
De febril agitacion!

CONDE.

¡Clara! riñe lo que quieras:
Cuanto me digas es poco;
Mas lo cierto es que estoy loco.

MARQUESA.

Enamorado.

CONDE.

Y de véras.
Acostumbrado á vencer,
Y por condicion altivo,
Me desespera el esquivo
Desamor de esa mujer.
No diré que no me pesa
De haber provocado el lance;
Pero más siento el percance
De haber errado la empresa.
Dices que el pueblo por esto
Se mueve; pero ello habia
De suceder algun dia:
Ya estaba á hacerlo dispuesto.
Vendremos luégo á las manos:
Con eso, aquí y en Castilla
Se extirpará la semilla
Que han sembrado los villanos.

MARQUESA.

¿Y si te condenan?

CONDE.

¡Calla!
No habrá ¡ fuera cosa nueva!
Letrado que á dar se atreva
La razon á la canalla.
Ya recordarán primero
Que guardan nuestro decoro,
En nuestras arcas el oro,
Y en nuestra cinta el acero.

MARQUESA.

Es ése un error profundo,
Que nos traerá grandes males:
No son esos dos metales
Únicos dueños del mundo,
Ni tan inflexibles son,
Que otro poder no los tuerza.

CONDE.

Y ¿cuál es?

MARQUESA.

Tiene más fuerza
Que el acero, la razon.

CONDE.

Sin respeto, ¡adios, poder!
Y eso es lo que hay que lograr.

MARQUESA.

Hagámonos respetar,
Pero haciéndonos querer.

CONDE.

El pueblo levanta el cuello,
Y el rigor es necesario,
Y que no piense.

MARQUESA.

Al contrario:
¿Qué mal encuentras en ello?
Tanto mejor.

CONDE.

No lo creas:
Obedezca por costumbre.
Le daña á la muchedumbre
El pasto de las ideas.
Si el rigor no es oportuno,
Yo no conozco otros modos...
—El dia en que piensen todos.
No va á entenderse ninguno.
Y no tienes que cansarte;
Que erremos ó que no erremos,
Nosotros siempre tenemos
La razon de nuestra parte.

MARQUESA.

Mas si ante el pueblo este dia
Los jueces muestran flaqueza...

CONDE.

Se las ha con la nobleza
Toda la Chancillería.
No hay sino las cuchilladas
Para alcanzar estos fines:
Veremos si los latines
Pueden más que las espadas.

MARQUESA.

Lo mejor es al derecho
Fiar nuestra causa.

CONDE.

¿Andar
En súplicas!

MARQUESA.

Sí, y hablar
A los jueces, y eso he hecho.
He buscado tu salud,
Más que en sangrientos azares,
De los mismos populares
En la soberbia actitud.
Hice ver que si al clamor
Del pueblo irritado cede
El juez, su sentencia puede
Traducirse por temor.
Esto es lo más eficaz,
Hermano.

CONDE.

¡Por vida mia!...

MARQUESA.

Apela á la cortesía,
Y deja á la espada en paz.

CONDE.

Me es imposible.

MARQUESA.

Estás ciego,
Y acaso tu mal te labras.

CONDE.

No conozco las palabras
Con que se envilece el ruego.
Pues que debo á la fortuna
Los privilegios de hidalgo,
Deja que los muestre: en algo
Se ha de conocer la cuna.

MARQUESA.

¿Quién viene?

## ESCENA VI.

DICHOS y FRANCIN.

CONDE.

¡Estás temerosa!

MARQUESA.

¿Qué hay, Francin?

FRANCIN.

Que se ha resuelto
El asunto.

MARQUESA.

¿Cómo?

CONDE.

Absuelto:
¿Puedes pensar otra cosa?

FRANCIN.

Os condenan...

CONDE.

¡Tan osados
Son, que nos buscan querella!

FRANCIN.

Á pagar á la doncella...

CONDE.

¿Cuánto?

FRANCIN.

Quinientos ducados.

CONDE. (Á la Marquesa.)

¡Ya lo ves!

MARQUESA.

Corre, Francin,
Y á nuestros deudos avisa
Del caso.

CONDE.

No te des prisa:
Ya esperaban ese fin.

(Vase Francin. Ruido por la escalera.)

MARQUESA.

¿Oyes?

CONDE.

Sí; por la escalera
Bajan ya.

(Se ve á Guillen Sorolla, que baja por la escalera, seguido de Juan Lorenzo, Bernarda, Vicente y pueblo.)

MARQUESA.

Vamos adentro:
Debes evitar su encuentro.

CONDE.

Te juro que no quisiera.

(Vase por la derecha.)

## ESCENA VII.

BERNARDA. JUAN LORENZO. SOROLLA. VICENTE y PUEBLO.

LORENZO.

Ya lo veis: hermanos; ¡no hay
Insolencia más enorme!
El tribunal nos ha dado
Por libre y absuelto al Conde.
¡Absuelto, sí! Que estrechando
De la ley los horizontes,
Cuando justicia pedimos,
Con oro se nos responde.
Bien hace el que nos agravia:
Así pueden esos nobles
Tratarnos como á rebaño
De esclavos y galeotes;
Juguete de sus caprichos
Deben ser (y éste es el órden)
Nuestro honor y nuestra vida,
Únicas prendas del pobre.
¡Maldito desde ahora sea
Quien busque bella consorte!
¡Maldito el que de su seno
Fruto codiciado logre!
Que nace ya destinada
Nuestra miserable prole,
Las hembras para mancebas,
Y para esclavos los hombres.
Para dulce compañera
De vuestros castos amores,
Ya lo sabeis desde ahora,
Más bella es la más deforme.
Mujer á quien Dios otorga,
Entre sus preciados dones,
La hermosura, es mucha prenda
Para tan rústicos goces;
Y cuando no os la arrebaten
Del dia á los resplandores,
Os la arrancarán del lecho
En la mitad de la noche.
¿Qué es esto! ¿nadie contesta!
¿Adónde vamos? ¿adónde?
¿Posible es que todo un pueblo
Sufra tantas sinrazones?
¿Cómo es, decid, que en la frente
De sus duros opresores,
Las cadenas que le infaman
Desesperado no rompe!
¡Ea! ¡sús! Puesto que han sido
Tanto tiempo nuestros cómitres,
Restalle sobre su espalda
Alguna vez el azote.
De otro modo, merecemos
Que nuestras hembras deshonren,
Que nuestra sangre derramen,
Que insulten nuestros dolores.

SOROLLA.

Habla, Lorenzo: ¿qué quieres?
Todos aquí te conocen,
Todos te escuchan, latiendo
De rabia los corazones.

LORENZO.

¿Qué quiero! Si á esa pregunta
Cada cual no se responde,
Morir nada más deseo.
¿Cuál es de mi afan el móvil?

SOROLLA.

La venganza.

LORENZO.

¡No, Sorolla!
Libertad tiene por nombre;
Aclamadla, y que del seno
De nuestras desdichas brote.
Acabe la inútil queja
Y los cobardes clamores;
Males que tanto lastiman
No se remedian con voces.
Cuando la justicia calla,
Y la razon se desoye,
¡La fuerza, Guillen! la fuerza
Es el único resorte.

SOROLLA.

Pero ¿los medios?...

LORENZO.

Los medios,
Aunque escondidos é informes,
Los da la naturaleza,
Y la industria los dispone.
Para el bisoño soldado
Dan fortalezas los montes;
De hierro son nuestras rejas,
Y las campanas de bronce.
Demos la señal, hermanos,
Y enjambres de labradores
Van á afilar el acero
De sus encorvadas hoces.
Unámonos, pues; hagamos
Con inteligencia acorde
Una hermandad de plebeyos,
Y acábense los señores;
Y ya que de la justicia
Los fueros se desconocen,
Y tienen lugar de leyes
Glosas é interpretaciones,
Nombremos quien la administre
Con sola razon por norte;
Por arbitrio de prudentes,
No por trampas de doctores.
Éstos que deben poner
Remedio á tanto desórden
Han de ser trece, en memoria
De Cristo y de sus apóstoles.

SOROLLA.

Cuenta conmigo.

LORENZO.

Eso espero.
—¿Estamos todos conformes?

TODOS.

¡Todos!

LORENZO.

Bien: en la inmediata
Cofradía de San Jorge
Se haga la eleccion.

SOROLLA.

Marchemos.

LORENZO.

¡Guillen!...
(Estrechándole la mano y animándole con el ademan.)

SOROLLA.

De mi cuenta corre.

LORENZO.

Norabuena; yo, entre tanto,
Voy á arrancar á esos hombres
La prueba del fallo injusto
Que motiva mis rencores.
(Sube la escalera y desaparece.)

SOROLLA. (Ap. á Vicente.)
¿Ves esa puerta, Vicente?

VICENTE.

¿Qué quieres?

SOROLLA.

Ahí está el Conde.
Que no salga de la Audiencia;
Guarda los alrededores.
(Sorolla, Vicente y el pueblo se van por la puerta del fondo.)

## ESCENA VIII.

BERNARDA. Luégo LA MARQUESA.

BERNARDA.

Y ¡nada puedo! el agravio
Es mio; mas si quisiera
Perdonar, tal vez creyera
Juan... ¡No! sellemos el labio.
—¡Ni áun me ha hablado! ¿pondrá en duda
La fe que aquí se acrisola?
¡Supremo Dios!...

MARQUESA. (Asomando.)
Está sola.

BERNARDA.

Tú lo sabes; tú me escuda.

MARQUESA.

Bernarda.

BERNARDA.

¿Quién es?

MARQUESA.

¡Qué! ¿tanto
Es tu enojo... ¡no lo creo!

Que te ha cegado!

BERNARDA.

No: os veo;
Pero á traves de mi llanto.

MARQUESA.

¿Te duele lo que aquí pasa?

BERNARDA.

¡De ello mi pena os responde!

MARQUESA.

Y ¿perdonarás al Conde?

BERNARDA.

¡Maldigo á mi suerte escasa!
No puedo, señora.

MARQUESA.

Vas
Á provocar con tu impía
Crueldad...

BERNARDA.

La culpa no es mia.

MARQUESA.

Sé generosa.

BERNARDA. (Haciéndose violencia.)

Jamas.
De mi rigor me avergüenzo;
Soy muy cruel, ya lo sé;
Mas, si perdonara, ¿qué
Pensara de mí Lorenzo?

MARQUESA.

Quizá en sus rencores locos
Te imbuirá temerario.

BERNARDA.

¡Qué! ¡no, señora! al contrario;
¡Si es muy bueno! como hay pocos.

MARQUESA.

La Audiencia tiene cercada
Esa multitud bravía:
Intercede...

BERNARDA.

Bien querria;
Pero ¡si no puedo nada!

MARQUESA.

Público fué tu desden,
Y así el perdon te enaltece.

BERNARDA.

No sé; pero me parece
Que no me estuviera bien.

MARQUESA.

No daña el amante arrojo,
Cuando halla noble defensa.

BERNARDA.

No, si mi mayor ofensa
Es de Lorenzo el enojo.

MARQUESA.

¿Es acaso algun tirano
Contigo?

BERNARDA.

¡Vaya una idea!
Mas no quiero que me crea
Prendada de vuestro hermano.

MARQUESA.

¡Ya!

(La Marquesa la mira con intencion; Bernarda baja los ojos.)

BERNARDA.

No vayais á pensar
Por el afan que me tomo,
Que yo...¡qué! ¡ni por asomo!
¡Vaya!

MARQUESA.

¿Lo puedes jurar?

BERNARDA.

Lo que es á eso no me atrevo.

MARQUESA.

Prendió de amor la centella...

BERNARDA.

¿Qué estáis diciendo!

MARQUESA.

Eres bella,
Y él cariñoso y mancebo.

BERNARDA.

Me está sofocando adrede.

MARQUESA.

No fuera tanta locura.
Confiésalo.

BERNARDA.

Por ventura,
¿Sé yo lo que me sucede?

MARQUESA.

Mujeres somos las dos.
Si él te quisiera, hija mia,
¿Le amaras?

BERNARDA.

No pediria
Más felicidad á Dios.

MARQUESA.

Tal vez yo te desperté:
Acaso sabes ahora
Que le amas.

BERNARDA.

¡Ay! ¡no, señora!
Hace tiempo que lo sé;
Mas, de mi secreto avara,
Aquí guardado le dejo.
¡Pues si me miro al espejo,
Y me lo niego en mi cara!

MARQUESA.

Y á él ¿lo ocultarás?

BERNARDA.

De modo
Que...

MARQUESA.

Sigue.

BERNARDA.

Ni áun lo barrunta;
Pero si él me lo pregunta,
La verdad ántes que todo.

MARQUESA.
Aquí viene.
(Viendo á Lorenzo, que baja por la escalera.)

## ESCENA IX.

Dichos y JUAN LORENZO.

BERNARDA.
Por Dios vivo,
No sepa...
MARQUESA.
(¡Cuánto le adora!)
LORENZO.
¿Qué buscais aquí, señora?
MARQUESA.
¿Quieres saber el motivo?
Sé que tienes en tu mano
Mi paz.
LORENZO.
Decis que yo tengo...
MARQUESA.
Mi tranquilidad, y vengo
Por el perdon de mi hermano.
LORENZO.
No creo que os ha de costar
Conseguirlo mucha pena:
Bernarda es buena.
MARQUESA.
Muy buena;
Mas se niega á perdonar.
LORENZO.
¿Está airada?
MARQUESA.
No está airada,
Ni al Conde profesa encono;
Mas para decir «perdono»,
Tiene una razon sagrada.
LORENZO.
¿Cuál?
MARQUESA.
Con el temor se escuda
De que cómplice la crea
Tal vez...
LORENZO.
Nadie habrá que sea
Capaz de abrigar tal duda;
Y si alguno en tal desliz
Diere, tiene adelantado
Bastante para malvado,
Y mucho para infeliz.
BERNARDA.
¿Lo ois?
LORENZO.
Y, ó yo le convenzo,
Ó se las habrá conmigo.
MARQUESA.
¡Bien, Lorenzo!
BERNARDA. (Ap. á la Marquesa.)
¡Cuando os digo
Que hay pocos como Lorenzo!
LORENZO.
Que esa sospecha bastarda
No te ocupe un solo instante.
¡Si yo creo en tí!
MARQUESA.
Bastante
Tiene con eso Bernarda.
Su cariño galardona; (Al oido á Lorenzo.)
No le digas nada más
Que un «¡yo te quiero!» y verás
Qué fácilmente perdona.
LORENZO.
¿Qué quereis decirme!
MARQUESA.
Mira
El rubor que hasta su frente
Sube, el latido frecuente
Del corazon que suspira;
Y si tiene ese tesoro
Un valor en tu esperanza...
LORENZO.
¡Oh! ¡sí!
MARQUESA.
Intercede y alcanza,
Y dame el perdon que imploro.
LORENZO.
¿Es cierto?...
MARQUESA.
No hay más que ver
Su rostro.
LORENZO.
¿No es un capricho?...
BERNARDA.
(Me miran: algo le ha dicho.
¡Qué buena es esta mujer!)
MARQUESA.
Sondea su corazon,
Y adios.
LORENZO.
¡Adios! Si eso es cierto,
¡Qué mundos habréis abierto
Á mi amorosa ambicion!
(Vase la Marquesa por la izquierda. Bernarda queda confusa y con los ojos bajos; luégo hace ademan de marcharse.)

## ESCENA X.

BERNARDA. LORENZO.

LORENZO.
¿Te vas?
BERNARDA.
¿Qué quieres?
LORENZO.
Espera;
Tengo que hablarte un momento.
Manifestarte quisiera...

(Voy á apretar el tormento,
Y á hacer la prueba postrera.)

BERNARDA.

¿Qué es ello?

LORENZO.

Ocupado estoy
Con cierta perplejidad.
Perdóname si te doy
Este pesar; pero voy
Á decirte la verdad.
Me han enseñado cuán poco
Valen las dichas terrenas,
Los desengaños que toco.
¿No es verdad que he sido un loco
En correr tras de mis penas?

BERNARDA.

¿Qué quieres decir?

LORENZO.

¿No es cierto
Que esta vida es un desierto
Para mí, triste, infecundo?
¿No es verdad, di, que está muerto
Quien vive solo en el mundo?

BERNARDA.

¿Solo?

LORENZO.

Sentirás mañana
Tu pecho de amor herido...
(Movimiento de Bernarda.)
—Es la condicion humana.
—Tú ganarás un marido,
Y yo perderé una hermana.

BERNARDA.

Yo, nunca...

LORENZO.

¡Qué insensatez!
Y ántes que de la vejez
Sienta el peso, me resuelvo...

BERNARDA.

Eso es decir...

LORENZO.

Que me vuelvo
Á mi convento otra vez.

BERNARDA.

¿Qué más, Lorenzo?

LORENZO.

Y curado
De mi ciego desvarío,
Y sólo á Dios consagrado...
(Pausa.)
—¿Qué dices?

BERNARDA.

¿Has acabado?

LORENZO.

Sí tal.

BERNARDA. (Sonriéndose.)

¡Pobre hermano mio!

LORENZO.

¿Te ries?

BERNARDA.

Caso es de risa.

LORENZO.

¿Por qué?

BERNARDA.

Porque se va á ir
Al infierno á toda prisa
El que no oyere otra misa
Que la que tú has de decir.

LORENZO.

Pero...

BERNARDA.

No apruebo ese paso.

LORENZO.

Pues ello alguno hay que dar.

BERNARDA.

(Ya en impaciencia me abraso.)

LORENZO.

Y ¿qué dirás si me caso?

BERNARDA.

(Por fin, empiezas á hablar.)
Digo que será bien hecho:
Á casarse, y buen provecho.

LORENZO.

¿Me lo apruebas?

BERNARDA.

¿Por qué no?
¡Vaya! (Como que sospecho
Que la esposa he de ser yo.)

LORENZO.

¡Bernarda mia! levanta
Los ojos, la paz recobra,
Y tu silencio quebranta:
Mira que áun tiemblo, y ¡es tanta
Y tan negra mi zozobra!...
Habla, y di que no ha mentido
La que toda una existencia
De dichas me ha prometido.
Está mi pecho oprimido,
Esperando tu sentencia;
Llena mi alma de contento:
¡Bernarda! ¿me quieres? di.

BERNARDA.

Es tanto el placer que siento,
Que apénas me deja aliento
Para decirte que sí.

LORENZO.

¡Feliz quien debe á tu fe
Tal dicha, y tantas aguarda!
—¿Cómo esta gloria alcancé?
¿Qué hallaste en mí? ¿cómo fué
Que te merecí, Bernarda?

BERNARDA.

¿Qué he hallado? Tu condicion
Honrada, que es tu blason,
Tu riqueza y tu abolengo.

LORENZO.
Siendo así, desde hoy me tengo
En mayor estimacion.

BERNARDA.
¡Lorenzo!

LORENZO.
Y si injusta fueres,
¿Qué me importa, si te escucho
Que á los demas me prefieres?
Pensaré que valgo mucho,
Sólo porque tú me quieres.
¡Bien mio!

BERNARDA.
Llámame hermana.

LORENZO.
¿Y esposa?

BERNARDA.
De buena gana...
Mas no lo soy todavía.

LORENZO.
¿Cuándo llegará ese dia?

BERNARDA.
No tengo prisa; mañana.

LORENZO.
¡Hay sér más afortunado!
Y ¿tendrás por buena suerte
El vivir siempre á mi lado?

BERNARDA.
Pues ¿no, si lo he deseado
Aun ántes de conocerte?

LORENZO
¿Sí? ¿cómo es eso?

BERNARDA.
Este anhelo
Antiguo es ya, ¡no lo dudes!
Tu madre, que está en el cielo,
En tí me pintó un modelo
De cariño y de virtudes.
Yo la oia, y de manera
Perdí de mi alma el reposo,
Sin que evitarlo quisiera,
Que me decia: «¡Quién fuera
La esposa de tal esposo!
Pero él con cilicio duro
Tal vez su carne lastima,
Huyendo del mundo impuro;
Mejor que esta vida, estima
La vida del claustro oscuro.»
Y era tal mi devaneo,
Que me apretaba el cilicio,
Que al fin quedó sin empleo,
Y me quejaba.—Ahora veo
Que me quejaba de vicio.
—Yo me decia, entre tanto
Que en amoroso descuido
Me abandonaba á este encanto:
«¿Cómo ha de ser mi marido,
Si es poco ménos que santo!»
Viniste; y cambié de idea;
Que ni esa fama mereces,
Ni mi amor te la desea;
Y así dije muchas veces:
«¿Santo! ¡para el que te crea!»

## ESCENA XI.

DICHOS y SOROLLA, que sale apresurado.

SOROLLA.
Ya tenemos germanía,
Lorenzo.

LORENZO. (Mirándole como distraido.)
¿Cómo?

SOROLLA.
Bien puedes
Decir que el pueblo te adora.
Mas ¿qué haces aquí? tú eres
Uno de los elegidos
Para el gobierno.—¿Qué tienes?

LORENZO. (Lo mismo.)
¿Elegido?

SOROLLA.
Y el primero.
Tú y yo somos de los trece.
El bien público reclama
Nuestra presencia: ¿no vienes?

BERNARDA.
¿Qué vas á hacer?

LORENZO.
Pues ¿lo dudas?
Á cumplir con mis deberes.

BERNARDA.
(Bien dije yo: no podia
Durarme tan buena suerte.)

SOROLLA.
Hay más: para hacer al Rey
Nuestra justicia presente,
Y evitar que se nos crea
Á su autoridad rebeldes,
Se ha nombrado una embajada.

BERNARDA.
Y ¿él tambien?...

SOROLLA.
¿Qué duda tiene?

BERNARDA.
(¡Adios, mi boda!)

SOROLLA.
Y Juan Caro,
Que para la marcha ofrece
Mil ducados, y Juan Coll,
Y yo.

LORENZO.
Pero ¿es tan urgente?...

SOROLLA.
Esta noche partiremos:
Hoy preparada en el muelle

Del Grao quedará la nave,
Y los momentos son breves.
¡Ea! ¿por qué estás remiso?

LORENZO.

¿Quién! ¿yo remiso!

SOROLLA.

Prevente.

BERNARDA. (Al oido de Lorenzo.)

No le oigas, Juan.

SOROLLA.

Yo esperaba
Encontrarte más alegre.

LORENZO.

No lo extrañes: para el pobre
Juan Lorenzo es muy solemne
Este momento. ¡Por fin
La semilla prevalece!
Y soy yo quien, fecundando
De su pensamiento el gérmen,
La obra santa de Cisneros
Voy á realizar en breve.
En un dia, en una hora,
En instantes solamente,
El apetecido fruto
Lozano se me aparece.
La idea que acariciaba
Con esperanza impaciente
Ha tomado forma y vida.

BERNARDA.

(¡No me quiere! ¡no me quiere!)

LORENZO.

Y ¡en qué momento, Bernarda!
Tú sola decirlo puedes;
Como las desgracias, juntas
Las felicidades vienen.
—Pero ¡estás llorosa!

BERNARDA.

(Siento
Los terrores de la muerte.)

LORENZO.

¡Grande es nuestra empresa: hacer
Á tantos peligros frente,
Y alcanzar la redencion
Para un pueblo que padece.
Iremos allá; conozca
El que sustenta en sus sienes
La corona que ilumina
La nueva luz de Occidente,
Que hombres somos, y no esclavos;
Y esto envanecerle debe;
Que en los pueblos se refleja
La dignidad de sus reyes.

VICENTE. (Saliendo.)

Ahí están los gremios; todos
Á felicitarte vienen.

LORENZO.

¡Dia feliz! tú en la historia
Vas á quedar para siempre.

## ESCENA XII.

LOS DE LA ESCENA ANTERIOR, VICENTE Y LOS AGERMANADOS, en grupos que representan los gremios de los diferentes oficios, llevando cada uno al frente su estandarte.

LORENZO.

¡Hermanos mios! ¡el gozo
Me inunda! ya os considero
Libres, como el prisionero
Que rompe su calabozo.
Si era fuerte, la ocasion
Que han dado nuestros tiranos
Prestó fuerza á nuestras manos,
Y espíritu al corazon.
Ya lo habeis visto: con oro
El tribunal nos contenta;
Tarifa poner intenta,
Sin duda, á nuestro decoro;
Y en ella, eso debe ser,
Á las mujeres previene
El precio que su honor tiene,
Si es plebeya la mujer.
Mas ¿por qué opuestas razones,
Ayer, estando á lo escrito,
Falló por igual delito
La muerte de Gil Quiñones?
Un grito lanzó Valencia
Al saber esta noticia,
Rechazando la injusticia
De la desigual sentencia.
Por eso acuden armadas
Las hermandades; por eso
Se os hace ligero el peso
De las cortantes espadas;
Por eso el pueblo este dia
Por su libertad se atreve
Á tanto, y jura la plebe
Guardar esta germanía.
Así, y no más, se responde
Á necesidad tan alta.

SOROLLA.

Es verdad; pero áun nos falta
Juzgar otra vez al Conde.

LORENZO.

Dices bien; que la ley hable.

SOROLLA.

Y hablará; que á eso aspiramos
Todos.

TODOS.

Todos.

LORENZO.

Bien: hagamos
Comparecer al culpable.

Pero justicia se hará,
Y nada más: os lo aviso.
Buscadle, pues.

SOROLLA.

No es preciso.

LORENZO.

¿Por qué?

SOROLLA.

Yo sé dónde está.

## ESCENA XIII.

Dichos. EL CONDE y LA MARQUESA, por la izquierda.

CONDE.

¿Qué quereis?

LORENZO.

Lo diré en breve.
—Hoy se cierra este mercado
De jueces; ya se ha agotado
La paciencia de la plebe;
Y al ver tanta iniquidad,
Y de crímenes tal copia,
Quiere á su justicia propia
Fiar su seguridad.

TODOS.

¡Sí!

LORENZO.

Y el pueblo valenciano,
Sacudiendo su apatía,
Se ha dado en este gran dia
Un gobierno de su mano.

CONDE.

¡Cómo! ¡un gobierno!

MARQUESA.

¡Es posible!
El pueblo...

(La Marquesa se dirige á Bernarda con ademan suplicante, y le habla aparte.)

CONDE.

¡Qué inicua trama!

LORENZO.

Él, de su justicia os llama
Al tribunal inflexible;
Y allí, no como otras veces,
Tendrán, desde este momento,
Nuestras leyes cumplimiento,
Y seguridad los jueces.

BERNARDA.

Esperad: pues soy yo aquí,
Y en este conflicto extremo,
La agraviada, y ya no temo
Que se sospeche de mí,
Sin cólera, sin encono,
Del Conde el insulto olvido.

SOROLLA.

Pero, Bernarda...

BERNARDA.

Yo he sido
La agraviada, y le perdono.

LORENZO.

¡Bien, hermana!

SOROLLA.

Sella el labio.

LORENZO.

¡Guillén!

SOROLLA.

Con razon arguyo.
No es ya solamente suyo;
Es de todos el agravio.
Sí, con su conducta aleve,
Ese infame, ese atrevido
Raptor, tambien ha escupido
Á la cara de la plebe.

(Murmullos de aprobacion.)

LORENZO. (Á Bernarda.)

Perdona, ¡sí! y no repares
En más; que es de buen agüero
Que al romper un pueblo entero
Sus cadenas seculares,
Ese rasgo de piedad,
Realzando la santa idea,
El acto primero sea
Que anuncie su libertad.
—Salid, Conde.

SOROLLA.

Quede preso.

LORENZO.

¡Guillen!

SOROLLA. (Á Bernarda.)

Tu accion es honrada;
Mas la justicia agraviada
No se contenta con eso.
Pues si á perdonar nos damos,
Lo que ellos jamas han hecho,
No perderán el derecho
Á llamarse nuestros amos.

(Aprobacion de los agermanados.)

—Yo de la justicia invoco
El santo fuero.

CONDE.

¡Insolente!

LORENZO.

¡Sorolla!

SOROLLA.

Tengo presente
Lo que tú has dicho hace poco.
De este caso desdichado
Deja que su infamia brote.
Volvámosles el azote
Con que nos han deshonrado.

TODOS.

¡Sí!

MARQUESA.

¡Villano!

CONDE.

¡Hermana mia!

MARQUESA.

¡Villano!

SOROLLA.

¡El nombre me place!

CONDE.

El miedo es el que te hace
Hablar con tanta osadía.

SOROLLA.

Se acabó el temor: la suerte
Se ha trocado, de esta hecha.

CONDE.

Pues la ocasion aprovecha:
Mi libertad es tu muerte.

SOROLLA.

Ya lo ois; áun hace alarde
De su audacia: ¿no oyes, Juan?

VICENTE. (Ap. á Sorolla.)

Guillen, disimula: van
Á tenerte por cobarde.

SOROLLA.

Porque otra cosa no crea,
Sométase, como debe,
Al tribunal de la plebe,
Y hoy salga libre.

MARQUESA.

Bien, sea.

CONDE.

¡Yo!...

MARQUESA.

Silencio, hermano mio.

SOROLLA.

Mas decid: ¿quién nos responde,
Quién asegura que el Conde
No huirá?

MARQUESA.

Yo te lo fio.

LORENZO.

Y yo, trece de Valencia,
Yo con cuanto tengo y valgo
Respondo de que ese hidalgo
Vendrá á escuchar su sentencia.

CONDE.

Mas sin acatarla.

SOROLLA.

¿Ois?
¿Quién esa audacia soporta?

LORENZO.

Sin acatarla; ¿qué importa?
Nos basta si la sufris.

CONDE.

Gracias, y adios. (Vase con la Marquesa.)

## ESCENA XIV.

DICHOS, ménos el Conde y la Marquesa.

SOROLLA.

(Desde hoy más,
Una vez lanzado el guante,
Te juro que iré adelante,
(Mirando á Lorenzo de reojo.)
Si te quedares atras.)

LORENZO.

¿Vienes?

SOROLLA.

Perdon si, atrevido,
Mi afecto en dureza trueco;
Pero en este caso, el eco
Del pueblo irritado he sido.

LORENZO.

De mi piedad no te asombres.

SOROLLA.

¿No? pues algo significa.

LORENZO.

Que la dicha dulcifica
Las pasiones de los hombres.
Pero mi opinion no debe
Prevalecer; bien has dicho:
Primero que mi capricho
Es la razon de la plebe.

SOROLLA.

Cierto.

LORENZO.

Y tú mereces ser
De sus destinos custodio,
Si es la justicia, y no el ódio,
Quien te hace así proceder.

SOROLLA.

La justicia, y nada más;
Te lo juro.

LORENZO.

De esa suerte,
Yo me ofrezco á obedecerte,
Si es preciso.

SOROLLA.

Eso, jamas.
—¡No! ¡no! ser tu igual prefiero...
Y tu amigo. (Alargándole la mano.)

LORENZO.

Eso te abona.

BERNARDA.

(¡Traidor!)

LORENZO.

Ahora, á Barcelona
Á hablar á Cárlos Primero.

SOROLLA.

¡Lorenzo! ¡estás animoso!

LORENZO.

¿Te admiras? pues ¿qué creias?
Hablo yo todos los dias
Á otro rey más poderoso. (Señalando al cielo.)

(Vanse los dos con las manos enlazadas; Bernarda los sigue, con muestras de abatimiento. Los agermanados les abren paso, y los saludan con respeto.)

# ACTO TERCERO.

La decoracion del acto primero.

## ESCENA PRIMERA.

SOROLLA y VICENTE, por la puerta de la derecha.

VICENTE.
Te digo que entró.

SOROLLA.
Y ¿está
En la casa?

VICENTE.
No quisiera
Mentir; pero me he plantado
Desde entónces á esa puerta,
Y no le he visto salir.

SOROLLA.
Y ¿era Francin?

VICENTE.
Francin era.

SOROLLA.
Y ¿qué piensas de eso?

VICENTE.
Tengo
Por acá cierta sospecha.

SOROLLA.
¿Sospecha de quién? ¿Presumes
Que Bernarda?...

VICENTE.
¿Quién se acuerda
De Bernarda? Juan Lorenzo
Es el que nos interesa.

SOROLLA.
¡Ya! con que, es de él.

VICENTE.
Hace dias
Que ando escamado; el que crea
Pegármela...

SOROLLA.
Pero tienes
Dudas...

VICENTE.
No; casi evidencia.
Vé juntando cabos: él
Nos ha metido en la gresca
Con un objeto: igualar
La plebe con la nobleza.
Este afan, que en un hidalgo
Digno de alabanza fuera,
En él no es sino ambicion.

SOROLLA.
Quizás.

VICENTE.
No hay que darle vueltas.
Él dijo: «Seamos iguales»;
Que es como si se dijera:
Seamos todos caballeros,
Y ricos á buena cuenta.
Se ve en Bernarda agraviado,
Y á vengar aquella ofensa
Nos llama: como que estaba
Toda la masa dispuesta.
Y cuando el pueblo creia
Que iba á estallar la tormenta
De su indignacion, se calma,
Y nuestras manos sujeta.
Salva al traidor, y lo fia
Con su persona y su hacienda.
Di: ¿qué le habrán prometido?

SOROLLA.
Baja la voz; si te oyera...

VICENTE.
Es que vengo ya dispuesto
Á hablar claro: de esta hecha
Hemos de ver lo que puede
Un albardero.

SOROLLA.
¿Qué intentas?

VICENTE.
Juan Lorenzo no es el hombre
Que nos conviene.

SOROLLA.
¿Eso piensas?
Pues ¿quién es el que ha empeñado
Á la plebe en esta empresa?

VICENTE.
Él.

SOROLLA.
¿Quién tiene para el caso
Mayor prestigio y más fuerza?

VICENTE.
Tú.

SOROLLA.
¿Te burlas?

VICENTE.
Has ganado
Mucho terreno en tu ausencia.
Ya verás.

SOROLLA.
Pero Juan manda
En los gremios.

VICENTE.
Norabuena;
No se reduce á los gremios
La poblacion de Valencia.
Al rumor de estos trastornos
Y novedades, empieza
Á acudir á la ciudad
Mucha gente forastera,
Animosa, levantisca,
Y á cualquier lance resuelta.
Á éstos llaman desmandados,
Porque no tienen bandera
Hasta hoy; viven como pueden,
Y trabajan por su cuenta.

SOROLLA.
Ésa es la chusma.

VICENTE.
Esa chusma
Necesita una cabeza,
Y tú debes serlo; ¿entiendes?

SOROLLA.
Entiendo: me lisonjeas.

VICENTE.
Gracias á mí, ya hace dias
Estás bienquisto con ella.

SOROLLA.
Eso no es malo.

VICENTE.
Y conocen
Una por una tus prendas.
—¿Te conviene?...

SOROLLA.
Ya veremos.

VICENTE.
Sí ó no: decídete.

SOROLLA.
Deja...
—Hablemos con Juan; sepamos
Si es que á seguirnos se niega.

VICENTE.
Se negará, si Bernarda
Lo exige.

SOROLLA.
Pues ¿le gobierna?

VICENTE.
Quien le hace entrar en la santa
Hermandad de la Paciencia...

SOROLLA.
¿Qué quieres decir!

VICENTE.
¿No sabes
Que hoy mismo van á la iglesia?

SOROLLA.
¿Bernarda!

VICENTE.
Con Juan Lorenzo.

SOROLLA.
¡Se casan!

VICENTE.
Sí.

SOROLLA.
Te chanceas.

VICENTE.
Es la verdad.

SOROLLA.
¡Me ha engañado!
¡Éstos los hermanos eran!

VICENTE.
Sí, ¡hermano!

SOROLLA.
¡Hipócrita, infame!

VICENTE.
¿Te decides?...

SOROLLA.
Por la guerra.
Tarde ó temprano, ello habia
De suceder: pues bien, ¡sea!
¡Adelante! estoy resuelto...

VICENTE.
¡Bien!

SOROLLA.
Aunque todo se pierda.

VICENTE.
En ganándonos nosotros...

SOROLLA.
Sí, sí; pero ántes es fuerza
Desprestigiarle, y que el pueblo
Clara su inconstancia vea.
Esperemos la ocasion
Que ha de darnos la sentencia
Contra el Conde: es natural
Que Lorenzo le defienda.
Si hoy es querido, pongamos
Sus sentimientos á prueba,
Y es hombre al agua. Yo debo
Ser fuerte con su flaqueza.

VICENTE.
¿Y si por ventura el Conde
No cumpliere su promesa?
Pues hay álguien que asegura
Que está ausente de Valencia.

SOROLLA.
Si es así, la perdicion
Del pobre Lorenzo es cierta.

VICENTE.
Cierta, irremediable: él debe
Responder con su cabeza.

SOROLLA.
No tanto.

VICENTE.
Pues ¿le defiendes?

SOROLLA.
Que viva: de esta manera
Se gastará la aficion,
Que áun el pueblo le profesa.
Hay muchos hombres que en vida
El mundo no considera,
Que nada son, y con sólo
Morir á tiempo interesan.
Y yo no sé por qué, creo
Que si Lorenzo muriera
Por está ocasion, la plebe
Daba de nosotros cuenta.

VICENTE.
Viva, pues.

SOROLLA.
Sí; pero viva

Para presenciar su mengua
Y mi triunfo.

VICENTE.

Ése es seguro.

SOROLLA.

La mejor venganza es ésta.

VICENTE.

¿Y entre tanto?...

SOROLLA.

Nuestra lucha
Ha de ser igual, artera,
Hipócrita : él da el ejemplo.

VICENTE.

Es verdad.

SOROLLA.

No tendrá queja.

## ESCENA II.

DICHOS y FRANCIN, que viene del interior de la casa.

VICENTE.

Álguien viene.

SOROLLA.

¿Quién?

VICENTE.

Francin.
— Muy buenos dias.

FRANCIN.

Felices,
Héroe del pueblo.

VICENTE.

Lo dices
Eso con un retintin...

FRANCIN.

No, Vicente; no hay malicia
En mis palabras.

VICENTE.

Te entiendo :
Lo dices porque defiendo
Los fueros de la justicia.

FRANCIN.

Ni te insulto ni provoco,
Y la causa es harto leve.
Yo tambien soy de la plebe.

VICENTE.

¿De la plebe? Poco á poco.

FRANCIN.

Y tu igual.

VICENTE.

Quien tiene dueño
Que le castigue y le mande,
Á otro conoce por grande,
Y se confiesa pequeño.

FRANCIN.

Pequeño soy, es verdad,
Y tú y todo.

VICENTE.

¡Error profundo!
— Pero ya brilla en el mundo
El sol de la libertad;
Y no osará, cuando vibre
De su indignacion el rayo,
Medirse un pobre lacayo
Con un ciudadano libre.

FRANCIN.

De la igualdad que proclamas
Invocaré el santo nombre.

SOROLLA.

Un lacayo no es un hombre.

FRANCIN.

Pues dime : ¿cómo le llamas?

SOROLLA.

Quien tiene la servidumbre
Por honrada ocupacion...

FRANCIN.

Me es forzoso.

SOROLLA.

¿La razon?

FRANCIN.

El deber.

VICENTE.

Di : la costumbre.

FRANCIN.

Tengo señor tan humano,
Que no sólo no me ofende,
Sino que á mi bien atiende
Con larga y pródiga mano.
Fuera enojoso y prolijo
Contaros por qué le quiero :
Fuí de su padre escudero,
Y me encomendó á su hijo;
Y en fin, tengo contraida
Obligacion tan forzosa,
Tal, que no hiciera gran cosa
En pagarle con la vida.

SOROLLA.

Mas no tienes albedrío.

FRANCIN.

No esperes que yo te arguya.
Tal vez la razon es tuya ;
Yo hablo de un deber que es mio.
Si en tu conducta hay virtud,
Yo tengo con mis señores
Deudas de antiguos favores,
Que merecen gratitud

SOROLLA.

Pero ese innoble servicio
Es bajo.

FRANCIN.

¡Cómo ha de ser!
Basta ya. (Hace que se va.)

VICENTE.

Te voy á hacer
Un regalo... de mi oficio.

**ESCENA III.**

DICHOS y BERNARDA.

BERNARDA.
¡Francin! ¿qué es esto?
FRANCIN.
No es nada.
BERNARDA.
Pensé oir...
FRANCIN.
Adios, señora. (Vase.)
SOROLLA.
¿Y Juan?
BERNARDA.
Reposa.
SOROLLA.
¿Á esta hora!
BERNARDA.
Le fatigó la jornada.
SOROLLA. (Con malicia.)
Eso será.
BERNARDA.
Quiera Dios
Que no minen su existencia...
SOROLLA. (Á Vicente.)
Ya has visto qué diferencia
Tan grande hay entre los dos.
Presto en su triunfo se engríe,
Él, mi maestro y modelo:
Miéntras él duerme, yo velo;
Yo sufro, miéntras él rie.
— Llámale. (Á Bernarda con intencion.)
BERNARDA.
¿Á qué es ese afan?
SOROLLA.
Ó lo sentirás despues.
BERNARDA.
¿Por qué?
SOROLLA.
Bajo nuestros piés
Está rugiendo un volcan.
Él, que presume de diestro,
Junto al riesgo se adormece.
El discípulo parece
Que deja atras al maestro.
BERNARDA.
Pues ¿qué hay?
SOROLLA.
Las desdichas todas
Se agolpan; al riesgo acuda.
BERNARDA.
¡Desdichas!
SOROLLA.
Vienen sin duda
Á festejar vuestras bodas.
BERNARDA.
No hables así.
SOROLLA.
¿Con que, es cierto!
Tienes marido...
BERNARDA.
Y honrado.
SOROLLA.
Mas ¿por qué me has ocultado
Vuestro amoroso concierto?
BERNARDA.
Basta, Sorolla; no empieces...
SOROLLA.
Grande amor por él animas,
Si tanto á Lorenzo estimas
Como á Sorolla aborreces.
¡Oh! pero áun no me conoces.
BERNARDA.
Ó calla, ó sal de esta casa.
SOROLLA.
Busco á Lorenzo.

**ESCENA IV.**

DICHOS y LORENZO.

LORENZO.
¿Qué pasa?
SOROLLA.
Soy yo.
LORENZO.
¿Por qué dábais voces?
SOROLLA.
Te traigo nuevas que á fe
Que han de probar tu paciencia.
Hay grande mal en Valencia.
LORENZO.
Explícate.
SOROLLA.
Así lo haré.
— Siguiendo las impulsiones
(Con disimulada ironía.)
De tu corazon sincero,
Tú has sido el móvil primero
De nuestras alteraciones.
En muestra de gratitud,
Su jefe el pueblo te aclama,
Y esta obligacion te llama
Á velar por su salud.
Á Cárlos fuimos á ver,
Dóciles á tus consejos,
Y entre aplausos y festejos
Volvimos al Grao ayer.
Fruto fué de esta embajada,
Logrado en término breve,
La libertad de la plebe,
Por el Rey autorizada.
Con tu victoria orgulloso,
Al término ansiado llegas,
— ¡Tal lo pensaste! — y te entregas
Incautamente al reposo;
Pero yo, que en este empeño

Me encuentro más prevenido,
¡Pobre insensato!—he venido
Á arrancarte de tu sueño.

LORENZO.

¿Qué es ello?

SOROLLA.

Que la nobleza
Con el Rey se confabula;
Que la concesion es nula;
Que se desdice su Alteza.

LORENZO.

¡Es posible!

SOROLLA.

Y está el Fuero
De don Pedro revocado.
Ya no puede ser jurado
Quien no fuere caballero.

LORENZO.

Protestaremos.

SOROLLA.

¿Qué importa
El ruego? ¿qué la amenaza?
Sepa una vez esa raza
Que nuestra paciencia es corta.

LORENZO.

Protestaremos, te digo:
Esto es lo que hoy nos conviene.
¡Guillen! la prudencia tiene
Al celo por enemigo.

VICENTE. (Ap. á Guillen.)

(¿Ves si su intencion penetro?)

LORENZO.

Hagamos ver al Monarca
Que si en sus manos abarca
De entrambos mundos el cetro;
Que si brilla siempre el sol
En su imperio dilatado,
La sangre que lo ha ganado
Es la del pueblo español.
Si la nobleza por ley
Es de su trono sustento,
La plebe es el fundamento
De la nobleza y del Rey.
Segun que goza ó padece,
Frutos ó espinas le manda,
Y más rinde al que la agranda
Que no al que la empequeñece.
Cierto de su amor leal,
Reinará sin sobresalto,
Y en fin, se verá tan alto
Cuanto suba el pedestal.

SOROLLA.

Como esta ocasion no hay dos.

LORENZO.

No hablemos de eso, te ruego.

SOROLLA.

Aprovechémosla, y luégo,
Ya que nos la ofrece Dios.

LORENZO.

Pero, en fin, ¿cuál es tu idea?

SOROLLA.

Fundemos nuestro dominio
Sobre el total exterminio
De esa pérfida ralea.

LORENZO.

¡Para eso invocas el nombre
De Dios!

SOROLLA.

¿Pues no?

LORENZO.

¡Sacrilegio!
¡Guillen! mata al privilegio,
Pero no toques al hombre.

SOROLLA.

¿Qué otro recurso hallarás?

VICENTE.

Sufrir.

LORENZO.

De eso no se trate.
Que nos llamen al combate;
Suene el clarin, y verás.

SOROLLA.

Pues de hacer esa experiencia
Tambien ha llegado el dia.

LORENZO.

¿Cómo?

SOROLLA.

El duque de Gandía
Está ya sobre Valencia.

LORENZO.

¿En són de guerra?

VICENTE.

Está claro.

LORENZO.

Si viene con ese intento,
Hagamos porque al momento
Le salga al paso Juan Caro.

SOROLLA.

¿No es mejor, ya que estos males
Ha de curar el acero,
Segar este semillero
De enemigos naturales?
¿Fiar quieres al azar
Nuestra fortuna?

BERNARDA.

(¡Villano!)

SOROLLA.

Lo que se tiene en la mano,
No se pretende ganar.

VICENTE.

Y tiene razon Guillen.

LORENZO.

¿Ése es tambien tu deseo?

VICENTE.

Yo... yo no sé; pero creo...

LORENZO.
¿Qué?
VICENTE.
Que esto no marcha bien.
Ya se cansa la paciencia
De ver que siendo los amos...
¡Vamos á ver! ¿cuándo echamos
Á los nobles de Valencia?
LORENZO.
¿Tú tambien!
VICENTE.
Hasta ese dia
No habrá libertad ni fueros.
Plebeyos y caballeros
Hacen mala compañía.
No ha de costarnos trabajo
Dar á esa raza opresora
Una buena leccion, ahora
Que los tenemos debajo.
¿Se puede? aquí que no peco.
¿No digo bien?
LORENZO.
¡Inocente!
No te hagas, pobre Vicente,
De esas doctrinas el eco.
VICENTE.
Miéntras tenga autoridad
Esa gente, mucho dudo
Que logre el pueblo menudo
Descanso ni libertad.
La prueba es lo que me pasa;
Porque desde larga fecha
Debo la renta, se me echa
Á la fuerza de mi casa;
Y de mi entusiasmo en premio,
Un jurado de la plebe
Á reclamarme se atreve
La contribucion del gremio.
LORENZO.
Y ¿qué?
VICENTE.
Ya ves que á este paso
Volvemos á lo de ayer.
—Pregunto: ¿qué debo hacer
En uno y en otro caso?
LORENZO.
Obedecer y pagar.
VICENTE.
Es decir, que, chico ó grande,
Quien nos pida y quien nos mande
Nunca nos han de faltar.
LORENZO.
Nunca.
BERNARDA.
¿Ves qué sencillez!
VICENTE.
Pues, Lorenzo, si eso pasa,
Mejor me estoy en mi casa.
Ya lo sé para otra vez.
LORENZO.
Parece que me amenazas.
VICENTE.
Yo... no.
LORENZO.
Pues ¿qué significa?...
VICENTE.
Otra cosa se predica
En las calles y en las plazas.
LORENZO. (Á Bernarda.)
¿Has visto qué rumbo extraño?...
VICENTE.
Pues dicen, y yo el primero:
«Pues que les sirve el dinero
Para hacer al pueblo daño,
Y esa gente trae encendida
De la discordia la llama,
El bien público reclama
Que se tome una medida.»
LORENZO.
Y esa medida, ¿cuál es?
VICENTE.
¡Toma! que hagamos de modo
Que no perjudiquen.
LORENZO.
Todo
Por el público interes.
—Eso está con la razon
Y con la justicia en lucha.
VICENTE.
Pues no falta quien lo escucha,
Y con cierta devocion.
LORENZO.
Sólo á tu imbecilidad
Tolero...
VICENTE.
No lo disputo.
Lorenzo, yo seré un bruto;
Pero estoy por la igualdad.
LORENZO.
Cuando, harto ya de sufrir,
Alcé esta santa bandera,
Pensé que sólo tuviera
Malvados que combatir:
Conté con su ceguedad
Para probar mi constancia;
Pero no con la ignorancia,
Más ciega que la maldad.
BERNARDA. (Ap. á Lorenzo.)
¿Ves?
LORENZO.
Y ésa será mi cruz.
SOROLLA.
¡La ignorancia! ¿eso te asombra?
LORENZO.
Sí, que ésa es la única sombra
Que se resiste á la luz.
Ya sé que no le hacen mella

La verdad ni el sentimiento.
¡Cuánto noble pensamiento
Morirá embotado en ella!
Ya del mio la virtud
Con el objeto se vicia:
Si nos falta la justicia,
¿Qué mayor esclavitud?
(Cayendo en un sillon.)

BERNARDA.
(¡Qué pálido está!) ¿Te sientes
Mal?

LORENZO.
¡Dejadme, desdichados!

BERNARDA.
Idos.

VICENTE.
Estamos medrados,
Si verdades no consientes.

SOROLLA.
¡Oh! no le irrites; ¿ignoras
Que de su mal la violencia
Puede?...

LORENZO.
Ya sé que la ciencia
Tiene contadas mis horas.

SOROLLA.
¡No! no es decir...

LORENZO. (En tono irritado.)
Sí, por Cristo;
Mas vosotros...

BERNARDA.
¡Mira! advierte...

LORENZO.
Quereis abreviar mi muerte.

SOROLLA.
Adios.

VICENTE. (Ap. á Sorolla.)
No quiere; está visto.

## ESCENA V.

BERNARDA y LORENZO.

BERNARDA.
Cálmate.

LORENZO.
(Me ha afligido este debate.)

BERNARDA.
¿Qué es eso?

LORENZO.
Un desaliento repentino;
Un malestar que mi firmeza abate.

BERNARDA.
Sin duda es el cansancio del camino.
—¿No has reposado?

LORENZO.
No; largo y penoso
El tiempo ha sido.

BERNARDA.
El sueño...

LORENZO.
Con empeño
En él busqué el reposo.

BERNARDA.
¿Y no lograste?...

LORENZO.
Sí; pero ¡qué sueño!

BERNARDA.
Despues de tanto afan, no es maravilla,
Y perderás la calma.

LORENZO.
¡Oh! y áun despierto ya, siento en el alma
El horror de mi negra pesadilla.

BERNARDA.
¿La recuerdas tal vez?

LORENZO.
Distintamente.
Tal fué su intensidad, que áun ahora creo
La siniestra vision tener presente.

BERNARDA.
¿No me lo contarás?

LORENZO.
Si es tu deseo...

BERNARDA.
Di.

LORENZO.
Ya el naciente resplandor del dia
Comenzaba á alumbrar en mi aposento,
Y áun de las olas de la mar sentia
Mi sangre el perezoso movimiento.
Me abandonaba mi razon, inerte;
Cerrábanse mis párpados; á poco
La tenue luz del alba se convierte
De vivo rayo en penetrante foco,
Y libre ya de aquella pesadumbre,
Abarcaba mi vista un encantado
Rico país, por la esplendente lumbre
De un imposible sol iluminado.
Bosques, montañas, enramadas bellas
De robusto verdor, palmas gentiles,
Sendas doradas; mas notaba en ellas,
Como en los campos africanos, huellas
De fieras y reptiles.
Tranquilizó mi espíritu afligido
Hallar á breve trecho
Á un gallardo mancebo, que dormido
Mostraba inerme el sosegado pecho.
Era un pobre pastor; por la pradera
Triscaba su ganado,
Aquí y allí con rápida carrera,
Dejando en la espinosa cambronera
De su vellon el copo enmarañado.
Hé aquí que de repente, de un fragoso
Bosque, un leon desmesurado avanza,
Y salta, y sobre el grupo bullicioso
Del ganado pacífico se lanza.
Rugiendo de placer, en un instante
Arrebata una oveja,
Que entre sus garras tiembla palpitante,
Y con balido trémulo se queja.
»¡Guarda el leon!» grité, y arrebatado

De generoso impulso, hácia la fiera
Me adelanté con ánimo esforzado;
Y rugió sordamente
El vigoroso bruto, y los despojos
Arrastrando á su cueva, de repente
Despareció á mis ojos.
Tiemblo de gozo y vencedor me creo;
Llamo al pastor, pero mi voz no escucha;
Y le busco, y le veo
Con una hiena en pavorosa lucha;
Pero ¡qué hiena! Al paso que rutila
En sus miradas la fiereza insana,
Despide su pupila
Rayos oblicuos de expresion humana.
Y el pastor, apurando su agonía,
Exclamaba con voz de angustia llena:
«¡Tu grito me mató!» y es que yo habia
Despertado á la hiena,
Que á largo espacio del pastor dormia.
Y yo, que tan valiente y animoso
Hice frente al leon embravecido,
Al oir este acento lastimoso,
Me sentí de pavor sobrecogido.
Tiemblo y huyo cobarde, en mi carrera
Dejando atras el bosque y la montaña,
Hasta dar en la plácida ribera
Que el fresco Turia baña;
Y á mirarme pasar, alborotado,
El pueblo acude en turba presurosa,
Y de una pica al hierro ensangrentado
Una cabeza se asomó curiosa.
¿De quién era? ¿de quién? Yo he conocido
Las facciones terribles de aquel hombre;
Mas ya... ¡qué extraño olvido!
Ni su cara recuerdo ni su nombre.

BERNARDA.

Comprendo ese terror: ¿no será aviso
De Dios...

LORENZO.

Tal vez.

BERNARDA.

Que de tu mal te advierte?

LORENZO.

¡Preocupacion vulgar! ¿será preciso
Que te escuche tambien el hombre fuerte?
¡No! ¡no! ¡necia aprension! Dios no revela
Los sucesos futuros,
Y en vano el hombre penetrar anhela
Más allá de sus límites oscuros.
Ésos, de la pagana idolatría
Sin duda son resabios,
Ó vanidad estéril de los sabios,
Como la judiciaria astrología.
Olvidémoslo, pues; de otros temores
La espectacion mi espíritu acobarda.
Si es verdad que han logrado los señores...
—Hoy tengo mucho en que pensar, Bernarda;
Mil cosas á la vez. De cierto reo
Hoy debe pronunciarse la sentencia.

BERNARDA.

Ya me olvidaba; hoy mismo, á lo que creo,
Le tendrás en Valencia.

LORENZO.

¡Insensato!

BERNARDA.

Francin, miéntras dormias,
Me avisó de su próxima llegada.
Su palabra te cumple, pues le fias.

LORENZO.

Más se la agradeciera quebrantada.
Caro, Périz y Coll serán sus jueces.

BERNARDA.

Dios en sus almas la piedad influya.

LORENZO.

¿Pensaste en nuestra boda?

BERNARDA.

Algunas veces.

LORENZO.

¿Cuándo será?

BERNARDA.

Mi voluntad es tuya.

LORENZO.

Y ¡qué! ¿voy á ser dueño de tu mano?
¿Puede tal dicha merecer un hombre?
(Cogiéndole una mano, que ella procura hacerle soltar.)

BERNARDA.

Adios.

LORENZO.

¡Bernarda mia!

BERNARDA.

Adios, hermano.
(Desasiéndose de él y alejándose.)

LORENZO.

Por la postrera vez te oigo ese nombre. (Vase.)

## ESCENA VI.

BERNARDA. Luégo EL CONDE.

BERNARDA.

¡Buen Lorenzo! y ¡cuánto me ama!
Pero ¿cómo es que he podido,
Siendo mi único deseo,
Desconocer su cariño!
Y ¿cómo ocultarse pudo
Á su perspicacia el mio!
—¡Cuánto nos hemos mirado!
¡Qué tarde nos hemos visto!
—¿Quién es?
(Viendo al Conde, que sale en este momento.)

CONDE.

¿Bernarda?

BERNARDA.

(¡Aquí el Conde!)
¡Salid! ¡salid!

CONDE.

No dés gritos.

BERNARDA.

¡Qué atrevimiento!

CONDE.

Me tienes,
Con razon, aborrecido.
Mas no temas; ahora vengo
Á tu voluntad sumiso;
Si con mucho afan te adoro,
Con más respeto te miro.

BERNARDA.

¿Qué buscais?

CONDE.

Busco á Lorenzo.
Fuera de mi cuna indigno
Quebrantar una palabra
Á tan honrado enemigo.
Sé que de mi breve ausencia
Se me acusa; ya me han dicho
Que mi honor se ha puesto en duda
Por engañosos indicios;
Mas si el deber me ha llamado
Á otra parte, ya cumplido,
Vengo á probaros que soy
Del nombre que llevo digno.

BERNARDA.

No lo ha dudado un momento
Mi hermano; pero imagino
Que vais á darle un pesar.

CONDE.

¿Con mi venida?

BERNARDA.

Os lo afirmo.

CONDE.

¿Por qué razon?

BERNARDA.

Porque está
Vuestra existencia en peligro.

CONDE.

¡Mi existencia!

BERNARDA.

En sus rencores
El pueblo está endurecido,
Y debeis temer...

CONDE.

No alcanzan
Hasta mi altura esos tiros.

BERNARDA.

La presuncion os deslumbra;
Mirad por vos: ¡idos, idos!

CONDE.

¿Y mi juramento?

BERNARDA.

Estais
Relevado de cumplirlo.
El jurado os amenaza;
No desprecieis el aviso;
Que hay ya justicia en Valencia,
Y aquí no estais muy bienquisto.

CONDE.

¡Yo huir de tales contrarios!

BERNARDA.

Sí, Conde.

CONDE.

Fuera el ludibrio
De la nobleza, el oprobio,
La deshonra de los mios.
¡Oh! por desgracia no tiene
Gran valor mi sacrificio;
Mi riesgo está en otra parte:
Está aquí, vive contigo.

BERNARDA.

¿Otra vez!

CONDE.

El desdeñado
Siempre ha tenido permiso,
Ya que sienta su desprecio,
Para aliviarle en suspiros.

BERNARDA.

Pues yo no quiero escucharlos.

CONDE.

¿Ni áun quejarme?...

BERNARDA.

Os lo prohibo.

CONDE.

¿Hay tan fiera tiranía!
¡Y hablaréis de despotismo!
—Pero mi amor es muy grande,
Puede mucho.

BERNARDA.

No conmigo.

CONDE.

Podrá; mas sin ofenderte.
¡Bernarda! si hasta aquí he sido,
Y con rubor lo confieso,
Desalmado y libertino,
Desde hoy por opuesto rumbo
La luz de tus ojos sigo.
No mires en mí al infame
Que tu pudor ha ofendido,
Y abra mi arrepentimiento
Á tus piedades camino.

(Bernarda hace que se va.)

—No te alejes, es inútil;
Ó adonde quiera te sigo.

BERNARDA.

Pero esto es infame.

CONDE.

Escúchame
Hasta el fin, y me despido.

BERNARDA.

Hablad, pues.

CONDE.

De Barcelona
En este momento mismo

Llego, donde al Rey de España
Don Cárlos Primero he visto.
Despues que hube terminado
Asuntos de su servicio,
Le hablé de mi amor, haciendo
Confesion de mi delito.
Reprendiómelo el Monarca,
Me escudé con tus hechizos;
Me habló de honor y deberes,
Yo de mi ardiente cariño;
Y viendo que no podia
Nada la razon conmigo,
«Ámala», exclamó, y entónces
Sí que le escuché sumiso.
«Puesto que ese amor es causa
De alteraciones, me dijo,
Nobleza para dos tienes;
Casarte es mejor arbitrio.»
De mi embajada, esto es
Lo mejor que aquí he traido:
El consejo de palabra,
Y el mandato por escrito.

BERNARDA.

¿Nada más?

CONDE.

Pues ¿no es bastante?

BERNARDA.

Y ¿el Rey tambien os ha dicho:
«Sé amado»? ¿Presume el Rey
Disponer de mi albedrío?

CONDE.

No manda en las voluntades;
Pero sin duda ha creido
Que mi amor... En este punto,
Perdóname, estoy tranquilo.

BERNARDA.

Yo tambien: tan imposible
Es que os dé jamas el título
De esposo...—En una palabra:
No os quiero para marido.
Suponed que yo os amara
Con ardiente desvarío;
—Y agradezco mucho al cielo
Que me ha dado más juicio,
—Nunca fuera vuestra esposa;
Vuestros ultrajes indignos
Lo hubieran hecho imposible,
Si posible hubiera sido.

CONDE.

¡Mal haya el corcel villano
Que en el momento preciso
De alcanzar tan alta dicha,
Desmintió su ardiente brío!

BERNARDA.

¡Bien, señor Conde! ya veo
Que venis arrepentido.

CONDE.

¡Con que, es decir, que prefieres,
En tu loco desatino,
Tu pobreza á mi opulencia!

BERNARDA.

Y áun gananciosa me estimo.
La riqueza... Dios lo sabe,
Me agrada, aunque no la envidio,
Y á ser rico el que prefiero,
No le dejara por rico;
Pero ¿no será locura
Si, por un falso egoismo,
En cambio de vanidades,
Mi voluntad esclavizo?
Si las galas han de ser
De mi libertad los grillos,
Bien me estoy con la estameña
Que mis manos han tejido.

## ESCENA VII.

DICHOS, y JUAN LORENZO.

CONDE.

Lorenzo viene.

LORENZO.

¡Era cierto!
¡El Conde en mi casa!

CONDE.

El mismo.
¿No me esperabas?

LORENZO.

Sí, Conde.

CONDE.

Pero estarás más tranquilo
Ahora que me ves, ¿no es cierto?

LORENZO.

Y ¿si al contrario os afirmo?...

CONDE.

Mas yo sé lo que me debo.

LORENZO.

Decid: ¿á qué habeis venido?

CONDE.

Á cumplirte mi palabra.

LORENZO.

Á aumentar nuestro conflicto.
¿No sabeis que hoy os sentencian?

CONDE.

Ya lo sé.

LORENZO.

¿Que con ahinco
Se os busca por todas partes?

CONDE.

Y ¿qué más?

LORENZO.

Qué estais convicto...

CONDE.

Y confeso... ¡si yo tengo

Vanidad en mi delito!
Aquí estoy: venga en buen hora
Esa turba de asesinos.

LORENZO.

Mirad que la ira de un pueblo
Es ciega.

CONDE.

Yo le autorizo
Á deshonrar mis blasones,
Si me arrancan un gemido.

BERNARDA.

Mas ¿cómo han averiguado
Su venida?

LORENZO.

Es muy sencillo.
Ha hecho cubrir de carteles
Los más frecuentados sitios
De la ciudad, en que da
De su llegada el aviso.

CONDE.

En casa de Juan Lorenzo
Espero mi fallo, digo;
Y á jueces y á pueblo, á todos
Y juntos los desafío.

LORENZO.

¡Santo Dios! ¡qué poderosa
Es la vanidad!

BERNARDA. (Desde la ventana.)

¿Qué gritos
Son ésos?

LORENZO. (Acercándose á la ventana.)

¡Callad!

BERNARDA.

Si llegan
Á encontrarle en este sitio...

## ESCENA VIII.

DICHOS, y VICENTE.

LORENZO.

¡Vicente!

BERNARDA.

¿Vendrá á avisar
Lo sucedido?...

VICENTE. (Viendo al Conde.)

(*Ecce homo...*)

LORENZO.

¿Vienes del tribunal?

VICENTE.

¿Cómo
Habia yo de faltar!
Toda la flor de Valencia
Estuvo: ¡fué cosa brava!

LORENZO.

¿Hablarás?

VICENTE.

Ahora se acaba
De pronunciar la sentencia.

BERNARDA.

Y ¿es?

VICENTE.

Caro lo contradijo;
Pero habló poco: fué cauto.
En fin, acordóse el auto
Tras de un exámen prolijo,
Y os aplican por aquella (Al Conde.)
Y ésta y las otras razones,
La pena que á Gil Quiñones,
Raptor de Juana Corella.

LORENZO.

¿Es cierto?

VICENTE.

Y en muy concisas
Palabras.

BERNARDA.

¡Eso es terrible!

LORENZO.

¡Pena de muerte!

CONDE. (Con tranquilidad.)

Imposible.

VICENTE.

(Ya te lo dirán de misas.)
Así el tribunal lo acuerda,
Y en horca.

CONDE.

¡Insulto grosero!
¡Horca para un caballero!

VICENTE.

Con tres palos y una cuerda.

CONDE. (Empuñando la espada.)

¡Malsin!

VICENTE.

Yo no aumento nada.

LORENZO.

¡Calla!

CONDE.

Su audacia me admira.

LORENZO.

Conde, sosegad la ira;
Que ya es inútil la espada.

(Viendo aparecer á la puerta algunos desmandados.)

CONDE.

Esto es en mí indignacion,
Y no miedo á la sentencia;
Que ántes se hundirá Valencia,
Que llegue á la ejecucion.
Pero de esos leguleyos
Váyase el celo á la mano,
Que aquel raptor fué villano.

## ESCENA IX.

DICHOS y GUILLEN SOROLLA; entran en la escena LOS DESMANDADOS.

SOROLLA.

Ya somos todos plebeyos.

LORENZO. (Al oido á Sorolla.)
¡Vienes á vengarte!

SOROLLA.
No.

LORENZO.
¡Á asesinarle, insensato!

SOROLLA.
No, Juan; no hay asesinato
Donde la justicia habló.
Le mata su mano fuerte.

LORENZO.
¡Cómo han unido los hombres
Los dos enemigos nombres
De la justicia y la muerte!

SOROLLA.
Esa pena y otras tales
Sancionaron sabios reyes,
Y está escrita en nuestras leyes,
Hoy para todos iguales.
«El que robare doncella
Por fuerza», escrito allí está
Sin más glosa, «morirá.»

LORENZO.
«Si no casare con ella.»

BERNARDA.
Mas, como noble y cristiano,
Que á su obligacion responde,
Á mi casa vino el Conde
Para ofrecerme su mano.

CONDE. (Con altivez.)
Ahora resisto...

BERNARDA.
Jurad
Que no me habeis prometido,
Hidalgo, ser mi marido.

CONDE.
Nunca niego la verdad.

BERNARDA.
Yo lo acepto.

CONDE.
¡Qué! ¿sería
Posible!...

VICENTE.
¡Está en su juicio!

LORENZO.
(Comprendo tu sacrificio,
¡Pobre compañera mia!)

CONDE.
Si esa ventura me ofreces,
Yo, feliz...

SOROLLA.
Ántes hagamos
Otra averiguacion.

BERNARDA.
Vamos
Adonde están vuestros jueces.

SOROLLA.
¡Bernarda!

VICENTE.
(¿Será verdad?)

SOROLLA.
Pero el rapto es un delito...

BERNARDA.
¡Calla!

SOROLLA.
No.

BERNARDA.
Calla, repito:
Contó con mi voluntad.

SOROLLA.
Mas puso á tu infamia el sello
Con aquel ultraje.

BERNARDA.
No;
No hubo ultraje, porque yo
Dí licencia para ello.
¡Qué obstinacion! ¡qué placer
El tuyo tan singular!
Nada quieres perdonar
Al rubor de una mujer.

SOROLLA.
Bernarda, sigue la huella
Que los nobles nos trazaron:
Ellos jamas perdonaron;
Imita á Juana Corella.

BERNARDA. (Desde la puerta del fondo.)
¡No! ¡no!

(Vase por el fondo, acompañada del Conde y seguida de Vicente y algunos desmandados.)

## ESCENA X.

LORENZO. GUILLEN SOROLLA y DESMANDADOS.

LORENZO.
¡Su piedad le valga!

SOROLLA.
¿No te indigna esa mujer?

LORENZO.
Deja á la plebeya ser
Más hidalga que la hidalga.

SOROLLA.
Lo que noto, lo que veo,
Es que en su orgullo insolente,
Siempre y en todo esa gente
Se sale con su deseo.
Con el desprecio en los labios,
Con el rencor en el alma,
Nos quita la honra y la calma,
Y nos las paga en agravios.
¡Pueblo! á vengarlos te exhorto;
No te queda otra esperanza;
Pero marcha á la venganza
Por el camino más corto.

No uses de piedad; arrolla
Cuanto se oponga á tus iras.

DESMANDADOS.

¡Viva Guillen!

SOROLLA.

¡Qué! ¿me miras?

LORENZO.

¡Te compadezco, Sorolla!

SOROLLA.

Piensa en que va por allí,
Ajena ya, tu Bernarda;
Acuérdate de eso, y guarda
La compasion para tí.

LORENZO.

Prefiero mi acerba pena
Á tu victoria imprudente.

SOROLLA.

Estamos ya frente á frente.

(Vase, seguido de los desmandados.)

LORENZO.

Yo he despertado á la hiena.

## ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto anterior.

### ESCENA PRIMERA.

JUAN LORENZO, que viene de la calle y se dirige á su habitacion, despues de examinar un momento la escena; luégo GUILLEN SOROLLA.

LORENZO.

¡Nadie!... ¡mejor! me avergüenzo
De que mis rojas pupilas
Vea Bernarda.—¡Qué! ¿áun vacilas?
¿Te arrepientes, Juan Lorenzo?
¡Ea! ¡adelante! ¡es ya tarde!
Si es que vencer te propones,
Cesen las vacilaciones
De tu espíritu cobarde.
—¡Cobarde! ¡ay, no! quien destruye
Su felicidad mayor
No es un cobarde; en amor
El valiente es el que huye.

(Sorolla le detiene en el momento en que va á entrar.)

SOROLLA.

¿Adonde vas?

LORENZO.

¿Á qué vienes?
Entre nosotros no hay ya
Lazo alguno...

SOROLLA.

Vuelve acá,
Y dime: ¿qué es lo que tienes?

LORENZO.

Aparta.

SOROLLA.

Áun puedes conmigo,
Y en tu provecho, hacer paces.

LORENZO.

Nunca, Sorolla.

SOROLLA.

Mal haces;
Que soy temible enemigo.

LORENZO.

Mas ya invulnerable soy.

SOROLLA.

No conoces mi poder.

LORENZO.

Pues di: ¿me puedo ya ver
Más bajo de lo que estoy?
Aparta, digo.

SOROLLA.

Cualquiera,
Al verte, ¡por vida mia!
De tu aliento dudaria.
—Áun no se ha casado: ¡espera!

LORENZO.

No me hables ya de esperanza;
Ya no la hay sino en la muerte
Para mí.

SOROLLA.

Vengo á ofrecerte...

LORENZO.

Nada quiero.

SOROLLA.

Mi alianza.
Pero jura aborrecer,
Como yo, con alma y vida,
Y siempre, á esa fementida,
Á esa pérfida mujer.

LORENZO.

No la ultrajes; te lo ruego.

SOROLLA.

¿Áun la defiendes?

LORENZO.

Te juro...
—Grande es mi amor, pero es puro;
Ardiente, pero no ciego.

SOROLLA.

Sólo esa respuesta da...

LORENZO.

El que su dicha desea.

SOROLLA.

Pues yo no quiero que sea
Del Conde, y no lo será.
Esto á proponerte vengo;
¿Lo aceptas? vamos á una;
¿No lo aceptas? por fortuna
Medios para todo tengo.

LORENZO.

¿Qué vas á hacer?

SOROLLA.

¡Por mi nombre!
Ya sabes mi historia amarga.
Tengo una cuenta muy larga
Que ajustar con ese hombre.
Si hasta ahora he sellado el labio,
Aplazando mi venganza,
Sepa que ya en la balanza
He puesto el último agravio;
Y hoy verá si vengador
De mis pesares ocultos,
Sé pagar años de insultos
Con instantes de dolor.
Ahora que por tal estilo
Vengarme se me concede,
¡Mira! ¡no sé cómo puede
Vivir ese hombre tranquilo!
¡Oh! si el cabello al primer
Murmullo no se le eriza,
Si no teme mi ojeriza,
¡Qué valor debe tener!

LORENZO. (Mirándole con espanto.)

¡Oh!

SOROLLA.

Y al salirle al encuentro,
Aspiro á un objeto doble.

LORENZO.

¿Qué más?

SOROLLA.

Que no quede un noble
De las murallas adentro.

LORENZO.

Á mucho aspiras.

SOROLLA.

Á más
Se atreve y lo hará mi bando.
Á las gentes que yo mando,
Esa gloria deberás.

LORENZO.

Pero ¿cómo!

SOROLLA.

Es muy sencillo,
Y áun verás otras empresas.

LORENZO.

Guillen, ¿qué gentes son ésas
Que te llaman su caudillo?
Desde que eres tú el más fuerte,
Una noche no ha dormido
Valencia, sin que al ruido
De algun crímen se despierte.
Dicho sea entre los dos,
Aborrezco á esa canalla,
Que hace campo de batalla
Hasta la casa de Dios.
Así, pues, ¿no me dirás
(Que conocerla deseo)
Qué gente es ésa, que creo
No haberla visto jamas?

SOROLLA.

La plebe es, que sin empacho
A los tiranos se atreve.

LORENZO.

Mentira; ésa no es la plebe.

SOROLLA.

¿No? pues ¿qué es?

LORENZO.

El populacho.

SOROLLA.

Mas quiere...

LORENZO.

No me persuades.
Quiere licencia ó cadenas.
Para esas gentes son buenas
Todas las calamidades.

SOROLLA.

¡Vive Dios!

LORENZO.

Deja ese bando,
Y oye á tu propio egoismo.
Tú no has medido el abismo
Donde te vas despeñando.
Miéntras con tales horrores
Su buen nombre menoscabes,
El pueblo hallará suaves
Sus antiguos opresores;
Y tras de algun alboroto
Pondrá á su infortunio el sello
Soldando sobre su cuello
La argolla que ayer ha roto.
No le acuses, si volver
Le vieres á ser esclavo.
¿Qué le ha de importar, si al cabo
De uno ú otro lo ha de ser?

SOROLLA.

No me hagas tales ofensas;
Yo, que de buena fe voy...

LORENZO.

No me lo niegues; estoy
Oyéndote lo que piensas.
Se están en tu corazon
Librando espantosa lidia
El despecho con la envidia,
La rabia con la ambicion.

SOROLLA.

Tu causa juré en las aras.

LORENZO.

No; tú no tienes bandera.
Á tener una... cualquiera,
Guillen, no la deshonraras.

SOROLLA.

No me insultes.

LORENZO.

Es un lago
Irritado éste que miras,

Y que alteraron mis iras
En momento bien aciago;
Y cuando se oye áun bramar
Del huracan la violencia,
Y consagro mi existencia
Á la causa popular,
Tú, esquivando mis afanes,
Á aprovechar te das prisa
La perturbacion precisa
Que llevan los huracanes.
Tú de las aguas furiosas
Sondaste el revuelto seno,
Creyendo encontrarlo lleno
De riquezas fabulosas.
Pero, ¡ay, necio, que te engañas!
Lo que has arrancado al fondo
No es sino el légamo hediondo
Que se pudre en sus entrañas.

### ESCENA II.

DICHOS y VICENTE.

LORENZO.
¿Qué traes, Vicente?

VICENTE.
Hay noticias
De Juan Caro; un desmandado
Del campo me las ha dado.

SOROLLA.
¿Son malas?

VICENTE.
No espero albricias.

LORENZO.
Eso es decir...

VICENTE.
Sólo digo
Lo que digo.

LORENZO.
No repares...

VICENTE.
Se han vuelto los populares,
Sin buscar al enemigo;
Y la gente descontenta
Dice, bramando de enojo,
Que fueron por el despojo,
Y se vuelven con la afrenta.

LORENZO. (Á Sorolla.)
¿Qué dices?

SOROLLA.
Que por lo visto,
Hay traidores.

VICENTE.
Sí.

SOROLLA.
¿Lo dudas?

LORENZO.
¿Qué he de dudar? ¿No hubo un Júdas
Capaz de vender á Cristo?
Y al cabo conseguirán...

SOROLLA.
Mas no provocan tu encono.

LORENZO.
Es que ya los abandono
Á su conciencia.

SOROLLA.
No, Juan;
Es que empezaste muy fiero,
Y te has quedado sin pulso.
Siempre es el que da el impulso
El que se cansa primero.
Así de tu autoridad
El brillo has menoscabado;
Pero yo, que no he gastado
Mi fuerza y mi voluntad,
Aunque pequeño y rüin,
Desde hoy con mayor aliento
Llevaré tu pensamiento
Á su venturoso fin.

VICENTE.
¡Qué! ¿ya reñis! ¡Mal presagio!

LORENZO.
Por distinto mar corremos;
Mas todos nos hallaremos
En el dia del naufragio. (Vase á su habitacion.)

### ESCENA III.

SOROLLA y VICENTE.

SOROLLA.
¿Qué te parece? ¿Has oido?

VICENTE.
Sí.

SOROLLA.
Y ¿qué?

VICENTE.
Cuanto aquí oigo y veo,
Me escama: ahora sí que creo
Que Lorenzo se ha vendido.

SOROLLA.
Deja del pueblo la suerte
En mis manos.

VICENTE.
¡Mentecato!

SOROLLA.
Sin duda el frecuente trato
Con los nobles le pervierte.
Con ellos todos los dias
En roce, ¿á quién se le oculta?...

VICENTE.
Ahí tienes lo que resulta
De las malas compañías.

SOROLLA.
Pues bien ¡ pese al mismo Rey!
¡Qué diablos! hagamos algo,

Y aquí no quede un hidalgo,
Á empezar por el Virey.
Tenemos autoridad,
Hierro, manos y ardimiento,
Y ¡áun no barre nuestro aliento
De esas gentes la ciudad!

VICENTE.

Pues á ver cómo les ganas
Por la mano.

SOROLLA.

Dios mediante...

VICENTE.

¿Cuándo ha de ser?

SOROLLA.

Al instante.

VICENTE.

¿Echo á volar las campanas?
¡Caigan los pájaros gordos!

(Haciendo que se va.)

SOROLLA.

Espera; otro es mi deseo,
Y con tanto campaneo,
Los más se han quedado sordos.

VICENTE.

Pues ¿cómo?

SOROLLA.

De esta manera.
Supon que un caudillo, un trece,
Asesinado perece
Por un hidalgo cualquiera.

VICENTE. (Entusiasmado.)

¡Y si fueras tú, Guillen!
¡Hombre! ¡la ocurrencia es brava!
Te juro que se abrasaba
Toda la ciudad.

SOROLLA.

Pues bien,
Yo he de ser el muerto.

VICENTE.

¿Cierto?
—¡Qué noble!

SOROLLA.

(¡Qué imbécil eres!)

VICENTE.

Ya comprendo lo que quieres.

SOROLLA.

Pues figúrate que he muerto.

VICENTE.

Cuando hay corazones tales,
¿Quién nuestras cervices doma!
Envídiennos Grecia y Roma,
Sepa el mundo lo que vales.
Tú quieres tu sangre dar
En generoso tributo...

SOROLLA.

¡No, hombre! ¡no! (¡Tiene este bruto
Un modo de interpretar!...)

VICENTE.

¿No dieras tu vida?...

SOROLLA.

Sí,
Cuando fuera necesario.

VICENTE.

¿Con que, no es eso?

SOROLLA.

Al contrario;
Hago mucha falta aquí.
Mi muerte ha de ser fingida;
Tú das la nueva, yo estoy
Oculto entre tanto, y hoy
No nos queda un noble á vida.
—¿No es igual?

VICENTE.

No, á la verdad;
Que á ser cierta, y no ficticia,
Pudiera dar la noticia
Con más naturalidad.

SOROLLA.

¿Vamos?

VICENTE.

Aunque no sea justo
Así, á secas...

SOROLLA. (Llevándoselo.)

Oigo ruido.

VICENTE.

Varias veces he mentido;
Pero no tan á mi gusto.

(Vanse.)

## ESCENA IV.

BERNARDA. Luégo LA MARQUESA.

BERNARDA.

¿Quién hablaba aquí? ¡dos hombres!

(Asomándose á la ventana.)

Aunque empieza á anochecer,
Los reconozco: Vicente
Es uno, y Sorolla aquel.
¿Á qué vino ese malvado
Á esta casa! Bien se ve
Que falta de aquí Lorenzo.
Cerremos la puerta... ¿Quién?

(Al ir á cerrar la puerta, aparece en ella la Marquesa, cubierta con un manto. Se descubre al entrar.)

MARQUESA.

¡Bernarda, amiga!

BERNARDA.

¿Qué es eso?
¿Cómo á estas horas!...

MARQUESA.

Tal es
Mi temor.

BERNARDA.

Y ¡sola!

MARQUESA.

Sí,

Que esto ha sido menester.
—Á solicitar tu amparo
Vengo.

BERNARDA.

¡Mi amparo quereis!
En bien miserable estado
Habeis debido caer.

MARQUESA.

En efecto, y á tí vengo
Llena de espanto.

BERNARDA.

¿Por qué?

MARQUESA.

¿Por qué ha de ser? Porque en esta
Vertiginosa Babel
Se desconoce el respeto,
Y se ha olvidado el deber.
Esta noche ha pretendido
Amenazador tropel
De desmandados, las puertas
De mi palacio romper,
Y dejó, como señales
De tamaña avilantez,
Horadadas las paredes
Y quebrantado el cancel.

BERNARDA.

¡Malvados!

MARQUESA.

Por eso vengo
Á implorar esta merced
Por sólo una noche.—¿Dudas
Ó recelas?...

BERNARDA.

Me ofendeis.
Si débil y sola, tanto
Puede una pobre mujer...

MARQUESA.

¿Y Juan Lorenzo?

BERNARDA.

¡Ay, señora!

MARQUESA.

¡Qué, vacilas!

BERNARDA.

No lo sé.
Tres dias hace que huyendo,
En abandono cruel
Me deja.

MARQUESA.

¿Cómo es posible!

BERNARDA.

¡Tres dias, señora! ¡tres!
Yo, que ántes que de la paz
Llorara perdido el bien,
¡No he pasado un solo dia
Sin que me mirara en él!...
—Pero ántes son vuestras penas;
Las mias vendrán despues.
—¿Cómo es que á los desmandados
Tan ciego rencor debeis?

MARQUESA.

Tu sacrificio sublime
En ellos ha hecho crecer
El ódio contra mi hermano.

BERNARDA.

¡Vuestro hermano!... responded,
¿Áun está en Valencia?

MARQUESA.

Nada
Le ha podido convencer.
Cada vez más obstinado,
Más amante cada vez,
Ahora anima su esperanza
Con la fuerza del deber.

BERNARDA.

¡Ese hombre quiere mi muerte!
— Por salvarle, no dudé
En calumniarme á mí misma,
Lastimando mi honradez.
Una tregua, un breve plazo
Para salvarle, busqué;
Pero no voy más allá;
Que áun me fuera más cruel
Dar mi libertad á un hombre
Á quien no puedo querer.

MARQUESA.

Pues ¿le aborreces?

BERNARDA.

Lo ignoro.

MARQUESA.

¿Qué dices?

BERNARDA.

Nó lo extrañeis.
¡Hace tan poco, señora,
Que he aprendido á aborrecer!
Pero que nunca ha de verme
Su esposa, que amante fiel
Guardo á Lorenzo en el alma,
¡Vaya! ¡eso sí que lo sé!

MARQUESA.

¿Y si llega á abandonarte?

BERNARDA.

¡Lorenzo! ¡no puede ser!
Vendrá.

MARQUESA.

Pues ¿de qué lo sabes?

BERNARDA.

Vendrá.—¿No os lo dije?

(Señalando á Lorenzo, que aparece en este momento á puerta de su habitacion.)

Él es.

MARQUESA.

Ánimo.

## ESCENA V.

DICHOS y LORENZO.

BERNARDA.

¿No estoy temblando?

LORENZO.

(¡Ay, desdichados amores!)

(Va á atravesar el teatro.)

MARQUESA.

Ven aquí, yo te lo mando.

BERNARDA.

No, yo te lo ruego: ¿cuándo
Tendrán fin estos dolores?

LORENZO. (Con severidad.)

Hoy mismo.

MARQUESA.

Estoy de por medio,
Y es injusto ese desvío.

BERNARDA.

¿Qué tienes?

LORENZO.

Cansancio y tedio;
Pero al fin hallé el remedio
Á tu mal, ya que no al mio.

BERNARDA.

¿Cuál?

LORENZO.

La ausencia lo ha de ser;
Y en medio poniendo el mar,
Que facilite el deber,
Ni yo te veré casar,
Ni tú me verás volver.

MARQUESA.

¡Insensato!

BERNARDA.

¡Pobre amigo!
¡Casarme yo! ¡estás terrible!

LORENZO.

¿No?

BERNARDA.

¡Cuando yo te lo digo!
— Pero ¡Lorenzo! ¿es posible
Que tú te enojes conmigo?
Si son de tu amor despojos
Mis gustos, si eres mi gloria,
Dando tregua á tus enojos,
Recuérdalo en tu memoria
Ó pregúntalo á mis ojos.

LORENZO.

Basta, Bernarda.

BERNARDA.

¡No! ¡espera!
Escúchame, si no quieres
Que de este pesar me muera.

LORENZO.

¡Déjame huir!

BERNARDA.

¡Huir!

MARQUESA.

Eres
Un insensato, una fiera.

LORENZO.

¿Por qué?

MARQUESA.

Su defensa tomo,
Porque en tí no encuentro asomo
De amor, sino de egoismo.
¿Dudas de Bernarda?

LORENZO.

¿Cómo,
Si es la mitad de mí mismo!
Ya sé el móvil que la inspira;
Que no es tan ciega mi ira,
Ni mi razon es tan ruda.
Pues ¡qué, señora! ¿se duda
Del aire que se respira?
Y ése es mi duelo mayor,
Señora, y ésa es mi pena;
Que conociendo su amor,
Á perderlo me condena
Del vulgo ciego el error.

MARQUESA.

¡Quién oye esa autoridad!
¿Quién, que de intento no vaya
Contra la misma verdad,
Tira un diamante porque haya
Quien dude de su bondad!

BERNARDA.

¡Señora! ¿que eso os asombre!
Se trata de su renombre,
De su honor, de sus deberes.
Ante la fama de un hombre,
¿Qué valemos las mujeres?
Miradlo en mí: yo ¿he dudado
En poner mi nombre honrado
De la calumnia al juïcio?
¿No hice de estar á su lado
El valiente sacrificio?
Yo, que, aunque humilde, soy dama,
Antepuse á mis sonrojos
El amor que hácia él me llama,
Y amante, cerré mis ojos
Al peligro de mi fama.
¿Verdad? y eso que tenia,
Para que ningun tormento
Faltara á la pena mia,
Entero convencimiento
Del peligro que corria.
Pero me dije, contenta
Con mi inmerecida afrenta,
Aunque era afrenta cruel:
«Vaya de su dicha á cuenta;
Sufrámosla, que es por él.»
Y mi honor saldrá á su encuentro;
Que un trono en mi pecho tiene,
Y está en él como en su centro.

LORENZO.

Mas la honra...

BERNARDA.

La honra no viene

De afuera; sale de adentro.

MARQUESA.

Más fe merece á mi hermano,
Que de su honradez seguro,
La ofrece su noble mano.

LORENZO.

Teneis razon.

MARQUESA.

Y no en vano:
Eso tambien te lo juro.

LORENZO.

Pues yo no debo, no quiero
Matar tu dicha: eso no;
Que tu bien es lo primero.
Mejor suerte te brindó
El amor de un caballero.

BERNARDA.

Mas cuando el cariño falta,
¿Qué importa que el oro sóbre?
Ni á mí la ambicion me exalta,
Ni quiero dicha más alta
Que ser de mi amante pobre.

LORENZO.

(Y ¡áun resisto!...)

BERNARDA.

Aquí me trajo
La mano de Dios; aquí,
En estado humilde y bajo,
Me he acostumbrado al trabajo,
Y me he acostumbrado á tí.
Pongo á tu fe por testigo:
Ya para olvidarte es tarde,
Y si es del cielo castigo,
Otra pena no me guarde
Que vivir pobre y contigo.

LORENZO. (Medio vencido.)

¡Por Dios!— ¡Ay, Bernarda mia!

BERNARDA. (Con esperanza.)

¡Lorenzo!

LORENZO.

Enjuga tu llanto.

BERNARDA.

¡Lorenzo!

LORENZO.

Ya yo sabía
Que resistir no podia
De tu palabra al encanto.

BERNARDA.

Pero ¡es posible!

LORENZO.

¡Sí, hermosa!
Al fin la fuerza rebosa
De mi cariño profundo.
Hoy mismo serás mi esposa,
Piense lo que quiera el mundo.

## ESCENA VI.

DICHOS y EL CONDE.

LORENZO.

Venid, Conde.

CONDE. (Á Bernarda.)

Recibí
Tu billete, y ¡vive Dios!
Lo que más siento es que tengas
Contra mí tanta razon.
Pero no darme la vida
Hubiera sido mejor
Que engañar mis esperanzas.

BERNARDA.

La suerte así lo ordenó.

MARQUESA.

¿No sabes que ama á Lorenzo?

CONDE.

Bernarda, agradece á Dios
Que te da tan buen esposo...

BERNARDA.

Es verdad.

CONDE.

Mejor que yo.

LORENZO.

¡Conde!...

CONDE.

Digo lo que siento:
Soy un insensato, soy
Un loco; pero no tengo
Corrompido el corazon.

LORENZO.

Pues bien, dadme de ello ahora
Una prueba: ya pasó
El primer riesgo, evitadnos
De otro segundo el temor.
Salid de Valencia.

CONDE.

¡Nunca!

LORENZO.

Es necesario.

CONDE.

Eso no.

LORENZO.

Pero miéntras vos estáis
Expuesto al ciego furor
De esos hombres, ni conviene
Ni es posible nuestra union.

CONDE.

Nadie se atreve...

LORENZO.

Eso es cierto,
Porque imaginan que sois
Esposo de quien ha dado
Á otro hombre su corazon.

CONDE.

Pues bien, por tí, por tu dicha,

Por la de Bernarda, estoy
Dispuesto á todo; mas pronto
Volveré.

LORENZO.

¡Quién sabe! adios.

CONDE.

Mira: la verdad, Lorenzo,
Es que puede tu valor
Estar satisfecho, si era
Darnos miedo tu intencion.
Libre el pueblo, y de su fuerza
Una vez conocedor,
Temblamos cuando irritado
Sus cadenas removió.
Mas ahora, que los delirios
De esa canalla feroz
Derraman en vuestro seno
Espanto y desolacion,
Ahora, Lorenzo, ese mismo
Pueblo con alto clamor
Nos llama: Guillen Sorolla
Tus proyectos atajó.

LORENZO.

Acaso es cierto.

CONDE.

No dudes
Que ya se acerca...

## ESCENA VII.

Dichos y FRANCIN.

FRANCIN.

¡Señor!

CONDE.

¿Qué es eso, Francin?

FRANCIN.

¡Aprisa!
Poneos en salvo: veloz
Como el pensamiento, corre
Por la ciudad un rumor...

CONDE.

Pero explícate: ¿qué es ello?

FRANCIN.

Cunde entre el pueblo la voz
Temerosa, de la muerte
De Sorolla el tejedor.

LORENZO.

¡Sorolla ha muerto!

FRANCIN.

Eso afirman,
Y en terrible confusion
Empieza á invadir las calles
Gentío amenazador.
Huid, no perdais momento.

CONDE.

Y ¿qué tengo que ver yo?...

MARQUESA.

Habla, Francin.

FRANCIN.

De esa muerte
Dicen que sois el autor.

CONDE.

¡Ah! me acusan...

FRANCIN.

Y al Virey
Y á los nobles: juran que hoy
Se vengan de los hidalgos,
Y sobre todo, de vos.

MARQUESA.

¡Hermano mio!

CONDE. (En ademan de dirigirse á la calle.)

Veremos
Si se atreven...

BERNARDA.

Por Dios, ¡no!

MARQUESA.

Detente.

LORENZO.

¿Dónde vais! Eso
Es locura, y no valor.
Ya me lo habeis prometido,
Y yo tranquilo no estoy
Hasta veros partir.

CONDE.

Sea.

FRANCIN.

Mas de esa capa el color
Puede venderos.

(Quiere cambiar su capa con el Conde.)

CONDE.

Pues ¿quieres
Tambien esa humillacion?

MARQUESA.

Déjale hacer...

CONDE.

No consiento.

LORENZO.

Hacedlo por mí, señor:
Vuestro orgullo compromete,
No una vida, sino dos.
Considerad que es mi noche
De bodas.

CONDE.

Tienes razon.
Toma, Francin. (Cambia de capa con Francin.)

FRANCIN.

Con mi capa
Cubríos.

CONDE. (Á Lorenzo, que toma tambien su capa.)

¿Dónde vas?

LORENZO.

Voy
Á acompañaros.

CONDE.

¿Adónde?

LORENZO.
Yo lo sé: venid en pos
De mí.

CONDE.
Por ese arrabal...

LORENZO.
Dudo que á la luz del sol
Salgais de ese laberinto,
Y há tiempo que anocheció.
Dejadme.

BERNARDA.
Sí.

MARQUESA.
Sí.

LORENZO.
Conozco
El camino, y no hay rincon,
No hay acequia ni revuelta
Que á ciegas no encuentre yo.

CONDE.
Vamos, pues; pero le juro
Por mi nombre á ese traidor,
Si no ha muerto...

LORENZO.
Muerto ó vivo,
Que no le abandone Dios.

(Vanse por la derecha el Conde, Lorenzo y Francia.)

## ESCENA VIII.

BERNARDA y LA MARQUESA.

BERNARDA.
No temais; aunque furioso
El pueblo se descarría
Alguna vez, todavía
Ama y respeta á mi esposo.

MARQUESA.
Y lo merece.

BERNARDA.
¿Es verdad?

MARQUESA.
Y si todos como él fueran,
¿Quién duda que merecieran
Completa esa libertad?
Cierto, y de tu amor ufana
Debes estar.

BERNARDA.
¡Si es mi vida!

MARQUESA.
Oye: tengo decidida
Mi marcha para mañana.

BERNARDA.
Mirad...

MARQUESA.
No: pueden mi huella
Seguir; el peligro apura,
Y no me creeré segura
Hasta encontrarme en Morella.
Ántes la mayor de todas
Tus dichas presenciaré,
Y si consientes, seré
Madrina de vuestras bodas.

BERNARDA.
¡Ah, señora!

MARQUESA.
Y puesto que hoy
Se estrechará el santo nudo...

BERNARDA.
¡Hoy!

MARQUESA.
Él nos lo ha dicho.

BERNARDA.
Áun dudo.

MARQUESA.
¿Por qué?

BERNARDA.
Tranquila no estoy.

MARQUESA.
¿Qué temes?

BERNARDA.
¡Ay!

MARQUESA.
Me sorprendes.

BERNARDA.
Ser Lorenzo tan honrado
Es mi orgullo... y mi cuidado.

MARQUESA.
Con esa duda le ofendes.

BERNARDA.
Si á tal extremo la llama
De su afecto le redujo,
Temo que pierda su influjo
Si oye otra vez á su fama.

MARQUESA.
No lo hará: yo te lo fio.

BERNARDA.
Mi cariño es receloso.

MARQUESA.
Calla, y sorprende á tu esposo
Con el nupcial atavío.
Ufano tienda tu amor
De su esperanza las alas,
Viste tus mejores galas.

BERNARDA.
Mi cariño es la mejor.

MARQUESA.
Advierte que á tu presencia
Pronto alegre volverá,
Y el celo agradecerá
De tu amorosa impaciencia.

## ESCENA IX.

DICHAS y VICENTE, que sale corriendo, y cierra tras sí la puerta que da á la calle.

BERNARDA.
¡Un hombre!

VICENTE.
Les dí esquinazo.

MARQUESA.
¿No es Vicente?

BERNARDA.
¿Qué te pasa?

VICENTE.
Si está más léjos tu casa,
Me rompen el espinazo.

BERNARDA.
¡Á tí! ¿cómo puede ser!

VICENTE.
Pues ¿eso te maravilla?

MARQUESA.
Pero ¿quién fué?

VICENTE.
Gentecilla
Que no tiene que perder.
Cuando salí de aquí, nada
Noté que oliera á tumulto;
Guardé, sin embargo, el bulto,
Y penetré en mi morada.
Esperábame impaciente
Un labrador de Gandía,
¡Buen hombre! que me traia
Cierta carta de un pariente,
Que me dice: «Hay novedades;
Por ésta te participo
Que ha dado ya el postrer hipo
Tu tio Martin Puyades,
Y en el trance lastimero,
No pudiéndose llevar
Su hacienda, aunque á su pesar,
Te ha nombrado su heredero.»
¡Tio! ¡mi opinion impía
De tu bondad rectifico!
¡Pobre viejo!—¡Y era rico! (Enternecido.)
¡Más de lo que yo creia! (Sollozando.)
—Por mí solo, por hacer
Mi felicidad fué avaro;
Ahora es cuando encuentro claro
(Serenándose de repente.)
Y justo su proceder.

MARQUESA.
Y en fin...

VICENTE.
En fin, de mi asombro,
Que no de mi aturdimiento,
Vuelvo apénas, cuando siento
Que me tocan en el hombro.
Era un pobre menestral
De mi casa, que azorado,
«El pueblo está alborotado,
Me dice; es cosa formal.»
¡Salgo, y una danza encuentro
Armada, de Lucifer!
Tiemblo. (¡Yo, que estaba ayer
En ellas como en mi centro!)
Escaparme solicito,
Y esto aviva su sospecha;
Me cerca el grupo y se estrecha.
«¡Soy de los vuestros!» les grito;
Pero, ¡inútil precaucion!
Tal era su furia brava,
Que con ellos no bastaba
Ni esta recomendacion.
Uno alzó en este momento
Pica, lanza ó lo que fuera;
Pero yo le dije: «Espera,
Que voy á contarte un cuento.»

MARQUESA.
Y ¿te defendiste?

VICENTE.
Sí.

MARQUESA.
¡Bien!

VICENTE.
Y sin mucho trabajo:
Tomé por la calle abajo,
Y no he parado hasta aquí.

MARQUESA.
¡Ya ves!

VICENTE.
De nuestra rüina
Éste es el triste comienzo.
—Vengo á avisar á Lorenzo,
Para ver qué determina.
Dile que andan á la husma
De ricos. Esto ¿es razon?
—Él tiene la obligacion
De sujetar á esa chusma.
Dile que la libertad
Se encuentra en terrible estrecho,
Y que peligra el derecho
Santo de la propiedad.

BERNARDA.
¡Vicente! pues ¿cómo así!
No há mucho...

VICENTE.
Lo mio es mio:
¿No es verdad? Mi honrado tio
(Á la Marquesa.)
Lo ha ganado para mí.

MARQUESA.
Dime: ¿quién es el autor
De ese motin? ¿no has sabido?...

VICENTE.
Yo no sé quién ha esparcido
Por la ciudad el rumor...

MARQUESA.
Sí, la nueva de una muerte.

BERNARDA.
¿No es una odiosa mentira,
Fraguada?...

VICENTE. (Desconcertado.)
Yo no sé.

BERNARDA.
Mira
Que he aprendido á conocerte.

VICENTE.

¿Qué dices!

BERNARDA.

De tu lealtad
Aquí el testimonio invoco:
Tú y Guillen Sorolla há poco
Estabais aquí.

VICENTE.

Es verdad.

BERNARDA.

Juntos salisteis.

VICENTE.

Es cierto;
Pero la verdad...

BERNARDA.

Espera.
—Tú sabrás de qué manera
En tan breve espacio ha muerto.

MARQUESA.

Testigos somos las dos
Contra tí.

VICENTE.

¡Cómo testigos!

MARQUESA.

Y hay justicia.

BERNARDA.

Y hay castigos.

MARQUESA.

Y hay patíbulos.

BERNARDA.

Y hay Dios.

VICENTE.

(¡Y escribanos! ¡Mentecato!)

MARQUESA.

¿Hablas?

VICENTE.

Yo soy un pobrete,
¡Valga la verdad! juguete
De un ambicioso insensato.

BERNARDA.

¿Vive?

VICENTE.

Vive.

BERNARDA.

La verdad.

VICENTE.

Te lo juro por mi nombre;
Puedes creerme, soy ya un hombre
De responsabilidad.
De él mismo salió esta embrolla.

MARQUESA.

Búscale.

VICENTE.

(¡Suerte maldita!)

BERNARDA.

Vé á la calle; corre, grita
(Abriendo la puerta de salida.)
Que vive Guillen Sorolla.

VICENTE.

Iré...

MARQUESA.

Para luégo es tarde.

VICENTE.

El peligro considero...

BERNARDA.

¿Ahora tiemblas?

VICENTE.

El dinero
Ha sido siempre cobarde.

(Vase por la puerta que da á la calle, empujado por Bernarda; ésta cierra un momento despues.)

## ESCENA X.

BERNARDA y LA MARQUESA.

BERNARDA.

Pues nos quedamos las dos
Solas...

MARQUESA.

Sí; cierra esa puerta.
Ya ves, todo se concierta
En bien.

BERNARDA.

¡Permítalo Dios!

MARQUESA.

Corre, engalánate.

BERNARDA.

Sí,
Sí; que ahora á esperar comienzo.

MARQUESA.

Ya no tardará Lorenzo.

BERNARDA.

¿Y vos?...

MARQUESA

Yo le espero aquí.

BERNARDA.

Gracias. (Se va á su habitacion.)

MARQUESA.

Ve.—¡De qué cruel
Temor está mi alma llena!
Y por no aumentar tu pena...
(Se oye llamar á la puerta; la Marquesa acude presurosa.)

LORENZO. (Dentro.)

Abrid.

MARQUESA.

¿Quién?

LORENZO.

¡Abrid!

MARQUESA.

Es él.

(Abre la Marquesa la puerta, y aparece Juan Lorenzo completamente demudado.)

## ESCENA XI.

LA MARQUESA. LORENZO.

MARQUESA.

¡Lorenzo!

LORENZO.

¡Quién aquí!...

MARQUESA.

Soy yo, no temas;
Te esperaba.

LORENZO.

¡Callad!

MARQUESA.

¿Qué te acongoja?
¡Habla! ¿qué pasa? dí, ¿qué es de mi hermano?

LORENZO.

Huyó.

MARQUESA.

¡Gracias al cielo!

LORENZO.

Pero á costa
De una sangre leal.

MARQUESA.

¡Francin! ¿ha muerto?

LORENZO.

¡Que Dios le dé la prometida gloria!

MARQUESA.

¡Infames!

LORENZO.

¡No griteis! ¡oh! ¡ni una queja,
Ni una voz, ni un suspiro! ¡que no os oigan!
La hiena ha despertado, y yo, yo he sido
Quien la arrancó de su letal modorra.

MARQUESA.

Mas ¿cómo fué?...

LORENZO.

Dejadme que recobre
El aliento perdido.

MARQUESA. (Conduciéndole al sillon.)

Ven, reposa;
Pero habla.

LORENZO.

Sí, lo haré.

MARQUESA.

Y esta impaciencia
Á mi febril indignacion perdona.

(Pausa.)

LORENZO.

Miéntras que yo del arrabal cercano
Guiaba al Conde por las calles lóbregas,
Francin cruzó la plaza, en que rugia
Viviente mar de alborotadas olas.
Cubriendo el rostro, y á su dueño el Conde
Remedando en el aire y la persona,
Procuraba fijar de aquel airado
Tumulto la mirada escrutadora.
No esperó largo tiempo; en corto instante,
Su inquietud, sus miradas recelosas
Despiertan la atencion de aquella gente,
Que de Francin en derredor se agolpa.
«¡El Conde!» alguno prorumpió; y en breve
Corriendo aquella voz de boca en boca,
Se convirtió en bramido, resumiendo
Mil y otras mil en suma pavorosa.
«¡Muera!» gritaban; y tras él cruzaron
Plazas y calles en carrera loca,
Incansable, tenaz, como jauría
Que al cervatillo fatigado acosa.
Ya de San Nicolás próximo estaba
El triste fugitivo á la parroquia,
Cuando salió el Vicario, que á la turba
Refrenó con palabras amorosas,
Y se abrazó á Francin; y colocando
Sobre su frente la sagrada Forma,
Se abrió camino, dirigióse al templo,
Y ya tocaba del umbral las losas.
Pero al ver que la presa codiciada
De aquel anciano la piedad le roba,
Volviendo en sí del momentáneo asombro,
Aquella multitud gimió de cólera.
Llegué á este punto, y con sentido ruego
La pedí compasion una vez y otra;
Pero estaba en sus iras complacida,
Y á todo humano sentimiento sorda.
Hollado el sacerdote, que imploraba,
En el nombre de Dios, misericordia,
Cayó, manchando el pórtico sagrado
Con sangre de Francin y sangre propia.
Yo, señora, le vi, pálido el rostro
Y desgarradas las talares ropas,
De nuevo alzar con el herido brazo,
Iris de paz, la cándida custodia;
Y al verla sobre todos levantada
Á la luz de las pálidas antorchas,
En medio del tumulto de asesinos,
Manchada á trechos con señales rojas,
Creí ver repetirse aquel misterio
Que al mundo esclavo redimió en el Gólgota.

MARQUESA.

¡Me horrorizas!

LORENZO.

De espanto dominado,
Y llena el alma de mortal congoja,
Huí de aquella escena abominable
Hasta encontrarme con mi angustia á solas.
Pero al volver aquí, de nuevo escucho
Fiero clamor; desordenada tropa,
Obedeciendo al aguijon del crímen,
Por delante de mí cruzó furiosa,
Y clavada en el hierro de una pica,
Despojo de su bárbara victoria,
Vi de Francin la rígida cabeza
Dibujarse en el fondo de las sombras.

MARQUESA.

Lorenzo, ya lo ves: ésa es la plebe.

LORENZO.

No es la plebe; es la turba licenciosa

De infames desmandados; es la chusma,
Que azuza contra mí Guillen Sorolla.
—Mirad... ¡siento mi sangre dilatarse
Y que mi pobre corazon se ahoga,
Y que tiemblan sus fibras una á una,
Cual si quisieran desatarse todas!

MARQUESA.
¡Calla, Lorenzo, calla!

LORENZO. (Dominado por el terror.)
Sí, callemos.

MARQUESA.
Y aleja esa vision de tu memoria;
Bórrala, si es posible.

LORENZO.
¡Que la borre!
¡No he de poder jamas! ¡jamas, señora!

MARQUESA.
Por compasion á la inocente niña
Que galas viste y que te espera ansiosa...

LORENZO.
¡Me espera! ¿para qué?

MARQUESA.
¡Pregunta extraña!
Cerca el momento está de vuestra boda.

LORENZO.
¡Nuestra boda, decís!

MARQUESA.
Pronto, ceñida
La casta sien de virginal corona,
Vendrá á pedir á su dichoso amante
El prometido título de esposa.

LORENZO.
¡Es verdad! —¡Cuál será mi sufrimiento
Cuando, olvidado de mi dicha próxima,
Sólo me ocupa este dolor! —Decidla
Que llore sangre; que sus galas rompa,
Y sus cabellos mese, y de su cara
Borre tambien las naturales rosas.
¡Bodas en tal momento! ¡oh, que serian
Del público dolor indigna mofa!

MARQUESA.
Piénsalo bien, Lorenzo; si dilatas
El momento feliz que espera ansiosa,
Creerá tal vez que la sospecha infame
Tu lastimado corazon devora.

LORENZO.
No.

MARQUESA.
Sí: sospechará que esa tardanza
Nace de algun temor que la deshonra.

LORENZO.
¿No aguardaremos á mejores dias?

MARQUESA.
¡Ay! ¡que comienzan hoy los de discordia!

LORENZO.
Es cierto.

MARQUESA.
Y quiero ser vuestra madrina,
Y he de partir al despuntar la aurora.

LORENZO.
¡Un sacrificio más! Á los altares
(Despues de una breve pausa.)
Llevaré mi afliccion; pero no importa.
Sonreiré... si al traves de la sonrisa
La inmensidad de mi dolor no asoma.

MARQUESA.
Que no sospeche la inocente...

LORENZO.
Nada.

MARQUESA.
Triste va á ser la santa ceremonia;
Mas no es posible retardarla.

LORENZO.
Cierto.

MARQUESA.
Advertiré á Bernarda que ya es hora.

## ESCENA XII.

LORENZO, solo.

¡Bien! ¡bien! —No sé en qué consiste,
No sé; pero tengo miedo,
Ahora que á solas me quedo
Con mi pensamiento triste.
Todo para mí se viste
Del luto del corazon.
Calle la noble ambicion;
Que ya mi espíritu empieza
Á sentir de su flaqueza
La humillante conviccion.
Vuelva de su vano ensueño
Y su camino desande
El que se creyó tan grande,
Y se encuentra tan pequeño.
Renuncia á tu loco empeño,
Pues de tu error te persuades,
Gigante en las vanidades,
Pigmeo en fuerzas y arrojo,
Que has pretendido á tu antojo
Manejar las tempestades.
De un ambicioso vulgar
Cuenta la mitología
Que precipitó del dia
El ardiente luminar.
Á él me puedes comparar,
Cisneros, ¡Febo español!
Sol fué de puro arrebol
Tu pensamiento bizarro,
Y yo soy Faeton, que el carro
Precipité de tu sol.
Yo, que de tantos asombros
Siento la mortal zozobra,
Quise tu difícil obra
Levantar sobre mis hombros,
Y hoy veo rodar entre escombros,

Con ella, mi vanidad.
¡Noble y santa libertad,
Mi consoladora idea!...
Vuelve á Dios; no te desea
La frívola humanidad.
Mas con esto la inquietud
De mi conciencia no aduermo.
¡Mentí! ¡mentí! No hay enfermo
Que no quiera la salud.
Acuse á su ineptitud
El que, creyéndose fuerte,
Jugó de un pueblo la suerte,
Y á la calumnia no acuda;
Que la humanidad no duda
Entre la vida y la muerte.
—¿Qué es esto! ¡qué sensacion
Rara!... Dicen que conmigo
Va mi mayor enemigo,
Y es mi propio corazon;
Que la ciencia á la inaccion
Ó á la muerte me condena.
—¡Señor! si es ésta mi pena,
Conozca yo mi delito.
(Hace un esfuerzo para incorporarse.)
—¡Bernarda! (Pausa.) Yo he dado un grito;
¡Pero mi voz no me suena! (Con terror.)
¡Muerte! eres tú, ¡no me engañas!
Siento que te acercas, siento
Que se adelgaza mi aliento;
Que se hielan mis entrañas.
¡Mil sensaciones extrañas
Siento á la vez!... ¡ya no veo!...
—¡Gran Dios! mio es... tu deseo...
Tuya... mi pobre... existencia...
¡Padre!... ¡creo... en tu clemencia!
¡Creo... Señor! ¡creo!... ¡creo!...
(Espira: el teatro queda por un momento solo; poco despues sale Bernarda, vestida de blanco.)

## ESCENA XIII.

LORENZO, muerto. BERNARDA.

BERNARDA.
¿Lorenzo? ¡mira!—No está.
Acaso en esotra sala...
Ó es que su traje de gala
Áun le ocupa; eso será.
¿Para qué, si te desea
Mi corazon sólo amante,
Y es tu apacible semblante
Lo que más me lisonjea?
¡Si te basta una mirada
Tranquila, exenta de enojos,
Para deslumbrar los ojos
De tu esposa enamorada!
Me inunda sólo tu vista
De cariñosa zozobra,
Y una palabra te sobra
Para tan fácil conquista.
¿Y yo? ¿no ha ajado mi frente
De los pesares la huella?
¿Si me encontrará tan bella?...
¿Por qué no? Seguramente.
Ya quisieran más de dos
Presumidas... Y ¡áun me quejo!
Ahora me miré al espejo,
Y he dado gracias á Dios.
¡Pero, Señor!... ó es que tarda,
Ó es que mi amor tiene prisa
De alcanzar una sonrisa
Para la feliz Bernarda.
—Mas ¿qué es eso! ¿no me engaño?
(Viendo á Lorenzo.)
¡Allí Lorenzo! ¡y sin verme!
Si duerme, ¿cómo es que duerme
En tal momento? ¡es extraño!
(Coge la luz y se dirige hácia él con muestras de temor.)
¡Lorenzo! ¡Lorenzo mio!
—¡Su calma me desconcierta!
Soy yo, ¡Bernarda! ¡despierta!
(Cogiéndole una mano.)
¡Ay! ¡no despierta! ¡está frio!
(Deja caer la luz; el teatro queda á oscuras.)
¡Vírgen del Mayor Dolor!
¡Duélante mis desventuras!
(Cayendo de rodillas.)
¡Lorenzo!—¡He quedado á oscuras!
¡Favor! ¡se muere! ¡favor!

## ESCENA XIV.

DICHOS y LA MARQUESA, con luz.

MARQUESA.
¡Bernarda!

BERNARDA.
Venid.

MARQUESA.
¿Qué pasa?

BERNARDA.
Dios sin duda os ha enviado.

MARQUESA.
Pero ¿qué es esto?

BERNARDA.
Que ha entrado
La desdicha en nuestra casa.

MARQUESA.
Pero explícame...

BERNARDA.
Quizá
Padece, y yo... ¡ni me muevo!
Lorenzo... ¡si no me atrevo!
Socorredle; allí... allí está.
(Señalando al sillon.)
(La Marquesa se dirige adonde está Lorenzo, le pone una mano sobre el corazon, y queda por algunos momentos en esta actitud; Bernarda, sin abandonar la suya, exclama con ansiedad.)

BERNARDA.

¿Vive? ¿vive?

MARQUESA.

(¡Esto es atroz!)

BERNARDA.

¿Vive? ¡Ay! ¡no! ¡necia quimera!
Á ser posible, hasta hubiera
Resucitado á mi voz.

MARQUESA.

(Me hace el corazon pedazos.)

BERNARDA.

Desengañadme, señora.
¿No queda esperanza?

MARQUESA.

Llora.

BERNARDA.

¡Ay de mí!

MARQUESA.

Llora en mis brazos,
Ven.

(La separa de Juan Lorenzo y corre la cortina, de modo que el sillon en que está el cadáver quede oculto para el público.)

BERNARDA.

¿Quién le ha muerto?

MARQUESA.

El dolor
Ha minado su existencia.
Está llorando Valencia
Los crímenes de un traidor.
¡Ah! ¡mírale!

(Señalando á Guillen, que sale en este momento.)

## ESCENA XV.

DICHAS y GUILLEN SOROLLA.

BERNARDA.

¿Es él?...

SOROLLA.

En prueba
De la amistad que le tengo,
Á dar á Lorenzo vengo
Una dolorosa nueva.

MARQUESA.

Vuélvete.

SOROLLA.

Por su alianza
Con los nobles, conmovida,
La plebe quiere su vida
Y está clamando venganza.
La fuga... puedes creerme;
Si es que de temor se esconde...

MARQUESA.

Nada teme.

SOROLLA.

Pero ¿dónde
Está? Quiero hablarle.

MARQUESA.

Duerme.

SOROLLA.

Le despertaré.

MARQUESA.

Allí está.

(Señala adonde está el cadáver; Sorolla se dirige á él precipitadamente, sin descorrer la cortina, que permanecerá echada hasta la conclusion del acto.)

SOROLLA.

¡Lorenzo! (Pausa.) ¡Esta mano fria!...

(Sale despavorido.)

—¿No dijisteis que dormia?

BERNARDA. (Sollozando.)

Ya no se despertará.

SOROLLA.

¿Quién le ha muerto? ¿qué villano
Traidor, qué mano iracunda?...

BERNARDA.

Es su herida más profunda
Que la que infiere una mano,
Y es tuya la odiosa palma
De ese triunfo.

SOROLLA.

¡Infausto yerro!

BERNARDA.

Sólo al cuerpo alcanza el hierro;
Tú le has herido en el alma.

SOROLLA.

¡Yo he sido! ¡yo! ¡singular
Acaso! ¡terrible idea!

MARQUESA.

Áun puede, si lo desea,
Sus delitos expiar.

SOROLLA.

Y ¿cómo?

MARQUESA.

Ensaya, Guillen,
Tu poder; ¡lucha! ¡avasalla
Á esa impudente canalla!

SOROLLA.

Nada puedo para el bien.
* «¡Han blanqueado mis cabellos
»En horas! ¡Mi poderío!
»¡Sarcasmo! yo no los guio;
»Soy arrastrado por ellos,
»Y me llevan á un abismo.
»Sé que su víctima soy,
»Y voy, sin embargo, y voy
»Ayudándoles yo mismo.»

MARQUESA.

Huye.

SOROLLA.

Fuera de mi muerte
Cierta ocasion esa huida.

BERNARDA. (Con indignacion.)

Pues dime: ¿áun amas la vida?

* Pueden suprimirse en la representacion estas dos redondillas.

SOROLLA.

Ya tengo echada mi suerte.

VOCES. (Dentro.)

¡Sorolla!

SOROLLA. (Dirigiéndose á la puerta de salida.)

¡Voy!

MARQUESA.

Me avergüenzo

De mi compasion. (Se aleja Bernarda.)

SOROLLA. (Volviendo.)

¡Bernarda!

Oye mi disculpa, aguarda.

BERNARDA.

Voy á orar por Juan Lorenzo.

VOCES.

¡Sorolla!

(Más cerca. Sorolla vuelve á hacer ademan de partir.)

MARQUESA.

¿Á seguirlos vas?

SOROLLA.

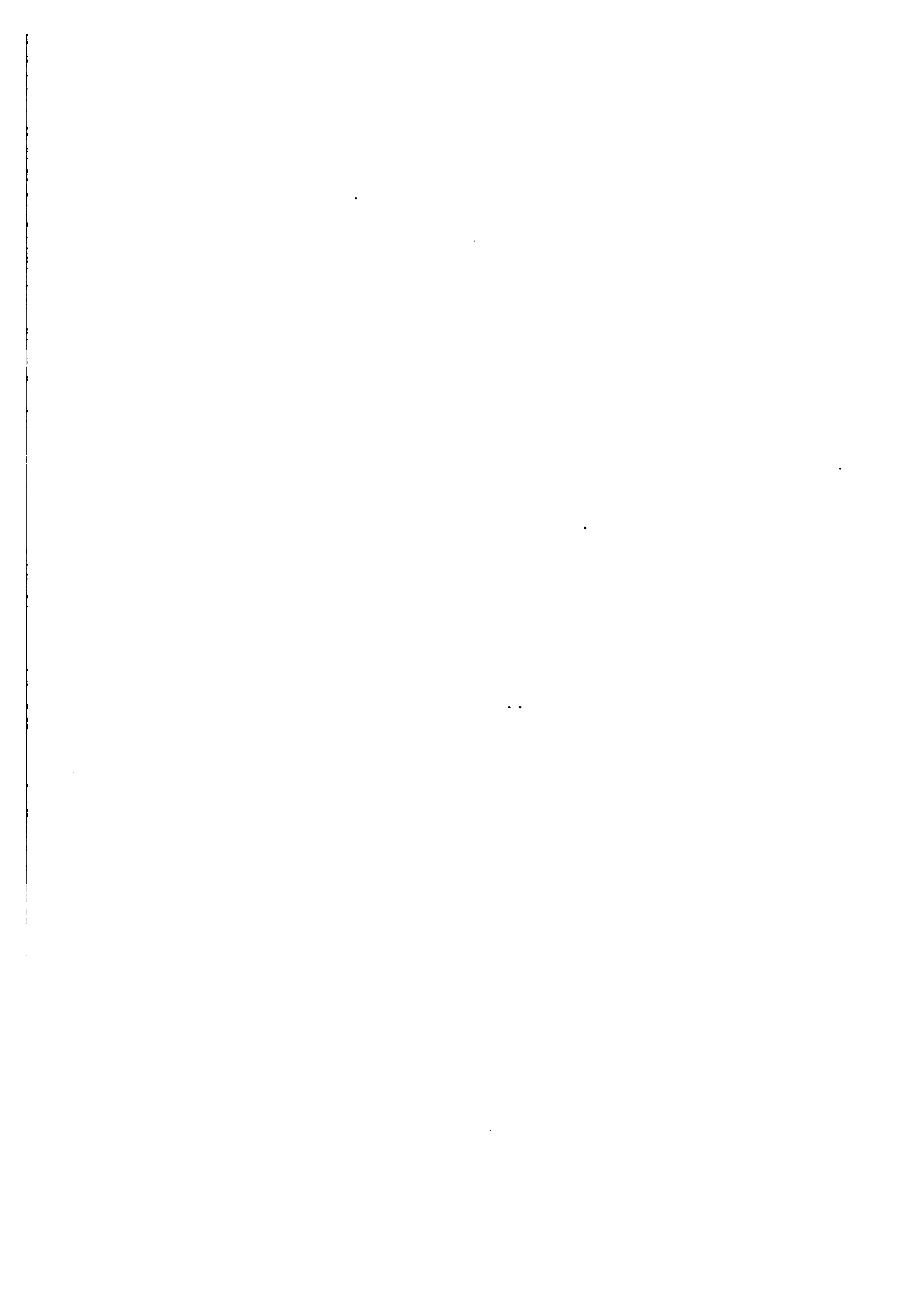
Soy su esclavo; no os asombre.

MARQUESA.

Recemos por ese hombre,

Que lo necesita más.

(Bernarda se ha arrodillado delante del Crucifijo; la Marquesa está de pié entre los dos. Guillen Sorolla, despues de un momento de vacilacion, se va por la puerta de la derecha, como arrastrado por el bullicio de los desmandados. Un momento ántes se habrá dejado ver resplandor de luces y se habrá oido rumor lejano de voces. Cae el telon.)



# EL CAPITAN NEGRERO.

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

LETRA DE D. ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ, MÚSICA DE D. EMILIO ARRIETA.

Representada en Madrid, en el Teatro de la Zarzuela, el dia 19 de Diciembre de 1865.

## PERSONAS.

PAULINA.
ELENA.
JORGE PALMER, *capitan negrero.*
EL COMANDANTE *del brick de guerra* EL ARIEL.
MISTER ROCK, *teniente del mismo.*
JONATÁS, *maestro de escuela.*
JHON, *contramaestre del buque negrero.*

OFICIALES Y GUARDIAS MARINAS, SOLDADOS Y MARINEROS *Del Ariel*, NEGREROS Y NEGROS.

*La accion pasa en los Estados-Unidos de América, exceptuando el acto segundo, que pasa á bordo de* EL ARIEL.

## ACTO PRIMERO.

Representa el teatro un puerto de mar; en segundo término, muelle, con uno ó dos *morrones* ó pilares de piedra para las amarras de los barcos. En el fondo, el mar. Á la izquierda del actor, casa de dos pisos, que es la de Paulina; la fachada, que dará frente á la derecha del teatro, hace esquina cerca del proscenio, presentando parte del costado de la casa, con ventanas practicables, que dejan ver á los espectadores el interior de las dos habitaciones, baja y principal. Á la derecha un gran edificio, con un rótulo sobre la puerta, que dice: *Fonda del ancla de oro*, y en el mismo lado, cerca del proscenio, un banco de piedra. Al levantarse el telon, empieza á declinar la tarde, y se ve á los marineros abandonar sus faenas, cruzando por el teatro en diferentes direcciones, y llevando, unos redes, otros remos, etc. Cuadro animado.

### ESCENA PRIMERA.

CORO DE MARINEROS. JHON. Luégo PALMER.

**Canto.**

CORO.

Ya ha terminado
Su guardia el sol,
Y se ha marchado
Con el farol.
Hasta que el nuevo
Vuelva á brillar,
Pido relevo,
Y á descansar.
Pero mañana,
¡Listo! ¡eso sí!
Nadie nos gana
Al sol y á mí.

(Se oye cantar dentro; todos prestan atencion.)

PALMER. (Dentro.)

Los que marcharon
En el batel,
Los que fiaron
Su vida en él,
Sobre la peña
Clamando están.

(Llega Palmer con un bote al muelle, desembarca, y un momento despues le rodean los marineros.)

CORO.

Ésa es la seña.
— Mi capitan.

PALMER.

¿Es nuestra gente?

(Á Jhon; movimiento afirmativo de éste.)

CORO.

Que en la inaccion
Está impaciente.

PALMER.

Teneis razon.

---

Cuando la vela que el viento orea
Al duro mástil haga crujir,
Con la creciente de la marea
Veréis la *Alondra*, que va á partir.
Ahora asomada, luégo escondida
Entre la bruma del fresco mar,
¡Quién no dijera que tiene vida!
¡Quién no pensara que va á volar!

CORO.

Ahora asomada, luégo escondida, etc.

---

Sobre el ancla, el brik de guerra
Nos espía desde ayer.

PALMER.

Norabuena: así veremos
Qué tal voz tiene el *Ariel*.

CORO.

¡Eso! ¡bueno!

PALMER.

Aunque tengamos

Cuatro bocas para diez,
Charlaremos, ¡voto á Cribas!

CORO.

Y veremos quién á quién.

---

PALMER.

¡Ya parece que lo veo!
Ya comienza el cañoneo,
Y oscurece la humareda
Á la clara luz del sol.
Ya las naves erizadas,
Por el viento arrebatadas,
Van amura contra amura
Y penol contra penol.
Se oye apénas del herido
El terrífico alarido;
Que la voz del bronce sólo
Puede al bronce responder;
Y á esta voz del ódio humano,
Conmovido el Oceano,
Sus clamores acompaña
Con rugidos de placer.

---

CORO.

Esa pintura
¡Voto á un cañon!
Me ha dado á un tiempo
Frio y calor.

PALMER.

¿Estáis dispuestos?

CORO.

Y ¿cómo no?
Con invencible
Resolucion.

---

PALMER Y CORO.

Ántes que la luna delatarnos pueda,
Todos á los botes y á embarcarse ya;
Pero ¡chito y quedo! Deshaced la rueda,
Y unos por aquí, y otros por allá.

(Se dispersan los marineros, dirigiéndose al muelle, y quedan solos Palmer y Jhon.)

---

## ESCENA II.

PALMER y JHON.

**Hablado.**

PALMER.

¿Jhon?

JHON.

¿Señor?

PALMER.

¿No falta nada
En la Alondra?

JHON.

Está repleta;
Hoy embarqué la galleta
Y se completó la aguada.

PALMER.

¿Lo demas?...

JHON.

Como carguío,
Y en diez inocentes bultos
De... tabaco, están ocultos
La pólvora y balerío.
En barricas de quincalla
Las piezas, el cureñaje
Y los garfios de abordaje.
Por lastre va la metralla;
Pero una vez en la mar,
Cada cosa irá á su puesto.

PALMER.

¿Y el rom?

JHON.

¿El rom? ¡por supuesto!
¿Lo habia yo de olvidar?

PALMER.

¿Y el cirujano?

JHON.

Ése no
Vendrá.

PALMER.

¿Por qué?

JHON.

¿No teneis
Lo que os falta? ¿Á qué quereis
Más cirujano que yo?

PALMER.

Ya sé...

JHON.

Y aunque no me alabo,
Yo, para un mal sinapismo
Y una sangría... Lo mismo
Corto una pierna que un cabo.
Si quereis que os lo demuestre...

PALMER.

¡No, gracias! Tienes razon.

JHON.

¡Si dejé esa profesion
Para ser contramaestre!
—Nada falta.

PALMER.

Sin embargo,
Temo que has dado al olvido...

JHON.

No lo recuerdo.

PALMER.

¿Has podido
Encontrar el sobrecargo?

JHON.

¡Pero, señor! ¡es manía
La vuestra!

PALMER.

Dime, ¿por qué?

¿Es que no quieres que dé
Cuentas á la compañía?

JHON.

¿Y vos?

PALMER.

Yo, cuando navego,
Quiero estar libre.

JHON.

De modo,
Que al fin...

PALMER.

Y ahora sobre todo...

JHON.

Que estáis triste.

PALMER.

No lo niego,
Y furioso de camino.

JHON.

¿Enamorado?

PALMER.

Es verdad;
Con la ardiente ceguedad,
Con la pasion del marino.
Y ¡dejar á esa mujer,
Cuando aquí, como una flecha,
Me está hiriendo la sospecha
De que la voy á perder!

JHON.

Y ¿por qué?

PALMER.

Tiene un hermano.

JHON.

Y ¿eso?...

PALMER.

Nos hemos batido.

JHON.

¡Pobre muchacho!

PALMER.

Y le he herido
Gravemente en una mano.

JHON.

¡Digo! ¡con quién vino á dar!

PALMER.

¡Él tiene la sangre pronta!
¡Si fué la cosa más tonta
Que te puedes figurar!
Pasando ayer por la plaza
De Baltimore (*), advertí
Que iba delante de mí
Una moza, y la dí caza.

JHON.

(¡Y él que las coge en el aire!)

PALMER.

Ya sabes que no lo puedo
Remediar; ¡me tengo miedo!
Y ésta tenia un donaire
Y un garbo...

JHON.

Y en fin, enaguas.

PALMER.

¡Goletilla más velera!
Ya vuelta adentro, ya afuera...
En fin, me acerqué á sus aguas.
Me miró... con intencion...

JHON.

Ahí quiero ver al más guapo.

PALMER.

Y cargando todo el trapo,
Se clavó como un ponton.
Disculpas busca el que yerra;
Mas ¡si vieras qué gracejo
Y qué casco!—El aparejo,
Como de buque de guerra.
Yo, que en ocasiones tales
Nunca á las hembras desairo,
Me puse al momento al pairo,
Y cambiamos las señales.
Ella estaba á la bocina
Atenta, que no era sorda,
Cuando me rozó la borda
El hermano de Paulina.
Veria alguna señal,
Ó algo oyó, segun entiendo,
Porque se volvió diciendo
Cosas que sonaban mal.

JHON.

¿Insultos?

PALMER.

Sí; pero yo
Los aguanté, haciendo alarde
De paciencia: hasta cobarde
Jurara que me llamó.

JHON.

¡Es posible! ¡sangre y fuego!
¡Lo sufristeis! ¡cosa rara!

PALMER.

Pero amenazó mi cara...

JHON.

¡Santo Dios!

PALMER.

Y quedé ciego.

JHON.

¡Hombre! ¡tuviera que ver!

PALMER.

Delante de ella...

JHON.

¡Accion fea!

PALMER.

¿Verdad?

JHON.

¡Vaya! sea quien sea,
Al fin será una mujer.

(*) Pronúnciese *Baltimor*.

—Mas ¿cómo haceis tal ultraje,
Si la amais, á esa chiquilla!

PALMER.

¡Intrigas de pacotilla
Y amores de cabotaje!

JHON.

¡Fidelidad singular!

PALMER.

¿Que la quiero! ¡ya lo creo!
Pero miéntras no la veo,
En algo me he de ocupar.
—Cuando sepa mi Paulina
El triste lance...

JHON.

¡Friolera!
Y ¿es tambien de la carrera
El chico?

PALMER.

Guardia marina.

JHON.

¡Hola! ¡hola!

PALMER.

Estoy en un potro.

JHON.

¿Se quieren?

PALMER.

Se quieren tanto,
Que en uno es reflejo el llanto
De las lágrimas del otro;
Tan íntima es la alianza
De sus afectos: los cielos
Nunca han dado á otros gemelos
Más perfecta semejanza.
Imaginacion veloz,
Mirada tranquila y pura,
Igual rostro y estatura,
Y hasta el timbre de la voz.
Así es que cuando mi espada
Causó la infeliz herida,
Me creí verla teñida
Con la sangre de mi amada.
Yo bien lo quise evitar,
De eso con mi honor respondo;
Pero se tiraba á fondo,
Y le toqué á mi pesar.
Sin embargo, desconfio
De que me oiga...

JHON.

El caso es grave.

PALMER.

Voy á averiguar si sabe
Paulina mi desafío.

(Jonatas sale en este momento, y viendo á los personajes que están en la escena, se queda parado á buena distancia.)

JHON.

Álguien pasa.

PALMER.

¿Quién?

JHON.

No sé;
Mas parece que da fondo.

PALMER.

Pues viremos por redondo.

JHON.

¿Renunciais?...

PALMER.

No; volveré.

(Vanse por el fondo, izquierda.)

## ESCENA III.

JONATAS. Luégo ELENA.

JONATAS.

Los he ahuyentado.—Y ¡miraban
Á la casa!—¿Tendré celos!
Pero todo está cerrado:
Tranquilícese mi pecho.
El señorito está ausente;
Le vi en Baltimore: probemos
Si acude al reclamo aquella
Por quien ni cómo ni duermo.

---

**Canto.**

Ya está de vuelta tu caro ausente,
De que doy fe,
Tan cariñoso, tan complaciente
Como se fué.
¡Un dia entero sin ver tu cara!
¡Qué crueldad!
Ya aquí me tienes: no seas avara
De tu beldad.

---

ELENA.

Sólo alcanzo á ver
(Entreabriendo la puerta del balcon.)
Allí un figuron.

JONATAS.

Ella debe ser.

ELENA.

¡Ay, qué turbacion!

JONATAS.

Déjate ya ver
En ese balcon;
Que estoy desde ayer
Á media racion.

(Elena sale al balcon.)

---

ELENA.

¿No hay quien me diga (que tengo cierta
Curiosidad)
Quién alborota junto á mi puerta
La vecindad?

JONATAS.

Es un artista de callejuela,
Un trovador,

Que anda tras tí que se las pela,
Lleno de amor.

---

¡Niña mia de mis ojos!

ELENA.

¿Es Jonatas?

JONATAS.

Jonatas.

ELENA.

¿Vienes de la feria?

JONATAS.

Vengo.

ELENA.

¿Qué me traes de por allá?

JONATAS.

Te traigo las tres potencias
Y el alma de tu galan.

ELENA.

Otra cosa me esperaba.
¡Buena sarta de coral!

JONATAS.

¡Corales quieres!

ELENA.

Y áun perlas.

JONATAS.

Toma.

ELENA.

Vengan.

JONATAS.

Allá van.

---

Por labios tiene corales
La que enciende aquí el amor,
Y aquellos dientes iguales
Perlas son de gran valor:
Ricas prendas con que enciende
Mi amoroso frenesí.

ELENA.

¡Á que no!

JONATÁS.

¡A que sí!
¡Ay! ¡ay! pero no las vende,
¡Ay! ¡ay! que son para mí.

ELENA.

No afirmo que mis corales
Tengan siempre igual color;
Si están mis perlas cabales,
Pregúntalo al sangrador.
No por eso las trocara
Por diamante ni rubí.
¡Á que no!

JONATAS.

¡Á que sí!

ELENA.

¡Ay! ¡ay! que me regañara,
¡Ay! ¡ay! quien me quiere así.

## ESCENA IV.

DICHOS y PAULINA, en el piso bajo.

**Hablado.**

ELENA.

Siento ruido: espera un poco.
(Se aparta del balcon.)

PAULINA.

Nada; cuanto más lo pienso,
Ménos arduo me parece.
Y ademas, no hay otro medio.
(Poniéndose á escribir.)
Sí; tiene razon mi Enrique:
Pueden pensar que él se ha hecho
La herida; que es un recurso
Inspirado por el miedo.
Y al empezar su carrera
Querida, borron tan feo
Pudiera perjudicarle.
¡Paulina! valor, y á ello.

ELENA. (Volviendo al balcon.)

No es nada: la señorita
Parece que está escribiendo.

JONATAS.

¿Podremos hablar?

ELENA.

Y es hora
De que ambos nos expliquemos.

JONATAS.

¿Qué quieres?

ELENA.

Vamos á cuentas.
Un mes hará, por lo ménos,
Que tus quejas me ablandaron,
Y correspondo á tu afecto.
¿Cuándo nos casamos?

JONATAS.

¿Cuándo?
¿Corre prisa? Pues á ello.

ELENA.

Pero ¿hay con qué?—¿No respondes?

JONATAS.

¡Hija mia! no te entiendo.

ELENA.

Me parece que hablo claro.

JONATAS.

Como soy tan inexperto,
Y ésta es la primera vez...

ELENA.

¿Nunca amaste?

JONATAS.

Ahora me estreno.

ELENA.

¿Qué tienes para casarte?

JONATAS.

Mucho amor, ningun dinero;

Poco pan, mucho apetito;
Poco ajuar y cierto miedo.

ELENA.

Medrado estás.

JONATAS.

Pues veamos
Lo que tú tienes.

ELENA.

Yo tengo
Muchas ganas de casarme,
Pocas de perder el tiempo,
Y la ambicion de ser *mistris;*
Que ya de esperar me seco.

JONATAS.

Yo tengo un tio en Europa.

ELENA.

Y ¿es rico?

JONATAS.

Ya quiere serlo.
¿Y tú?

ELENA.

No tengo parientes:
Con que, te aventajo en eso.
¿No tienes amo?

JONATAS. (Con orgullo.)

¿Qué es amo?
¡No, hija mia! Soy mostrenco.

ELENA.

Tendrás oficio.

JONATAS.

¡Yo oficio!

ELENA.

Pues ¿qué?

JONATAS.

Las letras profeso.

ELENA.

Y ¿dan?

JONATAS.

¿Que si dan? trabajos.

ELENA.

Y ¿de comer?

JONATAS.

Algo ménos.

ELENA.

Pues ¿no hay letras que alimentan?

JONATAS.

Las menudas, no lo niego;
Mas yo vivo de las gordas,
Que son de poco sustento.

ELENA.

Cero y cero ¿cuánto suman?

JONATAS.

Es cuenta sencilla: cero.

ELENA.

¿No te parece esta boda
Un absurdo?

JONATAS.

No lo creo.

ELENA.

Yo sí.

JONATAS.

¿Tú sí!

ELENA.

Desde ahora,
Si te vi, ya no me acuerdo.

JONATAS.

¡Elena!

ELENA.

Busca.

JONATAS.

Ya busco.

ELENA.

Cuando encuentres, hablaremos.
Adios.

JONATAS.

¡Escucha!

ELENA.

Me llaman.
(Vase, cerrando el balcon.)

JONATAS.

¡Justicia pido á los cielos!
¿Qué hace un hombre en este caso?
¡Morirse! ¡pues bien! ¡me muero!
Me muero, está dicho; ¡nada!
¡No soy hombre que me vuelvo
Atras! No paso del siglo,
Y voy á dar un ejemplo
De *impresionabilidad*
Á los tiempos venideros.
La losa de mi sepulcro
Dirá: «Aquí yace un maestro
De prima...» esto es, de primera
Educacion; no juguemos.
«Un Macías pedagogo,
Un dómine Beltenébros
Que se tragó un ventanazo,
Y se le quedó en el cuerpo.»
Moriré de hambre; es mi muerte
Natural, y éste mi lecho
(Dejándose caer en el banco.)
Mortuorio. ¡Adios, Jonatas!
Que el aire te sea ligero.

(Paulina llama; Elena entra en la habitacion del piso bajo.)

ELENA.

¿Señora?

PAULINA.

Escúchame, Elena.
Voy á fiarte mi casa,
No sé hasta cuando.

ELENA.

¿Qué os pasa?
¿Qué teneis?

PAULINA.

Una gran pena.
Preciso es que te la explique,
Para que comprendas bien...
Lee esa carta.

ELENA.

¿De quién?...

PAULINA.

De un amigo de mi Enrique.
Lee. (Elena lee para sí.)

JONATAS.

Cuando considero
Su dureza... Pues, señor,
Yo lo he pensado mejor;
Digo que por hoy no muero.
¡Un fin tan aperreado
Por una ingrata, una aleve!
—Hay otra muerte más breve,
Y es la muerte del soldado.

ELENA.

¡Herido!

PAULINA.

Y de su mudanza
Lo estoy yo.

ELENA.

¡Vaya un apuro!
Y ¡ha sido Palmer!...

PAULINA.

Te juro
Que ha de sentir mi venganza.
¿No es un infame ese hombre?

ELENA.

Calmaos.

PAULINA.

¡Mil veces infame!
¿Cómo quieres que le llame?
Yo no sé darle otro nombre.
¿Ignora que me es mi hermano,
Áun más que él mismo, querido?
Desde que sé que le ha herido,
Me está doliendo esta mano.

ELENA.

Mas, segun os lo asegura
Su amigo, la herida es leve.

PAULINA.

Así es.

ELENA.

Y curará en breve.

PAULINA.

No es eso lo que le apura;
Es que su buque *El Ariel*,
Segun dicen, se va á dar
Hoy ó mañana á la mar,
Y no puede hallarse en él.
Esto su espíritu abate,
Tanto más, cuanto sospecha
Que el brik al negrero acecha,
Y habrá, por tanto, combate.
Éste es su mayor cuidado:
No imaginen que de miedo
Se hirió el mismo.

ELENA.

Importa un bledo.

PAULINA.

Fuera quedar deshonrado.

ELENA.

Bien; y ¿qué pensais hacer?

PAULINA.

Hay que salvarle.

ELENA.

Conforme;
Pero ¿cómo?

PAULINA.

¿Y su uniforme?

ELENA.

Aquí lo debe tener.

PAULINA.

Hay que sacarlo.—Te vas
Á sublevar, por supuesto.

ELENA.

¿Vais, pues?...

PAULINA.

Á ocupar el puesto
De mi hermano.

ELENA.

Eso, jamas.

PAULINA.

Y ¿quién se puede oponer?

ELENA.

La razon, que os haré oir.

PAULINA.

Nada tienes que decir,
Supuesto que lo he de hacer.
Dicen que la expedicion
Durará muy pocos dias,
Y entre tanto habrá sangrías,
Jaqueca y constipacion.
Y con tal que yo me amañe
Á decir rayos y truenos
Y votos...

ELENA.

Pero á lo ménos,
Dejadme que os acompañe.

PAULINA.

¿De qué?

ELENA.

Yo, siempre con ella:
De doncella.

PAULINA.

¡Jesucristo!
Pero, mujer, ¿dónde has visto
Un militar con doncella?

ELENA.

«De poco se escandaliza.
»¿Que dónde he visto, decis?...

PAULINA.

»Nunca.

ELENA.

Yo sé de un país
»Donde los hay con nodriza.» *
—Pero ¡es mucha intrepidez!

* Esta redondilla ha sido prohibida por el Sr. Censor especial de teatros.

PAULINA.

Hija soy de un esforzado
Oficial, á cuyo lado
Naveguó más de una vez.
Conozco la faz adusta
Del mar, y... jurarlo puedo,
Ni tengo á las olas miedo,
Ni la tempestad me asusta,
Ni me ofende el alquitran,
Como tú tal vez supones.

ELENA.

Pero ¡entre tantos bribones!...

PAULINA.

Trabajos no faltarán.

ELENA.

Figuraos que vais en pos
Del clipper; que hay zambombazo:
¿Y si os dieran un balazo?

PAULINA.

Paciencia; estará de Dios.
Pero eso no te alborote,
Y como yo de mis bienes
Puedo disponer, ahí tienes
Mil dollars para tu dote.

ELENA.

¡Ay, señorita!

PAULINA.

Mañana
Irás á Baltimore; cuida
Del pobre Enrique la herida,
Ya que no puede su hermana.

ELENA.

Mas se va á quedar absorto.

PAULINA.

Ahora, córtame el cabello.

ELENA.

¿No es un dolor?

PAULINA.

Pero si ello
Ha de ser...

ELENA.

Pues callo y corto;
(Empieza á despeinarla.
Mas creed que me hace mal.
Ya no habrá para qué os rice.

PAULINA.

¿No callarás?

JONATAS.

Y ¿quién dice
Que no seré general?
No siempre Fortuna es terca.
Me salvé; no es poca suerte.
¡Señor! ¡qué horrible es la muerte
Cuando se la ve de cerca!

---

**Canto.**

PAULINA.

¡Adios, queridos rizos,
Que de mi sien en torno,
Erais de mis hechizos
El natural adorno!
Caed, amantes lazos,
En que al traidor prendí,
Ya que él hizo pedazos
El alma que le dí.
(Elena presenta á Paulina los cabellos que acaba de cortarle.)

---

Rompí, con pena mia,
Cortando mi cabello,
El yugo que oprimia,
Tiránico, mi cuello;
Pero, ¡ay! esquivo en vano
Á mi adorado infiel,
Si está mi amor liviano
Rogándome por él.

---

**Hablado.**

ELENA.

¿Áun pensais en él? (¡Qué boba!)

PAULINA.

Es mi última ilusion.—Saca
El pantalon, la casaca,
Y llévalos á mi alcoba. (Se entra.)

ELENA.

Voy.

JONATAS. (Llamando suavemente á la ventana.)
Elena.

ELENA.

Ese perdido,
¿Áun está ahí?

JONATAS.

¡Elena mia!

ELENA.

Cambié ya de jerarquía;
No eres para mí partido.

JONATAS.

¡Hola! ¡hola!

ELENA.

El matrimonio
Requiere igualdad de dotes.
Tengo mil dollars. (Cerrando y marchándose.)

JONATAS.

¡Palotes!
¡Qué demonio! ¡qué demonio!
(Se queda pensativo.)

## ESCENA V.

JONATAS y PALMER.

PALMER.

¿Si será el mismo? Pues yo
Lo he de saber.—¡Eh! ¡buen hombre!
(Dándole una palmada en el hombro.)

JONATAS.
(Si es ladron, chasco se lleva.)

PALMER.
¿Qué mirais á esos balcones?

JONATAS.
Curiosito me parece.

PALMER.
Y poco sufrido; con que...

JONATAS.
¡Caballerito!

PALMER.
¡Qué miro!

JONATAS.
Yo conozco esas facciones.
—Palmer.

PALMER.
¡Jonatas!... ¿Qué hacias
Tan embobado?...

JONATAS.
Soy jóven.

PALMER.
Y tienes en esta casa
Tus amorcillos.

JONATAS.
Sí, amores
De ventana alta; es decir,
De mírame y no me toques.

PALMER.
¡Picarón!... Y ¿es la doncella
La que te trae á remolque?

JONATAS.
Justamente; ¿y tú?

PALMER.
Yo quiero
Al ama.

JONATAS.
Y ¿te corresponde?

PALMER.
Hasta ahora, sí.

JONATAS.
¡Gran bocado!
Dicen que tiene millones.

PALMER.
Es rica; pero no creas
Que me enamoró su dote.
Y ¿en qué te ocupas?

JONATAS.
Me ocupo...
Y no me ocupo: soy dómine.

PALMER.
¿Te has inclinado á las letras?

JONATAS.
Soy preceptor *in utroque;*
Quiero decir, que adoctrino
Á pelonas y pelones.

PALMER.
¿Sabrás de cuentas?

JONATAS.
Pues ¡digo!

PALMER.
¿Quisieras largar el foque?
Quiero decir, navegar.

JONATAS.
Y ¿adónde vamos?

PALMER.
¿Adónde?
Es un secreto.

JONATAS.
Y ¿no puede
Confiarse á un pecho noble?

PALMER.
Verdad, y el cariño antiguo
De tu lealtad me responde.
Necesito un sobrecargo,
Que sepa llevar en órden
Mis cuentas: como que tengo
Más de cien bocas...

JONATAS.
¡Demontre!

PALMER.
Á bordo.

JONATAS.
¡Ya! ¡eres marino!
Comprendo. Y ¿á qué regiones?...

PALMER.
Á la costa de Guinea.

JONATAS.
(¡Ah, tuno!)

PALMER.
¿Estamos acordes?

JONATAS.
¡Ya! ¡ya! Tú eres traficante
De ébano; por otro nombre,
Negrero.

PALMER.
Como tú quieras.

JONATAS.
Y si no, pirata: escoge.

PALMER.
Al negocio: ¿te conviene?

JONATAS.
No, Palmer.

PALMER.
¿Por qué? Responde.

JONATAS.
Porque tengo en ese punto
Formadas mis convicciones.

PALMER.
¿Qué quieres decir con eso?

JONATAS.
Soy negrófilo; ¡ya lo oyes!
Tengo moral, y respeto
La autonomía del hombre.

PALMER.
Yo respeto tus escrúpulos.

JONATAS.
Y ¡eres tú quien me propones

Esa iniquidad! ¡Ah, Palmer!
¡Ah, Palmer! ¡no me conoces!

PALMER.

No hemos dicho nada.

JONATAS.

Y ¿cuánto
Pensabas dar á tu cómplice?

PALMER.

Doscientos dollars al mes.

JONATAS.

¿Y el viaje redondo?...

PALMER.

Ponle
Cinco meses, y haz la cuenta.

JONATAS.

Mil... ¡sí! ¡mil dollars! No embromes.

PALMER.

No es chanza; pero, supuesto
Que tu conciencia se opone,
No hablemos de eso.

JONATAS

Al contrario.
(Vendrian como de molde.)
No he comparado yo nunca
Las opuestas opiniones...
—Dime: ¿es verdad que esas gentes
Están viviendo en sus bosques
En el traje poco honesto
Que llevaba el primer hombre?

PALMER.

Di más bien que no llevaba.

JONATAS.

Eso es.—Y ¿es verdad que comen
Carne humana?

PALMER.

Como tú
Lechoncillos y capones.

JONATAS.

¿Que tienen muchas mujeres?

PALMER.

Sólo en eso se conoce
Que son racionales.

JONATAS.

Debe
Atajarse ese desórden.

PALMER.

Con que ¿levamos el ancla?

JONATAS.

¿Cuándo es la marcha?

PALMER.

Esta noche.
Pero cuenta con que á nadie
Le digas...

JONATAS.

No soy tan torpe,
Ni tan...

PALMER.

Mira que no tengo
Compasion con los traidores.

JONATAS.

Descuida.

PALMER.

Á las nueve en punto
Tendrás en la escala el bote.
Entre tanto, tienes tiempo
De hacer tu equipaje: ¡corre!
—Pocos trastos...

JONATAS.

No hay cuidado.

PALMER.

Que es pequeño el camarote.

JONATAS.

Bien. (¡Con los peines y el gorro
De dormir, está hecho el cofre!)

## ESCENA VI.

DICHOS y JHON.

PALMER.

¿Contramaestre?

JHON.

Presente.

PALMER.

¿Qué hay?

JHON.

Vengo echando los bofes,
Y no encuentro sobrecargo.

PALMER.

Ya le tengo: reconócele.

JHON.

¿Es hombre de confianza?

PALMER.

¡Ya lo creo! Un amigote
Antiguo.

JHON.

Venga esa mano.

PALMER.

Pues que ya estamos conformes,
¡Anda!

JONATAS.

Voy. (¡Qué buenas gentes
Suelen ser estos bribones!)

(Vase por la derecha.)

## ESCENA VII.

PALMER y JHON.

PALMER.

¿Están ya todos á bordo?

JHON.

Tres, y no de los peores,
Faltan aún; pero son
Callados como tres postes.

PALMER.

¿Sabes dónde están?

JHON.

Bebiendo
En la taberna de Roque.

PALMER.

La ginebra suele hacer
Á los mudos, habladores.
Tráetelos.

JHON.

Voy... ¿con que al fin
Es esta noche?

PALMER.

Esta noche.

(Vase Jhon por la derecha.)

### ESCENA VIII.

PALMER, luégo EL COMANDANTE y MÍSTER ROCK, que salen del hotel.

PALMER.

Llamaré: ¿quién no atropella
Por todo, en mi situacion?
Ya no hallaré otra ocasion
De disculparme con ella.

COMANDANTE.

Míster Rock, ¡esto es cruel! (Desde la puerta.)
¿No hay otro buque?... ¡Por Dios!

PALMER.

(Álguien se acerca; son dos
Oficiales del *Ariel*.)

(Se retira hacia el fondo del teatro.)

COMANDANTE.

Haremos fuerza de vela,
¡Vaya! y le hablaremos gordo;
Pero no quisiera á bordo
Tener esta vez la escuela.

ROCK.

Quédense en tierra.

COMANDANTE.

¡Y su celo!
¡Y su honor!... Pues ¡ahí es nada!
Oiriais á esa pollada
Poner el grito en el cielo.
—Y dicen que ese tunante
Es bravo.

ROCK.

Tiene esa fama.
El Tiburon se le llama.

### ESCENA IX.

DICHOS y PAULINA, con uniforme de guardia marina.

PAULINA.

(¡Ea! ¡valor!) ¿Mi comandante?...

(Acercándose y saludando militarmente.)

COMANDANTE.

¿Quién es?

PAULINA.

(Apénas aliento.)
El guardia marina soy
Que esperais.

COMANDANTE.

¡Ya! ¡ya!

PAULINA.

Aquí os doy
Mi reciente nombramiento.

PALMER.

(¡Aquí Enrique!... ¿si no fué
Su herida lo que creia?
Si es así, fortuna mia,
¡Cuántas gracias te daré!)

COMANDANTE.

Muy bien. (Me agrada la traza.)
Y ¿os sentis, como es razon,
Con fuerzas y vocacion
Para ocupar esa plaza?

PAULINA.

Contando con la indulgencia
De que sois norma y modelo,
Mi voluntad y mi celo
Suplirán mi inexperiencia.

COMANDANTE.

No es vana vuestra confianza.
De mí cuanto pida espere,
Salvo en lo que no estuviere
Conforme con la ordenanza.
Mis hijos sois, y en estrecha
Union á bordo se vive;
Mas tierra que yo cultive
Quiero que me dé cosecha.

PAULINA.

Me tendré por muy feliz...

COMANDANTE.

Esto solamente exijo.
¿Vuestro nombre?

PAULINA.

Soy el hijo
Del teniente Claudio Fritz.

COMANDANTE.

¿Qué habeis dicho!

PAULINA.

Del que fué
Tan vuestro amigo.

COMANDANTE.

Y no en vano
Le invocas. Era mi hermano,
Más que un amigo.

PAULINA.

Lo sé.

COMANDANTE. (Á Míster Rock.)

Llegaos. Míster Rock, teniente.
—Míster Fritz, guardia marina.

ROCK.

(¡El hermano de Paulina!)

PAULINA.

(¡Santo Dios! ¡mi pretendiente!)

COMANDANTE.

¿Os conociais?

PAULINA.

No.

COMANDANTE.

En él
Tendrás otro yo.

PAULINA.

Lo creo.

COMANDANTE.

Perdona si te tuteo;
Es en memoria de aquel...

PAULINA.

Me dais de vuestro cariño
En eso, una clara muestra.

COMANDANTE.

Verás ¡qué vida la nuestra!
¡Y tú, que áun eres un niño!...

ROCK.

Tiene sus altos y bajos...

COMANDANTE.

Mareas muertas y vivas;
Mas ¿qué importa, voto á cribas!
(Dándole una palmada en el hombro.)

PAULINA.

(Ya empezaron los trabajos.)

ROCK.

(No será malo ingerirme
Con él.) Y ésta es dura prueba;
Mas todo se sobrelleva
Teniendo un corazon firme.

COMANDANTE.

La vida del marinero
Es dura, no te lo oculto.
Entre nosotros, el culto
Del deber es lo primero.
No será todo agasajos;
Mas yo haré por protegerte.
¡Venga un abrazo, y sea fuerte!

PAULINA. (Dejándose abrazar.)

(Estos son otros trabajos.)

ROCK.

Si es mi amistad acreedora
Á igual favor...

PAULINA. (Lo mismo.)

(¡Jesucristo!)
Me honrais mucho. (Nunca he visto
Gente más abrazadora.)

COMANDANTE.

Mas ¿de qué es esa tristeza?

PAULINA.

¡Yo triste!

COMANDANTE.

¡Vamos! Sin duda
Deja alguna moza... viuda.

PAULINA.

Sí, señor.

COMANDANTE.

¡Ah, buena pieza!

PALMER. (Acercándose.)

(Desde aquí distingo mal.)

COMANDANTE. (Ap. á Rock.)

¿Eh? ¿qué os parece el chiquillo?

ROCK.

¡Tiene una cara de pillo!

PALMER. (Mirando á Mister Rock.)

(Jurara que es mi rival.)

ROCK.

La ausencia es terrible cosa;
Yo sé tambien lo que cuesta.
(Apoyando la mano en el hombro de Paulina.)

PAULINA.

(¿Cómo vivo yo con esta
Familia tan pegajosa!)

COMANDANTE.

Mas por eso no te aflijas.
Tú, que empiezas á vivir,
Tienes largo porvenir,
Y Eva dejó muchas hijas.
Ahora sales de la infancia,
Edad que cree al amor
Constante.

PAULINA.

¡Qué! ¡no, señor!
No se trata de constancia.
Dicen que es de rectitud
Una muestra...

ROCK.

Y es probado.

PAULINA.

Yo confieso mi pecado;
No conozco esa virtud.

COMANDANTE.

¿De véras?

PAULINA.

No, ¡vive Dios!
Y eso de amar á una sola...

COMANDANTE.

¿Qué es lo que nos cuentas?

ROCK.

¡Hola!
¿Hay más de una?

PAULINA.

Y más de dos.

COMANDANTE.

Pues ¿cuántas, hijo?

PAULINA.

Una parva.

ROCK.

(¡Angelito!)

PAULINA.

Lo confieso:
Es mi parte flaca.

ROCK.

Y eso,
Que áun no ha salido la barba.
¡Digo! ¿qué será despues?

PAULINA.
Y no es por lo que yo valgo.

ROCK. (Echándole el brazo por la espalda.)
¡Ah, tuno!

PAULINA.
(¿Apostamos algo
Á que le doy un reves?)

COMANDANTE.
Mas, ¡cuidado! No quisiera
Que llegaran á atraparte.

ROCK.
¡Tienen algunas un arte
Para echar la barredera!

COMANDANTE.
Bien dice el teniente Rock;
De la noche á la mañana
Puedes rendir el mesana
Ó rifar el *pitifoc.*

PAULINA.
¡Bah! La que me ha de pescar
No ha nacido.

COMANDANTE.
Aunque así sea,
¡Hijo! ¡capea!... capea,
Y defiende el tajamar.
¿Entiendes?

PAULINA.
(Como el hebreo.)

COMANDANTE.
Digo si entiendes la frase.

PAULINA. (Con afectada malicia.)
¡Pch! ¡pch! No he sido en la clase
De los más cortos.

ROCK.
Lo creo.

COMANDANTE.
Te haré que sigas mis huellas,
Educándote en mis mañas.
Te contaré mis campañas...

PAULINA.
Gracias.—(¡Buenas serán ellas!)

COMANDANTE.
Que no te corten los vuelos;
Esto importa.

PAULINA.
¡Desvarío!

PALMER.
(¿Será Paulina? ¡Dios mio!
¡Me matarian los celos!)

PAULINA.
De mi experiencia fiad...

PALMER.
(Si de mi error en despique...
Nunca he notado en Enrique
Semejante fatuidad.)

COMANDANTE.
Dormirás á bordo.

PAULINA.
Haré
Lo que mande.

COMANDANTE.
Irás conmigo
En mi propio bote.— Y ¡digo,
Que vas á entrar con buen pié!
Coincide con tu presencia
Entre nosotros... ¡cabal!
El aniversario...

PAULINA.
¿Cuál?

COMANDANTE.
El de nuestra independencia.

PAULINA.
Y ¿es pronto?

ROCK.
Mañana mismo.

COMANDANTE.
Supongo yo que este nombre
Te entusiasmará.

PAULINA.
No hay hombre
Que me gane en patriotismo.

PALMER.
(Los celos me tienen ciego.)

COMANDANTE.
Todo buen americano,
Desde el niño al más anciano,
Siente ese amor.

PALMER.
(Yo me llego.)
(Acercándose á Paulina.)
¡Míster Fritz!—¡Ah, perdonad!
(Volviéndose á los otros y saludando.)

PAULINA.
(¿Habrá un hombre más osado?)

PALMER.
¿Qué es eso! ¿Ya se ha olvidado
De nuestra antigua amistad?
¿Nada á templar es bastante
Vuestro enojo?

PAULINA.
¡Es mucho afan!...

COMANDANTE. (Ap. á Paulina.)
¿Quién es?

PAULINA. (Con desden.)
¿Quién? Un capitan
De la marina mercante.

PALMER.
Su amigo; y tendré un placer
Si una explicacion consigo...

PAULINA.
¡Mentis! Yo no soy amigo
Vuestro, ni lo quiero ser.

PALMER.

¿Qué habeis dicho!

PAULINA.

Y en mi vida
Lo fuí.

PALMER.

Lo negais en vano.
¡Qué diablos! dadme esa mano.
(Alargando la suya.)
(No puede ocultar la herida.)
(Paulina retrocede, poniéndose las manos á la espalda.)
Servidme de intercesor. (Al Comandante.)
Hemos tenido un disgusto;
Mas Dios sabe que es injusto,
Por lo ménos, su rencor.

PAULINA.

Mi Comandante, os suplico
Que no intenteis lo que os pide:
Es inútil.—No lo olvide. (Á Palmer.)

COMANDANTE. (Ap. á Rock.)

¡Tiene carácter el chico!

PALMER.

Mi mano estreche, y no más,
Aunque despues...

PAULINA.

No la doy;
¡Nunca!

PALMER.

Recelando estoy...

PAULINA.

Ya os he dicho que jamas.

PALMER.

Siento que esa obstinacien
Nos separe. (Ya, ¿qué dudo?)

ROCK. (Ap. al Comandante.)

El tal Fritz es testarudo.

COMANDANTE.

Y tiene su corazon.

PALMER.

(Contra mí están conjuradas
Todas las desgracias hoy.)
(En este momento salen por el fondo, á la derecha, los guardias marinas y algunos oficiales del *Ariel*.)

## ESCENA X.

DICHOS Y CORO DE GUARDIAS MARINAS Y OFICIALES.

COMANDANTE. (Á Paulina.)

Ven, que á presentarte voy
Á tus nuevos camaradas.
—¡Hola! ¡silencio, ó por vida!...
Hay un nuevo compañero
Entre vosotros, y espero
Que le deis la bienvenida.

---

**Canto.**

¡Norabuena, norabuena
Venga el nuevo camarada!
Desde aquí nos encadena
Amistad acrisolada.
(Todos alargan la mano á Paulina, y áun algunos quieren abrazarla; pero ella resiste lo posible estas manifestaciones.)
—Me parece que vacila... (Entre ellos, ap.)

PAULINA.

(Cada paso es un escollo.
No me siento muy tranquila.
¡Vírgen madre! ¡cuánto pollo!)
—¡Basta! ¡bien!

CORO.

(¡Se nos ensancha!
¡Qué maneras singulares!)
Y ¿hace mucho que esa lancha
Va surcando por los mares?

PAULINA.

Hoy largué por vez primera
El casero calabrote.

CORO. (Con alegría y restregándose las manos.)

(¡Es novato!)

COMANDANTE.

Su litera
Se pondrá en mi camarote.

PAULINA. (Turbada.)

¡Comandante!

PALMER.

(Se ha turbado.)

COMANDANTE.

Ya lo he dicho.

PAULINA.

(Esto me falta.)

COMANDANTE.

Dormirás siempre á mi lado.

PAULINA.

Es que... sueño, y en voz alta.

COMANDANTE.

¡Es posible!

PAULINA.

Cosa cierta.

COMANDANTE.

Doy mil gracias á mi oido,
Porque á mí no me despierta
De un cañon el estampido.

PALMER.

(El rubor tiñe su frente:
Es sin duda mi Paulina.)

COMANDANTE.

Quiero yo frecuentemente
Educarte en mi doctrina.

---

PAULINA.

No temais que en la dura tormenta
Ni al fragor del ardiente combate
En mi rostro jamas se desmienta
El valor que en la cuna heredé.
Tengo yo la querida memoria

De mi padre en el pecho guardada;
No haya miedo que manche su gloria
El que hereda su honor y su fe.

COMANDANTE.

Nunca he dudado
De tu valor.

CORO.

Parece mozo
De corazon.

COMANDANTE.

Pero el ejemplo
Siempre es mejor...

ROCK.

Pues á otro tanto
Me ofrezco yo.

TODOS. (Rodeándole.)

¡Y yo!... ¡Y yo!

PAULINA.

Gracias, señores,
Por la intencion.

PALMER.

(Baja los ojos,
Tiembla su voz.
¡Pobre Paulina!)

PAULINA.

(¡Tengo calor!)

COMANDANTE.

Nadie me usurpe,
¡Voto va á brios!
Esta envidiable
Satisfaccion.

---

Y si soy ó no soy diestro,
Prontamente lo has de ver,
Pues tu amigo y tu maestro
Desde aquí me ofrezco á ser.
Yo en las artes de la guerra
Te pretendo adoctrinar,
Con las chicas en la tierra,
Con los hombres en la mar.

PALMER.

(Si mi cálculo no yerra,
Más que tú, sabe ella dar
Pena y gloria, paz y guerra,
En la tierra y en la mar.)

PAULINA. (Mirando á Palmer.)

(Si el amor que aquí se encierra
Logro un dia desterrar,
¿Qué me importa á mí la guerra
Que los hombres pueden dar!)

ROCK Y CORO.

(En las artes de la guerra
Le pretendo adoctrinar,
Con las chicas en la tierra,
Con los hombres en la mar.)

---

**Hablado.**

COMANDANTE.

¡Adentro! La fe jurada
Más en la mesa se estrecha.
Selláréis la amistad hecha
Con el nuevo camarada.
—Para vos hay un lugar. (Á Palmer.)

PALMER.

Imposible...

COMANDANTE.

¿Ni un instante?...

PALMER.

Gracias, señor Comandante.

COMANDANTE. (Ap. á Paulina.)

¡Cómo le has hecho rabiar!

(Entran todos en el hotel, ménos Palmer.)

## ESCENA XI.

PALMER, solo.

Lo que quiero, es la raíz
Sondar de las penas mias.
¡Palmer! ¡Palmer! tú debias
Olvidar á esa infeliz.
De fuerte presumir quieres,
Y te domina un despecho.
—¡Dios mio! ¿por qué habeis hecho
Débiles á las mujeres?
Si la pudiera prestar
Mi aliento y mi furia brava,
Creo que... ¡que la mataba!
—¿Qué habias tú de matar!
Te da en su desden, la infame,
De celos veneno amargo,
¡Ya ves! y estás, sin embargo,
Deseando que te llame.
—Vamos despacio, ¡insensato!
¿Y si un error te alucina?
¿No sabes ya que es Paulina
De Enrique el vivo retrato?
¿No puede la ira, el dolor
De los celos ofuscarte?
Y en fin, ¿tanto puede el arte
En su sexo engañador?
Pero esta duda me abrasa,
Y con ella no me quedo.
Puedo llamar; tambien puedo,
Y voy á entrar en su casa.
Discúlpeme la intencion.
—Por esa calle, recuerdo...
¡Sí! ¡sí! No hay amante cuerdo
Con sospecha y ocasion.

(Vase por detras de la casa; poco despues se le ve en la habitacion del piso bajo, encuentra la carta que ha escrito Elena, la lee rápidamente y vuelve á desaparecer.)

## ESCENA XII.

JONATAS, que viene por la derecha apresuradamente, trayendo una maleta pequeña; luégo ELENA.

JONATAS.

Se acerca la hora: llamemos.
(Llama á la ventana.)
¡Elena! ¡Elena!

ELENA. (Dentro.)

¿Quién es?

JONATAS.

El amor ¿no te lo ha dicho?
Soy Jonatas.

ELENA. (Asomándose.)

¿Otra vez!
Pesado estás.

JONATAS.

En efecto,
Debo pesar más que ayer;
Mil dollars más.

ELENA.

¡Qué me cuentas!
¿Los tienes ya?

JONATAS.

Los tendré.
Ya soy partido; es decir,
Que pronto lo voy á ser.

ELENA.

Pero ¿cómo te has compuesto?

JONATAS.

Ya te lo diré despues.

ELENA.

¿Y ahora?

JONATAS.

No puedo decirlo.

ELENA.

¿Quién te lo impide?

JONATAS.

Un deber.
Espérame cinco meses
Nada más.

ELENA.

Aunque sean diez.

JONATAS.

¡Ay, qué gusto! y nos casamos.

ELENA.

Pero ¿no puedo saber?...

JONATAS.

¿Qué más quieres que te diga?

ELENA.

No vayas á pensar que es
Curiosidad.

JONATAS.

¡Tú curiosa!
¿Qué habia yo de creer!

ELENA.

Quiero averiguar si tienes
En tu Elena tanta fe...

JONATAS.

¡Vaya! mucha.

ELENA.

Si me juzgas
Tan reservada...

JONATAS.

Tambien.
(¡Mal camino!)

ELENA.

Siendo así,
¿Qué causa puedes tener?...

## ESCENA XIII.

DICHOS y PALMER, que abre la puerta de la casa y aparece en ella, pero sin salir.

PALMER.

¡Era ella! lo sabe todo.
— Mas ¿quién está aquí? (Permanece oculto.)

JONATAS.

Pues bien,
Oye; pero es reservado.
(¡Que siempre es una mujer!...)

ELENA.

Acaba.

JONATAS.

Deja que empiece.
Voy á Guinea.

ELENA.

Y ¿á qué?

JONATAS.

¡Toma! ¿á qué se va á Guinea!
¿Por blancos?

PALMER.

(Éste es el fiel!...)

ELENA.

¡Negrero! ¡tú eres negrero!

JONATAS.

¡Yo no! hija mia.

ELENA.

Pues ¿quién?

JONATAS.

Un tal Palmer.

ELENA.

¿Jorge Palmer?

JONATAS.

¿Le conoces?

ELENA.

¿Con que, él es?...

JONATAS.

El más famoso africano.

ELENA.

Y ¡te acompañas con él!

JONATAS.

Mucho há que no le veia;
Pero le acompañaré.

ELENA.
¡Un pícaro!

JONATAS.
Un pobre diablo.

ELENA.
Que te puede corromper.

JONATAS.
Escucha: tú estás que chillas
Por casaca; yo tambien.
Él nos da para la boda;
Pues aunque sea Lucifer
Con cada cuerno... ¡Qué diablo!

ELENA.
¡Jonatas! pero ¿no ves
Que eso es malo?

JONATAS.
Será malo;
Pero es peor no comer.

ELENA.
¿Y tu carrera? ¿y tus letras?
Un hombre tan... cascabel,
¿Qué moral puede enseñar
Á la inexperta niñez?

JONATAS.
No te enojes; pero, en fin,
Los mil no son de perder.

ELENA.
Ni los perderás.

JONATAS.
Y ¿cómo!...

ELENA.
El Capitan del *Ariel*
Vive allí, frente por frente.

PALMER.
(Me parece comprender...)

ELENA.
Denuncia al negrero.

JONATAS.
Sigue.

ELENA.
Te recompensa...

JONATAS.
¡Eso es
Atroz!

ELENA.
No es lo que se llama
Un rasgo de hombre de bien;
Pero con esos piratas
No se entiende la honradez.
Ahora elige entre ese tuno
Y yo.

JONATAS.
Lo que voy á hacer
Es capaz de avergonzar
Al mismo que mató á Abel.

ELENA.
Corre.

JONATAS.
Voy.—¿Volveré á verte?

ELENA.
¡Vaya! y áun te esperaré
En la calle, y nuestra boda
Iremos á disponer.

JONATAS.
¿Juntitos?

ELENA.
Brazo con brazo.

JONATAS.
¡Ay! me hormiguea la piel.

PALMER.
(Volcánico es el maestro;
Pero yo le templaré.)

ELENA.
¡Adios! No tardes. (Cierra la ventana y vase.)

JONATAS.
No tardo.
(Se dirige al hotel; pero le alcanza Palmer ántes de llegar á la puerta.)

PALMER.
¡Querido Jonatas!

JONATAS.
¿Quién?

## ESCENA XIV.

### PALMER y JONATAS.

PALMER.
Yo.—¡Ni una palabra! ¡Calla!
(Cogiéndole por el cuello.)

JONATAS.
¡Palmer! (¿De dónde ha salido?)

PALMER.
¿Adónde vas?

JONATAS.
He venido...
¿No es ésta la hora?

PALMER.
¡Canalla!

JONATAS.
¿Qué te enoja?

PALMER.
Tu traicion.

JONATAS.
¡Yo traidor! Palmer, retira
Esa palabra.

PALMER.
No.

JONATAS.
¡Mira!...
¡Me ha llegado al corazon!
¿No ves que fuera un ingrato?...

PALMER.
¡Eh! ya mi rabia provoca.
(Saca un pañuelo, con el que le tapa la boca.)

JONATAS.
¿Qué haces?

PALMER.
Taparte la boca,

Y gracias que no te mato.
(Le quita la corbata y le ata los brazos á uno de los machones.)
No intentes de ningun modo
Huir, ni te lo aconsejo.
Un hombre á tu espalda dejo;
Te mata, y Cristo con todo.
Tú á abandonarte me obligas;
Que el traidor su daño labra.
¡Adios pues! —Ni una palabra;
Te prohibo que me sigas.
—¡Listo el bote!

VOZ. (Dentro.)
Listo.

(Se embarca y se aleja en uno de los botes; Jonatas, aunque con recelo, hace esfuerzos por ver al hombre que cree tener detras. Salen por la derecha Jhon y tres marineros.)

## ESCENA XV.

JONATAS. JHON y MARINEROS.

JHON.
Ya
No debe tardar, y áun creo
Que el esquife que allí veo
Es el suyo. Sí, allí va.
¡Ea! ¡aprisa!—Pero ¿quién
Está aquí? y ¡agazapado!
Es un hombre maniatado.
(Le quita el pañuelo y despues le desata los brazos.)
—¿Quién sois?

JONATAS.
Un hombre de bien.

JHON.
¡El sobrecargo!

JONATAS.
Es decir,—
El que era...—Vengo al instante.
(Corre y Jhon le alcanza.)

JHON.
¡Alto!

JONATAS.
¡Míster Jhon!

JHON.
¡Tunante!
Por algo quieres huir.

JONATAS.
Es el lazo, que áun me aprieta.

JHON.
¿Quién te ha atado á ese machon?

JONATAS.
Un ladron.

JHON.
¡Vaya un ladron,
Que te deja la maleta!

JONATAS.
¡Tal es ella!

JHON.
Algo se fragua.

JONATAS.
Tened piedad.

JHON.
Estoy sordo.
Por ahora te llevo á bordo,
Y si estorbas, te echo al agua.
(Le lleva hácia un bote.)

JONATAS.
¡Favor!

JHON. (Amenazándole.)
¿No se callará?

## ESCENA XVI.

DICHOS y ELENA, que sale de la casa; luégo EL COMANDANTE del *Ariel*. MÍSTER ROCK. PAULINA, OFICIALES y GUARDIAS MARINAS.

JONATAS.
¡Elena! ¡Elena!

ELENA.
¡Ah, bribones!

JONATAS. (Desde el bote.)
¡Grita!

JHON.
¿Te ahogo?
(Se alejan.)

ELENA.
¡Ladrones!

JHON. (Dentro.)
Tú eres la ladrona y la...

COMANDANTE.
¡Qué escándalo!

ELENA.
¡Ay! ¡Caballeros!

ROCK.
¿Qué pasa?

ELENA.
Que se han llevado
Con violencia á un hombre honrado.
—¡Allá van!

COMANDANTE.
¿Quién?

ELENA.
Los negreros.

COMANDANTE.
¡Ah! ¡los negreros! ¡Por fin
Los hallo!

ELENA.
Y tendréis la prueba...
(Se oye un cañonazo.)

COMANDANTE.
¿Qué es eso?

ROCK.
Pieza de leva.

COMANDANTE.
¡Qué osadía! ¡Al bergantin!
(Todos corren hácia el muelle y se embarcan precipitadamente.)

**Canto.**

CORO.

Tras de esa indigna
Burla sangrienta,
Será una afrenta
Si se nos va.

(Se oyen voces dentro y ruido de la cadena del ancla que se supone están levando en el buque negrero.)

VOCES. (Dentro.)

¡Aiá! ¡aiá!

CORO.

¡Duro fué el chasco!
Negra la chanza;
Mas la venganza
Le excederá.

VOCES. (Dentro.)

¡Aiá! ¡aiá!

# ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el puente de un bergantin de guerra, desde la popa, que parte del fondo del teatro, hasta las amuras, que tocan al proscenio. Dos bocas de escotilla, practicables, una cerca del palo trinquete, y otra entre el mayor y la popa. Cámara alta en la popa, con dos puertas á los lados, dando frente al público. Diez piezas de artillería, cinco por cada banda, puestas en batería, y un portalon á cada lado, de los que el de la izquierda es practicable. Entre las batayolas, los coys ó hamacas de la tripulacion, perfectamente doblados. El buque va á la vela, y se hará de modo que aparezcan á la vista del espectador las primeras vergas de cada palo, ó sean la verga mayor y la del trinquete. El buque estará empavesado con multitud de banderas y gallardetes, distinguiéndose el pabellon de los Estados Unidos de América, que ondea sobre la popa.

## ESCENA PRIMERA.

EL COMANDANTE, MÍSTER ROCK, OFICIALES, PAULINA, Y GUARDIAS MARINAS, Y BANDA DE MÚSICA, que se colocará sobre el alcázar de popa. Salen de la cámara.

**Música.**

COMANDANTE.

Salgamos, camaradas.

ROCK.

Levántense las mesas;
Que el fresco nos convida,
Bañando la cubierta.

CORO.

Venid, que aquí la frente
La blanda brisa orea,
Y á su amoroso arrullo
Terminará la fiesta.

COMANDANTE.

Pero que nadie olvide
Su obligacion.

ROCK.

¡Alerta!
Y avisen de los topes
Si se descubre vela.

---

COMANDANTE.

¡Americanos!
Hay que brindar
Por nuestra patria. (Tomando una copa.)

ROCK.

Justo será.
Atencion todos.

CORO.

¡Chito! escuchad:
Que el Comandante
Va á comenzar.

---

COMANDANTE.

La libertad del mundo
Tendió las alas,
Hiriendo con el brillo
De su ancha espada.
Espejo es claro,
En que el fin de sus penas
Ven los esclavos.

TODOS.

Del cielo en presencia
Hermanos, brindad,
Por la independencia,
Por la libertad.

ROCK.

Arrebató de Franklin,
Potente el genio,
El cetro á los tiranos
Y el rayo al cielo.
La noble patria
Que tiene tales hijos,
Nunca es esclava.

TODOS.

Del cielo en presencia, etc.

---

COMANDANTE.

¡Bien, por mi vida!

ROCK.

¿Quién seguirá?

COMANDANTE.

Tú, como nuevo...

PAULINA.

No se hable más.
Llena la copa,
¡Voto va á san!...
Que esto merece
La libertad.

---

Washington nace, y tiembla
La tiranía,
Y América gozosa
Por él respira.

Decid, hermanos:
Donde Washington nace,
¿Cómo hay esclavos!

TODOS.

Del cielo en presencia, etc.

---

**Hablado.**

COMANDANTE.

Se pone el sol: saludemos
El pabellon nacional.

(Arrían el pabellon, y la banda toca el himno nacional americano.)

COMANDANTE.

Á su puesto cada cual.

(Todos se retiran del proscenio, dividiéndose en diferentes grupos, y algunos bajan por las bocas de escotilla ó se van por las puertas de la cámara. Quedan cerca de la embocadura el Comandante, Paulina y Míster Rock.)

ROCK.

¿Comandante?

COMANDANTE.

¿Qué tenemos?

ROCK.

Hemos hecho mal viaje.

COMANDANTE.

¿Al fin...?

ROCK.

Se nos fué por piés.
Solo se ven dos ó tres
Goletas de cabotaje.

COMANDANTE.

¿Largaremos la mayor?

ROCK.

¿Para qué, si va que vuela
El brick?

COMANDANTE.

¡Voto al diablo!...

VOZ. (Arriba.)

Vela
Por la amura de babor.

COMANDANTE.

¿Es el clipper?

VOZ.

Por la prisa
Con que alcanzándole vamos,
No es él.

COMANDANTE. (Á Rock.)

Sin embargo, hagamos
Por aprovechar la brisa.
No se descuide un instante
El rumbo; si algo se advierte,
Haced que se me despierte.
—Que suba otro vigilante.
Tú... (Á Paulina, que está recostada en la borda.)

PAULINA. (Acercándose.)

¿Señor?

COMANDANTE.

Pues todos ven
Que te distingo y contemplo,
Quiero que les des ejemplo.

PAULINA.

(¿Ya empezamos?) Decís bien.
¿Qué mandais?

COMANDANTE.

Á ver si subes,
Como el más agil grumete,
Á la verga del juanete
Mayor.

PAULINA.

(¡Á hablar con las nubes!
No encontró sitio mejor.)

COMANDANTE.

Da de tu audacia una prueba,
Para que nadie se atreva
Á dudar de tu valor.

PAULINA.

Es que... ¡tal vez será el vino!
Aunque el riesgo no me asusta,
Tengo... jaqueca.

COMANDANTE.

¡Me gusta!
¡Qué enfermedad de marino!

ROCK.

¿Qué quereis? ¡como ahora empieza!...

PAULINA.

Yo no temo al mar, ni al viento,
Ni al huracan; pero hoy siento
Que se me va la cabeza.

ROCK.

Hoy mismo he sido testigo
De su valor; no os asombre
Si ahora...

PAULINA.

(Lo que quiere este hombre
Es congraciarse conmigo.)

ROCK.

Veréis: ¡si es la audacia misma!

COMANDANTE.

¿Sí?

PAULINA.

Bien lo podeis decir.

COMANDANTE.

Me alegro.

PAULINA.

(Estoy por subir,
Aunque me rompa la crisma.)
Un Fritz es siempre valiente.
Anoche mismo subí
Al tope: ¿verdad que sí?

(Dirigiéndose á Míster Rock.)

ROCK.

¡Jem!

PAULINA.

Que lo diga el teniente.

COMANDANTE.
Pero ¿es posible!
ROCK.
Es verdad.
COMANDANTE.
¡No tanto!
PAULINA.
¿Por qué, señor?
COMANDANTE.
Una cosa es el valor,
Y otra la temeridad.
Todo tiene su medida,
Y cuando la ocasion llega,
Entónces ¡bueno! se juega
Á todo trance la vida.
Si por gracia la aventuras,
¿Qué guardas?...
ROCK.
No le riñais.
COMANDANTE.
¡Teniente! No permitais
Al muchacho esas locuras.
Y tú no vuelvas jamas...
PAULINA.
Es justa la reprimenda;
Pero prometo la enmienda:
No volveré á hacerlo más.
COMANDANTE.
De ese modo...
ROCK.
Y yo os lo fio.
PAULINA.
(Me parece, por el tono,
Que se burla.)
COMANDANTE.
Te perdono.
PAULINA.
Gracias.
COMANDANTE.
Adios, hijo mio. (Vase.)

## ESCENA II.

PAULINA. MÍSTER ROCK.

PAULINA.
Teniente, habréis extrañado,
Sin duda, mi indecision,
Y apuesto á que habeis creido
Que es por falta de valor.
ROCK.
¡Yo!
PAULINA.
Pero hay algunos dias
Cierta predisposicion
A la tristeza, al esplin...
ROCK.
¡Pues!
PAULINA.
Y uno de ésos es hoy.
ROCK.
¿Con que estáis triste?
PAULINA.
Muy triste,
Y sin vuestra intervencion,
Que os agradezco...
ROCK.
¿Y si fuera
Interesado el favor?
PAULINA.
(No se ha hecho esperar.) Si puedo
En algo...
ROCK.
Oidme: yo estoy
Enamorado.
PAULINA.
Adelante.
(¡Aplomo! Ya pareció
Aquello.)
ROCK.
De cierta jóven;
Pero es tanto su rigor,
Que ni áun me ha dado lugar
Á decirla mi aficion.
PAULINA.
Cuando una mujer se emperra,
No hay animal más feroz.
¿Qué más quiere ese arambel,
Que un hombre de vuestra pro?
ROCK.
No la ofendais, que os pudiera
Pesar.
PAULINA.
Os pido perdon.
ROCK.
Y cuando sepais su nombre...
PAULINA.
¿La conozco?
ROCK.
Más que yo.
PAULINA.
¿Es bonita?
ROCK.
Como un ángel.
PAULINA.
¡Preciosa comparacion!
ROCK.
¡Con una gracia!
PAULINA.
¡Y un garbo!...
ROCK.
¡Y un talento, y un candor!...
PAULINA.
¿Dónde vive esa mujer
De tan rara perfeccion?
ROCK.
En un pueblo de esa costa,

No léjos de Baltimore.
En Suanse.

PAULINA.

Entónces, sin duda
La conozco: allí nació
Toda esta persona.

ROCK.

Allí
Ha nacido el mismo sol,
Veinte años há.

PAULINA.

¡Qué me cuenta!
Y ¡han vivido en un error
Ptolomeo, Galileo,
Copérnico y Aragó!
Y ¡el mundo ha vivido á oscuras
Tantos siglos!

ROCK.

Lo peor
Del caso es que hay un planeta
Que aspira á la conjuncion;
Quiero decir, un satélite,
Que se mueve en derredor.

PAULINA.

Ó un rival, como se dice
En el lenguaje ramplon
De los ignorantes.

ROCK.

Justo.

PAULINA.

Pues ¡hablad claro, por Dios!

ROCK.

Sabedlo, en fin, de una vez:
La que está mi corazon
Lastimando...

PAULINA.

¿Qué os detiene?

ROCK.

Es Paulina.

PAULINA.

¡Míster Rock!
¿Pensais que no lo sabía?

ROCK.

¿De véras?

PAULINA.

Me lo contó
Ella misma. Nunca ha habido
Secretos entre los dos.
Mas decid: ¿qué habeis hallado
En mi hermana? La pasion
No quita el conocimiento.
No es fea; pero, ¡señor!
No la hallo merecedora
De tanta ponderacion.
—Y si la hubierais tratado...

ROCK.

Pues ¡qué! acaso...

PAULINA.

Yo, que soy
Su hermano, no tengo fuerzas
Para llevarla el humor.

ROCK.

Y ¿qué!

PAULINA.

Y cuando tome estado,
Querrá llevar el timon
De la casa.

ROCK.

Y hará bien.

PAULINA.

Y os levantará la voz.

ROCK.

Bueno.

PAULINA.

Es altiva.

ROCK.

No importa.

PAULINA.

Fiera.

ROCK.

No diré que no.

PAULINA.

Orgullosa.

ROCK.

Es natural.

PAULINA.

Un hielo.

ROCK.

Tanto mejor.

PAULINA.

(¡Vaya si le ha entrado fuerte!)
¡Nada! ¡nada! se acabó.
Mi conciencia está tranquila;
Nunca diréis, ¡voto á brios!
Que os he engañado.

ROCK.

Esas faltas
Nunca llegan al honor.

PAULINA.

¡En este punto!...

ROCK.

Lo sé,
Y por la misma razon
Me decido á pretenderla.

PAULINA.

¡Se necesita valor!...
Dios os haga bien casado;
Que lo que es disposicion
No os falta.

ROCK.

Y ¿eso os disgusta?

PAULINA.

El hombre ha de ser atroz.

ROCK.

Pero ¿es cierto que Paulina
Tiene otro amor?

PAULINA.

¿Otro amor!
¡Quién! ¡mi hermana enamorada!

ROCK.

Eso dicen.

PAULINA.

Como yo.

ROCK.

Y ¿prometeis ayudarme
En mi amante pretension?

PAULINA.

¡Vaya!

ROCK. (Alargándole la mano.)

Y en cambio...

PAULINA.

Y en cambio,
Vos seréis mi protector.

ROCK.

Lo ofrezco.

PAULINA.

Seguid mintiendo
Con la misma perfeccion.

ROCK.

¿Yo mentir!

PAULINA.

Al Comandante.
¡El pobre se la tragó!

ROCK.

He faltado á mi deber;
Pero ¿qué no haré por vos!

PAULINA.

¡Gracias! Todo es empezar.

ROCK.

Me llama la obligacion.
Adios, hermano.

PAULINA.

Ese nombre
Acepto.

ROCK.

Hasta luégo.

PAULINA.

Adios.

## ESCENA III.

PAULINA, sola.

¡Buen Míster Rock! ¡Qué mal hago
En burlarme!... ¡Es tan sencillo!
Confieso que el pobrecillo
No merece tan mal pago.
Y á más de eso, su bondad
Me humilla. ¡Qué injusta soy!
Es tan caballero... Estoy
Por decirle la verdad.
—Y no le gana ninguno
En amor ni en buena fe.
¡Qué lástima que yo esté
Tan prendada de aquel tuno!
Pero es en vano buscar
Mi remedio en el olvido;
De tal modo me ha prendido,
Que no me puedo soltar.

---

## ESCENA IV.

PAULINA, y CORO DE GUARDIAS MARINAS, que salen por las bocas de escotilla.

**Música.**

CORO.

Todo está ya tranquilo á bordo,
Y es calva la ocasion;
Que el oficial de guardia es sordo
Como un guardacanton.
(Empiezan á rodear á Paulina.)

PAULINA.

(¿Qué me querrán!)

CORO.

Llamarte puedo
Dichoso, amigo Fritz.

PAULINA.

(No sé por qué; mas tengo miedo.)

CORO.

¡Feliz! ¡feliz! ¡feliz!
A su salud, que es la de todos,
Un baño se va á dar.

PAULINA.

¿Un baño yo! (¿Si están beodos?...)

CORO.

Y no hay que replicar.

---

Ordena el Dios de ese hondo espacio
Que, quiera ó no, todo novel
Tiene, al pasar por su palacio,
La obligacion de entrar en él.
La operacion es llana y lisa,
Y por rubor no se haga atras;
Que llevará media camisa
Y un borceguí; pero no más.

---

¡Fuera la ropa!

PAULINA.

¡Quién, atrevido!...
(¡Líbreme el cielo!)

CORO.

¿No está conforme?
Es un respeto siempre debido,
Y un privilegio del uniforme.
¡Fuera la ropa!

PAULINA.

No ose ninguno
En mi persona poner la mano.

CORO.

¡Es un capricho del gran Neptuno,
Rey poderoso del Oceano!

---

PAULINA.

¡Vive Dios, que si quieren llevar
Á ese extremo la gracia feroz,
Al primero que intente llegar,
Para siempre le apago la voz!

CORO.

¡Á la mar! ¡á la mar! ¡á la mar!
Desnudadle con mano veloz,
Y tapadle, si vuelve á gritar,
El chillon imbornal de la voz.

(La cogen entre todos, y empiezan á quitarle la corbata y á desabrocharla el chaleco! Paulina grita, y aparece Míster Rock. Los guardias se detienen, saludan militarmente y retroceden algunos pasos, llenos de temor y confusion. Paulina se da prisa á reparar el desórden de su traje.)

## ESCENA V.

DICHOS y MÍSTER ROCK.

PAULINA.

¡Favor!

ROCK.

¿Qué es esto?

PAULINA. (Colocándose en una actitud amenazadora.)

¡Pardiez!

ROCK.

¡Míster Fritz!

PAULINA.

Me han insultado.

ROCK. (Á los guardias.)

Retiraos de aquí, y cuidado
Con que suceda otra vez.

(Vanse los guardias.)

PAULINA.

¡Insolentes! ¿hase visto?...
¡Si tan pronto no llegais!...
—¡Un baño á mí!

ROCK. (Sonriéndose.)

¿Lo extrañais?

PAULINA.

¡Por vida del que ató á Cristo!...

ROCK.

Dejad esos arrebatos.

PAULINA.

(Con mucha calma lo tomas.)

ROCK.

Son bromas...

PAULINA.

¡Vaya unas bromas!

ROCK.

Que se dan á los novatos.
Es de cajon.

PAULINA.

Podrá ser
Con otros; mas no conmigo.

ROCK.

Y esto no es solo.

PAULINA.

Pues ¡digo!
¿Qué más puede suceder?

ROCK.

Que en tierra os busquen quizás
Camorra.

PAULINA.

¿Á mí esos chicuelos!

ROCK.

Y tendréis cinco ó seis duelos.

PAULINA.

¿Cinco... ó seis?

ROCK.

Todo lo más.

PAULINA.

(¡Caramba!)

ROCK.

Y todo se acaba.

PAULINA.

(Si no me voy á la mano,
Voy á dejar á mi hermano
Peor de lo que ya estaba.)
Oid: sois hombre de honor.

ROCK.

Y tanto, que no permito
La duda.

PAULINA.

Yo necesito
Un amigo, un protector.

ROCK.

¿Teneis miedo?

PAULINA. (Despues de vacilar un instante.)

Tengo miedo.

ROCK.

Pues vuestro padre era un rayo.

PAULINA.

Ahí veréis; yo me desmayo
Sólo de pincharme un dedo.

ROCK.

Haced porque el honor venza.

PAULINA.

Y ¿cómo, si estoy difunto?

ROCK.

¡Qué vergüenza!

PAULINA.

En ese punto
No conozco la vergüenza.

ROCK.

Pues ello hay que hacer de modo
Que quedeis con lucimiento.

PAULINA.

Si me haceis un juramento...

ROCK.

¿Para qué?

PAULINA.

Lo sabréis todo.

ROCK.

¿Qué he de jurar?

PAULINA.

Respetarme.

ROCK. (Haciendo una mueca burlona.)
Lo ofrezco.
PAULINA.
No lo olvideis.
ROCK.
¿Qué más?
PAULINA.
Que á nadie diréis
Mi secreto.
ROCK.
Es agraviarme.
PAULINA.
Sin embargo, así lo quiero.
—¿Jurais?
ROCK.
Hombre honrado soy.
PAULINA.
Terminantemente.
ROCK.
Os doy
Palabra de caballero.
PAULINA.
De mi fortuna el poder
Á la marina me empuja;
Mas no conozco otra aguja
Que la aguja de coser.
ROCK. (Enojado.)
(¿Se está burlando!) ¡Infeliz!
PAULINA.
Con razon os enojais;
Mas no soy lo que pensais.
ROCK.
¿No? pues ¿quién?
PAULINA.
Paulina Fritz.
ROCK. (Con vehemencia y dirigiéndose á ella.)
¿Cómo! ¿Es verdad lo que he oido?
¡Paulina hermosa!
PAULINA.
¡Cuidado!
ROCK. (Retrocediendo con respeto.)
Perdonad.
PAULINA.
Me habeis jurado
Respetarme.
ROCK.
Y no lo olvido;
Mas ¿quién á tales sorpresas
Resiste!
PAULINA.
Al menor exceso...
ROCK.
No necesito para eso
Juramentos ni promesas.
Pero ¿cómo estáis aquí?
Enrique tal vez reacio...
PAULINA.
Ya os lo contaré despacio.
ROCK.
Mas ¿cómo no os conocí?
PAULINA.
Es natural ese error.
ROCK. (Con ternura.)
Y ¿me oiréis?...
PAULINA. (Bajando los ojos.)
Será preciso.
ROCK.
Digo, si tendré permiso
Para hablaros de mi amor.
PAULINA.
(¡Siquiera por caridad!...)
ROCK.
Respondedme.
PAULINA.
No os lo vedo;
Esto es lo único que puedo
Conceder.
ROCK.
Pues escuchad.

---

**Música.**

ROCK.
Si logra el que porfía,
Tengo para mí
Que venceré algun dia.
PAULINA.
No diré que sí.
ROCK.
De algun rival sospecho
Que feliz reinó
Y áun vive en vuestro pecho.
PAULINA.
No diré que no.
Pero verdad os hablo:
Mi palabra es fiel.
Si me llevare al diablo,
No será por él.
ROCK.
Y si amante os obligo,
¿Podré esperar yo?...
PAULINA. (Saludando militarmente.)
¡Mi teniente! no digo
Que sí... ni que no.
ROCK.
Así, subordinado
Quiero al guardia ver.
PAULINA.
Dejemos eso á un lado;
Que habla la mujer.

---

Un caballero
No lo es en vano,
Y oye primero
Su obligacion.

Dama es quien ruega,
Y él cortesano:
¿Cómo le niega
Su proteccion?

ROCK.

Soy caballero,
Soy cortesano,
Y es lo primero
Mi obligacion;
Pero al que ruega,
Tarde ó temprano,
No se le niega
La compasion.

---

Mas mi tema no se olvide.

PAULINA.

¿Qué pedis?

ROCK.

Una esperanza.

PAULINA.

No es posible.

ROCK.

¿Quién lo impide?

PAULINA. (Saludando.)

El respeto y la ordenanza.

ROCK. (Queriendo cogerla una mano.)

Ni un favor.

PAULINA. (Amenazándole.)

¡Eh! ni lo intente,
Ó por Dios...

ROCK.

Estoy tranquilo.
¡Bofeton á su teniente!
¿Qué apostais á que os fusilo?

---

PAULINA.

Pues mirad cómo ha de ser;
Que en favor no hay que pensar.
¡Soy varon ó soy mujer!
Ó sufrir ó fusilar.

ROCK.

(Yo bien sé lo que ha de ser,
Pues me das para triunfar
Cuanto el hombre ha menester:
Ocasion, tiempo y lugar.)

(Al acabar el duo se ve al Comandante salir por una de las puertas de la cámara, dirigiéndose al proscenio.)

---

**Hablado.**

ROCK.

¡Paulina! de un pecho amante
Merezca el puro deseo
Sólo esta mano.

(Va á cogerla una mano, que Paulina retira con ademan severo; el Comandante los observa.)

COMANDANTE.

(¡Qué veo!)
¡Ejé! (Tosiendo.)

PAULINA.

Viene el Comandante.

**ESCENA VI.**

PAULINA. EL COMANDANTE y MÍSTER ROCK.

ROCK. (Saliéndole al encuentro.)

¡Amigo! estoy rebosando
De gozo y felicidad.
Dadme un abrazo.

COMANDANTE. (Con severidad.)

¡Un abrazo!

ROCK.

¿Qué es eso?

COMANDANTE.

¡Jem!

ROCK.

(¿Qué tendrá?)

COMANDANTE.

¿De qué es la dicha?

ROCK.

Es el caso
Que no os lo puedo explicar.

COMANDANTE.

Yo, por lo contrario, estoy
Que me lleva Satanas.
Me parece que hay á bordo
Muchísimo que arreglar.

ROCK.

¿Á quién culpais?

COMANDANTE.

Á ninguno,
Y á todos en general.
Pues deben saber que tengo,
En vez de sangre, alquitran,
Y que no me paro nunca
En barras para colgar
De un penol al más pintado.

ROCK.

Pero...

COMANDANTE.

¡Voto á Barrabas!
Y sé amarrar á un cañon
Á mi padre, y soy capaz
De darle cien rebencazos
Al hijo del Preste Juan.
¡Brun! ¡brun! ¡brun! (Paseándose agitado.)

ROCK.

(Nunca le ha hecho
Tan mal efecto el champañ.)
¿Qué os pasa, mi Comandante?

COMANDANTE.

Tengo un humor infernal.

ROCK.

Ya se os conoce.

COMANDANTE.

Sí; pero...
Se me ha de conocer más.
—Y ¡vos!... (Encarándose con Paulina.)

PAULINA.

(¡Ya no me tutea!)

COMANDANTE.
¿Qué haceis aquí?

PAULINA.
¡Perdonad!
Me preguntaba el teniente...

COMANDANTE.
No es éste vuestro lugar.

PAULINA. (Retirándose hasta el pié del palo mayor.)
Lo sé.

COMANDANTE.
¿Y esa vela?

ROCK.
En cuanto
Permite la oscuridad,
Se ve que la vamos dando
Alcance, y... ¡virando está
Por redondo!

COMANDANTE.
¡Por redondo!
¡Maniobra singular!

ROCK.
No tengo duda; es el clipper
Negrero.

COMANDANTE.
¿Se atreverá
Á buscarnos?

ROCK.
Es posible;
Que el que lo manda es audaz.

COMANDANTE.
¡Que me alegro! Así le haremos
Pagar su temeridad.
—¡Señor oficial de guardia!

OFICIAL. (Acercándose.)
¡Señor!

COMANDANTE.
Haced despejar
La cubierta; me parece
Que nos busca ese truhan.

(Movimiento en el buque. Se aleja el Comandante con el oficial de guardia.)

ROCK.
¡Paulina!

(Dirigiéndose á ella, que esquivándolo baja al proscenio.)

PAULINA.
Dejadme.

ROCK.
No
Es posible.

PAULINA.
¡Sois audaz!

ROCK.
Soy amante, y el momento
De triste solemnidad.

PAULINA.
Explicaos.

ROCK.
Dentro de breves
Momentos se va á empeñar
Entre el brick y ese negrero
Un combate.

PAULINA.
Y ¿qué?

ROCK.
Bajad
Al sollado.

PAULINA.
De mi hermano
Enrique es éste el lugar.

ROCK.
Si os sucede una desgracia,
Si una bala...

PAULINA.
Me es igual.

ROCK.
¿Y aquel miedo?

PAULINA.
Ahora me siento
De cualquier cosa capaz.

ROCK.
Por si me espera la muerte,
Decid, ¡Paulina! en señal
De que no me aborreceis,
De que me teneis piedad...

(Cogiéndola una mano.)

PAULINA.
¡Dejadme! ¿Es éste el respeto?...

ROCK.
Ése nunca os faltará.
Sólo esta mano...

PAULINA.
Soltadme.

ROCK. (Se la besa.)
Estoy ya ciego.

PAULINA. (Le da un bofeton.)
Tomad.

COMANDANTE. (Apareciendo de repente.)
¡Hola! ¡Condestable! ¡aquí!

ROCK.
(Lo echamos todo á rodar.)
¿Qué habeis visto?...

COMANDANTE. (Ap. á Rock.)
Que os ha dado
Un bofeton... ¡magistral!

ROCK.
Le he insultado; es culpa mia.

COMANDANTE.
Eso despues se verá.

(Sale el Condestable.)

—Condestable, á Enrique Fritz
Al momento asegurad,
Y que no hable con ninguno.

ROCK.
Os juro...

COMANDANTE.
No hay que chistar.

(Va á hablar Paulina.)

—¡Basta, digo! Ahora acudamos

Al asunto principal.

(Se llevan á Paulina por una de las escotillas.)

—Mis órdenes ¿se han cumplido?

(Al oficial de guardia.)

OFICIAL.

Sí, señor: todos están
En sus puestos.

COMANDANTE.

Sobre todo,
Órden y serenidad.
—¡Zafarrancho de combate!
(Esto me consolará.)

(Se hace el zafarrancho, y algunos marineros suben á las vergas; la artillería queda desembarazada, y las mechas encendidas.)

---

**Música.**

CORO.

La muerte, frunciendo el ceño,
Con esa señal nos llama,
Y alguno va á hacer la cama
En que ha de echar el gran sueño.
Y no hay que llevar petate;
Que el mar es mullido y ancho.
¡Hurra! ¡hurra y zafarrancho!
¡Zafarrancho de combate!

---

Aquel que á encontrar acierta
La muerte de los valientes,
Tendido en el entrepuentes
Ó á la luz, sobre cubierta,
No ha menester calafate,
Ni de ménos echa el rancho.
¡Hurra! ¡hurra y zafarrancho!
¡Zafarrancho de combate!

---

**Hablado.**

ROCK.

Ya está al habla.

COMANDANTE.

La bocina.

(Se la traen.)

¡Ah del barco!

VOZ. (Léjos.)

¿Qué dirá?

COMANDANTE.

¿Qué buque es ése?

VOZ.

La *Alondra*.

COMANDANTE.

El nombre del Capitan.

VOZ.

Palmer.

COMANDANTE.

Eche el bote al agua,
Y el rol venga á presentar.

ROCK.

¿Obedece?

COMANDANTE.

Creo que sí.
¿Qué responde?

VOZ

Que allá va.

COMANDANTE.

¡Es extraño!

ROCK.

Me parece
Sospechosa esa humildad.

COMANDANTE.

Y á mí tambien: con que, alerta,
Y á la primera señal
Que disguste, fuego en él.

ROCK.

Ya han echado el bote al mar.

COMANDANTE.

¿Trae muchos hombres?

ROCK.

No pasan
De cinco; vienen de paz.

COMANDANTE.

Lo siento.

ROCK.

¿Por qué?

COMANDANTE.

Porque
Esperaba desahogar
Mi cólera á cañonazos.
(Mas de otro modo será.)

ROCK.

Ya se acerca.—Echad un cabo.

COMANDANTE.

(¿Viene á entregarse?)

ROCK.

Y bajad
La escala.

PALMER. (Desde afuera.)

¡Mi Comandante!

COMANDANTE.

¡Cómo! ¿sois vos, Capitan?

## ESCENA VII.

DICHOS, JORGE PALMER y JHON; el primero salta á bordo, y el segundo permanece en el portalon.

PALMER. (Hablando á los de afuera.)

Atad el bote, y ¡cuidado
Con que nadie me resuelle!
—Anoche, estando en el muelle,
Me vi de pronto asaltado...

COMANDANTE.

¿Erais vos? yo al alboroto
Llegué tarde, aunque el primero.

PALMER.

Y era que el barco negrero
Se encontraba sin piloto.
Cayó en cama el Capitan,
De una fiebre á la violencia,
Y buscando con urgencia

Piloto, conmigo dan.
Háblanme; yo me hago el sordo
Al ruego y á la amenaza;
Grito, y con una mordaza
Me conducen hasta á bordo.
Ya en el buque, desde aquel
Punto, en el primer momento,
Formé el temerario intento
De levantarme con él.

COMANDANTE.

¡Bravo!

PALMER.

Y ensayando en torno,
Ya el terror y ya el agrado,
Á este asusto, á aquel persuado,
Y á los más crudos soborno,
Y hoy contaba, entre la gente
Más osada del negrero,
Con sesenta hombres.—Espero
Que se lo tendréis presente.

COMANDANTE.

Y me hicierais una ofensa
Juzgándome de otro modo.
Ellos, y vos sobre todo,
Tendréis vuestra recompensa.

PALMER.

Yo con la satisfaccion
De mi triunfo me contento.

COMANDANTE.

Y ¿el Capitan?

PALMER.

Al momento
Subidme aquí á ese bribon.

(Á Jhon, que desaparece.)

—Desde anoche acorté vela,
Contrarié mares y vientos,
Y de vuestros movimientos
Cuidadoso centinela,
Á un hombre entendido y fiel
Puse al tope de vigía,
Que vió desde el mediodía
Las grímpolas del *Ariel*.

COMANDANTE.

¡Cuando pienso que sin vos
Se me iba! ¡voto á mi nombre!
¡Capitan, sois todo un hombre!

PALMER.

Pero á la buena de Dios.

COMANDANTE.

¡Buena presa!

PALMER.

Es una joya.

COMANDANTE.

¡Barco velero!

PALMER.

¡Ya, ya!
Y sin embargo ahí está
Dormido como una boya.
Ahí está, bajo el cañon
Del brick, ¡y esto es obra mia!
Clavada la artillería
Y destrozado el timon.

COMANDANTE.

Pues ¿y el Capitan? Por cierto
Que es lo mejor de la presa.

PALMER. (Acercándose á la borda.)

¿No viene ese hombre?

## ESCENA VIII.

DICHOS y JONATAS, á quien traen en una camilla, completamente mareado, JHON y CUATRO MARINEROS NEGREROS.

JHON.

¡Si pesa
Como si estuviera muerto!

COMANDANTE.

¡Tengo unas ganas de ver!...

PALMER.

Mentira os parecerá.

COMANDANTE.

¿Por qué?

PALMER.

¡Como el pobre está
Que no se puede mover!...
—Decid: ¿hay álguien que crea?...

(En este momento colocan sobre la cubierta á Jonatas, y los cuatro marineros que lo han conducido se retiran á su bote. Jhon continúa en el portalon.)

COMANDANTE.

¿Es éste? ¡quién lo pensara!

PALMER.

¿Verdad?

COMANDANTE.

Y eso, que es la cara
Soberanamente fea.

PALMER.

Eso tambien es verdad.

COMANDANTE.

Y ¿es tan terrible?

PALMER.

¡Es un nene!...

ROCK.

Y sin embargo, no tiene
Rasgos de ferocidad.

COMANDANTE.

Á no conocerlo bien,
Por los síntomas que veo,
Jurara...

PALMER.

¿Qué?

COMANDANTE.

Que es mareo.

ROCK.

Yo lo dijera tambien.

PALMER.

¿Con este mar! ni las damas...

COMANDANTE.

¡Como tan postrado le hallo!...

PALMER.

¡Qué! Pues ¡si no hay rodaballo
Que tenga tantas escamas!

COMANDANTE.

¡Lo que una dolencia apoca!

PALMER.

Está tan endurecido,
Que parece que ha nacido
Del corazon de una roca.
Hombre es que en una piragua
Cruzaria el mar salobre
Sin dudar; pero ahora el pobre
Ni áun puede mascar el agua.

COMANDANTE. (Á un oficial.)

Que el cirujano le asista
Como si yo mismo fuera.
Ponedle en una litera
Con centinela de vista.

PALMER.

Que se mueva dificulto.

OFICIAL.

¿Adónde irá?

COMANDANTE.

Al entrepuentes.
—¡Hay que honrar á los valientes!
¡Cuidado con un insulto!

(Cuatro marineros del brick se lo llevan por la primera boca de escotilla.)

## ESCENA IX.

PALMER. EL COMANDANTE. MÍSTER ROCK.

PALMER.

(¿Dónde está? ¡Pierdo el juicio!
¿Si me habrá visto?...)

COMANDANTE.

¿Teniente?

ROCK.

¿Señor?

COMANDANTE.

Disponed la gente,
Que no haga falta al servicio.

PALMER.

¿Para qué?

COMANDANTE.

Para que vaya
Á marinar el negrero.

PALMER.

¿Temeis que escape? Primero
Veréis moverse la playa.

COMANDANTE.

¿Me respondeis de que está
Seguro el clipper?

PALMER.

Lo juro.
—¿Eh? (Á Jhon.)

JHON.

¡Vaya si está seguro!

PALMER.

Despues se marinará.
En todo caso, le alcanza
El cañon.

COMANDANTE.

Eso, de lleno.

PALMER.

Pues por lo mismo, no es bueno
Mostrarles desconfianza.
Yo iré, como su cabeza,
Á disponerlo con arte,
Porque ellos, eso es aparte,
Tienen su delicadeza.
Y esa canalla, os lo digo,
Da que hacer si en ira monta.
Tened vuestra gente pronta;
Pero que vaya conmigo.

(Á una señal de aquiescencia del Comandante, se retira Míster Rock, dirigiéndose á popa, donde figura dar órdenes.)

COMANDANTE. (Asomándose un instante á la borda, izquierda.)

He de ver ese portento
Cuando raye el nuevo dia.
¡Ojalá que á esta alegría
No templara un sentimiento!
Pensar que casi en la infancia...

PALMER.

¿Qué quereis decirme?

COMANDANTE.

Digo
Que al pobre Fritz, nuestro amigo,
No le arriendo la ganancia.

PALMER.

¡Me haceis temblar!

COMANDANTE.

Y no en vano.
Ha dado, ciego ó demente,
Un bofeton al Teniente.

PALMER.

(¡Bendita sea su mano!)

COMANDANTE.

Figuraos que el pobre mozo
Está muerto.

PALMER.

Y ¿le habeis preso?...

COMANDANTE.

¡Vaya!

PALMER.

¿No más que por eso?
Sacadle del calabozo.

COMANDANTE.

¡De véras! ¡Rayos y truenos!
¡Si en lo mejor de la cara
Le santiguó!

PALMER.

Y ¿quién repara

En bofeton más ó ménos?

COMANDANTE.

¡Cuidado, que ya me irrita!

PALMER.

¿Mi parsimonia os sorprende?

COMANDANTE.

Mucho.

PALMER.

Pero ¿á quién ofende
Una mano tan bonita?

COMANDANTE. (Espantado.)

Capitan, ¡basta de chanza!

PALMER.

¿Quisierais salvarle?

COMANDANTE.

Quiero...
Por mi pobre Claudio; pero
No abrigueis esa esperanza.

PALMER.

Sin embargo, puede haber
Algun medio...

COMANDANTE.

Está perdido.

PALMER.

Pero ¿no habeis conocido
Que es una pobre mujer?

COMANDANTE.

¡Una mujer?

PALMER.

Sí; Paulina
Fritz.

COMANDANTE.

¡Calle! Ahora hago memoria...

PALMER.

Ya os diré toda esa historia.

COMANDANTE.

¿Y el otro? ¿el guardia marina?

PALMER.

¿Enrique? postrado en cama
Y herido.

COMANDANTE.

Y ¿cómo atropella
Los peligros!...

PALMER.

Porque es ella
Muy celosa de su fama.

COMANDANTE. (En voz alta á Míster Rock.)

Traedme aquí el preso, y que esté
La tripulacion presente.

(Vase Míster Rock.)

—Hay que decir á esa gente
Lo que pasa.

PALMER.

Y ¿para qué?

COMANDANTE.

Dando así satisfaccion
Del por qué libro á esa alhaja,
El freno no se relaja
De la subordinacion.

## ESCENA X.

DICHOS. PAULINA. MÍSTER ROCK, OFICIALES Y GUADIAS MARINAS.

PAULINA.

¿Qué es esto? ¿Está decidida?...

COMANDANTE. (Descubriéndose con galantería.)

Áun no.

PAULINA.

(¡Qué amable está el viejo!
—¿Hablaré? ¡no! Ántes me dejo
Quitar mil veces la vida.)

COMANDANTE.

¡Señores! teneis presente
Al autor de aquel horrible
Delito; mas no es posible
Castigar al delincuente.
—Es mujer.

(Los guardias marinas se restriegan las manos de gusto.)

TODOS.

¡Una mujer!
¡Bueno!

COMANDANTE.

¡Basta de chacota!
(¡El cotarro se alborota!
¿Qué habia de suceder!)
Que me perdoneis os pido:
Engañado por el traje,
He usado cierto lenguaje...

PAULINA.

Gracias que no lo he entendido.

ROCK.

(Sin duda lo confesó...)

PAULINA.

Míster Rock, habeis faltado
Á un juramento sagrado.

ROCK.

¿Qué decís? No he sido yo.
—De mi verdad sois testigo. (Al Comandante.)

PAULINA.

¿Quién, si no?...

COMANDANTE.

¿Por qué ese afan?
No fué, sino el Capitan...

PALMER.

El Capitan, vuestro amigo.

PAULINA.

(¡Él aquí!)

PALMER. (Ap. á Paulina.)

Vengo á salvarte.

PAULINA.

¿Vos!

PALMER.

Esto es una locura.

PAULINA.

¡Señor! ¿no he de estar segura
De este hombre en ninguna parte?

PALMER.

Pero ¿me aborreces?

(Durante este aparte de Palmer y Paulina, el Comandante y Míster Rock se han dirigido adonde están los oficiales y guardias marinas, á quienes, hablan haciéndolos retirarse de la escena.)

PAULINA.

Sí.

PALMER.

Mira que...

PAULINA.

Mi ódio es eterno.

PALMER.

Tengo en el pecho un infierno,
Y no respondo de mí.

PAULINA. (Con altivez.)

¿Qué es eso!

PALMER.

No te amenazo;
Pero en la tierra, en la mar,
¡Óyeme bien! no hay lugar
Donde no alcance mi brazo.
—¿Vas á seguirme?

PAULINA.

No, os digo.

PALMER.

Es que tengo amor y celos,
Y he jurado por los cielos
Que te he de llevar conmigo.

(Se acercan el Comandante y Míster Rock.)

PAULINA. (Al Comandante.)

Oid: negarlo es en vano:
¡Señor! Paulina es mi nombre;
Mas que yo no vea á ese hombre;
Él fué quien hirió á mi hermano.

ROCK. (Con tono amenazador.)

¿Vos, señor!...

PALMER.

Palmer: el mismo.

PAULINA.

Y en vano, en vano quereis
Obligarme; ya sabeis
Que nos separa un abismo.

ROCK.

(¿Será mi rival?)

PAULINA.

Adios.

(Se aleja y entra por una de las bocas de escotilla: Palmer la sigue cuidadosamente con la vista.)

## ESCENA XI.

DICHOS, ménos Paulina.

PALMER.

(¡Y se va! ¡la ira me abrasa!)

COMANDANTE. (Ap. á Palmer.)

Comprendo lo que aquí os pasa,
Y me intereso por vos.
(Con algo le he de pagar.)

PALMER.

(Llegó el terrible momento.)
¡Oh, gracias! (Por él lo siento;
Mas no lo puedo excusar.)
¿Posible es que así me olvide!

COMANDANTE.

Todas son como las olas.

PALMER.

Mas si yo la hablara á solas
Un momento...

COMANDANTE.

Y ¿quién lo impide?
¿Hay algun rival?...

PALMER.

Quizás;
Pero ¡aunque se oponga el orbe!...

(Mirando significativamente á Míster Rock.)

COMANDANTE.

Yo os prometo que no estorbe.

PALMER.

Un instante nada más.

(Se dirige á la boca de la escotilla por donde entró Paulina, y desaparece por ella; Míster Rock va á seguirle, y le detiene el Comandante.)

## ESCENA XII.

EL COMANDANTE. MÍSTER ROCK.

COMANDANTE.

Míster Rock, hay ocasiones
En que el hombre...

ROCK.

Al punto vengo.

COMANDANTE.

Esperad un poco; tengo
Que daros satisfacciones.

ROCK.

No hablemos de eso.

COMANDANTE.

Templad
Vuestro enojo.

ROCK.

¡Si no estoy
Ofendido!

COMANDANTE.

Á veces soy
Inoportuno...

ROCK.

(Es verdad.)
Pero eso ya se ha acabado.

COMANDANTE.

La vejez es maliciosa.

ROCK.

Mas ¿no estáis viendo?...

COMANDANTE.

¿Qué cosa?

ROCK.

Temo que os han engañado.

COMANDANTE.

No os comprendo. (¡Está celoso!)
Hablad más claro.

ROCK.

Sí haré.
Ese hombre, ese Palmer...

COMANDANTE.

¿Qué?

ROCK.

Me parece sospechoso.

COMANDANTE.

¿Posible es que ciegue tanto
El ódio!

ROCK.

Sea lo que sea,
He formado mala idea
Del Capitan.

COMANDANTE.

No me espanto.
Los celos...

ROCK.

¡Juro á los cielos!...

COMANDANTE.

¿Es á vuestro amor ingrata
Paulina?

ROCK.

Aquí no se trata
De mi amor ni de mis celos.
Mas si nos tendiera un lazo
Ese hombre...

COMANDANTE.

Y ¿qué puede hacer?

ROCK.

Vigiladle.

COMANDANTE.

Es mi deber...
Mas la sospecha rechazo.
Le quereis mal.

ROCK.

Lo confieso.

COMANDANTE.

Y los hidalgos rivales
Luchan con armas leales.

ROCK.

¿Qué quereis decir con eso?

COMANDANTE.

Mañana á puerto se llega:
¡Allí en generosa lid
Disputádsela!

(Un oficial sale apresuradamente de una de las bocas de escotilla, y se dirige con el semblante demudado al Comandante.)

OFICIAL.

¡Acudid!

COMANDANTE.

Pues ¿qué hay?

OFICIAL.

¡Fuego en la bodega!

(Empiezan á salir algunos oficiales y guardias marinas; su número se va aumentando progresivamente.)

---

**Música.**

COMANDANTE.

¡Serenidad, señores!
¡Valor! ¡todos aquí!
Todos sobre cubierta,

CORO.

¿Qué hay, pues?

COMANDANTE.

Fuego en el brick.

(Mister Rock se dirige hácia la boca de escotilla que está cerca del proscenio, y desaparece por ella rápidamente.)

UNOS.

¡Hay fuego!

TODOS.

Y áun la llama
Se empieza á descubrir.

COMANDANTE.

Aquí es donde se muestra
El alma varonil.

TODOS.

Perezca el que perezca:
¡Quién cuida de vivir
Cuando el deber le brinda
Tan generoso fin!

(Todos se agolpan hácia la popa, por donde se figura que empieza á manifestarse el fuego; los marineros sacan agua del mar con los baldes, y se los pasan de uno en otro hasta que los reciben los que están colocados en la segunda boca de escotilla, por donde se ve salir humo. Palmer, seguido de Paulina, á quien trae de la mano y que viene llena de terror, sale por la primera escotilla, y se dirige adonde está Jhon; éste y sus marineros levantan en brazos á Paulina y la bajan al bote. Palmer, desde lo alto de la escala, con una pistola en cada mano, se vuelve hácia la tripulacion del *Ariel*, que le contempló atónita.)

PALMER.

Los que le estáis buscando,
Aquí teneis
Al Capitan negrero.

COMANDANTE.

Corred tras él.

PALMER.

Si hay alguno tan bravo,
Véngame á ver.
Sígame, que ya sabe
Que esperaré. (Se arroja á la lancha.)

COMANDANTE.

Matadle.

CORO.

¡Muera! ¡muera!

(Al dirigirse algunos soldados y marineros hácia el sitio por donde desapareció Palmer, sale Mister Rock por la primera boca de escotilla, volviendo á desaparecer por ella.)

ROCK. (Vuelve á bajar.)

¡Venid! ¡corred!
El pañol de la pólvora
Comienza á arder.

COMANDANTE.

¡Hijos! ánimo, y nadie
Ceje de un pié.

Salvemos nuestro hermoso
Querido *Ariel*.

---

CORO.

¡Crece el incendio, crece y avanza,
Y en los pañoles se ceba ya!
Bajo las plantas la tabla cruje,
Y el seco pino suda alquitran.
¡Agua! ¡más agua! y hasta que pase
Por la bodega toda la mar,
¡Vengan los baldes y ande la bomba!
—¡Andando está! ¡andando está! ¡andando está!

(Un momento ántes de caer el telon, se propaga el fuego con grande intensidad; el palo mayor cae por la banda, y todos lanzan un grito de terror.)

---

# ACTO TERCERO.

---

El teatro representa el interior de una finca rústica, con una casa á la izquierda. En el fondo una verja con puerta practicable, y más allá un bosque espeso; pero dejando entre éste y aquella una senda ó camino estrecho. Delante de la casa un cobertizo, en parte cubierto de enredaderas, que descienden hasta el suelo. Al levantarse el telon, aparece Jonatas, rodeado de negros, colocados en cuclillas. Un negrito tendrá levantado en un palo un gran tarjeton, en el que está escrito el abecedario en letras muy grandes.

## ESCENA PRIMERA.

JONATAS. CORO DE NEGROS.

**Música.**

JONATAS.

¡Otra!

CORO.

A–b–c–d.

JONATAS.

¡Bien! ¡muy bien está!
¡Vamos!

CORO.

E–f–g.

JONATAS. (En tono burlon.)

¡Quién se lo dirá!
¡Vamos! no se enfrien.

CORO.

H–i–j–k.

JONATAS.

¡Seguid, hotentotes!
¡Seguid! ¡acabad!

CORO.

Pobre morenito
No sabe ya má.

JONATAS.

(Un año há que estudian,
Un año cabal,
Y del alfabeto
Ya están en la k.
Si estos pertenecen
Á la humanidad,
Juro que á los brutos
Me voy á pasar.)
Atencion, que vamos
Á silabear.
B–e, bé.

CORO.

Bebé.

JONATAS. (Con sofiama.)

C-o, co, comé.

CORO.

¡Eso mimo, así!
Y holgá y dolmí.

---

Porque amo güeno
Quiere que viva
Pobre moreno
Sin trabajá.
Cosa que etudia,
Bien lo penetra;
Sólo la letra
No quiere entrá.

JONATAS.

(El amo es bueno,
Y á estos caribes
Paja y centeno
Debiera dar.)
Ya que en los cascos
Nada os penetra,
Esta es la letra
Que os ha de entrar.
(Enseñándoles el látigo.)

---

CORO. (Con tono amenazador.)

¡Á qué no!

JONATAS. (Escandalizado.)

¡Pues me alegro!

CORO.

¡Vaya á que no!

JONATAS.

Aquí no hay más que un negro,
Y ése soy yo.

CORO. (Burlándose.)

¡Ajá!

JONATAS.

Salvo la pinta.
No hay que reir,
Ó hago con todos tinta
Para escribir.
(Haciendo resonar el látigo.)

CORO.

¡De furia relincho! ¡de cólera bramo!
Lo mismo que branco soy hombre, y mejó.
Verá si le digo, quejándome al amo,
Que riñe, que pega, que ultraja mi honó.

JONATAS.

¡Á ver quién respira! ¡cuidado me llamo!
Para esto me pagan y soy preceptor.
Y gruñan y rabien, y quéjense al amo;
Mas tomen á cuenta, diránlo mejor.
(Les pega, y los negros huyen en diferentes direcciones.)

---

## ESCENA II.

JONATAS. Luégo JHON.

**Hablado.**

JONATAS.

Si á esta canalla baldía
No le siento la pelusa,
Nos pierde el respeto, abusa
De nuestra filantropía.
Yo no me paro en colores;
Pero es cosa que me altera
Que este zurriburri quiera
Subírsenos á mayores.
Ya verán que no soy manco
Y que vengo de otra cepa.
Á lo ménos, que se sepa
Quién es negro y quién es blanco.
Al que se descuide, ¡zás!
—¿Quién viene? ¡ta! ¡ta! jurara
Que yo he visto aquella cara...
(Entra Jhon por la verja.)
—¡Amigo Jhon!

JHON.

¿Jonatas?

JONATAS.

El mismo.

JHON.

El refran no yerra;
Como nuestro, ¡ya se sabe!

JONATAS.

¿Lo puedo conocer?

JHON.

«Ave
De albarda, señal de tierra.»

JONATAS.

¡Vaya un bonito refran!

JHON.

Así es que cuando te vi,
Al momento dije: «Aquí
Echó el ancla el Capitan.»
—Y ¿qué tal?

JONATAS.

Yo, siempre en guerra
Con mis negros.

JHON.

Lo concibo.

JONATAS.

Y tú, ¿qué tal?

JHON.

Yo no vivo,
Ni sé vivir en la tierra.

JONATAS.

Yo sí, que éste es mi elemento.

JHON.

Y has corrido, sin embargo,
Tu chubasco.

JONATAS.

Y ¡poco largo!

JHON.

Y ¿está contigo contento?...

JONATAS.

¿Palmer? ¡Vaya!

JHON.

No sé yo
Cómo contigo se junta.

JONATAS.

¿Por qué?

JHON.

¡Vaya una pregunta!

JONATAS.

Aquello ya se olvidó.
¡Ademas de que el castigo
Fué bueno!

JHON.

No más que el susto.

JONATAS.

Despues no ha habido un disgusto
Ni una desazon conmigo.

JHON.

¡Como impulsos no te den
De faltar á tus deberes!...

JONATAS.

¡Si yo, en no habiendo mujeres,
Soy el hombre más de bien!
—Y ¿áun no te han echado mano?

JHON.

Áun no.

JONATAS.

¡Pues si se averigua!...

JHON.

Me he dedicado á mi antigua
Profesion de cirujano,
Y en este oficio terrestre
Vegetando oscurecido,
¿Quién sospechará que he sido
Negrero y contramaestre?

JONATAS.

¡Cirujano! Y ¿se trasteja?

JHON.

Quisieran muchos galenos...

JONATAS.

Y ¿con suerte?

JHON.

Por lo ménos,
Ningun muerto se me queja.
Tengo una gran posicion...

JONATAS.

Y áun estás mal avenido...

JHON.

Como que nunca me olvido
De mi noble profesion.
Pero hago tales extremos,
Que he tenido más de un chasco.
El cuerpo, para mí, es casco;
Los brazos y piernas, remos.

JONATAS.

Si hay ciencia, es cuestion de nombre...

JHON.

Un hombre me llamó un dia
Para hacerle una sangría,
Y era jorobado el hombre.
Abierto ya el imbornal,
Por distraer al paciente,
Le dije sencillamente:
Y la obra muerta, ¿qué tal?

(Dándole palmadas á Jonatas en la espalda.)

El infeliz lo tomó
Al pié de la letra.

JONATAS.

¿Cierto?

JHON.

Lo que oyes: se creyó muerto,
Y del susto las lió.

JONATAS.

¡Es posible! — Y ¡áun tendrás
Quien te llame!

JHON.

Eso es de ene;
En esta profesion, tiene
Más fama el que mata más.
Y como por mí están llenos
Los cementerios...

JONATAS.

¡Aprieta!

JHON.

Salgo á muerto por receta,
Sobre poco más ó ménos.
Mi mejor electüario
Es un cañon de crujía.

JONATAS.

¡Caramba!

JHON.

Hay receta mia
Que ha matado al boticario.

## ESCENA III.

DICHOS y PALMER, que sale de la casa; tiene todo el aspecto de un plantador; sombrero de palma de alas anchas y chaqueta larga de lienzo.

PALMER.

¡Jhon!

JHON.

¡Señor!

PALMER.

Dame esa mano.

JHON.

¡Mi Capitan! ¡cuántos dias
Sin vernos!

PALMER.

Es verdad.—¿Qué
Significa esta venida?
¿Hay malas nuevas?

JHON.

Mis nuevas
Son como mis medicinas.

JONATAS.

Malas serán.

JHON.

No son buenas.
—Ahí va la primera píldora.
—La cuestion de indulto está
Verde.

PALMER.

Ya lo presumia.

JHON.

El Presidente no cede.
¿Por qué nos tendrá esa tirria?
¡Por quemar un casco viejo!
¡Hombre! ¡parece mentira!

PALMER.

Hace bien.

JHON.

¿Por qué hace bien?

PALMER.

Mi temeraria osadía,
Mi delito, mejor dicho,
Pudo costar muchas vidas.

JHON.

Mas no se dirá que fuisteis
Tan cruel...

PALMER.

Pues ¿qué querias?

JHON.

No diré que esté mal hecho;
Mas, si no os dais tanta prisa
Á salvarlos, mueren todos
En aquella chamusquina.
Todos, hasta ese cuitado.

(Señalando á Jonatas.)

JONATAS.

¡Vaya! ¡en buen hora lo diga!
Gracias á mi centinela,
Hombre exacto, que tenía
Órden clara y terminante
De no perderme de vista,
Y viendo el fuego ya cerca,
Por no quebrar la consigna,
Me llevó en brazos al bote,
Como si fuera nodriza.

PALMER.

Cierto es que con propio riesgo
Los salvamos.

JHON.

Como que iba

La pobre *Alondra* cargada
De gente hasta la toldilla.

PALMER.

Eso atenúa el delito;
Pero no lo justifica.

JHON.

Y aunque estaban desarmados,
Si se nos echan encima,
Se hacen dueños de la *Alondra*,
Y nos quedamos *per istam*.

PALMER.

¿Hay más?

JHON.

Como me encargasteis
Que vigilara á la niña,
Vengo á dar cuenta de cómo
Se ha manejado el espía.

PALMER.

Y ¿cómo?

JHON.

Todo lo mal
Posible: ¡á quién se le diga
Que me han engañado! y ¡eso
Que tengo yo más malicia!...
Mas ¡ya se ve! encastillada
Toda la noche y el dia...

PALMER.

Acaba.

JHON.

En primer lugar,
Y ésta es la peor noticia,
Está arruinado.

PALMER.

¿Qué dices,
Mi buen Jhon?

JHON.

Que ya no es rica.
Ha vendido sus haciendas,
Sus casas, cuanto tenía.

PALMER.

Y ¿por qué?

JHON.

Todos ignoran
La causa de su ruina.
Pero no hay que preguntar...
Por ingrata: ¡Dios castiga!
—Pero lo peor no es eso.

JONATAS.

Mensajero de desdichas,
Vacia el saco de una vez.

PALMER.

¿Hay más?

JHON.

Se casa Paulina.

PALMER.

¡Se casa! ¡Viven los cielos...

JHON.

Pero hay que hacerla justicia:
Es consecuente.

PALMER.

¿La ingrata?...

JHON.

No sale de la marina.

PALMER.

Y ¿quién es el que me roba
Su mano, su amor, mi vida?

JHON.

El teniente Rock.

PALMER.

¡Ah, infame!
Ya el alma me lo decia.

JHON.

No necesitaba ser
Agorera ni adivina.

PALMER.

Di, Jhon, ¿merezco este pago?

JHON.

¡Qué calentura maligna!...
¡Y que la curara yo!
—¿Hay más que entrar en la villa,
Convidarnos á la boda
Y armar una sarracina?
Cortar por lo sano.

JONATAS.

¡Ya
Pareció tu cirujía!

PALMER.

Y ¿qué más?

JHON.

Robar la novia,
Y plantarnos en la China
Ó en el Mogol.

PALMER.

¡Calla! ¡calla!

JHON.

Esta es mi opinion.

PALMER.

Deliras.

JONATAS.

Pues dice bien.

PALMER.

¿Tambien tú?

JONATAS.

Jorge, yo soy un gallina;
Pero en esta ocasion, creo
Que me dejaba hacer trizas...

PALMER.

¿Me haré dueño de ese modo
De su voluntad altiva?
Damas como ella se alcanzan
Por amor, no se conquistan.
Cuando de su suerte dueño,
En mi poder la tenía,
¿Quién me hizo, sino el respeto,
Abandonar la partida?

Bien sabes ¡con qué peligro
Nos pusimos á la vista
Del puerto!

JHON.

Y á poco más,
Zozobra el bote en la orilla.

PALMER.

Ya lo sabeis; yo no quiero
Deber á una villanía
Su posesion, ni favor
Que no venga de ella misma.

JHON.

Pues olvidadla.

PALMER.

¿Olvidarla!

JHON.

Yo he andado toda mi vida
Con los foques sin motones,
Y el pañuelo sin relinga.
Y aunque me gustan las hembras,
Que de eso pocos se libran,
Hay diferencia... Yo quiero
Mujer, pero no costilla.

PALMER. (Con abatimiento.)

No hablemos de eso: dejadme.

JHON.

Esa flaqueza es indigna
De vos.

PALMER.

Dejadme, repito.

JONATAS. (Ap. á Jhon.)

Ya le entró la hipocondría.

JHON.

¿Eso tiene? ¿Te parece
Que le dé una medicina?

JONATAS. (Asustado.)

¡No seas bruto, Jhon!

JHON.

Pues ¿dudas
De la ciencia?

JONATAS.

¡Quita! ¡quita!

(Tirándole del brazo; entran en la casa Jhon y Jonatas.)

## ESCENA IV.

PALMER, solo.

¡La pierdo! y ¿la he de mirar
En brazos de mi enemigo!
Este es el mayor castigo,
Que el cielo me puede dar.
¡Castigo es del cielo, sí!
Lo reconozco y lo siento
En el torpe abatimiento
Que se apodera de mí.

---

**Música.**

¿Qué nubes tenebrosas
Las horas venturosas,
En tanto bien pasadas,
Trocaron en dolor!
¿Qué fueron esos dias
De locas alegrías!
¡Las penas aliviadas
Con lágrimas de amor!

—

Yo el bien conseguí,
Yo el mal apuré;
Pero el bien se fué,
Y el mal quedó aquí.

—

El llanto se me asoma
Si arrulla la paloma,
Si canta en la alta rama
Su pena el ruiseñor;
Que el alma, ya cautiva,
Responde compasiva
Á todo el que en la llama
Se abrasa del amor.

---

## ESCENA V.

DICHOS y EL COMANDANTE, que viene por el fondo.

**Hablado.**

PALMER.

¡El Comandante!... ¡Qué miro!

COMANDANTE.

Puesto que vos no podeis
Ir allá, permitiréis
Que venga á vuestro retiro.

PALMER.

Me dais con vuestra venida
Tal satisfaccion...

COMANDANTE.

Quisiera
Que esa satisfaccion fuera
Para uno y otro cumplida;
Pero no lo quiere Dios,
Al ménos por lo presente.
—Anteayer vi al Presidente:
Iba á rogarle por vos.

PALMER.

¡Tantas bondades conmigo!

COMANDANTE.

Es cuestion de simpatía.

PALMER.

Otro que vos, me tendria
Por su mayor enemigo.

COMANDANTE.

Ya sabeis que no es así;
Que aunque en mi daño se ordenen,

Los rasgos de valor tienen
Cierta magia para mí.

PALMER.

Mi temeridad condeno.

COMANDANTE.

Me probais de esa manera
Que la cabeza es ligera,
Pero el corazon es bueno.
Cuando, las fuerzas rendidas,
Á Dios volvimos los ojos;
Cuando iban á ser despojos
Del hondo mar tantas vidas,
Por vos...

PALMER.

Dejad eso á un lado:
Harto la triste memoria
De esa abominable historia
Mi delito ha castigado.
Y como si no bastara
Esa pena, determina
Darme otra mayor: Paulina
(¡Quién tal infamia pensara!)
Me roba mi dicha toda.
¿Sabeis que se casa?

COMANDANTE.

Y hoy.

PALMER.

¡Lo sabeis!

COMANDANTE.

Como que soy
El padrino de esta boda.

PALMER.

Eso me tiene en un potro.
— ¡Me ha olvidado!

COMANDANTE.

No lo juro...

PALMER.

¡Oh! ¡no!

COMANDANTE.

Pero lo seguro
Es que se casa con otro.

PALMER.

Para su infidelidad
¿Tiene excusa?

COMANDANTE.

No la veo,
Aunque hallársela deseo.
— Tal vez la necesidad...

PALMER.

Luego ¿es cierto que ha perdido
Sus bienes?

COMANDANTE.

Y su pobreza
Es de tal naturaleza...

PALMER.

Que le ha impuesto ese marido.

COMANDANTE.

Eso, ó tal vez el despecho.

PALMER.

Pero yo, que rico estoy,
Yo, que la adoro, yo soy
Quien tiene mejor derecho.

COMANDANTE.

¡Ay, amigo! La mujer
Tarde ó temprano la pega.
¿En qué fundais esa ciega
Confianza?

PALMER.

¿En qué ha de ser?
En la lealtad de su amor,
En su estimacion se apoya.
— Un hombre tiene una joya
Que juzga de gran valor:
Su riqueza le acobarda;
Para él no hay otra más bella,
Y se encariña con ella,
Y cuidadoso la guarda;
Que nunca su idolatría
Turbó la duda más leve.
Pero que alguno le pruebe
Que no es lo que presumia,
Que fué en estimarla necio;
Y veréis que, aunque con pena,
Cuanto más la creyó buena,
La arroja con más desprecio.
Yo no me atrevo á dudar
De esa joya peregrina;
Mas probadme que es Paulina,
Como otras, falsa y vulgar;
Y veréis que á la razon
Prestando fácil oido,
Doy este amor al olvido,
Y escucho á mi estimacion.

COMANDANTE.

Mirais como cosa nueva
La veleidad... y despues,
Debeis comprender que no es
Fácil hacer esa prueba.

PALMER.

Que es difícil, ya lo veo.

COMANDANTE.

Pues bien, como yo he dudado
Más que vos, me he anticipado
Á cumplir vuestro deseo.
Paulina va á venir...

PALMER.

¿Sí?
¿Á verme?

COMANDANTE.

¡Sí! ¡Á buena hora!
— ¡No seais vano!

PALMER.

Luego ¿ignora?...

COMANDANTE.

Ni áun sabe que estais aquí.

Yo soy quien con mucho empeño,
Y de esta hacienda prendado,
Sin conocerle, he alcanzado
El permiso de su dueño.
Esto la he dicho, y en esta
Inteligencia conviene
Que esté: solamente viene
Para celebrar la fiesta.

PALMER.

¡Ya!

COMANDANTE.

Y á fe de hombre de honor,
Que esto adelante no pasa,
Si comprendo que se casa
Por despecho y sin amor.
Pero si alegre la veo,
Si es, como yo me figuro,
Que ha cambiado el aire, os juro
Que cumplirá su deseo.

PALMER.

No la quiero desleal.

COMANDANTE.

Vendrá, pues; y una vez dentro
De vuestra casa, el encuentro
Parecerá natural.
Yo, que no soy visionario,
Sabré al punto distinguir...

PALMER.

Mas decidme: ¿habré de huir
La vista de mi contrario?

COMANDANTE.

No: Míster Rock os verá;
Pero despues.

PALMER.

(Eso quiero.)

COMANDANTE.

Mi teniente es caballero,
Nada temais.

PALMER. (Viéndole salir por la senda.)

Aquí está.

ROCK. (Dentro.)

¡Comandante!

COMANDANTE.

Nuestro pacto
No se olvide.

PALMER.

No lo olvido.

(Se retira hácia la casa, echándose el sombrero sobre los ojos.)

## ESCENA VI.

DICHOS y MÍSTER ROCK.

COMANDANTE.

¡Tan exacto!

ROCK.

Siempre he sido
Á la obligacion exacto.
Supe que estabais aquí...
—Me lo dijo mi futura,
Ya há rato; yo en la espesura
De este bosque me perdí.
Sabeis que los marineros
En tierra valemos poco.
Vengo de contento loco,
Y con gran prisa de veros.

COMANDANTE.

¿Por qué?

ROCK.

Me debeis albricias.
¿Á que no acertais?...

COMANDANTE.

No caigo
En qué pueda ser.

ROCK.

Os traigo
De Suanse buenas noticias.
Dos dias há, con la bruma
Del mar, apénas cubierto,
Un brick caminaba al puerto,
Dejando millas de espuma.
Porque ¡era una exhalacion!
Y á medida que avanzaba,
En nuestro puerto llamaba
La general atencion.
Y en verdad, mi Comandante,
Que la merece, ¡por Cristo!
En toda mi vida he visto
Construccion más arrogante.
Sobre las olas rizadas,
Con sereno movimiento,
Venía ciñendo el viento
Con las velas desplegadas,
Cuando se vió que á par de ellas,
Ondeante y majestuoso,
Mecia el aire el glorioso
Pabellon de las estrellas.
Á impulso de brisa blanda
Salvó las temidas rocas,
Enseñando sus diez bocas
Por una y por otra banda.
Limpio, y como una coqueta
Meciéndose, parecia
Juguete de orfebrería
Ó capricho de poeta.
¿Qué barco es ése? pregunta
La multitud apiñada,
Cuando el puerto, en la bordada,
Cruzaba de punta á punta.
Y fija la vista en él,
Lanzó de repente un grito,
Al ver en la popa escrito
El nombre de nuestro *Ariel*.

COMANDANTE.

¡Es posible!

ROCK.

Tan igual
En todo, que es maravilla.

COMANDANTE.

¡El *Ariel!*

ROCK.

La misma quilla
Y la manga y el puntal.
El Capitan encargado,
Que ahora de Inglaterra llega,
Bajó á tierra, haciendo entrega
Del bergantin al Estado,
Sin dar más explicacion,
Sino que Palmer lo envia
Á dar de su fechoría
Honrada satisfaccion.

PALMER.

(¡Qué oigo!)

ROCK.

Y si hasta aquí severo,
Por exigirlo el deber,
Firmó el Presidente ayer
El indulto del negrero.
Si sabeis donde está oculto...

COMANDANTE.

Sí lo sé.

ROCK.

Tal me parece.
(Mirando á Palmer, y dirigiéndole la palabra.)
—¿Qué decís?

PALMER.

Que no merece...
Que no merezco ese indulto.

ROCK.

¡Palmer!

COMANDANTE.

Es un rasgo bello.

PALMER.

Que á mí no se me ha ocurrido.

COMANDANTE.

Pero ¿quién puede haber sido?

PALMER.

Pues ¿cómo? ¿No dais en ello?
—La pobreza de Paulina
¿No os lo dice? (Á media voz al Comandante.)

COMANDANTE.

Sí, ya voy
Comprendiéndolo.

PALMER.

Yo soy
La causa de su rüina.
Por salvar mi vida aciaga
Todos sus bienes emplea;
Mas no quiere que se crea
Que espera mi mano en paga.
Me quiere; pero es altiva.

ROCK.

¡Necedad presuntüosa!
Paulina va á ser mi esposa.

PALMER.

No será miéntras yo viva.

ROCK.

Estáis loco.

PALMER.

Puede ser,
Y en estarlo áun hago poco;
Pero estuviera más loco,
Renunciando á tal mujer.

ROCK.

Lo veremos.

PALMER.

Está visto.

COMANDANTE. (Mediando.)

¿Qué es eso?

PALMER. (Ap. al Comandante.)

No tengais miedo.

COMANDANTE.

¿Qué intentais?

ROCK.

Pues yo no cedo.

PALMER.

Pues yo, ya os lo he dicho: insisto.

ROCK.

¡Lo veremos!

COMANDANTE.

¡Vive Dios,
Que no es justa la querella!
—¿Me oiréis?

ROCK.

Decid.

COMANDANTE.

Puesto que ella
No ha de casarse con dos,
Decida entre ambos la suerte,
Y en paz.

PALMER.

De eso no se trate.
Decida, pero el combate.

ROCK.

¡Bien dicho! Combate á muerte.

COMANDANTE.

Ved que va á llegar Paulina.

ROCK.

¿Qué armas? ¿Pistola ó espada?

PALMER.

La carabina ¿os agrada?

ROCK.

Me agrada la carabina.

PALMER.

Pues esperadme un instante.
(Entra en la casa.)

## ESCENA VII.

EL COMANDANTE. MÍSTER ROCK.

COMANDANTE.

Yo no autorizo este duelo,
Y á vuestra amistad apelo...

ROCK.

No temais, mi Comandante.
Comprendo lo que hay aquí...
—Mi tristeza no os asombre;
Mas la vida de ese hombre
Es sagrada para mí.
Pero si en morir me empeño,
¿Quién puede?...

COMANDANTE.

¡Vaya una idea!

ROCK.

Vivirá: basta que sea
De mi hermosa ingrata dueño.

## ESCENA VIII.

DICHOS. PALMER y JHON: éste trae dos carabinas.

JOHN. (Ap. á Palmer.)

¡Cuidado!

PALMER.

Me hablas en vano.
—¿Estáis pronto?

ROCK.

Ya os espero.
Vamos.

PALMER.

Este caballero
Es un hábil cirujano.

JHON.

Servidor.

(Se saludan Jhon presenta á Míster Rock las dos carabinas, y éste toma una.)

PALMER.

Y es un amigo
Ademas.

ROCK.

Eso es bastante...

PALMER.

Como á vos el Comandante,
Me servirá de testigo.

(Palmer toma la otra carabina.)

COMANDANTE. (Llevándose ap. á Míster Rock.)

Evitadme...

ROCK.

De eso trato,
Y á eso mi suerte me inclina.
Sepa á lo ménos Paulina
Que por ella no le mato.

COMANDANTE.

En todo duelo, se iguala
Entre contrarios la suerte.

ROCK.

Mas yo no quiero su muerte.

(Arranca la bala del cartucho y la tira.)

COMANDANTE.

¿Qué haceis?

ROCK.

Arrojo la bala.

(Se dirige á la puerta de la verja.)

—Ya os aguardo.

COMANDANTE. (Á Palmer, apartándose con él á un lado.)

Perdonad
Que entre los dos me atraviese.
¡Palmer!

PALMER.

¿Qué quereis?

COMANDANTE.

No es ése
Nuestro convenio.

PALMER.

Es verdad.

COMANDANTE.

Al contrario, haciendo gala
De quebrantar...

PALMER.

Ya os lo he dicho:
No temais.

COMANDANTE.

Mas ¿qué capricho?...

PALMER.

Ya veis que arrojo la bala.

(Arrancándola del cartucho y tirándola.)

COMANDANTE.

(¡Pues, señor! si he de creer
Lo que dicen, no me afano.
Presumo que el cirujano
Va á tener poco que hacer.)

(Se dirige á la puerta de la verja, donde le esperan los demas, y los cuatro se internan en el bosque á la izquierda; poco despues salen por el opuesto lado Paulina y Elena.)

## ESCENA IX.

PAULINA y ELENA.

ELENA.

Entrad: Míster Rock ya debe
Estar aquí.

PAULINA.

Pero ¿es ésta
La casa? Míralo bien.

ELENA.

Debe de ser, por las señas.
Ahí está el bosque, acullá
El arroyo, aquí la verja.

PAULINA.

Pero no hay nadie.

ELENA.

Sentaos
Y descansad.

PAULINA.

Bien quisiera.
—¡No hay descanso para mí!

ELENA.

¡Siempre la misma tristeza!
Y ¡en qué dia!

PAULINA.

¿Quién te ha dicho?...

ELENA.

Pero ¿esto es boda ó cuaresma?
¿No os casais á gusto?

PAULINA.

Sí.

ELENA.

No lo dirá quien os vea
Con esa cara de viérnes.

PAULINA.

Te engañas: ¡si estoy contenta!

ELENA.

Y hay por qué: Míster Rock es
Un hombre de buenas prendas,
Amante como ninguno,
Y fino como una perla.
¿No es esto verdad?

PAULINA.

¿Qué puedes
Decirme, que yo no sepa?
Á no ser tan caballero,
¿Imaginas que le diera
Mi mano?

ELENA.

¡Ay! ¡ay! ¡señorita!

PAULINA.

¿Qué? Dí.

ELENA.

No siempre se acierta.
Dígalo vuestro primer
Amor.

PAULINA. (Estremeciéndose.)

¿Callarás, Elena!
No quiero, ya te lo he dicho,
Que me lo nombres siquiera,
Y hoy ménos que nunca.

ELENA.

¡Vamos!
Es que he tocado la cuerda
Sensible.

PAULINA.

Me harás creer
Que por él áun estoy muerta.

ELENA.

No, sino viva, tan viva,
Como su memoria tierna.

PAULINA.

¡Es incorregible!

ELENA.

¿Acierto?

PAULINA.

Pero dime: si así fuera,
¿Á qué casarme con otro?

ELENA.

Por castigar su insolencia,
Su infidelidad... y en esto...
¡Perdonad! no andais discreta.
¿Quién exige de los hombres
Fidelidad, consecuencia?...

PAULINA.

Yo.

ELENA.

Pues no son las virtudes
De esa pícara ralea.
Pero la culpa no es suya;
Está en su naturaleza.
¡Pobrecillos! No podrán,
Cuando ellos no lo remedian.
Por otra parte, ¿qué haremos?
Ó hay que quedarse soltera,
Ó tomarlos como son...
Mejor dicho, como vengan.

(Se oyen dos tiros á lo léjos.)

PAULINA.

¡Un tiro!

ELENA.

Dos.

PAULINA.

¿No has oido?

JONATAS. (Dentro.)

¡Favor!

PAULINA.

¿Qué voces son ésas?

## ESCENA X.

DICHAS y JONATAS, que sale de la casa.

ELENA.

¿Jonatas?

JONATAS.

¡Ay, amo mio!
—Mas ¡qué miro! ¡Tú, tan buena!
Yo tambien: gracias.

ELENA.

¿Qué es eso?
Habla.

JONATAS. (Á Paulina.)

¡Desde la azotea
Los he visto!—¡Ay, señorita!
(Y ¡qué guapota está Elena!)
Riñen... ¡digo! ya han reñido,
Y el uno ha quedado en tierra.

PAULINA.

Pero ¿quién?

JONATAS.

Mi amigo Jorge
Y Míster Rock.

ELENA.

¿Qué me cuentas!

PAULINA.

(¡Aquí Palmer!)

JONATAS.

Cayó herido;
Pero lo que más me aterra
Es que está Jhon á su lado.

PAULINA.

¡Gran Dios! ¡me faltan las fuerzas!

(Se deja caer en una silla.)

JONATAS.

¿Se desmaya?

ELENA.

Poco ménos.

JONATAS.

Cuando la desgracia sepa
De Jorge...

ELENA.

¿Es él?

JONATAS.

Por desdicha.

ELENA. (Dirigiéndose á Paulina.)

La voy á dar esta nueva.

PAULINA.

¿Qué hay?

ELENA.

Señorita, del mal
El ménos.

PAULINA.

Di.

ELENA.

Por la cuenta,
Es Palmer el que ha caido.

PAULINA. (Aterrada.)

¡Qué dices!

ELENA.

Puesto que hubiera
De ser uno de los dos...

PAULINA.

¿Habrá ingratitud como ésta!

ELENA.

Yo...

PAULINA.

Y ¡ha comido mi pan
Tantos años, y se alegra,
La infame, de que he perdido
La vida que me sustenta!

ELENA.

Perdonad.

PAULINA.

¿Habrás pensado
Que quien estuvo tan ciega
Por él, le pudo olvidar!
¡No te juzgaba tan necia!
;No, no! Mi pasion dormia;
Pero hoy de nuevo despierta,
Como siempre generosa,
Y como nunca violenta.
—¡Gran Dios! ¡éstos son los hombres,
Sus palabras, sus promesas!
Juró que no atentaria
De mi Jorge á la existencia.
¡Villano! ¡villano!

ELENA.

¡Vamos!

PAULINA.

¡Apártate!

JONATAS.

Aquí se acerca
Míster Rock.

PAULINA.

¡Elena, ven!
Procura que no le vea.
(Dirigiéndose hácia la casa.)

## ESCENA XI.

DICHOS. EL COMANDANTE y MÍSTER ROCK; éste muy abatido.

ROCK.

Ya sé que perdí la gracia
(Ha oido las últimas palabras de Paulina.)
Que otro tiempo merecia;
Mas no fué por culpa mia:
Acusad á mi desgracia.
Ó más bien lo quiso Dios,
Paulina; que de otro modo...

PAULINA.

Ya comprenderéis que todo
Se ha acabado entre los dos.
—¿Y la herida? (Al Comandante.)

COMANDANTE.

La examina
Cuidadoso el cirujano.

ROCK.

(¿Si es que estaba de antemano
Cargada la carabina?)

## ESCENA XII.

DICHOS y JHON, sollozando.

JHON.

¡Ji! ¡ji!

JONATAS.

¿Qué hay, amigo Jhon?

COMANDANTE.

¿Y Míster Palmer?

JHON.

Ahí viene.

PAULINA.

¿Es grave la herida?

JHON.

Tiene
Interesado el pulmon.

PAULINA.

Pero ¿eso es cierto?

JHON.

Y ¡tan cierto!
Yo le curé.

JONATAS.

¡Desdichado!
¿Qué has hecho?

JHON.

¿Yo!

JONATAS.

¡Le has curado!
Podeis decir que está muerto.

JHON.
Con harta pena lo digo.
PAULINA.
¿No hay esperanzas?
JHON.
¡Ay! ¡no!
—¡Le llorais! Pues ¿qué haré yo,
Que era su mejor amigo!
(Enjugándose los ojos.)
JONATAS. (Á Elena.)
¿No está llorando!
ELENA.
Y ¡qué feo
Se pone el pobre!
JHON.
¡Ay de mí!
JONATAS.
¿No ves?
ELENA.
El pañuelo, sí;
El llanto es el que no veo.

## ESCENA XIII.

DICHOS y PALMER, envuelto en una manta y sostenido por dos esclavos.

PAULINA. (Corriendo hácia él.)
¡Ah, Jorge!
PALMER.
Sólo por verte,
Áun mi espíritu batalla
Con la muerte.
PAULINA.
¡Calla! ¡calla!
¿Qué estás hablando de muerte!
¡Jorge!
PALMER.
¡Paulina! mi estrella
Se apaga.
JHON. (Ap. al Comandante y á Míster Rock, despues de tomar el pulso á Palmer.)
Ya hay calofrios.
PALMER.
¡Soy dichoso! —¡Amigos mios!
Dejadme que hable con ella.
—Míster Rock...
ROCK.
Juro á los cielos
Que no intentaba...
PALMER.
Lo sé;
Pero dejadnos...
ROCK.
Sí haré.
PALMER.
¿Verdad que no teneis celos?
ROCK.
¡Celos! no soy tan dichoso;
Y aunque ella me es tan querida,
Con gusto os diera la vida
Para que fuerais su esposo.
(Alejándose, y lo mismo los demas.)
PAULINA.
¿Ves mi dolor?
JONATAS.
(¡Ah, sirena!)
PALMER.
Te veo y tu voz escucho.
JHON.
Procurad que no hable mucho;
(Volviendo un instante.)
Aunque no vale la pena...

## ESCENA XIV.

PAULINA. PALMER.

**Música.**

PALMER.
¡Paulina! ¡Paulina!
PAULINA.
¡Silencio, infeliz!
PALMER.
¿Qué importa?...
PAULINA.
¿Qué importa?
PALMER.
¡Si voy á morir!
Ya que de muerte lleno
Mi corazon se siente,
Permite que en tu seno
Pose otra vez mi frente.
Ya rotos nuestros lazos,
La muerte me es un bien;
Mas quiero que tus brazos,
Al ménos, me la den.
PAULINA
Une á mi amante seno
Tu corazon doliente,
Y el mio deja lleno
De tu mirada ardiente.
Si es cierto que estos lazos
Te dan contento y bien,
El yugo de tus brazos
Ansiaba yo tambien.

---

¡Calla!
PALMER.
¡Si no puedo!
¿Serás para mí?
PAULINA.
¡Calla!
PALMER.
¿Por qué el miedo!
PAULINA.
Sólo para tí.

PALMER.

Nunca á mi homicida
Mi Paulina amó.
¡Dilo por tu vida!

PAULINA.

Sabes ya que no.

PALMER.

Mas la fama cuenta...
—Mal pensó de tí,
Y ¡ojalá que mienta!
—Que olvidado fuí.

PAULINA.

¡Miente la fama!
No te ha olvidado
La que te llama
Su vencedor;
Que en tu presencia
Se ha despertado
Con más violencia
Mi antiguo amor.
Y celosas memorias
Gritándome están:
«Esas fueron tus glorias,
Que no volverán.»

PALMER. (Incorporándose poco á poco.)

¡Pese á la fama,
No me ha olvidado
La que me llama
Su vencedor!
Que á mi presencia
Se ha despertado
Con más violencia
Su antiguo amor.
Y risueñas memorias
Diciéndome están:
«Esas fueron tus glorias,
Y ésas lo serán.»

(Palmer se habrá incorporado enteramente; Paulina, al acabar el duo, se manifiesta sorprendida, se desprende de sus brazos y le mira con recelo.)

---

**Hablado.**

PAULINA.

Mas ¿qué es esto!

PALMER.

¡Que en mi pecho
Vivirás, Paulina mia!
La herida que yo tenía
Era la que tú me has hecho.
¡Ven aquí!

PAULINA.

¡Déjame que huya!

PALMER.

Muerto estaba...

PAULINA. (Con sentimiento, mezclado de alegría.)

¡Me ha engañado!

PALMER.

Pero ya he resucitado
Con una palabra tuya.
Ya no puedes, aunque quieras,
Negármelo.—Vuelve aquí.

PAULINA.

(Pero y ¿yo, ¡tonta de mí!
Que le he abrazado!... Y ¡de véras!)

PALMER.

Su dicha otra vez recobre
Quien tan feliz ha nacido,
Que obligarte ha merecido
Y por él te encuentra pobre.
Nada noble es en tí nuevo.

PAULINA. (Confusa.)

Yo...

PALMER.

No niegues la verdad.
El amor, la libertad,
Y hasta la vida te debo.

## ESCENA XV.

DICHOS Y TODOS LOS DEMAS INTERLOCUTORES.

COMANDANTE.

¿Habeis domado al ingrato?

PAULINA.

¿Ya comprendeis?...

ROCK.

Sí, señora;
Pero oid: lo que es ahora,
Si no se casa, le mato.

PALMER.

¡Ya ves!

ROCK.

Y ¡voto á mi nombre,
Que estoy bramando de ira!

PALMER.

Y ¿no me defiendes? ¡Mira
Que va á matarme ese hombre!

PAULINA.

Míster Rock, somos á veces
Injustas...

JHON.

(Y es un axioma.)

PAULINA. (Alargando la mano á Palmer.)

Pero ¿qué remedio!—Toma,
Toma... aunque no la mereces.

PALMER.

¡Teniente! soy vuestro amigo,

ROCK.

Gracias.

PALMER.

Es un hombre honrado.
¡Mira! no sé si has ganado,
Ó si has perdido conmigo.
Pero el que de cierto gana

Soy yo...—Jonatas, convoca
Á mis esclavos.

JONATAS.

Voy.

PALMER.

Toca
Á rebato esa campana.

(Jonatas toca la campana.)

PAULINA.

¿Para qué?

PALMER.

En solemnidad
Y muestra de mi alegría,
Quiero dar en este dia
Á esos pobres libertad.

JONATAS. (Ap. á Elena.)

¿Tendrás un buen dote?

ELENA.

Sí:
Los mil...

JONATAS. (Con desden.)

¡Pche!

ELENA.

Pues ¿qué más quieres?

JONATAS.

Yo tengo tres mil: ya no eres
Buen partido para mí.

(Se vuelven ambos la espalda.)

## ESCENA ULTIMA.

CORO DE NEGROS, que acuden apresuradamente.

PALMER.

¡Hijos! hoy me caso.

NEGROS.

¡Bravo!

PALMER.

Ya que he fijado la rueda
De mi fortuna, hoy no queda
En casa más que un esclavo.

(Con pasion y cogiendo las manos de Paulina.)

—Libres sois: pues me volvió
La que es mi vida su estima,
No quiero que nadie gima
Cuando estoy alegre yo.

(Movimiento de alegría entre los negros.)

---

**Música.**

PALMER.

Este impulso generoso,
Que en el alma experimento,
Se inspiró en el sentimiento
De tu noble caridad.
Pero, á fin de que no digas
Que tu hacienda menoscabo,
Áun te queda en mí un esclavo,
Que no quiere libertad.

PAULINA.

¿Qué me importan las riquezas,
Si el leon temido y bravo
Hoy renuncia, tierno esclavo,
Por mi amor su libertad!

CORO.

Amo viva, que á su ecravo
Le consede libertá.

# LAS CAÑAS SE VUELVEN LANZAS.

**COMEDIA EN TRES ACTOS (1),**

**Representada por primera vez en Madrid, en el Teatro del Principe, el dia 12 de Octubre de 1864.**

## PERSONAS.

ANA.
CLARA.
D. LEON CARVAJAL, *capitan de caballería reformado.*
D. FERNANDO, *capitan de caballería en activo servicio.*
BLAS, *mayordomo de Ana.*
GASPAR, *criado de don Leon.*
PEDRO, *posadero.*
UN NOTARIO.
CRIADOS DE LA POSADA.

*La escena pasa en Toledo á principios del siglo actual.*

## ACTO PRIMERO.

Sala con dos puertas laterales y una en el fondo. La de la izquierda, que estará cerrada, comunica con otras habitaciones; la del lado opuesto es la que da salida á la calle, y la del fondo da paso á una alcoba. Armas colgadas de la pared. Al levantarse el telon, dos ó tres criados acaban de quitar algunos muebles viejos, que sustituyen con otros nuevos y elegantes. El posadero dirige la operacion.

### ESCENA PRIMERA.

PEDRO y CRIADOS.

PEDRO.

La transformacion ha sido
Completa.—¡Vamos, muchachos!
¡Ya es hora de que acabemos!
Adentro con esos trastos.
(Vanse los criados, llevándose los muebles viejos.)
El Capitan no ha venido
Todavía, y es lo malo
Que esta noche he de entregar
A esa señora su cuarto.
Pondré á Gaspar al corriente...
—¡Hola, Gaspar!

### ESCENA II.

PEDRO y GASPAR, que sale restregándose los ojos.

GASPAR.

¿Han llamado?

PEDRO.

¡Soy yo!

GASPAR.

Dios te lo perdone.

PEDRO.

¿Qué cosa?

GASPAR.

Estaba soñando.

PEDRO.

Algun sueño alegre.

GASPAR.

Mucho.
Estaba yo en un palacio...
—¡Calle! ¿qué es esto?—Ya entiendo:
Esto es que no he despertado.
Tírame un par de pellizcos,
Pedro...

PEDRO.

Oye.

GASPAR.

Ó échame un jarro
De agua.

PEDRO.

Di, ¿tardará mucho
Tu señor?

GASPAR.

¿En qué quedamos?
¿Es verdad esto? ¿No sueño?
¡Holan, terciopelo, raso!
Perdóname, noble Pedro;
¡Perdona! ¡te he calumniado!
No te juzgaba capaz
De este generoso rasgo.
—Abrázame.

PEDRO.

No hay por qué.

GASPAR.

¡Tambien modesto! ¡Oh dechado
De los posaderos!

PEDRO.

Oye:
Tienes que mudar los bártulos.

GASPAR.

¿Qué dices?

PEDRO.

Que este aposento
Tiene ya otro dueño: claro.

(1) El ejemplar impreso revisto por el autor, llegó tarde para insertar esta linda comedia en el lugar que por su fecha le correspondia: se le ha dado el único disponible.

GASPAR.
¿Otro dueño? ¡Ya! ¿Nos echas
De tu casa?

PEDRO.
¿Yo? Al contrario;
Mejorais de habitacion.

GASPAR.
¿Dónde vamos?

PEDRO.
Al tejado;
Es decir, á la buhardilla.
No hay otro sitio más sano.

GASPAR.
¡Canalla!

PEDRO.
Di lo que quieras.

GASPAR.
¡Bribon!

PEDRO.
Corriente.

GASPAR.
¡Bellaco!

PEDRO.
¿Hay algo más?

GASPAR.
¡Mesonero!

PEDRO.
Eso sí que no lo aguanto.
¡Señor Gaspar! ¡No juguemos!
¡Hola! ¡hola!

GASPAR.
Bien sabe el asno
En casa de quién rebuzna.
Si no te hubiéramos dado
Tanta confianza...

PEDRO.
Gaspar,
Cálmate y hablemos claro.
Yo vivo de lo que cómo,
Y cómo de lo que gano;
Y el Capitan...

GASPAR.
Mi señor
Es un hombre muy honrado.
Dos meses hace que está
En tu casa; y, á lo máximo,
¿Qué debe? sesenta dias.
¿Es motivo para echarlo?

PEDRO.
Ya sé que es hombre de bien;
Mas como no tiene un cuarto,
Ni lo tendrá...

GASPAR.
¿Cómo es eso!
Y ¿por qué?

PEDRO.
Es enamorado.

GASPAR.
¡Toma! ¡toma! y ¿qué ha de hacer
Un capitan de á caballo?

PEDRO.
Y luégo huele á difunto,
Es decir, á reformado,
Que es como quien dice, muerto.

GASPAR.
¡Eso es! Mire usted ¡qué pago!...
—Voy á buscarle, y si manda
Que te dé cincuenta palos,
No le habré servido nunca
De mejor gana.—Adios, Caco. (Vase.)

## ESCENA III.

PEDRO, solo.

¡La del humo, poca ropa!
Á tal amo, tal criado;
Aunque el señor, la verdad
Sea dicha, es un buen muchacho;
Pero está pobre, y no reza
San Pobre mi calendario.
(Abre la puerta de la izquierda.)

## ESCENA IV.

PEDRO. ANA y CLARA.

PEDRO.
La señora puede ver,
Si gusta, el nuevo aposento.
El huésped se irá al momento:
Ya se lo he dado á entender.

ANA.
¿No causaré, á lo que creo,
Extorsion ni perjüicio?...

PEDRO.
Ese señor tiene el vicio
De no tener, que es muy feo.
¿Quiere usted la sala ó no?
Y él... lo tome á bien ó á enojo,
Hoy mismo le desalojo,
¡Así! primero soy yo.

ANA.
¡Pobre hombre!

PEDRO.
Se irá al desvan,
Y gracias.

CLARA.
¡Desventurado!

ANA.
¿Es militar?

PEDRO.
Reformado.

ANA.
¿Qué graduacion?

PEDRO.
Capitan.

ANA.
(¡Ay! ¡Si fuera!...)

PEDRO.
Dios me guarde
De esta gente: es una plaga.

ANA.
Y ¿por qué?

PEDRO.
Porque la paga,
Ó no viene, ó viene tarde.
No por eso diré mal
Del huésped, que es un buen hombre,
Franco, apacible...

ANA.
¿Su nombre?

PEDRO.
Don Leon de Carvajal.

ANA.
(¡Albricias! ¡Ya pareció!
¡Gracias, Dios mio!) No quiero
Que salga de casa.

PEDRO.
Pero...

ANA.
De otro modo, saldré yo.

PEDRO.
Señora...

ANA.
Lo dicho, dicho.
(Así le tengo en la casa.)

CLARA.
¿Qué interes?...

ANA.
Esto no pasa
De... ¿qué diré? de un capricho.
Quiero evitarle una afrenta.
—¿Yo interes! Ni por asomo.
—Dile á Blas, mi mayordomo (Á Clara.)
Que salde luégo esa cuenta.
Mas que ignore esta merced. (Á Pedro.)

PEDRO.
¿Y á quien la debe?

ANA.
Eso es llano.
Y déle usted oro á mano,
Como que sale de usted.

PEDRO.
No va á creerlo; ademas,
Si él pidiera con exceso,
Yo soy pobre...

ANA.
En cuanto á eso,
Yo haré... ¿Blas?

BLAS. (Saliendo.)
Aquí está Blas.

## ESCENA V.

DICHOS y BLAS.

ANA.
Reconoce á este señor
Cuanto dinero te pida...

BLAS.
¿No ès el *pasajericida*
De esta casa?

PEDRO.
Servidor.

BLAS.
Basta.

ANA.
En cualquier cantidad,
Se lo entregas.

BLAS.
Bien.

ANA.
Ahora,
Déjenos usted.

PEDRO. (Saludando.)
¡Señora!...
(Esto ya no es caridad.) (Vase.)

## ESCENA VI.

ANA. CLARA y BLAS.

ANA.
Mírame.

CLARA.
Ya miro.

ANA.
¡Y tú!
—¿Qué es lo que os dice mi cara?

BLAS.
¿Su cara de usted?...

CLARA.
Sospecho
Que está usted como unas pascuas.

BLAS.
Eso digo.

ANA.
¡Lo sospechan,
Cuando el gozo me anonada!

CLARA.
¡Ay! no se alegre usted tanto,
Que me asusta.

ANA.
¡Pide, Clara!
¡Písdeme albricias! y tú
Y todos los de mi casa.
Quiero veros, como yo,
Contentos.

BLAS.
¡Cosa más rara!

ANA.
¿No sabeïs que la alegría
Quiere ser comunicada?

CLARA.
Ántes de que yo me alegre,
¿No podré saber la causa?

ANA.
¿No la sabes? Verdad es
Que yo no os he dicho nada.

CLARA.
¡Ahí verá usted!

ANA.
¿Por qué estoy
Corriendo por toda España?
— Adivinad.

CLARA.
Yo ¿qué sé?

ANA.
¿Y tú?

BLAS.
Las gentes viajan
Por gusto...

CLARA.
Por instruirse...

ANA.
Seguid.

BLAS.
Por darse importancia...

CLARA.
Por tomar aires...

ANA.
Te vas
Á quedar estupefacta.
Ando persiguiendo á un hombre.

CLARA.
¡Á un hombre! ¡Qué inocentada!
¡Habiendo tantos!

BLAS.
No sé
Si habrá tantos para tantas.

ANA.
Para mí, Clara, no hay otro
En la tierra.

CLARA.
Así se ensanchan.

ANA.
Un hombre cuya memoria
Tengo en mi pecho grabada
Quince años há.

CLARA.
¡Tá! ¡tá! ¡tá!

ANA.
Compañero de mi infancia,
Y áun mi deudo: es aquel primo
Con quien me crié en Canarias.

CLARA.
¿Que no ha vuelto usted á ver?

ANA.
Nunca más.

CLARA.
Y ¿usted le ama?

ANA.
Hay afecto y hay deber.

CLARA.
Y dado que usted le hallara...

ANA.
Eso está logrado.

CLARA.
Bueno;
Mas la precaucion no es mala.
¿Le agradará á usted ahora
Como en los tiempos de márras?

ANA.
¿Qué me importa su figura?
Tenga las prendas del alma...

CLARA.
¡Ya! y en ese punto...

ANA.
Estoy
Completamente informada.
Todos los que le conocen,
Le estiman: no hallan palabras
Con que elogiar sus virtudes.

CLARA.
No es malo que tenga fama.

ANA.
Generoso, muy bienquisto,
Y áun de presencia gallarda.

CLARA.
¡Hola!

ANA.
Eso dicen; no creas
Que doy yo grande importancia...

CLARA.
¡Ya lo supongo!... ¡Bonita
Es la niña! ¡Nada! ¡nada!
— ¡La virtud! ¡Si ése es mi flaco!
Sea bueno, y eso nos basta.
Nos encontramos con que es
Buen mozo: ¡es una desgracia!
Pero ¿le hemos de matar,
Sólo por su buena cara?

ANA.
¡Ay! ¡qué humor tienes!

CLARA.
Estoy
Contenta, como usted manda.
—Pero no quisiera aguar
Esa dicha.

ANA.
Pues ¿qué?...

CLARA.
Falta
Hacer otra informacion,
Quizá la más necesaria.

ANA.
¿Cuál es?

CLARA.
¿Está usted segura

De que el Capitan la guarda
El mismo afecto? ¿Y si tiene
Su trapillo acá en España?

ANA.

¡Ay, qué intencion tan dañina!
Tú, por llevar la contraria...

CLARA.

Yo siento decirlo; pero
¡La que ya está escarmentada!...
Y ¡los militares! ¡digo!
¡Que quieren sobre la marcha,
Y viven sobre el país!

ANA.

No es de ésos.

CLARA.

¿No? Dios lo haga.

ANA.

Oidme: no me conviene,
Por ciertas y ocultas causas,
Que me conozca, hasta ver
El cariño que me guarda.
Pienso ocultarle mi nombre:
Soy Cecilia, en vez de Ana.
¿Entendeis? Que no comprenda...

CLARA.

Bien está.

BLAS.

Descuide el ama.

ANA.

Y para mayor decoro,
Y que no conciba mala
Opinion, viéndome sola,
Corriendo tierras extrañas,
Necesito un padre.

CLARA.

¿Un padre?

ANA.

Ya lo tenemos en casa.

CLARA.

¿Quién es?

ANA.

Blas.

BLAS.

¡Yo, señorita!

ANA.

¿Quién de mayor confianza?

BLAS. (Con cariño.)

¡Eso sí! ¡nadie en la tierra!

ANA.

Y ¿sabrás darte importancia?

BLAS.

¡Vaya!

ANA.

Y ¿sabrás inspirarle
Temor y respeto?

BLAS.

¡Vaya!

ANA.

¿Hacer, en fin, el tirano
De comedia?

BLAS.

Y que me agrada.
Verá usted: me pinto solo
Para papeles de barba.
Pongamos que encuentro á usted
Con el galan; que él la abraza...

ANA. (Con seriedad.)

¿Cómo!

BLAS.

¡Digo! Si he de hacer
El tirano en esta farsa,
Preciso es que haya motivo
Para enfadarse.

ANA.

¿Oyes, Clara?

CLARA.

Tiene razon.

ANA.

No la tiene.
Como tirano, te enfadas
Por todo.

BLAS.

No es justo; pero
Haré lo que usted me manda.

ANA.

Corre, no se pierda tiempo,
Y cómprate una casaca...

BLAS.

Que la honre á usted.

ANA.

Y reló
Y cadena.

BLAS.

No hará falta.

ANA.

Todo es para tí...

BLAS.

¿De véras!

ANA.

Si se logra mi esperanza.

BLAS.

Se logrará; pues ¿qué más
Puede querer que una alhaja?...

ANA. (Lisonjeada.)

¿Lo crees?

BLAS.

¡Digo! pues...—Voy
Á revocar la fachada.

(Vase por la izquierda.)

## ESCENA VII.

ANA y CLARA.

CLARA.

Digo yo que habrá que hacer
Cómplice en esta maraña
Al posadero.

ANA.

Bien dices.

CLARA.

Ya él sospechará...

ANA.

Sí, Clara:

Tambien tendrá su papel.

—Y tú procura con maña

Hablar al criado.

CLARA. (Con malicia.)

¡Ya!

ANA.

Y mira si le sonsacas...

CLARA.

Descuide usted: ya comprendo

El papel que se me guarda

En la comedia.

ANA.

No creas...

CLARA.

El de todas las criadas.

ANA.

¿No oyes pasos?

CLARA.

El primer

Galan sin duda.

ANA.

¡Entra y calla!

(Vanse por la izquierda, cerrando la puerta; despues salen por el opuesto lado don Leon y Gaspar.)

## ESCENA VIII.

DON LEON. GASPAR.

GASPAR.

¿Ve usted si le dije bien?

DON LEON. (Reparando en los muebles.)

Es verdad.

GASPAR.

Yo le prometo...

DON LEON.

Basta.

GASPAR.

¡Faltar al respeto

Á mi capitan! y ¿quién?

Un tuno.

DON LEON.

Calla, Gaspar,

Y tu sinrazon advierte:

No es de Pedro, es de mi suerte

De quien me debo quejar.

Y gracias que no me niega,

En un caso tan estrecho,

Un pobre rincon, un techo.

GASPAR.

Nos mandara á la bodega;

Pero ¡al desvan!

DON LEON.

Me es igual:

Todo á mi estado conviene.

—Llámame á Pedro.

GASPAR.

Aquí viene.

## ESCENA IX.

DICHOS y PEDRO.

PEDRO. (Descubriéndose con respeto.)

¿Don Leon de Carvajal?

DON LEON.

Entra, Pedro: ven aquí.

GASPAR. (Al oido.)

Si él oyera mi consejo,

Hoy soltabas el pellejo.

DON LEON.

Tengo una queja de tí.

PEDRO.

¿Queja usted? No se me alcanza

En qué puedo haber faltado...

DON LEON.

La verdad, me has agraviado.

PEDRO.

¿Con qué?

DON LEON.

Con esta mudanza.

PEDRO.

¡Dijéralo usted! — De modo

Que si no encuentra bastante

Este ajuar...— Voy al instante

Á hacer que lo cambien todo.

¿Qué tela y de qué color

Le agrada? Usted es el dueño.

DON LEON.

Pero ¿estás loco? ¡Yo sueño!

PEDRO.

No sueña usted; no, señor.

DON LEON.

Mas ¿qué causa te ha movido

Para hacer esta locura?

PEDRO.

La diré, si usted me apura.

—Yo, que hasta ayer no he sabido...

—El que nace hombre de bien

Y tiene honor y conciencia...

DON LEON.

Pero...

PEDRO.

Usted nació en...

DON LEON.

Valencia.

PEDRO.

Y señor padre...

DON LEON.

Tambien.

PEDRO.

¡Justo! Don...

DON LEON.

Don Diego.

PEDRO.

¡Hay tal
Dicha! ¡Con qué regocijo
Le miro! ¡Usted es el hijo
De don Diego Carvajal!

DON LEON.

Tú sin duda desvarías;
Porque es para mí tan nuevo...

PEDRO.

No sabe usted lo que debo
Al digno autor de sus dias.

DON LEON.

¡Pedro!

GASPAR.

(¿Habrá empinado el codo?)

PEDRO.

Hasta este pobre rincon
Que le ofrezco... ¡Ay, don Leon!
¡Todo se lo debo, todo!
En fin, cuando yo le cuente
La historia, ya verá usté.

DON LEON.

Habla.

PEDRO.

Ya se la diré...
(Tan pronto como la invente.)

## ESCENA X.

DICHOS y DON FERNANDO.

DON FERNANDO.

¡Leon! ¡Leon! ¡vengo loco!
De contento hablar no puedo.

DON LEON.

¿Qué hay?

DON FERNANDO.

Ha llegado á Toledo...
(Deteniendo á Pedro, que se va á marchar.)
¡Qué! ¿te vas? espera un poco.

PEDRO.

¿Qué hay?

DON FERNANDO.

Tú nos puedes dar luz.

DON LEON.

Pero ¿quién es?

DON FERNANDO.

¡Una chica!

PEDRO.

(¡Eh! Ya la olió.)

DON FERNANDO.

¡*Cosa rica*!
¡Pié breve, *garbo andaluz*!
—Pedro, di si miento.

PEDRO.

En nada:
¡Al contrario, es su retrato
Completo!

DON FERNANDO.

Y ¡qué garabato!

PEDRO.

Y ¡qué dote!

DON FERNANDO.

Y ¡qué mirada!
Jamas he visto mujer
De tan raras perfecciones.

PEDRO.

Pues tiene otras condiciones,
Que usted no ha podido ver.
Vive con mucha quietud,
Es doncellita y se aliña,
Y por fin, es una niña
Mixto de gracia y virtud.
¿Y rica? no tiene par.

DON FERNANDO.

Muchas prendas hay en ella.
Hermosa, rica, doncella...
Algo habrá que rebajar.

PEDRO.

¡Qué talento de muchacha!...

DON FERNANDO.

¿Talento? ¡Ya yo decia!

DON LEON.

¿Qué, murmurador?

DON FERNANDO.

Que habia
De tener alguna tacha.

DON LEON.

Y moza tan peregrina,
¿No será mengua si pasa
Sin saber que hay tropa en casa?
—¿Dónde vive?

DON FERNANDO.

Es tu vecina:
Allí. (Señalando á la izquierda.)

DON LEON.

Pues al arma, y cierra
España.

DON FERNANDO.

Conste que yo
Fuí el Colon que descubrió
La desconocida tierra.
Mi derecho está á la vista.

DON LEON.

Más lo está el mio.

DON FERNANDO.

Eso es cuento.

DON LEON.

Si es tuyo el descubrimiento,
Me toca á mí la conquista.

DON FERNANDO.
No, sino á mí.

PEDRO.
Y ¿á qué es tanto
Charlar? Pretendan los dos;
Y al que se la diere Dios,
Bendígasela mi santo.

DON FERNANDO.
Dice bien este animal.

PEDRO.
¿No es verdad?

DON FERNANDO.
Algunas veces,
¡Cosa increible! pareces
Casi... casi racional.

DON LEON.
Quiero verla.

DON FERNANDO.
En el jardin
Está, y desde mi ventana...

DON LEON.
Vamos allá: tengo gana
De ver á ese querubin.

(Vanse todos, ménos Gaspar, que se queda, mirándolos con lástima.)

## ESCENA XI.

GASPAR. Luégo CLARA.

GASPAR.
¡Bendito sea Dios! ¡qué hombres
Hay en el mundo tan bobos!
¡En diciendo que les dicen
Que hay faldas, adios, meollo!
¡Conmigo pueden venir!...
Si como yo fueran todos,
Trompicaban las mujeres
Corriendo tras de nosotros.

CLARA. (Desde la puerta.)
¿Se puede entrar?

GASPAR.
¡Adelante!
—¡Carambita!
(Arreglándose el pelo y poniéndose muy garboso.)

CLARA.
¿Está usted solo?

GASPAR.
No, señora; está conmigo
El sol, y me quedo corto.

CLARA.
¿Me permite usted que vea?...

GASPAR.
¿Qué quiere usted, pino de oro!

CLARA.
Mirar si está bien cerrada
Esa puerta.

GASPAR.
Á piedra y lodo.

CLARA.
¿No habrá rendija?...

GASPAR.
Esas cosas
No se usan entre nosotros.
Ese era el cuarto en que estaba
Viviendo el teniente Lobo,
Y nunca ha pensado el amo
Espiar... ni por asomo.

CLARA.
Mas si en vez de ese teniente
Animal...

GASPAR.
¡Vaya un apodo!

CLARA.
Hubiera gente de faldas...

GASPAR.
Entónces... segun y cómo.

CLARA.
Acabamos de llegar
De Canarias, porque todos
Somos de allá, y nos han dicho
Que andemos con piés de plomo.
—¿Quién vive aquí?

GASPAR.
Don Leon.

CLARA.
¿Otro animal?

GASPAR.
¡Poco á poco!

CLARA.
¡Es una casa de fieras!

GASPAR.
Pues no es ningun despropósito.
Los soldados españoles,
Ya se sabe, ¡todos somos
Muy fieros!

CLARA.
No es así el amo.

GASPAR.
¿Le conoce?

CLARA.
Le conozco.
Es un perfecto soldado.

GASPAR.
¡Ajá!

CLARA.
Bienquisto, muy probo...
—Y ¿tiene algun trapicheo?

GASPAR.
¡Pch! ¡pues! nunca falta un roto...
Y como la caza abunda,
Y el Capitan es buen mozo...

CLARA.
Digo, si alimenta algun
Amor...

GASPAR.
Amor... ¡de esos gordos!

¡No, señora! No alimenta
Más que á un criado, y bien poco.

CLARA.

¿Con que, á nadie quiere?

GASPAR.

Á nadie.

CLARA.

Me alegro.

GASPAR.

¿Por qué, pimpollo?

CLARA.

Porque cierta dama...

GASPAR.

¡Ya!

CLARA.

Le mira con buenos ojos.

GASPAR.

Pues si acaba de llegar
De allá, explíqueme usted cómo...

CLARA.

Le vió esta mañana.

GASPAR.

¡Vamos!
Y se enamoró de pronto.

CLARA.

Diga usted al Capitan
Que, si yo no me equivoco,
Hoy le busca la fortuna:
Que no la pierda por corto.

GASPAR.

Oigame usted: ¿será cosa
De que echemos el cerrojo?

CLARA.

¿Tiene miedo?

GASPAR.

Tengo miedo;
Pero de volverme loco...

CLARA.

¿Sí?

GASPAR.

Por ese cuerpo indino.

CLARA.

¿Le ha flechado á usted?

GASPAR.

Un poco.
Y puesto que tiene usted
La medicina en sus ojos,
¡Vamos! no será tan perra,
Que me niegue algun socorro.

CLARA.

Hermano, Dios le provea.

GASPAR.

¿Y usted?

CLARA.

Yo soy, como el congrio,
Toda espinas.—Abur.

(Abriendo la puerta de la izquierda.)

GASPAR.

¡Prenda!

CLARA.

No me gustan los babosos.

(Entrando y dando un portazo.)

## ESCENA XII.

GASPAR. Luégo DON LEON.

GASPAR.

¡Qué aire lleva!—¡Mis narices!...
¡Caramba! ¡Si me descuido!...

DON LEON.

¿Con quién estabas hablando,
Gaspar?

GASPAR.

¡Chit!

DON LEON.

¿Qué es eso?

GASPAR.

¡Chito!

DON LEON.

¿Eh?

GASPAR.

Me parece que ya
Capitula el enemigo.

DON LEON.

¿El enemigo? ¡No entiendo!

GASPAR.

La vecina, que es lo mismo.
De aquí sale la doncella.
—La criada.

DON LEON.

Y ¿á qué vino?

GASPAR.

Con pretexto de indagar
Si, visual ó auditivo,
Hay conducto en esa puerta
Contra el pudor femenino.

DON LEON.

¡Hola! y ¿qué tal?

GASPAR.

¡Pche!

DON LEON.

¿Qué trazas?...
Ya sabes que por el hilo...

GASPAR.

Por lo pronto, ya sabemos
Que es género ultramarino.

DON LEON.

¿Qué?

GASPAR.

¡Pájara!

DON LEON.

¿Cómo pájara?

GASPAR.

Canaria, y con mucho pico.
¡Buena estampa! ¡Mucho rumbo!
Mas no debe jugar limpio.
Sospecho que el ama tiene

Contra usted algun designio
Culpable: ¡hay que estar alerta!

DON LEON.

¡Hombre! ¿estás en tu júicio?
¿Qué puede esperar de mí?
¿Dinero?

GASPAR.

La desafio...
¡No, señor! En ese punto
Estamos por hoy tranquilos.

DON LEON.

¿Buscará boda?

GASPAR.

¿Quién sabe!

DON LEON.

Es el único peligro...

GASPAR.

Y el mayor.

DON LEON.

Pero ¿de qué
Lo presumes? ¿Qué te ha dicho?

GASPAR.

¡No es cosa! — «El Capitan ¿es
(Remedando á Clara.)
Tan caballero y tan fino
Como dicen?» — «¿Quién se atreve
Á dudarlo?» la replico.
— «Pues dígale usted, que ó mucho
Me engaño, ó ha conseguido
Interesar á una dama.»
— «Mi señor és otro erizo...
Como yo.» — «¿Sabe si tiene
El Capitan su trapillo?...»
— «¡No me fia sus secretos!»
— Yo, más serio que un borrico.
— «¡Marrullero!» — «¡Usted perdone!»
— Tuerzo el gesto... ¡así! desfilo,
La dejo plantada, ¡y eso,
Que me echaba unos ojillos!

DON LEON.

Has hecho mal: me está haciendo
Cosquillas, por lo inaudito,
Este lance. ¿No habrá medio
De verla, mas sin ser visto?

GASPAR.

¡Pero, señor! ¿á qué es ese
Pudor tan intempestivo?

DON LEON.

Tienes razon: voy á hablarla.

GASPAR.

¡Mucho cuidado, amo mio!

DON LEON.

Y si es una aventurera,
Como todos los indicios
Lo hacen presumir, ¡veremos! (Marchándose.)

GASPAR.

¡Sea usted como yo! lo mismo.
— En diciendo que se ablanda
Un hombre... (Siguiéndole.)

DON LEON.

Vive tranquilo.

(Vanse por la derecha; luégo que ha cerrado la puerta, salen por el lado opuesto, Clara primero, y despues Ana, marchando con precaucion.)

## ESCENA XIII.

ANA y CLARA.

CLARA.

Atrévase usted.

ANA.

¿No está?

CLARA.

¡Cuando digo que han salido!

ANA.

Es verdad: no hagas ruido.
— ¡Ay, Clara! ¿si volverá?

CLARA.

No hay miedo: yo estoy alerta,
Y en oyendo ruido, piés,
¿Para qué os quiero!

ANA.

¡Eso es!
Deja expedita la puerta.
— ¿Qué hay aquí?

CLARA.

Sable y pistolas.

ANA.

¡No te acerques! ¡Guarda, Pablo!

CLARA.

¿Tiene usted miedo? ¡Qué diablo!
Ó somos ó no españolas.

ANA.

No tengo yo corazon
Para tanto.

CLARA.

¡Cosa extraña!
Y entra usted, que es más hazaña,
En la cueva de un Leon.

ANA.

Fuera de que en tí descanso,
Á la cueva no viniera,
Si por dicha no supiera
Que mi Leon es muy manso.

CLARA.

No hay que fiarse; áun no está
Domesticado.

ANA.

Yo espero
Conseguirlo.

CLARA.

Hombre soltero
Se ignora lo que será.

ANA.
Con que, segun el criado
Asegura...

CLARA.
Sí, señora:
No está el galan por ahora
Seriamente enamorado.

ANA.
¡Seriamente! ¿Qué intencion?...

CLARA.
Es decir, que si hay amores,
Son de éstos de los señores,
Que llaman de quita y pon.

ANA.
No me agradara...

CLARA.
¡Eso es!
¡Pida usted más! — Lo primero
Le queríamos soltero,
Libre de pasion despues,
Y al fin ¡pedirá usted tanto!...

ANA.
¡Tanto! pues yo ¿qué he pedido?

CLARA.
¡Digo! ¿Buscamos marido,
Ó canonizamos santo?

ANA.
¿Y si sale luégo?...

CLARA.
Y ¿qué?
¿Dónde irá el buey que no are?
Así Dios me lo depare,
Que yo lo aprovecharé.

ANA.
¡De oirte me escandalizo!

CLARA.
Y supuesto que no hay uno
Perfecto, yo quiero un tuno,
Y no quiero un primerizo.

ANA.
Puede que tengas razon;
Mas yo ser sola prefiero,
Y quisiera todo entero
De mi primo el corazon.
Por eso... no te rebeles
Si á lo que vienes te digo.
—¿Á qué te traigo conmigo?
Á registrar sus papeles.

CLARA.
¡Qué horror!

ANA.
¿Te espantas?

CLARA.
Pues ¿no?
—¿Dónde los tiene?

ANA.
Indiscreta
He sido... En esta gabeta. *(Abriéndola.)*

CLARA.
¡Justo!

ANA.
Sácalos.

CLARA.
¡Quién! ¿yo?
—¡Mire usted no nos atrape!...

*(En este momento aparece don Leon en la puerta de la derecha.)*

LAS DOS. *(Viéndole.)*
¡Ay! ¡ay! ¡ay!

DON LEON.
¿Quién anda ahí?

ANA.
Ponte delante de mí.

CLARA.
¿Para qué? Ya no hay escapo.

## ESCENA XIV.

ANA. CLARA y DON LEON.

DON LEON.
¡Señora!

ANA.
No he sido yo...

CLARA.
Valga la verdad.

ANA.
Confieso
Que debe usted extrañar
Mi presencia...

CLARA.
¡Ya lo creo!

ANA.
Hallar dos desconocidas
Que se entran en su aposento...

CLARA.
Que abren papeles...

ANA.
¿Te callas?
—No piense usted mal...

DON LEON.
¡Qué empeño
En quererse disculpar
De lo que yo la agradezco!

ANA.
Usted me agradece...

DON LEON.
Y mucho,
El interes lisonjero
Que se toma en conocer
Mis amorosos secretos.

ANA.
¿Eso piensa?

CLARA.
No creia
Á este señor tan modesto.

ANA.

¿Oyes?

CLARA.

¡Ya! ¡ya!

ANA.

Y ¿no te ries?
Creerá que me estoy muriendo
Por él.

DON LEON.

No diré yo tanto;
Pero un poquito de afecto...
De interes...

ANA.

Pero, ¡por Dios!
¿De dónde saca usted eso?

DON LEON. (Mirándolas alternativamente.)

¿Lo digo?

ANA.

Por mí...

CLARA.

Por mí...

DON LEON.

¿Aunque parezca indiscreto?

ANA.

No puede usted figurarse
La curiosidad que tengo.

DON LEON.

Cierta criadita...

CLARA.

¿Á que yo
Se lo he dicho?

DON LEON.

Á mí no; á cierto
Criado.

CLARA. (Ap. á don Leon.)

¡Cállese usted!

ANA.

¡Muchacha! ¡Clara! ¿Qué has hecho?
¡Comprometer mi opinion!
¿Qué dirá este caballero?

DON LEON.

Perdónela usted.

ANA.

No vaya
Usted á pensar por esto...

DON LEON.

Era extremada ventura
Para mí.

ANA.

¡Si no me muero
De vergüenza!...—Yo te juro
Que has de pagarme este enredo.
Desde hoy quedas despedida.

CLARA.

¡Señora!

ANA.

Ni verte quiero.

CLARA. (Ap. á don Leon.)

Interceda usted por mí.

DON LEON.

Puesto que yo no merezco
Piedad, ya que no otra cosa,
¿Podré alcanzar por lo ménos
El perdon de esa infeliz?

ANA.

¡No lo merece! Veremos.

DON LEON. (Ap. á Clara.)

Poco ha durado el enojo.

CLARA.

¡Eso es lo que tiene bueno!
Nunca ha sido rencorosa.

ANA.

Si me promete no hacerlo
Otra vez...

CLARA.

¡Ay! ¡Dios me libre!
No me ha salido del cuerpo
El susto.

DON LEON.

Y ya que usted tiene
Tan benignos sentimientos,
¿No habrá piedad para mí?
¿No habrá para mí un recuerdo?

ANA.

No entiendo á usted.

CLARA.

(¡Marrullera!)

DON LEON.

Yo me explicaré, si puedo.
—Si amando á usted, aspirara
Á merecerla un afecto,
¿Se ofendiera usted?

ANA.

¿Por ser
Amada? En eso no veo
Ningun pecado; ¡al contrario!
¿Qué dicen los mandamientos?

DON LEON.

Luego ¿no ha mentido Clara?

ANA. (Ruborizándose.)

¡Señor Capitan!

CLARA.

¡Silencio!

ANA.

¿Eh?

CLARA.

Pensé oir al señor...

DON LEON.

¿Quién es el señor?

CLARA.

El suegro:
¿Piensa usted que somos hongos?

DON LEON.

¿Tiene usted padre?

CLARA.

Y ¡más serio
Y más puntilloso! ¡Cáspita!

En tocándole á un cabello
De su hija, se matará
Con todo su regimiento.

ANA.

Dice bien Clara: si llega
Á saber algo...

CLARA.

¡Qué miedo!
—Mas yo estaré con cuidado...
(Se dirige á la puerta de la izquierda: Ana corre hácia ella.)

ANA.

¿Qué?

CLARA.

Desde allí no oigo... y veo.
(Entra por la puerta de la izquierda; pero se dejará ver diferentes veces durante la escena que sigue.)

## ESCENA XV.

ANA y DON LEON.

DON LEON.

Doy á usted gracias...

ANA.

No sé...

DON LEON.

Por el perdon concedido
Á Clara.

ANA.

No lo ha debido
Á esa razon.

DON LEON.

Pues ¿á qué?
¿Hay otras causas?

ANA.

Hay várias.
¿Adónde la pobre iria?
La traigo en mi compañía
De muy léjos: ¡de Canarias!

DON LEON.

Con que... ¡de Canarias!

ANA.

Sí.

DON LEON.

Tambien yo he estado.

ANA.

¡Qué escucho!
Y ¿por mucho tiempo?

DON LEON.

Mucho.
—¿Y usted?

ANA.

Yo he nacido allí.

DON LEON.

Y yo mis años mejores
He pasado en esa tierra.

ANA.

¿La recuerda usted?

DON LEON.

Encierra
Para mí muchos dolores,
Y una historia de dos almas,
En un amor confundidas.

ANA.

(¡Bien hayas, que no lo olvidas!)
— Y ¿dónde fué eso?

DON LEON.

En las Palmas.

ANA.

¡Qué extraña casualidad!

DON LEON.

Pero mintió aquel cariño
En ella, que olvidó al niño.

ANA.

(¡Dios sabe que no es verdad!)
¿Así?

DON LEON.

¡Para su ignominia!

ANA.

(¡Oh! ¡Su injusticia me mata!)

DON LEON.

¡Qué afecto olvidó la ingrata!
—Eramos Pablo y Virginia.
El bosque, las anchas calles
De enamoradas palmeras,
Las apacibles riberas
Y aquellos frondosos valles,
Como dos enamorados,
Corrimos en dulce calma,
Las manos palma con palma,
Los ojos embelesados.
Mas llegó un dia en que Dios,
Desvaneciendo aquel puro
Bienestar, levantó un muro
Invencible entre los dos.

ANA.

¿Cómo?

DON LEON.

Enfermó el viejo tio,
Cuyo cariño y largueza
Eran toda la riqueza
De nuestros padres: el mio
Corrió á verle sin tardanza,
Creyendo hallar moribundo
Al anciano que en el mundo
Era su sola esperanza...
—Le halló muerto.

ANA.

¡Desdichado!

DON LEON.

Pero nunca el mal ni el bien
Vienen solos, y tambien
Se encontró desheredado.
No por esto se rindió
Al pesar, hasta que...

ANA.

(¡Llora!)

DON LEON.

¡Su propio hermano, señora,
De su casa le arrojó!

ANA.

¿Es posible!—Debió haber
Alguna causa...

DON LEON.

Lo ignoro;
Pero la herencia, aquel oro
Maldito, debió de ser.
Lo cierto es que de la mano
Me cogió padre afligido,
Despues de haber maldecido
Á aquel miserable hermano.
¡Huyó respirando saña!
¡Pobre padre! y á otro dia
Un barco nos conducia
Á nuestra querida España.
Mas, sin duda, aquel pesar
Le dió temerosa guerra,
Que ántes de avistar la tierra,
Ancha tumba le dió el mar.

ANA.

Y ¿no pronunció el perdon?...

DON LEON.

Murió en toda su entereza.
Yo he heredado su pobreza,
Mas tambien su indignacion.

ANA.

Yo en las Palmas he vivido
Tres años: ¿cuál es el nombre?...

DON LEON.

Perdone usted: ese hombre
Lleva mi propio apellido.

ANA.

Y ¿qué ha sido al fin de aquella
Primita semisalvaje?

DON LEON.

Desde aquel triste viaje
No he vuelto á saber más de ella.

ANA.

¿Áun la quiere usted?

DON LEON.

No tal.

ANA.

¿Qué importa que lo confiese?

DON LEON.

Ántes la aborrezco.

ANA.

¿Es ése
El pecado original?
La razon no se me alcanza
De ese rigor increible.

DON LEON.

¿Y mi venganza?

ANA.

¡Qué horrible
Palabra es ésa! ¡Venganza!
Quien la trae así en el labio
Tiene el corazon de roble.
¡Es tan dulce y es tan noble
Decir: «Olvido un agravio»!

DON LEON.

Y el que no puede olvidar,
Aunque quiera, ¿qué ha de hacer?

ANA.

Abandonarse al placer
Inmenso de perdonar.

DON LEON.

Fuerza y voluntad me quita
El dolor que me devora,
Y yo no tengo, señora,
Esa bondad infinita.
De la mujer noble don
Fué siempre, y casi un instinto.

ANA.

¿Y el hombre?

DON LEON.

Le hacen distinto
Su vida y su educacion.
Como dos contrarios séres
Vemos, sentimos, pensamos.

ANA.

Y ¡es posible que envidiamos
Á los hombres las mujeres!

DON LEON.

Y usted...

ANA.

Tambien hasta hoy
Envidié su libertad.

DON LEON.

Y ¿ya no?

ANA.

Si eso es verdad,
Prefiero ser lo que soy.
¡No! ni áun libre quiero ser
Á costa de una virtud.
—¡Bendita la esclavitud,
Que hace buena á la mujer!

DON LEON.

¡Ah! ¡Señora! ¡usted no tiene
En su corazon la herida
Que ha envenenado mi vida!

ANA.

¿Dónde está el valor?...

## ESCENA XVI.

DICHOS. CLARA, que viene muy azorada, y luégo BLAS, vestido con afectacion.

CLARA.

¡Ahí viene!

ANA.

¿Quién?

CLARA.

¡El viejo!—¡Por Dios vivo!...

DON LEON.
No tema usted. Por aquí...
(Don Leon va á abrir la puerta de la derecha, y en el mismo instante se oye dar golpes en ella. Ana le detiene.)
DON FERNANDO.
Abre, Leon.
ANA.
¡Ay de mí!
No abrá usted: se lo prohibo.
BLAS. (Saliendo.)
¿Qué es esto?
CLARA.
¡Adios, mi dinero!
ANA.
¡Padre!
BLAS.
¡Vete de aquí al punto!
DON LEON. (Turbado.)
Yo...
BLAS.
Yo á usted no le pregunto
Qué edad tiene, caballero.
DON LEON.
Comprendo que á usted le venza
El furor; mas no colija
Que su hija de usted...
BLAS.
Mi hija
Tiene muy poca vergüenza.
ANA.
¡Padre! — (¡Blas! ¡Que te resbalas!)
— Su mandato reverencio;
Pero ¡sabe Dios!...
BLAS.
¡Silencio!
Yo te cortaré las alas.
ANA.
Eso redunda en desaire
De mi fama: honrada soy.
BLAS.
¡Yo te pondré desde hoy
En donde no te dé el aire!
— ¡Adentro las descaradas!
(Las empuja y hace entrar por la puerta de la izquierda.)
DON LEON.
Soy hombre de bien.
BLAS.
Tambien
He sido yo hombre de bien,
Y ¡he pegado unas tostadas!...
DON LEON.
Supongo...
BLAS.
Así como suena.
DON LEON.
Suplico á usted no la riña.
BLAS.
Ya sé yo quién es *mi niña*.
Eso es aparte: es muy *buena*.
DON LEON.
Tal creo.
BLAS.
Pero es mujer:
Tiene un corazon sencillo,
Y hay por aquí mucho pillo,
Como usted puede saber.
DON LEON.
¿Es un insulto?
BLAS.
¡No... y sí!
Y por vida de mi nombre,
Que si anda buscando un hombre,
Le ha encontrado usted en mí.
Beso á usted la mano.—Abur.
(Vase, cerrando la puerta de la izquierda. Don Leon corre á abrir la del lado opuesto, por donde salen don Fernando y Gaspar.)
DON LEON.
El viejo se sube presto
Á la parra.

## ESCENA XVII.

DON LEON. DON FERNANDO. GASPAR.

DON FERNANDO.
Leon, ¿qué es esto?
DON LEON.
Que jugamos el albur.
Estás vencido.
DON FERNANDO.
¿Vencido!
Y ¿cómo?
DON LEON.
Mia es la dama.
DON FERNANDO.
¿Qué pruebas tienes?
DON LEON.
Me ama,
Y hasta mi cuarto ha venido.
El padre aquí la encontró,
Y ¡se ha armado un zipizape!
DON FERNANDO.
¡Es posible!
GASPAR.
(¡No hay escape!
¡Pobre amo mio! cayó.)
DON FERNANDO.
Pues yo no cedo.
DON LEON.
Eso quiero:
Donde no hay lucha no hay gloria;
Mas si alcanzo la victoria...
DON FERNANDO.
Tu amistad es lo primero.
DON LEON.
Dices bien: la amistad viva.
DON FERNANDO.
Ahí va mi mano, en fianza.

DON LEON.

Así me gusta.

(Se dan las manos.)

DON FERNANDO.

Alianza
Ofensiva y defensiva.

PEDRO. (Saliendo.)

La mesa espera.

DON LEON.

Verás
Si soy á tu afecto ingrato.
—¿Se legaliza el contrato?

DON FERNANDO.

¡Sí, sí!—Dos botellas más.

(Se van por la derecha, dándose el brazo y seguidos de Pedro.)

GASPAR.

¡La alegría les retoza
Sólo por una mujer!...
—¡Qué bobos!—Tendrá que ver
Que me lleve yo la moza.

# ACTO SEGUNDO.

Sala de la casa de Ana, amueblada con lujo. Puerta al fondo y á ambos lados del teatro; la primera da paso al interior de la casa; la de la izquierda, á las habitaciones de Ana, y la opuesta es la que da salida á la calle. Al levantarse el telon, estará Blas en mangas de camisa y con unos zorros en la mano, quitando el polvo á los muebles. Tiene la casaca sobre una silla.

## ESCENA PRIMERA.

BLAS. Luégo CLARA, por la derecha, en traje de calle.

BLAS.

¡Uf! ¡cuánto polvo! ¡da grima!
—¡Está visto! estos criados
Son enemigos pagados,
Y si el amo no está encima...

(Mirándose á un gran espejo.)

¡Vaya un amo!—La verdad
Es, y mal haya si miento,
Que vivo en este momento
Que me dan de libertad.
Breve fin me pronostico,
Si dura mucho este engaño.
Está visto; no me amaño,
Ni me conviene ser rico.
Jurara que en la escalera
Se oyen pasos.—Es Clarilla.

CLARA. (Saliendo.)

Sí, señor.

BLAS.

Y ¡con mantilla!

CLARA.

Como que vengo de fuera.

BLAS.

Niña, usted se me propasa.

CLARA.

¿Va usted á reñir?

BLAS.

Preciso.
Sepamos con qué permiso
Ha salido usted de casa.

CLARA.

¿Eso tambien?

BLAS.

Ya verás:
¿No sabes que yo aquí mando?

CLARA.

Es que fuí de contrabando,
Para engañar á don Blas.

BLAS.

Eso, bien.

CLARA.

Hoy ver espero
El fin de estas mogigangas.
—¡Pero Blas!

BLAS.

¿Qué ocurre?

CLARA.

¡En mangas
De camisa un caballero!

BLAS.

Y ¿qué?

CLARA.

¡Mayordomo, al fin!

BLAS.

Es que esa chupa me tronza,
La casaca me desgonza,
Y me estorba el espadin.

CLARA.

Pero ¿no ves que así manchas
Tu ilustre y noble apellido?

BLAS.

¿Qué quieres, si yo he nacido
Para vivir á mis anchas?

CLARA.

¡Quite allá!

BLAS.

Necio es quien piensa
Que se cambia el natural.
Yo, Clarilla, bien ó mal,
Me apaño con mi despensa.

CLARA.

Ya lo entiendes, ¡perro viejo!

BLAS.

Mira si soy mayordomo:
No me sabe lo que cómo
Desde que no lo manejo.
Y no es porque tenga el vicio
De hacer á mis amos roncha;
Mas soy animal de concha,
Y mi concha es nuestro oficio.

Yo soy mayordomo; pero,
Como mi genio es un rayo,
Soy camarero y lacayo...
Y por poco soy cochero.
No es mi culpa; es que me humilla
Que me sirvan; y, al reves,
Salto y se me van los piés
Cuando oigo una campanilla.
Y por más que vivo alerta
Con mi nueva posicion,
En oyendo el aldabon,
Me tienes junto á la puerta.
Traigo aquí tal embolismo;
De tal modo haciendo el amo
Me desconozco, que llamo,
Y me respondo yo mismo.

CLARA.

¡Alma ruin!

BLAS.

Esta brega
Ménos mal sobrellevara,
Si á lo ménos me quedara
El uso de la bodega.
—¿Soy barba aquí, ó soy comparsa?

CLARA.

Mas si te dejan beber,
Pudiera bien suceder
Que nos aguaras la farsa.

BLAS.

¿Yo!

CLARA.

Y á jurar no me atrevo
Que en tu razon y sin vino
No hagas algun desatino.

BLAS.

(No, pues lo que es hoy, lo bebo.)

CLARA.

Hoy quedas libre.

BLAS.

Ya es hora.

CLARA.

Pero ¡por Dios! ponte ya
La casaca.

BLAS.

¿Pues?...

CLARA.

Está
Levantada la señora.

BLAS. (Corriendo á coger la casaca.)

¿Sí?

CLARA.

Jurara que he sentido
Sus pasos.—¿Lo ves? Ya sale.

(Blas se pone apresuradamente la casaca.)

BLAS.

¡Vuelta al potro!—Más que vale,
Me cuesta ya este marido.

## ESCENA II.

DICHOS y ANA, por la izquierda.

ANA.

¿Ha venido Pedro?

CLARA.

Aun no;
Pero no debe tardar.

ANA.

¿Viste á Leon?

CLARA.

Y le dí
El recado de pe á pa.

ANA.

Y ¿qué hizo?

CLARA.

Me dió un abrazo.

ANA.

Bien lo pudiera excusar.

CLARA.

Fué en comision para usted.

BLAS.

¡Hola! ¡atrevido galan!
Pues si me entero...

CLARA.

Y le dije,
Cuando acabó de abrazar:
«El padre de la señora,
Que es el mismo Barrabas...»

BLAS.

¡Insolente!

CLARA.

Se ha empeñado
En que la quiere casar.
Tiene en Madrid cierto primo...

ANA.

Bien, bien; pero lo esencial...

CLARA.

Lo esencial es que se puso
Más negro que el alquitran,
Y sobre aquellos bigotes
Cayó un lagrimon, que ¡ya!

ANA. (Abrazándola.)

¡Ay, Clara!

CLARA.

Así me abrazó
El otro.

ANA. (Sonriendo.)

¿Lo mismo?

CLARA.

Igual.
—Pues, señor: «¡Nada! el remedio,
Le dije; no hay que llorar.
Hoy puede usted verla en casa;
Pero á favor de un disfraz.»

ANA.

Sigue.

CLARA.

«El viejo me ha mandado

Que le busque á un sastre, á un tal
Palomeque, de quien dicen
Que es hombre de habilidad.
Tome usted su nombre; el padre
No ve mucho...»

BLAS.

Ya verá.

CLARA.

Y conoce á Palomeque
Lo mismo que al Preste Juan.

ANA.

Á medida que se acerca
El instante, crece más
Mi zozobra.

CLARA.

¿Por qué causa?

ANA.

Porque este amoroso afan
Va creciendo cada dia,
Y ya he perdido la paz.
Desde que me galantea
Mi primo, dos meses van
Pasados; dos meses, Clara,
De angustia y perplejidad.

BLAS.

¿Hay más que decir: «¡Envido!?»
Que de seguro querrá.

ANA.

¿Lo crees?

BLAS.

¡Como de cualquiera
Que se hallara en su lugar!

CLARA.

¿Cree usted que por ventura
Don Leon fuera capaz?...

ANA.

Ha tenido de mi padre
Agravios que lamentar;
Y al decirle: «Soy la hija
De don Martin Carvajal...»
Por esta razon, primero
He querido conquistar
Su amor.

CLARA.

Y lo ha conseguido.
Me rio yo de un volcan.

ANA.

El amor es verdadero,
Cuando se quiere á pesar
De los defectos; y el trato
Nuestro es tan superficial...
Él no conoce los mios.

BLAS.

¿No? Pues los conocerá.
Yo se los diré, valido
Del derecho paternal.

ANA.

No es mala idea.

BLAS.

¿De véras?

ANA.

No me desagradará.

BLAS.

Yo los conozco al dedillo.

ANA.

Mas supongo que te irás
Con tiento: yo tendré muchos,
Y ¡me conozco tan mal!
— ¿Llevaste á la Vicaría
La dispensacion?

BLAS.

Ya está
Todo corriente; nos falta
El contrato nada más.

ANA.

¿No oyes pasos?

CLARA.

Sí, señora.

(Dirigiéndose hácia la puerta de la derecha, por la que aparece, un momento despues, Pedro.)

Es Pedro.

## ESCENA III.

DICHOS y PEDRO.

PEDRO.

¿Se puede entrar?

ANA.

Adelante, amigo mio.
Y don Leon, ¿cómo está?

PEDRO.

¿Que cómo está? Satisfecho
Como un padre provincial.
— Gracias á usted, que si no...
(Ya estaba en el palomar.)

ANA.

¡Cuántas privaciones, cuántos
Dolores sufrido habrá,
Miéntras que yo!... ¡No podré
Perdonármelo jamas!
Pero la culpa no es mia;
La educacion que nos dan,
Es causa de que ignoremos
Que hay males que remediar.
Recuerdo que siendo niña,
Dije á mi padre: «¿Es verdad
Que hay pobres que se alimentan
Con dos comidas no más?»

PEDRO.

¡Vea usted!

ANA.

En cuanto á mi primo,
Tú harás con sagacidad

Que nada le falte; quiero
Que gaste.

CLARA.

¡Vaya un afan!

ANA.

¿No ves que el pobre ha vivido
En tanta necesidad,
Necesidad que es más triste
En un hombre principal!

PEDRO.

Nuestro objeto se ha logrado,
Sin herir su dignidad.

ANA.

¿Cómo?

PEDRO.

Le he inventado un cuento
Ingenioso, por el cual
Tengo toda la confianza
Del bueno del Capitan.
Y él, que no hubiera tocado
De mi peculio un real,
Hoy le acaricia y tantea,
Y empieza á profundizar.

ANA.

¡Bien, muy bien!

PEDRO.

Trescientos pesos,
Poco ménos, poco más,
Le llevo dados de aquella
Consabida cantidad.

ANA.

Pues: ¡los mismos que ha gastado
En obsequiarme!

PEDRO.

Tendrá
Que ver que la arruine á usted,
Queriéndola festejar.

ANA.

Ni eso me importara mucho,
Ni es tan pobre mi caudal,
Que se resienta por...

BLAS.

¡Vaya!

ANA.

Señor padre lo dirá.

BLAS.

Es cierto: gracias á Dios,
No nos falta.

ANA.

Es la verdad.

BLAS.

Somos ricos, y yo un hombre
De una esplendidez real.
— Dígale usted á ese alma
Pequeña, que gaste más.
Hágale usted que derroche.

PEDRO.

No hay cuidado; ya *lo hará.*

BLAS.

Que tenga bromas, y cenas,
Y mozas...

ANA.

¿Qué dices, Blas!

BLAS.

¿No?— Que suprima el artículo...
Pero ése es el principal.

PEDRO.

¡Ah! Tengo una confidencia
Que hacerles, muy singular,
Para que estén prevenidos.
— Don Leon tiene un rival.

ANA.

Ya sé : don Fernando.

PEDRO.

¡Justo!

ANA

¡Si no me puedo asomar
Á reja ó balcon! que siempre
Le encuentro frente al zaguan.

PEDRO.

Éste oyó cuanto se dijo
Del sastre, como que está
Pared en medio.

ANA.

Y ¿qué intenta?

PEDRO.

Tambien quiere sastrear.

BLAS.

¡Que venga! si para el otro
Soy padre de Carnaval,
Para ese farsante...

CLARA. (Corriendo hácia la puerta de la derecha.)

¡Chito!

ANA.

¿Qué es?

CLARA.

¡Don Leon y Gaspar!

ANA.

¿Tan pronto?

BLAS.

¡Llévate á Pedro!
Que salga por el corral.

(Clara y Pedro se van por el fondo; inmediatamente salen por la derecha don Leon y Gaspar. Despues vuelve á salir Clara.)

## ESCENA IV.

ANA. BLAS. DON LEON y GASPAR. Luégo CLARA.

DON LEON.

¿Da usted permiso?

BLAS.

Adelante.
—¿Es usted el sastre?

DON LEON.

Soy

Su humilde siervo.

BLAS. (Ap. á Ana.)

¿Me voy?

ANA.

¡No, hombre, no! Espera un instante.

BLAS. (Á don Leon, señalando á Gaspar.)

¿Quién es ése?

DON LEON.

Un menestral
De casa, por quien respondo.
—¡Saluda, bruto!—Es Redondo:
Juan Redondo, mi oficial.

BLAS.

Me han dicho que es usted hombre
De habilidad.

DON LEON.

Decir puedo,
Por lo ménos, que en Toledo
No hay otro de mejor nombre.

BLAS.

Tendrá usted, ó es el más bobo
De cuantos manejan plancha,
Conciencia apacible y ancha.

DON LEON.

Soy una excepcion, soy probo.

BLAS.

No me dan muy buen indicio
Ideas tan melindrosas.

DON LEON.

¿Por qué?

BLAS.

Porque hay ciertas cosas
Que nacen con el oficio.

DON LEON.

¡Yo condenarme por vara
Más ó ménos!

BLAS.

En la duda,
De más.

DON LEON.

¡La verdad desnuda!

BLAS.

¡Siendo sastre, es cosa rara!
Mas con toda esa bondad,
Echará mejor sus redes;
Sí, amiguito, porque ustedes
Visten hasta á la verdad.
—En fin, yo tengo pensado
Soltar nuevamente el peso
De la viudez, y por eso
Quiero dar á mi hija estado;
Y para entrar en la Córte,
Donde hace tanto el vestido,
Y presentarla al marido
Cual corresponde á mi porte,
Quisiera, ya que en Granada
Quedaron los equipajes,
Encomendarle unos trajes
Para el ama y la criada.
Y así, usted debe...

DON LEON.

Ya sé:
Vestirlas.

BLAS.

Ya están vestidas.
—Debe tomar sus medidas.

DON LEON. (Con intencion, mirando á Ana.)

Vaya si las tomaré.

BLAS.

Y usted, sastre de importancia,
Tendrá telas...

DON LEON.

¡Uf!

BLAS.

De toda
Satisfaccion...

DON LEON.

¡Oh!

BLAS.

De moda...

GASPAR.

(¡Pobre amo mio!)

DON LEON.

¡De Francia!

BLAS.

Yo exijo en estas materias
Mucho.

DON LEON.

Tambien soy yo así.

BLAS.

Y no importa el precio; á mí
No me gustan las miserias.
—Es de familia.—Disponte (Á Ana.)
Para que el señor te mida.
Mi largueza es conocida:
Al fin, Rico Bracamonte.
Somos oriundos de Flándes.

ANA. (Ap. á Clara.)

(¡Ay, qué Blas!)

DON LEON.

¡Grande apellido!

BLAS.

¡Eso sí! Todos han sido
En mi familia muy grandes.
—Vuelvo.—¿Con que, usted traerá
Las telas?

DON LEON.

(¡Ábrete, abismo!)
Traeré muestras: ¿no es lo mismo?

BLAS.

¡Muestras! ¡quite usted allá!

DON LEON.

(Me pone en terrible empeño.)

BLAS.
Así no se forma idea
Exacta.

DON LEON.
Usted lo desea...

BLAS.
No quiero nada en pequeño.
Adios. (Vase por el fondo.)

## ESCENA V.

DICHOS, ménos Blas.

DON LEON.
¡Llegó al fin la hora
En que mis quejas te diga,
Hermosísima enemiga
Y sirena encantadora!
¡No me bastaba perderte,
Y has querido, en tu inclemencia,
Que venga á oir la sentencia
Que me ha condenado á muerte!
¡Tú de otro, Cecilia mia!
Dilo.

ANA.
No, si tú me quieres.
No soy yo de las mujeres,
Que se truecan en un dia.

DON LEON.
Mas dirás que la crueldad
De tu padre te ha obligado...

ANA.
¡No, señor desconfiado!
¿Para qué es la voluntad?

DON LEON.
Tiene poder.

ANA.
Mas soy yo
Señora de mi albedrío.
Poco vale el poderío
Que se vence con un no.

DON LEON. (Con pasion.)
¡Cecilia!

CLARA.
¡Chit! ¡las medidas!
Que está el amo en la otra pieza.
(Leon saca una tira de papel como las que usaban los sastres para medir, y finge hacerlo miéntras habla con Ana.)

DON LEON.
Estaban en tu belleza
Mis potencias embebidas.
Á comprometerte voy
Con mis celos.

CLARA.
Pues por eso
Digo: «Á las medidas.»

DON LEON.
Preso
En tus encantos estoy.
Preso en esa linda boca,
Que fidelidad me augura;
En tu cuello, en tu cintura...
(Siguen hablando.)

CLARA.
¡Eh! y á mí ¿cuándo me toca?

GASPAR.
¿Entra usted en tanda?

CLARA.
Sí.

GASPAR.
Yo tambien soy de este embrollo;
Y esas medidas, pimpollo,
Me deben tocar á mí.
—(Sospecho que se propasa
El amo.) (Viéndole que coge la mano á Ana.)

CLARA.
Empiece usted ya.

GASPAR.
Usted primero querrá
Los trapitos para casa.

CLARA.
¡No, señor! Los de la calle.

GASPAR.
¡Hola, hola! ¡bribonzuela!
—¿Eh? (Examinando la cintura.)

CLARA.
¿Qué es eso?

GASPAR.
Poca tela
Voy á gastar en el talle.

CLARA.
Ande usted de prisa, hermano.

GASPAR.
Déjeme usted contemplar...
¡Qué! ¡si se puede abarcar
Con los dedos de esta mano!
(Cogiéndola por la cintura.)

CLARA.
Quieto, ó le doy.

GASPAR.
Es un vicio
Que he tomado.—Doce... trece...
Cincuenta... diez...

CLARA.
Me parece ..

GASPAR.
¿Qué?

CLARA.
Que usted no es del oficio.

GASPAR.
¡Examinado y con premio!
—¡No me diga usted ni en broma
Tal cosa!—Ahí está el diploma.
(Dándole un billete.)

CLARA.
¿Qué?

GASPAR.
La licencia del gremio.

Lea, y vuélvame el honor,
Lo que dice ese papel

CLARA.

¿Qué es?

GASPAR.

Quédese usted con él,
Y se enterará mejor.

ANA.

¡No, no, Leon!

DON LEON.

De otro modo,
Me pierdes.

ANA.

Eso no puedo.
(Aparece Blas á la puerta del fondo.)

CLARA.

¡El padre viene!

GASPAR.

¡No hay miedo!
—¡Levante usted ese codo!
(Alzando la voz como par dar la alarma á don Leon; éste, sin embargo, no le oye. Blas se adelanta hasta colocarse entre los dos.)

## ESCENA VI.

DICHOS y BLAS, examinando unos papeles.

BLAS.

¡Hola, maestro!

DON LEON.

(¡Nos vió!)

BLAS.

¿Eh? (Se han quedado de nieve.)

ANA.

(¿No es bueno que me ha asustado!)

BLAS.

¿Con que, estamos ya corrientes?

ANA. (Ap. á Blas.)

¿Á qué has venido tan pronto?

DON LEON.

Ya está.

ANA. (Ap. á Blas.)

¡Lo habrás hecho adrede!

DON LEON.

(Nada ha visto.)

BLAS. (Ap. á Ana.)

¡Estaba usted
Muy contenta!

ANA.

Así parece.

BLAS. (Alzando la voz.)

Dame albricias.

ANA.

Pues ¿qué pasa?

BLAS.

Han venido los papeles;
Los de la boda.

ANA.

¿Por eso?...

BLAS.

El contrato está corriente.
Sólo faltan ya los nombres.

ANA.

Pues ¿cómo!

BLAS.

El amanuense
Del notario, que no sé
Por qué no come en pesebre,
No ha entendido mis apuntes;
Pero no es inconveniente.

ANA.

Y ¿están los nombres en blanco?

BLAS.

Y gracias: el mal no es ése;
Pero si llega á poner
(Dejando los papeles sobre la mesa.)
Bonifacio por Silvestre,
Adios; y cada correo
Que en este asunto se pierde...

DON LEON.

Doy á usted mi enhorabuena.

BLAS.

Enhorabuena: bien puede,
Porque el novio es un buen mozo,
Sin mejorar lo presente.

DON LEON.

Es una dicha.

BLAS.

Y ¡tan grande!
Quiero que usted la celebre,
Porque hemos simpatizado.
¡Echaremos un chisquete
De un vinillo de Canarias,
Que está diciendo, bebedme!

ANA. (Ap. á Blas.)

Pero, Blas...

DON LEON.

Con mucho gusto.

BLAS. (Ap. los dos.)

Verá usted...

ANA.

Si eso no tiene
Sentido comun.

BLAS. (En voz alta y con imperio.)

Las llaves
De la bodega... y ¡en breve!
(Ana las da á Clara, jurándoselas á Blas á escondidas de don Leon y Gaspar. El primero se pone á escribir.)

ANA. (Dándoselas á Clara.)

Toma.

DON LEON.

En tanto, escribiré
Una carta para el jefe...

BLAS.

¿Cómo jefe!

DON LEON.

El principal
Que tengo en mis almacenes.

Valor de seis mil ducados
Le pido.

BLAS.

¡Bien!

GASPAR.

(¡Que te pierdes!)

DON LEON. (Ap. á Gaspar.)

Entrega á Pedro esa carta.

GASPAR.

Pero...

DON LEON.

Y dile que me espere
Con el dinero.

BLAS. (Á Clara.)

Y de paso
Le das un trago al apéndice...
Digo, al oficial.—Supongo
Que lo gastará.

(Gesto de asentimiento de Gaspar.)

CLARA.

Se entiende.

(Vanse Gaspar y Clara; ésta vuelve, cuando lo indique el diálogo, con botella y copas.)

## ESCENA VII.

ANA. DON LEON. BLAS. Luégo CLARA.

BLAS.

Pues como le iba diciendo,
Quiero volver nuevamente
Á casarme.

DON LEON.

¡Bueno!

BLAS.

Y eso,
Que llevo ya tres mujeres.
—¡He tenido unas pasiones!

(Ana le pellizca.)

—(¡Uf!)—¡He sido muy alegre!
¡Con un fortunon!...—(¡Caramba!
¡Estos ya son alfileres!)

CLARA.

Aquí está.

BLAS.

¡Vaya, amiguito!
—Pues al punto que la entregue
Á su marido...

DON LEON.

Feliz
Quien tanta gloria merece.

BLAS.

¿Por qué?

DON LEON.

Porque es un dechado...

BLAS.

¿De qué?—No sea usted imbécil.

DON LEON.

¿Me he engañado por ventura?

BLAS.

¡Hombre! ¡Señor Palomeque!
—¡Usted juzga por la cara!
No es fea ni gasta afeites,
Eso es cierto; y ¡cuando está
De veinte y cinco alfileres!...
—Pero son engaña-bobos.

ANA.

(¡Blas!)

BLAS.

¡Hay hombres más valientes!...
En dándoles buen palmito,
Tomarán lo que les dieren.

ANA.

(¡Blas! ¡Blas!)

BLAS.

Prescinden del genio,
Sin reflexionar que tienen
Por cada cara de pascua
Cuarenta caras de viérnes.

DON LEON.

Pues el genio de esta hermosa
Señora, parece alegre.

BLAS.

De todo tiene la viña.
¡El pobre que se la lleve!...

DON LEON.

¿De véras?

BLAS.

Usted no ha visto
Carácter más insurgente.

ANA.

(¡Con moderacion!)

DON LEON.

*¡In vino
Veritas!*—¿Usted comprende? (Á Ana.)

BLAS.

Es golosa y remilgada;
En dándola perendengues,
Está en sus glorias.

DON LEON.

Preciso:
Cosas que la edad requiere.

BLAS.

Aficionada á tertulias
Y amiga de zarambeques.

ANA.

(¡Bien! Ya basta.)

BLAS.

Y no la amarga
Que la mimen y requiebren.

DON LEON.

¡Hola! ¡hola!

ANA.

¡Eso no es verdad.!

BLAS.

¿Qué has dicho? ¿Cómo se entiende?
¡Noramala para ella!

—¿Le parece á usted decente! (Á don Leon.)
¡Con el autor de sus dias!...

DON LEON.

Suplico á usted que se temple.

BLAS.

¡Respondona la tenemos!
Yo te bajaré el copete.
—Besa la mano á tu padre.

ANA.

¿Yo!...

BLAS.

¡Me ha gustado la especie!

ANA. (Ap. á Blas.)

Me la pagarás.

BLAS.

¿Qué gruñes?

(Ana hace como que le besa la mano, y le pellizca.)

¡Ajá! ¡bien! Así te quiere
Tu padre.—¡La verdad es
Que si yo fuera más débil!... (Rascándose.)

DON LEON.

Con licencia de usted, voy
Á escoger...

BLAS.

Con seis ó siete
Cortes de brocado basta;
El resto es indiferente.

DON LEON.

Será usted servido. (Vase.)

BLAS.

Adios,
Maestro.

## ESCENA VIII.

ANA y BLAS.

ANA.

¡Qué cruel eres!

BLAS.

¿Por qué?

ANA.

Obligarle á gastar...

BLAS.

¿Qué importa, si no le duele?

ANA.

¡Quién sabe! Él es delicado.

BLAS.

Y en fin, no me haga usted dengues;
Que pronto será la boda
Y querrá usted componerse...

ANA.

No digo que no.

BLAS.

Y lucir
Esas galas.

ANA.

¡Cierto! á trueque
De agradarle... Pero ¿sabes,
Papá mio, entre paréntesis,
Que me has tratado muy mal?
¡Con qu~, yo soy tan agreste!

BLAS.

Yo no acostumbro á mentir.
Verdad que he estado indulgente.

ANA.

¡Qué! ¿tantos son mis defectos!

BLAS.

¡Uf!

(Clara sale corriendo por la derecha.)

CLARA.

¡El otro Palomeque!

ANA.

Me voy adentro.

BLAS.

Y ¿qué hacemos?

ANA.

No quiero que aquí me encuentre.

(Vase por el fondo.)

## ESCENA IX.

BLAS. DON FERNANDO y CLARA, que se irá despues por el fondo.

DON FERNANDO.

¿Da licencia?

CLARA.

Á usted le toca
Despachar á ese embustero. (Vase.)

DON FERNANDO.

¡Caballero!...

BLAS.

¡Caballero!...

DON FERNANDO.

Pienso que usted se equivoca.

BLAS.

¿Puedo saber con quién hablo?

DON FERNANDO.

No quiero ser jactancioso.
—Soy Palomeque el famoso.

BLAS.

¡Hombre! ¡Mire usted qué diablo!
—¡Palomeque!

DON FERNANDO.

Y lo repito.
—¿Qué le admira?

BLAS.

¡Usted tambien!
¡Vaya una gracia!—¿Por quién
Me ha tomado usted, mocito?

DON FERNANDO.

Pues ¡qué! ¿duda usted de mí?
Ó ¿piensa que?...

BLAS.

No hay penseque,
Sino que ese Palomeque
Ha salido ahora de aquí.

DON FERNANDO.
Acaso algun impostor,
Que usurpa mi fama y nombre...

BLAS.
No.

DON FERNANDO.
Algun pelele.

BLAS.
¡No, hombre!

DON FERNANDO.
Algun pobre...

BLAS.
¡No, señor!
De los más encopetados:
Un sastre de cuatro suelas.
Nos va á mandar unas telas
Que valen seis mil ducados.
—¡Compita usted! ¿Á que no?

DON FERNANDO.
¡Seis mil ducados!

BLAS.
Redondos.

DON FERNANDO.
No tengo yo tantos fondos.

BLAS.
Ya lo sospechaba yo.

DON FERNANDO.
Mire usted, señor don...

BLAS.
Blas.

DON FERNANDO.
Señor don Blas, yo no soy
Palomeque...

BLAS.
En eso estoy.

DON FERNANDO.
Pero valgo mucho más.
—Elija usté entre los dos.
—¡Que tiene fondos! ¿Qué importa,
Si yo sé bien lo que él corta,
Y hará... lo que sabe Dios?

BLAS.
Si la ropa, una vez hecha,
Á su fama no responde...

DON FERNANDO.
Pero ¡si no sabe dónde
Tiene su mano derecha!

BLAS.
Si no lo hace bien, no cobra:
Él se engaña, él es el tonto.

DON FERNANDO.
¡Norabuena! Á bien que pronto
Verá usted la mano de obra.

## ESCENA X.

DICHOS, y GASPAR, con un gran fardo á cuestas, que dejará sobre alguna mesa.

GASPAR.
*Deo gratias.*

BLAS.
¿Eh? ¿qué le dije
Á usted? Ahí están las telas.

GASPAR.
(¡El Capitan!)

BLAS.
Éste es
Un oficial de su tienda.

DON FERNANDO.
Ya nos conocemos.

BLAS. (Á Gaspar.)
Diga
Si es hidalga competencia
Venir á usurpar el nombre...

GASPAR.
¡Cómo! ¿Ahora andamos en ésas!

BLAS.
¡Qué indignidad!

GASPAR.
¡Bah! ¡Lo extraño
En usted, señor Pampliega!

BLAS.
¿Le conoces?

GASPAR.
¡Sí, señor!
Y ¡que no es larga la fecha!

BLAS.
Y ¿es del oficio?

GASPAR.
Tambien.
No tiene mala tijera;
Mas donde está Palomeque,
No hay quien levante cabeza.

DON FERNANDO.
Pero se hace pagar bien
Sus puntadas.

GASPAR.
De manera,
Que de eso vive, y lo que
Mucho vale, mucho cuesta.

BLAS.
Yo soy todo un caballero;
Á mí que me den la prenda
Bien acabada...

GASPAR.
Pues eso
No lo dude: irá bien hecha.
—En otras manos, supongo
(Dirigiéndose á don Fernando.)
En las de usted, no dijera...

BLAS.

Por todo lo que voy viendo,
Usted es, ó le anda cerca,
Un chapucero.

GASPAR.

No tanto:
Yo soy hombre de conciencia.
Si le habla usté de una chupa,
Lo entiende como cualquiera;
Pero en el renglon de faldas
No sabe lo que se pesca.

DON FERNANDO. (Ap. á Gaspar.)

(¡Bribon!)

BLAS.

¿Á ver lo que trae?
(Examinando el fardo.)
¡Caspita! ¡Cuánta riqueza!
¡Qué buen gusto!

DON FERNANDO.

(Mas ¿de dónde
Saca Leon?...)

BLAS.

¡Oro! ¡seda!

GASPAR.

Mire usted... ¡Lo que es la envidia!
¡Qué cara ha puesto más fea! (Ap. á Blas.)

BLAS.

¡Clara! ¡Muchacha!

CLARA. (Dentro.)

¡Señor! (Sale.)

BLAS.

Ven.—Á ver cómo te llevas
Adentro esas tentaciones,
Para que mi hija las vea.
(Vase Clara, llevándose las telas.)
—Y usted, señor de Pamplina,
Ó como se llama, vuelva
Por acá...

DON FERNANDO. (Amoscado.)

Doy á usted gracias.

BLAS.

Y veré ¡qué tal remienda! (Vase por el fondo.)

## ESCENA XI.

DON FERNANDO y GASPAR.

DON FERNANDO.

¿Gaspar?

GASPAR.

¿Señor Capitan?

DON FERNANDO.

¿Qué es esto?

GASPAR.

¿Usté no lo acierta?
Ni yo tampoco.

DON FERNANDO.

Leon
Ha perdido la cabeza.

GASPAR.

No diré que no.

DON FERNANDO.

¡Arriesgar
Su honra de esta manera!

GASPAR.

Es verdad.

DON FERNANDO.

Quien, como yo,
Conoce bien su pobreza,
Y es su amigo, hará muy mal
Si arruinarse le deja.

GASPAR.

Ya sé yo de dónde salen
Las misas; pero por fuerza
Hay aquí un misterio... Pedro
Es el que da la moneda.

DON FERNANDO.

Pero ¡eso es inverosímil!

GASPAR.

Eso digo yo y cualquiera;
Pero es la verdad, y el amo,
Si no se casa, se entierra.
Tres mil pesos y algo más
Le ha dado.

DON FERNANDO.

No pensé que era
Tan rico Pedro.

GASPAR.

¡Dan mucho
Las liebres de poca oreja!

## ESCENA XII.

DICHOS y CLARA.

CLARA. (Á Gaspar.)

¿Y el maestro?

GASPAR.

Pronto llega.

CLARA.

Que venga.

GASPAR.

¿Hace falta ahora?

CLARA.

Sí: le llama la señora.

GASPAR.

¿Viene usted, señor Pampliega?
¿No me oye usted?

CLARA. (Ap. á Gaspar.)

Por las trazas,
Este es el rival.

DON FERNANDO.

Me quedo.

GASPAR.

¿Qué va usted á hacer?

DON FERNANDO.

(No puedo
Digerir mis calabazas.)

CLARA.

¿Qué quiere usted?

DON FERNANDO.

Quiero hablarte.

GASPAR.

(Que me ahorquen si me fio...)

CLARA.

¿Quién es usted, señor mio?

GASPAR.

Este señor es del arte.
Sabiendo la preferencia
Que nos dan para estas bodas,
El señor, que entra por todas,
Nos quiere hacer competencia.
Como el ama se le escapa,
Querrá encubrir su desastre
Vistiéndola á usted.

CLARA.

¡Ya! es sastre.

GASPAR.

Con muchísima solapa.
Pero áun así llega mal,
Y bueno será que entienda
Que las prendas de esa prenda
Las va á hacer este oficial.
—¿Miento?

CLARA.

Vaya usted tranquilo.

GASPAR.

¿De véras?

CLARA.

Tenga usted calma.

GASPAR.

Mire usted que llevo el alma,
Que va colgando de un hilo.

(Vase por la derecha.)

## ESCENA XIII.

DON FERNANDO y CLARA.

CLARA.

¿Qué manda usted?

DON FERNANDO.

Ven acá:
Toma. (Alargándola un bolsillo.)

CLARA.

¿Qué es eso?

DON FERNANDO.

Dinero.

CLARA.

Perdone usted, caballero:
Estoy sobornada ya.

DON FERNANDO. (Con gravedad.)

¿Sabes que hay leyes?

CLARA.

Y alcalde.

DON FERNANDO.

¿Dirás la verdad?

CLARA.

¿Quién trata
De ocultarla? y muy barata:
Ya lo ha visto usted; de balde.

DON FERNANDO.

¿Qué te ha dado don Leon
Por servirle?

CLARA.

¿Qué me ha dado?
Un tufillo de hombre honrado,
Que me llegó al corazon.

DON FERNANDO.

Eso yo lo certifico;
Pero acaso tu ama ignora
Su pobreza.

CLARA.

Y mi señora
¿Para qué le quiere rico?
¡Que es pobre!... tanto mejor.
¿Qué ha pensado usted, hermano!
¿Que aquí dábamos la mano,
Sin gana, al mejor postor?

DON FERNANDO.

Sólo sé que no me agrada
Ser impasible testigo
De su desgracia, y mi amigo
No tiene más que su espada.
Miento, que tiene tambien
Su honor de soldado, ileso;
Y en esos amores preso,
Puede perderlo, y ¿por quién?
Áun lo ignoro.

CLARA. (Con seriedad.)

Usted se olvida
De sí.

DON FERNANDO.

Dirás á tu ama
Que ese amor en que le inflama
Puede costarle la vida.

## ESCENA XIV.

DICHOS y ANA, por el fondo.

ANA.

¡Caballero!

DON FERNANDO.

No creí
Que usted...

ANA.

Tengo honrado nombre,
Y la vida de ese hombre
Es sagrada para mí.

DON FERNANDO.

¡Basta! Ese altivo ademan
Y esa tranquila mirada,
Perdone usted, más que nada,

Mi exceso culpando están.
En fin, rindo la cerviz
Al dichoso propietario...

CLARA.

¿Le pesa á usted?

DON FERNANDO.

Al contrario,
Pues que va á ser tan feliz.
Y para que usted lo crea,
Á ayudarle me acomodo.

ANA.

¡Bien! ¡Es noble, como todo
Lo que á mi esposo rodea!

(Corriendo al encuentro de don Leon, que aparece, con Gaspar, á la puerta de la derecha.)

## ESCENA XV.

DICHOS. DON LEON y GASPAR.

ANA.

¡Ven, Leon!

GASPAR.

(¿Áun está aquí
Este peje! Muerto soy.)

DON LEON.

¿Qué es eso?

ANA.

Orgullosa estoy
De mi cariño y de tí.

DON LEON.

¡Fernando!

DON FERNANDO.

Aquí mi presencia
No es de rival.

ANA.

¡No, á fe mia!

DON FERNANDO.

De amigo: desde este dia
Cesó nuestra competencia.

ANA.

Todos te quieren.

DON FERNANDO.

Dichoso
Puedes llamarte mil veces,
Tú, que la gloria mereces
De ser de tal dama esposo.

DON LEON.

¿Me estimas, Fernando?

DON FERNANDO.

Mucho.

DON LEON.

Pues mira, no me la alabes;
Que me das celos.

ANA.

¡No sabes
El placer con que te escucho!

CLARA.

Mas lo que se haya de hacer,
Sea al instante. (Habla aparte con Ana.)

GASPAR.

Eso aconsejo;
No venga y nos diga el viejo
Si hemos puesto aquí el taller.

DON LEON. (Ap. á don Fernando.)

Escucha lo que he pensado.

ANA. (Ap. las dos.)

¿Lo digo todo? En tal punto...

CLARA.

Deje que marche el asunto
Como estaba concertado.

ANA.

¿Qué temes?

CLARA.

Yo, la verdad,
No lo haria: él es violento,
Y hay que dar á ese momento
Algo de solemnidad.
De escoger bien la ocasion
Pende que adelante salga
El proyecto.

ANA.

¡Dios me valga;
Que él conoce mi intencion!

DON LEON.

¿Lo harás?

DON FERNANDO.

Á servirte voy;
Mas ¡recurrir á ese extremo!...

DON LEON.

Si temes...

DON FERNANDO.

Yo nada temo;
¡Adios! En la calle estoy.

## ESCENA XVI.

DICHOS, ménos don Fernando.

DON LEON.

Gaspar, hallarás un coche
(Colocándose entre los dos criados y hablándole aparte.)
Esperando en esa calle:
Haz que esté pronto.—Tú, Clara,
Dispondrás para el viaje
Lo más preciso.—¡Silencio!
¡Ni una palabra! Dejadme.

(Gaspar se va por la derecha. Clara se queda perpleja y como esperando las órdenes de Ana.)

ANA.

¡Leon! ¿qué es eso?

DON LEON.

Ha llegado
El momento improrogable.
La fuga es ya mi esperanza:
Noble y honrado es tu amante.

ANA.

¡Oh! Ya lo sé, y no es posible

Que quisieras engañarme.
No te hubiera consagrado,
Sin la fe que me inspiraste,
Este cariño, que es hijo
De tus nobles cualidades.
(Hace una seña á Clara para que se acerque.)
¡Clara!

CLARA.

¿Qué hacemos?

ANA.

Avisa
Á Blas que quiere robarme.
(Vase Clara.)

DON LEON.

¿Adónde iremos, Cecilia?

ANA

Adonde tú me llevares.

DON LEON.

Esa fe tranquila aumenta
Mi obligacion, que es ya grande;
Y te juro por mi nombre...

ANA.

¿Á qué jurar, si es en balde!
¡Si yo te creo, y me basta
Que tu nobleza me ampare!

DON LEON.

¡Cecilia! ¡mi bien! seria
El hombre más miserable,
Si no cayera á tus plantas,
Diciéndote: «Eres un ángel.»

## ESCENA XVII.

DICHOS y BLAS, que ha salido un momento ántes por el fondo, y sorprende á don Leon arrodillado.

DON LEON. (Viendo á Blas.)

¡Ah!

BLAS. (Con severidad.)

¿Qué hacia usted ahí,
Señor Palomeque?

DON LEON. (Turbado.)

(¡Diantre!)
—Estaba rectificando...

BLAS.

¿Qué?

DON LEON.

Las medidas del talle.

BLAS.

Y ¿qué más?

DON LEON.

Segun las reglas
De proporcion que da el arte,
En la humana arquitectura,
La distancia más probable
Del homoplato á...

BLAS.

*¡Está usted*
*Diciendo unos disparates!...*

DON LEON.

¿Disparates?

BLAS.

¡Sí, señor!
Y de los más garrafales.

DON LEON.

Y ¿qué quiere usted decirme?

BLAS.

Que no le da á usted el naipe
Para mentir.

DON LEON.

¡Yo no puedo
Consentir que se me ultraje!

BLAS.

¿Se amosca usted? Norabuena.
Pues yo estoy hecho un vinagre;
Que se me ha acedado toda
Mi parentela de Flándes.
(Pausa.)
—Hablémonos de hombre á hombre,
Ó mejor de sastre á sastre.
Usted no ha cogido nunca
Las planchas ni los dedales...

DON LEON.

(¿Qué dice!)

BLAS.

Ni yo tampoco...

DON LEON.

¡Ya!

BLAS.

Pero sé lo bastante
Para sentar las costuras
Al más pintado, y de balde.

ANA.

¡Señor!

BLAS.

No hay «aquí las puse»
Con el hijo de mi madre.
(¡Me parece que le he hablado
Con dignidad!) (Ap. á Ana.)

DON LEON.

(¡Duro trance!)
Pues bien, supuesto que ya
Es inútil ocultarse,
Valga la verdad. Yo soy...

BLAS.

Ya lo conozco, un amante
Disfrazado.

DON LEON.

Culpe usted
Á su terrible carácter.

BLAS.

No me da muy buena espina
Eso de usurpar el traje...

DON LEON.

Sobre todo, esta señora
De ningun modo es culpable.
Y pues que la falta es mia,
Es justo que yo la pague...

BLAS.
Y ¡cómo que ha de pagarla!
Y ¡cara!

DON LEON.
Toda mi sangre...

BLAS.
No es eso.

DON LEON.
Mi vida entera...

BLAS.
¡Nada! ¡nada! ¡No es bastante!
Tan negra accion no se paga
Con ménos que con casarse.

DON LEON.
¡Es posible!
(Alegre, pero sorprendido. Ana le observa con ansiedad.)

BLAS.
Ó nos matamos
Aquí mismo.

ANA.
Eso no, padre.

BLAS.
¿Qué!

ANA.
Si es verdad que me quiere
El Capitan lo bastante
Para hacerme el sacrificio
De su libertad, que hable;
Y toda mi vida, toda,
Es poca para pagarle.
Pero no se dirá nunca
Que por violencia ó por fraude
Me dió su mano: eso es bueno
Para mujeres vulgares.
Ó con mucho amor me ruega,
Ó no imagine alcanzarme;
Que no casan de otro modo
Las hembras de mi linaje.

DON LEON.
¿Cómo has podido, bien mio,
Temer, dudar un instante
De mi voluntad!

BLAS.
Cuidado
Con eso de requebrarse;
Que estoy yo aquí, y á estas barbas
No falta al respeto nadie.

ANA. (Ap. á Blas.)
¡Hombre! ¡Déjale que diga!

DON LEON.
Usted debe perdonarme,
Usted, que ha sido...

BLAS.
Es verdad:
He sido... ¡lo que Dios sabe!

ANA. (Ap. á Blas.)
¡Eres cruel!

BLAS.
Ahora vamos
Á ver cómo ha de tratarse
Este asunto. Ese contrato
Está diciendo: «Firmadme.»
Se pone el nombre de usted
En vez de Silvestre Otáñez,
Y dentro de una semana
Hay bendiciones nupciales.

DON LEON.
Un favor más...

BLAS.
Usted pida.
(El pobre, á quien van á ahorcarle...)
(Ap. á Ana.)

DON LEON.
Quiero hacer testigo á un hombre
De tantas felicidades,
Y es á á la puerta esperando
En qué paran mis afanes.

BLAS.
¿Clara?

CLARA. (Saliendo.)
¿Señor? Ya lo he oido.
—¿El señor Pampliega?
(Á don Leon: éste hace un gesto afirmativo. Vase Clara.)

BLAS.
¡Calle!

DON LEON.
Amigos somos, y áun fuimos
En esta empresa rivales.

BLAS.
Y ¡yo sin saber palabra!
¡Qué leccion para los padres
Descuidados! — Y ¡tenías
Los pretendientes á pares!

## ESCENA XVIII.

DICHOS. DON FERNANDO y CLARA; luégo GASPAR. Clara se va por el fondo un momento despues.

DON LEON.
Ven, Fernando; mi alegría
No tiene límites: dame
Tus parabienes.

DON FERNANDO.
Ya sé
La ventura que alcanzaste.
—Señora, por muchos años.

BLAS.
Maestro Pampliega, este lance
Se perdió.

DON FERNANDO.
Quien lo ha ganado
Merece dicha tan grande.

GASPAR. (Asomándose á la puerta de la derecha.)
(¿Qué pasa?)

BLAS.
¡Amigo Redondo!

GASPAR.

¡Me vió!

BLAS.

Venga acá el farsante.
—¿Con que usted me la ha pegado!

GASPAR.

¿Yo, señor!

DON LEON.

Todo se sabe.

GASPAR.

Y ¿no hay paliza?

DON LEON.

Y nos casan.

GASPAR.

Aquí dió fin el romance.

## ESCENA XIX.

DICHOS. CLARA, y despues EL NOTARIO.

CLARA.

Señor, por usted preguntan.

BLAS.

No estoy en casa: ¡qué diantre!

CLARA.

Es el notario.

BLAS.

¡Á propósito!
Dile que pase adelante.

(Clara se dirige al fondo, á cuya puerta aparece inmediatamente el Notario.)

BLAS.

Señor mio, la omision
Que el documento contiene,
¡Vea usted qué rareza! viene
De molde en esta ocasion.
—Siéntese.—Fortuna ha sido,
Pues no hay que alterar el testo;
Y digo fortuna, puesto
Que cambiamos de marido.
(Lee.) «Contrato matrimonial...»
—¿Ve usted? el arreglo es obvio;
Se pone el nombre del novio,
Que es...

ANA.

Don Leon Carvajal.

BLAS.

Si usted quiere, puede ver,
Sin que el rubor se alborote,
En qué consiste la dote
De su futura mujer.

DON LEON.

¡Señor mio!...

BLAS.

¡Nada, nada!
¡Si usted se incomoda!...

GASPAR.

*(¡Ah, tonto!)*

BLAS. (Á Ana.)

Firma.

ANA.

Firmo.

BLAS.

Por el pronto
Tienes marido de espada.

DON LEON.

Sí, y ella será su escudo.
¡Nada iguala á mi contento,
Cecilia!

(Viendo que Ana ha firmado, se dirige hácia la mesa; pero aquella le detiene.)

ANA.

Espera un momento.

DON LEON.

¡Qué! ¿dudas?

ANA.

¡Sí, Leon! ¡Dudo!

DON LEON.

¿De mí?

ANA.

De tí.—¡No! me engaña
Mi desconfianza injusta.
¡La proximidad me asusta
De felicidad tamaña!
—¡Leon!

DON LEON.

¿Qué zozobra es ésa?

ANA.

¿No te dije ya este dia
Que alcanzarte no queria
Por engaño ni sorpresa?
Pues bien, valga la verdad.
—No hubo en mi conducta dolo;
Sí un artificio, que sólo
Justifica... mi orfandad.

(Don Leon mira con sorpresa á Blas, que se retira á distancia respetuosa.)

Óyeme, y haz lo que quieras.
Todo hasta aquí lo he fingido,
Ménos mi pasion, que ha sido
¡Sábelo Dios! muy de veras.
Cifré en tu apacible trato
Mis esperanzas amantes.

DON LEON.

Pero explica...

ANA.

¡No! lee ántes
De firmar ese contrato.
Mira ese nombre, y si ves
Que estoy bien justificada,
Dirígeme una mirada,
Y me tienes á tus piés.

(Don Leon se dirige á la mesa, lee la firma que ha puesto Ana, y se queda inmóvil y sombrío. Don Fernando va hácia él.)

DON LEON.

¡Dios mio!

DON FERNANDO.

¿Tiemblas, Leon!

DON LEON. (Al Notario.)
No.—Dará usted testimonio
De que es este matrimonio
Imposible.

DON FERNANDO.
¿Qué razon?...

DON LEON.
¿No es la que me da su mano
La hija de don Martin
Carvajal?

ANA. (Trémula y casi desfallecida.)
Sí.

DON LEON.
¿Del Caín
Que dió la muerte á su hermano!

ANA.
¡Leon! ese hombre, ya inerme,
Su falta en la tumba encierra:
(Con energía convulsiva.)
¡No disputes á la tierra
Al que en santa paz ya duerme!
(Dulcificando su voz y su expresion.)
¡Oh! ¡no, Leon! ¡tú eres bueno
Y noble! Mi amor insulta
Y la esperanza, que oculta
Áun se mantiene en mi seno;
Mas respeta al que la muerte
Con su inmunidad cobija,
Si no porque soy su hija,
Porque eres tú aquí el más fuerte.

DON LEON.
Éste es un ódio nutrido
Quince años há...

ANA.
Sí, concedo
Que tienes razon.

DON LEON.
Si puedo,
Daré su nombre al olvido;
Pero ¡recoger la herencia
Del crímen! ¡no, prima mia!
Dijérase que vendia
Á buen precio mi indulgencia.

ANA.
Permíteme que reclame...

DON LEON.
¡Basta! La razon es clara.
Si yo tu mano aceptara,
Me tuviera por infame.

DON FERNANDO.
¡Yo no puedo ser testigo
De ese ultraje! Aunque me pese,
Debo rechazar...

DON LEON.
¿Es ése
El lenguaje de un amigo?

DON FERNANDO.
¡Es primero la verdad!
Quien así pone á sus piés
Tanta fineza, no es
Quien merece mi amistad.

ANA.
¿Qué es eso!

DON LEON.
¡Cierra esos labios!
Ó ¡vive Dios, que en tu pecho!...

ANA.
Á nadie he dado el derecho
De hacer suyos mis agravios.

BLAS.
¡Eso digo yo! ¡Hola, hola!

ANA. (Á don Fernando.)
¡Silencio!—¿Quiere usted ver
Cómo basta una mujer
Para defenderse sola?
—Tengo yo, señores mios,
En mi defensa una espada,
Con la que no pueden nada
La arrogancia ni los bríos.
Tengo la fe, con que en vano
He mendigado el cariño
De aquel á quien dí, de niño,
El dulce nombre de hermano.
¡Él de mi padre hasta el nombre
Ha deshonrado en su encono!
¡Pues bien! yo se lo perdono;
Yo valgo más que ese hombre.
Y en lo que á mí me alcanzó,
Le doy sólo por respuesta
Que tengo el alma dispuesta
Á olvidar que me ultrajó;
Y que nunca, aunque ofendida,
De mi sangre degenero.
(Á don Fernando, señalando á don Leon.)
—Dígale usted, caballero,
Que me devuelva esa herida.

DON LEON.
¡Cese este innoble debate,
Que nos deshonra!—¡Adios, Ana!

ANA. (Cayendo sobre una silla y sollozando.)
¡Adios!

DON LEON. (Ap. á don Fernando.)
¿Mañana?

DON FERNANDO.
Mañana.

DON LEON.
(¡Permita Dios que me mate!)

---

# ACTO TERCERO.

Otra sala de la casa de Ana; dos puertas al fondo y dando frente al público, de las cuales, la de la izquierda comunica con el exterior de la casa, y la otra con las habitaciones que ocupa Leon. Otras dos puertas á los lados del teatro; la de la derecha da paso á las habitaciones de Ana, y la opuesta al resto de la casa. À la derecha habrá una chimenea encendida. Al levantarse el telon está Clara en la escena, y Ana sale de puntillas del aposento de Leon.

## ESCENA PRIMERA.

ANA y CLARA.

CLARA.
¿Duerme?

ANA.
Duerme.

CLARA.
¿Está mejor?

ANA.
Sosegado tiene el pecho.

CLARA.
Buen síntoma.

ANA.
Hoy deja el lecho,
Por mandado del doctor.

CLARA.
Eso es decir que ha cesado
Todo riesgo.

ANA.
Para él sí.

CLARA.
Me alegro.

ANA.
No para mí,
Que estoy de mayor cuidado.

CLARA.
¿Cómo es eso!

ANA.
¡Ay, Clara mia!
Yo su salud anhelaba,
Y sin embargo, temblaba
Al acercarse este dia.
Porque temo, en mi inquietud
(¡Tanta sinrazon le debo!),
Que en él renazca de nuevo
El ódio con la salud.

CLARA.
Páguele usted con desdenes...
Si tras de haberla insultado...

ANA.
¿Qué?

CLARA.
¡Le habrá usted perdonado!

ANA.
¡Clara! ¡qué preguntas tienes!

CLARA.
No lo creí.

ANA.
Pues ¿qué piensas?

CLARA.
¿Qué he de pensar? Lo que es justo.

ANA.
¡Parece que tienes gusto
En avivar mis ofensas!
¿Que las vengase querrias,
Yo, que de buena blasono?
Las de mi padre perdono:
Pues ¿qué he de hacer de las mias?

CLARA.
Y creo que con placer.

ANA.
¿Qué dirás si lo confieso?

CLARA.
Y con amor.

ANA.
Mucho hay de eso;
Pero es más fuerte el deber.

CLARA. (Con incredulidad.)
¡Ya!

ANA.
Mi padre le ofendió,
Y yo á aplacarle me obligo;
Pero ¿cómo se lo digo,
Si no le perdono yo?

CLARA.
¿Y si él, ingrato se aferra
Contra usted en su rigor?

ANA.
No soy yo, Clara; es su honor
El que está dándole guerra.

CLARA.
¡Áun tiene usted confianza,
Cuando despreciada gime!
¿Áun espera usted?

ANA.
Pues dime,
¿Cuándo muere la esperanza?
Y ¿quién renuncia al placer
De esa divina creencia,
Si le dice su conciencia
Que la merece tener?

CLARA.
No digo que no; y si tanto
Interes, ingrato, olvida...

ANA.
Bálsamo fué de su herida,
Más que otro alguno, mi llanto.
Dias y noches en vela
Pasé con tenaz empeño,
De su delirio y su sueño
Amorosa centinela.
No he disfrutado de calma
Una hora, y miéntras dormia,
¡Ay, Clara! ¡me dirigia
Unos requiebros al alma!...
—Mas nada sabrá.

CLARA.
¡Eso sí!

Sea usted altiva.

ANA.

¡Yo altiva!
Lo que yo quiero es que viva
Feliz, conmigo ó sin mí.
Mas si la verdad te digo
—Y bien merece mi amor
Tal recompensa,— mejor
Le quisiera ver conmigo.

CLARA.

Mas ¿cree usted por ventura
Que él no ha visto?...

ANA.

En su aposento
No he entrado desde el momento
Que cesó la calentura,
Si no es en la conviccion
De que dormia.

CLARA.

De suerte
Que tambien es cosa fuerte
Ocultar su abnegacion.
Eso es morir sin defensa,
Y locura á mi jüicio.

ANA.

No es muy noble el sacrificio
Que busca una recompensa.
¡Si yo pudiera vivir
Á su lado, sin que fuera
Obstáculo que pudiera
Su ventura interrumpir!...
Si otro cariño apetece,
Disfrútelo: ¿por qué no,
Si otra mujer más que yo
Le enamora ó le merece!

CLARA.

¡Calle usted! ¡Vaya una idea!

ANA.

Si por quererme no acaba,
Seré su hermana, su esclava;
Mas déjeme que le vea.

CLARA.

Eso es imposible.

ANA.

Mira:
Lo he de intentar.

CLARA.

¿De qué modo?

ANA.

Ya sé que lo arriesgo todo...
Pero ¡no! El cielo me inspira.

CLARA.

¿Qué es?

ANA. (Reflexionando.)

Ya verás: tengo varias
Ideas: un parasismo...
Un... —Pero mañana mismo
Salimos para Canarias.

CLARA.

¿Con él?

ANA.

Esa es la victoria
Que hay que conseguir.

CLARA.

Convengo.

ANA.

Su mayor pena es que tengo
De aquel agravio memoria.

CLARA.

Y es natural.

ANA.

Pues verás
Cómo no teme por mí...
—Pero no han de entrar aquí
Más personas que tú y Blas.

(Se oye ruido hácia la puerta izquierda del fondo, y un instante despues sale Blas, procurando detener á Gaspar.)

## ESCENA II.

DICHAS. BLAS y GASPAR.

CLARA. (Dirigiéndose al fondo.)

¡Chist! Espérese usted...

ANA.

¿Qué
Significa ese rumor?

BLAS.

¡Canalla!

GASPAR.

¡Padre de pega!
He de entrar.

BLAS.

¡Digo que no!
(Salen.)

GASPAR.

¿Quién me lo puede estorbar?

ANA.

¡Blas! ¿qué es eso?

BLAS.

Este señor,
Que atropella á los criados.

GASPAR.

¡Porque he dado un torniscon
De media vuelta! ¡vea usté!
No han rodado más que dos.

ANA.

¡Retírate, Blas!

BLAS. (Marchándose.)

Le juro
Que...

GASPAR.

¡No jures, pecador!

### ESCENA III.

ANA. CLARA y GASPAR.

ANA. (Ap. á Clara.)
Háblale tú.

GASPAR. (Con seriedad.)
Pues supuesto
Que ya sabe usté quién soy.
—Buenos dias.

CLARA. (Lo mismo.)
Buenos dias.

GASPAR.
¿Ve usté si tengo razon

CLARA.
¿En qué?

GASPAR.
¿No lo he dicho ya

CLARA.
Hasta ahora...

GASPAR.
Es verdad que no.
Pero el sexo femenino,
Y sea dicho con perdon,
Es un...

CLARA.
Que está ahí la señora.

GASPAR.
Es un embolismador.
—Me parece que no he dicho
Ninguna exageracion.

CLARA.
¿Qué busca usted?

GASPAR.
Quiero ver
Al amo que me crió...
Es decir, al que me ha dado
Sustento y educacion.
Me han dicho que hoy va á empezar
Á hacer pi..itos; y yo,
¡Como le tengo esta ley!...
—Y ¿cómo está de color?

CLARA.
Bien.

GASPAR.
Y ¿come?

CLARA.
No.

GASPAR.
En diciendo
Que falta Gaspar, ¡adios!
—Oigame usté: habrá que darle
Un pollito, algun pichon...
—Yo ya le conozco: ¡nada
De yerbas, nada de arroz!
Cositas sólidas: vino
De Jerez, del superior.
(Ya que lo han *estropeado*,
Me parece que es razon
Que paguen la compostura.)

CLARA. (Ap. á Ana.)
Receta más que un doctor.

GASPAR.
Tambien quiere verle el otro.

CLARA.
¿Quién es el otro? ¿el maton?

GASPAR.
Don Fernando.

CLARA.
¡Su contrario!
¿Y si le guarda rencor?

GASPAR.
¿Por eso? no lo crea usté.
Entre la tropa, ésas son
Cosas corrientes: reñimos
Por la lluvia y por el sol.

CLARA.
¡Oiga!

GASPAR.
Y si hoy me matas tú,
Mañana te mato yo.

CLARA.
Pues hoy no es posible...

GASPAR.
¡Vamos!

CLARA.
Lo siento: ¡sábelo Dios!

GASPAR.
Mire usté que ya en Toledo
Se dice que sí y que no,
Y que si vino, y que esto
Tiene trazas de prision.
Porque es la verdad que nadie
Ha visto al amo, y... ¡señor!
¿Con qué derecho le guarda?
¿Es esto la inquisicion?

CLARA.
Y ¿qué más?

GASPAR.
Ó hemos de ver
Al Capitan, ó si no,
Hay aquí la de Bitonto.

CLARA.
¿Qué es eso?

GASPAR.
¡Una cosa atroz!

ANA. (Ap. á Clara.)
Si ese hombre quisiera entrar
En nuestra conspiracion...

CLARA.
Pues entrará.

ANA.
¡Si parece
Tan díscolo y tan huron!

CLARA.
¡Tontería! éstos se tragan

Los anzuelos dos á dos.
—Señor militar... (Á Gaspar.)

GASPAR.
Presente.
¿Qué hay?

CLARA.
Usted me ha hecho el honor
De dirigirme una carta
Con cierta declaracion.

ANA.
¡Hola!

GASPAR.
Es verdad.

CLARA.
La señora,
Que es quien lleva aquí la voz,
Me sirve de padre y madre:
Haga usted su peticion.

ANA. (Ap. á Clara.)
Pero ¡hacer tal sacrificio!...
¡Casarte por mí! ¡qué horror!

CLARA.
No me lo agradezca usted...
Por si acaso.

GASPAR.
(¡Me atrapó!)
¡Señora! con el respeto
Y la consideracion
Y la...

ANA.
Adelante.

GASPAR.
¿Adelante?
Pues la quiero... y se acabó.

ANA.
¿Qué más?

GASPAR.
Soy hombre de bien,
Con más paciencia que Job;
Como que he servido al Rey
Ocho años: ¿es prueba ó no?

ANA.
Verdad.

GASPAR.
Y no lo he dejado
Hasta que ha querido Dios
Que cumpliera.

ANA.
¡Así lo creo!

GASPAR.
Con que, ésta es mi filiacion.
Me llamo Gaspar Rebollo,
Soy de Mairena de Alcor,
Albéitar y licenciado
Del ejército español.
¿No le gusta á usté el oficio?

CLARA.
Bien pudiera ser mejor;
Mas miéntras haya animales...

GASPAR.
No ha de faltar la racion.

ANA.
¿Y si la demanda otorgo,
Y con su mano, le doy
Quinientos pesos?

GASPAR.
¡Caramba!
¿Sí?

ANA.
Doblon sobre doblon.

GASPAR.
Quinien...—Mire usted, señora,
Yo nunca he sido farol;
Pero con ese dinero...
¡No me engañe usted, por Dios!

ANA.
Pero esto debe entenderse
Que es con una condicion.

GASPAR.
¡Toma! ya lo sospechaba.
¿Qué quiere usted?

ANA.
Desde hoy
Eres nuestro, y por lo tanto...

DON LEON. (Dentro.)
Gaspar.

ANA.
¡La voz de Leon!

GASPAR.
Me llama.

(Quiere dirigirse al aposento de don Leon. Ana le detiene.)

ANA.
Ven: quiero darte
Mis órdenes.

GASPAR.
Y ¿no voy?...

ANA.
Pronto volverás. Tú, Clara...

CLARA.
Ya sospecho la intencion.

ANA.
Para no errar, calla.

CLARA.
Pero...

ANA.
Ni media palabra: adios.
(Vase con Gaspar.)

## ESCENA IV.

CLARA y LEON, que sale despues por la puerta del fondo, izquierda.

DON LEON.
¡Gaspar!—¿Me habrá abandonado
Á mi suerte ese bribon?
No he vuelto á verle... ¿Aquí Clara!
¡Vamos! ya sé dónde estoy;

No mintieron mis sospechas.
¡Clara! ¿no me oyes?

CLARA.

¿Señor?
(Ya he faltado á la consigna.)

DON LEON.

¿Sabes quién me trajo?...

CLARA.

No.

DON LEON.

¿Hace mucho?...

CLARA.

Sí.

DON LEON.

He tenido
Fiebre, delirio, furor:
¿Verdad?

CLARA.

No sé.—(Si esto dura,
Me va á dar un sofocon.)

DON LEON.

Mas ya estoy tranquilo.

CLARA.

Bueno.

DON LEON.

Me siento fuerte.

CLARA.

Mejor.

DON LEON.

Y podré marchar de aquí
Hoy mismo: ¿lo entiendes? hoy.

CLARA.

¡Hoy!

DON LEON.

¡Qué lacónica estás,
Clara!

CLARA.

(No es por aficion.)

DON LEON.

Comprendo que en esta casa
Se me guardará rencor:
Fuí cruel; pero ¿qué hacia
En aquella situacion!
Espero que tu señora
Disculpará mi rigor.
(Pausa.)
—¡Si no hablas, vete!—¿Y Gaspar?

## ESCENA V.

DICHOS y GASPAR.

GASPAR.

Presente.

CLARA.

(¡Gracias á Dios!)

GASPAR.

¿Señora Clara?

CLARA.

¿Qué manda
El señor Gaspar?

GASPAR.

Pidió
El capitan don Fernando
Visitar á mi señor.

DON LEON.

¿Dónde está?

GASPAR.

Viene al momento.
¡Tenía una comezon!...

DON LEON.

¡Pobre amigo!

CLARA. (Hablando muy de prisa.)

¡Pues me gusta!
¡Un amigo de mi flor!
¡Oigan! ¡le da una estocada,
Que le deja con la uncion,
Y ahora se nos hace el tierno!
¡Se necesita valor!...

DON LEON.

Pero, ¡Clara!...

CLARA.

Cuando digo
Yo que estos hombres de pro
Son peores...—No haga usted
Caso de ese sangrador.

DON LEON.

¡Clara!

CLARA.

(¡Me he desahogado
Un poco! ¡Gracias á Dios!)
¿Qué decia usted?

DON LEON.

¡Parece
Que has recobrado la voz!

GASPAR.

Permítale usted que pase;
Que ya consiente el doctor
Que hable el enfermo: ¿está usted?

CLARA. (Marchándose.)

Muy bien.

GASPAR. (Ap. los dos.)

¡Monona!

CLARA.

¡Gachon! (Vase.)

## ESCENA VI.

DON LEON y GASPAR.

DON LEON.

¿Qué la decias?

GASPAR.

¿Á Clara?
¡Poca cosa! Me echó un guiño,
Como si yo fuera niño!
¡Como si yo me ablandara!

DON LEON.

¡Quién como tú!

GASPAR.

Verdad.

DON LEON.

Tú eres
Muy feliz en esa parte.

GASPAR.

¡Lo cierto es que tengo un arte
Para tratar las mujeres!...
—No es insensibilidad;
Que me gusta un buen palmito;
Mas tampoco me derrito
Con esa facilidad...
Y como soy solapado,
Me suelo estar á la capa,
Y ya ninguna me atrapa...

DON LEON.

¿No?

GASPAR.

(¡Porque me han atrapado!)

DON LEON.

¿Y mi prima?

GASPAR.

¡Me da rabia!
¡Le han puesto á usted como á un Cristo!...

DON LEON.

Habla.

GASPAR.

Dos veces la he visto;
Mas parece que está en babia.

DON LEON. (Con interes.)

¿Enferma!

GASPAR.

¡No!—La primera
Vez que la ví, fué á otro dia
Del lance, y por ver qué hacia,
La dije de esta manera:
«¡Niña! ¡ya se armó el belen!
Don Leon *requiescat in pace*.
Diga usted si esto se hace
Entre personas de bien.»
—¡Que si quieres! ¡con más calma
Se echó á reir!... ¡Es mal bicho!
Como si la hubiera dicho:
¡Bendita sea tu alma!
—Pues la otra vez... ¡Qué mujeres!
¡Digo que parece loca!
La encontré manos á boca,
Y me preguntó: «¿Quién eres?»

DON LEON.

¡Eso es raro!

GASPAR.

Por supuesto.
—Con que, la dije: «¡Soy yo!
¡Gaspar!»

DON LEON.

Y ¿qué?

GASPAR.

Y me miró;
Pero no me dijo ni esto.

DON LEON.

Y ¿qué será?

GASPAR.

Yo ¿qué sé?
¡Si miente con un aplomo!...

DON LEON.

Pero ¿desde cuándo y cómo
Estoy aquí?

GASPAR.

Diré á usté.
Aunque enemigos mortales,
Al fin son ustedes primos.
—Pues el dia en que tuvimos
El lance en los Cigarrales...
—¿Sabe usted que me da grima
De acordarme de eso? ¡á ver!
¡Quién habia de creer
Que el otro quedara encima!
Yo, que he podido apreciar
Esa mano, iba contento;
Pero conocí al momento
Que usted no tiraba á dar;
Y al verle herido decia:
«¡Señor! ¿hay cosa más rara?»
Y nos puso usté una cara,
Que dije: «El amo las lia.»
—Esperando, para entrar
En Toledo, á que la noche
Cerrara, vimos un coche
Por el camino bajar.
Pienso que iba esa embustera
En él.

DON LEON. (Con interes.)

¿De qué lo deduces?

GASPAR.

De una sombra entre dos luces
Que columbré en la testera,
Y que mostraba su ahinco,
¡Lanzando cada sollozo!...
—Bajó un mozo y otro mozo,
Y luégo el viejo de un brinco.
Tú esa mano, yo este pié,
Le cogimos sin tardanza,
Y le entramos en la panza
De aquel arca de Noé;
Y el viejo, que le trató,
¡Eso sí! con mucho mimo,
Dijo: «Á casa con el primo.»
—Lo de *primo* me quemó.
—Vino el doctor; hubo aquello
De «¡es peligrosa la herida!
¡No respondo! ¡Está la vida
Colgada con un cabello!
¡No hay que toser! ¡No hay que hablar!»
Y otras cosas sin sustancia,
Con que aumentan su importancia

Los del arte de matar;
Y yo, que tan mal lo vi,
Dije, y no por egoismo:
«Si se ha de morir, lo mismo
Es que muera aquí que allí.»

DON LEON.

Y ella, dime, ¿se ha acercado
Á mi lecho?

GASPAR.

Nunca.

DON LEON.

¿Estás
Seguro de ello?

GASPAR.

Jamas.

DON LEON.

Si la he visto.

GASPAR.

Usté ha soñado.

DON LEON.

Tal vez la fiebre...

GASPAR.

¡Eso es!
No me he apartado un momento
De su cabecera. (Miento
Lo mismo que un genoves.)

DON LEON.

Y ¿cómo yo no te vi?

GASPAR.

(¡Aprieta, testigo!)

DON LEON.

Acaba.

GASPAR.

Si veia á quien no estaba,
¿Cómo habia de verme á mí?

DON LEON.

Eso sí.

GASPAR.

(No hay desatino
Que no crea.)

DON LEON.

Y tu lealtad
Me asegura...

GASPAR.

La verdad
No tiene más que un camino.

## ESCENA VII.

DICHOS y DON FERNANDO.

DON FERNANDO.

¡Leon! ¡Leon!

DON LEON.

¡Ven aquí!
(Corriendo hácia él, y abrazándole.)

DON FERNANDO

¿Me guardas rencor?

DON LEON.

¡Fernando!
¡Es posible! ¿Desde cuándo
Opinas tan mal de mí?

DON FERNANDO.

Ni fuera justo tampoco
Tu enojo.

DON LEON

¿Digo yo nada?

DON FERNANDO.

Tú mismo sobre mi espada
Te arrojaste: ¿estabas loco?

DON LEON.

Quise morir.

DON FERNANDO.

¡Qué conciencia!
¡Morir!...

DON LEON.

Ese fué mi intento.

DON FERNANDO.

¡Dejando un remordimiento,
Que llenara mi existencia!
—Mas, pues vives y no dudas
De mí, reine la alegría.

DON LEON. (Ap. á Gaspar.)

Véte.

GASPAR.

(¿En cuánto venderia
Á su amo aquel otro Júdas!) (Vase.)

## ESCENA VIII.

DON LEON. DON FERNANDO.

DON FERNANDO.

Entre dos amigos, ¿quién
Creyera!...

DON LEON.

De lo pasado
No me acuerdo.

DON FERNANDO.

¿Has olvidado
Á la primita tambien?

DON LEON.

¡Olvidarla! ¿Quién la olvida?
¿Por qué negar la verdad?

DON FERNANDO.

La quieres.

DON LEON.

Es la mitad...
Es el todo de mi vida.
¡Sin su imágen, siento aquí
La muerte! Tenlo por cierto:
¡Sí, Fernando! tú me has muerto,
Y ella es la que vive en mí.

DON FERNANDO.

Y ¿por qué haces resistencia

Á tu bien?

DON LEON.

¿No lo conoces?
Diciéndomelo está á voces
Temerosa mi conciencia.
Aunque á mis deseos cuadre
Esa boda, me parece
Que el oro que ella me ofrece
Es la sangre de mi padre.

DON FERNANDO.

Tú abultas...

DON LEON.

No lo disputo;
Mas se creyera que hacia
Inicua mercadería
De su agravio y de mi luto.
—Y eso que habla en su favor,
—Hija de mi calentura
Tal vez, — una criatura
Toda sonrisa y amor!...
Temí, dudé si era ella;
Despues, sin duda ha volado
Al cielo, y sólo ha quedado
En mi corazon su huella.
Y era su hermoso retrato,
Era su ademan risueño,
Que acariciaba mi sueño
Y calmaba mi arrebato.
Una noche, — mi razon
Reposaba más tranquila,
—Vi su amorosa pupila
Llena de alegre expresion,
Que encontrando en mi quietud
Un motivo de consuelo,
Con una lágrima, al cielo
Dió gracias por mi salud.

DON FERNANDO.

Y ¿era ella?

DON LEON.

Ó yo delirante
La imaginé en mis antojos.
¿No ves que cierro los ojos,
Y se me pone delante?

DON FERNANDO.

Y ¿qué vas á hacer?

DON LEON.

Huir.
Aunque mi pasion es mucha,
Sé tambien que en esta lucha
Jamas he de sucumbir.
Por eso evitarla quiero;
Porque el deber es adusto
En este caso, y no es justo
Dejar de ser caballero.
Volveré á mi habitacion,
Si Pedro me la ha guardado.

DON FERNANDO.

¡Quién! ¿Pedro? Pues ¿has dudado
De ese noble corazon?

DON LEON.

Y ¡quién nos hubiera dicho
Que abriga aquella corteza
Tal ley!

DON FERNANDO.

La naturaleza,
Que ¡tiene cada capricho...

DON LEON.

Es cierto.

DON FERNANDO.

Y cada contraste!...

DON LEON. (Con abatimiento.)

Pues bien; allí me acomodo,
Y Dios sea conmigo.

DON FERNANDO.

Todo
Está como lo dejaste.

DON LEON.

¡Oh, buen Pedro!—Siendo así,
Hoy mismo de aquí me alejo:
Es empeño.

DON FERNANDO.

Pues te dejo,
Y vuelvo luégo por tí.
Tú no puedes ir á pié.

DON LEON.

Te engañas; me siento fuerte.

DON FERNANDO.

¡No, no, Leon! De otra suerte,
Jamas lo consentiré.
Un coche... ó mejor sería
Silla de manos.

DON LEON.

Bien, bien.

DON FERNANDO.

Adios, y mi parabien...

DON LEON.

¿De qué?

DON FERNANDO.

De tu mejoría. (Vase.)

### ESCENA IX.

DON LEON. Luégo GASPAR.

DON LEON.

¡No sabes tú que la muerte
Tuviera por más fortuna!
¿Gaspar?

GASPAR.

¡Señor! (Ni un momento
Me dejan con la futura.)

DON LEON.

Hoy salimos de esta casa.

(¿Por qué cobarde fluctúas,
Corazon?)

GASPAR. (Desconcertado.)

¿Sí?

DON LEON.

Y ¡ojalá
Que no hubiera entrado nunca!
Arregla nuestra maleta. (Vase.)

## ESCENA X.

GASPAR y CLARA.

GASPAR.

Voy.—¡Mire usted qué diablura!

CLARA. (Saliendo.)

¿Con que, se nos marcha usted?

GASPAR.

¿Que me marcho? ¡Usted se burla!

CLARA.

¡Si lo he estado oyendo todo
Por aquella cerradura!

GASPAR.

¿Con que, la niña es curiosa!
Eso es lo que no me gusta.
—Y en fin, si el amo se va...

CLARA.

¿Se queda usted?

GASPAR.

¡Qué pregunta!

CLARA.

Pues deje usted la maleta;
Que no corre prisa.

GASPAR.

Y mucha.
Está el amo hecho un veneno;
Si tardo, me da dos punta-
Piés, ¡pim! ¡pam! que voy á ver
Las estrellas y la luna.

CLARA.

Lo que eso quiere decir,
—¡Tengo yo poca ventura!
—Es que usted me está engañando,
Y que tambien se nos muda.
¡Falso!

GASPAR.

¿Yo!

CLARA.

¡Sí, señor! Falso,
Mas que Júdas.

GASPAR.

¡Eh, criatura!
Mire usted lo que se dice;
Que á mí no se me echan pullas.
Júdas soy; pero he *vendido*
Por más dinero que *Júdas*.
En fin, no hago *la maleta*,
Y salga el *sol por Andújar*.

CLARA.

Y hasta que el doctor no diga
Que está á su gusto la cura,
No sale tu amo de casa.

GASPAR.

¡Aunque me dé cada zurra!...
¡Digo que no sale! ¡Vamos!
¡Que no sale!

CLARA.

Así me gusta.

(Aparece don Leon en la puerta del fondo, y Clara hace que se va.)

## ESCENA XI.

DON LEON. CLARA y GASPAR.

GASPAR.

Ahí está: ¿me dejas sólo
Con él?

CLARA.

Para que te luzcas.

GASPAR.

¡No, hija mia! No te vayas,
Y presenciarás la tunda.

DON LEON.

¿Estamos listos?

GASPAR.

Estamos.
Digo, yo estoy... *entre Lúcas
Y tentaciones*.

DON LEON.

¿Qué quiere
Decir eso? ¿Qué murmuras?

GASPAR.

Pues esto quiere decir
Que me rompa usted la nuca;
Pero que de aquí no sale
Miéntras no esté en su figura.
(¡Dios me coja confesado!)

DON LEON.

¿Cómo, bribon! (Su conducta
No merece... y hasta creo
Que su oposicion me adula.)

GASPAR. (Ap. á Clara.)

No pensé que iba á tomarlo
Así, con tanta blandura.
Esa pícara estocada
Le ha aliquebrado sin duda.

CLARA.

¿Dónde va usted, que parece
Que le han chupado lechuzas?

DON LEON.

¿Y si vuelve el capitan,
Que ha de venir en mi busca?

GASPAR. (Á Clara.)

Le dice usted que se vaya.

DON LEON.

¿Eh? Me parece que abusas...

GASPAR.

Ó que pase á ese otro cuarto
Y me espere. — Aunque se aburra...
(Habla al oido á Clara.)

CLARA.

¿Y si quiere compañía?

GASPAR.

Vaya al cuartel por la suya.

## ESCENA XII.

DICHOS y BLAS, por la derecha, con algunos papeles.

DON LEON.

¡Hola! ¡el padre!

BLAS.

Sí señor:
Mayordomo otra vez hoy;
Mas si su padre no soy,
Puedo serlo en el amor.

DON LEON.

¿Tanto la quiere usted!

BLAS.

Tanto,
Que toda mi sangre diera
Por ella, si lo exigiera.

DON LEON.

Hace usted bien: no me espanto.
Reconozco la bondad
De Ana: es discreta y es bella;
Pero no está en mí ni en ella
Ser felices... ¿no es verdad?

BLAS.

Á veces nos empeñamos
En ello, y el más discreto...
—En fin, yo no me entrometo
En las cosas de mis amos;
En las de usted sobre todo.
Soy franco; mas me da pena
Ver que una mujer tan buena
Se malogre de ese modo.

DON LEON (Con ansiedad.)

Pues ¿qué!...

BLAS.

¡No vivo! ¡no duermo!
(Ap. á don Leon.)
—Pero ¡estando estos criados!...
(Á Gaspar y Clara.)
—Tengo asuntos reservados,
Que tratar con el enfermo.

GASPAR.

Y ¿estorbo?

BLAS.

Sí.

GASPAR.

(¡Con qué calma
Lo dice!) ¿No viene usté?
—Tengo que decirla... (Ap. los dos.)

CLARA.

¿Qué?

GASPAR.

Cuatro cositas al alma.
(Vanse por la izquierda.)

## ESCENA XIII.

DON LEON y BLAS.

BLAS.

¡Desde aquí la oigo llorar,
(Acercándose á la derecha.)
Que el corazon me traspasa!

DON LEON.

Ya sé que estoy en su casa.

BLAS.

Bien lo pudo sospechar.

DON LEON.

No quiero verla, no quiero
Hablarla.

BLAS.

¿En qué ha delinquido,
Señor?

DON LEON.

Conozco que he sido
Duro con ella y grosero.
Por lo mismo evitaré
Que esta situacion se agrave.

BLAS.

Por lo visto, usted no sabe
Su mayor desgracia.

DON LEON. (Alarmado.)

¿Qué?
¿Hay algo más?

BLAS.

Desde aquella
Ocurrencia desgraciada,
Está la pobre alelada.

DON LEON.

¿Qué dice?

BLAS.

Que ya no es ella.
—Con la palabra en la boca
Me ha dejado hace un instante,
Triste, abatido el semblante.

DON LEON.

¿Está loca?

BLAS.

Casi loca.
Y para que usted se asombre,
Por mucho que me fatigo,
Escasamente consigo
Que se acuerde de su nombre.
Por lo demas... ¿de la historia
Aquella? ¡ni por asomo!
—¡Parece mentira! ¿Cómo
Se pierde así la memoria!

DON LEON.

¡Dios mio!

BLAS.

Y una mujer

Sola aquí, sin un pariente,
No es á bien, y mayormente
Siendo de buen parecer.
Perdone usted, don Leon,
Si doy á usted, lo primero,
Este jicarazo; pero
Yo cumplo mi obligacion.

DON LEON. (Abatido.)

¡Gran Dios!

BLAS.

Nadie más que usted
En este caso sabrá
Lo que ha de hacerse: ella está
Lo mismo que esa pared;
Y aunque de criados fieles
Presumimos Clara y yo,
Estando usted... ¡eso no!
Aquí traigo sus papeles,
Y uno es para usted: deseo
Que lo mire... (Buscando.)

DON LEON.

¿Para mí!

BLAS.

No, no es éste. — Ya está aquí,
Y bien cerrado. (Entregándoselo.)

DON LEON.

¡Qué veo!

BLAS.

Ese y los demas le fio,
Ya que no puede la pobre
Enterar á usted...

DON LEON

(El sobre
Es de letra de mi tio.)

BLAS.

Puso su esperanza toda
El amo en un hombre ingrato,
Y tuvo especial conato
En realizar esta boda.
Una vez hecha, mandó
El difunto que ese pliego
Fuese condenado al fuego;
Mas de otra manera, no.

DON LEON. (Lee.)

«A don Leon Carvajal.»
—Déjeme usted.

BLAS.

(¡Bien! ya manda
Como amo. Si no se ablanda
Este hombre, es de pedernal.)

(Vase por la derecha.)

## ESCENA XIV.

DON LEON, solo. (Abre la carta y lee.)

«Sobrino: Este pliego, que es sólo para tí, no »te será entregado sino cuando mi pobre Ana »haya perdido la esperanza de ser tu esposa. Por »un codicilo de mi tio, que hice desaparecer á su »muerte, quedaba tu padre por heredero de la »mitad de sus bienes. Un crímen lleva á otro: »arrojé de mi casa á mi hermano. Aquellos bienes, »hoy menoscabados, apénas bastan á cubrir lo »que es hoy tu herencia: tuyos son, y mi hija »expiará los errores de su padre; pero si eres tan »generoso como aquel á quien tanto ofendí, y que »sin duda me ha perdonado, ocúltala en cuanto »puedas mi falta, en gracia á mi arrepentimiento.»

(Pausa.)

¡Alégrate, corazon!
Ya puede tu compasion
Su noble arranque seguir:
Ya no se podrá decir
Que has vendido tu perdon.
Mas para esto es necesario
Que ella sepa la verdad,
Ó seré, de lo contrario,
Infamador voluntario
De mi propia dignidad.
Y sin embargo, ¿quién osa
Herirla, siendo tan bella,
Tan buena y tan generosa,
Y oyendo esta voz medrosa,
Que está implorando por ella!
¡Me pide con ruego blando
Que oculte su desacierto!...
¿Quién, mi angustia contemplando,
Creyera que me está dando
Lástima del pobre muerto!
— Bien; pero ¿cómo confundo
Al mundo, si á ello me empeña
Con su desprecio profundo?
—Perdido está el que desdeña
La estimacion que da el mundo.
¡Honor! ¡honor! mucho vales,
Y hoy en balanzas iguales
Fluctuando, por fuerza tienes
Que dudar entre dos bienes
Y escoger entre dos males.
— Pero ¡qué necia quimera!
En su triste situacion,
Mirando á esta pena fiera,
Dios la quitó la razon
Para que el mal no sintiera.
Nada me impide gritar:
«Ese oro usurpado es mio»;
Y si me vieren casar
Con Ana, ¿podrán dudar
Que fué por libre albedrío?
Y al que á dudarlo se atreva,
Le diré: «Aquí está la prueba
De que al formar estos lazos,
Amor, sólo amor me lleva
De esa infeliz á los brazos.»

### ESCENA XV.

DON LEON y ANA, por la derecha.

DON LEON.

¡Ana! (El corazon me parte
Verla así) ¿No oyes?

ANA.

¿Qué es eso?

DON LEON.

¿Me conoces?

(Ana le mira un momento como distraida.)

ANA.

Sí: te he visto;
¿Dónde ¿cuándo? no lo puedo
Asegurar; pero ¡sí!
¡Yo te he visto! ¡Ya lo creo!

DON LEON.

¡Ah! ¡Miserable de mí!

ANA.

Pero ¿qué tienes?

DON LEON.

¿Qué tengo?
¡Vergüenza de mi conducta
Infame! ¡Vergüenza... y miedo!
—¡Ana! vuelve en tí; contémplame
Un instante.

ANA.

Ya te veo.

DON LEON.

¿No te acuerdas del villano
Que en tu enamorado pecho
Sembró el dolor?

ANA.

No.

DON LEON.

¿De aquel
Que te agravió desatento?

ANA.

No.

DON LEON.

¿Que envolvió en su venganza
Á la que, llena de afecto,
Le brindó paz y ventura?

ANA.

No me acuerdo, no me acuerdo.

DON LEON.

Yo soy Leon.

ANA.

Sí; Leon.

DON LEON.

Tu amante.

ANA

(¡Quiéralo el cielo!)

DON LEON.

Dime, Ana mia: ¿recuerdas
La tierra que en otros tiempos
Vió nuestra niñez alegre?

ANA. (Despues de una pausa.)

¡Oh! ¡sí!

DON LEON.

Allá léjos...

ANA.

Muy léjos.

DON LEON.

¿Recuerdas cuando en sus bosques
Dormias sobre mi seno,
Y en mis brazos te llevaba?

ANA.

Ya recuerdo, ya recuerdo.

DON LEON.

Mas pasaron esos dias,
Y yo, irritado y soberbio,
Te insulté.

ANA.

¡No!

DON LEON.

Yo, villano...

ANA.

¡Quién! ¿tú? no puedo creerlo.

DON LEON.

Te digo...

ANA.

¡Si te conozco
Hace mucho, mucho tiempo!
¡Yo era niña, y me tenías
Tanto amor! y ¡eras tan bueno!

DON LEON.

Fuí bueno, es verdad: la infancia
Es benigna; pero luégo
La ausencia, el dolor, la ira
Y el ódio me pervirtieron.

ANA.

¡Imposible!

DON LEON.

No lo dudes;
Y atropellé tu respeto
Y desoí tus clamores.

ANA.

¡Cuántos años habrá de eso!

DON LEON.

Sólo queda á mi locura
Una disculpa: que el yerro
No fué de mi corazon,
Sino de mi entendimiento.
Por la luz que te he robado,
Por todo el mal que te he hecho,
Desde aquí con alma y vida
Hacerte feliz prometo.

ANA.

Si es verdad lo que me dices,
¡Bendiga Dios el momento
En que pensaste agraviarme!

DON LEON.

¿Me perdonas?

ANA.

¡Dios del cielo!

¡Me lo pregunta!

DON LEON.

Mañana
Partimos de aquí.

ANA.

Lo apruebo.

DON LEON.

Y atravesando los mares,
Á Palma nos volveremos,
Al lugar donde tu infancia
Corrió en apacibles juegos.
—¿Sí, Ana mia?

ANA.

¡Á nuestra Palma!
Y ¡qué presente la tengo!

DON LEON.

¿Y mi amor?

ANA.

¡Ese es mi vida!

DON LEON.

¿Y mi agravio?

ANA.

No me acuerdo.

(Don Leon la mira receloso, como quien empieza á sospechar la ficcion de Ana.)

DON LEON.

Y ¿cómo es que tu memoria
Conserva en tí el sentimiento
De antiguas dichas, y olvida
Recientes males á un tiempo?

ANA.

Si te digo la verdad...

DON LEON.

¿Qué?

ANA.

Yo tampoco lo entiendo...

DON LEON.

Tal vez sí.

ANA.

Pero sin duda
Son milagros del afecto.

DON LEON.

¡Ana! ¡Ana mia! (¡Ay de mí,
Si es verdad lo que sospecho!)
—¿No has perdido la razon!
¡La verdad! ¡la verdad quiero!

ANA.

Para recordar amargas
Memorias (yo te lo ofrezco)
Loca estoy, loca estaré
Miéntras que Dios me dé aliento...

DON LEON.

¡Infeliz!

ANA.

Para pagarte
Las venturas que hoy te debo,
Yo procuraré guardar
Memoria y entendimiento.

DON LEON.

Me has engañado.

ANA.

¡Perdona!

DON LEON.

Pero ¿cuál fué tu proyecto?

ANA.

¿Cuál? seguirte á todas partes,
Ocultando los destellos
De mi razon, procurando
Por verte, vivir muriendo.
Y á no haber visto el ardiente
Amor que en tus ojos leo,
Nunca hubieras sospechado
Lo que alegre te confieso.

DON LEON.

¡Oh, mujer! En tu flaqueza,
¡Qué grande el Señor te ha hecho!

ANA. (Con esperanza.)

¡Ay, Leon!

DON LEON.

Y yo á tu lado,
¡Qué infeliz soy!

(Queda por un momento abatido; pero luégo, como indignado consigo mismo, exclama:)

¡Qué pequeño!

ANA. (Con temor.)

¿Qué tienes?

DON LEON.

Una voz oigo
Que está gritando aquí dentro:
«Haz un sacrificio, haz uno,
Por tantos como ella ha hecho.»

(Arroja á la chimenea el pliego; Ana corre hácia ella y lo coge: don Leon quiere arrebatárselo.)

ANA.

¿Qué hablabas de sacrificio?

DON LEON.

¡Ana! respeta el secreto...
Suelta.

ANA.

No.

DON LEON.

Te lo suplico
Por tu vida.

ANA.

Me rebelo.

DON LEON.

Por la mia.

ANA.

¡Basta! ¡basta!

(Suelta el pliego, que vuelve á arrojar don Leon en la chimenea; despues, abriendo sus brazos, recibe en ellos á Ana.)

DON LEON.

¡Hágale justicia el fuego!
—¡Esposa mia!

ANA.

Ese nombre
Colma todos mis deseos.

(Cae medio desfallecida en una silla; don Leon se arrodilla á sus piés.)

¡Clara! ¡Blas! ¡Amigos mios!
¡Venid! (Gritando con alegría y sollozando.)

### ESCENA XVI.

DICHOS. DON FERNANDO. BLAS. CLARA y GASPAR.

BLAS.
¡Señora! ¿qué es eso?

ANA.
¡No lo ves?

DON FERNANDO.
¡Leon!

DON LEON.
Al fin...

ANA.
Al fin, á mis piés le tengo...
No, ¡en mis brazos!... y Dios quiera
Que encuentre la dicha en ellos.

DON LEON.
¡Tú sí, tú sí que mereces
Hallarla!

ANA.
¡Tambien lo creo!
Dios sabe lo que he sufrido:
Por eso me da este premio.

FIN.

# ÍNDICE.



FIN DEL ÍNDICE.

# OBRAS

DE

# DON ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

EL VAMPIRO.

Comedia en un acto, escrita en frances por Scribe, y traducida al castellano por D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, 1839.

Se habia estrenado en el teatro de la Cruz, á 10 de Octubre de 1834.

Hay otra edicion, hecha en Madrid, por D. Vicente Lalama, año de 1853.

BATILDE, ó LA AMÉRICA DEL NORTE EN 1775.

Drama histórico en cinco actos, escrito en frances por Mr. Scribe y traducido por D. Antonio García Gutierrez.— Madrid, imprenta de Repullés, 1835.

EL CUÁKERO Y LA CÓMICA.

Comedia en dos actos, escrita en frances por Mr. Scribe, y traducida al castellano por D. A. G. G. Madrid, imprenta de Jordan, 1835.

EL TROVADOR.

Drama caballeresco en cinco jornadas, en prosa y verso. Su autor, D. Antonio García Gutierrez.— Madrid, imprenta de Repullés, 1836.

Se hicieron diversas ediciones de esta obra con la misma portada, la misma letra, é igual distribucion de planas y líneas.

EL PAJE.

Drama en cuatro jornadas, en prosa y verso. Su autor, D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, imprenta de I. Sancha, 1837.

Otra edicion en Madrid, por D. José Repullés, 1845.

EL SITIO DE BILBAO.

Drama de circunstancias, en dos actos, en prosa y verso.—Madrid, imprenta de Yenes, 1837.

Por los Sres. D. Antonio García Gutierrez y don Isidoro Gil.

MAGDALENA.

Drama original en cinco actos, en verso y prosa. Su autor, D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, Repullés, 1837.

Segunda edicion en la misma imprenta, 1844.

LA PANDILLA, ó LA ELECCION DE UN DIPUTADO.

Comedia en cinco actos y en prosa, escrita en frances por Mr. Scribe.—Madrid, imprenta de los hijos de Doña Catalina Piñuela, 1837.

EL BASTARDO.

Drama original, en cinco actos, por D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, hijos de Doña Catalina Piñuela, 1838.

EL REY MONGE.

Drama original en cinco actos y en verso. Su autor, D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, imprenta de Yenes, 1839.

Edicion repetida.

JUAN DANDOLO.

Drama en tres actos y en verso, por D. José Zorrilla y D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, Yenes, 1839,

SAMUEL.

Drama en cuatro actos, en prosa y verso, por D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, Repullés, 1839.

CALÍGULA.

Drama en cinco actos, precedido de un prólogo, por Alejandro Dumas. Traducido por D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, Yenes, 1839.

DON JUAN DE MARANA, ó LA CAIDA DE UN ÁNGEL.

Misterio en cinco actos, y éstos divididos en siete cuadros y dos intermedios. Escrito en frances por Mr. Alejandro Dumas.—Madrid, Yenes, 1839.

ESTELA, ó EL PADRE Y LA HIJA.

Drama en dos actos, traduccion de D. Antonio García Gutierrez.—Habana, 1839.

Otra edicion en Madrid, imprenta de Lalama, 1852.

LOS DESPOSORIOS DE INES.

Drama en tres actos y en verso, por D. A. García Gutierrez.—Madrid, imprenta de Albert, 1840.

MARGARITA DE BORGOÑA.

Drama en cinco actos y en prosa, del célebre Alejandro Dumas. Segunda edicion.—Madrid, Yenes, 1840.

EL ENCUBIERTO DE VALENCIA.

Drama en cinco actos y en verso, por D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, Yenes, 1840.

EL CABALLERO DE INDUSTRIA.

Comedia original en tres actos y en verso, por

D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, Lalama, 1841.

EL CABALLERO LEAL.
Drama histórico original, en tres actos y en verso, por D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, Repullés, 1841.

ZAIDA.
Drama original en cuatro actos y en verso, por D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, Repullés, 1841.

JUAN DE SUAVIA.
Drama en cuatro actos y en prosa.—Madrid, Yenes, 1841.
Arreglado del frances por los Sres. D. Antonio García Gutierrez y D. Isidoro Gil.

EL PREMIO DEL VENCEDOR.
Drama en tres actos y en verso, por D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, Yenes, 1842.

SIMON BOCANEGRA.
Drama en cuatro actos, precedido de un prólogo, por D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, Yenes, 1843.
Edicion repetida.

DE UN APURO, OTRO MAYOR.
Comedia en dos actos, por D. Antonio García Gutierrez, escrita expresamente para el beneficio de la primera actriz Doña Bárbara Lamadrid, y ejecutada en el teatro de la Cruz, año de 1843.—Madrid, Repullés, 1843 (1).

EL HIJO DEL EMIGRADO.
Drama en cuatro actos, escrito en frances por Mr. A. Bourgeois. (Traducido libremente por D A. G. Gutierrez.) Representado por primera vez en Madrid, en el teatro de la Cruz, el dia 2 de Julio de 1843.—Madrid, imprenta de Merás, sin año de impresion en el ejemplar suelto.

LA ÓPERA Y EL SERMON.
Comedia en dos actos, escrita en frances por Mr. Laurencin. (Traducida libremente por D. A. G. Gutierrez.) Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de la Cruz, el dia 28 de Agosto de 1843.--Madrid, imprenta de Merás, s. a.

EL GALAN INVISIBLE.
Comedia en dos actos, escrita en frances por Mr. Mélesville. (Traducida por D. A. García Gutierrez.) Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de la Cruz, el dia 18 de Setiembre de 1843.—Madrid, imprenta de Mora y Soler, 1844.

LAS BODAS DE DOÑA SANCHA.
Drama original, en tres actos y en verso, por don Antonio García Gutierrez. — Madrid, Repullés, Mayo de 1843.

EMPEÑOS DE UNA VENGANZA.
Drama original en tres actos y en verso. Su autor, D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, Repullés, 1844.

(1) Los señores D. Cárlos García Doncel y D. Luis Valladares, que tuvieron parte en esta obra, quisieron que se diese en nombre del Sr. García Gutierrez.

GABRIEL.
Drama original, en tres actos y en verso. Su autor, D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, Repullés, 1844.

LA MUJER VALEROSA.
Drama en cuatro actos y en verso, original de don Antonio García Gutierrez.—Mérida de Yucatan, imprenta de D. Jerónimo Castillo, 1844.

LOS ALCALDES DE VALLADOLID.
Drama en tres actos, en prosa y verso, original de D. Antonio García Gutierrez.— Mérida de Yucatan, Castillo, 1844.

EL SECRETO DEL AHORCADO.
Drama en cuatro actos, por D. Antonio García Gutierrez.—Mérida de Yucatan, Castillo, 1845.

LA GRACIA DE DIOS.
Comedia en cuatro actos, de Mr. Gustavo Lemoine, traducida al castellano por D. Antonio García Gutierrez.—Habana, imprenta de R. Oliva y C.ª, 1846.
Hay otra edicion, hecha en Madrid por D. Vicente Lalama, 1850: lleva el título de *La Saboyana ó la gracia de Dios.*

LOS HIJOS DEL TIO TRONERA (parodia del *Trovador*).
Comedia en un acto y en verso, por D. Antonio García Gutierrez.—Habana, 1846.
Hay otra edicion, hecha en Madrid, el año de 1850, por D. Vicente Lalama.

EL TEJEDOR DE JÁTIVA.
Drama en tres actos, original y en verso, de los señores D. Antonio García Gutierrez y D. Eduardo y D. Eusebio Asquerino, representado por primera vez en el teatro del Drama, el 24 de Diciembre de 1849.—Madrid, Lalama, 1850.

EL TESORERO DEL REY.
Drama en cuatro actos, original de D. Antonio García Gutierrez y D. Eduardo Asquerino. Representado en el teatro Español el 27 de Setiembre de 1850.—Madrid, imprenta de Omaña, 1850.

AFECTOS DE ODIO Y AMOR.
Comedia en tres actos y en verso, original de D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, imprenta de la Viuda de D. R. J. Dominguez, 1850.

DOS A DOS.
Comedia en un acto, por D. Antonio García Gutierrez. Censurada para el teatro de Tacon en 4 de Noviembre de 1851.

EL TROVADOR.
Drama en cinco jornadas y en verso, por D. Antonio G. Gutierrez. Refundido para el teatro Español.—Madrid, Omaña, 1851.

LOS MILLONARIOS.
Comedia en tres actos, original de D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, Gonzalez, 1851.

LA BALTASARA.
Drama en tres actos y en verso, por D. Miguel Agustin Príncipe, D. Antonio Gil y Zárate y don

Antonio García Gutierrez.—Madrid, imprenta que fué de Operarios, 1852.

EL GRUMETE.
Zarzuela en un acto, letra de D. Antonio García Gutierrez, música de D. Emilio Arrieta. Representada por primera vez en el teatro del Circo, en el mes de Junio de 1853.—Madrid, imprenta á cargo de Castillo, 1853.

LA ESPADA DE BERNARDO.
Zarzuela en tres actos y en verso, letra de don Antonio García Gutierrez, música de D. Francisco Asenjo Barbieri.—Madrid, imprenta que fué de Operarios, 1853.

LA CACERÍA REAL.
Zarzuela en tres actos, letra de D. Antonio García Gutierrez, música de D. Emilio Arrieta. Representada en el teatro del Circo.—Madrid, imprenta á cargo de Rodriguez, 1854.

UN DIA DE REINADO.
Zarzuela en tres actos, traducida y arreglada de una ópera cómica francesa de MM. Scribe et de Saint-Georges, por D. A. García Gutierrez y D. L. Olona. Representada en el teatro del Circo, en Febrero de 1854.—Madrid, imprenta de Rodriguez, 1854.

LA BONDAD SIN LA EXPERIENCIA.
Comedia en tres actos, por D. Antonio García Gutierrez.—Madrid, Rodriguez, 1855.

AZON VISCONTI.
Zarzuela en tres actos, letra de D. Antonio García Gutierrez, música de D. Emilio Arrieta. Representada en el teatro de la Zarzuela.—Madrid, Rodriguez, 1858.

CEGAR PARA VER.
Zarzuela en un acto, letra de D. Antonio García Gutierrez, música de D. Salvador Ruiz.—Madrid, Rodriguez, 1859.

EL ROBO DE LAS SABINAS.
Zarzuela en dos actos, letra de D. Antonio García Gutierrez, música de D. Francisco Asenjo Barbieri. Representada por primera vez en el teatro de la Zarzuela, en Febrero de 1851.—Madrid, imprenta de Ducazcal, 1859.

UN DUELO A MUERTE.
Drama en tres actos y en verso, por D. Antonio García Gutierrez. Representado por primera vez en el teatro del Príncipe, en el mes de Diciembre de 1860.—Madrid, Rodriguez, 1860.
Otra edicion en la misma imprenta en 1861.

LLAMADA Y TROPA.
Zarzuela en dos actos, letra de D. Antonio García Gutierrez, música de D. Emilio Arrieta. Representada en el teatro del Circo, en Marzo de 1861.—Madrid, Gonzalez, 1861.

DOS CORONAS.
Zarzuela en tres actos y en verso, arreglada del frances, letra de D. Antonio García Gutierrez, música de D. Emilio Arrieta. Representada por primera vez en el teatro del Circo, en el mes de Diciembre de 1861.—Madrid, Rodriguez, 1861.

GALAN DE NOCHE.
Zarzuela en dos actos y en verso (traduccion), letra de D. Antonio García Gutierrez, música de D. José Inzenga. Representada en el teatro del Circo.—Madrid, Rodriguez, 1862.

LA TABERNERA DE LONDRES.
Zarzuela original, en tres actos, letra de D. Antonio García Gutierrez, música de D. Emilio Arrieta. Representada por primera vez en el teatro del Circo, el dia 14 de Noviembre de 1862.—Madrid, Rodriguez, 1862.

LA VUELTA DEL CORSARIO. (Segunda parte del *Grumete.*)
Zarzuela en un acto, letra de D. Antonio García Gutierrez, música de D. Emilio Arrieta. Representada por primera vez en el teatro de la Zarzuela, en Noviembre de 1863.—Madrid, Rodriguez, 1863.

ECLIPSE PARCIAL.
Comedia en tres actos, por D. Antonio García Gutierrez. Representada en el teatro del Príncipe, la noche del 24 de Diciembre de 1863.—Madrid, Rodriguez, 1863.

LAS CAÑAS SE VUELVEN LANZAS.
Comedia en tres actos, por D. Antonio García Gutierrez. Representada en el teatro del Príncipe.—Madrid, Rodriguez, 1864.

VENGANZA CATALANA.
Drama en cuatro actos, por D. Antonio García Gutierrez. Representado en el teatro del Príncipe la noche del 4 de Febrero de 1864, á beneficio de la señora Doña Matilde Diez.—Madrid, Rodriguez, 1864.
Seis ediciones más en el mismo año.

JUAN LORENZO.
Drama en cuatro actos, por D. Antonio García Gutierrez. Representado por primera vez en Madrid, en el teatro del Príncipe, en Diciembre de 1865.—Madrid, Rodriguez, 1865.

EL CAPITAN NEGRERO.
Zarzuela en tres actos, letra de D. Antonio García Gutierrez, música de D. Emilio Arrieta. Representada en el teatro de la Zarzuela, en Diciembre de 1865.—Madrid, Rodriguez, 1865.

Ademas de estas obras dramáticas, hay del Sr. García Gutierrez un folleto en verso, titulado *Un baile en casa de Abrantes:* Madrid, Repullés, 1834.—Un tomo de *poesías*, 288 págs. en 16.º: Madrid, imprenta de Boix, 1840.—Otro tomo de *poesías sagradas y profanas*, con el título de *Luz y tinieblas*, 253 págs. en 8.º: Madrid, Boix editor, 1842.—*El Duende de Valladolid*, tradicion yucateca: Madrid, imprenta á cargo de D. G. Alhambra, 1850.

En *Los españoles pintados por sí mismos* tiene los artículos titulados *El Cazador* y *El Memorialista.*

En 1862 imprimió su Discurso de recepcion en la Real Academia Española, acto que se celebró en 11 de Mayo.

